PÍO MOA

NUEVA HISTORIA DE ESPAÑA

De la II Guerra Púnica al siglo XXI

Pío Moa, el historiador que ha revolucionado el modo de percibir la España del siglo XX, aborda en este libro cuestiones centrales de nuestra historia, en conexión con Europa y el resto del mundo:

¿Cuándo aparece España como tal? ¿Determinó alguna «guerra del destino» la civilización europea? ¿Qué papel desempeñó en su historia el reino hispanogodo? ¿Por qué no triunfó Al Ándalus sobre los reinos cristianos? ¿Cuándo surgieron León, Navarra, Aragón, Castilla, Cataluña, Portugal…? ¿Existió una «España de las tres culturas»? ¿A qué se debió la expulsión de judíos y moriscos, y qué papel desempeñó la Inquisición? ¿Cómo fue posible que un país que no era el más poblado ni el más rico de Europa descubriera América, el Pacífico y la redondez de la Tierra, y afrontara al Imperio otomano, a Francia y a las potencias protestantes? ¿Por qué se retrasó la Revolución industrial en España? ¿A qué se debe la crisis española del siglo XIX, cuando Europa alcanza el apogeo de su poder y cultura? ¿A qué obedecen los nacionalismos vasco y catalán? ¿Qué perspectivas ofrece el momento actual?

Éstas y otras cuestiones son enfocadas aquí en profundidad y de un modo nuevo que echa por tierra gran número de mitos en apariencia bien asentados.

Pío Moa

Nueva historia de España

De la II guerra púnica al siglo XXI

ePub r1.2
Titivillus 14.10.16

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Nueva historia de España*
Pío Moa, 2007
Retoque de cubierta: Titivillus
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre, 2016
Conversión a pdf: FS, 2018

AGRADECIMIENTOS

Agradezco aquí la valiosa ayuda y apoyo de Stanley Payne, Carlos Pla Barniol, Luis García Moreno, Salvador Fontenla, Serafín Fanjul, Joaquín Puig de la Bellacasa, María Dolores Sandoval, Miguel Marañón, José Miguel Oriol, Alejandro González Repiso, numerosos contribuyentes con seudónimo del blog *Presente y pasado* que mantengo en *libertaddigital.com* e Ymelda Navajo por haberme sugerido este trabajo.

NOTA PREVIA

La historia es una empresa en cierto modo imposible: no sólo todas las actividades humanas tienen su historia, también cada individuo, y en ocasiones una buena biografía nos ilustra sobre un determinado período más que un sesudo estudio general. Ahora bien, las biografías disponibles, y nunca será de otra forma, incluyen a una parte muy mínima de las personas que han vivido; y por bien elaboradas que estén, siempre serán incompletas y discutibles. Además, la inmensa mayoría de los hechos de la historia quedan sin documentación ni referencia, y al mismo tiempo los documentados son tantos que ningún historiador puede abarcarlos con profundidad. Inevitablemente, incluso cuando tratamos períodos y parcelas muy restringidos de la vida social, hacemos una selección de hechos y personas que, con mayor o menor acierto, con mejor o peor criterio, consideramos representativos. Añadamos que ni el mayor cuidado impide que se «cuelen» datos dudosos o erróneos, un problema menor cuando no abundan.

Obviamente, el problema se multiplica cuando nos empeñamos en un resumen como éste: ¿a qué datos, hechos y personajes atenderemos?, ¿desde qué punto de vista los abordaremos? La elección podría ser muy arbitraria, y a veces lo es, por lo que el autor debe explicar, sea de modo sucinto, su criterio, pues la clave de un resumen se halla precisamente en sus criterios e interpretaciones, cuya lógica debe exponerse. El materialismo histórico, de tipo marxista o no, predomina hoy ampliamente, pero no lo sigo aquí, como explico en la introducción.

Este libro difiere en enfoque y método de la mayoría de las historias de España. Cuando escribí *Años de hierro* sobre

el período 1939-1945, me percaté del defecto, bastante común, de relatar e interpretar los sucesos españoles como si estuviesen aislados del exterior o de reducir la evolución exterior, europea sobre todo, a unos tópicos someros. Las alternativas políticas de España durante la II Guerra Mundial estuvieron ligadas a ésta, al punto de no poder entenderse al margen de ella, por lo que dediqué espacio a exponer la marcha del conflicto exterior y sus relaciones con la evolución hispana. Al enfocar un país concreto, la historia exterior resulta secundaria, casi como un decorado, pero importa que éste sea lo más claro posible.

En esta historia trato de situar la evolución de España en el cuadro de la civilización vagamente llamada occidental y, como referencia muy elemental, de las civilizaciones india, china e islámica, aunque con las primeras España sólo tuviera trato consistente desde el siglo XVI. Pienso que ello tendrá alguna utilidad para el lector común.

Desde la división de Cellarius, acostumbramos en Occidente a hablar de tres, luego de cuatro edades: Antigua, Media, Moderna y Contemporánea, e incluso a aplicarlas difusamente a la historia mundial. Esta clasificación sólo vale para Europa, no para las civilizaciones contemporáneas de la europea ni para las preexistentes, englobadas por las buenas como «Antigüedad». El nombre de la cuarta edad, «Contemporánea», llega al absurdo. Además, la división de Cellarius entraña un tosco finalismo que priva de sustancia a las épocas anteriores al Renacimiento, reduciéndolas a una oscura y deficiente preparación para lo que se ha dado en llamar «modernidad», entendida a menudo como ruptura o alejamiento de las raíces religiosas de Europa. El exceso de compendiar mil años de historia europea como una Edad Media ha forzado a partirla sumariamente en un período

«alto» y otro «bajo», lo que a mi juicio no mejora las cosas.

Propongo aquí una división de la historia europea —y por tanto de la española— en cinco edades a las que provisionalmente llamaré de *Formación*, de *Supervivencia*, de *Asentamiento*, de *Expansión* y de *Apogeo*. En la primera —que también podría llamarse Grecolatina—, toma forma, desde la II Guerra Púnica, el sustrato cultural y religioso de Europa o, más adecuadamente, el sustrato que la civilización europea haría suyo, pues ni Grecia ni Roma son propiamente europeas ni el cristianismo nace en Europa. Durante la Edad de Supervivencia, entre la caída de Roma y el año 1000, la cultura europea se desarrolla penosamente, al borde del fracaso, entre invasiones y discordias; también podría llamársela Edad de las Invasiones, o de los Monasterios, o de otros modos que reflejaran claves de la época. La tercera edad, la de Asentamiento (o Afianzamiento, o Consolidación), con el románico, el gótico y el primer Renacimiento, marca un firme empuje europeo una vez superadas las mayores amenazas externas y los rasgos más primitivos de la difícil edad anterior. El afianzamiento cuaja en las universidades, las catedrales, en una estabilidad política precaria, pero suficiente para superar catástrofes como la Peste Negra, y afrontar crisis como la caída de Bizancio y la invasión de la Europa suroriental por los turcos.

Vendría luego la Edad de Expansión a partir del Descubrimiento de América, del Pacífico y de nuevas rutas a regiones de las que antes sólo había en Europa vagas nociones o ninguna. Hasta entonces las grandes civilizaciones habían vivido con escasa o nula relación entre sí, y a partir de ahí la historia empieza a mundializarse. En esa edad, de finales del siglo XV a finales del XVIII, la

civilización europea descubre y concibe el mundo como un todo y se expande por él con ímpetu. Los imperios europeos abarcan gran parte del planeta y condicionan al resto. La expansión continuó, intensificada, durante los siglos XIX y XX, pero conviene distinguir entre éstos y los anteriores. Hasta finales del XVIII, la potencia de Europa, pese a su ambición, audacia y logros, no superaba materialmente a otras civilizaciones como la china o la islámica; a partir de esas fechas, la industrialización proporciona a algunas naciones europeas una ventaja incontrastable. Esta Edad de Apogeo dura cerca de dos siglos, hasta el fin de la II Guerra Mundial, cuando Europa pierde su hegemonía. Desde entonces la historia termina de mundializarse, con lazos entre culturas, civilizaciones y continentes mucho más intensas, directas y rápidas, rivalidades de carácter global, con posibilidad de destrucción de la humanidad, y aceleración nunca antes imaginable de la ciencia y la técnica. Parece demasiado pronto para nombrar esta nueva edad, en la que los acontecimientos de Europa se verán muy condicionados por los del resto del mundo, cuyas perspectivas distan de estar claras.

La historia contiene tantas tendencias, facetas y sucesos simultáneos que privilegiar alguno para definir por él las edades entraña un alto grado de arbitrariedad. La división podría hacerse igualmente desde puntos de vista económicos, religiosos, artísticos y otros, que cambiarían las fechas y los ritmos. Así, si atendemos al cristianismo, podríamos distinguir una Edad de Consolidación, coincidente con la llamada Edad *Media*; una Edad de Crisis, correspondiente a la Edad *Moderna*; y una Edad de Retroceso (en Europa, pero no en general, pues el cristianismo no ha cesado de expandirse por varios

continentes), equivalente a la *Contemporánea*. Sería un enfoque interesante desde el punto de vista que aquí sostengo como hipótesis: que la religión, y no el potencial técnico y económico, es el núcleo de la cultura; pero he preferido combinar los aspectos político, económico y religioso. Desde el punto de vista económico, acaso podríamos distinguir una Edad *Agrícola*, otra *Comercial* y otra *Industrial*, como a veces se ha hecho, y quizá denominar la actual como *Informática* o *Electrónica*… Simplemente creo que la división antes expuesta podría ser más útil y realista que la de Cellarius, aun si ésta se halla hoy tan asentada que suena ilusoria su sustitución.

Condensar la historia de España en unos pocos cientos de páginas obliga a dejar en esbozos o pinceladas sueltas la mayoría de los temas, aunque de esas pinceladas debe salir un cuadro coherente, como espero haber logrado. Espero también que el libro sirva de acicate a otras investigaciones y debates. Tal breve síntesis (breve para su inagotable objeto) hace innecesarias las notas, ya que la inmensa mayoría de las referencias son conocidas del lector medianamente culto, o bien pueden hoy encontrarse con facilidad en ese instrumento prodigioso que es Internet, aun si los datos de ésta han de tomarse con cautela. La bibliografía sobre cada época de España, la más reciente en particular, es ya gigantesca y en constante crecimiento, de modo que llevaría muchas páginas reseñarla. El lector debe tener en cuenta estas limitaciones.

Opino, por lo demás, que una parte excesiva de la historiografía española en los últimos decenios se ha visto lastrada por enfoques más o menos *materialistas* o marxistas, siempre acríticos y que tampoco han contribuido gran cosa al propio marxismo; sin que falten disparatadas historias

idealistas tipo Titus Burckhardt en relación con Al Ándalus. No pretenderé, con todo, que el grueso de la historiografía española responda a esas características. La mejor de ella es muy concienzuda, fiable y atenta al dato, quizá algo menos aguda en el análisis.

INTRODUCCIÓN

Cultura y Civilización

Dado que los términos cultura y civilización han recibido significados diversos, aclararé en qué sentido los empleo aquí. Por cultura entiendo la forma y contenido de cualquier sociedad humana: conjunto de creencias, costumbres, formas de poder y organización social, conocimientos, ritos, arte, técnica… sujeto a un impulso transformador que lo complica y afina. La cultura distingue radicalmente las sociedades humanas de las animales. Los animales reproducen automatismos genéticos, mientras que en el ser humano la sociedad y la propia conducta individual sólo son parcialmente genéticas o, si se prefiere, la genética humana es tal que permite un constante cambio y contradicción en el comportamiento individual y en la sociedad.

El hombre sólo puede vivir en sociedades, desde la familia o los círculos profesionales a los clanes y entidades políticas. Esta necesidad entraña una básica empatía que hace agruparse a las personas de similares intereses, creencias, educación, etc., como tantas veces se ha observado. Menos atención ha recibido la simultánea dificultad de los humanos para vivir en sociedad, manifiesta en las querellas que jalonan la marcha de sus culturas. Dificultad originada, cabe suponer, en la individuación humana, con las consiguientes oposiciones de ideas, intereses, aspiraciones, talentos y sentimientos dentro del grupo —hasta los deseos del individuo suelen ser contradictorios—; todo ello unido a una autovaloración del yo fácilmente exaltable. La sociedad humana es, así, conflictiva por naturaleza, propensa a la colisión, la guerra o la descomposición interna. La sociedad protege al hombre que, aislado, perecería, y al mismo tiempo le oprime con

normas. Sin atender a esta contradicción la historia resulta poco inteligible.

La cohesión social exige una permanente elaboración religiosa, política, económica, artística moral, técnica… a la que solemos llamar alta cultura, y que produce formas muy variadas. En la historia hallamos tanto procesos lentos de creación, transmisión y destrucción de rasgos culturales, como transformaciones bruscas.

La cultura se despliega, por tanto, en constante variación espacial (multiplicidad de culturas) y temporal (cambios en ellas). Las variaciones provienen de individuos que por ello alcanzan relevancia social (a veces después de muertos) y cuyo nombre suele preservarse. La discusión sobre el papel del individuo en la historia es algo bizantina: las creaciones son individuales, pero sólo cobran relevancia si la sociedad las adopta.

En cuanto a las civilizaciones, las considero aquí formas complejas de cultura que empiezan hace sólo unos 6000 años en puntos aislados (Egipto, Mesopotamia…). Suponen la especialización de la religión, del poder (formación del Estado), de la milicia, la urbanización, economía agraria asentada, un considerable artesanado y comercio, y la escritura. La escritura aceleró la evolución cultural al acumular y transmitir la memoria, hasta entonces limitada y deformada por relatos orales. Debió de surgir de las castas sacerdotales, que disponían de más tiempo, interés y curiosidad por el mundo en general, y de ellas proceden también las primeras observaciones algo sistemáticas del cosmos, la medicina, etc., mezcladas con magia. Otro factor esencial de las civilizaciones, derivado de su complejidad, es la educación a tres niveles: técnica, en valores comunes y, para una élite, en la alta cultura (arte, técnicas complejas,

elementos científicos, elaboraciones religiosas…).

La historia es la de las civilizaciones. No porque las demás culturas carezcan de ella: durante muchos milenios los humanos erraron por la tierra, crearon y difundieron ideas, técnicas, arte; hubo invasiones y conflictos, épica y canciones, formas sociales diversas, jefes y artistas… Pero respecto de ellos hemos de contentarnos con los relatos que les hayan dedicado los civilizados coetáneos, o con reconstrucciones esquemáticas a partir de la arqueología, la lingüística o la genética. Sabemos así que a las primeras civilizaciones les precedió la «revolución del Neolítico»; o bien la difusión de las lenguas indoeuropeas nos habla de vastos movimientos de pueblos desde un foco incierto: luchas y paces, aventuras, personajes, ideas religiosas… desvanecidos en la noche de los tiempos.

Cabe distinguir, por tanto, dos grandes épocas en la historia humana: la mal conocida de las culturas *naturales* (naturales a la condición humana), que abarca decenas de milenios; y la de las civilizaciones, muchísimo más corta. Desde ahí, las subdivisiones varían mucho de una civilización a otra. Cabe considerar lo que K. Jaspers ha llamado *Era axial*, entre los siglos IX y III antes de Cristo, cuando nuevas actitudes religioso-morales caracterizadas por una mayor autoconsciencia, debate libre y búsqueda de fundamentos éticos racionales surgen de modo independiente en China (confucismo, taoísmo y otros), India (brahmanismo y budismo), Persia (zoroastrismo), Israel (profetas) y Grecia (filosofía, tragedia); pero no es fácil una periodización sobre esa base, tanto más cuanto que el propio Jaspers considera único ese período de la humanidad.

Como fuere, con el Estado y la división del trabajo, las civilizaciones aumentaron el poder sobre la naturaleza y

sobre pueblos más primarios, permitiendo mayor población, riqueza y conocimientos, arte, creencias y técnicas más refinadas, orden social más estable, suavización de costumbres, etc. Pero no sin un alto coste: acentuada división social, tareas penosas o tediosas, masificación y anonimato para masas humanas reducidas a diversos grados de servidumbre, exposición al despotismo, a un Estado tanto protector como opresivo… Los pueblos ajenos miraban a las civilizaciones con envidia y desprecio, considerándose más pobres, pero más libres. Entre los civilizados quedaba la vaga añoranza de una vida de aspecto más feliz, cuando los varones eran al mismo tiempo cazadores o pastores y guerreros, el poder más difuso, la relación más personal, la división social menos rígida; y podía producirse un hartazgo de civilización.

Las civilizaciones crecieron de modo lento y arduo a partir de núcleos y etnias particulares, y tendieron a convertirse en imperios afrontando a pueblos no civilizados, casi siempre hostiles y que muchas veces lograron destruir civilizaciones o imponerse en ellas como castas dominantes. Casi todas las civilizaciones han colapsado después de siglos o milenios de existencia, por invasiones, conflictos entre ellas o guerras civiles; a veces su derrumbe parece causado por unas estructuras de poder demasiado pesadas para la sociedad que las sustentaba. Estos fracasos han llamado la atención de numerosos historiadores y filósofos, aunque no hay mucho acuerdo sobre sus causas.

Pero los fracasos han sido parciales, pues, con unas u otras formas, la civilización se ha extendido hasta casi erradicar, en los siglos XIX y XX, las culturas pre civilizadas. Su éxito nace de la acumulación de ideas, técnicas y conocimientos. Entre las civilizaciones actuales, la china

tiene tras sí unos 4000 años; quizá también la india, menos identificable. La occidental, hoy la más pujante, data de unos 1600 años, y la islámica de 1400. La occidental integra varias subcivilizaciones supranacionales y nacionales, algunas de las cuales han creado imperios, más fuera que dentro de Europa. De éstas, las más notorias han sido la hispánica, la anglosajona, la francesa y la rusa.

* * *

Mencionar los elementos de la cultura humana (religiosos, políticos, artísticos, económicos, morales, técnicos, etc.) es sólo describirla toscamente. Tratarla como combinación de tales elementos suena más satisfactorio, pero obliga a preguntar si pueden ponerse todos ellos al mismo nivel, o si alguno es clave y determina a los demás, o si componen una estructura estable. Distinguimos las épocas prehistóricas por la técnica (las piedras trabajadas), sólo porque apenas nos quedan de ellas otros vestigios. Esta simplificación no sirve, en cambio, para las culturas conocidas. Todas las manifestaciones de la cultura, desde el arte a la vestimenta, tienen su propia y particular historia, si bien interrelacionada, pero resulta arduo unificarlas en una teoría.

Desde Marx se ha asentado hasta un nivel casi inconsciente el supuesto *materialista* o *científico* de que la economía decide la constitución y evolución de las sociedades, derivando de ella la religión, moral, leyes, arte, etc. Así, la economía nos ofrecería la clave de la historia y la cultura. Tesis seductora, porque ofrece el hilo de Ariadna para el laberinto cultural. Pero, pese a los efectos económicos sobre el conjunto de la sociedad, una historia de la economía es sólo una historia de la economía: interpretar desde ella los demás elementos equivale a explicar a

Cervantes por la curva de sus ingresos a lo largo de su vida, o por sus querellas «de clase». Por ello los economicistas se ven forzados a hablar de relaciones complejas, enturbiando la inicial y aparente claridad teórica. Por otra parte, la palabra economía no significa lo mismo en Marx y en los teóricos liberales. Y con los mismos o muy similares rasgos económicos han surgido culturas y civilizaciones muy distintas, o enfrentadas entre sí. Finalmente, cabe sostener que la economía no es un fenómeno material sino espiritual, sujeto a mil invenciones.

Tradicionalmente la historia se enfocaba desde el poder, tanto porque éste es la fuerza más evidente que une a las sociedades y les permite actuar conjuntamente, como porque sus procesos resultan más evidentes y dramáticos: empresas colectivas, guerras y paces, derrocamientos, triunfos, conjuras, crímenes, etc. Las culturas incluyen el poder, desde las formas primitivas del jefe de clan a los complejos estados modernos, pasando por grupos deportivos, intelectuales… cualquier asociación, realmente. El poder parece emanar naturalmente de las sociedades humanas, aunque pueda oprimirlas o llevarlas al desastre. Toda asociación humana busca unos fines, y por tanto exige normas que le permitan funcionar, lo que a su vez reclama un poder autorizado para imponer las conductas apropiadas y reprimir las perjudiciales. Las sociedades humanas sufren tendencias dispersivas y unitarias, centrífugas y centrípetas, en equilibrio nunca muy estable, y la vida humana en general se presenta como un equilibrio variable entre fuerzas contrarias. El poder se da en grupos animales, pero su relación con el poder humano se parece a la del rugido con el habla articulada.

Aristóteles, en su clásico análisis del poder, distingue

entre monarquía, aristocracia y democracia. Pero, dejando aparte la implicación valorativa de la segunda (nunca existió el poder de «los mejores»), las tres formas coexisten: siempre alguien ostenta el poder en su responsabilidad máxima (un «monarca»); siempre hay una oligarquía, élite o clase política dedicada profesionalmente al poder y que respalda al *monarca*, y siempre existe una masa popular aquiescente o consintiente (democracia). La relación entre las tres es tensa y a menudo conflictiva, como también dentro de las oligarquías y de los pueblos, y aun en la persona del monarca, vacilante entre opciones y expectativas contradictorias. Esas tensiones dan al poder su peculiar inestabilidad, y valen lo mismo para la Atenas de Pericles que para el reino godo o el actual régimen useño. Lo que varía es la posición relativa, las normas y equilibrios entre los elementos monárquico, oligárquico y democrático. Los pensadores han buscado proporciones o armonías de poder que ofrezcan más estabilidad y menos insatisfacción social: problema de solución nunca definitiva, debido al carácter contradictorio y cambiante de los intereses y aspiraciones de personas y grupos.

En esa búsqueda, el sistema más fructífero hasta ahora ha sido la llamada democracia, muy reciente en la historia. Pero su nombre engaña: no hay tal «poder del pueblo», pese a las solemnes declaraciones: ni los padres de la Constitución useña eran «el pueblo», ni el poder es nunca «del pueblo, por el pueblo y para el pueblo», expresión ya sospechosa por lo redundante. ¿Sobre quién ejercería «el pueblo» ese poder? Forzosamente lo ejerce una fracción del pueblo —sus representantes u oligarquía— sobre el conjunto popular. Hasta en las democracias más asamblearias, como la ateniense, el poder lo ejercía una

fracción sobre las de opinión contraria, y los asistentes a las asambleas componían normalmente sólo una parte de los hombres libres. Ello es natural: contra la creencia o deseo de algunos utopistas, la política activa atrae a pocos; la población común, absorbida por otros muchos intereses, desea más bien que la «clase política» garantice condiciones tolerables de orden, justicia y seguridad frente a amenazas externas. Una democracia stricto sensu, sería una sociedad ultra politizada y por ello convulsa. En realidad, democracia significa limitación, división y control público del poder.

Podemos especular sobre sociedades sin poder político, y no han faltado en los siglos XIX y XX experimentos al respecto, bien restringidos (las «comunas» de grupos radicales), bien como regímenes de países enteros. Las comunas no han funcionado, menos aún originado una nueva cultura; y los regímenes han desarrollado poderes mucho más absolutos que los que pretendían superar. Estas experiencias refuerzan la tesis de que la sociedad genera espontáneamente el poder, por lo que las ideas ácratas o comunistas enfocan de modo erróneo el carácter de la relación grupal humana.

La paradoja del absolutismo utópico puede explicarse por la necesidad de normas, ajenas al instinto, que contrarían la tendencia de cada cual a imponer sus deseos sin trabas. Las normas exigen un poder que garantice su cumplimiento, poder que se vuelve más absoluto cuanto más se ha alentado la esperanza anárquica de que cada cual pueda dar rienda suelta a sus impulsos. Pues para evitar que estos deriven a lucha generalizada y justificar las expectativas creadas, el poder debe forjar «hombres nuevos» con identidad de sentimientos e intereses. Esto es, hombres desindividuados, en cierto modo animalizados, como ha ocurrido en las

experiencias socialistas y anarquistas.

La individuación obstaculiza la convivencia social, la cual se presenta al individuo como necesidad y como opresión, según vimos. El «malestar en la cultura», por usar la expresión de Freud, abarca hasta la célula familiar, pese a la comunidad de intereses y del trato íntimo y, en principio, amoroso. En el ámbito político —el del poder en su expresión más elevada y muy poco amorosa, debido a la discrepancia de intereses—, los roces y choques entre facciones aspirantes al mando llegan a adquirir intensidad extrema, como revela sin duda la historia.

* * *

Así pues, el poder político implica violencia, pero ésta debe justificarse porque el ser humano no tolera, como norma, el poder desnudo, ejercible sólo por el terror. No han faltado regímenes terroristas, pero o bien han abocado al caos y durado poco, o han recurrido a alguna legitimación moral: el terror ha de presentarse como justo, en nombre de la divinidad, del pueblo, de la libertad, del proletariado, etc. Al definir como terroristas a la Revolución Francesa, al comunismo o al nacionalsocialismo, debemos recordar esa justificación. Aquí no importa si sus argumentos son reales o pretextos, basta constatar su necesidad moral, que por lo demás impregna toda la cultura, sea el arte, la técnica, el derecho, la economía, la conducta familiar, etc. La moral evita que la vida se presente al hombre como la clásica «historia de ruido y de furia, contada por un idiota y sin ningún sentido», visión psíquica y socialmente demoledora.

Por esta razón la moral podría ser el eje de la cultura, y cabría definir al hombre como animal moral, mejor que racional. Sin moral, las sociedades sucumbirían entre «el ruido y la furia», cuyo sinsentido no excluye racionalidad, si

entendemos por ella la eficaz adecuación de medios a fines: diversidad y choque de intereses implica diversidad y choque de racionalidades. La moral, más que la razón o la economía, separa al hombre del animal. Las sociedades animales no parecen tener fines más profundos que los económico-reproductivos; pero las normas que permiten convivir a los humanos se asientan en conceptos del bien y del mal, con un fondo común a todas las culturas: no nos extrañan, aún hoy, prohibiciones del antiguo Egipto como las de cometer fraudes, mentir, matar, abusar de la viuda, quitar provisiones y vendas a los muertos, alterar las medidas de grano, usurpar la tierra, alterar los pesos, oprimir al débil, etc. Quizá sean los Diez Mandamientos la expresión más breve y universal de la exigencia ética.

Esa identidad básica no impide mil variantes y prioridades. Según Américo Castro, «Historia, en último término, sería una presentación de la tabla de valores perseguidos por cada pueblo —las tablas de la ley de su comportamiento histórico». Esto suena algo exagerado, pero no del todo incierto. Además, las llamadas «tablas de valores» cambian con el tiempo en un mismo pueblo.

De otra parte, la elaboración necesaria de normas éticas tampoco significa que ellas se cumplan de modo general. Al repasar la historia podríamos creer que casi nunca se cumplen, y que apenas sirven de cobertura a los actos inicuos reales, añadiendo ruido al ruido y furia a la furia. Para Gibbon, «la historia es, en verdad, poco más que el registro de los crímenes, locuras e infortunios de la humanidad». La historia incluye mucho de eso, desde luego, pero si se limitara a tales desgracias o éstas llenaran la mayor parte de ella, la humanidad habría desaparecido hace ya mucho. Hay más tiempo de paz que de guerra y la mayoría

de las guerras del pasado afectaban sólo a parte de las poblaciones y los países, no han impedido el florecimiento cultural y económico, y a veces lo han estimulado. De algunas guerras han surgido grandes bienes y considerables paces, y muchas paces han abonado las guerras. La relación entre el bien y el mal es muy complicada. Por otra parte, la pretensión de superioridad moral encerrada en juicios como el de Gibbon olvida que los juzgados son tan seres humanos como el arrogante juzgador y que éste es, por tanto, igual de propenso a «crímenes y locuras».

Existe una tirantez entre las demandas éticas y otras hondas inclinaciones humanas. Quizá por ello y por la dificultad de captar intelectualmente la esfera del bien y del mal, las exigencias morales remiten casi siempre a una voluntad extra humana, a una exigencia religiosa. Hasta hoy ha sido imposible elaborar una moral puramente racional o científica, por muchos esfuerzos que se han realizado durante los últimos siglos. Fracasos, además, muy costosos en casos como los del marxismo o el nazismo, que, curiosamente, concluían en un remedo de fe religiosa. Desde su aparición sobre la tierra, el hombre se ha visto acuciado no sólo por las necesidades, la enfermedad y mil desgracias, al igual que los animales, sino también por una inquietud acerca del sentido de la vida y el mundo, de su origen y destino. La calma de esa angustia nace de las explicaciones religiosas, básicamente imaginativas, pero hemos de suponer que verídicas de algún modo, pues en otro caso habrían conducido al fracaso de las culturas.

Volviendo a la historia, en todas las sociedades poder y religión han estado muy próximos, incluso mezclados. Menos directa ha sido esa relación en las culturas occidentales, donde los poderes políticos surgidos en Europa

(y América) tras el Imperio romano encontraron su principio de legitimidad en las creencias cristianas, mientras que la Iglesia siempre mantuvo, mejor o peor, cierta distancia del poder político. Desde el siglo XVIII, incluso desde el XVI (Maquiavelo), se ha intentado sustituir en Occidente la justificación religiosa de la política por otra que se quería inspirada en la razón. Así, el poder vendría «del pueblo», en oposición —no forzosa, pero sostenida por muchas corrientes— al origen divino anterior. A mi juicio se trata, como ya indiqué, de una opinión contradictoria, innecesaria para fundamentar la democracia. El origen del poder, como de tantas otras cosas, tiene una faceta algo misteriosa.

* * *

Esta concepción de la cultura, basada en la moral y finalmente en la religión, difiere de la economicista originada en Marx, hoy predominante en los estudios de historia y fuente de multitud de trabajos, a mi entender descaminados. Por el contrario, son escasas la bibliografía e investigaciones con una concepción como la expuesta aquí. No afirmo, como Orosio, que la historia esté dirigida por un plan divino (difícil de discernir, en todo caso); sólo sostengo que las creencias religiosas y morales no son un reflejo ideologizado de las relaciones «de clases», sino la base misma de las culturas. Viene al caso una cita de Paul Diel en su libro *La Divinité*: «La vida cultural de todos los pueblos empieza por la creación de mitos. Ellos son la fuente común de la religión, el arte, la filosofía y la ciencia […]. Son la expresión del sentido religioso de los antiguos […]. Aun si tomamos los mitos por expresiones puramente fantasiosas, fabulaciones desprovistas de todo sentido profundo y verídico, no se les puede negar su carácter estético. Además, todas las formas del arte parten de ellos: música, danza,

teatro, literatura, pintura, escultura, arquitectura […]. No expresan sólo la religiosidad del arte, sino también una filosofía y la presciencia psicológica de los antiguos […]. Esta afirmación parecerá chocante, pero [quizá] podría demostrarse que la verdad es inherente al alma humana desde su origen y que sólo su formulación cambia con el tiempo, a medida que el espíritu se vuelve más consciente».

El lector deberá perdonarme si sólo parcialmente puedo aplicar en este libro ese criterio —cuya paternidad, desde luego, no ostento—, por insuficiencia de elaboración. Sólo puedo hacerlo de forma tosca, como esbozo, pues, de momento, plantea problemas sin solución clara: ¿de qué modo deriva del mito (de la religión) el arte, y hasta qué punto el arte lo deja atrás? ¿Y qué decir de la ciencia y la filosofía? Tales cuestiones requieren más estudio.

A qué llamamos España

De entrada, España se nos presenta como un país de Europa tanto en sentido físico (una de sus tres grandes penínsulas del sur) como cultural. Los movimientos políticos, intelectuales, espirituales y artísticos que han configurado lo europeo han moldeado también a España: el Imperio romano, el cristianismo, los reinos germánicos, el románico, el gótico, el Renacimiento, el barroco, la Ilustración, el liberalismo, los movimientos utópicos… Cierto que esos elementos europeos comunes coinciden con una recia diferenciación entre las naciones del continente, y dentro de ellas España es una de las más peculiares, posiblemente por haber sido el único pueblo —con el ruso en mucho menor grado, y con algunos balcánicos— que se ha afirmado nacionalmente en una larga pugna con una cultura extra europea. Ese proceso no pasó sin dejar huellas de la cultura derrotada, si bien cabría considerarlas exiguas para un contacto tan largo. Otra decisiva peculiaridad hispana ha sido su expansión ultramarina, mundial, en los siglos XVI-XVIII, fenómeno que sólo Portugal e Inglaterra han compartido en proporción similar. Encontramos afinidades con Polonia e Irlanda como países católicos de frontera. O con Rusia, por cuanto ambas emprendieron su expansión imperial por la misma época, tuvieron una Ilustración y un liberalismo bastante más débiles que los de la Europa centrooccidental, y una impronta comparativamente fuerte de los utopismos de los siglos XIX-XX. No obstante, las diferencias con Rusia parecen más profundas que las semejanzas. Francia es el país del que ha recibido España mayor influjo desde la Edad de Supervivencia (o alta Edad Media) hasta la segunda mitad del siglo XX. Desde

entonces el ascendiente anglosajón prevalece, y cada vez más.

Ya a primera vista percibimos en Europa tres grandes ámbitos culturales, el germánico, el eslavo y el latino, y en ellos también distintas hegemonías cristianas: protestante en los países germánicos (excepto Austria y la mitad de Alemania); ortodoxa griega en los eslavos (menos algunas católicas, como Polonia o Croacia); católica en los latinos (salvo la ortodoxa Rumanía). España se inserta en el ámbito latino con Portugal, Francia, Italia y Rumanía. Las afinidades idiomáticas del español con el italiano y el portugués son muy fuertes, bastante menos con el francés o el rumano. Unos 850 millones de personas en el mundo, uno de cada ocho habitantes del planeta, hablan hoy lenguas derivadas del latín, herencia directa de Roma: la mitad corresponden al español, la lengua latina más extendida y la segunda más hablada del mundo occidental. España es también una de las pocas naciones europeas —con Portugal, Inglaterra, Rusia y Francia— que han creado un vasto y duradero espacio cultural propio; en el caso español, sobre todo en América, con enclaves o restos en África, Asia y Oceanía.

Físicamente, España es el país más extenso de Europa Occidental después de Francia, y el cuarto incluyendo a Rusia y Ucrania; y probablemente el más variado. En él es posible andar casi mil kilómetros entre montañas, bosques y verdor, desde el cabo de Creus al de Finisterre, o cientos de kilómetros por tierras llanas, poco arboladas y bastante secas, en las dos grandes mesetas centrales; su clima y flora cambian de norte a sur, desde la verde Galicia a la semidesértica Almería. Sus archipiélagos canario y balear encierran a su vez notable diversidad entre unas islas y otras.

Aun con su variedad, España forma un conjunto geográfico unitario y diferenciado, quizá el más unitario y diferenciado después de las Islas británicas. De hecho, la Península Ibérica forma casi una isla, con un istmo comparativamente estrecho y ocupado por una abrupta cordillera que estorba la comunicación casi tanto como un brazo de mar. Junto con las otras dos grandes penínsulas europeas del Mediterráneo —la itálica y la griega (más bien que los imprecisos Balcanes)—, compone un ámbito geofísico muy distinto de la gran llanura húmeda, surcada por anchos ríos navegables, que configura la mayor parte del continente desde los Pirineos hasta los Urales: estas tres penínsulas ofrecen tierras más montañosas, de clima más cálido y seco. De ellas, la Ibérica es la mayor, la menos lluviosa y la más claramente definida. Estos rasgos han incidido en la historia de España dificultando las comunicaciones o la producción agraria por comparación con los países más al norte, aunque al mismo tiempo su clima y frutos variados hicieran la vida más llevadera en otros aspectos.

Comparada con las otras dos penínsulas citadas, a la Ibérica la distingue una excepcional posición geoestratégica, abierta al Atlántico y al Mediterráneo, los dos mares de mayor tráfico cultural, comercial y político de la historia —al menos hasta hace muy poco—, y casi tan cerca de África como Grecia de Asia. Por su posición, los avatares de la historia mediterránea y atlántica han repercutido con fuerza en España, a un tiempo barrera y puente, lugar de afluencia bélica o pacífica de pueblos desde el norte, el sur y el este. El país pudo haber pasado del ámbito cultural europeo al afroasiático en dos ocasiones, y en parte así ocurrió durante varios siglos. Si ha predominado la cultura europea se debe a una esforzada decisión política, cuyo éxito no estaba en

modo alguno predeterminado. Cabría esperar que, por estas causas, las convulsiones y choques militares, políticos y culturales hubieran sido continuos en España. Y no han faltado, por cierto, pero, sorprendentemente, el país ha sido muy estable en varios aspectos. Su nombre ha persistido a través de más de dos milenios desde la Antigüedad clásica, caso muy raro tanto en Europa —junto con los de Italia y Grecia— como en el norte de África. Los nombres Francia, Alemania, Inglaterra y casi todos los demás del continente son bastante posteriores, y se relacionan con la expansión tardía de los pueblos germánicos y eslavos. La pervivencia del nombre Hispania-España no es un mero azar, encierra una opción político-cultural frente a presiones históricas opuestas: pudo haber sido sustituido por Gotia, como la Galia por Francia; o, más decisivamente, por Al Ándalus.

Hispania, el nombre con que llamaron a la península los romanos, se supone, sin certidumbre, derivado de una palabra fenicia que los especialistas han traducido de modo tan diverso como tierra «de conejos», «del norte» o «de los metales». Los griegos llamaron Iberia a la península, sobre todo a su parte mediterránea; nombre también conservado y de significado ignoto, aunque pudiera venir del usado por los naturales para denominar los ríos (conservado en el río Ebro). Iberia llamaron también los griegos a una región del Cáucaso aislada del mar y sin relación conocida con nuestra península. Iberia quedaría como denominación meramente geográfica, mientras que Hispania tomaría un denso contenido cultural y político.

Parecida estabilidad encontramos en las fronteras. A lo largo de las edades de Supervivencia y Asentamiento, España sufrió inestabilidad crónica, pero llegada la Edad de Expansión, sus fronteras han resultado mucho más firmes

que las de casi todo el resto de Europa. En su forma actual proceden de mediados del siglo XVII, con la mutilación de algunas comarcas transpirenaicas, pero conserva básicamente las establecidas al final de la Reconquista con la incorporación de las Canarias y la reincorporación de Navarra. La frontera con Portugal permanece apenas modificada desde que el vecino país se separó en el siglo XII. Por contraste, las fronteras de Italia, Bélgica, Holanda, etc., datan del siglo XIX, las de Suecia y Noruega de principios del XX, de 1922 las del Reino Unido, de 1945 las de Alemania, Polonia, Rumanía o Hungría; Francia experimentó rectificaciones importantes en el siglo pasado, y aún son más recientes las fronteras de naciones creadas o reconstruidas al caer la URSS, como Rusia, Chequia, Eslovaquia, Ucrania, Bielorrusia, o las de la antigua Yugoslavia, etc. Asimismo, España sufrió una sola invasión real en los últimos cinco siglos, mientras que sólo en siglo XX muchos países del continente han sufrido al menos dos.

* * *

Étnicamente, la población española guarda una visible homogeneidad: pueblo mediterráneo con una pequeña aportación céltica y germánica. Al despuntar la historia, los pobladores de la península se distribuían, según la tradición, en «íberos y celtas». Los primeros, de lengua no indoeuropea, vivían en una ancha franja mediterránea desde el Ródano hasta el sur de Portugal; en el resto, salvo algunas zonas cantábricas y pirenaicas, las lenguas parecen ser indoeuropeas, por la aculturación de una población anterior sometida por tribus celtas. Se trataba de etnias fragmentadas en tribus diversas. Es esta población anterior a la llegada de Roma la que sigue configurando hasta el día de hoy el núcleo «racial» español, pues las aportaciones externas

posteriores no llegaron en ningún caso al 10 por ciento de la población local, aunque la matizaran notablemente.

Así vinieron semitas fenicios y cartagineses, griegos, contingentes más nutridos de latinos y, con ellos, grupos de judíos, sirios y galos. Otra aportación llegaría de las invasiones germánicas a la caída de Roma, y de la posterior de beréberes y árabes; también vino un número de eslavos en condiciones de esclavitud, sobre todo a Al Ándalus. La Reconquista trajo a contingentes de franceses y de otros lugares de Europa, y posteriormente llegaron los gitanos. Desde el siglo XVII no se registran más entradas de grupos étnicos distintos hasta finales del siglo XX y principios del actual. Todos esos grupos humanos se disolvieron cultural y étnicamente en la masa originaria hispánica, con la excepción de los judíos, los gitanos y los moriscos, los cuales permanecieron como comunidades aparte, habiendo sido expulsados en gran parte los judíos y los moriscos. Hoy el país recibe una nutrida inmigración de Hispanoamérica, el Magreb, Europa Oriental y el África negra, y también, en condiciones distintas, de Europa Occidental, sin poder predecirse su grado de permanencia y presión cultural.

Harto mayor relevancia han tenido las migraciones internas durante los seis siglos largos de dominio latino, por medio del comercio, la milicia y otros movimientos sobre la red de calzadas romanas. Hubo, sin duda, una profunda fusión de pueblos que disolvió la antigua división entre íberos y celtas. La Reconquista originó una emigración de sur a norte (mozárabes) y otra mucho más prolongada y nutrida de norte a sur, que repobló las dos Castillas y Andalucía, Canarias, Levante y Baleares, por gentes de la cornisa cantábrica y subpirenaica, y también algunas transpirenaicas. Estas migraciones siguieron de modo menos

espectacular, pero permanente y continuo, durante la Edad de Expansión o Moderna. Ya en los siglos XIX y XX aumenta la homogeneidad étnica por los masivos desplazamientos del campo a la ciudad.

El aspecto físico de los españoles es muy similar en todas sus regiones, y entre los antecesores de cualquier persona de cualquier lugar de España encontraremos casi siempre a individuos llegados de los más variados puntos del país. El caso de un «íbero», un «celta» o un «vascón», cuyos antepasados hayan permanecido sin mezcla y en la misma región o provincia desde tiempos prerromanos, debe de ser excepcional, si acaso existe alguno. Una idea algo tosca, pero indicativa, puede dárnosla el dato de que los apellidos dominantes en todas las provincias españolas, sin excepción, son los mismos: García en primer lugar, seguido de López, Martínez, Rodríguez, González, Fernández, Sánchez, Pérez, etc., en uno u otro orden.

¿Qué relevancia tiene esta homogeneidad étnica hispana? Para auto-res como Sánchez Albornoz, la tendría muy considerable, ya que habría conformado una «herencia temperamental» o anímica, manifiesta en actitudes y comportamientos identificables a lo largo de los siglos. No se trata del *Volksgeist*, del «espíritu popular» —algo se le parece —, pues el historiador rechaza cualquier carácter estático y demasiado permanente de esa herencia. Debe admitirse un fondo de verdad en la tesis de Sánchez Albornoz, pues basta viajar por cualquier país europeo para percibir sus peculiaridades de estilo o espíritu, a veces muy acusadas, probablemente originadas en su composición étnica y moldeadas por su particular historia. Cabría sostener que la historia de España ha forjado un carácter peculiar, y hasta que la gran tradición pictórica española aparece de algún

modo en las magníficas pinturas de Altamira, etc.; pero en cualquier caso se trata de rasgos difíciles de captar con alguna precisión, demasiado vagos y propicios a la especulación imaginativa como para sentar sobre ellos teorías sólidas. Sánchez Albornoz ha insistido en los rasgos temperamentales comunes entre la población andalusí y la cristiana. Quizá haya algo de ello, pero esos rasgos fueron matizándose y cambiando bajo la impronta política y cultural islámica. De haber prevalecido el islam, España sería hoy lo mismo que las sociedades cristianas y latinizadas o helenizadas del norte de África o de Oriente Próximo: poco más que arqueología. Existe una esencial continuidad étnica, pero no es posible extraer de ella conclusiones algo precisas.

Si los aportes foráneos en estos dos mil años han tenido peso menor desde un punto de vista demográfico, algunos lo han tenido muy relevante política y culturalmente, así los romanos o los godos; los árabes y berberiscos, estuvieron muy cerca de cambiar radicalmente la historia de la península; y la más reciente invasión napoleónica tuvo también profundos efectos políticos, aun si demográficamente escasos.

De todos ellos, no hay duda de que la trascendencia mayor corresponde a los romanos. Si observamos la sociedad actual percibimos de inmediato el origen latino de sus rasgos definitorios. El castellano, idioma común español, es un latín transformado, y también lo son los demás idiomas regionales, con la excepción del vascuence, idioma no indoeuropeo. La impronta latina abarca el derecho, las costumbres, el arte, la urbanización, las comunicaciones, etc. E incluye la religión, rasgo clave en la configuración de las sociedades. La vasta mayoría de la población sigue declarándose católica, como a lo largo de más de quince

siglos, aun si hoy su índice de práctica es bajo. Esta religión también se propagó por la península en tiempos de Roma.

El catolicismo, lejos de ser un fenómeno anecdótico, ha desempeñado un papel cultural y político esencial en la historia del país, y muchos que se declaran ateos o anticatólicos no dejan de estar impregnados de esa cultura, al modo como los judíos no religiosos de Israel permanecen culturalmente en el judaísmo. Entre otras mil cosas, el catolicismo está presente en la multitud de iglesias —los edificios centrales y a menudo los más bellos de los pueblos —: impregna la sociedad, sus creencias, fiestas, expresiones populares, monumentos, arte y actitudes. Incluso el odio apasionado profesado al catolicismo por un número de españoles, que ha desembocado en tiempos recientes en una de las persecuciones religiosas más atroces de la historia, expresa de modo negativo ese hecho. Aunque, obviamente, el catolicismo predominante en la sociedad, la cultura y la historia del país no significa que todos los habitantes lo compartan ni que deban compartirlo para considerarse españoles.

No hay, pues, exageración en decir que, de no ser por Roma, España no habría llegado a existir y la historia de los habitantes de la península habría sido diferente por completo. Por consiguiente, una historia de España ha de empezar de modo necesario por la latinización. Antes de ella no sólo las noticias son comparativamente muy vagas, sino que el territorio estaba poblado por grupos humanos muy diferentes en idioma y cultura, y poco amigos entre sí, aun si compartieran similar «herencia temperamental».

PRIMERA PARTE

EDAD DE FORMACIÓN: LA HISPANIA ROMANA

1

LA GUERRA DEL DESTINO

Hacia la segunda mitad del siglo III antes de Cristo las civilizaciones se extendían por una franja de anchura irregular desde las costas mediterráneas ibéricas hasta Japón, pasando por Persia, la India y el norte de China. En ella crecían diversas culturas e imperios, con intercambios comerciales y frecuentes hostilidades entre las más próximas entre sí, y práctico desconocimiento mutuo entre las de un extremo y otro. Al norte y al sur de esa franja, por la mayor parte de Europa y Asia, en casi toda África y también en casi toda América —salvo algunos focos en los actuales Méjico, Guatemala y Perú-Bolivia— se movían o asentaban culturas no civilizadas de ganaderos o cazadores y recolectores, o con una agricultura de ocasión, a menudo nómadas o trashumantes, en intercambio y lucha entre ellos y con los estados civilizados.

Por esa época ocurrieron en el mundo civilizado sucesos fundamentales. Hacia el extremo oriental, la civilización china ocupaba el centronorte del actual país e influía a Corea y Japón. Tras un largo período de luchas internas (*Reinos combatientes*), el emperador Qin (o Chin) Shi Huang logró unificar China (más de un tercio de la actual), entre el año 247 y el 221 a. C. Visionario, obsesionado por la inmortalidad y por una idea absoluta del poder, aplastó cualquier oposición, hizo quemar los libros inconvenientes a su tiranía, acabó con las constantes guerras civiles e impuso un férreo control burocrático unificando leyes, escritura, formas de vida, pesos y medidas, lo cual favoreció la prosperidad y el comercio. Qin, de cuyo nombre podría derivar el de China, se proclamó «Primer Emperador» (Shi

Huang) y asentó el país como entidad política estable, aunque la civilización china ya tenía tras sí dos milenios. Comenzó la Gran Muralla, defensa contra las incursiones de los hunos y otros pueblos del norte, impuso una especie de servicio militar obligatorio y dispuso su entierro acompañado por el célebre ejército de terracota, descubierto veintidós siglos más tarde.

Miles de kilómetros al suroeste, separado por desiertos y cordilleras, otro emperador guerrero, Asoka, acababa de unificar por conquista la mayor parte del subcontinente indio, étnicamente muy variado por contraste con la mucho más homogénea China. Muy distinto del emperador chino por carácter, el indio sintió tal impresión ante una de las matanzas ordenadas por él mismo, que cambió radicalmente, se convirtió al budismo y al pacifismo, sin por ello renunciar al poder, y promovió la alimentación vegetariana. Tras su muerte (232 antes de Cristo) gobernaban sus descendientes, si bien por poco tiempo, pues el imperio se fragmentaría al cabo de cincuenta años. Si China, vista desde el Mediterráneo, parecía remota y aislada, algo menos ocurría con India, debido a las conquistas de Alejandro Magno, realizadas casi exactamente un siglo antes (Asoka hizo emplear el griego para algunas inscripciones). El conquistador macedonio había expandido la cultura helénica hasta aquellos parajes, antes apenas conocidos en el Mediterráneo, tras destruir el intermedio Imperio persa. Y así, el ascendiente griego se extendía, superficial o profundo, desde la India hasta las costas levantinas de Iberia. Claro que la conexión entre regiones tan separadas era precaria. Muerto Alejandro, su imperio se disgregó, y uno de sus generales, Seleuco, reinó sobre gran parte del derrocado Imperio persa. Hacia la segunda mitad del siglo III, que nos

ocupa, los sucesores de Seleuco retrocedían ante un pueblo llegado del norte, los partos.

Conforme nos acercamos desde Oriente al Mediterráneo, observamos pueblos y culturas más o menos civilizados, unos independientes y la mayoría sometidos a tal o cual imperio. Entre esas culturas, hoy desaparecidas casi todas junto con sus idiomas, destacan la hebrea, judía o israelita, y la griega o helena. Dos pueblos poco numerosos que vivían en territorios reducidos (muy reducido el hebreo), más bien pobres y secos, pese a lo cual ejercerían un influjo insuperado a lo largo de los siglos sobre la cultura y destino de Europa, desde luego de España y, más indirectamente, del resto del mundo. Los griegos se habían asentado en sucesivas invasiones sobre el sur de la península balcánica, las islas en torno a ella y la costa mediterránea de Anatolia, y pronto habían destacado por sus logros culturales, primero con la brillante civilización micénica, destruida en el siglo XII a. C., quizá por pueblos grecoparlantes más atrasados; y después en el período clásico de los siglos V y IV a. C. Según Heródoto, «el pueblo heleno se distinguía de los bárbaros por un espíritu más sagaz y libre de necedades». Desde luego, sus innovaciones no admiten parangón: el teatro, el pensamiento científico, una filosofía sistemática y en fructífera competencia de escuelas, la geometría y las matemáticas abstractas, la historia racional, el pensamiento político, la democracia… Los griegos poseían un agudo sentimiento de su identidad nacional (sangre, lengua y religión), pero vivían separados en ciudades estado a menudo enfrentadas, en las que ensayaron formas de organización social. Su potencia creativa en el período clásico quizá nunca fue igualada antes o después en el mundo.

En fechas no alejadas de la caída de la cultura micénica,

aunque con un amplio margen de error, los hebreos habrían salido de Egipto. Eran entonces tribus seminómadas semejantes a las beduinas, uno de tantos pueblos que migraban por los aledaños de las civilizadas Mesopotamia, Egipto o Canaán. De economía elemental y poco versados o interesados en cuestiones técnicas, profesaban una devoción absorbente a un dios único que les separaba de los demás pueblos. Tras salir de Egipto, al parecer, y vagar un tiempo por el Sinaí, habían resuelto asentarse en Canaán, la «tierra prometida» por Dios, según sus tradiciones, para construir allí el país de Israel: «Cuando entres en la tierra que te dará el Señor tu Dios, no imites las abominaciones de esos pueblos. No haya entre los tuyos quien queme a sus hijos o hijas, ni vaticinadores, ni astrólogos, ni agoreros, ni hechiceros, ni encantadores, ni espiritistas, ni adivinos, ni nigromantes. Porque el que practica eso es abominable para el Señor». Combinando la infiltración pacífica con cruentas campañas, a veces de exterminio, los judíos ocuparon la tierra de los cananeos, pueblos superiores material y técnicamente a sus conquistadores.

Tanto los griegos como los judíos tenían aguda conciencia de su identidad, y también diferían entre sí en casi todo. Pese a su proximidad geográfica, ambos pueblos habían tenido poca relación comercial y cultural hasta las conquistas de Alejandro, y muy escasa simpatía mutua desde entonces. Los judíos, semitas emparentados con árabes y fenicios, eran monoteístas aislados en un mar politeísta. Los helenos, indoeuropeos por lengua y origen, eran politeístas, con corrientes minoritarias escépticas, incluso ateas, y una cultura muy variada y vivaz; aunque también en Grecia la elaboración filosófica había depurado el politeísmo, al menos entre las capas más cultivadas, aproximándose a

concepciones monoteístas sobre sus sugestivos mitos, a menudo de gran belleza trágica, pero considerados de moral ambigua o grosera.

La religiosidad hebrea, nacida de la universal inquietud del hombre por su destino y el del mundo, suponía una abstracción y elevación sobre las concepciones religiosas de otros pueblos. Con los Diez Mandamientos habían logrado sintetizar unos principios morales de gran sencillez y eficacia, si bien complicados con unas normas intrincadas y obsesivas. Por supuesto, tales principios no eran ajenos a los demás pueblos, pero en éstos eran menos operantes, por más diluidos y menos explícitos. La religión constituía el eje estricto del modo de vivir hebreo, también de su política, articulada en torno a una clase sacerdotal y al *Libro*, la Biblia, conjunto de tradiciones míticas, históricas, éticas, jurídicas, poéticas, proféticas, que consideraban inspiradas por la divinidad. Su historia es la de una apasionada adhesión, plagada simultáneamente de infidelidades, al concepto de un Dios único, y por ello se veían a sí mismos como el pueblo elegido por Dios. Estas concepciones les otorgaban un espíritu exclusivista y vigoroso en extremo, que les había permitido afrontar a enemigos materialmente superiores y resistir a conquistas, persecuciones, destierros y avatares en los que tantas otras culturas habían desaparecido.

Por la época que tratamos, después de muchas y dramáticas alternativas a lo largo de diez siglos, ambos pueblos se hallaban, como quedó indicado, bajo dominio de los descendientes del imperio macedónico de Alejandro Magno. Grecia y todo el Mediterráneo oriental habían dejado atrás la época clásica y vivían el llamado período helenístico, que había perdido gran parte de la originalidad e ímpetu creativo anterior. Para entonces también los ideales

democráticos se daban por fracasados como fomentadores de la demagogia y la guerra civil, y la gente que decidía, las capas más cultas y pudientes, preferían al tirano, hombre fuerte pero aceptablemente benévolo, algo así como un déspota ilustrado que al menos garantizase el orden social. Con todo, el helenismo, mejor organizado, mucho más extenso y opulento que en los tiempos clásicos, desplegaba los logros de éstos. Los mismos israelitas vivían una helenización mal aceptada por la mayoría, que iba a provocar, ya en el siglo II, la rebelión de los Macabeos. Fuera de Israel, grupos judíos se establecían como prósperas comunidades en diversas ciudades, especialmente en Alejandría, siempre en discordia con los helenos.

En el noreste de África, la ya antiquísima civilización egipcia persistía, agotada y diluida, bajo el poder helenístico de la dinastía ptolemaica. De hecho, Alejandría se convirtió en el nuevo centro irradiante de la cultura helénica, sucediendo a la Atenas clásica. Indirectamente, Grecia, pese a su desunión interna y sumisión a Macedonia, constituía la potencia cultural dominante en todo el Mediterráneo oriental, lo mismo en su parte europea que en la africana o la asiática.

Dentro del ámbito mediterráneo cabe distinguir, geográfica y culturalmente, dos grandes cuencas, separadas por la península itálica, Sicilia y la actual Túnez. La cuenca occidental queda configurada por la costa oeste de Italia, la levantina de Iberia, el sur de las Galias y el actual Magreb (Mauritania y Numidia). Físicamente difiere mucho de la cuenca oriental: menos islas, aunque bastante más grandes, y alguna mayor dificultad para la navegación, por entonces cercana al litoral. La diferencia cultural era aún mayor que la física. La cuenca oriental, muy poblada y urbanizada desde

antiguo, constituía el epicentro de la cultura helenista, mientras que la occidental estaba mucho menos civilizada, poblada y urbanizada, con etnias nómadas o trashumantes, sobre todo en Mauritania. A esa cuenca alcanzaba la irradiación griega, muy profunda en el sur de Italia y Sicilia, harto más atenuada en el resto, en forma de pequeños enclaves comerciales (alguno mayor, como Marsella); y también se mostraba la más antigua huella fenicia, continuada por Cartago.

Descontando el sur de Italia y Sicilia, en decadencia política desde hacía tiempo, el Mediterráneo occidental contaba en el siglo III a. C. con pocas ciudades de relieve, pero entre ellas destacaban dos: Roma, en el Lacio, hacia la mitad occidental de la península itálica; y Cartago, en el extremo noreste de la Numidia, la actual Túnez. La primera vivía en régimen republicano después de haber abandonado la monarquía tres siglos antes. De su sistema político dirá el historiador griego Polibio: «Las tres clases de gobierno citadas dominaban la Constitución y las tres se ordenaban, administraban y repartían tan equitativamente, con tal acierto, que nadie, ni los nativos, habrían podido decir con certeza si el régimen era del todo aristocrático, democrático o monárquico. Cosa natural, pues atendiendo a la potestad consular se asemejaba a una constitución plenamente monárquica, tomando en consideración la del Senado, aristocrática, y considerando la del pueblo, creeríamos hallarnos por completo en una democracia».

Cartago era también una república, con otra poderosa oligarquía representada en un Senado; pero en casi todo lo demás las dos ciudades diferían. Roma, ciudad interior aunque cercana a la costa, de economía agraria y lengua indoeuropea, ostentaba la hegemonía sobre la mayor parte de

Italia, con un ejército de ciudadanos y, al principio, escasa capacidad marinera. Cartago, ciudad marítima, de cultura semita y comercial, disponía de una potente armada, un ejército mercenario y su área de influencia abarcaba el norte de África, gran parte de Iberia y las grandes islas Sicilia, Cerdeña, Córcega y las Baleares, de donde casi había desplazado la presencia política y comercial griega. El occidente mediterráneo parecía destinado a convertirse en un mar púnico.

* * *

Cerrando casi por completo el Mediterráneo occidental se hallaba Hispania o Iberia, habitada por un mosaico de pueblos. Desde el punto de vista socieconómico, han solido distinguirse en la península tres amplias zonas bastante definidas, de mayor a menor complejidad o civilización: la mediterránea (extendida desde los Pirineos hasta el sur de Portugal, ya en el Atlántico), la centrooccidental y la norteña.

La primera se ha identificado tradicionalmente con los pueblos íberos, así llamados por ser la parte de Iberia más próxima y conocida para los griegos. El origen de estos pueblos es incierto, y probablemente fueron identificados por compartir creencias religiosas y hablar dialectos parecidos, si bien se hallaban dispersos en varios grupos y tribus. La arqueología demuestra su considerable desarrollo artístico (damas de Elche o de Baza, monumento funerario de Pozo Moro, por ejemplo) y económico en torno a ciudades pequeñas con un comercio bastante activo, escritura propia —se conservan unas 2000 inscripciones no descifradas hasta hoy, en lengua no indoeuropea— y, a partir de los enclaves comerciales costeros, notables influencias helénicas y fenicias. Poseían una técnica considerable,

manifiesta, por ejemplo, en la confección de las célebres falcatas o espadas ibéricas, muy apreciadas por los romanos. Por el extremo suroccidental de este ámbito, en el bajo Guadalquivir y desde Cádiz al Algarbe, había florecido varios siglos antes la civilización tartésica, probablemente la más antigua del Atlántico. Gádir, la actual Cádiz, fundada posiblemente antes del año 1000 por los fenicios, es también la primera ciudad existente en todas las costas atlánticas.

La segunda zona socioeconómica comprendía las poco fértiles mesetas y sierras del interior peninsular y Lusitania. Allí vivían tribus célticas (las que usaban el alfabeto ibérico se llamaban celtíberas), provenientes del centro de Europa, que terminaron fundiéndose con indígenas anteriores, a quienes impusieron su idioma y otros rasgos. Más ganaderos y menos agrarios y comerciantes que los íberos, con menos ciudades y economía más elemental, han dejado restos arqueológicos también más pobres, y debían de hablar dialectos indoeuropeos emparentados y compartir creencias y folclore. Dentro de la zona céltica subsistirían pueblos no celtizados o sólo parcialmente.

En la tercera zona, cornisa cantábrica y actual Galicia, se diseminaban varios pueblos sobre una tierra de bosques y montañas, de arduas comunicaciones, sin núcleos de población algo densos, más lejanos de la civilización que el resto. Parte de esta zona, Galicia ante todo, conservaría largo tiempo la cultura castreña, de carácter étnico discutido. En la actual Navarra y Pirineos aledaños se hablaba vascuence, lengua no indoeuropea como la ibérica (aunque no se ha demostrado parentesco entre ambas), mientras que las actuales Vascongadas y Galicia parecen haber sido bastante celtizadas.

Habida cuenta de las circunstancias económicas, los

habitantes de Iberia no debían de llegar a los dos millones, aunque se hace imposible un cálculo algo preciso.

La distribución cultural y económica de Europa recuerda a la de Iberia por aquellas fechas: una cuenca mediterránea bastante o muy civilizada; al norte de ella, desde Irlanda y Galicia hasta Anatolia, una amplia franja de pueblos semicivilizados, celtas o celtizados, producto de una expansión de siglos, con amplios islotes de pueblos distintos; y al norte y este de esa segunda franja, una tercera donde vivían los pueblos germánicos y eslavos, de cultura más primitiva comparable a la del norte peninsular.

Entre las tribus de Iberia debían de menudear las hostilidades, como indican los restos arqueológicos y los testimonios romanos. Éstos tenían a los hispanos por belicosos y explotaron a conciencia su desunión. Pero de las historias, empresas, caudillos, modos de vida, formas políticas y religiosidad de aquellos pueblos sabemos muy poco. Algunos autores, como Martín Almagro Gorbea, han supuesto cierta tendencia unitaria, pero la unificación sólo podría efectuarla alguna tribu o ciudad con ambición y potencia hegemónica, y no hay noticia clara de que tal proceso estuviera en curso. Acaso Tartesos habría podido cumplir ese papel progresivamente, ya que su red cultural y comercial llegó a extenderse por Extremadura hasta León, y por el valle del Guadalquivir… Sin embargo esa civilización había desaparecido bruscamente en el siglo VI, tres antes de la época que tratamos, debido a una crisis comercial en su relación con Fenicia o, más probablemente, aplastada por Cartago. Después de Tartesos no se aprecia ningún poder capaz de imponerse o con designio de hacerlo, ni en el ámbito ibérico ni en el celta. No hubo, pues, un impulso comparable al de Roma en Italia o Cartago en las costas del

Mediterráneo occidental. En todo caso, cualquier posible proceso de esta índole iba a verse impedido, antes de nacer, por intervenciones exteriores: precisamente de Cartago y de Roma.

* * *

Y fue en el Mediterráneo occidental donde, hacia la segunda mitad del siglo III, iban a producirse hechos decisivos para la historia posterior del mundo civilizado, y que iban a determinar de inmediato el destino del Mediterráneo y, por cierto, de Hispania.

Hacia el año 264, las dos poderosas y expansivas ciudades-estado púnica y latina chocaron en Sicilia de forma en parte accidental, a través de un conflicto interior entre ciudades de la isla. La guerra, con diversas alternativas, duró 23 años y terminó con una difícil victoria de Roma, quedando Sicilia bajo su influencia y perdiendo Cartago la hegemonía naval. Poco después una rebelión de los mercenarios de Cartago permitió a los romanos hacerse con Cerdeña y Córcega, en violación de los acuerdos. Esta guerra, primera de las «Púnicas», no decidió la situación, y sólo aplazó la rivalidad entre ambas ciudades por controlar el Mediterráneo occidental. La derrotada potencia africana se concentró en rehacer su poder económico y militar, afianzándolo en el actual Magreb y extendiéndolo por la Península Ibérica. Con ese objeto el general Amílcar Barca fundó la «Ciudad Nueva», actual Cartagena, en 227, diseñada como base de su expansión por Hispania y para empresas más vastas. El intento de someter a los pueblos de Iberia no resultaría fácil a los púnicos, y los dos jefes de la familia Barca, Amílcar y Asdrúbal, lo pagarían con la vida.

Aníbal, hijo de Amílcar, resuelto a controlar la península, llevó sus campañas por el interior hasta la actual

Zamora. Jefe excepcional por sus dotes y amplia visión, muy estimado por sus tropas, buscaba el desquite con Roma llevando la guerra hasta el final, en la misma Italia. La primera etapa de su plan consistió en organizar, adiestrar, armar y pagar un ejército, tarea difícil y de gran envergadura, y asegurar la Península Ibérica como fuente de pertrechos, minerales, entre ellos oro y plata, y soldados de excelente reputación. Hacia el año 220 a. C., casi dos tercios de la península se hallaban más o menos bajo dominio púnico, desigualmente afianzado.

La ofensiva contra Roma comenzó en 219 con el ataque a Sagunto, próspera ciudad comercial ibérica helenizada. La ciudad pertenecía al área de influencia cartaginesa, extendida hasta el Ebro por los acuerdos de la anterior Guerra Púnica, y por ello atacarla no debía suponer un conflicto con Roma. Pero los saguntinos habían entrado por su cuenta en alianza con los romanos, y Aníbal sabía que al atacarles atacaba a su verdadero enemigo. Habría luego fuerte polémica justificativa sobre quiénes habían infringido los pactos: parece claro que lo hicieron los cartagineses, pero los romanos los habían roto antes al adueñarse de Córcega y Cerdeña.

Esperaba el cartaginés que Sagunto cayera sin excesiva dificultad, pero encontró una resistencia enconada y agresiva, en la que el propio Aníbal recibió heridas graves. Los sitiados esperaron refuerzos de Roma, pero, al no llegar éstos, se vieron poco a poco acorralados. Aníbal, furioso, ofrecía a sus soldados la ciudad como botín, y a quienes se rindieran condiciones apenas mejores que la esclavitud. Ante ello, un número de saguntinos optó por hacer una gran pira y arrojar a ella sus riquezas y a sí mismos, y otros se lanzaron a morir combatiendo a la desesperada. El heroísmo y el trágico

fin de la ciudad halló eco en toda la península.

Así comenzó la II Guerra Púnica. Embajadores romanos trataron de atraerse a las tribus ibéricas más o menos sometidas o aliadas de Cartago, pero recibieron una fría respuesta: «Id a buscar aliados donde no se conozca el desastre de Sagunto; para los pueblos de Hispania, las ruinas de Sagunto serán un ejemplo tan siniestro como señalado para que nadie confíe en la lealtad o la alianza romana».

Puesto que el mar estaba dominado por la escuadra enemiga, Aníbal avanzó por tierra hacia Italia con un ejército de unos cien mil cartagineses, númidas, hispanos y galos. Cruzó los Pirineos, el sureste de la Galia y los Alpes en una de las marchas más célebres de la historia, y penosa en extremo, pues perdió, se dice, la mitad de sus tropas. Pero, ya en Italia, se atrajo a pueblos celtas y venció a los romanos en Tesino (218), Trebia (finales de 218) y Trasimeno (217). Roma sufrió dolorosas pérdidas, pero no desmayó. Con esfuerzo ímprobo reclutó otro gran ejército, estimado en 90 000 soldados, contra los 50 000 mal abastecidos de Aníbal. La proporción de fuerzas y la eficacia combativa de las legiones romanas debían haber abocado a los cartagineses a la catástrofe final. Pero, trabado el combate en Cannas, en agosto de 216, la magistral táctica de Aníbal consiguió envolver a sus enemigos y aplastarlos en una de las batallas más sangrientas de la historia en un solo día: murieron 70 000 romanos, según Polibio, y 6000 púnicos.

El sorprendente desenlace pudo haber sellado el destino de Roma. La ciudad disponía de recias murallas, pero no del ejército capaz de defenderlas. Cuando llegaron allí las noticias, «jamás fue tan acusado el pánico y la confusión», dice Livio; las mujeres llenaban las calles de clamores por sus muertos, corrían mil rumores y para aplacar a los dioses

se realizaron sacrificios humanos, una práctica ya desusada en la tradición latina (en Cartago persistía la costumbre de arrojar niños al fuego en ofrenda a su dios principal, Baal-Hammon). No obstante, el Senado conservó la calma y, dándose cuenta de que todo dependía de las decisiones de Aníbal, aplacó los tumultos, obligó a cada cual a permanecer en su casa y trató de informarse, por medio de espías y de los supervivientes. Las noticias le tranquilizaron, pues le permitían ganar tiempo: «El cartaginés estaba asentado en Cannas traficando con el precio de los prisioneros y del resto del botín, sin la moral del vencedor ni el comportamiento de un gran general».

Y así era. En el momento decisivo, Aníbal, tan audaz hasta aquel momento, había vacilado: sus hombres estaban agotados, no había recibido refuerzos de Cartago debido a las intrigas de sus rivales en el Senado cartaginés, y las murallas de Roma le imponían respeto. Maharbal, jefe de la caballería, más lúcido, le propuso avanzar al instante sobre la urbe latina, «para que antes se enteren de que hemos llegado que de que vamos a llegar». Ante las dudas de su general dictó la célebre sentencia: «Los dioses no conceden todos sus dones a una misma persona: sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovechar la victoria». El caudillo púnico llevó su indecisión hasta dirigir frases conciliatorias a su mortal enemiga, a la que intentaría asaltar años más tarde, ya en condiciones mucho peores y en vano.

La batalla de Cannas resultó así la decisiva de aquella guerra: pudo haber causado la aniquilación de Roma y en cambio no impidió su supervivencia y recuperación, que Cartago iba a pagar muy caras. Para ello hizo falta la energía y voluntad unánime del Senado romano, talante muy distinto del Senado cartaginés. Así, la ciudad latina

concentró sus últimas fuerzas en levantar un nuevo ejército recurriendo a los supervivientes de Cannas, a soldados muy jóvenes y a esclavos a quienes prometió la libertad; y desplegó una activa diplomacia para retener a sus vacilantes aliados.

Aníbal se retiró al sur de Italia y adoptó una estrategia de largo plazo, tratando de cortar el abastecimiento de su enemiga, devastar sus tierras y privarla de aliados por la diplomacia o la fuerza. Apuesta peligrosa, debido a su propia dependencia de suministros lejanos y al sabotaje de sus adversarios en Cartago, donde su rival Hannón respondía con una envenenada argucia a sus peticiones de auxilios: «Si Aníbal es vencedor, no los necesita; si es vencido, no los merece». Desde el asedio de Sagunto hasta Cannas habían pasado tres años cuajados de victorias, pero ahora la contienda iba a volverse lenta y pesada frente a un enemigo que a su vez buscaba tenazmente aislarle a él. En difícil situación los dos bandos, se agotaban en una pugna interminable.

Consciente del valor de Iberia como base cartaginesa, Roma había enviado allí en 218 a los hermanos Publio y Cneo Cornelio Escipión con importantes fuerzas. Éstos habían infligido reveses a los púnicos, pero en 211, a los ocho años de comenzada la contienda y a los cinco de Cannas, fueron vencidos y muertos por Asdrúbal, hermano de Aníbal. En ese punto entraría en escena un joven general de la talla de Aníbal, Publio Cornelio Escipión, hijo y sobrino de los derrotados en Hispania, adonde acudió para enderezar el curso bélico. Pues allí, más que en Italia, iba a dirimirse la magna contienda.

Escipión desembarcó en Tarragona y dedicó los meses siguientes a elevar la moral de sus tropas y reorganizarlas, y a

informarse minuciosamente sobre las posiciones e intenciones de sus enemigos. Averiguó que éstos tenían en Hispania tres ejércitos muy separados territorialmente, aunque susceptibles de concentrar sus fuerzas en poco tiempo; y que sus jefes rivalizaban entre sí y disgustaban a los pueblos hispanos con sus exigencias. Entonces concibió el osado plan de tomar la lejana Cartago Nova, principal base enemiga, arsenal, almacén del tesoro y centro de navegación con la metrópoli púnica. La plaza estaba bien amurallada pero mal guarnecida, pues nadie imaginaba una empresa tan audaz. A marchas forzadas, Escipión llegó a la ciudad y la tomó con ardides ingeniosos antes de que los ejércitos enemigos pudieran ayudarla. Al mismo tiempo se atrajo a varios pueblos celtíberos, entre ellos a la populosa tribu ilergete mandada por los caudillos Indíbil y Mandonio, antes aliados de Cartago.

La caída de Cartago Nova, en 209, dio un vuelco a la situación en Hispania, pero los tres ejércitos cartagineses seguían incólumes. Al año siguiente, Escipión marchó sobre la Bética para atacar a Asdrúbal con rapidez que impidiese a los otros generales púnicos reunirse con él, lo desbarató en Bécula, en la primavera de 208 y se adueñó de gran parte del sur peninsular. Aun así no pudo impedir la huida de Asdrúbal, quien, con el grueso de sus tropas, subió hacia las actuales Navarra y Guipúzcoa, donde reclutó a numerosos vascones, y siguió a Italia por el sur de las Galias. La reunión de sus refuerzos con Aníbal, habría exacerbado de nuevo el peligro para los romanos. Éstos le salieron al paso y lo vencieron ya en Italia, junto al río Metauro. Su cabeza cortada fue arrojada al campamento de su hermano Aníbal, para desmoralizarle.

Continuaban en Hispania dos ejércitos cartagineses

reforzados desde África, pero Escipión los aniquiló el año 206, esta vez en Ilipa, quizá cerca de la actual Carmona: Aníbal y Cartago perdieron su base hispana, cuya parte mediterránea, más algunas tierras celtíberas, quedaron bajo control latino. Escipión fundó Tarragona como ciudad y también Itálica, cerca de la actual Sevilla, poblándola con veteranos de las legiones.

Faltaba el golpe de gracia al Imperio cartaginés. Escipión pudo haberlo intentado en Italia, pero prefirió hacerlo en la misma África, desembarcando osadamente cerca de Cartago. Con ello obligaba a Aníbal a evacuar Italia, librando a Roma de su amenaza, aunque se arriesgaba a sufrir él mismo una derrota fatal. Por fin venció al gran cartaginés el año 202, en Zama, y se ganó el apodo de *El Africano*.

* * *

Terminaba así, tras diecisiete años de empeñadísima pugna, la II Guerra Púnica, que «tuvo tantas alternativas y su resultado fue tan incierto que corrieron mayor peligro los que vencieron», señala Tito Livio. Roma quedaba dueña del Mediterráneo occidental y, continuando su impulso, proyectó enseguida su poderío sobre el Mediterráneo oriental, imponiéndose a Macedonia y a Siria. En esta última campaña *El Africano* volvería a desempeñar un papel clave.

Esta guerra, dice Tito Livio fue «la más memorable de cuantas se llevaron jamás a cabo», y no exagera: veintiséis años después de haber estado a punto de perecer en Cannas, la ciudad del Lacio ostentaba la hegemonía en todo el Mediterráneo, cuyas orillas llegaría a dominar por completo, situación política y estratégica nunca antes conocida y que jamás se repetiría. Pero la proyección de esa guerra alcanza mucho más de lo que pudieron imaginar Livio o sus

contemporáneos. Si el gran designio de Aníbal hubiera tenido éxito —y muy cerca de él estuvo—, el Imperio romano nunca habría llegado a existir, con todo lo que ello ha supuesto para la historia de Occidente. Muy distinta habría sido la evolución cultural y política europea, y quizá Europa no habría llegado a conformarse, muchos siglos después, como centro o eje de la evolución mundial. Por lo que nos atañe, la segunda mitad del siglo III antes de Cristo no es una época más en la historia. En cierto modo nació entonces la civilización comúnmente llamada occidental y su acta de nacimiento fue precisamente aquella guerra.

La derrota de Cartago orientó la historia posterior de Hispania. Si alguna guerra ha habido decisiva, una auténtica guerra del destino, para España y para Europa, ha sido ésta, cuyos efectos llegan con plena fuerza hasta hoy. Sin ella Hispania habría entrado en la órbita afro-oriental, no tendríamos la cultura que tenemos ni el idioma que hablamos, el cristianismo habría sido erradicado por la posterior invasión musulmana, como en el norte de África, y no habrían sido posibles procesos como la Reconquista. España, propiamente hablando, no habría llegado a existir, y la historia de Iberia se habría parecido más, con toda probabilidad, a la de los Balcanes.

2

ESCIPIÓN, VIRIATO, SERTORIO

Paradójicamente, Escipión terminaría vencido por sus propios paisanos, pese a los servicios excepcionales que les había rendido. Surgió frente a él Catón *el Viejo* o *el Censor*, hombre rígido, duro y mezquino, que había luchado a sus órdenes y le hizo acusar de malversación. Absuelto, *el Africano*, ofendido, abandonó su ciudad. Murió en 183, con 52 años, tras ordenar su epitafio: «Patria ingrata, no tendrás mis huesos». Aníbal murió el mismo año, con 64, suicidándose en Bitinia, Asia Menor, al exigir los romanos su entrega al rey del país. También él se había visto obligado a exiliarse de Cartago por las intrigas de sus paisanos y el peligro de ser entregado a Roma.

Escipión pertenecía a una familia patricia, mientras que Catón, agricultor muy gustoso de la vida campesina, procedía de la plebe. Esta diferencia de origen y carácter se completaba con otras más significativas: el primero sentía atracción por el espíritu helenístico y lo fomentaba, después de que las guerras hubieran generado contactos estrechos del Lacio con las ciudades griegas del sur de Italia y con la propia Grecia, alumbradores de una peculiar simbiosis cultural en toda la cuenca mediterránea. Su adversario defendía las viejas costumbres y virtudes que habían dado a Roma su vigor y preeminencia, representadas por el héroe Cincinato de comienzos de la república: honradez, frugalidad, trabajo duro, rusticidad, un rudo pero estricto sentido de la justicia y de la piedad religiosa, ausencia de ambiciones personales (la figura de Cincinato inspiraría muchos siglos después a los prohombres de la independencia de Usa). Catón juzgaba que los griegos y sus libros no

debían ser tomados muy en serio («cuando esa gente nos pase sus escritos, lo corromperán todo»), y obtuvo del Senado la expulsión de tres filósofos atenienses.

Otro efecto de las guerras fue la afluencia de inmensas riquezas a Roma, las cuales impulsaron, en efecto, la corrupción pública y la concentración del poder económico en unas cuantas familias, la clase senatorial, así como la ruina de muchos pequeños y medios propietarios. Este efecto inesperado irritaba a los nobles y plebeyos más desfavorecidos, que simpatizaban con las prédicas catonianas y añoraban la austeridad y justicia de antaño. Una desviación del descontento se orientó contra Cartago, la cual rehacía deprisa su prosperidad y, según algunos, pronto volvería a convertirse en un peligro. Catón cerraba sus discursos, cualquiera que fuese su tema, con la célebre frase *Delenda est Carthago* (hay que destruir Cartago). Así llegaría la III Guerra Púnica en 149, año también de la muerte de Catón, y que terminaría a los tres años con el arrasamiento de la ciudad africana, seis siglos y medio después de su fundación como colonia fenicia de Tiro y cincuenta y seis años después de la derrota de Aníbal.

Catón tuvo intensa y desgraciada relación con Iberia, adonde acudió en 195 para sofocar la sublevación de la Hispania Citerior, territorio de los íberos. Combinó rápidas maniobras ofensivas con una diplomacia engañosa sin escrúpulos, a fin de oponer a unos pueblos contra otros, y con una crueldad implacable, sin ahorrar matanzas de prisioneros y saqueos. Se jactaba de haber destruido más ciudades que días había estado en el territorio (llamaba ciudades a pequeños núcleos de población), y dejó tras sí un recuerdo de horror como nunca habían dejado Escipión o los cartagineses.

Con toda su brutalidad, Catón distaba de ser un individuo vulgar. Carecía del genio de Escipión, pero era un general hábil, además de orador y escritor notable. Escribió una historia de Roma y otras ciudades italianas, un tratado militar y varios sobre los trabajos del campo y de preceptos y máximas morales, perdidos hoy en su mayor parte; sus discursos fueron editados asimismo. Sus obras dignificaron el latín como lengua de cultura, y se ha supuesto que sin su esfuerzo literario el griego se habría impuesto en tal función, relegando el latín a idioma puramente político y familiar.

* * *

Los éxitos romanos nacían en amplia medida de sus legiones, el aparato militar mejor concebido de la Antigüedad, que iban a pasear las águilas de la urbe latina por el mundo entonces conocido en torno al Mediterráneo. La legión variaba entre 3500 y 8000 infantes, más frecuentemente 6000, auxiliados por un destacamento a caballo, y tenía tal cohesión y adaptabilidad a cualquier circunstancia y frente, que incluso sus derrotas solían costar al enemigo pérdidas cuantiosas —con excepciones como Cannas—. Pero sus victorias aún dependieron más de la calidad de sus jefes, y especialmente de la de Escipión.

Cuando se observan los grandes movimientos sociales en largos períodos de tiempo, los personajes se desdibujan, tal como, desde cierta altura, vemos la línea de las carreteras y las poblaciones que unen, pero no distinguimos su tráfico ni directamente su utilidad. Sin embargo los movimientos sociales se conforman con grupos estructurados, y en ellos sobresalen algunos individuos, bien por méritos propios, bien por el lugar en que la fortuna los ha situado. La cohesión social suele depender de la calidad de sus líderes. Hay asimismo épocas en las que apenas surgen

personalidades políticas o intelectuales relevantes, y otras en que aparecen con abundancia. Encontramos también períodos de estabilidad y aspecto gris y anónimo, y otros de encrucijada, en los que las sociedades toman unos u otros derroteros, a menudo bajo el influjo determinante del carácter y la voluntad de un hombre. Individuos como Qin Shi Huang o Asoka tuvieron extraordinaria trascendencia histórica, el helenismo no se entendería sin Alejandro Magno, ni la guerra de Aníbal sin éste y Escipión. Cabe suponer que la tendencia expansiva de Roma y Cartago las hubiera llevado igualmente al choque sin estos dos líderes —o bien a un acuerdo sobre áreas de influencia, como prefería Hannón—, pero el resultado no habría sido el mismo.

El rival de Aníbal fue un personaje descollante por sus hechos y carácter. Muy joven cuando asumió su arriesgada tarea, tenía ya alguna experiencia militar, don de gentes y entereza bien probada tras el desastre de Cannas, cuando, pese a no contar más allá de 19 o 20 años, fue elegido para el mando de los supervivientes. Otros nobles pensaron que «se están creando expectativas vanas, pues la república no tiene salida y ya se ha hecho el duelo por ella»; por tanto planeaban desertar y huir por mar para ofrecer sus servicios a otros reyes. Al conocer estos propósitos, los demás jefes, indecisos, propusieron deliberar, pero Escipión rechazó cualquier discusión, arguyendo que «donde se piensan cosas como esas hay un verdadero campamento enemigo». Fue con algunos fieles a la tienda donde hablaban los partidarios de huir y «desenvainando la espada sobre la cabeza de los asistentes, dijo: "Juro por mi conciencia que lo mismo que yo no abandonaré la república del pueblo romano, tampoco consentiré que la abandone ningún otro ciudadano […]. Exijo que con las mismas palabras juréis los presentes.

Quien no jure, sepa que mi espada está desenvainada contra él"». Los presentes, aterrados, juraron y se entregaron a la vigilancia de los hombres de Escipión.

Tampoco fue un trance fácil la asunción del mando para Hispania. Ante las noticias de la derrota y muerte del padre y el tío de Escipión frente a Asdrúbal, «la ciudadanía estaba abatida y sin saber qué hacer. No obstante bajó al Campo de Marte el día de los comicios; vuelto hacia los magistrados, observaba los rostros de los ciudadanos principales, que a su vez se miraban unos a otros […]. Nadie tenía el valor de hacerse cargo del mando supremo en Hispania; entonces Publio Cornelio, hijo del Publio caído en Hispania, joven de unos 24 años de edad, manifestó de pronto que optaba al cargo y se colocó en un lugar más elevado, donde se le pudiera ver». Hubo un entusiasta movimiento de apoyo, pero «después de finalizada la votación, cuando en los ánimos se calmó la impetuosidad y la euforia, se produjo un repentino silencio y una callada reflexión sobre lo que habían hecho, no fuera a ser que la simpatía se hubiera impuesto a la razón. Les preocupaba sobre todo su corta edad; algunos se estremecían además pensando en el sino de aquella familia», narra Tito Livio. El joven revelaría pronto su genio, resalta Polibio: «A sus veintisiete años se entregó a empresas que la gente creía desesperadas […] y, dedicado a ellas, dejó de lado los planes vulgares que le podían venir a la mente a cualquiera y se propuso hacer lo que ni amigos ni enemigos podían sospechar. Y todo con los cálculos más precisos». Imaginativo, tenaz, firme y flexible, no reveló especial crueldad y respetó la autonomía de la derrotada Cartago.

* * *

En cuanto a Hispania, a Escipión se debe el comienzo de la penetración latina y con ella de la unificación cultural e

idiomática del país, siendo la base del proceso Tarragona, que tomó enseguida vuelo político y comercial. Fue un proceso lento y repleto de choques e incidentes. Hispania sería la primera conquista extra itálica de Roma, pero también la que iba a ofrecer mayor resistencia. Sólo en el año 17 antes de Cristo, dos siglos después de la llegada de Escipión, tras reiteradas y a veces empeñadísimas guerras, culminaría la ocupación de la península. Las conquistas romanas, anteriores o posteriores, exigirían campañas mucho más breves: en sólo ocho años lograrían someter a las Galias y la Germania occidental; y en campañas menores a Grecia, Siria, Egipto o el norte de África, convirtiendo al Mediterráneo en un *Mare Nostrum*.

Hasta el terror de Catón, la dominación cartaginesa y romana en Hispania había sido tenue, mediante pactos y alianzas que supeditaban a los íberos y celtíberos, pero dejándoles amplia autonomía. Sin duda los pueblos peninsulares detestaban la presencia de ejércitos extranjeros, pero éstos eran mucho más potentes y organizados que los indígenas, los cuales, aunque al principio causaran serios reveses a los púnicos y luego a los romanos, sólo podían intentar sacar algún partido de la rivalidad latinopúnica, y en ningún momento supieron unirse para una defensa común.

Completada la victoria romana, la situación peninsular cambió. La nueva dominadora sentía menos necesidad de atraerse a aquellas tribus atrasadas y levantiscas, y se propuso un dominio mucho más firme. Su zona de influencia, aproximadamente el tercio oriental de Iberia desde los Pirineos a Huelva, fue dividida en 197 en dos zonas: Hispania Citerior y Ulterior, con límite aproximado por la actual Valencia. Ya con Escipión comenzaron las revueltas en el noreste, acaudilladas por jefes locales como Indíbil y

Mandonio, que fueron derrotados. Cuando Escipión abandonó Hispania, en 205, la rebelión se reprodujo y volvió a ser aplastada, muriendo Indíbil en la lucha y Mandonio crucificado. No obstante, las rebeliones se reanudaron en 197 y 195. Los pueblos turdetanos y otros de la actual Andalucía se sacudieron momentáneamente el yugo, matando en lucha el procónsul romano. Siguieron nuevas represiones y rebeliones hasta que a finales de la década la zona entera quedó pacificada. Luego, desde 189, los latinos avanzaron sobre Lusitania desde el sur, y desde 181 sobre Celtiberia desde el este. Azuzando las rivalidades entre unos pueblos y otros, combinando los pactos con la acción bélica, el poder romano progresó durante la década siguiente, haciéndose insufrible por la corrupción y exacciones de los gobernadores.

El año 153 algunos pueblos celtíberos reanudaron la resistencia en torno a Numancia, próxima a la actual Soria. Los numantinos disponían de jefes lo bastante hábiles y tropas lo bastante valerosas para desbaratar a las legiones, tanto en emboscadas guerrilleras como en el choque abierto. El primer ataque a la ciudad terminó en un grave revés para los romanos, que llevaban elefantes. Su general fue relevado, pero su sucesor, con un ejército mucho más potente, volvió a fracasar. Un nuevo ejército con 30 000 infantes y 2000 jinetes, atacó de nuevo Numancia y Tiermes, otra ciudad resistente, pero sufrió tales pérdidas que hubo de aceptar un pacto desfavorable. Sustituido el general romano, su sucesor tuvo que resignarse a su vez a un pacto que el Senado consideró vergonzoso. Reanudada la guerra, los desastres romanos aumentaron todavía. Y así continuaría una lucha que había de durar 18 años.

Aquellas derrotas no suponían para la ciudad latina un

peligro como el de las campañas cartaginesas, pero resultaban más humillantes, pues no las infligía una gran potencia, sino tribus poco numerosas y semiaisladas, sin un designio político de alcance más allá de asegurar su independencia. Los continuos reveses y la sensación de impotencia destruyeron la moral y la disciplina de las hasta entonces invencibles legiones, mientras en Roma los jóvenes rehuían el servicio en Hispania y fue preciso obligarles por sorteo.

Finalmente el Senado hizo un esfuerzo decisivo recurriendo a Escipión Emiliano, nieto por adopción del vencedor de Aníbal. Emiliano había dirigido la III Guerra Púnica que había destruido Cartago, y se le consideraba, como militar, de categoría próxima a la de su abuelo. Con métodos drásticos restableció la disciplina y, pareciéndole imprudente intentar nuevos asaltos, aplastó a los pueblos solidarios con los numantinos y bloqueó la ciudad con muros, fuertes y artilugios sobre el río Duero, condenando al hambre a sus moradores. Impresionadas por tal despliegue, y faltas de líderes a la altura, las tribus del entorno permanecieron pasivas. Los numantinos resistieron quince meses en condiciones extremas, y en 133 antes de Cristo prefirieron seguir el ejemplo de Sagunto 86 años antes, incendiando sus bienes y haciéndose matar o suicidándose. Los pocos supervivientes fueron vendidos como esclavos. La epopeya numantina impresionó a los propios vencedores.

En práctica simultaneidad con la rebelión de Numancia, los lusitanos comenzaron la suya en 155. La Lusitania venía a ocupar el Portugal de hoy desde el Duero hasta el sur, más gran parte de las actuales Extremadura, Salamanca y Zamora. Al parecer, la región sufría un rápido proceso de concentración de la propiedad agraria, que dejaba a muchos

habitantes sin tierra y dedicados al bandidaje. Su rebelión cobró impulso, y lusitanos y celtíberos osaban incursionar la zona mediterránea y el África inmediata, sin formar, no obstante, alianza entre ellos. La reacción romana, bajo el mando del pretor Galba, fue feroz. En 150 engañó a los lusitanos prometiéndoles un reparto de tierras, y los asesinó en masa cuando los tuvo confiados y desarmados. La combinación de superioridad organizativa, crueldad brutal y explotación de las rivalidades locales y sus traiciones mutuas devolvió a los romanos la iniciativa durante unos años.

La revuelta que siguió a las matanzas de Galba estuvo también a punto de ser aniquilada, pero salió de entre los lusitanos un jefe de cualidades no comunes, el pastor Viriato, que los dirigió desde 147.Ante su inferioridad militar, Viriato diseñó una táctica de rápidas dispersiones y ataques, emboscadas y guerrillas, con la cual venció sucesivamente a ejércitos enemigos de más de 15 000 hombres con poderosa caballería. Fue la llamada «Guerra de fuego», por el ardor con que ambas partes la libraron. Viriato fue imponiéndose sobre cerca de un cuarto del territorio peninsular, arrastrando a la rebelión a otras tribus celtas o celtibéricas y, al igual que los numantinos, no se mostró cruel en el castigo a los vencidos. A los siete años consiguió dictar una paz humillante a los latinos en la que éstos le reconocían caudillo de los lusitanos y, para mayor sarcasmo, «amigo de Roma», con práctica independencia. Tal situación no podía ser estable y no lo fue. El triunfo lusitano podía alentar más rebeliones, y los romanos recurrieron entonces a otro medio: sobornaron a tres lugartenientes de Viriato para que lo matasen. Y así ocurrió. Ha pasado a la historia la respuesta del cónsul Cepión a los asesinos cuando éstos fueron a cobrar el soborno: «Roma no paga a traidores».

Tras grandes y bárbaros funerales a Viriato, con sacrificios humanos, los lusitanos volvieron a la lucha bajo un nuevo jefe, Tántalo; pero éste carecía del genio y el prestigio de su predecesor, y su revuelta fue sofocada en poco tiempo.

Viriato murió seis años antes de caer Numancia. Había sido el líder hispano más capacitado, reconocido y audaz: derrotar a las legiones y a varios de sus mejores generales una y otra vez durante siete años, con tropas orgánicamente muy inferiores y alianzas precarias con otros pueblos, es una hazaña muy poco usual. Por ello pudo representar mejor que nadie la resistencia de Hispania frente a Roma, y en tal sentido vale la pena compararlo con Escipión. Éste procedía de una familia noble de una urbe civilizada y era él mismo un hombre refinado y culto. Viriato, pastor y quizá bandido, de costumbres rudas, nació de un pueblo no civilizado al que los latinos consideraban aún más pobre y bárbaro que los del centro de la península. Pero con tantas desventajas, unía el valor a una inteligencia natural destacada. Su política de extender la rebelión y aliarse con pueblos celtíberos podría indicar acaso un plan más vasto de expulsar a los romanos y unificar la península, pero no tenemos ningún indicio claro al respecto. De hecho ni siquiera se produjo una alianza con los numantinos que por los mismos años infligían a Roma una humillación tras otra.

Precisamente la ausencia de un designio de este género permitió a los invasores utilizar a vascones contra celtíberos y a unos celtíberos o lusitanos contra otros. Además, la población peninsular, por lo escasa, no bastaba para poner en pie un verdadero ejército especializado y profesionalizado, más allá de una especie de milicias, lo que vuelve aún más meritorios sus éxitos y resistencia, pero al mismo tiempo los

limitaba. Por lo tanto no cabe considerar a Viriato fundador posible de la futura España. Desde luego, Escipión tampoco pensaba en nada parecido, pero sus acciones sentaron las bases de la unidad cultural del territorio y, por tanto, de su devenir histórico.

* * *

Al terminar las guerras lusitanas y celtibéricas la romanización de la Hispania mediterránea y andaluza estaba muy avanzada. Y la misma Roma se había transformado con sus éxitos. Su expansión durante los siglos III y II a. C. había desajustado su estructura e instituciones, la afluencia de riquezas causó enormes desproporciones de fortuna, expansión de los latifundios cultivados con masas de esclavos, y ruina de los pequeños y medios campesinos; la fe tradicional, las costumbres y el cumplimiento de las leyes decayeron. Poco después de Numancia, aunque sin relación directa con ella, las contiendas exteriores fueron sucedidas por violentos disturbios en la metrópoli, al chocar los intereses de la enriquecida oligarquía senatorial y los de la plebe de pequeños y medios propietarios, base hasta entonces del estado romano, encabezados por los Gracos. De ahí nacieron cruentas guerras civiles en Italia, donde los aliados de Roma se sentían mal tratados por la urbe triunfante, y luego entre los partidarios del Senado, dirigidos por Sila, y los que exigían reformas y mayor poder a la plebe, representados por Mario (el cual se había formado militarmente en la campaña de Numancia). Uno y otro conculcaron las leyes y tradiciones según les convino, y el vencedor, Sila, tratando de reforzar la república, la hundió prácticamente, al establecer un sistema de terror.

Estas guerras repercutieron en Hispania, donde Quinto Sertorio, seguidor de Mario, mantuvo durante diez años

(82-72) una administración independiente de Roma centralizada en la actual Huesca. Este general, llamado a Hispania por los lusitanos, logró atraerse a una parte considerable de los pueblos peninsulares, iberos, celtíberos, lusitanos y vascones, y rechazó una y otra vez a los ejércitos latinos mandados contra él, incluyendo los de un rival tan experto como Pompeyo, aunque también sufrió reveses graves. Según Plutarco, su actitud hacia los hispanos era más bien instrumental y no pensaba crear un estado aparte; pero la dinámica de la lucha le llevaba a crearlo, si bien latinizado, y a ganarse la adhesión de muchos hispanos deseosos de sacudirse el yugo romano. Habría sido una iniciativa más viable que la de Viriato, por cuanto tendría unas instituciones, cultura y ejército más complejos. Sin embargo la posibilidad se vino abajo de un modo que recuerda al de Viriato: uno de sus lugartenientes, Perpena, noble ambicioso e intrigante que se creía, por origen familiar, superior a Sertorio, fraguó contra éste una conspiración y lo hizo asesinar durante un banquete, el año 72. Perpena, sin el talento militar de su ex jefe, sería vencido el mismo año por Pompeyo, y ejecutado, él y la mayoría de los conjurados. Con el asesinato de Sertorio se desvanecía cualquier eventualidad de una Hispania independiente.

A las guerras civiles, represiones y disturbios de Italia hasta el año 79, siguió en 73-71 la rebelión de los esclavos acaudillada por Espartaco, que tuvo en vilo a Roma.

3

PRIMERA ROMANIZACIÓN DE HISPANIA

El año 63, nueve después de la muerte de Sertorio, Julio César estaba en Hispania, en buen trato con una opulenta familia de Cádiz, los Balbo, muy prolatina, hasta el punto de recibir su jefe, Lucio Cornelio, la ciudadanía romana, raro honor para un extranjero. Con su ayuda formó un ejército para someter a los lusitanos del norte y galaicos, y alcanzar el mítico Finis Terrae, el punto más occidental del continente, y las islas Casitérides o del estaño. El ambicioso César anhelaba emular las glorias de Alejandro Magno, y con esta expedición esperaba cimentar su prestigio en Roma. Sufrió un serio revés y hubo de retirarse a Córdoba, pero se resarció al año siguiente, con ayuda de una flota. Con sus barcos llegó a la actual Coruña, y a partir de allí la presencia romana se extendió con rapidez por la región. Después volvió a Roma y en 58 emprendió su conquista más famosa, la de las Galias, Germania occidental y, pasajeramente, el sur de Britania. Había pasado un siglo y medio desde el desembarco de Escipión en Tarragona.

Entretanto, la inestabilidad en Roma se hacía permanente, y el año 49 se encendió otra guerra civil, entre César y Pompeyo, que se libraría en buena medida en Hispania, a favor de César. Luego éste marchó sobre Grecia y volvió a vencer en la batalla de Farsalia, y el año 45 se hizo nombrar dictador perpetuo, reduciendo al Senado a una asamblea consultiva. Su triunfo aceleró la descomposición de las instituciones republicanas, que estaban prácticamente en ruinas cuando el dictador fue asesinado, el año 44. Una nueva guerra intestina estalló entonces entre los republicanos

y los cesarianos Marco Antonio y Octavio, el futuro Augusto, y luego otra entre los dos últimos. Tras una concordia entre él, Marco Antonio y Lépido, volvieron las hostilidades, concluidas con la victoria total de Octavio el año 30.

Este largo período de luchas, muy gravosas en sangre y dinero, duraron buena parte del siglo I a. C. Cabría esperar que los pueblos sometidos por todo el contorno del Mediterráneo las aprovecharan para intentar liberarse, pero, extrañamente, sólo en pequeña medida ocurrió así; es más, la aparente descomposición de Roma no impidió a ésta aplastar peligrosas incursiones germanas y extender aún su poder por el norte y oriente, en especial por las Galias, Asia y Egipto, lo cual indica la solidez y el prestigio alcanzados por la dominación romana.

Con todo, la ciudad ansiaba un hombre fuerte capaz de dar fin al desorden crónico, aunque fuera a costa de las instituciones republicanas, y Octavio Augusto resultó ser el adecuado: se impuso de hecho, si bien no de derecho, como nuevo monarca y emperador, aboliendo en la práctica el poder del Senado o cualquier otro que no fuera el suyo propio. En adelante Roma y su imperio serían regidos por emperadores apoyados sobre el poder militar, limitando o reduciendo a mera apariencia las viejas instituciones republicanas. A ese precio acabó Augusto con el desangramiento de la ciudad e inauguró cuarenta años de paz y estabilidad, recordados como una edad dorada, la *Pax Augusta*. También buscó la paz en el exterior con los sempiternos enemigos partos y, tras una incursión en Germania, mantuvo la frontera del Rin.

Con Augusto terminó la república romana y comenzó el Imperio. La primera había durado, por tanto, casi cinco

siglos desde el derrocamiento de la monarquía en 510 antes de Cristo. Ese derrocamiento había sido visto como eliminación de la tiranía y victoria de la libertad y el poder del pueblo, y al final el sistema retornaba a algo muy parecido a la monarquía, que pronto se haría absoluta. La república había creado y consolidado el imperio, es decir, el poder romano sobre el entorno del Mediterráneo, y los sucesos subsiguientes habían cambiado la mentalidad corriente, que pasó de identificar la república con la libertad a asimilarla a la inestabilidad y las luchas fratricidas.

* * *

Una de las preocupaciones de Augusto fue la de completar la sumisión de Hispania, pues quedaba en el norte, entre el este de Galicia y los Pirineos, una franja de territorio independiente. Tratándose de zonas muy abruptas y pobres, sin riquezas minerales conocidas, los romanos se habían interesado poco en ellas, excepto para asegurar los pasos desde la meseta a la costa, donde habían instalado varios puertos, o hacia las Galias. Al efecto habían establecido acuerdos con los vascones, que, fuera de algún bandolerismo, no molestaban las comunicaciones romanas y se mantenían pacíficos. Pero astures y cántabros ejercían presión bélica sobre las tierras del sur, sujetas a Roma, a las que solían atacar y saquear. Se trataba de poblaciones dispersas, de armas y técnicas rudimentarias pero muy amantes de su libertad y difíciles de dominar por lo anfractuoso del terreno. Hábiles jinetes, compensaban sus desventajas con el conocimiento del terreno y la movilidad.

El 29 a. C., grupos de vascones y cántabros causaron graves pérdidas a las tropas latinas en la actual Álava, lo cual movió al propio Augusto a dirigir en persona la guerra contra aquéllos. A ese fin movilizó un ejército extraordinario, quizá

próximo a los 80 000 hombres, más una flota para atacar desde el sur de las Galias y tomar en tenaza, desde el mar, a sus rebeldes. Fue una guerra enconada, pese a la enorme disparidad de fuerzas, en la que los invasores sufrían constantes emboscadas y pequeños ataques relámpago. Las fatigas enfermaron a Augusto, que hubo de retirarse a Tarragona. Por fin cántabros y astures cometieron el error de despreciar a las legiones y trabar lucha frontal con ellas, siendo derrotados por completo. El año 25 Augusto pudo cantar victoria y fundó la ciudad de Mérida, en la actual Extremadura, instalando allí a veteranos de esta guerra.

Pero apenas abandonó Augusto Hispania, volvió a encenderse la rebelión. Las represalias latinas fueron extremadamente crueles, cortando las manos a los prisioneros. Y el año 22 aquellos pueblos volvieron a la lucha, para ser nuevamente vencidos y vendidos como esclavos parte de ellos. «De los cántabros —dice el historiador Dion Casio— no se cogieron muchos prisioneros; pues cuando desesperaron de su libertad no quisieron soportar más la vida, sino que incendiaron antes sus murallas, unos se degollaron, otros quisieron perecer en las mismas llamas, otros ingirieron un veneno de común acuerdo, de modo que la mayor y más belicosa parte de ellos pereció. Los astures, tan pronto como fueron rechazados de un lugar que asediaban y vencidos después en batalla, no resistieron más y se sometieron enseguida».

A su vez los cántabros vendidos como esclavos en las Galias mataron a sus amos y volvieron a sus queridas montañas para recomenzar la lucha el año 17. Augusto encargó la represión a su mejor general, Agripa. «Al marchar Agripa contra los cántabros tuvo también quehacer con sus propios soldados, pues muchos de ellos, envejecidos y

cansados por las largas campañas, tenían a los cántabros por invencibles y no obedecían a su general. Consiguió reducirlos pronto a la disciplina con amenazas, exhortaciones y promesas, pero los cántabros le hicieron sufrir bastantes reveses, pues su esclavitud anterior les había dado experiencia y sabían que de ser capturados no salvarían la vida. Por fin, tras perder a muchos soldados y castigar a muchos otros […] Agripa exterminó a todos los enemigos de edad militar, y a los restantes los desarmó y les obligó a bajar de los montes a la llanura». El jefe romano no debió de quedar muy satisfecho de la campaña, pues «sobre sus actos no dio cuenta al Senado ni aceptó el triunfo, pese a haberle sido concedido por orden de Augusto». Durante 60 años quedarían estacionadas tres legiones en la zona, para asegurar la calma.

El heroísmo de aquellas poblaciones impresionó a sus vencedores (se hizo proverbial la expresión «más difícil que hacer volver la espalda a un cántabro»), que tomaron de los vencidos algunas tácticas de caballería e imitaron sus estandartes, con el uso de esvásticas y símbolos lunares. Según Silio Itálico, «el cántabro, invencible ante el frío, el calor y el hambre, se lleva antes que nadie la palma en toda clase de trabajos. ¡Admirable amor a su pueblo! Cuando la inútil edad senil comienza a encanecerle, pone fin a sus años, ya no aptos para la guerra, envenenándose con el tejo». Estrabón afirma que los prisioneros crucificados cantaban himnos de victoria en la cruz, pues consideraban una victoria morir libres y guerreros. Pero, como en las resistencias de íberos, celtíberos y lusitanos, incluso más acentuadamente por el mayor primitivismo de astures y cántabros, faltó un proyecto político general.

La península quedó dividida en tres grandes provincias:

Lusitania, con capital en Mérida; Bética en torno al río Betis, futuro Guadalquivir, incluía la mayor parte de la actual Andalucía y el sur de Extremadura, con centro en Córdoba; y Tarraconense, con mucho la mayor, pues abarcaba desde la costa gallega a la mediterránea, y desde el Cantábrico y los Pirineos hasta la actual Almería, excluyendo las otras dos provincias, y su capital era Tarragona.

La conquista había transcurrido entre batallas, brutales represalias, diplomacia, acuerdos pacíficos y reconocimientos de autonomía a diversos pueblos. Las poblaciones locales habían tenido todas las razones para combatir a los invasores, y sus gestas permanecen como un recuerdo emotivo y heroico. Pero no representaban una opción con futuro ni política ni culturalmente y, aunque a disgusto al principio, acabaron por apreciar ventajas en una civilización muy superior.

Desde que Escipión había comenzado la ocupación de Hispania al socaire de la lucha contra Aníbal, habían pasado casi exactamente dos siglos, y el aspecto de Hispania había cambiado de modo radical. El interés militar creó una red de calzadas que procuró una economía mucho más interrelacionada y compleja. El latín fue cundiendo como lengua de cultura, de relación comercial y de trato corriente, en sustitución de las lenguas y dialectos anteriores. Las colonias latinas de soldados licenciados o gente traída de Italia se mezclaban con la población local. Surgían o crecían ciudades, con sus centros cívicos y comerciales (foros), edificios para espectáculos públicos (teatros, circos…) a veces espléndidos, centros de enseñanza… El valle del Guadalquivir, con ciudades como Córdoba, Híspalis e Itálica, o Gades en su proximidad, se ponían al nivel de las

más desarrolladas del Mediterráneo: era la región más civilizada de la península, como en tiempo de Tartesos; Tarragona se convertía en centro comercial y administrativo de la mayor parte de la península; en la Celtiberia, Gallaecia, Lusitania y la costa norte surgían núcleos de población y comercio, y Mérida llegaría a convertirse en una de las grandes ciudades del imperio. La población creció, quizá se duplicara. Habían desaparecido las frecuentes guerras y querellas entre pueblos y las murallas de los viejos poblados y villas, aunque existía un bandidaje extendido. La Vía Augusta, calzada de casi 3000 kilómetros, de Gades a Roma, era la principal comunicación terrestre de Hispania con la urbe (las tropas, en marchas forzadas, podían emplear tres meses en recorrerla, más en realidad, por los necesarios descansos. Mucho menos los mensajeros, mediante caballos y carros).

Según se acercaba la era cristiana, Estrabón explica cómo la latinización se extendía sobre casi toda la península y pronto también en la franja cantábrica, excluyendo tan sólo las montañas más recónditas, donde permanecían grupos humanos con sus costumbres y lenguas ancestrales, como en el Pirineo navarro y sierras próximas, donde perduraría la lengua vascuence; y probablemente otras, cada vez más debilitadas, en los montes cantábricos y diversas regiones peninsulares. En Galicia pervivieron largamente las arcaicas estructuras castreñas, coexistiendo con una intensa romanización de pequeñas poblaciones y algunas ciudades. A partir de ahí la historia peninsular refleja la de Roma, sobre la cual influyó a su vez.

La expansión romana modificó todo el mapa humano europeo. Destruyó casi todo el espacio céltico, creando una nueva estructura continental: una vasta región de civilización

compleja en torno al Mediterráneo, hasta la actual Holanda y el Rin, fronteriza con un espacio mucho mayor, mal conocido e inhóspito para los mediterráneos, donde vivían los pueblos germanos, eslavos y otros, en estado de mayor barbarie que la eliminada cultura celta. Roma ejerció alguna influencia comercial y material, pero muy escasamente espiritual sobre ellos. Estos pueblos, como los beréberes del Magreb, gravitaban como una amenaza permanente sobre un imperio que iba alcanzando el límite de sus fuerzas.

4

HISPANIA Y LA EDAD DE PLATA LATINA

Las hazañas de Roma, su expansión y fiebre constructiva, la influencia helenística, el aflujo de riquezas a la urbe y el paradójico empobrecimiento de muchos ciudadanos, el gran aumento de los esclavos, la decadencia de los campesinos pequeños y medios, el reventamiento de los marcos legales, las tensiones sociales exacerbadas y por fin las guerras intestinas, crearon un clima social e intelectual nuevo. En los dos extremos del arco social se habían formado amplios grupos parasitarios (mediante, para las capas bajas, el *panem et circenses*, que diría Juvenal, pan y circo gratuitos, con sangrientas sesiones de luchas de fieras y gladiadores), y la vieja confianza en los dioses había cedido a un vago escepticismo entre las élites y a una desmoralización considerable de las clases medias y bajas. La angustia resultante había relajado las costumbres y hecho irrumpir ritos orgiásticos orientales que no lograban contener las leyes y restricciones de Augusto. Lo que en los siglos III-II aparece en el comediógrafo Plauto como una burla alegre de vicios y caracteres eternos, en el siglo I decaerá en conformidad melancólica ante una corrupción ciudadana muy extendida.

En la época convulsa y luego en la paz de Augusto tomaría forma la edad dorada de la cultura latina, señalada por las obras de Catulo, Cicerón, Horacio, Tito Livio, Virgilio, Ovidio… El viejo Catón había tenido finalmente éxito en su defensa del latín, si bien la nueva cultura latina llevaba una marca helenística más profunda que nunca. Una de sus manifestaciones fue el relegamiento de las cuestiones

metafísicas que habían ocupado a Platón y Aristóteles, para centrar la especulación filosófica en el destino humano y la consecución de la felicidad y la serenidad, en torno a lo cual disputaban epicúreos y estoicos. Estas preocupaciones reflejaban el estado de ánimo de unas clases ilustradas latinas que apenas creían ya en el Olimpo grecorromano y estaban hastiadas de tanta querella interna.

Cicerón, el intelectual que más directa y profundamente trató esas cuestiones, buscaba el bien supremo capaz de proporcionar al hombre sabiduría y felicidad ante las contingencias de la vida, de dar a ésta valor y sentido, integrando o subordinando a los bienes y fines particulares. Las opiniones sobre el bien supremo, concluía, pueden reducirse a tres: «Para unos es el placer; para otros la honestidad o la virtud; para otros, finalmente, la mezcla o reunión del placer y la virtud». La tercera posición, ecléctica de estoicismo y epicureísmo con predominio del primero, le parecía a él la mejor. El ideal estoico se fundaba en la virtud y la razón, o en la virtud como expresión de la razón, expresión a su vez de la naturaleza, del logos divino implícito en el mundo. Propugnaba al hombre dueño de sí, imperturbable por los avatares de la vida gracias a su fortaleza de espíritu fundada en la razón virtuosa. La libertad consistiría en evitar las pasiones y vivir de acuerdo con ese *logos* que determina nuestro destino, pues necesariamente todo ocurre según el plan de la naturaleza, excluyente del azar. Ese orden se manifestaría en un derecho natural subyacente a las leyes accidentales, e implicaría una igualdad esencial entre los humanos (cosmopolitismo), evitación de la crueldad o la tortura, etc. Los males vendrían de ignorar ese orden cósmico, que los estoicos creían conocer.

La crítica a los dioses mitológicos, de conducta

contradictoria y a menudo inaceptable moralmente, había expandido el escepticismo, incluso el ateísmo. Cicerón veía el escepticismo como un mal, por lo que recurrió a argumentos pragmáticos para justificar la creencia en la divinidad: no puede ser un error cuando la comparten todos los pueblos, y sin esa creencia la sociedad se descompondría. Con lo cual invertía insensiblemente el argumento metafísico: ya no es la «existencia» de la divinidad la que da sentido a la vida y a la razón humana, sino que ésta crea a su conveniencia y da sentido a la divinidad. Cicerón tendía a rechazar la pluralidad de dioses, mientras que la sociedad romana no cesaba de adoptar otros nuevos traídos de los países conquistados, como llegaría a manifestarse en el gran edificio del Panteón.

Cicerón fue acaso el autor de mayor altura intelectual entre los romanos. Participó muy activamente en la política y, signo de los tiempos, su toma de partido a favor de Octavio y contra Marco Antonio le costó la vida cuando ambos líderes llegaron a una reconciliación transitoria: Marco Antonio aprovechó para vengarse ordenando el asesinato del gran orador y escritor, sin que Octavio le defendiese.

También el epicureísmo cundía entre las capas intelectuales y políticas. En el filósofo Lucrecio venía a ser un hedonismo refinado y ateo: concreta el sentido de la vida en la búsqueda del placer y la evitación del sufrimiento. Parece una teoría clara y casi evidente, pero ofrece dificultades: placeres de distinto nivel en competencia o conflicto —los corporales o materiales y los espirituales, por ejemplo, y dentro de estos dos grupos, otros diversos—, que imponen elecciones y renuncias; el roce o el choque entre los placeres propios y los ajenos; el esfuerzo por alcanzar esos

placeres, quizá excesivo o anulador de la satisfacción; la no infrecuente sensación de hastío posterior al placer logrado; las consecuencias corporales o sociales a veces dolorosas… Éstas y otras dificultades someten el placer a cálculos individuales y normas sociales que lo desvían o restringen, y hasta lo anulan.

Entre los poetas predominó la tendencia epicúrea, aunque casi siempre con una veta estoica. Horacio desconfía del *logos* cósmico: la religión no ofrece consuelo, «la piedad no detiene las arrugas, ni la vejez inminente, ni la implacable muerte», y expresa la angustia dolorosa del transcurrir del tiempo y el fin inevitable: «No quieras saber, es peligroso, lo que los dioses te reservan […]. Limita a un breve espacio tus grandes esperanzas. El tiempo envidioso se nos escapa, aun mientras hablamos. Cosecha el día (*carpe diem*) y fía poco en el mañana». No hay en ello mucho consuelo ni alegría de vivir y, como observa melancólico en otra oda, «polvo y sombra somos», otra de sus frases tomadas para siempre por la literatura. No obstante hay en Horacio, como en Virgilio, una esperanza mística, acaso popular, en la venida de un hombre-dios destinado a librar al hombre de sus miserias.

Roma absorbió en grandes dosis la cultura helénica, contribuyó a ella y la transmitió, hasta poder hablarse de una cultura grecolatina. No obstante, las diferencias de espíritu, de *Volksgeist*, entre ambas saltan a la vista. Media larga distancia entre la prodigiosa densidad de la especulación griega clásica y el pragmatismo latino, que produjo pocos filósofos; tampoco el interés griego por el mundo y la naturaleza, principio de su filosofía y del pensamiento científico, alcanza un grado parejo en Roma, más aficionada a los asuntos humanos y sociales, y a las técnicas útiles. Contrasta igualmente el idealismo del arte griego y su

calidad estética, hasta en objetos meramente industriales, con el realismo y el utilitarismo latinos, a veces rudos. Los romanos admiraban y despreciaban simultáneamente a los griegos del helenismo (*graeculi*, grieguillos), por su floja vitalidad y propensión a especulaciones ridículas, que no les habían valido para salvar su independencia; y temían que desviaran de los problemas de la vida real a los jóvenes mejor dotados. Pero los autores de la Edad de oro, excepto Cicerón, responden más al espíritu de los *graeculi* que al de Catón el Viejo, baste contrastar el estilo rebuscado y artificioso de la *Eneida*, el poema épico nacional compuesto por Virgilio, con los más primitivos, pero mucho más vigorosos y auténticos, de su modelo Homero.

Propios del genio romano fueron el talento normativo de su derecho y su capacidad para unificar y pacificar a otros pueblos, aun si a un alto coste. En cambio los griegos, parecidos en esto a los hispanos, nunca habían logrado unirse, salvo bajo yugo externo, y habían luchado constantemente entre sí. En el siglo V Atenas había construido un imperio sobre otras ciudades griegas, pero había sucumbido frente a Esparta, la cual tampoco había logrado la unificación. Pero aun con su ineptitud política y derrota militar, la cultura y lengua griegas mantenían tal fuerza que siguieron prevaleciendo en el Mediterráneo oriental, y el latín sólo se impuso plenamente en la parte occidental del imperio. No es difícil observar que los rasgos culturales latinos —pragmatismo, afición a las leyes y normas, escaso gusto por la especulación intelectual, realismo, etc.— se transmitieron intensamente a Hispania, adonde el espíritu griego llegaba atenuado.

* * *

Después de Augusto, el sistema imperial acentuó sus

rasgos absolutistas, y los 54 años siguientes vieron desfilar a cuatro emperadores enloquecidos por el poder: Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón (dinastía Julio-Claudia). Tras el anárquico año 69 después de Cristo, subió al poder la dinastía Flavia, con Vespasiano, Tito y Domiciano, hasta casi el final del siglo I.

Fue ese siglo una segunda gran época de la cultura latina, llamada Edad de Plata. Y una característica de ella fue la abundancia de escritores y artistas provenientes de Hispania: Séneca *el Joven*, Marcial, Lucano, Pomponio Mela, Quintiliano, Columela, entre bastantes otros menos brillantes, o menos conocidos hoy por haberse perdido sus obras. Lo cual indica la profunda latinización y civilización alcanzadas por la mayor parte de la Península Ibérica, siempre en primer plano el valle del Betis, de donde provienen los dos Sénecas y Lucano (Córdoba), y otros autores secundarios; el valle del Ebro daría a Marcial (nacido junto a la actual Calatayud) y Quintiliano (oriundo de Calahorra); de Mérida provenía Deciano… Plinio *el Joven* valoraría a Hispania como la nación más insigne después de Italia, por su lustre económico e intelectual.

Séneca *el Joven*, acaso el filósofo romano de mayor enjundia, desarrolló con cierta originalidad el estoicismo griego, y los ecos de su pensamiento llegan a nuestros días. Admitía la religión oficial por respeto a la ley, no por creencia, y de hecho despreciaba el politeísmo y la superstición con argumentos que habían de emplear a su turno los cristianos: el culto a los dioses sustituía el amor por el temor, y sus ritos constituían más bien un ultraje. Tiende a un monoteísmo peculiar, con exclusión de oraciones y súplicas: Dios protege al hombre sin necesidad de ellas, y al hombre sabio le basta obrar conforme a la razón. Dios sería

«el alma del universo, accesible al pensamiento y no a la vista». Podría llamársele Naturaleza, «porque de ella nace todo»; o Mundo, porque él es «el todo con sus partes, y se sostiene por su propio poder»; o Destino, porque éste es «la serie de causas que se encadenan y la primera de todas las causas, de la que siguen las demás». Contradiciendo su idea de que el Mundo se sostiene por su propio poder, llega a considerar a Dios separado del universo, al que gobierna.

Una derivación sorprendente de sus argumentos afirma que el hombre sabio, obrando según la razón, está libre de todo temor, como Dios, del cual sólo difiere en no ser eterno. Más aún, el hombre, por su valor ante la adversidad, puede incluso superar a Dios, que no sufre esas asechanzas. Séneca desdeña la metafísica como una quimera: la tarea filosófica debe ocuparse del hombre, para hacerlo firme y valeroso ante los males que le cercan, capaz de despreciarlos y triunfar moralmente sobre ellos. Aceptando que su ideal es prácticamente inalcanzable, lo propone como orientación justa: el hombre sabio trata de lograr la mayor serenidad suprimiendo las pasiones, los deseos, el temor, la alegría o la compasión (el sabio evita la crueldad y ayuda al prójimo por imperativo moral, no por piedad, la cual sería una pasión de malos efectos). Los únicos males y bienes reales son de tipo moral, y no hay que temer ni desear ningunos otros. El hombre sabio no desdeña la riqueza pero tampoco se obsesiona con ella ni se preocupa por la pobreza, la persecución o la muerte, es virtuoso y feliz en cualquier situación. En su *Consolación a Marcia* por la pérdida de un hijo, coincide en buena medida con el más epicúreo Horacio: «Ama las cosas como si fueran a desaparecer, o mejor, como desapareciendo ya. Cuanto la suerte te ha dado poséelo como algo inseguro. Apoderaos al vuelo de las

satisfacciones que os proporcionan los hijos, dejad que ellos disfruten de vosotros y apurad enseguida todas las alegrías: nada hay prometido sobre la noche de hoy […]. Si te dueles por la muerte de tu hijo, la culpa es del día en que nació: la muerte le fue anunciada al nacer. Con esa condición te fue otorgado, este destino le perseguía tan pronto salió de tu vientre. Venimos a caer bajo el imperio de la suerte, férreo e invencible, para soportar a su capricho cosas merecidas e inmerecidas…».

En último extremo, el hombre puede liberarse mediante el suicidio: «Lo que la vida tiene de mejor es que no obliga a nadie a sufrirla […]. El sabio vive cuanto debe, no cuanto puede». En fin, quien sabe morir no será esclavo.

Que él cumpliera sus dichos es harina de otro costal. Adquirió grandes riquezas, algo no incompatible con su doctrina, pero fue acusado, posiblemente con falsedad, de excesiva afición a ellas y a las mujeres casadas (Horacio había criticado con argumentos un tanto soeces a los fomentadores del adulterio). En cualquier caso, Claudio lo desterró a Córcega el 41 después de Cristo, por supuesto adulterio, y el filósofo le correspondió, muerto el emperador, con una sátira ingeniosa y sangrienta, quizá demasiado vengativa para un estoico. Preceptor y ministro de Nerón durante ocho años, gobernó con acierto, pero el emperador, como la mayoría de sus colegas, prefería el hedonismo al estoicismo, y cuando, en el vértigo del poder absoluto, se convirtió en un tirano brutal, Séneca cayó en desgracia. Complicado en la conjura antineroniana de Pisón, fue obligado a suicidarse el año 65, lo que hizo cortándose las venas, con la serenidad de su doctrina.

Lucano, sobrino de Séneca y trasplantado de Córdoba a Roma a los ocho meses, destacó pronto como niño prodigio

en poesía y por su dominio del griego, siendo su obra más conocida el poema épico *La Farsalia*, sobre la guerra civil entre César y Pompeyo. Protegido por Nerón, escribió luego versos satíricos contra éste, y finalmente se vio complicado en la misma conspiración que su tío. Según se dice, trató de salvarse en los crueles interrogatorios incriminando a otros y hasta a su madre, pero fue obligado a suicidarse, como su tío, lo que hizo mientras recitaba unos poemas. Su prometedora carrera literaria quedó truncada muy pronto, pues tenía sólo 26 años cuando murió.

Más o menos por la misma época vivió Pomponio Mela, uno de los pocos geógrafos latinos y el primero cronológicamente, nacido cerca de la actual Algeciras. Su descripción del mundo empieza y termina en Hispania. Inferior a los geógrafos griegos en relación con el Oriente hasta India, los supera en precisión sobre la parte occidental y nórtica de Europa. No se sabe casi nada de su vida, y suele datarse su obra en torno al año 44. De su semipaisano el gaditano Columela, tribuno en Siria, con experiencia militar, terrateniente y amigo de Séneca, se conservan las obras más extensas sobre la agricultura romana, para la que se documentó en Hispania y otras zonas del imperio.

Marcial pertenece a la generación siguiente. Llegó a Roma con 25 años, el anterior a la muerte de Séneca y Lucano, y dejó una obra muy apreciada, un retrato costumbrista de la vida romana, incluyendo sus facetas más crudas e indecentes, a veces con versos tan punzantes y ofensivos que debieron de ganarle bastantes enemigos. Sus epigramas siguen plenamente vivos por su penetración de la naturaleza humana, descrita con ingenio sarcástico. El modo realista y objetivo como capta mucho de lo peor de las costumbres romanas podría indicar complacencia con ellas o

su aceptación con sólo una ligera burla, pero su amistad con el moralista Juvenal, crítico más amargo y menos humorista de los hábitos sociales, indica otra cosa.

En varias ocasiones expuso Marcial su aspiración a una vida sin complicaciones, dedicado a las faenas del campo, la caza y la pesca. Sólo lo consiguió al final de sus días, volviendo a Hispania —a una hacienda que le regaló una admiradora pudiente—, donde moriría el año 104: «Hacienda heredada, no adquirida con fatiga; un campo no infértil, hogar con lumbre perenne; ningún pleito, poca toga, ánimo tranquilo; cuerpo vigoroso y sano; trato franco y con tacto, recíproco en los amigos; invitados benévolos, mesa sencilla; noches libres de embriaguez y de angustias; mujer alegre y no obstante púdica; sueño que haga breves las tinieblas; contentarse con lo que se es, sin anhelar otra cosa; no temer ni desear el día postrero». Mas esa vida rústica lo alejaba de una Roma incómoda pero con ventajas como el trato intelectual: «Si pudiera repartir a mi gusto mis horas de ocio y, en tu compañía, gozar de la verdadera vida, no conoceríamos los dos ni las salas de recepciones ni las casas de los grandes personajes, ni el tormento de los procesos y contrariedades del foro, ni las orgullosas galerías de los antepasados. Nuestras ocupaciones y perennes lugares de encuentro serían los paseos, las charlas, los libros, el Campo de Marte, el Pórtico, los rincones umbríos, el agua virgen y los baños calientes». Ideal, apenas alcanzado, de una vida que se le escurría angustiosamente como agua entre los dedos: «Pero ninguno de los dos vive por sus propios medios; vemos que nuestros felices días huyen y desaparecen, que ya se pierden y nos han sido cargados en cuenta. Cuando se sabe vivir, ¿puede en verdad diferirse el hacerlo?».

Marcial disfrutó con la amistad de los escritores más sobresalientes de entonces, Silio Itálico, Plinio *el Joven*, Juvenal y otros poetas e intelectuales, varios de origen hispano y célebres por entonces. Para nuestro objeto nos interesa especialmente otro coetáneo suyo del mismo origen en el valle del Ebro, Quintiliano, a quien Marcial admiraba como «el más grande orientador de la juventud», aunque al mismo tiempo le achaque excesivo amor a la riqueza. Quintiliano, autor de *De institutione oratoria*, ha ejercido influencia intelectual, aún si con épocas de opacidad, hasta hoy (Derrida o Perelman, por ejemplo; Lutero lo admiraría en alto grado). Trata la educación de los oradores, cuya función considera la más elevada, pues busca persuadir a la gente de ideas o decisiones que por naturaleza debían ser elevadas, sabias y prácticas. Pero sus consejos hacen de su libro una obra de pedagogía mucho más amplia, un verdadero clásico en la historia de la educación; y convierten al autor en el más notable teórico de la oratoria y la enseñanza que produjo Roma. La preparación del orador, indica, debía comenzar en la infancia, ser amena y evitar los castigos físicos, a fin de que el niño cobre afición a los estudios, pues los esfuerzos tediosos y amenazas o sanciones le harán aborrecerlos y estancarse. El profesor no debía recargarse con más alumnos de los que pudiera atender bien, y debía cumplir su trabajo no como una simple obligación, sino con vocación, cariño y un elevado concepto moral, dando el máximo valor a la formación ética del alumno: un orador, influyente en los negocios públicos, no podía ser mala persona, y por otra parte «sólo creemos a aquellos que nos merecen confianza». La buena intención es indispensable, aun si ella no siempre garantiza la bondad de los resultados.

Convenía que tanto el padre como la madre fueran personas instruidas, y que la cuidadora tuviera algo de filósofa. No obstante, prefería la enseñanza en centros públicos, siempre que tuvieran calidad, a la educación puramente familiar, pues la primera proporcionaba también destrezas sociales. El orador debía conocer la filosofía, pero teniéndola en cierto modo a raya, pues ella, con sus relativismos y problemas a veces retorcidos, podía usurpar la función superior de la retórica. En cuanto a la oratoria propiamente dicha, Quintiliano encara problemas muy diversos, como el de convencer a auditorios deshonestos, bien dispuestos a admitir la mentira o la conveniencia particular por encima de cualquier visión más amplia de la justicia; problema ciertamente difícil para la persona honrada que ha de ser el retórico. Por lo que hace al estilo, se declaró partidario de Cicerón y, frente a la tendencia a la expresión rebuscada y barroca del momento, propugnó unos principios de orden, claridad, sobriedad y concisión. Un ejemplo contrario lo encuentra en el lenguaje de su paisano Séneca, abundante en «defectos peligrosos, por lo atrayentes».

Al lado de Juvenal, Marcial y otros, Quintiliano representa una reacción moralista a la degradación que vivía Roma. Aunque esto tampoco debe exagerarse: si el entramado político y social se sostenía con cierta eficacia, sólo podía deberse a la masa de ciudadanos medios y a los «hombres sabios» dedicados honradamente a sus tareas, profesiones y vida familiar. El ideal de Quintiliano, de un tipo de hombre experto, sabio y honesto, va más allá de la mera formación del orador, y nunca será cumplible, al menos en la totalidad del programa; pero despertó el interés de buena parte de la sociedad latina. El emperador Vespasiano le favoreció, respetó su independencia y pagó su labor

pedagógica a cargo del Estado, primer caso en la historia.

* * *

La eminencia y abundancia de autores nacidos en Hispania ha nutrido polémicas sobre su posible españolidad. Para Américo Castro, resuelto a comenzar España en la Edad «Media» y en relación con musulmanes y judíos, antes de la invasión árabe apenas existía nada parecido a una «forma de vida española». Al igual que otros muchos estudiosos, Castro atribuye a Marcial, Séneca y los demás, un carácter romano, sin relación de alguna densidad con lo que hemos llegado a conocer como España. Sánchez Albornoz aceptó algunos rasgos distinguidos por Castro en la forma de ser de los españoles «auténticos»: el carácter personalista, visible en sus escritores y artistas, «el estar inmerso y presente de continuo en su obra y con todo su ser. La vida y el mundo son en ella inseparables del proceso de vivirlos, como dice Castro». Pero, al revés que éste, Albornoz encuentra esas notas entre los hispanorromanos de la Edad de Plata; una de ellas, el gusto por lo soez o indecente: «Séneca escribía en primera persona, refería obscenidades y porquerías y hablaba de sí mismo»; «ningún filósofo romano sintió tan clara inclinación como Séneca hacia los relatos sucios y hasta malolientes, y Marcial superó en gusto por lo rahez a los otros líricos romanos de la época augustea y del primer siglo del imperio; notas todas que caracterizaron luego a los peninsulares».

Pero esos rasgos —junto con otros, incluida una mayor delicadeza— se encuentran claramente definidos en los demás latinos, y las expresiones y relatos «sucios y hasta malolientes» aparecen en el mismo Horacio, por no hablar de Catulo, Petronio, etc., y es difícil decidir si son más o menos raheces. Las características del espíritu romano,

pragmático y combativo, con mucho genio para la normativa y menor para la especulación y la metafísica, fueron acogidas en la cultura hispana posterior, y seguramente también en la de entonces. Otros autores, como Brenan distinguen entre el carácter español de Marcial o Quintiliano y el netamente latino de Séneca o Lucano.

El debate entre Castro y Sánchez Albornoz se ha centrado en conceptos como «formas de vida», «vividura», «herencia temperamental», «contextura vital», etc., un tanto evanescentes. Pisamos terreno más firme, a mi juicio, si dejamos la consideración, no falsa pero sí nebulosa, sobre el carácter nacional, y buscamos otras evidencias.

Todos aquellos autores sentían el orgullo de Roma, bien expreso en frases como éstas de Séneca: «Has prestado un inmenso servicio a la ciencia romana […]; inmenso a la posteridad, a la que la verdad de los hechos, que tan cara costó a su autor, llegará incontaminada […]; su recuerdo se mantiene y se mantendrá mientras se valore el conocimiento de lo romano, mientras haya quien quiera […] saber qué es un varón romano, insumiso cuando todas las cabezas estaban rendidas al yugo […], qué es un hombre independiente por su forma de ser, por sus ideas, por sus obras», dice a la hija de Aulo Cremucio Cordo, de memoria hoy perdida. En Marcial observamos una reivindicación más explícita de su cuna hispana: «Varón digno de no ser silenciado por los pueblos de la Celtiberia y gloria de nuestra Hispania, verás, Liciniano, la alta Bílbilis, famosa por sus caballos y sus armas, el viejo Cayo con sus nieves y el sagrado Vadaverón con sus agrestes cimas y el agradable bosque del delicioso Boterdo que la fecunda Pomona ama […]. Pero cuando el blanco diciembre y el invierno destemplado rujan con el soplo del ronco Aquilón, volverás a las soleadas costas de

Tarragona y a tu Laletania [Barcelona]». «Lucio, gloria de tu tiempo, que no consientes que el cano Cayo y nuestro Tajo cedan ante el elocuente Arpino, deja al poeta nacido en Grecia cantar a Tebas o Micenas o al puro cielo de Rodas o a los desvergonzados gimnasios de Lacedemonia, amada por Leda: nosotros, nacidos de celtas y de íberos, no nos avergonzamos de introducir en nuestros versos los nombres algo duros de nuestra tierra». «Gloriándote tú, Carmenio, de haber nacido en Corinto —y nadie te lo niega— ¿por qué me llamas hermano si desciendo de los íberos y de los celtas y soy ciudadano del Tajo? ¿Será que nos parecemos? Pero tú paseas tus ondulados cabellos llenos de perfume mientras que los míos de hispano son hirsutos; tienes los miembros lisos por depilarlos cada día; yo, en cambio, tengo piernas y rodillas llenos de pelos; tu lengua balbucea y no tiene vigor: mi vientre, si fuera preciso, hablaría con voz más viril; no hay tanta diferencia entre la paloma y el águila ni entre la tímida gacela y el rudo león. Deja, pues, de llamarme hermano, Carmenio, o tendré que llamarte yo hermana».

Estas efusiones no las encontramos en la obra conocida de los demás autores, pero es muy probable que las gentes de origen hispano formasen en Roma un grupo de afinidad y solidaridad, como suele ocurrir en las metrópolis y lo formaban los judíos, con seguridad los griegos, los galos, los egipcios y tantos otros. A los hispanos se les reconocía como tales, incluso por su entonación del latín. Cuando Marcial llegó a Roma buscó la protección de los hispanos Séneca y Lucano, y después del trágico fin de éstos se dirigió a Quintiliano (así como a Plinio *el Joven*). En unos de sus poemas canta las glorias de Hispania: «La elocuente Córdoba habla de sus dos Sénecas y del singular Lucano; se recrea la jocosa Gades con su Canio; Mérida con mi querido

Deciano; nuestra Bílbilis se gloriará contigo, Liciniano, y no callará sobre mí». Pese a las alusiones de Marcial a íberos y celtas, éstos y sus viejas diferencias se iban diluyendo no ya en la cultura romana, sino en la misma Hispania, donde existían centros como Tarraco, actual Tarragona, sedes comerciales y artísticas de amplias regiones por encima de las antiguas divisiones tribales.

La tesis de Américo Castro resulta aún más singular ante la evidencia de que el latín llegó a ser el español, y la cultura y la religión transmitidas por Roma son el cimiento de la cultura española posterior. Sin ellas nunca podría entenderse cómo llegaría a existir confrontación entre cristianos y musulmanes en la Península Ibérica. Podría discutirse interminablemente sobre la «contextura vital» española de Averroes o Maimónides, como la de Séneca o Quintiliano, sólo si se olvida la clarísima verdad de que los dos primeros ni se expresaron en una lengua latina ni pertenecieron en absoluto a la cultura española conocida por la historia, sino, precisamente, a aquella que aspiraba a destruirla y remplazarla por otra de carácter oriental.

5

EL NACIMIENTO DEL CRISTIANISMO

Mientras la romanización se asentaba profundamente en Hispania a lo largo del siglo I e iba tomando forma —sobre todo en Roma y como latina— la primera gran cultura que cabe llamar española, al otro extremo del Mediterráneo, en Palestina, tenían lugar unos sucesos oscuros que, no obstante, llegarían a influir en la historia del mundo más, probablemente, que cualquier otro hecho de carácter espiritual.

Cerca de dos siglos antes (años 167-164 a. C.), y en fechas no muy alejadas de las resistencias celtíberas en Hispania, había tenido lugar la rebelión judía de los macabeos contra la helenización impuesta por el reino seléucida, sucesor de Alejandro Magno. Pese a su debilidad relativa, los macabeos lucharon con destreza y valor, triunfaron sobre los helénicos y restauraron un reino independiente en Israel. El nuevo reino duraría un siglo, hasta que las luchas fratricidas entre sus descendientes, los asmoneos, abrieron la vía a la imposición de Roma, en el año 63 a. C. El poder romano encontró entre los judíos un grupo colaborador de clase alta y sacerdotal, los saduceos; otro grupo sordamente rebelde y dispuesto en todo momento a la acción armada, los zelotes; y un tercero, el más influyente en la población, el de los fariseos que, sin beligerancia abierta hacia los dominadores, mantenía un exclusivismo extremo, evitando el roce con los no judíos o gentiles. La palabra «fariseo» ha pasado a la cultura común cristiana con el significado de hipócrita, pero significa, precisamente, «segregado», o más propiamente «autosegregado» del contacto con los infieles.

Entre fariseos y saduceos reinaba profunda enemistad, tanto por las respectivas actitudes hacia Roma como por cuestiones doctrinales. Los fariseos cumplían la ley oral tradicional (*Halajá*) a la que los saduceos no concedían valor, como tampoco lo concedían a las creencias fariseas en la inmortalidad del alma, la resurrección de los muertos o el castigo eterno a los malvados.

Hacia finales de los años veinte o principios de los treinta después de Cristo, bajo el emperador Tiberio, ocurrieron los sucesos arriba aludidos, los cuales, en lo que tienen de historiográficamente significativo, pueden resumirse así: un predicador judío llamado Jesús, de origen humilde y originario de Nazaret, en Galilea, acompañado de varios discípulos, en general igualmente humildes (pescadores varios de ellos), caminaba por tierras de Israel propugnando una renovación religiosa. Esto no debía de ser inhabitual, pues las predicaciones y sectas proliferaban por el Imperio romano, como expresión de la crisis de los politeísmos y la inquietud moral de la época; pero en Israel alcanzaban especial intensidad, mezcladas con ansias de liberación del yugo extranjero y con la esperanza exacerbada en un Mesías (o Cristo, en griego, es decir, *ungido*, enviado de Dios) que debía liberar a Israel de opresores internos y externos. Entre los mesiánicos estaban los esenios, creyentes en la inmortalidad del alma y en un juicio final, como los fariseos pero en grado más rigorista. Vivían en grupos apartados y practicaban la comunidad de bienes. Consideraban que la salvación exigía la fe, pues los méritos de las acciones humanas nunca bastarían a los hombres para considerarse justos: sólo la misericordia de Dios con los arrepentidos lavaba al individuo de sus pecados. Eran también pacifistas: «¿Qué pueblo desea ser oprimido por

otro más fuerte que él? ¿Quién desea ser despojado inicuamente de su fortuna? Y, sin embargo, ¿cuál es el pueblo que no oprime a su vecino? ¿Dónde está el pueblo que no ha despojado a otro de su fortuna?». Evolucionaron hacia la expectativa de un Mesías político, un rey «hijo de Dios», al modo como en diversas mitologías hay héroes hijos de alguna divinidad.

Hay semejanzas entre la doctrina de Jesús y la de los esenios; algunos ensayistas han visto relación directa entre ellos, y hasta han considerado esenio a Jesús: es famosa la frase de Renan calificando al cristianismo como un esenismo con éxito. Pero no existe constancia real de tal cosa. En realidad, todas las sectas hebreas tenían un fondo común en la Biblia, que interpretaban de forma parecida en algunos extremos (doctrina del perdón, la compasión y la paz) y no tanto en otros. Jesús denunciaba la devoción meramente formal y externa de los fariseos. De sus discípulos distinguió a doce, conocidos más tarde como los apóstoles, principales difusores de la doctrina. El número remitía simbólicamente a los doce hijos de Jacob y las tribus de Israel.

Así pues, Jesús predicaba, y en ello insistió, según la tradición bíblica, pero irritaba a los fariseos, no sólo por tratarlos como malvados bajo su apariencia de cumplidores estrictos de la ley, sino porque él se proclamaba el Mesías, con un sentido nuevo, espiritual y no directamente político. Más aún: se atribuía carácter divino y el poder de perdonar los pecados, afirmaciones blasfemas para sus enemigos.

La aversión a él fue tal que unió a fariseos y saduceos. Éstos, valiéndose de la traición de Judas, un discípulo de Jesús, le prendieron en Jerusalén, lo maltrataron y acusaron de blasfemia a fin de justificar su ejecución. Pero como ese cargo no interesaba a la autoridad romana, única con

potestad para condenar a muerte (principio no siempre cumplido), afirmaron que, al declararse Mesías, Jesús atentaba contra Roma, dando al título de Mesías el contenido político tradicional que Jesús rechazaba, como ellos sabían. Lo llevaron así ante el gobernador romano Pilatos, verdadero poder por encima del rey colaboracionista Herodes Agripa. Pilatos no halló a Jesús culpable, pero ante la furia de los sacerdotes y de la multitud soliviantada, les dio a elegir entre liberar a Jesús o a un bandido o rebelde llamado Barrabás. La multitud exigió liberar a Barrabás. Pilatos se lavó las manos, en señal de inocencia por lo que iba a venir, pero aceptó la condena.

Jesús recibió sentencia de crucifixión, una ejecución cruel, lenta y afrentosa, al parecer de origen persa y adoptada por los latinos de los cartagineses. Soldados romanos lo azotaron y cubrieron con un manto rojo, lo coronaron de espinas y le pusieron en la mano una caña a modo de cetro, entre golpes y burlas. Después hubo de llevar la cruz a cuestas, pese a su debilidad y pérdida de sangre, hasta el lugar de la ejecución, sobre un montículo llamado Gólgota (o de la Calavera, por su forma). Allí fue crucificado entre dos ladrones y bajo un cartel que lo proclamaba «Rey de los judíos» (*INRI*), fuera por mofa o por exponer la causa legal de la ejecución. Según la tradición, Jesús tenía entonces 33 años.

Hasta aquí, el relato se expone a la crítica historiográfica (dejando aparte los milagros, materia de fe). El conocimiento de la vida de Jesús viene de los Evangelios, cuatro admitidos por la Iglesia. En pro de su posible falsedad se han argüido discrepancias entre ellos y su tardía composición (poco tardía: entre 35 y 60 años después de la crucifixión, quizá menos), y la casi inexistente referencia a Jesús en testimonios

no cristianos. Sin embargo las discrepancias tienen relevancia menor y cabe achacarlas al previo carácter oral de la tradición; la considerable distancia entre el Evangelio de Juan y los demás puede verse como diferencia más que discrepancia. La escasez de otras referencias contemporáneas es normal: dentro del imperio se trataba de sucesos menores y periféricos, sin contar la pérdida de documentación de aquellos siglos: las referencias a hechos y personajes latinos de los que tenemos pocas dudas, provienen en su mayoría de documentos transcritos en el llamado Medievo. Los Evangelios ofrecen —exceptuando actos sobrenaturales— una descripción vívida de la época y el país, muy reconocible por cuanto sabemos de ellos, lo que aboga en pro de su historicidad. Suena improbable que una asociación de estafadores se confabulase para inventar una leyenda así, de la que no iban a sacar ningún provecho material, más bien al contrario.

En aquel momento, la predicación de Jesús terminó en fracaso degradante, los pocos discípulos, desconcertados y asustados, empezaron a dispersarse, y allí pudo haber concluido todo. Pero según el relato evangélico que aquí entra en el terreno de la fe, Jesús, el Mesías o Cristo, resucitaría al tercer día, se presentaría a María Magdalena y a otras seguidoras suyas y luego a los discípulos. La resurrección significaba la victoria sobre el Mal. A partir de ahí comienza la expansión de la nueva doctrina, sistematizada por un apóstol algo posterior, Pablo de Tarso, originariamente un fariseo fanático y perseguidor de los cristianos, que no había conocido a Jesús. Tras su célebre revelación mientras cabalgaba hacia Damasco, Pablo conocería a los apóstoles originarios y daría un renovado impulso al cristianismo al propagarlo más allá de la nación

judía. Él reafirmó la doctrina de la divinidad de Cristo: lo que salva al hombre es la fe en él, no el cumplimiento de la ley, idea ya expuesta en la predicación de Jesús. Pablo, aunque judío, era ciudadano romano por haber nacido en la ciudad de Tarso, que gozaba de ese privilegio; y tenía profundo conocimiento e influencia de la cultura helenística y latina.

El nuevo apóstol predicó resueltamente a los no gentiles, abandonando el concepto de «pueblo elegido». Asunto espinoso, el Concilio de Jerusalén, hacia el año 50, lo resolvió al acordar que los adherentes gentiles no tenían por qué circuncidarse ni practicar la ley mosaica, bastándoles con creer en Jesús y bautizarse. El Evangelio abarcaría así a toda la humanidad, en principio. No obstante, la predicación seguiría siendo peligrosa, y varios apóstoles terminaron ejecutados, entre ellos Pedro, a quien Jesús había nombrado jefe de su congregación o iglesia y crucificado cabeza abajo en Roma; o Pablo, que como ciudadano romano fue decapitado en lugar de crucificado.

Los relatos evangélicos, cargados de dramatismo (la inocencia aplastada por la iniquidad del mundo), de contenido moral y simbólico, se convertirían en el eje de la cultura convencionalmente llamada occidental. Muchos de sus elementos, reales o simbólicos, pasarían al imaginario colectivo con extraordinaria fuerza inspiradora, así el nacimiento en el pesebre, la matanza de los inocentes, milagros como el de los panes y los peces o la resurrección de Lázaro, bienaventuranzas y parábolas como la del hijo pródigo, a veces difíciles de desentrañar, episodios como el de Marta y María, frases como «no sólo de pan vive el hombre» o «quien esté libre de culpa tire la primera piedra»; y especialmente el final: la entrada triunfal en Jerusalén, la

última cena, el huerto de los olivos, el beso de Judas, el lavado de manos de Pilatos, la corona de espinas, la resurrección, etc.; o la cruz, transformada de signo de suplicio infamante en símbolo del triunfo sobre el mal y la muerte.

La nueva doctrina cundió con bastante rapidez, asentándose en la región oriental del Mediterráneo y pronto en la misma Roma, al punto de que, sólo tres décadas después de la muerte de Jesús, Nerón aplicó una cruenta persecución para aniquilar a los cristianos. Actitud algo extraña, porque los latinos mostraban tolerancia con las más diversas religiones y sectas, y admitían sin dificultad nuevos dioses. Pero el cristianismo excluía otros dioses y negaba honores divinos a los emperadores. Al igual que en las demás civilizaciones, en Roma la religión y el poder político estaban estrechamente ligados, y la religión se consideraba garantía del orden social. En la tradición latina no existía la divinización de los máximos representantes del poder, pero se había adoptado la costumbre de las monarquías orientales y helenísticas, donde dicha divinización era habitual, como medio de asegurar la fidelidad y adhesión mística popular en un imperio tan arduo de regir. Desde César se divinizó a los emperadores después de muertos, recibiendo sus estatuas, en los templos, los honores correspondientes, y algunos, como Calígula o Domiciano, se autoproclamaron dioses en vida. El endiosamiento imperial nunca impidió feroces luchas por el poder, y muchos de aquellos «dioses», en vida o póstumos, terminarían asesinados por otros aspirantes a la divinidad.

Pero no sólo por eso hubo persecución contra los cristianos, sino también porque su religión no era asimilable como las demás, y se los consideraba extraños y mucho más peligrosos que los judíos, porque éstos vivían en pequeñas

sociedades cerradas, mientras que aquéllos crecían con ímpetu. Por ello eran mirados como una amenaza tanto a la estabilidad del imperio como a la cultura ancestral, y contra ellos se inventaron leyendas justificativas de la represión. Nerón, con su persecución en la que murieron Pedro y Pablo, entre muchos otros, inició el ciclo de los grandes ataques en los que las víctimas serían quemadas vivas, crucificadas o arrojadas a las fieras en los espectáculos circenses. Los escritos cristianos también fueron activamente buscados y quemados.

El año 66, por las mismas fechas de la persecución neroniana, estalló la rebeldía latente de los judíos de Israel. Vespasiano destruyó numerosas ciudades, pero la rebelión persistió y dos años después, cuando Vespasiano ganó el trono de emperador, su hijo Tito prosiguió la lucha hasta tomar Jerusalén, el año 70, tras un asedio de cinco meses. Como escarmiento, arrasó la ciudad y destruyó el templo, llevándose como trofeo los utensilios religiosos. La guerra daría sus últimos coletazos en 73, en la fortaleza de Masada, donde los resistentes se dieron muerte entre sí antes que caer prisioneros y esclavos. Gran parte de la población judía fue expulsada y se dispersó por el imperio, en una *diáspora* que había de aumentar ocho décadas más tarde. Algunos vieron en tales hechos el cumplimiento de una profecía de Cristo.

* * *

La doctrina moral de Jesús no era nueva, se basaba en la Biblia: «Lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe». La ley mosaica, en particular los Diez Mandamientos, se resumía en dos principios: «Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo: en estos dos mandamientos se fundan toda la Ley y los Profetas». «Si quieres entrar en la vida eterna, cumple los

mandamientos: no matar, no cometer adulterio, no hurtar, no levantar falso testimonio, honrar padre y madre y amar al prójimo como a uno mismo». Exigía devoción «con todo el corazón, toda el alma y toda la mente» a estas arduas obligaciones. Respondió a un joven rico sobre si era posible un compromiso aún mayor: «Si quieres ser perfecto, vende tus bienes y da el producto a los pobres, así tendrás riqueza en el cielo; luego vuelve y sígueme». Ese amor-fe sin formalismos o hipocresías debía dar al individuo una inmensa fuerza moral frente al mundo. En el Sermón de la Montaña prometió el reino de los cielos a los «pobres de espíritu», los mansos, los perseguidos por defender la justicia o por seguirle, los misericordiosos, los pacíficos.

Lo nuevo en Jesús, según quedó indicado, consistía en la autoatribución del carácter divino, como Hijo de Dios. Como tal, su peripecia en la vida asumía los pecados de los hombres, condensados en la crucifixión injustamente impuesta, y con ello los redimía del pecado original de Adán y Eva, constitutivo de la humanidad; redención difícil de interpretar, porque los efectos de dicho pecado persistían, y quizá Jesús mostraba sólo el camino para eludirlos. Aportaba una «salvación» espiritual y universal, no ya política y limitada al pueblo hebreo. No era una doctrina sentimental, pues Jesús admitía que sus prédicas desatarían la violencia: «No he venido a traer la paz, sino la espada, porque yo he venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y la nuera de su suegra…». Por la espada cabría entender su doctrina, difícil de aceptar y a menudo violentamente rechazada.

Salvo en el hecho común de que su éxito ocurre tras la muerte del fundador, tanto el relato fundacional como el fundador mismo difieren grandemente de los de otras

grandes religiones hoy todavía existentes. Ningún otro creador de una religión parece haberse presentado como hijo de Dios, ni sus predicaciones adquirieron, ni de lejos, el tono trágico de la de Jesucristo ni provocaron reacciones tan extremas en sus medios sociales y políticos. Sidarta o Sidharta, príncipe de origen nepalí, anterior a Jesús en más de cinco siglos y también con una historia pródiga en milagros, se declaró o fue declarado solamente Buda, es decir, «Despierto», «Iluminado» o «Sabio». Abandonó sus riquezas, esposa e hijo, para alcanzar la iluminación viviendo ascéticamente como un mendigo, predicó con relativo éxito y sin mayores problemas, murió a los 80 años, de alguna indigestión o intoxicación, y su doctrina cobraría su mayor impulso desde que Asoka la convirtió prácticamente en religión oficial. Confucio, contemporáneo de Buda en China, fue un funcionario sin pretensión de otra cosa y tuvo altibajos en sus tentativas de que algún príncipe adoptara sus enseñanzas; pero gozó siempre de respeto como hombre sabio y justo, y falleció apaciblemente a los 72 años. Le decepcionaron sus contemporáneos, pero sus prédicas conocerían una aceptación muy grande cuando las autoridades las entendieron como un instrumento excelente de orden y buen gobierno. La historia de Lao Tsé, «Viejo Maestro», acaso contemporáneo de Confucio o dos siglos posterior, entra en la leyenda y tampoco tiene paralelismo con la de Jesús: algo amargado por el poco eco de sus enseñanzas, saldría de China internándose en algún país bárbaro.

No menos desemejanzas ofrecen los contenidos religiosos: en todos ellos la divinidad o divinidades se dan por supuestos y no desempeñan un papel tan directo e intenso como en el cristianismo. Buda, tras sufrir un choque

psíquico al descubrir la vejez, la enfermedad y la muerte, buscó superar la insatisfacción vital mediante la renuncia a los deseos, considerados la fuente del sufrimiento, de la pérdida en el laberinto de la vida, y de las sucesivas reencarnaciones del individuo, con el dolor anexo. El desprendimiento, el ascetismo y la meditación (que no significaba reflexión especulativa, sino liberación de la mente de todo pensamiento) deben conducir, en su nivel superior, al *nirvana*, superación de las apariencias de la vida, del espacio y el tiempo, que rompería la cadena de las reencarnaciones y con ellas el sufrimiento.

El confucismo consiste en un conjunto de normas morales y de conducta acordes a los Mandatos del Cielo y concebidas para superar los desórdenes recurrentes en la sociedad china. La paz y la justicia procederían de la bondad, el amor al prójimo, la lealtad y el respeto a las jerarquías y los antepasados, resumidos en un principio básico: «No impongas a los demás lo que no quieras para ti». Los príncipes inspirarían el buen comportamiento del pueblo si amaban a éste y obraban con justicia, cuidaban las buenas tradiciones y propagaban el estudio y la meditación. La armonía jerárquica, desde el príncipe al cabeza de familia, aseguraría una sociedad próspera. Otra escuela, la legista, sostenía lo contrario: los hombres, aunque puedan estimar la justicia, por lo común son necios y opuestos a ella en la práctica, por lo que sólo un gobernante absoluto, cuya voluntad hace la ley y la justicia, puede manejarlos y mantener la paz.

El taoísmo procede del concepto de *Tao*: camino o vía, concebido también como la unidad entre dos fuerzas cósmicas omnipresentes, el yin y el yang, a un tiempo opuestas e interdependientes. El Tao sería algo así como un

vacío primordial, omnipotente, en el que toma forma la existencia, inaprensible para los sentidos o el intelecto, imposible de definir: al nombrarlo ya se le desvirtúa. El taoísmo propone la no acción, pues el cosmos marcha según sus leyes, y el sabio no pretende actuar sobre él: cuanto menos actúa mejor entiende el mundo y mayor poder adquiere. Los humanos deben reforzar su relación con la naturaleza, más bien que someterse a normas y leyes políticas; y su conducta deben marcarla las «tres joyas»: compasión, moderación y humildad.

Hay en la religión cristiana semejanzas formales con el zoroastrismo, antiquísima religión persa que debió de influir al hebraísmo, y a través de él al islam. Así la idea de ángeles y arcángeles, la simbolización del mal en la serpiente y la oscuridad, y la de Dios en la luz, creencias sobre las postrimerías del universo, la salvación del hombre, oposición, no tan acentuada en el cristianismo, entre el Bien y el Mal, etcétera.

Aunque se percibe en todas estas religiones un fondo moral similar, hay diferencias importantes con la de Jesús. Aquéllas ponen el acento en la identificación con el cosmos y la superación del malestar de la vida, mientras que el cristianismo lo pone en la fe en un Dios trinitario (lo que le valdría acusaciones de politeísmo), por encima de las contradicciones. Un hombre de origen poco distinguido y final atroz sería al mismo tiempo Dios, ante quien la condición libre y responsable del individuo resalta con mayor relieve que en las religiones anteriores: la persona culpable por el misterioso pecado original, pero susceptible de redención gracias al sacrificio divino. Posición enigmática, fuente de herejías y de una tensión intelectual permanente entre la razón y el dogma, de un esfuerzo por conciliarlos

que también caracterizaría al cristianismo con mucha más fuerza que a otras religiones, provocando una historia inquieta y complicada, con frecuentes luchas internas y derivaciones políticas, no menos que un inmenso cúmulo de arte y pensamiento.

El cristianismo proponía la igualdad de los hombres en un sentido espiritual, fácil de extrapolar a otros terrenos e interpretable en términos políticamente subversivos, otra fuente de los más variados movimientos. Como en la doctrina estoica, implicaba un rechazo a la esclavitud, admitida no obstante en la práctica como efecto maligno del pecado original. Proponía una igualdad esencial entre hombre y mujer —«compañera y no sierva»— que, unidos, forman «un solo ser» o «una sola carne», aunque con autoridad prevalente del varón; y matrimonio exclusivamente monógamo y de fidelidad hasta la muerte, con evidentes repercusiones en cuanto a la estabilidad familiar, la educación de la prole y la transmisión cultural; exclusión drástica de las relaciones homosexuales, siguiendo la tradición judaica, que también en este aspecto se separaba de costumbres extendidas, a menudo mal vistas pero sin condena religiosa en el mundo politeísta. Todo ello chocaba con costumbres e ideas muy comunes en la Antigüedad.

Lo que iba a chocar con el orden romano era el concepto de una religión como fuente de moralidad fuera del estado («a Dios lo que es de Dios, y al césar lo que es del césar»), cuando poder y religión habían estado unidos y hasta identificados. La independencia eclesial no suponía un enfrentamiento forzoso con el poder, y la Iglesia tendía a buscar el acuerdo con él; pero no excluía la tentación de absorber la política en una clerocracia, según la tradición hebrea; y en todo caso establecía entre ambas potestades una

tirantez que derivaría muchas veces en colisión. Esa tirantez (conflicto-acuerdo) entre religión y política marcaría la historia de la cristiandad.

La cultura occidental quedaría profundamente marcada por los relatos, los ritos y las frases del Evangelio: el año sería regulado por la Navidad, la Pasión y otras fases de la vida de Jesús, cuya doctrina sería predicada de modo permanente para ilustrar a los fieles. Los numerosos poderes políticos surgidos en Europa desde el Imperio romano, y más tarde en América, han encontrado su justificación o principio de legitimidad en las creencias cristianas, mientras que la Iglesia, aunque en parte vinculada a ellos, guardaría mejor o peor su independencia, de modo que aún hoy el Vaticano constituye un poder espiritual y en buena medida material, a pesar de carecer de divisiones militares, industrias y casi de territorio propio.

* * *

Según una tradición algo tardía, el cristianismo llegó a España por una predicación de Santiago el Mayor (para diferenciarlo del Menor, otro discípulo de Jesús). La península debía de estar bastante latinizada, aunque de modo irregular. Los cultos romanos convivían con otros ancestrales, y la nueva doctrina no debió de encontrar mucha aceptación entre los habitantes de los campos, aferrados a sus creencias seculares transformadas por la presencia latina, ni entre las élites cultivadas de las ciudades, afectas al ideal de la paz y la civilización romanas y su cultura, que valoraban muy por encima de las nuevas y extrañas prédicas.

Puesto que, según otra tradición algo nebulosa, Santiago fue decapitado en Jerusalén en 44, sólo once o trece años después de la muerte de Jesús, debió de haber llegado muy pronto a España, donde habría entrado por Gallaecia o,

según otra versión, por la actual Cataluña (Tarraco), desde donde habría seguido el valle del Ebro y las estribaciones cantábricas hasta Galicia. La indiferencia de la población le habría desanimado, y la Virgen se le habría aparecido sobre un pilar, en Caesaraugusta (Zaragoza), para reconfortarle y anunciarle su (de ella) próxima partida del mundo. En el lugar se construiría más tarde una iglesia, y de ahí vendría el conocido nombre de mujer español, Pilar. Al poco, Santiago habría vuelto a Jerusalén, un viaje por entonces largo y penoso, y allí habría perdido la vida, siendo el primer apóstol mártir. Sus restos habrían sido llevados a Galicia en un barco de piedra sin timón, desembarcados en Iria Flavia, junto al Padrón actual, y enterrados algo hacia el interior, en el lugar donde los bueyes que conducían el carro con el sarcófago decidieron por su cuenta pararse.

Esta tradición, mezcla de historia, leyenda y elementos milagrosos, señalaría una muy temprana penetración del cristianismo en España. Pero ha sido puesta en duda, al datar del siglo VI, en época visigoda, su referencia conservada más antigua, y no existir menciones en los *Hechos de los apóstoles* ni en otros documentos contemporáneos. Tal ausencia no constituye una prueba, pues numerosos escritos cristianos primitivos desaparecieron en las persecuciones, pero vuelve dudosa la tradición. Queda, así, como uno de tantos sucesos acaso reales, pero de comprobación hoy por hoy imposible. Como fuere, el relato de la predicación jacobea había de tener la mayor repercusión cultural y política para España en los siglos siguientes.

Subsiste constancia, en cambio, de la decisión de Pablo de predicar en Hispania, pues él mismo la expuso en su *Epístola a los romanos*. Posiblemente cumplió su intención, aunque tampoco tenemos medio de saberlo con certeza, pues

los movimientos del apóstol en sus últimos años resultan confusos. Diversos historiadores prefieren creer, también sin base documental concluyente, que el cristianismo penetró en España más tardíamente y desde comunidades ya establecidas en el norte de África. Con el tiempo hubo bastante relación entre la Iglesia hispana y las próximas de la Mauritania latinizada y de las Galias. La entrada del cristianismo, más o menos temprana, tuvo un éxito considerable, pues en el año 250, durante la persecución de Decio, hay testimonios de comunidades cristianas en lugares tan al norte como Astorga y León o tan interiores como Mérida, las tres sobre la llamada posteriormente Vía de la Plata, una calzada de origen tartésico que unía por el medio-oeste peninsular Andalucía (Sevilla) con el norte (Gijón). Seguramente la expansión cristiana siguió el denso entramado de calzadas que cruzaba la península y conformaría, con la latinización, los dos elementos espiritual y culturalmente más decisivos en la historia posterior de España.

6

TRAJANO, ADRIANO…

La serie de emperadores semienloquecidos (Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón) se cortó con los prudentes Vespasiano y Tito, de la dinastía Flavia. Vespasiano otorgó el derecho latino a los municipios de Hispania, premiando su fidelidad en las luchas políticas… y para obtener mayores contribuciones a las arcas imperiales, cuyas necesidades no dejaban de crecer, y con ellas los impuestos. Pero el tercer Flavio, Domiciano, había marchado por los caminos del despotismo, se había proclamado directamente dios, había ultrajado al Senado y perseguido cruentamente a cristianos y judíos. Tras morir asesinado, el ejército y el Senado proclamaron a Nerva, hombre de edad avanzada que gobernó sólo dos años y con quien dio comienzo la nueva dinastía Antonina, la de más larga duración y la que mejor gobernó a Roma: varios de sus cabezas (Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio) fueron «los cinco buenos emperadores», según denominación del historiador inglés Gibbon. Con ellos, durante el siglo II, el imperio disfrutó de su mejor época en política, prestigio y prosperidad, recobrando la moderación de Augusto. El sexto y último Antonino, Cómodo, entró en la nómina de los peores.

La época coincidió, sobre todo bajo Trajano, con la notable relevancia del clan político de origen hispano. La concesión del derecho latino había permitido a varios hispanos entrar en el Senado, compuesto por trescientas personas: con Nerva había al menos catorce senadores de ese origen, Trajano aumentó su número en catorce más, y Adriano en seis. Aunque desprovisto, como institución, de gran parte de su viejo poder, el Senado mantenía un estatus

privilegiado (un senador debía poseer una fortuna mínima de un millón de sestercios), y sus miembros ocupaban cargos influyentes. También tenía peso el grupo social de los *equites* o caballeros, a menudo rival de los senadores, con control sobre las finanzas públicas y ellos mismos hombres de negocios y con acceso a los altos cargos militares. Según Estrabón, a principios de la era cristiana había en Cádiz mayor número de caballeros (unos quinientos) que en cualquier ciudad de Italia salvo Roma y Pavía, indicio de una prosperidad sobresaliente. Varios *equites* de Hispania desempeñaron altos cargos por todo el imperio, y allí nacieron los dos emperadores quizá más destacados de la dinastía, Trajano y Adriano, así como el padre de Marco Aurelio.

Trajano, primer emperador de origen extra itálico, empezó a gobernar el año 98. Según el historiador J. M. Blázquez, provenía muy posiblemente de una familia turdetana latinizada de la colonia de Itálica, fundada por Escipión. Tras una brillante carrera castrense contra los germanos en la frontera del Rin, su popularidad en el ejército debió de influir para que Nerva lo propusiera como sucesor. Ya en el poder, atenuó sólo ligeramente la hostilidad a los cristianos (el papa Clemente fue ahogado, el obispo de Jerusalén, Simeón, crucificado, y el de Antioquía, Ignacio, echado a los leones), y siguió dos líneas de acción: asegurar las fronteras, sometiendo a los pueblos que las amenazaban o haciéndoles retroceder hasta líneas de fácil defensa, y afrontar la crisis moral e institucional manifiesta, entre otras cosas, en la bajísima natalidad de las capas altas y medias, al modo de los antaño despreciados *graeculi*, y testimonio acaso de un subyacente pesimismo sobre el porvenir: esas capas sociales parecían haber perdido interés

en perpetuar sus linajes. Trajano huyó de la política de terror de Domiciano, buscó el acuerdo con el Senado, devolviéndole preeminencia al menos formal, protegió a los pequeños y medios campesinos mediante créditos a bajo interés, y eliminó los rituales de poder adoptados de las monarquías orientales, como la postración a los pies del emperador. Demostró talento administrativo e impulsó una política de construcciones y mejora de infraestructuras, de la que su nativa península se benefició en sumo grado. De hecho se rodeó de un clan ligado a Hispania.

No menos descolló Trajano en la milicia. Roma estaba llegando al límite de sus recursos militares. Sus dilatadísimas fronteras apenas podían ser defendidas por el ejército, de unos 300 000 hombres, y cualquier ampliación ulterior significaba extender las líneas y rodearse de más y más enemigos; pero al mismo tiempo la presión de éstos obligaba a nuevas campañas. Trajano, sin buscar la guerra, no la temió. Empezó por contraatacar a los dacios sobre el Danubio inferior, y empujarlos hacia los montes Cárpatos. A fin de asegurar la tierra ganada, la repobló con colonos de Italia y otras partes del imperio, asentando un cambio cultural y étnico que daría lugar a la Rumanía actual, cuyo fundador fue realmente este gobernante hispanolatino. Luego se anexionó con poco esfuerzo el reino nabateo o Arabia Pétrea (parte de la actual Jordania y extremo norte de Arabia).

Finalmente se volvió contra el temible poder parto, origen de frecuentes choques desde antes de Augusto, con victorias y derrotas sin decisión clara. Así se había creado un equilibrio en la región del Cercano Oriente; pero habiendo roto los partos ese equilibrio en Armenia, Trajano la ocupó en 113 y desde allí bajó por Mesopotamia y capturó

Ctesifonte, capital parta, donde impuso un rey títere. Lamentó no ser más joven (tenía ya 62 años) para emular a Alejandro y avanzar hasta la India. Pero la resistencia parta no quedó extinguida y alentó otras revueltas en la región y en las zonas de fuerte presencia judía, como Siria y Chipre. Al empeorar la situación, Trajano ordenó una retirada estratégica con vistas a recuperar los territorios en una posterior ofensiva. Pero entonces enfermó y murió el año 117, en una ciudad de Anatolia próxima al mar Negro.

Con Trajano alcanzó el imperio su máxima extensión, y él mismo fue quizá el emperador más estimado por el pueblo y el que ha mantenido mejor reputación a lo largo de los siglos. Su sucesor, decidido por él (según otra versión, por su esposa, haciendo creer que todavía vivía él, cuando estaba ya muerto) fue su sobrino Adriano, nacido como él en Itálica, cerca de Sevilla.

* * *

Adriano, muy aficionado a la astrología y a la caza, que había practicado en la Sierra Morena, y de fuerte acento provincial que le valdría burlas en Roma, había seguido, bajo protección de su tío, el usual *cursus honorum*, la carrera política, administrativa y militar de los llamados a altas responsabilidades en el gobierno. No siempre se llevó bien con Trajano, a causa de rivalidades homosexuales, pero otro influyente prócer hispano, Lucio Sura, los reconcilió. Desde el principio, Adriano se distanció de la política de su antecesor. Se enemistó con el Senado al ordenar el asesinato de cuatro prominentes políticos muy ligados a su tío (luego culpó de las muertes a un subordinado suyo), y opuso a los senadores los poderes provinciales y, sobre todo, el ejército. Su problema principal fue el mismo de Trajano: un imperio al límite de sus posibilidades expansivas, con ocasionales

revueltas internas y acechado por enemigos externos, algunos muy potentes. Adriano, al revés que su tío, aceptó recortes territoriales, buscó acuerdos con los enemigos y fortificó las fronteras más sensibles, estrategia llena de incertidumbres, pues daba moral a los pueblos hostiles y podía a desmoralizar a las legiones. Procuró evitar lo último manteniéndolas en constante entrenamiento.

Afirmada la paz exterior, aun si precaria, Adriano quiso homogeneizar culturalmente el imperio sobre base grecolatina, no siempre aceptada. Los hebreos se resistían, al revés que los hispanos en el otro extremo del Mediterráneo, que se habían integrado casi por completo. Adriano reconstruyó la Jerusalén arrasada por Tito el año 70, pero con el nombre de Aelia Capitolina (Aelia por el sobrenombre del propio Adriano) y como ciudad romana, vedó a los judíos vivir en ella y les prohibió circuncidarse, por considerarlo una mutilación. Sobre las ruinas del templo de Yahvé erigió otro a Júpiter, y otro más a Afrodita cerca del Gólgota. Los ultrajados hebreos que seguían en la zona tras la diáspora de Tito, volvieron a alzarse en 132, al mando de Simón Bar Kojba, obtuvieron victorias iniciales y crearon un reino independiente durante un año. Adriano, con un aplastante ejército, marchó a Judea y los venció mediante una táctica de tierra quemada, cruenta en extremo y con desgaste de las legiones. Jerusalén continuó varios siglos como Aelia Capitolina. Para erradicar hasta el recuerdo de los vencidos, la provincia fue integrada en la de Siria y rebautizada Palestina en honor a los filisteos, que habían disputado aquella tierra a los judíos. Éstos sufrieron una segunda diáspora, quedando sólo unas pocas comunidades suyas desperdigadas por la región, sobre todo en Galilea. Tardarían dieciocho siglos en volver como poder político a

aquella tierra, un caso de tenacidad sin parangón.

Como su predecesor, Adriano hizo gala de talento administrativo, atenuó la situación de los esclavos y mejoró la posición social de las mujeres. Pero por carácter e inclinación los dos gobernantes diferían profundamente: Trajano, más apegado a la tradición romana, Adriano a la griega. Les unía el aprecio por la doctrina estoica, raramente combinada en Adriano con un refinado y extremo hedonismo y una curiosa mezcla de escepticismo burlón e interés por todos los aspectos de la vida, siempre bajo la sombría conciencia del declive y fin personal inevitables. Lo expresó, muy cerca de su muerte, en sus célebres versos *Animula vagula blandula*, en los que separa el yo del alma: «*Almilla inquietilla, tiernecilla/ huésped y compañera del cuerpo/ que ahora irás a lugares/ lívidos, helados, desnudos/ para ya no divertirme cual solías*». Acerbas críticas le valió su pasión por un efebo, Antínoo, a quien hizo deificar y adorar, consagrándole estatuas y hasta una ciudad, aunque el único mérito conocido del homenajeado consistiera en satisfacer los deseos homosexuales de su protector. Adriano fue el emperador más culto y aficionado a las artes, él mismo bien dotado para ellas, aunque inconstante y algo caprichoso. Su insaciable afán por construir monumentos y ciudades le valió burlas de Apolodoro de Damasco, arquitecto favorito de Trajano, quizá el mejor de su tiempo, a quien desterró por ello y, al parecer, lo hizo morir.

Hacia el final de sus días, cada vez más enfrentado al Senado, por haber ordenado nuevos asesinatos de posibles rivales, nombró sucesor a Antonino Pío, a condición de que adoptase como hijo a Marco Aurelio. Con ello aseguraba en lo posible la continuidad de una dinastía ligada a Hispania, pues Antonino tenía estrecha relación con el clan hispano.

* * *

Antonino cumplió mejor que ningún otro emperador el ideal del caballero romano, experto administrador y militar, benévolo y ecuánime; restauró la armonía con el Senado, rigió el imperio desde Roma en lugar de emprender constantes viajes y campañas como los anteriores, y tuvo la suerte de no sufrir serios problemas bélicos internos o externos. Fue también el primero en tratar a los cristianos con alguna simpatía, y su reinado (138 a 161) fue el más prolongado desde Augusto.

Una moderación semejante siguió Marco Aurelio. Fundó escuelas para muchachas pobres, protegió a los esclavos e indigentes y anuló deudas con el Estado. Despreciaba a los cristianos, a quienes achacaba «fanatismo», «fetichismo» hacia Jesús y una moral irreflexiva y antinatural; pero no desató ninguna persecución importante contra ellos.

Al revés que Antonino, Marco Aurelio, hispanorromano por familia, hubo de arrostrar, apenas llegado al poder en 161, la agresividad de un Imperio parto nuevamente poderoso, que produjo una grave crisis militar en el este. Simultáneamente las tribus germanas, convencidas de que la política imperial reflejaba debilidad, atacaron en oleadas, junto con los sármatas, llegando a la misma Italia. El emperador se encargó de las operaciones contra los germanos y envió a Partia a Vero, a quien había admitido como coemperador en un nivel subordinado. La campaña de Partia concluyó victoriosamente en 166, pero la lucha contra germanos y sármatas iba a durar casi toda la vida de Marco Aurelio.

El gobernante demostró en estas luchas notable pericia. Como escribió el historiador Dion Casio, «supo afrontar dificultades extraordinarias y fuera de lo común, salvando así

al imperio». Los germanos tardarían mucho tiempo en recobrarse de sus derrotas y volver a amenazar a Roma. Pero la victoria en Partia había traído un efecto inesperado: las tropas, de vuelta a Roma, llevaron consigo una grave enfermedad, quizá viruela o peste bubónica, llamada popularmente «peste antonina», que diezmó la población durante quince años. Pudo causar hasta cinco millones de muertes, muchas más que todas las guerras, y debilitó seriamente el imperio. Los mismos emperadores, Vero en 169 y Marco Aurelio en 180, fallecieron víctimas de ella. Algunos historiadores han atribuido a aquella catástrofe el comienzo de la decadencia romana, pero ésta no se haría evidente hasta dos siglos después, y por otras causas.

Marco Aurelio no sólo fue un emperador hábil y moderado, sino también un filósofo importante en la corriente estoica, que dejó unas importantes *Meditaciones*, libro compuesto durante sus campañas. Ve al hombre como parte de un Todo (Dios, el Uno, la Naturaleza, la Razón, la Ley…) que le sobrepasa absolutamente, como ínfima porción de la materia universal, del tiempo infinito y del destino. Los seres y los hechos están entrelazados, en constante cambio y en una armonía esencial. El hombre que comprende esta realidad, la fugacidad del tiempo y la memoria, la precariedad de la vida, se adapta racionalmente a la ley de la naturaleza, vive en armonía con el Todo, atiende al presente y no se angustia por el pasado o el futuro. El miedo a la muerte brota de la impresión del aniquilamiento, pero el sabio entiende que éste no existe, pues la muerte es sólo un cambio dentro de la marcha del universo, y dentro de la eternidad todas las cosas se reproducirán una y otra vez en formas semejantes. La consideración del Todo, entiende el filósofo, nos induce a la

moderación, a rehuir las pasiones, a la benevolencia; el hombre guiado por la razón «es al mismo tiempo tranquilo y resuelto, radiante y firme». Su moral es individual porque sólo se puede juzgar el bien y el mal en lo que depende de nosotros y en nuestra propia conducta; no obstante, el criterio individual debe armonizarse con la sociedad y con el Todo.

La virtud preconizada y en general practicada por Marco Aurelio tiene, sin embargo, difícil asiento en la naturaleza, pues ésta parece ajena a la moral, e integra todos los comportamientos humanos, los que solemos considerar mejores y peores. «Quienes han llevado una vida de implacable enemistad, sospecha, odio… ahora están muertos y reducidos a cenizas». Cierto, igual que quienes habían hecho el esfuerzo de vivir en la virtud, como podría haber recordado Horacio.

Su muerte le impidió comprobar esa ambigüedad básica tras haber cometido el peor error de su vida, el nombramiento de su hijo Cómodo como sucesor. En principio era una buena elección: Marco Aurelio le había aleccionado desde la niñez, y durante los tres años últimos de su vida lo había asociado al poder, a fin de proporcionarle experiencia. Cómodo llegó al imperio apenas salido de la adolescencia e invirtió resueltamente la política de su predecesor. Entre la concepción estoica del gobernante como servidor de la comunidad y el principio de que sus decisiones constituían la legitimidad moral y legal —vieja querella presente también en el conflicto entre Confucio y la escuela legista, o en el mito de Antígona— optó por lo segundo. Se presentó como fuente de la ley, la moral y la religión, se divinizó como reencarnación de Hércules e hijo de Júpiter e hizo cambiar el nombre de Roma por el suyo propio, como

Adriano había hecho con Jerusalén. Atacó al Senado y derrochó sin tasa el dinero del Estado para atraerse al pueblo mediante fastuosos juegos de gladiadores y similares. Cometió numerosos crímenes y su despotismo suscitó varias conspiraciones. Sin embargo, al invertir la política de su padre no podría decirse que contrariase a la naturaleza, pues sus actos formaban necesariamente parte de ella… como también las conspiraciones que culminaron en su asesinato, en 192. A continuación recomenzó un período de anarquía y guerra civil, abriéndose paso una nueva dinastía, la Severa.

El problema de Cómodo reflejaba una debilidad institucional del Imperio romano desde Augusto: la ausencia de un orden claro y comúnmente aceptado de sucesión, de modo que el óbito de un emperador abría una concurrencia de aspirantes que conducía a disturbios, crímenes y conatos de guerra civil.

* * *

Con el demencial Cómodo, que reproducía la degradación de los emperadores posteriores a Augusto, terminaba prácticamente el siglo II, el de los «cinco emperadores buenos», cuatro de los cuales estaban estrechamente relacionados con Hispania, donde habían nacido dos. Su ideología estoica, como la de Séneca, Lucano y otros, y su influencia posterior en el pensamiento español, podrían indicar una predisposición temperamental hispana hacia esa doctrina, y así lo han sostenido algunos autores. Sin embargo se trataba de una ideología muy en boga en todo el imperio, y parece más ajustada la interpretación contraria: fue el influjo de Roma, una vez más, el que dio carácter a una forma de entender la vida que tendría amplio eco en España.

Por lo demás, el siglo de los Antoninos fue la mejor

época imperial después de Augusto: época, en conjunto, de prosperidad y la más feliz, en la cual prosperaron y se ampliaron las clases medias y la interrelación comercial, incluso turística, gracias a la combinación de un poder prudente y una administración cuidadosa.

En Hispania también prosperaban los municipios, los cultivos y el comercio, en especial de aceite, de un condimento llamado *garum*, de oro, plata o cobre, de vinos y de lana, que se exportaban en abundancia a Italia y otras regiones. La población debió de aumentar mucho y se crearon grandes fortunas y oligarquías locales preocupadas por embellecer las ciudades. El valle del Betis siguió siendo el centro principal de la vida cultural y económica, pero la expansión urbana, comercial y agraria afectó a toda la península, como se comprueba en el crecimiento de las ciudades de la meseta y del norte y en la mejora de las calzadas, sobre todo bajo Trajano y Adriano. De Hispania salían numerosos soldados, que combatían o guardaban las fronteras en lugares muy alejados, terminaban recibiendo la ciudadanía romana y se convertían a su vuelta en un importante factor de latinización. Sólo en algunas zonas montañosas quedaban bolsas de población poco romanizadas.

En conjunto, y a pesar de los emperadores enloquecidos y los crímenes en la cumbre del Estado, Roma había logrado asentar un aparato legal, administrativo y militar de tal calidad, y había contado con dirigentes medios tan capaces y orgullosos de servir a su civilización, que las contiendas civiles se habían resuelto con rapidez, sin repetir las convulsiones del siglo I antes de Cristo, se habían superado todas las crisis, asegurado la *pax romana* y generado una prosperidad que había cambiado radicalmente el panorama

cultural del *Mare Nostrum*. La impresión de los contemporáneos podría resumirla el comentario de Tertuliano, intelectual cristiano de la época, escasamente prorromano: «Cada día el mundo es más conocido, mejor cultivado y más civilizado. Por todas partes se abren caminos, cada región es explorada, todos los países se abren al comercio. Los campos labrados han invadido los bosques; rebaños de ganado han expulsado a las fieras; la misma arena está hoy sembrada, las rocas quebradas, los pantanos saneados. Ahora hay tantas ciudades como antes había casuchas…».

Sin embargo, ya con Adriano se observa un estancamiento cultural. Las artes alcanzaron perfección técnica, pero la inspiración decayó, no hubo renovación y aparecieron pocos escritores o científicos de talla, como si el ímpetu cultural de los agitados siglos anteriores se hubiera agotado en medio de la prosperidad. En Hispania no surgieron dignos sucesores de los Séneca, Quintiliano o Marcial. El esplendor intelectual de la Edad de Oro y la Edad de Plata cedieron a una semiesterilidad y sensación de vacío, conforme la religión oficial y las concepciones politeístas tendían a convertirse en cáscaras huecas. Mientras, el cristianismo continuaba avanzando.

La riqueza de la Bética sufrió un rudo golpe con la invasión de tribus mauritanas o beréberes, del año 171 al 173. El ejército imperial se desplegaba en las fronteras a modo de caparazón, pero si el caparazón era perforado, la repentina invasión podía extenderse sobre grandes regiones inermes antes de ser localizada y rechazada, lo que llevaba largo tiempo. La Bética, como el resto de la península, se hallaba casi desarmada, salvo por milicias locales contra el bandolerismo endémico de algunas zonas. Augusto había

dejado tres legiones, que Vespasiano redujo a una, la *IX Gémina*, acantonada en León para vigilar a cántabros, astures y galaicos. En cuanto a la Mauritania (el actual Magreb) se hallaba básicamente pacificada, pero en sus poco accesibles montañas del Atlas, de escaso interés para Roma, la población, inestable o trashumante, seguía viviendo como en el pasado. Algo parecido, en mucha menor medida, ocurría en el norte de Hispania, particularmente en las montañas vasconas, cuya población no había sufrido un feroz castigo como la de las cántabras. Ocasionalmente algún líder carismático del Atlas organizaba incursiones en busca de botín sobre la costa mauritana más latinizada e incluso, pasando el Estrecho de Gibraltar, sobre la Bética. Los destrozos que causaron en esta región perturbaron su economía. Otro suceso trajo graves daños: en la guerra civil a la muerte de Cómodo, Hispania respaldó al aspirante perdedor, Clodio Albino, y el vencedor, Septimio Severo, se vengó confiscando vastas extensiones olivareras en la península y empobreciendo a los potentados locales.

* * *

En tiempos de Marco Aurelio se produjo el primer contacto oficial con la lejana China, en 166, aunque no una continuidad comercial o cultural. Desde su unificación bajo Qin Shi Huang, por la época de las guerras púnicas de Occidente, China había conocido vastas transformaciones. En 206 a. C., la dinastía Qin había sido sustituida por la Han, que permanecería cuatro siglos con gobiernos menos absolutistas, época de esplendor de las ciencias, las artes y el comercio —con intervalos de rebeliones y caos—, hasta el punto de que la etnia china se ha identificado con su nombre: los *han*. Los gobernantes adoptaron las doctrinas confucianas, que ya quedarían como orientadoras morales y

políticas del imperio, pese a la recepción de influencias budistas procedentes de India y a expansiones menores del taoísmo. China extendió su influjo militar y político sobre Vietnam y Corea, y el cultural desde Japón al Asia Central. Por los años cincuenta antes de Cristo los romanos ya obtenían diversas mercancías chinas a partir de la Ruta de la Seda, que por entonces tomaba forma, pero la relación era indirecta, a través de los partos, y poco continua.

Los imperios chino y romano tenían algunas cosas en común: parecidos en superficie y población (unos 5 millones de kilómetros cuadrados y 50 millones de habitantes cada uno), sufrían una permanente amenaza exterior, en el caso chino de las tribus de las estepas, probablemente los hunos. Éstos, pastores y guerreros, disponían de una excelente caballería que en ocasiones había sobrepasado la Gran Muralla. Al comenzar el siglo II d. C. se abriría en China, como en Roma, un período de inestabilidad, tras el derrocamiento, en 220, del último monarca Han.

La India no logró en este período un grado de unificación semejante a la de China, Roma o Partia. En el siglo II a. C. comenzó el período de los Reinos Medios, que duraría hasta el siglo XIII d. C.: diversos estados en rivalidad e invasiones externas cambiaron una y otra vez el mapa político del subcontinente.

El imperio parto de Persia también entró en declive a comienzos del siglo III, debido a sus pugnas internas, causadas por el poder de los nobles y la escasa autoridad real. Se impondría entonces la dinastía sasánida, tal como la parta se había impuesto a la grecopersa de los seléucidas, herederos de Alejando Magno. Los partos habían mantenido un barniz helenizante, pero los sasánidas iban a adoptar una actitud mucho más agresiva y más nacionalista persa.

7

LA GRAN CRISIS DEL IMPERIO Y LAS REFORMAS DE DIOCLECIANO

Si el siglo II, el de los Antoninos, se caracterizó por una básica estabilidad y solución satisfactoria de los problemas internos y externos, el siglo III vino signado por la convulsión y la crisis. La dinastía de los Severos duró sólo 42 años, de 193 a 235. Se vinieron abajo la autocontención estoica del poder y cierto equilibrio con el Senado y otras instituciones, y por primera vez se expuso la idea —no sólo la práctica— de que la ley no expresaba, ni aun formalmente, una decisión del Senado, sino la voluntad del emperador, aureolada de un carisma divino. El Estado descansó aún más directamente en el ejército, dentro del cual la Guardia Pretoriana pudo deponer y matar al perturbado Heliogábalo, así como al último representante de la dinastía, Alejandro Severo.

A la crisis institucional se añadieron las peores amenazas exteriores desde tiempos de Cartago, guerras intestinas, cortes de las comunicaciones, piratería, inflación desatada, secesiones, epidemias… El imperio estuvo al borde del colapso en una Gran Crisis de medio siglo, período de semianarquía militar. Decio fue el primer emperador caído en batalla contra enemigos externos (los godos), en 251; nueve años más tarde, Valeriano sería el primero apresado. La crónica de los sasánidas, que habían derrocado a los partos, decía: «El césar Valeriano vino contra nosotros con setenta mil hombres […]. Peleamos contra él en una gran batalla y prendimos al césar Valeriano […]. Abrasamos las provincias de Siria, Cilicia y Capadocia, las devastamos y conquistamos, llevándonos a sus pueblos como cautivos».

Según la leyenda, el rey persa Sapor I habría obligado a Valeriano a tragar oro fundido.

En 258 las provincias de Hispania, Galia, Britania y la Germania romanizada se separaron para formar un imperio galo con sede en Tréveris (en la actual Alemania) bajo el mando de Póstumo, luego de Tétrico.

Once años más tarde el reino de Palmira se independizó bajo la reina Zenobia, extendiéndose a Siria y Egipto. El colosal edificio comenzado por Escipión cinco siglos antes amenazaba hundirse. Sólo en 274 pudo Aureliano dominar a Zenobia y a Tétrico, que recibieron trato clemente: la primera, obsequiada con una lujosa villa en Roma, vivió sus últimos años como una gran dama. Aureliano, notable líder, también derrotó a godos y vándalos que presionaban por el Danubio y habían entrado en la misma Italia. Su denodada lucha por recobrar una administración eficaz y no corrupta le costó finalmente la vida, en 275.

Salvo en la época Antonina, el oficio de emperador resultaba peligroso en extremo. De los cinco de la dinastía de Augusto, la Julio-Claudia, tres, acaso cuatro, murieron por asesinato o suicidio. También murió asesinado uno de los tres de la dinastía Flavia, y uno de los seis Antoninos. De los nueve que, con los Severos, llegaron a ocupar o compartir el poder, siete acabaron asesinados o ejecutados, y durante la Gran Crisis la peligrosidad crecería al máximo: de los 25 emperadores totales o parciales durante medio siglo, 23 perecieron asesinados o en combate.

La inestabilidad en la cúspide sacudía al imperio; pero éste consistía en un entramado político, cultural, técnico y castrense, servido por altas magistraturas de probada experiencia adquirida en el *cursus honorum*, y por muchos miles de funcionarios, ciudadanos y soldados expertos y

orgullosos de su romanidad, pese a proceder cada vez más de fuera de Italia: varios emperadores de la Gran Crisis habían nacido en Iliria, al otro lado del Adriático. El proceso se acentuó desde 212 por un edicto de Caracalla que otorgaba la ciudadanía romana a todos los hombres libres del imperio. Así, el Estado sobrevivió a los más violentos desafíos internos y externos.

Hispania padeció crudamente estos avatares. En 252 una peste despobló parcialmente el valle del Ebro; y algo después, en 259-260 y de nuevo hacia 276, tribus germánicas de francos y alamanes llegaron a la península tras cruzar el Rin y las Galias. La arqueología constata algunos rastros de la invasión: arrasamiento de Ampurias, destrozos en ciudades y campos de Levante y Aragón, desde los Pirineos a Andalucía, y en el valle del Duero. Mientras miles de hispanos defendían las fronteras del Rin, el Danubio o frente a Persia, Hispania estaba muy mal protegida, de modo que los germanos pudieron actuar a sus anchas antes de ser localizados por las legiones.

Las invasiones y la inseguridad creaban un círculo vicioso: forzaban a aumentar los gastos militares y administrativos, de paso la corrupción, y debilitaban la economía. Por ello, a las invasiones les siguieron las revueltas. Labriegos despojados o arruinados por los impuestos ampliaban la destrucción con ciega furia. Ya en 185-188, casi un siglo antes, el ex soldado Materno había encabezado en las Galias e Hispania una rebelión de campesinos, esclavos y desertores que asaltaban fincas y hasta ciudades. Pero ahora el fenómeno, conocido como la *Bagauda*, nacido también en las Galias, alcanzó desde Gallaecia a los valles del Ebro y del Duero.

El comercio retrocedió, la producción agraria se centró

en el consumo local o de subsistencia y la economía se hizo comarcal. La vida se ruralizó en grandes latifundios o *villae* y la necesidad empujó a muchos a sacrificar sus derechos para asegurarse protección y supervivencia, rebajándose a una práctica servidumbre. Las ciudades perdieron espacio y construían o reforzaban sus murallas. También perdieron autonomía política, y terminó el tiempo de las suntuosas construcciones municipales dedicadas por magnates y mecenas locales, mientras se deterioraba la infraestructura viaria.

* * *

La Gran Crisis fue salvada, pues, por líderes ajenos a Italia y por soldados de las provincias o incluso bárbaros, prueba del poder de atracción de la civilización latina; pero, inevitablemente, generó cambios profundos en instituciones, creencias y estilos de vida. «Los poderes creadores de la aristocracia romana quedaron minados de forma definitiva», sugiere Rostovtzeff. La crisis quedaría superada desde 284 por un nuevo emperador, Diocleciano, otro general de origen ilirio que apenas visitó Roma en toda su vida y, no obstante, se veía a sí mismo como romano sobre cualquier otra consideración.

El nuevo líder aplicó una serie de reformas que sistematizaban tendencias anteriores. Separó bastante el poder militar del administrativo y dobló el número de provincias, hasta cerca de un centenar. Creyendo el imperio demasiado extenso para dirigirlo una sola persona, estableció un gobierno de cuatro o tetrarquía, dos *augustos* y dos *césares*. Cada uno debía administrar un vasto sector del imperio, en armonía con el resto. Diocleciano se ocupó de la región en torno al Mediterráneo oriental, la parte más poblada y organizada, de idioma preferentemente griego, si

bien dejó los Balcanes a un césar, Galerio. La parte occidental (Italia, Hispania y África) correspondió al augusto Maximiano, y las Galias y Britania al césar Constancio Cloro. Signo de los tiempos: Maximiano eligió por capital a Milán, dejando a Roma como referencia cultural e ideológica, pero sin poder político.

Diocleciano llevaba la batuta de la tetrarquía. Contra el caos anterior, se rodeó de un ceremonial imponente, típicamente oriental, con ceremonias de adoración que lo separaban del común de los mortales y subrayaban un poder autocrático como nunca hubo antes, pese a fuertes precedentes. Se esfumaron los últimos vestigios de republicanismo y de autoridad y autonomía municipales, ya socavadas desde Caracalla.

Para afrontar los retos exteriores amplió el aparato burocrático, dobló el ejército hasta los 580 000 soldados, la mayoría ya tropas mercenarias que a menudo se portaban como una plaga para las poblaciones vecinas. Reforzó la defensa fronteriza con un costoso sistema escalonado. La *pax romana* exigía tales gastos que amenazaba de ruina a capas enteras de la población y elevaba los precios, con lo que socavaba su propia base. Tales efectos fueron paliados mediante un sistema impositivo más igualitario, previsible y, en ese sentido, más justo, separando la administración del Estado de la casa del emperador. Un censo estricto permitía regularizar y planificar ingresos y gastos, en lugar del anterior método de tomar medidas al compás de las circunstancias. Contra la inflación saneó la moneda y promulgó un edicto de precios máximos, que fracasó. Para asegurar los ingresos y la mano de obra tomó medidas sin precedentes —totalitarias —, obligando a la transmisión por herencia de los oficios y la sujeción de los campesinos a sus tierras, anuncio de la

posterior servidumbre de la gleba; y acabó de eliminar la autonomía municipal, una clave del Estado hasta entonces, reduciendo sus autoridades a simples funcionarios imperiales. Sus reformas abrieron un nuevo período de prosperidad y, suele decirse, aseguraron la supervivencia del imperio en Occidente durante un siglo largo y ayudaron a mantener otros mil años el de Oriente, como Imperio bizantino. En 305, Diocleciano dejó el poder. Con él comienza una nueva época llamada habitualmente «Antigüedad tardía».

Por lo que se refiere a Hispania, la Tarraconense fue dividida en tres provincias nuevas: Gallaecia, extendida por la actual Galicia, norte de Portugal hasta el Duero, parte de Asturias y de la región leonesa; Cartaginense, desde las Baleares y la mitad de la actual Valencia hasta Almería y por el interior hasta el sur de Gallaecia; y Tarraconense propiamente, con las actuales Cataluña, parte de Valencia, Aragón, la mitad de Castilla la Vieja, Vascongadas y parte de Asturias. Lusitania y Bética seguían inalteradas. El conjunto formaba la diócesis de Hispania, dependiente de la prefectura de las Galias, e incluía la Mauritania Tingitana, es decir, la franja norte del actual Marruecos. La península perdió algún peso, relegada al extremo occidente de un imperio que pasó a gravitar sobre el Mediterráneo oriental. Persistió la estrechez de las ciudades y del comercio, y la ruralización de economía autosuficiente. No obstante, las ciudades permanecían, y las *villae* o latifundios absorbían gran parte del viejo artesanado, los oficios artísticos y la vida cultural, como expresan los hermosos mosaicos subsistentes. Frente a revueltas e invasiones, los terratenientes reclutaban grupos armados, hasta pequeños ejércitos no muy profesionalizados.

* * *

Punto clave en la política de Diocleciano fue la regularización del culto al emperador, para reforzar la fidelidad de los ciudadanos. Él debió de ser adepto al culto de Mitra, divinidad solar y mistérica importada de Persia que las tropas difundieron por el imperio. El mitraísmo tenía vaga semejanza con el cristianismo como religión de redención del género humano, y en algunos títulos, símbolos y ritos; pero el emperador iba a colisionar con los cristianos. Éstos habían vivido tres siglos bajo permanente hostilidad social y política, alternando etapas de mayor tolerancia con nueve cruentas persecuciones. Ahora, Diocleciano iban a desatar la persecución más prolongada y sangrienta, desde el año 303. En ella, se dice, ciudades enteras fueron asoladas, varios obispos de Roma y otras muchas figuras prominentes sufrieron martirio, y el emperador llegó a jactarse, prematuramente, de haber erradicado el cristianismo.

La religión de Jesús había arraigado sobre todo en torno al Mediterráneo oriental, algo menos en el occidental. A mediados del siglo IIIexistían en España obispados tan al interior como León, Astorga o Mérida, prueba de una difusión muy amplia. Lo sabemos porque los obispos de esas ciudades se habían doblegado a sacrificar al emperador durante la persecución de Decio, en 249-51. La flaqueza de los tres obispos había indignado a otros colegas suyos y a muchos fieles, pero la claudicación ante las atroces torturas por confesar la fe no era infrecuente. La historia revela también una estrecha relación entre las comunidades hispanas y las del norte de África. En cuanto a la persecución de Diocleciano, ocasionó numerosos mártires en la península, entre quienes suele recordarse a Santa Eulalia, San Vicente y Santa Leocadia.

El arraigo del cristianismo permitió a principios del siglo IV la celebración del Concilio de Elvira, cerca de Granada, con asistencia de diecinueve obispos y veintiséis presbíteros de toda Hispania. El concilio dictó normas para apartar a los cristianos de las prácticas paganas y de las comunidades judías, volvió a prohibirles el culto imperial, así como los espectáculos gladiatorios y circenses, y acordó o confirmó el celibato para los clérigos (primera constancia histórica) y la asistencia a misa para los bautizados.

8

TRIUNFO DEL CRISTIANISMO Y RENACER INTELECTUAL

La persecución de Diocleciano, lejos de su intención, prologó el triunfo definitivo de los perseguidos. Sólo diez años más tarde uno de sus sucesores, Constantino, tras derrotar a su rival Majencio en la batalla del Puente Milvio y ganar la parte occidental del imperio, proclamó en 313 el edicto de Milán, de tolerancia para los cristianos. Fue el primer paso en el respaldo de Constantino al cristianismo, inducido al parecer por su madre Elena. La solución diocleciana de la tetrarquía mostró escasa operatividad, y en 324 estalló una guerra entre Constantino y Licinio por el control de todo el imperio. Licinio gobernaba la parte oriental y defendía a los paganos, por lo que la lucha se tiñó de rivalidad cristiano-pagana. Triunfó Constantino, que a continuación, refundó a la entrada del Bósforo la ciudad de Bizancio como *Nueva Roma* y sede del imperio, cuyo centro se trasladaba definitivamente al Oriente.

Constantino venció a numerosos rivales en una furiosa lucha por el poder, y defendió con eficacia las fronteras contra alamanes, francos, godos y sármatas. Reformó el sistema militar retirando tropas de las fronteras para formar ejércitos interiores capaces de intervenir con rapidez si los invasores superaban el caparazón fronterizo. También reformó las finanzas, cambiando la moneda de plata de Diocleciano por una de oro, el *solidus*. Murió en 337, cuando preparaba una ofensiva contra los persas sasánidas. Tras su óbito, Nueva Roma recibió el nombre de Constantinopla, en su honor, y así seguiría 1600 años, hasta su cambio oficial por el de Estambul, en 1930.

El cristianismo suavizó las costumbres: abolió la crucifixión, dio mayor protección legal a la mujer, mejoró la suerte de los presos y la de los esclavos, cuyo número o proporción —desconocidos— parece haber decrecido por manumisión u otras causas; prohibió, sin éxito definitivo, las luchas de gladiadores, impuso un día semanal de descanso (el domingo), etc. Los cristianos pudieron seguir el *cursus honorum* para las altas magistraturas, aunque continuaron siendo minoría en ellas.

Para los seguidores de Cristo, este radical cambio de posición pareció un milagro. El poder, enemigo ancestral, se tornaba amigo y protector, y con toda su fuerza de atracción y coerción aceleraba el plan universalista católico de la Iglesia, sostenido frente el exclusivismo judío y a la opresión imperial. Por otra parte, el cristianismo, antes una religión no sólo de paz, sino pacifista, desentendida de la suerte del Estado, se convertía en factor clave del orden político, comprometido tanto con los líderes procristianos en las guerras civiles, como con el destino del imperio ante las amenazas externas: a finales del siglo IV, con Teodosio I, sería declarada religión del Estado. Por la misma razón, el paganismo entró a ocupar el puesto de enemigo del imperio.

A la inversa, el poder tendía a inmiscuirse en la vida de la Iglesia, en cuyo seno brotaban herejías, interpretaciones y hostilidades. Por Egipto y Siria cundía la vida monacal y ascética, degenerada a veces en persecuciones fanáticas contra los paganos u otros cristianos. Constantino, preocupado por el orden público, ordenó solventar esos conflictos mediante un concilio. Éste se reunió el año 325 en Nicea, ciudad del Asia Menor, con más de trescientos obispos de todo el imperio. Lo presidió Osio, obispo de Córdoba, prueba del prestigio alcanzado por el cristianismo

hispano, pese a su lejanía de los verdaderos centros de poder político y religioso. Osio había sufrido tormento y destierro bajo Diocleciano y Maximiano, y había llegado a consejero de Constantino.

El debate central giró en torno a la doctrina de Arrio, sacerdote de Alejandría, para quien Jesús de Nazaret habría sido engendrado por Dios, y por tanto no era eterno ni tenía la misma substancia y rango divino que el Padre. Frente a él, el obispo Atanasio sostenía la igualdad ontológica entre Padre e Hijo, por compartir la misma substancia. Los arrianos tenían peso en el Oriente, de lengua griega, mientras sus contrarios predominaban en la parte latina, pese a lo cual el arrianismo fue condenado por aplastante mayoría, gracias en gran medida a la influencia de Osio. Arrio, tenaz en sus ideas, fue desterrado, si bien más tarde perdonado.

El concilio resumió la fe cristiana en el Credo, oración compuesta por el mismo Osio, para su fácil comprensión entre los fieles comunes. Aun así, el arrianismo persistió. Un godo cristianizado, Ulfilas, convirtió a parte de su pueblo a la doctrina de Arrio, la cual también aceptaron los vándalos y otros pueblos germanos. En 343, Osio volvió a convocar un concilio en Sárdica (Sofia), para reorganizar la Iglesia contra el arrianismo, y luego otro concilio limitado a Hispania, con el mismo fin.

Aun así, la herejía prosperaba, y Constancio II, un hijo de Constantino llegado al poder en 337, la adoptó, persiguió a niceanos, paganos y hebreos, y presionó a Osio. Éste le respondió, en 356: «Estoy dispuesto a soportarlo todo antes que derramar sangre inocente o traicionar la verdad. Haces mal en escribir como lo haces y en amenazarme […]. Dios te confió el imperio, a nosotros la Iglesia […]. Ni a nosotros es lícito tener potestad en la tierra, ni tú, emperador, la tienes

en lo sagrado». Fue la primera exposición concreta de la diferenciación entre el poder espiritual y el político. El obispo de Córdoba, con 100 años de edad, sufrió tortura y destierro a Panonia, donde fallecería al año siguiente.

Constancio patrocinó campañas de evangelización arriana en los países vecinos, hasta la India, y decretó pena de muerte para quienes ofrecieran sacrificios a los ídolos, o practicaran la magia, la adivinación y la astrología. Sus medidas provocaron la enésima revuelta de los hebreos, que habían reconstruido algunas comunidades en Palestina, y respondían a la presión cristianizante con una devoción redoblada a su fe y persecución a los conversos. En 351, aniquilaron una guarnición romana y ganaron parte de Israel. La respuesta fue una guerra de exterminio. La persecución contra los paganos incluyó asesinatos de sus sacerdotes y destrucción y saqueo de sus templos, actos iniciados ya bajo Constantino.

* * *

A lo largo del siglo IV, el paganismo perdió adeptos, pero ofreció dura resistencia antes de caer. El imperio, surgido de una pequeña ciudad estado del Lacio bajo la protección de Júpiter y demás dioses ancestrales, sobrevivía por entonces entre angustiosos hostigamientos externos y discordias internas. Cabía achacar la decadencia a la expansión cristiana, a modo de un cáncer, y proliferaron tales acusaciones por parte de políticos e intelectuales paganos. Resurgió en Grecia una filosofía anticristiana llamada helenista, basada en la reelaboración platónica del filósofo Plotino. Ya en el siglo II Celso, comentarista agnóstico y mundano, desdeñoso de judíos y cristianos, utilizaba a los primeros contra los últimos: las profecías podían aplicarse a muchas otras personas con más razón que a Jesús, el cual

habría nacido de la relación adulterina entre un soldado romano y una hebrea, habría aprendido magia en Egipto para deslumbrar a plebeyos miserables e ignorantes entre quienes escogió a sus discípulos, y sus creyentes componían «una turba de esclavos, niños, mujeres y vagos». Su incapacidad para evitar una muerte vil en la cruz desmentía sus pretensiones divinas. Y su resurrección, «¿Quién la vio? Una mujer histérica […] y algún otro de la misma cofradía de hechiceros, o bien la soñó […] o la imaginó con mente extraviada; cosa, por cierto, que ha sucedido a infinitas gentes; o, en fin, lo que es más probable, querría impresionar a otros con tal prodigio y, con parejo embuste, dar pie a otros charlatanes mendicantes».

En el siglo III un discípulo de Plotino, Porfirio de Tiro, escribió el libelo *Contra los cristianos*, hoy perdido aunque varios de sus puntos pervivieron en las réplicas cristianas: «Las cosas que Moisés dice con claridad, los cristianos las presentan como enigmas y les dan aire divinal, como de oráculos llenos de ocultos misterios, y después de hechizar con el humo de su orgullo la facultad crítica del alma, exponen sus interpretaciones». La vida de Jesús sería una leyenda inventada por los evangelistas, como probarían las discrepancias de sus relatos; y los dichos de Jesús estarían llenos de «estupideces»: «Si creyerais a Moisés, creeríais en mí; puesto que acerca de mí escribió Moisés. Sin embargo, de Moisés no se conserva nada, se dice que todos sus escritos fueron quemados junto con el Templo. Lo que existe bajo su nombre ha sido compuesto por Esdras 1180 años después de su muerte, de modo poco exacto».

A estos ataques replicarían apologetas cristianos como Orígenes o Eusebio de Cesarea. Otro intelectual heleno, Yámblico, daría argumentos a la apostasía del emperador

Juliano, cuya familia había sido asesinada por Constancio, pese a lo cual heredó a éste en el poder. Juliano, adepto a cultos mistéricos y al neoplatonismo, se proclamó hijo del dios Sol y reencarnación de Alejandro Magno. Para debilitar el ya decisivo poder cristiano, fundó una nueva Iglesia pagana imitando la de Jesús, se proclamó su máximo pontífice, estimuló las reyertas entre cristianos y premió las apostasías. Pero murió pronto, en 363, luchando contra los sasánidas, y su muerte trajo la derrota definitiva de su causa. Su sucesor, Joviano, restableció los privilegios del cristianismo y ningún emperador volvió a declararse pagano.

Entre sus medidas, Juliano había vedado a los cristianos la cultura griega: si tenían a la Biblia como única fuente de conocimiento, debían abstenerse de los textos clásicos: «Si quieren aprender literatura, tienen a Lucas y a Marcos; que vuelvan a sus iglesias y los expliquen». La prohibición revela otra clave de la época: la absorción por los cristianos de la cultura grecolatina, cuya belleza y sutilidad intelectual los atraía y repelía a un tiempo, y trataban de armonizarla con sus doctrinas.

Así, Plotino influía a los anticristianos Yámblico o Porfirio, y a pensadores cristianos, sobre todo a Agustín de Hipona. Su trasfondo era el antiguo problema de si el mundo, con su infinita variedad de formas, movimientos, generación y destrucción, se explica por sí mismo o precisa un fundamento externo a él. La primera opción suele llevar al ateísmo o al panteísmo, la segunda a la noción de un Dios creador, trascendente a su creación. Plotino va más bien en la segunda dirección: en el fondo del mundo, del espíritu (*nous*) y del alma hay necesariamente algo, el *Uno*, concepto por encima de la existencia y del ser, identificable con el principio del Bien y la Belleza. Del Uno derivaría el mundo,

no por creación, sino por emanación, como del sol emana la luz. Un mundo no ilusorio, pero con grados menores de verdad y belleza según su lejanía del Uno. Ni aun las facultades humanas superiores pueden aprehender ese Uno, accesible sólo por un esfuerzo místico, hasta la identificación con él, estadio máximo de la felicidad. Quien logra esa unión puede ser feliz hasta en medio de la tortura.

San Agustín asimiló a Plotino al cristianismo. Cabría identificar al Uno, en cierto modo, con Dios, o al *nous* con Cristo. Como Plotino, rechazó los gnosticismos (doctrinas iniciáticas y secretistas, que oponían el cuerpo y el alma, la materia —el mal— y el espíritu —el bien—, etc.). Pero no se limitó a trasplantar el plotinismo. Agustín había comenzado por rechazar la fe en nombre de la razón, para encontrarlas más tarde complementarias, rasgo típico del catolicismo. El mundo, considerado racionalmente, no se sostiene en sí mismo, tiene que haber sido creado. La propia razón se reconoce como parte de la creación, a la cual no puede entender por completo, pero incita al hombre a unirse a Dios por las vías del ser, el amor y la verdad.

El ansia humana de saber y de felicidad no puede satisfacerse plenamente en la vida, pero atestigua, junto con la memoria, el entendimiento y la voluntad, la creación del hombre a imagen de Dios, aun si con la deformidad del pecado. El mundo, creación divina, es bueno, y Dios no causa el mal, sólo lo permite y puede transformarlo en bien. También elaboró San Agustín la idea del Dios uno y trino, y la concepción virginal de María y su santidad: Dios nació de una mujer. La Iglesia es santa aun si incluye a malvados, porque ese mal no contamina a los buenos. Nadie se salva sin Cristo y «la reconciliación con Dios es universal, ya que Dios murió por todos los hombres»; de ahí el fervor

misionero cristiano. La gracia, don gratuito divino que facilita hacer el bien, no se opone al libre albedrío, pues éste «no sucumbe porque es ayudado, sino que es ayudado para que no sucumba».

La concepción agustiniana busca salvar al creyente de la desesperación y de la soberbia, pero no llega a conciliar la gracia con la libertad, o la predilección gratuita de Dios por algunos hombres y el amor divino a toda la humanidad. Rechazaba la tesis de Orígenes de que, al final de los tiempos, pecadores y no pecadores volverán unirse en Dios (*apocatástasis*), pues el castigo eterno por los pecados chocaría con la infinita misericordia divina. Según Agustín, el castigo será eterno (concepto extraño, pues en su opinión el tiempo aparece con el mundo, por lo que la eternidad negaría el tiempo); y sentó bases para la doctrina de la predestinación: unas almas están predestinadas a la condenación, otras a la salvación. Estas ideas moldearon la filosofía cristiana y darían pie a controversias y a la gran escisión protestante del siglo XVI, decisiva en la historia posterior de Europa y de España. De paso, la impronta cultural grecolatina aumentaría la distancia del cristianismo con respecto al judaísmo.

La vida de San Agustín transcurrió a caballo entre los siglos IV y V. Fue el mayor de una serie de intelectuales católicos, polemistas y padres de la Iglesia. Otro muy destacado durante la segunda mitad del siglo IV fue Ambrosio, obispo de Milán y consejero de emperadores, que condenó algunas atrocidades estatales, como la matanza de Salónica en represalia por una revuelta. Pero no vaciló en usar el poder para llevar hasta el final su batalla contra el paganismo, promovió la intimidación contra judíos y paganos, la destrucción de sus templos y amparó atrocidades

de cristianos fanáticos. En cierto grado intentó imponer una clerocracia: el emperador estaría «a las órdenes de Dios», como los ciudadanos a las del emperador; y la Iglesia ostentaría un poder superior al de los estados del mundo, concepción susceptible de borrar la separación entre poder espiritual y poder político. No obstante, la identificación de la Iglesia con el imperio tendría un límite, que permitiría a la primera sobrevivir al segundo.

* * *

Por la segunda mitad del siglo IV vivió el papa Dámaso, hispano, probablemente galaico, y opositor cerrado al hereje Prisciliano, también galaico. De cuna aristocrática, poeta y muy culto, con don de gentes, este Papa fue un reformador religioso: defendió a ultranza la primacía del obispado de Roma sobre todos los demás, hizo del latín la lengua oficial de la Iglesia y ordenó la traducción de la Biblia a dicho idioma (*Vulgata*). E identificó a la Iglesia con el espíritu de Roma, una Roma a su vez cristianizada.

Gran parte del pontificado de Dámaso transcurrió bajo el emperador Graciano, con quien acabó de imponerse el cristianismo. Graciano, influido por Ambrosio, rehusó el título de Pontífice Máximo, prohibió los ritos paganos y las donaciones a sus colegios religiosos y, entre fuertes protestas, mandó retirar del Senado el Altar de la Victoria, una estatua de oro de la diosa, regalada por Augusto. Ordenó a sus súbditos la profesión del cristianismo de Nicea y trató, en vano, de extirpar el arrianismo.

Graciano hubo de contender con el general Magno Clemente Máximo, de origen humilde y posiblemente galaico, que había luchado con éxito en Britania contra los pictos y los sajones. Proclamado emperador por sus tropas, Máximo pasó de Britania a las Galias y, en París, atacó a

Graciano. Este había adoptado una guardia personal de alanos y diversos signos bárbaros; sus disgustadas tropas le abandonaron y él huyó hasta Lyon, donde fue asesinado en 383. Luego Máximo pactó un reparto del imperio con Teodosio —también de origen hispano y rodeado de un clan político de la misma procedencia—: Máximo gobernaría Britania, las Galias e Hispania, Teodosio la parte oriental, y Valentiniano II, hermano de Graciano, Italia, África e Iliria. El acuerdo no funcionó y causó una nueva guerra. Teodosio ganó en 388 e hizo matar a Máximo y a su hijo, pese a unirles algún parentesco. Cuatro años después sería eliminado Valentiniano y surgió otro aspirante, Eugenio, que se identificó con los paganos. Teodosio lo venció en 394, en la durísima batalla de Frígido, donde ambos usaron alta proporción de tropas bárbaras. A continuación los cristianos de Roma se vengaron en una sangrienta persecución, que frenó el césar. Teodosio, por tanto, volvió a controlar todo el imperio, el último que lo haría. Pero sólo iba a vivir un año más, y volvió a dividirlo, legando a un hijo, Honorio, la parte occidental y al otro, Arcadio, la oriental.

Teodosio venía de una familia aristocrática de Cauca, en la actual provincia de Segovia, y su reinado marcó el apogeo del cristianismo en Roma. Tolerante al principio con los paganos, el consejo de Ambrosio le llevó a decretar, en 391, el cristianismo de Nicea como única religión oficial, culminando el proceso iniciado por Constantino. Fueron prohibidos los sacrificios con sangre, extinguido el fuego *eterno* del templo de Vesta y despedidas las vestales, castigadas la adivinación y la brujería, retirados los subsidios a templos y congregaciones politeístas, y clausurados los Juegos Olímpicos desde 393. Un año antes, soldados y monjes fanatizados arrasaron el Serapeum de Alejandría, uno

de los más grandiosos templos paganos, junto, supuestamente, con su famosa biblioteca, aunque esto último parece ser una inferencia de Gibbon sin base real. Alejandría sufría desde siglos atrás luchas entre griegos, judíos y cristianos. Otras destrucciones siguieron por Egipto. En 415, sería cruelmente asesinada en Alejandría una notable profesora de la filosofía de Plotino, Hipatia, por una turba conducida por monjes fanatizados y pese al prestigio de la mujer entre diversos intelectuales cristianos.

Estas agresiones no nacían de un desquite por las persecuciones paganas, sino de fanatismos y de la misma motivación, invertida, de las viejas persecuciones: el cristianismo aparecía como garantía del orden político y el paganismo como un peligro. Con todo la identificación religiosopolítica cristiana no adquiriría la intimidad anterior: el césar ya no era divino y debía someterse al mandato moral de la Iglesia.

El imperio padecía amenazas aún más extremas que en la Gran Crisis del siglo III: continuas incursiones de bárbaros, en especial germanos, y de los persas sasánidas, más las luchas por el poder. Teodosio empleó más la diplomacia y el pacto que la espada, y alistó en el ejército a muchos bárbaros. Su prudencia le rindió buen resultado momentáneo, pero no conjuraba el peligro. Después vendría lo peor.

* * *

En este clima de incertidumbre entre la segunda mitad del siglo IV y comienzos del V, Hispania produjo un elenco de intelectuales relevantes, entre quienes cabe destacar a Prudencio, Juvenco, Orosio, Prisciliano y Egeria.

Paulo Orosio, teólogo e historiador natural de Braga, en Gallaecia, nacido hacia 380, viajero por Jerusalén, el este y

África del norte, fue discípulo de San Agustín, defensor del libre albedrío contra diversas herejías y enemigo de Prisciliano. Su *Historia contra los paganos*, de gran difusión en siglos posteriores, es la primera historia universal desde un punto de vista cristiano, explicada como desarrollo del plan divino: el Imperio romano se transformaría en instrumento de Dios para proteger a la Iglesia frente al caos. Rebatiendo la acusación pagana al cristianismo de provocar la decadencia de Roma, sostenía que bajo el paganismo habían sido continuas las crisis y agresiones despóticas a otros pueblos. En cambio, en la nueva era cristiana «tengo en cualquier sitio mi patria, mi ley y mi religión», y las regiones del mundo (imperial) «me pertenecen en virtud del derecho y del nombre [cristiano] porque me acerco, como romano y cristiano, a los demás, que también lo son. No temo a los dioses de mi anfitrión, no temo que su religión sea mi muerte, no hay lugar temible a cuyo dueño le esté permitido perpetrar lo que quiera […], donde exista un derecho de hospitalidad del que yo no pueda participar. El Dios único que estableció esta unidad de gobierno […] es amado y temido por todos […]. Temporalmente toda la tierra es, por así decir, mi patria, ya que la verdadera patria, la patria que anhelo, no está de ninguna forma en la tierra».

Ello no le impedía ensalzar con verdadero patriotismo a los hispanos que habían resistido a Roma: Viriato «tras haber destrozado durante catorce años a los generales y ejércitos romanos, fue asesinado traidoramente por los suyos; mientras que los romanos sólo actuaron con valor en no considerar dignos de premio a los asesinos». «El dolor nos obliga a gritar: ¿por qué, romanos, reivindicáis sin razón esos grandes títulos de justos, fieles, fuertes y misericordiosos? Aprended, más bien, esas virtudes de los numantinos.

¿Fueron ellos valientes? Vencieron en la lucha. ¿Fueron fieles? Leales a otros como a sí mismos, dejaron libres, porque así lo habían pactado, a los que habrían podido matar. ¿Demostraron ser justos? Pudo comprobarlo incluso el atónito Senado cuando los legados numantinos reclamaron, o una paz sin recortes, o a aquéllos a quienes habían dejado ir vivos como prenda de paz. ¿Dieron alguna vez pruebas de misericordia? Bastantes dieron dejando marchar al ejército enemigo con vida y no aceptando el castigo de Mancino». Destruida Numancia, los romanos «ni siquiera se consideraron vencedores […]. Roma no vio razón para conceder el triunfo». «A ver si ahora esos tiempos son incluidos entre los felices, no ya por los hispanos, abatidos y agotados por tantas guerras, pero ni aun por los romanos, afectados por tantas desgracias y tantas veces derrotados. Por no contar el número de pretores, legados, cónsules, legiones y ejércitos que fueron vencidos, recuerdo sólo esto: el loco temor de los romanos los debilitó a tal punto que no podían sujetar los pies ni fortalecer su ánimo ni siquiera ante un ensayo de combate; es más, en cuanto veían a un hispano, sobre todo si era enemigo, se daban a la fuga, sintiéndose vencidos antes de ser vistos». La misma simpatía le lleva a afirmar, exagerando algo: «César [Augusto], dándose cuenta de que lo hecho en Hispania durante doscientos años no serviría de nada si permitía seguir usando de su independencia a los cántabros y astures, poderosísimos pueblos de Hispania…».

Prudencio, quizá vascón de Calahorra, o bien nacido en Zaragoza en 348, fue uno de los mejores poetas cristianos, de amplia cultura grecolatina. Funcionario imperial, gobernador provincial, jurisconsulto y profesor de retórica, terminó retirándose a un monasterio de Hispania, donde

pasó la mayor parte de su vida. Quedan más de 20 000 versos suyos, entre ellos los del libro *Peristephanon*, sobre los martirios de cristianos, los héroes de la época, narrados con profusión de detalles espeluznantes: un hombre inspirado por la fe de Jesús puede, un poco al modo de Plotino, ser feliz en medio del tormento y discutir calmadamente con sus torturadores, en un triunfo total del espíritu sobre la materia: «*Tormento, prisión, instrumentos, / tenazas y hierros al rojo, / la muerte misma, culminación de todo, / son tan sólo un juego para los cristianos*». Otro libro suyo, la *Psicomaquia*, refiere la contienda entre vicios y virtudes, tema muy cultivado en las edades posteriores y hasta Calderón. Por sus asuntos, atención a los detalles cruentos y estilo barroco, lo han considerado algunos un exponente del carácter español. Sea o no así, debe inscribirse, como los de la Edad de Plata en adelante, en una tradición latina y española, derivada ésta de la primera.

De Juvenco, anterior a los citados, hay pocas noticias. Nacido tal vez en Sevilla (Hispalis), fue un poeta descollante, buen conocedor de los clásicos Horacio, Ovidio, Lucano, Lucrecio y sobre todo Virgilio, a quien busca imitar (se le llamaría el Virgilio cristiano). Fundó la épica cristiana con un poema sobre la vida de Jesucristo según los Evangelios, particularmente el de San Mateo, en versos sobrios, con descripciones de la naturaleza y ocasionales interpretaciones alegóricas.

La monja Egeria, también galaica según la mayor probabilidad, hizo entre 381 y 384 un periplo por el oriente mediterráneo desde Constantinopla, adonde había llegado por mar desde el norte del Adriático, y de allí a Palestina y Egipto, para volver por Mesopotamia y Siria a la capital romana de oriente. Viaje largo y seguramente muy

incómodo, que emprenderían pocas mujeres, fuera de las que acompañaban a las legiones o a los políticos. Viajó por mar y por la red de calzadas, descansando en las *mansiones* a lo largo del camino, protegida por los militares en los tramos inseguros, y escribió un relato de su peripecia, conservado parcialmente. Como es natural, dedicó especial atención a los Santos Lugares de Israel y a sus liturgias.

Más o menos por la misma época (379) predicaba en Gallaecia Prisciliano. Su doctrina, mal conocida, tenía al parecer afinidad con el maniqueísmo y creencias de origen persa. Situaba la causa del mal en la materia, el cuerpo corrupto y corruptor. El alma —el bien—, aunque corrompida por el cuerpo, podía imponerse a la materia mediante una vida ascética de celibato y pobreza estrictos que no impediría, en aparente contradicción, conductas lascivas. La generación de nuevas vidas no parece haber sido bien vista, y su grupo fue acusado de difundir el uso de hierbas abortivas. Admitía una doble moral, estricta para los «perfectos» y laxa para los adeptos corrientes. Todo indica una tendencia gnóstica, con juramentos secretos y ceremonias iniciáticas en bosques y cuevas, bailes de hombres y mujeres y lecturas de Evangelios apócrifos, consagración con leche y uvas, en lugar del pan y el vino, etc. Quizá promovió el libre examen de la Biblia. El grupo fue acusado de promiscuidad con mujeres que «asisten a lecturas de la Biblia en casas de hombres con quienes no tienen parentesco».

El priscilianismo tuvo bastante éxito en la península y las Galias, hasta despertar la inquietud de varios obispos, en particular el lusitano Itacio, que emprendió una obsesiva persecución contra Prisciliano. Las querellas llegaron a Roma y a Milán, y la doctrina fue condenada, bajo

acusaciones de hechicería que podían dar lugar a la pena de muerte. Tras mucha discusión e intentos de arreglo, el también hispano emperador Máximo, debelador de Graciano, ordenó la decapitación de Prisciliano y varios de sus seguidores, en Tréveris, el año 385. Sus discípulos fueron autorizados a trasladar sus restos a Gallaecia. Figuras de la Iglesia como Ambrosio, Jerónimo o Martín de Tours condenaron la ejecución como una injerencia del poder político en asuntos eclesiásticos. Quizá no hallaron en el hereje culpa suficiente, o manifestaban con su protesta aversión al violento Itacio. El priscilianismo se mantendría, en decadencia, dos siglos más.

Estas figuras reflejan una Hispania que, pese a los difíciles tiempos y al alejamiento de los centros decisivos del poder, permanecía muy civilizada. Sugieren asimismo que la inquietud intelectual se habría desplazado en parte del valle del Betis a Gallaecia.

9

HUNDIMIENTO DE ROMA Y NACIMIENTO DE EUROPA

Mientras Egeria u Orosio viajaban por Palestina y África, Prudencio componía sus versos en un monasterio o Prisciliano predicaba en Hispania y luego marchaba a su destino en Tréveris, por las profundidades ignoradas de las grandes llanuras y estepas al norte de la franja civilizada euroasiática, se movían oscuramente tribus nómadas. No podemos saber con precisión sus migraciones ni sus motivos, pero sus consecuencias iban a extenderse desde la India hasta el extremo occidente de Europa. Durante siglos, unos pueblos de las estepas de la actual Mongolia, probablemente los mismos que serían conocidos en Europa como los hunos, habían hostigado al Imperio chino, obligándole a veces a comprar la paz por medio de humillantes tributos. Durante la época Han, hasta el año 200, los chinos vencieron a su vez a los hunos que, quizá por ello, marcharon hacia el oeste. Hacia mediados del siglo IV cruzaron los Urales y, por la actual Ucrania, dominaron a los alanos, un pueblo iranio, y a los ostrogodos, amenazaron a los visigodos, y penetraron por varios puntos en el Imperio romano.

De las creencias y cultura hunas se sabe poco. Aparecen descritos como una raza mongoloide, de baja estatura, cabeza voluminosa y fuerte tórax. Absorbían en su ejército a guerreros de otros orígenes, una vez vencidos, aunque la masa huna formaba seguramente el grupo hegemónico. Su numerosísima caballería les proporcionaba gran movilidad, aplicaban tácticas de ataque y emboscada y contaban con innovaciones técnicas como el estribo, tomado de los chinos y desconocido en Occidente, o el arco compuesto, pequeño y

potente, muy eficaz para el combate ecuestre. Parecían una fuerza irresistible. Amiano Marcelino, historiador griego que narró la decadencia romana en siglo IV, achacándola al creciente hedonismo, apatía y pérdida del sentido del honor en la población, los describe: «Imberbes, musculosos, feroces, muy resistentes al frío, al hambre y la sed, desfigurados por la costumbre de deformarse el cráneo y por la circuncisión, e ignorantes del fuego, la cocina y la vivienda». Debió de exagerar los últimos rasgos, pero su llegada causó pavor hasta a gentes como los godos, ajenos al espíritu apocado y a la molicie romana.

Tras la caída de los ostrogodos, los visigodos pidieron permiso al emperador Valente, anterior a Teodosio, para cruzar el Danubio e instalarse defensivamente dentro del imperio. La historia de estos godos nos interesa de modo especial, por su papel en la historia de España. Procedentes al parecer de Suecia, eran uno de aquellos pueblos escandinavo-germánicos que, tras la destrucción de las culturas celtas, rodeaban la Europa latinizada desde las Galias al Mar Negro. Según Tácito, «los germanos no se han alterado por enlaces con ninguna otra nación y son una raza singular, genuina y semejante sólo a sí misma», cosa explicable, porque «¿quién abandonaría el Asia, África o Italia para dirigirse a esa Germania áspera, de duro clima y de tan ingrato aspecto, sólo buena para sus naturales?». Divididos en pueblos numerosos, «son de ojos azules y salvajes, de rubios cabellos, cuerpo ingente y fuerte sólo para el ataque violento, pero no tan sufrido para las fatigas y el trabajo, y nada para la sed y calores […]. Eligen a los reyes por su nobleza y a los caudillos por su valor. Los reyes no tienen un poder arbitrario ni ilimitado, y los jefes mandan más por el ejemplo y la admiración que causan, que por la

autoridad». Parecían a los latinos hombres violentos pero fieles y hospitalarios, de vida libre, respetuosos con las mujeres y sin el libertinaje sexual tan extendido y deplorado en el ámbito mediterráneo.

La longitud y vulnerabilidad de las fronteras impedía a Roma expansiones como las espectaculares de los primeros siglos, lo que volvía impracticable la conquista de Germania, por lo demás considerada inhóspita y pobre, sin alicientes. Durante siglos hubo incursiones mutuas y sin efectos decisivos: «Ni los samnitas ni los cartagineses ni Hispania o Galia, ni los partos, nos han causado tantos reveses», afirma Tácito.

La religión germánica venía a constituir el polo opuesto a la cristiana. Las virtudes del amor, la compasión, la exaltación de los humildes, pesaban en ella poco frente a las del combate, el valor, la aristocracia y el afianzamiento de la personalidad. En contraste con doctrinas como la del Apocalipsis, cuando Dios, tras la cataclísmica batalla final contra el Mal, triunfará, se llevará a los suyos y condenará a los malvados, la mitología nórtica contemplaba el *Ragnarök*, cuando las triunfantes fuerzas del mal harían perecer a los dioses y los héroes en un combate destructor de casi todo el universo. Creencias también distintas de las grecorromanas, pese a su común origen indoeuropeo. Los mitos grecolatinos miraban el más allá al modo sombrío de los famosos versos de Adriano, indecisos entre la esperanza de los Campos Elíseos para los bienaventurados y un lugar siniestro para todos, donde Aquiles dice preferir ser un esclavo en el mundo a rey del inframundo. Los héroes germánicos van provisionalmente al movido Valhalla, hasta perecer con los dioses. Conocen de antemano su final, pero no por ello dejarán de luchar con el máximo ardor, y en ese valor frente

al destino cifraban el valor de la vida.

Entre los germanos, los godos formaban uno de los pueblos más fuertes. Muchos de ellos ocuparon la actual Polonia hacia el siglo III a. C., cuando Roma contendía con Cartago: dos sucesos históricos mutuamente ignorados por sus protagonistas. En sus correrías crearon un imperio laxo entre los mares Báltico y Negro. Hacia el siglo III d. C. se dividieron en ostrogodos («godos brillantes», o quizá «del este»), y visigodos («godos sabios» o bien «del oeste»), llamados también, respectivamente, greutungos (pueblo del arenal), y tervingios (pueblo de los bosques). Los greutungos se establecieron entre el Don y el Dniéper, y los tervingios, entre el Dniéper y el Danubio. Éstos no dejaron de hostigar a los romanos, sin que ello impidiera a muchos alistarse en las legiones. Así se civilizaron parcialmente y acogieron el cristianismo arriano.

A la llegada de los hunos, el año 375, el emperador Valente permitió a los tervingios o visigodos asentarse por la actual Bulgaria, al sur del Danubio, que debían defender. Pero al año siguiente les afectó una hambruna, cuya miseria explotaron sin escrúpulos las autoridades romanas, ocasionando una rebelión. La lucha derivó en 378 a la batalla de Adrianópolis, en la actual Turquía europea, donde los godos desbarataron al ejército imperial y mataron al mismo Valente. El sucesor de éste, Teodosio I, conjuró la amenaza haciendo concesiones e introduciendo más y más bárbaros en su ejército, cuyo general más distinguido, Estilicón, era vándalo. Pero el deterioro se aceleró desde la muerte de Teodosio, el último emperador romano propiamente dicho. El partido latino más hostil a los bárbaros, harto de los constantes conflictos con tan dudosos aliados, perpetró una matanza de familiares de soldados

godos, provocando una nueva rebelión bajo el mando del rey Alarico. Éste encajó varias derrotas, pero tuvo en conjunto tal éxito que en agosto de 410 llegó a Roma, la tomó gracias a una traición desde el interior y la saqueó por tres días, llevándose entre otros tesoros, según la leyenda, el del templo de Jerusalén y el Arca de la Alianza, capturados antaño por los romanos.

Si bien Roma ya no era la sede del Imperio de Occidente, su significación simbólica e ideológica, su prestigio semidivino («Ciudad eterna»), conmovió a los contemporáneos como un sacrilegio y una catástrofe apocalíptica. Cundió por el imperio una sensación de horror, como premonición del fin de un mundo. Y subió a los cielos la gloria de los godos y el terror que inspiraban: habían conquistado y humillado la soberbia de la gran ciudad, proeza no realizada por nadie desde antes de Aníbal.

Por ese tiempo entraban en Hispania otros pueblos bárbaros: suevos, vándalos y alanos. En el invierno de 406 habían cruzado el Rin helado a la altura de Maguncia y dejado en las Galias un rastro de destrucción que proseguiría en la Península Ibérica.

Los godos, tras tomar Roma marcharon al sur de Italia, con idea de pasar al rico noreste de Numidia, la actual Túnez, granero del imperio por entonces. Pero no lograron cruzar el mar y Alarico murió por entonces. Su sucesor, Ataúlfo, pactó con Honorio, hijo de Teodosio, salir de Italia y asentarse en las Galias, desde donde, en 415, cruzó los Pirineos e invadió la Tarraconense. Según Orosio, Ataúlfo proyectaba acabar con Roma y sustituirla por Gotia, un imperio godo. Pero conociendo a sus ingobernables y salvajes súbditos cambió de plan: restaurar el Imperio romano, superando sus vicios mediante el injerto del vigor

germánico. Plan imposible por cuanto su pueblo, con todo su vigor, no sumaría, con mucho, las cien mil familias.

Sus éxitos no aprovecharon a Ataúlfo, pues murió enseguida, asesinado en Barcelona por gente de su séquito. Se acercaba a su fin la larguísima peregrinación del pueblo godo con sus carretas y caballerías, desde el sur de Suecia, por todo el este y sur de Europa, hasta llegar a Hispania, donde habría de diluirse en la población local.

A su vez, los hunos volvieron a hacerse sentir. En 432, dirigidos por Atila, *El azote de Dios*, atacaron Constantinopla, aprovechando el caos creado por las invasiones germanas, y la obligaron a comprar la paz a un precio exorbitante. Luego avanzaron contra los germanos, y en 445 llegaban a las Galias tras ocupar toda la Germania, excepto Escandinavia, reforzando sus tropas con miles de vencidos. Ante el peligro, romanos, godos y otros se unieron y en 451, bajo el mando del romano Aecio y del godo Teodorico, repelieron a los hunos en la batalla de los Campos Cataláunicos, por el norte de la actual Francia. Atila, en retirada, invadió Italia, deteniéndose ante Roma, al parecer por la intercesión del papa León I; y dos años después falleció. El incivilizado reino huno había ocupado de los Urales a las Galias y del Báltico al Danubio y el Mar Negro, pero al perder a su líder más inspirado entró en crisis y se desmoronó en torno a 469. Efímero como fue (en torno a un siglo), provocó tremendos cambios históricos.

* * *

El siglo V en Europa fue, pues, desusadamente confuso, violento e inestable. Pueblos enteros se ponían en marcha, se sucedían las invasiones y las resistencias a ellos. En 476, a poco de hundirse el reino huno, un jefe germano (hérulo) llamado Odoacro, depuso al chico de 15 años Rómulo

Augusto o Augústulo, que hacía de césar, y allí terminó oficialmente el Imperio de Occidente, que subsistía a duras penas tras Teodosio. No obstante, permaneció algo del prestigio de su civilización, y los jefes germanos, empezando por Odoacro, justificaran su poder como delegación, ficticia a cualquier efecto práctico, de Roma o de Constantinopla.

Concluía así la asombrosa historia de Roma, desde sus orígenes legendarios en el siglo VII antes de Cristo como una mínima ciudad estado del Lacio, hasta la creación, a partir de la II Guerra Púnica, de un inmenso estado centrado en el Mediterráneo, cuyo entorno cultural transformó por completo: primer y único poder en la historia capaz de tal cosa. Los habitantes del imperio sintieron este final como una revolución pavorosa entre una orgía de asaltos, matanzas, violaciones, incendios y saqueos. Historiadores actuales suelen minimizar o ridiculizar los relatos de la época, pero no hay motivo para dudar de lo esencial de ellos: todo un mundo perecía a sangre y fuego. Obras de arte, bibliotecas, ciudades enteras ardían. Numidia y las Mauritanias, granero del imperio gracias a su virtuosa utilización del agua, fueron desertizándose bajo el poder vándalo y las incursiones de los montañeses beréberes. El comercio padeció interrupciones como nunca antes, y la economía bajó al nivel de subsistencia. La alfabetización quedó reducida a núcleos eclesiales. Roma volvió a sufrir la conquista y el saqueo en 445, esta vez por los vándalos. Sobre el difunto Imperio occidental se afanaban inestables reinos germánicos, en guerra casi permanente entre ellos. Por Britania penetraban anglos y sajones, los francos se repartían las Galias con los visigodos, que también ocupaban parte de Hispania. Vándalos y alanos, después de atravesar y devastar Hispania, instalaron un reino propio en el actual Magreb,

Córcega y Cerdeña, los suevos hacían lo propio en Gallaecia. Los ostrogodos, liberados de los hunos en 453, ocupaban Italia cuarenta años después, al mando de Teodorico, echaban a Odoacro y construían un nuevo reino.

Naturalmente, para los germanos fue otra cosa: en su memoria quedaría, de modo nebuloso, como una era de gloriosas aventuras fantásticas bajo jefes legendarios, choque del valor y la voluntad contra la arrogancia de un poder por tantos siglos triunfante. Victoria sobre una civilización decadente, con sus masas de súbditos miserables, de esclavos, de ciudadanos indolentes y viciosos. ¿Qué valían todos los artificios civilizados frente al ímpetu vital de unos pueblos en pleno disfrute de su fuerza y libertad? Ahora ellos se adueñaban de unas riquezas que los vencidos no habían sabido merecer ni defender. Aun así, jefes bárbaros como Ataúlfo entendieron pronto que sobre las ruinas debía construirse algo, y que los usos y costumbres de sus pueblos, buenos para tribus no populosas, ni urbanizadas ni radicadas con firmeza en un territorio, valían poco para gobernar reinos extensos, civilizados y sedentarios.

En todo caso se produjo un retroceso general de la civilización, sólo paliado por el aparato eclesiástico. Y así terminaba la llamada convencionalmente Edad Antigua.

Los hunos no provocaron sólo, aunque indirectamente, la caída de Roma, amenazaron también al Imperio de Oriente, sometido además a los ataques de germanos, eslavos y persas. Para salvarse, Constantinopla combinó la acción armada con la diplomacia, el soborno y la compra de la paz con un chorro de oro, sin vacilar en desviar a sus agresores hacia los restos del Imperio de Occidente. Así se libró, con grandes apuros, de sufrir la suerte de éste. Durante el siglo VI, el continuado desorden occidental animaría al

emperador de Constantinopla Justiniano a emprender su reconquista. Gracias sobre todo a la maestría de su general Belisario, entre 533 y 554 derrotó al reino vándalo de África del norte y al ostrogodo de Italia, reocupando sus territorios. También se adueñó de la franja costera hispana entre la actual Alicante y el sur de Lusitania, restableciendo la interrelación comercial mediterránea. Justiniano compiló asimismo el derecho romano en formas que influirían en las leyes de los países europeos.

Por contraste con Roma, Constantinopla iba a mantenerse mil años más. Este imperio, cristiano de raíces romanas, de idioma griego y con instituciones alejadas de las latinas, es hoy conocido como Imperio bizantino, por su capital en Bizancio, nombre antiguo de Constantinopla.

* * *

Las invasiones hunas también golpearon a la civilización persa sasánida y a la india de la dinastía Gupta. Ambas se habían formado en la primera mitad del siglo III, cuando Roma entraba en su Gran Crisis, y ambas habían sido cumbres de las respectivas culturas entre dicho siglo y el VI. En Persia, las incursiones de los llamados hunos blancos casi hundieron el estado sasánida, el cual logró reponerse; en cambio el Imperio gupta caería derribado por las mismas fechas en que los persas se rehacían.

Los sasánidas, con fuerte nacionalismo, procuraron eliminar los rastros de Grecia, su enemiga ancestral, enemistad heredada por Roma. La recíproca hostilidad no impedía préstamos mutuos, aun en el terreno religioso. La religión oficial persa, el zoroastrismo, giraba en torno a las concepciones del Bien (Ormuz) y el Mal (Arimán), que dan forma a la vida en su eterna lucha entre sí, y parte de su simbología parece haber pasado a los hebreos y al

cristianismo, incluso a India y China; en tiempo de los partos, el culto persa de Mitra había ganado adeptos en Roma.

Como antes los partos, los sasánidas representaban el poder de una oligarquía *aria*, de habla indoeuropea, sobre poblaciones de otras raíces. En su mayor auge abarcarían un vastísimo territorio: Persia, Armenia, partes de Anatolia, de Siria, Arabia, Egipto y Etiopía, de Mesopotamia, de Asia central y de los actuales Afganistán y Pakistán. Fue una época dorada de la cultura y la economía persas, de construcción de ciudades y obras públicas, de expansión de su arte y ciencias por Asia y Occidente. Muchos libros indios fueron traducidos, y algunos, como el *Panchatantra*, pasarían más tarde a los árabes y a España y Europa, como ocurrió con el juego del ajedrez. Las formas artísticas persas se divulgaron por Oriente y Occidente. Un magno logro sasánida fue la academia de Gundishapur, centro intelectual del mayor nivel, donde se estudiaba teología, medicina, filosofía, matemáticas, astronomía… A ella acudieron estudiosos huidos de Bizancio, así como chinos e indios. La academia destacó en medicina, la más avanzada del mundo durante siglos.

El Imperio gupta ocupó el norte de India hasta caer, por los hunos, en 550.Como el persa, su poder era el de una aristocracia aria. También vivió una gran época artística, literaria, científica y económica, con un estado centralizado que apartó la hegemonía budista e impuso el sistema religioso y social hinduista aún hoy conocido, con su rígida división en castas. Quizá su aportación más trascendental haya sido el sistema decimal de posición y numeración, que incluiría más tarde el cero, una revolución para el cálculo y la ciencia, pasado a Occidente a través de los árabes.

La otra gran civilización de la época, la china, que acaso había causado las migraciones hunas, tenía un historial no menos agitado, pese a su población mucho más homogénea étnicamente. La brillante dinastía Han cayó a finales del siglo II, pocos decenios antes de la Gran Crisis romana, y el imperio se dividió en tres con una pasajera reunificación a finales del siglo III. Pocos decenios más tarde, tribus nómadas conquistaron el norte del país, que se fragmentó en dieciséis reinos bajo poder extranjero, con cierta similitud al posterior derrumbe del imperio latino. El centro y sur del país, con gobierno chino, también se dividió. A mediados del siglo V, tan espasmódico en Europa, la división se redujo a dos estados, uno al norte y otro al sur. Sólo un siglo largo más tarde, en 589, se reunificaría y centralizaría el inmenso país.

* * *

La especulación sobre las causas de la caída de Roma ha nutrido una extensa bibliografía, que la achaca sea al cristianismo, sea al excesivo peso del aparato estatal, a la pervivencia de la esclavitud, al insuficiente desarrollo técnico, a causas sanitarias (envenenamiento progresivo por plomo), relajación de las costumbres, etc. La tesis del cristianismo choca con el dato de que el Imperio bizantino, también cristiano, resistió todavía diez siglos. Y ciertamente su estructura estatal pudo ser aún más «pesada» que la de Occidente. En cuanto a los esclavos, su superabundancia de la etapa republicana debió de disminuir en los siglos del imperio, por manumisión de muchos y por disminución de las grandes campañas triunfales. La insuficiencia técnica existe siempre en relación con las necesidades, y los bárbaros la padecían mucho más. La relajación moral debió de ser mayor en los últimos tiempos de la república…

El desastre pudo obedecer a la menor importancia de Occidente en relación con Constantinopla, y a la insolidaridad de ésta; no menos a la rápida sucesión de ataques externos muy difícil de afrontar. A ello se sumó cierta apatía y desvitalización de las capas gobernantes latinas, tan diferentes de sus antecesores frente a Aníbal. Reinaba un desinterés mutuo entre los políticos y los militares, y bien puede acertar el historiador Peter Brown al afirmar como causa principal «que los dos grupos principales de la parte latina —la aristocracia senatorial y la Iglesia católica— se disociaron del destino del ejército romano que los defendía». Amiano Marcelino expone de Roma: «Hay allí un Senado de hombres ricos […] cada uno de los cuales podría ocupar un alto puesto, pero prefiere no hacerlo. Se mantienen alejados, prefiriendo gozar tranquilamente de su propiedad», es decir, de las extensas *villae* campestres y los palacios donde se daban a los banquetes y las delicias de la amistad, el estudio o la discusión artística o filosófica. Este modo de vida, desentendida de los asuntos del foro y castrenses, se extendería por la Galia, Hispania y Mauritania. La crisis religiosa e ideológica arrastrada desde tiempos de Augusto, el debilitamiento de las creencias ancestrales y su reducción a ritos mecánicos, la adopción del cristianismo sin convicción real por un sector de las élites, harían flaquear la voluntad política.

Roma sufría otras debilidades. Había construido un eficiente aparato político y militar, pero no solucionado el problema de una sucesión regulada y aceptada para el más alto cargo del Estado, y de ahí las frecuentes guerras internas y eliminación violenta de los césares. Y había ido perdiendo los elementos de equilibrio político de sus orígenes, básicamente una sólida aristocracia y una ciudadanía con

fuerte sentido de su libertad, con lo cual la tendencia del poder al despotismo apenas hallaba frenos. Los Antoninos, excepto Cómodo, se habían portado muy bien en conjunto, pero más por voluntad propia que por constricción institucional: muchos emperadores fueron déspotas extravagantes y, salvo el puñal o el veneno, no había modo de impedirlo una vez entronizados.

* * *

En todo el continente germinaba una civilización nueva, propiamente europea, pues el mundo romano se había asentado en torno al Mediterráneo, ajeno y hostil a la mayor parte de Europa. Por lo demás, la ruina latina no fue completa, aunque cayeran a pedazos o en llamas muchos de sus magníficos edificios y se hundiesen sus instituciones: gran parte de su herencia perduró, matizada por el cristianismo, y se extendió mucho más allá de sus anteriores fronteras. Ello fue obra, paradójicamente, de la Iglesia, convertida de tiempo atrás en pilar esencial del orden latino tras haber sufrido tantas persecuciones, pero lo bastante independiente del imperio para no verse arrastrada por la caída de éste. Además consiguió mantener un centro, Roma, desde el que libraba lucha permanente contra las que consideraba herejías, procurando escapar a las intromisiones de los nuevos poderes; y así sostuvo una unidad de credo y de acción político-espiritual que impidió su fragmentación y ruina, destino muy fácil en unos tiempos caóticos. Quedó la Iglesia como único y vasto aparato material y espiritual a través de su red de obispados y pronto de monasterios, salvando parte del legado grecolatino, a cuya destrucción había contribuido en algunos lugares y tiempos.

Y, no menos importante, su preservada unidad permitió a la Iglesia emprender la contraofensiva de la evangelización

de las tribus bárbaras hasta las lejanas Escandinavia y Rusia. La cristianización de germanos, celtas británicos y eslavos sólo culminaría en el siglo XII con la conversión de los vikingos, y en cierto sentido resultó fácil. Quizá la mitología nórtica era demasiado sombría y fantástica, o sus sacerdotes creían poco en ella, como observaba uno a su rey, en el célebre relato de Beda *el Venerable* sobre la llegada de un misionero cristiano al norte de Inglaterra: «Desde el tiempo en que sirvo a nuestros dioses y presido los sacrificios, jamás fui más favorecido por la suerte ni más dichoso que los demás hombres que no rezan, y mis súplicas muy pocas veces fueron escuchadas. Por tanto, doy mi aprobación para que acojamos a otro dios mejor y más fuerte, si lo hay». Un jefe de clan lo apoyó con argumentos menos pragmáticos: «La vida de los hombres en la tierra, oh, rey, si la comparamos con los vastos espacios de tiempo de los que nada sabemos, se parece, en mi opinión, al vuelo de un pájaro que se introduce por el hueco de una ventana dentro de una espaciosa estancia en la que arde un buen fuego en el centro, que calienta el ambiente, y en donde tú estás comiendo junto a tus consejeros y ligios mientras afuera azotan las nieves y lluvias del invierno. Y el pájaro cruza rápidamente la gran sala y sale por el lado opuesto: regresa al invierno y se pierde de tu vista. Así ocurre con la efímera vida de los hombres, pues ignoramos lo que la precede y lo que vendrá detrás».

La cultura europea en gestación estaba afincada en la grecorromana y al mismo tiempo difería de ella: se basaba, por una parte, en el cristianismo, de carácter universalista o católico, y por otra en una multiplicidad de lenguas, tradiciones, lealtades políticas y matices religiosos. Cultura marcada por una acusada dualidad —inexistente o menos

clara en otras latitudes— entre la religión y el poder político. Esta dualidad causaría mil conflictos, limitaría el poder y generaría una potente especulación intelectual y moral, así como una autonomía del individuo mayor que en otras civilizaciones. Por toda Europa, la cultura superior (pensamiento, literatura, artes plásticas, música) fue salvada por el clero y quedó casi limitada a él y a sus actividades creativas y educativas. Los libros eran caros y escasos, los jefes bárbaros no tenían interés en la instrucción, y el pueblo común, reducido a una economía de subsistencia, estrechó su horizonte intelectual. Inicialmente debió de quedar muy poca gente, aparte de los clérigos y parte de los mercaderes capaz de leer y escribir, aunque las oligarquías y algunos elementos populares mostrarían creciente interés por la enseñanza y por conocimientos más amplios que los indispensables para la vida cotidiana.

Así, por encima de los cambios caóticos, pervivió en Europa la herencia de Roma, su alfabeto, su literatura y pensamiento, su derecho, el propio cristianismo, factor decisivo de unidad espiritual y cultural. Junto a esa herencia, la germana, más difícil de precisar: cierto tono e ímpetu vital, individualista; costumbres y actitudes más libres en algunos aspectos; formación de reinos, embriones de futuras naciones…

SEGUNDA PARTE

EDAD DE SUPERVIVENCIA: NACIÓN POLÍTICA Y PRIMERA RECONQUISTA

10

¿NACIÓN ESPAÑOLA? LEOVIGILDO Y RECAREDO

La caída del imperio en Hispania apenas difiere del resto. Hidacio, agudo cronista de la época, galaico de origen, describe: «Los bárbaros que habían penetrado en Hispania la devastaron en luchas sangrientas […] desparramándose por las Españas, sobre las que se ensañó asimismo el azote de la peste […]. Reina un hambre espantosa». Los invasores, suevos, vándalos y alanos, componían grupos no muy numerosos de 30 000 a 100 000 individuos, incluyendo a sus familias que les acompañaban y sin duda obstaculizaban. Pero poseían armas y espíritu bélico, sus rutas eran imprevisibles y sólo tenían enfrente a milicias dispersas de algunos magnates locales. La autoridad imperial no tenía más remedio que aceptarlos como federados y confirmarles las tierras que ellos tomaban por su cuenta. No hubo Numancias o Viriatos: habían desaparecido las viejas tribus con tradición bélica y la población, desarmada, estaba habituada a siglos de paz y afectada por los fenómenos de desvitalización propios de la decadencia romana.

Los últimos invasores fueron los tervingios o visigodos, más numerosos que los anteriores. Los demás bárbaros llevaban siete años moviéndose por la península cuando, desde 415, los visigodos penetraron más decididamente, bajo la teórica autoridad de Roma, para expulsarlos y aplastar a las bagaudas que, en pleno derrumbe imperial, practicaban el bandidaje a gran escala. Cumplieron su misión derrotando a las bagaudas y acosando a los suevos hacia el noroeste y a vándalos y alanos hacia el sur, desde donde éstos pasarían a África trece años después.

Desde que Ataúlfo entró en Hispania, los visigodos pasaron por vicisitudes muy varias. Durante casi un siglo, su capital fue Tolosa o Toulouse, y su centro de gravedad las Galias, aun si su dominio incluía a dos tercios de Iberia. Mientras, en el norte de las Galias nacía el reino de los francos, otro pueblo germánico algo romanizado y con tradición de acuerdos e instalación dentro del imperio. En 493 su rey Clodoveo, exhortado por su esposa Clotilde, se convirtió del paganismo al catolicismo y con él sus súbditos. La conversión le ganó el favor del Papado y de la población gala, ante la cual pudo presentarse como liberador frente a los arrianos godos. Los conquistadores empezaban así a ser conquistados espiritualmente. El año 507, los francos, ayudados por los burgundios, vencieron a los visigodos en Vouillé, obligándoles a replegarse a Hispania y abandonar las Galias, salvo la costa mediterránea hasta el Ródano, llamada Septimania o Galia Narbonense.

De este modo, los visigodos quedaron limitados básicamente a la Península Ibérica, donde, tras un breve período de protectorado por parte del reino ostrogodo de Italia, y algunas vacilaciones sobre la capitalidad (Mérida y Sevilla eran las ciudades más populosas), en 531 instalaron su sede en Toledo, localidad de menor enjundia pero estratégicamente situada en el centro de Hispania.

Desde ese momento puede hablarse, hasta cierto punto, de un reino hispano de los godos, que iba a demostrar un tenaz empeño por unificar la península. Con todo, seguían constituyendo una pequeña minoría ajena a la cultura y tradición indígenas. La masa gótica debió de asentarse en el valle del Duero, mientras los señores establecían guarniciones en las ciudades y ocupaban extensos fundos a costa de los grandes propietarios indígenas, a quienes

arrebataban dos tercios de sus tierras. Su autoridad no llegaba a varias regiones del interior, a una amplia extensión al noroeste, ocupada por los suevos, ni a considerables zonas de la cornisa cantábrica y del Pirineo vascón. En éste se produjo un fenómeno similar al de la Mauritania, donde tribus beréberes bajaban de las montañas a los latinizados valles y costas, reimponiendo en ellos lenguas y modos de vida más arcaicos. Así pervivió la lengua vascuence, si bien influida por el latín.

Hispania quedó políticamente dividida, pues, en dos reinos, el godo de Toledo y el suevo de Braga, ciudad hoy portuguesa. Los suevos ocupaban la Gallaecia romana, más el norte de Lusitania hasta el Tajo, zona muy latinizada, comparable al valle del Betis, a juzgar por el número de personajes notables que producía. La convivencia entre germanos e hispanos era difícil, entre otras cosas por los distintos conceptos del derecho. Ya durante el reino de Tolosa, el rey Eurico, comprendiendo que el derecho consuetudinario germano, no escrito, servía mal a la nueva situación, promulgó el primer código de leyes realizado por cualquier reino bárbaro. Escrito en latín, recopila costumbres y normas tervingias condicionadas por el derecho latino, sólo aplicadas a su pueblo, lo que debía provocar bastantes querellas con los indígenas regidos por normas más refinadas. Alarico II, el último rey tolosano, muerto en la batalla de Vouillé, ordenó un nuevo código que recogía y adaptaba el derecho romano compilado por Teodosio, un paso en la asimilación de los godos a la latinidad.

No sólo las costumbres y leyes, también la religión separaba a suevos y godos de los hispanos, pues el cristianismo en Hispania, como en Galia, era unánimemente niceano, factor decisivo de identidad en una era de crisis.

También debió de separarles la lengua, si bien los godos irían perdiendo la suya, por necesidades prácticas —económicas y otras—, y por el prestigio del latín, lengua de cultura, de la ley y la política. Permaneció la ley romana que prohibía los matrimonios mixtos, bajo teórica pena de muerte: la aristocracia senatorial latina la había establecido por un prurito de superioridad sobre unos pueblos a quienes veía rudos y primarios. Por parte goda, el mantenimiento de esa ley debió de nacer del temor a la disolución de su pequeño pueblo entre la masa hispana, pues los bárbaros no llegarían a la décima parte de la población peninsular, probablemente mucho menos. Traían el prestigio de sus gestas militares, pero en lo demás eran inferiores a unos indígenas entre quienes se hallaba la casi totalidad de las personas instruidas. Y, en fin, los godos podrían en cualquier momento, conforme a su tradición, emprender su enésima marcha a otras tierras, hacia el norte de África, por ejemplo. Todo ello entrañaba una debilidad estructural de aquel reino.

Los hispanos, latinizados y cristianizados, con bolsas aún paganas en el agro y pequeños núcleos hebreos en varias ciudades, apenas pasarían de tres millones. Bajo la paz imperial aumentó mucho, sin duda, la población, pero las hambres, pestes y matanzas ligadas a la caída de Roma, debieron de causar un fuerte retroceso. Pese a carecer de poder político directo, los hispanorromanos distaban de ser una masa dispersa: estaban organizados en torno a la Iglesia, con su red de obispados, iglesias y, pronto, monasterios. El latín debió de empezar por entonces su derivación hacia el romance. El valle del Betis, con Sevilla y Córdoba, conservó su preeminencia económica y cultural, aunque la Mérida Lusitana, Gallaecia y el valle del Ebro serían también zonas

activas y hasta brillantes para la época.

La convivencia religiosa empeoró bajo el rey Ágila I, cuya hostilidad al catolicismo desató una rebelión en Córdoba, en 550, que se extendió por la Bética y complicó a la nobleza. Un rebelde llamado Atanagildo atizó el descontento, y la guerra civil se generalizó. En 553 Atanagildo, o quizá Ágila, pidió ayuda a Constantinopla, desde donde Justiniano trataba de reconstruir el Imperio romano a costa de los reinos germánicos. Los bizantinos aceptaron la oferta, con vistas a adueñarse de Hispania. Les complacía que los godos se destrozaran entre sí, y aprovecharon para ocupar un amplio territorio. Atanagildo, vencedor sobre Ágila, se vio ante el hecho consumado: los supuestos auxiliares bizantinos dominaban desde Denia hasta el sur de Lusitania y parte del valle del Betis, con Córdoba, aunque no Sevilla. Además, la población apreciaba a los recién llegados, con quienes compartía el credo de Nicea o catolicismo.

Los suevos, a su vez, se convirtieron al catolicismo, nueva amenaza potencial para los godos. Por ello, Atanagildo procuró atraerse a sus súbditos mediante una mayor tolerancia religiosa. La época trajo también sequías, malas cosechas y hambres, pero, quizá por agotamiento tras la guerra civil, resultó internamente tranquila. Atanagildo logró, mediante alianzas matrimoniales, contener la persistente amenaza de los francos, empeñados en ocupar Septimania como primer paso para cruzar los Pirineos.

El rey falleció en 568, de muerte natural, dato ajeno a la tradición tervingia, pues de los catorce monarcas sucedidos durante siglo y medio desde Ataúlfo, sólo dos habían finado de ese modo. Los demás, aparte de dos caídos en batalla, habían sido asesinados por una nobleza levantisca y violenta.

El triunfo de una facción hacía peligrar a los contrarios, ocasionando venganzas interminables, en la tradición nórtica.

La muerte de Atanagildo provocó una grave crisis. Se abrió la amenaza de nuevos conflictos internos y disgregación del reino, mientras los francos redoblaban su presión bélica. La situación fue salvada por Liuva I, hombre sensato y moderado que admitió una corregencia con su hermano Leovigildo, ocupándose Liuva de defender Septimania y su hermano de la península frente a los bizantinos.

* * *

Con Leovigildo la historia de Hispania iba a dar un giro trascendental. Muerto Liuva en 572, quedó él como rey único: sería el líder más capaz de los godos, antes o después. Los reyes anteriores habían aplicado políticas mediocres, sin más horizonte que conservar el poder y un ten con ten con el episcopado y la aristocracia hispanorromana, dentro de una hostilidad mutua. Pero Leovigildo concibió a Hispania como un todo, no sólo cultural, sino también político, y trató con perseverante energía de convertirla en un reino unido. Empezó en 570 expulsando a los bizantinos de la costa atlántica del sur; dos años después los alejaba del valle del Betis, reduciéndolos a una estrecha cinta costera del Estrecho de Gibraltar a Alicante, más las Baleares. A continuación sometió las bolsas rebeldes entre las actuales Cáceres y Zamora, y derrotó a las bagaudas de Asturias y Cantabria, a quienes arrebató en 574 la estratégica fortaleza de Amaya, su capital. Dos años después atacaba al rey suevo Miro, aunque terminó pactando. Los suevos habían lanzado ofensivas por el Tajo y la meseta, pero su escaso número les impidió sostener su ambición. Al año siguiente, Leovigildo

venció una rebelión en torno a las fuentes del Betis (Oróspeda), y poco después, en la misma zona, una sublevación campesina, quizá de carácter bagáudico.

Aún mayor alcance tendrían las reformas institucionales. El designio unitarista implicaba romper con normas y tradiciones germanas, y así ocurrió. El rey usó por primera vez corona y manto, emitió moneda con su efigie (antes se usaba en la moneda la ficción de los emperadores bizantinos), saneó las finanzas, acabó con cualquier supeditación a los ostrogodos de Italia y fijó la capital definitivamente en Toledo (los reinos germanos solían ser un tanto nómadas en cuanto a la capitalidad). Realzó la sede con edificios de prestigio, como un palacio y una basílica para el obispo arriano, algo también por encima de cuanto estaba al alcance de los demás reinos bárbaros. El modelo de estas reformas fue Constantinopla, sin que ello significase —bien al contrario— una renuncia a expulsar su presencia de España. Estas reformas acrecentaban a su vez el poder regio a costa de la oligarquía nobiliaria.

No sabemos cuántos individuos componían dicha oligarquía, probablemente unos cuantos centenares; pero disponían de séquitos armados y clientela política, poder territorial, privilegios y derechos tradicionales; y sus querellas mantenían al Estado en inestabilidad permanente. Para superar tal caos, Leovigildo rodeó la función real de pompa y simbología no germánicas, trató de institucionalizar la monarquía hereditaria e hizo ejecutar a los nobles más rebeldes, aumentando el tesoro real con sus bienes.

Otra decisión significativa fue la construcción, en 578, de una ciudad nueva, a la que llamó Recópolis, en honor de su hijo Recaredo. El nombre, único en España con el sufijo griego *-polis*, incidía sobre el modelo bizantino y volvía a

apartarse de la tradición goda. La ciudad, a unos 100 kilómetros al este de Madrid, exponía la decisión de robustecer el prestigio real, pues la fundación de ciudades había sido privilegio de los emperadores romanos y, como en el caso de los edificios de Toledo, superaba las capacidades de las demás monarquías eurooccidentales: Recópolis y Vitoria fueron las únicas ciudades fundadas como tales en la Europa de aquellos siglos.

La orientación del nuevo monarca se manifestó de modo especial en el *Codex Revisus*, nuevo código legal que, entre otras cosas, abolía la prohibición de matrimonios mixtos, lo que suponía una revolución a medio plazo, pues traía consigo la disolución indolora del pueblo visigodo e incluso, más a la larga, de la nobleza, aunque ésta mantuviese con tenacidad el orgullo de su herencia de sangre.

Con todos sus éxitos, el rey iba a sufrir un inesperado conflicto. Su diplomacia había buscado contener la amenaza del reino franco, que desde 561 se había dividido en tres: Neustria, Austrasia y Borgoña. Leovigildo había buscado la alianza con Austrasia casando a su hijo Hermenegildo, de 15 años, con Ingunda, también casi niña e hija del rey austrásico. Tanto Hermenegildo como su hermano menor Recaredo, habían nacido de la finada primera esposa de Leovigildo, Teodosia, de origen franco, y durante años el monarca había procurado atenuar los roces con los católicos hispanorromanos.

La segunda esposa del rey, Gosvinta, era viuda de Atanagildo, con quien había tenido dos hijas, Brunegilda y Galsvinta, y las había casado con reyes francos. Galsvinta, esposa de Chilperico de Neustria, quien mantenía varias amantes, había sido estrangulada en su cama a instancias de la concubina principal, Fredegunda, la cual había accedido

por ese medio al estatus de reina. El poeta ítalo Venancio Fortunato cantó en inspirados versos el presumible dolor de la madre: «Hispania, tan ancha para tus moradores, eres angosta para la madre, desde que mi hija está ausente». Brunegilda, casada con Sigberto I de Austrasia, tendría una historia más larga, pero aún más trágica. De ahí, quizá, la hostilidad de Gosvinta a los católicos francos. Arriana inconmovible, quiso imponer su fe a su nuera Ingunda, a la que maltrató, pero ésta se mantuvo firme. Leovigildo, por salir del conflicto, envió a Ingunda y a Hermenegildo a Sevilla, dando a éste la gobernación de la Bética, donde debía adquirir experiencia política.

Entre Ingunda y el obispo de Sevilla, Leandro, atrajeron a Hermenegildo al catolicismo, y la tirantez con Toledo creció hasta que, en 580, el hijo se alzó contra el padre. Las causas de la revuelta de Hermenegildo siguen oscuras. Una versión la achaca a su madrastra Gosvinta, enfurecida con su marido, quien, harto de sus intrigas, la había relegado. Como fuere, el hijo rebelde trató de separar de Toledo a la Bética y la Lusitania, emitió su propia moneda y buscó alianza con los bizantinos de la costa. Para Leovigildo, la rebelión entrañaba el máximo peligro, pues podía atraer a la revuelta a los católicos hispanorromanos, así como a los oligarcas arrianos descontentos con el poder regio: podía venirse abajo la construcción política de años. Aprovechando la poca actividad de Hermenegildo, su padre se acercó prudentemente a los católicos y convocó un concilio arriano para limar discrepancias, reconociendo, por ejemplo, la divinidad del Hijo, aunque no la del Espíritu Santo. Mientras contemporizaba, aplastó una bagauda de vascones, tras lo cual fundó en 581 la ciudad de Vitoria que, a diferencia de Recópolis, pervive actualmente como capital de

Álava y de la región vasca.

Tras solucionar este problema, el rey tomó la iniciativa en el sur. En 582 tomó Mérida y sucesivamente Itálica, Sevilla y Córdoba. Hermenegildo, capturado en 583, fue aprisionado en Tarragona, donde murió decapitado por negarse a volver a la fe arriana, según la leyenda. Diez siglos después sería canonizado a instancias de Felipe II, como ejemplo y patrono de conversos. Su esposa Ingunda trató de huir a Constantinopla y pereció en el camino. Dejó un niño lactante, cuyo rastro se perdió en Bizancio.

Salvada la difícil prueba, Leovigildo pudo ocuparse del reino suevo, cuyo rey Miro parece haber aprovechado la guerra entre padre e hijo para debilitar el poder godo ayudando al rebelde; pero había sido vencido en Mérida y obligado a sumarse al vencedor. El malestar creció a la muerte de Miro en 582 u 83, mientras una ofensiva franca sobre Septimania, obligaba a los godos pelear en dos frentes. Leovigildo se encargó de los suevos y envió a Recaredo a Septimania. La doble campaña finalizó con victoria en los dos frentes. El reino suevo había durado 176 años, sin integrarse nunca en la población local, pese a su conversión al catolicismo; y finalmente quedaba anexionado al de Toledo, que así se extendía sobre toda Hispania, exceptuando la franja bizantina al sureste y la franja vascocantábrica al norte.

* * *

Para que la unidad cuajara faltaba resolver la cuestión religiosa. Leovigildo aspiraba a un país arriano, idea no tan descabellada, habida cuenta de que la religión del monarca solía ser adoptada por los súbditos, como había ocurrido con los francos y los suevos. Máxime cuando al rey le aureolaba el éxito militar y político. Ningún documento indica

oposición seria al poder godo o sensación de especial opresión por él entre la masa hispanorromana. No obstante, el plan religioso de Leovigildo encontró una mayoritaria resistencia pasiva, sin que le valieran la atracción, las amenazas ni alguna persecución menor. Incluso se venía percibiendo entre algunos nobles, y seguramente más en el pueblo godo, inclinación hacia el credo católico. Éste fue el único fracaso del rey, que por lo demás demostró un talento político excepcional. Murió naturalmente en 586, con unos 60 años, a poco de sus victorias en Gallaecia y Septimania, dejando a Recaredo como sucesor en un reino que ya no era propiamente godo, sino hispano o hispanogodo.

Recaredo terminó la labor de su padre: en 587 se hizo bautizar católico y presionó a los obispos arrianos para que solventasen sus diferencias con los nicenos y cambiasen el carácter de sus iglesias. Le siguió la mayoría de los nobles, si bien no todo resultó tan fácil. El obispo arriano de Mérida, Sunna, y varios nobles, conspiraron para asesinar al obispo católico Másona (también godo) y a las autoridades locales, y sublevar la Lusitania. La conjura fue frustrada por el duque de Lusitania, Claudio, jefe militar hispanorromano, a juzgar por su nombre. A Sunna se le ofreció un nuevo obispado si aceptaba el catolicismo, pero lo rechazó y marchó a predicar el arrianismo a Mauritania, donde moriría violentamente. Recaredo endureció su actitud, excluyó a los arrianos de los cargos públicos e hizo destruir sus textos. También fue frustrada otra conjura arriana a cargo del obispo de Toledo y de Gosvinta, madrastra de Recaredo.

Mayor peligro tuvo una intriga de nobles septimanos. Éstos lograron ayuda del reino franco de Borgoña, católico pero deseoso de apoderarse de la Septimania mediante esa «ayuda». Las tropas francas y arrianas fueron deshechas en

Carcasona por el duque Claudio, el mejor jefe militar del reino de Toledo y antes debelador de la conspiración de Sunna. Su caso expone la complicación política de su tiempo: católico, apoyó al arriano Leovigildo contra su hijo —mientras algunos nobles arrianos secundaron al católico rebelde—, y se convirtió en hombre de confianza de Recaredo. En Carcasona causó un desastre a los francos, como admiten las fuentes de éstos (Gregorio de Tours), pese a luchar en inferioridad numérica. Su fama cundió por Europa Occidental, y el papa Gregorio Magno le felicitaría efusivamente por su lealtad a Recaredo y a la fe de Nicea.

En mayo de 589 comenzó el trascendental III Concilio de Toledo, con 72 obispos de Hispania y la Galia narbonense (Septimania). Los mayores protagonistas fueron los obispos Leandro de Sevilla, organizador de la asamblea, y Eutropio de Valencia. El procedimiento tiene interés. Después de tres días de ayuno y oración fue leída el acta de conversión de Recaredo, «inspirado por Dios para llevar a la verdadera religión a los godos, extraviados por falsos maestros». Luego, a demanda de un obispo, los nobles allí presentes abjuraron públicamente de su herejía como también los obispos arrianos de Barcelona, Valencia, Palencia, Lugo, Viseu, Tuy, Tortosa, Oporto y quizá Pamplona.

A continuación, Recaredo pidió la lectura del credo, y después la de 23 cánones y un edicto regio confirmatorio de los mismos. De estos cánones, tendría especial relieve el segundo, que introduce en el credo la cláusula *Filioque*, definiendo al Espíritu Santo como procedente del Padre y del Hijo. La cláusula encontraría la aceptación de Roma, pero no de Constantinopla, cuyo patriarca la declararía herética en 864, dando lugar, con otros factores, a una de las

grandes divisiones de la cristiandad. El canon 14 prohibía a los judíos todo oficio en que pudieran castigar o tener esclavos cristianos, así como esposas o concubinas cristianas, y ordenaba el bautismo de los hijos que ya hubiera habido así. Cualquier siervo cristiano que hubiera sido circuncidado u obligado a participar en ritos hebraicos quedaría libre. La aplicación del canon provocaría intentos de conversiones forzadas. Otros cánones imponían el celibato a los sacerdotes y obispos ex arrianos, excluían de cargas civiles a los clérigos y a sus sirvientes y esclavos, prohibían a los clérigos llevar sus querellas a los juzgados, el uso de plañideras en los entierros o las canciones y bailes indecentes en las fiestas religiosas.

La repercusión del III Concilio de Toledo para España apenas puede exagerarse. El catolicismo se convirtió en la religión oficial con «alianza del trono y el altar», situación generalizada en los estados civilizados de entonces. El rey nombraría los obispos e influiría a la Iglesia, a cuyos rangos superiores accederían nobles germánicos. Quedaron erradicados el principal distintivo cultural de los tervingios y otros rasgos, como la vestimenta con sus tradicionales hebillas o el entierro de los difuntos con propiedades suyas. Una última conspiración de oligarcas que pretendían matar al rey fue, como las anteriores, descubierta a tiempo. La nueva situación se hizo irreversible.

La conversión de los visigodos causó sensación en todo Occidente, por tratarse del reino probablemente más fuerte y mejor organizado. Gregorio Magno, gran valedor de la primacía del obispo de Roma y de su independencia frente a los poderes políticos, no ahorraría entusiastas enhorabuenas a Recaredo por haber llevado «rebaños de fieles, que has atraído a la gracia de la verdadera fe con tu diligente y continua predicación».

* * *

El significado del III Concilio iba muy lejos en el terreno político: al culminar la evolución iniciada por Leovigildo convertía el poder godo en un estado nacional. Los godos habían llegado como un poder primitivo extraño a Hispania y su cultura. Aunque las riendas políticas seguían principalmente en manos su oligarquía, el Estado nacía con moldes culturales, políticos y religiosos hispanorromanos, madurados durante casi siete siglos desde la derrota de Aníbal, y bajo los cuales el pueblo godo iba a disolverse, también étnicamente, después de haber vertebrado políticamente al país. El obispo Isidoro de Sevilla dará expresión al optimista sentimiento nacional en auge.

Conviene aclarar el sentido en que hablamos aquí de nación, dadas las variadas definiciones y contenidos emotivos derivados de su teorización por el nacionalismo actual. Los romanos llamaban naciones a las abundantes y diversas sociedades que encontraban por doquier, a veces sólo tribus con costumbres más o menos peculiares. Estas naciones defendían su independencia y formas de vida, o trataban de imponerse a otras en una lucha frecuente por tierras mejores o por otras razones. Roma fue quizá la primera, al menos en su ámbito, que justificó su derecho a expandirse alegando la superioridad de su civilización y sus leyes, y la necesidad de establecer la paz. Su imperio disolvió a un sinfín de esas naciones. Su caída, por el contrario, provocó un caos del que surgirían otras nuevas, pero de rasgos muy distintos, pues brotaban de un suelo civilizado latino-cristiano remodelado por los pueblos germánicos.

Nación pasó a ser entonces, no una tribu o conjunto de ellas, sino una sociedad civilizada con aspiraciones de independencia política basada en una autopercepción

cultural. La independencia puede adquirir formas varias: los griegos, pese a no haber logrado unirse en un estado, constituían una nación bien autoidentificada e identificada por los extranjeros, capaz de unirse en momentos cruciales. Algo similar cabe decir del pueblo judío —el más inasimilable y rebelde a Roma—, que aun habiendo perdido su libertad y su tierra, mantendría sus rasgos peculiares y aspiraciones políticas.

La nación hispana creada por combinación del poder político godo con la civilización cristiano-latina fue acaso la primera de Occidente. Podría habérsele anticipado Francia en casi un siglo si consideramos la conversión del merovingio Clodoveo como inicio de la nación francesa. Sin embargo la dinámica de la dinastía merovingia fue más bien la división del territorio y disgregación del poder, apenas estatal, justo al revés que el reino de Toledo, tenazmente empeñado en la unidad geográfica, cultural y política de Hispania. Por ello cabría retrasar la fundación de Francia hasta la dinastía carolingia, dos siglos posterior a Leovigildo: Francia empezaría entonces a llamarse así, en vez de Galia. Cuando el III Concilio de Toledo, Inglaterra estaba dividida en siete pequeños reinos anglos y sajones, hostiles entre sí y hacia los celtas británicos e irlandeses. En Italia, los bizantinos habían roto la unidad implantada por los ostrogodos y ocupado casi toda la península a mediados del siglo VI, para ser a su vez expulsados de la mayor parte del territorio por los lombardos a partir de 568, y ni bizantinos ni lombardos pensaron en algo semejante a un estado o nación italianos. La Germania vivía oscuramente, dividida en tribus y reinos paganos enfrentados o sometidos a los francos.

La precocidad hispana se debe probablemente a haber sufrido invasiones menos destructivas que la Galia, donde la

economía, las comunicaciones, los reputados núcleos de artesanos galorromanos y la propia demografía sufrieron un retroceso brutal. Tampoco soportó España una guerra tan asoladora como las de Italia, durante más de veinte años, entre bizantinos y ostrogodos. Por comparación con el resto de Europa Occidental, el reino de Toledo mantuvo una envidiable estabilidad, y aunque el comercio, las comunicaciones y el urbanismo retrocedieron con respecto a la época romana, mantuvieron un nivel apreciable, según indican hechos tan desusados como la fundación de ciudades, la construcción de edificios de cierto fuste o el desarrollo de centros culturales, particularmente, una vez más, en el valle del Betis.

La trascendencia de las acciones de Leovigildo, Recaredo y el episcopado católico para el futuro de España es inmensa, y sin ella no puede concebirse la posterior evolución político-cultural del país.

11

LA ÉPOCA DE SAN ISIDORO

San Isidoro, obispo católico de Sevilla, expresó en su célebre *Laus Spaniae* el nuevo espíritu que acompañó a la formación de la nación: «De todas las tierras que se extienden desde el mar de Occidente hasta la India, tú eres la más hermosa, ¡oh sacra y siempre venturosa España, madre de príncipes y de pueblos!». España surgía netamente como nación, un país nuevo e independiente nacido entre grandes esperanzas, al cual presenta Isidoro, metafóricamente, como el matrimonio del pueblo godo, figurado como elemento masculino por su prestigio guerrero, con la sociedad hispanorromana.

La novedad de esta alabanza a España se percibe al compararla con *laudes* anteriores, como la del galorromano Pacato, en honor de Teodosio: «Ella (Hispania) trajo al mundo los soldados más duros, los generales más hábiles, los oradores más expertos, los poetas más ilustres; ella es madre de gobernadores, madre de príncipes, ella dio al imperio al insigne Trajano y luego a Adriano, a ella le debe el imperio tu persona»; o la referencia, del año 398, del poeta egipcio Claudiano a Hispania, «fecunda en buenos emperadores» y en «muchas princesas». (A Claudiano, uno de los mejores poetas de su tiempo, se debe también un testimonio de la exuberancia del Levante español, tierra «de rosas y de flores», gracias a sus regadíos). Ya hemos visto asimismo cómo diversos autores hispanorromanos expresaron el orgullo por su origen, por los personajes famosos nacidos en la península o, en contradicción aparente, por gestas heroicas antirromanas como las de Numancia; todo ello dentro de un espíritu de integración en el mundo imperial. Ese espíritu cambia de raíz en la alabanza y concepción general de

Isidoro: no sólo atribuía a los tervingios, los primeros debeladores de Roma, un papel clave en la nueva nación, sino que remitía el imperio al pasado y rechazaba los intentos de reconstruirlo, desde Constantinopla o de cualquier otro modo. Precisamente la familia de Isidoro, de la nobleza hispanorromana, había huido de la ocupación bizantina de Cartagena para instalarse en Sevilla, el mayor centro cultural y económico del reino. Era el momento de Hispania, de España.

¿Recogía Isidoro un patriotismo más extendido, o un sentimiento aislado del clero y algunas familias pudientes? No podemos saberlo con certeza, pero el episcopado, una red política paralela a la de la oligarquía goda, gobernaba a los hispanorromanos, de hecho y de forma más inmediata que el Estado oficial. Y su influencia abarcaba a los propios godos, los cuales incluso en el período arriano prefirieron mantener un trato aceptable con los jefes del catolicismo, para ceder finalmente a su influjo en el III Concilio. Los obispos eran entonces los líderes de opinión de la gente común, y los sentimientos patrióticos de ésta suelen sobrepasar a los de sus dirigentes, como tantas veces se ha comprobado en la historia. Parece razonable, por ello, suponer que el patriotismo expuesto en la *Laus Spaniae* estaba bien extendido.

No sólo Isidoro, también tres de sus cuatro hermanos, Leandro, Fulgencio y Florentina, desempeñarían un papel cultural y político. A Leandro e Isidoro se debe ante todo la atracción de los godos al catolicismo. Leandro, el mayor de los hermanos, había convertido a Hermenegildo y respaldado su rebelión, lo que le costó el destierro a Constantinopla, donde conoció al futuro papa Gregorio Magno, origen de una duradera amistad entre ambos. Vuelto a España, tuvo

parte en la conversión de Recaredo.

Al éxito político de Leandro se añadió otro cultural: preocupado por la instrucción de los clérigos, fundó en Sevilla una biblioteca, quizá la mejor de Occidente. Acopió para ella cuantos manuscritos encontró en Hispania y muchos otros traídos de Roma, África o Constantinopla, tanto obras religiosas como profanas. La biblioteca convirtió a Sevilla en un centro intelectual del Occidente europeo. Isidoro continuó la obra de su hermano cuando, muerto éste, fue elegido a su vez obispo de la ciudad. Creó escuelas episcopales y un equipo de copistas mediante el cual aumentó constantemente los fondos. Por indicación suya, el IV Concilio de Toledo, en 633, exigió a los obispos hispanos que instaurasen escuelas episcopales y seminarios según el modelo de Sevilla, en los cuales debía enseñarse griego, hebreo, artes liberales, derecho y medicina.

Leandro e Isidoro dejaron obra escrita, aunque del primero sólo se conserva la triunfal homilía sobre la conversión de los godos, leída al final del III Concilio, y una regla monástica femenina, con elogio de la virginidad y desprecio del mundo, que redactó para su hermana Florentina, fundadora, según tradición, de cuarenta monasterios, con un millar de monjas. Poco sabemos del otro hermano, Fulgencio, que como los demás, salvo Teodosia, sería canonizado. Fulgencio fue obispo de Cartagena (vuelta al reino de Toledo) y de Écija. Fue considerado hombre sabio, dedicado a la controversia con los arrianos, la especulación teológica y el comentario de las Escrituras.

De Isidoro se conservan más escritos. Su *Laus Spaniae* se encuentra en el prólogo a su desigual *Historia de los godos, los suevos y los vándalos*, en realidad un panegírico de la

monarquía tervingia, con mezcla de elementos legendarios y reales, pero que aporta datos valiosos. Isidoro es sólo el más notorio de un buen número de clérigos ocupados en salvar el legado clásico y elevar el nivel intelectual de la sociedad. Se consagró al estudio y la escritura de obras teológicas o filosóficas como *De la naturaleza de las cosas*, libro de astronomía, astrología e historia natural, que testimonia los retrocesos con respecto a Grecia, ya operados en tiempos de Roma, pero también la permanencia del interés por tales cuestiones. El libro, dedicado al rey Sisebuto, sugiere el deseo de elevar el nivel cultural de, por lo menos, los altos dirigentes visigodos.

Su trabajo más famoso, extraordinariamente ambicioso para la época, fue *Las Etimologías*. La escribió con cerca de 70 años y muchos achaques, a petición del obispo Braulio de Zaragoza. La obra intenta compilar el legado clásico y el cristiano, recoge a autores que de otro modo habrían quedado ignorados (los documentos más antiguos sobre Roma son copias realizadas durante la llamada Edad Media), o reproduce a pensadores como Boecio. Engloba y amplía el sistema del *trivium y el quadrivium*, ideado por Marciano Capella, autor africano de los siglos IV-V, que fundaría la educación europea en los siglos siguientes y su desarrollo hasta nuestros días. El *trivium* (gramática, lógica o dialéctica, y retórica) enseñaba reglas de pensamiento y expresión; el *quadrivium* (música, aritmética, geometría, astronomía —Isidoro describió la tierra como redonda—) aportaba conocimientos científicos o prácticos. *Las Etimologías* aborda la teología y temas eclesiásticos, historia natural, agricultura, derecho, literatura, medicina y otras muchas materias, y reintroducía a Aristóteles en la cultura occidental. Sus explicaciones caen a veces en lo pintoresco,

pero sus méritos resaltan mucho más: se trata de la primera enciclopedia de la Europa Occidental, posible gracias a la biblioteca creada por Leandro. Su método preludia los índices y la clasificación alfabética, de tanta difusión y utilidad posterior. Escrito con sencillez y concisión, seguía a Cicerón y Quintiliano en pro de un latín puro y elegante frente a la evolución del idioma hacia el romance. Por ello *Las Etimologías* se convertiría en el libro de texto más usado en Europa durante diez siglos, encontrándose unos diez mil ejemplares distribuidos por el continente.

El pensamiento político de Isidoro subraya la independencia de la Iglesia, si bien en estrecha simbiosis con el poder regio, cuya autoridad atribuye a Dios. La simbiosis debía impedir la conversión del poder en tiranía, así como las revueltas populares y las intrigas oligárquicas. La Iglesia debía asegurar la paz pública con su predicación, influjo y lealtad al monarca. A su vez, el rey debía obrar con justicia y piedad, pues de otro modo podría ser excomulgado y legítimamente derrocado. Este pacto entre la Iglesia y los monarcas garantizaba, idealmente, la estabilidad del poder y la evitación de la tiranía, aunque la realidad distaría a menudo del ideal.

Isidoro defendía la subordinación al obispo de Roma, aun manteniendo hacia él cierta independencia de criterio, como revela el episodio de Braulio y el papa Honorio I. Éste urgió en 637 a los prelados españoles a mostrar mayor celo contra los judíos. Braulio, en nombre del clero hispano, contestó que la lentitud de las conversiones de judíos obedecía a la necesidad de convencerles mediante una constante predicación, y que nadie, por grande que fuera su delito, podía recibir penas como las propuestas por el Papa. Las cuales debían de ser realmente crueles, porque la

legislación visigoda antijudaica ya era de por sí muy opresiva. Braulio incluso corregía algún error doctrinal del Papa, que, por cierto, sería condenado posteriormente por desviaciones.

A Isidoro se debe la primera afirmación escrita conocida sobre la misión de Santiago el Mayor en España. La mencionó de pasada en una obra sobre los Apóstoles, lo que sugiere que era una tradición corriente, cuyo origen desconocemos. Como ya quedó indicado, la predicación jacobea en España no está documentada, pero, veraz o no, iba a tener extraordinario efecto religioso-político en siglos posteriores.

Isidoro fue una de las figuras intelectuales más relevantes de su tiempo en toda Europa. Braulio, su amigo y obispo de Zaragoza, lo consideró un hombre elegido por Dios para salvar a Hispania de la marea de barbarie tras la caída de Roma, y el aprecio a su obra, sin duda muy justificado, permanecería en lo sucesivo (aún hoy se le ha propuesto como patrón de la informática, por su concepción de *Las Etimologías*).

Los cuatro hermanos mencionados no fueron los únicos intelectuales, ni Sevilla una isla culta en un mar de barbarie. Coetáneo de ellos fue, por ejemplo, Juan de Bíclaro, de familia goda y pese a ello católico en plena época arriana, nacido en la lusitana Scallabis (Santarem). Viajó a Bizancio hacia 559, con veinte años, y allí permaneció diecisiete. Debió de volver aureolado de prestigio, pues Leovigildo le exigió hacerse arriano y, al no lograrlo, lo desterró a Barcelona (o quizá lo creyó agente de Constantinopla). Diez años después, hacia 586, fue perdonado, y algo más tarde fundó el monasterio de Bíclaro, cerca de Tarragona. En 592, bajo el catolicismo triunfante, ascendió a obispo de Gerona y asistió a diversos concilios o sínodos en Zaragoza, Barcelona

y Toledo. Su obra mejor es su célebre crónica sobre el reinado de Leovigildo, extendida hasta el III Concilio, reveladora de la época.

Toledo, Zaragoza y Braga fueron otros focos intelectuales de relieve, a juzgar por personajes como Braulio, Tajón, Ildefonso, Juan o Eugenio, autores de obras históricas, poéticas o teológicas. Eugenio, obispo de Toledo fallecido en 658, impulsó la cultura y la música sacra, y de él son poemas como *Lamento por la llegada de mi propia vejez*, o su poema al ruiseñor: «*Tu voz, ruiseñor, induce a hacer canciones./ Por eso mi pobre lengua comienza a cantar tu alabanza./ Tu voz, ruiseñor, vence en el canto a las cítaras./ Se eleva con admirables notas por encima del sonoro viento./ Tu voz, ruiseñor, aleja las semillas del cuidado./ Alivia al angustiado corazón con suaves sonidos* […]/*¡Prolonga el dulce banquete para los oídos que escuchan, / no quiero que te calles, no quiero que te calles!*». El canto del ave excitaba el ansia de una vida sublime más duradera, como memoria del Paraíso o contraste con la aspereza o la vulgaridad cotidianas. Los poemas hispanogóticos serían imitados largo tiempo en Europa Occidental, en la corte de Carlomagno o en Inglaterra, alabados por Alcuino de York o Beda el Venerable cuando el reino de Toledo era ya un recuerdo, tras la invasión árabe.

El caso de Tajón, cuyas *Sentencias*, aunque acusadas de escasa originalidad, tuvieron difusión europea no menor que *Las Etimologías* y contribuyeron a la formación de la escolástica, ilustra sobre ciertos estilos de vida. De joven sostuvo una virulenta disputa con Braulio, a juzgar por las imprecaciones de éste: «Te conduces con insultos y ofensas»; «podría, aunque herido, clavarte los dientes»; «tu ensayo, elaborado con gran aparato, ¡qué fácil me sería desmoronarlo

de un puntapié!, excepto la parte, con perdón, de Gregorio, que plagias y al mismo tiempo adulteras». Lenguaje desabrido y, señala el historiador Orlandis, corriente en la época. No obstante los dos hombres terminarían amigos. En otra carta, Braulio solicita a Tajón, vuelto de un famoso viaje a Roma, «me envíes, para copiarlos, los códices de comentarios del papa Gregorio que todavía no existían en España y que por tu esfuerzo y empeño fueron traídos aquí desde Roma». Sucesor de Braulio como obispo de Zaragoza, Tajón compuso una exégesis de la Biblia. Sus *Cinco libros de las sentencias*, los escribió en parte mientras la ciudad sufría la más grave de las incursiones, acaudillada por el visigodo rebelde Froya, apoyado por francos y montañeses vascones, en verano de 653. Los vascones debían de componer el grueso de la fuerza y, todavía paganos, demolieron iglesias y mataron clérigos. Zaragoza resistió, los sitiadores fueron derrotados a la llegada de un ejército real, y Froya condenado a «la ignominia de una muerte atrocísima».

La labor de Isidoro y sus hermanos, en especial Florentina y Fulgencio, se manifestó en otro fenómeno clave: el movimiento monacal. Los monasterios tendrían invalorable repercusión en la historia europea, pues iban a asegurar la expansión del cristianismo entre los germanos, la continuidad de la alfabetización, la transmisión de parte de la cultura clásica, la recuperación o roturación de grandes espacios agrícolas y la divulgación de técnicas agrarias y artesanas. El monaquismo, surgido en Egipto y Siria en el siglo IV, tenía un componente ascético y punitivo hasta grados chocantes, conservado en España e Irlanda. El caso irlandés destaca por tratarse de un país remoto, nunca romanizado y cristianizado tardíamente por San Patricio, ya en el siglo V. Pese a ello, sus monasterios se convirtieron

desde el siglo posterior —la misma época de su desarrollo en España—, en focos cruciales de cultura eclesial y literaria, donde se instruían personas de Europa y norte de África, hasta de Egipto. Centros de atracción y a la vez misioneros, de allí salieron los monjes que cristianizaron y civilizaron en buena medida los reinos bárbaros de Gran Bretaña, Francia, incluso Germania e Italia.

Las raíces del monaquismo español son oscuras. A mediados del siglo VI un monje bizantino fundó cerca de Braga el monasterio de Dumio, que influyó en la conversión de los suevos; unos monjes africanos, dueños de una biblioteca, fundaron otro en Servitano, quizá cerca de Cuenca; también pudieron llegar a Britonia, en Lugo, monjes irlandeses junto con britanos huidos de los anglosajones. Pero el monaquismo común siguió las normas de Juan de Bíclaro, Leandro e Isidoro, y cobraría auge desde la década de 640, con Fructuoso de Braga. Este noble godo, tras hacerse práctico en la Biblia y en música, repartir sus bienes y liberar a sus esclavos, se refugió en el valle berciano de Compludo: caridad, pobreza, castidad y silencio debían ascenderle al más alto nivel espiritual. Su ejemplo atrajo a hombres y mujeres de variado origen, llegando a conocerse el valle por la Tebaida hispana, lo que obligó a Fructuoso a redactar una regla para poner orden. Luego fundaría monasterios por el occidente peninsular, desde las rías gallegas hasta Cádiz, y llegaría a arzobispo de Braga. Sus normas eran severas: penitencias y mortificaciones interminables, trabajo duro en el campo y la biblioteca, alimento frugal, castigos penosos y obediencia al abad. No obstante, el monje podía recurrir ante los demás abades si se consideraba víctima de abusos de poder por el suyo.

Esta dureza del monacato español, como la del irlandés,

causaría su progresiva sustitución por la regla benedictina. San Benito de Nursia, italiano de cuna noble, escandalizado por la inmoralidad reinante, fundó en 540 el convento de Montecasino con una regla menos ascética que las anteriores y mayor armonía entre la oración y el trabajo intelectual y manual. Apoyada con entusiasmo por el papa Gregorio Magno, la orden benedictina, de temprana implantación en España, se extendería por Europa influyendo profundamente en su evolución cultural e, indirectamente, política.

Dado el carácter primitivo del estado tervingio, convivían en España dos poderes. Hasta Leovigildo, el estado godo había afirmado el dominio político y militar, y los impuestos, sobre una población ajena, que disponía de su propia aristocracia de magnates y terratenientes que podían mezclarse con el núcleo godo, como sugiere el caso del conde Claudio. Pero la sociedad hispanorromana giraba en torno al aparato eclesiástico, que venía a ser una especie de subestado. Este aparato funcionaba con autonomía y los godos no podían sustituirlo, por lo que lo permitían sin excesiva opresión. Recíprocamente, la Iglesia aceptaba la autoridad tervingia y procuraba evitar rebeliones contra ella. De ahí que entre las dos jerarquías y entre las propias poblaciones hispana y goda surgiesen pocos conflictos de envergadura. La política unitaria de Leovigildo suscitó, paradójicamente, un enfrentamiento mayor, al pretender fundarla sobre el arrianismo; pero su pronto fracaso indicó los límites del poder visigodo.

No obstante, una vez alcanzada la unidad religiosa y política bajo el catolicismo, se hacía precisa una institución que representara y armonizara ambas potestades. Así, la mutua aceptación, implícita hasta Leovigildo, se hizo explícita después mediante los concilios. El poder político

precisaba la sanción moral y religiosa de la Iglesia, y ésta respaldaba al Estado, sin identificarse de lleno con él. La armonía, desde luego, distaba de ser perfecta, y la oligarquía goda, al tiempo que admitía el peso de la Iglesia, trataría de ganar posiciones en ella, de lo que se resentiría la estabilidad del Estado.

Llegó a haber 82 obispados en Hispania, aunque los estables serían medio centenar: ocho en Gallaecia, catorce en la Tarraconense, siete en la Narbonense, doce en Lusitania y nueve en la Bética. A la élite episcopal se sumaban los abades de monasterios, algunos de los cuales participaron en los concilios. Los primeros concilios se habían reunido en Toledo los años 400 y 527, con un siglo y cuarto de intervalo, para condenar el priscilianismo y el arrianismo respectivamente. Luego, el III Concilio ratificó la unidad religiosa, y pasarían 44 años hasta el concilio siguiente; pero desde ese momento se celebraron quince en 69 años, un promedio de uno cada cuatro años y medio. Y cambiaron de carácter: la asistencia dejó de ser sólo eclesiástica para incluir a unos pocos nobles, y a los asuntos religiosos se le sumaron otros directamente políticos.

Convocados a instancia regia, el procedimiento conciliar venía a ser así: reunidos los obispos y abades en una iglesia toledana, el rey inauguraba solemnemente la sesión, exponiendo en un discurso sus motivos y los asuntos a tratar. Después se ausentaba y los clérigos deliberaban sobre problemas de la Iglesia, morales, teológicos y administrativos. Luego entraban las cuestiones políticas, en las que intervenían también algunos nobles. Las decisiones o cánones, firmados por todos los asistentes, adquirían carácter legal y obligatorio mediante la sanción real. Su transgresión acarrearía, en principio, graves penas religiosas (excomunión,

anatema) y temporales.

La institución de los concilios es sumamente original, sin parangón en otros países, por lo cual se ha discutido mucho sobre su carácter. Hoy tiende a considerársela un embrión de gobierno representativo, y expresión de cierta forma de doble poder.

Los acuerdos de los concilios arrojan alguna luz sobre los conflictos y formas de vida en una edad de la que sólo tenemos una visión borrosa y legendaria. Resalta en ellos una continua vigilancia sobre desviaciones y vicios del clero. El XI Concilio, por ejemplo, condenaba a destierro y excomunión a los obispos que hubieran seducido a mujeres parientes de los nobles; a esclavitud y otros castigos a los que hubieran asesinado o herido con alevosía a oligarcas o a sus esposas; y a severas puniciones a los que utilizasen sus privilegios para venganzas personales o impusiesen penitencias dañinas para la salud. Se recordaba al clero la obligación de no derramar sangre ni ordenar hacerlo a otros. Y así una variedad de delitos administrativos y sexuales entre clérigos, sin que podamos saber si tales delitos eran frecuentes o marginales. Se muestra asimismo la preocupación por salvaguardar la independencia de la Iglesia frente al poder político y a las injerencias de los monarcas que nombraban obispos.

El Concilio XIII reafirmó la condena a los juicios en que la culpabilidad se basara en torturas, y estableció para el clero y la nobleza el *habeas corpus* contra detenciones arbitrarias, medida que se extendería, al parecer, a otros sectores de población. Varios concilios legislaron contra la mutilación de esclavos o establecieron normas sobre los judíos, alternando una extrema dureza con condiciones más suaves.

La cultura popular seguía las estaciones y faenas agrícolas, con sus trabajos y sus fiestas, según un calendario religioso, y se expresaba en cantos y bailes a veces obscenos, según indican algunas normas contra ellos, o en espectáculos como el teatro, desaprobado por los obispos y algún rey, pero persistentes. No sabemos qué obras se representarían, ni dónde ni con qué frecuencia, pues apenas lo mencionan los documentos, quizá por estar socialmente mal visto como cosa poco moral.

La *Loa de España*, de Isidoro, ponderaba la riqueza de la nación: «Natura se mostró pródiga en enriquecerte; tú, exuberante en frutas, henchida de vides, alegre en mieses… tú abundas de todo, asentada deliciosamente en los climas del mundo, ni tostada por los ardores del sol, ni arrecida por glacial inclemencia…». Desde luego, exageraba. Había bastantes zonas fértiles y ricas, pero predominaban las de escasas lluvias y suelos pobres que exigían penosos esfuerzos para cosechas parvas, más en tiempos de comercio restringido y producción en gran medida de autoabastecimiento. Con todo, España era uno de los reinos más ordenados, prósperos y cultos de aquella Europa.

12

APOGEO DEL REINO DE TOLEDO

Ortega y Gasset, en su *España invertebrada* pondera la sana robustez moral y vital de la nobleza franca y caracteriza a la visigoda como corrompida y decadente por su largo contacto con Roma. Es una afirmación realmente gratuita, y parece más adecuado el comentario de C. Dawson en *La religión y el origen de la cultura occidental*: «Los reyes merovingios no habían dejado de ser bárbaros al convertirse al cristianismo. En realidad, a medida que se alejaron del trasfondo tribal de la antigua realeza germánica parecieron volverse más feroces, traidores y corrompidos […]. El mundo que Gregorio de Tours describe es un mundo de violencia y corrupción, donde los jefes dan ejemplo de injusticia y desprecio de la ley, y donde se perdieron las virtudes bárbaras de lealtad y honor militar». Tanto los francos como los tervingios, es decir, sus capas dirigentes, tuvieron el mismo problema: sus primarias instituciones y tradiciones no permitían administrar con un mínimo de racionalidad los extensos países formados sobre las ruinas del Imperio romano. Esa incapacidad produjo tres efectos: la degradación señalada por Dawson; la barbarización de Europa Occidental; y la pervivencia tolerada de un poder paralelo espiritual y cívico, la estructura eclesiástica, que en aquel trance salvó parte de la vieja civilización y fue dando forma a otra nueva.

La dominación franca, además de descender con los merovingios a una caótica pesadilla, dividió las Galias en varios reinos enfrentados entre sí y apenas creó algo parecido a un Estado. Los visigodos, menos caóticos, siguieron la dinámica opuesta: unificaron Hispania y construyeron un Estado de bastante solidez, con algo parecido a un equilibrio

de poderes. Diferencias de la mayor trascendencia política.

El truculento caso de Brunegilda arroja alguna luz sobre las circunstancias de los tiempos. Brunegilda era hija del rey godo Atanagildo, predecesor de Leovigildo y, como quedó indicado, se casó con el rey Sigeberto I de Austrasia. Su hermana Galsvinta, casada a su vez con el hermano de Sigeberto, el rey de Neustria Chilperico, había sido estrangulada el año 567 por orden de Fredegunda, amante del rey, y de ahí derivó un conflicto de cuarenta años entre ambos reinos francos. En 575, Sigeberto derrotó a Chilperico, pero la situación se invirtió cuando dos sicarios de Fredegunda apuñalaron a muerte al vencedor. Chilperico se rehízo entonces, y apresó a Brunegilda. Por un nuevo extraño giro de la fortuna, un hijo de Chilperico, Meroveo, se enamoró de la prisionera y, aunque sobrino de ella y bastante más joven, los casó el obispo Pretextato. El enamorado Meroveo sufrió las iras de su padre y de su madrastra, y, temeroso de ser torturado, se hizo matar por un servidor en 578, mientras enviados de Fredegunda asesinaban al obispo Pretextato. Seis años después el propio Chilperico sería muerto a puñaladas durante una cacería, quizá por sicarios de Brunegilda o, nada improbablemente, de la misma Fredegunda, especialista en crímenes de este jaez.

Liberada y en su condición de viuda de Sigeberto, Brunegilda intentó ser nombrada regente de Austrasia mientras su hijo Childeberto no alcanzara edad suficiente, pero la nobleza austrasiana prefirió como regente a Gontrán de Borgoña. Al no tener éste hijos que le heredasen, admitió al citado hijo de Brunegilda como futuro rey, y también de Neustria, con la madre como regente de hecho; pero procuró beneficiar ora a la visigoda, ora a Fredegunda, para

contrapesar a un reino con el otro. En la corte de Neustria, Brunegilda estaba rodeada de enemigos, y Fredegunda envió reiteradamente asesinos contra ella, sin éxito. En esta pugna feroz, la ex reina goda sufriría grandes pesares: perdió a su hija Ingunda, casada con Hermenegildo, y también a su joven hijo Childeberto, envenenado en 596. Sus enemigos la acusarían de tal crimen, aunque casi seguramente la autora fue su furiosa rival, que moriría al año siguiente, de enfermedad. Brunegilda volvió a convertirse en regente, esta vez en Austrasia, por su nieto Teodeberto; pero dos años más tarde éste, con 13 años y manejado por los nobles, la expulsó y la obligó a refugiarse en Borgoña, con su otro nieto, Teodorico (o Thierry) II.

Parece que Brunegilda incitó a Teodorico a atacar a Teodeberto, el cual fue vencido y asesinado junto con su pequeño hijo, bisnieto por tanto de la goda. Teodorico reinó sobre Borgoña y Austrasia y se preparó para atacar a Neustria, gobernada por Clotario II, hijo de Chilperico y de la odiada Fredegunda; pero murió antes, de disentería y a los 26 años. La infatigable abuela, con 70 años, volvió a intentar la regencia en nombre de su bisnieto, pero los nobles la traicionaron y la entregaron a su mortal enemigo Clotario, que la acusó de numerosos crímenes ante un tribunal. Varios de los asesinatos habían sido inducidos probablemente por Fredegunda, pero no así otros, como el del prelado Desiderio, que había acusado a Brunegilda de incesto con su nieto Teodorico. Condenada, la anciana fue torturada en el potro durante tres días y descuartizada por cuatro caballos o, en otra versión, arrastrada a la cola de uno hasta morir, en 613. De los cuatro hijos de Teodorico II y bisnietos de la ejecutada, dos fueron asesinados, otro internado en un monasterio y del cuarto, fugitivo, perdió su rastro la historia.

Clotario unificaría pasajeramente los reinos francos, al precio de diluir el poder entre los nobles.

Sorprende la hostilidad de los godos —salvo Recaredo— hacia Brunegilda, hija de un rey de los suyos. Quizá se debió a las incitaciones de ella a los francos para que se apoderasen de la Narbonense, o a sus intrigas para rechazar el matrimonio de su nieto Teodorico con una hija del rey godo Witerico, quedándose con la dote de ésta, una humillación difícil de perdonar. Incluso los sucesores de Witerico y probables asesinos de éste, mantuvieron aquella aversión a Brunegilda, de la que escribirá el rey Sisebuto: «Tras ser arrastrada y destrozada por unos caballos indómitos, el cuerpo ya macerado por la vejez se deshizo en pedazos y sus miembros arrancados del tronco quedaron cruelmente esparcidos. Y así el alma, desprendida del cuerpo material, justamente condenada a penas eternas, fue abrasada y sumergida en hirvientes olas de pez».

El relato, que supera a cualquier novela truculenta o gótica, muestra bastante bien la degradación de las costumbres y del «ímpetu vital» de los francos, y la ausencia de normas capaces de contener las pasiones de los jefes. Tales sucesos acontecieron mientras en España Leovigildo acometía sus reformas, Recaredo establecía el catolicismo, y reinaban Liuva II y Witerico, con finales más trágicos que los primeros, pero sin afectar a la unidad del reino. No es que la oligarquía visigótica fuera pacífica o dotada de una visión política excepcional, pero la descomposición moral y política de los francos no llegó a alcanzarse en España. Diferencia quizá no muy acentuada, pero sí lo bastante para que ambos reinos siguiesen una trayectoria harto distinta.

* * *

En la formación política de España actuaban tres fuerzas

principales: el episcopado, la monarquía y la nobleza, en inestable equilibrio. Tanto el episcopado como los reyes —a partir de Leovigildo— pugnaron por consolidar una nación hispana abandonando los moldes germánicos y adaptándose a un modelo cultural y jurídico esencialmente latino, aun si teñido de germanismo. No haría igual la oligarquía nobiliaria.

Ignoramos cuántos magnates compondrían esa oligarquía, pero no debían de pasar de unos pocos centenares, como quedó indicado. No obstante, a Chindasvinto se le atribuye la ejecución de 700 nobles y el destierro de muchos otros, aunque ello no significaría otras tantas familias, pues muchas de éstas debieron de sufrir varias víctimas. La nobleza se dividía entre los *maiores* y los demás (*inferiores, mediocres, humiliores*). Los primeros abarcaban a los *fideles* o *gardingos* —el grupo más próximo al rey, muy variable al cambiar los reyes y que, junto con los prelados más próximos al monarca formaban un órgano consultivo, el Aula Regia o *Senatus*—, y a los *seniores* o *viri illustres*, que copaban altos cargos: seis duques o *duces*, uno por cada provincia: Bética, Lusitania, Gallaecia, Cartaginense, Tarraconense y Narbonense (la estructura administrativa romana se mantuvo); y condes o cómites, a cargo de circunscripciones menores, hasta unas ochenta. Junto a esta aristocracia, que en algunas épocas debió de quedar diezmada por las represiones, existía otra romana, formada por terratenientes y potentados urbanos que retuvieron cierta autonomía y probablemente fueron mezclándose con la nobleza germánica.

Tampoco sabemos cuántos godos del pueblo habría por cada familia noble ni qué promedio de individuos compondrían sus séquitos. Para sostener a nobles y séquito

haría falta un considerable número de personas, en su mayoría hispanorromanas, pero no todas si la población goda se concentró en algunas zonas, como parece. Con el crecimiento demográfico de los años de paz, los godos pudieron ascender a 200 000 o algo más, si bien las cifras son muy especulativas.

La nobleza tervingia conservó un carácter levantisco y banderizo, legado de una tradición escandinavo-germana (o de una «herencia temperamental», si queremos seguir a Sánchez Albornoz). Pero sería excesivo achacarle simple particularismo. Un curioso documento tardío sobre su educación, *Institutionum disciplinae*, de finales del siglo VII o principios del VIII, revela aspiraciones más elevadas. «No tanto el prestigio del linaje como las buenas costumbres» debían distinguir al joven instruido y preparado para gobernar, el cual debía entender de retórica, dialéctica y sagradas escrituras, así como de «jurisprudencia, filosofía, medicina, música y astronomía». Debía rehuir las actitudes bufonescas y «las diversiones vergonzosas y las vanidades de los espectáculos circenses». Debía mantenerse «casto, sobrio, prudente, humilde, paciente, piadoso, defensor de la patria», y evitar «el afán del dinero, causa de todo crimen, sin perjudicar a los vecinos ni extender los dominios propios a expensas de los pobres». Hasta aquí podrían ser doctrinas de San Isidoro, a quien se ha atribuido el escrito, pero otras revelan un estilo más «godo»: el joven debía practicar el ejercicio físico, lucha, equitación, caza, «cruzar las más altas cumbres y los pavorosos abismos, competir con las fieras en la carrera, con los audaces en fuerza, con los taimados en astucia», aprender a manejar embarcaciones, en el timón o en el remo, «dominando la violencia de los vientos». Debía evitar las canciones libidinosas y aprender «los cantos de los

antepasados, de modo que los oyentes se estimulen a la gloria». Ideal de reminiscencias romanas, mezcla de patriotismo con exhortaciones cristianas y con la audacia y gusto por la acción propios del estilo germano. Hoy tiende a atribuirse el escrito a algún maestro visigodo, posiblemente de los que instruían a los nobles.

La práctica no respondía demasiado a los ideales. La turbulencia oligárquica impedía la formación de algo parecido a una monarquía absoluta o tiránica, pero impedía al mismo tiempo la estabilidad política. Por lo mismo, la vida de los magnates, nunca cómoda y despreocupada, se volvía trágica si su facción perdía la pugna por imponer un monarca. Sabemos algo de ello por las cartas del conde narbonense Búlgar, víctima del rey Witerico. Búlgar fue expulsado de sus puestos, despojado de sus bienes, torturado y desterrado, y quizá habría perecido de no haberle ayudado algunos obispos; en sus cartas no ahorra injurias al monarca: «Impío tirano», «malvado ladrón» «explotador del pueblo», «inicuo», etc. Logró rehabilitarse reinando aún Witerico, por la intercesión de otro obispo que antes le había perseguido, indicio de lo tornadizo de las alianzas de grupos. Ello no calmó su odio contra su ex perseguidor.

* * *

Witerico había subido al poder después de derrocar a Liuva II. Con la coronación de Recaredo, y después de su hijo Liuva II, pareció afirmarse una monarquía hereditaria, en lugar de electiva, con sólido predominio sobre la nobleza. En teoría, el sistema electivo era más racional y democrático que el hereditario, y debía propiciar mayor estabilidad y lealtad a los monarcas; pero en práctica estimulaba las intrigas y violencia de los nobles, apenas templadas por un derecho romano que para sí no admitían.

Probablemente Recaredo hubo de hacer concesiones a los magnates para conseguir que aceptaran el catolicismo, debilitando así las medidas antioligárquicas de Leovigildo, y pronto volvieron las viejas costumbres. El ingenuo Liuva, ansioso por expulsar a los bizantinos, encomendó la tarea a Witerico, que había participado en la conjura arriana de Sunna y la había traicionado, ganando la confianza del partido católico. Hecho jefe del ejército, Witerico, en lugar de cumplir su misión, derrocó e hizo asesinar a Liuva: el joven hijo de Recaredo sólo había durado dos años en el trono (601-603). El nuevo rey volvió a la costumbre anterior a Liuva I y Leovigildo, de privilegiar a un sector nobiliario y perseguir al opuesto. Según indica la actuación del conde gobernador de Toledo, hostil al obispo y favorecedor de los judíos para debilitar a los católicos, Witerico debió de apoyarse en los nobles proarrianos; pero sólo disfrutaría siete años del trono. En abril de 610, durante un banquete, unos conjurados, Búlgar entre ellos, lo apuñalaron a muerte. Su cadáver fue echado fuera y arrastrado por las calles toledanas.

Le sucedió Gundemaro, resuelto católico y fallecido de muerte natural dos años después. El siguiente rey, Sisebuto (612-621), fue uno de los monarcas godos más interesantes. Su celo religioso «cesaropapista» le llevó a intentar condicionar a la Iglesia más de lo que ésta estaba dispuesta a admitir, nombrando obispos. Al de Tarragona, contrario a un prelado al gusto regio para Barcelona, le conminaba: «Tu carta, más que moribunda muerta, salida de los cenicientos sepulcros aun cuando manchada con toda suerte de contagios, la tomamos con el extremo apenas de nuestros dedos […]. Advertimos en aquellas humeantes cenizas que eres un seguidor de las causas más vanas y que no vives conforme a las firmísimas verdades, sino que sientes

neciamente como los hombres inflados y miserables. Y esto he de reprenderte aún de modo especial: que a pesar de haber alcanzado el ministerio episcopal, sea del dominio público tu afición a las representaciones teatrales». Evidentemente el obispo daba mal ejemplo, a juicio del monarca, y debemos suponer que hubo de doblegarse.

El celo religioso llevó al rey a tratar de convertir a los judíos, «pero no según la sabiduría —escribe Isidoro—, pues obligó por el poder a los que debió atraer por la razón de la fe». Los judíos, acongojados, se reunieron ante el palacio del rey, y una delegación de ellos mantuvo con el monarca una discusión teológica, sin disuadirle. Algunos emigraron a Francia (donde padecían medidas semejantes), otros se bautizaron insinceramente, pero la ley debió de cumplirse en pequeña medida. Isidoro concluyó que los conversos «no son verdaderos cristianos ni del todo judíos, sino más bien peores que los judíos y que los malos cristianos».

Para entonces el poder godo abarcaba toda la península, salvo la zona bizantina y la Cordillera Cantábrica, desde donde astures, cántabros y vascones hostigaban las zonas aledañas. Eran éstos los únicos pueblos prerromanos supervivientes. Una vez reducidas sus rebeliones a bandidaje ocasional, los romanos se habían interesado poco en ellos, que siguieron en sus montes sólo en parte latinizados y poco o nada cristianizados. Con el caos del final del imperio, habían recobrado fuerza y hacían incursiones por el norte y el valle del Ebro. Vencidos en los llanos, volvían a sus montañas, donde mantenían una relativa independencia. Además pesaba sobre el reino de Toledo la apetencia de los francos por la Narbonense o Septimania.

Sisebuto, pues, guerreó con los astures y los «rucones», y los sometió a tributo sin dominarlos del todo. Luego atacó a

los bizantinos, aprovechando que su imperio se hallaba abrumado por los persas sasánidas de Cosroes II, que le estaban arrebatando casi todos sus territorios de Oriente Próximo y amenazaban Constantinopla. Sisebuto conquistó Málaga y otras zonas, pero inesperadamente, por motivos en apariencia humanitarios, suspendió su ofensiva y dejó a sus enemigos Cartagena y su entorno, y las Baleares. Aun así, los godos ampliaron una flota ya iniciada por Leovigildo.

Sisebuto fue rey clemente y culto. Pidió a Isidoro la composición de un libro *Sobre la naturaleza de las cosas*, exponiendo los conocimientos de entonces sobre el universo; y él mismo escribió un poema (*Carmen de luna*) donde explica un eclipse con bastante corrección científica. El poema contiene referencias históricas de interés: «Tal vez tú, bajo la fronda de los bosques, alumbras indolente cantos vagabundos, y entre el murmullo de las aguas y el susurro de la brisa sientes inundarse tu espíritu sereno con el néctar de las hijas de las Musas. Pero sobre nosotros se cierne, en cambio, la nube tormentosa de los negocios públicos y pesa la preocupación por nuestros millares de soldados cubiertos de hierro; nos ensordece el clamor de los leguleyos, el griterío de los tribunales, el estridente sonido de las trompetas; y henos arrastrados más allá del Océano mientras el Vascón nos retiene entre sus nieves y el horrendo Cántabro no nos concede tregua». Otra de sus obras, *Vida y pasión de San Desiderio*, trata del obispo hecho lapidar por Brunegilda y su nieto Teodorico. Sisebuto, aprensivo por su salud, fallecería por ingestión excesiva de algún medicamento, o tal vez envenenado.

Su hijo Recaredo II también murió extrañamente, muy joven. Reinó luego Suíntila, que sometió primero a los vascones que, aprovechando el desorden por la sucesión de

Sisebuto, habían roto acuerdos y tributos, y saqueaban el valle del Ebro. Vencidos, fueron obligados a construir la ciudad de *Oligicus*, probablemente Olite. Luego el rey expulsó por fin a los bizantinos, excepto de Baleares. Una intriga nobiliaria con apoyo de los francos, pagados con importantes tesoros, derrocó a Suíntila (sin matarlo, por excepción, aunque despojándole de sus bienes) y llevó al poder a otro noble, Sisenando.

El nuevo rey trató de legitimarse convocando el IV Concilio de Toledo, en 633. Presidido por Isidoro, el concilio encaró la inestabilidad causada por las facciones y aprobó un sistema legal con aspiración resolutiva: al fallecer un monarca, los nobles y los obispos elegirían otro, el cual juraría defender la justicia y recibiría juramento de fidelidad de todos los súbditos, una reminiscencia germánica. La persona del rey fue declarada sagrada, y anatema el intento de derrocarle. También se suspendió la conversión forzosa de los hebreos. Desde entonces las deliberaciones de los concilios incluirían a algunos nobles, lo cual hacía aquellas asambleas más representativas, pero también reforzaba a la oligarquía, contra el espíritu de Leovigildo. Se cedían al clero amplios derechos de supervisión sobre nobles y jueces, y se le eximía de impuestos.

Sisenando fracasó al intentar restablecer el principio dinástico nombrando rey a su hijo Tulga, que fue derrocado en 642 por Chindasvinto. Éste y su hijo Recesvinto serían dos figuras históricas clave, sólo inferiores a Leovigildo y Recaredo. Chindasvinto llegó al poder con casi 80 años, tras una vida azarosa de intrigas y revueltas. Quizá por ello comprendió el peligro de la oligarquía y le aplicó un escarmiento brutal, haciendo ejecutar a cientos de sus miembros y confiscando sus propiedades, y completó estas

medidas con leyes draconianas contra el delito de traición. La oligarquía perdedora en las luchas por el poder siempre había sufrido severos castigos, pero Chindasvinto trató de romper, de una vez, su columna vertebral e imponer el principio sucesorio. Al mismo tiempo amplió enormemente sus posesiones, a fin de depender lo menos posible de los nobles, trató de formar una nobleza de servicio a la corona y saneó la hacienda, volviendo la moneda (el triente) a la pureza de los días de Leovigildo. Pese al descontento nobiliario por sus medidas, falleció en paz, con 90 años, en su finca del valle del Jerte, dejando en el trono a Recesvinto.

Inmediatamente un noble llamado Froya, con ayuda de francos y vascones, organizó la revuelta mencionada en el capítulo anterior, que amenazó Zaragoza. Para allegar fuerzas, Recesvinto se vio obligado a hacer de nuevo concesiones a la nobleza, retrocediendo de la política de su padre.

A fin de legitimarse, el nuevo rey convocó un concilio, el VIII. Clérigos y nobles aprovecharon para lanzar críticas contra su padre, reprochándole sus exacciones, acumulación de riqueza y ruptura del principio electivo establecido en el IV Concilio. Esto último cuestionaba la legitimidad del hijo, pero aun así fue aceptado, en aras a la estabilidad, aunque hubo de devolver muchas propiedades confiscadas por su padre y adscribir otras a la corona y no a la persona regia. La realeza, aunque de origen divino, no tenía carácter absoluto: debía cumplir unas exigencias morales, someterse a la ley y respetar a otros estamentos de poder. El concilio constituyó un intento de afirmar un poder más objetivo y menos personal, y mayor estabilidad política en un juego de influencias, difícil y cambiante, entre el monarca, la oligarquía y la Iglesia.

La herencia principal de Chindasvinto y Recesvinto fue el código de leyes conocidas como *Liber Iudiciorum*, muy superior a cuanto existía en la Europa Occidental. Con 578 leyes, abarcaba desde el derecho de legislar hasta el de propiedad, herencia, delitos diversos, médicos, ejército, herejía y judaísmo, etc. Imponía o reafirmaba una legalidad de carácter territorial, común para godos e hispanorromanos sin distinción de clase, y obligaba también al rey. Se ha discutido sobre si en su concepción predominaba el elemento germánico o el romano, pero es más probable que el germanismo quedara en segundo término, porque no sólo su derecho consuetudinario era poco adecuado para un país civilizado y extenso, sino porque ya los anteriores códigos de Alarico y de Leovigildo tenían orientación más bien romana, empezando por el hecho mismo de su compilación y promulgación; aparte de que la originaria religión escandinava, cuna de las viejas tradiciones, sólo constituiría un recuerdo borroso. Sin duda se mantenía un legado de costumbres, actitudes y normas antiguas, pero forzosamente diluido. La trascendencia de esta ley sería inmensa en la historia de España, ya que persistiría después de la invasión musulmana entre las masas cristianas y en los reinos de la Reconquista; e influyó la legislación española hasta el siglo XIX.

Fallecido Recesvinto, en 672 volvió a imponerse el principio electivo, recayendo la monarquía en Wamba, de edad avanzada y renuente al cargo. Apenas nombrado, marchó a aplastar una revuelta de vascones, no terminada la cual hubo de afrontar otra acaudillada desde la Narbonense por un noble y un obispo, con ayuda de los francos. Wamba envió contra ellos al duque Paulo, pero éste se rebeló a su vez y extendió la insurrección por el noreste peninsular. Al

no lograr más adhesiones, propuso dividir el país al modo de los francos. Wamba rechazó la oferta, acabó de vencer a los vascones y, con la misma rapidez, a Paulo y los suyos. Pese a sus triunfos, se sintió mal respaldado por los oligarcas, de modo que los obligó por ley a auxiliarle con todos sus hombres en caso de peligro externo o interno, so pena de perder los bienes y la facultad de testificar en juicios. Amplió la orden a los altos cargos eclesiásticos, quebrantando su tradicional exención del servicio de armas. Se le acusó de aplicar la ley con demasiado rigor, aunque no hay constancia de nuevos peligros de carácter excepcional durante su reinado.

Encontramos aquí la sempiterna tensión entre el monarca y la oligarquía: Wamba podía utilizar la ley a discreción para acusar y despojar a nobles desafectos, y desde luego se esforzó por imponer el poder regio sobre ellos y los obispos, a menudo politizados en exceso y acusados de usurpar los bienes de las pequeñas iglesias y monasterios. La nobleza y el episcopado eran fuertes y opulentos, y poco proclives a obedecer, si bien en la jerarquía eclesial se aprecia una preocupación por asegurar la estabilidad del reino. La época deja la impresión de un esfuerzo por alcanzar un equilibrio político poniendo coto a un poder excesivo del rey, a la tendencia de éste y de los nobles a inmiscuirse en los asuntos de la Iglesia, y a la de los obispos a entrar directamente en las disputas políticas.

En 680, los enemigos de Wamba le administraron un narcótico que le puso en peligro de muerte, lo tonsuraron, incapacitándolo para reinar, y lo retiraron al estado religioso. Un golpe incruento y único en su especie durante la época goda. Cuando Wamba se repuso denunció la fechoría, pero ya en vano: muchos nobles y clérigos estaban contentos con

su destitución, pues unos le tachaban de déspota y otros de intromisión en el terreno eclesiástico. Le sucedió Ervigio, organizador del golpe.

13

NUEVA SITUACIÓN EN EL MEDITERRÁNEO

Según tradiciones posteriores, Wamba había logrado vencer a un enemigo nuevo y muy agresivo: un intento de invasión árabe de 270 barcos; otras fuentes hablan de incursiones y razias musulmanas en la costa sureste de España por aquellas fechas. No suena creíble el gran intento de invasión, aunque sí correrías y ataques menores, pues en 661, reinando Recesvinto, los árabes habían alcanzado Túnez, a distancia no grande de las costas del levante y sur español; y cuatro años más tarde emprendían el asalto al Magreb, aunque sólo desde 683 tal invasión cobraría pleno impulso.

Pues mientras la España latino-gótica continuaba su movida evolución, a miles de kilómetros de ella ocurrían sucesos trascendentales que terminarían afectándola. En menos de treinta años desde 632 —tiempos de Sisenando—, unos ejércitos no muy nutridos de semitas salidos del desierto habían destruido el imperio sasánida, una superpotencia de entonces, y habían conquistado enormes extensiones del Imperio bizantino, desde Libia y Egipto a Anatolia, incluyendo Palestina. Ni el Imperio sasánida ni el bizantino se hallaban en su mejor momento, pero aun así disponían de enormes fuerzas, y sin embargo los guerreros árabes habían derribado uno, salvándose el otro, muy reducido, casi por milagro. Expansión asombrosa y catastrófica para los cristianos.

¿Cómo se habían producido aquellos hechos que en el sur y este del Mediterráneo invirtieron los resultados de la II Guerra Púnica, imponiendo una cultura e idioma semítico

y una religión distinta de la cristiana? Aquellos árabes partían de la Península Arábiga, casi cuatro veces mayor que la Ibérica, pero desértica casi toda ella, salvo por oasis y zonas más verdes en el suroeste y el noroeste. Aunque en contacto y relación comercial con las civilizaciones del norte y de Egipto, su población, no civilizada, se componía de grupos nómadas sin un poder común hasta poco antes, y apenas La Meca y Medina tenían algo de ciudades. La población, por tanto, era escasa, y lo mismo las tropas disponibles mientras no lograran aumentarlas con recluta entre los enemigos derrotados. Sus hazañas debían mucho a sus tácticas de caballería ligera y rapidez de movimientos, y a disponer de muy buenos jefes militares, pero sobre todo a un inflamado sentimiento religioso nacido muy pocos años antes.

En 610, año del fin del reinado de Witerico, un rico comerciante árabe de 40 años, probablemente analfabeto, llamado Mahoma (Muhammad), habituado a meditar en una cueva cercana a la Meca, tuvo una visión del ángel Gabriel, que le comunicó haber sido elegido por Dios como el profeta definitivo, y le transmitió la palabra divina, que debía memorizar en versículos para difundirla. Sus revelaciones, de un estricto monoteísmo, serían compiladas después de su muerte en el *Corán* (*Recitación*). Constituían la palabra de Dios (Alá o Allah) que, por haber sido transmitida en árabe, hacían sagrada a esta lengua. La revelación se prolongó en distintos lugares de Arabia hasta la muerte de Mahoma, en 632. Sus seguidores formarían la *umma* o comunidad de los sumisos a la palabra de Alá (islam). El Corán se completaría con la *Sunna* o jadices (recopilación de dichos y hechos atribuidos a Mahoma).

El Corán recoge aspectos de las religiones mosaica y

cristiana, de la «gente del Libro», por referencia a la Biblia, con la que Mahoma hubo de entrar en contacto durante sus viajes; y guarda deferencia hacia profetas anteriores, como Moisés o Jesús, pero difiere del Antiguo Testamento y, sobre todo, de los Evangelios. Su doctrina establece «seis artículos o pilares de la fe»: creencia en Dios, en los ángeles, en la revelación (el Corán), en los profetas, la resurrección y juicio final, y la predestinación. La última ha recibido diversas interpretaciones: Alá tiene presente toda la creación y todos los hechos y dichos de cada persona, y permite el mal que, de algún modo difícil de concebir para el hombre, se tornará en bien. Ello no impide que el hombre elija entre el bien y el mal, y sea responsable de sus actos, aunque su salvación o condena depende únicamente de la decisión divina, atemperada por las súplicas de Mahoma.

La fe muslim se manifiesta en cinco tipos de acción exterior: el credo, repetido constantemente en las oraciones («no hay más que un Dios, y Mahoma es su profeta»), la peregrinación a La Meca al menos una vez en la vida, oración cinco veces al día, en dirección a La Meca, ayuno de ramadán y, a quienes poseen alguna riqueza, limosna a los pobres. Asimismo la *yijad*, literalmente lucha o esfuerzo, entendida a menudo como «guerra santa», y aplicada tanto al esfuerzo interior contra las malas tendencias (el diablo) como a la lucha armada por defender y extender el islam por toda la tierra. El mundo queda dividido en dos partes, Dar al Islam, o tierra (casa) de la sumisión a Alá, y Dar al Jarb o «casa de la guerra», los territorios de los no musulmanes. En su aspiración, el islam debe extenderse sobre toda la humanidad por uno u otro medio.

Al lado de la confesión de la fe está la *sharia*, la ley islámica, que marca al creyente las obligaciones, de

inspiración divina, para alcanzar el buen fin en este mundo y en el otro, y abarcan todos los aspectos de la vida: religiosos, políticos, culturales, higiénicos, económicos, sexuales, familiares, nutricionales (establece alimentos admitidos y prohibidos y prohíbe el alcohol), etc. Esta ley es invariable y está por encima de las leyes comunes, cambiantes por naturaleza. La principal prohibición del islam es el politeísmo, cuyas manifestaciones incluirían las imágenes o estatuas, o las súplicas a profetas y santos. Por ello, y por el concepto de la Trinidad, los musulmanes solían considerar politeístas a los cristianos, que, como los judíos, habrían deformado o malinterpretado las enseñanzas contenidas en la Biblia.

Son profundas las diferencias con la religión cristiana. Para ésta, Jesús no es un profeta, sino el Hijo de Dios y manifestación de Dios mismo, el Mesías que con su vida, pasión y resurrección «borra los pecados del mundo», o abre el camino a una vida humana no determinada por el pecado original. La concepción del cielo y el premio a los buenos difiere también grandemente, de tipo más espiritual en el cristianismo. La *sharia* recuerda a las minuciosas estipulaciones del judaísmo, mientras que el cristianismo daba, en principio, mayor importancia a la actitud y el espíritu, y menor a las reglas y fórmulas: «Quien ama al prójimo ha cumplido toda la ley»; o, según San Agustín, «ama y haz lo que quieras». En la práctica ese amor podía volverse un tanto asfixiante, pero también dejaba mucho más campo a la iniciativa personal y a la especulación teórica. El concepto del musulmán como el sumiso a la voluntad de Dios difiere considerablemente del cristiano católico, en quien el libre albedrío, y por tanto la libertad personal, adquieren una dimensión superior. En el islam tampoco hay

diferencia entre el poder religioso y el político, como sí lo había en el cristianismo. Tampoco existe en el cristianismo un concepto como el de *yihad*, fundamental en la expansión del islam.

Por otra parte, las historias de Jesús y de Mahoma difieren de forma decisiva. Jesús permaneció casto y propugnó la monogamia y la estricta fidelidad conyugal, mientras que Mahoma practicó y autorizó la poligamia, y se casó con una niña. Frente al fracaso mundano de Jesús, asumido sin resistencia, Mahoma fue un comerciante y guerrero triunfador en cualquier sentido. Sus 23 años de predicación vinieron señalados por combates y algunas derrotas y persecuciones; pero a su muerte, a los 63 años (en España reinaba Sisenando) había logrado unir bajo un difuso poder político a todos los árabes, los cuales, en un prodigioso impulso, llegarían pocos decenios después hasta la India, el Asia central y el Magreb. En ese milagro veían la protección de Alá los guerreros inspirados por el Corán. A su vez, esta expansión vertiginosa poco tenía que ver con la lenta del cristianismo durante tres siglos desde un foco insignificante, hasta ser admitido legalmente por el Imperio romano y convertido en religión oficial algo más tarde… para verse al borde del naufragio, en la Europa Occidental, por el derrumbe del imperio, y de pronto amenazado por la nueva doctrina salida de un lejano desierto.

Las conquistas árabes recuerdan en un primer período a las de los pueblos germánicos en el Occidente europeo: la brillante civilización sasánida quedó arrasada, ciudades enteras fueron masacradas y otras abandonadas, asolada la academia de Gundishapur, un faro intelectual del mundo en la época, y quemada su magnífica biblioteca. La misma suerte corrió la biblioteca de Alejandría, que ya había sufrido

incendios anteriores: algunos dudan de su definitiva destrucción por los musulmanes, pero en cualquier caso aquel centro cultural ya no volvió a funcionar.

* * *

De estos acontecimientos tuvieron que llegar noticias a la corte hispanogoda, aun si vagas y diferidas. Percibieran o no la amenaza, cuando Wamba fue derrocado sólo quedaban al reino hispanotervingio 34 o 35 años de vida. En este breve período hubo en Toledo cuatro reyes (más dos parciales y sin poder efectivo) y siete concilios.

Ervigio, de posible origen paterno bizantino y jefe del golpe contra Wamba, actuó muy de otro modo que su predecesor, pues procuró congraciarse con las distintas facciones nobiliarias y con el episcopado. Destaca su amistad con Julián, obispo primado de Toledo, de ascendencia judía y el intelectual más descollante del momento. Muchas jerarquías de la iglesia vieron con buenos ojos la deposición de Wamba, demasiado enérgico para su gusto en la defensa de la monarquía y dado a interferir en asuntos eclesiales (había creado por su cuenta nuevos obispados), de modo que en el XII Concilio desligaron al pueblo del juramento de lealtad a aquel rey y lo transfirieron a Ervigio. Éste correspondió otorgando a los prelados amplia supervisión judicial sobre el poder civil, siempre desgarrado por banderías. Para atraerse a la nobleza, amnistió a quienes se habían rebelado contra Wamba y a las víctimas de Chindasvinto. El recobro de bienes por los amnistiados sólo podía hacerse de modo parcial y con riesgo, pues despojaría a los beneficiarios de las confiscaciones anteriores y le ganaría nuevos enemigos. En cambio sólo suavizó levemente la ley militar de Wamba, que exigía la movilización total de los oligarcas en caso de peligro. Mayor popularidad le atrajo la

amnistía fiscal por los impuestos atrasados, en tiempos de empobrecimiento de la población por haber entrado el país en un ciclo de sequías y las correspondientes hambres. El reino de Toledo debía de ocupar por entonces Ceuta y otras zonas al otro lado del Estrecho, quizá en prevención de los avances árabes. Cuando éstos llegaron al Estrecho, Ceuta parece haber estado gobernada por un conde godo.

El concilio felicitó calurosamente al rey por estas medidas, pero limitó sus poderes mediante el llamado *habeas corpus* visigodo, que impedía detenciones ilegales o castigos arbitrarios, imponiendo que los nobles y jerarquía eclesiásticas fueran juzgados por sus iguales y sin maltrato previo. Ello impediría al monarca el recurso común a la acusación de traición y a la tortura para deshacerse de los nobles desafectos y confiscarles sus propiedades. Este derecho fundamental, innovación de enorme trascendencia política en la Europa Occidental después del Imperio romano, parece haberse extendido a los hombres libres *simples*.

Ervigio intentó congraciarse incluso con los nobles enemigos suyos. Como otros monarcas, vivía angustiado por lo que pudiera ocurrir a su mujer y familia cuando él muriese, pues sobre ellas se abatirían las venganzas. Por eso, el concilio lanzó los más duros anatemas contra quienes atentasen contra las familias de los reyes una vez éstos fallecieran. Ervigio fue más allá: casó a su hija Cixilo con el jefe de la facción enemiga, Égica y, estando en el lecho de muerte, nombró sucesor al propio Égica y no a algún hijo suyo. Sin embargo la férrea tradición vengativa germánica prevaleció, y Égica, con un tropel de los suyos, invadió el dormitorio donde Ervigio pasaba sus últimos días y le hizo sufrir la suerte de Wamba: lo humilló colocándole el hábito

de penitente, lo hizo tonsurar y desligó a los magnates de su juramento de fidelidad. Después, ya ungido rey, instigó la persecución de los ervigianos, incluyendo a Cixilo.

Las maquinaciones de Égica no fueron bien acogidas por el XIII Concilio, que defendió a la familia de Ervigio y el juramento al respecto, como protección a derechos elementales de toda persona según la tradición cristiana. Al mismo tiempo buscó un compromiso con Égica, que facilitara la continuidad pacífica del poder. El rey convocó por su cuenta otro concilio en Zaragoza, para refrendar sus designios, aunque terminaría reconciliándose con Cixilo y suavizando la represión.

Otro hecho significativo de la época fue el conflicto del episcopado español con Roma con motivo de la condena de una herejía surgida en el Imperio bizantino, el monotelismo, que establecía para Jesús dos naturalezas y una voluntad, mientras que el catolicismo establecía la doble naturaleza y voluntad. El papa Benedicto II escribió a los obispos de España para que respaldasen la condena de la herejía, y así lo hicieron los hispanos, pero en unos términos de autoridad propia que molestaron al Pontífice, quien amenazó con declararlos herejes a su vez. En respuesta, Julián de Toledo y los demás altos clérigos se ratificaron y amenazaron incluso con un cisma. La réplica española llegó cuando Benedicto acababa de morir (fue Papa menos de un año), y su sucesor, Juan V, que apenas duraría más, prefirió olvidar el asunto.

Durante su reinado de 15 años, hasta 702 (las fechas son algo confusas), Égica volvió a intentar robustecer la posición regia frente a la oligarquía, y declaró nulo cualquier juramento de fidelidad distinto del que ligaba al rey con el pueblo, a fin de socavar los lazos de dependencia entre los nobles y sus súbditos. Asimismo reforzó su intervención en

la Iglesia y frenó la acumulación de propiedades por los altos cargos eclesiásticos, sobre todo después de una rebelión nobiliaria organizada por Sisiberto, obispo de Toledo. La preocupación por su familia le llevó a renovar el juramento y la salvaguardia eclesiástica para ella, juramento que él había vulnerado en el caso de Ervigio. Finalmente volvió a la solución dinástica, para lo cual asoció al trono a su hijo Witiza y lo nombró sucesor.

Otro rasgo de su gobierno fue un brutal recrudecimiento de la legislación antijudaica. También debieron de empeorar las relaciones con los francos, y pudo haber algunas campañas poco afortunadas. Hay noticia de un ataque naval bizantino procedente acaso de Túnez y rechazado victoriosamente, episodio extraño cuando los bizantinos apenas lograban defenderse en Asia Menor y habían perdido Cartago en 698. Aquellos años hubo sequías, hambres y pestes, que, unidas a estas guerras, pudieron crear un ambiente apocalíptico: el XVII Concilio instituyó letanías mensuales por la remisión de los pecados del pueblo.

Curiosamente, según se acercaba el final del reino godo las noticias se tornan más vagas y legendarias. Las actas del XVIII Concilio, correspondiente a los comienzos del reinado de Witiza y fuente principal para la época, han desaparecido. Se supone que, al revés que su padre, Witiza trató de apaciguar a los nobles antes perseguidos. Leyendas posteriores le acusan de mantener un grupo de concubinas y de corromper al clero incitándole a seguir su ejemplo, o bien a casarse, pero no sabemos qué parte de verdad hay en todo ello. La economía tuvo que marchar mal, como indica la fuerte baja de la moneda en peso y en ley.

14

LA PÉRDIDA DE ESPAÑA Y EL LEGADO VISIGODO

Witiza finó el año 700, no se sabe si de muerte natural o no, y probablemente intentó antes la sucesión en alguno de sus hijos, de muy corta edad aún. Pero la nobleza retornó al principio electoral y eligió a Roderico o Don Rodrigo, duque de la Bética y jefe militar renombrado. Los nobles vinculados a Witiza rechazaron la elección, se unieron en torno a Ágila (ni éste ni otros jefes witizanos eran hijos de Witiza, por entonces niños de menos de 10 años) y fraguaron una rebelión desde el valle del Ebro hasta la Septimania, acaso con apoyo de francos y vascones, como en otras revueltas. También parece normal, dentro de esa tradición, que recurrieran a los musulmanes, los cuales ya se habían instalado al otro lado del Estrecho y planeaban el salto a la península. Según la leyenda, incomprobable pero no inverosímil, el gobernador de Ceuta, Don Julián, un witizano cuya hija Caba habría sido violada por Rodrigo, fue quien, junto con Oppas, obispo de Toledo, fraguó el pacto con Tárik ben Siad, lugarteniente moro del general árabe Muza o Musa ben Nusair, conquistador del Magreb.

Los islámicos eligieron muy bien el momento del ataque, cuando Rodrigo se hallaba en el noreste peninsular guerreando contra witizanos y/o vascones. Sin haber alcanzado allí una decisión clara, Rodrigo juzgó prioritaria la amenaza del sur, y hacia allí marchó con un ejército estimado en cifras tan divergentes como 100 000, 40 000 o 25 000 soldados. Debiera haber bastado frente a unos 12 000 enemigos, pero estaba minado por los witizanos. Hacia el 19 de julio de 711 tuvo lugar la batalla decisiva, por

la zona del río Guadalete. Los witizanos abandonaron a Rodrigo en el momento álgido del combate, y su traición dio la victoria a Tárik.

No es creíble que el acuerdo entre witizanos y Tárik incluyese la cesión del control político de España, pero los invasores percibieron la debilidad en que había quedado el reino de Toledo y, habituados a explotar sus éxitos con rapidez, no dieron tiempo a que los rodriguistas se reagruparan, los remataron en Écija y continuaron su avance por el valle del Betis para subir desde Córdoba a Toledo. Hallaron la capital desierta por huida de la población, y capturaron casi todo el fabuloso tesoro de los godos, a quienes privaron así de recursos financieros. El reino, perdidos sus centros de poder y dispersas sus tropas, quedó incapacitado para reaccionar mientras la también desconcertada facción witizana esperaba que sus «aliados» o «mercenarios» moros le transfiriesen el poder. Los invasores recibieron ayuda, además, de los judíos, que les abrían las puertas y quedaban a veces como gobernadores de las plazas mientras Tárik continuaba su ofensiva. La confusión hispanogoda facilitó al máximo la acción de los invasores y la traición de algunos oligarcas a cambio de retener cierto poder.

Alcanzados sus objetivos básicos, Tárik esperó el permiso de Muza para continuar. Al año siguiente, Muza, con un nuevo ejército predominantemente árabe, avanzó sobre Mérida, que le resistió durante un año, y siguió hacia Astorga y Amaya, bases de contención de astures y cántabros.

Entretanto, debió de producirse un embarazoso episodio al reclamar Ágila el reino. Tárik lo remitió a Muza, y éste a Damasco, sede del poder árabe, para que el califa decidiera.

Agila y los suyos parecen haber sido acogidos en Damasco con grandes honores, pero sólo se les concedió la cuantiosa recompensa económica de las 3000 fincas adscritas al patrimonio regio, que hicieron de él y sus próximos los mayores terratenientes de España. Este acuerdo acabaría de desmoralizar a unos jefes y de alentar a otros a concluir tratos semejantes, como ya había ocurrido con uno de Orihuela, llamado Teodomiro. En sólo dos años Tárik y Muza habían conquistado la mayor parte del país; al tercero vencieron la resistencia de Zaragoza, ocupando el valle del Ebro y el noreste, y en otro par de campañas completaron el dominio de la península y la Septimania, aunque su poder sobre la Cordillera Cantábrica y el Pirineo occidental debió de ser precario, como el romano en sus últimos tiempos, o el visigodo.

Este esquema, extraído de diversos relatos, tiene bastante verosimilitud, aunque permanecerán para siempre aspectos nebulosos, dada la escasez de fuentes, las contradicciones entre ellas y los adornos fantásticos de las narraciones.

Los triunfadores llamaron pronto *Al Ándalus* a España. Se ignora el significado de la expresión, que se ha solido asimilar a «tierra de vándalos», término con sentido para Túnez o Argelia, pero no para España; o bien como referencia a la Atlántida. Como fuere, era mucho más que un cambio de nombre, pues implicaba el comienzo de una radical transformación cultural, desde la religión a la administración o el idioma.

* * *

El derrumbe de España dio lugar en su tiempo a especulaciones moralizantes, achacándolo a pecados y maldades que habrían socavado las bases del Estado. Sentada la tesis, bastaba abundar en ella, exagerando o

inventando todos los pecados precisos. En nuestra época se ha querido explicar el suceso por causas económicas o «sociales», suponiendo un reino carcomido cuando llegaron los moros; o se ha dicho que no existió invasión, sino «implantación», ocurrencia pueril, si bien no más que tantas hoy en boga. La tesis más extendida desde Sánchez Albornoz habla de «protofeudalización», es decir, decaimiento de la monarquía y disgregación en territorios semiindependientes bajo poder efectivo de los magnates, tendencia acentuada a partir de Wamba. A la feudalización o protofeudalización se uniría la decadencia intelectual y moral del clero, una desmoralización popular ligada a una presión fiscal excesiva, e incluso un deseo de la población de «librarse» de una dominación opresora.

A mi juicio, estas teorías recuerdan a las especulaciones moralistas: puesto que el reino se hundió con aparente facilidad, «tenía que» estar ya maduro para el naufragio por una masiva corrosión interna. Pero desastres semejantes no escasean a lo largo de los tiempos. Países al borde de la descomposición se han rehecho en momentos críticos frente a enemigos poderosos; y otros relativamente florecientes han sucumbido de forma inesperada. Así, en nuestro tiempo, Francia y otros países cayeron ante el empuje nacionalsocialista no en cuestión de años, sino de semanas, obteniendo los vencedores amplia colaboración entre franceses, belgas, holandeses, etc.; pero nadie sugiere que esos pueblos vivieran en regímenes carcomidos, estuviesen hartos de su democracia e independencia o deseasen que los alemanes les librasen de impuestos…

El éxito musulmán no resulta impensable: pocos años antes, los pequeños ejércitos árabes brotados del desierto habían rematado al Imperio sasánida, ocho o diez veces más

extenso que España, y habían arrebatado enormes extensiones a otra superpotencia, el Imperio bizantino. En sólo nueve meses habían conquistado Mesopotamia, y en la decisiva batalla de Ualaya la proporción recuerda a la del Guadalete: 15 000 muslimes vencieron a 45 000 persas, sin la fortuna, para los vencedores, de una traición a la witizana. Lo mismo cabe decir de la batalla de Kadisia o Qadisiya, donde quebró el imperio sasánida, o la todavía más desproporcionada de Nijauand. Contra la tosca idea de que la superioridad material decide las guerras y cambios históricos, la derrota del más fuerte dista de ser un suceso excepcional. La caída de España, así, no debiera chocar tanto como se pretende.

Las noticias del último período hispanotervingio son demasiado escasas para sacar conclusiones definitivas, pero los indicios de la supuesta protofeudalización suenan poco convincentes, pues, para empezar, existieron durante todo el reino de Toledo: son factores centrífugos presentes en toda sociedad, que en la Galia —pero no en España— prevalecieron sobre los centrípetos. Las leyes de Wamba o Ervigio para forzar a los nobles a acudir con sus mesnadas ante cualquier peligro público sugieren una creciente independencia y desinterés oligárquico por empresas de carácter general. Pero siempre, no sólo a partir de Wamba, dependieron los reyes de las aportaciones de los nobles, y con seguridad nunca faltaron roces y defecciones en esa colaboración. Tampoco hay constancia de que Wamba o los reyes sucesivos, incluido Rodrigo, encontrasen mayor escollo para reunir los ejércitos precisos ante conflictos internos o externos. Aquellas leyes, como las relativas a la traición, podrían servir de pretexto a los monarcas para perseguir a los potentados desafectos, a lo que replicaron la nobleza y el alto

clero con el *habeas corpus*, innovación jurídica ejemplar e indicio de vitalidad, no de declive.

Durante todo el reino de Toledo persistió una pugna, a menudo sangrienta, entre los reyes y sectores de la oligarquía; pero esa pugna, causa mayor de inestabilidad, pudo haber sido más suave en la última época, y no parece agravada desde Wamba. Motivo permanente de conflicto era el nombramiento de los reyes: éstos procuraban ser sucedidos por sus hijos, quitando así un poder esencial a los oligarcas, que preferían un sistema electivo que les permitiera condicionar al trono. En principio triunfaron los oligarcas ya en 633, pues el IV Concilio de Toledo estableció por ley la elección, pero sólo tres de los once reyes posteriores, Chíntila, Wamba y Rodrigo, subieron al trono según esa ley. Ello podría indicar una victoria de hecho de los reyes, pero tampoco sucedió así: los demás subieron por golpe o por una herencia que nunca pasó de la segunda generación. No llegó a haber un vencedor claro en esta cambiante lucha, salvo el pasajero de Chindasvinto asentado en una carnicería de nobles.

Otro factor de putrefacción del sistema, el *morbo gótico*, es decir, la costumbre de matar a los reyes, descendió notablemente durante la etapa hispanotervingia. De los catorce monarcas anteriores a Leovigildo, nueve murieron asesinados, dos en batalla y tres en paz. De los dieciocho a partir de Leovigildo sólo dos fueron asesinados, Liuva II y Witerico, y justamente al principio y no al final del período, con sospechas sobre otros dos, Recaredo II y Witiza. Tres más fueron derrocados sin homicidio (Suíntila, Tulga y Wamba). La duración media de los reinados, otro dato relacionable con la estabilidad, no disminuye, sino que aumenta desde Wamba: nueve años, si excluimos a Rodrigo,

que casi no tuvo tiempo de reinar, frente a siete y pico en el período anterior. Aumenta asimismo la frecuencia de los concilios en la última etapa: uno cada cuatro y pico años de promedio, en comparación con la media anterior de uno cada diez. Estos datos sugieren consolidación institucional, no tambaleo, pues los concilios suponían tanto un principio de poder representativo como un factor de nacionalización. Todo lo cual no apunta a una especial «protofeudalización», sino más bien a lo contrario.

En cuanto a la corrupción de la jerarquía eclesiástica al compás de su creciente peso político, se aprecia en ella una considerable germanización (hasta un 40 por ciento de los cargos), posiblemente acompañada de descenso del nivel moral e intelectual (si bien documentos como *Institutionum Disciplinae* indican un panorama nobiliario muy distinto de la barbarie originaria). Los cánones de los últimos concilios también indican tirantez entre la oligarquía y los obispos. Los cánones condenaban la sodomía y otros vicios del clero, lo cual puede significar mucho o poco: tales vicios habían existido siempre en algún grado, y no sabemos si aumentaban o si sólo se reparaba en ellos, o se los utilizaba por algún motivo político. Respecto al declive intelectual, Julián de Toledo murió en fecha tan avanzada como 690, y nunca sabremos si la posterior falta de figuras relevantes reflejaba decadencia o sólo un bache pasajero.

Peso mucho más real tienen sucesos como las hambrunas y las pestes. El país parece haber entrado en un ciclo de sequías, que entonces significaban miseria, enfermedades y hambre masivas. Hubo, además, plagas de langosta no menos desastrosas. Según la crónica árabe *Ajbar Machmúa*, el hambre de 708 y 709, muy próxima a la invasión musulmana, redujo a la mitad la población de

España, dato probablemente exagerado, pero indicativo de una tremenda catástrofe demográfica. Poco antes, una peste importada de Bizancio casi había despoblado la Narbonense y afectado al resto. El horror impotente por estos males queda documentado en las homilías: «He aquí, hermanos nuestros, que nos heló de espanto la funesta noticia traída por los mensajeros de que los confines de nuestra tierra están ya infestados por la peste y se nos avecina una cruel muerte». Las rogativas clamaban a Dios: «¡Aparta ya la calamidad de nuestros confines!; que el azote inhumano de la peste se alivie en aquellos que ya lo padecen y, gracias a tu favor, no llegue hasta nosotros». No hay modo de comprobarlo, pero la población pudo bajar a bastante menos de cuatro millones de habitantes bajo las desastrosas condiciones de la caída del Imperio romano, y no crecería mucho luego. Sí está claro que en vísperas de la invasión árabe no pudo haberse repuesto de unas catástrofes mucho más aniquiladoras que las guerras. Por esos hechos cabe explicar a su vez fenómenos como la huida, frecuente y quizá masiva, de siervos o esclavos del campo, o la «epidemia» de suicidios causados por la desesperación, referida en los cánones conciliares. A su vez se haría muy difícil la recogida de impuestos y el descontento por ellos, pese a alguna amnistía fiscal, con el consiguiente debilitamiento del Estado.

Otro factor de debilidad estaría en los judíos. Las primeras disposiciones contra ellos trataban de impedirles una posición social de superioridad sobre cristianos, y hubo resistencia a medidas extremas deseadas por algún papa, pero las leyes persecutorias empeoraron con el tiempo. El XVII Concilio, en 694, sólo diecisiete años antes del final del reino, aprobó las medidas más graves, exigidas por el rey Égica, molesto por el poco celo de los obispos en la

persecución. Argüía el monarca la existencia de una conspiración judaica para derrocar la monarquía, informes de conversos sobre planes para destruir el cristianismo, y pretendidas rebeliones en curso en algunos países. Quizá se sabía que las comunidades hebreas de Oriente Próximo habían actuado como quinta columna de los sasánidas contra los bizantinos y luego de los árabes contra los sasánidas (en este último caso también habían obrado así las comunidades cristianas de Persia). Égica también acusó a los conversos de practicar clandestinamente su vieja fe. En consecuencia pedía reducir a todos a la esclavitud e impedirles practicar su religión, bajo penas severísimas. El concilio aceptó, de mala gana las propuestas-imposiciones regias. Estas persecuciones, si buscaban neutralizar una posible amenaza interna, exacerbaban al mismo tiempo la deslealtad de ese grupo social.

Los judíos componían una exigua minoría que habitaba barrios aparte de las grandes ciudades béticas y algunas del interior y de Levante, por lo que choca la obsesión del poder hacia ellos y sus supuestas conjuras. Parte de esa aversión nacía de la riqueza de la oligarquía hebrea, que proporcionaba a ésta un poder subterráneo y suscitaba envidias. Además se le consideraba el pueblo deicida, por la frase atribuida a la multitud en el juicio de Cristo: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!». La persistencia en su fe se miraba como una ofensa a la verdadera religión, prueba de una maldad porfiada y del deseo de vivir al margen de los demás, cuando los mismos godos arrianos habían dejado sus creencias para integrarse en las mayoritarias. A su vez, la autoconsideración hebrea como pueblo elegido, junto con la permanente repulsa y frecuente persecución sufridas, creaban un comportamiento cerrado, ya

atacado por el moralista latino Juvenal: «Desprecian las leyes de Roma, estudian, observan y temen el testamento judaico que Moisés les otorgó en un documento secreto. Sólo se confían a los de su misma religión, es decir, sólo ayudan a los que, como ellos, son circuncisos».

¿En qué medida se aplicaron las leyes antisemitas? Las leyes, en general, no debieron de aplicarse muy estrictamente —salvo para mantener la unidad del Estado— como se aprecia en las referentes a la elección de los monarcas. El grado de cumplimiento de las normas antijudías hubo de ser especialmente bajo, como revela su reiteración a lo largo de decenios.

En los mismos tiempos de Égica, ya hacia el final del reino, ni siquiera se habían cumplido los primeros decretos del III Concilio prohibiendo a los judíos tener esclavos cristianos. Aun así, los decretos se aplicarían en alguna medida, y su mera existencia pesaba como una temible amenaza sobre sus destinatarios.

En fin, todos los daños mencionados, y más que pudieran aducirse, sólo explicarían la caída del reino si hubieran impedido la concentración de un ejército suficiente para afrontar a Tárik, lo cual no ocurrió. Las crónicas y los historiadores están conformes en la superioridad material del ejército hispanogodo sobre el moro, y no fue una especial corrupción del poder o la traición hebrea, sino la de un sector de la nobleza, la causa determinante del desastre. Aunque la ley prohibía la alianza con poderes foráneos para alcanzar el poder, este tipo de traición se dio con cierta frecuencia: un grupo visigodo buscó en 552 la ayuda de los bizantinos, los cuales aprovecharon para adueñarse de una considerable porción de la península; y la utilización de francos y de rebeldes vascones en las pugnas internas había

sucedido varias veces. Por otra parte, las consecuencias decisivas de Guadalete, con la pérdida del grueso del ejército y la dificultad posterior de organizar la resistencia, apoya la idea de un Estado bastante centralizado, como indica el historiador García Moreno, y no tan «protofeudalizado» como suele afirmarse.

No tienen más sentido las comparaciones con la invasión romana, cuando poblaciones independientes entre sí —e incapaces de unir sus fuerzas—, armadas y acostumbradas a la guerra, ofrecieron una resistencia a menudo heroica. La larga *pax romana* había desarmado y desacostumbrado a la gente de las prácticas guerreras, como se había mostrado cuando las invasiones germánicas. Añádase la influencia del clero, pacifista y conformista con el poder, obstáculo a un espíritu de lucha en la primera etapa de desconcierto. Isidoro había definido una doctrina contradictoria, pues si por una parte rechazaba al tirano («Serás rey si obras con justicia, en otro caso no lo serás»), por otra definía el poder como enviado por Dios y desaconsejaba la resistencia incluso a la tiranía. Y el poder se estaba trasladando a los musulmanes.

Hablar de una preferencia de la población por los invasores, como hacen algunos, no resulta más adecuado que hablar de una «preferencia» de los franceses por el dominio alemán. La magnificencia que alcanzarían más tarde el emirato y el califato de Córdoba ha creado el espejismo de que los musulmanes llegaban con una civilización superior, cuando se trataba de guerreros del desierto y de las montañas del Atlas, tan bárbaros o más que los suevos, vándalos y alanos de unos siglos antes. La exigüidad de su número, y las disputas entre ellos, les forzaron a cierta tolerancia religiosa y política inicial, pero el poder musulmán había significado en muchos lugares una hecatombe para la

civilización. Pasaría algún tiempo hasta que el poder árabe adaptase logros y formas culturales de los pueblos vencidos más civilizados, fuera el persa, el bizantino o el español. Pues España era posiblemente el país más civilizado de Europa Occidental, con tradición ya muy larga y profunda. La invasión sólo pudo haber sido vista como una nueva plaga por una población que llevaba tiempo soportando muchas.

* * *

La estancia de los visigodos en España duró casi tres siglos, y puede dividirse en tres períodos: de 415 a 507, cuando se extendieron sobre gran parte de Hispania y de la Galia, con el centro de gravedad en esta última y capital en Toulouse. Tras su derrota por los francos, los godos se asentaron en Hispania, reteniendo una pequeña parte de la Galia, y con capital oscilante entre Barcelona, Sevilla, Mérida y Toledo. Por entonces seguían formando una casta conquistadora ajena a la población indígena y al propio territorio, del que podían haber emigrado como lo habían hecho de tantos otros. Existía un poco estable reino godo, no hispanogodo, aunque aumentó la identificación de los invasores con el territorio y una asimilación cultural a la población políticamente dominada. El reinado de Leovigildo, a partir de 573, marcó el tercer período, muy diferente, que duraría unos 140 años hasta la extinción del Estado, en torno a 714. Leovigildo constituyó un reino hispanogodo renunciando a gran parte de las tradiciones bárbaras, y Recaredo completó la reforma, en un proceso muy probable de disolución de la etnia germánica en la hispanorromana. El poder político y militar permaneció en manos de la oligarquía goda, si bien debió de haber una interpenetración creciente con la oligarquía hispanorromana,

según sugieren nombres como Claudio, Paulo o Nicolaus (tampoco es imposible que hispanorromanos adoptaran nombres germánicos, y viceversa). Simultáneamente la organización cívico-religiosa romana —el episcopado— adquirió peso y representación creciente en el poder político. Esta tercera fase marca la constitución política de la nación española con tinte germánico, pero sobre la base cultural heredada de Roma y el catolicismo (aun si persistían restos marginales de paganismo y pequeñas zonas montañosas apenas latinizadas).

Así, políticamente dominadores, los visigodos fueron culturalmente dominados: no fundaron Gotia, sino España, no impusieron el arrianismo, sino que adoptaron el catolicismo, ni extendieron las costumbres germanas, sino que se asimilaron cada vez más las romanas. Y no prevaleció su lengua original, que debió de disolverse pronto.

* * *

La «pérdida de España» lo fue en gran medida, y pudo serlo por completo, porque España no es sino el nombre que caracteriza una evolución político-cultural en la península durante más de nueve siglos, desde los comienzos de su latinización y luego cristianización, hasta su conversión en una entidad política independiente. Esta evolución quedó truncada cuando la invasión musulmana se extendió por toda la península, y pudo haber borrado todo el proceso anterior, como lo hizo en la mayor parte de los lugares donde se impuso. Con frecuencia leemos opiniones despectivas sobre la herencia visigoda en España, reduciéndola a un puñado de palabras y negando cualquier influjo significativo sobre la historia posterior, dentro de la tendencia semitizante de Américo Castro u otras. Tales opiniones, expresadas con más emocionalidad que fundamento, tienen poco que ver

con la realidad más evidente.

Los godos dejaron muy poco léxico en las lenguas peninsulares, pero este fenómeno revela lo contrario de lo que se pretende: la rápida aculturación tervingia en el mundo latino-español. Hasta los nobles —seguramente los más renuentes— abandonaron su religión y muchas de sus costumbres, y documentos como la *Institutionum disciplinae* indican cómo en la formación de sus jóvenes pesaba más la tradición católica y clásica que las reminiscencias germánicas, aun sin ser éstas desdeñables. Al revés que luego los árabes, los godos se latinizaron profundamente en España, y sus rasgos ancestrales quedaron reducidos a un cierto estilo, tendencias e instituciones secundarias.

También queda muy poco de su arte, pues fue anegado por la invasión árabe, y asolados la mayor parte de sus bibliotecas y edificios. Quedaron algunos de éstos, menores, pero de valor: quizá dejaron el arco de herradura, que los árabes llevarían a la perfección. De su tradición oral nada resta, aunque seguramente existió; pero la imposición musulmana impidió que alguien la recogiese, como hicieron siglos más tarde algunos escritores europeos con diversas leyendas célticas, germánicas o vikingas.

Más relevancia tiene su herencia política. Como hemos visto, los visigodos, originados probablemente en la actual Suecia, peregrinaron durante siglos por el este y sur de Europa hasta afincarse en Hispania. Durante un tiempo permanecieron aquí como grupo social separado, pero desde Leovigildo su identificación con el país donde vivían no hizo sino crecer, hasta terminar disueltos en la población hispanorromana. No sabemos cómo ello se produjo, ni si al comenzar la Reconquista permanecían núcleos de godos separados, pero el proceso ocurrió sin duda. Más

probablemente, la mezcla étnica habría avanzado durante el largo período de un siglo y cuarto tras la admisión de los matrimonios mixtos (que incluso existían cuando estaban prohibidos).

Las noticias acerca de la población germánica son muy escasas, y a menudo se habla de ella refiriéndose en realidad a su oligarquía. La masa gótica parece haberse asentado en el valle del Duero, y se ha supuesto que hacia el siglo IX o el X, durante la Reconquista, habría sido trasladada a Galicia, para fundirse allí con la población local; pero suena dudoso. Como fuere, la etnia goda pasó a ser un componente de la población hispana, disolviéndose en ella nueve o diez siglos después de haber emprendido su marcha desde Escandinavia.

Asimismo tiene importancia la onomástica. Los nombres de origen germánico proliferaron enormemente desde los comienzos de la Reconquista, llegando a superar a los de origen latino; probablemente ya abundaban antes entre la población, y han seguido siendo muy frecuentes hasta hoy. Y si, como sostienen algunos, los apellidos en -ez tienen origen tervingio (suelen formarse con nombres germánicos), la gran mayoría de los españoles, en todas las provincias, responden a esa influencia. Influencia no étnica, pues la población goda no pasó de un 5 a un 10 por ciento de la hispanorromana, sino debida, de un lado, al prestigio social de su nobleza, y de otro —y sobre todo— a un espíritu de identificación popular con la «España perdida», la España hispanogoda.

Este fenómeno de identificación mutua apunta al principal y trascendental legado de los godos: el político. Con ellos —y con impulso del episcopado— tomó forma la primera nación política española y probablemente europea, culminando la unificación cultural latina y cristiana;

permanecieron así, después de la invasión islámica, sus leyes, tanto entre los mozárabes como en los reinos cristianos, y numerosas reminiscencias, en parte legendarias pero con un sustrato histórico sólido y emocionalmente motivador. De no ser por ese sustrato e identificación popular, el legado hispanogodo se habría sepultado para siempre cuando los árabes conquistaron la península. Entonces pudo consolidarse definitivamente Al Ándalus, un país musulmán, arabizado y africano, y desaparecer España, país cristiano, latino y europeo, tal como desaparecieron las sociedades cristianas y latinizadas del norte de África.

No es arbitrario afirmar que si España siguió un derrotero histórico distinto del norteafricano se debió a la herencia política hispanotervingia. Sin ella, como ha expuesto convincentemente el historiador Luis García Moreno, no habría sido posible la Reconquista. Sólo esta versión casa con los hechos conocidos. Cosa diferente es que algunos deseen reintegrar la península al ámbito musulmán-magrebí y, por aversión a la España histórica, insistan en borrar de la memoria los hechos que les disgustan.

Así pues, la principal contribución de los godos consistió en completar como unidad política la unidad cultural creada por Roma, formando una nación en sentido preciso, como quedó indicado en el capítulo sobre Leovigildo (dejo aparte la discusión eterna y a mi juicio falsa sobre la nación «moderna», como si se tratase de una ruptura radical con la nación «medieval» y no, más bien, de una evolución de ésta). Con todos sus desaciertos y desmanes, inevitables en toda obra humana, los reyes y al menos parte de la nobleza goda, en colaboración con los representantes hispanorromanos, impulsaron la idea y la concreción de la nación y Estado de *Spania*. Y por ello el súbito hundimiento del Estado no lo

fue por completo: la resistencia al islam, tras escasos años de desconcierto, se organizó sobre la base de las leyes de Recesvinto y Chindasvinto, sobre una concepción muy distinta de la musulmana acerca del poder religioso y el político, y una idea de la libertad personal, de una monarquía no despótica y de un esbozo de representatividad que no surgieron de la nada durante la Reconquista. No menos crucial, la noción y el recuerdo de la «pérdida de España» se hicieron una motivación poderosa en el imaginario colectivo. Sin ella, insistamos, no sería comprensible la historia posterior.

15

Siglo VIII. FINIS SPANIAE?

Por el tiempo de la caída de España, la expansión árabe había alcanzado los confines de China por Turquestán, y de India por Cachemira. Fue una era convulsa en toda la franja civilizada que, con el paso de los siglos desde la II Guerra Púnica, se había ampliado por Asia, norte de África y Europa. Había aumentado la relación —lejana— entre civilizaciones, por el comercio, la guerra, la religión y el arte. Los conocimientos científicos y técnicos habían avanzado y los préstamos mutuos circulaban, con lentitud.

En China, remota y desconocida para España, tocó a su fin el caos de los dieciséis reinos, y luego la división entre dos dinastías, al norte y al sur. La norteña, de etnia huna o próxima a los hunos, fue derrocada hacia finales del siglo VI, cuando Leovigildo creaba el estado hispanogodo. Siguieron revueltas campesinas y militares, y se impuso la dinastía Tang, mucho más estable y centralista, que trajo un largo período, de prosperidad y desarrollo técnico y artístico comparable al de los Han. El budismo cobró impulso a costa del sistema confuciano. Un intermedio fue el de la emperatriz Wu, que en 683 derrocó a su propio hijo Zhongzong, creó un sistema de delación y aplastó las protestas, hasta ser a su vez derrocada en 705 por su hijo, que restableció el gobierno Tang. Por entonces se contuvo el empuje árabe y comenzó la difusión del papel —invento chino— por el mundo musulmán, hasta alcanzar Europa siglos más tarde.

En India, tras la destrucción del destacado imperio Gupta por los hunos blancos (más o menos cuando en

Europa surgían los reinos germánicos), el poder se dispersó hasta la reunificación del norte, a finales del siglo VI, por el rey Harsha, que entró en relación diplomática con China y apoyó tanto al budismo como al jainismo y al hinduismo. A su muerte a mediados del siglo VII, el imperio colapsó causando uniones y separaciones por todo el subcontinente. No obstante, la cultura floreció en una nueva edad clásica. Los árabes llegaron allí por los mismos años que a España, pero quedaron contenidos en Rayastán, en 738, casi al mismo tiempo que en Europa.

Otro imperio que resistió el empuje árabe, a costa de perder inmensos territorios, fue el romano de Oriente, o bizantino. Hacia mediados del siglo VI ocupaba Anatolia, el Oriente Próximo al oeste y norte de Mesopotamia, Egipto, Libia, los Balcanes y las grandes islas mediterráneas. El emperador Justiniano, soñando con reconstruir el Imperio de Occidente, había arrebatado el Magreb a los vándalos, una amplia extensión de Hispania a los visigodos e Italia a los ostrogodos. Había sido un tiempo de brillo cultural, cuya principal representación fue la grandiosa basílica de Santa Sofía, y su eco más duradero la compilación del derecho romano o *Corpus Iuris Civilis*. Pero el gasto de la corte, los impuestos y las guerras provocaron rebeliones internas, corrupción extendida, intrigas y rivalidades político-religiosas.

Así, poco antes de que los árabes entraran en el escenario de la historia, Bizancio casi había sucumbido a las embestidas sasánidas. A mediados del siglo VII, cuando en España reinaban Chindasvinto y Recesvinto, los árabes le habían arrebatado el norte de África excepto Túnez, el Oriente próximo Siria y trozos de Anatolia hasta el Cáucaso, y sobre todo Tierra Santa, golpe moral tremendo para la

cristiandad; por Europa, los germanos lombardos le habían quitado gran parte de Italia, y los eslavos extensas porciones de los Balcanes. Estos eslavos, indoeuropeos no civilizados, migraban con tenacidad desde el centro de la actual Rusia hacia el oeste y el sur, en lucha con los germanos u ocupando el vacío en regiones dejadas por éstos. Al tiempo de la conquista árabe de España, el Imperio bizantino se reducía a la mitad de Anatolia, una pequeña zona en Europa en torno a Constantinopla, enclaves en Grecia e Italia, y las islas Córcega, Cerdeña y Creta. Por milagro se mantuvo sin hundirse del todo. Mas, a partir de ese momento superó la crisis e hizo retroceder a árabes y eslavos, aun sufriendo desgarros internos por querellas religiosas con proyección política, como la iconoclastia (prohibición y destrucción de imágenes).

* * *

Los musulmanes apreciaron como una de sus mayores glorias la conquista de España, deslumbrados, según sus poetas, por su belleza, riqueza y fertilidad. España empezó a transformarse en Al Ándalus, un nuevo país de cultura oriental-africana.

La rivalidad por la gloria y la riqueza motivó en Muza, conquistador del Magreb, una mortal aversión hacia Tárik, que había desobedecido la orden de no avanzar desde el sur de la península; por ello Muza llegó a golpear en público a Tárik en Toledo. A su vez, Tárik informaba al califa omeya de Damasco, Al Ualid, máxima autoridad político-religiosa del islam, acusando a Muza de codicia y nepotismo, al colocar a sus hijos en los más altos cargos. Ualid llamó a ambos antagonistas, pero murió pronto. Su sucesor, Solimán, ordenó a Muza retrasar su entrada en Damasco, para no deslucir su propia accesión al poder. Muza,

imprudente, entró en la ciudad en una auténtica apoteosis, y el califa, furioso, le confiscó el botín y lo paseó por las calles con una soga al cuello.

Entretanto, Abdelazis, hijo de Muza y gobernador o valí de Al Ándalus, se había casado con la viuda de Rodrigo, Egilo, y trasladado la capital a Sevilla, donde vivía lo más florido de la nobleza romana y parte de la tervingia; y adoptó, por influjo de su esposa, algunas formas del poder gótico, como la prosternación ante él, tomada a su vez de Bizancio. Corrió el rumor de que Abdelazis se había bautizado en secreto, y unos conjurados lo degollaron y enviaron su cabeza a Solimán. Éste la presentó al padre del asesinado, preguntándole por burla si la conocía, y también hizo morir a los otros dos hijos de Muza, el cual falleció a su vez de tristeza, mientras peregrinaba a La Meca.

* * *

Parece que en las montañas del norte se habían refugiado algunos nobles godos y romanos, entre ellos Pelayo, un espatario de Don Rodrigo. Pelayo detestaba a los witizanos, que habían asesinado a su padre, Fávila o Fáfila, y habría huido de Toledo, con parte del tesoro, a Asturias, que conocía bien. La región, aún débilmente dominada por los mahometanos, había sido rebelde a los godos, pero debió de haber acuerdo entre los refugiados y grupos astures opuestos al islam. Según la leyenda, el gobernador árabe de Asturias, Munuza, se enamoró de Adosinda, hermana de Pelayo, y éste rechazó el enlace. Apresado y enviado a Córdoba, Pelayo se fugó y volvió al norte, donde se rebeló (quizá por segunda vez) con algunos seguidores, en los agrestes Picos de Europa.

Para someterlo, Munuza envió un destacamento al mando del general Alkama. Con éste iba el obispo witizano

Don Oppas, que debía tratar de convencer a los rebeldes. El encuentro se dio en Covadonga en fecha incierta, hacia el año 718, siete años después de Guadalete o poco más tarde, y comenzó con el célebre diálogo entre Oppas y Pelayo. «Trabajas en vano —dijo el obispo—. ¿Cómo podrás resistir en esa cueva si España y sus ejércitos, unidos bajo el poder godo no pudieron resistir el ímpetu ismaelita? Atiende mi consejo: retírate a gozar de los muchos bienes que fueron tuyos, en paz con los árabes como hacen los demás». Pelayo no apreció la oferta del colaboracionista: «No quiero amistad con los sarracenos ni sujetarme a su imperio. Porque ¿no sabes tú que la Iglesia de Dios se compara a la luna, que estando eclipsada vuelve a su plenitud? Confiamos, pues, en la misericordia de Dios, que de este monte que ves saldrá la salud para España. Tú y tus hermanos, Don Julián, ministros de Satanás, determinasteis entregar a esas gentes el reino godo; pero nosotros, teniendo por abogado ante Dios Padre a nuestro Señor Jesucristo, despreciamos a esa multitud de paganos…».

La conversación pudo ser una invención posterior o transmitirse desfigurada, pero expone bien el crudo dilema. Como fuere, la débil hueste de Pelayo, apoyándose en el escabroso terreno, aniquiló a las fuerzas musulmanas, de número ignorado, al mismo Alkama y a Oppas. Fue el primer revés algo serio de los musulmanes. Munuza residía en Gijón y trató de huir hacia el sur, pero los rebeldes lo alcanzaron y mataron. Esta historia, aun envuelta en leyendas, resulta en conjunto verosímil. Las imprecisiones de las crónicas han inspirado cientos de lucubraciones posteriores: Pelayo aparece como astur, noble hispanorromano, gallego de Tuy, cántabro y hasta británico, todo ello sin mayor base firme; también se ha negado su

existencia, o atribuido la rebelión a causas económicas (los impuestos), obviando las políticas y religiosas; otros hablan de *matriarcados*, o calibran la batalla como una escaramuza intrascendente, etcétera.

El fondo real de los viejos relatos admite poca duda: en Covadonga saltó la chispa de una rebelión muy distinta de las viejas y oscuras revueltas de montañeses, y de ella salió un reino independiente en la cercana Cangas de Onís, que pronto se amplió hacia Galicia, Cantabria y Vasconia. Ese reino tomaría, inmediatamente o muy pronto, carácter cristiano y político como recobro de la España perdida contra los «moros». La victoria de Pelayo, en una región débilmente romanizada y cristianizada, hubo de contar con una masa local que llegó a compartir el proyecto político y religioso de la Reconquista, pese a su antigua oposición a los godos.

Las crónicas árabes conocidas, muy posteriores a las cristianas, desdeñan la acción y la explican como una derrota rebelde incompleta: «La situación de los musulmanes se hizo penosa, y al cabo los despreciaron [a los de Pelayo] diciendo "Treinta asnos salvajes, ¿qué daño pueden hacernos?"». Pero, admite melancólicamente el *Ajbar Machmua*, aquel desprecio les saldría caro, pues los insurgentes «se convertirían en un grave problema». Pelayo expulsó el poder árabe de gran parte de Asturias con su ciudad más importante, la portuaria Gijón; y se atrajo la colaboración de grupos cántabros, vascones y gallegos, volviendo el norte cantábrico inseguro para los sarracenos. El nuevo reino también atrajo a numerosos cristianos que vivían bajo poder árabe.

Mas la advertencia de Oppas no era hueca: ¿podrían resistir unos puñados de rebeldes a los debeladores del reino

de Toledo? Por suerte para los resistentes, los andalusíes no percibieron el alcance del foco asturiano y dedicaron mayor esfuerzo a conquistar Francia. Pero allí, la anterior disgregación había sido superada por Carlos Martel («Martillo»), que gobernaba de hecho aunque no fuera rey oficial. Martel había asentado el poder franco entre los Países Bajos y los Pirineos y por el sur de Alemania, hasta Austria. El ejército árabe avanzó hasta el centro de Francia, donde, en Poitiers, lo venció Martel, en 732, entre diez y catorce años después de Covadonga. Con todo, los árabes ganaron aún la Provenza y el año 735 invadían Borgoña, donde muchos nobles pactaron con ellos al modo de algunos oligarcas godos en España. Martel hubo de emplearse a fondo y acabó con la amenaza hacia 737, si bien fracasó en la Narbonense.

Para entonces el foco de Asturias se había convertido en un peligro lo bastante grave para que los mahometanos abandonaran sus empresas ultra pirenaicas y concentraran sus energías dentro de la península, lo cual salvó a Francia y el resto de Europa de nuevas embestidas (salvo una menor, por Sicilia, un siglo más tarde).

Pelayo cultivó una política de alianza y expansión por medio de matrimonios con cántabros y vascones. Su hija Ermesinda se casó con Alfonso, hijo del duque de Cantabria. Fallecido el de Covadonga en 737, cinco años después de Poitiers, le sucedió su hijo Fávila, muerto por un oso dos años más tarde.

Subió al trono entonces el yerno de Pelayo, Alfonso, llegado de La Rioja, lo que indica un dominio árabe frágil en todo el norte cantábrico. Alfonso I desplegó una enérgica actividad expansiva: ocupó Galicia, León, e incursionó por La Rioja y por el valle del Duero, que quedó

semidespoblado al trasladarse su población al norte.

* * *

Las osadas ofensivas de Alfonso I, desde un reino mínimo y de escasos recursos, se beneficiaron de las disputas entre los conquistadores, una exigua minoría de guerreros sin familia, escindidos entre árabes y beréberes o magrebíes. Estos últimos eran los moros, aunque el término se popularizaría para designar a todos los musulmanes, incluyendo a los hispanos islamizados. A su vez, entre los árabes rivalizaban los clanes de origen yemení y los del norte de Arabia. El peso mayor de la conquista había recaído sobre los magrebíes, pero los árabes se consideraban superiores y coparon los mejores puestos y tierras, dejando a los otros el terreno más difícil de Galicia y el más árido de las mesetas. Una de las sequías recurrentes obligó a la mayoría de los magrebíes a volverse a África. Allí, sintiéndose postergados y sujetos a impuestos como si fueran infieles, se alzaron y mataron a muchos árabes. Su revuelta alcanzó a Al Ándalus en 740, hasta ser aplastada tras cuatro años de guerra.

Diez años más tarde ocurrían en Damasco dramas que iban a repercutir en la Península Ibérica. Después de Mahoma se habían sucedido por elección varios califas, hasta fraguar la enemistad entre dos clanes emparentados con el profeta, el de Alí ibn Abi Tálib, y el de los omeyas, liderado por Muauía. Éste se impuso, pero los partidarios de Alí lo rechazaron y formaron la corriente chiíta, contraria a la de Muauía o sunnita. Alí había sido muerto por otra facción, la *jariyí*, que preconizaba iguales derechos entre los islámicos, sin predominio árabe, y que inspiró la rebelión beréber. Los de Alí habían secundado a un hijo de éste, Husein, quien, vencido en 680 por los omeyas, había sido torturado y asesinado con muchos de sus familiares, siendo

las mujeres vendidas como esclavas. Los victoriosos omeyas ya habían instalado su sede en Damasco e inaugurado una dinastía, transmitiéndose el poder de padres a hijos.

La dinastía omeya, bajo la cual se extendió el islam desde España hasta Asia central, duraría poco. En 750 el clan de los abasidas se alzó en armas y tras imponerse en Irak, tomó Damasco, exterminó a la familia Omeya y hasta sacó a sus muertos de las tumbas para ultrajarlos y borrar su memoria. Muy pocos se salvaron, uno de ellos Abderramán (Abd El-Rahmán), que alcanzó el Magreb en una huida novelesca, con los asesinos pisándole los talones. Allí reunió una hueste afecta y, cinco años después de la matanza de los suyos, desembarcó no lejos de Málaga.

El valí de Al Ándalus, Yusuf al Fihri, quiso atraérselo con un matrimonio, que falló, y partió a reprimir una revuelta en Zaragoza. Abderramán aprovechó para tomar Sevilla. Vuelto Yusuf, los dos ejércitos chocaron en Córdoba, el omeya venció y se proclamó emir de Al Ándalus, independiente en la práctica de los abasidas, que habían trasladado su capital de Damasco a Bagdad. Aún afrontó Abderramán a un ejército abasida en Andalucía, lo derrotó con dificultad y, tras hacer cortar la cabeza a sus jefes, las remitió, conservadas en sal, al califa de Bagdad, Al Mansur, en señal de advertencia.

Abderramán hubo de gastar mucho tiempo en sofocar revueltas de clanes y puso la capital en Córdoba, donde, en 780, empezó a construir la célebre mezquita, derruyendo al efecto una basílica visigótica y otros edificios romanos y godos. Consiguió un edificio armonioso y original. Sucesivas ampliaciones harían de él uno de los mejores monumentos del islam, sólo inferior en amplitud a la mezquita de La Meca.

* * *

Mientras Abderramán triunfaba en la Península Ibérica, un nuevo imperio franco se gestaba en el centro de Europa: Carlomagno, nieto de Carlos Martel, reinó sobre Francia (salvo Bretaña), casi toda Germania y la mitad de Italia, cristianizó a los germanos, a veces por medios brutales como la decapitación de miles de sajones renuentes, y atacó Al Ándalus: tomó Zaragoza y Pamplona, pero en 778 sufrió un revés en Roncesvalles, donde perecieron varios de sus nobles más ilustres. Sus enemigos fueron vascones, muy probablemente, aunque la posterior *Chanson de Roland* los considera sarracenos. Siete años después volverían los francos a cruzar los Pirineos por Gerona para crear la *Marca Hispánica*, línea fortificada frente a los andalusíes.

Una medida de Carlomagno, gran reformador, fue la transformación de la mayoría de los esclavos en siervos de la gleba, aprovechando la oposición de principio de la Iglesia a la esclavitud. Los siervos estaban adscritos a las fincas y no podían moverse de allí sin permiso del señor, pero éste debía protegerlos, no podía expulsarlos, ni tenía derecho de vida o muerte sobre ellos. A cambio podía exigirles servicios, a veces onerosos. El siervo trabajaba sus campos y los del amo, reteniendo parte de los frutos de éste, y mantenía una autonomía relativa, por contrato hereditario. La servidumbre constituía un avance sobre la esclavitud y contribuía a aumentar la producción, al interesar al siervo en ella. Había campesinos libres, pero sujetos a cargas, en especial militares. Estas relaciones nacían de la extrema inseguridad de la época: los nobles y otros señores brindaban protección y legalidad a cambio de servicios o de servidumbre.

Generalizando, ha tendido a llamarse a este sistema *feudalismo*, concepto bastante discutido. Un feudo era un

título y un territorio que el rey otorgaba a un señor (vasallo) a cambio de servicio militar. La relación entre este vasallo y sus dependientes, sobre todo siervos y campesinos libres, también suele entenderse como vasallaje, por cuanto deriva de un pacto con obligaciones mutuas. La sociedad se dividía en tres estamentos: el clero (*oratores* o rezadores); los señores o nobles (*bellatores*), y los campesinos y artesanos (*laboratores*). Cada estamento tenía su función: la defensa espiritual de la sociedad, la militar y la producción material. La teorización de esta sociedad, de origen agustiniano y formulada también por San Isidoro, es posterior a su establecimiento, el cual surgía de modo bastante natural de unas circunstancias de crisis, grave inseguridad, debilidad del poder central y difíciles comunicaciones. Pero los lazos de vasallaje o feudales tendían a hacerse estables y difíciles de erradicar, provocaban ocasionales revueltas campesinas y pugnas permanentes entre el poder de los señores y el del rey, el cual quedaba, en casos extremos como un simple *primus inter pares*. Y creaba tensión, asimismo, entre el poder secular y el religioso.

Carlomagno concibió su imperio como continuación del romano. Aunque analfabeto, procuró aprender a leer y extender la cultura, a fin de contar con administradores aptos para sus dominios. Una de sus iniciativas mayores fue la creación de una escuela palatina en la capital, Aquisgrán, base del llamado «renacimiento carolingio», que reavivó el interés por la cultura clásica en torno al *trivium* y el *quadrivium*, conjunto de saberes ya recogidos por San Isidoro. Las principales figuras de la escuela fueron un clérigo anglosajón, Alcuino de York, y otro de origen español, Teodulfo, poeta y teólogo refugiado de Al Ándalus, nombrado obispo de Orleáns. Hubo otros clérigos de origen

hispanogodo, como Benito Aniano, autor de una reforma de la orden benedictina.

Propio del espíritu carolingio fue su unión con el Papado, en relación político-religiosa tan estrecha que recordaba la del islam y la de Bizancio. Desde muy pronto Roma, como sede de San Pedro, había aspirado a presidir la cristiandad, pero en el siglo VI el emperador bizantino Justiniano había creado la *pentarquía*, cinco patriarcados iguales en rango: Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Constantinopla y Roma. Solución inestable, resuelta en parte cuando los árabes ocuparon Alejandría y Jerusalén, y neutralizaron Antioquía. Había crecido entonces una rivalidad soterrada entre Roma y Constantinopla, agravada por el *cesaropapismo* —el poder de nombrar y revocar patriarcas y obispos— que se atribuían los emperadores bizantinos («Igual a los Apóstoles» era uno de sus títulos). El patriarca de Constantinopla aceptaba ese poder imperial, pero no tanto Roma. Desde 727, cuando en España comenzaba la Reconquista, aumentó el malestar al imponer los emperadores la iconoclastia. Al final ganaron los partidarios de las imágenes, pero entretanto el papa Zacarías (741-751), con auxilio del rey franco Pipino *el Breve*, padre de Carlomagno, rompió la costumbre de someter su nombramiento al refrendo de Constantinopla. Así se forjó una alianza entre el Papado y los reyes francos, que con Carlomagno alcanzó intimidad similar a la de Bizancio. Francia fue distinguida como «hija primogénita de la Iglesia», por ello y como primer reino bárbaro convertido al catolicismo; a su vez, el emperador otorgó al Papado el dominio de la Italia central. No bastó con eso, pues hacia 778 los papas empezaron a invocar —sin mucho éxito— la falsificada «Donación de Constantino», según la cual este

emperador romano habría entregado al Papado la propiedad del Imperio de Occidente.

* * *

En el norte de España proseguía la expansión del reino cristiano, que al llegar Abderramán al sur ya abarcaba la franja cantábrica desde los Pirineos más parte de Galicia. A las campañas de Alfonso I les sucedió un período de 23 años, de 768 a 791, de poca actividad exterior, con algunas revueltas internas de jefes gallegos y vascones, otras de nobles opuestos a la dinastía de Pelayo, y ataques de Al Ándalus. En 791 fue coronado Alfonso II *el Casto*, hijo del rey Fruela —hijo éste, a su vez, de Alfonso I— y de Muna, una princesa vascona. El nuevo rey hizo honor a su abuelo en osadas expediciones. Sus victorias sobre los moros permitieron repoblar tierras de León y la actual Castilla. Hizo más, dio plena fuerza a la idea que probablemente había encendido la chispa asturiana: el nuevo reino continuaba al hispanogodo de Toledo, con la misión de recobrarlo. Aumentó la evocación, simbología y leyes góticas, aunque la situación era nueva: la población tervingia no debía de existir ya de modo diferenciado, muchos de sus oligarcas habían pactado con los árabes y se habían islamizado, y la dinastía de Pelayo estaba mezclada con cántabros y vascones. Era una España continuadora política y cultural de la anterior a la invasión árabe, y al mismo tiempo distinta.

Antes de Alfonso *el Casto*, la subsistencia de Asturias había sido precaria, expuesta a hundirse por algún golpe desafortunado. Abderramán I había finado en 788, y su sucesor Hixem (Hisham) I, tras vencer a sus hermanos que le disputaban el poder y otras revueltas, trató de aplastar el norte rebelde mediante violentas campañas (*aceifas*). En 794

asoló Galicia y Oviedo, y al año siguiente saqueó e incendió Oviedo, dejando un rastro de ruina. Pero Alfonso retuvo sus tropas vigilando la ruta del enemigo, y cuando éste se retiraba triunfante, lo sorprendió en *Lutos* (Lodos o Ciénagas) y lo aniquiló: revancha parcial de la batalla del Guadalete y de máxima trascendencia, pues mostró la dificultad de aplastar al renaciente reino. Cuatro años después, Alfonso llevó su audacia hasta asaltar Lisboa, aunque la evacuó por demasiado alejada.

El último tercio del siglo vio la agria disputa «adopcionista» iniciada por los obispos Félix, de Urgel, y Elipando, de Toledo. Según ellos, Jesús fue un hombre adoptado por Dios para transmitir su mensaje, y no originariamente hijo de Dios. La doctrina tenía alcance político, pues recordaba al arrianismo, complacía a los muslimes y debilitaba la moral de resistencia cristiana. La combatieron con pasión el obispo Eterio de Osma y sobre todo, desde cerca de Oviedo, Beato de Liébana, fustigador del colaboracionismo proárabe. La agria disputa tuvo eco en toda la cristiandad, y en la corte de Carlomagno combatieron el adopcionismo el español Teodulfo y el inglés Alcuino. El argumento de este último fue tachado por Elipando de «sacrílego, corrompido por un veneno mortal y tenebroso por la oscuridad de la ignorancia»; y le llamó «ministro no de Cristo, sino del fetidísimo Beato», advirtiendo que nunca Liébana había dado lecciones a Toledo. Pero en el debate tenido en Aquisgrán en 799, durante toda una semana, Félix aceptó, no muy convencido, la postura de Alcuino, y los papas zanjaron la cuestión condenando el adopcionismo como herejía.

De Beato, autor de diversas obras, se conoce sobre todo su *Comentario al Apocalipsis de San Juan*, terminado en 786,

donde explica la crisis del cristianismo y traslada los símbolos del Apocalipsis a la España en reconquista frente al Anticristo, es decir, al emirato de Córdoba. El *Comentario*, sin pretensiones de originalidad, contiene uno de los más antiguos mapamundis del mundo cristiano. Era esencialmente un llamamiento al combate para recobrar España, y ganaría enorme popularidad como aliento a una lucha que, de entrada, parecía sin esperanza. De no menor trascendencia es su reivindicación de la predicación hispana del Apóstol Santiago, que tendría desde el siglo siguiente profundos efectos en toda Europa. Probablemente se deba a Beato la consideración de Santiago como patrón y protector de España.

La mayor parte de la península seguía en poder musulmán. Los cristianos podían practicar allí su religión, pero no difundirla, y debían pagar un impuesto adicional, la *yidsia*. Sus templos y monasterios derruidos no podían reconstruirse, y sobre muchos se alzaban mezquitas. Estos cristianos fueron llamados *mozárabes*, es decir, «arabizados», porque adoptaron las ropas y en parte el idioma de los árabes, pero conservaron su religión, su idioma evolucionó del latín a formas romances, y desarrollaron una cultura propia y original. Bastantes de ellos emigraron a la España del norte. Obra importante de la época fue la *Crónica Mozárabe*, un tanto parca pero de aspecto veraz y de época tan temprana como 754, que continuaba la *Historia de los godos* de San Isidoro.

En 796 falleció Hixem I. Le sucedió su hijo Alhakén (Al Hakam) I, que sofocó las conjuras de sus tíos para derrocarle. A fin de escarmentar a los díscolos toledanos, les envió un gobernador del lugar con promesa de apartar de la ciudad a la guarnición, dada a tomarse «demasiadas

libertades con vosotros, vuestros hijos y vuestras mujeres». Luego, mediante una añagaza, hizo que su general convocase a los notables locales para un banquete y los hizo pasar uno a uno por una puerta, al fondo de cuyo pasillo un verdugo les cortaba el cuello y los arrojaba a un foso ya dispuesto. Unos 500 toledanos, se dice, padecieron ese cruel destino, y el hijo de Alhakén, futuro Abderramán II, que con 14 años contempló la matanza, nunca pudo olvidar la espada del verdugo, y adquirió un tic nervioso de por vida. El episodio pasó a la historia como «La Jornada del Foso», y probó la despiadada resolución del nuevo emir para afirmar su autoridad.

Y así terminaba aquel siglo extraordinario para España, que había visto su casi total pérdida, su continuidad en el reino de Asturias, la épica peripecia de Abderramán I y la formación del emirato de Córdoba, de tormentosa pero brillante trayectoria, aparte de las acciones de personajes como Rodrigo, Tárik y Muza, Pelayo, los dos primeros Alfonsos, la controversia de Beato, Elipando y Félix…

16

Siglo IX. DOS NACIONES, DOS MUNDOS

La *yidsia*, impuesto especial sobre cristianos y judíos, mermaba el afán proselitista del poder árabe, pues de ese impuesto obtenía sustanciosos ingresos: pero animaba las conversiones al islam, reforzadas por el impacto psicológico de la caída del reino godo y el triunfo árabe por medio mundo. Los hispanos islamizados o *muladíes* fueron adoptando la lengua árabe, abrazaron la nueva fe con espíritu rigorista (*malikí*), miraban con aversión la corrupción y laxitud religiosa de las oligarquías árabes, hacia cuyo poder, celosamente monopolizado, se mostraron díscolos. Así el islam pasó de una pequeña minoría extranjera a constituir una amplia franja social y una verdadera nación: Al Ándalus.

De los árabes, grupos apenas civilizados salidos del desierto, no sorprende menos su impulso conquistador que su capacidad para remodelar culturalmente a los pueblos vencidos, a quienes impusieron su religión, sus concepciones del mundo y de la vida, su derecho, su idioma y su escritura. Pero también mostraron receptividad a las culturas vencidas. Al ocupar tierras del Imperio bizantino recogieron parte de la herencia griega; en Irán, tras la inicial marea destructiva salvaron lo aún salvable, y los propios persas, islamizados pero orgullosos de su tradición, mantuvieron su idioma y produjeron una época dorada —literaria, artística, filosófica — para el islam. Los árabes también supieron acoger aportes chinos, como el papel, o indios, como las notaciones matemáticas y los números hoy conocidos como arábigos, de tanto efecto para el desarrollo científico.

En España, los conquistadores asumieron algo de la fuerza cultural acumulada en siglos pasados, la transformaron de raíz y trajeron conocimientos de Oriente. Pero aquí surgió una resistencia que enlazaba con el caído reino de Toledo. La invasión no aniquiló por completo a España, que resurgió y a finales del siglo VIII crecía pese a las embestidas andalusíes. Así, a lo largo del siglo IXse consolidarán dos naciones en radical conflicto: el triunfo de una significaba necesariamente la ruina de la otra.

Durante largo tiempo las posibilidades de España frente a Al Ándalus fueron casi nulas. Las tierras del norte eran poco extensas y pobladas, las más atrasadas y pobres, debido a la aspereza del suelo y al escaso comercio. Por ello sus naturales habían resistido más a romanos y godos, y realizado depredaciones de corto radio. Si de pronto se creó allí una estructura política con un vasto designio, y un arte y literatura propias, sólo pudo deberse al aflujo de clérigos, mozárabes y godos huidos del sur. El común rechazo al islam impulsó la completa cristianización de los pueblos del Cantábrico y su identificación con el ideal de Reconquista. La *Crónica mozárabe* habla ya de pérdida de España, «cuyo dolor no podrá ser relatado aunque todos los miembros del cuerpo se conviertan en lengua», castigo divino por pecados anteriores; curiosamente no menciona la incipiente resistencia del norte, quizá porque no le viera futuro, como no se lo veían los triunfalistas árabes. La idea de la pérdida y reconquista de España forjaría, no obstante, un núcleo asturiano capaz de resistir en tan arduas condiciones. La pronta incorporación de Galicia más el traslado al norte de las gentes del valle del Duero, aumentarían la población y con ella el vigor defensivo, aunque planteasen serios retos económicos, resueltos progresivamente con la posterior

repoblación del semiabandonado valle del Duero y otras comarcas.

Al comenzar el siglo IX había que añadir al reino asturiano los comienzos de la Marca Hispánica, conquistada por los francos a lo largo de los Pirineos, y poco activa. Había, por así decir, la España del Cantábrico, bastante homogénea, y la del Pirineo, más diversa. En total ocuparían en torno a un quinto de la península.

Al Ándalus y la España en recuperación eran dos mundos muy distintos, aunque no faltasen préstamos mutuos. El cristianismo suponía mayor diferenciación entre religión y política, una libertad personal que originaría gobiernos más representativos, extensión mucho menor de la esclavitud, ideas muy diferentes del derecho, mayor autonomía de la mujer, monogamia estricta, bautismo y no circuncisión… Su lengua era el latín en rápida transformación y su culinaria la del cerdo y el vino, prohibidos por el islam, aunque Al Ándalus heredara cierta afición etílica.

La cultura andalusí, entonces naciente, era islámica, y el árabe su idioma propio, lo que aumentaba la incomunicación con la española: poquísimas personas del norte sabían árabe y en el sur el romance retrocedía. Al Ándalus gozaba de aportes culturales y técnicos en circulación desde India y China, países remotos para Europa, y desde Bizancio; disponía de tierra y recursos demográficos y materiales muy superiores y desplegaría, desde Abderramán II, formas de vida refinadas en las altas capas sociales.

Asimismo difería la composición étnica. En Al Ándalus abundaban, aún lejos de ser mayoría, los magrebíes, los judíos y una masa esclava traída del África negra y de Europa del Este (eslavos), más una dominante minoría

árabe. La población autóctona se dividía entre cristianos o *mozárabes*, e islamizados o muladíes. Los mozárabes descendieron gradualmente a minoría dos o tres siglos después de Guadalete. Tal variedad social, cultural y religiosa volvió casi permanente la guerra civil, que impidió a Al Ándalus sacar pleno fruto de su enorme superioridad material. Esa inestabilidad tuvo otro efecto decisivo: los gobernantes cordobeses, recelosos de sus súbditos, crearían ejércitos de esclavos y mercenarios extranjeros, separados de una población hostil a ellos y leales sólo al emir y luego al califa.

Por contraste, el reino de Oviedo y los demás núcleos cristianos del norte gozaban de mayor homogeneidad étnica y religiosa, y por tanto de mayor cohesión (no sin querellas internas, desde luego). Por ello podían sacar mejor partido de sus fuerzas, aún escasas. Quizá quedasen en la cornisa cantábrica restos de los idiomas ancestrales, que pronto desaparecieron, salvo el dialectalizado vascuence. Conforme los vascos se civilizaban harían del latín y el romance sus lenguas de cultura.

Se ha discutido sobre la diversa actitud política implicada en los conceptos de España y Al Ándalus. La derivación lógica de la idea de España sería la reconquista del reino anterior a la invasión, mientras que Al Ándalus tendría un contenido más pasivo, limitado a la parte retenida por el islam en cada momento. No parece ello muy probable. Los musulmanes ocuparon al principio toda la península y parte de Francia, y si poco a poco renunciaron a mantener y ampliar sus posesiones sólo se debió a su impotencia ante la lucha tenaz de los reinos hispanos y a su propia inestabilidad.

El siglo IX vería hechos trascendentales como el inicio

de las peregrinaciones a Santiago y de las aceifas o ataques masivos de Al Ándalus al norte, la formación de la Marca Hispánica y del reino de Pamplona, o el esplendor y crisis de Córdoba, llevada al borde de la ruina.

* * *

Alfonso II *el Casto* fue un rey muy notable. Gobernó 52 años, de 791 a 842, mientras en Córdoba reinaban Alhakén I y luego su hijo Abderramán II. Sostuvo trato cordial con Carlomagno y, de acuerdo con su reivindicación del reino hispanogodo, fundó Oviedo, tratando de hacerla digna sucesora de Toledo. Pobló la ciudad con labriegos, artesanos, tropas, comerciantes, etc., mandó construir allí un palacio y otros edificios de fuste, en especial una basílica —incendiada por los árabes en 794 y 795—, a la que donó la Cruz de los Ángeles, una joya artística. Varias iglesias y palacios más fueron alzados con la referencia de la basílica, que se convirtió en centro de peregrinación del norte peninsular. De ahí surgió un arte nuevo y original, llamado asturiano, manifiesto en sus bellas y pequeñas iglesias y palacios, que combinan elementos godos, mozárabes y locales. Son edificios de espléndida armonía, tan expresivos de la pobreza de medios de la época como de una cultura bastante refinada, fe en el porvenir y decisión de permanencia. El arte incluyó la decoración, la pintura al fresco y la orfebrería.

Pero la mayor contribución cultural, de alcance entonces insospechable, fue la peregrinación a Santiago. En 814 el ermitaño Pelayo afirmó haber visto resplandores en un bosque, de donde vendría el nombre de Campus Stellae o Compostela, Campo de la Estrella. Avisado el obispo de Iria Flavia, Teodomiro, descubrió el presunto sepulcro de Santiago el Mayor, identificado con una lápida. Acudió

Alfonso II al lugar, donde hizo erigir un santuario y declaró al apóstol patrón de España, siguiendo a Beato, que en un poema había llamado a Santiago «Cabeza refulgente y dorada de España/ defensor poderoso y patrono nuestro». El suceso tuvo tal repercusión, también al norte de los Pirineos, que el descubrimiento de la tumba llegó a atribuirse allí a Carlomagno. A partir de entonces la peregrinación crecería, primero a partir de Oviedo, a través de paisajes espectaculares, donde los reyes construyeron hospitales y albergues. Pronto se organizó desde la Europa transpirenaica una ruta siguiendo el litoral cantábrico, que reforzó, aun en proporciones modestas, los lazos culturales y comerciales, mientras despertaba el fervor y confianza de los hispanos frente al islam. La empresa asturiana despertaría creciente interés al norte de la península.

Aquellos sucesos nos llegan envueltos en leyendas y milagros. La sepultura de Santiago no es imposible pero sí harto improbable. El lugar contenía tumbas de época romana, y algunos estudiosos, por pura especulación, atribuyen el sepulcro a Prisciliano, cuyos restos habrían llevado allí sus seguidores tras haber sido decapitado en Tréveris, cuatro siglos y medio antes. El enterramiento del apóstol, real o no, iba a desempeñar un papel psicológico, político, cultural y militar de primer orden.

* * *

El mismo año del hallazgo de Compostela moría Carlomagno, dejando el imperio a su hijo Ludovico Pío (Luis el Piadoso). Éste se revelaría inferior a su padre, cuya obra desharía en gran parte. Había conquistado Barcelona en 801, en vida de Carlomagno, y creado la Marca Hispánica desde esa ciudad hasta Pamplona. Ya en el poder, pensó repartir el imperio entre sus hijos, motivando contiendas

entre ellos. En 843, un año después de la muerte de Alfonso *el Casto*, el tratado de Verdún certificó la división en tres partes, que darían lugar a Francia, a Alemania y a los Países Bajos (en aquel momento unidos a Borgoña, Provenza y norte de Italia). El sueño de un renovado Imperio romano de Occidente se demostró irreal, y las consecuencias del reparto, a menudo conflictivas, llegarían hasta el siglo XX.

Tras las invasiones germánicas, la Iglesia había reconstruido la civilización por medio, sobre todo, de una amplia red de monasterios que sostuvieron el cristianismo, mantuvieron la cultura grecorromana en copias manuscritas, difundieron técnicas agrarias y fomentaron el arte. Pero esta reconstrucción amenazó venirse abajo en el siglo IX por nuevas invasiones, vikingas desde el norte y magiares desde el este, y por renovadas ofensivas musulmanas sobre Sicilia e Italia. Los vikingos, también llamados normandos y rus, guerreros escandinavos, entraron en la historia, en 796, con la destrucción del célebre monasterio de Lindisfarne, pequeña isla en el extremo noreste de Inglaterra, centro de cristianización y cultura fundado por monjes irlandeses. La matanza de los monjes conmocionó a la cristiandad, y fue sólo el comienzo de una pesadilla para gran parte de Europa, en especial para las Islas Británicas y Francia.

Del espíritu vikingo dejan constancia sus sagas: «*La madre decía que pronto habría que darle/ la nave de guerra con fuertes remeros/ y en la proa iría erguido el vikingo, marcando los rumbos/ a buscar combate en playas lejanas*», dice la saga de Egil Skalagrimson. Su concepción de la vida prefería la muerte en lucha a la «muerte de buey» por vejez y achaques, y llegaron a aterrorizar a francos, anglos, sajones y celtas, dañaron gravemente la cultura monástica, aniquilaron la eclosión de los monjes irlandeses y desarticularon en parte la

organización política del continente. Practicaban una mezcla de piratería y comercio, de tráfico de esclavos y de incursiones con verdaderos ejércitos, y cargaban pesados tributos a los vencidos. Algunos de sus relatos pretendían que, por su valor y sentido justiciero, eran otros pueblos quienes los llamaban para que los gobernasen o protegiesen. Los vikingos suecos (rus, varegos o varangios) siguieron los grandes ríos rusos desde el Mar Báltico al Negro, atacaron a Bizancio y en torno a 880 fundaron la Rus de Kíef, un estado muy extenso que daría lugar a Rusia, diluyéndose sus fundadores en la cultura e idioma eslavos. Las correrías vikingas llegaron a tierra firme del norte de América, rodearon toda Europa por el Mar Negro y el Mediterráneo, crearían reinos como el de Normandía y el de Sicilia, y cabe considerarlos, en buena medida, como fundadores de Rusia y, en el siglo XI, de Inglaterra.

Sus incursiones llegaron a la Península Ibérica el año 844. Después de saquear parte del territorio vascón, marcharon por mar a Galicia, donde terminaron rechazados con serias pérdidas. Los restantes, aún numerosos, fracasaron ante las murallas de Lisboa, saquearon la comarca y luego subieron por el antiguo Betis, ahora Guadalquivir, donde ocuparon por un tiempo Sevilla, hasta ser finalmente repelidos por Abderramán II, dejando bastantes prisioneros. Los que quedaban aún proseguirían sus ataques por el Mediterráneo.

* * *

En la propia Córdoba, Alhakén I, el de la Jornada del Foso, emir desde 796 hasta 822, no fue muy popular. Decretó impuestos mal recibidos y tuvo fama de disoluto; a la hora del rezo le injuriaban: «Ven a rezar, borracho». Para dar un escarmiento, hizo crucificar cabeza abajo a muchos

agitadores. La reacción muladí, conocida como «rebelión del Arrabal», acosó al ejército hasta el palacio del emir. Entonces éste ordenó incendiar las casas del arrabal, y cuando los amotinados se volvieron para apagar el fuego, los atacó por la espalda, los masacró y mandó desterrar a unos 20 000. Bastantes de ellos marcharon a Fez, en el actual Marruecos: otros a la costa magrebí, donde se dedicaron a la piratería, pasaron luego a Alejandría, que dominaron unos años, y finalmente a Creta, donde instalaron su propio gobierno durante más de un siglo.

En 822 sucedió a Alhakén su hijo Abderramán II, antítesis personal de su enemigo, el sobrio Alfonso *el Casto*, pues era derrochador y mujeriego, sostenía un nutrido harén y se le atribuyen 87 hijos e hijas; ambos compartían, en cambio, el interés por la cultura. Tras aplastar rebeliones locales, Abderramán pacificó Al Ándalus y buscó el desquite por la derrota de los suyos en Lutos: casi cada año, por el verano, lanzó una ofensiva o aceifa —algún año, hasta tres— contra los reinos hispanos del norte, especialmente contra Galicia, más accesible que Asturias, y contra el otro extremo del reino de Oviedo, Álava; algunos años, contra la parte oriental de la Marca Hispánica, futura Cataluña. Las aceifas dejaban un rastro de destrucción, se llevaban miles de cautivos y mantenían a los españoles en tensión máxima, temiendo cada año ser aniquilados. No alcanzó a tanto Abderramán, aunque impuso tributos a los cristianos y contuvo su expansión. También hubo de sofocar, en la década de los cuarenta, una nueva rebelión musulmana en el valle del Ebro y rechazar una incursión normanda.

A principios de los años cincuenta se produjo en Córdoba un movimiento de rechazo a la islamización, que durante una década dio lugar a ejecuciones o martirios. Los

muslimes, debido a su inferioridad numérica, habían tolerado al principio a los cristianos, de quienes extraían pingües ganancias por la *yidsia*. Pero al consolidar su poder, aumentaron su opresión. Los mozárabes recordaban el reino de Toledo, se sentían ultrajados en su propio país y sometidos a una progresiva asfixia: no podían hacer proselitismo (un converso del islam al cristianismo sufría pena de muerte), ni expresión pública de sus creencias, carecían de todo derecho político, debían vestir de forma particular y soportar intromisiones y vejaciones de las autoridades y los islámicos.

Un muladí talentoso había sido Nasr, renegado del cristianismo y castrado, como otros servidores de la corte cordobesa, lo que no le impidió convertirse en el cortesano más influyente de Abderramán II. En 850, un sacerdote llamado Perfecto menospreció a Mahoma comparándolo con Cristo. Delatado y condenado a muerte, Nasr ordenó su ejecución pública, lo cual desató las iras de otros mozárabes y comenzaron los martirios voluntarios al negar algunos públicamente el carácter sagrado de Mahoma. Según la leyenda, Perfecto profetizó a Nasr su muerte antes de un año. En cualquier caso, al afortunado Nasr le traicionaría pronto la suerte: poco después, en una conjura palaciega, intentó envenenar al emir y, descubierto, fue obligado a ingerir el mismo veneno. Córdoba era una ciudad muy arabizada e islamizada, donde el cristianismo retrocedía con rapidez. Algunos sacerdotes y otros fieles trataron resistir, y por ello fueron ejecutados, acusados de blasfemia, o de proselitismo o por apostasía del islam. Pero las ejecuciones no llegaron a encender una rebeldía general de los avasallados mozárabes.

Abderramán II inició el esplendor andalusí, o más

propiamente cordobés. Eulogio, relator de los martirios y él mismo martirizado, escribió: «A Córdoba, llamada antaño patricia y ahora ciudad regia […], la llevó al mayor encumbramiento […], la colmó de riquezas y la embelleció con todas las delicias del mundo más allá de lo que es posible creer o decir, al punto de sobrepasar en toda pompa mundana a los reyes anteriores de su linaje. Y mientras, la Iglesia era arruinada hasta la extinción bajo su pesadísimo yugo». Loas semejantes expresan autores islámicos. El emir amplió la mezquita principal y construyó nuevos edificios, arrasando para ello construcciones romanas y visigodas, cuyas columnas y otros elementos reutilizó. Fue aficionado a las artes y las letras, y él mismo algo poeta. Fundó una nutrida biblioteca con obras traídas de Bagdad, patrocinó a astrólogos, astrónomos, músicos y médicos, y parece haber introducido en la península el invento indio de la numeración de posición, de base decimal. Para sostener el enorme gasto de la corte y del ejército aumentó la presión fiscal, aunque al mismo tiempo racionalizó la hacienda, y acuñó por primera vez moneda al margen de Bagdad.

* * *

La Marca Hispánica debía haber llegado al Ebro, pero no logró pasar de Barcelona y de Pamplona, y quedó dividida en hasta quince condados a lo largo de las estribaciones surpirenaicas. Frente a ella, los andalusíes alzaron su propia «Marca Superior» desde Tudela al Mediterráneo, con centro en Zaragoza. La subsistencia de la Marca Hispánica dependió de las continuas reyertas entre muladíes, árabes y magrebíes, y de todos ellos con Córdoba, a la que apenas obedecían, por lo que pocas veces lograban atacar seriamente a los cristianos. Las aceifas cordobesas afligieron sobre todo al reino de Oviedo.

A lo largo del siglo IX la Marca Hispánica sufrió una doble tensión, frente a los andalusíes y a los francos, mal soportados éstos, pese a haber liberado el territorio. El oeste de la marca incluía buena parte de Vasconia, en la posterior Navarra, pero los vascones se aliaron, contra los francos, con los descendientes islamizados del conde visigodo Casio, llamados Banu Casi (o Qasi, «hijos de Casio»), asentados en Tudela, La Rioja y parte del actual Aragón. Los Banu Casi habían pasado de ayudar a Córdoba contra las rebeldes Zaragoza o Tortosa, a enfrentarse a los emires. La alianza entre los Banu Casi y el caudillo vascón Íñigo Arista dio lugar a revueltas contra los francos, culminadas en 824 en la segunda batalla de Roncesvalles, donde fueron vencidos los condes designados por el ya emperador Ludovico Pío. Así nació el reino de Pamplona, expulsando a los francos también de otros condados del actual Aragón pirenaico.

La alianza entre los cristianos vascones y los Banu Casi terminó bajo el reinado de García Íñiguez, hijo del anterior. Éste, capturado por los vikingos en 859, en Pamplona, se liberó pagando un rescate y luego se alió con Oviedo, gobernado a la sazón por Ordoño I; entre ambos infligieron en Albelda un duro revés a sus ex aliados Banu Casi, aunque el emir de Córdoba, como reacción, tomó y saqueó Pamplona. García Íñiguez también estimuló con celo las peregrinaciones a Santiago, tanto de vascones como de francos. Hay cierto paralelismo entre los reinos de Pamplona y de Oviedo: en ambos la masa popular había sido poco romanizada, poco urbanizada y resistente a los godos, pero adoptaron el *Liber Iudiciorum* como ley básica, reivindicaron el reino de Toledo, y su acción políticomilitar fue muy distinta de las viejas correrías de saqueo,

Al revés que la región vascona, las posteriores Cataluña y

Aragón habían sido fieles al reino de Toledo, y los francos delegaron allí en condes godos. La región cispirenaica hasta Barcelona fue llamada Gotia, también Septimania, como la transpirenaica. El nombramiento en 826 de un conde franco, Bernat, hijo de uno de los conquistadores de Barcelona, desató una rebelión, que fue sofocada. La población rechazaba a los francos y hubo otras revueltas contra ellos, a veces con ayuda sarracena. A lo largo del siglo IX los condados de la Marca Hispánica irían ganando independencia.

* * *

Al morir Alfonso *el Casto* en 842, fue elegido Ramiro I. Le disputó el trono un conde apoyado por jefes asturianos y vascones. Ramiro reunió un ejército en Galicia, venció a su rival e impuso el sistema hereditario. Se le atribuye la legendaria, quizá inventada, batalla de Clavijo, en La Rioja, en la cual el apóstol Santiago, sobre un caballo blanco, habría ayudado a los españoles. De allí partió la invocación «Santiago y cierra España» («cerrar» en el sentido de «acometer»). Pero en 846 los musulmanes tomaron León y la retuvieron diez años. Ramiro luchó también con los normandos y apoyó las peregrinaciones a Santiago y el arte asturiano, creando en Oviedo una corte brillante para las circunstancias. Murió en 850, dos años antes que Abderramán II.

Su hijo Ordoño I, formado en Lugo, reinaría dieciséis años, doble que su padre. Continuaron los encuentros casi rutinarios, no por eso menos temibles, con las aceifas andalusíes. Ordoño recobró León, convirtiéndola en centro de una línea fortificada con Tuy, Astorga y Amaya, y envió una desafortunada expedición en auxilio de una revuelta mozárabe en Toledo; en cambio venció junto con Pamplona,

como quedó dicho, a Muza, el caudillo Banu Casi más poderoso. En respuesta, Córdoba arrasó Álava y Bardulia (la posterior Castilla), y frenó por unos años la expansión hispana.

El hijo de Ordoño, Alfonso III, reinaría cuarenta y cuatro años desde 866, y sería apodado *El Magno*, con motivo. Al subir al trono gobernaba Galicia, donde hubo de luchar por el poder con el conde de Lugo. Luego dominó una revuelta de vascones y a continuación avanzó hasta Oporto en 868, y Coímbra diez años después, mientras repoblaba las comarcas fronterizas. El emir Mohammed I (Muhammad), sucesor de Abderramán II, envió contra él un fuerte ejército, que fue aplastado por Alfonso en la batalla de Polvoraria, en 879. Entonces Alfonso traspasó el valle del Tajo, con ayuda del gobernador islámico de Mérida, rebelde al emir Mohammed I. El de Mérida le entregó un ministro cordobés y el emir, encolerizado, lanzó una nueva aceifa sin más suerte que la anterior, viéndose obligado a pagar rescate por su ministro y pedir una tregua por tres años. Nunca antes había ocurrido cosa tal. También amplió Alfonso su poder por el este, con ayuda de Pamplona, y un conde a sus órdenes fundó la ciudad de Burgos. Hacia finales del siglo había conquistado gran parte de las actuales provincias de Soria y Zamora y casi había duplicado el territorio heredado, si bien encontraba dificultad para poblarlo. La repoblación, que volvía muy premioso el avance, se hizo con mozárabes y gentes del norte, desde Galicia a las actuales provincias Vascongadas.

En política interna, Alfonso *el Magno* reafirmó el ideal de Reconquista de España como continuación del reino de Toledo. Varias crónicas de entonces lo resaltaron: la Albeldense, la Profética y la del Alfonso III. Su incansable

actividad militar y política no le impidió atender a aspectos culturales con nuevas construcciones en estilo asturiano o la Cruz de la Victoria, encargada a orfebres francos y símbolo de Asturias; sobre todo impulsó a Santiago como centro de peregrinación desde la España y cada vez más desde Francia. La pequeña ciudad gallega iba convirtiéndose en la sede apostólica más importante de Europa Occidental, después de Roma.

* * *

Desde 878, el este de la Marca Hispánica registró un proceso de unificación de los condados más orientales bajo el conde Wifredo el Velloso (Guifré el Pilós), de origen hispanogodo (los godos y otros refugiados tras los Pirineos eran llamados *hispani* en Francia). Los restos del Imperio carolingio sufrían la dispersión del poder entre los nobles, y los condados hispanos también. Wifredo prescindió de los francos, salvo en un plano puramente formal, se reforzó ocupando la casi despoblada comarca de Vic (Osona) y construyó castillos frente a los muslimes. Murió en 897, luchando con los Banu Casi que habían llegado hasta Barcelona. Su labor unificadora retrocedió al repartirse los condados varios de sus hijos, que a su vez los transmitirían por herencia, acto ilegal y ofensivo para el rey de Francia. Pero éste no podía impedirlo.

Más al oeste se consolidó la independencia de los condados de lo que ya empezó a llamarse Aragón, lograda por Aznar Galíndez. Los condados aragoneses entrarían en dependencia de Pamplona. Pero aún tardaría la España pirenaica en sumarse propiamente a la Reconquista.

* * *

Entre los reveses ante los cristianos y las revueltas

internas, Al Ándalus sufrió en la segunda mitad del siglo IX un declive acelerado. El sucesor de Abderramán II, Mohamed I, gobernó 34 años, hasta 886, empleando métodos expeditivos para someter a unos y a otros, pero fracasó casi siempre. La rebelión mayor fue la de Omar ben Hafsún, comenzada en 880 en el sur de Andalucía. Omar descendía de godos islamizados, se refugió, como Pelayo, en una montaña casi inaccesible, con un castillo llamado Bobastro, al norte de Málaga, y desde allí organizó una guerra de guerrillas, ocupando un amplio territorio al sur de Córdoba.

Muerto Mohamed, su hijo y sucesor Almundir contraatacó a Omar con cierto éxito, pero murió a los dos años, en 888, cuando asediaba Bobastro. Según rumores, su hermano Abdalá le habría envenenado. Abdalá no dudó en ejecutar a dos hermanos más y obligó a uno de sus hijos a asesinar a otro, haciendo matar años después al matador. Pero las revueltas crecieron y la autoridad de Córdoba llegó a limitarse a poco más que la provincia. Las siempre rebeldes Toledo y Zaragoza eran independientes de hecho, la cercana Sevilla, la ciudad mayor después de Córdoba, rechazó obedecer a Abdalá, y Omar construyó un verdadero reino en Málaga y Granada, desde donde incursionaba sobre Sevilla y la misma Córdoba. Abdalá consiguió infligirle un revés, pero no acabar con él. Así, Al Ándalus terminaba el siglo IX en plena descomposición.

17

Siglo X. ESPLENDOR Y DESPOTISMO EN AL ÁNDALUS, REPOBLACIÓN Y CRISIS EN ESPAÑA

Durante el siglo X, León se convierte en reino sucesor del de Oviedo, y Castilla y Barcelona se hacen condados independientes de hecho. En la primera mitad del siglo, reconquista y repoblación registraron avances impresionantes, para entrar luego en un período de divisiones y luchas entre los reinos hispanos, hasta verse al final del siglo muy cerca de la aniquilación.

La dinámica de Al Ándalus fue la contraria: en la primera mitad del siglo superó su gravísima crisis, se convirtió en califato y a finales del siglo parecía en condiciones de aplastar a los cristianos.

A los dos siglos de Guadalete, Al Ándalus decaía entre discordias civiles y mermaba su territorio ante los avances hispanos. Con todo, la islamizada base popular andalusí suponía una eficaz barrera frente a los cristianos, pese al común origen étnico.

No era el de Córdoba el único poder islámico en crisis. El califato abasida de Bagdad, teórica autoridad máxima del islam, declinó desde 908. Ello pudo agradar a los omeyas cordobeses, pero no les alivió. Desde Abderramán I, Bagdad no les había atacado, porque en el norte de África se había instalado un reino tapón islámico (aglabí), independiente de hecho. Luego, en 909, se proclamó en Kairuán, Túnez, un nuevo califato, llamado fatimí porque su fundador dijo descender de Fátima, hija de Mahoma, y de su esposo Alí. Pese a ser un grupo chiíta en la sunnita África, se impuso

desde el Magreb a Egipto, en Sicilia y el sur de Italia, y su llegada al sur del Estrecho de Gibraltar trajo nuevos peligros para Córdoba.

Buscando aliados contra el emir, Omar ben Hafsún trató con los fatimíes, como lo había hecho con Jaén, Zaragoza y Badajoz; pero a finales del siglo anterior se había convertido al cristianismo y nombrado un obispo en Bobastro, y ello le aisló. Probó a aliarse con Alfonso III de Oviedo, pero éste estaba muy lejos para ayudarle. En 917 murió Omar, bautizado Samuel, y sus hijos continuaron la lucha.

Cinco años antes había finado a su vez el emir Abdalá, y cuando tomó las riendas su nieto y sucesor Abderramán III, con unos 20 años de edad, la desintegración de Al Ándalus parecía imparable. Sin embargo el nuevo emir tenía una pasta diferente de su antecesor. Se apoyó en los esclavos de origen europeo para neutralizar a magrebíes, muladíes y árabes, y sometió a las ciudades rebeldes usando la diplomacia, la corrupción y el puño de hierro. En 924 recobró Zaragoza y ocupó Tudela, sede de los Banu Casi; en 928 acabó con la pesadilla de Bobastro.

Frente a la superioridad califal fatimí, en 929 Abderramán III se proclamó a su vez califa, es decir, jefe religioso-político sucesor de Mahoma y cabeza de los creyentes, aunque su autoridad no pasara de la península. En 932, tras veinte años de esfuerzos, de recobrar Badajoz y ahogar en sangre una nueva rebelión toledana, Córdoba volvió a ser capital efectiva de Al Ándalus. Contra los fatimíes, Abderramán creó una poderosa flota, conquistó desde Tánger a Melilla y pactó con el recién formado reino de Fez.

Simultáneamente lanzó, desde 917, potentes ataques a los reinos hispanos; pero ese mismo año sufrió un

estruendoso revés en San Esteban de Gormaz. Tres años después vengó el desastre, recuperó el espacio perdido y arrasó Pamplona. La lucha siguió con alternativas hasta que, en 939, casi perdió la vida, al ser vencido en Simancas. Sus tropas en retirada devastaron tierras de Soria, pero en Alhándega, narra el cronista Al Muqtabis, «los enemigos les empujaron hasta un profundo barranco […]. Muchos se despeñaron y otros murieron pisoteados en el hacinamiento. Abderramán, forzado a entrar allí, hubo de abrirse paso con su guardia y abandonar su real, del que se adueñaron los enemigos con todo su tesoro». España creció más hacia el sur y el califa no encabezó ya nuevas ofensivas anticristianas; mas no por ello dejó de ordenarlas.

Más éxito tuvo Abderramán III en hacer de Córdoba una gran urbe de hasta medio millón de habitantes, rival de Bagdad y la mayor, con mucho, del continente europeo, salvo Constantinopla. Amplió la gran mezquita e hizo construir muchas más, baños públicos y bibliotecas; fomentó la traducción de obras griegas y hebreas, propiciando un renacimiento cultural. No obstante, el tradicional recelo hacia sus súbditos le llevó a extranjerizar aún más su ejército, compuesto sobre todo de magrebíes y esclavos, y fue a residir fuera de la ciudad, en Medina Zahara (Madinat al Zahra), lujosísimo conjunto palacial de más de un kilómetro cuadrado, urbanizado y amurallado, con espacios para tropa, administración, artesanos, harén, mezquita, etcétera.

Abderramán III tuvo 27 hijos e hijas, y los cronistas árabes ponen de relieve, junto a sus logros, su despotismo, carácter caprichoso y extrema crueldad hasta con sus hijos y las mujeres de su harén, o el empleo de leones para despedazar a sus víctimas.

* * *

Los éxitos militares cristianos indujeron a sus reyes a trasladar la capital a León, 120 kilómetros al sur de Oviedo, traspasando la barrera de montañas que protegía Asturias. Ello ocurrió por efecto de una crisis política al terminar el largo reinado de Alfonso III *el Magno*. Contra la tendencia unitaria heredada de los godos, en 910, poco antes de morir, una conjura con participación de su hijo García le obligó a dividir el reino entre sus tres hijos. Galicia correspondió a Ordoño, Asturias a Fruela y León a García. Se deshacía el esfuerzo de muchos años, pero la división duró poco. Muerto García en 914, sin hijos, Ordoño añadió a su reino el de León, quedando sólo Asturias aparte. El audaz Ordoño había mandando, en vida de su padre, una incursión desde Galicia hasta la misma Sevilla, donde había arrasado una de las barriadas más fuertes y ricas. En 913, como rey de Galicia y reinando ya en Córdoba Abderramán III, asaltó Évora, al sureste de Lisboa, aplastó a la guarnición y se llevó 4000 cautivos. La osadía del golpe sacudió a todo Al Ándalus, donde «no se recordaba un desastre más terrible y afrentoso». Apenas instalado en León, Ordoño incursionó hasta Mérida, la cual le pagó tributo, al igual que Badajoz. Al año siguiente, volvió con igual éxito hasta tierras de Évora y desbarató los refuerzos enviados por Córdoba en auxilio de la ciudad.

Tal sucesión de desastres forzó una reacción masiva de Abderramán III. Pero de nuevo Ordoño le infligió, en 917, la citada derrota de San Esteban de Gormaz. Al año siguiente, entre Ordoño y Sancho Garcés de Pamplona ampliaron la zona cristiana por el sur de La Rioja. El enfurecido califa replicó el mismo año, y en esta ocasión triunfó sobre ambos enemigos. En 920 predicó la *yihad* o guerra santa y, tras recobrar la tierra perdida al sur de las

actuales Castilla, Navarra y Aragón, aplastó en Valdejunquera a pamploneses y leoneses, degolló a los prisioneros y arrasó los campos. Los cristianos achacaron el descalabro a los condes de Castilla, que no habían acudido en ayuda.

Ordoño, sin arredrarse, contragolpeó por Guadalajara y, a finales de 923, leoneses y pamploneses ocuparon Nájera y Viguera. De paso se casó con Sancha, hija del rey de Pamplona. Él mismo moriría un año después, en 924, a los diez de reinado. Sus gestas darían tema a romances y canciones.

La muerte de Ordoño creó una situación confusa y mal conocida. Su hermano Fruela, rey de Asturias, tomó el poder, usurpándolo a los hijos de Ordoño, y reunificó el reino. Pero falleció al cabo de un año, y siguió una lucha en la que el reino volvió a dividirse, aunque León mantuvo la hegemonía política y militar con Alfonso IV, apodado *El Monje*. Éste, en contraste con su padre Ordoño, tendía a la religión y apenas emprendió campañas bélicas. La muerte de su esposa, la pamplonesa Jimena, le sumió en una depresión con un toque de misticismo; abdicó en su hermano Ramiro y entró en el monasterio de Sahagún. A su vez, Ramiro aplazó la coronación para preparar ayuda a los mozárabes y muladíes toledanos, sublevados por enésima vez contra Córdoba. Entonces Alfonso cambió de opinión y volvió a proclamarse rey. El indignado Ramiro, que aprestaba en Zamora una hueste contra Toledo, cambió de rumbo y derrocó y encarceló a su voluble hermano en 832.Según otra versión, Alfonso huyó a Castilla, donde mandaba el conde gallego Gutier Núñez, vasallo suyo: quería entenderse con Pamplona y emprender la guerra civil contra Ramiro; pero éste, más rápido, lo apresó, lo hizo cegar y lo ingresó en el

monasterio de Ruiforco.

Ramiro II reinaría hasta mediados de siglo, casi veinte años, sobre todo el reino de nuevo unificado. Emuló a su padre en audacia e inteligencia, y fue llamado *El Grande* por los suyos, y *El Diablo* por los andalusíes. Cuando gobernaba Portugal (la parte de la antigua Gallaecia entre el Miño y el Duero), había avanzado hasta avistar el Tajo. Ya como rey de León, conquistó la futura Madrid en 932, un castillo en la ruta a Toledo, aunque hubo de retirarse ante un ejército omeya más poderoso. Al año siguiente, el califa intentó aplastar de una vez a León, pero Ramiro le venció, de nuevo cerca de San Esteban de Gormaz, localidad estratégica muy disputada. El cordobés se vengó en 934 arrasando el condado de Castilla y llegando a Pamplona, donde obtuvo la sumisión y tributo de la reina viuda Toda, emparentada con el propio Abderramán, al ser éste hijo de una concubina vascona. Devastó luego Álava y Burgos, matando a 200 monjes del monasterio de Cardeña. Ramiro le esperó en Osma, por donde debía marchar de vuelta a Córdoba, y le venció una vez más. En 937 apoyó a los moros rebeldes de Zaragoza guarneciendo sus castillos con tropas de Pamplona, pues Toda traicionó entonces su pacto de sumisión a Córdoba.

Con un supremo esfuerzo, Abderramán castigó a los zaragozanos, recobró los castillos perdidos y convirtió a Toda en vasalla suya. A continuación planeó la «campaña del supremo poder» (*gazat al-kudra*), para aniquilar definitivamente a León. Proclamó de nuevo la *yihad* y salió de Córdoba con un ejército cifrado en cien mil hombres, seguro de la victoria. Ramiro reunió tropas leonesas, pamplonesas y de Aragón, y con ellas logró destrozar a las califales en la ya mencionada batalla de Simancas, coronada

por la de Alhándega. Choque decisivo, pues permitió a los cristianos extenderse bastante al sur del Duero, incluyendo Salamanca y Sepúlveda, que fueron repobladas. La victoria disolvió la esperanza andalusí de destruir los estados españoles. Córdoba hubo de resignarse a su permanencia, sin cejar, desde luego, en sus aceifas. Una de éstas, en 940, devastó las proximidades de León, otra, en 944, alcanzó el centro de Galicia, la de 947 casi tomó Zamora, y otra poco posterior llegó a la costa norte gallega. Pero las fronteras permanecían bastante estables. En 950, Ramiro contraatacó por el Tajo, desbaratando a sus enemigos cerca de Talavera de la Reina.

Al año siguiente, con 53 de edad, el incansable rey sintió próxima su muerte, abdicó en su hijo Ordoño III y se hizo llevar a la iglesia de San Salvador, donde se quitó las vestiduras y cubrió de ceniza su cabeza, en señal de penitencia, según ritual atribuido a San Isidoro. Había sido uno de los héroes mayores de la Reconquista. Embarcado en continuas guerras para salvar y aumentar el reino, y siempre escaso de dinero, reforzó también la administración, repobló amplias comarcas, construyó edificios de cierto fuste en León, impulsó las peregrinaciones a Santiago, verdadero centro espiritual de los reinos y condados cristianos peninsulares, y fundó monasterios. Esta última fue una ocupación crucial de los reyes: los monasterios, con sus bibliotecas, hospitales y actividad religiosa, formaban una red de centros de cultura, homogeneizaban políticamente a la población y difundían mejoras agrarias, médicas y artesanas.

* * *

En la España pirenaica, tras la desaparición de la Marca Hispánica, el reino de Pamplona bajaba por el sur hasta el

Ebro; los condados centrales (Jaca, Ribagorza, Sobrarbe, Pallars, Urgel, Cerdaña) seguían pegados a la cordillera por la franja aragonesa y futura catalana; y por el este volvían a descender hasta algo más al sur de Barcelona. El sector más dinámico siguió siendo Pamplona. En 905 el último cabeza de la dinastía Arista o Íñiguez, Fortún Garcés *El Monje* se retiró al monasterio de Leire, sucediéndole Sancho Garcés I, de la dinastía Jiménez. Siguieron campañas conjuntas con León, con cuyos reyes emparentaron los de Pamplona, según hemos visto.

Pamplona había sido, con Vitoria, clave del control godo sobre Vasconia; tras la invasión árabe, la ciudad se convirtió en centro de los vascones, que por entonces abandonaban el paganismo, y su poder incluía en el siglo X tierras de Aragón y del Ebro. El reino creció con la tónica usual de repoblación y fundación de monasterios, y allí nació una nueva lengua romance navarroaragonesa. Los vascos o vasconizados de las actuales Vizcaya y Álava entraron pronto en el reino de Oviedo, luego de León.

Los condados próximos al Mediterráneo aumentaron en población, ocupando tierras con campesinos libres. Barcelona se hizo hegemónica, sin lograr unificar la zona ni crear allí un reino como el de Pamplona. Siendo Francia la última esperanza ante el peligro islámico, continuó un vasallaje hacia ella, aunque sólo formal. El conde de Barcelona, Gerona y Osona, Sunyer I, vencido por los moros de Lérida, les devolvió el golpe hacia 912, y en 936-937 ocupó pasajeramente Tarragona. Esta ciudad tenía el máximo valor político y psicológico como primer centro romano de la península, capital de la Tarraconense y sede arzobispal con los godos. Los condados aspiraban a dotarse de su propio obispado, eliminando su dependencia de la

diócesis de Narbona, pero tardarían en conseguirlo. Surgió una arquitectura con rasgos propios e influidos por los franceses, al igual que la liturgia, y en los manuscritos la letra visigótica cedió a la minúscula carolingia, que unificaba la escritura y la hacía más legible. La influencia papal en los condados no dejó de aumentar, pese a sufrir el Papado, por aquellos tiempos, una profunda degradación.

* * *

Por entonces entró en la historia el condado de Castilla, al hacerlo semiindependiente de León el conde Fernán González. Este renombrado jefe militar había violado una tregua con Córdoba, y Ramiro II, enojado, agravió a González encargando a otro conde, Assur Fernández, la repoblación de tierras que cortaban a Castilla la expansión hacia el sur. El castellano se casó con Sancha Sánchez, hermana del rey pamplonés García Sánchez, y por fin se rebeló en 943; pero el previsor Ramiro lo apresó y sustituyó por Assur en la misma Castilla. Liberado al año siguiente con promesa de renunciar al condado, González incumplió el pacto y volvió a proclamar su autoridad. Como el rey leonés afrontaba grandes aceifas hacia León y Galicia, no pudo atender debidamente al rebelde y hubo de aceptar el hecho consumado.

Fernán González entró en la leyenda, celebrada en un anónimo poema de su nombre, tres siglos posterior, compuesto quizá sobre un cantar de gesta más antiguo y marcado por un arrogante castellanismo. A España, «*mejor que otras tierras*», la honró Dios con el sepulcro de Santiago: «*Sobre Inglaterra y Francia la quiso privilegiar/ sabed, ningún apóstol yace en todos esos lugares*»; y así valen más los moradores de España, *homes sesudos*. Pero «*de toda España, Castilla es la mejor*»: González «*mantuvo siempre guerra con*

los reyes de España/ no daba más por ellos que por una castaña».

A época posterior alude la leyenda de *Los siete infantes de Lara*, o de *Salas*, hijos de Gonzalo Bustos o Gustioz y de doña Sancha, descendientes por vía materna de Ramiro II y objeto de romances expresivos de aquel tiempo: los infantes perturban la boda de doña Lambra con don Rodrigo de Lara, tío de ellos, y la mujer exige venganza a Rodrigo. Éste envía a Gonzalo Gustioz a Almanzor con una carta, en árabe, pidiendo al andalusí que mate al portador, pero el moro se limita a retenerle preso. Luego Rodrigo enfrenta a los infantes con una poderosa hueste mora, ante la que sucumben. Se produce una escena trágica cuando las cabezas de los hijos son presentadas al padre preso. Almanzor, conmovido, entrega a éste una hermana suya para que se consuele, y de ella y de Gonzalo nace un hijo, Mudarra González, el cual, aunque bastardo, será adoptado por doña Sancha y se vengará de Rodrigo en otra escena de intenso dramatismo: «*Por hermanos me los hube/ los siete infantes de Lara./ Tú los vendiste, traidor, / en el val de la Arabiana./ Mas si Dios a mí me ayuda, / aquí dejarás el alma./ —Espéresme, don Gonzalo, / iré a tomar las mis armas./ —El espera que tú diste/ a los infantes de Lara:/ aquí morirás, traidor, / enemigo de doña Sancha*».

Cabe suponer que los romances nacieran oralmente por esas fechas, como expresión de una cultura popular, a veces de alta calidad poética, compuestos por juglares anónimos sobre sucesos y leyendas, o como trozos de cantares de gesta. Debían de circular profusamente por plazas públicas y palacios. Muchas de esas composiciones serían recogidas por escrito, varios siglos más tarde y de preferencia en castellano.

* * *

Abderramán III finó en 961, a los 70 años, dejando Al Ándalus reunificado, con un ejército y una flota potentes y una capital que maravillaba a sus visitantes. La célebre monja sajona Rosvitha, poetisa y dramaturga, ensalza la ciudad, «joya del mundo», y pondera sus saberes y la fama de sus continuas victorias. Pero Al Ándalus había retrocedido en la península, y en el norte de África los fatimíes volvían a ganar terreno, dejando a Córdoba sólo las plazas de Ceuta y Tánger.

Sucedió a Abderramán su hijo Alhakén II, designado heredero desde la niñez y retenido en palacio durante cuarenta años y sin trato con mujeres, posible causa de su homosexualidad. Abderramán presidió la decapitación de otro hijo que quiso arrebatar la herencia a Alhakén. Éste gobernó con menos ambición que su padre. Pese a su peculiaridad sexual tuvo un hijo con una esclava vascona llamada Subh, a la que vistió y puso nombre de varón. Resignado ante los reinos hispanos, trató de mantener el *statu quo* mediante treguas o jugando con sus rivalidades. En 963 su diestro general Gálib, de origen eslavo, tomó San Esteban de Gormaz y otras plazas, pero los cristianos las recuperaron y el ten con ten permaneció. Otro peligro venía de África, donde Alhakén recobró posiciones en 974, por medio de sobornos que adelgazaron su hacienda. También rechazó ataques vikingos por Lisboa y por Almería, en 966 y 971.

Alhakén estimuló el arte y la cultura. Reunió una vasta biblioteca (400 000 volúmenes, aunque estas cifras deben tomarse con cautela): no la había mayor en toda Europa y cuenca mediterránea. Amplió la enseñanza pública con 27 escuelas, siguió atrayendo a sabios y poetas, mejoró la mezquita con mosaicos bizantinos, pavimentó algunas calles

y las dotó de alumbrado nocturno y alcantarillado, cosa excepcional en su tiempo; y reforzó las líneas de castillos contra los cristianos. Se le atribuyen mejoras agrícolas y la introducción de cultivos de Oriente. La ciudad siguió siendo un emporio económico, debido a una mayor paz interna y a la afluencia de oro y esclavos de África y de Europa. Pero esta bonanza duró sólo quince años.

Muerto en 976, le sucedió Hixem (o Hisham) II, un niño de 11 años, manejado de hecho por su primer ministro, conocido por Almanzor (*Al Mansur*, «el victorioso»). De un clan yemení, Almanzor prosperó bajo Alhakén II, de cuya esposa nominal, Subh, se hizo amante. En las intrigas por la sucesión, asesinó a un rival y trató de ganarse a Gálib casándose con su hija. Pero la lucha entre ambos empezó pronto, y aunque Gálib, en Medinaceli, se alió con castellanos y pamploneses, Almanzor los venció a todos en Rueda, en 981, y luego en Torre Vicente; e hizo colgar en su palacio la cabeza de Gálib, ante la hija de éste y esposa suya. Para ganarse al sector purista islámico, depuró la biblioteca de Alhakén, quemando las obras filosóficas o científicas que juzgó contrarias al Corán. Luego desplazó a la ambiciosa Subh e hizo matar a numerosos dignatarios. Bien relacionado en el Magreb, reclutó allí a miles de soldados: el odio de los andalusíes a esas tropas aumentaba la lealtad de ellas a Almanzor.

Otra clave de su política fue asegurar las rutas del oro y los esclavos desde el África subsahariana, alcanzando así autonomía financiera para sus incesantes campañas. Entre 978 y finales del siglo lanzó una media de más de dos aceifas anuales, victoriosas todas: devastó Zamora, León, Barcelona, Pamplona y muchas ciudades más. Asestó su golpe más sentido arrasando Santiago de Compostela y su

templo, en 997, y llevando a Córdoba las campanas, a hombros de cautivos. El desastre resonó en toda la cristiandad, y Al Ándalus supo celebrarlo: «*En Santiago, al entrar con las espadas relucientes como la luna llena entre las estrellas, derruiste todos los fundamentos de esta supuesta religión, que tan bien basados parecían […]. Que este día de gloria se enorgullezca de ti, Almanzor, y que todo el pasado, con el día de hoy, te honren para siempre*», le cantó el poeta áulico Ibn Darrach. Durante veinticuatro años, Almanzor llevó la ruina y la muerte a los reinos del norte, hasta morir él mismo, en 1002, de heridas recibidas en Calatañazor, su única derrota (muchos autores creen tal batalla una invención cristiana para resarcirse moralmente). Su epitafio rezaba: «*Por Alá que jamás los tiempos traerán otro semejante/ que dominara la península/ y condujera los ejércitos como él*».

* * *

Por la segunda mitad del siglo, el conde de Barcelona Borrell II se nombró «Duque de Iberia», o «de Gothia» o de «Hispania Citerior». Aún así, quiso mantener buena relación con los francos y con los andalusíes. Obtuvo de Roma el reconocimiento de la archidiócesis de Tarragona, mantenida provisionalmente en Vic. Pero el obispo de Narbona, apoyado por los otros condes, desafió la decisión papal, y Attón, obispo de Vic, fue asesinado con sadismo. El sucesor de Attón, Froya, más tímido en sus aspiraciones, terminó igual, y el designio de Borrell se frustró. Entretanto, el monasterio de Ripoll se había convertido en un prestigioso centro intelectual, y allí estudió entre 967 y 970 el monje francés Gerberto, que sería un Papa destacado con el nombre de Silvestre II.

Los esfuerzos de Borrell por complacer a Córdoba no dieron fruto, pues Almanzor le atacó reiteradamente; en 985

redujo a cenizas Barcelona y se llevó cientos de cautivos. Fue la ocasión para que el rey franco cumpliese su deber de protección hacia sus nominales vasallos, pero no lo hizo, y Borrell aprovechó para romper los lazos de vasallaje con Hugo Capeto, iniciador de una nueva dinastía francesa.

Los condados aragoneses pasaron en el siglo X al reino de Pamplona, pero sin expansión hacia el sur. Hasta 970 rigió Pamplona García Sánchez, que intervino en las luchas internas de León (tres hermanas suyas se habían casado con sucesivos reyes leoneses) y en las trifulcas castellanas, llegando a apresar a Fernán González en 961. Aliado a otros monarcas cristianos, fue vencido en 963 por Alhakén, y el reino vivió en sumisión intermitente a éste, como antes a Abderramán III. Le sucedió Sancho II Garcés, que gobernó hasta 994 un territorio extendido por La Rioja y los condados aragoneses. Los reveses ante los moros le incitaron a ir él mismo a Córdoba con presentes para Almanzor, a quien ofreció a su hija Urraca de concubina.

En lo interior, Sancho protegió con predilección al monasterio de San Martín de Albelda, en La Rioja, centro intelectual de su reino. Allí se completó, en 976, el *Codex Vigilanus* o *Códice Albeldense*, joya del arte europeo compuesto por varios escritos, como una copia del *Liber Iudiciorum*, los textos de los concilios de Toledo, escritos patrísticos e históricos, etc.; así como los primeros números arábigos conocidos en Occidente. La espléndida iluminación del libro, de gran originalidad, combina estilos visigóticos, carolingios y mozárabes. Por esas fechas debieron de escribirse en el monasterio de San Millán de la Cogolla —asimismo en La Rioja y de influencia cultural pareja al de Albelda— las *Glosas Emilianenses*, pequeños comentarios en romance dos de ellos también en vascuence. Otros textos

romances, quizá anteriores, son los *Cartularios de Valpuesta* (en Álava aunque correspondiente hoy a Burgos) y la *Nodicia de kesos*, de León. Las *Glosas* y los *Cartularios* se consideran los primeros documentos en castellano. Ello indica que el romance era el habla popular, incluso el de los monjes habituados al latín. Algo similar debía de ocurrir entre los mozárabes de Al Ándalus, que empleaban el árabe y también hablas de origen latino. Aún más antiguas son las jarchas, pequeñas composiciones poéticas mozárabes y primeras muestras literarias europeas en romance.

Durante esa segunda mitad del siglo X, los reinos hispanos no sólo sufrieron las embestidas de Almanzor, sino crecientes discordias entre ellos, atizadas por Córdoba. Ordoño III de León vivió sus cinco años de reinado, hasta 956, afrontando, además de a los andalusíes, una revuelta en Galicia y querellas con navarros y castellanos partidarios de su hermano Sancho. Aun así causó un revés a Abderramán III con una incursión hasta Lisboa. Le sucedió Sancho I *el Craso*, depuesto pronto, por su excesiva gordura, a favor de Ordoño IV *El Malo*. *El Craso*, disconforme, protagonizó una curiosa peripecia. Huyó a Pamplona, de donde la reina Toda, sumisa por entonces al califa, lo envió a la capital andalusí para una cura de adelgazamiento. Ya menos craso, Sancho ofreció a los moros varias plazas en la frontera del Duero si le ayudaban a recobrar el trono. Y así sucedió. Rey de nuevo, olvidó su promesa, siendo castigado con aceifas de Alhakén. Murió envenenado en 966, entre revueltas de nobles castellanos y gallegos.

Su sucesor, Ramiro III, gobernó hasta 984, parte de ese tiempo bajo la regencia de su tía Elvira y su madre viuda Teresa, ambas monjas. Sufrió incursiones vikingas por la costa galaica y fracasó ante Almanzor. Quiso reforzar la

autoridad real, pero sus derrotas frente a los moros le desprestigiaron: los nobles le depusieron y proclamaron a Bermudo II *El Gotoso*. Éste reinó en León hasta final del siglo con apoyo de Galicia y Portugal, pero las revueltas y el empuje de Castilla amenazaron su poder, de modo que solicitó a Córdoba protección y guarniciones en las principales ciudades de su reino, algo nunca visto. Expulsó esas guarniciones en 987 y, de resultas, Almanzor le golpeó con una de sus más feroces ofensivas.

* * *

Si los reinos españoles lograron éxitos casi increíbles durante la primera mitad del siglo, la segunda mitad les fue nefasta, hostiles a menudo entre sí, con frecuentes rebeliones internas, sin jefes de talla y sometidos por épocas a la intervención o al vasallaje de Córdoba. También la España pirenaica se veía afligida por rencillas. Y así como al terminar el siglo IX Al Ándalus había parecido al borde del colapso, al terminar el X era el unitarismo cristiano, heredado del reino de Toledo, el que amenazaba diluirse en pequeños estados impotentes y de espíritu localista, o incluso ser destruidos uno tras otro. El lúgubre panorama debió de complicarse con terrores, como en el resto de Europa, ante el fin del mundo supuesto por los agoreros para el año 1000.

Por contraste con el esplendor y el despotismo de Córdoba, los reinos españoles del norte vivían con mayor pobreza: ciudades pequeñas, escaso comercio, economía agraria y ganadera sobre tierras abruptas al norte, o poco húmedas en la meseta. En peligro, además, por las ofensivas enemigas que casi cada año quemaban las parcas cosechas, saqueaban y quemaban los pueblos, mataban a unos pobladores, llevaban a otros como esclavos e impedían el desarrollo de las ciudades. A su vez las zonas costeras sufrían

incursiones normandas, menos frecuentes pero muy dañinas. Con todo, la vida en aquellas regiones era más libre y con menos tiranía, no sólo por relación a Al Ándalus, sino también a la Europa transmontana, debido a la necesidad de repoblar los territorios recobrados, y atraía a bastantes gallegos, asturianos, cántabros y vascos, o bien mozárabes, más algunos de allende el Pirineo.

El fenómeno social más decisivo de esos siglos fue precisamente una repoblación tenaz. Si bien sólo cabe especular sobre las cifras, no es fácil que en toda la España cantábrica y Galicia vivieran más allá de doscientas mil personas, quizá otras tantas al sur de la cordillera, en torno a diez veces menos que en Al Ándalus, por lo que la repoblación se hacía muy lenta y dura. Creció así una masa de campesinos guerreros, pequeños propietarios libres que podían servir a los reyes de contrapeso a los nobles, tendencia contraria a la del resto de Europa, donde avanzaban la servidumbre y el poder señorial. Con ello aumentó y se diversificó —en límites estrechos— la riqueza media y la de las monarquías hispanas, pese a que éstas no dejaron de padecer una angustiosa penuria y no acuñaron moneda propia, usando sobre todo la de los godos.

La repoblación se hacía mediante cartas pueblas otorgadas por los monarcas o por los señores comarcales, que frenaban la arbitrariedad de los gobernantes mediante derechos locales y privilegios, y a veces marcaban normas de derecho civil, penal y procesal, origen de los fueros. Con frecuencia los propios campesinos ocupaban las tierras, llamando después al rey o a los señores para asegurarse protección. La necesidad de repoblar produjo una particularidad crucial con respecto al feudalismo transpirenaico —particularidad menos acentuada en la

Marca Hispánica—: unas relaciones de vasallaje y servidumbre más laxas, con mayor libertad para el campesinado y los *laboratores* en general. La vida en tan precarias condiciones creó una mentalidad popular combativa y de estrecha unión político-religiosa, indispensable para resistir, y fue un caso único en Europa. A veces se ha supuesto, sin base alguna, que el ideal de reconquista sólo afectaba a las élites dirigentes, pero la experiencia demuestra, como quedó indicado, y casi sin excepción, que los sentimientos patrióticos de ese tipo suelen ser más intensos e intransigentes en el pueblo común; y difícilmente cabría esperar, sin ese ideal, una repoblación tan extraordinariamente peligrosa.

18

EL FIN DE UNA EDAD HISTÓRICA

En torno al año 1000 puede establecerse un cambio de edad histórica después de casi seis siglos caracterizados por la constitución de una civilización europea en ardua lucha por la supervivencia. Europa había superado las duras pruebas —aunque España parecía al borde del colapso— y muchas cosas fundamentales iban a cambiar a partir de entonces. De los siglos de Supervivencia iba a pasarse a los de Asentamiento.

En cuanto al contenido de la civilización europea, se sitúan a veces en el mismo plano las raíces cristianas y las grecolatinas, incluso las germánicas. Sin embargo, la herencia grecorromana fue desarrollada, modelada y sostenida por el cristianismo. Respecto de los germanos, cabe señalar el peso de su ímpetu vital y de ciertas tendencias que pudiéramos llamar democráticas, pero en realidad ellos tuvieron que ser civilizados, lo que significaba cristianizados, para convertirse en ingrediente de la nueva situación. La civilización europea constituye muy literalmente una creación del cristianismo.

La época fue sin duda difícil, y las estructuras sociales sencillas o rudimentarias, aunque en evolución. La sociedad se dividía en tres estamentos o estados, el de los *oratores* («rezadores» o clérigos), encargados de la defensa y salvación espiritual de la sociedad, el de los *bellatores* (guerreros), ocupados en la defensa material, bélica, y el de los *laboratores* (trabajadores, en su gran mayoría campesinos) que producían los alimentos y otros bienes. La división surgió de modo espontáneo de unas crueles circunstancias y

no fue teorizada hasta bastante tarde (aunque San Isidoro esbozó algo parecido), apoyándose en la idea agustiniana de una ciudad terrena que reflejase, aunque de modo muy corrupto, el orden perfecto de la ciudad de Dios. Este orden social se mantendría, si bien muy modificado y en crisis, bastantes siglos después de la edad histórica que lo originó.

Tal teorización no creaba aquella sociedad, pues, sino que hacía racional la comprensión de ella, dándole al mismo tiempo estabilidad y sentido, y se demostró efectiva. Bajo la presión de las mareas invasoras, las guerras internas y el paganismo, que varias veces estuvieron cerca de hundir la civilización, los *oratores* desempeñaron el papel principal, no sólo el pasivo de salvaguardar en lo posible el legado grecorromano y cristiano, sino el más activo y decisivo de conquistar espiritualmente a los conquistadores, esto es, bautizarlos y civilizarlos. Fue un proceso originado en el Papado, cumplido por los misioneros y monjes que fundaron una malla de monasterios extendida por toda Europa, y asegurado por la organización episcopal. En un tiempo en que el puesto en la sociedad venía dado por nacimiento, el estamento de *oratores* o clérigos era el menos cerrado y abría una vía de promoción social, pues debido al celibato necesitaba nutrirse de los otros dos estamentos; aparte de que su prédica de una esencial igualdad humana y de la libertad personal, entrañaba una contradicción latente, democratizante a largo plazo, con la rigidez social.

Desde luego, la tarea de conquistar a los conquistadores difícilmente habría tenido éxito sin la intensa colaboración de los *bellatores*, la nobleza guerrera que también dominaba la política, rechazaba mejor o peor las invasiones y protegía los avances misioneros; pero los *bellatores*, abandonados a su mera dinámica, sólo habrían producido una incesante

formación y destrucción de reinos bárbaros, como, por lo demás, ocurrió en parte. Los nobles o señores disponían de sus pequeños ejércitos privados (huestes, mesnadas) en los cuales movilizaban a sus campesinos cuando hacía falta, y que servían también como un medio limitado de promoción social.

En cuanto al tercer estamento o estado, como llegaría a llamársele, el de los *laboratores*, comprendía ante todo a los campesinos, libres o siervos. Ellos también eran *oratores*, evidentemente, y *bellatores* cuando era preciso, pero no de forma especializada: su especialización consistía en el trabajo físico. La adscripción progresiva de la mayoría de ellos a la servidumbre de la gleba a cambio de la protección de los señores, fue un progreso con respecto a la esclavitud y resultó más productiva que ésta. La relación con los grandes poseedores de la tierra, es decir, con la nobleza *bellatora*, era, implícita o explícitamente, contractual. La situación de los campesinos era muy opresiva, pero ellos y los señores tenían obligaciones mutuas. Los *laboratores* comprendían, además de los campesinos y artesanos, a profesionales más móviles, como los mercaderes, que escapaban un tanto a la rigidez estamental. El comercio se hacía con fuertes riesgos, debido a las malas comunicaciones, al bandidaje y a las exacciones de los nobles, pero permitía ocasionalmente ganancias muy elevadas, con lo que quienes lo ejercían podían convertirse en potentados y hasta entroncar con la oligarquía. Los judíos no monopolizaban el comercio, pero reunían muchas ventajas para él, por una vieja tradición y experiencia y porque sus comunidades, afines y relativamente solidarias, ajenas a concepciones y convenciones cristianas que estorbaban el lucro, formaban una red extendida por varios países, que proporcionaba a la relación mercantil cierta

estabilidad y seguridad.

El mayor factor de cultura fue seguramente el Papado, pese a operar desde una Roma empobrecida y sometida al bandolerismo nobiliario, con períodos de papas degenerados (el «Siglo de hierro»). La Iglesia mostró una capacidad y dinamismo asombrosos bajo unas condiciones casi imposibles. Muy digno de atención resulta, en cambio, su fracaso en todos los intentos de conquistar al islam del mismo modo que a los reinos bárbaros europeos: se revelaría imposible volver atrás, por la predicación, las armas o ambos medios, las invasiones islámicas en Oriente Próximo y el sur del Mediterráneo, salvo en España. Por el contrario, sería la religión de Mahoma la que continuase avanzando y poniendo en grave peligro, durante siglos, a la civilización cristiana europea. De hecho, la rivalidad entre ambas religiones y civilizaciones continúa hoy.

Rasgo especial, acaso único, de la nueva civilización europea fue, como quedó indicado, la diferenciación y la tensión, incluso bélica, entre el poder político y el religioso. El Papado se había erigido en institución independiente, y a veces trataría de convertir su influjo espiritual en fuerza política sobre los poderes seglares, algo nunca aceptado por éstos. No era fácil delimitar las competencias de ambos, pese a lo cual la diferenciación se mantuvo.

Hubo un momento en que esta diferenciación se redujo, con tendencia a una cuasi identificación de ambos poderes al modo de los estados antiguos o del bizantino, aun sin llegar al grado del islámico: fue el tiempo de Carlomagno, quien trataba de reconstruir el Imperio romano de Occidente. En nuestros días suele presentarse a Carlomagno como «el padre de Europa», por sus pretensiones unificadoras; pero, sin negar sus méritos en muchos terrenos, representó más bien

lo contrario del posterior espíritu europeo, por lo dicho y porque el rasgo político definitorio de Europa no fue la unidad, sino la diferenciación y creación de naciones, cada una con su acusada especificidad y dinamismo histórico. Esta diversidad política, que en otras civilizaciones fue siempre un factor de debilidad, cuando no de quiebra, sería una fuente de la originalidad y la fuerza europeas. Los intentos posteriores de insistir en el designio de Carlomagno ocasionarían graves conflictos o la construcción de una estructura artificiosa e ineficiente como el Sacro Imperio. Si hemos de hablar de un «padre de Europa», quizá el candidato más apropiado sería Benito de Nursia, fundador de la orden benedictina, la más extendida y eficaz en la lucha contra la barbarie de aquellos siglos.

Otro perfil de la época fue la competencia entre el poder monárquico y el impulso dispersivo de las oligarquías, en la que, por lo común y con excepciones como España, ganaban éstas. Así se extendió por el continente una semianarquía nobiliaria que lo articulaba precariamente en dominios señoriales muy autónomos. A esa combinación de debilidad monárquica, dispersión del poder entre las oligarquías y servidumbre de la gleba se la ha solido denominar feudalismo, término referido a unos límites cronológicos imprecisos, y también impreciso en su valor descriptivo.

La Edad de Supervivencia, aproximadamente entre los siglos V y XI, quedaría nebulosamente en la memoria colectiva como un tiempo en que a la estrechez de la vida práctica se superponía un mundo de empresas dificilísimas y gloriosas, de predestinación, hadas, príncipes, amores y tragedias, que desde entonces no dejaría de inspirar, recurrentemente, a la cultura europea, como contrapunto de la herencia cristiana y grecolatina. Época de milagros, épica,

magia y leyendas, mezcla inextricable de mitos y sucesos reales, de cristianismo y paganismo. Una parte, sin duda pequeña, de aquel mundo, sería recogida o recreada siglos después por poetas deseosos de salvarlo del olvido, en cantares de gesta, sagas, relatos como *Los Nibelungos* o *Beowulf*, las sagas nórticas, narraciones de corte céltico como las referentes al rey Arturo, a Deirdre, Tristán e Isolda, etc. Todas ellas nos introducen en un sugestivo ambiente semionírico de sentimientos intensos y peculiar atractivo. El acervo de cantos y relatos legendarios de la Hispania goda, que sin duda existió, se perdió irremisiblemente, quedando sólo las narraciones posteriores sobre «la pérdida de España».

* * *

Estos rasgos comunes se dieron en la Península Ibérica con particularidades muy sustanciales. Cuando los musulmanes llegaron a España, ésta era ya una nación cristiana mucho más consolidada que Francia o cualquier otra europea; luego, al revés que en la Europa transmontana, donde se mantuvo una esencial continuidad cultural a pesar de las invasiones, España sufrió un corte cultural y político casi completo, al caer la península entera en manos de los conquistadores islámicos. Que de una resistencia muy localizada y materialmente insignificante naciera un vasto proceso histórico, fue un hecho muy excepcional, en Europa o en cualquier otro lugar.

Parte de este proceso, llamado justamente Reconquista, fue el rechazo de Oviedo, León y Pamplona a las pretensiones imperiales de Carlomagno u otros intentos imperiales. Sus reyes se llamarían a su vez «emperadores» en el sentido de que no aceptaban una autoridad superior. En el curso de estos siglos surgieron, por imposición de las circunstancias, dos Españas, la cantábrica y la pirenaica. La

primera tuvo desde el principio una tendencia muy unitaria y expansiva (de otro modo habría perecido pronto), y al encajar la mayor parte de las ofensivas cordobesas facilitó tanto la seguridad de Francia como la supervivencia de la España pirenaica. Ésta, salvo Pamplona, que creció en estrecho contacto con León, permaneció tres siglos sin despegarse apenas de los Pirineos, debido a su división en pequeños condados a menudo en discordia, al no haber surgido un líder capaz de unificarlos, y a cierta dependencia psicológica hacia los francos como última defensa ante la amenaza muslim. No obstante, existía una unidad ideológica de fondo entre aquellos reinos y condados, pues todos se consideraban parte de España e, idealmente, del reino godo a recobrar, se regían por el *Liber Iudiciorum* romano-visigótico y comenzaban a hablar lenguas romances muy emparentadas.

En los tres siglos habidos de Reconquista, VIII, IX y X, se había pasado de una situación de absoluta inferioridad de los reinos cristianos a otra de cierto equilibrio de poder, hasta el punto de que a finales del siglo IX Al Ándalus se encontraba al borde de la descomposición, en parte por los avances de España, pero todavía en mayor grado por sus inveteradas discordias internas; sin embargo, cuando terminaba la Edad de Supervivencia europea, eran los reinos españoles los que afrontaban un futuro sumamente incierto, como quedó indicado.

TERCERA PARTE

EDAD DE ASENTAMIENTO DE EUROPA Y FIN DE AL ÁNDALUS

19

TRES EUROPAS AL DESPUNTAR EL SEGUNDO MILENIO

Fue a lo largo del siglo X cuando las poblaciones conquistadas por los árabes se hicieron mayoritariamente musulmanas. Paradójicamente, al acercarse el año 1000, el islam sufría una crisis política, dividido entre varios califatos y reinos independientes de facto, con los abasíes de Bagdad acosados desde dentro por otros clanes, mientras los bizantinos recobraban Creta, Chipre y Cilicia, y avanzaban hacia el este. Bagdad se vio obligado a reclutar a turcos selyúcidas conversos al mahometismo. Así entraban en la historia —con inmensa proyección ulterior sobre Europa y España—, los pueblos turcos, nómadas emparentados con los hunos y los mongoles, que se asentaban en torno al lago Aral y al Caspio, y ocupaban ya regiones de Persia.

En India, los musulmanes se habían infiltrado merced a la fragmentación del país en estados rivales. Establecieron en el norte sultanatos islámicos, y desde las costas del sur se adentraron en el Decán, fundando comunidades expansivas a través del comercio. Pero aun con los auges y caídas de imperios y dinastías, y las guerras correspondientes, India mantenía una civilización muy rica y variada y un considerable comercio exterior; la dinastía más duradera sería la Rajput, procedente del noroeste de la península.

China, con entre 60 y 80 millones de habitantes, era el país con ciudades mayores y el más poblado del mundo, y probablemente el más avanzado técnica y científicamente. Pero a principios del siglo X había caído la dinastía Tang, que había gobernado casi tres siglos y dado al país un

progreso similar al de los Han. Los Tang habían tolerado el budismo y el taoísmo, sin desplazar por ello al confucismo, habían promulgado un perdurable código legal y repelido, con ejércitos masivos, a los nómadas del entorno, ampliando el dominio chino hacia el oeste siguiendo la Ruta de la Seda; habían aumentado el trato comercial y cultural con otras culturas y el influjo sobre los pueblos civilizados próximos, de Vietnam a Japón. Innovación crucial había sido la formación de una capa de funcionarios —militares y burócratas— sin base territorial, con la que el poder central contrapesaba el de los nobles, siempre dispuestos a conspirar. Los funcionarios se seleccionaban mediante exámenes imperiales de orientación confuciana, que exigían también destrezas poéticas. Había sido un gran período para la poesía, la historia, la medicina, la pintura, la cartografía, el teatro, la música, etc., y empezaron a emplearse los tipos que darían lugar a la imprenta. Pero al derrocamiento de los Tang siguió más de medio siglo de divisiones, guerras internas e invasiones bárbaras hasta que, en 960, una nueva dinastía, llamada Song, reunificó el país y hacia el año 1000 China volvía a estar centralizada, con una notable economía monetaria y mayor difusión del comercio. Su área de influencia y comunicación se concentraba en Asia, llegando a Europa sólo de forma lejana y legendaria, a través de la Ruta de la Seda.

Inútil señalar que para todas estas culturas el año 1000 no significaba nada, pues no computaban las fechas a partir del nacimiento de Jesucristo.

* * *

Por el oeste, los retrocesos cristianos en el sur del Mediterráneo y Oriente cercano quedaron compensados por una expansión hacia el norte y el este que abarcó a todo el

continente europeo. Tras la conversión de la actual Alemania comenzó —por la época de Almanzor en la Península Ibérica— la cristianización de los vikingos, los búlgaros y otros pueblos eslavos. La mayoría eslava pudo haber optado por el islam hasta que Vladimir, monarca de la Rus de Kíef, se bautizó, también a finales del siglo X, y el cristianismo se extendió mediante una mezcla de prestigio político, predicación pacífica y a veces brutales represiones sobre los paganos persistentes, como había ocurrido con los germanos y ocurriría con los vikingos. La conversión propició un rápido proceso civilizador, y Kíef rivalizó con Constantinopla en prosperidad y monumentos. El cristianismo adoptado por rusos y afines no fue el latino de los germanos, polacos o croatas, sino el de Bizancio.

En Occidente había transcurrido, entre mediados del siglo IX y mediados del XI, la «edad de hierro» del Papado —de poca repercusión en España, volcada en otras luchas—. Con intermitencias, el Papado había decaído en juguete de las facciones oligárquicas romanas, que nombraban, destituían o asesinaban a pontífices, siendo varios de éstos poco mejores que rufianes. Esa etapa coincidió con la crisis abierta en toda Europa por las invasiones normandas y magiares, los ataques muslimes por y desde Sicilia (en 846 una flota musulmana saqueó la misma Roma) y por la fragmentación política. Pese a tal conjunto de crisis simultáneas, que pudo haber liquidado la cristiandad latina, ésta resistió y no se interrumpió el impulso de conversión de los bárbaros.

La época oscura terminó con la elección del papa León IX, en 1054. Pero entonces el malestar de Constantinopla llegó al cisma: la Iglesia bizantina, regida por el patriarca Miguel Cerulario, rechazó la autoridad de

Roma y trató de hereje al Papa. El choque vino del término *Filioque* («y del Hijo»), por el cual el Espíritu Santo procedería del Padre y del Hijo, y no directamente del Padre, tesis originada en España e impuesta por los francos, pero negada por Constantinopla; la cual reclamaba, además, igualdad con el Papado por considerarse segunda Roma y sede imperial, mientras que la primera Roma sólo presidía un mundo caótico y empobrecido. Y diferían en la lengua: los papas habían estatuido al latín como idioma eclesiástico en los ámbitos latino y germánico, factor de unidad cultural sobre las crudas discordias étnicas y políticas; Bizancio cultivaba el griego, aunque aceptó adaptar su liturgia a las lenguas eslavas y creó el alfabeto eslavón o cirílico (por San Cirilo), hoy el de Rusia y otros países. También difería algo la liturgia, más pomposa la bizantina.

A efectos históricos, la diferencia mayor consistió en la identificación bizantina de los poderes espiritual y temporal. En Bizancio, el patriarca se subordinaba al emperador, hecho que marcaría su historia y luego la de Rusia. En Occidente, y salvo la etapa carolingia, existió dualidad, cuando no hostilidad, entre ambos poderes, universalista el espiritual y muy diversificado el político. El Papa afirmaba su supremacía y el emperador la suya como heredero del Imperio romano, y la usaba para controlar al alto clero y condicionar la definición dogmática, como en Constantinopla. Ninguno de los dos poderes llegaría a preponderar del todo, y de ahí una relación plagada de conflictos, pero favorable a la libertad espiritual y política, y al individualismo.

* * *

Así se formaron dos Europas cristianas, separadas por diferencias posiblemente de matiz, pero de potente efecto

histórico. En Occidente, sobre una diversidad política casi caótica, surgió en el siglo XI un movimiento de unidad cultural llamado más tarde «románico». Como arte, fue tomando forma en el norte de Italia, en las futuras Cataluña y Aragón, en Alemania y en Francia, pero sería a partir de esta última, de la abadía benedictina de Cluny, en Borgoña, de donde brotaría durante más de dos siglos un impulso de vasto alcance, desde Escandinavia a Sicilia y de Polonia a Irlanda o Galicia, que se llenarían de monasterios, ermitas, catedrales y palacios de un nuevo y vigoroso estilo. En el siglo XII se produjo, dentro del románico, la reforma cisterciense —por el monasterio de Citeaux, *Cistercium*—, defensora del rigor benedictino de pobreza y trabajo manual frente al lujo de Cluny. El románico abarcaba la liturgia y la teología, la moral, el pensamiento y las artes, superando en mucho al precedente carolingio, harto más limitado en el espacio, más restringido socialmente y de inferior alcance cultural. Además, Cluny y Citeaux servían al Papado de instrumento contra la presión imperial.

Después del «siglo de hierro» el papa alemán León IX reafirmó el celibato sacerdotal, prohibió la simonía o compraventa de cargos eclesiásticos y proclamó la autoridad papal en la elección de dichos cargos, frente a la pretensión imperial de «investir» a obispos y abades. Esta línea de independencia eclesial culminaría con el papa Gregorio VII, italiano de cuna humilde y ex monje de Cluny, que afirmó la superioridad papal sobre todo otro poder, incluido el emperador. De ahí derivó, en 1073, la «Querella de las Investiduras», terminada en 1122 con un compromiso en el concordato de Worms, tras medio siglo de invasiones de Roma, excomuniones y revueltas. La reforma gregoriana buscaba liberar a la Iglesia de unas normas *feudales* de efecto

corruptor sobre ella.

Con el románico terminaba la Edad de Supervivencia y empezaba la de Asentamiento. Ya a salvo de sus enemigos de siglos pasados, Europa Occidental experimentó un auge demográfico y económico, amplia difusión del arte y el comercio y mayor interrelación de todo tipo.

* * *

La unidad religiosa y en menor medida cultural del occidente europeo no excluía una diversidad política entre el Imperio central, homogéneo dentro de su feudalización, y las regiones al oeste y al norte, donde cuajaban nuevos estados, naciones e idiomas.

La dispersión carolingia en varios estados durante el siglo X había creado una situación confusa, hasta que en 962 —cuando Alhakén II sucedía a Abderramán III en Córdoba y los reinos españoles sufrían discordias internas— surgió otro imperio en las partes germánica e italiana del antiguo dominio de Carlomagno. La nueva entidad, llamada más tarde Sacro Imperio Romano-Germánico, abarcaba desde el centro de Italia a Dinamarca, desde las actuales Bélgica y este de Francia hasta Polonia y Chequia, y se proclamó heredera del Imperio romano de Occidente. El poder imperial, electivo y difuso, dependía de señores y obispos-nobles regionales muy autónomos, pero impidió la formación de estados nuevos en su ámbito. Iba a mantenerse hasta el siglo XVI y, en crisis permanente, hasta finales del XIX, determinando la historia de la Europa Central.

En el extremo oeste y norte del continente nacía una tercera Europa, distinta de la eslava y de la imperial: allí cobraban solidez naciones, en particular Francia, Inglaterra y España, llamadas a pesar en los destinos de Occidente y del mundo. Los países escandinavos siguieron una historia hasta

cierto punto marginal del conjunto.

Francia, bajo la dinastía de los Capetos, se hallaba dividida en poderes regionales, algunos más fuertes que el monarca. Éste mandaba nominalmente sobre todos, pero con poca eficacia. Aun así, el poder regio bastaría para rechazar la pretensión abarcadora del Imperio Romano-Germánico. Cuerpo algo extraño dentro Francia era la Normandía, creada por los normandos o vikingos que allí se habían asentado a principios del siglo X, con vasallaje formal al rey francés, y destinados a determinar la historia inglesa.

Los vikingos daneses habían sometido en el siglo IX a gran parte de la Inglaterra de los anglos y los sajones. Éstos, cristianizados por monjes irlandeses y misioneros de Roma, habían hecho a su vez una labor cristianizadora en el continente y la harían en Escandinavia. Durante el último tercio del siglo IX, los daneses habían sido frenados por Alfredo *el Grande*, un rey guerrero y culto que fundó escuelas y tradujo obras del latín para facilitar su comprensión al pueblo. El país, unido en la primera mitad del siglo X —aunque tributario de los vikingos— había rehecho los monasterios, casi arrasados por los daneses, y acogido influencias culturales de Francia y Alemania. En 1066 los normandos del norte de Francia, mandados por Guillermo *el Conquistador*, invadieron la isla, la reorganizaron según el modelo normando-francés, cambiaron las leyes y desplazaron a la nobleza local. Los tres siglos siguientes dominaría Inglaterra una pequeña aristocracia normanda de habla francesa, que aportaría al inglés numerosos términos de origen latino. Ese dominio reforzó el poder monárquico sobre la oligarquía, como ocurriría en Francia, apoyándose en principios en parte originales de Isidoro de Sevilla, y dio al país unidad estable,

con pretensiones sobre Gales y Escocia: cabe considerar a los normandos franceses los auténticos modeladores de la nación inglesa.

Caso especial es el de Italia, dividida entre el norte incluido en el imperio, el centro con los estados pontificios, y el sur con ducados y principados independientes y enclaves bizantinos, más Sicilia, islámica desde dos siglos antes. Aproximadamente por el mismo tiempo que invadían Inglaterra, otros normandos conquistaron a su vez Sicilia y luego la Italia meridional. Los italianos, pueblo cultural e idiomáticamente bastante homogéneo, no formarían una nación política hasta ocho siglos más tarde.

* * *

Cabe distinguir así, y sobre una base religiosa común, tres Europas en torno al año 1000: la bizantino-eslava al este, la imperial en el centro, y la de más al oeste y Escandinavia. Empezaba una edad nueva, cuya divisoria con la anterior puede establecerse hacia 1054, año del Cisma de Oriente y cuando termina la época oscura del Papado. Por esas fechas toman forma fenómenos decisivos como la expansión del románico, la evangelización de los vikingos y de Rusia, y la formación de naciones occidentales. Superados los extremos peligros anteriores, la nueva edad, del románico y después el gótico, pasaría de la cultura de los monasterios a la de las ciudades y universidades, a una elaboración filosófica y religiosa más problemática y refinada, a técnicas superiores y relaciones internacionales más complejas.

20

Siglo XI. TAIFAS, SURGIMIENTO DE CASTILLA Y ARAGÓN E INVASIÓN ALMORÁVIDE

En España, pues, también comienza una nueva edad más documentable y menos legendaria, con nuevos reinos, movimientos religiosos y culturales, y urbanización. Contra toda expectativa, si bien Almanzor castigó de modo terrible a los cristianos, no se sintió capaz de imponerles el poder islámico como habían hecho Tárik y Muza casi tres siglos antes. Al Ándalus ya sólo soñaba con sostener sus fronteras aprovechando su superior potencia demográfica, económica y técnica. Por esa razón los reinos españoles estaban a salvo, aun si no podían tener entonces la menor seguridad de ello; y la Europa transpirenaica podía despreocuparse de ataques desde el sur.

Más aún, las espectaculares victorias de Almanzor no revitalizaron al califato, sino que, paradójicamente, anunciaron su ruina, reproduciendo la desintegración frenada in extremis un siglo antes por Abderramán III, hasta llegar a una asombrosa implosión. Muerto Almanzor en 1002, el califa seguía siendo Hixem II, pero el poder práctico pasó al hijo del finado caudillo, Abdelmalik. Éste masacró a la guardia eslava, que había intentado derrocar a Hixem, y acosó a los reinos españoles, pero murió pronto, en 1008. Un hermanastro suyo, llamado *Sanchuelo* por ser su madre una hija de Sancho Garcés de Pamplona, entregada a Almanzor, quiso además del poder fáctico el oficial y exigió a Hixem le nombrara califa heredero. Un rival suyo, Mohamed (Muhammad) II, dirigió en 1010 una rebelión, en la cual fueron saqueados y destruidos el palacio de

Almanzor y el fastuoso conjunto palaciego de Medina Zahara, dañada la todavía magna biblioteca de Alhakén II y muerto Sanchuelo. Unos 9000 cristianos de Barcelona, contratados por Mohamed, participaron en las luchas y saqueos, primera salida de gran alcance del condado fuera de sus fronteras. Siguieron 21 años de golpes, intrigas y guerras civiles, y una sucesión de diez califas (con Hixem), de los cuales siete fueron asesinados, hasta que, en 1031, el califato se derrumbó definitivamente.

La caída del califato puso fin a la gloria de Al Ándalus, cuando Córdoba, tan destacada desde tiempos de Roma, había sido un faro del islam y la urbe más brillante de la cuenca mediterránea después de Constantinopla. Esplendor limitado por un brutal despotismo que sólo a medias había soldado las grietas entre la dividida población, entre las ciudades, entre la acaparadora oligarquía árabe y otros grupos ansiosos de poder, y entre los mismos clanes árabes. A lo largo de tres siglos habían aumentado, en la población y el ejército, los magrebíes, siempre marginados y resentidos hacia los árabes, y odiados por mozárabes y muladíes. Otra etnia en el juego fue la eslava, que componía con los negros la otra masa de las tropas. Se ha dicho que estos eslavos eran en realidad cautivos cristianos españoles, pero es difícil que enrolaran a muchos de éstos en el ejército. El tráfico esclavista europeo procedía sobre todo, aunque no exclusivamente, de los países eslavos. Algunos eslavos formaban una élite militar con exigencias políticas. Que el califato se hundiera entre guerras civiles, sin intervención de los reinos hispanos, mostraba sus arenosos cimientos bajo la magnífica fachada.

De la implosión del califato nacieron las taifas, hasta treinta y nueve estados menores. Sobresalieron las poderosas

de Zaragoza, Toledo, Valencia, Badajoz y Sevilla, mientras Córdoba decaía y perdía población. Las oligarquías taifeñas eran árabes, beréberes o eslavas, pero, salvo rara excepción, no muladíes, aunque éstos compusieran el grueso de la población. Ello resalta un rasgo de Al Ándalus al que no ha solido concederse su crucial peso: su carácter permanente de imposición foránea.

Siguieron intrincadas maquinaciones de unas taifas contra otras y contra los cristianos. La más agresiva resultó la árabe de Sevilla, bajo Al Mutadid, que intentó rehacer el califato. Para ello eliminó diez taifas menores y expandió la suya desde el Algarbe hasta el Mediterráneo por Murcia, limitada al norte por las de Toledo, Badajoz y Valencia, y al sur por las de Málaga, Granada y Almería; pero tuvo que pagar tributo (*parias*) al rey de León, Fernando I, que también le impuso el traslado a León de los restos de San Isidoro, un símbolo de la legitimidad hispanogoda. Al Mutadid, mecenas y amante del arte, podía ser también cruel y traicionero: llegó a matar con sus manos a un hijo suyo, a hacer asfixiar a enviados de otra taifa, y gustaba hacer floreros con los cráneos de sus enemigos liquidados. Murió en 1069.

Las cortes taifeñas, pese a las gravosas parias que pagaban a los cristianos, rivalizaban entre sí en lujo y tren de vida, derroche que pagaban con impuestos sus súbditos, cuyo malestar constituía otra fuente de debilidad para ellas.

* * *

La caída de Córdoba en 1031 puede considerarse la divisoria entre las dos edades en España, ya que cambió de raíz la anterior y desalentadora situación de los cristianos. Antes, las aceifas cordobesas alcanzaban casi cualquier punto del norte, podían destruir cualquier foco urbano e

invertir la Reconquista. Ahora los cristianos se sentían seguros, con una sociedad que podía desplegar su potencial en extensas tierras resguardadas. Esa sensación generó una nueva actitud: los cristianos habían pagado a veces tributo a Córdoba, pero ahora pasaban a recibir parias de las taifas, aun si algunas de ellas les superaban en recursos materiales. Y esa ventaja ralentizó la Reconquista.

Al amanecer el siglo XI, la parte española ocupaba más de un tercio de la península, formando un triángulo entre el Cantábrico, el Atlántico hasta más al sur del Duero, y desde allí hasta el este pirenaico, donde se ampliaba en otro pequeño triángulo con el Mediterráneo. En ese espacio vivían los reinos de León y de Pamplona, más los condados del este, que formarían Cataluña. Los intermedios condados aragoneses estaban más o menos bajo la autoridad del Pamplona, y Castilla bajo la de León.

El reino leonés, tras crecer hacia el sur más de lo que podía repoblar, reconstruyó la capital, asolada por Almanzor, e impulsó un arte propio. Su rey Alfonso V dio un paso trascendental: hizo aprobar en 1017 o 1020 el Fuero o ley de León, a fin de reforzar el poder real y urbano frente a la nobleza. El Fuero regulaba el acceso a la propiedad y posesión de la tierra, la repoblación y la vida urbana, los mercados, etc. Protegía a los artesanos, eximía de ciertos impuestos a los habitantes y de portazgos a los mercaderes. De carácter judicial y político (concejil), su interés radica en exponer unos derechos básicos de los habitantes del burgo, concepto ajeno a Al Ándalus y primicia en Europa como aproximativa formulación de derechos ciudadanos. Ello se concretaría más al nacer las Cortes de León el siglo siguiente, prueba de una vida política vivaz y original. El Fuero leonés serviría de modelo para otros como el de Jaca,

de 1076, extendido a muchas villas de Navarra y a San Sebastián. El Fuero de Sepúlveda, de la misma fecha, se extendió por Aragón; el de Logroño, de 1095, a todas las villas de Vizcaya y gran parte de las de La Rioja, Álava y Guipúzcoa, etc. Estas concesiones de los reyes a ciudades y villas frenaban el poder señorial y un poco la tendencia, surgida de la repoblación, a fraccionar interminablemente el derecho en resistentes formas locales.

La división de los reinos hispanos disminuyó pocos años después, con Sancho III *el Mayor*, de Pamplona (cambió su sede a Nájera, en La Rioja). Rey desde 1004, diseñó una política ambiciosa: al casarse con Munia, hija del conde de Castilla, se aseguró el poder sobre esta región, que incluía a Álava, Vizcaya y quizá Guipúzcoa, siempre oscilantes entre Oviedo-León, Castilla y Pamplona. Sancho aprovechó una crisis de León para hacerse con su regencia, dejando al rey leonés Bermudo III poco más que Galicia. Ganó tierra a los moros, estrechó lazos con Barcelona, intentó reinar, sin éxito, sobre la Gascuña francesa, se tituló rey «por la gracia de Dios», fórmula importada de Francia, favoreció con donaciones a la abadía de Cluny, protegió a los benedictinos hispanos y creó un nuevo Camino de Santiago por la meseta, al sur de la agreste vía cantábrica. Quizá llegó a declararse —hoy se cree poco fehaciente el dato— *Imperator totius Hispaniae*, «emperador de toda España», título antes usado a veces por los reyes de León. «Emperador» significaba soberano independiente de cualquier otro imperio europeo y hegemónico sobre reinos menores. Bernardo, obispo barcelonés de Palencia, llamó a Sancho «rey de los reyes españoles», y *rex ibericus* el abad Oliva u Oliba, de Ripoll, amigo del monarca; en Francia se le consideraba *Rex Hispaniarum*.

Este impulso unitario duró poco. Finado Sancho en 1035, el reino fue repartido de forma inesperada entre sus hijos. García recibió Pamplona-Nájera, Álava, parte de Aragón y del condado castellano, con teórica superioridad sobre los demás reinos; Fernando, el resto de Castilla; y Ramiro y Gonzalo partes de Aragón y de Pamplona. Nacían así dos nuevos reinos: Castilla, aún condado nominalmente, y Aragón, con lo que Pamplona vino a ser cuna de varios reinos hispanos.

Asesinado Gonzalo en 1045, Ramiro se hizo con todos los condados aragoneses y prohibió en su testamento que volvieran a dividirse, lo que fortaleció a Aragón contra la poderosa taifa zaragozana. Pamplona ya no pudo crecer hacia el sur, al cortarle esa vía una dinámica Castilla; y chocaría al sureste con la reconquista aragonesa.

La dispersión política se redujo gracias a la energía de Fernando I, que derrotó al leonés Bermudo III, el cual pereció en la batalla de Tamarón (1037), y se hizo con el reino. Después combatió a su hermano García de Pamplona, que moriría a su vez en la batalla de Atapuerca (1054); y tras «domar el feroz talante de algunos magnates», dice la *Crónica Najerense*, atacó a los musulmanes, adelantó la frontera hasta Coímbra, incursionó por el valle del Guadalquivir y sometió Sevilla a tributo. Pero poco antes de morir, en 1065, volvió a dividir el territorio entre sus hijos: hizo reino a Castilla y lo dio a su hijo Sancho, Galicia, también como reino, la dejó a García, y legó Zamora y Toro a Urraca y Elvira. Sobre León, con rango superior, reinaría Alfonso VI.

* * *

En la futura Cataluña se había creado una sociedad de campesinos libres, pero éstos sufrieron con más violencia que

los de León la presión de los nobles, ansiosos de reducirlos a servidumbre y de sustituir la ley visigoda por el sistema feudal francés. Hubo enconadas luchas sociales, y a comienzos del siglo XI disminuían tanto el campesinado libre como el poder condal. Sólo hacia mediados de ese siglo el conde de Barcelona Ramón Berenguer I venció a una facción oligárquica y reforzó su autoridad. A su muerte en 1076, Barcelona había ocupado tierras islámicas y tomado Barbastro con ayuda de francos y normandos; pero las atrocidades allí cometidas conmovieron a las taifas, que recobraron la ciudad en una de las raras acciones solidarias entre ellas. El conde también creó una marina fuerte y codificó nuevas leyes, los *Usatges* o Usos de Barcelona, considerada la primera compilación de leyes feudales en Europa (aunque el Fuero de León, si se quiere considerar del mismo género, es anterior).

Como el reino de León, Barcelona se enriquecía con las parias impuestas a las acaudaladas taifas, y se convirtió en la ciudad europea donde se acuñaban más monedas de oro, así como en un gran mercado de esclavos en tránsito a Al Ándalus. El aflujo de tributos animó un auge cultural encauzado por el enérgico Abad Oliba (muerto en 1046), que hizo del monasterio de Ripoll uno de los centros clave de Europa en la traducción al latín de libros árabes y griegos. Oliba fomentó la poesía, a la que contribuyó con varias obras, fundó monasterios, ante todo el de Montserrat, y trató de imponer la «paz y tregua de Dios» en las continuas discordias entre campesinos, nobles y clérigos. La tregua, que establecía lugares y días exentos de violencias, tuvo poco efecto hasta que Ramón Berenguer hizo prevalecer la autoridad de los condes sobre los demás señores. La idea de la tregua de Dios sería imitada en otros países.

* * *

La dispersión política de Al Ándalus no anuló el florecimiento cultural de algunas taifas. Continuó la afición a la poesía (Almanzor llevaba consigo a decenas de poetas que cantasen sus hazañas), y un buen poema podía divulgarse por todo el mundo islámico. Varios de los mayores vates de la época fueron Ibn Hazm, Abenzaydún (Ibn Zaydun) y el régulo de Sevila Al Motamid.

Ibn Hazm, muerto en 1064, fue un personaje sobresaliente: poeta, filósofo, moralista, político, polemista teológico (antijudaico), jurista e historiador, conoció en su agitada vida la cárcel y el destierro. Aristotélico, no opuso la razón a la fe, sino que coronó aquélla con ésta. Atribuyó el motivo profundo de la actividad humana a la necesidad de distraerse de la muerte, una de sus ideas más peculiares. Muy aficionado a la ciencia, otorgó a la razón poco valor para la investigación, dando más relieve a la percepción sensorial y el sentido común, concepción próxima al posterior empirismo. En lo demás fue racionalista, analítico y adverso a los clérigos. Su obra más conocida, *El collar de la paloma*, donde intercala poemas formalmente refinados, estudia el amor, al que define como elección espiritual y fusión de almas en la tradición del amor udrí, nacida en el actual Irak: pasión platónica que se humilla ante la amada y no llega a ser carnal.

Ibn Hazm, aunque dice haber llorado por el rechazo de su amada, admite que se trató de una exigencia poética, pues no había derramado lágrimas desde niño. Las semejanzas entre esta concepción poética y la del «amor cortés» que cultivarán los trovadores provenzales a finales de siglo, indican una probable influencia andalusí, cosa no extraña, dadas las relaciones comerciales, y más en la época de las

parias.

Ibn Zaydún, muerto en 1071, es considerado el mejor poeta amoroso de Al Ándalus, con influjo en todo el islam. También probó la cárcel y pasó la mayor parte de su vida exiliado de su añorada Córdoba: «*Dios ha dejado caer aguaceros sobre las casas de aquéllas a quienes hemos amado […]. Qué felices aquellos tiempos, cuando vivíamos con las de ondulante cabello y blancos hombros…*». Amante de la princesa Wallada y pronto rechazado por ésta, escribió en vano sus versos de sumisión udrí: «*Puedo soportar/ lo que nadie más podría./ Muéstrate altanera, yo aguanto./ Remisa, soy paciente./ Altiva, yo humilde./ Si hablas, te escucho./ Ordena y te obedezco*».

Mutamid, hijo de Mutadid de Sevilla, sucedió a éste como rey de la taifa, y heredó su carácter violento y gusto artístico. Capturó Córdoba y guerreó con Toledo. Su favorito Abenámar (Ibn Ammar), también poeta, contrató mercenarios a Ramón Berenguer de Barcelona contra la taifa de Murcia, y una vez tomada quiso independizarse de Sevilla. Mutamid lo capturó y mató con sus manos. Protegió a artistas y sabios, que afluyeron a su corte desde otras taifas, como el astrónomo Azarquiel, de Toledo, o el geógrafo e historiador Al Bakri, de Huelva. Él mismo compuso poesía e hizo célebre su amor por la joven esclava Rumaykía, a quien llamó Itimad e hizo su esposa: «*Impaciente al yugo si otras mujeres tratan de imponérmelo, me someto dócil a tus deseos más insignificantes. Mi anhelo es siempre tenerte a mi lado*».

El prestigio de los poetas les permitía practicar un chantaje implícito a sus protectores. Si no se sentían recompensados, podían ir a otra corte y desde ella disparar sátiras venenosas contra los anteriores. Dada la popularidad de esas composiciones, los poderosos podían temerles y

procuraban contentarlos… o cortarles el cuello.

* * *

Hacia el último tercio del siglo XI existían nada menos que cinco reinos españoles, más los condados del oriente pirenaico. Panorama muy proclive a la pérdida definitiva de cualquier ideal unitario y al abandono de la Reconquista, dados los sustanciosos tributos que procuraban las taifas. Mas no prevalecería esa dinámica.

El reparto dejado por Fernando I en 1065 resultó inestable. Sancho no se conformó con Castilla, y tras atacar a sus hermanos Sancho IV de Pamplona y Sancho Ramírez de Aragón, se alió en 1071 con su otro hermano Alfonso VI de León, para repartirse con él Galicia, reino de García. Al año siguiente se volvió contra el propio Alfonso, le arrebató León con ayuda de quien se convertiría en figura legendaria como *Cid Campeador*, y se proclamó *imperator*. Confinó a un monasterio a Alfonso, el cual se fugó con ayuda de su hermana Urraca y se refugió en la corte de Al Mamún, de Toledo. El indignado Sancho sitió Zamora, la ciudad de Urraca, encontrando allí la muerte: un noble leonés, Bellido Dolfos, fingió pasarse a él y lo mató a traición. Así, Alfonso recuperó el trono de León y Castilla el mismo año 1072, y volvió a arrebatar Galicia a García, que había aprovechado la coyuntura para reimponerse. Recobró igualmente Vizcaya, Guipúzcoa y La Bureba, cuyos gobernantes prefirieron dejar a Pamplona por Castilla, y en 1077 se tituló *imperator* de España. Así, los cinco reinos se redujeron a tres, y Alfonso gobernó Castilla-León-Galicia hasta su muerte en 1109.

Alfonso VI gozaba de una posición política muy cómoda en un vasto reino, sin temor a los moros, cuyas discordias sabía explotar, y económicamente desahogada, gracias en gran medida a las parias, lo que inclinaba a paralizar la

Reconquista. Por diversos azares ocurriría lo contrario, con un golpe espectacular por Toledo.

Toledo, taifa muy grande (unos 90 000 kilómetros cuadrados), estaba gobernada por el amigo de Alfonso VI, Al Mamún, que había conquistado Valencia y Córdoba, formando un estado potente; pero murió envenenado en 1075. Su sucesor Al Qadir se sintió fuerte y rompió con los cristianos; pero al perder pronto Valencia y Córdoba y ser atacado por la taifa de Badajoz, volvió a una postura procastellana. Los muladíes se opusieron al cambio, mientras que mozárabes y judíos preferían la anexión de Toledo a Castilla. Alfonso tomó la ciudad en 1085, se tituló emperador de las dos religiones y prometió una tolerancia que rompieron su esposa, Constanza de Borgoña, y el obispo cluniacense nombrado por el rey, al transformar en iglesia la mezquita mayor de Toledo.

La recuperación de la antigua capital del reino hispanogodo tuvo inmenso eco político y simbólico. Al estar en el área de expansión de Castilla, alzaba a ésta al primer plano de la Reconquista, opacando a León. Asimismo alteraba a favor de los cristianos la relación de poder y estratégica: situada en el centro de la península, la Toledo ahora cristiana amenazaba a las grandes taifas, presagiando el fin próximo de Al Ándalus.

Pero tan prometedoras circunstancias durarían poco. Los andalusíes sólo podrían luchar con eficacia uniéndose entre sí, algo imposible por su carencia de liderazgo. Sin embargo les quedaba otro recurso: apelar a los detestados beréberes. Unos decenios antes, hacia 1040, unos personajes del Magreb y de las tribus Sanjaya, extendidas al sur del actual Marruecos, acordaron la renovación religiosa del sunnismo, en una época en que los fatimíes (chiíes) se hallaban en

retroceso y el norte de África muy dividido. Un jefe renovador, Abdalá ben Yasin, creó en el noroeste del Sahara un movimiento de monjes-soldados, los almorávides, preparados para la *yihad* en *ribats*, especie de monasterios militares. Éstos tomaron control de las rutas caravaneras desde el África negra, y con rapidez explosiva fundaron un imperio desde los actuales Marruecos y Argelia al norte, hasta Ghana, al sur. Los andalusíes vacilaban en llamarlos, pero Mutamid de Sevilla zanjó la duda con su célebre frase: «Prefiero ser camellero en África que porquero en Castilla». Los almorávides, al mando de Yusuf ben Tasufin, pasaron a Al Ándalus y en 1086 aplastaron al ejército combinado de León, Aragón y Castilla en Sagrajas o Zalaca, cerca de Badajoz. Pero no pudieron explotar la victoria, pues Yusuf volvió a África, al morir su heredero.

El rudo golpe no desanimó a Alfonso VI, que tomó Aledo, en Murcia, obstaculizando la comunicación entre ésta y Sevilla. Mutamid fue a Marraquech a pedir ayuda de nuevo, y Yusuf aceptó, pero volvió resuelto a absorber a las taifas e imponer con rigor la ley islámica. Le resultó fácil —sólo quedó libre Zaragoza—, gracias al descontento de los andalusíes con sus disipados régulos: abolió diversos impuestos y estimuló el comercio con una nueva moneda. A Mutamid lo cargó de cadenas, vendió a su hija como esclava, dejó en la miseria a su familia y lo desterró a África.

Rumaikía lo acompañó, y allí escribió Mutamid sus poemas más sentidos:

«Lloré al ver pasar un bando de perdices/ libres, sin cárcel ni cadenas/ y no lloré por envidia, ¡Dios me libre!, sino de melancolía, deseando ser como ellas/ y volar suelto, sin la familia perdida/ y las entrañas en carne viva, ni hijos muertos…».

La situación en la península había vuelto a cambiar. Los almorávides sólo arrebataron Valencia a los españoles, pero habían reunificado Al Ándalus dentro de un imperio enorme y poderoso, que auguraba una vuelta a los viejos tiempos.

* * *

Entre tanto, Alfonso VI afrontaba el intento almorávide de tomar Toledo y sufría en 1096 otra derrota en Consuegra. La capital resistió, y los invasores se desviaron a Valencia, que tomaron en 1102, después de haberla conquistado el Cid ocho años antes. Desde allí volverían, en 1108, a su obsesión por recobrar Toledo. Tampoco lograron esta vez su objetivo, pese a haber infligido un nuevo y sangriento desastre a los cristianos en Uclés. Al año siguiente moría Alfonso VI.

El segundo reino español, el de Pamplona, sufrió importantes cambios en 1076, a raíz del asesinato de su rey Sancho IV, empujado a un precipicio por su hermano Ramón. Los nobles pamploneses rechazaron hacer rey a su hijo y vacilaron entre unir el reino a Castilla o a Aragón, regidos por Alfonso VI y Sancho Ramírez, ambos hijos del navarro Sancho III. Optaron al fin por el aragonés, y los dos reinos reunidos emprendieron una política expansiva, con la táctica habitual de ocupar y repoblar. Ramírez sometió a tributo a Zaragoza, sitió Huesca, y apoyó cordialmente a Alfonso VI en la desdichada batalla de Sagrajas y en la más exitosa defensa de Toledo. Su hijo Pedro I siguió gobernando los dos reinos, y al morir, en 1104, había tomado Huesca, que se convirtió en capital de Aragón, y reocupado Barbastro, extendiendo sus dominios hasta los Monegros, ya en la actual provincia de Zaragoza.

En la futura Cataluña, Ramón Berenguer I *el Viejo* unió varios condados y dejó a sus dos hijos, Ramón Berenguer y

Berenguer Ramón, bajo tutela del Papa, debiendo gobernar ambos con preeminencia del primero y sin dividir el territorio. Pero los hijos se lo repartieron. Siguieron confusos pactos y peleas con taifas, que abocaron en 1082 a un enfrentamiento con el Cid, el cual apresó a Ramón, liberándolo tras un rescate. Ese mismo año, Ramón moriría asesinado, probablemente por su hermano Berenguer, a quien apodarían *El fratricida*. Acusado, terminaría marchando a Jerusalén en 1097, no se sabe si como peregrino o cruzado, y allí moriría hacia finales del siglo.

Por esta época, los papas aumentaron su influencia directa en España, alentando la lucha antiislámica. Para ayudar a esta lucha afluían de tiempo atrás soldados y señores europeos transpirenaicos (llamados también transmontanos o ultramontanos). Sería exagerado decir que los españoles sentían amistad o simpatía por los moros (o viceversa) pero, quizá por el largo trato, les mostraban hostilidad menos fanática que los franceses y borgoñones.

21

LA ÉPOCA DEL CID CAMPEADOR Y EL NUEVO CAMINO DE SANTIAGO

Se habla a veces de «europeización» con Sancho III y Alfonso VI para definir un cambio profundo en España. Expresión absurda, por cuanto los reinos españoles fueron tan europeos como los ultramontanos, con los cuales nunca perdieron relación; y estaban fundando, entre ingentes dificultades, una cultura propia, de raíz hispanogótica, en la liturgia y leyes, hasta la arquitectura y la literatura. Por influencia «europea» debe entenderse francesa, pues la Francia del siglo XI se convirtió en el foco cultural más potente de Europa, sobre todo desde el monasterio borgoñón de Cluny. Éste dependía en alto grado de las donaciones de los reinos hispánicos, obtenidas a su vez de las parias, de modo que cuando los almorávides cortaron esos tributos, Cluny entró en crisis.

El reinado de Alfonso VI marcó un doble proceso, de afrancesamiento y orientalización. Por influjo de Constanza, su cónyuge borgoñona, y del Papado, el rey privilegió a franceses ligados a Cluny, como el arzobispo de Toledo, Bernardo de Sauvetat, adepto a la reforma de Gregorio VII. El Papado se convirtió en una potencia dentro de España, justificada con la fraudulenta «donación de Constantino». La presión borgoñona llegó al punto de que Hugo, abad de Cluny, conspiró para adjudicar la sucesión de Alfonso a un noble de Borgoña, fracasando sólo porque éste falleció antes de tiempo.

La reforma cluniacense penetró en bastantes monasterios, sobre todo de León y reinos pirenaicos, y el rey

hizo sustituir la liturgia mozárabe —hispanogoda en realidad — por el rito romano, y la caligrafía visigótica por la carolingia. Esas innovaciones provocaron larga resistencia, de la que es muestra la *Garcineida*, sátira aguda y de valor literario, quizá de un canónigo toledano, que retrata mordazmente al papa Urbano II con su curia de cardenales panzones y bebedores, obsesionados por la riqueza, y denuncia el tráfico de reliquias organizado por Bernardo. Las reformas mejoraron la administración, la economía y la moral eclesiástica, pero truncaron parcialmente un empuje cultural español de tres siglos, y vinieron subrayadas, al modo francés, por una mayor rigidez de las relaciones vasalláticas, un acentuado fanatismo en la lucha contra el islam y una expansión de la servidumbre campesina en varias regiones, especialmente cruda en la posterior Cataluña y en Galicia (quizá por ello, entre otras cosas, el monje francés Aymeric Picaud, autor de la *Guía del Peregrino*, ve Galicia como la parte de España más semejante a Francia). Tendencias contrapesadas por la necesidad de repoblar la región entre el Duero y el Tajo, que daban mayor libertad a los labriegos; y por el crecimiento de las ciudades, regidas por fueros que les concedían privilegios y limitaban el poder de las oligarquías señoriales.

Simultáneamente se produjo una orientalización. Alfonso se dijo monarca de las dos religiones, luego incluyó a los judíos. Lo cual no igualaba a muslimes y judíos con los cristianos: simplemente el rey los protegía porque le ayudaban a llenar sus arcas. La tolerancia respondía también a la escasez de gente para repoblar las tierras ganadas, donde permanecían bastantes islámicos o *mudéjares*. Antes, éstos huían al sur, por no aceptar el dominio cristiano o por expulsión, lo que siguió ocurriendo, si bien en menor

medida. Contribuyó a la orientalización la afluencia de una masa de arabizados cristianos y judíos, fugitivos del rigor almorávide. Los hebreos de Al Ándalus habían disfrutado de una inicial tolerancia por haber cooperado con la invasión islámica, pero fueron progresivamente relegados, incluso por debajo de los mozárabes. Se les odiaba por la diferencia religiosa y por las prácticas usurarias de una parte de ellos. Algunos adquirieron influencia, y en 1066 los musulmanes granadinos, disgustados por la promoción de judíos a cargos de poder, asesinaron a miles de ellos.

La coexistencia en las nuevas tierras conquistadas aumentó la orientalización, con efectos como la expansión del esclavismo en la sociedad cristiana; pero el proceso se compensó con una mayor aversión mutua, conforme en Al Ándalus cundía el integrismo almorávide y en España el espíritu papal de cruzada, así como el ejemplo de la mentalidad de exterminio con que acudían caballeros y tropas transpirenaicas.

* * *

Otro fenómeno crucial de la época, de sentido opuesto a la orientalización, fue el florecimiento del Camino de Santiago. La ruta había sido creada por el reino de Oviedo, y enseguida se convirtió en una decisiva institución cultural, protegida por León y Pamplona, centro de difusión artística y comercial y de relación con la Europa transmontana. Fue un motivo de orgullo hispánico y fundamental signo de identidad, expresado en el grito de combate «¡Santiago y cierra España!».

La peregrinación tenía peligros, por las aceifas cordobesas y la dureza del camino, que discurría por comarcas fragosas fáciles al bandidaje. Cuando Sancho III lo trasladó al sur, ya con poco riesgo de ataques moros y por

zonas llanas y de control más fácil, el Camino se volvió una institución europea, impulsada por los papas y por Cluny. La posibilidad de obtener ganancias, el clima de mayor libertad y el prestigio de la ciudad jacobea atrajo a miles de transpirenaicos, como refleja una crónica de Sahagún: «Ayuntaronse de todas partes del uniberso burgueses de muchos e diversos ofiçios, conbiene a sauer, herreros, carpinteros, xastres […] de muchas e dibersas e estrañas prouincias e rreinos, combiene a sauer, gascones, bretones, alemanes, yngleses, borgoñones, normandos, prouinciales, lonbardos e muchos otros». Los cuales pronto se asimilaron a las poblaciones locales.

Las rutas fueron componiendo una malla que en los siglos XII y XIII partía desde Praga y más al este, desde el norte de Italia, el sur de Inglaterra y Dinamarca, confluyendo en cuatro puntos de Francia: París, Vézelay, Le Puy y Arles; y desde ellos entraban en España por Roncesvalles o por Jaca para unirse cerca de Puente la Reina, en el que sería llamado «camino francés», que atravesaba las ciudades castellanas y leonesas del norte de la meseta hasta concluir en Galicia. Reyes, monjes y particulares como Santo Domingo de la Calzada construyeron puentes y mejoraron el camino, instalando a lo largo de él albergues, hospitales e iglesias. Junto a esta vía principal persistió la anterior por la costa cantábrica y se abrieron otras desde Barcelona y luego Tarragona, y más tarde la que seguía la antigua calzada romana conocida como Vía de la Plata o la de la costa portuguesa. Santiago se convirtió en una de las tres grandes metas de peregrinación de la cristiandad, junto con Jerusalén y Roma.

A través de esta red se desplegó el arte románico, creando espléndidas joyas artísticas y un nuevo tipo de

iglesia. La catedral de Santiago, destruida por Almanzor, fue reconstruida entre 1078 y 1124, en estilo románico, por arquitectos de origen francés, llegando a incluir en el siglo XII obras como el Pórtico de la Gloria, uno de los máximos exponentes del nuevo estilo. La basílica de San Isidoro de León, quizá el edificio español románico más acabado, incluye frescos de extraordinario valor histórico y artístico, espléndidos cuadros de la vida y vestimentas campesinas.

* * *

Del último tercio del siglo XI, la figura más representativa es quizá Rodrigo Díaz de Vivar, *Cid Campeador*. Proveniente de los rangos inferiores de la nobleza, destacó pronto por su aptitud bélica junto a Sancho de Castilla, hijo de Sancho III de Pamplona, y contra Alfonso VI. Muerto Sancho, pasó a servir a Alfonso, con quien no congenió, debido, según una leyenda posterior, a haber obligado al monarca a jurar, en Santa Gadea, que no había tenido parte en la muerte de Sancho en Zamora. La causa real del desencuentro pudo ser una victoria de Rodrigo, cuando iba a cobrar parias a Sevilla, sobre los moros de Granada ayudados por el noble pamplonés García Ordóñez, favorito del rey; luego, al repeler una incursión de moros toledanos, saqueó una zona de la taifa protegida por Alfonso. Explotados estos hechos por las intrigas cortesanas, que le acusaban de embolsarse parte de las parias, sufrió un primer destierro, en torno a 1080.

El desterrado marchó con su mesnada, parece que intentó servir a los condes de Barcelona Ramón Berenguer y Berenguer Ramón, que le desdeñaron, y por fin entró al servicio del rey de la taifa zaragozana, Al Mutamín. El hermano de éste, Al Mundir, gobernador de Lérida, se había aliado con Sancho Ramírez, rey de Aragón, y con Berenguer

Ramón, a fin de independizarse de Zaragoza, y Rodrigo quedó encargado de meterle en vereda. Así lo hizo tras vencer a la coalición contraria en Almenara, donde apresó al conde barcelonés, recibiendo entonces el sobrenombre de Cid (*Sidi*, señor). En 1084 volvió a enfrentarse a Mundir y su aliado Sancho Ramírez, y de nuevo los venció, apresando a numerosos nobles aragoneses. Dos años después, la victoria almorávide en Sagrajas inclinó a Alfonso VI a reconciliarse con el Cid, a quien encomendó la defensa de Levante y concedió amplios dominios.

Pero en 1089 el rey volvió a desterrarle, con motivo o pretexto de haber llegado tarde al asedio de Aledo. Partió el Cid con su mujer, Jimena, y un grupo de leales, y acometió a la taifa de Denia, ante lo cual el emir de Valencia, Al Qadir, prefirió pagarle tributo. Volvió a desbaratar a los moros de Lérida, ayudados por Barcelona, y capturó de nuevo al conde. Para entonces le tributaban todas las taifas levantinas. En 1092, Alfonso VI se alió con Aragón para ocupar Valencia y debilitar al Cid, el cual replicó con una finta estratégica sobre La Rioja, retaguardia del rey, obligándole a retirarse. Al morir el emir valenciano en luchas civiles, el Cid tomó Valencia en 1094, convirtiéndose en el señor más poderoso de Levante.

Sin embargo el peligro almorávide cobró tal inminencia que el de Vivar se alió con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, y con Pedro I de Aragón, con cuyo auxilio repelió en 1097 una ofensiva almorávide. Y ayudó a Alfonso VI, enviándole a su único hijo varón, Diego, que perdió la vida en la batalla de Consuegra. En 1099 falleció el mismo Cid en Valencia, por unas fiebres, teniendo unos 56 años. Jimena, auxiliada por Ramón Berenguer III, defendió la ciudad, pero la lejanía de los reinos cristianos impedía

retenerla, por lo que en 1102 hubo de retirarse, protegida por Alfonso VI.

El Cid no fue un personaje ordinario. El historiador andalusí de Santarem, Ben Basam, lo describe así: «Rodrigo, maldígalo Dios, vio siempre su enseña favorecida por la victoria: con un escaso número de guerreros puso en fuga y aniquiló ejércitos numerosos […]. Este hombre, azote de su época, fue, por su sed de gloria, por su carácter prudente y por su heroica bravura, uno de los grandes milagros de Alá». Era culto, leía obras antiguas relacionadas con el arte militar y hacía conocerlas a sus soldados. No era autoritario o arrogante, y discutía con sus capitanes las tácticas a emplear, aceptando sugerencias sin perder autoridad por ello. Así lograba sorprender casi siempre a sus enemigos, distrayéndolos con pequeños destacamentos para atacarlos de lleno e inesperadamente, o los desmoralizaba cultivando su propia leyenda en una especie de guerra psicológica. Su proyección histórica *continuó* con sus dos hijas, María, que se casó con Ramón Berenguer III de Barcelona, y Cristina, con el infante Ramiro Sánchez de Pamplona, con quien tendría un hijo rey. Estos enlaces convirtieron al Cid en antepasado de las monarquías de Navarra y Foix, y de otras casas europeas.

Las peripecias cidianas ilustran la embrollada política de entonces. Tras el derrumbe del califato de Córdoba, los españoles se sentían seguros y poco inclinados a un ataque general, tanto por la dificultad de repoblar como por explotar las parias o tributos, con lo que la Reconquista avanzó más lenta de lo que la relación militar de fuerzas permitía. Alfonso VI tomó Toledo, pero prefirió debilitar a las taifas explotando sus discordias; y entre cristianos y moros menudearon las alianzas y contraalianzas. Esto sólo cambió

al entrar en liza un enemigo mucho más potente, los almorávides, contra los cuales hicieron causa común los españoles. El Cid jugó en esta situación igual que los condes y reyes del momento, y es absurdo suponer que carecía de otros ideales que su propia fortuna, poniéndose al servicio de cristianos o de moros indiferentemente. Su autoconsideración de cristiano y preferencia por los suyos está fuera de duda (los musulmanes lo sabían bien), y sirvió a reyes moros sólo por necesidad. Siempre aceptó la reconciliación con Alfonso, a quien ayudó, a un precio muy doloroso, contra los almorávides; como buscó el enlace con los condes de Barcelona.

Otro rasgo del momento es el protagonismo de Castilla. Alfonso VI era ante todo rey de León, el estado principal y más prestigioso, y los destierros del Cid obedecieron seguramente a intrigas de los nobles leoneses, celosos de la preeminencia que aquél iba alcanzando. También quedará de relieve, en el cantar de gesta posterior, su imagen como noble de menor alcurnia, más próximo y simpático al pueblo llano, frente a los grandes magnates, pretenciosos y altaneros pero menos valerosos, cuando no cobardes; y frente al propio rey: «Buen vasallo si hubiese buen señor». Quizá expresa el cantar un soterrado disgusto ante las nuevas modas introducidas por Alfonso.

Sus hazañas convertirían al Cid en una leyenda generadora de abundante literatura, desde la *Historia Roderici*, o el *Carmen Campidoctoris*, de mediados del siglo siguiente, al más famoso cantar de gesta español, de principios del siglo XIII, y otros menos conservados o perdidos, fundados en una tradición oral iniciada incluso antes de su muerte. Llegó a ser uno de los héroes más celebrados de aquellos siglos en toda Europa. Su proyección

legendaria ha continuado hasta nuestros días, en que sigue siendo objeto de estudios, sobre todo a partir de los clásicos de Menéndez Pidal.

El *Cantar de mío Cid* tiene interesantes particularidades comparado con los otros dos más célebres, el de los *Nibelungos* y la *Chanson de Rolland*. Al revés que en éstos, no trata de personajes trágicos abocados a la muerte por traiciones y venganzas, sino de un héroe triunfante sobre las intrigas y las circunstancias más adversas gracias a su valor, integridad e inteligencia, y a su respeto a unas normas básicas de legalidad y lealtad. Tampoco le achaca el cantar un afán de restablecer la justicia mediante venganzas desaforadas y sanguinarias, tan del gusto del poema germano y, en menor medida, del francés. Ni le atribuye hazañas increíbles ni aparecen milagros a cada paso, como en la *Chanson*, pues hay en el *Cantar* una verosimilitud esencial. Resulta éste, pese a sus invenciones, más histórico que los otros, quizá por ser mucho más cercano a los hechos. El Cid, héroe amante de su esposa y sus hijas, considerado con sus soldados, audaz pero mesurado, que trabaja por su honra y por «ganar el pan» en una situación que habría hundido anímicamente a la mayoría, es ajeno al espíritu de cruzada de la *Chanson*, donde musulmán que rehúsa bautizarse es muerto sin remedio. El lenguaje del poema, menos espectacular y efectista que el de los otros, más seco y sobrio, no pierde por ello eficacia. Estos rasgos le privan de cierta grandiosidad del francés y sobre todo del alemán, y lo hacen más próximo a la sensibilidad actual. Marcan un ideal de caballería, mejor o peor cumplido en la época, pero significativo.

22

Siglo XII. LA ESPAÑA DE CINCO REINOS Y LA INVASIÓN ALMOHADE

Como en el resto de Europa, el siglo XI resultó en España una época de asentamiento y mayor seguridad, a pesar de los pésimos augurios de su comienzo. Fue el siglo de la implosión del califato de Córdoba y fragmentación de Al Ándalus, del románico, el nuevo Camino de Santiago, la reconquista de Toledo, el Cid, la invasión almorávide, mayor influencia papal, cierto afrancesamiento y orientalización de la sociedad, etc. La mayoría de estos procesos iban a intensificarse en el siglo XII: al románico le sucedería el gótico, empezarían las cruzadas a Tierra Santa y se produciría, o más bien se intensificaría, una renovación o «renacimiento» cultural. En la Península Ibérica la invasión almorávide sería seguida por una nueva, almohade, que iba a poner en serio riesgo la Reconquista; aumentó la tensión entre los impulsos unitarios y los dispersivos en los reinos cristianos, manifiesta en continuas composiciones, recomposiciones y luchas civiles; nacieron Cataluña y Portugal y creció aún la incidencia política del Papado y de los borgoñones. Estos procesos se dieron de forma muy dramática, con infinidad de conflictos de intereses, guerras, maquinaciones, crímenes y asuntos amorosos de los que aquí sólo podemos dar un muy pálido reflejo.

* * *

Alfonso VI se casó cinco veces, cuatro con princesas francesas; de ellas o de varias amantes tuvo seis hijas y un hijo, Sancho, que no pudo sucederle porque pereció a los 20 años en la batalla de Uclés. Entonces hizo heredera a su hija

mayor, Urraca, reciente viuda de Raimundo de Borgoña, y dio a su hija bastarda Teresa —casada con Enrique, otro borgoñón— el condado de Portugal, integrado por la zona galaica entre el sur del Miño y el Duero más la región desde el Duero al Mondego, parte de la antigua Lusitania, tomada a los moros por gallegos y leoneses.

La viuda Urraca se casó, en 1109, con Alfonso I *el Batallador*, rey de Aragón y Pamplona, uniendo estos reinos con los de León y Castilla, magno logro político. Pero entonces se opusieron los intereses creados y patriotismos locales, reforzados por el influjo papal y borgoñón. Los papas tenían tanto interés por la Reconquista como por su propio poder, y los borgoñones, ajenos a la idea de España y al ideal neogótico, pensaban labrarse feudos independientes de hecho, al modo francés.

El enlace de Alfonso y Urraca complacía a la baja nobleza y a los burgueses del camino jacobeo, pero contrariaba a los oligarcas castellanos, celosos de los cargos otorgados en Castilla a aragoneses y navarros; también inquietaba al clero francés, por la posible merma de su poderío, y por lo mismo al Papado y a parte de los nobles y el clero de Galicia, secesionistas unos y afectos al Papa y a los borgoñones otros. Todos intrigaron con Bernardo, el arzobispo borgoñón de Toledo, para acusar de incestuosa la unión de Alfonso y Urraca, por ser primos segundos. Para empeorar, los esposos no congeniaron. *El Batallador*, que había luchado junto al Cid en Valencia, era un rey-soldado (libraría 29 batallas, ganadas casi todas), de fuerte temperamento y más propenso a los arduos placeres de la guerra que a los del sexo; Urraca, de temperamento no menos fuerte y muy orgullosa de su alcurnia, se había criado en una corte poco dada a la castidad.

La lucha civil empezó por Galicia, donde el secesionista conde de Traba se alzó en 1110, reclamando el derecho del hijo medio borgoñón de Urraca, Alfonso Raimúndez, con respaldo del poderoso obispo de Santiago, Diego Gelmírez; pero fue vencido. El papa Pascual II auspició la acusación de incesto y exigió anular el casamiento so pena de excomunión. Urraca huyó al monasterio de Sahagún y, junto al conde castellano de Candespina, probable amante suyo, se rebeló contra su marido. Éste depuso a Bernardo y al abad de Sahagún, tomó las ciudades rebeldes, expulsó a sus obispos cluniacenses y apresó a su rebelde esposa.

Pero Candespina liberó a Urraca y en 1111 *El Batallador* volvió a vencerlos con ayuda de los condes de Portugal, Teresa y Enrique. Las alianzas giraron cuando dichos condes, por extender su poder hasta Toledo, apoyaron a Urraca; pero ésta, por odio a Teresa (su hermanastra), se reconcilió con Alfonso. Breve reconciliación, pues Urraca proclamó rey de Galicia a su hijo Alfonso Raimúndez, de seis años. *El Batallador* terminó por aceptar una tregua, rota en 1113 por Urraca y Gelmírez, y, harto de intrigas, repudió a Urraca, renunció de hecho a Castilla y León y aplicó su energía contra los moros.

Continuó la lucha en Galicia. Gelmírez y Traba intentaron manejar a Raimúndez, hijo de Urraca, para desligarlo de León, y Urraca replicó asediando Santiago. Intimidados, Gelmírez y Traba buscaron el acuerdo con Urraca, pero el pueblo se amotinó. Urraca, golpeada, desnudada y arrastrada por un barrizal, logró refugiarse en el palacio de Gelmírez, que incendiaron las turbas. Huyeron ambos para volver y aplicar una dura represión. En 1117 todos aceptaron la sucesión de Raimúndez al trono de León y Castilla. En 1120 nuevas hostilidades entre Urraca y Traba

se tornaron alianza para repeler la invasión de Galicia por Teresa. Urraca falleció en 1126, de un mal parto, y ese mismo año fue coronado Raimúndez como Alfonso VII de León y Castilla.

El obispo gallego Gelmírez fue un personaje crucial de la época. Muy afecto al clan borgoñón y a la reforma papal, terminó de reconstruir la catedral de Santiago, llevando la ciudad a su esplendor. Gran oligarca, acuñó moneda y construyó una marina, embrión de la castellano-leonesa, para repeler la piratería musulmana. Pugnó con Braga, sede obispal e intelectual de la antigua Gallaecia, y le robó reliquias, de tanto valor religioso-político en la época; y obtuvo del Papa la conversión de Santiago en arzobispado. En 1120 ejercía como legado pontificio también sobre las diócesis de Braga y Mérida (ésta aún en manos islámicas). Intrigó sin descanso contra *El Batallador* y, como si fuese rey, encargó su propia crónica, la *Historia Compostelana*.

El rechazo de Alfonso *el Batallador* a la injerencia papal fue una excepción, pues, como observa Sánchez Albornoz, los reyes hispanos mostrarían, aun contra sus propios intereses, sumisión a la Santa Sede. Actitud debida quizá al carácter de una lucha contra un enemigo religioso, de la que el Papa aparecía en cierto modo como jefe supremo.

Y entre estas confusas luchas, alianzas e intromisiones externas, naufragó una posibilidad unitaria que tardaría mucho en reaparecer.

En la España pirenaica, *El Batallador* incorporó Aragón a la Reconquista, al tomar Zaragoza en 1118. Cinco años después falló ante Lérida, porque Ramón Berenguer III de Barcelona pactó contra él con el rey musulmán. Amplió su poder al norte del Pirineo hasta Bayona, en la costa atlántica. En 1125 incursionó hasta Motril, en la costa sur de la

península, volviendo con miles de mozárabes y cuantioso botín. Murió en 1134, por heridas de guerra, y legó sus reinos a las órdenes del Templo y del Santo Sepulcro.

Los nobles de Aragón, en contra del testamento, nombraron rey a Ramiro II *el Monje*, hermano del finado. Entonces los señores de Pamplona se separaron de Aragón, privándose así de expansión hacia el sur, y eligieron a García Ramírez, hijo de Ramiro Sánchez y de Cristina, hija del Cid. Siguieron años de pactos y pugnas entre Navarra, Aragón y León-Castilla. García Ramírez casó en 1144 con una hija de Alfonso VII de León-Castilla, se declaró vasallo de éste y le auxilió contra el islam.

Por su parte *El Monje* (había sido abad) sometió a sus nobles en el episodio, medio legendario, de «la campana de Huesca»: los convocó so pretexto de hacer una campana que se oyera en todo Aragón, y decapitó a los más rebeldes. Anudó lazos con Barcelona al prometer a su hija Petronila, recién nacida, con Ramón Berenguer IV; y colaboró con León-Castilla para adjudicarse, en el tratado de Tudején (1151), las futuras zonas de avance hacia el sur, así como un reparto de Navarra que no tendría lugar.

La incorporación de Aragón a la Reconquista por *El Batallador* y Ramiro *el Monje*, fue imitada en Barcelona por Ramón Berenguer III *el Grande*, que acometió un vasto programa expansivo. Con él Cataluña entró como tal en la historia: por primera vez se mencionan «catalanes», en documentos de la ciudad de Pisa (debía de llamárseles así desde algo antes, de modo coloquial), y Barcelona lideró por fin unos condados antes poco avenidos. *Cataluña* significa probablemente, «tierra de castillos»; pero podría quizá derivar de *Gotaland* «tierra de godos», lo que equivalía entonces a hispanos.

Ramón, casado con María, hija del Cid, aspiró a ocupar Valencia, pero lo impidió la ofensiva almorávide. Amplió su poder por el norte de los Pirineos, hasta parte de Provenza, tras unas segundas nupcias; pero dirigió su acción principal contra Al Ándalus: en 1118 tomó por fin Tarragona y la hizo sede arzobispal, separándose de la sede narbonense, tenaz aspiración de siglos anteriores. Conquistó Tortosa, entró en Castellón y, en alianza con Pisa y Génova, atacó a Mallorca, Ibiza, Valencia y otros puntos, sin ocuparlos; e introdujo las órdenes del Templo y del Hospital.

Con su sucesor Ramón Berenguer IV *el Santo*, casado con Petronila, hija de Ramiro *el Monje*, por primera vez se unieron Aragón y Cataluña, lejanamente surgidos de la Marca Hispánica. Los condados aragoneses, aislados del mar, estaban en peores circunstancias que los orientales; pero una vez unidos por *El Batallador* y *El Monje*, habían adquirido un extraordinario dinamismo.

La España pirenaica dejaba rápidamente de serlo, al crecer hacia el sur y acordar en Tudején el reparto de las zonas de Reconquista con Castilla-León, de cuyo rey Alfonso VII se declaró vasallo Ramón *el Santo*, en 1140. Se reservó para Cataluña a Lérida y Tortosa (Cataluña la Nueva), dejando a Aragón otra línea expansiva. Ramón incursionó por Valencia y Murcia, y, junto con los navarros, franceses e italianos, ayudó a Alfonso VII en la toma de Almería, gran puerto comercial y pirático, contra el que había convocado una cruzada el papa Eugenio III, y fundó el monasterio de Poblet, de ascendiente comparable al de Montserrat. Al otro lado del Pirineo gobernó el Bearn y parte de Provenza, que cedió al emperador Federico *Barbarroja*, tomando partido por los imperiales (gibelinos) contra los partidarios del Papa (güelfos); y se alió con

Enrique II de Inglaterra contra Tolosa, expansiva ciudad del sur de Francia.

* * *

Durante esos sucesos, Alfonso VII, hijo de Urraca y gallego de cuna, se convirtió, pues, en rey de León-Castilla. Pese a su origen borgoñón, el poder le identificó con la tradición española y se tituló *Imperator totius Hispaniae*, recibiendo el vasallaje de Navarra, de Barcelona (de Ramón Berenguer III, con cuya hija Berenguela se había casado el propio Alfonso), de Tolosa y otros puntos del sur de Francia; pero no el de Aragón (Ramiro *el Monje*) ni de Portugal. Su poder —efímero— alcanzó hasta el Ródano. Con su padrastro *El Batallador*, acordó la vuelta de La Rioja, Álava, Vizcaya y La Bureba a Navarra, y la renuncia del aragonés a sus derechos sobre Castilla. Pero muerto *El Batallador*, Alfonso VII reocupó La Rioja e intervino en el sur de Francia.

Hecho crucial de este reinado fue la secesión de Portugal. Teresa, viuda de Enrique de Borgoña y condesa de la región, y su amante el conde de Traba, habían querido ocupar Galicia, pero Alfonso VII los sometió. El hijo de Teresa, Alfonso Henriques, rechazó la sumisión, se alzó contra su madre, la derrotó en 1128 y declaró una independencia práctica, aprovechando que otras luchas absorbían al rey. En 1139, Henriques ganó en Ourique una gran batalla a los moros y se proclamó rey de Portugal. Ya antes había otorgado privilegios a la Iglesia para ganarse la voluntad de la Santa Sede, y el papa Inocencio III impuso la secesión a Alfonso VII, pues tomó sobre sí la protección de Portugal como tributario suyo. Alfonso VII hubo de contentarse, en 1143, con un vasallaje puramente formal de Henriques.

Resueltas a medias las diferencias con los demás reinos cristianos, Alfonso VII atacó a los moros por Extremadura, y en 1147 ocupó por un tiempo Almería; pero desde 1146 surgió un nuevo peligro, al sustituir los almohades al declinante poder almorávide.

En cuanto al rey luso, tomó Lisboa en 1147 (año de la toma de Almería) con ayuda de cruzados ingleses y normandos en tránsito a Tierra Santa, y llegó en los años sesenta hasta el Algarbe, aunque los moros recobrarían casi todo el territorio al sur del Tajo. Entonces se volvió contra León, atacando Ciudad Rodrigo, donde sufrió un duro revés, y a continuación contra Galicia, conquistando Tuy y otras comarcas, y posteriormente Cáceres y Badajoz, todavía andalusí pero asignada a León. El nuevo rey leonés, Fernando II, contraatacó y apresó al portugués, obligándole a devolver sus conquistas en León y Galicia, aunque le ayudaría a repeler a los musulmanes de Santarem. El papa Alejandro III reconoció a Portugal como reino vasallo suyo en 1179, certificando su secesión, que se haría ya prácticamente definitiva, del resto de España.

* * *

Otro suceso crucial, en 1144, fue la quiebra del poder almorávide, presente en Al Ándalus durante unos sesenta años. Volvieron pasajeramente las taifas, pero un nuevo imperio había surgido en el Magreb, el de los almohades o «unitarios», opuestos a la versión almorávide del Corán, que daba a Alá atributos humanos: Dios debía concebirse como un espíritu puro, ajeno a las realidades terrenas aunque accesible al hombre, y la fe debía afianzarse por el cultivo de la ciencia y la razón. Ibn Tumart, fundador del movimiento, mendigo parte de su vida, había viajado a Damasco y La Meca y estudiado en Córdoba a Ibn Hazm y otros. En 1125

repudió a los almorávides con apoyo de la tribu Masmuda del Atlas. Desde 1130 su sucesor Abd El Mumín desplazó a los almorávides del Magreb, dando a veces a cristianos y judíos la opción de aceptar el islam o la muerte. En 1145 los almohades pasaron a Al Ándalus y fueron sometiendo a las taifas. La amenaza para los reinos cristianos alcanzaría su culmen en 1212.

Castilla y León, tras estar reunificados más de un siglo, volvieron a dividirse cuando Alfonso VII dejó Castilla a su hijo Sancho III, y León al otro, Fernando II. Éste luchó con Portugal, se alió con Navarra contra Castilla y atacó a los almohades. Para frenar a los nobles protegió las ciudades otorgando fueros a bastantes, sobre todo en Galicia. El hijo de Fernando en León, Alfonso IX, fue aun más anticastellano que su padre. El papa Alejandro III, protector de la independencia lusa, estableció el «año santo jubilar» y dio nuevo impulso a la peregrinación a Santiago.

En Castilla, Sancho III reinó un solo año, hasta 1158, que le bastó para recibir vasallaje de Navarra y de Aragón-Cataluña, hostigar a León y fundar la orden de Calatrava para defender unas tierras que los templarios habían dado por perdidas. La sucesión en su hijo Alfonso, de 3 años, dio lugar a la lucha por la regencia entre el clan gallego de los Castro y el castellano de los Lara, que aprovechó Navarra para tomar Logroño, y León Burgos. En 1170, Alfonso VIII empezó a reinar, creó la orden militar de Santiago y se alió con Aragón. Su esposa Leonor de Plantagenet, hermana de Ricardo *Corazón de León*, aportó la Gascuña en dote (Castilla no la anexionó), y siguieron las usuales querellas entre reinos hispanos. En 1195 los almohades dieron pruebas de su empuje infligiéndole una desastrosa derrota en Alarcos, cerca de Ciudad Real, y recuperando casi todo el

valle del Tajo. Las inquinas entre reinos subieron de tono. El leonés Alfonso IX pactó con los almohades contra Castilla, y Portugal, creyendo débil a León, ocupó pasajeramente el sur de Galicia.

En Pamplona, Sancho VI *el Sabio* fue el primero en llamarse oficialmente rey de Navarra, en 1164, y continuó la tradicional pugna con Castilla por Guipúzcoa, Álava, Vizcaya y La Rioja, y en 1191 pactó con Aragón, León y Portugal contra Castilla. Su sucesor desde 1194, Sancho VII *el Fuerte*, quiso ayudar a Alfonso VIII de Castilla en la batalla de Alarcos, pero llegó tarde, de lo que surgió una reyerta: el navarro devastó tierras castellanas y llegó a aliarse con los almohades. Al terminar el siglo perdió Guipúzcoa y Álava, que prefirieron unirse a Castilla. Para entonces, ya muy superada la despoblación del litoral vasco causada por el temor a los vikingos, prosperaban allí el comercio y la pesca. En Guipúzcoa se suscitó una guerra civil entre partidarios de Castilla (oñacinos) y de Navarra (gamboínos), afines a los clanes navarros de agramonteses y beamonteses, que provocarían numerosas luchas internas. Más tarde, Sancho *el Fuerte* colaboraría con Castilla contra la amenaza islámica.

Aragón fue gobernado desde 1174 por Alfonso II *el Casto* (por su fidelidad conyugal, infrecuente entre los monarcas). Casado con la princesa Sancha de Castilla y Polonia, hermana del castellano Alfonso VIII, pactó con éste el reparto de zonas a reconquistar, así como de Navarra, esto último de nuevo sin efecto. *El Casto* dejó en segundo plano la Reconquista y se orientó hacia el sureste francés (Occitania) y el Mediterráneo. Para guardarse las espaldas se alió en 1191 con Portugal, León y Navarra contra Castilla. Entonces Barcelona se hizo centro de vastos territorios occitanos, donde sofocó varias rebeliones y creó un esbozo de

imperio con apoyo de Enrique II de Inglaterra. El sucesor de Enrique, Ricardo *Corazón de León*, buscó la alianza con Castilla. Los conflictos en Occitania se complicaron por las luchas entre güelfos y gibelinos, es decir, entre el Papado y el Imperio Romano-Germánico; y por la herejía cátara o albigense.

Sucedió a Alfonso *el Casto*, como rey de Aragón y conde de Barcelona, su hijo Pedro II el *Católico*, nacido en Huesca. Pedro se implicaría aún más en una enrevesada y costosa política occitana, si bien no por ello dejó de planear la toma de Valencia. Para vencer a los almohades se uniría a Alfonso VIII y a Sancho VII en la batalla de las Navas de Tolosa, una de las más decisivas de la historia de España.

* * *

En el resto de Europa Occidental, las cruzadas y las querellas entre el imperio y el Papado marcaron el siglo. En 1138 la casa Hohenstaufen empezó a gobernar el imperio, debilitado tras la Querella de las Investiduras. Federico I *Barbarroja*, emperador desde 1152, aspiró a un imperio efectivo sobre el orbe cristiano, a cuyo fin trató de afirmar su autoridad sobre Alemania e Italia del norte, sobre Borgoña, sobre el reino normando de Sicilia y frente a los papas. De su rivalidad con Roma brotaron los bandos güelfo y gibelino, causa de luchas civiles, sobre todo en Italia, hasta el siglo XV. Las ciudades comerciales y supeditadas al imperio solían apoyar al Papado, y las regiones agrarias y ciudades regidas por el Papa optaban por el imperio. Federico lanzó seis campañas contra las comunas italianas, arrasó Milán en 1158 y en 1167 conquistó Roma, de donde huyó el papa Alejandro III disfrazado de peregrino. La imposición de papas a gusto del emperador y la negativa de Alejandro III a aceptarlo, crearon un cisma. La disputa se arrastró desde

1159 a 1177 (paz de Venecia), en que el emperador cedió. En 1189, Federico partió para una cruzada en Tierra Santa y murió ahogado en un río de Anatolia.

La cruzada de Federico fue la tercera. En 1071, los turcos selyúcidas vencieron a los bizantinos en Manzikert, y ampliaron a casi toda Anatolia y Palestina su ya enorme imperio. El acosado emperador de Bizancio, Alejo I Comneno, pidió en 1195 ayuda al papa Urbano II, y éste convocó una *guerra justa*, la I Cruzada para recobrar los Santos Lugares, prometiendo a los cruzados la remisión de los pecados —que eran muchos: los clérigos solían amenazar en vano, por sus violencias, a los hombres de armas, cuya energía se desviaba así hacia fines más elevados—. La apasionada respuesta desbordó las expectativas, y comenzó en Europa con matanzas de judíos, a quienes la autoridad eclesiástica defendió, con éxito variable. En 1099 los cruzados conquistaron Jerusalén y fundaron el reino de ese nombre. Otras expediciones fueron destrozadas en camino. En 1145, ante los progresos musulmanes, el cisterciense San Bernardo, abad de Claraval, predicó la II Cruzada, que mandaron el emperador Conrado III y el rey francés Luis VII, pero su mala estrategia les hizo retirarse en 1149. Más tarde un inspirado jefe musulmán, Saladino, aplastó a los cruzados en Hatin, en 1187, y recuperó Jerusalén. Ello motivó la III Cruzada, con Felipe II *Augusto* de Francia, Ricardo *Corazón de León*, de Inglaterra, y Federico I *Barbarroja*, que murió como quedó dicho. Ésta duró hasta 1192 y no ganó Jerusalén, aunque aseguró la peregrinación a ella.

La Inglaterra de ese siglo sufrió en su primera mitad anarquía nobiliaria y contiendas civiles, hasta que, en 1154, subió al trono el francés Enrique II, de la casa Plantagenet y

duque de Normandía. Enrique se haría dueño, por matrimonio con Leonor de Aquitania, de casi la mitad occidental de Francia, hasta los Pirineos, por lo que participó en la política de los reinos hispanos apoyando a Aragón y Barcelona contra Tolosa, o arbitrando una disputa territorial entre Navarra y Castilla. Atacó a Irlanda e impuso tributo a Gales; se hizo ungir por la Iglesia, pero trató de dominarla, para lo que mandó asesinar al arzobispo de Canterbury, Tomás Becket. En 1173 sus hijos se alzaron contra él con el apoyo de Francia, Escocia y la propia Leonor, apodada *La loba de Francia*. Los venció en 1174 y encarceló largos años a su mujer y al monarca escocés. Pero las intrigas prosiguieron, y su hijo Ricardo *Corazón de León* le derrotó en 1189, forzándole a reconocerle heredero.

El nuevo rey, Ricardo I, aún más francés que su padre (como buen Plantagenet, no se molestó en aprender inglés), partió para la III Cruzada con el francés Felipe II *Augusto*, pues ambos recelaban de que el otro aprovechara su ausencia para arrebatarle territorios. La enemistad entre ambos aumentó al preferir Ricardo como esposa a Berenguela de Navarra sobre Adela de Francia, hermanastra de Felipe (el padre de Ricardo, Enrique II, había convertido a Adela en concubina suya, pese al compromiso de ésta con su hijo). Felipe dejó pronto la cruzada y, vuelto a Francia, maquinó contra Ricardo con el hermano de éste, Juan *sin Tierra*. Volviendo de Palestina, Ricardo fue encarcelado por su enemigo el emperador, quien le impuso un rescate desorbitado. Pagado éste, recobró el poder en Inglaterra. Tuvo buena relación con Castilla, pasó sus últimos años guerreando contra el rey francés, y murió en 1199, durante un asedio.

La monarquía francesa, muy mermada desde finales del

siglo anterior, corrió peligro de desintegrarse: Normandía, Borgoña, Tolosa, el sur occitano, disputado por la corona de Aragón, eran de hecho independientes. El rey Luis VII cometió el error político de separarse, en 1152, de la ligera de cascos Leonor de Aquitania, para casarse con Constanza de Castilla; pues Leonor se casó enseguida con Enrique II de Inglaterra, a quien pasó la Aquitania, el mayor territorio de Francia, formándose el poderoso Imperio angevino. Luis y su sucesor Felipe II *Augusto*, rey desde 1180, continuaron la pugna sin fin por robustecer el poder real y recuperar territorios en sangrientas luchas con los Plantagenet, también a veces contra el Papa y otros poderes.

Para España, el siglo XII trajo, pues, hechos trascendentales: aparición de Cataluña, que, unida a Aragón, se incorporó a la Reconquista y se expandió por el sur de Francia; transformación del reino de Pamplona en Navarra (aunque hacia 1076 Sancho Ramírez había prestado vasallaje a Alfonso VI como «conde de Navarra»), mucho más que un cambio de nombre, pues el territorio de Pamplona, como el de León, no había sido fijo, sino expansivo hacia el sur, el este y el oeste, mientras que Navarra se ceñía más o menos a los límites de hoy; a su vez, Castilla se separó de León y se conformó como el motor principal de la Reconquista; y de León se apartó Portugal. Así quedó una España de cinco reinos con fuerte tendencia dispersiva. En sentido contrario, unificador, persistía la identificación de todos como españoles y un objetivo común sobre la península, ideas sin efecto político inmediato, pero con posible proyección a largo plazo. Mientras, el poderío almohade, bien probado en su resonante victoria de Alarcos, volvía a introducir una aguda sensación de peligro general.

23

EL *RENACIMIENTO* DEL SIGLO XII

Durante el siglo XII los procesos del siglo anterior cuajaron en lo que se ha llamado un *renacimiento*: declinó algo el poder señorial y aumentó el regio, crecieron las ciudades, el comercio y la economía dineraria, con nuevas formas comerciales y bancarias y más trabajo asalariado; inventos en la navegación y la agricultura (como el molino de viento) aumentaron la productividad. Hasta el siglo XI la cristiandad había perdido el sur mediterráneo y el Oriente Próximo y sufrido invasiones que amenazaban anegarla. Al terminar dicho siglo ya emprendió la contraofensiva de las cruzadas, que, aun si ajenas a un fin económico, ampliaron el comercio mediterráneo: a su abrigo prosperaron Pisa, Venecia, Génova, después Barcelona, mientras los templarios se convertían en los primeros grandes banqueros desde el Imperio romano, con servicios financieros más complejos y a menor interés que los de los judíos.

Hacia finales del siglo, el arte románico fue cediendo al gótico, originado en el norte de Francia. Propios del románico, aunque no únicos, fueron los monasterios e iglesias rurales; del gótico lo son las catedrales urbanas —usando avances arquitectónicos y técnicos—, una pintura y escultura más independientes de la arquitectura, y abundancia de edificios civiles. Reflejo, posiblemente, de un cambio de matiz religioso fue el valor concedido a la luz —considerada el elemento más inmaterial y próximo a la divinidad— mediante vidrieras coloreadas, elevación de los edificios y aligeramiento de los muros.

Caracterizó a este siglo un impulso intelectual sin

precedentes desde la caída de Roma: se tradujeron del árabe textos de Aristóteles y libros científicos y técnicos griegos y musulmanes (los árabes habían desdeñado la literatura griega); y nacieron las primeras universidades (Bolonia y Oxford a finales del siglo XI, París en el XII). Salvo la de Bolonia, las universidades fueron creaciones eclesiásticas, evolución de las tradicionales escuelas ligadas a las iglesias, y se convertirían en una institución clave para el despliegue de la civilización europea.

Aunque la época puede parecernos de fe compacta, surgían movimientos como las herejías valdense y cátara del sur de Francia y norte de Italia. Los valdenses exigían la pobreza y desprendimiento evangélicos frente a la avidez de riquezas nacida del comercio. La Iglesia, con su alto clero dado a la pompa y el lujo, admitía esa corriente, pero no su pretensión de que cualquier lector de las Escrituras se sintiera capacitado para ejercer de sacerdote al margen del aparato eclesiástico y de la orientación papal, pues veía en ello un riesgo de disgregación de la cristiandad. Los cátaros eran una reacción de tipo gnóstico aún más incompatible con la Iglesia, y sería aplastada en una cruzada de repercusión sobre España.

La manifestación esencial de la inquietud y mayor floración intelectual del siglo, sería la escolástica, que intentó reconciliar la razón y la fe para comprender el mundo. Hasta entonces dominaba la orientación de San Agustín, inspirada en Platón y Plotino, que entendía el mundo sensible como emanación degradada del mundo ideal de la perfección divina. Aristóteles, en cambio, lo entendía como increado, valioso por sí y fundado en sí mismo. El italiano Anselmo de Canterbury trató de explicar a Dios por la razón, mediante el argumento ontológico: concebido Dios como «lo más

grande», ha de existir no sólo en nuestro pensamiento, sino en la realidad, pues la realidad supera a nuestro pensamiento y, de no ser Dios real, podríamos imaginar el absurdo de algo mayor que lo más grande. Dios es la verdad y el bien absolutos, principio necesario de los bienes y verdades parciales, cuya plena comprensión exige la fe: desde la fe puede entenderse el mundo, y sin ella el mundo se vuelve absurdo.

Estas cuestiones derivaron a la disputa, antigua y aún actual, de los universales: si las cualidades generales —*universales*— como el color, la dureza, la «humanidad»…, de que participan las cosas e individuos, tienen existencia real (realismo) o son sólo nombres sin realidad exterior (nominalismo). Éste y otros temas sustanciaron una acre disputa entre Bernardo de Claraval y Pedro Abelardo. El primero, el más descollante líder religioso de la primera mitad del siglo XII, impulsor de la orden cisterciense, de la II Cruzada y de las órdenes militares, defendía la doctrina agustiniana y realista, de raíz platónica. El segundo, teólogo famoso por sus irreverentes polémicas con los maestros de la época y por sus amores con Eloísa, que le costaron ser castrado por familiares de ella, seguía a Aristóteles: la fe debía justificarse con razones; y planteaba, antes de Descartes, la duda sistemática como vía hacia la verdad. Según Bernardo, la razón no podía explicar todo, y es irrazonable llevarla más allá de su alcance, como va contra la fe dudar de verdades superiores a la razón. La verdad en su sentido más alto no depende del razonamiento ni de pruebas, sólo es accesible por la caridad y la santidad.

Tales problemas trascendían de la religión a la ideología, la política y la actitud social. Suele decirse —con fundamento discutible— que el nominalismo abrió paso al

pensamiento científico. La disputa entre la razón y la fe, aunque procedente hasta cierto punto del islam, no se desarrolló en éste, mientras que nucleó el pensamiento europeo hasta hoy mismo. Reproducía de modo indirecto la separación entre «lo que es de Dios y lo que es del césar», entre el poder secular y el religioso, separación intelectualmente poco satisfactoria, pero generadora de una tensión fructífera en los órdenes político y especulativo.

* * *

Los asuntos teológico-filosóficos abordados en unos pocos lugares de Europa, ya a salvo de peligros exteriores, llegaban apagados a España, donde la lucha con el islam, muy violenta hasta mediados del siglo XIII, imponía otras preocupaciones y una fe sin fisuras, al menos externas, con poco espacio a la especulación. Paradójicamente las traducciones del árabe, determinantes en el despliegue intelectual europeo, tuvieron un centro fundamental en Toledo (Sicilia fue otro, y en España había sido relevante el *Scriptorium* de Ripoll bajo el abad Oliva. Las traducciones solían ser flojas, pero aun así útiles). Toledo disponía de libros de la desmantelada biblioteca de Alhakén, y de algunos políglotas judíos y mozárabes, conocedores del árabe, el romance y el latín. El converso aragonés Pedro Alfonso, autor del *Dialogus contra iudaeos*, difusor de la ciencia árabe y médico del inglés Enrique I, alertó sobre esta riqueza toledana y, con la protección del arzobispo de Toledo, el gascón Raimundo, afluyeron a la ciudad estudiosos de Inglaterra, Flandes, Italia y otros países. El más laborioso, Gerardo de Cremona, tradujo unas setenta obras y vivió en Toledo hasta el fin de su vida, en 1187. De los hispanos destacaron el canónigo Domingo Gundisalvo y su mano derecha, el converso Juan Hispano.

La labor de la llamada Escuela de Traductores toledana y su invalorable efecto en la Europa transpirenaica, contrastan con su escaso eco en España, indicio del abismo ideológico entre españoles y andalusíes, del escasísimo aprecio e interés mutuos: los influjos recíprocos, lógicos tras un contacto tan prolongado, no impedían que ante todo se mirasen entre sí como enemigos.

Pero si era parca en España la afición teológico-filosófica —no así la artística y literaria—, Al Ándalus llegaba, pese a su crisis política, a su cúspide intelectual. Baste citar al musulmán Averroes, al hebreo Maimónides o al desvergonzado poeta Ibn Quzman, cordobeses los tres, nueva manifestación de la singular fertilidad cultural de la ciudad desde época romana. Averroes, médico, comentarista de Aristóteles y el mayor filósofo del islam al lado del persa Avicena, fue tan afín a la escolástica que se integra en ella más que en su propia cultura, pues orientó el pensamiento europeo, mientras que sus obras fueron condenadas y destruidas en el mundo islámico, pese a profesar él la rigorista doctrina malikí. Sólo quedó parte de su obra traducida al latín o al hebreo. Averroes creía compatibles la razón y la fe, y que por las dos vías podía alcanzarse la verdad. No obstante deja la impresión de que serían dos verdades distintas, aun si no contrarias, dando a la fe valor instrumental: sería precisa para la vida civilizada, porque guía a la gente común, incapaz de regirse por la razón. Postulaba la eternidad del mundo y una concepción de él peculiar y en cierto modo moderna: la astronomía no ofrece la verdad del universo, sino sólo concordancia con los cálculos.

Más o menos coetáneo de Averroes fue su discípulo Maimónides (uno murió en 1198 y el segundo en 1204).

Ante la presión almohade, que daba a elegir entre conversión, muerte o exilio, fingió islamizarse en 1148. Debió de marchar a Egipto, donde vivió sus últimos cuarenta años como médico de Saladino y de su hijo. Su desdén por la mística de la Cábala, y su inspiración aristotélica (si bien prefería la fe judaica cuando había contradicción entre ambas) le valieron acerbas críticas del judaísmo y del islam, pero dividió el pensamiento hebreo en pro y contra Maimónides. Los cristianos apreciaron su *Guía para perplejos*, donde cree superar la oposición de la razón y las Escrituras mediante la interpretación alegórica de éstas. Distinguió entre creencias verdaderas y necesarias: las primeras se refieren a Dios y las segundas convienen al orden social. El conocimiento de Dios procura el grado más alto de felicidad, inmortalidad al alma e inmunidad a cualquier revés de fortuna. La libertad del hombre le impulsa al bien.

* * *

La sociedad española seguía las tendencias de ultramontes, si bien con peculiaridades. El comercio impulsó a los reyes a acuñar decididamente moneda; la del sur del país, el *morabitín*, de origen almorávide, daría lugar al maravedí. Surgieron dos líneas de pequeñas ciudades: las del norte, a salvo de incursiones moras, y las fronterizas del sur. Las primeras, más ricas y comerciales, tenían por eje el Camino de Santiago, y más al este incluían a Zaragoza y Barcelona, esta última la más próspera gracias al auge comercial mediterráneo. Para entonces la frontera seguía la línea del río Tajo, más retraída en Extremadura y más avanzada por Castilla, retrocediendo al este hasta poco al sur del Ebro. La parte española ocupaba ya más de la mitad de la península, aunque la andalusí concentraba mayor población.

En el sur de los reinos hispanos, la urgencia de poblar las tierras redundó en mayor libertad y autonomía personal que en el norte y resto de Europa, frenando la presión franco-borgoñona en pro de la servidumbre: repoblar Cataluña la Nueva (Lérida y Tarragona hasta Tortosa), el sur de Aragón y el mucho mayor valle del Tajo, y asegurar el del Duero, impuso contagiosos privilegios reales o fueros, que el monarca otorgaba y juraba, y una relación más fluida entre campesinos y señores. A fines del siglo quedaba poca servidumbre en España, aun si los lazos señoriales siguieron siendo muy opresivos en regiones norteñas. La nobleza castellana incluía a los magnates o *ricos hombres* y a los nobles menores, hidalgos, infanzones o caballeros. El último nombre subraya el valor bélico de la caballería, por su movilidad: un hombre común con recursos para mantener un caballo podía acceder por su valor al rango de los caballeros; la vida fronteriza entrañaba graves peligros, pero también más libertad y promoción social.

El control y defensa de la frontera dio protagonismo a las milicias concejiles y a las órdenes militares. De éstas, intervinieron destacadamente en España las del Hospital, el Santo Sepulcro y el Templo, las tres de origen francés y extendidas por Europa (a fines del siglo nació la Orden Teutónica, decisiva en la formación de Prusia). Creación típicamente europea del siglo XII, las órdenes militares nacieron de las cruzadas, con precedentes en España (Navarra), donde pronto surgieron otras autóctonas en Aragón y en León-Castilla, siendo las más poderosas las de Calatrava, Santiago y Alcántara.

Los repobladores del valle Tajo y del norte próximo a la cordillera central preferían el asentamiento urbano, dejando buena parte de los campos en manos de mozárabes y moros

(mudéjares). Así crecieron ciudades de frontera como Béjar, Plasencia, Ávila, Salamanca, Segovia, Cuenca, Guadalajara, Calatayud o Teruel, de carácter más militar y menos comercial que las del norte y valle del Duero. Solían contar con milicias y *caballería villana*, institución inexistente en la Europa transpirenaica y cuya belicosidad y sentido del honor y libertad personal quedan indicados en la célebre respuesta de las milicias salmantinas al jefe almorávide Taxufin que, enfrentado a ellas, quiso saber quién las mandaba: «Todos somos príncipes y jefes de nuestras propias cabezas».

Por el norte y valle del Duero, las ciudades recordaban más a las transpirenaicas, sobre todo las próximas al Camino de Santiago, como Pamplona, Burgos, Palencia, Sahagún, León, Lugo, Tuy o la propia Santiago. En varias de ellas, como en las centroeuropeas, abundaron los conflictos y rebeliones contra el poder señorial y de los monasterios, pues los burgueses querían regirse por sus fueros. Episodio significativo fue el «motín de la trucha», en Zamora, hacia mediados de siglo: el criado de un noble quiso comprar una trucha ya comprometida para un villano, lo que desató una rebelión: varios señores fueron muertos y quemada su iglesia. Pese a la furia de la nobleza, el rey perdonó a los rebeldes, que habían salido de la ciudad, pues de otro modo ésta habría quedado semidespoblada. A veces los villanos tomaban venganzas sangrientas contra los nobles que violaban sus derechos, y los reyes solían apoyar a las ciudades.

La presión en cierto modo democratizante marcó un hito con la convocatoria de las Cortes de León, en 1188, motivada por la exigencia de los habitantes: control sobre impuestos, consulta previa a la declaración de guerra, inviolabilidad del domicilio, garantías procesales, sumisión

de los nobles a los tribunales, freno a la alteración de moneda por el rey, etc. Estas Cortes derivaban de la autonomía asegurada a las ciudades por el antes mencionado Fuero leonés, y tenían entronque remoto con los *conventi publici vicinorum*, asambleas de hombres libres de un municipio o pequeña comarca de la España goda, y con los concilios religioso-políticos de Toledo, continuados de forma esporádica en los reinos de Oviedo y León. Al margen de la amplitud de sus decisiones concretas, la novedad de estas Cortes consiste en que, por primera vez en Europa Occidental, gente común intervenía en la alta política a través de representantes que se sentaban al lado de los magnates y el alto clero, bajo la concepción de que los afectados por las medidas políticas tienen derecho a discutirlas y aprobarlas, idea revolucionaria para la época. La institución iría cuajando, con el mismo nombre de Cortes, en los demás reinos hispanos (sólo consultivas en Castilla, y con mayor poder en la corona de Aragón), y con distintos nombres en otros países. Por lo visto más arriba, no parece casual que naciera en España una tendencia parlamentaria o preparlamentaria, a la que se orientaba con más parsimonia el Occidente europeo. En las Cortes de León se encuentra una raíz esencial de la tendencia democrática en España y Europa.

24

Siglo XIII. DOS BATALLAS DECISIVAS

Desde la batalla de Alarcos (1195), la sombra almohade no había dejado de crecer y adensarse sobre los reinos cristianos. El sultán Muhammad al Nasir, *Miramamolín* para los cristianos, llamó a la *yihad* con vistas a recuperar la península y proseguir hasta la misma Roma. Reunió al efecto unos 120 000 soldados andalusíes, magrebíes y de otros países, arqueros turcos, etc., más una nutrida caballería cuya destreza ya habían probado los cristianos en su carne. Planteó la batalla crucial aguardando a sus enemigos en el paso del Muradal o Despeñaperros, adonde esperaba llegasen los cristianos exhaustos tras la dura marcha desde Toledo.

Alfonso VIII, auxiliado por el arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada, relevante intelectual e historiador, buscó alianza con los demás reinos hispanos y pidió una cruzada al papa Inocencio III. En un supremo esfuerzo reunió así a unos cien mil hombres de los nobles, milicias urbanas, órdenes militares y transmontanos (unos 30 000, franceses la mayoría, que irritaron a Alfonso al saquear la judería de Toledo y matar a muchos hebreos). Navarra y Aragón se le unieron, no así los reyes de León y Portugal, aunque dejaron ir por su cuenta a tropas leonesas, gallegas y portuguesas. El ejército avanzó en verano de 1212 bajo un sol implacable y tomó Malagón, donde los ultramontanos pasaron a cuchillo a los moros. Para su disgusto, Alfonso dio un trato más justo a los vencidos en Calatrava, y los extranjeros, indignados, volvieron grupas, saqueando de paso las juderías y dejando harto mermadas las huestes cristianas.

El ejército, mal abastecido y con un calor agobiante, avistó a los almohades el 13 de julio en las Navas de Tolosa, al sur de Despeñaperros. Debía cruzar el desfiladero de La Losa, empeño suicida pues lo guardaban bien los moros, que retrasaban el choque para aumentar las penurias cristianas. Alfonso temió que demorarse buscando un paso mejor provocaría deserciones masivas. En tal dilema, un pastor lugareño indicó a Diego López de Haro, señor de Vizcaya, un paso fatigoso pero desguarnecido (Paso del Rey), y los españoles pudieron acampar cerca del enemigo. El 16 de julio tuvo lugar la batalla, la mayor hasta la fecha en la península. A López de Haro, jefe de la vanguardia, le rogó su hijo: «Padre, que lo hagáis de modo que no me llamen hijo de traidor, y que recuperéis la honra perdida en Alarcos». Replicó López: «Os llamarán hijo de puta, pero no hijo de traidor». Los ritos habituales, entre los cristianos, la misa y la absolución, calmaron la angustia de los soldados, aguda antes del combate en que exponían la vida y la seguridad de su patria y sus familias, hasta liberarse en la carga al grito de «¡Santiago!».

Un primer choque dejó a los hispanos en posición difícil, y el rey castellano dijo al arzobispo de Toledo: «Vos y yo aquí muramos». Pero los tres monarcas, es decir, él mismo, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra, cargaron con caballería pesada y rompieron las líneas enemigas. Parecen haber sido los navarros quienes primero alcanzaron la tienda de Miramamolín, superando las cadenas que la rodeaban (por esa gesta, las cadenas pasaron al escudo de Navarra), y entre todos acabaron con los defensores. Los moros se desbandaron, ofreciendo a los cristianos una fácil carnicería. Los vencedores tomaron provisionalmente Baeza y Úbeda, donde masacraron a la población, pues los clérigos

condenaron las negociaciones con el enemigo.

Por entonces hacía estragos el hambre en España, lo que impidió explotar a fondo la magna victoria. Aun así, ella fue decisiva, culminando el proceso abierto por la crucial, aunque pequeña, de Covadonga, cinco siglos antes. De haber vencido los islámicos, la barrera castellana se habría hundido, con efectos incalculables.

Los almohades, que habían amenazado invertir la Reconquista, perdieron prestigio y cundieron las rebeliones de tribus benimerines en el Magreb. A su declive, como al de los almorávides, ayudaron los beduinos hilalíes venidos del alto Egipto, que avanzaban de modo disperso, saqueaban ciudades y con sus rebaños arrasaban los cultivos. El gran intelectual Abenjaldún los describiría como «nube de langosta que destruía cuanto hallaba a su paso». Estudiosos modernos reducen la magnitud de la «catástrofe hilalí».

Al año siguiente de las Navas se libró en el sur de Francia otra batalla decisiva para España, la de Muret. Las rivalidades entre Tolosa, Inglaterra, Aragón, el imperio y Francia se complicaron por el arraigo en el Languedoc de la herejía cátara o albigense. Credo de misterios e iniciaciones del tipo gnóstico rechazado por la Iglesia desde muy pronto, tenía algo de doctrina del suicidio social. Oponía radicalmente el espíritu a la materia, ésta producto de Satán, con quien identificaban al Dios bíblico por haber creado el mundo. Condenaban, por material, el cuerpo, la encarnación de Jesús o la resurrección de la carne, tachaban de satánica la procreación, propugnaban el aborto y condenaban el matrimonio, practicando una mezcla de ascetismo y libertinaje. Recordaban algo al priscilianismo.

El papa Inocencio III ordenó predicarles, con magro resultado, pues bastantes nobles los protegían. La amenaza

papal de una cruzada, dirigida por el rey de Francia, unió a Tolosa y a Barcelona, antes enfrentadas, contra la intromisión francesa. Por paliar el peligro, Pedro II de Aragón *el Católico* se declaró vasallo del Pontífice, pero éste no se fiaba, y el asesinato del legado pontificio en Tolosa agravó la situación. Convocada la cruzada, respondió a ella la nobleza francesa del norte, mandada por Simón de Montfort, y Pedro II, vuelto de las Navas de Tolosa, salió a su encuentro. El 13 de septiembre de 1213 chocaron las dos fuerzas en Muret, Pedro fue muerto en combate y sus tropas desbaratadas. De resultas, Francia se asentó firmemente en la zona, bloqueando la expansión de los catalanoaragoneses por ella (sólo les quedó Montpellier), y la corona de Aragón se orientó entonces hacia el Levante peninsular. Otra consecuencia de la cruzada anticátara fue la implantación de la Inquisición en el sur de Francia y norte de Italia, y pronto introducida en la corona aragonesa.

La primera Inquisición, creada en 1184, dependía de los obispos. Ante su ineficacia, el papa Gregorio IX la tomó bajo su control, encomendándola a los dominicos. Había fundado esta orden el monje castellano Domingo de Guzmán. Hacia 1204, en viaje a Dinamarca para concertar la boda de una princesa escandinava con Fernando, hijo de Alfonso VIII, Domingo conoció a los cátaros, muchos de ellos gente instruida, capaz de debatir de teología, y resolvió crear una orden de monjes cultos y espíritu flexible para afrontarlos. Volvió a Dinamarca, pero la prometida de Alfonso había muerto, y, de nuevo en Occitania, tuvo ocasión de reprender a los pomposos legados papales: contra los herejes hacía falta una predicación humilde y sencilla, no exhibiciones de poder. Hacia 1215 fundó en Tolosa la Orden de los Predicadores con siete compañeros, bajo el

lema *laudare, benedicere, praedicare*; envió a cuatro de ellos a España y a tres a París, y él fue a Italia, donde, en Bolonia, fijó la sede de la orden. Agotado por sus esfuerzos y ascesis, murió en 1221 y diez años después el papa confió la Inquisición a su orden.

* * *

Las Navas de Tolosa y Muret serían batallas decisivas en el sentido de que cambiaron la evolución histórica de España. De haber sido contrario el resultado, la Reconquista se habría visto frenada y posiblemente arruinada, y Aragón se habría orientado en mayor medida hacia Occitania en lugar de hacia el Levante peninsular.

Sería Jaime I *el Conquistador*, hijo de Pedro II de Aragón y de su preterida esposa María de Montpellier —la cual, para concebirlo, habría engañado a Pedro haciéndose pasar en la oscuridad por una amante suya—, quien encauzase a Aragón contra el islam, abandonando la aventura occitana. En 1229 Jaime conquistó Mallorca, que repobló con un corto número de catalanes, pues los musulmanes fueron exterminados, esclavizados o huyeron, si bien debieron de quedar bastantes mozárabes. Mallorca, ganada por la flota catalana, fue declarada reino, mientras Cataluña mantenía el rango inferior de conjunto condal. Entre 1232 y 1245, Jaime ocupó Valencia y también la hizo reino, contra el deseo de los nobles aragoneses. En 1244 repartió con Castilla (tratado de Almizra), la futura expansión, pasando Murcia a la zona de Castilla. Y por el tratado de Corbeil, en 1258, con Luis IX *el Santo* de Francia, renunció a la Occitania, salvo Montpellier, y Luis a sus pretensiones de soberanía sobre Aragón y Cataluña, derivadas de la antigua Marca Hispánica, soberanía inefectiva desde hacía siglos.

La política de Jaime I ha suscitado polémicas sobre la

«catalanidad» del rey y sus empresas. El término «catalanes» empezó a usarse en el siglo XII y lo popularizaron los trovadores del XIII. El propio Jaime no era catalán, sino medio aragonés, medio occitano, casó con una princesa castellana, Leonor, y después con la húngara Violante, y nunca hizo reino a Cataluña. Sin embargo sus empresas en Mallorca y Valencia fueron más que nada catalanas, debido al peso de Barcelona, donde instaló la corte y la cancillería. La relevancia de la ciudad, la más rica y dinámica de España, aumentaba porque, al culminar la reconquista de Levante, se abría el Mediterráneo a las empresas navales. El comercio de Aragón, barcelonés sobre todo (sal, oro, especias, esclavos…), abarcaba el norte de África, Bizancio y Palestina. De él nacieron sociedades mercantiles «consulados del mar», y el *Llibre del Consolat del Mar* de Barcelona, acaso el primer código de leyes y reglamentos de ese tipo.

Problema derivado es el del idioma. En España y entre los mozárabes de Al Ándalus se hablaban lenguas romances inteligibles entre sí. Hoy, en la ancha franja central de España, desde el Cantábrico al sur, y con pocas excepciones, el castellano ha absorbido a los romances aragonés, navarro, leonés y mozárabe, y se ha convertido en lengua común de todo el país; pero en la franja occidental y en la oriental se hablan otras lenguas emparentadas: gallego y portugués en una; catalán, valenciano y mallorquín en la otra. ¿Es el portugués dialecto del gallego, o ambos vienen de un mismo romance anterior? ¿Y el catalán, el valenciano y el mallorquín? Hay argumentos a favor de ambas tesis, politizadas por nacionalistas deseosos de negar el hecho de que los catalanes, como los demás cristianos de la península, se consideraban españoles.

En 1264, el reino musulmán de Murcia, tributario de

Castilla, se sublevó contra ésta, respaldado por Granada y los magrebíes. La reina castellana Violante, esposa de Alfonso X *el Sabio* e hija de Jaime, pidió auxilio a su padre, el cual conquistó Murcia para Castilla. En 1269 Jaime intentó una cruzada a Tierra Santa, pero las tormentas dispersaron su flota. En 1274 volvió a intentarlo, para lo cual se reunió un concilio en Lyon, pero ante las vacilaciones de los demás poderes implicados, se retiró diciendo: «Por lo menos hemos dejado bien alto el honor de España». Dictó su propia biografía, el *Llibre dels fets*, primera crónica regia escrita en catalán. Al revés de lo que ocurriría en Castilla y León, no reforzó la unidad de la corona, pues a su muerte, en 1276, distribuyó los reinos y condados entre sus hijos, dejando un ligero velo de unidad entre ellos, cada uno con sus propias Cortes, salvo Mallorca.

El éxito de las Navas de Tolosa propició a su vez el esplendor de Castilla bajo Fernando III *el Santo* y Alfonso X *el Sabio*, coetáneos de Jaime I. Después de las Navas rebrotó entre los andalusíes el espíritu de taifa, y Fernando lo aprovechó para capturar plazas estratégicas con vistas a atacar el valle del Guadalquivir, centro del poderío andalusí y la región más poblada y rica de la península.

Previamente, el rey realizó otro hecho trascendental: la reunificación de Castilla y León. En 1230 murió su padre, el leonés Alfonso IX, dejando León a sus hijas Blanca y Dulce, que había tenido con Teresa de Portugal; pero las dos aceptaron, a cambio de compensaciones, dejar el reino a su hermanastro Fernando. Acuerdo histórico, pues la unión, ya nunca más rota, duplicó la potencia hispana frente al islam.

En 1236, Fernando tomó Córdoba, conquista casi tan simbólica como la de Toledo un siglo y medio antes: la vieja

capital omeya evocaba el apogeo andalusí y las terroríficas aceifas. Más tarde hizo vasalla a Murcia, ganó Jaén y en 1244 sitió a Sevilla, una de las ciudades mayores del mundo mediterráneo. Tardó quince meses en tomarla, con tropas cristianas y auxiliares moros de Granada, y con la primera gran operación de la marina castellana, cuyo embrión había creado el obispo Gelmírez: las naves de Guipúzcoa, Vizcaya, Santander y Galicia, al mando del burgalés Ramón de Bonifaz, remontaron el Guadalquivir venciendo a la flota islámica. Después volvió a manos hispanas casi toda Andalucía occidental, adonde afluyeron gentes del resto de España y algunos transmontanos, que no bastaban a repoblar el vasto territorio. Los inmigrados preferían las ciudades al agro, y la mayor extensión del campo mal poblado se repartió entre las órdenes militares, la nobleza y el clero, origen del latifundismo andaluz y extremeño. Quedaron comarcas de mudéjares a quienes se permitió conservar religión, lengua y costumbres, pero tuvieron que dejar Sevilla y la mayor parte de la región: muchos fueron a Granada, reforzándola, o al Magreb, pues Al Ándalus se había convertido en una dependencia del norte de África, creándose una continuidad económica y cultural a través del Estrecho.

Fernando III fue devoto de Santiago y cumplidor de sus pactos, y sería canonizado al igual que su primo Luis IX de Francia. Promotor cultural y aficionado a la música y la literatura, se rodeó de doce consejeros «sabios», entre ellos el arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, oficializó de hecho el castellano, apoyó a la Universidad de Salamanca y la construcción de las catedrales góticas de Burgos y León. Mandó traducir, con el nombre de *Fuero Juzgo*, el *Liber iudiciorum* visigótico para su aplicación en las zonas

reconquistadas. Esta ley, compilada por Chindasvinto y Recesvinto, había funcionado de forma bastante general en los reinos españoles durante los siglos anteriores, incluso entre la población mozárabe.

El rey falleció en 1252, con 51 años, cuando preparaba una expedición al norte de África. Había tenido diez hijos de su esposa Beatriz de Suabia, y cinco de su segundo matrimonio con la francesa Juana de Danmartín, pero no dividió ya el reino, sino que declaró heredero al primogénito, Alfonso, que reinaría como Alfonso X *el Sabio*.

* * *

De los otros dos reinos, Portugal y Navarra, el primero terminó en 1250 su avance al sur, por lo que hacia esos años la triple ofensiva lusa, castellano-leonesa y aragonesa, coronaba la Reconquista, dejando sólo, como tributarias, a Granada y Murcia, esta última pronto ocupada también. Portugal prosiguió sus querellas con León, su rey Alfonso II rompió la cordialidad hacia la Iglesia, que tanto había ayudado a la independencia del reino: se apoderó de bienes eclesiásticos y el Papa lo excomulgó. Su sucesor, Sancho II, se casó con una castellana, los nobles se opusieron y estalló la guerra civil de 1246 a 1248. Sancho perdió, y subió al trono su hermano Alfonso III, que completó la Reconquista lusa, convocó en 1254 las primeras Cortes con representación urbana, entró en conflicto con el clero y rompió el vasallaje a Roma. Trasladó la capital de Coímbra a Lisboa, que ya era un importante centro comercial gracias a su situación sobre el tráfico creciente entre el Mediterráneo y el Atlántico; comercio facilitado por el invento portugués de la carabela, navío más adaptado que ninguno anterior para los viajes atlánticos. En 1263 fueron establecidos los límites de Portugal al renunciar Alfonso X *el Sabio* al Algarbe.

En Pamplona se extinguió la dinastía Jimena al morir sin hijos Sancho *el Fuerte*. Navarra pudo entonces reintegrarse a Aragón, pues Sancho así lo había pactado con Jaime I, pero los nobles prefirieron a Teobaldo, vasallo del rey francés, que inauguró la dinastía de Champaña en Navarra, y el reino pasó a girar en torno a Francia. Teobaldo, llamado *el Trovador* (los trovadores, a diferencia de los juglares, solían ser de clase alta), reorganizó el país y las leyes en un Fuero General.

* * *

También tomó auge por entonces la lírica en gallego, llamada galaicoportuguesa, más propiamente galaica, pues surgió en la antigua Gallaecia, al norte del Duero. Sus *cantigas de amigo*, puestas en boca de una mujer que habla de su amor, entroncan con las jarchas mozárabes. Otras, las de *amor* y las de *escarnio y maldecir* proceden de la poesía trovadoresca provenzal, con la que comenzó la lírica europea a finales del siglo XI. El estilo trovadoresco se cultivaba también en Cataluña, casi siempre en lengua occitana. A Galicia llegaría por el Camino de Santiago, sin haber cuajado en los tramos de Navarra, Castilla o León. Un tema de la refinada y algo rebuscada poesía provenzal es el amor por mujeres casadas, ausente en la galaica, que, más de juglares que de trovadores, suele expresar la queja de la mujer por la ausencia o la infidelidad de su amado, o la separación al amanecer, con alusiones a la naturaleza (fuentes, aves, el mar, los árboles…) y un tinte melancólico y añorante. De uno de los juglares más famosos, Martín Códax, son cantigas como la que empieza: «*Quantas sabedes amar amigo/ treides comig'a lo mar de Vigo/ E bannar nos emos nas ondas*».

Los juglares galaicos viajaban por la península y en

Castilla tuvieron imitadores que componían en gallego, el cual se hizo la lengua de la lírica en casi toda España hasta finales del siglo XIV. Los reyes Alfonso *el Sabio* y Dionisio I *el Labrador*, de Portugal, escribieron buenas cantigas. Alfonso quizá les cobró afición por haberse criado un tiempo en Orense. Las *cantigas de escarnio* son alusivas, con palabras de doble sentido y sin nombrar al atacado; las de *maldecir* más injuriosas y obscenas, citan a veces a la víctima. Recuerdan los epigramas de Marcial y, como éstos, ofrecen pinturas de época.

Continuaba en Castilla la poesía épica: de mediados de siglo es el *Poema de Fernán González*, referido a los orígenes condales del territorio, desde los que había llegado a convertirse en el reino mayor de España. Por entonces nació allí el *mester de clerecía*, forma poética distinta de las de juglares y trovadores, escrita en castellano en *cuaderna vía* y compuesta por clérigos o personas cultas, que proclamaban su superioridad sobre la *juglaría*. Las muestras más antiguas, el *Libro de Alexandre*, historia fabulada de Alejandro Magno, y el *Libro de Apolonio*, al estilo de la novela bizantina de aventuras algo confusas, buscaban deleitar e instruir moralmente. El primero exponía el ideal del rey generoso, sabio, religioso, guerrero y buen gobernante.

El primer poeta conocido del mester de clerecía fue el monje riojano Gonzalo de Berceo. Su obra, de tema religioso, suele reinterpretar o traducir textos escritos en latín, a los que da un toque personal y costumbrista, para ilustrar a los campesinos. Renovó la lengua mezclando cultismos y expresiones de juglaría, y empleó algunas palabras vascas, por cruzarse en la zona las dos lenguas. Los *Milagros de Nuestra Señora*, su poema célebre, canta las ventajas espirituales y prácticas de la devoción a la Virgen.

Alfonso X *el Sabio* fue excelente poeta y músico, protegió los Estudios Generales o Universidad de Salamanca y concibió un vasto programa intelectual, con obras monumentales como la inacabada *Grande e General Estoria* del mundo desde sus orígenes según la Biblia, y la *Estoria de España*, apoyada en los trabajos de los obispos Lucas de Tuy (*Chronicon Mundi*) y Rodrigo Jiménez de Rada (*De rebus Hispaniae*) y otras fuentes. La *Estoria* retomaba el goticismo de los reinos de la Reconquista, al cual había sido Castilla un tanto ajena. En esta historia, Castilla pasaba a heredar a los godos para reunificar a España evitando las luchas intestinas que habían perdido al reino de Toledo.

Para éstas y otras obras reunió el rey un grupo de sabios judíos, cristianos y muslimes, al estilo de la Escuela de Traductores, que vertieron al castellano libros de astronomía (origen de las *Tablas alfonsíes*), de astrología, fábulas de fuente india como *Calila e Dimna*, o el *Libro de los juegos*, la más antigua descripción conocida del ajedrez. Un círculo de juristas elaboró el *Código de las Siete Partidas*, para uniformar la ley, pues la repoblación había creado una variedad casi caótica de fueros y privilegios que sus beneficiarios consideraban base de su «libertad». El *Código*, por sus consideraciones filosóficas, teológicas y morales, constituye una de las mayores contribuciones hispanas a la historia de la legislación. Otra novedad del libro fue su escritura en lengua vulgar, no usada antes en Europa para estos fines. Su aplicación, así como la del *Fuero Real*, desarrollo del *Fuero Juzgo*, favorable a la uniformidad legal y al comercio, topó con la oposición de los señores castellanos. Aun así, se impondrían con Alfonso XI y seguirían en vigor durante siglos en Castilla y América.

Éstas y otras iniciativas formalizaban la lengua

castellana, que se hizo la más culta de la península. Castilla, incorporada a la Reconquista algo tarde y en posición subordinada, estaba absorbiendo de hecho a León y convirtiéndose en el reino peninsular más fuerte.

* * *

Aparte de su labor cultural, Alfonso X fundó el Honrado Concejo de la Mesta, uno de los gremios mayores de Europa, trascendental en la historia comercial castellana. Al avanzar la Reconquista se había organizado la trashumancia de ovinos desde los montes del norte a los pastos extremeños y andaluces. Los conflictos entre pastores y labriegos se solventaron mediante normas y conductos de ganado (cañadas, etc.). La excelente lana de las ovejas merinas, criadas sólo en España, originaba ya ferias de renombre.

Este rey fue menos afortunado en política que en cultura. Acabó de ocupar Andalucía occidental (al parecer, en el sitio de Niebla los moros emplearon por primera vez la pólvora) y afrontó en 1264 una masiva revuelta mudéjar en Murcia y Andalucía, apoyada por Granada y el Magreb, debida al incumplimiento de pactos por los cristianos y a la esperanza de invertir la Reconquista, pues en el Magreb surgía otro belicoso imperio, el benimerín (*Banu Marin*). Entre Alfonso y Jaime I de Aragón sofocaron la revuelta, y se aceleró la repoblación. Pero fracasó su proyecto de invadir el norte de África, que se redujo a varias incursiones y al saqueo de Salé, activa base de piratería. Tampoco logró tomar Algeciras, mientras que los benimerines capturaron ciudades andaluzas próximas al Estrecho de Gibraltar.

En el plano interior, fundó localidades en el centro y norte del país, para socavar el poder nobiliario, y trató de uniformizar las leyes, pero sólo a medias logró imponer su autoridad cuando sus medidas suscitaron una rebelión

señorial y clerical en 1272. El príncipe heredero murió prematuramente, y otro hijo, Sancho, se rebeló contra él (tuvo once hijos con Violante de Aragón y Hungría, hija de Jaime I, y otros cuatro bastardos). Alfonso desheredó a Sancho y se alió contra él con los benimerines; pero murió en 1284, acosado en Sevilla.

A veces se ha tratado a Alfonso X de iluminado e irrealista. Sus reformas estaban en general bien enfocadas, pero su política fue distorsionada por su aspiración al Sacro Imperio Romano-Germánico, por ser su madre la Hohenstaufen Beatriz de Suabia. En 1256, Pisa le respaldó y cuatro de los siete príncipes electores le votaron. Pero el Papado le era hostil y el inglés Ricardo de Cornualles se le adelantó, aunque tampoco ejercería de emperador. Alfonso persistió hasta 1275 y gastó gruesas sumas en el intento, lo cual le obligó a alterar la moneda y dañar el comercio de Castilla, causando gran descontento. Debe admitirse, no obstante, que la tentación era difícil de resistir cuando se lo proponía una ciudad como Pisa, la mayor potencia naval mediterránea, y llegó a apoyarle la mayoría de los príncipes electores.

Sucedió a Alfonso su hijo rebelde Sancho IV *el Bravo*, que encaró revueltas de los infantes de La Cerda —nietos de Alfonso y sobrinos suyos—, de su tío Juan y del señor de Vizcaya, Lope Díaz. Ejecutó al último y a cientos de partidarios de Juan, pero éste, perdonado, volvió a rebelarse con apoyo de los benimerines, los cuales sitiaron Tarifa. Allí ocurrió en 1296 el famoso episodio de Guzmán *el Bueno*, un militar y diplomático experto, conocedor del Magreb, donde había desempeñado misiones de la corona. Los moros le amenazaron con matar a un hijo suyo si no entregaba la plaza, Guzmán no cedió, el hijo fue asesinado y la plaza

defendida, lo que frustró la invasión benimerín.

Sancho procuró la amistad con Aragón y mantuvo la actividad cultural. Hizo traducir obras del francés como el *Libro del Tesoro*, enciclopedia de historia, ética y teoría política, escrita por el florentino Brunetto Latini; o el *Lucidario*, otra enciclopedia poco sistemática basada en la obra del francés Honorio de Autún. Publicó *Castigos y documentos del rey don Sancho*, libro de instrucción sobre el arte de gobernar.

A su muerte en 1295 quedó de regente su esposa María de Molina mientras era niño el hijo de ambos, Fernando IV. María afrontó con inteligencia la subsiguiente anarquía oligárquica apoyándose en los concejos urbanos, y paró invasiones de Portugal y Aragón mediante una política matrimonial: prometió a su hijo Fernando con Constanza, hija del portugués Dionís I, y a su hija Isabel con Jaime II de Aragón.

* * *

Por la misma época, de 1276 a 1285, Pedro III *el Grande*, hijo de Jaime I, gobernó Aragón, Cataluña y Valencia (Mallorca rehusó reconocerle, al principio). Atendió más que nada al Mediterráneo, rompió el vasallaje al Papa y alegó derechos sobre Sicilia por su esposa, Constanza de Hohenstaufen, heredera del rey siciliano Manfredo. Contra Pedro, el Papa recurrió al príncipe francés Carlos de Anjou, que había ocupado Sicilia, hecho cegar a los tres hijos de Manfredo y decapitar a Conradino, otro rival Staufen. Pedro III aprovechó las Vísperas Sicilianas —revuelta popular que masacró a los franceses— y pidió ayuda de Aragón, para desembarcar en Palermo en 1282 y ser coronado rey de Sicilia. El francés, vencido también por mar, hubo de huir a Nápoles. Estas acciones comenzaron una

larguísima pugna por Sicilia y Nápoles entre Aragón y Francia.

El papa Martín IV excomulgó a Pedro y proclamó una cruzada contra él, declarando rey de Aragón al francés Carlos de Valois. Pedro, amenazado además por el disgusto de sus reinos ante el gasto de la expedición siciliana, hizo concesiones a los nobles, calmó los ánimos y afrontó la invasión dirigida por Felipe III de Francia, que tomó enseguida Gerona. Pero Felipe hubo de retirarse al ser aplastada su flota, en 1285, por la catalana, que mandaba el italiano Roger de Lauria, uno de los mejores almirantes de su tiempo. A continuación, Pedro se dispuso a ajustar cuentas a su hermano Jaime II de Mallorca, que se había aliado a los franceses, y a Sancho IV de Castilla-León, que le había prometido ayuda contra Francia y no había cumplido; pero murió enseguida.

El hijo de Pedro, Alfonso III, tomó Mallorca, Ibiza y Menorca, y apoyó a la casa de La Cerda, rivales castellanos de Sancho IV, provocando incidentes fronterizos y pactando con los benimerines. En Sicilia, a cambio del levantamiento de la excomunión, prometió arreglar una futura devolución de la isla a la casa de Anjou, pese a que los sicilianos preferían a los catalanes. Murió en 1291 con sólo 27 años y le heredó su hermano Jaime II *el Justo*, que en 1296 disputó con Castilla por Murcia y Alicante, fracasando en la una y reteniendo la otra; cedió Sicilia a cambio de derechos sobre Cerdeña y Córcega, pero su hermano Fadrique, gobernador de la isla, no aceptó el trato.

En Navarra, la rivalidad entre Castilla y Francia se saldó con la guerra civil de la Navarrería, en 1276. Las tropas francesas aplastaron despiadadamente a los navarros procastellanos, y el reino se acercó aún más a la órbita gala.

* * *

La figura intelectual más descollante de España en este siglo fue el mallorquín Ramón Llull o Raimundo Lulio, teólogo, filósofo, místico, cabalista, misionero y poeta. Menospreciado por filósofos como Descartes, ha sido muy revalorizado. Mundano y rico, dado a la vida trovadoresca y con cargos políticos en la corte, tuvo hacia los 30 años (en 1267) la visión de Cristo crucificado suspendido en el aire. Vendió sus bienes, dejando la fortuna a su mujer y dos hijos, a quienes abandonó, y se acercó a los franciscanos. Para predicar a los infieles aprendió árabe de un esclavo moro, y latín, filosofía y gramática en un monasterio. Después marchó a Roma a proponer una nueva cruzada; al ser desoído, viajó por el imperio, Francia, Tierra Santa y norte de África, y escribió copiosamente. Se libró por poco de ser lapidado por los muslimes, sobrevivió a duras penas a un naufragio en su retorno a Pisa y, ya con 80 años, volvió a África a predicar, para morir en 1315 en Túnez, a manos de las turbas, o quizá ya en Mallorca, al haber sido rescatado, moribundo, por genoveses.

En torno a 1275 empezó a idear su obra más característica, *Ars Magna*, método para alcanzar de modo mecánico la verdad teológica y filosófica (para él coincidían), combinando listas de proposiciones en una lógica deductiva, con la que se aclararía cualquier cuestión y se convencería inexorablemente a los infieles (aunque respetaba el pensamiento árabe y el hebreo, y pensó por un tiempo en integrar las tres fes). Al efecto construyó varias máquinas que debían aplicarse a cualquier rama del conocimiento. La idea, aun con sus insuficiencias, no sólo era original: se ha visto en ella un precedente de la lógica combinatoria y hasta de la inteligencia artificial. También avanzó métodos

racionales aplicables al estudio de las elecciones.

Trató asimismo de sistematizar y jerarquizar las ciencias, con afán enciclopédico, esquematizándolas en forma de árbol que representaba desde los principios generales de cada ciencia, a las motivaciones individuales pasando por las estructuras, de acuerdo con el realismo agustiniano o platónico (el emblema del actual Consejo Superior de Investigaciones Científicas español es precisamente el árbol de la ciencia luliano). Propuso y logró en parte la creación de cátedras de hebreo, arameo y árabe en las universidades de Salamanca, Bolonia, París y Oxford, a fin de evangelizar el Oriente.

Su novela, *Blanquerna*, describe el viaje espiritual de un personaje desde la vida de casado hasta ser Papa y más allá, hasta la contemplación aislado del mundo. Frente al racionalismo de Averroes propuso una filosofía activa, de espíritu caballeresco y místico, pues la predicación debía complementarse con las armas. Escribió en latín, árabe y mallorquín o catalán, siendo el primer autor europeo en escribir filosofía en romance. Por ello suele considerársele fundador de la lengua literaria catalana.

* * *

El siglo XIII había sido en España el de las primeras universidades, el gótico, la expansión de franciscanos y dominicos, la lírica galaica, la aparición del catalán como lengua literaria, el predominio del castellano como lengua culta en la mayor parte del país, el desarrollo comercial… La reunificación de León y Castilla, el empuje catalanoaragonés hacia el sur y el Mediterráneo y la ocupación casi total de la península por los cristianos permitían augurar un nuevo proceso unificador de los reinos. Pero otros derroteros se impondrían en el siglo XIV.

25

AFIRMACIÓN DE FRANCIA E INVASIÓN MONGÓLICA. FRANCISCANOS Y DOMINICOS

Los normandos habían invadido Inglaterra desde Francia, por lo cual los reyes ingleses (normandos y angevinos —de Anjou—) poseyeron, por origen o matrimonio, gran parte de la propia Francia. Empeoró la situación francesa cuando Juan I *sin Tierra*, sucesor de Ricardo *Corazón de León*, se alió con el emperador Otto (Otón), cogiendo en tenaza a Felipe *Augusto* de Francia, cuyo reino pudo haber desaparecido. Pero el francés ganó una inesperada victoria en Bouvines, el año 1214.Así, en años sucesivos se libraron en Europa tres batallas clave: la de las Navas de Tolosa, en 1212, frustró la ambiciosa embestida almohade; la de Muret, al año siguiente, aseguró a Francia la Occitania y empujó a Aragón hacia el sur y el este; y la de Bouvines garantizó el poder francés y llevó al imperio a una crisis, sólo superada dos años más tarde con un nuevo emperador, Federico II; e hizo perder a Juan *sin Tierra* amplios dominios en Francia.

Además, Juan hubo de firmar una *Carta Magna* exigida por los barones, cansados de la costosa intervención en el continente y deseosos de afianzar sus privilegios. Siguieron dos años de guerra civil en Inglaterra al volverse atrás Juan, hasta que, muerto éste en 1216, le sucedió su hijo Enrique III, niño aún, a quien los barones hicieron firmar, en 1225 una nueva Carta Magna, que garantizaba la independencia eclesial y las libertades feudales. Lo perdurable de ella fue el *habeas corpus*, por el cual los acusados debían ser presentados al juez y juzgados por sus

pares, para evitar detenciones arbitrarias por el rey u otros poderes (un precedente fue la ley hispanogoda del X Concilio de Toledo). La Carta Magna, no muy cumplida, sería un documento inspirador en el futuro.

Enrique III creó descontento al dilapidar recursos por ganar para los suyos el imperio y el reino de Sicilia, en tiempos de hambre. Un noble de origen francés, Simón de Montfort, hijo del vencedor de Muret y de los cátaros, encabezó la protesta, y en 1258 limitó el poder real mediante las Provisiones de Oxford. El monarca las rechazó poco después, causando otra guerra civil. En 1265, para lograr apoyos contra el rey, Simón convocó el primer parlamento inglés con inclusión de representantes burgueses (quizá se inspiró en las Cortes hispanas, pues había peregrinado a Santiago y pudo conocerlas). Varios nobles de su bando pensaron que iba demasiado lejos y le abandonaron, por lo que fue derrotado y muerto ese mismo año, y su cadáver descuartizado. Suele llamarse a su Parlamento el padre de los demás de Europa, pero parece algo exagerado.

Eduardo I, sucesor de Enrique y casado con Leonor de Castilla, concluyó en 1284 la conquista de Gales, cuyo último rey, Llywelyn, fue atraído a una reunión y asesinado. Siguió luchando un hermano de éste, que fue capturado y colgado, partido por la mitad, y sus miembros dispersados. También comenzó Eduardo la conquista de Escocia, aunque no la coronaría, frente a la resistencia de William *Braveheart* Wallace.

A lo largo del siglo, los franceses ganaron sus luchas con Inglaterra. Por la paz de 1259, Luis IX *el Santo* tuvo ocasión de echar a los ingleses de Francia, pero se sintió generoso y les dejó la Guyena —Burdeos— y Gascuña, manteniendo así un foco de nuevas contiendas. Los reyes franceses

perseveraron contra la semidisgregación del país, hasta conseguir un poder casi absoluto a finales de siglo, con «el rey de hierro» Felipe IV *el Hermoso*.

En el Sacro Imperio, la autoridad central siguió decayendo, sin cesar por ello sus pugnas con los papas, respondidas por éstos con excomuniones. Federico II, *Asombro del mundo*, sucesor del Otto de Bouvines y casado en primeras nupcias con Constanza de Aragón y Castilla, hija de Alfonso II de Aragón, fue un emperador escéptico en religión, políglota, patrón de artes y ciencias; vivió casi siempre en Sicilia, marchó a una cruzada y tomó Jerusalén sin lucha. Su muerte en 1250 causó el «Gran Interregno», cuando ningún candidato al imperio, entre ellos el español Alfonso X, llegó a ejercer. Por fin, en 1273 fue coronado Rodolfo I de Habsburgo, inaugurando una dinastía que había de reinar también en España. Rodolfo renunció a las pretensiones sobre Roma, causa de tantos conflictos entre los Hohenstaufen y el Papado.

Durante el siglo hubo cinco cruzadas menores. Jerusalén fue recobrada en 1229, sólo por quince años. En 1245 San Luis de Francia dirigió la séptima, terminando apresado con sus tropas en Egipto. Liberado, volvió a intentarlo en 1270 por Túnez, donde la peste aniquiló su ejército y a él mismo. En 1291, la caída de Acre obligó a los cruzados a dejar sus últimos enclaves de Beirut, Sidón y Tiro, las antiquísimas ciudades fenicias. Así concluyó una increíble aventura de dos siglos que, aun fracasada, multiplicó el comercio mediterráneo y las finanzas europeas. Y debilitó al Imperio bizantino. El espíritu comercial y aventurero llevó a algunos europeos al corazón de Asia. Un pionero, el veneciano Marco Polo, llegó en 1275 a Pekín y sirvió al Gran Jan mongol.

A manos de los mongoles, precisamente, y en la primera mitad del siglo XIII, Europa estuvo muy cerca de sufrir una oleada destructiva pareja a la de los hunos siete siglos antes, surgida también del Asia central. Al mando de Gengis Jan, los mongoles cayeron como un ciclón sobre pueblos nómadas y civilizaciones avanzadas. Gengis preparó un ejército disciplinado y móvil, basado en la caballería y los arqueros montados, hábil en tácticas de envolvimiento. Cultivó la guerra psicológica, sembrando el terror mediante matanzas masivas. Falto de una religión estructurada, las permitió todas, esperando le ayudasen a hacerse inmortal. Cuando murió, en 1226, su ejército llegaba a Europa por el mar Caspio. Los mongoles aplastarían a Persia y dominarían a China, creando el imperio terrestre más extenso de la historia.

El sucesor de Gengis, Oguedei, atacó al Extremo Oriente hasta el Pacífico, mientras su general Batu marchaba sobre Europa y en 1237 vencía a los búlgaros y otros pueblos de las estepas y alcanzaba Rusia por Riazán, cuya población masacró. Tres años más tarde, tras ocupar la mayor parte del espacio ruso, incluyendo Kíef, avanzó sobre Polonia, Bohemia, Hungría y Rumanía. En 1241 aniquiló en Legnica a una coalición de polacos, alemanes y moravos; poco después se asomó al Adriático y puso sitio a Viena. Probablemente ningún poder europeo estaba en condiciones de frenar a unas hordas militarmente muy expertas, pero entonces falleció Oguedei, y Batu debió volver a las profundidades de Asia para participar en las luchas por el poder: un suceso tan casual quizá salvó al Occidente europeo.

Menos suerte tendría el mundo eslavo. La «Horda Dorada» mongolturca, islamizada a principios del siglo

siguiente, ocupó desde Crimea al Mar de Aral, y del alto Volga al Caspio, e hizo tributarios a los pueblos del entorno, hasta el norteño de Nófgorod (al cual auxilió contra la Orden Teutónica, vencida en 1242 por el héroe ruso Alexandr Nefski). La presión de la Horda condicionaría a Rusia durante más de dos siglos.

* * *

En el siglo XIII cuajaron las universidades, muchas de ellas aún hoy existentes, como las de Cambridge (1209), Salamanca (1218), Padua (1222) Nápoles (1224), Siena (1240), Valladolid (1241), Coímbra (1290) y otras. Algunas como, en España, las de Palencia o Lérida, desaparecerían. Las universidades desplegaron la alta cultura, base de un auge intelectual europeo no interrumpido hasta hoy, mientras la cultura del islam se estancaba. La universidad más prestigiosa, foro de los grandes debates, fue la de París, y luego la de Oxford.

El protagonismo religioso e intelectual mantenido por los benedictinos en los siglos anteriores pasó a dominicos y franciscanos. Ambas órdenes seguían la indicación de Jesús de un total desprendimiento, en reacción a la opulencia y ostentación de buena parte de la jerarquía eclesiástica, la cual despertaba sentimientos anticlericales, sátiras y actos violentos. La orden franciscana fue fundada por el italiano Francisco de Asís en 1208, y la dominica por el español Domingo de Guzmán siete años después. Las dos habían crecido con rapidez por toda Europa Occidental.

Las dos órdenes llevaron al apogeo la escolástica y echaron las bases del pensamiento científico. Suele considerarse aristotélicos a los dominicos, y platónico-agustinianos a los franciscanos, pero los dos combinaron ambas filosofías, si bien de distinto modo. De los dominicos

destacaron Alberto Magno, alemán, y su discípulo Tomás de Aquino, italiano, dedicados a conciliar la fe con la razón y la ciencia. Alberto poseía un saber amplísimo, bien fundado para su tiempo, en astronomía, química, física, zoología y otras ciencias, englobadas por entonces como ramas de la filosofía (filosofía de la naturaleza). Rechazó el argumento de autoridad y propugnó la investigación directa de los fenómenos. La filosofía debía supeditarse a la teología, ciencia máxima, distinguiendo entre verdades conocibles y misterios accesibles por revelación. Defendió el libre albedrío y la responsabilidad como fundamentos de la ética.

Tomás perfeccionó la labor de Alberto en una magna síntesis, la *Summa teologica*. Admitió la razón como un potente medio para acceder a la verdad, aunque el grado más alto de verdad procede de la revelación: la razón puede probar la existencia de Dios a través de las célebres cinco vías, aunque su mayor comprensión exige la fe. El fin de la vida terrena es alcanzar el máximo de felicidad mediante el espíritu pacífico, la caridad y la santidad; pero la felicidad plena, la visión beatífica de Dios, sólo llega tras la muerte. Para el gobierno humano existe la ley natural impresa en el hombre, válida universalmente, cimiento de las leyes concretas y piedra de toque para juzgar éstas contra las leyes tiránicas. La teoría de la ley natural ha influido en casi todos los textos legales europeos, y una derivación de ella ha sido la concepción de los derechos humanos como naturales. Dicha ley manifiesta la ley eterna de Dios que rige el universo, e incluye principios básicos como la búsqueda del bien o el derecho a vivir y procrear. El formidable sistema de Tomás de Aquino (tomismo) fue en adelante la principal orientación de la filosofía y la teología católicas.

Los franciscanos, rivales de los dominicos, teorizaron

desde la Escuela de Oxford, fundada por el inglés Robert Grosseteste, el cual distinguió las matemáticas como ciencia principal y clave de las demás, y creía el mundo explicable por medio de la geometría (un enfoque platónico). Expresó una clara percepción del método aristotélico: inducción desde hechos particulares para llegar a conclusiones o principios generales, y desde éstos hacer predicciones particulares para confirmar la validez de tales principios. Esa doble vía debía basarse en la experimentación. Dio así un gran paso hacia la sistematización del método científico. De la misma escuela, Roger Bacon fundamentó más a fondo, teórica y prácticamente, el método experimental.

El escocés Duns Scoto separó en mayor medida la filosofía de la teología, consideró reales los universales, en la tradición agustiniana, y negó, de modo quizá contradictorio, la distinción entre esencia y existencia, recogida por Tomás de Aquino del islámico Avicena. En pro de la existencia de Dios, arguyó que la totalidad de las cosas causadas debe ser ella misma causada por algo ajeno a esa totalidad; de otro modo caeríamos en el sinsentido de adjudicar a la totalidad la causa de sí misma. Lo más interesante de su teoría es la primacía de la voluntad, y con ella de la libertad, sobre el entendimiento, el cual carece de libertad con respecto a las verdades que descubre. La voluntad libre de Dios creó el mundo como es, pero podía haberlo creado del todo diferente. Estas ideas tendrían largas consecuencias.

La cuestión de la razón y la fe no es sólo el gran tema de la escolástica, sino de toda la filosofía occidental, planteada desde diversas perspectivas: los atributos divinos, los universales, el fundamento del mundo y la posibilidad de conocer éste, la materia y el espíritu, el verbo y la acción… Y otras derivadas, como el origen y justificación de la moral o

del poder. Cuestiones aparentemente sin fin, por lo que cabría pensar que el titánico esfuerzo filosófico ha sido baldío. Pero semejan el horizonte, que siempre retrocede, pero permite descubrir paisajes nuevos marchando hacia él. Así esa tarea ha alumbrado o profundizado el pensamiento científico o el político, por ejemplo. Tales cuestiones derivan con mayor o menor agudeza de la esencial inquietud humana, pero quizá no se hubieran desarrollado sin esa tensión entre poder político y religioso típico de Europa Occidental y la consecución de cierto desahogo frente a enemigos externos.

En España, ya quedó indicado, esas cuestiones tuvieron poca incidencia, por la peculiaridad de su situación, más insegura, y que había acercado el poder político y el religioso más que en ultramontes. La lucha de España también estaba salvando a Europa Occidental de un serio peligro, y las disquisiciones intelectuales del norte sonaban en la península a entretenimientos superfluos. No por ello debe creerse en una religiosidad robusta y clara, pues persistían las supersticiones mágicas, la blasfemia extendida a todas las capas sociales, sin excluir, como dice Sánchez Albornoz, ráfagas de ataques furiosos al clero por parte de las turbas o de los nobles, asesinatos de personas supuestamente sagradas y quema ocasional de templos.

26

LAS CATÁSTROFES EUROPEAS DEL SIGLO XIV

El siglo XIV comenzó con una grave crisis de la Iglesia cuando, después de un período de choques con el monarca francés, el papa Clemente V trasladó su sede a Aviñón, en 1309. El traslado duraría setenta años y valdría al Papado tachas de sumisión a Francia y corrupción, debilitando su autoridad hasta abocar al Cisma de Occidente en 1378. Este año Gregorio XI volvió la sede a Roma, y pronto murió. Entonces la plebe romana amenazó con matar a los cardenales si no elegían un pontífice italiano. Los cardenales franceses acusaron al elegido, Urbano VI, de despotismo e ilegitimidad, al deber su cargo a la conminación de las turbas, y eligieron otro Papa, Clemente VII, que volvió a Aviñón. El cisma desató protestas de intelectuales, clérigos y políticos, así como conflictos diplomáticos y militares. El imperio, los ingleses, polacos y escandinavos aceptaron al Papa de Roma; Francia, Escocia y Nápoles optaron por el de Aviñón; los españoles estuvieron expectantes hasta 1381, en que secundaron a Clemente. En 1389 murió Urbano y los romanos eligieron a Bonifacio IX; y cuando murió Clemente en Aviñón, en 1394, sus partidarios nombraron al español Benedicto XIII (el Papa Luna), con apoyo de Portugal, Castilla, Aragón, Escocia y Francia; pero los franceses pronto se despegaron de él, por ser aragonés y poco influenciable. En 1398 los obispos franceses acordaron retirarle los beneficios e impuestos eclesiásticos y pasárselos a su rey, convirtiendo a éste, de hecho, en la cabeza de una iglesia nacional. Sitiaron a Benedicto en Aviñón, pero no lo doblegaron. El cisma iba a prolongarse hasta 1429.

También continuaron las disputas entre dominicos y franciscanos, y entre el Papado y el sector franciscano llamado «espiritual». Éste quería sustituir la Iglesia jerárquica por la espiritual, que, fundada en una radical imitación de Cristo en la pobreza, debía renunciar a los corruptores bienes materiales y vivir de limosna (pero alguien debía dar la limosna, lo que implicaba aceptar donativos impuros). Ni el Papado ni los dominicos admitían esa idea. La oposición, intrínseca a la Iglesia, entre el afán de riqueza y el contrario, siempre causaría roces internos y reformas. La imitación de Cristo propuesta por los *espirituales* hundiría probablemente la influencia cristiana y animaría las sectas; pero encontraba argumentos en el Evangelio, y la conciliación no era fácil.

Franciscanos y tomistas admitían la división entre el conocimiento accesible a las facultades humanas y el obtenido necesariamente por revelación divina; pero a partir de ahí divergían. Sería el franciscano inglés Guillermo de Occam (Ockham) quien llevara más lejos la discrepancia. Defendió a los espirituales hasta acusar al papa Juan XXII de herejía. Huyendo de éste, buscó la protección del emperador Luis IV de Baviera, también en querella con el Pontífice, y fue excomulgado. Murió en Múnich en 1349, víctima de la peste, y unos años después la Iglesia lo rehabilitó.

A la versión tomista, según la cual la razón podía acceder a gran parte de la realidad de Dios, y la ética se basaba en el libre albedrío, Occam oponía que Dios desbordaba por completo la razón humana y que, en su libertad y omnipotencia, podía haber hecho un mundo distinto. Sólo la voluntad guiada por la fe, y no la razón, podía vislumbrar la verdad divina. Al ser tan impenetrable la voluntad de Dios,

el hombre no podía saber si sus actos le hacían merecedor de la vida eterna, y las enseñanzas de la Iglesia y el Papado se reducían a opiniones sin autoridad definitiva; la fe —no el libre albedrío— cimentaba la ética, y la revelación estaba en la Biblia, que cada cual debía leer e interpretar por su cuenta (la Iglesia consideraba que el vulgo no sabría dar el sentido justo a la Biblia, de ahí el magisterio y la tradición).

En cambio el mundo, creado por Dios y accesible a los sentidos, podía ser estudiado empíricamente y al margen de la teología, apartando a ésta de la ciencia natural. Al respecto expuso el principio conocido más tarde como *Navaja de Occam*: «No debe proponerse innecesariamente la pluralidad de causas». Es decir, entre las explicaciones de un fenómeno válidas en principio, debe preferirse la más simple, por ser la más acertada, probablemente. Idea expuesta también por Tomás de Aquino, Maimónides y otros, y presente en el dicho latino «la sencillez es la marca de la verdad». Bertrand Russell la ha definido como evitación de una entidad hipotética si un fenómeno puede explicarse sin recurrir a ella. Llevada a sus últimas consecuencias (eludidas por Occam, pues consideraba —por fe— a Dios la única entidad realmente necesaria), *La Navaja* permite concluir, como Laplace siglos después, que el mundo puede explicarse sin la hipótesis de Dios. Y al separar razón y fe, puede reducir ésta a fanatismo.

En política desaparecía la ley natural, pues la voluntad divina era incognoscible. Al no existir los universales fuera de la mente, no cabe distinguir una esencia humana ni derivarse derechos de ella. Sólo existen los individuos, y los derechos y leyes concretas se limitarían a convenciones entre individuos, sin ninguna ley natural que les diese validez. Así, el poder secular se alejaba del eclesiástico, pues si en teología

la Iglesia sólo tenía opiniones discutibles, más aún en política. De hecho, el emperador superaba al Papa, por gobernar almas y cuerpos, mientras que el Papa se limitaba a las almas. El poder de quien tuviera la potestad de elaborar las leyes se hacía indiscutible. Occam abogaba por la monarquía, pero proponía su poder compartido con los parlamentos para los asuntos de interés general. La idea reflejaba una tendencia que venía extendiéndose por Europa desde las Cortes de León, y causaría pugnas entre reyes y parlamentos por decidir quién ostentaba la soberanía efectiva.

La concepción se aplicaba asimismo a la Iglesia, en torno a la cual Occam defendía el conciliarismo: la autoridad máxima no sería el Papa, sino las decisiones mayoritarias de los concilios. Como la mayoría puede no tener la verdad, Occam recomendaba cautela y procurar que el sector decisorio fuese «el mejor y más sano»; aunque todos los sectores tienden a considerarse los mejores y más sanos.

Estas doctrinas, si bien admitidas por la Iglesia, chocaban de frente con el tomismo predominante, y tuvieron un peculiar desarrollo etnocultural: el occamismo, centrado en la voluntad y la fe, se extendió por el mundo germánico, y el tomismo, que valoraba la razón y el libre albedrío, predominó en el latino, donde pronto iba a crecer el humanismo. España, en general, se inclinó por el tomismo o las ideas de Ramón Llull, que negaban cualquier contradicción entre razón y fe.

Suele decirse que Occam abrió ancha vía al desarrollo científico y al pensamiento liberal, aunque estas consecuencias no eran las únicas posibles desde sus posiciones, ni el tomismo chocaba con la ciencia. Ni con las libertades políticas, como indica el desarrollo de las Cortes

en España. Coetáneo de Occam, el radical Marsilio de Padua sostuvo que de una voluntad popular emanarían, por elección mayoritaria, las leyes que debía cumplir el príncipe, idea aplicable también a la Iglesia. Cada cual podía entender el Evangelio a su modo, ninguna autoridad podía llamar hereje a nadie, y el Estado debía gobernar a la jerarquía eclesiástica. Su sistema político parece ajeno a motivaciones o creencias religiosas. De hecho atacó al Papa y defendió al imperio, lo que le valió, siendo laico, que el emperador le concediese el arzobispado de Milán.

Las ideas de Marsilio y de Occam podían tener desarrollos varios, desde un estatismo nobiliario o comunista hasta el anarquismo, y así ocurriría históricamente. A finales de siglo el inglés Wiclef, occamista y contrario a la Iglesia jerárquica, partidario de someterla a los poderes temporales y proclive a cierto anarquismo, parece haber influido en la revuelta campesina inglesa de 1381.También influyó sobre el movimiento husita de Praga, con los mismos rasgos, y de claro nacionalismo checo.

* * *

El siglo XIV resultó calamitoso en muchos aspectos. Desde comienzos de la Edad de Asentamiento, tres siglos atrás, habían prosperado como nunca antes en Occidente el arte, la producción agraria y en general económica, la actividad intelectual, las ciudades, la población, las comunicaciones… aunque en las últimas décadas la economía parecía estancarse. Inglaterra pasó de uno a entre cuatro y siete millones de habitantes, Francia había llegado a unos dieciocho y España pudo haber alcanzado los seis. Además, la amenaza mongola se había desvanecido por azar, salvo en Rusia. Por contraste, el siglo XIV trajo desastres apocalípticos: la Gran Hambruna y la Gran Peste, o Peste

Negra, mermaron brutalmente la población, que en muchos casos no se recobró hasta el siglo XVII, incluso hasta el XIX.

Las malas cosechas y la consiguiente mortandad afligían de siempre a los países europeos, pero nada comparable a los tres años de 1315 a 1317, cuando el clima cambió desde la mitad de Francia al norte. Lluvias incesantes en primavera y verano, y temperaturas bajas, arruinaron las cosechas y los piensos, los precios de los alimentos subieron en vertical y cundió un hambre atroz. Se extendió el abandono de niños, el infanticidio, el canibalismo, el bandidaje y el crimen, y murieron millones de personas, un mínimo del 10 por ciento de la población de la mitad norte de Europa. Luego la situación mejoró, pero hasta ocho años después no volvió la normalidad. La ruda experiencia parece haber endurecido las conductas sociales y las guerras, y trajo cierto descrédito a la Iglesia y a los poderes seculares, por su ineficacia.

El desastre apenas afectó a la Europa mediterránea, pero España sufría el hambre con cierta asiduidad, debido a su sequedad y pobreza de suelos. La de 1333 mató a tantos que, según la *Crónica Conimbricense*, no había sitio en las iglesias para enterrarlos.

Apenas se recobraba Europa cuando, en 1347, la Peste Negra, mucho más mortífera, abarcó a todo el continente y a Asia y África del norte. Las pestes solían visitar a la humanidad, pero rara vez causaban tal estrago, aun con precedentes como la «Peste Antonina» de 166, que debilitó al Imperio romano, o la «Plaga de Justiniano», de 542. La del siglo XIV nació en Asia central o norte de India, extendida por pulgas de ratas infectadas a través de las invasiones mongólicas y las relaciones comerciales (algunos barcos perdían toda su tripulación antes de alcanzar puerto). Se propagó desde Italia y acabó con más de 25 millones de

personas, entre un tercio y la mitad de los europeos. Regiones enteras quedaron casi despobladas y algunos estudiosos calculan para España, Italia y sur de Francia la pérdida de hasta tres cuartas partes de la población, lo que suena exagerado. Cifras obviamente especulativas, pero la catástrofe fue real.

Al ignorar su origen y tratamiento, muchos consideraron la peste un castigo divino. Proliferaron rogativas y penitencias, los flagelantes recorrían ciudades y campos, todo en vano, y la acumulación de gente en las iglesias proporcionaba alivio psicológico, pero ayudaba a expandir el mal. Otros se daban a todas las inmoralidades. El pueblo culpaba a los leprosos, mendigos, extranjeros o judíos. Los leprosos fueron casi exterminados y los judíos, acusados de envenenar los pozos, sufrieron cientos de pogromos: culminaba un período abierto por el IV Concilio de Letrán, de 1215, que se había opuesto a la convivencia de judíos y cristianos, y recomendaba que los primeros vivieran en barrios separados y la ropa los identificara. En 1296 los hebreos habían sido despojados de sus bienes y expulsados de Inglaterra, y en 1308 de Francia. Aun así, el papa Clemente VI intentó ponerlos bajo la protección del clero durante la peste. El clero y los médicos sufrían aún más la plaga, por cuidar a los enfermos. La peste se reproduciría en los siglos siguientes en diversos países, con efectos terribles pero sin alcanzar la mortalidad de aquellos cuatro años fatídicos. Como decía una crónica italiana, «parecía el fin del mundo», el preludio del Apocalipsis.

Una calamidad tan exterminadora hubo de tener efectos ideológicos y económicos profundos. Aún más que cuando la Gran Hambruna, creció la desconfianza hacia los poderes seculares y el Papado, incapaz éste de explicar la razón del

terrible castigo; se popularizaron las «danzas macabras» o de la muerte y cundieron movimientos heréticos, místicos y reformistas. Miles de propiedades abandonadas beneficiaron a algunos supervivientes. Se agilizó la promoción social y surgió una nueva capa nobiliaria. Las oligarquías, por compensar la reducción de sus ingresos, impusieron mayores cargas a los campesinos, ocasionando revueltas. La caída de la mano de obra estimuló la innovación técnica; también en la guerra, con el empleo de armas de fuego. Se ha supuesto que los marcos políticos y culturales saltaron, causando una reestructuración social y cultural, preludio del humanismo y hasta del Renacimiento, pero la ruptura no debe exagerarse. Las instituciones, desde la Iglesia a los estados y las relaciones señoriales, aun quebrantados, resistieron, y Europa permaneció católica.

Tampoco cesaron las guerras, que se hicieron más amplias y violentas. Así entre las ricas ciudades de la Liga Hanseática y Dinamarca, entre eslavos y la Orden teutónica, o de franceses y otros contra los turcos, que ya habían puesto pie en los Balcanes y Bulgaria, dejando a Constantinopla casi encerrada. La contienda más dura y larga fue la Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra con repercusión sobre España.

* * *

Para Italia el siglo XIV fue, a pesar de tantas calamidades, una edad de oro literaria, con figuras como Dante, Petrarca y Boccaccio. El primero creó la obra considerada más importante de la literatura italiana y una de las mayores de la literatura universal, la *Divina Comedia*; los poemas de Petrarca, en particular sus sonetos, servirían de modelo a la poesía posterior del resto de Europa, y el *Decamerón* de Boccaccio —colección de cuentos

desvergonzados, divertidos y anticlericales, más significativos por su trasfondo en la Florencia de la Gran Peste, que mató a más de la mitad de los habitantes— influiría asimismo en obras como los *Cuentos de Canterbury*, primera obra literaria escrita en inglés, ya en los años ochenta del siglo XIV, y en numerosas obras francesas, españolas, etc. A los tres les une el *dolce stil novo*, más refinado e introspectivo que la poesía de los trovadores, centrado a menudo en la adoración de la belleza femenina, idealizada como una manifestación de Dios y camino hacia él: un amor espiritual, redentor, ligado a veces al sentimiento de la muerte. Los tres se sintieron inspirados por el amor a sendas musas, Beatriz, Laura y *Fiammetta* (*Llamita*), menos espiritual el de Boccaccio a *Fiammetta*, incluso el de Petrarca: «Me gustaría poder decir que estuve siempre libre de los deseos de la carne, pero mentiría». Su opción por la lengua italiana (también escribieron en latín) expresa sentimientos nacionales, más explícitos en Petrarca, que abogó por una Italia «santísima y querida por Dios, dulce a los buenos y temible a los soberbios», que recuperase la gloria de Roma. Fundaban una nueva orientación literaria y de actitud ante la vida. Orientación presentada, excepto en Dante, como ruptura con la tradición. Pero eran católicos devotos y no veían oposición entre ello y sus ideas.

A Petrarca se le considera el padre del humanismo por su admiración a la cultura grecolatina, que concilia con el mensaje cristiano, y por su creencia en las cualidades humanas como un don de Dios que debía desplegarse al máximo.

* * *

La guerra europea más devastadora fue la llamada *de los Cien Años*, entre Inglaterra y Francia, que duraría más de un

siglo, de 1337 hasta 1453, aunque casi la mitad pasara en treguas. Sus daños se complicaron con guerras civiles, revueltas campesinas, campañas inglesas en Escocia y Gales, y pestes. La lucha robusteció el espíritu nacional inglés y francés: por primera vez en tres siglos se oficializó el idioma inglés en Inglaterra (por Eduardo III), pues hasta entonces el idioma en los juicios, parlamentos, la corte y toda la vida oficial y casi toda la cultural era el francés (o el latín). La población expresaba su resentimiento con rumores de que la oligarquía pretendía acabar con la lengua inglesa. A su vez, la medida de Eduardo III causó una fuerte anglofobia en la Francia ocupada por los reyes ingleses. También fue sustituida en gran parte —a lo que contribuyó mucho la peste— la oligarquía normanda por otra más propiamente inglesa. Por la misma razón, y por las pérdidas bélicas, cambió la oligarquía francesa.

El origen próximo de la guerra se remonta al autocrático Felipe IV *el Hermoso* de Francia, que a principios del siglo convirtió a su país en el más fuerte de Europa, aun si Borgoña seguía en manos del imperio, y regiones del oeste bajo dominio inglés. Sus planes requerían mucho dinero, y por ello atacó sucesivamente a los judíos pudientes, a los templarios, a los banqueros lombardos y a la Iglesia. En 1306 hizo arrestar a los judíos, los privó de sus bienes, los expulsó de Francia y obligó a los franceses a pagarle a él las deudas contraídas con aquéllos. Aún más feroz fue el trato a los templarios, el año siguiente. En un solo día fueron arrestados por sorpresa en toda Francia, atormentados para que confesaran herejía, sodomía y sacrilegios, y quemados vivos varios de ellos. Luego exigió impuestos a la Iglesia. El papa Bonifacio VIII replicó con una bula afirmando la superioridad del Papado sobre los poderes temporales, que

lo eran sólo con su permiso. Pero Felipe se consideraba cabeza de la cristiandad, acusó al Papa de simonía y herejía y ordenó arrestarle (al efecto convocó una asamblea de nobles y burgueses, antecedente de las Cortes francesas, llamadas Estados Generales). Uno de sus sicarios derribó a Bonifacio de su solio, con un bofetón asestado con manopla de hierro. El Papa murió pronto, al parecer por las vejaciones sufridas. Algún tiempo después fue elegido Clemente V, mucho más maleable, a quien Felipe obligó a aceptar la condena de los templarios. Este Clemente fue quien en 1309 trasladó la sede papal a Aviñón, feudo de Sicilia, aparentemente por huir de la inseguridad de Roma, donde hacían estragos las reyertas entre familias nobiliarias.

El reinado de Felipe IV fue marcado por la lucha con Inglaterra, para la cual se alió con los escoceses que resistían la invasión inglesa, derrotándola en Bannockburn, en 1314, nueve años después de la cruelísima ejecución de Wallace. No obstante, en 1303 Felipe quiso cimentar la paz casando a su hija Isabel con el heredero de la corona inglesa, Eduardo II. Paradójicamente, de ahí resultaría el comienzo de la Guerra de los Cien Años. Extinguida en 1328 la dinastía francesa de los Capetos, el rey Eduardo III de Inglaterra reclamó el trono de Francia, ya que su madre era aquella Isabel casada con Eduardo II. Pero los nobles franceses arguyeron que la ley sálica impedía transmitir el reino por vía femenina, y no deseaban un monarca inglés, por lo que nombraron a Felipe de Valois. En 1337 comenzaría la guerra interminable. Eduardo III lanzó cabalgadas devastadoras por Francia, hasta lograr en Crécy (1346) y diez años después en Poitiers, victorias aplastantes gracias al «arco largo», de origen galés, arma simple pero revolucionaria, que permitía realizar verdaderas matanzas a

distancia. Hasta 1360 los ingleses llevaron por completo las de ganar. Después se volvieron las tornas, debido en parte a la implicación de Castilla al lado de Francia.

La Guerra de los Cien Años tenía vastas implicaciones económicas, ligadas al control del golfo de Vizcaya y el Canal de la Mancha, así como de Flandes, el principal centro textil y la región más rica de Europa. Ciudades como Brujas, Gante o Yprés, no sólo eran opulentas, sino también centros de cultura y arte comparables a los de Italia del norte. Al intentar Francia dominar Flandes, Inglaterra cortó el envío de lana a sus talleres, provocando una crisis; los flamencos se alzaron contra Francia y restablecieron la situación. Pero las alternativas de la guerra y la creciente producción textil inglesa (fundada por flamencos) desviaron el comercio de la lana de Inglaterra a España, donde funcionaban desde 1300 las ferias de Medina del Campo.

Otra consecuencia de la Guerra de los Cien Años, ligada a la ruina económica y las exacciones que provocó en Inglaterra y sobre todo en Francia, fueron las revueltas campesinas y del pueblo llano. Ya en 1302 había triunfado en Flandes un movimiento de tejedores y menestrales contra Francia, y en 1358 los campesinos franceses del norte, oprimidos por impuestos derivados de la guerra, emprendieron la rebelión conocida por la *Jacquerie*, ahogada en sangre por los nobles; la revuelta inglesa de 1381, exigiendo la abolición de otro impuesto parecido y de la servidumbre, sería igualmente aplastada, pero dejaría un rastro memorial influyente en la legislación inglesa posterior. Las revueltas campesinas, unidas a movimientos político-religiosos y utópicos, se convertirían en parte del panorama histórico europeo en este siglo y el siguiente.

27

APOGEO DE CATALUÑA. CASTILLA EN LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

Por los primeros años de este siglo XIV tuvo lugar la expedición de los almogávares, un cuerpo militar inhabitual, catalanes pirenaicos en su mayoría, también aragoneses y navarros: infantería ligera, con armas toscas y sin protección de casco o cota de malla, que viajaban con sus mujeres e hijos. Eran expertos en guerrillas y tan acometivos que desbarataban a tropas más pesadas y numerosas. Se habían hecho notar en Mallorca, Valencia y luego en Sicilia, a favor del aragonés Federico II contra los franceses. Tras la paz de Caltabellotta, en 1302, Federico no podía pagarles, y sintió alivio cuando el emperador Andrónico II de Bizancio pidió ayuda contra los turcos, que amenazaban a la misma Constantinopla. Federico había puesto a los almogávares al mando de Roger de Flor, un suritaliano de origen alemán, templario expulsado de la orden y luego pirata, que se había ofrecido a Aragón. En 1303, Roger y su «compañía catalana», de 2500 almogávares (más 4000 familiares) llegaron a Constantinopla.

La poderosa colonia genovesa en la ciudad no quería a competidores de Barcelona, se enfrentó a ellos y fue aplastada. Luego, la compañía derrotó a los turcos y a los alanos, que también invadían Anatolia; pero Roger fue acusado de querer tallarse un reino propio, los bizantinos pagaban mal, y los almogávares saqueaban a la población. En abril de 1305 el heredero imperial, Miguel IX, invitó a Roger y a sus oficiales a un banquete, y allí los hizo matar por mercenarios alanos. Descabezada, la compañía debió haberse desmoronado, pero se reorganizó y aplicó la

«venganza catalana»: arrasó la comarca de Constantinopla, venció a las tropas del emperador y masacró a los alanos. El ducado de Atenas había caído en manos de los francos —una derivación de las cruzadas— y el duque pidió ayuda a los almogávares contra los bizantinos; pero, cumplido el encargo, rehusó pagar, por lo que sus acreedores lo aniquilaron junto con sus caballeros, en 1311.Al negarse a devolver el ducado a los franceses, la compañía recibió la excomunión del Papa y un ejército francés, al que también derrotó, en 1331. Luego ocupó Neopatria, en Tesalia, y puso ambos ducados bajo soberanía de Aragón hasta 1390, cuando se impuso allí Venecia. La crónica de las gestas y desmanes almogávares fue escrita por Ramón Muntaner, hombre fantasioso cuando habla de hechos que no conoció, pero fiable en éstos, que presenció.

* * *

Si bien con la perspectiva del tiempo damos por resuelta la Reconquista tras las Navas de Tolosa, eso nadie podía saberlo entonces. La amenaza musulmana impuso nuevos y agónicos esfuerzos cuando el imperio benimerín puso en marcha una ofensiva conjunta con el reino de Granada, vasallo de Castilla pero deseoso de reconstruir Al Ándalus. En 1329 los moros recobraron Algeciras y en 1333 Gibraltar, sin que el paso de sus tropas por el Estrecho pudieran frenarlo las flotas castellana y catalana, quedando la primera destrozada. Alfonso XI de Castilla-León, desesperado, pidió ayuda a Alfonso IV de Portugal, y la escuadra lusa, mandada por el genovés Pezzagna, más otros barcos aragoneses, genoveses y una nueva flota castellana construida a toda prisa en Sevilla, dominaron el Estrecho. El sultán benimerín Abu Hasán, creyendo resuelto el problema con sus anteriores victorias, había retirado de allí sus barcos,

y su ejército en España quedó aislado del Magreb. No obstante era una fuerza muy potente, de unos 60 000 hombres, y asedió Tarifa. Castilla-León y Portugal acudieron con un número de soldados algo inferior, y Abu Hasán ordenó afrontarlos cerca de la ciudad y del río Salado. Los cristianos introdujeron 5000 hombres en Tarifa, con idea de sorprender por la espalda a los benimerines. El día del combate, 30 de octubre de 1340, el grueso de los cristianos acometió de frente mientras los de Tarifa atacaban desde atrás; los moros sufrieron una completa derrota, de la que el propio Abu Hasán se libró por poco.

Al año siguiente, los moros volvieron al Estrecho con vistas a una nueva ofensiva, pero la flota española, auxiliada por las de Génova y Pisa, los rechazó. Los cristianos recobraron Algeciras, fracasaron ante Gibraltar, donde murió Alfonso XI en 1350, de peste, y atacaron Granada, con poco éxito. Dieciocho años más tarde el imperio benimerín se fracturó y ya no fue posible a los magrebíes un nuevo asalto a la península. Granada quedó más indefensa, pero aun así difícil de ocupar, y además pagaba tributos a Castilla, con lo que el final de la Reconquista iba a aplazarse casi un siglo y medio.

Tras la batalla del Salado parece consolidarse una España de cuatro reinos: Aragón vive el apogeo de su expansión mediterránea; Navarra cae en la órbita de Francia, aun manteniendo características propias; Castilla iba a verse envuelta en guerras civiles, y Portugal se fortaleció con las reformas de Dionisio I, que también fundó la Universidad de Coímbra y una potente flota. La Reconquista parecía culminar así en la dispersión política. El ideal reunificador persistía pero se debilitaba al afianzarse unos reinos fuertes con intereses particulares, rivalidades y alianzas

internacionales opuestas. Así como lo más probable, hasta siglos después de la invasión árabe, había sido el fracaso de la Reconquista, ahora lo más probable resultaba la configuración de la península de modo similar a como ocurriría en los Balcanes. De hecho, el predominio castellano fue retado pronto por Portugal y Aragón. El primero había invadido Castilla en 1335 y mantenido la guerra durante cuatro años, hasta volver a la alianza frente a la invasión benimerín; y posteriormente se concertó con Aragón para nuevos ataques a Castilla, enfrentamiento que duraría trece años por parte aragonesa, a partir de 1356.

* * *

Cataluña alcanzó su apogeo en las primeras décadas del siglo XIV. Disponía de la Universidad de Lérida y otros focos de cultura, dominaba las islas del Mediterráneo occidental y partes de Grecia, y Barcelona competía con las ciudades comerciales italianas. Pero desde 1333 la región sufrió una mortífera hambruna y el bloqueo por la flota genovesa, y en la década siguiente el azote de la Peste Negra. Su población, próxima al medio millón de personas, bajó a la mitad, y sobrevinieron el estancamiento y querellas sociales. El sistema confederal de Jaime I originó discordias. Mallorca, en pleno auge económico y cultural, rompió el vasallaje a Aragón y se separó hasta que en 1343 Pedro IV *el Ceremonioso* volvió a invadir la isla. Hubo otro intento separatista en 1349, y sólo en 1375 volvió Mallorca definitivamente a la corona. *El Ceremonioso* también desbarató entre 1347 y 48 una revuelta de aragoneses y valencianos.

En 1351, Pedro guerreó contra Génova, sofocó dos revueltas en Cerdeña e instaló en la isla una colonia de catalanes (Alghero). Libró su contienda más prolongada, de

veinte años, desde 1356, con el castellano Pedro I *el Cruel* (Guerra de los dos Pedros). La lucha se acompañó de plagas de langosta, peste y hambres. Desde 1366 intervino en la guerra civil que asolaba Castilla, respaldando a Enrique de Trastámara contra Pedro I, un reflejo de la Guerra de los Cien Años. La paz llegó en 1375, al casarse la hija del rey aragonés, Leonor, con Juan, heredero de Castilla, boda de trascendental alcance político. No hubo vencedores ni vencidos y los dos reinos quedaron exhaustos. *El Ceremonioso* hubo de admitir la inspección de las cuentas reales por las Cortes, a través de la Diputación del General («general» se llamaba a los tributos reales, y la diputación provenía de las Cortes celebradas Monzón en 1289), de la que derivaría la *Generalitat*.

Tratando de aumentar el poder regio, *El Ceremonioso* chocó con el inquisidor general, Nicolau Aymerich. Éste, muy propenso a usar la tortura, llegó a prohibir las obras de Raimundo Lulio, se enfrentó al predicador Vicente Ferrer, fomentó una revuelta contra el rey en Tarragona y redactó normas inquisitoriales que influirían también en Castilla al extenderse a ella la Inquisición, un siglo más tarde.

Se considera a Pedro IV *el Ceremonioso* autor o impulsor de la *Crónica de San Juan de la Peña*, primera historia general de Aragón, que comienza con Túbal, hijo de Jafet, como primer poblador de España. Quizá quería imitar la *Estoria de España* de Alfonso X *el Sabio*. Mandó traducir las *Partidas* de Alfonso para reforzar la autoridad real y durante su reino los viejos condados del noreste empezaron a conocerse oficialmente como Principado de Cataluña. Compuso o hizo componer una crónica de su reinado que, con el *Llibre dels fets* de Jaime I y las crónicas de Bernat Desclot y de Muntaner forma uno de los mejores conjuntos

historiográficos europeos de la época.

A pesar de sus esfuerzos, con Pedro IV terminó la época gloriosa de Barcelona, tanto por los desastres y dispendios de la guerra con Castilla como por el éxito de sus rivales genoveses, aliados de Castilla y Portugal; y porque, una vez despejado el Estrecho de Gibraltar de la presión musulmana, las rutas comerciales se alejaron de su puerto. La ciudad reaccionó con acciones bélicas y piratería, que a la larga le perjudicaron.

El siglo XIV se señala en la corona de Aragón por una lucha encarnizada entre el rey y los nobles. Las Cortes adquirieron allí, especialmente en Cataluña, mayor fuerza que en el resto de España y de Europa. Eran elegidas con poca interferencia regia, controlaban los tributos y el gasto y ejercían funciones legislativas, según doctrina elaborada por Francesc Eiximenis. Este franciscano exaltó sorprendentemente la riqueza y a los mercaderes, pidiendo para ellos el máximo favor porque «son la vida de la tierra donde están, son el tesoro de la cosa pública»; sin ellos, «las comunidades decaen, los príncipes se vuelven tiranos, los jóvenes se pierden y los pobres lloran […]. Nuestro Señor Dios les hace misericordia especial en muerte y en vida».

Eiximenis sostuvo a la vez la procedencia divina del poder y su origen en un acuerdo social, pues «nunca las comunidades dieron poder absoluto a nadie sobre ellas, sino con ciertos pactos». Su pactismo frenaba el poder regio, pero robustecía el de los grupos nobiliarios y mercantiles sobre el pueblo bajo y los campesinos, para quienes el monarca, más alejado, resultaba menos asfixiante. Eiximenis expresa la mentalidad oligárquica, también llamativa en un franciscano. Al revés que el dominico Vicente Ferrer, abogado del «pueblo menudo», denigró a éste con crudeza: gente

«bestial, rústica, desprovista de razón, maliciosa», apenas humana y a quien debía tratarse con «golpes, hambre y castigos duros y terribles». Un aborrecimiento quizá relacionado con la protesta de los payeses catalanes contra los «malos usos», que había de provocar sangrientas luchas, y con las revueltas campesinas y del «pueblo menudo» en Europa.

* * *

Durante la segunda mitad del siglo, Castilla se convirtió en teatro de la Guerra de los Cien Años. Después de que el heredero de la corona inglesa, conocido más tarde por *El príncipe negro*, capturase al rey de Francia, Juan II, se había llegado a la paz de Bretigny, en 1360, por la que el inglés Eduardo III renunciaba al trono de Francia a cambio de un tercio o más de su territorio. La paz no fue respetada, los franceses imitaron las asoladoras cabalgadas inglesas, arruinando aún más el país, pero con ellas forzaron a los ingleses a retroceder en pésimas condiciones.

El escenario bélico se extendió a España. Al morir de peste Alfonso XI de Castilla-León en 1350, ante Gibraltar, se desató una pugna entre el heredero legal, Pedro I, y su hermanastro Enrique de Trastámara, hijo bastardo de Alfonso. Para asegurarse el cetro, Pedro hizo matar a miembros de familias rivales, entre ellos la madre de Enrique, Leonor de Guzmán; por estas y otras represiones, sería apodado *El Cruel*. Juan II de Francia, buscando aliados, pactó casar a su sobrina Blanca de Borbón, de 14 años, con Pedro de Castilla, de 19, prometiendo una dote cuantiosa, que no podía pagar. En 1353 tuvo lugar la boda, pero a los tres días Pedro, que tenía una amante llamada María de Padilla, repudió a su esposa, quizá por el engaño en la dote, y la encarceló (moriría en 1361, con 22 años,

probablemente envenenada).

De ahí vino la ruptura con Francia y la rebelión de varias ciudades. Enrique, el hermanastro de Pedro, se sublevó dos veces, perdió y se puso al servicio de Pedro IV *el Ceremonioso* en la guerra contra Pedro de Castilla. Vencido en Nájera, en 1360, acordó ayudar de nuevo a los aragoneses a cambio de ayuda de éstos contra Pedro *el Cruel*. En 1366, con tropas castellanas, aragonesas y mercenarios franceses acaudillados por Bertrand Duguesclin, venció a Pedro, que se refugió en la Francia sometida a los ingleses, aliados suyos. Enrique se proclamó rey y hubo de conceder grandes premios a sus aliados, y de ahí su apodo, *El de las Mercedes*. Pero su rival reunió un ejército en gran parte inglés, con sus famosos arqueros, mandado por *El príncipe negro*, y venció a Enrique en una segunda batalla de Nájera, en 1367 (no pagó bien al Príncipe, que se retiró y entró en graves apuros económicos). Enrique reunió un nuevo ejército en Francia y lo confió a Duguesclin. La batalla de Montiel determinó el fin de Pedro. Duguesclin lo llevó con engaño ante Enrique y los dos reyes intentaron matarse uno al otro. Cuando Pedro parecía ganar, Duguesclin («no quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor»), auxilió a Enrique, que apuñaló hasta la muerte a su hermanastro y quedó rey como Enrique II de Trastámara, apodado *El de las Mercedes* y también *El Fratricida*.

Durante la guerra civil, Enrique había perseguido sañudamente a judíos y mudéjares, partidarios de Pedro, pero después les dio protección. Y entró, junto a Francia, en lucha naval contra Inglaterra. La flota castellana, compuesta por naves de Guipúzcoa, Vizcaya, Santander y otras, y mandada por Ambrosio Bocanegra, genovés instalado en Andalucía, hundió en 1371 una escuadra portuguesa en la

boca del Guadalquivir. Al año siguiente atacó a la marina inglesa en La Rochela, destruyó todos sus barcos y apresó a su almirante, el conde de Pembroke, a 8000 soldados y a 400 caballeros. El mar de la zona, antes en manos inglesas tras haber aniquilado a la flota francesa, quedó ahora libre, y los franceses avanzaron desembarazadamente por tierra, ayudados por castellanos; Inglaterra debió de abandonar a Portugal, que pasó a apoyar a Castilla, convertida en la mayor fuerza naval atlántica.

Muerto Bocanegra en 1374, le sucedió Fernán Sánchez de Tovar, que, junto con naves del almirante francés Vienne, desembarcó en varias ciudades del sur de Inglaterra y la isla de Wight, reproduciendo por vía marítima las cabalgadas, y capturó o hundió numerosos barcos, forzando a los ingleses a aceptar una tregua en 1375.Vueltas las hostilidades dos años después, Tovar atacó y saqueó numerosas poblaciones de la isla, en 1379 infligió nuevas derrotas a la armada inglesa, y en 1380 subió por el Támesis hasta las inmediaciones de Londres, incendiando Gravesend y otros objetivos. Algunas ciudades de la isla pagaban tributo a los invasores para mantener su seguridad. Al año siguiente, vuelto Portugal a la alianza inglesa, Tovar desbarató una escuadra lusa frente a Huelva, y bloqueó Lisboa: el corte de dinero y suministros para las tropas inglesas allí desplegadas hizo que éstas saqueasen a los lisboetas. Portugal volvió a la paz con Castilla, y Tovar transportó a los ingleses a su país. En 1385 el almirante murió de peste mientras asediaba nuevamente Lisboa.

No menos importante fue el efecto económico de estas acciones, pues aseguraron el libre tránsito entre España, Flandes, Francia y también Inglaterra, adonde iban la lana, vinos, hierro, aceite de oliva, jabón, frutas, mercurio, etc. de

Castilla. Los marineros y mercaderes castellanos obtuvieron ventajas fiscales en los puertos franceses y en Brujas, y este tráfico se convirtió en eje esencial, durante siglos, para la economía castellana, que, en contraste con la de Aragón, salió de aquellos conflictos con fuerte impulso, e hizo de Burgos un centro comercial de primer orden.

Otro éxito de los Trastámara fue, en 1375, el matrimonio de Leonor, hija de Enrique II, con el rey de Navarra Carlos III *el Noble*. El monarca navarro anterior, Carlos II *el Malo*, con grandes ambiciones de intervención en Francia y deseo de hacer valer sus derechos sobre los condados de Champaña y Brie, había impulsado una política hostil a Castilla, a la que había intentado arrebatar Logroño. Carlos III abandonó aquellas pretensiones y buscó la paz entre Francia e Inglaterra y entre Aragón y Castilla, y la amistad con la última, a la que ayudó contra Granada. También creó el título de príncipe de Viana para el heredero, al modo como en Castilla se había institucionalizado el príncipe de Asturias o en Inglaterra el príncipe de Gales.

* * *

La implicación hispana en la Guerra de los Cien Años tuvo otra derivación. En 1383 murió Fernando I de Portugal, y su hija Beatriz, cortejada por príncipes franceses e ingleses, prefirió a Juan I de Castilla, hijo del ya fallecido Enrique *el de las Mercedes*. Juan reclamó el trono portugués, pero parte de la nobleza lusa eligió a otro Juan, el maestre de la orden de Avís. De ahí derivó una guerra civil en Portugal, acompañada de intervención castellana e inglesa. La decisión llegó con la batalla de Aljubarrota: Juan de Castilla, heredero de Enrique, mandó un ejército de 30 000 hombres, entre ellos un escuadrón de la prestigiosa caballería pesada francesa. La desproporción contra los 6000 de Avís parecía

asegurar el éxito al primero, pero ocurrió lo contrario: los arqueros ingleses, atacando desde los flancos, mientras el centro portugués resistía, masacraron a las tropas castellanas de modo similar a como habían hecho con las francesas en Crécy y Poitiers. Juan de Avís, consolidado, inauguró una nueva dinastía y firmó con Inglaterra una alianza vigente hasta hoy.

El conflicto luso-castellano se complicó aún por el intento del duque de Lancaster de hacerse con el trono de Castilla, por haberse casado con Constanza, hija mayor de Pedro *el Cruel*. A tal fin había tratado con Portugal, Navarra y Aragón para cercar a Enrique II. Como Aljubarrota había suscitado en Castilla cierto movimiento a su favor, desembarcó en 1386 en La Coruña y con tropas inglesas y portuguesas invadió León. Pero fracasó, por lo que negoció el matrimonio de su hija con el heredero de la corona castellana, Juan I, y renunció a sus pretensiones sobre Castilla mediante una indemnización que no le sacó de apuros financieros. Con ello quedó afirmada la casa de Trastámara, que iba a desempeñar un papel crucial en la posterior evolución de España.

Juan I de Castilla restableció el poder real, sin intermediarios, sobre los señoríos de Molina y Vizcaya. A los habitantes de la última les concedió la hidalguía general, aunque la población, muy ruralizada, siguió sometida a los señores y a sus constantes peleas banderizas. El señorío de Asturias pasó a principado y atribuido, al igual que Vizcaya y Molina, al heredero de la corona. En 1390 falleció Juan I, de una caída de caballo durante un torneo, y le sucedió su hijo Enrique III *el Doliente*.

* * *

La cultura castellana tuvo en este siglo algunos

representantes literarios de primera fila, en particular el Arcipreste de Hita, el infante Juan Manuel y Pero López de Ayala. Del primero, llamado Juan Ruiz, poco se sabe. Al parecer escribió su única obra conocida, *El libro del buen amor*, en la cárcel, allí encerrado por orden del arzobispo de Toledo, Gil Álvarez de Albornoz. Éste fue también diplomático y militar talentoso al servicio del papa de Aviñón Clemente VI, cuyo sucesor, Inocencio VI, le comisionó en 1353 para restaurar la autoridad papal en Italia, lo que hizo con gran destreza, por la política y las armas. Escribió las *Constituciones de la Santa Madre Iglesia* para los estados pontificios, considerada a veces la primera Constitución política de la historia, la cual seguiría en vigor hasta 1816. De paso fundó el Collegium Hispanicum para estudiantes españoles en Bolonia, uno de los grandes focos culturales de Europa. Propuesto para Papa, rehusó el cargo, que recayó en Urbano V. Gil trató de reformar la Iglesia elevando la cultura y moralidad de sacerdotes y monjes, imponiéndoles el viejo principio del celibato, vulnerado a menudo. Quizá por lo último chocó con el Arcipreste, clérigo a su vez muy culto pero menos casto.

Si fue realmente el arzobispo quien encarceló al arcipreste, hizo un paradójico servicio a la cultura, pues el *Libro del buen amor* es una obra literaria insigne. Para estar escrita en prisión, exhibe un espíritu risueño, burlón y sutil, sin dejar claro si satiriza los vicios o la moral. Sus ironías, no pocas veces obscenas pero nunca amargas o cínicas, se ceban en las convenciones amorosas y literarias, en la liturgia, el amor cortés, etc., y parecen defender la extendida barraganía clerical. Todo hombre, dice, debe buscar la alegría en medio de los cuidados, pues «la mucha tristeza mucho pecado pon». El mayor motivo de alegría es el «juntamiento con

fenbra placentera», incluso si no se logra, pues ya compensa sentarse a la sombra del peral aunque la pera no llegue a catarse: sus aventuras amorosas siempre le salen mal, y sólo consigue su objeto al ser violado por una serrana espeluznante. El amor ennoblece al más zoquete y hace que los amantes, aun míseros y feos, se vean entre sí colmados de belleza. Cierto que virtudes semejantes tiene el dinero, que «al torpe faze bueno e omne de prestar, faze correr al coxo e al mudo fablar»; con cuyo motivo satiriza a la religión: «Si tovieres dineros, tendrás consolación […] comprarás paraíso, ganarás salvación […]. Yo vi en corte de Roma, do es la santidad, que […] todos a él se humillan como a la majestat». El dinero hace mentira la verdad y verdad la mentira, como el amor, que «siempre fabla mintroso». Por su variedad de temas, su estilo realista y a menudo bufonesco sin perder, no obstante, penetración psicológica y cierta delicadeza y ambigüedad inteligente, este libro nos habla de actitudes seguramente bastante extendidas entre la clerecía y el pueblo. Se le considera una cumbre de la literatura española y europea.

Coetáneo del Arcipreste y muy distinto de él fue Juan Manuel, nieto de Fernando III *el Santo*, sobrino de Alfonso X y uno de los mayores potentados de Castilla. Buena combinación de noble y escritor, instruido en todas las ramas de las letras y experto en las artes marciales caballerescas, pasó la mayor parte de su vida en intrigas políticas y luchas contra los moros de Granada y Murcia o —aliado a veces con Jaime II de Aragón o con los mismos granadinos— contra los reyes de Castilla Fernando IV y Alfonso XI, cuya legitimidad discutía. Como él dice, muchos hombres, entre ellos los dos reyes, quisieron matarle con venenos, asesinos contratados, armas y falsedades. La urgencia de afrontar a

los benimerines en el Salado (1340) le reconcilió con Alfonso XI, después de lo cual abandonó la política y dedicó su tiempo a escribir. El más famoso de sus libros, *El conde Lucanor* o *Libro de Patronio*, es una colección de cuentos con un fondo de moral práctica, muy valioso por su propio mérito, por ser el primer conjunto europeo de este tipo de relatos, anterior al de Boccaccio, y por la variedad de raíces, desde Esopo al *Panchatantra* indio y posiblemente a cuentos japoneses, llegados a lo largo de siglos a través del islam o de la Ruta de la Seda. Con el mismo enfoque edificante trata su modelo de sociedad y de príncipe en *El libro de los estados*, parcialmente inspirada en la leyenda de *Barlaam y Josafat*, versión desfigurada y cristianizada de la vida de Buda. Su *Libro del caballero y del escudero* expone una ética religioso-caballeresca inspirada en Ramón Llull. Tanto la vida turbulenta como la obra más serena de Juan Manuel condensan la mentalidad y acciones de muchos nobles de una época que cedía paso a otras formas de ver el mundo. Trató de estimular con ejemplos una conducta moral elevada, religiosa (era muy devoto de la Virgen) y razonable. Su plan educativo para los nobles, con cultivo del cuerpo y de las facultades intelectuales, la importancia dada a la caza, a la lectura de crónicas de grandes hechos, a los juegos de caballerías, quizá contengan ecos del tratado visigodo *Institutionum disciplinae*, de la misma orientación; incluso de Quintiliano cuando pro-pone un temprano aprendizaje de la lectura y una instrucción no penosa, sino que aficione a los niños a los asuntos intelectuales.

Personaje algo posterior y de otro carácter, pero también representativo fue el alavés Pero López de Ayala. Su *Rimado de Palacio* expresa una actitud opuesta a la del Arcipreste, muy crítica hacia la inmoralidad y maldades del alto clero, de

Roma, de los grandes, de los usureros judíos y de la sociedad en general, preocupación por el Cisma de Occidente y por el destino de su propia alma. Con él comienza una tradición literaria española de tipo moralizante y satírica. No obstante fue hombre de acción como Juan Manuel, aunque de otro estilo, aficionado desde joven a «libros de devaneos e mentiras probadas», los de caballerías tipo *Amadís* y *Lanzarote*, en los que dice haber perdido mucho tiempo. Mandó la flota mediterránea de Pedro *el Cruel*, pero, indignado por las venganzas de ese rey, a quien algunos llamaban *justiciero* y él prefería llamar *carnicero*, se pasó al bando Trastámara. Hizo gestiones diplomáticas al servicio de Enrique II y de su hijo Juan I, y se ganó una generosa gratitud de Carlos VI de Francia, a quien asesoró para obtener una victoria frente a flamencos e ingleses. Opuesto a la guerra entre Castilla y Portugal, participó en ella por lealtad a Juan I, fue aprisionado en Aljubarrota y tenido un año en una jaula de hierro. Liberado por un cuantioso rescate, volvió a la diplomacia, en la que se distinguió por su sensata sagacidad en pro de la unidad de Castilla y la paz con Inglaterra y Portugal. Su obra más interesante es quizá la *Historia de los reyes de Castilla*, varias crónicas sobre los monarcas que él conoció, relatos sobrios, de mayor altura y ecuanimidad que la mayoría de los contemporáneos europeos. Dejó asimismo un tratado de cetrería y tradujo al castellano obras de Tito Livio, San Isidoro, Boecio, Gregorio Magno y Boccaccio.

Otro hecho cultural de relieve fue la fundación de la Orden Jerónima en 1375, como reacción penitencial y contemplativa a las turbulencias y relajación del siglo: importaría más la justa conciencia y la bondad interna que las formas de organización social externas. Los jerónimos

instalaron pronto su principal monasterio en Guadalupe, y se extendieron por España y Portugal, donde obtendrían predicamento y protección de las respectivas coronas por su fama de rigor religioso; y participarían más tarde en empresas como la evangelización de América.

28

Siglo XV. EL SIGLO DE LOS TRASTÁMARA

Si en el siglo XIV la casa de Trastámara ganó el poder en Castilla, en el XV la misma casa originará cruciales procesos políticos hasta la unión de Aragón y Castilla. Después de Aljubarrota, Portugal quedará ya con mentalidad separatista.

Al amanecer el siglo XV reinaba en Castilla Enrique III *el Doliente*, rey piadoso, hábil y de principios. A finales del siglo anterior había frenado las matanzas de judíos y una invasión portuguesa, asegurando luego la paz entre ambos reinos. Su boda con Catalina de Lancaster, nieta de Pedro *el Cruel*, asentó la casa de Trastámara, antes manchada por su bastardía de origen y por el fratricidio. Realzó su poder frente a los nobles, y en las ciudades mediante el cargo de corregidor, representante regio en ellas.

Sus miras internacionales fueron muy amplias. Constantinopla se hallaba acosada por los otomanos de Bayaceto, que dominaban ya la mayor parte de Bulgaria y los Balcanes. En 1402 Bayaceto preparaba el asalto a la vieja capital bizantina, cuando los turco-mongoles de Tamerlán aplastaron su ejército en Ankara. Pero Tamerlán se retiró y los otomanos siguieron amenazando a Constantinopla. Por ello, *El Doliente* buscó la alianza con el mongol a fin de eliminar el peligro turco, y a tal fin envió dos embajadas. La de Ruy González de Clavijo llegó en 1405 a Samarcanda, capital mongola, pero fracasó porque Tamerlán, que atacaba a China, murió enseguida. El periplo de Ruy fue una hazaña para aquellos tiempos y, pese a su nulo efecto político, dejó uno de los mejores libros de viajes de la época, la *Embajada*

a Tamerlán.

La paz con Inglaterra duró poco, por la alianza de Castilla con Francia y porque los ingleses pirateaban a barcos españoles, como hacían los berberiscos en el Mediterráneo. La armada castellana, fuerte en ambos mares, destruyó numerosos corsarios y bases enemigas. A esta labor se dedicó el marino y también corsario Pero Niño, que atacó a los muslimes y a los ingleses, cuya costa sur volvió a devastar, como Bocanegra y Tovar antaño. Sus hazañas fueron consignadas en *El Victorial*, excelente relato de aventuras y retrato de usos caballerescos, obra de su alférez Díez de Games.

En 1402, el rey Enrique *el Doliente* comisionó al normando Jean de Bethencourt para ocupar las islas Canarias, y en 1406 emprendió la conquista de Granada, pero murió enseguida, con 27 años de edad.

* * *

Pocos años después fallecía el rey de Aragón Martín I *el Humano*, que había sofocado una revuelta en Sicilia. Su prometedor hijo Martín *el Joven* venció a genoveses y nobles sublevados en Cerdeña en 1409. *El Humano* apoyó a los papas de Aviñón, que a su vez le apoyaron en Sicilia, mientras los papas romanos respaldaban a la casa de Anjou. Cuando el papa Benedicto XIII fue asediado en Aviñón, lo rescató y trasladó a Peñíscola. Intentó algunas cruzadas en el norte de África y tuvo que afrontar conflictos de las oligarquías catalanas, y entre éstas y los campesinos. Cuando falleció, en 1410, sus hijos habían muerto y la corona quedó vacante.

Durante dos años pugnaron por el trono hasta seis pretendientes, con acciones armadas de dos de ellos, Jaime de Urgel y Fernando *de Antequera*. El de Urgel, muy bien

situado, hizo asesinar al arzobispo de Zaragoza, partidario del pretendiente Luis de Anjou, lo cual debilitó la posición de ambos. Por mediación de Benedicto XIII se acordó que decidiesen unos compromisarios de Aragón, Valencia y el Principado catalán, del cual dependía Mallorca, dejada sin voz ni voto. Estos electores, tres por territorio, se reunieron en Caspe; el elegido debía reunir al menos seis votos, y uno por cada grupo. En las deliberaciones pesó la opinión del dominico valenciano Vicente Ferrer, elector por Valencia (de éste se ha dicho que había instigado las matanzas de judíos en 1391; parece haber sido al revés, y sus predicaciones convirtieron a varios rabinos). Con Barcelona en declive, el reino valenciano era el más próspero de la corona, debido en parte al intenso comercio con Castilla, y de ahí su buena disposición hacia ésta: Ferrer favoreció al castellano Fernando *de Antequera*.

Este Fernando pertenecía a la casa de Trastámara y a la muerte de su hermano *El Doliente* había sido regente de Castilla, junto con Catalina de Lancaster. Era nieto de Pedro IV de Aragón por vía materna, aunque su mayor rival, Jaime de Urgel, cuñado de Martín *el Humano*, estaba quizá más próximo a la dinastía aragonesa. La votación (Compromiso de Caspe) dio a Fernando tres votos de Aragón, dos de Valencia y uno de Cataluña; sólo dos de Cataluña a Jaime y una abstención entre los de Valencia. Y así Fernando fue el nuevo monarca de la corona aragonesa, Sicilia y Cerdeña. El de Urgel se rebeló, trajo mercenarios gascones y atacó Lérida y Huesca, pero Fernando le venció con ayuda de los nobles y burgueses catalanes. El Compromiso de Caspe iba a tener los más profundos efectos sobre el futuro de España.

* * *

La paz en Castilla bajo *El Doliente* se esfumó con su sucesor Juan II, aficionado a la poesía, la caza y los torneos, pero débil de carácter. La turbulenta nobleza estuvo en revuelta casi permanente. Los infantes de Aragón, hijos de Fernando *de Antequera* y muy influyentes en Castilla, secuestraron a Juan mediante el «golpe de Tordesillas», en 1420.Lo liberó Álvaro de Luna, a quien el rey nombró condestable, convirtiéndolo en el gobernante efectivo. Luna, ambicioso y hábil intrigante, pero muy capaz y leal al rey, buen escritor y caballero, defendió la autoridad regia frente a unos bandos oligárquicos que llevaban el país al caos. Contra los grandes señores empeñados en expulsarlo, Luna se apoyó en la baja nobleza, el bajo clero, las ciudades y los universitarios. Asimismo mejoró la relación con Portugal y la situación de los judíos, que se hizo en Castilla la más favorable de Europa. Los infantes, respaldados por el hermano de éstos, Alfonso V de Aragón, provocaron guerra entre ambos reinos en 1429 y 1430, saliendo malparados. A fin de encauzar las energías nobiliarias, Luna lanzó el año siguiente una campaña contra Granada, sin éxito, debido al flojo interés del rey y los señores. En 1445, bandas de nobles, aliados con los infantes de Aragón, entraron en Castilla con tropas navarro-aragonesas, pero fueron rechazados en Olmedo, y Luna alcanzó la cúspide de su poder. Que iba a durarle poco. En 1447, Juan II se casó en segundas nupcias con Isabel de Portugal, la cual intrigó contra el condestable, y el rey, sugestionado, destituyó a Luna, quien, tras una parodia de juicio, fue decapitado en Valladolid, el 2 de junio de 1453.El pobre Juan murió al año siguiente deseando haber nacido labriego y llegado a fraile ermitaño antes que a rey de Castilla. Le sucedió su hijo Enrique IV, llamado *el Impotente*.

Bajo Juan II y Enrique IV ocurrieron en Galicia las revueltas *irmandiñas* contra los señores laicos y eclesiásticos, que amparaban el bandolerismo y hundían a los labriegos en la miseria. La rebelión del hidalgo Roi Xordo se mantuvo cuatro años desde 1431, y entre 1467 y 1469 sucedió la Gran Guerra Irmandiña, con participación de campesinos, hidalgos, clero bajo, menestrales y artesanos. Los irmandiños derribaron más de cien castillos, atacando de preferencia a los oligarcas de Lemos, Andrade y Moscoso. Los nobles huyeron a Portugal y a Castilla hasta que en 1469 reunieron fuerzas y, junto con el arzobispo de Santiago, aplastaron a los rebeldes y ejecutaron a sus líderes.

* * *

En Aragón reinó esos años Alfonso V *el Magnánimo*, hijo de Fernando *de Antequera*. Apenas coronado, en 1416, disgustó a los catalanes al jurar los fueros en castellano, reprendiéndole en latín el arzobispo de Tarragona: «Si quieres ser amado, ama». Volvió a chocar con los nobles catalanes por dar cargos a castellanos, que hubo de revocar. Y aumentó el enfado cuando autorizó a los campesinos o payeses a tratar la supresión de las «costumbres inicuas» o «malos usos» de los nobles, medida que éstos frustraron.

Los malos usos consistían en atropellos señoriales como la confiscación de un tercio de los bienes del campesino que moría sin testar o sin descendencia; indemnizaciones impuestas a los payeses por incendios fortuitos; la «remensa», pago abusivo al señor por salir de la servidumbre de la gleba; la obligación de reparar aperos, moler, o cocer el pan en los negocios del señor, o de transportar para él el trigo, y otras exacciones, muy duras en Cataluña, donde los amos tenían el derecho de maltratar a los labriegos incluso hasta la muerte, como recomendaba Eiximenis.

El Magnánimo dedicó su mayor atención a afianzar el poder de Aragón en Sicilia, Cerdeña y Córcega (esta última sin mucho éxito), empresas que le salieron bien con poca lucha. Luego, en 1421, expulsó de Nápoles a la casa de Anjou y fijó allí su residencia, pero la guerra continuó unos veinte años, interviniendo el Papa, el emperador, Milán, Florencia, Venecia y Génova, en general contra Aragón. En 1435 la armada genovesa derrotó a la catalana en Ponza y apresó al rey y a sus hermanos Juan II de Navarra y a Enrique, infante de Aragón, que serían liberados pronto. Sólo hacia 1442 ganó la partida *El Magnánimo*. En una de las treguas incursionó por la actual Libia, y más tarde guerreó con Juan II de Castilla y con Génova. En Nápoles ejerció de mecenas de las artes y formó un grupo de poetas catalanes, aragoneses, valencianos y castellanos, cuyas obras quedaron recogidas en el *Cancionero de Stúñiga*.

* * *

Durante la segunda mitad del siglo se aceleraron los efectos del Compromiso de Caspe. Fallecido sin herederos *El Magnánimo*, en 1458, le sucedió su hermano Juan II *el Grande* de Aragón, con 60 años y que reinaría aún veintiuno. Rey de Navarra, al haberse casado con Blanca, hija de Carlos III *el Noble*, había dejado el gobierno en manos de su esposa, dedicándose a los asuntos de Aragón y de Castilla. Este Juan II no amaba el pactismo aragonés, que mermaba su poder en favor de las oligarquías, y el conflicto se mezcló con el de los señores contra el pueblo llano. En 1462 los ánimos se encresparon por la pugna entre Juan y su hijo Carlos, príncipe de Viana, hasta causar una sangrienta guerra civil en Cataluña, entre la oligarquía nobiliario-burguesa, por un lado, y el rey y los payeses dirigidos por Francesc de Verntallat. Esta guerra campesina seguía a la de los

Irmandiños gallegos, pues la opresión señorial, como hemos dicho, era en ambas regiones especialmente dura. La misma Barcelona sufría reyertas entre los bandos de la Busca y la Biga; la primera representaba a los mercaderes menores y clases medias, y la segunda a los magnates (*ciutadans honrats*), que monopolizaban el poder municipal, aunque *El Magnánimo* había protegido a la Busca.

La guerra civil duró diez años. La Busca y, de hecho, los payeses, se alinearon con Juan II, así como Valencia, Mallorca y el reino aragonés. La Generalitat, órgano de la oligarquía, replicó destituyendo al rey y alzando un ejército contra los descontentos. Juan buscó ayuda de Luis XI de Francia, a quien hubo de ceder el Rosellón y la Cerdaña transpirenaica en garantía por un cuantioso préstamo. La oligarquía ofreció el reino a otro Trastámara, Enrique IV de Castilla («*que sie feta perpetual unió e incorporació de aquest Principat ab lo Regne de Castella*»), pero Enrique se echó atrás a cambio de la renuncia de Juan a sus rentas de Castilla. Entonces fue ofrecido el trono al condestable Pedro de Portugal, pero Juan lo desbarató en 1465. Perdida la baza lusa, los oligarcas invitaron a reinar a Renato de Anjou, y Juan se alió con Enrique IV de Castilla, prometiendo a su hijo Fernando con Isabel, hermana de Enrique. En 1472 se rindió la oligarquía en la Capitulación de Pedralbes, mediante amnistía general que sólo aplazó los conflictos, pues los malos usos continuaron y los nobles y «ciudadanos honrados» siguieron ostentando los cargos principales. Cataluña salió arruinada, y la desprestigiada Generalidad recogió críticas de todas partes.

Otro conflicto del reinado fue el del príncipe de Viana, Carlos, hijo que Juan había tenido con Blanca. Carlos debía heredar Navarra, pero Juan lo impidió, provocando la guerra

civil navarra entre los partidarios del padre (agramonteses) y los del hijo (beamonteses). En 1451 Juan venció y apresó a su hijo Carlos, pese a contar éste con ayuda castellana. La segunda mujer del rey, Juana Enríquez, entonces preñada de quien sería Fernando *el Católico*, quería para su futuro vástago el reino de Aragón y procuraba enturbiar la relación entre Juan y Carlos. Una vez liberado, Carlos se refugió en Nápoles con su tío Alfonso *el Magnánimo*. A la muerte de Alfonso, en 1458, volvió a Navarra y trató de prometerse con la futura Isabel *la Católica*, de 9 años de edad; pero Juan II quería ese enlace para su otro hijo, Fernando, de 7 años, por lo que apresó de nuevo a Carlos, en 1460.Ante una insurrección en Navarra y en Cataluña, y la amenaza de Castilla, Juan tuvo que liberar y reconocer a su hijo como lugarteniente de Cataluña y heredero de la corona de Aragón. Pero al año siguiente Carlos, con 40 años, moría de tisis, sospechándose que lo había envenenado su madrastra. Su muerte creó el clima emocional que alentaría la mencionada guerra civil catalana. Carlos dejó fama de príncipe culto y mecenas, tradujo al castellano la *Ética* de Aristóteles, compuso una *Crónica de los reyes de Navarra* y otras obras. Tuvo varios hijos bastardos.

Uno de ellos, de existencia insegura, pudo haber sido Cristóbal Colón, según algunos autores.

* * *

Como quedó dicho, al morir en 1454 el otro Juan II, el de Castilla, pasó a reinar allí su hijo Enrique IV. Éste tuvo de su mujer Juana de Portugal una hija, también llamada Juana, la cual fue declarada heredera, aunque muchos atribuían su paternidad al favorito del rey Beltrán de la Cueva, y la apodaban *La Beltraneja*. Enrique, tachado de impotente y homosexual, suscitó malestar por su afición a

vestidos y costumbres moros y por una ofensiva ridículamente inepta contra Granada. Son de ese tiempo las *Coplas de Mingo Revulgo*, las del *Provincial* y las de *La Panadera*, que con mordaz desvergüenza fustigaban el desgobierno y los vicios de los poderosos y del clero. Enrique quiso atraerse a los nobles, pero éstos contestaron con intrigas y le forzaron a nombrar heredero a su hermano Alfonso, de 12 años. Luego, en unas Cortes en Ávila («farsa de Ávila») destituyeron a Enrique y nombraron al dicho Alfonso. De ahí surgió una guerra civil, hasta que Alfonso murió en 1468, con 15 años, quizá envenenado, y Enrique retuvo el trono. Pero bajo presión de los oligarcas cedió la sucesión a su hermanastra Isabel, de 17 años, por el tratado de los Toros de Guisando. Con Isabel, que pasaría a la historia como Isabel *la Católica*, había pensado casarse el infortunado príncipe de Viana.

La nueva heredera no podía contraer matrimonio sin consentimiento del rey, y éste planeó casarla con Alfonso V de Portugal, y a Juana con el hijo del portugués, otro Juan II: así uniría los dos reinos y su hija Juana terminaría reinando también en ellos. Ésta y otras combinaciones fracasaron, pues Isabel prefería a Fernando de Aragón. Pero había el problema de que ambos eran primos entre sí (y Trastámara), por lo que no podían casarse sin dispensa papal. El papa Pablo II, angustiado por la amenaza turca que ya se cernía sobre Italia, propiciaba la boda de Fernando, en quien veía al futuro rey de Sicilia y aliado contra los otomanos, de modo que facilitó a su legado en España, Rodrigo de Borja, una bula falsificada que permitía el enlace entre los dos primos. A su vez, los Borja eran una notable familia oriunda de Aragón y afincada en Valencia. Un tío de Rodrigo había llegado a Papa, Calixto III; Rodrigo vivió en Roma y, con su

apellido italianizado en Borgia, llegaría a ser el célebre Papa renacentista Alejandro VI.

Provista de la dispensa, Isabel supo burlar el rígido control al que estaba sometida, mientras Fernando cruzaba Castilla disfrazado de mozo de mulas, y los dos se casaron en Valladolid, en 1469. El hecho causó conmoción internacional: Portugal temía la formación de un poderoso estado castellano-aragonés, y Francia no menos, por las consecuencias que podría tener para Navarra y por el reforzamiento de Aragón en Italia, sobre la que el monarca francés tenía aspiraciones. Enrique, a su vez, desheredó a Isabel y volvió a proclamar sucesora a su hija Juana. Por ello, la muerte del rey en 1474 causó una guerra civil en la que, al principio, sólo respaldaron a Isabel la casa castellana de Mendoza y los vascos, a quienes los reyes guardarían especial gratitud. La mayoría del clero y los nobles optaron por Juana, y tanto Portugal como Francia invadieron Castilla; pero los portugueses fueron rechazados en Toro y los franceses por la marina vasca y la resistencia popular de Guipúzcoa. Para 1479 habían ganado Isabel y Fernando, el cual ese mismo año ceñía la corona de Aragón, al morir su padre Juan II.

* * *

El triunfo de los reyes que serían llamados *Católicos* cambiaba la situación de España. Un tópico muy divulgado insiste en que no se trató de una unión de los reinos, sino sólo «personal», como si las personas de los reyes fueran ajenas a los reinos y olvidando que las uniones y desuniones de reinos en Europa se hacían entonces a través de enlaces o herencias reales, manteniéndose dentro de cada uno diversidad de leyes o fueros. Por lo demás, las afinidades entre los reinos de España eran mucho mayores que las de

otros territorios europeos. Teniendo esto en cuenta, se trató de una unión política muy real, con proyección sobre Europa, en particular Francia y el Mediterráneo. Fernando quedó como rey de Castilla en igualdad con Isabel («tanto monta»). Al parecer, la reina no pidió equipararse a su marido en Aragón, aunque en 1475 y 1480 aportaría tropas en socorro de Perpiñán, en cuyo recobro mostrarían poco interés las Cortes catalanas; y en 1480 envió una escuadra a Sicilia, posesión aragonesa, más específicamente catalana, para afrontar la amenaza turca. Ambos monarcas demostrarían una talla política nada común.

No dejaba de ser una unión muy desigual. Castilla cubría dos tercios de España con unos cuatro millones de habitantes, y se había repuesto mejor que otras regiones de las calamidades de los siglos XIV y XV. La corona aragonesa ocupaba un quinto de la península, y su población había quedado en unas 800 000 personas tras las pestes, hambres y guerras civiles. La economía de Castilla había resistido los desórdenes del siglo, y su producción ovina y cerealista, sus talleres textiles, su tráfico con el norte de Europa y el Mediterráneo, y los beneficios de las peregrinaciones a Santiago, convirtieron al conjunto de sus ciudades de la meseta norte, más Toledo y algunas del Cantábrico, en la región más próspera y poblada de la península. Ello ocurría por primera vez en la historia, pues durante dos milenios la parte rica y populosa había sido el valle del Guadalquivir y aledaños, así como Cataluña y Mallorca entre los siglos XIII y XIV. La corona aragonesa vivía tiempos duros, salvo Valencia, que había sustituido a Cataluña como el reino más culto y próspero. La ciudad de Valencia pudo tener entre 50 000 y 70 000 habitantes, mientras que Barcelona había caído desde 50 000 a la mitad, cifra que alcanzaban Toledo,

Valladolid o Córdoba, mientras Sevilla, la mayor de la corona castellana, llegaba a 45 000. Así, Castilla era una potencia muy en auge, mientras que Aragón decaía desde hacía un siglo.

«Castilla» abarcaba los reinos de Galicia, León, Toledo, Murcia, Sevilla, Córdoba y Jaén, el señorío de Vizcaya, el principado de Asturias y varias ciudades autónomas, además de Castilla propia, la Castilla Vieja; pero su unidad estaba consolidada, como indica la ausencia de impulsos secesionistas durante las continuas guerras civiles o las contiendas del siglo XV con portugueses y aragoneses. Aragón había sufrido mayores desavenencias internas, pero también había conservado una unión básica.

Estas diferencias trascendían al propio concepto de la monarquía y la legalidad. Se ha resaltado la diferencia entre la tendencia «absolutista» de la monarquía castellana y la «pactista» de Aragón. Por absolutismo no se entiende algo como el absolutismo del siglo XVIII y menos aún al totalitarismo del XX, sino la preeminencia del monarca, como legislador y ejecutor, sobre la oligarquía y las demás instituciones; el pactismo aragonés, por el contrario, consideraba al rey sólo un *primus inter pares*, según la célebre fórmula: «Nos, que somos tanto como vos, pero juntos más que vos, os hacemos principal entre los iguales con tal de que guardéis nuestros fueros y libertades, y si no, no». De ahí la frase de Alfonso IV de Aragón a su esposa Leonor de Castilla: «Nuestro pueblo es libre y no está sojuzgado como el pueblo de Castilla, porque ellos me tienen a mí como a señor y nosotros a ellos como buenos vasallos y amigos». Frases que no deben llamar a engaño: el «pueblo» de Alfonso era la oligarquía nobiliaria y burguesa, que oprimía y exprimía a la población campesina, artesana y menestral con

bastante más rigor que en Castilla. Por otra parte, el «absolutismo» castellano aparecía como un ideal para acabar con el caos nobiliario, pero ese ideal apenas se cumplió hasta los Reyes Católicos; e incluso en Castilla los campesinos y burgueses preferían vivir en tierras de realengo, directamente sujetas al rey, que en las de señorío, donde los nobles mandaban con despotismo, aun si inferior al de la corona de Aragón.

La historia de Europa hasta entonces y, por supuesto, la hispana ya desde los godos, cabe describirla en parte como una lucha irresuelta entre el principio monárquico y el oligárquico o pactista. El rey no podía prescindir de las oligarquías, en las que todo poder se asienta forzosamente, pero intentaba escapar a su tutela. A ese fin solía aliarse con las ciudades y las capas medianas e incluso bajas de la sociedad, aunque no podía descansar de verdad en ellas. Las Cortes, un principio real de democracia, habían ampliado la base del poder, pero sus presiones solían girar en torno a privilegios para cada grupo social representado, e impuestos que pagarían «los de abajo». El problema radicaba en organizar el gobierno de tal modo que el monarca no pudiera ejercer un poder despótico ni los bandos oligárquicos llevar el país al caos. Para solventarlo se había sustituido el principio electivo por el hereditario, ya en los concilios de Toledo, sin resultado muy satisfactorio. Pero la contradicción de intereses y la inestabilidad correspondiente, vistas en conjunto, habían asentado una civilización muy vivaz y evolutiva, con un buen balance general.

De los demás reinos, la pequeña Navarra cispirenaica tenía unos 10 000 kilómetros cuadrados y en torno a 100 000 habitantes; parte esencial de su economía giraba en torno al Camino de Santiago y al comercio por los puertos

guipuzcoanos. En la mitad norte predominaba el vascuence y en el resto un romance muy próximo al castellano; la lengua de la corte era el francés y fuerte la influencia del país vecino, pero existía un partido no menos fuerte procastellano. Pamplona y Tudela, sus ciudades mayores, contaban de cinco o seis mil habitantes cada una.

Portugal, con unos 90 000 kilómetros cuadrados y un millón de pobladores, vivía un momento glorioso. En 1415 había conquistado Ceuta e iniciado su expansión por el Atlántico. Al año siguiente el infante Enrique *el Navegante* fundó en Sagres, el extremo suroeste de Portugal, una escuela de navegación y confección de mapas. En 1427 los portugueses descubrieron las Azores, se lanzaron a explorar la costa africana, y en 1488 Bartolomé Díaz llegó al extremo sur, el Cabo de las Tormentas, rebautizado luego de Buena Esperanza. Con ellas y la privilegiada situación de Lisboa, Portugal se convertía en una potencia europea.

* * *

Aunque los Reyes Católicos fueron conocidos como reyes de España dentro y fuera del país, no se llamaron así oficialmente, debido a la protesta de Portugal, que seguiría considerándose español durante unos siglos; y a la esperanza de culminar la unión algún día. Como observa

L. González Antón, no es cierto el dicho orteguiano de que «Castilla hizo España», por más que desde el siglo XIII Castilla fuese hegemónica. España era una vieja realidad política, sin la cual difícilmente habría habido Reconquista. Ésta no había sido iniciada por Castilla, ni culminada por absorción, sino por unión, y *Castilla* incluía varios reinos distintos de la Castilla original. Con todo, la potencia cultural, política y económica castellana atenuaría las diferencias regionales creadas por las circunstancias

bélico-políticas de los siglos pasados, su lengua absorbería a los romances leonés, aragonés y navarro, y su uso como lengua culta y política, en muchos casos popular, cundiría por Valencia, Cataluña, las Vascongadas y Galicia, incluso Portugal, hasta conformarse como idioma común, el español por antonomasia, sin eliminar por ello el uso del catalán, el vascuence o el gallego en las zonas respectivas.

Ante el panorama de descomposición social, política y religiosa, los Reyes Católicos acometieron reformas que transformaron las instituciones de gobierno; metieron en cintura a los turbulentos nobles castellanos, gallegos, extremeños, etc., encarcelando e incluso ejecutando a alguno, como el mariscal gallego Pardo de Cela, y desmochando sus castillos; limpiaron de bandidos los caminos mediante la Santa Hermandad, que también impedía violencias de los nobles, y castigaron con dureza la delincuencia; impusieron una reforma en la Iglesia para asegurar el ejemplo y buenas costumbres, aumentaron su independencia de Roma mediante el derecho de presentación de los candidatos a obispo y establecieron la primera embajada permanente de Europa, precisamente con el Papado.

Hasta entonces el Estado, como en el resto del continente, había sido muy sumario, compuesto por el rey, las oligarquías nobiliarias, las Cortes e instituciones municipales y cargos ocasionales, sin ejército ni policía permanentes. Las reformas de los Reyes Católicos crearon un tipo de Estado nuevo, más racionalizado, sistemático y objetivo. Mermaron el poder de las Cortes al legislar mediante pragmáticas (Ordenamiento de Montalvo), y gobernaron con un sistema de consejos (de Estado, Hacienda, Aragón, Castilla, Órdenes militares, la Santa

Hermandad, la Inquisición), esbozo de los ministerios posteriores, escogiendo a los consejeros más por valía (universitarios a menudo) que por linaje. Para orientar los consejos se apoyaron en secretarios influyentes, y Fernando creó en los reinos no castellanos el cargo de virrey, lugarteniente real con plenos poderes. Mejoraron la justicia con las audiencias reales, tribunales supremos. En las ciudades castellanas reafirmaron a los corregidores como representantes suyos, medida muy popular porque reducía el poder de las oligarquías locales. Instituyeron un embrión de policía y de ejército permanente, éste compuesto de 2500 *lanzas*, primero de Europa en su estilo, imitado en otros países; e iniciaron las «escuadras de galeras de España».

La hacienda fue saneada y mejorado el sistema impositivo, multiplicándose por más de cuatro los ingresos reales (aunque regiones como Galicia apenas tributaban); se fijó la relación entre las numerosas monedas de los reinos y el maravedí, que tenía cierta oficialidad, y fueron protegidas las ferias e industrias locales; las universidades fueron asimismo favorecidas. Todo ello acabó con el caos anterior y revitalizó el comercio y la economía, dando a los monarcas un prestigio popular sin precedentes.

Estas medidas apenas fueron aplicadas por Fernando en Aragón, fuera por resistencia de las oligarquías, fuera por estimarlo asunto menor, ya que la empobrecida región tenía un interés limitado a efectos prácticos, finanzas en primer lugar. Aun así, el rey pasó sobre los potentados para resolver el problema más lacerante de Cataluña: la opresión sobre el payés. La anterior guerra campesina había terminado sin apenas reformas, y los labriegos volvieron a rebelarse en 1485. Fracasaron, pero Fernando comprendió que la llaga seguía abierta, y al año siguiente, por sentencia dada en el

monasterio jerónimo de Guadalupe, en Extremadura, abolió el derecho de los señores a golpear a los payeses y otras *costumbres inicuas*: los siervos pudieron emanciparse pagando una cantidad simbólica y adquirir el dominio útil de las tierras, aunque el dominio directo siguiera en manos de los señores. Surgió así un campesinado libre y relativamente próspero, y un sector de payeses enriquecidos que compensaron algo de la ruina anterior. Pero el principado, con población débil y riqueza y poder menos concentrados, perdía capacidad para empresas políticas y culturales, y no podía defender sus posiciones mediterráneas, tarea que heredaría Castilla. La influencia política de Aragón sobre Castilla fue considerable, pues Fernando introdujo en ésta instituciones aragonesas como los gremios, el Consulado del Mar barcelonés, imitado en Burgos, los virreyes para otras regiones, así como la Inquisición. Y la política exterior dio un giro: con respecto a Francia, pasó de la vieja alianza castellana a la hostilidad catalano-aragonesa.

29

PRIMER HUMANISMO ESPAÑOL

La historia política de España en este siglo puede seguirse en buena parte a través de sus literatos más destacados, como el cordobés Juan de Mena, el burgalés marqués de Santillana o el palentino Jorge Manrique. Literatura nueva, influida por la de una Italia que iba convirtiéndose en maestra literaria, artística y científica de Europa.

A imitación de Italia brotaron círculos y ambientes intelectuales. Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana (1398-1458), fue el escritor más destacado de una familia noble vasco-castellana abundante en personajes que combinaban la milicia, la literatura y la política. Su padre, Diego Hurtado de Mendoza, fue almirante de Castilla y buen poeta; a su tío Hernán Pérez de Guzmán, sobrino del canciller López de Ayala, suele considerársele el mejor prosista castellano del siglo; su sobrino Diego Gómez Manrique inventó la copla manriqueña o de pie quebrado, y fue tío de Jorge Manrique. De los descendientes del marqués, Garcilaso de la Vega sería uno de los poetas hispanos más renombrados de cualquier tiempo, y el cardenal González de Mendoza un espléndido protector de las artes. Dinastía de escritores, hombres de acción y mecenas, en el ideal ya renacentista de unir «las armas y las letras», típico de la España de ese siglo y los siguientes, entroncado quizá con la propuesta de Raimundo Lulio.

Estas personas creaban bibliotecas y círculos aficionados al saber y al arte. Santillana trató con los valencianos Jordi de Sant Jordi y Ausias March, reunió en su palacio de Guadalajara la biblioteca quizá mayor de España, y la puso a

disposición de intelectuales y estudiosos como Juan de Mena y Diego de Burgos, secretario del marqués y poeta. Leía francés, italiano, gallego y catalán, y admiraba la literatura italiana y francesa, en especial a Dante, Petrarca y Boccaccio. Como buen renacentista, estimaba poco la poesía popular, aunque sus *Serranillas* guardan afinidad con las composiciones corrientes y con las cantigas gallegas; también su *Vaquera de la Finojosa* recuerda, por contraste, a las serranas del Arcipreste.

Su tío Hernán Pérez de Guzmán era gran amigo del obispo de Burgos, el converso Alfonso (o Alonso) de Cartagena, a cuya muerte dedicó aquél unas sentidas coplas. Este obispo fundó en Burgos una escuela superior, vivero de latinistas e intelectuales. Hijo de un rabino, asumió el espíritu nacional hispano: logró que el Concilio de Basilea, en 1434, reconociera al rey castellano preeminencia sobre el inglés, reivindicó las Canarias para Castilla y en su *Rerum in Hispania Gestarum Chronicum*, traducida al castellano como *Genealogía de los reyes de España*, subrayó el entronque con la monarquía hispanogoda. Hizo terminar la catedral de Burgos y otras muchas iglesias. Criticó la arrogancia de los judíos de Castilla que, favorecidos por los reyes, hacían ostentación de poder y riqueza, y convenció al Papa de tratarlos con más rigor (los papas los habían protegido a su vez). Procuró educar a los nobles en el humanismo y tradujo a Cicerón y sobre todo a Séneca, cuyo estoicismo se difundía. Disputó con humanistas italianos y obró como pacificador en conflictos interhispanos y entre el rey de Polonia y el emperador de Alemania. Muestra de su prestigio, el papa Eugenio IV declararía que en su presencia se sentía avergonzado de ser él el Pontífice.

El marqués de Santillana guerreó por Andalucía y

Aragón y en luchas civiles. Contribuyó a la caída de Álvaro de Luna, a quien detestaba, y llegó a ser el hombre más rico e influyente del país. Uno de sus temas, que se haría tradicional, fue el mal gobierno (*Lamentaçion de Spaña*), al que acaso ayudó él mismo. Compuso obras de asunto amoroso y moralista, sátiras y sonetos a imitación de Petrarca.

Juan de Mena (1411-1456) tuvo origen social más bajo, vida más calma y menor opulencia (el marqués pagó su funeral). Defendió —lo que no trabó su amistad con Santillana— a Álvaro de Luna, a quien prologó el *Libro de las claras y virtuosas mugeres*, donde Luna alaba a las heroínas bíblicas y grecorromanas, y a santas cristianas, mostrando que las tachas imputadas a las féminas son falsas o atañen sólo a algunas de ellas, como pasa con los varones. Otro autor, Diego de Valera, tomó sobre sí el ensalzamiento de la mujer en su *Defensa de virtuosas mugeres*, que denuncia a Ovidio y a Boccaccio por sus toques misóginos. Mena se formó en Salamanca, viajó a Florencia y a Roma, sedes del Renacimiento italiano, y llegó a cronista oficial de Juan II. Como Santillana, y aún más acentuadamente, rechazó la tradición popular e imitó a Dante con estilo latinizante y erudito, algo recargado; pero ayudó a flexibilizar la lengua literaria. Su obra más conocida, *Laberinto de Fortuna*, trata la Reconquista y la unidad nacional como hechos providenciales, y el poder de la fortuna en la vida humana. Dejó abundante lírica, un *Tratado de amor*, tradujo *La Ilíada* del latín, etcétera.

Jorge Manrique, de la familia Manrique de Lara, una de las más antiguas y poderosas de Castilla, participó intensamente en las guerras de su tiempo, civiles y contra moros. Así, murió bastante joven, en 1479, a consecuencia

de heridas recibidas luchando a favor de Isabel y Fernando contra Juana. Parece que mientras esperaba la muerte escribió alguna copla que empezaba: «*¡Oh, mundo! Pues que me matas…*». Su obra, en general burlesca y amorosa, es breve, pero contiene uno de los mejores poemas escritos en lengua castellana, las *Coplas a la muerte de su padre*, de estilo sobrio, directo, no rebuscado, distinto del de Santillana o el de Mena. Sus versos «*Dejo las invocaciones/ de los famosos poetas/ y oradores./ No curo de sus ficciones…*» indican cierto desdén por las modas italianizantes y responden a un realismo español en la línea del poema del Cid. Realismo a menudo seco y pedestre, pero capaz de alcanzar cumbres como la de Manrique y otras posteriores, o las de la mejor pintura española.

Las Coplas, entre renacentistas y caballerescas, transmiten el espíritu estoico del tiempo, en un conjunto de reflexiones que dan forma a un poema realmente vigoroso: «¿Qué se hizo el rey Don Juan, / los infantes de Aragón…? ¿Qué se hicieron las damas, / sus tocados y vestidos, / sus olores?/ ¿Qué se hicieron las llamas/ de los fuegos encendidos/ de amadores?/ ¿Qué se hizo aquel trovar, / las músicas acordadas/ que tañían?…». La obsesión renacentista por la fama, aun si es una vida «muy mejor/ que la otra temporal/ perecedera», queda relativizada, porque «esta vida de honor/ tampoco no es eternal/ ni verdadera». La vida del padre, Rodrigo Manrique, maestre de la orden de Santiago, se justifica: «No dejó grandes tesoros/ ni alcanzó muchas riquezas/ ni vajillas, / mas hizo guerra a los moros/ ganando sus fortalezas/ y sus villas». La vida es un esfuerzo, por eso «*cuando morimos, descansamos*». Y así, «*Después de puesta la vida/ tantas veces por su ley/ al tablero […] Vino la Muerte a llamar/ a su puerta/ diciendo: Buen caballero/ dejad el mundo engañoso/ y su halago, / vuestro*

corazón de acero/ muestre su esfuerzo famoso/ en este trago». Pues le esperaba la vida eterna por su jornada terrenal, que había cumplido «con buen tino», a juicio de su afectuoso hijo.

Las modas cultas no impidieron un interés por la poesía tradicional y popular, como indica la puesta por escrito de numerosos poemas de transmisión oral. Muchos eran recientes, romances fronterizos relativos a Granada; otros muy antiguos, trozos o descomposición de cantares de gesta españoles como el *Poema del Cid, El cerco de Zamora, Bernardo del Carpio*, o franceses. Los romances tienen temática muy varia, épica, lírica, noticiosa, satírica o novelesca. En su casi totalidad, son castellanos —no siempre lo es su tema—, lo cual se explica porque sólo fueron recogidos por escrito en Castilla, y en época tan avanzada como aquel siglo; pero sería extraño que no hubiera una tradición épica muy anterior en los diversos reinos, perdida al no haber pasado de oral.

El siglo XV fue también la edad de oro de la literatura valenciana, con Jordi de Sant Jordi, Ausias March, Joanot Martorell, Jaume Roig y otros. En 1424 falleció Sant Jordi, protegido de Alfonso *el Magnánimo*. En el curso de alguna empresa guerrera cayó prisionero y escribió un poema, *Presoner*, cargado de melancolía, como la mayoría de sus versos, influidos por la poesía trovadoresca y por Petrarca. En sus *Entramps* («Versos libres»), celebra su amor por su amada, cuya belleza permanecerá grabada en el rostro de él aun después de muerto. Jaume Roig, fallecido en 1478, prestigioso galeno que atendió a la esposa de *El Magnánimo*, María de Castilla, y a la hija de Juan II, cobró aversión a las mujeres, seres viles de quienes son siempre víctimas los inocentes varones, según expone en su *Espill*, o *Llibre de les*

dones, opuesto a la idealización caballeresca de la mujer, despreciativo hacia los ideales caballerescos, y a la clerecía, en beneficio de un espíritu burgués.

March procedía de la baja nobleza y vivió hasta 1459. De joven tomó parte en expediciones de *El Magnánimo*, de quien fue cetrero, y trató con Carlos de Viana. Vuelto a Valencia, tuvo una vida sentimental agitada: de sus dos matrimonios no tuvo hijos, pero sí cinco bastardos. Sus poemas, influyentes en el Renacimiento español (Garcilaso, Boscán…), intimistas y analíticos, revelan una psique complicada («la risa nunca me gustó tanto como el llanto»), preocupación por la muerte y la relación con Dios (el *Canto espiritual*, su obra mayor), amores no idealizados («*el manjar amoroso no tiene tanto amargor/ que no sea estimable sobre cualquier dulce*»). Su idea del amor está marcada por el sentimiento de una felicidad inalcanzable en este mundo y por la culpa. Ante la muerte de una de sus amantes, se pregunta ansioso sobre su destino, el infierno o el paraíso; e intenta trascender el componente obvio, pero nunca agotado, del amor, para llegar a su misterio.

Coetáneo del anterior, y cuñado de él, pero de carácter opuesto, esto es, alegre y amigo de desafíos, pendencias caballerescas y viajes (por Italia, Portugal, Francia e Inglaterra) fue Joanot Martorell, que terminó arruinado. Su *Tirant lo Blanch* es un clásico de la novela caballeresca, con sus aventuras y amores, pero tratadas en un estilo infrecuente, a veces desvergonzado o sarcástico o erótico. Cervantes lo alabará por boca del cura del *Quijote*: «Un tesoro de contento y una mina de pasatiempos […] por su estilo, es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen, y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos

los demás libros de este género carecen». El autor dice haberlo escrito en valenciano «para que pueda alegrarse la nación de donde soy natural».

30

FINAL DE LA RECONQUISTA Y CAMBIO DE ÉPOCA

El siglo XV fue de transición en Europa Occidental. El Cisma de Occidente quedó superado, terminó la Guerra de los Cien Años, acabó de hundirse el Imperio bizantino, cobraron impulso las corrientes llamadas humanistas o renacentistas, el gótico empezó a ser sustituido, a partir de Italia, por estilos inspirados en la Antigüedad grecorromana, culminó la Reconquista, los portugueses llegaron al sur de África y a India, abriendo una nueva ruta comercial, los españoles descubrieron América y las naciones del oeste europeo destacaron con perfiles más nítidos que nunca antes.

Tanto el Papa de Aviñón (Benedicto XIII) como el de Roma (Gregorio XII) fueron destituidos en el Concilio de Pisa, de 1409, y elegido el cretense, franciscano y profesor de Oxford Alejandro V. Pero ello sólo creó tres papas. Alejandro murió pronto, y los cardenales nombraron a Juan XXIII, en 1410. Éste tomó Roma, mientras en Francia se imponía una Iglesia nacional (galicana), casi independiente. La solución llegó cuatro años después, en el Concilio de Constanza, auspiciado por el emperador Segismundo. Gregorio XII abdicó; Juan XXIII huyó, pero fue detenido y depuesto; Benedicto, ya refugiado en el castillo antes templario de Peñíscola y que dos años antes había influido en el Compromiso de Caspe, se mantuvo «en sus trece», sosteniendo ser el Papa legítimo, por lo que el concilio, erigido en suprema autoridad sobre los mismos papas, lo depuso, eligiendo en 1417 a Martín V. Castilla, Navarra y Aragón abandonaron a Benedicto, que murió en 1423, con

96 años. Su sucesor, el turolense Clemente VIII, terminó por reconocer a Martín V, con quien se resolvió por fin el Cisma. Martín reformó, entre otras cosas, las constituciones de la Universidad de Salamanca.

La superación del Cisma de Occidente pudo completarse en 1439 con la del Cisma de Oriente entre la Iglesia griega y la romana. Sin embargo, esta reconciliación quedaría en nada tras la caída de Constantinopla en 1453. El Concilio de Constanza pareció consagrar la superioridad del concilio sobre el Papado, pero después de 1449 volvió a imperar la doctrina tradicional de superioridad del obispo de Roma. El Papado, socavado en su autoridad por el cisma, volvería a desprestigiarse por su corrupción y derroche en el clima renacentista del siglo.

* * *

Terminó asimismo la Guerra de los Cien Años. A principios de siglo, los ingleses insistieron en su tenaz ataque a Escocia y aplastaron una rebelión galesa. Después, aliados con los borgoñones —en cuyas manos cayó París— se volvieron contra Francia, cuyo ejército volvieron a destruir en 1415, en Azincourt, gracias a los arqueros (los prisioneros fueron matados a hachazos). Trece años después, una campesina iletrada, Juana de Arco, agitó el patriotismo francés y, con tropas otorgadas por el rey de Francia, liberó a Orleáns del sitio inglés; poco después inspiró un triunfo de la caballería gala sobre los arqueros ingleses en Patay, y otros éxitos. Pero, abandonada por los suyos, cayó en manos de los borgoñones, que la entregaron a los ingleses, los cuales la acusaron de brujería y la quemaron viva. Con todo, los franceses construyeron una buena artillería, que destrozó en Formigny y Castillon a los arqueros y tropas enemigos. Y aunque Francia sufría hambre y peste, expulsó por fin a los

ingleses, menos de Calais. La larguísima contienda, ruinosa para Inglaterra y aún más para Francia, concluyó en 1453. En Inglaterra fue continuada por treinta años de guerra civil, conocida como *de las Dos Rosas*, que perjudicó el poder nobiliario y facilitó un ascenso social de los comerciantes, así como de una nueva dinastía, la de los Tudor.

La Guerra de los Cien Años revolucionó la técnica militar, debilitando el papel de la caballería pesada y luego de los arcos largos (la ballesta permanecería plenamente) y fortaleciendo el de la artillería y la infantería ligera. Francia reapareció como gran potencia, anexionándose el ducado de Borgoña, hasta entonces vasallo del Sacro Imperio, así como la Bretaña y la Provenza. Con Carlos VIII, los franceses volvieron a intervenir en Italia, arrebatando pasajeramente Nápoles a los aragoneses.

Otro hecho crucial del siglo fue la caída de Constantinopla en 1453, mismo año en que finalizaba la Guerra de los Cien Años y era decapitado Álvaro de Luna. El Imperio bizantino había sufrido retrocesos (y algunas recuperaciones) a cuenta de los árabes primero, luego de los turcos y los cruzados. Su etapa final se había distinguido por la corrupción y por mezquinas o fanáticas luchas internas. La ciudad ya no era la gran urbe de antaño. Los otomanos habían formado un imperio por el Oriente Próximo, Anatolia y los Balcanes, con reinos tributarios por el norte del Mar Negro.

La toma de la ciudad de Constantino ponía punto final al último resto del Imperio romano, pérdida inmensa para la cristiandad en los planos simbólico, político y cultural. Para los turcos fue motivo de orgullo y autoconfianza, y acicate para seguir acosando a los cristianos: dominaban el este del Adriático y amenazaban de forma inminente a Hungría, al

Sacro Imperio y a Italia. En 1480 conquistaron Otranto, en el extremo sureste de la península italiana, donde cometieron mil atrocidades Sólo tras un esfuerzo internacional promovido por el Papa fueron expulsados.

Caída Bizancio, bajó bruscamente el comercio mediterráneo, al restringirse el tráfico de productos de India y China, lo cual provocó la búsqueda de nuevas vías de comercio por los portugueses y los españoles. Los papas Calixto III y Pío II convocaron cruzadas para expulsar a los turcos de Europa, con poco éxito, debido a la división de intereses entre los reinos y ciudades cristianos.

* * *

De Constantinopla huyeron a Occidente, sobre todo a Italia, sabios bizantinos con libros griegos, lo cual facilitó la actitud intelectual del Renacimiento, es decir, el *humanismo*, pero en Bizancio no había habido nada parecido a éste. El nuevo espíritu nacía de la Italia de Petrarca, y la caída de Constantinopla sólo lo vigorizó. Suele atribuirse al humanismo la dedicación al hombre (*antropocentrismo*), por oposición a la preocupación *medieval* por Dios (*teocentrismo*). Pero el interés teológico siempre fue muy humano, y el románico y el gótico no habían sido, por ello, menos *humanistas*. El muy posterior e ideológico término *humanismo*, como el de *Renacimiento*, no lo reconocerían así los afectados. Podría llamarse al movimiento clasicismo, dada su intensa afición al sustrato grecorromano, afición nunca desaparecida en Europa.

Lo que cambió respecto del período anterior fue el enfoque: la actividad filosófico-teológica había sido la escolástica en sus vertientes tomista y nominalista, ligadas a Platón y Aristóteles. Sus problemas, por inagotables y sin solución precisa, llevaron al cansancio y búsqueda de

enfoques alternativos, como había ocurrido en la Grecia clásica, donde la tensión filosófica había descendido algunos grados para concentrarse en la moral práctica de escuelas como la estoica o la epicúrea. Los humanistas dejaron de discutir las relaciones entre razón y fe, los universales o la naturaleza divina: asumiendo —por fe— que el hombre estaba hecho a imagen y semejanza de Dios, fijaron su atención en el cultivo de las cualidades puestas por Dios en su criatura.

Entre el humanismo y la edad del románico y el gótico hay menos ruptura que aumento de gusto por la cultura grecolatina. La cultura europea siempre tuvo sed de obras clásicas, sólo obstaculizada por el precario acceso a ellas. Los humanistas accedieron a nuevos libros y traducciones de mayor calidad, y elevaron al extremo su admiración, hasta oponerla a la tradición europea anterior, cuyo arte llamaron gótico —en sentido de bárbaro— por contraste con la luminosidad grecolatina. Pero desdeñar las catedrales góticas revelaba una soberbia a su vez algo bárbara, pues no son inferiores a las nuevas construcciones renacentistas. Los siglos del románico y el gótico nada tenían de bárbaros intelectual o artísticamente, y los humanistas o clasicistas, enraizados en la misma cultura cristiana, les debían más que a la cultura pagana. Desde luego, no renació el paganismo por más que algunos autores coquetearon con él.

Italia se hizo líder intelectual de Europa como lo había sido Francia-Borgoña en siglos anteriores. Nombres como Massaccio, Mantegna, Bruneleschi, Botticelli y tantos otros cambiaron las concepciones artísticas e implícitamente morales, y Leonardo da Vinci aparece como el ejemplar logrado de «hombre universal» renacentista, dominador de todas las artes y saberes. El mecenazgo, ejemplificado a su

vez en el político y potentado florentino Lorenzo de Médicis, y la competencia entre mecenas, amparó una de las épocas artísticas más esplendorosas de todos los tiempos. En el espíritu del siglo, alcanzó su cima la representación del cuerpo humano, vestido y desnudo, el retrato de personajes ilustres por su vida heroica o destacada, también de gente vulgar; el paisaje adquirió protagonismo y se dominó la perspectiva. Desde Italia, las actitudes, ideas y arte renacentistas cundirían por toda Europa Occidental, con menor influencia clásica en los países del centro y norte, y adoptando en cada país un sello más o menos nacional.

El hombre humanista debía desplegar sus dotes, orientado por la especulación y el estudio, de ahí el renovado interés por la enseñanza, que en parte se alejó de las universidades, tachadas de rígidas y arcaicas, para crear academias. El ser humano puede labrar su destino, «fabricar su propia fortuna», utilizando también la astrología, y alcanzar una trascendencia parcial en este mundo mediante la fama, una de las obsesiones del siglo. Esa vitalidad no excluía, en cierto modo exigía, la atención a la muerte, tanto más obsesiva cuanto más exaltada la primera; los cuentos de Boccaccio tienen de trasfondo la mortandad de la peste, y el XV fue un gran siglo del arte funerario. La muerte domina la vida, abraza en su danza enigmática y terrible a emperadores, papas, artistas, menestrales y siervos. Abundaron las representaciones teatrales y pictóricas de la danza macabra: «*A la dança mortal venid los nascidos/ que en el mundo soes de qualquier estado*» dice una versión castellana; y una alemana: «*Emperador, tu espada no te ayudará/ cetro y corona aquí no valen nada/ Te he tomado de la mano/ y has de venir a mi danza*». El pavor por las pestes y hambres recurrentes aguzaban el instinto para buscar chivos expiatorios, y

proliferaron las leyendas contra judíos y brujas, a las cuales se acusaba de practicar magia y atraer males. La caza de ellas, que tan cruenta y feroz habría de tornarse, empezó hacia 1487.

El humanismo brotó en medio de una larga crisis moral de la Iglesia, por el contraste entre su conducta político-material y su predicación de la modestia, la humildad y el desprendimiento, el conflicto entre ascetismo y hedonismo, éste bien visible en varios papas acusados de inmorales, aunque algunos dejaran una invalorable acumulación de arte. Desde la Edad de Supervivencia quedó claro que la predicación exigía una red de iglesias, monasterios, obispados, etc., y las consiguientes demandas materiales y políticas, no siempre armonizables con la ética invocada. La relajación moral de muchos clérigos y del Papado, su ostentación y pompa, aun si contrarrestadas por reformas parciales y órdenes religiosas, escandalizaban y sembraban la duda —en general poca— sobre el propio mensaje cristiano. Expresión típica de la contradicción fue el rigorismo de Savonarola en Florencia, que hizo quemar por inmoralidad a numerosas personas, para sufrir la misma suerte, en 1498, condenado al final por el papa Alejandro VI.

Otra manifestación del espíritu del siglo fue la *devotio moderna*, que hizo más íntima y menos ritual la religiosidad, alejándola de especulaciones filosófico-teológicas. La *devotio* partió de los Países Bajos y de Alemania, y encontró su formulación más conocida en la *Imitación de Cristo*, atribuida al agustino alemán Tomás de Kempis, que se convirtió en uno de los libros más divulgados de Europa. Preconizaba la renuncia a las vanidades, la vida activa y la meditación al mismo tiempo, sin ascesis innecesarias ni una mística puramente espiritual. En la Iglesia siempre habían

convivido, mejor o peor, movimientos contradictorios, tanto en la concepción de la religión y la teología como en la actitud práctica, y la *devotio* influiría sobre los franciscanos y otras órdenes. El primer conjunto sistemático de ejercicios espirituales y meditaciones, el *Exercitatorio de la vida espiritual*, lo escribió García Jiménez de Cisneros, abad de Montserrat. Hay en la *devotio* una raíz del posterior protestantismo y de la orden jesuita.

Un magno invento fue la imprenta, por el herrero alemán Juan Gutenberg, hacia 1450; algo nuevo, aunque había precedentes chinos. Los libros se difundieron en mucha mayor cantidad y a menor precio que los que tan arduamente habían copiado los monjes siglo tras siglo, y muchas más personas aprendieron a leer y a escribir. Gutenberg murió en la miseria, estafado por un prestamista judío que intentó monopolizar el invento, pero a finales de siglo disponían de imprenta unas 250 ciudades europeas. Ya en 1474 apareció en Valencia *Obres e trobes en lahors de la Verge María*, primer libro impreso en España. La imprenta fue otra potente señal de un cambio crucial de época. Al terminar con este siglo la Edad de Asentamiento, la civilización europea se dibujaba como la más inquieta del mundo en religión, pensamiento y avances técnicos.

Las tres Europas formadas al principio de dicha edad acentuaron sus peculiaridades. La Europa Oriental, eslava, estaba dividida entre la parte católica, ante todo Polonia, y la ortodoxa, centrada en el gran ducado de Moscovia. Después de que los mongoles aplastaran en el siglo XIII la Rus de Kíef, Moscú fue consolidándose como gran potencia, aun si tributaria de la Horda de Oro. El líder moscovita Dimitri Danskói derrotó en 1380, en Kulikovo, a los mongoles, sin llegar a liberar a Moscú de su tributo. Polonia, aliada con la

pagana Lituania, venció a la Orden Teutónica en 1410, en Grunwald. Los lituanos se cristianizaron pronto y la confederación lituano-polaca se convirtió en una gran potencia política, militar y cultural desde el mar Báltico hasta casi el mar Negro.

Tras el fin de Bizancio, el papa Pablo II tentó al gran duque de Moscovia, Iván III, con la gloria del recobro y herencia del Imperio bizantino, y el emperador ofreció coronarle rey. Iván replicó que era soberano por la gracia de Dios y no precisaba ningún título otorgado; en cambio acudió a pretextos religiosos para someter a la rica y libre república comercial de Nófgorod y, lejos de congraciarse con Roma, guerreó contra las católicas Polonia y Lituania. Iván, ya antes enemistado con Constantinopla, había pensado separarse y formar una Iglesia nacional, y consideró la caída de la metrópoli como un castigo divino por haberse reconciliado con Roma; por ello adoptó la idea de un monje según la cual la primera Roma cayó por su herejía, la segunda, es decir Constantinopla, por la misma razón, y la tercera Roma, centro definitivo de la verdadera fe, sería Moscú, sin que fuera a haber una cuarta. Así, Iván no ayudó al Papa, más bien al contrario. Ensanchó sus dominios hasta triplicarlos y proclamó su autoridad absoluta sobre todos sus habitantes, incluyendo la nobleza. Fundaría así el sistema autocrático y expansivo que caracterizaría en adelante a Rusia.

La Europa Central continuó integrada en el Sacro Imperio Romano-Germánico (ni sacro, ni romano ni imperio, se decía), concebido para unir a la cristiandad según el ideal de un *Corpus christianum* regido por el emperador para los asuntos terrenos, en armonía con el Pontífice para los espirituales; pero entre ambos hubo quizá menos armonía

que querellas, a menudo sangrientas, y las naciones más al oeste rechazaron el imperio. Éste formaba un mosaico de territorios cuasi independientes, dominados por familias nobiliarias pugnaces entre sí, construcción muy poco funcional y en crisis casi permanente, pese a lo cual duraría muchos siglos. Con todo, el trono imperial no dejaba de tener prestigio, se lo consideraba un honor supremo y por él habían competido el español Alfonso X y otros monarcas y potentados ingleses y franceses. Su parte más dinámica fueron las prósperas ciudades comerciales italianas y alemanas, varias de estas últimas federadas en la Liga Hanseática en torno a los mares Báltico y del Norte: en todas ellas se produjo un florecimiento artístico.

En 1365 se reguló su nombramiento de emperador a partir de siete príncipes electores y sin injerencia papal. La corona se obtenía por elección dentro de una dinastía. Extinguida la Hohenstaufen en 1268, pasaron a primer plano la Habsburgo y otras. Los Habsburgo incidirían profundamente en los destinos de España.

Dinamarca, Suecia y Noruega, en conflicto con la Liga Hanseática, habían formado a finales del siglo XIV la Unión de Kalmar, poco efectiva en Suecia, la cual descolló a lo largo del siglo XV como nación aparte, que llegaría a dominar la cuenca del Báltico.

Las naciones de mayor peso al final de la Edad de Asentamiento eran las cuatro más occidentales: Inglaterra y Francia, delimitadas tras la Guerra de los Cien Años, más España y Portugal. Francia era la más poblada, y tras haber expulsado a los ingleses había absorbido la Borgoña interior. El ducado borgoñón, que incluía los Países Bajos, quedó dividido, pasando estos últimos a los Habsburgo, que reclamaban asimismo la Borgoña propiamente dicha, lo que

había de repercutir sobre España.

Inglaterra había dominado Gales y en menor medida Irlanda, retenía Calais y mantenía su designio, por el momento frustrado, de adueñarse de Escocia. Sus fracasos en Francia y guerras internas no le impidieron continuar como centro intelectual de primer orden con las universidades de Oxford y Cambridge, y Londres era ya una de las grandes ciudades europeas, con unos 50 000 habitantes. Escocia estableció la obligación de saber letras para cuantos administraban justicia y se dotó de universidades. La enseñanza sería en adelante un punto fuerte de la productiva cultura escocesa.

El 2 de enero de 1492, terminando el siglo, los Reyes Católicos tomaban Granada al islam tras una campaña comenzada imprudentemente por incursiones de los propios granadinos, que, además, estaban enfrentados entre sí. La guerra duró diez años sobre un abrupto y bien poblado territorio. La capital era célebre por la ciudad-palacio de La Alhambra, obra sobresaliente del arte islámico, donde la corte vivía con lujo refinado. Según la leyenda, a Boabdil, último sultán de Granada, que había arrebatado el poder a su padre, le saltaron las lágrimas al dejar atrás la ciudad, y su madre le recriminó: «Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre». Llegaba a su fin Al Ándalus y una lucha iniciada casi ocho siglos antes en unos montes perdidos de Asturias. El triunfo español tuvo máxima repercusión en Europa entera, mientras al otro extremo del Mediterráneo, los turcos plantaban su bandera por los Balcanes.

El final de la Reconquista vino acompañado por la expansión del castellano. En el mismo año 1492, Antonio de Nebrija escribió su *Gramática castellana*, primera de

Europa escrita sobre una lengua vulgar. Nebrija había estudiado en Bolonia y enseñó retórica en Salamanca, donde tuvo numerosos enfrentamientos con otros profesores por cuestiones pedagógicas y académicas; más tarde enseñaría también retórica en la Universidad de Alcalá de Henares. Concebía la lengua como instrumento imperial, al modo como lo había sido el latín, y la gramática como la base de la ciencia. Su obra fue reconocida e imitada en toda Europa, y abanderó, también por primera vez, el derecho de los escritores a cobrar por sus libros.

Un contacto de ocho siglos con el islam no podía dejar de tener consecuencias, y a menudo se habla de una «España de las tres culturas», incluyendo la hebraica; pero la distorsión salta a la vista. Entre los reinos hispanos y los islámicos dominó siempre la hostilidad por la convicción, muy realista, de que la victoria de unos significaba la ruina política, económica, lingüística y cultural de los otros. Ello no impidió que se adoptaran recíprocamente algunas costumbres, formas de vestir, ideas, vocablos, rasgos mudéjares en la arquitectura cristiana, etc. Pero lo llamativo no son esas influencias, sino la escasez de ellas para una relación tan larga. La enemistad mutua resalta, entre tantas otras cosas, en la ya indicada falta de interés en España por el trabajo de la Escuela de Traductores de Toledo, tan apreciado, en cambio, en la Europa ultramontana. La ocasional tolerancia recíproca fue impuesta por las circunstancias, ajena a cualquier simpatía y noción de igualdad de derechos. Lo mismo se aplica a los judíos, mirados como una minoría extraña, inasimilable y de algún modo peligrosa, y alternativamente tolerados y perseguidos tanto en Al Ándalus como en España.

Con notoria frivolidad, Ortega y Gasset negó que un

proceso tan largo pudiera llamarse Reconquista, pero no explicó por qué. La realidad es que el objetivo de la empresa, marcado desde el principio y contra toda probabilidad, se cumplió: devolver la península al cristianismo y, con la excepción lusa, a una unidad política inspirada en el antiguo reino de Toledo. Muy pocos países extensos volvieron del islam al cristianismo y de una civilización oriental a la europea. Cuestión conectada es la del «neogoticismo» de la Reconquista, a veces explicado como una invención arbitraria. Pero la continuidad de España, aun si muy complicada con nuevos fenómenos históricos, permaneció en la mentalidad mozárabe, y los pocos años intermedios entre la invasión muslim y la primera resistencia asturiana no suponen una ruptura. Desde muy pronto, quizá desde el primer momento, los resistentes de Asturias se sintieron continuadores de Toledo. La Marca Hispánica se llamó así por algo, y sus pobladores nunca se sintieron francos, sino *hispani* o *gothi*, que venía a ser lo mismo; ni vieron con gusto la supeditación a Francia. La legislación romanogótica perduró en todos los reinos, así como la lengua latina, cuya descomposición originó lenguas romances mucho más próximas entre ellas que con las derivaciones italiana o francesa. Y está, por supuesto, el factor crucial del catolicismo, estrechamente ligado al esfuerzo político y bélico.

Por tanto, bajo las obvias modificaciones y cambios históricos hallamos una esencial continuidad, una reconquista, hablando estrictamente. Su lentitud tampoco ofrece mayores problemas explicativos, pues se debe a sus orígenes dispersos, a la necesidad de repoblar territorios y a la enorme inferioridad material y demográfica de España con respecto a Al Ándalus durante siglos. Contrastan algunos el

esplendor andalusí con la pobreza o tosquedad española, pintando la Reconquista como un acto bárbaro. Pero los logros intelectuales y artísticos andalusíes se dieron bajo gobiernos muy despóticos que nunca perdieron un carácter algo foráneo, y los supuestos bárbaros gozaban de mucha mayor libertad personal, había menos esclavismo y la mujer tenía una posición superior. En España se observa una progresión intelectual manifiesta en las catedrales góticas, las universidades, el pensamiento, la literatura… justo cuando el islam caía en un estancamiento del que no se ha recuperado hasta hoy.

La lentitud dio al proceso mayor consistencia cultural, si bien fraccionó políticamente el territorio español. La Reconquista siguió tres grandes etapas: una primera y muy activa de tres siglos durante la Edad de Formación, protagonizada por Oviedo-León y Pamplona, mientras los condados de la Marca Hispánica permanecían atados, por así decir, a los Pirineos. Época de avances muy arduos y en constante peligro hasta las campañas de Almanzor. Durante la siguiente edad, aquí llamada de Asentamiento, surgen Aragón, Cataluña, Castilla y Portugal, y la hegemonía leonesa se va esfumando ante el empuje castellano, que también se identifica con la tradición gótica. Tras las Navas de Tolosa, completar la empresa era sólo cuestión de pocos años —aunque esto no podía saberse entonces—, de modo que, si exceptuamos el caso especial de Granada, la Reconquista habría durado en realidad menos de seis siglos. A partir de ahí se abre la tercera etapa de dos siglos, caracterizada por frecuentes guerras civiles en y entre los reinos cristianos, y un semiabandono de la acción reconquistadora, por más que ésta nunca desapareció de la intención y el horizonte de los españoles.

Estos avatares suscitaban impulsos centrífugos que, según hemos visto, volvían muy difícil la reunificación, la cual no llegaría a completarse; pero se cumpliría en lo principal bajo los Reyes Católicos: las tendencias centrípetas terminaron predominando sobre las centrífugas existentes en todas las sociedades, y de ahí surgió una nueva etapa histórica, predicha por la crónica de Muntaner: *Si aquest quatre reis […] d'Espanya, qui son una carn e una sang, se tenguessen ensems, poc dubtaren e prearen tot l'altre poder del mon* («Si los cuatro reyes de España, que son una carne y una sangre, se mantuvieran unidos, poco temerían y en poco tendrían al poder del resto del mundo»).

Dentro de su acentuada peculiaridad, España compartió la cultura eurooccidental: su Edad de Formación fue también la de los monasterios y de una ruda supervivencia frente a inmensos peligros, y de expansión del cristianismo; la Edad de Asentamiento vio el románico, el gótico y el humanismo, las grandiosas catedrales, las universidades, las disputas teológicofilosóficas, guerras fundadoras como la de los Cien Años, las cruzadas por recobrar Tierra Santa, las disputas y guerras entre el Papado y el imperio, el vasallaje al Papado por parte de reinos como Inglaterra, Aragón, Portugal, etc. Y la lucha de España sirvió de barrera y salvaguardia a Europa. La amenaza desde el sur persistiría luego por las incesantes incursiones piráticas, complicadas por el avance del poderoso Imperio otomano.

La Reconquista terminó en momentos distintos en cada zona de la península: Portugal y Aragón la concluyeron en el siglo XIII, y Castilla en el XV. En los tres casos la lucha contra el islam parece haber producido una concentración de energías que, al completar la tarea, se dispararon hacia el exterior. Aragón —sobre todo Cataluña— se proyectó hacia

el Mediterráneo por Cerdeña, Sicilia, hasta regiones griegas, contra las poderosas ciudades italianas y la potencia francesa preferida por el Papado. Seguiría Portugal, con sus descubrimientos y expansión por África y el Índico; luego Castilla, ya unida a Aragón, crearía el primer imperio mundial de la historia.

El año 1492 tuvo algo de milagroso en España, con las mencionadas toma de Granada y la *Gramática* de Nebrija, pero más aún con el Descubrimiento de América. La fecha señala un cambio de edad, desde la de Asentamiento a la de Expansión de España y de Europa, que por primera vez en la historia humana repercutiría sobre todos los continentes habitados.

CUARTA PARTE

EDAD DE EXPANSIÓN: AUGE Y DECLIVE DE ESPAÑA

31

EL AUGE DE ESPAÑA

El mundo conocido en Europa a finales del siglo XV era muy distinto del de cinco siglos antes, cuando comenzaba la Edad de Asentamiento y sólo arribaban a ella noticias vagas de más allá de los Urales o de Mesopotamia. Y mucho más distinta del de diecisiete siglos antes, cuando Escipión llegaba a Tarragona durante la II Guerra Púnica, origen cultural de España. Desde esta fecha habían perecido civilizaciones como la cartaginesa, la helenística, la romana, varias persas e indias, y otras menores. La china había sufrido desórdenes, invasiones y conquistas, que sin embargo no habían llegado a destruirla como lo había sido el Imperio romano de Occidente; permanecía Japón al abrigo del mar, que lo había salvado de los mongoles. Acababa de caer la civilización bizantina, originada en el Imperio romano pero harto distinta de él. La oscuridad del Asia central había producido oleadas de pueblos nómadas que habían aplastado grandes imperios y sacudido a todas las civilizaciones. Se habían desvanecido innúmeras culturas precivilizadas como, en Europa, la celta, la ibérica, la germánica, la huna, la vikinga o la eslava primitiva, unas aniquiladas, otras absorbidas, si bien habían dejado huellas sobre culturas y civilizaciones posteriores. En Europa sobrevivía el poderoso influjo de Grecia y Roma clásicas, muy reinterpretadas; el judaísmo, pese a carecer de territorio propio, persistía en comunidades dispersas por Europa, Asia y África, parcial pero nunca del todo asimilado. Nuevas civilizaciones habían nacido, ante todo la europea cristiana y la islámica. El tiempo y los movimientos internos y externos de los pueblos habían creado un mundo humano irreconocible diecisiete o

cinco siglos atrás.

En China, al principio de la Edad de Asentamiento europea, la dinastía Song había reunificado la mayor parte del territorio, como quedó dicho, e inaugurado un nuevo período de prosperidad, expansión urbana y desarrollo cultural; aunque perdió territorios en el siglo XII, continuó hasta la invasión mongola, completada en 1279. Esta conquista desarticuló la economía, causó terribles hambrunas y luego los conquistadores adoptaron la cultura china. La Peste Negra del siglo XIV devastó el país, como Europa y el norte de África, estimándose que su población bajó de unos 120 millones a la mitad. La dominación mongola fue vencida en 1368 e instaurada la dinastía Ming.

La época Ming continuaba cuando Colón descubría América. En la primera mitad del siglo XV, los emperadores chinos hicieron construir una enorme flota con 30 000 tripulantes en varios cientos de barcos mucho más grandes que los europeos. La escuadra exploró e hizo contactos comerciales y diplomáticos por el sur de Asia y hasta África pero las expediciones se detuvieron, fuera porque los beneficios no compensaban o porque un reforzado confucismo fomentó una política de aislamiento.

En India, árabes y persas islámicos se habían asentado en el norte y valle del Ganges a finales del siglo XII, y en el siglo siguiente los turcomongoles, expandieron desde Delhi un sultanato también islámico sobre gran parte del subcontinente, aunque las presiones islamizadoras sobre la población tendrían poco éxito. A finales del siglo XIV el turco-mongol Tamerlán arrasó Delhi, pero su poder fue efímero. Por el centro y sur del país permanecieron un imperio indio (*Vijayanagara*) y un sultanato islámico (*Bahmani*). La civilización india difiere de la china en que

ésta absorbió a sus conquistadores, mientras que la primera, no menos productiva, fue obra de sucesivas mareas invasoras, con frecuente formación de imperios y reinos, sin forjar una unidad política duradera. Al terminar el siglo XV, los indios estaban a punto de recibir la visita de un pueblo lejanísimo, con el que nunca habían tenido trato directo: en 1487 Bartolomé Díaz descubría el límite entre el Océano Atlántico y el Índico al sur de África, y once años más tarde Vasco de Gama contorneaba la costa oriental africana y arribaba al suroeste de India.

Hasta entonces los contactos entre Oriente y Occidente habían seguido la Ruta de la Seda y las de las especias, y algunos aislados misioneros y comerciantes europeos viajaban hasta las profundidades de Asia. El contacto quedó interrumpido o muy restringido cuando el Imperio otomano obró de tapón en la zona intermedia, pero las empresas marítimas portuguesas y españolas iban a cambiar todo.

Respecto al islam, sus divisiones y luchas intestinas no le impidieron resistir bien a las cruzadas cristianas que a su vez frenaron largo tiempo el empuje musulmán hacia Europa. Y siguió expandiéndose por India, islas de la Sonda y, a finales del siglo XV, Filipinas; por África descendía hasta la actual Tanzania, teniendo en la isla de Zanzíbar una base esencial y centro del tráfico negrero. Así, el islam se había impuesto en torno a la mayor parte del Océano Índico, y expulsado de Asia y África al cristianismo. A mediados del siglo XIII, el Oriente Próximo, centro histórico de la expansión muslim, sufrió la invasión mongólica, que arrasó la zona, aplastó a los últimos abasidas, diezmó a la población y dejó en ruinas Bagdad y otras ciudades emblemáticas. Aun así, el islam ganaría una nueva batalla al convertir a los mongoles a su religión. Y los reveses de Al Ándalus fueron muy

compensados cuando los otomanos conquistaron Anatolia y la Europa suroriental después de la batalla de Kósovo, en 1389, por más que los mongoles de Tamerlán —con quien quiso pactar Enrique *el Doliente* de Castilla— eclipsaran sus éxitos a principios del siglo XV. Los otomanos se rehicieron pronto, y en 1453 acababan con Bizancio y avanzaban hacia Hungría, Austria e Italia. Habían creado una eficaz administración, disponían de cuantiosos recursos, de un ejército con potente artillería y de la marina más fuerte del Mediterráneo. De modo que cuando tenía lugar el Descubrimiento de América, el islam amenazaba a la civilización europea más que cuando en el siglo VIII los árabes alcanzaron España y Francia.

* * *

La historia del Descubrimiento de América empieza en el monasterio de La Rábida. Éste se alza sobre una pequeña altura que domina la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel y una gran extensión de mar, bien al oeste de las «Columnas de Hércules», en un paisaje de dunas, desolado y de peculiar dramatismo, hoy atenuado por la repoblación forestal y la cercanía de industrias. El sugestivo lugar se llamó antiguamente Peña de Saturno y, según parece, hubo allí un altar o templete fenicio dedicado a Melkart, dios de Tiro protector de la navegación, sustituido en tiempos de Roma por otro consagrado a Proserpina, la diosa que vivía seis meses al año bajo tierra. Más tarde había sido un monasterio almorávide de monjes caballeros, de donde viene el nombre (ribat-rábida), para pasar por breve tiempo a los templarios, y en algún momento, quizá ya en el siglo XV, a los franciscanos. Según la leyenda, un día de otoño o invierno de 1485, el marino Cristóbal Colón y su hijo Diego, aún niño, llegaron en condiciones precarias al lugar,

después de huir de Portugal, y allí los frailes Antonio de Marchena, y luego Juan Pérez, aficionados a la astronomía o «estrelleros», les acogieron con interés.

Colón era un personaje singular. No por su vida aventurera, pues había muchos así entre la gente del mar, ni por sus aficiones místicas y espirituales, sino por su magno plan: llegar a Asia a través del Atlántico cuando este océano desafiaba al hombre como una inmensidad enigmática, y las débiles naves preferían no alejarse mucho de la costa.

Quizá no llegara Colón a La Rábida en precario, sino con recomendaciones, pero lo relevante es el apoyo que halló, por primera vez. Su plan suponía una Tierra no plana, como creía el vulgo, sino esférica, según pensaban los navegantes y los expertos, aun con problemas como el de explicar cómo andarían los antípodas cabeza abajo. Y no era sólo aventurado sino con distancias mal calculadas, y sin imaginar siquiera la existencia de un continente gigantesco entre la costa atlántica europea y Cipango (Japón).

El proyecto tenía una vertiente económica, pues abriría una nueva ruta comercial seguramente muy provechosa, ya que los otomanos habían cortado el viejo tráfico con India y China, por donde llegaban las especias, la seda y otros productos valiosos, que pasaron a monopolizar los turcos y sus socios italianos: Portugal, precisamente, buscaba otra ruta contorneando África. El interés utilitario iba mezclado, en realidad supeditado en la mentalidad de Colón, al religioso de cristianizar aquellos territorios, de dar con el reino del «Preste Juan», rey sacerdote de un legendario país cristiano aislado por la marea islámica, y que quizá correspondiese a Etiopía; Colón pensaba incluso encontrar el Paraíso Terrenal. Y la empresa debía ayudar de un modo u otro a recuperar Jerusalén, ambición mística y casi obsesiva

en Europa, que había movido a varios reyes y emperadores a cruzadas terminadas en fracaso: en su *Libro de las profecías*, Colón indica que «había de salir de España quien había de reedificar la casa de Sión», en referencia a sí mismo, pues creía profético su nombre, Cristóbal, «el que lleva a Cristo».

De primera intención, Colón había ido con su proyecto al rey de Portugal, Juan II, dado que su país era entonces el más avanzado en exploraciones atlánticas y progresaba sistemáticamente hacia el sur, siguiendo la costa africana. Los consejeros del rey consideraron, acertadamente, que los cálculos de Colón eran falsos y la distancia a recorrer mucho mayor, excesiva. Por algún asunto oscuro, Colón tuvo que huir de Portugal y buscar ayuda en Castilla. Los monjes de La Rábida y la abadesa del convento de Santa Clara, en Moguer, Inés Enríquez, tía del rey Fernando, le respaldaron ante la corona, y en 1486 expuso su plan a los reyes. Los expertos castellanos dictaminaron en contra, como los portugueses, aparte de que las exigencias de Colón en títulos y dinero parecían excesivas. No obstante, la reina se interesó, aunque por entonces la campaña de Granada absorbía su atención y recursos. Harto de esperar, Colón volvió a probar suerte en Portugal en 1488, sin resultado porque Bartolomé Díaz había llegado al extremo sur de África, abriendo por fin la ansiada vía del Índico. La ruta propuesta por Colón parecía muy incierta, y Portugal no tuvo reparo en cedérsela a Castilla. Colón, a través de su hermano Bartolomé, también buscó patrocinio en Inglaterra y Francia, sin éxito.

En 1491, una nueva junta de expertos castellanos rechazó el proyecto, pero el rey Fernando lo hizo consultar a Fray Hernando de Talavera, confesor de Isabel, de familia conversa, y a Fray Diego Deza, futuro inquisidor; y con ello el plan de Colón se abrió paso por fin, máxime cuando el

valenciano Luis de Santángel se ofreció a adelantar un millón largo de maravedíes, la mitad del dinero preciso, pues la guerra de Granada había vaciado las arcas reales. Se ha dicho que la empresa de Colón fue sólo castellana, pero en ella intervinieron no menos decisivamente el rey Fernando y otros personajes de Aragón, por lo que fue conjunta, precisamente española. Colón reclamaba el título de virrey de las tierras a descubrir, un título tal vez de origen catalán. Por fin el 17 de abril de 1492, tras las Capitulaciones de Santa Fe, los reyes acordaron la inmediata puesta en marcha de la empresa. Colón obtenía los títulos de virrey y almirante de la mar océana, equivalente al de almirante de Castilla, con un 10 por ciento del beneficio de las operaciones mercantiles en los nuevos territorios (un 20 por ciento para la corona) y otras ventajas.

La expedición debía organizarse en Palos de la Frontera, pero allí no pensaban cumplir la orden real, y fueron los hermanos Pinzón, marinos avezados del lugar, quienes reclutaron tripulación (unos noventa hombres) para tres naves y aportaron dinero. El 3 de agosto zarpaban dos carabelas, *Pinta* y *Niña*, capitaneadas por los Pinzón, Martín Alonso y Vicente Yáñez respectivamente, y la nao *Santa María*, por Colón. Tras hacer escala en la isla canaria de La Gomera, se internaron por el mar desconocido. La navegación seguía una rutina religiosa: al amanecer, un grumete entonaba un canto piadoso y todos rezaban, y al anochecer volvían a orar y cantaban el *Salve Regina*. Las muchas singladuras y la inseguridad del objetivo motivaron un conato de motín en la *Santa María*, abortado en ciernes por la energía de Martín Alonso. La historia ha hecho poca justicia a los hermanos Pinzón, que jugaron un gran papel en el descubrimiento.

El 12 de octubre, dos meses largos después de dejar Palos, los expedicionarios avistaron tierra en las islas Bahamas, de las que tomaron posesión en nombre de los reyes. Siguieron explorando, descubrieron Cuba, que tomaron por tierra firme, y una gran isla que llamaron La Española. En ésta embarrancó la *Santa María*, y con sus restos se montó un fuerte, primer asentamiento español en América.

A finales del año emprendieron el regreso, muy accidentado por las tormentas, yendo a parar la *Pinta* a Bayona de Galicia, el 1 de marzo, y la *Niña*, mandada por Colón, a Lisboa, donde el almirante se libró por poco de ser quizá asesinado. El 15 de marzo volvieron las dos carabelas a Palos, donde murió a los pocos días Martín Alonso, y en abril fue Colón a Barcelona, a dar cuenta de su viaje a los reyes.

Colón realizó tres viajes más, terminando el último en 1504; en ellos amplió la exploración por el mar de las Antillas y las actuales Venezuela, Colombia y América Central. Creía estar en las Indias y no en un «nuevo mundo».

* * *

Son de sobra conocidos los problemas de Colón en el gobierno de las nuevas tierras, e ignorado el origen del descubridor. Dado que él y los reyes no pusieron empeño en aclararlo, más bien al contrario, se le han atribuido, de modo puramente especulativo, las patrias más diversas, desde Grecia a Noruega, o la condición de judío, siendo la versión más corriente la de su nacimiento genovés. Sin embargo esta atribución resulta tan difícil como las otras. Con motivo del IV Centenario del descubrimiento, Italia ofreció una *Raccolta* de unos 200 papeles sobre una familia Colombo de

Génova, parte de ellos referidos a un Cristóforo. Pero las fechas concuerdan mal, la propia abundancia de documentos despierta dudas y, en fin, sólo informan de que Cristóforo era, al menos hasta 1473, un pequeño comerciante lanero con deudas y amenazas de prisión por impago. Que estén tan documentados en Génova estos pequeños sucesos y no haya, en cambio, referencias a la impresionante gesta posterior del supuesto Colombo, ya es bastante sospechoso; y tampoco la ciudad italiana pensó reivindicar la gloria de su ilustre y presunto hijo. Un reciente ensayo de María V. Martínez Costa de Abaria, *Cristóbal Colón y España*, incide en las dificultades de la atribución genovesa.

Sólo tres años después del último documento genovés, Colón aparece en Portugal como experto navegante, diestro en cosmografía y cartas náuticas, culto y erudito en algunos terrenos, conocedor del latín y aún más del castellano, de modales distinguidos, codeándose con la nobleza y con el mismo rey, y casándose con una aristócrata local, algo muy poco imaginable para un plebeyo. Suena en extremo inverosímil que el humilde lanero genovés lograse de pronto tal transformación, por lo que difícilmente puede tratarse de la misma persona. La inverosimilitud crece ante la ausencia de cualquier prueba de que la familia genovesa, que vivía con estrechez, le pidiera ayuda en los días de poder y riqueza del almirante; ni Colón se acordó de ellos cuando hizo testamento. Nunca utilizó el apellido Colombo, siempre empleó, o se le conoció por Colom, Colón o Coloma. No escribió en italiano, salvo escasas palabras reveladoras de un mal conocimiento del idioma; ni hay indicio de que hablase en él con sus hermanos, también supuestos genoveses. Sus cartas a Génova las redactó en castellano, y cuando menciona al patrón de la ciudad lo escribe mal. No puso a

las tierras descubiertas nombres italianos en homenaje a su atribuida patria, sino españoles, algunos relacionables con Baleares, Levante o Cataluña. Los Reyes Católicos nunca aluden a su origen genovés, ni le dieron carta de naturalización como hicieron con Américo Vespucio, sino que le trataron como «súbdito y natural», y ampliaron su escudo de armas, señal de que ya tenía uno, cosa poco creíble en una familia de modestos tratantes en lana, en queso, taberneros… Estos datos desfondan la tesis genovesa, que se apoya, como todas las demás, en la incertidumbre sobre su origen real.

Debemos atenernos a los hechos constatables. Ante todo, habló y escribió casi siempre en castellano, algo en latín. Menéndez Pidal creyó encontrar en sus escritos defectos propios de quien no tiene el castellano por lengua materna, pero sus deficiencias no eran italianismos, sino lusismos, explicados por sus nueve años de estancia en Portugal. En Portugal no existía el apellido Colón, y aun allí escribió en castellano, ya *lingua franca* peninsular. También se han detectado en sus escritos giros catalanes. Su patriotismo hispano resalta aquí y allá. Sobre la cristianización de los pueblos descubiertos habla de «España, a quien todo debe estar sujeto», y anima a los reyes a no consentir «que aquí (las nuevas tierras) faga pie ningún extranjero», idea rara en un genovés. La mayor isla que descubrió en el primer viaje la llamó *La Española*, y supone reservada a España la recuperación de Jerusalén, ligada para él a sus viajes. Su amigo el cosmógrafo catalán Jaime Ferrer de Blanes, que le aconsejó sobre el tercer viaje y fue requerido para delimitar los derechos de descubrimiento entre Castilla y Portugal, le escribió, como cosa natural, de «ésta nuestra España»…

Dentro de la incertidumbre, parece más probable su cuna española, acaso catalana o, más probablemente, balear, según algunos indicios. De ser así, queda por explicar el motivo de la oscuridad, de aspecto deliberado, sobre su patria, como si ocultara algún secreto. La autora citada cree que pudiera tratarse de un hijo ilegítimo de Carlos de Viana, el preterido hijo de Juan II de Aragón. Esto, y acaso el presunto origen genovés, quizá fuera posible comprobarlo hoy mediante pruebas de ADN, como las que han certificado la autenticidad de los restos del almirante guardados en Sevilla.

* * *

Portugal y España —ante todo Castilla— se dibujaban como las grandes potencias atlánticas. Para evitar choques, ambas habían acordado en 1479 (tratado de Alcazobas) dejar a Portugal el Atlántico al sur de las Azores, excepto Canarias. El viaje de Colón hizo necesario un nuevo tratado, firmado en Tordesillas en 1494.El papa Alejandro VI, el antiguo legado que había favorecido la boda de Isabel y Fernando, arbitró entre los dos países. Al final, los intereses quedaron divididos por un meridiano 370 leguas al oeste de las islas Cabo Verde, con lo que la exploración y posible dominio de África quedaba para Portugal, y América para «los señores rey y reina de Castilla y Aragón», excepto el extremo oriental de Brasil, aún desconocido entonces. Fue el primer tratado europeo acordado con asesoramiento técnico por ambas partes, como señala Menéndez Pidal, y mal recibido por Francia e Inglaterra, deseosas de participar en el posible botín.

Colón y los suyos habían descubierto mucho más de lo que habían pensado: un continente nuevo. Esa realidad desplegaría pronto toda su potencia, por más que Colón

creyó haber llegado al oriente asiático, si bien sospechó la verdad en algún momento. Han surgido debates bizantinos sobre si hubo descubrimientos anteriores, en referencia a los vikingos u otros. Los primeros «descubridores» fueron grupos asiáticos que cruzaron de Siberia a Alaska hace unos quince mil años, pero ni ellos ni los vikingos tenían la menor noción de dónde estaban realmente en relación con el resto de la tierra. En cambio el descubrimiento hispano lo fue no sólo para los europeos, sino para el resto del mundo, incluyendo los propios aborígenes, pues unos y otros empezaron a entender lentamente lo que era aquel continente, ignorado por la humanidad desde la aparición del hombre sobre la tierra… aun si algunos sospecharon que el mar gigantesco y atemorizante ocultaba grandes secretos, como había escrito Séneca: «Vendrán siglos en que Océano afloje los vínculos de las cosas y aparezca una tierra inmensa, y Tetis abra nuevos mundos, dejando de ser Tule el último confín». El momento llegó cuando coincidieron los conocimientos técnicos (brújula, astrolabio, barcos más adaptados) con la inspiración y osadía de un visionario, el impulso místico y el afán de riquezas de unos pocos hombres, y la intuición política de unos reyes. No fue sólo el Descubrimiento de América, sino del mundo como tal —de imagen tan imperfecta hasta entonces— completado con la primera vuelta a la tierra, de Magallanes-Elcano, iniciada veintisiete años después.

* * *

La fecha del Descubrimiento de América bien puede marcar el cambio de la historia europea desde la edad que hemos llamado de Asentamiento a la de Expansión. Siempre hay algo arbitrario en la elección de fechas, y suele considerarse, en cambio, la caída de Constantinopla como el

hito decisivo. Pero ésta sólo marcó el estertor final de un imperio moribundo de tiempo atrás, y un retroceso para Europa, mientras que la gesta de Colón supuso lo contrario, el comienzo de una era europea de expansión mundial y una nueva configuración mental del mundo. Una fecha decisiva para Europa, desde luego, y para el resto de la humanidad, cuyas culturas y civilizaciones iban a entrar en contacto por primera vez desde las dispersiones originales. También podría elegirse el momento en que Bartolomé Díaz llegó al Cabo de Buena Esperanza, pero lo realmente nuevo fue el hallazgo del vastísimo mundo americano.

32

LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS Y LA INQUISICIÓN

El año 1492 no marcó sólo el final de la Reconquista y el descubrimiento, hitos históricos relacionados, sino el de la expulsión de los judíos. La actitud ante los judíos en Europa, y desde luego en España, alternó entre la tolerancia (en el sentido estricto de ser tolerados, no queridos), la persecución y la expulsión. Francia, Inglaterra y Austria los habían expulsado en distintos momentos, y los pogromos habían sido recurrentes. Los judíos solían ser protegidos por los reyes y los nobles, de modo ambivalente por el Papado; y odiados por el pueblo llano, con las excepciones de rigor. Ya hemos aludido a las causas de esa aversión, básicamente su consideración de «pueblo deicida», su carácter inasimilable, pues eran vistos como un grupo social extraño y peligroso, por el efecto corrosivo achacado a su religión; en España la antipatía se extendía a la memoria de su colaboración con la invasión islámica. Precisados a protegerse entre sí en un ambiente poco propicio, los judíos aplicaban formas de solidaridad que a los ojos de los gentiles les convertían en una sociedad opaca, dedicada a secretos manejos para destruir el cristianismo, acusación ya presente entre los visigodos. No menos inquina causaba la dedicación de la élite hebrea a negocios como el cobro de impuestos y la usura, o la ostentación, por algunos, de su riqueza. Aunque los judíos ricos eran pocos, se creó el estereotipo del «judío» avaro, explotador de la necesidad de los cristianos y con un poder oscuro, más ultrajante por venir de una minoría ajena al país y su cultura. Por esa habilidad para hacer dinero les protegían los reyes y los grandes… y por los impuestos a las

aljamas o juderías, mayores que los que gravaban a los cristianos.

Se han dado diversas explicaciones de la destreza comercial y financiera de los judíos —de la capa superior de ellos—, pero una causa suena probable: las persecuciones les impulsaban a buscar bienes poco tangibles y fáciles de transportar, creándose un círculo vicioso: sus actividades generaban odio, pero eran su salvaguardia en caso de necesidad.

La misma causa, posiblemente, tenía el interés de muchos de ellos por conseguir una preparación profesional que les permitiera valerse en distintas circunstancias. Esa instrucción formó una élite culta, profesionalmente experta e intelectualmente curiosa, que intervino destacadamente en la Escuela de Traductores de Toledo y otras empresas culturales cristianas como las de Alfonso X *el Sabio*; y una cultura propia en hebreo, árabe o idiomas españoles, de los que Maimónides es el mayor ejemplo. Maimónides había inaugurado una interpretación racionalista de las Escrituras que muchos judíos rechazaban como herejía. Dirección opuesta tomó la *Cabalá* (Tradición), predominante en la Península Ibérica, donde, en Castilla, en la segunda mitad del siglo XIII, se escribió el *Sefer ha-Zohar* (*Libro del esplendor*), obra central cabalística. La *Cabalá* buscaba descifrar el sentido profundo de la Biblia por métodos como el valor numérico de las letras, descomposición de las palabras en sus letras para formar con ellas nuevas palabras, o alteración del orden de las letras para obtener nuevos significados.

La presión ambiente minaba las juderías con una corriente de bautismos, pero que el pueblo hebreo no se desintegrase pese a vivir siglo tras siglo en tales

circunstancias es sin duda uno de los hechos más singulares de la historia. Sin duda la idea de ser el pueblo elegido por Dios le daba una capacidad de resistencia excepcional. A ello se unía la esperanza, nunca perdida, de un Mesías y la vuelta a Jerusalén; esperanza exacerbada a mediados del siglo XIV por las profecías, basadas en cálculos matemáticos, de Abraham bar Hiyá, dos siglos anterior (su *Tratado de geometría* fue por siglos texto en las escuelas cristianas). La religión se mantenía por el estudio, repetición y comentario de la *Torá* o *Pentateuco*. Los comentarios habían dado lugar a la *Misná* o *Mishná*, base a su vez del *Talmud*, compilación de historias, consideraciones y preceptos sobre el trabajo, el derecho civil y comercial, el matrimonio, la purificación, etc. La vida política y social se identificaba con la religión de modo absorbente, y la repetición y comentario de los textos sagrados, generación tras generación, daba a las comunidades un fuerte sentido de pertenencia. Para los cristianos, el Talmud era otro motivo de sospecha, puesto que ya no se trataba de la Biblia común a las dos religiones.

Las diferencias en la interpretación religiosa desgarraban a veces las comunidades hebreas en conflictos violentos, como había ocurrido en tiempos de Roma, atenuados luego por la falta de poder político y militar. Sus disputas guardaban paralelo con las cristianas desde la introducción de Aristóteles, y giraban en torno al racionalismo de Maimónides, el problema del bien y el mal, etc. Algunos judíos consideraban el mal como un principio activo y poderoso (el tomismo lo entendía, de modo más pasivo, como ausencia de bien) y se orientaban al gnosticismo. También brotaron en las aljamas ideas similares a las de los franciscanos, con exigencia de pobreza total y diatribas contra los judíos acaudalados. Y esperanza de un Mesías

próximo.

Las juderías de España vivieron en el siglo XIII una época de esplendor, también intelectual. Las de Cataluña eran las más nutridas, también las de Aragón, y la de Valencia ciudad, con 250 familias, quizá la mayor de la península. Se les concedían privilegios (relativos) para atraerlos como fuente de ingresos para los reyes y oligarquías. A principios del siglo XIV, el antisemitismo en Alemania y Francia, así como en Mallorca y zonas pirenaicas, provocó la emigración de bastantes de ellos a Aragón y aún más a Castilla. Pero pronto iba a recrudecerse el antisemitismo en toda la península a partir de Navarra, muy influida por Francia. A mediados de siglo, con motivo de la Peste Negra circularon las habituales calumnias sobre el envenenamiento de pozos, que ocasionaron matanzas en Cataluña y Aragón, pese a que las aljamas sufrían la peste no menos que las ciudades cristianas, quizá más, por tratarse de barrios estrechos. La animosidad persistió hasta que, a finales de siglo, en 1391, estalló en matanzas extendidas desde Andalucía por Castilla, Valencia y Cataluña, provocando numerosos bautizos forzados.

La política oficial osciló entre intentos de conversión mediante la predicación, y el uso de restricciones legales. Las leyes de Ayllón, en 1412, imponían en Castilla una rígida separación de los judíos en barrios cerrados, vestimenta etc., y se les prohibían los oficios provechosos o prestigiosos. En Aragón, la Inquisición presionaba en pro de medidas resolutivas, por las buenas o las malas. Un converso, Jerónimo de Santa Fe, presentó al papa Benedicto XIII una serie de textos bíblicos que justificaban a Jesús como el Mesías. Benedicto ordenó a los rabinos de la corona de Aragón acudir a Tortosa, a partir de enero de 1413, para

instruirse, preguntar y objetar al respecto. En Tortosa, los rabinos arguyeron que aun si el Mesías hubiera venido, lo decisivo era la Ley Sagrada, es decir, el Talmud. El Mesías, además, debía obrar como un líder político y restaurar Jerusalén pero, aunque no llegase hasta el final de los tiempos, las almas no precisaban de él para salvarse, pues para ello les bastaba cumplir la ley.

Como entre los judíos comunes y los rabinos hubo discrepancias, se abrió paso la acusación de que los jefes religiosos engañaban y tiranizaban a su pueblo. A su vez, un rabino acusó a Jerónimo de Santa Fe de utilizar textos inseguros, y otros insistieron en que la ley expuesta en la Torá es eterna e incambiable: el Mesías sólo podía cumplirla, no transformarla, devolviendo a su pueblo la tierra que Dios le había otorgado. Los sufrimientos que comportaba la lealtad a su fe debían entenderse como pruebas que Dios recompensaría. Las discusiones de Tortosa duraron meses, muchos rabinos y judíos comunes se bautizaron, lo cual confirmaba a los demás el peligro del contacto con los cristianos, y la idea de que el aumento de renegados era preciso para que resplandeciera la virtud de los justos: eran aquellos banqueros y usureros más en contacto con los cristianos quienes despertaban con su codicia la cólera de los gentiles, y eran ellos los primeros en abandonar la fe a la hora de la prueba. Por su parte, la Santa Fe consideró herejes contumaces a quienes persistieron en la fe judaica, y recomendó a Benedicto obrar en consecuencia. Por ello, muchos judíos de Aragón emigraron a Castilla, a pesar de las leyes de Ayllón, escasamente cumplidas.

Otro converso, Alonso de Palencia, denunciaba a los conversos judaizantes, que obraban entre sí como una sociedad de auxilios mutuos: «Extraordinariamente

enriquecidos por oficios muy particulares, se muestran por ello soberbios, y con arrogancia insolente intentan apoderarse de los cargos públicos, después de haberse hecho admitir, a precio de oro y contra todas las reglas, en las órdenes de caballería, y se constituyen en bandos». Disponían de fuerza armada y «no temen celebrar, con la mayor audacia y a su antojo, las ceremonias judaicas».

Según vimos, Enrique II de Trastámara explotó contra Pedro I *el Cruel* el odio antihebreo, pero cambió de actitud al ganar el trono. En 1432 el jefe religioso Abraham Bienveniste, protegido por Álvaro de Luna, convocó una asamblea de rabinos para redactar los Estatutos (*takanoz*) de Valladolid, de aplicación en Castilla. Sus normas daban a los judíos autonomía judicial, con prohibición de acudir a jueces cristianos, e imponían pena de muerte para los delitos de delación y calumnia, aunque no tenían medios de hacerla efectiva salvo aprobación del Consejo Real. Las aljamas funcionaron con una libertad que, criticaban otros países europeos y el Papado, esterilizaba los esfuerzos por convertirlos. Los estatutos obligaban también a todas las familias a pagar un impuesto especial para sostener casas de oración y maestros que enseñasen a los niños la Torá y el Talmud. Esta atención a la enseñanza religiosa, extendida a la instrucción práctica, daba a los hebreos ventaja cultural sobre los cristianos comunes.

Gracias a la actividad de rabinos como Bienveniste o Abraham Seneor, las juderías se rehicieron parcialmente de la aguda crisis de los decenios anteriores, pero aun así su población había decaído mucho, debido a pestes, pogromos y conversiones. También habían decaído en productividad intelectual, y la participación de judíos en los empleos más lucrativos había descendido, teniendo la inmensa mayoría de

ellos oficios de poco lucimiento, como pequeños artesanos, tenderos, etcétera.

En cualquier caso, la aversión popular a los judíos creció: les acusaban de crímenes rituales como el asesinato del niño de La Guardia, de profanar las sagradas formas, de mantener preceptos anticristianos y blasfemos en el Talmud, etc. El odio alcanzaba a los conversos. Muchos de éstos se habían cristianizado por convicción, abrazando a menudo un intenso nacionalismo hispano, otros lo habían hecho forzados, por temor a perder ventajas materiales o incluso la cabeza. Algunos de los primeros mostraron especial celo antijudaico, y los últimos, los insinceros, quedaban en posición equívoca, rechazados por sus antiguos correligionarios y sospechosos ante los cristianos. Se tendía a igualar a sinceros e insinceros, incluso a muchos nacidos cristianos por venir de familias conversas generaciones atrás.

Los Reyes Católicos adoptaron una política favorable al pueblo de Israel: «Los judíos son tolerados y sufridos y nos los mandamos tolerar y sufrir y que vivan en nuestros reinos como nuestros súbditos y vasallos»; y los protegieron anulando normas como las de Bilbao, que obligaban a los comerciantes hebreos a pernoctar fuera de la ciudad, con riesgo de ser saqueados por los bandoleros, y les imponían otras restricciones semejantes. Reaparecieron en la corte judíos como Abraham Seneor, que llegó a administrador de las rentas del reino y a tesorero de la Santa Hermandad.

No obstante, la situación empeoró cuando la Inquisición se extendió de Aragón a Castilla, en 1478, con el nombre de Inquisición Española y dos novedades. No dependía de los obispos como la Inquisición anterior, sino de la corona: el Papa estaba, en principio, por encima, y hubo algunos roces entre los papas y los reyes, imponiéndose los últimos; y

mostró mayor actividad contra los conversos. La resistencia a la nueva Inquisición fue débil en Aragón, pero en Nápoles hubo verdaderas revueltas.

En 1483 fue nombrado inquisidor general Tomás de Torquemada, a quien se atribuye algún antecesor converso, en todo caso secundario, aunque es cierto que los conversos abundaron entre los altos cargos de la Inquisición. Torquemada ha sido objeto de juicios contradictorios, ya como paradigma del más brutal fanatismo o bien como «el martillo de los herejes, la luz de España, el salvador de su país», a juicio del cronista Sebastián de Olmedo. Defendió la tortura pero la hizo usar mucho menos que los tribunales corrientes, organizó cárceles más habitables que las ordinarias, aseguró la buena alimentación de los presos (los comunes trataban de ser transferidos a tribunales eclesiásticos), y combatió la corrupción judicial y las denuncias falsas, acordando que quien acusase falsamente a otro recibiría la pena prevista para su víctima. Al mismo tiempo fue inflexible en la persecución de la herejía, sin reparo en llamar ante el tribunal a nobles u obispos. Considerado incorruptible, procuraba la reconciliación de los acusados. Suele achacarse a su período de inquisidor una especial actividad y dureza, aunque no hay datos muy fehacientes de ello, lo que permite un amplio margen a la especulación, según la orientación ideológica del estudioso.

Como fuere, no hay duda de que fue el mayor partidario de la expulsión de los judíos, por creer que así desaparecería el problema judaizante entre los conversos. La expulsión se decidió por decreto real tres meses después de la toma de Granada y poco antes de la orden que llevaría al Descubrimiento de América. El decreto daba a los judíos que persistiesen en su fe cuatro meses para liquidar sus

bienes y salir de España.

Los fundamentos de la orden no aludían a las acusaciones populares de sacrilegios y asesinatos rituales (en las que probablemente no creían las personas ilustradas), y tampoco a la usura, excepto en una versión del rey Fernando: «Hallamos los dichos judíos, por medio de grandísimas e insoportables usuras, devorar y absorber las haciendas y sustancias de los cristianos, ejerciendo inicuamente y sin piedad la pravedad usuraria contra los dichos cristianos […] como contra enemigos y reputándolos idólatras, de lo cual graves querellas de nuestros súbditos y naturales a nuestras orejas han prevenido». Ello suena a pretexto, porque tales prácticas se habían restringido mucho. El motivo invocado era religioso, ante todo el peligro de contagio y herejía sobre los cristianos. La expulsión valió a los reyes enhorabuenas de toda Europa.

Los Reyes Católicos debieron de esperar que la comunidad hebrea, al verse en tal aprieto, se diluyera mediante la conversión, y se prodigaron las exhortaciones, hasta promesas de privilegios económicos y jurídicos, a quienes se bautizasen. El prestigiado Abraham Seneor se convirtió al catolicismo e hizo proselitismo entre los suyos, pero la mayoría persistió en su fe: los rabinos habían robustecido moralmente a su comunidad.

¿Cuántos emigraron? No es fácil hacer un cálculo, y las estimaciones varían entre los 200 000 y los 50 000. No pudieron ser muchos, teniendo en cuenta el número de aljamas y los períodos de pestes, matanzas y conversiones. Su número en Cataluña, antes alto, había bajado drásticamente. Según señala Luis Suárez, en Aragón quedaban 19 juderías, con un máximo de 1900 familias, es decir, en torno a 10 000 personas, probablemente menos, y sólo ellas

significaban el 85 por ciento de todas las de la corona, distribuyéndose el 15 por ciento restante entre Cataluña y Valencia. Castilla contaba con 224 aljamas, que a 100 familias por cada una sumarían 22 400 familias y unas 100 000 personas, pero más probablemente no llegaban a la mitad, ya que una aljama de 200 familias podía considerarse muy numerosa, pocas tenían más de 50 y muchas no pasaban de 20 o 30. Por ello, la cifra real de judíos no debió de superar los 60 000, y de ella habría que deducir varios millares bautizados in extremis.

La suerte de los expulsados fue dolorosa. Se tomaron medidas para evitar abusos contra ellos, pero la compraventa de sus bienes se hizo a menudo en condiciones de estafa. En largas filas menesterosas marcharon al destierro, sostenidos por los rabinos que les exhortaban y hacían que las mujeres y muchachos cantaran y tañeran instrumentos musicales para elevar el ánimo. El Imperio otomano los acogió bien, asombrándose de que España prescindiera de gente tan hábil en hacer dinero, y en Portugal sólo pudieron mantenerse breve tiempo. Otros marcharon a Italia o a Flandes. Padecieron más los que recalaron en el norte de África, donde bastantes de ellos fueron reducidos a la esclavitud. Quizá un tercio del total volvió a España a bautizarse.

Los estudiosos han discutido los motivos de la expulsión, desde el afán de reyes y nobles por enriquecerse con los bienes de los judíos, hasta el racismo o la «lucha de clases». Joseph Pérez, Luis Suárez y otros han deshecho la mayor parte de esas versiones. Los reyes eran conscientes de que la medida sería poco rentable —aunque no desastrosa, porque la economía española se hallaba entonces en pleno auge y, contra una idea extendida, el peso de los judíos en ella era pequeño—. Las razones expuestas en el decreto son

exclusivamente religiosas, como quedó indicado, lo cual tenía una dimensión política. La herejía se consideraba un grave riesgo de descomposición social y discordias civiles, y por eso las reacciones ante ella solían ser tan duras. Y en la estela de la racionalización del Estado, pesaba más que antes la búsqueda de la homogeneidad y la norma de que la religión del príncipe debía ser la del pueblo. El judaísmo, mirado como un cuerpo extraño, debía disolverse por conversión o de otro modo.

* * *

La Inquisición, valedora mayor de la expulsión, sólo podía actuar contra cristianos, por lo que se centró en los conversos. Su procedimiento consistía en pregonar el *Edicto de gracia*, explicando en qué consistían las herejías y animando a quienes hubieran incurrido en ellas a presentarse y denunciar a sus cómplices para reconciliarse con la Iglesia. A continuación venían las denuncias, mantenidas en el anonimato. Los «calificadores» las examinaban y, si las hallaban fundadas, ordenaban detener al acusado, cuyos bienes eran confiscados preventivamente para pagar los gastos del proceso, lo cual causaba abusos que se combatieron desde mediados del siglo XVI. Por otra parte, la Inquisición se financiaba sobre todo con los bienes de los condenados, lo que, en principio, constituía un incentivo para extremar la severidad.

Luego eran interrogados los denunciantes y el denunciado. Éste recibía un abogado defensor que le animaba a decir la verdad, y debía buscar testigos favorables o probar la falsedad de la acusación, a cuyo fin se le pedía que citara los nombres de quienes podían tener interés en perjudicarle, por si coincidían con los denunciantes. Si el proceso seguía, podía usarse la tortura, a condición de no

poner en peligro la vida ni causar mutilaciones, y la confesión debía ser luego ratificada libremente. Las penas más habituales eran multas, obligación de portar un sambenito, y «prisión perpetua», que rara vez pasaba de tres años; pero podían llegar a la «relajación al brazo secular», es decir, a la justicia laica. Seguía un auto de fe, ceremonia pública o privada para solemnizar la reconciliación de los arrepentidos y la ratificación de los recalcitrantes, que serían ejecutados. Popularmente se ha identificado el auto de fe con la ejecución, pero ésta se cumplía al margen y después. Si el condenado se arrepentía en último extremo, era ahorcado o decapitado; en caso contrario, quemado en la hoguera.

Las víctimas más numerosas de la Inquisición fueron conversos judíos y moriscos, y más tarde protestantes, muy pocos en España. Su actuación más intensa transcurrió entre su fundación y el año 1530, remitiendo después durante más de un siglo para recrudecerse entre 1640 a 1660. Desde esa fecha su actividad decayó mucho.

Los métodos de la Inquisición han sido muy criticados, en particular la denuncia anónima y el uso de la tortura. Pero hoy se admite que utilizó la tortura mucho menos que los tribunales europeos de la época (o de la actualidad en muchos lugares): de los 7000 procesos en Valencia sólo se usó la tortura en un 2 por ciento de los casos, nunca más de quince minutos, y nadie fue torturado dos veces, según la investigación de S. Haliczer. La Inquisición abolió los azotes y argollas para las mujeres y limitó a cinco años la pena de galeras, que solía ser perpetua. Sus cárceles eran mejores que las comunes, y los presos podían recibir visitas de familiares y practicar su oficio; a menudo sólo sufrían arresto domiciliario. El anonimato de los denunciantes se debía a las

venganzas que ejercerían contra ellos las familias de los denunciados, muchas de ellas pudientes, y la prevención contra falsos testimonios era mucho más rigurosa que en la justicia ordinaria: «Los inquisidores —explican las instrucciones de Torquemada— deben observar y examinar con atención a los testigos, obrar de suerte que sepan quiénes son, si deponen por odio o enemistad o por otra corrupción. Deben interrogarlos con mucha diligencia e informarse en otras personas sobre el crédito que se les pueda otorgar, sobre su valor moral, remitiendo todo a las conciencias de los inquisidores».

Tres siglos y medio duraría la Inquisición, concebida para asegurar la estabilidad social frente a la herejía. Muchas descripciones crean la impresión de un clima generalizado de denuncias y temor, pero los datos conocidos no abonan tal imagen. A lo largo de tres siglos hubo un máximo de 150 000 procesos, quizá menos de 100 000, pues se conservan las actas de los 50 000 ocurridos entre 1560 y 1700, casi un siglo y medio: los procesos posteriores a 1700 fueron pocos, y resulta difícil creer que los de los ochenta años anteriores a 1560 casi duplicaran los posteriores. Aun aceptando la cifra mayor, da un promedio de 420 procesos por año, no muchos para una población que varió entre 5 y 12 millones de habitantes —con temporadas de actividad muy escasa y otras más intensa— y la realidad fue sin duda bastante inferior.

Sobre las ejecuciones se ha exagerado sin tasa, por razones de propaganda ideológica. El clérigo Juan Antonio Llorente, colaboracionista de Napoleón, hablaba de 32 000 muertes y atribuía a la Inquisición «la despoblación de España». Leyendas tales han disfrutado de crédito. Hoy se conoce bien el número de ajusticiados entre 1540 y 1834,

año de su abolición: en torno a un millar. Los datos más precarios de los sesenta años anteriores a 1540 permiten cálculos comúnmente influidos por la inclinación ideológica del estudioso. Se los tiene por años de intensa actividad, y algunos hablan de hasta 4000 ejecuciones, aunque el cuidadoso investigador Tarsicio de Azcona los limita a unos cientos durante el reinado de Isabel *la Católica*. Las represiones religioso-políticas en diversos países europeos causaron por entonces más muertes en menos tiempo, y, como se ha observado, las policías políticas de ciertos países actuales multiplican en pocos años o meses el número de víctimas achacadas a la Inquisición. Así, ésta resultó bastante moderada y poco sangrienta comparada con otras persecuciones de la época. Las investigaciones recientes ponen en un marco más preciso la entidad del tribunal, objeto preferente de mitos y leyendas durante siglos.

Otro dato muy relevante es que, tras algunas persecuciones puntuales, la Inquisición descartó la «caza de brujas», considerando la existencia de éstas como un mero fenómeno supersticioso. Por el contrario, en Alemania, Suiza, Francia, Inglaterra (donde existían «cazadores de brujas» por dinero), Escocia, Escandinavia y otros países, la quema de brujas se hizo obsesiva durante los siglos XVI y XVII, calculándose entre 60 000 y 100 000 víctimas (59 en España).

Se ha acusado a la Inquisición de haber paralizado el desarrollo intelectual de España con su represión e índices de libros prohibidos; pero éstos, aún más rigurosos, estaban en boga por gran parte de Europa, y los siglos XVI y XVII fueron los de mayor florecimiento artístico e intelectual de España. Lope de Vega, Calderón de la Barca, Juan de Mariana, entre tantos, pertenecieron a la Inquisición, y otros

como Cervantes estuvieron próximos a ella. Es hacia finales del siglo XVII, con débil actividad inquisitorial, cuando desciende el nivel creativo de la cultura española, lo cual prueba la ausencia de una relación de causa a efecto entre ambos fenómenos.

* * *

La mentalidad que llevó a la expulsión de los judíos tenía que ver seguramente con la euforia del final de la Reconquista. Mas, paradójicamente, no se adoptaron en un primer momento medidas similares contra los mudéjares o moros. A los que permanecían en Granada se les concedieron derechos y privilegios como el de no pagar más impuestos que antes, conservar armas blancas, o provocar la destitución de gobernantes cristianos sobre los que tuvieran queja. Podían mantener su religión y propiedades, su sistema legal y educativo, llevar la ropa que quisieran, no las capas que identificaban a los judíos, retener sin trabas a los cristianos islamizados… Estas normas iban más allá de las de Valladolid con respecto a los judíos, y creaban casi un estado dentro del Estado, lo que chocaba con el impulso racionalizador de la monarquía autoritaria. Curiosamente, el odio hacia los mudéjares era mucho menor que hacia los judíos, lo que acaso se explique por las posiciones de poder y riqueza adquiridas por algunos de éstos, en contraste con la pobreza casi generalizada de los moros, que vivían en condiciones similares o peores que los cristianos de clase baja.

No obstante, los mudéjares constituían otro cuerpo social extraño, y además una potencial quinta columna de los poderes musulmanes de África, sólo separados por el Estrecho de Gibraltar y el breve mar de Alborán, los cuales daban a los moros peninsulares esperanzas de un cambio de

tornas, recordando las grandes invasiones del pasado. Por consiguiente, la política hacia ellos cambió pronto. Las predicaciones para convertirlos apenas dieron resultado, y en 1499 se adoptó una postura más drástica, con presiones económicas y a veces físicas para que los jefes musulmanes se bautizasen y arrastrasen a los demás. Sus libros religiosos fueron quemados, y los científicos enviados a la Universidad de Alcalá de Henares. Miles de mudéjares se convirtieron, pero otros más se rebelaron en Granada y las Alpujarras, en 1500.Vencida la rebelión, la política hacia ellos se endureció, y en 1502 se les aplicó la misma alternativa que a los judíos: convertirse o marcharse. La gran masa de ellos aceptó el bautismo, pero mantuvo sus tradiciones, costumbres, vestimenta y, ocultamente, su religión, recibiendo el nombre de moriscos. Así, el problema no desapareció, sino que se haría más alarmante conforme aumentaba la piratería magrebí y la amenaza turca se aproximaba a España durante el siglo XVI.

33

LA CELESTINA EN SU ÉPOCA

De 1499, siete años después del Descubrimiento, data la primera edición conocida de *La Celestina*, o *Tragicomedia de Calisto y Melibea y de la puta vieja Celestina*, una cumbre de la literatura, no sólo de la española. Quizá tuvo dos autores, pues el más conocido, Fernando de Rojas, dice haber ampliado una obra que encontró en Salamanca, escrita con «agradable y dulce estilo» (lo cual suena a ironía, pues de dulce tiene poco) convirtiéndola en primer acto de la *Comedia de Calisto y Melibea*, luego ampliada y rebautizada *Tragicomedia*.

El argumento viene a ser: Calisto encuentra por casualidad a Melibea y se enamora perdidamente de ella. Ambos son nobles, bellos e ingeniosos, pero ella le rechaza con duras frases. El mancebo parece volverse loco y amenaza matarse, pero su criado Sempronio le propone seducir a Melibea mediante los servicios de la vieja alcahueta Celestina, antigua prostituta y hechicera que tiene en su casa un pequeño burdel con una ramera joven, Elicia, *amiga* de Sempronio. Éste quiere compartir con Celestina las ganancias que extraerán a Calisto por la seducción de Melibea. A partir de ahí los hechos siguen una lógica impuesta por las pasiones y caracteres de los protagonistas. Otro criado de Calisto, Pármeno, joven leal al señor, a quien previene en vano contra tales maquinaciones, es corrompido por Celestina, que le ofrece trato sexual con otra prostituta llamada Areúsa, y termina entrando en el negocio.

Mediante tretas y magia, Celestina parece conseguir que Melibea se enamore de Calisto con la misma intensidad que

éste de ella, aunque en realidad la joven ya había mudado de actitud y aprovecha la ocasión que le brinda la alcahueta. A ésta, aunque muy sagaz, la codicia le pierde. Los dos criados van de madrugada a su casa a reclamar su parte en la ganancia, y al negársela ella, la asesinan. Los gritos y estruendo atraen a unos guardias y, por huir, Pármeno y Sempronio saltan de una ventana y se descalabran, siendo capturados y decapitados por la mañana. Calisto ve su honor arruinado, pero ha quedado en acudir al huerto de Melibea la noche siguiente, y allí va con otros dos criados. En la *Comedia*, tras el encuentro se mata al caer de la escala con que había subido al muro del huerto; la *Tragicomedia* alarga y complica la trama, suponiendo un mes de citas clandestinas, e introduce un intento de venganza de Elicia y Areúsa por la muerte de sus amantes Sempronio y Pármeno: las mozas encargan al rufián Centurio que mate a Calisto cuando éste vaya a ver a Melibea. Centurio piensa engañarlas, concertando con unos amigos que alboroten y den pie a huir al noble enamorado y sus criados; pero el resultado será distinto. Calisto, creyendo que sus dos criados son atacados, deja a Melibea para socorrerles, y con las prisas y la oscuridad cae de cabeza de lo alto del muro y se mata. Melibea, desesperada, sube a una torre de la casa y se tira de ella. La obra termina con la lamentación Pleberio, padre de Melibea, mientras la madre de ésta, Alisa, parece que muere de la impresión.

En una obra literaria o más en general artística, hallamos al menos tres planos: el estético-moral, el social-histórico y el técnico. Los dos últimos, más concretables, suelen servir al análisis: la técnica artística, en este caso el género (tiene algo de novela y de obra teatral, sin ser una ni otra), los recursos literarios, las influencias, etc.; y el reflejo de los

conflictos y peculiaridades de la sociedad en ese momento, enfoque muy en boga a partir del marxismo. Pero el valor real de una obra no depende ante todo de sus habilidades expresivas, pues quedaría en puro artificio, ni de su relación con la sociedad del momento, pues entonces apenas podría ser apreciada o entendida en otra sociedad o época. *La Celestina*, como gran obra literaria, traspasa las épocas y las sociedades. Rojas, consciente de ello, la considera un libro «jamás en nuestra castellana lengua visto ni oído», poniéndolo implícitamente por encima de los italianos al señalar que no procede de «las grandes herrerías de Milán», sino de «los claros ingenios de doctos varones castellanos». Y declara ufano cómo la sutileza y brillantez del trabajo da lugar a muchas interpretaciones, otro rasgo de una obra lograda.

La ética y la estética mantienen entre sí relaciones oscuras pero ciertas, no muy desemejantes de las existentes entre ética y religión. Los mitos y la propia Biblia con sus relatos de apariencia ambigua congenian difícilmente con una exposición ordenada y precisa de reglas morales, y por algo la Iglesia prefería no ponerla al alcance de todo el mundo, aunque divulgase sus relatos centrales. Los mismos Evangelios, de tan arduo cumplimiento incluso para quienes, generación tras generación, han tomado a su cargo predicarlos, dan pie, entre otras cosas, a la sátira anticlerical, presente asimismo en *La Celestina*. El ser humano vive en el ámbito moral como el pez en el agua, pero ese ámbito desborda su capacidad intelectiva: la promesa del demonio a Adán y Eva de conocer la ciencia del bien y el mal y ser como Dios, resultó vana, y el libro de Job avisa de esa limitación, a veces trágica. Ni el hombre más racional logra prever todas las consecuencias de sus actos, que al mismo

tiempo se complican de modo inextricable con los actos y consecuencias ajenos. El autor presenta a *La Celestina* en tono convencional, aludiendo a sus «muchas sentencias filosofales» y a su trama como ejemplo y edificación para mancebos, que les muestren «los engaños que están encerrados en sirvientes y alcahuetas»; o, más concretamente, la da por «compuesta en reprehensión de los locos enamorados que, vencidos de su desordenado apetito, a sus amigas llaman y dicen ser su dios». De ahí pudo salir una colección de ejemplos moralistas más o menos tópicos o entretenidos, pero el libro va mucho más allá. Es una de las más profundas y complejas exposiciones literarias de la condición humana.

Parte del valor de *La Celestina* proviene de los caracteres, tan individualizados y tratados con aguda penetración; o de episodios como las últimas palabras de Melibea a su padre y la desesperación de éste, en términos realmente conmovedores, aun si para el gusto actual puedan sonar algo retóricas. Otra escena de poderosa sugestión es la del último encuentro de los amantes. Melibea viene cantando quedamente en la oscuridad, unidos el ansia de placer y el sentimiento poético: «Mira la luna, cuán clara se nos muestra. Mira las nubes cómo huyen. Oye la corriente de esta fuentecilla cuánto más suave murmullo lleva por entre las frescas hierbas. Escucha los altos cipreses cómo se dan paz unos ramos con otros por intercesión de un templadico viento que los menea. Mira sus quietas sombras, cuán oscuras están, y aparejadas para encubrir nuestro deleite». Su observación encierra un augurio que ella no imagina, pues el ciprés simboliza la muerte y a ella saludan cuando se «dan paz». La poesía parece truncarse al reprender a su criada Lucrecia, que, ayudando a Calisto a quitarse la armadura, lo

abraza en demasía: «¿Tórnaste loca de placer? Déjamele, no me le despedaces». Y aún más cuando reprocha a Calisto, mientras se rinde a él: «Tus honestas burlas me dan placer, tus deshonestas manos me fatigan cuando pasan de la razón. Deja estar mis ropas en su lugar», para obtener la zafia respuesta: «Quien quiere comer el ave, quita primero las plumas». Quizá hay ahí una parodia del amor cortés, pero zafiedad y elevación se complementan para crear un clima al mismo tiempo chocante y natural.

El relato roza a veces la pornografía, sin llegar a chabacano. La alternancia constante de lo trágico y lo cómico, lo poético y lo vulgar, la parodia y la reflexión moral, el lenguaje elevado y el soez, funciona de tal modo que ningún elemento destruye al otro, manteniendo un peculiar equilibrio. La mezcla de pasión física y nobleza de espíritu lleva a Melibea a apreciar en Calisto cualidades ilusorias, pero no por ello queda la joven por necia. Calisto parece más bien un apuesto chisgarabís encaprichado y de cierta bajeza (su recurso a Celestina lo define); su muerte, accidental y debida a un error de percepción o quizá a un hastío momentáneo tras satisfacer su deseo con Melibea, carece de tono heroico o romántico, en contraste con el final trágico de su amante.

Todos los personajes, salvo Melibea (y su familia, en principio) conciben el amor como ansia egoísta de goce. «Todas las cosas son creadas a manera de contienda o batalla», explica Rojas en el prólogo. El amor también es contienda, y el ambiente resulta sórdido, plagado de pendencias y engaños entre quienes se pretenden amigos o benefactores. Pero ello no le impide, destacadamente a Celestina, perspicacia para penetrar en la psique ajena, en sus puntos flacos, en los intereses verdaderos bajo la retórica;

ni razonar y defender su propia causa y supuesta dignidad, invocando incluso la religión, y así invierten los valores en una constante ironía grotesca y cómica que construye un mundo al revés. Tiene algo de común con la tragedia griega, cuyos héroes explican y justifican racionalmente sus motivos que, sin embargo, les llevan al desastre.

Pero aquí el desastre procede, excepto en Melibea, de la insinceridad esencial de sus discursos: viven una farsa, y la argucia ingeniosa no les saca de una existencia mísera. Celestina, el gran modelo, lo aclara al seducir a Pármeno con la promesa de los favores de Areúsa. La finada madre de Pármeno, amiga y maestra de Celestina en sus artes, le había abandonado de niño y él se había criado un tiempo en casa de la misma Celestina; pero había conservado una inteligencia y honradez esencial. La alcahueta le cuenta hazañas de picaresca y brujería de su madre que disgustan al muchacho, el cual pregunta si las dos eran cómplices cuando la justicia había prendido a Celestina: «Juntas lo hicimos, juntas nos sintieron, juntas nos prendieron y acusaron, juntas nos dieron la pena esa vez». Algo sin importancia, indica Celestina, porque «cosas son que pasan por el mundo. Cada día verás quien peque y pague, si sales a ese mercado». «Verdad es —replica el mozo—; pero del pecado lo peor es la perseverancia; que así como el primer movimiento no está en la mano del hombre, así el primer yerro; donde dicen que "quien yerra y se enmienda", etc». La respuesta de Celestina da una clave de toda la obra. Dice para sí: «Lastimásteme, don loquillo. ¿A las verdades nos andamos? Pues ahora espera, que yo te tocaré donde te duela»; y, en voz alta, insiste: «Hijo, digo que sin aquélla prendieron cuatro veces a tu madre, que Dios haya, sola. Y aun la una le levantaron que era bruja […]. Y mira en qué tan poco lo tuvo por su

buen seso, que ni por eso dejó en delante de usar mejor su oficio […]. En todo tenía gracia; que en Dios y en mi conciencia…». La parodia es realmente magnífica. Nada más inconveniente en la vida que «andarse a las verdades». Como lamentará Pleberio ante el cadáver de su hija, el mundo parece «un laberinto de errores».

El valor de *La Celestina* es sin duda intemporal, como prueba la infinidad de glosas y explicaciones a ella dedicadas. Pero aquí interesa más bien lo temporal, su relación con la sociedad de la época. Describir una sociedad, dadas sus mil variables manifestaciones, es prácticamente imposible salvo a muy gruesas pinceladas. En nuestro tiempo ha estado en boga, y aún no ha desaparecido, la interpretación a partir de la lucha de clases, y así se ha interpretado la hostilidad de Areúsa y Elicia a Melibea y Calisto, las trampas de Sempronio a su amo, etc.; pero existe una hostilidad de fondo entre casi todos los personajes, como parte del micromundo descrito. Por otra parte, suele ser peligroso describir una sociedad por su literatura, ya que ésta tiende a tomar por asunto situaciones extremas o infrecuentes. Nada sería más erróneo que ver en *La Celestina* una descripción del ambiente general del país, extender a la vida social aquel egoísmo y resentimiento, o al conjunto del clero la afición a celestinas; como no era común que la pasión amorosa llevara a tales conductas. La literatura extrae de los extremos implicaciones psicológicas y morales en que todos pueden reconocerse, aun si llevan una vida real más calma. Precisamente en este punto resalta la mayor falla de verosimilitud de la *Tragicomedia* —hasta las obras de ficción más cuidadosas contienen elementos inverosímiles—: Calisto y Melibea pertenecían a la misma clase social, sus familias se conocían y no aparecen obstáculos a que sus

amores se encauzasen al matrimonio, como normalmente ocurría, evitándose así la tragedia. Que Melibea afirme preferir ser «buena amiga que mala casada» no cambia nada en aquel contexto. La interpretación más adecuada seguramente la expone Enrique Baltanás: para Calisto se trata de una conquista parecida a un trofeo de caza, y ella termina dejándose llevar, yaciendo ahí la lógica de toda la historia. O quizá sirva aquí el enigmático, acaso burlón, comentario de Helena en Troya: «Zeus nos dio mala suerte, a fin de que sirvamos a los hombres venideros de tema para sus relatos».

Por lo demás, el libro está escrito cuando Colón realizaba su tercer viaje a las Indias, progresaba una reforma para elevar el nivel cultural y moral del clero, el final de la Reconquista desencadenaba la expulsión de los judíos, problemas internos (conversos y moriscos) y externos por la implicación en Italia, herencia asumida de Aragón y comienzo de una larga serie de guerras con Francia, la gran potencia del momento; nada de lo cual, como de otros muchos sucesos, refleja la obra. La vitalista sociedad española de entonces estaba generando gran número de personajes extraordinarios en la política, las armas, las letras, el pensamiento, la navegación o el arte. El propio autor de *La Celestina* y su obra entran plenamente en ese espíritu del tiempo: su supuesto pesimismo moral, más bien realismo, no revela una actitud desfalleciente, sino un vigor creativo fuera de lo común. Inaugura con la máxima brillantez el que será llamado Siglo de Oro, en realidad dos siglos entre finales del XV y finales del XVII. No parecen acertadas dos equiparaciones que hacen muchos críticos al interpretar la obra: a) el pensamiento de los personajes es el del autor —cosa más fácil de creer si tal pensamiento no concluyera tan

mal—; b) el microcosmos de la trama reproduce a la sociedad en conjunto, un supuesto arbitrario, aunque muy difundido en el siglo XX.

La vida de Fernando de Rojas, en lo poco que sabemos de ella, proporciona indicios sobre el espíritu de su tiempo. Nació en la Puebla de Montalbán, en torno a 1474, y hacia los 15 años de edad fue a estudiar a la Universidad de Salamanca, que debía de contar con unos cinco o seis mil estudiantes. Allí pasaría una primera etapa obligatoria de tres años en la facultad de Artes, con estudios de Aristóteles y sus comentaristas, de latín y retórica, y probablemente de escritores griegos y romanos (*La Celestina*, como otras obras de la época, está repleta de referencias y erudición clásica, no menos que refranes populares). Después hubo de inscribirse en la prestigiada facultad de Derecho, otros seis años preceptivos de duros estudios, después de los cuáles debía ocuparse un año o dos más como ayudante en la enseñanza dentro de la facultad. Así, habría recibido el título de bachiller no mucho antes de 1500, época en la que debió de entrar en aquella universidad otro personaje destacado de la época, Hernán Cortés. Sería en Salamanca, durante la última década del siglo, cuando conociera el primer acto de la *Comedia*, si realmente la escribió otro y no es un artificio para difuminar su propia autoría. No mucho más tarde se instaló en Talavera de la Reina, donde vivió hasta su muerte, en 1541. Parece haber disfrutado de una posición de hidalgo, próspera y sin problemas, llegó a alcalde de la ciudad, perteneció a una destacada cofradía mariana y en su testamento ordenó ser enterrado con hábito de San Francisco, en el convento de la Madre de Dios.

Lo que sabemos de él no autoriza versiones difundidas que atribuyen su supuesto nihilismo a no menos supuestas

aflicciones ocultas de converso. No fue converso porque nunca fue judío, sino cristiano de tres generaciones atrás. Se casó con la hija de un converso, y su suegro sí tuvo algunos problemas con la Inquisición, pero no Rojas, como observa Peter E. Russell, al punto de que el suegro alegó a los inquisidores su parentesco con el autor de la *Tragicomedia*, dato indicativo de que éste gozaba de prestigio ante la Inquisición. La idea de que los conversos estaban entonces muy inquietos generaliza en exceso: la mayoría, probablemente, se había cristianizado en serio, y no faltaban entre ellos los partidarios de mano dura contra los judaizantes.

Por otra parte, el éxito de *La Celestina* fue inmediato y sin igual en la literatura española de esos siglos. Hasta mediados del siglo XVII hubo al menos 109 ediciones en castellano, algunas de ellas publicadas en Italia, Países Bajos o Francia; también 24 ediciones en francés, 19 en italiano, 5 en flamenco, 2 en alemán, y otras. Ello plantea un problema: ¿cómo pudo ocurrir tal cosa en una sociedad descrita a menudo como rígida y de espíritu estrecho, máxime con un libro tan expuesto a interpretaciones contradictorias? Pues, en efecto, bastantes clérigos y laicos lo tacharon de inmoral, y esa impresión persiste en la crítica de hoy: el texto sería nihilista, materialista y ateoide, ajeno al cristianismo y a la noción de pecado. Todo lo cual, deducen, revelaría una cristianización social muy deficiente o inexistente en amplios ámbitos; o bien los verdaderos sentimientos de Rojas. Pero en tal caso la Inquisición se habría ocupado de censurar la obra, cuando lo cierto es que ni siquiera la incluyó en ningún índice de libros prohibidos hasta finales del siglo XVIII. Es obvio que la mayoría de sus lectores, aun si sorprendidos o algo escandalizados por la crudeza moral y los agudos

discursos justificativos de los personajes, los entendían en relación con su catastrófico final. O, como lo calificaría Cervantes: «libro divino si encubriera más lo humano».

La obra expone asimismo la amplia difusión de la cultura humanista en los ámbitos cultos, y de rebote en los populares: debe mucho a autores latinos e italianos, especialmente a Terencio y a Petrarca. También se encuentra en ella familiaridad con la tradición española representada por el Arcipreste de Hita, particularmente en la alegre desvergüenza y moralidad ambigua de muchos trozos; salvo que el Arcipreste nunca abandona el tono festivo, mientras que Rojas conduce la farsa a la tragedia.

34

DE LOS REYES CATÓLICOS A CARLOS I

Teniendo en cuenta la anarquía nobiliaria y las guerras civiles del siglo XV, con peligro de disolución de los reinos españoles, la política de los Reyes Católicos fue crucial para remodelar la sociedad, sobre todo la castellana, pero también la aragonesa, que empezó a superar su postración. El Estado se hizo más racional, eficaz e independiente de los señores, y la sociedad más próspera. El pueblo común vio el nuevo régimen, pues era nuevo, mucho más justo que los anteriores, y se sintió mejor gobernado. La vida española cobró una energía poco antes impensable.

La política exterior de los Reyes Católicos cosechó grandes éxitos y fracasos. Trató de avanzar hacia la reunificación con Portugal, asegurar la posesión de Nápoles y Sicilia, y aislar a Francia, su rival más temible. Para lo primero, la hija mayor de los reyes, también llamada Isabel, se desposó en 1490 con el heredero de la corona portuguesa, Alfonso. Pero antes de un año murió el portugués, de una caída de caballo. Isabel hija quería retirarse a un convento, pero fue persuadida a un nuevo matrimonio, en 1497, con el rey portugués Manuel I *el Afortunado*. Ese mismo año falleció el príncipe de Asturias, Juan, con lo cual ella quedaba heredera de Castilla-Aragón y reina de Portugal… pero murió a su vez en 1498, del parto de su hijo Miguel de la Paz. El cual quizá habría heredado Portugal y Castilla-Aragón, si no hubiese fallecido a los 2 años, desvaneciéndose así una posible unión dinástica de la península.

Manuel volvió a casarse con una hija de los Reyes

Católicos, María, pero ésta ya no pudo transmitir derechos de sucesión a Castilla-Aragón. En cuanto a Manuel, promovió el arte llamado manuelino, y bajo su reinado Portugal dominó las rutas del Índico tras arribar Vasco de Gama a la India, en 1498.Aplicó una política similar a la de los Reyes Católicos: debilitó el poder de los nobles y las Cortes, y expulsó a los judíos.

Por esos años Carlos VIII de Francia proyectaba adueñarse de Nápoles, invocando los derechos de la casa de Anjou, causa de tantas contiendas con Aragón. Carlos decía querer a Nápoles como base para una ofensiva contra los turcos, y en un primer momento el papa Alejandro VI y Fernando *el Católico* accedieron, éste a cambio de la devolución del Rosellón y la Cerdaña. Entonces el francés cruzó Italia en 1494, con un fuerte ejército de 25 000 hombres, de ellos 8000 reputados mercenarios suizos, capaces de desbaratar con sus alabardas y largas picas a la caballería pesada; acosó a Florencia y al Papa, y al año siguiente entró en Nápoles, cuyo pueblo le cobró odio por la conducta de sus tropas. Fernando *el Católico*, viendo peligrar intereses españoles, se alió con Florencia y el Papa, con la neutralidad benévola de Venecia. Los reyes de España reunieron una flota en el Cantábrico y Galicia, dirigida por el almirante catalán Galcerán de Requeséns, y enviaron a Italia a unos 7000 hombres al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba. Éste se había distinguido en la campaña de Granada, donde Isabel, con excelente tino para distinguir las cualidades de sus colaboradores, le dio cargos sobre otros que tenían precedencia burocrática. Aparte de la tropa española, Fernández de Córdoba contaba con aliados napolitanos, considerados poco fiables.

Los franceses y suizos derrotaron en Seminara a los

hispanos, pero el jefe de éstos aprendió la lección y reorganizó su formación con piqueros y arcabuceros. El arcabuz, entonces en sus comienzos, tenía poco alcance, era lento de recarga y de manejo peligroso, pero Fernández organizó a sus tiradores en filas sucesivas que disparaban y cargaban alternativamente, logrando una alta cadencia de fuego. En combinación con las naves de Requeséns, obligó a los franceses a retirarse al cabo de tres años, y libró a Roma del bloqueo impuesto por un corsario al servicio de Francia, el cual se jactaba de no ser francés, sino español y vizcaíno. Fernández recibió de los italianos el sobrenombre de *Gran Capitán*, por el que se le conocería en lo sucesivo. Después volvería a destacar frente a la revuelta de los moriscos granadinos.

El francés Carlos falleció en 1498 y le sucedió Luis XII, con quien Fernando *el Católico* se repartió el reino de Nápoles en 1500, por facilitar un ataque concertado contra los turcos y en auxilio de Venecia, cuyas posesiones griegas peligraban. El Gran Capitán dirigió la operación que recuperó Cefalonia; pero en Nápoles volvieron las hostilidades con Francia. El jefe español, consciente de su inferioridad numérica, resistió la impaciencia de los napolitanos y de sus propias tropas, mantuvo la defensiva en plazas fuertes aguardando refuerzos y atacando con guerrillas las comunicaciones francesas, hasta obligar a éstos a dispersar sus fuerzas. Entonces atacó y capturó un gran depósito de suministros enemigo en Ceriñola (1503), se fortificó a toda prisa y esperó a sus contrarios con una nueva táctica: los piqueros resistieron la embestida francesa mientras los arcabuceros maniobraron por los flancos para aplastarla. Un nuevo ejército enviado por Luis XII el mismo año corrió la misma suerte en Garellano. Fueron victorias

casi impensables frente a la primera potencia europea.

No brilló menos el Gran Capitán como organizador. Estableció la coronelía, unos 6000 hombres, de ellos 3000 piqueros, 2000 infantes y «rodeleros», éstos encargados de introducirse bajo las picas enemigas para herir a sus portadores, y 1000 arcabuceros. Los piqueros luchaban en el centro y los arcabuceros en las alas. Dos coronelías formaban una división o ejército, apoyado con 22 cañones, 800 jinetes ligeros y una compañía de infantes más. Las coronelías, constantemente entrenadas, darían lugar a los tercios españoles, casi siempre invencibles durante un siglo y medio.

El Gran Capitán quedó entonces como virrey de Nápoles, reintegrada a la corona de Aragón. El rey Fernando parece haber sentido celos de su popularidad y, a la muerte de su protectora Isabel, le colmó de honores pero le hizo volver a España sin darle nuevos encargos. Aunque este breve resumen no hace justicia a su mérito, en todas sus campañas demostró intrepidez, visión estratégica, paciencia, astucia y sentido organizador, y se le consideró modelo de guerrero caballeresco. Por su habilidad de maniobra, rapidez y eficacia para sacar partido de sus medios, suele considerársele el jefe militar europeo más sobresaliente desde entonces hasta Napoleón.

* * *

Pero si la lucha directa resultó muy favorable a España, la gran estrategia de cerco político a Francia fracasaría en amplia medida y rompería la tradición española de siglos, arrastrando al país al convulso avispero europeo. Algo por otra parte inevitable, por cuanto Francia era materialmente muy superior a España y con intereses opuestos en Italia, centro vital del Mediterráneo. Los Reyes Católicos trataron de aislar a su rival mediante enlaces matrimoniales con el

Sacro Imperio e Inglaterra. El príncipe heredero, Juan, único hijo varón de Isabel y Fernando, se casó con Margarita de Austria, hija del emperador Habsburgo Maximiliano I, en 1497, mismo año del matrimonio entre la infanta Isabel y Manuel de Portugal. Pero Juan falleció a los seis meses. No ocurrió mejor con Inglaterra. La hija menor, Catalina, se casó en 1501 con el príncipe de Gales, de la casa Tudor, joven enfermizo que murió al año siguiente, dejando a Catalina en posición incierta, prácticamente prisionera. La situación, angustiosa también para la reina Isabel, no mejoraría hasta 1509, cuando Catalina volvió a casarse, esta vez con el nuevo rey inglés, Enrique VIII, con quien tuvo una hija, María. Catalina se hizo popular entre sus súbditos y el matrimonio funcionó bien hasta su desastroso final, hacia 1533, debido a la pasión de Enrique por Ana Bolena, en tiempos de la expansión protestante.

La tercera hija de los Reyes Católicos, Juana, casó en 1500 con Felipe *el Hermoso*, hijo también del emperador Maximiliano. Francia tenía el mismo interés en estrechar lazos con el imperio, y disponía en éste de un fuerte partido borgoñón-flamenco, adverso a España. Con todo, salió adelante el matrimonio entre Juana y Felipe, que iba a tener máxima repercusión sobre la historia posterior de España.

Juana se encontró de pronto en una corte derrochadora, amiga de fiestas, bebida y escarceos amorosos, bien distinta de la sobria y austera corte española. Las infidelidades de su esposo harían nacer en ella celos que se harían patológicos, pues debió de tener propensión a la locura, por herencia de su abuela Isabel de Portugal. Juana tuvo cuatro hijos con Felipe: Leonor, Carlos —futuro Carlos I de España y V de Alemania—, Isabel y Fernando, futuro emperador del Sacro Imperio.

A la muerte del niño Miguel de la Paz en 1500, Juana quedó heredera de la corona española. Pronto empezaron a preocupar sus indicios de desequilibrio mental y el peligro de que el entorno borgoñón de Felipe *el Hermoso* dominara en Castilla. Felipe demostró muy poco apego a España, a la que no obstante deseaba gobernar, para lo que intentó en vano que Juana le firmara un documento otorgándole todos los poderes.

La sucesión de muertes y desgracias familiares, y alguna infidelidad de su marido, debieron de minar la salud de la reina Isabel, que falleció a finales de 1504, de cáncer de útero. Su testamento, de máxima relevancia histórica, retrata su personalidad legalista, atenta a los detalles, amante de su marido y muy religiosa. Mandaba funerales y duelos «sin demasías», dedicando a los pobres el dinero que así se ahorrase; ordenaba un cuento (millón) de maravedís para casar a doncellas menesterosas, y otro tanto para las que quisieran profesar en un convento, pagar la redención de doscientos cautivos en manos de los moros, y otras providencias. Encargó a Fernando conservar las joyas y cosas de ella que más le agradasen «porque viéndolas pueda tener más continua memoria del singular amor que a su señoría siempre tuve y aun porque siempre se acuerde de que ha de morir y que lo espero en el otro siglo, y con esta memoria pueda más santa y justamente vivir». Ordenó ser enterrada en Granada, a menos que el rey decidiera otra cosa; y que cuando éste falleciera, las dos sepulturas estuvieran juntas. Fernando escribió que «el dolor de ella y de lo que perdí yo y lo que perdieron estos reinos me atraviesa las entrañas»; y hacia el fin de sus días ordenó ser enterrado al lado de Isabel según los deseos de ella.

El testamento procuraba reforzar el poder de la corona

para evitar la vuelta a su disgregación entre las oligarquías, y mandaba rescatar rentas, posesiones y privilegios concedidos con dudosa legalidad a nobles o particulares en momentos de apuro regio. Recomendaba a sus herederos que «después de mis días […] a sus súbditos y vasallos paguen la deuda que como reyes y señores de ellos les deben y son obligados». Insistía en mantener la Inquisición para contener la herejía, y propugnaba la conquista y evangelización del norte de África, misión poco factible, dada la dispersión de esfuerzos del país. No menciona la expulsión de los judíos —ella había sido poco favorable hasta que Torquemada convenció a Fernando—, señal de que terminó por creerla necesaria.

Disposición clave fue la extensión de la calidad de súbditos de la corona a los naturales de las tierras descubiertas y por descubrir, lo que prohibía esclavizarlos. El derecho a ocupar tierras no cristianas dependía de la tarea de evangelizarlas, y los reyes habían castigado a los esclavistas: «Por ende suplico al rey mi señor muy afectuosamente y encargo y mando a la dicha princesa, mi hija, y al dicho príncipe, su marido, que […] no consientan ni den lugar a que los indios, vecinos y moradores de las dichas Indias y Tierra Firme […] reciban agravio alguno en sus personas ni bienes».

El testamento revela inquietud ante una sucesión que echase a perder su obra y la de Fernando. Ante la ambición de Felipe *el Hermoso*, que ya la había tratado con altanería, lo nombró sólo rey consorte, y heredera a Juana, y aseguró para Castilla las Canarias y las Indias. Esta medida parecía excluir a Aragón, pero, indica el historiador Luis Suárez, buscaba frenar la intromisión imperial en aquellas tierras, pues los aragoneses estaban equiparados a los castellanos desde 1487. Lo reafirmó al disponer que los cargos civiles y

eclesiásticos de León y Castilla recayeran en naturales del país, contra los deseos del entorno de *El Hermoso*. Y, suponiendo que la perturbada Juana no reinaría de hecho, recomendaba a ella y a Felipe obediencia al rey Fernando, el cual gobernaría Castilla como regente hasta que pudiera sucederle Carlos, primer hijo varón de Juana y Felipe.

* * *

Las cosas iban a complicarse. Impedida Juana por la locura, su esposo quería desalojar del poder a Fernando: repartió cargos entre su séquito flamenco-borgoñón y se atrajo con dádivas a oligarcas de Castilla nostálgicos de la situación anterior a Isabel y desafectos a Fernando, a quien apoyaban las Cortes, el clero, la burocracia y contados nobles. *El Hermoso* también podría contar con Francia, pues él y su corte preferían esta alianza a la española, pero Fernando neutralizó el peligro al casarse en 1505 con Germana de Foix, sobrina del francés Luis XII: el hijo que les naciere sería rey de Nápoles y Jerusalén. Los oligarcas entendieron este enlace como intento de impedir a Felipe y Juana reinar en Aragón, lo que aumentó su furia. A principios de 1506, Juana y Felipe desembarcaron en La Coruña, la nobleza los acogió con calor, y Fernando terminó retirándose a Aragón. Pero *El Hermoso* finó en septiembre de ese mismo año, dejando al país al borde de la guerra entre los partidarios de Fernando y los de dar la regencia al emperador Maximiliano. Fernando retornó en 1507 y volvió a ejercer la regencia, mal visto por los nobles. Su hijo con Germana murió recién nacido.

La acción mayor de Fernando en esos años fue la reincorporación de Navarra. Este reino, en la órbita de Francia desde el siglo XIII, estaba dividido entre beamonteses, partidarios de Castilla, y agramonteses

francófilos. Los dos bandos habían chocado con frecuencia y causado una dura guerra civil en 1451, por la cuestión de Juan II y el príncipe de Viana. Como hijo de Juan II, Fernando *el Católico* se consideraba rey de Navarra. Entre 1504 y 1507, la peste redujo la población del reino, y los conflictos internos se enconaron. En 1512 murió sin hijos Gastón de Foix, hermano de Germana y aspirante al trono navarro, por lo que Fernando invocó derechos de su nueva esposa, mientras los agramonteses pactaban con Francia. Fernando se adelantó en julio de ese año, entrando desde Guipúzcoa con un ejército de vascos, castellanos, navarros y aragoneses, al mando del duque de Alba, Fadrique Álvarez de Toledo. Las tropas fueron bien acogidas por muchos nobles y gentes del pueblo, Pamplona se entregó enseguida y a los diez días sólo quedaba alguna resistencia en Tudela y Estella. La rapidez de la acción no dio tiempo a la réplica francesa, pero en octubre, Francia contraatacó con un ejército de franceses, suizos, alemanes y un millar de navarros, que fracasaron ante San Sebastián y Pamplona. Desde esta última, el duque de Alba los persiguió hacia el norte, y los guipuzcoanos aplastaron a los franceses en retirada. Para finales de año, Fernando quedó dueño del campo y juró los fueros navarros. Como rey de Aragón y sólo regente de Castilla, pudo haber unido Navarra a Aragón, pero optó por hacerlo a Castilla. Nuevas ofensivas francesas, hasta 1521, resultarían baldías.

Con la toma de Granada, la ocupación de las Canarias —culminada en 1496, tras luchas considerables con los nativos guanches— y la reincorporación de Navarra, España consolidaba unos límites que seguirían sin grandes cambios hasta la actualidad, caso muy excepcional en Europa.

Menos decisión mostró Fernando hacia el norte de

África. La idea de conquistarlo descansaba en la memoria de alguna región magrebí dependiente de la Hispania romana y luego del reino de Toledo, pero iba más allá: del Magreb habían partido las invasiones que varias veces habían hecho peligrar la Reconquista, y la piratería magrebí estragaba las costas y el comercio hispanos. La zona carecía de fronteras internas precisas también bajo los imperios almorávide, almohade y benimerín, los cuales se basaban en la imposición de unos clanes y tribus sobre otros. Hacia mediados del siglo XV los benimerines habían sido sucedidos por los uatásidas, un imperio menos extenso sobre el posterior Marruecos y Argelia occidental. La conquista de aquellos territorios agrestes, poblados por tribus dispersas y guerreras, profundamente islamizadas, resultaba tan ardua como su cristianización, según había mostrado la experiencia de los moriscos. Más hacedero resultaba ocupar ciudades litorales, como hacían los portugueses por la costa atlántica. En 1497 Pedro de Estopiñán fundó el puesto avanzado de Melilla. En 1505 otra expedición tomó Mazalquivir, un nido de piratas, y poco después la inmediata Orán, que permanecería dos siglos en poder de España. Otros centros piratas como el peñón de Vélez fueron capturados por entonces.

* * *

Fernando *el Católico* falleció en 1516 y ordenó ser enterrado en Granada, al lado de Isabel, lo que revela, aparte de sus sentimientos, su consciencia del papel histórico de ambos. A él y a Isabel se debe la transformación de un país caótico en un poder decisivo en Europa y el mundo, capaz de afrontar retos muy difíciles en todas las direcciones. Señala Julián Marías la extravagancia de que «incluso los libros que estudian la *preponderancia* o la *hegemonía*

española acumulan desde el principio los factores negativos *que la hubieran hecho imposible*: pobreza, despoblación, ociosidad, orgullo nobiliario o pretensión de hidalguía, fanatismo religioso, eliminación de los únicos habitantes diestros y eficaces (judíos y moriscos). Si esto es así, ¿cómo, en pocos decenios, es España la primera potencia de Europa, con dominio efectivo sobre enorme porción de ella; cómo descubre, explora, conquista, puebla, organiza, incorpora a su monarquía una inmensa porción de un mundo hasta entonces desconocido?».

Los pilares de la hegemonía española demostrarían su robustez durante largo tiempo: una reforma religiosa que la apartó de las convulsiones europeas; un estado renovado mucho más eficaz y menos disgregable; un impulso a la alta cultura y a la enseñanza que harían de España el país con mayor proporción de universitarios; un ejército de nueva concepción, superior en organización, técnica y moral a cualquiera de la época; una economía mucho más sólida y un espíritu entre heroico y práctico.

Aun así, la llegada de Felipe y Juana pudo haber desbaratado la labor previa. Por ello Fernando, amargado ante la actitud de los nobles castellanos, trató de garantizar la corona aragonesa, con posibilidad de una nueva separación, por más que el hijo suyo y de Germana no sería necesariamente rey de Aragón, sino sólo de Nápoles.

Tres años antes de la muerte de Fernando, el funcionario, diplomático y escritor florentino Nicolás Maquiavelo escribía sus reflexiones sobre el poder en una obra justamente famosa, *El Príncipe*. En ella teorizaba sobre un poder basado en el éxito al margen de escrúpulos morales o religiosos. Él mismo no fue buen modelo de su teoría, pues su vida vino señalada por dos detenciones, tortura y

exilio, para terminar pobre y olvidado. Maquiavelo vio en Fernando *el Católico* un paradigma de su príncipe: maniobrero, calculador, despiadado, que usaba la religión sólo como pretexto. Desde luego, Fernando mostró singular destreza política, pero no hay motivo para dudar de su sinceridad católica, y acaso no se reconociera en el retrato que de él hace Maquiavelo. La historia europea, incluida la del propio Papado, expone la tensa contradicción entre los intereses y acciones prácticas por un lado, y las doctrinas cristianas por otro. Podría entenderse la religión, entonces, como justificación fraudulenta de acciones crudamente inmorales, y sin duda jugó ese papel a veces; pero también cabe pensarla como un freno a una guerra de todos contra todos, sin normas ni limitación, como en la época de las invasiones bárbaras a la caída de Roma. Maquiavelo iba más allá: el ideal religioso valía como disfraz para alcanzar o retener el poder, pero tomado en serio constituía un estorbo. Su pensamiento, muy racional en diversos aspectos, había de condicionar ideas del poder llamadas modernas. Aunque si todos los príncipes adoptaban tales normas, el resultado sería probablemente el caos.

Fernando dejó a su hija Juana como reina nominal de León, Castilla y Aragón y, en espera de que pasase a reinar su nieto Carlos, quedarían como regentes el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros para León-Castilla, y el arzobispo Alonso de Aragón para esta última. Cisneros, antiguo confesor de Isabel y arzobispo de Toledo, ya había regido el país entre la muerte de Felipe *el Hermoso* y la vuelta de Fernando, y había hecho abortar una conjura nobiliaria contra el rey. Largos años había ejercido de consejero de la pareja real y de sus reformas políticas y religiosas. Sus medidas contra la relajación e incultura clerical habían

chocado con fuerte resistencia (algunos frailes se pasaron al islam junto con sus amigas). Preocupado por las bolsas de población muslim a escasa distancia de África, tomó medidas drásticas para cristianizarlos y quemó sus libros religiosos. Deseoso de conquistar el Magreb, participó en la toma de Mazalquivir y Orán, pero desde 1510 las luchas en Italia apartaron a Fernando de ese frente. Una reforma de Cisneros fue el establecimiento de un apellido fijo que identificase a las personas, pues antes los apellidos variaban arbitrariamente con apodos alusivos al pueblo de origen, al oficio, etc.: dos hermanos lo podían tener distinto, para embrollo de la administración. Convencido del valor de la educación y la cultura, fundó en Alcalá de Henares la Universidad Complutense, que rivalizaría en prestigio con la de Salamanca.

Durante su segunda regencia, Cisneros hubo de afrontar las intrigas de los nobles castellanos, a quienes metió en cintura, y las de los consejeros flamencos de Carlos I, el cual permanecía en los Países Bajos. Se opuso a quienes querían hacer rey al hermano de Carlos, Fernando, ya que éste había nacido y se había educado en España, y para asegurarlo reconoció a Carlos como rey con sólo 16 años, en lugar de los 20 exigidos en el testamento de la reina Isabel. Paradójicamente, el flamenco Carlos reinaría en España y el castellano Fernando en el Sacro Imperio. La actitud inicial de Carlos hacia España no parecía muy distinta de la de su padre Felipe *el Hermoso*. Entró en España por Asturias, en septiembre de 1517, por lo que la regencia de Cisneros no llegó a los dos años. Carlos escribió al regente una fría carta agradeciéndole sus servicios y retirándolo a su diócesis, pero Cisneros no debió de leerla, pues murió, con 80 años, cuando viajaba para recibir a aquél.

* * *

Carlos se tituló rey en vida de su madre Juana —que no moriría hasta 1555—, lo que desagradó en Castilla; y en Aragón diversas instituciones obstruían la regencia del arzobispo Alonso, designado por Fernando. En febrero de 1518 las Cortes de Castilla reconocieron al nuevo rey, haciéndole prometer que aprendería castellano, cesaría de nombrar extranjeros para cargos del reino, y otras exigencias; después le juraron las Cortes de Aragón y las de Cataluña, tras un proceso complicado. Al año siguiente moría el emperador Maximiliano, abuelo de Carlos, y éste marchó a Alemania a recibir el título como Carlos V. Su competidor principal, Francisco I de Valois, quedó descartado del imperio gracias al dinero del banquero Fugger, que convenció a los príncipes electores. En Castilla quedó de regente Adriano de Utrecht, futuro Papa.

Pese a las promesas del rey, su entorno flamenco suscitó protestas. Aumentaron la indignación y las presiones sobre las Cortes, reunidas primero en Santiago de Compostela y después en La Coruña, para que votaran subsidios impopulares. El pueblo tenía la impresión de que España iba a convertirse en una dependencia imperial más, pretensión rechazada por León y Castilla desde la misma formación del Sacro Imperio. La agitación comenzó con denuncias en las puertas de las iglesias: «Tú, tierra de Castilla, muy desgraciada y maldita eres al sufrir que un tan noble reino como eres, sea gobernado por quienes no te tienen amor».

El descontento estalló en 1520 con la sublevación llamada de Los Comuneros, que se extendió por Castilla la Vieja, Toledo y Murcia, mientras las ciudades andaluzas respaldaban al rey y las del norte, de Guipúzcoa a Galicia,

no tomaban partido. Los rebeldes invocaron la legitimidad de Juana *la Loca*, que nunca les apoyó explícitamente, y los toledanos pensaron incluso formar ciudades libres al estilo de las del norte de Italia. La dinámica de la rebelión llevó a cuestionar el régimen señorial y produjo divisiones y defecciones en su seno, empezando por la ciudad de Burgos, y vacilaciones sobre si dar marcha atrás o continuar. El alzamiento era políticamente difuso, su ideología, en la medida en que pueda hablarse de tal, simplemente castellanista y de resistencia, sin verdadero programa positivo, y careció de líderes capacitados política o militarmente. Por todo ello fue vencido en Villalar, en abril de 1521, cuando un destacamento de caballería de medio millar de lanzas desbarató a un ejército comunero diez veces mayor. Los jefes de la revuelta, Padilla, Bravo y Maldonado, fueron decapitados sumariamente. A la vuelta de Carlos I, al año siguiente, otros comuneros fueron ejecutados, y después se concedió perdón general. La confusión del movimiento ha permitido interpretaciones opuestas de él: revolución burguesa, movimiento antiseñorial o medievalizante, simple revuelta antifiscal… Tuvo rasgos de todo ello, sin carácter preciso. Y Francisco I de Francia, que tenía agentes entre los comuneros, aprovechó para invadir Navarra con un designio mucho más amplio sobre España.

Simultáneamente estalló en Valencia la rebelión de las *Germanías* (hermandades gremiales), organizaciones populares con derecho a armarse contra la incesante piratería berberisca. En 1519 la región sufrió una peste y la nobleza salió de las ciudades, lo que aprovecharon los gremios para sublevarse y prohibir la contratación de trabajo al margen de ellos. Fue una revuelta antioligárquica que expulsó al virrey y destruyó propiedades de los nobles. Tras meses de

alternativas bélicas y alguna victoria importante de los agermanados sobre las tropas reales, el movimiento se descompuso y retrocedió hasta que en julio de 1522 su dirigente Vicente Peris fue capturado y ejecutado. Continuaron resistencias dispersas, con algún reflejo en Mallorca, pero no en Cataluña ni Aragón. Tras una represión poco sangrienta, en 1524 el rey concedió indulto general. El movimiento, con fallos similares al de los comuneros, sufrió una suerte parecida.

Carlos I cambió progresivamente de actitud hacia España, cumplió parte de las exigencias comuneras, respetó los cargos políticos de Aragón, expulsó a funcionarios corruptos o impopulares y dio los cargos políticos a castellanos, no sólo en Castilla sino en buena medida también en el imperio. Asimismo contuvo a los nobles, apoyó a las élites urbanas y favoreció a las Cortes, aunque a cambio de su mayor sumisión al trono.

35

ERASMO, VIVES, LUTERO E IGNACIO DE LOYOLA

Mientras ocurrían en España los sucesos mencionados, en el centro de Europa fraguaban movimientos que habían de sacudir de arriba abajo la religión y de ahí la política del continente. La conmoción partiría de Alemania, relacionada estrechamente con España por primera vez en la historia.

La Iglesia católica había evolucionado entre reformas parciales, debates sobre la interpretación de las Escrituras y otros más políticos. Problemas nacidos del contraste entre el ideal evangélico y un mundo marcado por el pecado original, del poder espiritual y su ejercicio con o sin un poder material del Papado, de la relación entre Roma y los estados cristianos, entre Roma y el conjunto de la Iglesia, entre la predicación y la compulsión incluso violenta, entre los papas y los concilios, el valor del magisterio de la Iglesia, la conducta exigible al clero, la defensa ante el islam, etcétera.

Al comenzar el siglo XVI crecía un ambiente de reforma de la conducta del clero, con implicaciones más profundas. Como suele ocurrir, una idea no tiene una sola línea de consecuencias lógicas, sino varias posibles, y así la atención a las cosas de este mundo por parte del humanismo o clasicismo, animó por un lado la corrupción *renacentista* de varios papas, de los que Alejandro VI sería el modelo; y por otro lado fundó exigencias contrarias al lujo ostentoso y corrupto de gran parte del alto clero y en pro de una religiosidad más personal y menos ritual. Unos reformismos se habían desarrollado sin cuestionar la jerarquía, a través de órdenes monásticas o similares, y sin implicación dogmática;

otros habían propugnado someter la autoridad papal a los concilios, o habían negado a la propia Iglesia como organización y jerarquía. La raya entre reformismo y herejía siempre había sido poco clara, y de ahí los constantes esfuerzos de definición doctrinal. La reforma de los Reyes Católicos y Cisneros no ponía el dogma en tela de juicio, reconocía la autoridad espiritual del Papa, aunque manteniendo hacia ella una independencia política, y exigía al clero mayor nivel de cultura y ejemplo personal.

El sacerdote Erasmo de Róterdam era a principios del siglo XVI el mayor abanderado del reformismo humanista. Escribió comentarios muy apreciados al Nuevo Testamento y, aceptando la doctrina y organización eclesiástica, preconizó el retorno a las Escrituras como fuentes suficientes, el examen más libre de los textos, purificando el cristianismo de adherencias extrañas y una actitud más crítica hacia la autoridad. Denunciaba el formalismo rígido, la ostentación del alto clero, la simonía y el negocio con el ansia de salvación mediante la venta de indulgencias. Estos vicios debían corregirse dentro de la Iglesia y, como muchos por entonces en Europa, creía próxima una especie de edad de oro asegurada por la paz entre los cristianos. Sus libros fueron muy leídos en España, pero él rehusó la invitación de Cisneros a enseñar en Alcalá de Henares, explicando a su amigo Tomás Moro que no le gustaba España (*non placet Hispania*. También detestaba a los franceses). La frase se ha tomado como rechazo a la Inquisición, cuando era lo contrario: su disgusto venía de haber «demasiados judíos en España», como en Italia, y afirmaba que en la primera «apenas hay cristianos». Tras la expulsión de 1492, y puesto que su amigo Juan Luis Vives procedía de familia conversa, Erasmo sólo podía referirse a los conversos judaizantes.

Otras veces ensalzó la Universidad Complutense como inigualable, y a España como ejemplo y envidia de los demás, y advirtió: «Debo a España más que a los míos ni a otra nación alguna».

Vives, intelectual valenciano, escribió de teología, cuestionó la escolástica y el argumento de autoridad, propugnó métodos próximos al pensamiento científico y escribió obras pedagógicas, proponiendo una mayor educación de las jóvenes cristianas. Pionero en el estudio de la psique mediante investigaciones y encuestas, se le tiene por precursor del psicoanálisis. Su tratado de ayuda a los pobres viene a ser el primer esbozo europeo de una asistencia social sistemática. Cristiano sincero, según todo indica, sus padres y abuelos habían sido judaizantes y, descubiertos, varios de ellos fueron llevados a la hoguera. Para eludir posibles problemas, Vives pasó la mayor parte de su vida en Flandes e Inglaterra, donde fue consejero de la desdichada reina Catalina y preceptor de María, hija de ella y de Enrique VIII. Su desacuerdo con el divorcio exigido por el rey le llevó a prisión unos meses, y luego volvió a Flandes. Su amigo Tomás Moro, que lo era también de Erasmo, tuvo peor suerte, pues fue decapitado. Vives tildaba de latrocinio la guerra entre cristianos y fustigaba la lucha entre España y Francia: «El español ha quitado al francés Nápoles, Milán, Navarra, Rosellón, le ocasionó desastres, le aniquiló grandes ejércitos y, a lo último cautivó a su rey», pese a lo cual los franceses fanfarroneaban como si hubiera ocurrido del revés: unos y otros debían abandonar sus querellas y unirse contra la obsesionante amenaza turca.

Erasmo murió en 1536 y Vives cuatro años más tarde. Para entonces, en vez de la esperada edad de oro, cundían por Europa las guerras y persecuciones religiosas.

* * *

Aquellos movimientos abocaron a la Reforma protestante, más bien revolución religiosa y política. Comenzó con las famosas 95 tesis expuestas en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg por el monje agustino Martín Lutero, en 1517 (en España gobernaba Cisneros, tras la muerte de Fernando *el Católico*). No se trataba de un reto, sino de una propuesta de debate como tantos en la Iglesia, con el tema principal, pero teológicamente secundario, del comercio de las indulgencias, que causaba escándalo en Alemania. La evolución de Lutero recuerda a la de Occam.

Las indulgencias eran aplicadas a las penas con que las almas se purificaban en el purgatorio antes de entrar en el cielo. Los creyentes podían atenuar o evitar las penas, para ellos o sus deudos fallecidos, mediante actos piadosos como rezos, limosnas, peregrinaciones, mortificaciones o ayudas en metálico para la construcción de edificios religiosos. La idea misma del purgatorio, acaso implícita en la doctrina cristiana, se había explicitado desde el siglo XI y, al suponer una gradación en la culpa, excluía la elección drástica entre salvación y condenación. El purgatorio era como el infierno, pero no eterno. Según el historiador francés J. Le Goff, la idea del purgatorio redundó en mayor tolerancia hacia los pecadores, al superar el maniqueísmo del bien y el mal absolutos y humanizar las penas. La idea combinaba con la confesión particular y secreta de los pecados, instituida a principios del siglo XIII, y con el concepto del «tesoro de méritos» acumulado por los santos y personas virtuosas, del que podían beneficiarse los menos virtuosos cumpliendo ciertos requisitos.

Por entonces el papa León X, de la familia Médicis —

espléndido mecenas y hombre tachado de corrupto, debido, quizá, más a la suntuosidad y despilfarro de la corte papal que a su conducta privada— estaba empeñado en la construcción de la magna basílica de San Pedro. La obra absorbía sumas ingentes, inafrontables para su exhausto tesoro, por lo que recurrió a la masiva venta de indulgencias. Esa venta, juzgaban Lutero y muchos más, explotaba la credulidad y angustia de la gente, haciendo con ellas un negocio sacrílego: sólo Dios podía justificar a los pecadores, y el arrepentimiento real excusaba las indulgencias. Además, parte del dinero recaudado solía pegarse a los dedos de los agentes, y muchos obispos y la misma curia romana sufragaban con él su lujoso tren de vida. Lutero negaba las indulgencias y otras expiaciones, como el peregrinaje (se oponía en rotundo a las peregrinaciones a Santiago, que empezaron a decaer por entonces).

En la irritación de Lutero subyacía un sentimiento nacionalista que aflora en frases como: «¡No hay nación más despreciada que la alemana! Italia nos llama bestias, Francia e Inglaterra se burlan de nosotros; todos los demás también», o «los italianos se creen los únicos seres humanos»; los alemanes daban a Roma «300 000 florines anuales para alimentar a los criados del Papa, a su pueblo e incluso a sus bribones y mercaderes». Llegaría a clamar en 1520:«Si castigamos a los ladrones con la horca, a los salteadores con la espada, a los herejes con la hoguera, ¿por qué, con mayor razón, no atacamos con las armas […] a la Sodoma romana, y nos lavamos las manos en su sangre?». No eran palabras vanas, pues los príncipes luteranos pronto iban a expropiar monasterios y bienes de la Iglesia, y a torturar y matar eclesiásticos. Sin embargo la cuestión tenía más enjundia que un simple pretexto nacionalista, y Lutero sólo trataba

entonces de debatir.

No hubo debate. Muchos eclesiásticos y políticos defendieron por interés las indulgencias y amenazaron declarar hereje al agustino. El Papa consultó al cardenal dominico Cayetano, que no vio herejía en las tesis de Wittenberg; pero otros dominicos le indujeron a forzar a Lutero a retractarse. Lutero tenía apoyos entre nobles, burgueses y eclesiásticos, y prometió retractarse si se le demostraba su error mediante las Escrituras. Pero las Escrituras solían admitir más de una interpretación, y no hubo arreglo. Luego las acciones y reacciones se encadenaron. El emperador Carlos V (y I de España) advirtió en 1521, en la Dieta de Worms: «Este hermano aislado yerra con seguridad al alzarse contra el pensamiento de toda la cristiandad, pues si él tuviera razón, la cristiandad habría andado errada desde hace más de mil años». Lutero fue excomulgado. Entonces elaboró una teología que rompía en puntos clave con la de la Iglesia, iniciándose una sucesión de tumultos y luchas entre ciudades y países.

Lutero negó las indulgencias y el purgatorio, trató al Pontífice de *Anticristo* y rechazó la misma concepción que concedía a los concilios autoridad sobre el Papa: los concilios tampoco significaban nada, porque la relación entre Dios y el cristiano se establecía de modo individual, a través de la fe y la interpretación libre y personal de las Escrituras, excluyendo el magisterio de la Iglesia. Sólo la fe, don de gracia divina, salvaba al hombre. Nominalistas como Occam o Marsilio de Padua habían esbozado estas ideas en las disputas escolásticas. Para Lutero, la razón y la voluntad del hombre están corrompidas, ni siquiera le permiten apreciar el valor de las obras piadosas, y en cualquier caso no pueden penetrar el designio de Dios, sólo atenerse a las Escrituras.

¿Cómo puede el hombre saber de su salvación? El tomismo, hegemónico en la Iglesia, establecía que la razón, junto con la gracia, era un potente medio de comprensión de la voluntad divina y una guía de la práctica religiosa, y que las obras deben acompañar a la fe. Para Lutero, la razón «es la ramera del diablo, que sólo calumnia y perjudica las obras de Dios […]. Debería ser pisoteada y destruida, ella y su sabiduría […]. Es y debe ser ahogada en el bautismo». Aunque, de modo contradictorio, sus controversias son un ejercicio agónico de razonamiento. La fe salvadora, la justificación por la fe, se manifestaría en un sentimiento personal de unión con Dios, de ser amado por Dios. Contra Erasmo decía: «¿Quién creerá, preguntas, que Dios le ama? Te respondo: ningún hombre lo creerá ni podrá creerlo [por la razón]; los elegidos empero lo creerán, los demás perecerán sin creer, entre reproches y blasfemias, como tú aquí»; «nuestra salvación está fuera de nuestras propias fuerzas e intenciones y depende sólo de la obra de Dios. ¿No sigue de ahí claramente que, cuando Dios no está en nosotros con su obra, cuanto hagamos es por fuerza malo y sin provecho para nuestra salvación?»; «Si Dios obra en nosotros, entonces nuestra voluntad, cambiada y suavemente tocada por el hálito del Espíritu de Dios, nuevamente quiere y obra [el bien] por pura disposición, propensión, y en forma espontánea». Las obras humanas, por tanto, no tenían utilidad para la salvación.

Así cobran sentido frases como «El cristianismo consiste en un continuo ejercicio en el sentimiento de no estar en pecado, aunque peques, porque tus pecados recaen sobre Cristo». O bien: «Peca y peca fuertemente, pero confíate a Cristo y goza en Él con mayor intensidad, porque Él vence al pecado y la muerte. Mientras estemos en la tierra

tendremos que pecar […], pero esperamos, como dice Pedro, unos cielos y una tierra nuevos donde more la justicia. Basta con reconocer al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, y de Él no nos apartará el pecado, aun si fornicamos y asesinamos miles de veces en un solo día».

Esta posición destruía el libre albedrío, base de la ética y la responsabilidad personal en la doctrina católica. Para Lutero, Dios tenía resuelto desde la eternidad quiénes habían de salvarse o condenarse. El individuo nada podía hacer al respecto, aunque, por paradoja, era libre de interpretar a su gusto las Escrituras. Discrepó Erasmo, su antiguo amigo y en parte inspirador, que no quería romper con Roma, sino arbitrar y conciliar las dos posiciones, pero iba a ser tachado de incoherente desde ambas partes. Contra Lutero escribió el tratado *De libero arbitrio*: si el hombre no precisa la Iglesia ni órganos intermedios entre él y Dios, y puede interpretar la Biblia como único sacerdote de sí mismo, ¿cómo conciliar esta supuesta libertad con su total incapacidad de elección moral? Para Erasmo, el hombre puede superar las consecuencias del pecado original ayudado por la gracia, la voluntad y la razón: todas ellas apuntan al mismo fin. La libre voluntad no queda anulada por el hecho de que los designios de Dios sean en gran parte oscuros para la mente humana. Si Jesús llora por una Jerusalén que le rechaza e invita a los judíos a seguirle, es porque reconoce el libre arbitrio; y si al hombre, según Lutero, no le es posible aceptar ni rechazar la gracia divina, ¿qué sentido tiene hablar de recompensa, castigo y obediencia, como hacen las Escrituras?

Replicó Lutero con *De servo arbitrio* (*Sobre el arbitrio esclavo*): la presciencia divina no deja lugar a la contingencia. «Cuanto hacemos, cuanto sucede, aunque nos parezca

ocurrir mutablemente y que podría ocurrir también de otro modo, de hecho ocurre por necesidad, sin alternativa e inmutablemente, si nos referimos a la voluntad de Dios». «El destino puede más que todos los esfuerzos humanos». «Si esto se pasa por alto, no puede haber fe ni culto a Dios». «El hombre no posee libre albedrío, es cautivo, sometido y siervo, sea de la voluntad de Dios o de la de Satanás». Y si el hombre no es libre, no es responsable de sus obras, que nada cuentan para su salvación a los ojos de Dios. Sólo cuenta la gracia manifiesta en el sentimiento personal de la fe. Posición contraria también a la convicción humanista del hombre como artífice de su destino.

El luteranismo, catapulta del movimiento protestante, suprimió los santos, las imágenes, la Virgen como intercesora, los sacramentos menos el bautismo y la eucaristía, los monasterios (Lutero se exclaustró y se casó con una ex monja) y el celibato eclesiástico: los sacerdotes eran sustituidos por «pastores» elegidos por la comunidad y con limitado poder orientativo. Para impulsar su movimiento, Lutero tradujo la Biblia al alemán, creando con ello el alemán literario, lo que, gracias a la imprenta, le dio máxima difusión; con el mismo fin estableció la misa en dicho idioma. El cisma luterano fue mucho más radical que el de la Iglesia griega cinco siglos antes. Autodenominada Reforma, era una ruptura revolucionaria que desmantelaba la Iglesia asentada mil quinientos años antes, sustituyéndola por una probable multitud de iglesias según se interpretase la Biblia. Salvo por la inspiración en Cristo y los Evangelios, podía considerarse una nueva religión.

Otras rebeliones dogmáticas habían sido disueltas o aplastadas por el poder del Papado y los reyes, pero en esta ocasión no fue así. Lutero fue protegido por diversos

príncipes alemanes (según los católicos, lo hacían para apoderarse impunemente de los bienes eclesiásticos), que formarían una poderosa alianza, la Liga de Esmalkalda, en 1532, para afrontar por las armas a los católicos. Carlos V no pudo concentrarse en la lucha contra los protestantes, por tener que atender a las guerras con Francia y al peligro turco; la nueva doctrina atraía por su libertad para interpretar la Biblia y prescindir de las imposiciones de un clero en parte corrompido y escandaloso; además halagaba un sentimiento nacional germano frente a Roma. Su impacto espiritual y material haría pronto del protestantismo un movimiento de tremendo poder expansivo.

Por ello Lutero fue acusado de propiciar el motín y la disgregación de la cristiandad. Lo cual no le arredraba, e invocaba en su favor los Evangelios: «No he venido a traer la paz, sino la espada»; «He venido a echar fuego a la tierra»; «Lee en los *Hechos de los Apóstoles* los efectos de la palabra de Pablo […], cómo él solo excita a gentiles y judíos o, decían sus mismos enemigos, "trastorna el mundo entero"». «El mundo y su dios no pueden ni quieren tolerar la palabra del Dios verdadero, y el Dios verdadero no quiere ni puede callar. Y si estos dos Dioses están en guerra entre sí, ¿qué puede producirse en el mundo entero sino tumulto? Querer aplacar los tumultos es querer abolir la palabra de Dios e impedir su predicación». Con ello contrariaba el anhelo de paz entre cristianos de Erasmo (y Vives y tantos otros), a quien advertía: «Estos tumultos y facciones infestan el mundo de acuerdo con el plan y la obra de Dios, y temes que el cielo se venga abajo; en cambio yo, a Dios gracias, entiendo las cosas correctamente, porque preveo desórdenes aún mayores, comparados con los cuales los de ahora semejan el susurro de una ligera brisa o el quedo murmullo

del agua». El emperador Carlos había declarado: «Me arrepiento de haber tardado tanto en adoptar medidas contra él».

Su resolución flaqueó a veces, por ciertos efectos indeseados de sus doctrinas: «Cuanto más se avanza, peor se torna el mundo […]. El pueblo es ahora más avaro, más cruel, más impúdico, más desvergonzado y peor de lo que era bajo el papismo». «¿Quién se habría puesto a predicar, si hubiéramos previsto que de ello resultarían tantos males, sediciones, escándalos, blasfemias, ingratitudes y perversidades?». Pero, insistía, «ya que estamos en ello, tendremos buen ánimo contra la mala fortuna».

Uno de los problemas fue, en 1524-1525, una gran revuelta campesina contra la opresión de los nobles, que encontró un líder visionario en Thomas Münzer, pastor luterano con ideas propias. Münzer acusó a su maestro de excesiva connivencia con los poderes civiles y llamó a destruir las jerarquías sociales («Todos somos hermanos. ¿De dónde vienen entonces la riqueza y la pobreza?»). La rebelión cobró mayor envergadura que otras típicas de los siglos anteriores, y sus reivindicaciones iban desde la prohibición de los trabajos no pagados y de la servidumbre, a la abolición de la propiedad privada.

Lutero se vio en un dilema, porque muchos campesinos seguían sus prédicas, pero él dependía de la protección señorial. Vaciló, pero al fin lanzó terribles maldiciones contra los rebeldes cuando ya se vislumbraba su derrota. Los campesinos realizaban una «obra diabólica», traicionaban el juramento de fidelidad y obediencia a sus señores, «matan y saquean y pretenden justificar con el Evangelio tan horrendos crímenes». «El bautismo no hace libres a los hombres en el cuerpo y la propiedad, sino en el alma, y el

Evangelio no manda poner los bienes en común […]. No debe de quedar un demonio en el infierno, sino que todos han entrado en los campesinos». Por tanto, «deben ser aniquilados, estrangulados, apuñalados en secreto o públicamente, por cualquiera que pueda hacerlo, como se mata a los perros rabiosos, pues nada puede haber más venenoso, dañino y diabólico que un rebelde […]. Quien vacile en hacerlo, peca […]. Por tanto, apreciables señores, matad cuantos campesinos podáis». «Un príncipe puede ganar el cielo derramando sangre mejor que otros rezando». Sofocar la rebelión costó, en efecto, un baño de sangre, con hasta cien mil muertos.

También consideraba la brujería como una realidad eficaz y promovía la persecución y quema de brujas. Sus diatribas antihebraicas no eran menos radicales en su libro *Contra las mentiras de los judíos*. Éstos, «blasfemos desvergonzados», injuriaban a Jesús y trataban de prostituta a su madre, «tienen creencias falsas y están poseídos de todos los demonios», «se vanaglorian de ser los más nobles», el pueblo elegido por Dios, cuando Dios les había dado sobradas muestras de su desagrado y castigo: «No han aprendido ninguna lección de sus terribles desdichas durante más de

1400 años de exilio». Ello probaba su contumacia, de modo que «no me propongo convertir a los judíos, porque eso es imposible», son «engendros de víboras, hijos del demonio, el cristiano no tiene enemigo más enconado y mortificante que el judío». «Se quejan de estar cautivos entre nosotros, pero nadie los retiene, pueden irse cuando quieran. Ellos, archiladrones, nos tienen cautivos con su usura». «Si tuvieran el poder de hacernos lo que nosotros podemos hacerles a ellos, ninguno de nosotros viviría más de una

hora». Proponía quemar sus sinagogas, quitarles sus libros religiosos, prohibirles bajo pena de muerte alabar a Dios o invocar su nombre, pues en sus labios es blasfemia: «Nadie sea piadoso y amable en lo que a esto respecta, pues está en juego el honor de Dios y la salvación de todos nosotros, incluyendo la salvación de los judíos».

Pero ¿darían fruto estos castigos? No mucho, pues los hebreos seguirían secretamente igual, y así, «si queremos lavarnos las manos de la blasfemia judía y no vernos tocados por su culpa, debemos alejarlos […]. Pero como se resisten a marchar, negarán todo con descaro y ofrecerán al gobierno dinero […] que nos fue robado terriblemente por medio de la usura». Lutero creía las historias de secuestro y tortura de niños y envenenamiento de pozos por los judíos. «Aconsejo que se les prohíba la usura y se les quite todo el dinero y las riquezas en plata y oro». «Sometedlos a trabajo forzado, tratadlos con rigor, como hizo Moisés en el desierto matando a tres mil de ellos para que no pereciera el pueblo entero […]. Si esto no basta, tendremos que expulsarlos como perros rabiosos».

Las cuestiones planteadas por Lutero giran en torno a la salvación, expresión de una ansiedad propia de la psique humana desde la noche de los tiempos, expuesta de forma peculiar en el cristianismo. El mundo, lleno de placeres y de penas que fácilmente se transforman unos en otras, parece arbitrario e injusto, falto de sentido, «un laberinto de errores» como decía Pleberio, y el bien y el mal se confunden. Una posibilidad racional sería considerar la vida esencialmente injusta, por lo que el restablecimiento de la justicia exigiría otra vida en la cual los malvados tendrían el castigo y los buenos el premio que este mundo les negaba. Pero salvación y condena estaban predestinadas y sólo Dios

sabía quiénes se salvarían, punto de vista arduo de conciliar con la necesidad de predicar el Evangelio, y radicalmente angustioso. Calvino, discípulo de Lutero, encontró cierta salida al señalar unos indicios que permitían al individuo creer en su pertenencia al grupo de los elegidos: una vida austera, piadosa, y el éxito en las empresas económicas u otras, permitirían intuir en esta vida la salvación en la otra. El calvinismo ofrecía así un consuelo que le ganó popularidad y expansión por varios países, en disidencia de matiz con el luteranismo puro.

Una dificultad de la nueva doctrina la expuso el propio Lutero con sarcasmo: de pronto, nobles, burgueses y campesinos «entienden el Evangelio mejor que yo o San Pablo; ahora son sabios […]. Algunos enseñan que Cristo no es Dios, otros enseñan esto y aquéllos lo otro […]. Ningún patán es tan rudo como cuando tiene sueños y fantasías, cree haber sido inspirado por el Espíritu Santo y ser un profeta». Pero, llevada la teoría a su consecuencia lógica, las interpretaciones bíblicas de cualquier patán valían tanto como las del mismo Lutero, pues bastaba que fueran sentidas con sinceridad, y ¿quién podría decidir si lo eran o no? Por eso las tendencias disgregadoras en el protestantismo fueron siempre intensas, y de ahí las polémicas en las que el esfuerzo de la denostada razón jugaba el papel determinante; y de ahí las represiones e inquisiciones contra los disidentes, para evitar la disolución general.

Por otro lado, sobre esas bases, la interpretación de las Escrituras por la Iglesia católica debía ser reconocida tan buena como cualquier otra. Y aunque podía argüirse que muchos la aceptaban no por convicción ni con sinceridad, sino por comodidad o temor, otros muchos lo hacían con

plena convicción y un sentimiento de identificación con Dios no menor que el que pudieran exhibir Lutero, Calvino o sus seguidores.

Un católico característico en este sentido y con capacidad de liderazgo fue Ignacio de Loyola, contemporáneo de Lutero, Erasmo, Calvino, Vives, Carlos I… todos ellos en acción durante la primera mitad del siglo XVI. Ignacio, nacido en Azpeitia y educado en la proximidad de la corte castellana, tuvo algo de poeta y tomó el camino de las armas «con un grande y vano deseo de ganar honra». Mostró habilidad política durante la guerra de los Comuneros y en las querellas entre pueblos guipuzcoanos, y en 1521, a los 30 años, fue herido defendiendo Pamplona contra un ejército franco-agramontés. En la convalecencia no pudo disponer de los habituales libros de caballerías, pero sí de algunos religiosos, cuya lectura le incitó a seguir el ejemplo de Francisco de Asís y predicar en Tierra Santa, adonde iría por breve tiempo, años después. Como Raimundo Lulio, tuvo una visión, ésta de la Virgen y el Niño Jesús. Fue a Cataluña a meditar y hacer dura y ascética penitencia, y decidió formar una compañía religiosa. Luego, en 1526 y 1527, estudió en Alcalá de Henares y en Salamanca, aprendió latín y desarrolló lo que llamaría «ejercicios espirituales», quizá influido por el *Exercitatorio de la vida espiritual*, escrito años antes por García Jiménez de Cisneros, primo del cardenal y abad de Montserrat, donde Ignacio se hospedó cuando fue a Cataluña. Se trataba de meditaciones introspectivas, orientadas con sistema a *sentir* los mandatos de Dios, la relación entre la persona y la divinidad, y a entender la vida como práctica religiosa.

Sus Ejercicios, en pleno auge de la ruptura protestante y de la corriente iluminista, perseguida por la Inquisición,

suscitaron sospechas de las autoridades, e Ignacio marchó a estudiar a París. Allí vivió siete años y poco a poco se atrajo a seis estudiantes (cuatro españoles, uno portugués y otro francés), entre los cuales Francisco Javier y Diego Laínez alcanzarían fama internacional. Con ellos fundó, en 1534, la Compañía de Jesús, jurando dejar todas las cosas del mundo para servir a Dios. Fueron a Roma a obtener la aprobación del Papa, y allí Ignacio tuvo otra visión, de la Trinidad esta vez. La idea de su compañía guardaba semejanza con la de los dominicos, fundada cuatro siglos antes por Domingo de Guzmán: una orden de clérigos intelectualizados, austeros y de espíritu flexible, capaces de combatir con eficacia la herejía, en este caso la protestante, afrontar al islam y fundar centros de enseñanza de calidad, seminarios y universidades. Sus Ejercicios volvieron a levantar sospechas de la Inquisición romana, pero terminaron por ser aceptados. La Compañía de Jesús exacerbaba el voto de obediencia, el espíritu altruista y abnegado, casi aniquilador del ego, y el servicio incondicional al Papado bajo el lema *Ad Maiorem Dei Gloriam*, a mayor gloria de Dios, conocido por sus iniciales AMDG. Por esas cualidades y por su fuerza intelectual, los jesuitas se extendieron con rapidez por el mundo como una orden combativa, especie de ejército espiritual contra el protestantismo.

36

ESPAÑA Y SUS ADVERSARIOS

El protestantismo hallaría poco eco en España, y no sólo por presión inquisitorial. La mentalidad hispana se había forjado cerrando filas contra el islam, y la unidad cristiana bajo la jefatura espiritual del Papa suponía un valor no cuestionable. Y ello, junto con el humanismo en boga, encajaba mal con la predestinación o la inanidad de las obras pías (Jorge Manrique exponía los méritos acumulados por su padre: «*El vivir que es perdurable/ no se gana con estados/ mundanales […]/ mas los buenos religiosos/ gánanlo con oraciones/ e con lloros;/ los caballeros famosos/ con trabajos e aflicciones/ contra moros*»). España había sido tierra de frontera y defensa de la cristiandad, y su mentalidad difería de la de Centroeuropa. La reforma de los Reyes Católicos había robustecido la autoridad de la Iglesia y menguado su corrupción y la oposición popular al clero. Tampoco despertaba Italia un disgusto como el generado por siglos de roces entre ésta y Alemania, ni había un nacionalismo agraviado, sino exultante y con sensación de triunfo; la división entre magnates era menor que en Alemania, el monarca español tenía gran autoridad, y era poco verosímil que en alguna región los nobles le desafiasen invocando razones religiosas. Había, además, una raíz ideológica distinta: cuando las disputas del siglo XIV entre tomismo y occamismo, los países latinos se habían decantado por el primero, con su aprecio del libre albedrío y de la razón, mientras que la parte germánica había optado más bien por el segundo, asentado en la voluntad y la fe. Y chocaba la aversión luterana a las peregrinaciones, cuando las de Santiago habían desempeñado tan gran papel en la reconstrucción de España.

Para los españoles, que apenas tomada Granada ya encaraban el peligro berberisco y otomano, el protestantismo desgarraba a la cristiandad y beneficiaba al enemigo común. Aquel peligro, y el lazo repentinamente estrecho con el Sacro Imperio, harían de España la principal defensora del catolicismo y del Papado. Pero el protestantismo pronto cundió por Alemania, Suiza, Escandinavia, Países Bajos, Francia e Inglaterra. Y España no tuvo más remedio que embarcarse en una pugna interminable con los «herejes», los cuales bien pronto percibieron a España como el mayor valladar a su triunfo total.

España contendería así con gran parte de Alemania, hasta con Suecia más tarde, y pronto con Holanda e Inglaterra, países ricos —salvo Escandinavia— y con población dos o tres veces superior a la española. La mitad de los alemanes y de los flamenco-holandeses permanecieron católicos, y el emperador Carlos pudo apoyarse en ellos y en las divisiones entre protestantes; pero ni con eso ni con el esfuerzo hispano sería posible ya erradicar la Reforma. Si bien ésta tampoco logró destruir a los «papistas», quedando en tablas un conflicto de más de un siglo.

* * *

Un duro revés a la posición hispana fue el cambio de Enrique VIII de Inglaterra, ya en la década de los treinta, que afectó además a la princesa española Catalina de Aragón. Siguiendo probablemente a su madre Isabel, Catalina puso de moda la educación femenina en Inglaterra, protegió los centros de enseñanza superior y propugnó la alianza inglesa con España. Seis veces embarazada, sólo una hija sobrevivió, lo que arruinó la relación conyugal, pues el rey deseaba un heredero varón y terminó por pedir la anulación del matrimonio al papa Clemente VII. El

pontífice, quizá presionado por Carlos I de España, sobrino de Catalina, rechazó la demanda, y Enrique rompió con el Papado, hizo encerrar a su mujer y se casó con Ana Bolena. En 1534 se declaró a sí mismo cabeza de la Iglesia de Inglaterra y fundó el anglicanismo, ecléctico entre el protestantismo y el catolicismo, como una fe propia para los ingleses, un poco a semejanza de los judíos, y concentró en sí mismo el poder político y el religioso. De ahí la quiebra del acuerdo con España, de la cual se haría Inglaterra uno de los enemigos más tenaces, con pocos intervalos de mejor entendimiento.

El veleidoso Enrique se cansó pronto de Bolena, la acusó falsamente de brujería, incesto con su hermano y trato sexual con otros cinco hombres, y todos fueron degollados, incluida Ana, en 1536. La sucesora de ésta en el favor regio, Jane Seymour, falleció a poco de dar a luz. El rey hizo anular sus nupcias con la tercera, Ana de Cleves, a lo que ella tuvo el sentido común de no oponerse, si bien el noble propiciador del matrimonio fue decapitado. De inmediato se casó con Catalina Howard, que cometió imprudente adulterio, por lo que fue ejecutada, con sólo 18 años, así como sus amantes. La última esposa, Catalina Parr, sobreviviría al marido corto tiempo, casó con Thomas Seymour, quien pronto sería ejecutado con especial crueldad, por haber intentado raptar al nuevo rey, Eduardo VI, aún niño; y Parr finó pronto, de parto.

Enrique fue un rey renacentista, protector de las artes y la cultura, poeta y músico (suele atribuírsele la famosísima melodía *Greensleeves*). No dudó en aplicar la mayor violencia contra protestantes y, sobre todo, católicos. Impuso pena de muerte o prisión perpetua a los disidentes, expropió los monasterios para ampliar su hacienda e hizo torturar y

asesinar a muchos monjes; también cayó el intelectual humanista Tomás Moro, amigo de Vives y de Erasmo. Fueron destruidos los gremios profesionales y saqueados sus bienes por la nueva nobleza, y aplastada una revuelta popular católica tras engañar a sus líderes con aparentes concesiones: 216 de ellos fueron ejecutados, aparte de los muertos en la represión general. Igualmente rivalizó con Francisco I y Carlos I por el título de emperador, que recaería en Carlos, promulgó las primeras leyes contra la sodomía y la brujería, repelió ofensivas escocesas e invadió Francia.

Inglaterra tendría por entonces tres o cuatro millones de habitantes, gozaba de excelente posición estratégica, defendida por el Canal de La Mancha, lo que le permitía jugar con libertad en los conflictos europeos, y disponía de una fuerza naval apreciable. Después de la Guerra de las Dos Rosas, los Tudor habían asentado un firme poder monárquico y Enrique obró como un tirano, aplastando cualquier oposición pese a que el Parlamento ejercía mayor control que en el resto de Europa. El país estaba en trance de reforzarse mediante la completa anexión de Gales —donde se impuso oficialmente el inglés—, y el tenaz intento de conquista de Escocia y de Irlanda, esta última dominada sólo a medias. Irlanda, de tan brillante cultura en la Edad de Supervivencia europea, cuando sus monjes civilizaron a anglosajones y francos, rechazó el anglicanismo, y la resistencia a la dominación inglesa se mezclaría con la defensa del catolicismo.

Culturalmente, Inglaterra era una potencia desde la fundación de las universidades de Oxford y Cambridge y desde que, a finales del siglo XIV, empezó a cultivarse el inglés como lengua literaria. Disponía de una buena industria textil y manufacturera, y una marina comercial

notable. Aunque no el más importante de los adversarios de España, tampoco era un enemigo menor, como había comprobado Francia en la etapa de alianza hispanoinglesa, y comprobaría España cuando las alianzas cambiasen.

* * *

Al alborear el siglo XVI, el Imperio turco comprendía casi toda Anatolia, gran parte de la costa norte del Mar Negro y los Balcanes con su costa adriática, separada de Italia, en el sur, por sólo 80 kilómetros de mar. Había borrado del mapa al Imperio bizantino, al último reino cristiano de Oriente, el de Trebisonda, y a otros poderes cristianos en plena Europa. La capital turca se instaló en Constantinopla, cuyo centro político-administrativo se llamó «La Sublime Puerta».

En 1512 Selim I derrocó a su padre Bayaceto II e hizo matar a sus siete hermanos y a numerosos sobrinos para evitarse rivales. Lleno de celo sunní, derrotó al Imperio chií persa, sin eliminar del todo su peligro, que resurgiría. Luego aplastó a los mamelucos de Egipto, que pidieron en vano ayuda a los españoles de Nápoles, y se adueñó de Siria, Palestina y la costa arábiga hasta La Meca. Por el oeste, su poderoso brazo alcanzó la costa de Argelia, próxima a España. Poeta, Selim decía en uno de sus versos: «Si en una alfombra pueden acomodarse dos sufíes, el mundo entero no es lo bastante grande para dos reyes». Falleció en 1520, cuando preparaba el asalto a la isla de Rodas.

Le sucedió Solimán *el Magnífico*, llamado *el Legislador* por los turcos, hombre culto, mecenas de las artes, creador de un sistema legal que perduraría siglos, y buen poeta. Aspiraba a imitar a Alejandro Magno y dominar el mundo, llevar sus caballos a comer en las aras vaticanas y recobrar Al Ándalus. En 1521 tomó Belgrado, plaza fuerte del

floreciente reino húngaro, que cerraba el paso a Transilvania y las llanuras de Hungría. Su caída atemorizó a Europa. Ante la Dieta de Worms, que excomulgó a Lutero ese mismo año (también el de las revueltas comuneras en España) clamaba un enviado húngaro: «¿Quiénes pararon a los turcos en su avance devastador? Nosotros, los húngaros. ¿Quiénes prefirieron enfrentarse a su arrolladora fuerza y crueldad antes que permitirles invadir tierras de otros? Nosotros, los húngaros. Pero el reino está ya tan debilitado […] que si de Occidente no llegan refuerzos, no podremos resistir ya mucho». De momento se salvaron porque Solimán dirigió su atención a Rodas, base de la Orden de San Juan, que desde allí hostigaba a los otomanos, y la conquistó en 1522, tras cinco meses de lucha feroz; los caballeros de San Juan hubieron de trasladar su base a Malta.

Cuatro años después, Solimán relanzó la ofensiva hacia Europa con unos 50 000 hombres. Los húngaros, con algunos españoles entre ellos, fueron destrozados en Mohacs: cayeron al menos 14 000, entre ellos su rey Luis II y la flor y nata de la nobleza, más varios miles de presos ejecutados. El desastre, que desató una ola de terror por Europa, se debió en parte a la traición del gobernador de Transilvania, Juan Zapolya, que recibiría del propio Solimán el trono de Hungría, en calidad de tributario. Parte menor del país pasó al Sacro Imperio, y Transilvania quedó sometida a vasallaje turco. En 1529 Solimán llegó hasta Viena con 100 000 soldados. Defendida la ciudad por unos 20 000, se salvó in extremis por una resistencia encarnizada en la que se distinguió un contingente de arcabuceros españoles.

El centro del continente no fue la única línea expansiva de Solimán hacia Europa. Más amenazante para España fue

la del Mediterráneo, donde la flota turca se hizo hegemónica e infligió duros reveses a los cristianos desde sus bases de Argel y Túnez, bajo la dirección de los corsarios hermanos Aruch y Jairedín *Barbarroja*; el último, hecho almirante de la flota turca, fue el marino más audaz y temido del Mediterráneo, ansioso de volver a invadir España. Así, el poder turco atenazaba a Europa por el centro y el sur. Otomanos y españoles pugnaron sin tregua por dominar plazas fuertes en la costa magrebí, base para una eventual invasión de la península. Los hispanos lograron ocupar plazas importantes y someter a vasallaje a Túnez, donde construyeron la imponente fortaleza de La Goleta; y también cosecharon algún terrible desastre como el de Argel en 1541. La armada turca, sumada a la piratería berberisca, aumentó mucho su peligrosidad por la alianza de París con la Sublime Puerta.

Procedentes de las estepas del Asia central, como los hunos o los mongoles, los turcos otomanos crearon un imperio mucho más consistente y duradero que aquéllos (permanecería hasta el siglo XX); y no bárbaro, sino civilizado, con destacada cultura literaria y en parte científica, heredada de árabes y persas. Era el imperio más poblado del mundo después del chino, con inmensos recursos y eficiente administración. Una fuente no desdeñable de sus ingresos consistía en una sistemática caza y tráfico de cautivos y esclavos cristianos, de los que quizá llegó a tener un millón. Estado muy centralizado, toda la riqueza pertenecía, en principio, al sultán, con cierta similitud con el sistema de Moscovia. Del sultán dependía el nombramiento de los cargos de pachá (gobernador) y otros, evitando depender de las tribus o de los señores territoriales.

Los sultanes crearon un ejército profesionalizado con

artillería justamente famosa, cuyo núcleo eran los jenízaros, reclutados entre niños arrebatados a familias cristianas, islamizados y entrenados desde pequeños en una estricta disciplina. Consagrados por vida a la milicia, se les prohibían las relaciones sexuales con mujeres. Su número oscilaba entre cien y doscientos mil, una masa que ningún estado cristiano podía mantener permanentemente. Su marina dominaba desde el Golfo Pérsico hasta el Mediterráneo oriental, y pronto se haría hegemónica en el occidental. Por todo ello, Constantinopla constituía la verdadera superpotencia de la época desde el Occidente europeo hasta India y China. En Europa, sólo el Sacro Imperio competía en riqueza con él, pero estaba lastrado por su descentralización y conflictos internos, aumentados por las predicaciones de Lutero (la amenaza turca, al distraer fuerzas y atención del imperio, facilitó el asentamiento protestante). España empezaba a recibir considerables recursos de América, pero al lado del coloso otomano seguía teniendo poco peso material, no digamos demográfico, pues la población de éste podía ser cinco o más veces superior a la española. No obstante, España se convertiría en la punta de lanza de la cristiandad contra Constantinopla.

* * *

La confrontación hispana con la también católica Francia no tendría carácter religioso-político, salvo porque el rey francés iba a aliarse con turcos y protestantes contra España y el Sacro Imperio. La rivalidad nació en Italia, pues los franceses codiciaban Nápoles —la mayor ciudad cristiana del Mediterráneo—, y el norte del país, una de las regiones más ricas, cultas y creativas de Europa, que de paso les permitiría cortar la comunicación por tierra entre España y el imperio.

Francisco I, rey desde 1515 —un año antes de la muerte de Fernando *el Católico*—, dirigía un país muy fuerte, pese a sus descalabros en Nápoles. Comenzó, ese mismo año, por marchar sobre Milán, asesorado por el hidalgo aventurero e ingeniero español Pedro Navarro, que después de realizar proezas al servicio de España, se había pasado a los franceses. El ejército francés, aliado con Génova y Venecia, arrolló a sus adversarios, que contaban sobre todo con tropas suizas y se apoderó de toda Lombardía. En 1519, Francisco fracasó en su aspiración a coronarse emperador del Sacro Imperio, revés que marcó un punto de viraje en su política. Desde entonces redoblaría sus ataques al imperio y a España, y el mismo año 1519 alentó a los moriscos españoles a sublevarse, aunque sin éxito.

En 1521, cuando Solimán debelaba Belgrado, los franceses fueron expulsados de Milán por los hispanoimperiales. Francisco respondió con una magna ofensiva en tres frentes, sobre Italia, España y Flandes. Un ejército francés, con algunos navarros, entró en España por Navarra y Guipúzcoa, apenas guarnecidas debido a la rebelión comunera, por lo que tomó fácilmente Fuenterrabía y Pamplona, ocupó La Rioja y sitió Logroño. Francisco animaba a los comuneros, entre quienes tenía agentes (dos de ellos jugarían un papel histórico a miles de kilómetros de allí). Pero la derrota comunera en Villalar permitió a las tropas españolas contraatacar y, tras rechazar a los franceses de Logroño, destrozarlos en Noáin, donde murieron seis mil de ellos y fue capturado su jefe, Lesparre. Las otras ofensivas francesas no fueron mejor.

Al año siguiente, agentes de Francisco trataron de provocar un ataque al imperio desde Polonia y Hungría. Los agentes eran dos comuneros españoles llamados Rincón y

Tranquilo (probablemente un apodo), con abundante oro y promesas matrimoniales para el rey polaco Segismundo. Los dos fueron a Buda, Cracovia y Vilna, pero a pesar de su tenacidad durante dos años, no persuadieron a los polacos, más interesados en cooperar con el imperio contra la amenaza turca. Más suerte tuvieron con el voivoda de Transilvania Juan Zapolya, que ya había contribuido a la caída de Belgrado al no enviar allí refuerzos. El soborno de Zapolya fue un gran éxito de Rincón y Tranquilo, pues el voivoda detestaba a los imperiales y facilitó el desastre húngaro de Mohacs, en 1526, acto que Solimán premió nombrándole rey vasallo de Hungría, como quedó dicho.

Mientras tanto, en Italia los hispanoimperiales vencían a los franceses en Bicocca, en 1522. La batalla, muy sangrienta para los suizos profranceses, haría perder a éstos, en lo sucesivo, su acometividad tradicional, y la palabra «bicoca» entró en el vocabulario español como algo valioso ganado a poco coste. La victoria tuvo vastos efectos; los hispanoimperiales tomaron Génova, los venecianos abandonaron la causa gala e Inglaterra aprovechó para invadir y saquear el norte de Francia, a punto de tomar París. Francia estuvo al borde del derrumbe, pero los ingleses se volvieron atrás, irritados porque Carlos abandonó una débil ofensiva desde Fuenterrabía. Francisco se rehízo y a finales de 1523 volvió sobre Milán, pero la primavera siguiente sufrió una nueva derrota en Sesia, que dejó abierta la invasión de Francia hacia Lyon; Carlos prefirió atacar por Provenza, la cual tomó, excepto Marsella. Al resistir esta ciudad, Francisco pudo amenazar la retaguardia de los sitiadores, obligándoles a retirarse. De paso envió agentes a Túnez para incitar a los islámicos a atacar el reino de Nápoles.

Poco después, Francisco recuperó Milán, pero esta ganancia sería el prólogo a su mayor calamidad. En febrero de 1525, en Pavía, un poco al sur de Milán, los hispanoimperiales, en número algo inferior, y con mucha menos artillería, destruyeron por completo el ejército francés, causándole entre doce y catorce mil bajas, contra sólo quinientas propias. Allí pereció o fue capturada la mejor nobleza gala, con el mismo Francisco. «Todo se ha perdido menos el honor y la vida», escribió a su madre.

Carlos tuvo la oportunidad de conquistar una Francia privada de monarca y de ejército, y a ello le apremió el rey inglés, deseoso de repartirse el país con él. También le insistió el virrey de Nápoles, el flamenco Lannoy: «Dios envía a todo hombre, en el curso de su vida, un buen otoño. Si entonces no cosecha, pierde la ocasión». Pero Carlos rehusó, arguyendo que así «verían todos que no era mi fin conquistar ni tomar lo ajeno, sino sólo conservar y recobrar lo propio», y prohibió festejar la victoria. Francisco, llevado a Madrid, hubo de firmar un tratado por el que renunciaba a Flandes, Artois, Borgoña y a los territorios de Italia, y al cabo de un año fue liberado.

Sin embargo, el rey francés no pensaba cumplir el tratado, y desde su misma prisión madrileña se las ingenió para enviar a Solimán a un agente croata proturco llamado Francopan o Frangipani, que aprovechó la labor previa de Rincón. Francisco proponía a Solimán atacar por Hungría mientras él lo haría, cuando pudiera, desde el oeste. Francopan trató de obtener del sultán una expedición para liberar al rey francés, pues si no, Carlos se convertiría en «el amo del mundo». Solimán contestó a Francisco: «Esta súplica tuya al pie de mi trono, refugio del mundo, ha ganado mi comprensión imperial en todos sus detalles […].

Nuestros gloriosos antecesores, Dios ilumine sus tumbas, no han cesado nunca en la guerra para rechazar al enemigo y conquistar países. Nos seguimos su huella». No hubo expedición —realmente imposible— para liberar a Francisco, pero sí la invasión que aplastó a Hungría.

También el papa Clemente VII, opuesto a Carlos, intrigó con Francisco y Enrique, animando al primero a incumplir el tratado de Madrid, y a ambos a aliarse con el Papado, Venecia, Florencia y Milán contra el emperador. De ahí salió la Liga de Cognac y otra guerra, cuyo episodio más famoso fue «El saco de Roma», en mayo de 1527, por parte de los imperiales irritados con el Papa, a quien encarcelaron después de masacrar a su guardia. Siguió un saqueo protagonizado por los lansquenetes alemanes, muchos de ellos protestantes, y tropas hispanas, todos al mando del condestable de Borbón, noble francés pasado al servicio de Carlos. Clemente no volvió a conspirar.

Inglaterra había entrado poco antes en la Liga de Cognac, y los franceses, sin cuidado a retaguardia, avanzaron hasta Nápoles sólo para sufrir una nueva derrota. En 1529, cuando Solimán amenazaba Viena, se concluyó la paz de Cambrai, favorable a Carlos. Los tratos de Francisco con Solimán continuaron, y en 1534 Jairedín *Barbarroja* marchó sobre Génova para entregarla a Francia, arrasó las poblaciones costeras e hizo cautivos, sin alcanzar su meta por descoordinación con Francisco. Al año siguiente España, Portugal, el Papado y los caballeros de Malta planearon una acción naval para privar a Jairedín de Túnez. Enterado Francisco por el propio Carlos, le faltó tiempo para alertar al otomano. Aun así, la empresa triunfó, bien dirigida por el marqués del Vasto y ayudada por la rebelión de veinte mil cautivos de la ciudad.

Satisfecho por la lealtad de Francisco, Solimán firmó con él una alianza en regla. Como réplica a la operación de Túnez, Jairedín arrasó Calabria en presencia del embajador francés Monluc, obispo pasado al protestantismo, que, como otros, seguía en su cargo eclesiástico para dañar más al *papismo*. En 1536 una flota turcofrancesa devastó posesiones venecianas del Adriático, saqueó ciudades y asedió Otranto, mientras Francia volvía a atacar Milán. Carlos replicó invadiendo la Provenza, sin mayor efecto. En 1537 la alianza francoturca culminó en un plan que pudo haber cambiado la historia: Solimán invadiría Italia desde Albania mientras Francisco lo hacía por el norte. 150 000 soldados turcos acamparon en Valona al grito de «¡A Roma, a Roma!», un viejo objetivo otomano; mas, por razones oscuras, quizá por pensar que llevaba el juego demasiado lejos, Francisco no cumplió su parte y Solimán, despechado, abandonó la empresa. Un año después, en Preveza, en la costa jónica griega, Jairedín venció a la flota hispanoveneciana mandada por el genovés Andrea Doria, que había servido a los franceses y luego a los españoles.

En 1540 las diferencias entre Carlos y Francisco estuvieron a punto de arreglarse: Francia recibiría los Países Bajos y renunciaría al Milanesado. El intercambio habría librado a España de un nuevo frente contra los protestantes holandeses, pero no llegó a término. Dos años después, Francisco volvía al ataque, animado por un desastre español en Argel. La diplomacia de Carlos le desbarató un pacto con los protestantes alemanes, pero lo compensó tratando con Solimán. Su agente o embajador Rincón fue muerto cerca de Milán por tropas españolas, ultraje intolerable y *casus belli*, según Francisco. Solimán puso a su disposición la flota de Jairedín, que llegó a Marsella después de devastar la costa

italiana. La primera operación naval turcofrancesa fue la destrucción y saqueo de Niza, hasta que la llegada de la flota española les hizo huir. Francisco ofreció a Jairedín la base de Tolón, de la que expulsó a la mayoría de los habitantes; desde ella los turcos razziaban las costas españolas. La indignación europea alarmó al rey francés, que compró la retirada turca por la enorme suma de 800 000 escudos. Jairedín salió de Tolón en 1544, acompañado de barcos franceses, y juntos asolaron de nuevo el litoral italiano, saquearon la isla de Elba y masacraron Lípari. Estos actos enfadaron incluso a protestantes e ingleses. No obstante, Francisco persistió en la alianza con Constantinopla, y durante el siglo XVI franceses, protestantes y turcos tratarían de coordinarse a menudo contra España y el imperio.

Aparte de sus empresas bélicas, Francisco I fue un rey disoluto, más autoritario que los de España y típico príncipe renacentista al estilo de Maquiavelo, aunque no le salieran bien las cuentas. Promovió expediciones al norte de América, que descubrieron Quebec, protegió con entusiasmo las artes y las letras, alzó edificios suntuosos, como los «castillos» del Loira y reconstruyó a su gusto el palacio de Fontainebleau, fue amigo de Leonardo da Vinci y llevó a Francia la cultura italiana. Su país era una gran potencia militar, económica y demográfica, el más poblado de Europa, con dieciséis-dieciocho millones de habitantes, más de dos veces los de España, que le permitían rehacer sus ejércitos una y otra vez.

* * *

Durante los siglos anteriores, España, concentrada en sus problemas, sólo había participado tangencialmente en los conflictos de Europa Occidental, pero esa situación envidiable cambió por completo durante el siglo XVI. De

pronto el país entró de lleno en el torbellino europeo y mediterráneo. La asociación con el imperio fue acogida con ilusión de unos y hostilidad de otros, y la partida de Carlos I para convertirse en emperador con el nombre de Carlos V despertó el descontento en el país. Las Cortes de Valencia hicieron saber al regente Adriano de Utrecht que consideraban la corona imperial «un perjuicio para España», causado por una «ambición inflada», un «viento fatuo», e hicieron este voto: «Pluguiera al cielo que esta quimera [del imperio] hubiera caído sobre el francés [Francisco I]». Pese a que el poder imperial era reducido y difícil, su prestigio parecía hechizar a los monarcas. Los comuneros, por confusa que fuera su revuelta, tenían muy clara su posición al respecto. Quizá hubiese memoria de cómo la misma afición por parte de Alfonso X *el Sabio* había traído ruina al país y finalmente al propio rey.

La gente percibía que por esa senda España iba a contraer cargas y conflictos malos de soportar, si bien terminó por aceptarlos, sin entusiasmo, pero con denuedo, pues era inevitable luchar con Francia, los protestantes, los turcos e Inglaterra, por razones religiosas, políticas o por las posesiones y rutas de América. La simple posición geoestratégica española, cerrando el Mediterráneo por el oeste, apuntando a América y a África, comprometía al país en una situación histórica nueva, y aunque su implicación en el centro de Europa era vista en España con reticencia, a cambio ganaba la alianza del imperio contra Francia y la Sublime Puerta.

Tantos frentes sólo podían ser agotadores, máxime cuando España resultaba casi ofensivamente débil en población y riqueza comparada con el conjunto de sus enemigos, que a menudo obraban concertados; debilidad no

compensada por la alianza con el imperio ni por las riquezas de América. En tales circunstancias, lo lógico era que España se viniera abajo pronto, y sin embargo iba a entendérselas ventajosamente con todos sus adversarios durante casi un siglo y medio, período tanto o más largo que el de los demás países que han ostentado la hegemonía en Europa. Porque la inferioridad demográfica y material quedó contrarrestada por una excelencia organizativa basada en una amplia burocracia letrada, abundancia de universitarios, escasez de conflictos internos, una economía agraria, ganadera, manufacturera y comercial equilibrada, y por un ejército pequeño, pero superior a cualquier otro hasta entrado el siglo XVII.

37

LOS TERCIOS Y LA MARINA

Aunque las acciones de las tropas españolas dejaron a menudo amargo recuerdo a sus enemigos, el escritor Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme, ciertamente un patriota francés, ha dejado un retrato admirativo en su *Bravuconadas de los españoles*, escrito ya en el siglo XVII: «Los soldados españoles se han atribuido siempre la gloria de ser los mejores entre todas las naciones. Y, por cierto, no les falta base para tal opinión y confianza, porque a sus palabras les han acompañado los hechos. Pues ellos son quienes en los últimos cien o ciento veinte años han conquistado, por su valor y su virtud, las Indias Occidentales y Orientales, que forman un mundo completo. Ellos son los que tantas veces nos han batido y rebatido en el reino de Nápoles, expulsándonos finalmente de allí. Y otro tanto han hecho en Milán, cuya ocupación tanta sangre y recursos nos había costado […]. Y no contentos con los bienes que nos quitaron, pasaron a Flandes y vinieron a Francia […]. Ellos son los que han triunfado sobre los alemanes y les han puesto el yugo en la guerra de Alemania, cosa no oída, vista ni hecha desde el gran Julio César u otros grandes emperadores romanos. Ellos son los que, siguiendo la divisa de su gran emperador Carlos, de avanzar más allá, han cruzado el mar y caído sobre África y tomado su principal ciudad y fortaleza, Túnez y La Goleta […], el reino de Orán, las ciudades de África y Trípoli, Vélez y su peñón […]. Con unos puñados de tropas en las ciudadelas, roques y castillos, mantienen bajo rienda e imponen la ley a los magnates de Italia y a los estados de Flandes y en diversos lugares de la Cristiandad, incluso en Berbería, Morea y otros

países infieles, y hasta en Transilvania […].

»Son ellos los que hacían sentirse invencible al emperador Carlos cuando, en lo más apurado de sus negocios y batallas, se veía en medio de no más de cuatro o cinco mil españoles, sobre cuyo valor arriesgaba su persona y su imperio y todos sus bienes, y decía a menudo que "la suma de sus guerras era puesta en las mechas encendidas de sus arcabuceros españoles" […]. En esta misma guerra de Zelanda, ellos, en número de mil a mil doscientos, atravesando un brazo de mar de un cuarto de legua de ancho en marea baja, sin otras armas que las espadas que llevaban entre los dientes, atacaron a cuatro o cinco mil zelandeses de las milicias comunales, que estaban apostados en la otra orilla, y los destrozaron. ¡Milagro grande, en verdad! Ellos fueron quienes valieron a don Juan de Austria para ganar la grande y señalada batalla de Lepanto […]. Y ante ellos llegó a humillarse el mismo emperador Carlos cuando, tras salir de Francia por mar para ir a terminar sus días en España, habiendo desembarcado en Laredo, puerto próximo a Vizcaya, al tomar tierra se arrodilló de inmediato, según dicen, y agradeció a Dios la gracia de volver a ver este país en sus últimos días, país que había amado por encima de los demás, por haberle ayudado a elevarse al imperio y a tanta grandeza […]. A ellos se debe que el gran rey de España inspire terror a todos sus enemigos, ocultos o descubiertos, y que cuando se divulga la presencia de tan sólo ocho mil soldados españoles nativos en su ejército, sus enemigos se retiren y abandonen el campo.

»Y lo más notable de todas estas hazañas es que no las han llevado a cabo grandes masas de hombres, sino tropas reducidas; porque nunca se han hallado diez mil españoles juntos en una ocasión, que la mayor no pasaban de ocho o

nueve mil, de los cuales nunca quedaron tendidos los cadáveres de más de tres mil, por grande que fuese la carnicería en algunos combates desastrosos o batallas infortunadas […]. Cierto que perecieron casi tres mil en Santa Maura, Dalmacia, sitiados por los turcos; pero se debió a la duración del asedio, al agotamiento y al hambre por la falta de socorros después de haber combatido tan bien […]. Pero ¿por qué me entretengo tanto en escribir loas a estos valientes cuando ellos mismos saben, según creo, publicar sus hazañas sin ocultarlas ni en una uña? Pues si sus hechos se extienden sólo un dedo, ellos lo alargan un codo. Hacen bien: a buen hacer, buen decir».

* * *

Se juzgue exagerado o no, fueron muy ciertas las hazañas de los soldados españoles desde Transilvania a Laos, desde Manila a Sajonia, y desde California al canal de Magallanes, difícilmente superables por cualquier cuerpo militar de la historia. Por lo común, en Europa no combatían solos, sino al lado (y también en contra) de los temidos lansquenetes alemanes, de flamencos y de italianos; pero se apreciaba de modo general que los hispanos constituían el nervio y eje. Se les ha tachado de crueles, pero no lo fueron más, acaso lo fueron menos, que sus enemigos. Y sus motines, causados por la falta de paga, que los llevaba al hambre y la miseria, fueron asunto secundario, aunque se les haya dado tanto relieve: de otro modo habrían sido vencidos con facilidad.

Seguramente entre sus enemigos había tropas no menos aguerridas, pero las españolas eran superiores en moral, organización, entrenamiento y destreza en el manejo de las mejores armas de la época. Los Reyes Católicos habían establecido en 1495 el armamento general del pueblo: todos los varones entre 20 y 45 años, salvo los religiosos, debían

guardar en casa armas ofensivas y defensivas según la posibilidad de cada cual (las armas se manufacturaban sobre todo en Vascongadas, Asturias y Galicia). Sólo uno de cada doce hombres podía ser llamado al servicio, quedando los demás como una milicia a movilizar para casos de necesidad. En 1503 se publicaron las primeras ordenanzas militares detalladas, con normas sobre justificación estricta de gastos, prohibición de juegos de apuesta —admitían el ajedrez y otros pocos—, de rufianes o prostitutas en los lugares de albergue, de robos o daños a las propiedades de los civiles, blasfemias, violaciones, etc.; así como previsiones sobre la alimentación, caballerías, licencias, y demás. El adiestramiento solía hacerse los domingos.

Las campañas del Gran Capitán en Italia forjaron el embrión de lo que serían los tercios, punta de lanza del ejército imperial. Se adaptó la técnica de los piqueros suizos (algunos de éstos habían luchado en la guerra de Granada), que habían aniquilado a la caballería pesada borgoñona. La caballería había sido el arma nobiliaria y predilecta durante los siglos anteriores, y la merma de su valor frente a la infantería revelaba cierto ascenso de las clases populares. La evolución resultó bastante natural en España, con tradición de caballería *villana* y aprecio a los infantes; en Francia era más fuerte el prejuicio nobiliario (en la batalla de Crécy, la caballería había masacrado a su propia infantería, que le estorbaba para cargar contra los ingleses). Pero el Gran Capitán flexibilizó y diversificó los macizos cuadros de estilo suizo en unidades más maniobreras, con formaciones aptas para variedad de acciones como asaltos nocturnos o *encamisadas*, emboscadas y similares. De ahí los rasgos de maniobra rápida, ataque impetuoso, eficiencia técnica y economía de sangre, al menos de la propia. Los jefes y

estudiosos españoles se inspiraron en la legión romana, y solía compararse a sus soldados con los romanos, aunque la organización del tercio era distinta.

No se sabe el origen del nombre «tercios», pero éstos en todo caso tomarían forma precisa desde 1534 como fuerzas de guarnición y expedición en Italia frente a la amenaza francesa y turca. Así nacieron los tercios de Sicilia, Nápoles, Lombardía y Cerdeña, llamados Viejos, más otros posteriores llamados Nuevos. También hubo un Tercio de Galeras, primera infantería de marina de la historia.

Para el militar español contaba ante todo la defensa del catolicismo frente a turcos y protestantes, junto con la honra de la nación y del rey. Las ideas de patria, España, nación, y la autoidentificación como españoles estaban siempre presentes en el discurso de los tercios, hasta en las cartas personales, con el mismo sentido de hoy. Las ordenanzas orientaban a unidades profesionalizadas de alta moral y camaradería (la palabra «camarada» pasaría a otros idiomas). El buen soldado debía ser católico y temeroso de Dios, guardar buena conducta, evitar el juego, los duelos y las reyertas por mujeres, no ser pendenciero ni charlatán, defender su honra —sólo si era preciso— con la espada, pero nunca a traición, esmerar los modales con los civiles que les alojasen, en honor al ama de casa, contenerse en el pillaje y no saquear bienes religiosos, leer libros de historia, acostumbrar el cuerpo a los trabajos duros y a la natación. Y ante todo seguir a la bandera, día y noche, obedecer a los oficiales y estar siempre dispuesto y armado. Ciertamente, entre este ideal y la práctica mediaba un trecho: los soldados, o muchos de ellos, jugaban, reñían por mujeres, fanfarroneaban, saqueaban y violaban. No obstante, la instrucción insistente en aquella doctrina contenía los

excesos, que abundaban más en otros cuerpos militares de la época.

Cervantes expresaría una motivación del soldado para arrostrar una vida tan azarosa: «Quisiera haberme hallado antes en aquella facción prodigiosa [Lepanto] que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra». El prurito de la honra podía degradarse en soberbia y susceptibilidad puntillosa, causa de conflictos con los aliados y entre los españoles. Varios reveses de los tercios vinieron de la jactancia y de un ímpetu que podía llevarles a romper la formación de «escuadrón», en la que eran duchos. Pero no solía ocurrir y, observaba el cardenal Bentivoglio, la tropa, «salida de la escuela de consumadísimos capitanes, sabía sus órdenes antes de recibirlas. Y siendo tan pronta la obediencia como fácil el mandato, todas las acciones se entendían prestamente y se ejecutaban con suma facilidad». Los movimientos se hacían en silencio, y sólo al llegar el choque se permitían los gritos «¡España!» o «¡Santiago!». Que compartieron en Mühlberg los húngaros, según los *Comentarios de la guerra de Alemania*, de Ávila y Zúñiga: «Cargaron al grito de "¡España!", porque el nombre del imperio, por la antigua enemistad, no les era agradable».

Mühlberg fue una batalla clave en la Europa de la primera mitad del siglo XVI. Los príncipes protestantes formaron en 1531 la Liga de Esmalcalda sobre la base doctrinal de las *Confesiones de Augsburgo*, que resumían las tesis luteranas. La Liga aspiraba a romper el Sacro Imperio e imponerse como nueva fuente de legitimidad y poder efectivo. Se extendió por gran parte de Alemania y pactó con Francia en 1535. El emperador Carlos estaba ocupado en

contiendas con los franceses y los turcos, pero en 1546 pudo por fin encarar la rebelión luterana. Colaboró con él, por motivos políticos, uno de los mayores príncipes protestantes, Mauricio de Sajonia. La campaña culminó en Mühlberg, en 1547. Los imperiales se componían de unos 8000 españoles de los tercios y de tropas húngaras y alemanas. Los jefes protestantes, en desacuerdo sobre la táctica, mostraban poca inquietud, porque su ejército, si bien inferior en número, estaba protegido por el ancho río Elba y en posición favorable. Entonces tropas de los tercios les arrebataron un puente de barcas, y por él y un vado se precipitaron los imperiales, sin dar tiempo de reacción a los protestantes, que tuvieron unas 8000 bajas, por sólo 200 los católicos. El golpe deshizo la Liga de Esmalcalda, cuyos jefes fueron presos y muchas poblaciones volvieron al catolicismo. Pero las prédicas de Lutero habían arraigado y Mauricio de Sajonia traicionó a Carlos aliándose con el nuevo rey de Francia, Enrique II: en 1550 el emperador tuvo que huir de Austria a uña de caballo.

Unos años antes había ocurrido otro suceso revelador del espíritu de los tercios, en el actual Montenegro, a orillas del Adriático. Tras la derrota cristiana en Preveza, en 1538, había quedado un reducto cristiano cerca de Kotor, llamado Castelnuovo. Venecia lo reclamó, pero quedó ocupado por 3000 españoles al mando de Francisco Sarmiento, como base para futuras ofensivas. Venecia dejó de aprovisionar el reducto y buscó el pacto con los otomanos, mientras Francia amenazaba contra cualquier acción antiturca, y en 1539 *Barbarroja* acudió con una gran escuadra, respaldada por 30 000 soldados de tierra. El otomano ofreció a los sitiados una rendición honrosa y devolverlos a Italia, pero éstos contestaron estoicamente que «viniesen cuando quisiesen».

Los asaltos turcos fracasaron, pero su artillería demolió el fuerte español, hasta dejar sólo 600 defensores, de los cuales 200, heridos y hambrientos, fueron hechos prisioneros. Aún veinticinco de ellos escaparían, seis años después, de Constantinopla, tras capturar una galeota, con la que alcanzaron Mesina. La gesta tuvo un fuerte impacto moral en Italia, pues el ambiente popular era más bien hostil a los ocupantes españoles, pero no dejó de entenderse que éstos eran la verdadera salvaguardia frente a los turcos.

* * *

Una breve semblanza de algunos capitanes de la época ayuda a caracterizar el conjunto. Pedro Navarro, hidalgo del Roncal, empezó de pirata con un noble veneciano que terminó capturado y ejecutado por los turcos; pasó al servicio del Gran Capitán como experto en minas terrestres y organizador, y llegó a almirante de la flota napolitana. Tomó el peñón de Vélez de la Gomera en 1508, ayudó a los portugueses frente a un asedio del sultán de Fez y participó en la expedición de Cisneros a Orán, donde chocó con el cardenal. Dirigió la toma de Bugía y Trípoli, y ante sus éxitos, Argel y Túnez ofrecieron en 1510 vasallaje a España y liberaron a sus cautivos. Pero fue víctima del prejuicio nobiliario, que le llevó a ser preterido ante personas de más alcurnia pero menos capaces: el mismo año atacó la isla de Gelves bajo el mando de un inexperto magnate de la casa de Alba, García de Toledo, quien llevó la operación al desastre, salvándose a duras penas el propio Navarro. El rey le envió entonces contra los franceses de Italia, también con mando subalterno, y la empresa volvió a fracasar en la batalla de Rávena, de 1512: Navarro efectuó una retirada en orden, de modo que los franceses, aunque vencedores, tuvieron más bajas; aun así, quedó preso y el general Ramón de Cardona,

culpable de la derrota, la achacó a él. Fernando *el Católico* intentó liberarlo por la fuerza y por la diplomacia, pero los franceses conocían el valor de su prisionero y lo guardaron bien, exigiendo el muy alto rescate de 20 000 escudos de oro. Como Fernando rehusó pagarlo, el indignado Navarro devolvió el título de conde que le había sido conferido y pasó al servicio de Francisco I. Así, España perdió a un militar de primer orden. Navarro intentaría varias veces volver con sus compatriotas, pero Carlos se desentendió, por lo que siguió con Francia, a cuyo servicio murió enfermo en 1528, en Nápoles, prisionero de los españoles, tras casi 70 años de vida en extremo agitada, si bien no más que otras.

Bastante distinto fue el marqués de Pescara, Francisco Fernando de Ávalos, de origen noble, al contrario del popular de Navarro. Pescara murió con sólo 35 años, pero tuvo tiempo de revelarse como uno de los militares más destacados del siglo. Italiano de nacimiento, se sentía español y en ese idioma hablaba incluso a su esposa Vittoria Colonna. Ésta era una buena poetisa, más tarde gran amiga de Miguel Ángel, quien le dedicó varios de sus mejores sonetos. A los 22 años, Pescara cayó preso en Rávena, con Navarro y otros, y fue liberado por rescate de 6000 escudos y promesa (la incumpliría) de no combatir más contra Francia. En el cautiverio mantuvo una apasionada correspondencia amorosa con Vittoria. Perfeccionó ideas del Gran Capitán, derrotó a los venecianos, conquistó Milán al asalto en 1521, al año siguiente se distinguió en Bicocca y tomó Génova. En 1523 como lugarteniente del virrey de Nápoles, Lannoy, y envolvió y desbarató a las tropas del almirante Bonnivet. En Pavía resolvió el encuentro con una audaz carga de arcabuceros y jinetes contra la superior caballería francesa. Un nacionalista italiano, llamado Morone, vio en él al

hombre capaz de expulsar del país a franceses, alemanes y españoles, y le propuso hacerse rey de Italia. Pescara, aunque descontento con el trato de Carlos I, resistió la tentación, denunció la conjura y logró que Carlos perdonase la vida a Morone. Murió el mismo año de su gran victoria en Pavía, y su enamorada esposa le dedicó unas *Rime Spirituali*.

Antonio Leiva, riojano o navarro, fue otro capitán de extracción popular, ingenioso y capaz de grandes empresas con medios escasos. Muy joven, ya combatió a los moriscos de las Alpujarras; pasó a Nápoles con el Gran Capitán y, como los anteriores, estuvo en la derrota de Rávena, donde fue herido, y en otras acciones. Se encerró en Pavía ante el avance de Francisco I, quien no supo resistir la tentación de tomar la plaza, pero Leiva, con sus tropas hambrientas y en harapos, al borde del motín, repelió una y otra vez los asaltos franceses, dando tiempo a la llegada de refuerzos. Cuando Pescara, con sus soldados también en precario, atacó a los franceses por el exterior, Leiva hizo una salida para retener a los italianos del ejército francés, facilitando en gran manera la derrota de Francisco, después de haber convertido Pavía en una trampa para él. A la muerte de Pescara dirigió el ejército en el Milanesado y en 1532 a los arcabuceros que ayudaron a repeler a los turcos en el sitio de Viena. Gobernador de Milán en 1535, fundó una familia que se haría importante en la ciudad. Murió al año siguiente, de gota, con 56 años, durante una campaña por Provenza, donde los franceses aplicaron una estrategia de tierra quemada que arruinó la región por muchos años, pero obligó a los españoles a retroceder. Parece que él había aconsejado un plan prudente a Carlos I, pero éste prefirió el más audaz, e infructuoso, de Andrea Doria.

* * *

Tanto la marina aragonesa como la castellana tenían larga tradición, pero en Europa no existían, tampoco en el siglo XVI y exceptuando Venecia, flotas permanentes del Estado, sino que éste contrataba con armadores particulares, como ocurrió para el Descubrimiento de América. La necesidad de controlar las rutas marítimas y de proteger el litoral propio, llevaría a la estatalización de las flotas. España debía atender a dos teatros navales, el del Atlántico hasta América (y más tarde el del Mar del Norte) y el del Mediterráneo. En éste los hispanos consiguieron importantes objetivos durante la primera mitad del siglo, con ayuda genovesa y ocasionalmente veneciana, pero también graves derrotas, las principales la de Preveza en 1538 y la de Argel en 1541.

El papa Pablo III promovió en 1538 una Santa Liga con España, Venecia, Génova, el Papado y los caballeros de Malta, para acabar con Jairedín *Barbarroja*, que el año anterior había conquistado numerosas islas griegas pertenecientes a Venecia y asolado las costas del sur de Nápoles. La Liga reunió una escuadra de más de 300 buques y 60 000 soldados y buscó a la otomana, que en el mar Jónico contaba con 122 barcos y 20 000 soldados. Mandaba a los cristianos el genovés Andrea Doria, un destacado marino que había pasado del servicio de Francia al de España. Pero en Preveza, Doria actuó con poca agresividad, y Jairedín ganó, destruyendo 13 barcos cristianos, capturando 36 y 3000 prisioneros sin perder ningún buque. La superioridad otomana en el Mediterráneo oriental quedó reafirmada.

Mucho peor ocurrió en Argel, tres años después. Carlos decidió tomar aquella base de la flota turca y de la piratería berberisca, pese a que el Papa prefería atacar a Turquía por

Europa Central, y sus almirantes Vasto y Andrea Doria le previnieron ante el fin del tiempo bonancible. Pero Carlos sabía que la guarnición de Argel no pasaba de 6000 hombres, *Barbarroja* estaba lejos, y el jefe que éste había dejado en la plaza, Hasán Agá, un renegado español, estaba dispuesto a rendirse si se le atacaba con tales fuerzas que no pareciera traición. Avanzado octubre partió de Palma de Mallorca con más de 200 naves y de 18 000 soldados. Llegados a África, el día 23, el mar se embraveció y la lluvia cayó a torrentes. Más de cien naves se hundieron con la mayor parte de la impedimenta, víveres y tren de sitio, y Hasán cambió de actitud. Algunos barcos, varados para escapar a las olas, fueron asaltados por los moros y acuchilladas sus tripulaciones. El día 25 los jefes decidieron reembarcar en las naves restantes, contra la opinión de Hernán Cortés, vuelto de América, que en vano propuso a Carlos asaltar de una vez Argel. El temporal hundió más barcos y dispersó lo que quedaba de la flota y Carlos llegó en precario a Bugía, posesión española.

Fue probablemente la más catastrófica acción naval sufrida por España antes o después, con pérdida de más de la mitad de la flota y de los hombres. Un espía francés comunicó a Francisco I: «Ha sido el mayor desastre de la historia o que yo pueda describir a Vuestra Majestad. El emperador lo recordará toda su vida». Y pudo tener la peor repercusión, pues Francisco se sintió animado a lanzar el año siguiente, en colaboración con Solimán, la ya mencionada ofensiva final contra España y el imperio, pero subestimó la capacidad de reacción de éstos, y volvió a cosechar el fracaso.

Tales descalabros, que no fueron los únicos, testimonian la extrema peligrosidad del nuevo poder musulmán. Desde luego, también abundaron las victorias hispanas, cuyas naves

cumplieron bien la muy difícil tarea de atender a los frentes mediterráneo, atlántico, y a sus propias castigadas costas. En el Mediterráneo oriental conquistaron por un tiempo Koroni y Patras en el Peloponeso, y en el occidental no sólo tomaron puntos clave de la costa norteafricana, como Orán y Túnez, sino que, aunque a duras penas y sin poder impedir frecuentes y asoladoras incursiones otomanas, mantuvieron a raya a sus rivales, haciendo huir a *Barbarroja* de Niza o frustrando, ya en la segunda mitad del siglo, el intento turco de tomar la estratégica isla de Malta. Hasta llegar, en 1571, a la magna victoria de Lepanto.

38

GARCILASO Y EL *LAZARILLO*

Garcilaso de la Vega, nacido hacia 1501 en Toledo, «la más felice tierra de España», tuvo, como Pescara, una vida corta, de 35 años, pero muy viajera, bélica, literaria y amorosa. De la amplia familia del marqués de Santillana, recibió una educación esmerada y aprendió italiano, francés, griego y latín, así como música y las destrezas habituales en un militar. Con apenas 20 años tuvo un hijo ilegítimo de su amante Guiomar Carrillo, y ese mismo año y el siguiente participó con las tropas de Carlos contra la rebelión comunera, resultando herido. En 1522 embarcó para una expedición no fructífera en socorro de la isla de Rodas, atacada por Solimán. De vuelta, fue admitido en la orden de Santiago por su buen comportamiento bélico, y en 1524 luchó contra los franceses en Salvatierra y Fuenterrabía. Desposó luego a Elena de Zúñiga, con quien tendría cinco hijos, empezó a componer poesía y fue nombrado regidor de Toledo, con 24 años. Poco después mantuvo un idilio, se supone que platónico, con Isabel Freyre, a quien llama Elisa en sus poemas, una dama de Isabel de Portugal, esposa de Carlos I. En 1529 marchó a Bolonia, donde trabó estrecha relación con escritores, artistas y humanistas italianos y luchó contra los franceses en Florencia. En 1531 participó en la boda de un pariente suyo, ex comunero, lo cual desagradó al emperador, que lo desterró a una isla del Danubio próxima a Viena, donde estuvo «preso y forzado y solo en tierra ajena» por el tiempo de un ataque de Solimán a la ciudad.

Poco después volvió al favor del rey y a Nápoles, a la corte del virrey Pedro de Toledo. Allí frecuentó la Academia Pontaniana, foro intelectual de la ciudad creado el siglo

anterior por el rey aragonés Alfonso *el Magnánimo*, siguió su estrecho contacto con artistas italianos y españoles, y debió de tener algún amorío. En 1533 volvió a Barcelona, donde encontró a Juan Boscán, viejo amigo suyo. De nuevo en Italia, fue nombrado alcaide del castillo de Reggio, frente a Sicilia, y en 1535 herido de gravedad en la toma de Túnez y La Goleta. Su competencia le valió el cargo de jefe (maestre de campo) de uno de los tercios para la desafortunada campaña de Provenza, al año siguiente, y allí, en el asalto a una torre, fue herido de muerte el poeta soldado.

Garcilaso fue, en efecto, uno de los mayores poetas en lengua española y suele considerársele, a él y al barcelonés Boscán los introductores definitivos de los estilos renacentistas en España. Boscán traspasó también a Garcilaso la estima por la poesía de Ausias March. Las relaciones y amistad entre escritores fueron un rasgo del Renacimiento. A su vez, el barcelonés fue amigo del veneciano Andrea Navagero, embajador en España y clasicista latinizante, de quien se dice que quemó ejemplares de obras de Marcial, por considerarlo demasiado grosero. Boscán, paseando con él por los jardines del Generalife, se adhirió sin reservas a los nuevos estilos italianos, adoptó al endecasílabo en lugar del octosílabo habitual en España, y transmitió su entusiasmo a Garcilaso y a otros. El italianismo no era cosa nueva en España (el marqués de Santillana, entre otros, lo había cultivado), aunque su impulso aumentó. Los temas y estrofas tradicionales siguieron cultivándose, y no faltaron quienes pusieron en solfa la nueva moda.

Boscán debió de conocer a Garcilaso durante la expedición a Rodas, y participó también en la lucha contra los turcos en Viena, en 1532. Fue a su vez un poeta

sobresaliente, autor de composiciones de estilo petrarquista, introductor en España de nuevas estrofas y del tema mitológico. Su asunto principal y casi único fue el amor: «*Todo muere d'amor o d'amor mata;/ sin amor no veréyes ni una pisada;/ d'amores se negocia y se barata;/ toda la tierra en esto es ocupada;/ si veys bullir d'un árbol una hoja, / diréys que amor aquello se os antoja*». A su amigo Garcilaso dedicó un soneto: «*Garcilaso, que al bien siempre aspiraste/ y siempre con tal fuerza le seguiste…*».

El hecho de que Boscán y otros escritores catalanes escribieran en castellano indica el prestigio creciente de este idioma. Dentro de la corona aragonesa, Cataluña había tenido una literatura propia notable, sobre todo en la crónica histórica, pensamiento (aunque el mayor representante, Ramón Llull, fue balear), legislación, y no tanto en la literatura propiamente dicha, en la que había sido Valencia el mayor foco. Pero el castellano estaba desplegando una brillantez literaria inusitada y acompañaba a las espectaculares empresas y éxitos españoles por medio mundo. Incluso en la corte portuguesa se hablaba a menudo el castellano, y Gil Vicente, el mayor escritor luso de su tiempo, escribió tanto en su idioma como en el de Castilla.

La poesía de Garcilaso, sonetos, canciones, coplas, etc., se publicó, junto con la de Boscán, después de muertos ambos. La de Garcilaso tiene más variedad de temas y se inspira, como la de su amigo, en Petrarca, Ovidio, Virgilio y Horacio, también en el valenciano Ausias March, para expresar con nitidez y musicalidad los sentimientos, el «dolorido sentir» del transcurso del tiempo, de la ausencia del ser amado («*¿Dó están agora aquellos claros ojos/ que llevaban tras sí, como colgada, / mi alma doquier que ellos se volvían?/ ¿Dó está la blanca mano delicada, / llena de*

vencimientos y despojos/ que de mí mis sentidos le ofrecían?»), de la contradicción entre las exigencias de la razón y los impulsos apasionados, el paisaje, el poderío del amor: «*Yo no nací sino para quereros […]/ por vos nací, por vos tengo la vida, / por vos he de morir y por vos muero*». Se le ha achacado un improbable paganismo o ajenidad al ideal cristiano. Sus poemas en latín se han perdido casi todos. Pese a su inspiración clásica, siguió las indicaciones de su también amigo, el conquense Juan de Valdés, expresándose en un lenguaje sencillo y natural, sin rebuscamientos latinizantes.

Garcilaso trató a Juan de Valdés en la Academia Pontaniana. Las ideas de Valdés en *Diálogo de la doctrina cristiana* recordaban algo al luteranismo: el cristianismo sería una experiencia de rasgos gnósticos, pues exigía una iniciación sólo al alcance de algunos, y los ritos externos como la misa o las peregrinaciones perdían valor. Inquieto por la Inquisición, se trasladó a Italia en 1530, donde vivió sus últimos diez años, casi siempre en Nápoles. Allí escribió una obra importante para el desarrollo del castellano, *Diálogo de la lengua*, parece que por enseñar español a los napolitanos. En ella se distancia del latinismo de Nebrija, pone el castellano al nivel del latín y del italiano y propugna un lenguaje sencillo y preciso, lo más próximo a la expresión oral, hace observaciones de tipo gramático y retórico o sobre los refranes, tan utilizados desde antes en *La Celestina* y otras obras, y más tarde en *El Quijote*.

A su vez, Boscán conoció a Baldassare Castiglione, de quien tradujo *Il libro del cortegiano*. Castiglione vivía en España desde 1524 como nuncio pontificio (moriría en Toledo, en 1529). Su libro *El cortesano* discurre sobre la naturaleza del amor, la nobleza, la mujer distinguida, etc., y marca pautas de conducta para el gentilhombre, experto en

las armas y en las letras, fuerte por el ejercicio físico, gentil y educado con las damas, de mente fría, buen conversador. Ese ideal de vida se popularizó por diversas cortes europeas, tuvo alcance más amplio que el de la corte y despertó el fervor de Garcilaso. Boscán, a su turno, escribiría sobre el ideal estoico del caballero sabio.

El papa Clemente VII reprochó a Castiglione que, siendo su legado en España, no le hubiera prevenido del «saco de Roma». Castiglione supo convencerle de lo contrario, y criticó ferozmente a Alfonso de Valdés, hermano de Juan y secretario del emperador, que en el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* justificó el saqueo arguyendo que se trataba de un castigo de Dios por la conducta escandalosa de la curia romana. Alfonso, como su hermano, fue corresponsal, defensor y divulgador de Erasmo, y compuso el *Diálogo de Mercurio y Carón*, irreverente hacia el clero.

* * *

La filóloga Rosa Navarro ha dado razones para creer que Alfonso de Valdés sea el autor de *La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, una de las obras más significativas de la literatura española, anónima y sobre cuya autoría se ha especulado mucho. Alfonso murió en 1532, en Viena, y las ediciones del libro más antiguas que se conocen datan de 1554, pero pudo haber ediciones anteriores, y era bastante común que las obras circulasen manuscritas en círculos restringidos, antes de ser publicadas o sin llegar a serlo. El *Lazarillo* relata las desventuras de un personaje de ínfimo origen, desde su infancia hasta que adquiere un estatus social como pregonero gracias a los buenos oficios de un arcipreste, que le ofrece casarse con una criada suya, con quien el clérigo estaba y seguirá estando amancebado: pero la carrera de Lázaro ha consistido en servir a amos casi

siempre malos y pasando hambre, por lo cual sacrifica la honra y prefiere el peso de los cuernos a la ligereza del estómago.

No hay en Lázaro el ansia de aventuras o esperanza de rango y riqueza ni una religiosidad sentida, que movían por entonces a tantos españoles. Su bajo nivel social lo es también moral: acomodaticio, de corto ánimo, de ambiciones y horizonte mental reducidos. Pero no es un simple, tiene buen don de la observación y su aprendizaje de la vida le lleva de la ingenuidad infantil a una actitud desengañada y algo cínica, si bien su cinismo, templado por la ironía y el humor, carece de saña o malos sentimientos o excesiva amargura. Sus truhanerías se justifican por la necesidad o como revancha justiciera por las agresiones y vejaciones que sufre. Sus amos, de clase baja, media o media alta, comparten la estrechez mental y moral de Lázaro, pero en su mayoría son malas personas: un ciego mendicante y retorcido, un clérigo avaro y falto de compasión; un hidalgo arruinado más noble y simpático, obsesionado por aparentar y capaz de pasar hambre antes que trabajar, por un peculiar concepto del honor, y a quien ha de socorrer el propio criado; un fraile mercedario bribón y relajado, como si la reforma del clero no hubiera surtido efecto alguno; un buldero estafador, un capellán, un artesano de panderos y un alguacil, para terminar con un arcipreste. Contra lo que suponía Boscán, el amor no juega ningún papel en ese mundo, y la mujer sólo aparece al principio y al final, en un contexto sórdido: la madre de Lázaro, viuda de un molinero bellaco y amancebada con un negro que será colgado por ladrón; y su propia esposa, a quien se ha unido también por necesidad, y que le es infiel.

Las aventuras del *Lazarillo* sirven al autor, más

caricaturista que crítico, para dibujar un panorama social sombrío y sin salida. La sátira se ceba sobre todo en los clérigos (el cura bribón es un tópico casi siempre eficaz, por el contraste entre sus exigencias morales y sus hechos), a cual más hipócrita y moralmente turbio, y ésta es una de las razones por las que se le ha visto un fondo erasmista, fondo real si su autor fue Alfonso de Valdés. El libro también parodia las novelas de caballerías, tan apreciadas por toda Europa: las aventuras ruines contrapuntean burlescamente a las quiméricas y sobrehumanas de los caballeros andantes, ya desde el nacimiento de Lázaro en el río Tormes, por Salamanca, alusión al nacimiento de Amadís de Gaula abandonado en una barca fluvial. El *Amadís* fue, junto con *Tirant lo Blanc*, la novela de caballerías española más exitosa en el país y en Europa, traducida al italiano, al francés y al alemán, leída también en Inglaterra, y con numerosas imitaciones y continuaciones. Cervantes la estimará mucho, al contrario que a la mayoría de las novelas de su género, y su popularidad contribuyó a fomentar el espíritu heroico y aventurero de la época.

El *Lazarillo*, así, representa un espíritu antiheroico, ajeno a sentimientos elevados, al amor y a tantos otros rasgos de la literatura en boga, que aparecen como falsos o hipócritas. No obstante, y aunque sufrió censura inquisitorial, gozó de difusión muy amplia dentro y fuera de España, en paralelo con la caballeresca, la de Garcilaso o el ideal de *El Cortesano*. Lázaro entra así en la galería de truhanes y antihéroes presentes en el Arcipreste de Hita o *La Celestina*, con las que comparte una denuncia ambivalente de los vicios atribuidos al clero, alguna afición a lo grotesco y la vívida descripción del lado menos edificante de la vida. La originalidad y sugestión de la obra inaugura la

literatura picaresca, aunque no volverá a publicarse un libro de este género hasta muy al final del siglo y con un tono más amargo y menos humorístico.

Convencionalmente se califica de realista al *Lazarillo*, y lo es por comparación con las fantásticas narraciones de caballerías; pero no tanto si se lo contrasta con la literatura de Garcilaso o de Boscán, suponiendo que el *Lazarillo* describiría la realidad y los otros un mundo ideal e inexistente. Tan real es el mundo de Garcilaso como el del pícaro, tan reales los sentimientos expresados en uno como en el otro, tan parte de la vida el ambiente de los escritores, los cortesanos, los soldados o los campesinos (de quienes procede gran parte del acervo literario) como la de los mendigos y los vagabundos. Suele sobreentenderse, de modo absurdo, que obras como el *Lazarillo* reflejan la «auténtica realidad» del país y la época. Pero seguramente la misma vida del autor de la novela distaba mucho de la de su personaje. La sociedad seguía en plena expansión y tensión creadora, y su diversidad literaria lo prueba, precisamente. La parodia no destruye por fuerza su objeto, puede complementarlo, como la *Batracomiomaquia* a la *Ilíada*.

39

LA CAÍDA DE DOS IMPERIOS EN AMÉRICA

Colón y sus sucesores llegaron al Nuevo Mundo por el mar de las Antillas y lo exploraron en todas direcciones a partir de las islas. A los aborígenes los llamaron «indios», pues creyeron haber llegado a las Indias, y el término, por completo erróneo, quedó acuñado, como cuajaría el nombre de América para el continente, en honor de Américo Vespucio, secundario y fantasioso navegante florentino, naturalizado castellano como otros muchos italianos que negociaban en España.

La población americana había entrado por Alaska, en fechas que se han fijado en 13 500, más de 20 000 y hasta 50 000 años antes de Cristo, y se había extendido poco a poco hasta la fría Tierra del Fuego, a través de toda suerte de climas y orografías. En la mayor parte del continente habían permanecido como tribus errantes, animistas y con enorme variedad de lenguas, dedicadas a la caza, pesca y recolección. Los que encontró Colón vivían en estado salvaje, semidesnudos, con técnicas muy primarias. A algunos descubridores les parecieron de una inocencia natural, propia del paraíso, primer balbuceo del mito del «buen salvaje», de tanto peso ideológico posterior en Europa. En regiones de los actuales Méjico y Perú, los indios habían descubierto la agricultura y el sedentarismo aproximadamente por el mismo tiempo que en Oriente Medio y otras zonas del viejo mundo. Allí surgieron civilizaciones sucesivas, destruidas unas por otras o por causas menos claras. Por el tiempo del descubrimiento, en Méjico dominaba el Imperio mexica o azteca, y en Perú el Imperio inca o *Tahuantinsuyu* («Cuatro

partes»).

Pese a hallarse incomunicados entre sí por miles de kilómetros de selvas y montañas, ambos imperios tenían semejanzas: habían sido precedidos por otras civilizaciones a lo largo de unos miles de años, se habían asentado, hacia el tiempo de las Navas de Tolosa y del gótico en Europa; habían fundado dos centros urbanos, Cuzco o Cusco los incas, Tenochtitlán los aztecas, bases para la conquista de los pueblos vecinos, y habían creado sociedades rígidamente jerarquizadas clerocrático-militaristas. Adoraban al sol como dios superior, con el nombre de *Huitzilopochtli* los mexicas e *Inti* los incas (Inti se había ido imponiendo a *Viracocha*, un dios supremo anterior), y habían creado un copioso panteón.

Tenochtitlán y Cuzco tenían edificios religiosos y políticos de una belleza y monumentalidad que admiraron a los españoles. Cuzco se comparaba con las mejores ciudades de España, según Pizarro, y les asombró Tenochtitlán, construida sobre islotes de un lago poco hondo, con canales llenos de canoas y unida por calzadas a tierra firme. Se le ha atribuido medio millón de habitantes y más, pero no debió de pasar de cien mil, cifra en cualquier caso muy elevada: en Europa, mucho más extensa y desarrollada agrícola y técnicamente, sólo rondaban esa cifra Milán, Venecia y París, y sólo Nápoles la superaba, con 150 000. Los dos imperios dominaban a muchos pueblos mediante ejércitos bien entrenados, y habían construido una vasta red de calzadas de interés militar, comercial y administrativo; por las incaicas circulaban a la carrera los *chasquis*, llevando mensajes a y desde el centro. Ambos imperios habían alcanzado conocimientos notables en astronomía, matemáticas y medicina, cultivaban la poesía, la música, la canción, y se divertían con fiestas y espectáculos; concedían

también gran valor a la enseñanza.

Estos logros resaltan más teniendo en cuenta su precaria tecnología. Sus aperos agrícolas eran rudimentarios, poco más que estacas aguzadas, y sin arado, salvo uno muy primitivo los incas. En algunos lugares obtenían cosechas pingües, con enorme empleo de fuerza humana. Aún más limitador era su desconocimiento de la rueda, por lo que las mercancías se transportaban a hombros de personas, si bien los incas usaban también llamas y alpacas. Su técnica naval se reducía a canoas los aztecas y balsas los incas. Los primeros ignoraban el empleo de los metales y los segundos usaron algo el bronce. Los dos trabajaban el oro y la plata con objetivos suntuarios y religiosos, sin valor económico, por lo cual les asombraría la avidez de los hispanos por ellos. El comercio se hacía casi siempre mediante el trueque: la moneda era muy primitiva entre los mexicas (granos de cacao o trozos de tela de diverso tamaño), e inexistente en Tahuantinsuyu. Los aztecas tenían escritura, no así los incas, aunque se servían de *quipus*, cuerdas anudadas y coloreadas, para recordar datos y cifras (algunos creen que equivalían a una escritura propiamente dicha, pero no está claro).

Tales limitaciones tecnológicas convierten en fantasías las estimaciones de población que atribuyen a cada imperio entre doce, veinte y treinta millones de habitantes. El Imperio mexica, con la extensión aproximada de España dentro del actual Méjico (nación que ha tomado de aquél su nombre, aunque abarca el cuádruple de territorio), es más que improbable que llegase a la mitad de los cinco-seis millones que España, con tecnología muy superior, tenía al comenzar el siglo XVI. Lo mismo vale para el imperio inca, que en su máxima expansión cuadruplicó al azteca, pero con gran proporción de tierras estériles o selváticas y la misma

pobreza tecnológica.

La base alimentaria de los aztecas era el maíz, y la de los incas la patata, si bien disponían de una variedad de productos y habían elaborado una gastronomía bastante refinada. Entre los aztecas, la tierra era propiedad de los nobles y la trabajaban los campesinos en regímenes diversos de arrendamiento, servidumbre o esclavitud. Entre los incas, la propiedad agraria era colectiva o pertenecía a la familia gobernante, o a Inti.

Había diferencias en la enseñanza. Los aztecas la imponían desde los 15 años a chicos y chicas de toda condición social, adecuada a su sexo, y los nobles la recibían especial. Los métodos eran «espartanos», para formar personas endurecidas, capaces de soportar penalidades. La enseñanza incaica se aplicaba a la élite oligárquica y sacerdotal en Cuzco, con una duración de cuatro años, mientras que la población común era instruida por padres y ancianos en la religión, las prácticas agrarias, una artesanía de alta calidad, etc. Los niños crecían desde muy pequeños en una disciplina estricta, cuyos mandamientos básicos eran no robar, no mentir y no ser holgazán, cuya transgresión conllevaba penas brutales: fue uno de los sistemas educativos más eficientes de la historia para limitar los impulsos y la iniciativa de los individuos.

El orden y disciplina de la sociedad inca maravilló a los hispanos, a algunos de los cuales pareció superior a su propia conducta, dictada por el exacerbado individualismo renacentista. El conquistador Serra de Leguísamo afirmó no existir entre los incas ni un ladrón ni un hombre vicioso, ni una adúltera ni una persona inmoral, salvo los contagiados por los españoles. Su sistema se ha comparado con una utopía socialista: sociedad muy jerarquizada, sin apenas

iniciativa individual ni comercio particular. La actividad de envergadura la planificaba el Estado, es decir, una oligarquía con poderes inhabituales en otras culturas. La población era movilizada para construir una red de calzadas mucho más extensa y difícil que la de los aztecas, grandes edificios hechos con pesados bloques de piedra encajados con increíble precisión, conducciones de agua, almacenes de alimentos para las expediciones militares y para los años de escasez, etc. El matrimonio no parece haber sido objeto de celebraciones, sino considerado un arreglo práctico. Como en el resto de América, existía la poligamia, a beneficio de un grupo privilegiado, por lo que la sodomía estaba también muy extendida. Toda la población masculina podía ser reclutada y debía participar en alguna guerra o estar presto a ella, lo que proporcionaba a los incas nutridos ejércitos. El idioma político era el quechua, aunque a la llegada de los europeos subsistían cientos de lenguas más.

El Imperio azteca había sido remodelado cien años antes de la llegada de los europeos por un estadista llamado Tlacaelel, que modificó la religión, destruyó las crónicas anteriores y rehízo una historia de los aztecas como pueblo siempre triunfador. Peculiares de su cultura fueron los masivos sacrificios humanos, seguidos de canibalismo. Se ofrendaban hombres, mujeres y niños a diversos dioses, especialmente al del sol y la guerra, Huitzilopochtli. El sol, con su misterioso paso diario por el cielo, dispensador de luz y vida, siempre impresionó la psique del hombre. Para los aztecas, el fin del mundo podría acaecer cada 52 años y, para evitarlo y merecer la vida, el sol debía ser nutrido con sangre de corazones humanos: un sacerdote abría el pecho a la víctima con un cuchillo de obsidiana, le extraía el corazón y lo ofrendaba al dios. A menudo la víctima era desollada y el

sacerdote se cubría con su piel. Cortada la cabeza, el cuerpo era echado abajo de la pirámide y comido. Alimentar al sol exigía capturar víctimas, a cuyo efecto instituyeron la guerra ritual o «florida». Los sacrificados debían de ser muchos, pero no son creíbles cifras ofrecidas por los propios aztecas, como los 84 000 en cuatro días y por un solo sacerdote cuando se reconsagró la Gran Pirámide de la capital, en 1482. La cifra, imposible, debe dividirse por diez, incluso por cien y más[1].

Aunque pocos pueblos llevaron los sacrificios humanos y el canibalismo al extremo de los aztecas, esas prácticas eran comunes por América, también entre los incas. Pese a la mentalidad posterior, han sido probablemente universales. Quizá se explican por la situación del hombre en un mundo que, como dice el psicólogo Paul Diel, le acoge y le aterra simultáneamente. Siempre inquietaron e intrigaron al ser humano fenómenos como la alternancia del día y la noche, la presencia del sol y las estrellas, la cambiante naturaleza, que tanto ofrece sus dádivas como golpea con pestes, catástrofes y la muerte final. Un modo primario y lógico de explicarlos y calmar la angustia inherente consiste en personificar las fuerzas naturales, interpretándolas de modo parejo a las fuerzas que el hombre percibe en su interior y dan sentido a sus acciones: deseos, voluntad, amor, ira, odio… Siendo el hombre parte de la naturaleza, ésta debe portarse de modo análogo a él, debe haber una correlación entre ambas conductas, aun si las fuerzas naturales son infinitamente más poderosas y duraderas. Divinizadas éstas, los mitos dan cuenta de cómo premian o castigan a los mortales según éstos se porten. ¿Por qué no iba el sol a pararse o quemar la tierra si se irritaba o cansaba? Ganar el favor divino exigía la ofrenda de lo más valioso, de víctimas humanas que salvaran

al pueblo y permitieran continuar la vida y la cultura. Las viejas civilizaciones euromediterráneas habían refinado su religiosidad y comprensión del mundo, y abandonado esas prácticas muchos siglos atrás, y en la religión judaica habían sido anatema y un signo de diferenciación con los politeísmos del entorno; pero ello aún no había ocurrido en América.

La historia de los incas y los aztecas duró unos tres siglos, dos o menos desde su constitución en imperios. A mediados del siglo XV los incas gobernaban sobre unos 800 000 kilómetros cuadrados, y desde entonces se expandieron con ímpetu: medio siglo después, en víspera de la llegada de los conquistadores, llegaba a dos millones de kilómetros cuadrados por Perú y Ecuador, las tierras altas de Bolivia y trozos de Argentina, Chile y Colombia, en una larguísima franja por los Andes y tierras costeras.

Otra civilización que compartía muchos rasgos con las anteriores fue la de los mayas de Yucatán y Guatemala, que se había hundido antes de llegar los españoles. Por razones ignoradas, esta cultura, sanguinaria pero brillante en muchos aspectos, colapsó en el siglo IX, cuando España estaba en plena Reconquista. A la llegada de Colón y los suyos, sus ciudades y monumentos, en su mayoría, estaban sepultados por la vegetación y sólo persistían en Yucatán poblaciones menores, muy decaídas y enemigas entre sí.

* * *

El hidalgo pacense Hernán Cortés estudió, al parecer, dos años en Salamanca y parecía abocado a una carrera de notario o abogado, como el autor de *La Celestina*, pero su afán de aventuras le llevó a intentar ir a las Indias o a Italia con el Gran Capitán, hasta, por fin, embarcarse para La Española en 1504, a los 19 años. En 1518 exploró las costas

de Yucatán con seiscientos hombres y dieciséis caballos, sin permiso del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, antiguo militar en Italia. En Yucatán tomaron la ciudad de Potonchan, y en Tabasco les fueron ofrecidas esclavas, entre ellas Malintzin o Malinche, bautizada como Marina, muy inteligente y que iba a desempeñar un papel clave como traductora y agente de los españoles. Cortés la tomó por concubina, aunque estaba casado en Cuba. Después fundó Veracruz, primera ciudad europea en Méjico.

El conocido desenlace de la expedición desdibuja sus condiciones: los conquistadores tenían armas superiores, caballos que al principio asustaban a los indios, y sobre todo disciplina y experiencia militar. Pero iban muy pocos, y su principal arma era la psicológica, es decir, la impresión que causaban. Arma de rápido desgaste, para mantener la cual debían adelantarse a cualquier oposición o conjura, pues una pequeña derrota podía resultarles catastrófica. Cortés pronto percibió que varios pueblos indios odiaban la opresión mexica, y estaban dispuestos a aliarse con él: otra arma que sabría usar a fondo. Para evitar tentaciones de huida, «quemó las naves», expresión después tradicional, aunque en realidad las inutilizó barrenándolas.

Por entonces gobernaba el imperio Moctezuma II, que, se dijo, vivía sugestionado por presagios de un próximo fin del mundo azteca, o de que Cortés podría ser Quetzalcóatl, un dios al parecer opuesto a los sacrificios humanos, que debía volver de un largo exilio. La aprensión de Moctezuma puede ser una leyenda, en todo caso no inverosímil, tal como ocurrirían las cosas.

En agosto de 1519, Cortés dejó una pequeña guarnición en Veracruz y penetró en el país con cuatrocientos soldados, unos pocos arcabuces, ballestas y cañones, y quince jinetes,

más varios cientos o miles de guerreros y porteadores aliados (totonacas). Se internó en el país de Tlaxcala, un pueblo rodeado pero no dominado por el Imperio azteca, sufridor de las tradicionales «guerras floridas». Los tlaxcaltecas, tras sufrir unos reveses de los españoles, aceptaron la alianza con ellos. Así reforzado, Cortés entró en Cholula, segunda ciudad azteca. Los jefes aztecas fingieron acogerle bien, pero le llegó confidencia de que planeaban aniquilar a sus tropas, por lo que se adelantó y los sorprendió, matando —se dice— a 5000 cholulenses.

Tenochtitlán deslumbró a los españoles, que entendieron que la ciudad podía convertirse en un cepo mortal. Moctezuma los recibió cortésmente, esperando conocer sus puntos débiles para acabar con ellos. Sabedor de su afición por el oro, les hizo regalos que excitaron su imaginación. Cortés se enteró de que los aztecas habían atacado a la débil guarnición de Veracruz y a sus aliados totonacas, matando a muchos de éstos y a nueve soldados, golpe muy peligroso, porque demostraba que los españoles eran vulnerables y no semidioses. Cortés reaccionó al instante, tomó como rehén a Moctezuma y exigió la ejecución de los capitanes del ataque a Veracruz. Moctezuma tuvo que ceder e incluso se declaró vasallo de Carlos I de España, mientras los nobles y sacerdotes hervían de indignación y buscaban el modo de exterminar a los intrusos.

Todo empeoró al llegar de Cuba una expedición mucho más numerosa al mando de Pánfilo de Narváez, futuro explorador de la Florida, para detener a Cortés. Un enviado de Narváez hizo saber a Moctezuma que debía matar a Cortés por traidor al rey de España. En posición desesperada, Cortés no perdió un momento. Se arriesgó a dejar en Tenochtitlán a sólo doscientos soldados al mando

de Pedro de Alvarado para controlar a Moctezuma, y salió con el resto y aliados indios contra Narváez. Volvió a demostrar allí su talento militar y diplomático, pues no sólo venció, el 24 de mayo de 1520, sino que se atrajo a los vencidos, triplicando sus tropas hispanas. En unos veinte días resolvió el problema y regresó aprisa a Tenochtitlán, donde habían ocurrido graves incidentes.

Cuatro días antes, Alvarado había asesinado a cientos de nobles mexicas. Moctezuma le había pedido permiso para celebrar una fiesta en honor de su dios Tóxcatl, y Alvarado accedió, siempre que no hubiera sacrificios ni armas. Pero cuando los nobles hacían su fiesta en el patio del Templo Mayor, ordenó cerrar las puertas y masacrarlos, golpe maquiavélico para descabezar la rebelión en ciernes, pues Alvarado tenía noticia de que se preparaba y sabía que no tenía la menor posibilidad frente a un ataque general. El resultado fue opuesto: la soliviantada población clamaba venganza, y cuando Cortés volvió se encontró cazado. Trató de que Moctezuma aplacara a los suyos, pero éstos lo mataron de una pedrada.

Al borde de la catástrofe, los sitiados huyeron aprovechando la lluviosa noche del 30 de junio, pero fueron descubiertos. Quedaron muertos o prisioneros la mayor parte de los aliados indios y quizá dos tercios de los españoles, algunos ahogados en los canales por el peso de las armaduras o del oro que portaban; y perdieron sus pocos cañones y la mayoría de los caballos, arcabuces y munición. Bajo persecución enemiga llegaron a Otumba, donde, sabiendo que su destino sería la muerte o el sacrificio a Huitzilopochtli, contraatacaron a la desesperada y vencieron, pese a la enorme desproporción de fuerzas: Cortés y los suyos identificaron al general enemigo, lo acometieron con

los pocos caballos supervivientes, lo mataron y le arrebataron el pabellón, causando la desbandada azteca. La inverosímil victoria permitió a los españoles refugiarse en Tlaxcala.

En la capital mexica, el poder había recaído en Cuautémoc, que organizó una defensa a ultranza. Los españoles, auxiliados por miles de tlaxcaltecas, volvieron al asalto de Tenochtitlán y, un año largo después de Otumba, el 13 de agosto de 1521, la tomaron por fin. Y así cayó aquel imperio asombroso, por una combinación de osadía, habilidad militar y diplomacia con pocos paralelos en la historia.

El valeroso Cuautémoc, prisionero, pidió a Cortés que lo matase, puesto que había hecho todo lo posible por salvar a su pueblo, y había fracasado. Cortés permitió que le quemaran las manos y los pies para que confesase el lugar de los tesoros, y parece que el prisionero terminó cediendo. Participó luego en una expedición de los españoles a Guatemala, y allí fue ahorcado, por creerse que conspiraba contra ellos.

* * *

Francisco Pizarro, cacereño, primo segundo de Cortés y diez años mayor que él, fue hijo ilegítimo, en su infancia cuidó cerdos y nunca aprendió a leer y escribir. Su espíritu inconformista y aventurero le llevó a Sevilla con 16 años, cuando Colón llegó a América, y con cuatro años más se alistó para Italia. En 1502 viajó a La Española, participó en la expedición que fundó la futura Cartagena de Indias — donde Alonso de Ojeda, otro explorador y conquistador de vida inverosímil, le encargó resistir a los belicosos aborígenes — y en exploraciones por Centroamérica. Con Núñez de Balboa estuvo entre los primeros europeos que contemplaron el Océano Pacífico, aunque luego, en 1519, arrestó a Balboa

por orden del gobernador Pedrarias. Pasó cuatro años grises como alcalde de Panamá. En 1524, con 50 años de edad, se asoció con Diego de Almagro y otros para explorar y conquistar «El Birú», o Imperio inca, de cuya existencia había rumores a partir de una frustrada expedición dos años antes. Partió con ochenta hombres, y luego con una hueste del doble, pero las dos veces fracasó entre penalidades y hostigamiento de los indios. Su grupo terminó en la isla del Gallo, exhausto y con bajas por muerte, enfermedad o heridas.

El gobernador de Panamá, Pedro de los Ríos, envió dos barcos con orden de hacerles regresar. Pizarro, entonces, trazó con la espada una raya en el suelo: «Por este lado se va a Panamá, a ser pobres, por este otro al Perú, a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere». Casi todos pensaron que perderían la vida por unas supuestas riquezas, y sólo trece cruzaron la línea, «Los trece de la fama». Siete meses aguardaron refuerzos, con los que, ilegalmente, continuaron su expedición en balde. Vueltos a Panamá, y ante la oposición del gobernador, Pizarro fue a España y obtuvo permiso del rey, a condición de reclutar al menos un cuarto de millar de hombres. Sólo ciento ochenta se apuntaron, entre ellos Hernando de Soto, que más tarde recorrería el sureste de la actual Usa y descubriría el Misisipi.

En 1532 volvieron a la aventura por Túmbez, en el actual Ecuador. Tuvieron tres muertos en una primera refriega, pero supieron que el momento les era propicio, pues los incas sufrían una guerra civil tras la muerte, en 1527, de su rey conquistador Huayna Cápac. Le había sucedido Huáscar, que había ejecutado a un hermano suyo por disputas de poder y a varios nobles por sospechas. Le

acusaron de apropiarse mujeres de otros magnates, tierras de las familias reales anteriores y las consagradas a Inti, un intolerable ultraje a la religión (aunque esos cargos podrían ser pretextos de sus enemigos). Otro hermano, Atahualpa, se sublevó en el norte con ayuda de pueblos recién conquistados y resentidos por las matanzas perpetradas por Huayna. Cuando Pizarro llegó, Atahualpa iba venciendo y había capturado a Huáscar, contra quien había tomado venganzas brutales, torturando y matando a sus mujeres, hijos y sirvientes, haciendo arrancar el corazón a jefes enemigos y obligado a comerlo a seguidores de éstos, y matado a niños en el vientre de sus madres; si bien mantuvo con vida a su hermano. La mayor parte de estos datos proviene del cronista Juan de Betanzos, probablemente nacido en esa ciudad gallega y hombre de confianza de Pizarro. Betanzos casó con una viuda de Atahualpa, aprendió quechua e investigó preguntando a su esposa y familiares indios.

A Atahualpa le llegaron informes sobre una extrañísima y pequeña hueste arribada a sus costas. Durante semanas sus espías siguieron las marchas y escaramuzas de los intrusos y le hicieron saber que éstos tenían armas y animales nunca vistos, pero no eran dioses. Al parecer, concibió el plan de capturarlos, servirse de algunos y de sus armas de fuego, y eliminar a los demás. Pizarro, a su vez, pensaba sacar partido de la guerra entre los dos hermanos, presentándose como árbitro. El emperador inca, en marcha para conquistar Cuzco, fue a Cajamarca, ciudad al noroeste del actual Perú adonde habían llegado los de Pizarro, y la rodeó con un ejército de 40 000 guerreros. Esperaba intimidarlos y lo consiguió. Los hispanos estaban aterrorizados al verse en una trampa como los de Cortés en Tenochtitlán, pero mucho

más inminente y sin aliados indios. No había escape, y cualquier muestra de miedo o debilidad habría significado el fin. Pizarro vio que sólo tenía una baza, no muy segura: capturar al propio Atahualpa, cosa imposible si no lograba atraerlo a un espacio estrecho y dominable para sus escasas fuerzas, de modo que lo invitó a una entrevista en la plaza central de la ciudad. Atahualpa, advirtió despectivamente a los enviados Hernando de Soto y Hernando Pizarro, hermano de Francisco, que al día siguiente iría a la plaza a reclamarles cuanto habían tomado de sus reinos. La inquietud impidió dormir esa noche a los hispanos.

Atahualpa cayó en la celada, pues sus enemigos se habían ocultado en torno a la plaza. Pizarro pensaba apoderarse de él abriéndose paso a través de los guerreros, como Cortés en Otumba, pero el emperador, seguro de su superioridad, le facilitó la tarea al cometer el error de acudir con siete u ocho mil hombres, pero desarmados, mientras el grueso del ejército acampaba amenazador por el entorno. Llegado a la plaza, el fraile Vicente de Valverde se acercó a su palanquín con la demanda temeraria de que aceptase el catolicismo y se hiciese vasallo de Carlos I, algo inimaginable para el poderoso inca. Éste sintió algún interés por ver la Biblia, pero al no entender nada, la arrojó al suelo. No se sabe bien qué ocurrió luego, pero, a los pocos minutos, los de Pizarro dispararon dos cañones que habían situado en una torre y al grito de «¡Santiago!» cargaron hacia Atahualpa. Gracias a la sorpresa lo capturaron, mataron o apresaron a sus capitanes y la masa se desbandó. Se ha dicho que murieron de seis a ocho mil indios, cosa improbable, pues de la plaza podían huir sin dificultad, al ser los españoles muy pocos.

Los seguidores de Huáscar celebraron en Cuzco el

apresamiento de Atahualpa, y Pizarro jugó con unos y con otros. El emperador, aunque deprimido, aprendió algo de castellano y trabó aparente amistad con sus captores. Tenía cierta libertad de movimiento, pues ordenó dar muerte a su hermano Huáscar, para privar a Pizarro de esa baza; y mandó formar dos ejércitos, para liberarle y para tomar Cuzco. Ofreció como rescate llenar dos habitaciones de plata y una de oro, lo que Pizarro aceptó sin intención de cumplir, pues la libertad de Atahualpa sería catastrófica para él y los suyos. Por ello fue ejecutado bajo el cargo, entre otros, del asesinato de Huáscar.

Así el Imperio inca, descabezado, se derrumbó debido a su rígida jerarquización, aunque no por completo. Aún tendrían los españoles que abrirse paso luchando hasta Cuzco, más de 1000 kilómetros al sureste. En 1535, Francisco marchó a explorar la costa de Perú y fundó la ciudad de Lima, mientras Almagro preparaba una expedición a Chile. Entretanto Manco Cápac, nombrado emperador por Pizarro, fomentó una rebelión que estuvo a punto de tomar Cuzco y Lima, pero ambas resistieron gracias en buena medida al apoyo a los españoles por parte de muchos indios poco deseosos de la vuelta del Imperio inca. En esta guerra de diez meses Juan Pizarro, uno de los tres hermanos o hermanastros que acompañaron a Francisco, fue muerto por un guerrero inca cuando asaltaba la fortaleza de Sacsayhuamán.

Almagro, después de sufrir incontables penalidades en el cruce de los Andes y del desierto de Atacama, volvió atrás en 1537 y reclamó el gobierno de Cuzco. Así comenzó una curiosa guerra civil entre los conquistadores, pese a ser tan pocos, aunque algunos más vinieron de Panamá. Gonzalo y Hernando, los otros dos hermanos Pizarro, fueron vencidos y

apresados. Los almagristas también derrotaron a una tropa enviada desde Lima al mando de Alonso de Alvarado, pero no pudieron impedir que éste y Gonzalo se fugasen al poco de prisión. Francisco, desde Lima, otorgó Cuzco a Almagro, a cambio de la liberación de su hermano Hernando, pero sin intención de cumplir el trato. En 1538, Almagro fue vencido, condenado a muerte y ejecutado sin permitirle apelar al rey. Hernando Pizarro marchó a España para justificar estos hechos, pero, hallado culpable, fue encarcelado durante veinte años en el castillo de la Mota.

Gonzalo Pizarro, gobernador de Quito, emprendió en 1541 una exploración en busca del País de la Canela, a través de los Andes y por selvas aún hoy casi intransitables. Un año largo después, los expedicionarios tuvieron que retornar, hambrientos y casi desnudos después de mil peripecias, habiendo muerto la gran mayoría por hambre, penalidades y ataques de tribus salvajes. Su lugarteniente Francisco de Orellana, con cincuenta hombres, había construido un barco en plena selva, y con él se internaron por el río Napo, el Negro y el Amazonas, que recorrieron en un viaje increíble.

Al volver Gonzalo a Quito, supo que su hermano Francisco había sido asesinado. Un hijo de Almagro, tenido con su amante india bautizada Ana Martínez, se había conjurado con otros doce españoles para vengar a su padre, y habían sorprendido y matado al conquistador en Lima, el 26 de junio de 1541. Habían pasado nueve años desde el episodio de Cajamarca y sesenta y tres desde el nacimiento de Francisco.

Poco después comenzó una nueva guerra civil cuando de España llegó el virrey Blasco Núñez de Vela para imponer las Leyes Nuevas, que protegían a los indios y reducían o

eliminaban las encomiendas, repartos de indios de los que vivían los conquistadores. Gonzalo capitaneó a los descontentos, que derrotaron y mataron a Núñez de Vela. Un nuevo enviado del rey, Pedro de la Gasca, logró imponerse a los rebeldes. Gonzalo fue condenado a muerte y ejecutado.

Si tales sucesos no echaron abajo la conquista, se explica, una vez más, porque miles de indios se pusieron del lado de los conquistadores.

40

EL ESPÍRITU DE LA EXPLORACIÓN Y LA CONQUISTA

La primera mitad del siglo, cuando Europa se convulsionaba en torno a la escisión protestante, las luchas por Italia y la amenaza otomana, pequeñas expediciones españolas exploraban y conquistaban inmensos territorios nunca antes conocidos por el Viejo Mundo. En 1498 Colón llegaba a la desembocadura del Orinoco, al año siguiente Alonso de Ojeda desembarcaba en la actual Colombia; hacia 1509 terminaba la conquista de las grandes Antillas, y en los años siguientes Núñez de Balboa, Hernández de Córdoba y otros exploraban Centroamérica; en 1513 Núñez de Balboa descubría el Océano Pacífico y Ponce de León empezaba a explorar la Florida; en 1515-16, Díaz de Solís, que con Vicente Yáñez Pinzón ya había explorado el Caribe y llegado a Florida, descubría las costas de las actuales Brasil, Uruguay y Argentina; en 1519 zarpaba la flotilla de Magallanes, que descubrió el paso del Atlántico al Pacífico por el sur de América, islas del Pacífico, en particular las Filipinas y dio la primera vuelta al mundo en la historia humana, completada por Elcano en 1522.

Hacia 1521, cuando la Dieta de Worms condenaba a Lutero, Hernán Cortés emprendía la conquista de Méjico que, una vez concluida, se amplió en exploraciones hacia el norte y el sur; en 1525, año de la derrota campesina en Alemania y de la batalla de Pavía, se fundaba Santa Marta, primera ciudad de Colombia, y Alvarado conquistaba partes del territorio maya; en 1526, año de Mohacs, «los trece de la fama» resolvían ir a conquistar Perú; en 1528 Álvar Núñez Cabeza de Vaca naufragaba en las costas de Florida y

empezaba con unos pocos compañeros una odisea de ocho años a pie por el sur de la actual Usa y norte de Méjico; también sería el primer europeo en avistar las cataratas del Iguazú, después de explorar el río Paraguay, doce años después. En 1532, cuando el segundo asalto turco a Viena, Pizarro se apoderaba de Atahualpa en Cajamarca; en 1534, cuando Enrique VIII rompía con Roma, Ignacio de Loyola fundaba los jesuitas y Lutero traducía el Nuevo Testamento al alemán, Fortún Jiménez desembarcaba en la península de California; en 1535, Almagro iniciaba una frustrada expedición a Chile; en 1539 Francisco de Ulloa contemplaba la desembocadura del río Colorado; en 1541, año del desastre de Argel, Pedro de Valdivia marchaba a conquistar Chile; en 1542-1543 Rodríguez Cabrillo y otros exploraban la costa de California hasta el actual Oregón, mientras Orellana descubría el Amazonas y otros ríos, cuyo curso siguió durante siete meses; en 1547, año de la muerte de Enrique VIII, de Hernán Cortés y de la batalla de Mühlberg, se creaba la diócesis de Paraguay y en Perú estaba en marcha la primera de las muy escasas rebeliones de América contra el rey, capitaneada por Gonzalo Pizarro, hermano del ya finado Francisco…

Se haría muy larga la sola enumeración de las exploraciones y conquistas realizadas en poco tiempo por grupos mínimos. No parece haber precedentes de un conjunto de empresas tales, que tampoco se repetirían con tal intensidad, continuidad y escasos medios. Ellas abrieron un mundo nuevo y, junto con las expediciones portuguesas, pusieron en contacto, por primera vez, a las civilizaciones y culturas.

Sin embargo estos méritos han sido poco apreciados por gran parte de los europeos y de los propios españoles

posteriores, cuya opinión resume el historiador del arte Ernst Gombrich: «Los primeros barcos españoles con Colón y sus compañeros sólo habían descubierto islas con una población de indios pacíficos, pobres y sencillos. Lo único que los aventureros españoles querían saber era de dónde habían sacado sus adornos de oro […]. Los hombres que marcharon de España a los países aún no descubiertos a fin de conquistarlos para el rey de España eran feroces, crueles capitanes de bandoleros, increíblemente despiadados y de una inaudita falsedad y malicia para con los nativos, impulsados por una codicia salvaje hacia aventuras cada vez más fantásticas. Ninguna les parecía imposible, ningún medio les parecía demasiado malo para obtener el oro. Eran increíblemente valerosos e increíblemente inhumanos. Lo más triste es que aquellas personas no sólo se llamaban cristianos sino que afirmaban continuamente que cometían todas aquellas crueldades con los paganos a favor de la cristiandad».

Algo de justeza hay en lo de «las aventuras más fantásticas» y «ninguna les parecía imposible», pues rebasan cualquier novela del género, como así lo entendían sus protagonistas: «Hay algunas cosas que nuestros españoles han hecho en nuestros días y en estas partes, en sus conquistas y encuentros con los indios, que como hechos dignos de admiración sobrepasan no sólo a los libros [de caballerías] sino también a los que se han escrito sobre los Doce Pares de Francia». La referencia a los libros de caballerías indica la popularidad de ellos entre los conquistadores, y a ellos debe su nombre California. Las aventuras causaban los destinos personales más varios: andanzas como las de Cabeza de Vaca, abandonos de las ganancias para meterse a monjes, «robinsones» como Pedro

Serrano, sobreviviente ocho años en un islote arenoso 300 kilómetros al este de Nicaragua, naufragios como el de Gonzalo Guerrero, que se convirtió en jefe militar maya y se casó con la hija de un cacique; o Gonzalo Calvo, primer europeo en Chile después de huir de sus compañeros junto con su mujer inca, y superar el terrible desierto de Atacama, para adoptar el modo de vida de los araucanos; muchos terminaron torturados y devorados por caníbales, o transformado su triunfo en desgracia por querellas internas o intrigas cortesanas… Gonzalo Pizarro declaró en el juicio que lo condenó a muerte: «Para descubrir la tierra bastó mi hermano solo, mas para ganarla a nuestra costa y riesgo fuimos menester los cuatro hermanos y los demás nuestros parientes y amigos. La merced que Su Majestad hizo a mi hermano fue solamente el título y nombre de marqués, sin darle estado alguno. Si no, digan cuál es. Y no nos levantó del polvo de la tierra, porque desde que los godos entraron en España somos caballeros hidalgos de solar conocido. Y si éramos pobres, por eso salimos al mundo y ganamos este Imperio y se lo dimos a Su Majestad».

Este espíritu lo describe Clausewitz: «Nuestro intelecto se inclina hacia la certeza y la claridad, pero nuestro espíritu suele ser atraído por lo incierto. En lugar de abrirse paso con la inteligencia por la estrecha senda de la investigación filosófica y de la deducción lógica, prefiere moverse con la imaginación por el terreno del azar y de la suerte hasta llegar, casi inconscientemente, a regiones donde se siente extraño y donde los objetos familiares parecen abandonarle. En lugar de sentirse aprisionado por la necesidad, como en el primer caso, goza aquí de una riqueza de posibilidades. Extasiado, el valor toma alas, y la audacia y el peligro se convierten en el elemento al que se precipita, al modo como un nadador

intrépido se arroja a la corriente». Las gestas de los conquistadores requerían, desde luego, una intrepidez no habitual. En palabras de Hernán Cortés, «No pelea el número, sino el ánimo; no vencen los muchos, sino los valientes». Cronistas, escritores y aventureros aluden a un carácter esforzado orgullosamente autoatribuido, como invocaba el mismo Cortés: «Nunca hasta aquí se vio […] que los españoles atrás un pie tornasen por miedo ni aun por hambre o heridas que tuviesen»; o Cervantes: «Y soylo, y soylo [español], lo he sido y lo seré mientras viva, y aun después de muerto ochenta siglos». «No fuera yo español si no buscara peligros», escribe Quevedo. Desde luego, existía un número de españoles de ese carácter, pero sería erróneo describir así a todo el pueblo. La gran mayoría prefería vivir emociones algo menos fuertes.

Vuelven a ilustrar aquel espíritu casos como el de Gonzalo Jiménez de Quesada en Colombia o el de Pedro Valdivia en Chile. Jiménez, intelectual y abogado formado en Salamanca, eligió ir a combatir a Italia, como tantos, y luego la incertidumbre de las Indias. En 1536 llegó a Colombia Pedro Fernández de Lugo, ya con 60 años, para someter a los indomables indios de la costa y explorar el interior, pero murió enseguida y el más joven Jiménez de Quesada (33 años), quedó encargado de remontar el río Magdalena. Salió con una expedición de ochocientos hombres, de los que al cabo de seis meses quedaban doscientos: los demás habían muerto de fiebres, privaciones y heridas. Aun así, Quesada prosiguió a través de selvas, montañas, ciénagas y ríos hasta un altiplano donde encontró alimentos, esmeraldas y oro. Sobre la marcha había sabido de la supuesta existencia de Eldorado o El Dorado, pródigo en oro, mito que había de consumir muchas vidas. Al llegar al

altiplano en 1537, con apenas ciento sesenta hombres, fundó la población de Santa Fe. Al poco llegaban a aquel lugar remoto otras dos huestes inesperadas: una de alemanes y españoles, mandada por Nicolás Federmann, y otra enviada por Pizarro desde Quito, dirigida por Sebastián de Belalcázar. Los tres capitanes acordaron volver a España para que el rey decidiera el reparto de la zona.

La presencia de alemanes se debía a que Carlos I, para satisfacer deudas, había cedido a la banca Welser la colonización y explotación de Venezuela. Pero los alemanes tuvieron poca suerte. Uno de sus capitanes, Alfinger, murió por una flecha india; otro, Hohermuth, buscó también Eldorado, pero enfermó y falleció; un tercero, Hutten, cruel gobernador, fue ejecutado, junto con Bartolomé Welser, por Juan de Carvajal, debido a disputas de poder. Carvajal sería condenado y ajusticiado después. Federmann, moriría en prisión, en Valladolid, tras querellas con sus patronos, los Welser. Y así terminaría la aventura alemana, que en ningún momento buscó colonizar el territorio, sino sólo oro.

Carlos I repartió el territorio hoy colombiano entre Jiménez y Belalcázar. El primero quedó diez años en España, dedicado a escribir, pero volvió a Colombia, donde siguió escribiendo crónicas de los viajes, reflexiones políticas y un tratado militar. Por desgracia, de sus libros sólo hay referencias indirectas, pues todos se perdieron excepto su *Antijovio*, refutación de las diatribas del obispo italiano Paulo Jovio contra los españoles con motivo de las guerras de Italia, que Jiménez conocía de primera mano.

Jiménez de Quesada fue quizá el primer europeo que descubrió la utilidad alimenticia de la patata y usó el petróleo para calafatear barcos. Empleaba la violencia si lo juzgaba preciso, pero procuraba evitarla y dedicaba a los

caciques indios discursos peculiares: «Debemos tratar de muchas cosas tocantes a tu alma y a las almas de tus vasallos». Deploraba los robos y peleas entre españoles y chibchas, cultura precivilizada que trabajaba con notable arte joyas de metales preciosos. Los indios, clamaba Jiménez, «son hombres como nosotros, y todo hombre tiene natural inclinación a ser amigo de quien le trata con amistad. Y así de estos indios no hemos de tomar más de lo que nos quisieran dar, porque, al fin, todo cuanto vamos pisando es suyo por derecho natural y divino y el dejarnos entrar es gracia que nos hacen, y de justicia nada nos deben». Teniendo 60 años, ya en 1569, Jiménez marchó con más de 1500 indígenas, 400 españoles y 8 sacerdotes, en busca de Eldorado: después de tres años de inútiles y terribles marchas volvieron sin hallar nada, habiendo perecido todos los alistados menos 4 indios, 64 españoles y 2 sacerdotes. Milagrosamente, Quesada, ya anciano, había sobrevivido; y aún duraría hasta 1579, falleciendo de lepra.

Interés no menor tiene el fracaso parcial de Pedro de Valdivia, que había combatido al lado del Gran Capitán en la guerra de los comuneros, luego en la conquista de Venezuela y en la del Imperio inca. Allí pudo terminar su carrera, pues logró una provechosa encomienda y una mina de plata, pero en 1538 pidió permiso a Pizarro para ir a Chile, donde había fracasado Almagro el año anterior tras sufrir las calamidades del desierto de Atacama, acaso el más riguroso del planeta, y donde no había fama de que existieran riquezas. «Os habéis vuelto locos», respondió Pizarro, pero dio permiso, aunque no ayuda económica. Valdivia quería «dejar fama y memoria de mí» arrostrando los mayores desafíos, y hacerse gobernador del nuevo territorio. Salió con 150 soldados, dos clérigos y 2000

nativos auxiliares. Durante la infernal travesía de Atacama encontraron cadáveres momificados de gente de Almagro, casi perecieron de sed y de fatiga, y unos rivales por el mando estuvieron a punto de asesinar a Valdivia. Por fin salieron a tierras más acogedoras, que el conquistador ocupó en nombre del rey de España. Pero no citó a Pizarro, causando descontento en la hueste.

A la prueba del desierto siguieron agotadoras luchas con los nativos, difíciles de doblegar por su dispersión. Recibió pequeños refuerzos de Perú y creó puestos y fuertes que se convertirían en ciudades, y en un lugar fértil y con algún oro fundó la ciudad de Santiago. Los indígenas colaboraron con él al principio, pero tramaban una rebelión, al paso que algunos españoles intrigaban para asesinarle y retornar a Perú. Se libró por poco, ahorcando a cinco conjurados, y de inmediato hubo de afrontar la temida revuelta de los indios, que retiraron los alimentos del alcance de los colonos, destrozaron el lavadero de oro y mataron a varios soldados. Valdivia apresó a varios caciques, esperando así paralizar el ataque, pero éste se redobló por rescatarlos. Miles de indios asediaron Santiago cuando Valdivia estaba fuera y prendieron fuego a las casas, hechas de madera. En un momento estuvieron muy cerca de acabar con el enclave y todos sus moradores, cuando la amante de Valdivia, Inés de Suárez, tuvo la idea de decapitar a los caciques presos, y lo hizo ella misma, ante la vacilación del guardián. Mostró una cabeza a los nativos y éstos, extrañamente, se arredraron y suspendieron el asalto.

Los colonos habían quedado en la miseria, perdida la mayor parte de los caballos, quemadas las casas con la ropa y demás hacienda, sin más alimentos que tres cerdos, dos pollos y algo de trigo para las mil personas que quedaban,

entre españoles y auxiliares indios. Pero reconstruyeron la «ciudad» fabricando adobes para evitar un nuevo incendio, y del mismo material alzaron un muro en torno. Asumiendo un hambre extrema, sembraron los granos de trigo que les quedaron y procuraron reproducir los animales, alimentándose entretanto de frutos silvestres, ratones etc.; pero sobrevivieron. La paz con los nativos les dio algún alivio, pero debían defender día y noche sus sembrados. Muchos decidieron seguir hacia el sur, lo que iba a extender la guerra con los temibles araucanos o mapuches; y prosiguieron las intrigas contra Valdivia.

Entretanto, habían pasado nueve años, Francisco Pizarro había sido muerto y su hermano Gonzalo se había rebelado contra las normas del rey. Valdivia fue a Perú a ofrecerse al enviado regio, La Gasca, y traer refuerzos, para lo cual engañó a los suyos y les hurtó el poco oro que conservaban, pues sin él no reclutaría a nadie en Perú. Contribuyó a sofocar la revuelta de Gonzalo y volvió con doscientos soldados, para encontrar una de sus fundaciones arrasada y muertos treinta soldados por los indios. Para empeorar las cosas, enfermó gravemente de malaria. Emprendió, pese a todo, varias campañas contra los tenaces mapuches. En una de ellas hizo amputar a los presos la mano derecha y la nariz, dejándolos libres para que atemorizasen a los suyos, pero consiguió lo contrario. En 1553, yendo con unos pocos compañeros, cayó en una emboscada. Acosado al extremo preguntó a los aún supervivientes: «Caballeros, ¿qué hacemos?». Un capitán le respondió: «¡Qué quiere vuestra señoría que hagamos sino que peleemos y muramos!». Valdivia y un fraile escaparon por milagro, pero sus caballos se metieron en una ciénaga y fueron capturados. Valdivia sufrió feroces torturas durante tres días, cortándole, con

conchas de marisco aguzadas, miembros y trozos de carne que sus torturadores cocinaban y comían delante de él. Ya muerto, le extrajeron el corazón y lo comieron, limpiaron su cráneo y tomaron en él *chicha*, una bebida alcohólica.

Pese a todo, el fracaso de Jiménez de Quesada y el de Valdivia no fueron definitivos. Los dos son los fundadores respectivamente de Colombia y de Chile, como el más exitoso Cortés lo es de Méjico y Pizarro de Perú, Ecuador y Bolivia.

* * *

El valor y la osadía por sí solos conducen muchas más veces a la catástrofe que al éxito, como vuelve a exponer Clausewitz: «En la guerra todo parece tan elemental, tan sencillos los conocimientos precisos, tan insignificantes las combinaciones, que por comparación el problema más simple de matemáticas superiores nos impresiona por su dignidad científica evidente». Pero se trata de una ilusión: «Quien no tiene conocimiento personal de la guerra no puede concebir dónde residen las dificultades del asunto ni lo que realmente ha de hacer el genio y las extraordinarias cualidades mentales y morales exigidas a un general». O exigidas a los «capitanes de bandoleros» de Gombrich, que empezaban por resolver arduos problemas de financiación, organización, suministro y contacto con bases dejadas cientos de kilómetros atrás, pues la corte sólo les respaldaba en el plano legal. Debían asegurar la disciplina en condiciones límite y en lugares alejados del imperio de la ley. Ya era una ruda prueba el viaje a América en barcos de menos de cien a trescientas toneladas sin comodidades y con un alto número de naufragios. Y luego las agotadoras marchas sobre distancias enormes por territorios ignorados, a menudo selváticos o pantanosos o de alta montaña,

sufriendo climas, enfermedades, fieras y parásitos inhabituales; a menudo, el hambre y la sed, más los combates, expuestos a ser traicionados, o aniquilados por tribus hostiles con armas envenenadas, o a servir de banquete a los caníbales. Y dentro de la expedición, las disidencias y choques proclives a derivar en asesinatos, motines y banderías que no faltaron, aun sin ser tan frecuentes que impidieran el proceso.

Afrontar tales obstáculos exigía un espíritu bastante especial, forjado, cabe suponer, en la Reconquista, en la literatura del Cid, de caballerías, en Italia y la lucha contra turcos y protestantes, posiblemente con ecos del ideal de Ramón Llull del caballero y el místico, el guerrero y el misionero. De ahí las «aventuras cada vez más fantásticas».

No parece tan acertado Gombrich cuando llama bandidos a los conquistadores. Al menos debía haber aclarado que se trataba de bandidos no corrientes, pues fundaron decenas de ciudades, mantuvieron o establecieron leyes, llevaron allí ganado y plantas alimenticias antes inexistentes, y a Europa plantas americanas como el tomate, la patata o el maíz, de tanto valor para la dieta europea. Transportaron a América numerosos libros, como ha estudiado el historiador Leonard Irving, y la imprenta, que enseguida trabajó a buen ritmo en Méjico y otros lugares; hicieron estudios sobre la geografía, la historia y las gentes; hacia mediados de siglo fundaron las primeras universidades de América, las de Santo Domingo, Méjico y Lima… Bandoleros singulares, pues.

Y no sólo pensaban en el oro, como indica lo anterior. Para cierta mentalidad *moderna* que entiende las invocaciones religiosas o idealistas como disfraces de fines más tangibles, el único motivo atendible y comprensible ha

de ser el dinero; pero sorprende que quienes así piensan expongan como una tacha, en lugar de ensalzarlo, ese interés exclusivo que creen descubrir en los conquistadores. Codiciaban el oro, por cierto, pero debe admitirse que en ese sentido hicieron mal negocio, pues muchos quedaron por el camino, muertos por las flechas, las lanzas, los garrotes o los dientes de los indios, las fauces de las fieras, las fatigas y enfermedades; y quienes salieron con bien de ello tampoco se hicieron ricos en su mayoría. Desde luego, los conquistadores tenían otra opinión sobre el asunto, como escribe Bernal Díaz del Castillo, soldado y magnífico cronista de la conquista de Nueva España (el Imperio mexica): «Con letras de oro han de estar escritos sus nombres, pues murieron aquella crudelísima muerte por servir a Dios y a Su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar». Eran hombres renacentistas, con tanta sed de fama, honra y hazañas como de oro. Y de propagar la religión y servir al rey de España: fueron rarísimos los casos de rebelión, pese a que las circunstancias la favorecían, al tratarse de acciones privadas, no sufragadas ni planeadas por la corona. Siempre iban con ellos clérigos y, sin ser frecuentes, no faltaban los soldados que abandonasen sus bienes para ingresar en religión.

Tampoco Gombrich expresa bien la realidad al describir a los indios como «pacíficos y sencillos». Esa impresión tuvieron al principio los descubridores, pero pronto la cambiarían. Los indígenas sostenían entre ellos guerras de crueldad mayor que la de los conquistadores, y éstos sufrieron su agresividad, bien comprensible, desde luego, por cuanto defendían lo suyo y su forma de vida, como las tribus de Iberia contra Roma. Pero tenían poco de pacíficos y

sencillos.

En cuanto a las atrocidades españolas, reales también, no diferían en calidad de las cometidas en Europa por protestantes, católicos, franceses, españoles, turcos y moros, por no hablar de la masiva quema de brujas o la mucho menos masiva, pero también horrorosa, de herejes (los indios quedaron a salvo de la Inquisición). Y si en calidad no diferían, en cantidad fueron necesariamente mucho menores, pues los conquistadores, siempre en grupos muy pequeños, nunca podrían haber alcanzado las cifras que se les achacan, aunque no hicieran otra cosa que matar indios. Pero tenían muchísimas más ocupaciones, y en cuanto una zona quedaba pacificada, les convenía mantener a los naturales con salud, pues de su trabajo vivían muchos de ellos. El sentido común admite mal que en Cholula fueran muertos cinco mil indígenas, o siete mil en Cajamarca, o las decenas de miles citadas en otras acciones, y que podrían ser diez veces menos.

Acusación relevante en Gombrich, muy repetida, es la de perpetrarse los crímenes invocando hipócritamente el cristianismo. No eran tantos crímenes, pero de su sinceridad religiosa hablan sus frutos: Hispanoamérica es aún hoy católica, algo imposible sin la colosal energía derrochada en su evangelización. Gombrich se habría percatado de su error con sólo fijarse en esta evidencia. Las expediciones de exploración y conquista llevaban frailes, que a veces debían calmar el excesivo celo religioso de la tropa, como ocurrió con Cortés, e incontables misioneros se adentraron por aquellas inmensas tierras, a costa de penalidades y riesgos mortales. Todos los sucesivos imperios europeos procuraron cristianizar a los paganos (y obtener beneficios económicos), pero ninguno con tanto empeño y éxito como el español.

Esta cuestión lleva a la del mestizaje, visto por unos como un gran mérito y por otros como un crimen producto de violaciones sin tasa. Pero el mestizaje surgió naturalmente porque casi todos los recién llegados eran solteros o habían dejado a sus esposas en la patria. Los indios acostumbraban ofrecer mujeres en señal de paz, y por todo ello el número de hijos mestizos se multiplicó enseguida. Hubo también violaciones, por supuesto, como en las guerras de Europa y entre los mismos indios.

El hecho de que la América hispana sea en gran medida mestiza, y las zonas más pobladas en el siglo XV sigan siendo hoy las de mayor población india, desmiente por sí solo el mito del genocidio, tan divulgado en el siglo XX, a menudo por personas próximas a movimientos totalitarios que sí han practicado genocidios documentados. Únicamente en las Antillas desaparecieron casi por completo los nativos, lo que pudo deberse en parte a la dureza con que eran explotados al principio; pero seguramente pesaron más las enfermedades, quizá al extraño fenómeno de choque de culturas, observado en otros lugares, por el que las mujeres dejaban de tener hijos. Los españoles no dispusieron de medios para realizar un genocidio, y menos aún pensaron en tal cosa, como con desenvoltura suele pretenderse. Las caídas de población que algunos historiadores detectan a partir de cifras fantásticas, obedecían en muchos casos a que los indios cristianizados dejaban de contabilizarse como indios.

Cabe mencionar las enfermedades llevadas por la conquista, en particular la viruela, a la que algunos atribuyen la muerte de más del 90 por ciento de la población de varias zonas. El porcentaje es muy especulativo, y no seguro que la viruela la portaran los españoles, a quienes la enfermedad

mataba igualmente, y que parecen haberla recibido de Persia a través de los árabes. La muerte del inca Huayna Cápac se produjo por viruela en 1527, cuando los hispanos se hallaban a cientos o miles de kilómetros del lugar, y no hay constancia de que el ínfimo grupo europeo que merodeaba por los aledaños del imperio hubiera sufrido la plaga. No es imposible, claro, que la viruela viniese con los europeos, muy a su pesar, y otras enfermedades sí lo fueron; pero seguramente los indios padecían epidemias como las que periódicamente hacían estragos por Europa, Asia y África.

Finalmente, subsiste el retrato absurdo de unos conquistadores primarios, brutales y analfabetos, ineptos para otra cosa que la violencia. De ser así, poco habrían logrado. Mas, perdidos en aquel mundo asombroso, debían apoyarse no sólo en el valor físico y moral, sino en la intuición, inteligencia y diplomacia para compensar su desesperada inferioridad numérica y superar obstáculos naturales casi insalvables para los medios de entonces. Sabían leer y escribir en promedio superior, probablemente, al de España y Europa, y dominaban las técnicas: aislados en la selva o en el corazón de Méjico, construían bergantines y otras embarcaciones, cultivaban el suelo, alzaban casas al modo de España, planificaban ciudades muy racionalmente, imponían y se imponían leyes, creaban escuelas…

Muchos de ellos eran hidalgos, nobles del rango más bajo, y en su mayoría, contra la caricatura dibujada por diversos escritores y asumida luego como verdad inconcusa, distaban de ser alérgicos al trabajo: sus obras y las del pueblo llano en América revelan una capacidad más que notable de organización, trabajo e improvisación imaginativa: las repoblaciones de la Reconquista habían formado gentes hábiles en muchos oficios, además del de las armas.

Lo más probable habría sido que se limitaran a conseguir oro, plata y otros bienes y volvieran a España. Algunos lo hicieron, como los alemanes en Venezuela; pero la mayoría optó por lo improbable: colonizar, roturar, urbanizar y aportar savia vital y una nueva cultura superior a las indias. Entre sus maldades y sus bondades, sus fracasos y sus glorias, los segundos términos parecen pesar mucho más en la balanza.

41

EL DEBATE DE LA CONQUISTA. DERECHOS HUMANOS Y DERECHO INTERNACIONAL

La idea expuesta por Jiménez de Quesada, de que «dejarnos entrar es gracia que nos hacen los indios», nunca fue muy compartida en el mundo, tampoco por los indios, que entre sí solían entrarse o invadirse sin ningún permiso. La evolución humana, de las culturas más primitivas a las más complejas, ha sido también una historia de invasiones, expulsiones y aculturaciones, y pocos pueblos, si alguno, vive hoy en una tierra propia desde el origen del hombre. Aparte migraciones prehistóricas desconocidas, Hispania había sido invadida por íberos, celtas, cartagineses, romanos, germanos, árabes y beréberes, y vivía bajo amenaza turca. Esas acciones se justificaban de un modo u otro (como las acusaciones entre romanos y cartagineses por haber roto los pactos, con que comienza esta historia), pero el derecho de conquista se daba por obvio y hasta se le concedía mayor mérito que a la penetración pacífica, la cual, por lo demás, no solía consentirse, porque a ningún pueblo le gustaba ser desplazado o perder su forma de vivir, ni se consideraba inferior culturalmente a sus vecinos. Aristóteles había defendido el derecho de las culturas superiores a someter a las inferiores y los romanos creían sus conquistas una prueba de valor y superioridad, y las justificaban como obra de pacificación e imposición de un derecho mejor y de una cultura más elevada.

A lo largo de los siglos, la Europa cristiana se había visto varias veces cerca del hundimiento, debido a las invasiones, pero había subsistido por predicación y por guerra,

combinación eficaz frente a los paganos, inútil con los islámicos, que habían arrebatado a la cristiandad la mitad de su territorio mediante la *yihad*, y entre quienes apenas rendía fruto la predicación.

Ni la Reconquista ni luego la lucha contra turcos y protestantes habían planteado problema moral ni intelectual a los españoles. Tampoco las pugnas con la católica Francia, pues casi todas habían surgido por iniciativa francesa, cuyos reyes se habían aliado con otomanos y protestantes. Pero en América sí surgió la cuestión, presentada a veces como la vida natural de los indios turbada por los viciosos y ávidos europeos. Los descubridores consignaron al principio la docilidad y benevolencia de los naturales y después su ignorancia, el canibalismo, los sacrificios humanos, la extendida sodomía, el uso de la mujer como objeto de cambio, y otras costumbres chocantes para ellos.

Como fuere, el asunto preocupaba. La conquista se justificaba como medio de «llevar la luz» del Evangelio y salvar sus almas, pero la empresa encontraba dos escollos: ¿había derecho a conquistar a unas poblaciones antes desconocidas y con las que, por ello, no existía conflicto? ¿Respondía al ideal evangelizador la conducta de conquistadores y «encomenderos»?

Sobre la primera cuestión teorizó el dominico alavés o burgalés Francisco de Vitoria, uno de los pensadores más destacados de su tiempo, que había estudiado en París y luego enseñado en Valladolid y Salamanca. Sobre si los indios debían considerarse plenamente humanos, defendió su humanidad con los mismos derechos básicos que los españoles, partiendo de la ley natural. Por lo mismo negó validez al reparto de medio mundo entre Portugal y España, concedido por el Papa en el tratado de Tordesillas. La

relación entre pueblos debía basarse en el entendimiento y la ley, y sólo sería justa una guerra de defensa o contra una política contraria a los derechos naturales, no por motivos religiosos o expansivos. Estas ideas negaban en principio legitimidad a la conquista, pero podían interpretarse al contrario: los derechos naturales incluían la difusión del cristianismo, el comercio y el mantenimiento de la paz entre pueblos. Si los indios impedían esos derechos, podía hacérseles guerra. Al efecto distinguió varios «justos títulos» para la presencia española en América: propagar el Evangelio, proteger a los indígenas bautizados contra los reacios, combatir los delitos contra natura, reinar el soberano de España sobre los indios, si éstos lo aceptaban, aliarse con unas u otras tribus en las guerras entre ellas, rescatar a los naturales de su atraso.

Por entonces circulaban las denuncias de otro dominico, Bartolomé de las Casas, sobre crímenes espeluznantes de los encomenderos en el Nuevo Mundo. La encomienda era una concesión sobre grupos de indios para asegurar la producción agraria o minera, los tributos, y para premiar a conquistadores, funcionarios y a veces a notables indígenas. No entrañaba propiedad de la tierra, que seguía perteneciendo a los indios, pero en otros aspectos recordaba a las relaciones de servidumbre europeas y a los repartos de las órdenes militares durante la Reconquista. Los nativos no eran esclavos, los encomenderos podían obligarles a trabajos no excesivos y debían evangelizarlos; pero en la práctica, la exigencia laboral podía acercarse a la esclavitud, acompañada de maltratos, pues los indígenas no estaban hechos a trabajar al modo europeo. No sabemos cuántos casos había de abuso y en qué grado, y cuántos de situación más soportable; pero las crueldades causaron airadas protestas y denuncias ante el

rey.

Basándose en las concepciones de Vitoria y en las denuncias de Las Casas, Carlos I sometió el asunto a una comisión, de la que salieron en 1542 las Leyes Nuevas de Indias. Éstas reafirmaban el testamento de Isabel *la Católica* contra la esclavización de nativos, considerándolos súbditos y protegidos del rey; prohibían forzarles a portar cargas al estilo prehispánico; excluían de la encomienda a funcionarios, órdenes religiosas, sociedades comunales u hospitales, y las ya existentes debían cesar a la muerte de sus poseedores, con lo que las encomiendas se extinguirían en plazo no largo.

Los encomenderos opinaban que las Leyes Nuevas vulneraban sus derechos, ignoraban sus méritos y trabajos y les reducían a la pobreza. Su indignación estalló en Perú en una guerra civil cuyo jefe, Gonzalo Pizarro, fue vencido y ejecutado, pero la protesta hizo pensar al rey que la supresión de la encomienda arruinaría la colonización, por lo que se volvió en parte atrás, reconociéndole carácter hereditario.

* * *

El mismo año 1542, Las Casas compendió sus denuncias en su vehemente *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, con datos supuestamente presenciados o conocidos por él. El libro, base principal de la llamada leyenda negra, es probablemente el más antiespañol que se haya escrito nunca, y su influencia persiste aún hoy: vemos su huella en Gombrich y tantos otros. Las Casas pinta a los españoles de América, con raras excepciones, como demonios sedientos de sangre, faltos de cualquier sentimiento cristiano o meramente humano, y de una estupidez pareja, pues aniquilaban por los métodos más

atroces a los indígenas de cuyo trabajo pretendían vivir, convirtiendo a las Indias en desiertos. De ser así, no sólo habrían desaparecido los indios, sino también sus exterminadores, que habrían quedado sin medios de vida, teniendo, además, nula disposición a trabajar por sí mismos, según el tópico.

De entrada llaman la atención los datos geográficos de Las Casas. En La Española encuentra cinco reinos, uno con una vega de 80 leguas de sur a norte (más de 400 kilómetros, pues una legua castellana del siglo XVI equivalía a cinco mil metros largos). La vega estaría recorrida por más de treinta mil ríos, unos veinte o veinticinco mil de ellos riquísimos en oro, y doce tan grandes como el Ebro; otro reino de La Española era él solo más grande que Portugal, también lleno de minas de oro y cobre; no detalla la extensión de los otros tres reinos, pero sugiere también su vastedad. Calcula más de quinientas leguas y, también, grandísimas riquezas de oro, desde «muchas leguas arriba del Darién hasta el reino e provincias de Nicaragua». En el antiguo Imperio azteca los españoles masacraron a la gente «en cuatrocientas y cincuenta leguas en torno cuasi de la ciudad de Méjico […], donde cabían cuatro y cinco grandes reinos, tan grandes e harto más felices que España». Guatemala tenía «más de cien leguas en cuadra». En Santa Marta fueron despobladas «más de cuatrocientas leguas». La isla de Trinidad era «mucho mayor que Sicilia», y la tierra firme descubierta superaría los cincuenta mil kilómetros de litoral. Sólo «de la isla Española se había henchido casi España de oro», fabulosamente abundante en muchos otros lugares.

Pero estos cálculos apenas son nada comparados con los demográficos. Las costas de tierra firme estaban «todas

llenas como una colmena de gentes […] que parece que puso Dios en aquellas tierras todo el golpe o la mayor cantidad de todo el linaje humano»; no había región que no estuviera «pobladísima» y con verdaderas urbes. En Nicaragua, con sus colosales riquezas, «era cosa verdaderamente de admiración ver cuán poblada de pueblos, que cuasi duraban tres y cuatro leguas en luengo», mayores que cualesquiera de Europa (y de las que la arqueología no ha hallado la menor traza, con ser tantas). La Nueva España, futuro Méjico, había disfrutado de muchas ciudades más habitadas que «Toledo y Sevilla y Valladolid y Zaragoza juntamente con Barcelona», de modo que «para andallas en torno se han de andar más de mil e ochocientas leguas» (casi diez mil kilómetros). En Guatemala, todavía más poblada, no extrañará que los españoles exterminaran a cuatro o cinco millones de personas. El Yucatán «estaba lleno de infinitas gentes». También Florida gozaba de «grandes poblaciones». Las Antillas habían sido «las tierras más pobladas del mundo», y sólo en las pequeñas islas Lucayas o Bahamas habría vivido sobre medio millón de indios. Centroamérica disfrutaba de «la mayor e más felice e más poblada tierra que se cree haber en el mundo». Etcétera.

En realidad, la mayor parte de las tierras y costas eran selváticas y agrestes, sin apenas agricultura, salvo en los imperios inca y azteca, y primitiva aun en éstos. Fuera de dichos imperios no existían ciudades ni podía haber una población más densa que en la actual Amazonia. Cabría pensar que Las Casas daba pábulo a leyendas, por no conocer muchas de aquellas tierras, pero emplea la misma fantasía cuando habla de otras donde sí estuvo, como Cuba, Méjico o La Española. A esta última le atribuye más de tres millones de habitantes, y afirma que sólo en una parte de

ella podrían haberse construido más de cincuenta ciudades tan grandes como Sevilla.

Los indios de Las Casas son siempre «mansísimas ovejas», «sin maldades ni dobleces, obedientísimas y fidelísimas»; las gentes «más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas, sin rencillas ni bullicios, no rijosos […] sin rencores, sin odios, sin desear venganzas que hay en el mundo»; «carecían de vicios o de pecados»; «gentes muy bien dispuestas, cuerdas, políticas y bien ordenadas»; «no poseen ni quieren poseer bienes terrenales». «No soberbias, no ambiciosas, no codiciosas». «Limpios y desocupados, de vivo entendimiento, muy capaces y dóciles para toda buena doctrina».

Estas virtudes fabulosas aumentaban si cabe el horror de las atrocidades hispanas: «Y a estas ovejas mansas y de las calidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles […] como lobos y tigres y leones cruelísimos […]. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte […] sino despedazarlas, matarlas, angustiarlas, afligirlas, atormentarlas y destruirlas por las extrañas y nuevas y varias y nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad, de las cuales algunas pocas abajo se dirán». En Nueva España habrían matado «a cuchillo, y a lanzadas y quemándolos vivos, mujeres y niños y mozos y viejos, más de cuatro cuentos [millones] de ánimas […]. Y esto sin los que han muerto y matan cada día en la susodicha tiránica servidumbre». En Nicaragua, «cincuenta de a caballo alanceaban toda una provincia mayor que el condado de Rosellón, que no dejaban hombre ni mujer, ni viejo, ni niño a vida». Pero en Santa Marta los desmanes habrían superado lo anterior, nos advierte, aunque es difícil imaginar cómo. El total de indios exterminados lo estima Las Casas

en hasta quince millones y más, una población varias veces mayor que la que podía vivir allí antes de la conquista, dadas las condiciones naturales y técnicas.

Los españoles de América se sintieron calumniados y protestaron con indignación por las tiradas del fraile. El franciscano Toribio de Benavente, *Motolinía* («pobre», en náhuatl), describió a Las Casas, como «inquieto, bullicioso, importuno y pleitista», «injuriador y perjudicial», que «ennegrece» la obra de Cortés y «no tiene razón en decir lo que dice y escribe e imprime, y en adelante, como será menester, yo diré sus celos y sus obras hasta dónde llegan y en qué paran, y si aquí ayudó a los indios o los fatigó». Le culpa de perturbar el orden y desamparar a los que dependían de su predicación. Benavente dirigió a un grupo de misioneros, aprendió náhuatl para evangelizar a los indios e instruirlos en diversos oficios, sorprendiéndole la facilidad con que aprendían: «Tienen el entendimiento vivo, recogido y sosegado». Fue uno de los predicadores más exitosos por Méjico, Nicaragua y Guatemala, envió misioneros a Yucatán, criticó los abusos contra los indígenas y se enfrentó por ello a las autoridades. Gran parte de lo que sabemos sobre la cultura azteca se lo debemos a su *Historia de los indios*, de alto nivel y apoyada en su conocimiento del náhuatl (Las Casas no aprendió lenguas indígenas).

Aunque los descubridores describen a los indios como fuertes y bien proporcionados, Las Casas los pinta como «las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complexión». Acierta más al señalar que son los «que menos pueden sufrir trabajos y que más fácilmente mueren de cualquier enfermedad», pues no tenían costumbre de trabajar a la europea, ni defensas contra enfermedades no mortales para los europeos. Por ello Las Casas propugnó la traída de

esclavos negros. El tráfico negrero empezaba a ser un negocio horrendo, pero muy lucrativo, realizado sobre todo por comerciantes portugueses y poco después por ingleses y holandeses, que compraban su *mercancía* a los jefes africanos o la capturaban ellos mismos, y la transportaban en condiciones terribles. Al final, Las Casas condenó también el comercio de negros. En su opinión, el remedio consistiría en trasplantar campesinos de España a las Indias.

Desde luego, el «vociferante» dominico no pretende informar, sino impresionar, con la buena intención de excitar la indignación de sus lectores, y lo hace mintiendo con tal tosquedad que vuelve más sorprendente su enorme influjo, en su tiempo y a lo largo de siglos. Pero véase el testimonio de Henry Hawks, inglés de la época desterrado de Méjico por la Inquisición: «Si algún español ofende a los indios o les causa perjuicio […] y el agresor es castigado como si el ofendido fuera otro español. Cuando un español se ve lejos de Méjico o de otro lugar donde hay justicia […] obliga al indio a hacer lo que él le mande; si el indio se niega, lo golpea o maltrata a placer. El indio disimula su resentimiento hasta que se presenta la ocasión de darlo a conocer. Entonces, tomando consigo a uno de sus vecinos, se va a Méjico a interponer su denuncia […]. La denuncia es admitida en el acto. Aunque el español sea un noble o un caballero poderoso, se le manda comparecer inmediatamente y es castigado […]. Ésta es la razón por la que los indios son sujetos tan dóciles: si no fueran favorecidos de este modo, los españoles terminarían rápidamente con ellos o ellos asesinarían a los españoles». El testimonio, de persona ajena y nada amiga de España, tiene algún interés. Menéndez Pidal, uno de los principales historiadores españoles del siglo XX, ha creído a Las Casas próximo a la paranoia. No

obstante, la *Brevísima relación* fue explotada a fondo por protestantes y franceses como eficaz arma de guerra, a pesar de que nunca habrían consentido hacia ellos una denigración como la que se consentía a Las Casas en España.

* * *

Se ha dicho que Las Casas fundó la idea de los derechos humanos, pero no es cierto, pues admitía la esclavitud de negros o blancos infieles; tampoco lo es respecto de los indios, pues el testamento de Isabel *la Católica* ya establecía esos derechos, como asimismo, de modo más teorizado, el padre Vitoria. No obstante, bajo las denuncias alucinadas de Las Casas había intención de proteger a los nativos de abusos prácticos, y la búsqueda de soluciones mejores que la encomienda. Pese a las dudas y protestas en torno a sus alegatos, Las Casas siguió disfrutando de prestigio en España y en la corte. En 1547, en sus «Treinta proposiciones muy jurídicas» negaba legitimidad a la conquista de América, por lo que, para decidir cómo proceder en adelante al respecto, Carlos I convocó en 1550, ya muerto Vitoria, un debate conocido como Controversia de Valladolid, que duraría dos años, y cuyas figuras principales, pero no únicas, fueron Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda.

Los dos personajes diferían en todo. Las Casas, sevillano, había sido conquistador y encomendero antes de entrar en religión, como habían hecho otros conquistadores; luego había renunciado a la encomienda para volverse con furia contra los demás españoles. Se le había autorizado a aplicar su plan, fallido, de formar comunidades de labriegos castellanos en las Indias. Su rival Sepúlveda, también dominico, había hecho una brillante carrera intelectual y eclesiástica en Europa, donde alcanzó renombre

internacional como teólogo, filósofo e historiador. Había estudiado en Alcalá de Henares y en Bolonia, alojándose en el Colegio Español creado por Gil de Albornoz, y vivido largo tiempo en Roma. Había criticado a Lutero y, contra Erasmo, defendía las tradiciones cristianas y la religiosidad exterior, no sólo interior. Carlos I lo nombró su capellán, cronista y preceptor del príncipe heredero, el futuro Felipe II. Las Casas trató de impedir la publicación de alguna de sus obras.

Sepúlveda citó de la Biblia cómo los judíos habían recibido la Tierra de Promisión, a cuyos pobladores anteriores había castigado Dios por su idolatría y sacrificios humanos; e invocó la frase del Evangelio de Lucas: «Vete por los caminos y obliga a la gente a entrar, de modo que mi casa se llene»: obligar puede incluir la fuerza; San Agustín cree lícito apartar a los paganos de la idolatría, aun coactivamente; San Pablo daba poder a la Iglesia para predicar por encima de los poderes temporales… Argumentaba también con ideas humanistas y con Aristóteles. Los indios no eran mejores o peores que los demás, pero sus culturas bárbaras y contrarias a la ley natural los hacían esclavos por naturaleza, y la conquista, sin la cual no sería posible cristianizarlos, debía considerarse un acto de amor y muy conveniente para ellos, al abrirles a un nivel cultural más elevado. Especificó su concepto de esclavitud: «No digo que a estos bárbaros se les haya de despojar de sus posesiones y bienes, ni reducir a servidumbre, sino que se deben someter al imperio [autoridad] de los cristianos». La conversión debía hacerse de manera persuasiva, y si ésta fallaba podían los españoles ocupar sus tierras, destituir a sus jefes y poner otros. Por todo ello era justa, en principio, la guerra contra ellos.

Según Las Casas, muy al contrario, los estados indios —incluía como estados a las tribus no civilizadas— eran no sólo comparables, sino mucho mejores moralmente que los europeos, pues «muchas y aun todas las repúblicas [europeas] fueron muy más perversas, irracionales [...] y en muchas virtudes muy menos morigeradas y ordenadas. Pero nosotros mismos, en nuestros antecesores, fuimos muy peores así en la irracionalidad y confusa policía como en vicios y costumbres brutales». Aun si se debiera castigar al idólatra, sólo podría hacerlo quien tuviera jurisdicción para ello, y en este caso no la tenían el rey ni el Papa, pues los indios no habían sido antes conocidos, ni súbditos del rey; ni podían ser sometidas al fuero eclesiástico. Por ello tampoco podía castigárseles como herejes. Además, no podía irse contra un pueblo, como si todo él fuera delincuente. Por tanto España carecía de títulos para estar allí, salvo con misioneros.

Si Las Casas hubiera impuesto plenamente sus tesis, la historia de América habría sido muy diferente: en principio los imperios y tribus indias habrían seguido tal cual, pues resulta muy difícil que hubieran renunciado a sus ideas del mundo y costumbres sólo por la predicación, suponiendo que permitieran ésta. Su evolución técnica y en otros aspectos habría sido también mucho más lenta. Lo que con mayor realismo puede esperarse es que de la conquista y colonización se habrían ocupado otras potencias europeas, con seguridad no menos duras que España y probablemente más.

La disputa terminó sin ganador claro. La conquista quedó frenada sólo pasajeramente, pues el proceso era irreversible. Vitoria había dicho que no podía abandonarse del todo la administración de las Indias después de haber

cristianizado parte de ellas, y la corona no podía obligar a los colonos a volverse de allá ni prescindir de los metales preciosos —pronto se impondría la plata al oro, pese a los datos de Las Casas—. Los propios indios que habían sufrido las «guerras floridas», las matanzas de los imperios inca y azteca, podían no estar muy de acuerdo con las tesis de Las Casas, a juzgar por la rapidez y entusiasmo con que acogieron la evangelización. El fruto político del debate fue la promulgación de hasta 6400 leyes, notables por su racionalidad y sentido humanitario, aunque se aplicasen en grados diversos, como ocurre con casi todas las leyes.

La controversia fue novedosa en el pensamiento civilizado y ha tenido consecuencias hasta el día de hoy. Dio impulso al derecho de gentes, más tarde llamado derecho internacional, originado en España varios decenios antes de que el holandés Hugo Grocio lo desarrollara bajo influencia directa de Vitoria y otros pensadores hispanos. Este derecho intenta regular las relaciones internacionales en lugar de dejarlas al imperio de la fuerza y se asienta sobre el concepto de ley natural… que también podía interpretarse de diversos modos, como atestigua la propia polémica de Valladolid. El peso de ésta en el pensamiento jurídico y político posterior ha sido, con todo, harto mayor que sus efectos prácticos, pues las relaciones internacionales, en Europa, América y el mundo, han continuado rigiéndose en gran medida por realidades ajenas a las exigencias teóricas y legislativas.

El debate contenía un aspecto paradójico, pues el propio Las Casas certificaba con sus puntos de vista la superioridad de la cultura hispana, capaz de plantearse un dilema ético-político que las culturas indias no estaban siquiera en condiciones de abordar, por mucho que el dominico dijera creerlas superiores a las europeas. Las condenas lascasianas

al supuesto genocidio español han suscitado verdadero fervor en España, afirmando muchos que ellas son lo único rescatable del descubrimiento y conquista. Y, he aquí una nueva paradoja, las personas que así hablan, considerando a Las Casas un precursor de sí mismas, suelen estar próximas, por acción o simpatía, a corrientes de pensamiento y política que en el siglo XX sí han realizado constatados genocidios. O que, en Méjico, arrebataron a los indios, después de la independencia, grandes extensiones de tierra que les había garantizado la corona española. Por poner un solo ejemplo de España, ha sido gran lascasiano Tuñón de Lara, historiador estalinista en su primera etapa y siempre procomunista. Tampoco los protestantes, franceses o ingleses, que con tanto éxito explotaron la *Brevísima relación*, demostraron casi nunca una particular virtud y compasión en sus imperios.

Los términos de la disputa de Valladolid sobrepasan el puro pensamiento legal y político para asentarse en un problema filosófico general y nunca resuelto: el de la naturaleza humana reflejada en las relaciones entre los propios seres humanos.

42

DE CARLOS I A FELIPE II

Carlos reinó desde 1516 como primer monarca de ese nombre en España, y desde 1519 como quinto del Sacro Imperio Romano-Germánico. Siendo este último el título de más prestigio europeo, suele conocérsele como Carlos V, aunque en relación con España es Carlos I. Fue, por tanto, doblemente emperador: del Sacro Imperio y del Imperio español, que no se llamó oficialmente así, sino Monarquía Hispánica. El primero, con todo su prestigio, era poco efectivo política y militarmente. El Imperio español mediterráneo y americano tenía mayor grado de coordinación y efectividad, pese a su dispersión geográfica.

Carlos reinó en España cuarenta años repletos de conflictos y turbulencias exteriores. Medio español por su madre, Juana *la Loca*, nació en Gante y fue educado a la flamenca y en francés. Por más que Fernando *el Católico* le había enviado un profesor de castellano, al venir a España apenas hablaba el idioma, no se identificaba con su nuevo reino y provocó la revuelta comunera con sus flamencos. Después se españolizaría notablemente, y es conocida su réplica a un obispo galo que le reprochaba no hablar en francés ante el Papa: «Entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana». Se le atribuye, con diversas variantes, otra frase: «Hablo en francés con los hombres, italiano con las mujeres, alemán con mi caballo y español con Dios». España fue el núcleo militar, político y económico de su poder.

A lo largo de esos cuarenta años ocurrieron las

conquistas por América y la fundación de Buenos Aires, Asunción, Santiago de Chile, Lima, Bogotá, Santa Marta, Cartagena de Indias, Panamá, Santiago de Guatemala, Veracruz, Santo Domingo, La Habana y otras muchas ciudades, así como la expedición de Magallanes-Elcano, que dio la primera vuelta al mundo, cuyo valor histórico y científico sólo cede al propio Descubrimiento de América.

Magallanes, navegante portugués, se puso al servicio de España para buscar por el oeste una comunicación marítima con las islas de las especias, en la actual Indonesia, cuyo comercio dominaba Portugal. Tras mil obstáculos que habrían agotado la paciencia de otros, Magallanes zarpó, en septiembre de 1519, de Sanlúcar de Barrameda, con doscientos setenta hombres y cinco barcos dirigidos por el *Trinidad*. Navegaron por Canarias y costeando el noroeste de África para cruzar el Atlántico hasta los actuales Río de Janeiro y Río de la Plata, ya descubiertos. Luego bordearon la inhóspita Patagonia, principio de sus penurias. La tardanza e incertidumbre de encontrar el fin de continente, y la falta de alimentos, provocaron un motín, que Magallanes reprimió matando a uno de los cabecillas, ejecutando a otro y desembarcando a un tercero en aquellas soledades. Llegaron por fin al estrecho entre el continente y Tierra de Fuego, bautizado luego como de Magallanes, un laberinto con corrientes peligrosas y muy difícil de explorar. Para entonces habían perdido un barco por una tempestad y otro había huido a España. Por fin pasaron al océano descubierto siete años antes por Núñez de Balboa y nombrado Mar del Sur. Magallanes lo llamó Pacífico, nombre que quedaría. Este océano resultó mucho más vasto que el Atlántico, y navegaron por él tres meses sin dar con islas, sufriendo hambre y escorbuto. El 6 de marzo de 1521, un año y medio

después de salir de España, recalaban en Guam, en las islas Marianas, que bautizaron como «De los ladrones», y a los diez días alcanzaban las Filipinas como primeros europeos que cruzaban el Pacífico. En las Filipinas convirtieron a algunos jefes al cristianismo, pero allí murieron Magallanes y varios marineros en un combate con los nativos.

Al no quedar hombres suficientes para tripular los tres barcos, quemaron uno de ellos y eligieron jefe a Juan Sebastián Elcano. A continuación costearon Borneo y otras islas, algunas de cuyas localidades, como Brunei, eran musulmanas y disponían de tecnología avanzada, como cañones, porcelanas o lentes, inexistentes en Europa. En Brunei y las Molucas cargaron especias y, reducidos a ciento quince hombres, se internaron por el Índico. El *Trinidad* hacía agua, y el otro buque, el *Victoria*, de 85 toneladas, no podía albergar a las dos tripulaciones. Dejaron en el primero a cincuenta y cinco marinos para repararlo, pero naufragó en una tormenta tras ser capturado por los portugueses. El *Victoria* cruzó el Índico, dobló el Cabo de Buena Esperanza y siguió hacia España, cargado de especias pero sin apenas alimentos, rehuyendo los puestos y barcos lusos. Muchos tripulantes murieron de hambre. En septiembre de 1522, casi tres años justos después de su salida de Sanlúcar de Barrameda, terminaban su odisea en Sevilla dieciocho supervivientes: dos italianos, un griego, un alemán, un portugués y trece españoles, de los cuales cinco gallegos, cuatro vascos (Elcano entre ellos), dos andaluces, un cántabro y un extremeño.

* * *

A Carlos I se le ha achacado la pretensión de imperar sobre toda la cristiandad, siguiendo la vieja aspiración de un solo poder político paralelo al religioso, pero él era bastante

más realista y no pretendía subyugar a naciones ya consolidadas como Francia, Inglaterra, el mundo escandinavo o España, la cual no formó parte del Sacro Imperio, aunque colaborase con él. Al negarse a explotar la batalla de Pavía para invadir Francia dejó en claro su aspiración: salvaguardar la unidad religiosa del continente como valor fundamental, máxime bajo la amenaza de la superpotencia otomana. Imbuido del ideal humanista, deseaba el cese de las guerras entre cristianos, a fin de expulsar a los turcos de Europa, incluso de Anatolia, y recuperar los Santos Lugares, anhelo persistente desde los tiempos de las cruzadas.

Los luteranos y Francisco I pensaban muy de otro modo. Veían el peligro turco más lejano y lo creían útil para contrarrestar la hegemonía hispanoimperial. Así, en la Dieta o Reichstag, el norte protestante de Alemania solía negar a Carlos fondos para luchar contra los turcos. Lutero había presentado a éstos como justo castigo de Dios por la depravación papista, y al Papa como el Anticristo, no mejor que Mahoma. Según él, el dinero recaudado so pretexto de cruzada antiotomana era derrochado por el corrupto Papado. Con espíritu apocalíptico había clamado: «Roma cae, los reyes caen, los papas caen y evidentemente el mundo se hunde tal como un gran edificio a punto de derrumbarse empieza soltando pequeños crujidos». El Papado y los turcos terminarían derrumbándose juntos.

Aunque cambiaría de postura hasta cierto punto, los protestantes alemanes y holandeses, los anglicanos y los católicos franceses intentarían a menudo pactar con los turcos contra España y el Sacro Imperio.

Las primeras violencias religiosas partieron de los príncipes luteranos que, bajo el principio *cuius regio eius*

religio, imponían el protestantismo en sus territorios, expropiaban iglesias y monasterios, etc. Antes de replicar con las armas, Carlos había buscado largo tiempo un arreglo y la reunificación religiosa. Su intento culminó y fracasó simultáneamente en el Concilio de Trento, abierto en 1545. Los protestantes rehusaron acudir, lo que reabrió las hostilidades hasta la victoria hispanoimperial de Mühlberg, en 1547. Pero sólo cinco años más tarde los luteranos, aliados con Enrique II de Francia, sucesor de Francisco I, hacían retroceder al emperador en los Países Bajos y frustraban su intento de recuperar la ciudad eclesiástica de Metz. En 1555, por la Paz de Augsburgo, Carlos se veía obligado a aceptar el hecho consumado de la división de Alemania entre católicos y protestantes. Paradójicamente, el emperador tuvo que afrontar también al papa Clemente VII, acerbo enemigo del poder hispanoimperial.

Otro carácter tuvieron las guerras con Francia, pues partían de la pretensión francesa de ocupar el norte de Italia, y la de Carlos V de hacerse con Borgoña. Esta última región, de lengua y cultura francesa desde siglos atrás, había pertenecido al imperio —con gran autonomía— y en la Guerra de los Cien Años había luchado al lado de los ingleses. Finalmente Flandes y Países Bajos, antes parte del territorio borgoñón, habían quedado en el imperio, y Francia había integrado la Borgoña propiamente dicha, que Carlos reclamaría en balde. El conflicto estalló por Italia: cuatro grandes contiendas en las que los hispanoimperiales llevaron las de ganar. A la agresividad de Francia contribuía, como pretexto o como creencia, la idea de hallarse semicercada por el imperio, cuya hegemonía moral, política y militar en Europa no aceptaba.

Dentro de estos conflictos hubo un conato de acuerdo

que pudo haber cambiado la historia europea: el trueque de Milán para España, por los Países Bajos para Francia. Ésta habría tenido que lidiar con la expansión calvinista por Holanda, y librado a España de una costosísima guerra. Pero el trueque no tuvo lugar.

Estos conflictos intercristianos impidieron a Carlos concentrar sus fuerzas contra la Sublime Puerta. Sin ellos habría podido sacar más partido de los dos fracasos de Solimán ante Viena y desafiar a fondo la supremacía otomana en el Mediterráneo.

* * *

Las guerras y empresas de aquellos decenios causaron estrecheces y crisis a todos los implicados, por supuesto también a Carlos I. Según expone Ramón Carande en su clásico *Carlos V y sus banqueros* (ante todo los Fugger, que tanto le habían ayudado a conseguir el imperio y eran tal vez los mayores financieros de Europa), la política del emperador se desenvolvió bajo terrible presión de la escasez y aun penuria económica, que debía conciliar, mediante una jerarquía de valores, con sus aspiraciones: «Veremos siempre debatirse a Carlos V entre la vocación y el destino. Ésta fue su tragedia y la de tantos héroes y la de innumerables criaturas del Señor. Le acarrea cada victoria una nueva confabulación. A los vencidos se suman, buscando todos el desquite, los aliados de la víspera, y enardecidos procuran abatir la prepotencia del César». En realidad, ello ha ocurrido a todos los políticos y regímenes que en el mundo han sido, ya que la economía, por definición, es la ciencia de los bienes escasos y la política el arte de lo posible. En toda empresa política pesan los condicionantes económicos, aunque no la determinan: los mismos recursos materiales dan resultados culturales y políticos muy distintos en unos

países y otros y, dentro de cada país, en unas épocas y en otras.

Fue, ante todo, Castilla quien pechó con la ingente carga financiera, prueba, contra una idea habitual, de su potencia económica. La carga perjudicaba a muchos, causaba hambre, miseria y desnudez, pero las descripciones de un reino reducido casi a la mendicidad no casan con el hecho de que produjese tantos impuestos durante tanto tiempo, ya que la miseria no puede tributar; y a España acudían de Francia y otros países no sólo comerciantes, también mendigos que parecían encontrar en el país mejor sustento que en el suyo. Volvemos a la observación de Julián Marías: la historiografía más común sobre la época hegemónica de España parece obsesionada por buscar aquellos factores que habrían impedido esa hegemonía desde el principio.

Gobernar tan enormes y dispersos territorios exigía resolver muy arduos problemas organizativos y administrativos, agravados por las distancias y la lentitud de las noticias y mensajes. La comunicación entre España e Italia funcionaba con relativa facilidad, si bien expuesta al acoso de la escuadra otomana y los piratas magrebíes. Mucha más fatiga suponía la distancia con las provincias flamencas y holandesas, separadas por el extenso y hostil territorio francés, bajo observación de una Inglaterra de alianzas cambiantes, y en mares también infestados de piratas. Para ello el dominio de Milán fue decisivo, pues de allí partía el «Camino Español» por el que marchaban los tercios a Flandes, bordeando a Francia por el este. Por no hablar del Sacro Imperio y de Viena, a miles de kilómetros, fuerte obstáculo para la coordinación de esfuerzos.

Aún mayor dificultad ofrecía la relación con América y el Pacífico, lugares no sólo alejadísimos de España, sino

separados entre sí por miles de kilómetros de arduo tránsito. La navegación del Atlántico era lenta y peligrosa, expuesta a naufragios y cada vez más a la piratería, y las ciudades del Nuevo Mundo carecían de protección militar. Sería preciso habilitar largas rutas desde las islas del Pacífico, Chile o California hasta Veracruz, Panamá o Cartagena de Indias, centros del comercio, las noticias y las acciones políticas, fortificar los puntos estratégicos y enlazar las ciudades, que formaban una red dispersa sobre millones de kilómetros cuadrados. La conquista comunicó por primera vez aquellos territorios sin fin.

Para gobernar el Imperio español, Carlos I perfeccionó el sistema de consejos establecido por los Reyes Católicos. El de Castilla fue el más destacado y modelo orgánico para los restantes, aunque tendió a hacerse más judicial que político. Los demás consejos eran el de Aragón, el nombramiento de cuyos representantes causaba mil pleitos y dilaciones; el de Estado, para las relaciones internacionales y embajadas; el de Hacienda, para control del gasto, compuesto por letrados y con peso menor de los magnates y eclesiásticos; el de Cruzada, que administraba las bulas con que se recogían recursos para la lucha contra turcos y protestantes; el de las Órdenes Militares, las cuales iban perdiendo las funciones bélicas y políticas de la Reconquista, para quedar poco a poco en instituciones judiciales y recaudadoras, y finalmente de prestigio social y poco más; el de la Inquisición y el de Indias, que atendía a los asuntos políticos y militares de América, a los nombramientos, compilación y aplicación de las Leyes de Indias, las crónicas oficiales y las comunicaciones.

El rey nombraba a los miembros de los consejos y cada uno de éstos tenía un secretario que, de modo similar a los

ministros actuales, despachaba con el monarca, quien podía presidir también las reuniones del consejo. Durante las ausencias de Carlos, frecuentes a causa de sus compromisos exteriores, los consejos aseguraban el normal funcionamiento político y administrativo.

* * *

Tantos años de contiendas con enemigos formidables como Solimán, Francisco I o Lutero, y potencias como el Imperio otomano o Francia, extenuaron al emperador, que, enfermo además de gota, abdicó en 1556 —había nacido con el siglo—. Llevaban diez años muertos sus grandes enemigos, menos Solimán, que le sobreviviría, y muchos de sus amigos. El balance de su colosal esfuerzo no era negativo para él: había contenido a turcos y protestantes, y solucionado a favor de España la cuestión italiana. Pero distaba de ser plenamente victorioso: Turquía seguía señoreando el Mediterráneo oriental, algo menos el occidental y el sureste de Europa, gravitando sobre el centro del continente; la cristiandad occidental quedaba dividida radicalmente entre protestantes y católicos; y Francia había conseguido hacerse con las ciudades de Metz, Toul y Verdún, en alianza con los protestantes alemanes… aunque ese éxito prologaría las guerras civiles de religión, que iban a desgarrar a Francia por decenios.

Al abdicar, Carlos dejó el Sacro Imperio, con sede en Austria, a su hermano Fernando, el castellano que pudo haber reinado en España en lugar de él; y España a su hijo (de Carlos), Felipe II, a quien correspondieron Milán y Nápoles, así como Flandes y Países Bajos, estos últimos por pensar que el imperio no sería capaz de defenderlos de Francia y de los protestantes. Luego decidió retirarse a España, a una pequeña residencia palaciega junto al

monasterio extremeño de Yuste, construido a principios del siglo por los jerónimos. Desde allí siguió atento la política europea y la de su hijo Felipe, pero falleció pronto, de malaria, en septiembre de 1558.

Felipe II era por entonces rey de Inglaterra e Irlanda, pues se había casado en 1554 con la reina María I de este país, enlace meramente político por parte de Felipe, quien no correspondía a la atracción que María sentía por él. El acuerdo matrimonial le reconocía el título de rey, caso único entre los monarcas consortes ingleses, haciendo que todos los documentos fueran firmados por ambos, se acuñara moneda con sus rostros y una corona única, y los dos convocasen conjuntamente los parlamentos; al no hablar inglés Felipe, los documentos de Estado se redactaron también en latín o español. Pero los nobles ingleses temían que la unión supeditase su país a España, y las estipulaciones impedían reinar de modo efectivo a Felipe. El cual vivió muy poco tiempo en Inglaterra, no interfirió en el gobierno de su esposa e, irónicamente, recomendó a los ingleses construir una fuerte escuadra, pues la tenían decaída. Fue otra rara ocasión histórica, ya que el heredero de ambos sería rey de Inglaterra y Países Bajos (teóricamente también de Borgoña). Pero no sucedió, porque a los cuatro años, dos meses después de Carlos I, fallecía María sin descendencia, y Felipe dejaba de ser rey de aquel país.

María, mujer muy inteligente e ilustrada, educada por Luis Vives, era hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragón. Reinaba desde 1554, tras el fallecimiento de Eduardo VI y del fugaz reinado de Jane Grey. Como católica, hubo de afrontar inmediatas revueltas anglicanas basadas en la red de intereses creados sobre la anterior expropiación de bienes de la Iglesia. Su hermanastra, la

proanglicana Isabel, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, estaba, casi con certeza, implicada en las conjuras, pero le fue perdonada la vida. A cambio de la aceptación del catolicismo por el Parlamento, María aceptó a su vez la anterior confiscación de tierras eclesiásticas, y con aprobación parlamentaria lanzó una dura persecución contra los protestantes, haciendo ejecutar, en la hoguera o de otras formas, a 284 personas. La cifra era muy inferior a la de los ejecutados por Enrique VIII o después por Isabel, no obstante lo cual le valió el título corriente de *Bloody Mary*, «María la Sanguinaria».

Entre tanto Felipe, un año antes de la muerte de su padre y de su esposa, infligía a Francia una derrota aplastante en San Quintín. En 1556 franceses y españoles estaban en tregua, pero Pablo IV, «el papa Carafa» por el apellido de su familia, instigó al rey francés Enrique II a expulsar de Italia a los hispanos, ofreciéndole la ayuda de las tropas y estados papales. Este Papa obligó a los judíos de Roma a recluirse en un gueto y, agobiado por la expansión protestante, reformó la Inquisición romana para hacer más eficaz su represión, pero se despreocupó del Concilio de Trento, en el que insistía España para clarificar la doctrina frente a luteranos y calvinistas; como nacionalista italiano, Pablo IV detestaba apasionadamente a los españoles. El rey francés, seducido por sus promesas y por la ocasión que le brindaba la abdicación de Carlos I, lanzó sobre Italia un ejército al mando del duque de Guisa, que había resistido en Metz a los hispanoimperiales. Pero el duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo, virrey de Nápoles, tomó la iniciativa, confinó al aterrado Papa y cortó el paso a los franceses.

El golpe decisivo vendría por el norte de Francia, por

donde Felipe II había ordenado contraatacar, lo que obligó a Guisa a volver precipitadamente a su país. En Flandes, Felipe reunió un fuerte ejército de 60 000 hombres, incluidos 7000 ingleses cedidos por su esposa María, y lo puso al mando de Manuel Filiberto, duque de Saboya al servicio de España. Tras una maniobra de distracción, una pequeña parte del ejército avanzó a principios de agosto de 1557 sobre San Quintín, a orillas del río Somme, que abría el camino a París. Percatados del peligro, los franceses avanzaron hacia allí a marchas forzadas, sin que pudieran impedirlo sus contrarios, y el 10 de agosto tuvo lugar la batalla: 10 000 soldados españoles, flamencos, ingleses y alemanes aplastaron a 25 000 franceses y alemanes, sufriendo los primeros algo más de 200 bajas, y los contrarios unas 14 000. La victoria, esencialmente española, tuvo mucho que agradecer a los errores del general francés Montmorency, producto de su arrogancia y desprecio excesivo hacia la capacidad militar de Manuel Filiberto.

Surgió entonces, como treinta y dos años antes en Pavía, la oportunidad de marchar sobre París, y así lo aconsejó el duque de Saboya. Pero Felipe II, que había llegado para celebrar el éxito, se sintió consternado ante el espectáculo de los muertos en el campo de batalla y ordenó tomar la plaza de San Quintín y retirar el ejército a sus dominios de Flandes. En memoria del combate, ocurrido el día de San Lorenzo, ordenó la construcción del monasterio de El Escorial, uno de los edificios más notables de Europa. En adelante, y al revés que su batallador y viajero padre, optó por dirigir sus inmensas posesiones y afrontar a sus potentes enemigos desde El Escorial y el palacio de Madrid, donde estableció la corte en 1561.

Al año siguiente de San Quintín, los españoles vencieron

nuevamente en Gravelinas, y en 1559 Francia firmó la paz de Cateau-Cambresis. Dadas las circunstancias, las condiciones españolas fueron moderadas. Francia retenía parte de sus conquistas, como Metz, Toul y Verdún, y recobraba San Quintín y otras plazas, aunque devolvía varias de Flandes, renunciaba a Italia y reconocía la independencia de Saboya, que, con Venecia y los estados papales, eran las únicas regiones de Italia realmente independientes, pues las demás pertenecían o estaban condicionadas por España. Y se acordaba la colaboración de Francia y España contra los protestantes. Al revés que otras muchas paces europeas, la de Cateau-Cambresis gozaría de un relativo respeto.

A la muerte de María I de Inglaterra en 1558, subía al trono su hermanastra Isabel I, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena. Isabel se había fingido católica pero una vez en el poder propició la vuelta al anglicanismo, que la convertía en soberana al mismo tiempo política y religiosa, y apoyó cuanto pudo a los protestantes franceses, escoceses y holandeses, para socavar a los países católicos. Por motivos políticos, como en el caso de María, Felipe II pidió su mano, a fin de prevenir enfrentamientos, pero no fue aceptado. Dado que Isabel estaba al principio en pugna con Francia, no aplicó de momento una política antiespañola, pero tal situación no iba a durar.

* * *

También estaba cambiando el protestantismo. La doctrina de Lutero, nacionalista alemán en buena medida, había cundido sobre todo por Alemania y Escandinavia, y tendría otra derivación, con foco en Ginebra. El francés Juan Calvino asentó en la ciudad suiza, desde 1541, un férreo poder político-religioso, basado en su interpretación del Evangelio. Impuso la asistencia obligada a los servicios

religiosos y prohibió, bajo penas severas, el juego, la bebida, el baile, el teatro, los cantos y expresiones obscenas, el adulterio e incluso expresiones espontáneas de alegría. Calvino hubo de superar la oposición de grupos ciudadanos que llamó libertinos y que, según él, al considerarse salvos por la gracia divina, no sentían necesidad de obedecer a las autoridades. Fue polemista incansable y comentarista de la Biblia, de temperamento rígido y ascético.

Su víctima más conocida fue Miguel Servet, intelectual español de Huesca, políglota y estudioso de la astronomía, las matemáticas, la medicina y la farmacología, también astrólogo. Servet había estudiado con los franciscanos en España, después en Tolosa de Francia y en París, inclinándose parcialmente al protestantismo. Se le recuerda por su destino y por haber descubierto la circulación pulmonar de la sangre por primera vez en Europa —un sabio islámico del siglo XIII, Ibn Al Nafis, parece que ya la había descrito—. Sus problemas vinieron de la teología: negó la Trinidad, sosteniendo que Dios se había encarnado pero no existía el Hijo salvo en Jesús y como figura nacida y no eterna; el Espíritu Santo sólo sería una manifestación, no una persona distinta del Padre. Rechazó la predestinación protestante, negando que Dios condenase o salvase a las almas sin relación a los méritos de éstas. Polemizó en términos ofensivos con Calvino, y éste escribió: «Como Servet venga a Ginebra, poco valdrá mi autoridad si le dejo salir vivo». Como el oscense vivía por entonces en la ciudad francesa de Vienne, lo hizo denunciar como hereje ante la Inquisición católica. Apresado, se evadió de la cárcel. Trató de llegar a Italia, pero temerariamente se desvió a Ginebra para escuchar un sermón de Calvino. Fue reconocido y arrestado bajo el cargo, entre otros, de «favorecer a turcos y

judíos» con sus tesis sobre la Trinidad. Como forastero, sólo podía ser legalmente expulsado, pero Calvino y las autoridades de los cantones protestantes Zürich, Berna y Basilea creyeron más oportuno llevarle a la hoguera, como hicieron el 27 de octubre de 1553. Muchos de sus libros fueron también quemados. La Suiza protestante destacaría asimismo en la quema de mujeres acusadas de brujas

El calvinismo extremaba la doctrina de Lutero sobre la predestinación: el alma humana, inicua por el pecado original, nunca adquiriría méritos suficientes para salvarse; pero Dios, por libre decisión misericordiosa, salvaba a algunos. Cristo no expió los pecados de la humanidad, sino sólo los de aquellos elegidos desde la eternidad para la salvación. Sobre éstos derrama el Espíritu Santo la gracia divina, a la cual no pueden resistirse ellos, viéndose forzados a obrar el bien. Así, el elegido nunca abandonaría la fe, y si lo hiciera demostraría no estar en el número de los salvos. Un indicio de pertenencia a ese número consistiría en la vida frugal y el éxito en los negocios, razón por la que el calvinismo tuvo bastante éxito entre las capas burguesas y comerciantes. Había en todo ello cierta reminiscencia de la noción judía del «pueblo elegido», que daba a los adeptos una sólida confianza en sí mismos. Todos los aspectos de la vida, incluido el poder político, dependían estrechamente de Dios y adquirían carácter religioso. Quedaba proscrito todo culto no indicado en la Biblia, y rechazadas la formas creadas por la Iglesia, su jerarquía en todos los niveles, desde los sacerdotes al Papa, y la propia misa, transformada en sermón, sin acompañamiento de música ni imágenes en el templo.

Calvino creó un centro de formación de auténticos misioneros que expandieron la doctrina por Europa,

originando nuevos movimientos como los hugonotes de Francia, los presbiterianos de Escocia, los puritanos de Inglaterra o los de los Países Bajos, que tanta oposición harían a España.

En estas circunstancias europeas comenzaba Felipe II un largo reinado que duraría 42 años, hasta 1598.

43

EVANGELIZACIÓN Y MÍSTICA

En las historias de España suele abordarse sólo de pasada la evangelización del Imperio español, como si fuera un aspecto irrelevante o un pretexto encubridor de las violencias. Pero fuera cual fuere la motivación, sus repercusiones históricas tienen enorme alcance: han modelado espiritual e ideológicamente América y Filipinas, donde hoy tiene su base más amplia el catolicismo. Por otra parte, de haber sido los hispanos tan hipócritas, no habrían desplegado un esfuerzo religioso tan colosal. Se lo considere superstición u otra cosa, no hay duda de su sinceridad. Muchos misioneros perecieron y todos derrocharon energías y sacrificios por sus objetivos. Ningún otro país europeo dedicó a ello tal empeño. Sin tomarlo en cuenta poco podría entenderse de aquella época.

El catolicismo español no aceptaba la absoluta depravación humana supuesta por los calvinistas, para quienes la mayoría de los cristianos y probablemente todos los infieles estaban destinados a condenarse. De ahí el problema de los pueblos que no habían oído hablar de Cristo y mostraban, sin embargo, virtudes apreciables, incluso más que los cristianos, a juicio de Las Casas y otros: ¿se salvarían o se condenarían? Como fuere, el ansia de salvar sus almas era muy intensa entre algunos laicos y casi todos los religiosos: por las tierras conquistadas y más allá se implantaron enseguida las órdenes de franciscanos, dominicos, jesuitas, jerónimos, etc., con los respectivos conventos y monasterios, muy pronto más de trescientos en la Nueva España o Méjico. Los monasterios cumplieron una función similar a los de Europa durante la Edad de

Supervivencia pues, aparte de la labor religiosa servían de hospitales, enseñaban técnicas agrícolas y ganaderas, artesanía, música o pintura, lectura, a menudo en las lenguas indias, de las que hicieron gramáticas. Según Motolinía «en determinados monasterios hay trescientos, cuatrocientos, seiscientos y hasta mil alumnos».

Intelectuales en apariencia nostálgicos de los sacrificios humanos, el canibalismo o el despotismo caciquil, condenan la desaparición de las culturas y cultos prehispánicos y han difundido la creencia de que los indios fueron convertidos a sangre y fuego o por amenazas y abusos de poder, aunque admitan excepciones. Tales ideas no explican la realidad aún actual de un catolicismo muy sentido entre los indios. Las misiones de ningún modo fueron casos aislados, se extendieron desde Arizona y California hasta Patagonia y luego a Filipinas, con colaboración entre clérigos y autoridades laicas. Felipe II excluyó a los indios de la competencia de la Inquisición. No hubo «hogueras de indios» por las autoridades eclesiásticas, salvo un caso aislado y con protestas de los españoles, aunque las autoridades laicas mataron así a algunos, en los primeros tiempos. El último rey indio de Michoacán entró en la orden jesuita.

El franciscano Juan de Zumárraga y el obispo y ex magistrado Vasco de Quiroga intentaron organizar sociedades utópicas dirigidas por frailes, a lo que parecía prestarse el carácter indio, forjado en siglos de sumisión total a la autoridad; también lo intentarían los jesuitas en las *reducciones* del Paraguay. Zumárraga fundó un colegio superior para formar una élite intelectual india, producto de la cual fueron, entre otras, la traducción al español de las crónicas aztecas por el indio Ixtilxótihitl. No todo resultó tan

bonito, obviamente: hubo destrucciones ocasionales de códices indios y de templos y aras de sacrificios, sobre todo en Yucatán; pero debe comprenderse que la actitud de misioneros y autoridades se parecía a la hoy corriente sobre el nacionalsocialismo y sus restos. Después se recuperaron cuantos datos fue posible. Así Fray Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de Nueva España*, Francisco Hernández en *Las antigüedades de la Nueva España*, la *Relación* de Juan Bautista Pomar, mestizo también llamado Nezahualcóyotl, o la *Historia General de las Indias*, y la *Conquista de Méjico*, de López de Gómara, cuya impresión Las Casas logró prohibir convenciendo a Felipe II, aunque siguieron circulando. Éstos y otros estudios recogen abundante información sobre estos pueblos, y en el caso de Gómara también del Perú, incluyendo religión, historia, medicina, himnos, poesía, instituciones, costumbres familiares, culinaria, conocimientos científicos, etc. De esa labor han dependido los investigadores y arqueólogos posteriores, a veces sin rendir tributo apropiado a sus fuentes.

En 1552 se abría la primera cátedra de náhuatl en la Universidad de Méjico, y pronto otra de quechua en la Universidad de Lima, de obligada asistencia para los religiosos.

Las conversiones entre los indios de Méjico y Perú fueron rápidas y masivas. Los informes indican su pronto deseo de olvidar sus viejas religiones, al punto de que los misioneros debían hacer esfuerzos para ordenar la marea. Los indios se quejaban de que les aplazasen el bautismo, y obligaron a los frailes a relajar las exigencias de instrucción alegando que «han andado durante largas jornadas, han hecho grandes sacrificios y han afrontado grandes peligros».

Muchos indios fueron preparados para predicar, y lo hicieron con entusiasmo. Surgió enseguida un arte nuevo en pintura, escultura y arquitectura, mezcla de estilos indios e hispánicos, con artistas nativos como Juan Gersón. Los misioneros, a su vez, solían predicar en lenguas indias. En 1531 al indio Juan Diego Cuauhtlatoatzin se le apareció la Virgen, según la tradición, y en el lugar se fundó el santuario de la Virgen de Guadalupe, uno de los mayores centros de peregrinación del mundo católico. El hecho final es que la conquista y la evangelización crearon sociedades «estables, pacíficas y prósperas», en frase de Octavio Paz. Más estables casi que cualesquiera otras del mundo durante tres siglos, con sólo esporádicas perturbaciones. Ha sido frecuente en los siglos XIX y XX denostar la conquista y la cristianización con argumentos que serían más convincentes si no ocultaran o minusvaloraran hechos como los aquí someramente reseñados.

El historiador Jean Dumont, de cuyo libro *La Iglesia ante el reto de la historia* he tomado la mayor parte de estos datos, sostiene que acaso la protección a los indios fue excesiva, porque facilitó su progresivo retraimiento a sus lenguas, arcaísmos económicos y tiranía de los caciques, obstruyendo su evolución.

* * *

Muchos misioneros predicaron a lo largo y ancho de América y por el Pacífico, como Toribio de Benavente, Martín Pizarro, sobrino del conquistador, Blas Valera, el flamenco-francés Pierre de Gand, instructor de artistas y técnicos indios, Juan de Torquemada, también historiador de los aztecas, Jerónimo de Mendieta, José de Acosta, Juan de Grijalva y muchos más, bastantes de los cuales aprendieron las lenguas locales y escribieron crónicas y libros

científicos sobre la geografía, la fauna y la flora, como también hicieron algunos conquistadores.

El misionero español más conocido fue Francisco Javier, que, por azar, laboró en la órbita portuguesa. Estando en Goa escribía: «Muchos cristianos se dejan de hacer en estas partes, por no haber personas que se ocupen en la evangelización. Muchas veces me mueven pensamientos de ir a esas Universidades dando voces como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en la Sorbona a los que tienen más letras que voluntad […] ¡cuántas almas dejan de ir a la gloria y van al infierno por negligencia de ellos!». Javier había llevado en París la vida disipada del estudiante, y allí conoció a Ignacio de Loyola, que le insistió con el lema: «¿De qué te sirve ganar el mundo si pierdes tu alma?». Por fin adoptó una absorbente vida religiosa y fundó con Ignacio la Compañía de Jesús, volcada a expandir el cristianismo y frenar al protestantismo en el terreno religioso e intelectual.

Francisco Javier, navarro de familia, agramontesa, había colaborado con Francia, mientras que Ignacio había luchado a favor de España, pero ello no enturbió su amistad. En 1540, estando en Roma, el embajador portugués pidió a Ignacio misioneros para las posesiones lusas en la India, y Javier se trasladó a Lisboa y desde allí emprendió el larguísimo e incomodísimo viaje, con escorbuto y peste incluidos. Sobrevivió, aunque no arribó a su destino, Goa, hasta 1542. Durante casi medio siglo, los únicos misioneros cristianos en Asia serían los jesuitas.

Goa, situada hacia el centro de la costa occidental india, venía a ser la capital portuguesa del Índico y ciudad posiblemente mayor que cualquiera de Europa. Vasco de Gama, primer europeo visitante de la India, había alcanzado

Goa en 1498, y en 1510 Alfonso de Alburquerque había establecido allí una colonia. Desde 1526 el nuevo Imperio mogol, musulmán y de lengua oficial persa, fue ocupando el subcontinente, alternando tolerancia y persecución al mayoritario hinduismo. Durante los siglos XVI y XVII dicho imperio se extendería como ninguno anterior en la India desde los tiempos de Asoka. A la llegada de Javier, la zona de Goa estaba enclavada en el Imperio Vijayanagara, que iba a declinar hacia 1565, vencido por sultanatos musulmanes. Más al norte, los portugueses habían ocupado los enclaves de Damao y Diu, y fundaron la ciudad de Bombay, destinada a convertirse en una gran urbe, y los retuvieron contra la presión de los reinos locales y del Imperio mogol.

Francisco Javier creyó notar una grave relajación moral y religiosa entre los portugueses de Goa, y se aplicó a catequizar a los indígenas. Creó un seminario y formó a predicadores nativos. Durante seis años viajó por las islas próximas a Ceilán, las islas de la Sonda y las Molucas o de las Especias, por donde los portugueses tenían factorías y enclaves, y procuró aprender las lenguas del país. Al parecer tuvo éxito desbordante, hasta terminar las jornadas con los brazos fatigados de bautizar. Pidió al rey de Portugal que llevase a Goa la Inquisición, la cual, según parece, había de distinguirse allí por su crueldad años después del fallecimiento de Javier.

En Malaca encontró a un samurái japonés llamado Anjiro, huido de su país por un asesinato, quien le animó a predicar en Japón, previniéndole de que los japoneses mirarían si su vida práctica correspondía a sus enseñanzas. Javier salió para el país acompañado del valenciano Cosme de Torres, del portugués João Fernández y de dos japoneses como traductores, llegando en 1549, después de muchas

peripecias. Japón estaba bajo el poder teórico de un emperador y efectivo de la dinastía de *shogun* —jefes militares— Ashikaga. El shogunato, también débil, no lograba dominar a los *daimios* o señores territoriales, que disponían de sus propios ejércitos dirigidos por élites guerreras de samuráis. Por tanto, el país era inseguro.

Aunque los daimios, en general, consintieron la predicación, ésta convencía a pocos japoneses, pues objetaban que si Dios había creado todas las cosas, también habría creado el mal y el pecado; además chocaron con los bonzos budistas a quienes Javier acusaba de propagar la idolatría y la sodomía. Por otra parte, aunque los japoneses saqueaban a menudo la costa de China, respetaban mucho su cultura, y se extrañaban de que, si los misioneros tenían razón, los chinos no pensaran como ellos. Javier trató de entrevistarse con el emperador en Kioto, pero no fue recibido.

Pese a las dificultades, Javier muestra en sus escritos aprecio por los japoneses, a quienes consideró muy aptos para ser cristianizados y equiparables a los españoles en cortesía. Dejó allí tres comunidades con quizá dos mil adeptos, entre ellos samuráis y algunos jefes políticos. Más adelante, los cristianos chocarían con el poder, pasando a una cierta clandestinidad, y al final del siglo sufrieron una cruenta persecución.

En octubre de 1551, Javier volvió a la India con intención de predicar por China. Salió de Goa en abril de 1552 con algunos acompañantes, en el barco del capitán Diego de Pereira, y después de muchos avatares llegaron maltrechos, a finales de agosto, a la isla Shangchuan o Sanchón, unos 200 kilómetros al sur de la actual Hong Kong. China vivía bajo la xenófoba dinastía Ming, que no

admitía a extranjeros y prohibía el comercio exterior, salvo limitadamente en tres puertos, donde intercambiaba seda y porcelanas por plata. Shangchuan era el punto de intercambio con los portugueses, primeros europeos en llegar por mar al país; en 1513 habían mandado al emperador una embajada que había sido apresada y sus miembros fallecido en prisión. En la isla, Javier trató de contratar algún chino que le transportara clandestinamente al continente, pero entretanto enfermó y el 3 de diciembre murió, a los 46 años.

* * *

Si Javier podría personificar el espíritu misionero en la primera mitad del siglo XVI, durante la segunda mitad sería Santa Teresa de Jesús una de las mejores exponentes de la religiosidad en España. Aunque se ha insistido, algo ociosamente, sobre su origen converso por el lado paterno, su carácter cristiano no ofrece duda. Con 7 u 8 años, ella y un hermano, influidos por las leyendas de los romances y por el ambiente familiar, salieron de casa a buscar el martirio en «tierra de infieles», y fueron devueltos al hogar por un tío suyo. Más tarde se aficionó a los libros de caballerías y a sus «vanidades» y finalmente, tras una grave enfermedad, decidió hacerse monja. Ante la rotunda oposición de su padre, dejó la casa familiar e ingresó en un convento carmelita, con 18 años. Su salud empeoró y llegó a quedar paralítica durante dos años. Según escribiría, en 1542 tuvo una visión de Jesucristo y fue influida por algunos dominicos y jesuitas; a partir de 1558 habría tenido nuevas visiones místicas y contacto con la divinidad. Al mismo tiempo se propuso una reforma rigorista de la orden del Carmen, la cual se había relajado, a su juicio, y fundó los carmelitas descalzos. Proponía estricta pobreza, clausura y ejercicios ascéticos. Sorteando muchos obstáculos, logró autorización

para fundar conventos. Pese a su dolorida salud y la agria oposición de los carmelitas calzados, desde 1562 hasta su muerte, veinte años más tarde, recorrió el país fundando hasta dieciséis conventos en Ávila, Toledo, Pastrana, Alcalá de Henares, Salamanca, Medina del Campo, Segovia, Sevilla, etcétera.

Sus experiencias místicas y reformas despertaron recelos, y en 1574 y en otras ocasiones Teresa fue denunciada a la Inquisición por escritos presuntamente heréticos y por semejanzas de sus éxtasis con los de los *alumbrados*. Desde principios del siglo nacieron en varias ciudades círculos llamados alumbrados o iluministas, derivación radical de algunas ideas erasmianas de religiosidad recogida y oración interior. El recogimiento llegaba a «dejamiento», abandono personal a la gracia divina, que produciría una comunicación directa con Dios mediante éxtasis místicos, dejando de lado los ritos externos, la jerarquía eclesiástica o la idea del infierno. Entre los «dejamientos» y la práctica sexual había más que semejanzas, pues sus penitencias podían consistir en ayuntamientos carnales entre los sacerdotes y sus seguidoras, que por este medio sacarían almas del purgatorio o hasta engendrarían algún Mesías. Los alumbrados fueron tachados de tener comunicación con el diablo, no con Dios, y castigados con penas menores. Se dice que Teresa tuvo también la visión de la tortura y asesinato del jesuita padre Acevedo y otros treinta y nueve misioneros por el pirata hugonote francés Jacques Sores, que en 1555 había quemado La Habana.

Varias ideas alumbradas recordaban al protestantismo, que a mediados de siglo preocupaba al gobierno como fuente de posibles guerras civiles al estilo de la del centro de Europa, máxime cuando ya amenazaban a Francia, mientras

la corona inglesa, asimilada al protestantismo y en colaboración con él, patrocinaba como negocio la piratería contra barcos españoles en el Mar del Norte y Canal de la Mancha. En 1558 y 1562 se incoaron procesos a núcleos protestantes de Valladolid y Sevilla, los cuales fueron extirpados con ejecución de un centenar de personas. Después, los brotes luteranos serían mucho menores, y pocas las condenas capitales.

Teresa de Jesús superó las suspicacias y molestias inquisitoriales, con el apoyo de religiosos que serían canonizados, como el cacereño Pedro de Alcántara o el valenciano Francisco de Borja, tercer director general de los jesuitas, después de Ignacio de Loyola y del padre Laínez. Sus confesores y protectores le incitaron a escribir su autobiografía y experiencias, a lo que ella accedió, aun no creyéndose buena literata.

Fue muy importante su relación con Juan de Yepes, conocido para la posteridad como San Juan de la Cruz, uno de los mayores poetas españoles y el mayor poeta místico, de gran influencia posterior dentro y fuera de España. Al revés que Teresa, procedía de familia «pobre de solemnidad», de un pueblo de Ávila, y en calidad de tal recibió instrucción sumaria en un colegio religioso, y más tarde enseñanza superior con los jesuitas de Medina del Campo, alcanzando una cultura humanística y teológica elevada. En 1567 conoció a Teresa, que le convenció de unirse a la orden del Carmen reformada, fundó monasterios masculinos y ayudó a aquélla en sus otras fundaciones. Padeció las trifulcas dentro de la orden carmelita, pues en 1577 los calzados le apresaron durante nueve meses en Toledo y lo sometieron a latigazos y humillaciones, hasta que consiguió fugarse. En prisión escribió parte de su *Cántico espiritual*, inspirado en el *Cantar*

de los cantares bíblico. Otra de sus obras más conocidas, *Noche oscura del alma*, trata el encuentro del alma con Dios, su separación del cuerpo y los obstáculos mundanos y penalidades a vencer en el proceso, cuyo simbolismo explicaría en un trabajo en prosa del mismo título. El tema es esencialmente el mismo en *Subida al monte Carmelo* o en *Llama de amor viva*. Los poemas están influidos por la Biblia, por Petrarca, por la literatura mística centroeuropea y por el romancero, como fue típico en España, donde las formas del Renacimiento no excluyeron la poesía popular. Lo esencial de su pensamiento es el proceso de unión con Dios mediante el silenciamiento progresivo de las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, y su transformación completa en las virtudes teologales de caridad, esperanza y fe.

Guardan semejanza con sus obras las de Santa Teresa, que en su autobiografía propone cuatro pasos para la máxima elevación espiritual: oración mental concentrada en la pasión de Cristo y la penitencia; disolución de la voluntad personal en la divina; estado de éxtasis sobrenatural en que la razón, la imaginación y la memoria son absorbidas por el sentimiento de Dios; por último, el rapto completo, en que desaparece la consciencia de estar en el cuerpo y todas las facultades se absorben en la divinidad.

Así como Juan de la Cruz emplea el amor humano como metáfora de la experiencia mística, la descripción de algunas visiones por Teresa sugieren el acto carnal, que ha permitido una explicación freudiana de fondo histérico, si bien en la vida de ella nada permite suponer histeria. Siempre parece haber mantenido la serenidad, según refleja su célebre poema «Nada te turbe […] la paciencia todo lo alcanza […] sólo Dios basta…». Y no hay constancia alguna de una

orientación sexual en su mística, más bien al contrario. Algunos poemas y libros como *Camino de perfección* y *El castillo interior o Las Moradas* la convierten en una de las más destacadas escritoras o escritores místicos, y su penetración introspectiva le permite explicar con claridad sus experiencias en un lenguaje sencillo y de notable calidad literaria. Por otra parte, su misticismo no estorbaba un talento organizador y práctico del mayor nivel, expuesto en sus fundaciones y orientaciones para la dirección de los conventos. Falleció en 1582 y San Juan, que era más joven, en 1591.

* * *

Coetáneo de los anteriores fue otra figura descollante, el conquense Fray Luis de León o Ponce de León. A los 14 años fue a estudiar a la Universidad de Salamanca, y después a la de Toledo y la de Alcalá de Henares, donde aprendió entre otras cosas griego, latín y hebreo. Profesó en los agustinos y desarrolló su carrera en el ambiente profesoral de Salamanca, como catedrático desde 1561, cuando contaba 34 años. Allí enseñó, entre otros, a Juan de la Cruz, y se sumergió en el estudio, la escritura y la traducción de partes de la Biblia. No tuvo una carrera muy tranquila. Por envidias y rivalidades entre órdenes religiosas, fue denunciado en 1572 a la Inquisición, acusado de traducir el *Cantar de los cantares* y preferir el texto hebreo sobre el latino de la Vulgata, ambas cosas contrarias al espíritu del Concilio de Trento. Estuvo cerca de cinco años en la cárcel inquisitorial, donde escribió gran parte de su obra *De los nombres de Cristo*, disertaciones dialogadas sobre los calificativos que los textos bíblicos dedican al Mesías, explayando sus significados. También compuso allí di versos poemas, entre ellos el que comienza: «*Aquí la envidia y mentira/ me*

tuvieron encerrado…».

Liberado sin cargos, volvió a su cátedra con la frase famosa «Decíamos ayer…». Algunos de sus versos tienen un tono místico, como en su célebre oda a su amigo Salinas, músico: «*¡Oh desmayo dichoso!/ ¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!/ […] ¡Oh!, suene de continuo/ Salinas, vuestro son en mis oídos/ por quien al bien divino/ despiertan los sentidos/ quedando a lo demás amortecidos*». Versos reminiscentes de otros de Juan de la Cruz o de Teresa de Jesús, incluso del poema al ruiseñor de Eugenio de Toledo, de la época hispanogoda (el propio Fray Luis tiene algunos poemas patrióticos dedicados a la pérdida de España por Don Rodrigo, y al apóstol Santiago). Pero Fray Luis no es propiamente místico, no busca la contemplación y fusión con la divinidad, sino más bien el clásico equilibrio y armonía; no en vano admiraba a Virgilio y a Horacio, cuyas *Odas* tradujo y cuya influencia resalta en sus cantos a la vida retirada en el campo como «los pocos sabios que en el mundo han sido», lejos del «mundanal ruido», de las exigencias de la fama, el mando, la riqueza y las envidias, de todo lo cual sufrió bastante su temperamento más bien apasionado. Pero no todo fueron molestias en Salamanca, donde pudo disfrutar de la amistad de un círculo de intelectuales y literatos de la talla de Benito Arias Montano, también muy apreciado y protegido por Felipe II; de Francisco Sánchez de las Brozas, *El Brocense*, humanista erasmiano y estoico, gramático comparable a Nebrija, que concibió la idea de una gramática de las estructuras implícitas en todas las lenguas; o Francisco de la Torre, un destacado poeta.

Aparte de sus celebrados poemas, quizá la obra más conocida de Luis de León sea *La perfecta casada*, obra muy

poco feminista, de gran simpatía por las labores tradicionales encomendadas a la mujer, y un manual de conducta en el matrimonio.

* * *

Caben pocas dudas de la intensidad religiosa de la época. Frente a la predestinación luterana al margen de las obras, el hombre podía salvarse o condenarse por ellas y por la fe. La contrición entrañaba el perdón de los pecados, de modo que morir sin confesión parecía a muchos el peor castigo. Cuando Almagro trataba de evitar la ejecución, el despiadado Hernando Pizarro le dijo: «Sois caballero y tenéis un nombre ilustre; no mostréis flaqueza. Me maravillo que un hombre de vuestro ánimo tema tanto a la muerte. Confesaos, porque vuestra muerte no tiene remedio». La confesión, si por un lado aliviaba angustias y neurosis —se la ha comparado al diván del psicoanalista—, por otra podía animar a la peores acciones, con la esperanza de arrepentirse a tiempo. Por Italia circulaba un chiste sobre españoles que confesaban con naturalidad horribles pecados, y al final indicaban al confesor: «Bueno, tengo también un pecadillo». «¿Cuál?». «Que no creo en Dios». Francisco de Carvajal, *el demonio de los Andes*, cruel y hábil capitán, no debió de ser muy creyente. Era tan ocurrente y mordaz que, se decía, hacía reír en el patíbulo a quienes hacía ejecutar. Cuando le tocó a él la suerte de ser descuartizado, por haberse rebelado junto a Gonzalo Pizarro, rehusó confesarse, alegando con sarcasmo que no tenía otro cargo sobre su conciencia que haber dejado por pagar medio real a una tendera de Sevilla. A un conquistador que, vencido antes por él, le ofreció sus servicios en el proceso, le replicó: «¿Puedes liberarme? Nada puedes hacer. Si te perdoné la vida, como dices, debió de ser porque nunca me gustó matar a hombres tan ruines».

Actitud seguramente rara, pero quizá no del todo excepcional.

44

EL CONCILIO DE TRENTO Y LA ESCUELA DE SALAMANCA

Carlos I había intentado en los años treinta recobrar la unidad religiosa mediante un concilio general, pero la idea no complació al papa Clemente VII ni a los cardenales, que aún confiaban en detener por la fuerza la marea luterana. Y todavía más se oponía Francisco I de Francia, ya que una solución del conflicto le privaría de un aliado. Los españoles, muy comprometidos en la lucha con los turcos y perjudicados por las disidencias intercristianas, sí deseaban el concilio, y por fin Pablo III, sucesor de Clemente, accedió a convocarlo. Sus trabajos comenzaron a finales de 1545 en la ciudad noritaliana de Trento, y terminarían, después de varias interrupciones, dieciocho años después, reinando en España Felipe II.

Carlos había solicitado la presencia de los luteranos, para lo cual había el escollo de que estaban excomulgados. Aun así les garantizó libre uso de la palabra, sin voto. Ellos, de todas formas, no tenían intención de acudir, ya que empezaban por rechazar la autoridad del Papa para convocar o presidir concilios, y de ahí la guerra y Mühlberg.

Tanto el empuje material luterano-calvinista como sus tesis proponían a los católicos un reto vital. Punto clave del protestantismo era, como hemos visto, que el pecado original había corrompido de tal modo la naturaleza humana, que los buenos actos y virtudes del individuo nunca compensarían esa maldad esencial ni le justificarían ante Dios, por lo que su salvación dependía tan sólo de la gracia divina manifiesta en su fe. Las buenas obras son producto —no del todo

necesario— de la fe, y signo de que la persona disfruta de la gracia de Dios. Pero signo insuficiente, porque sólo Dios sabe desde la eternidad a quiénes salvará o condenará por su propia e inescrutable voluntad, ante la cual la razón, el libre albedrío y las obras buenas o malas quedan en ilusiones. De ahí podría derivar tanto una absoluta despreocupación como una densa angustia en torno a la conducta humana y a los signos de salvación. La orientación para el hombre consistía en la revelación divina contenida exclusivamente en la Biblia (la *Sola Scriptura*). Pero ningún clérigo ni el Papa tenían para interpretarla mayor autoridad que cualquier particular: cada uno podía interpretar la Biblia sin intermediarios ni otra condición que su fe subjetiva. Este enfoque, aplicado de modo consecuente, impedía formar cualquier Iglesia y sembraba una incertidumbre esencial, porque al no tener nadie la certeza de su salvación, tampoco podía tenerla de entender correctamente las Escrituras. Estos problemas se resolvían por una práctica contradictoria, pues los protestantes vivían de hecho en iglesias diversas y no bien avenidas entre sí.

La tesis de la *Sola Scriptura* presentaba otras dificultades, pues entonces, como había objetado Carlos I, los cristianos habrían vivido quince siglos en el error, por aceptar la interpretación de la Iglesia como única válida. A esto respondían los protestantes que, en efecto, había habido graves desviaciones de la doctrina primitiva, y que se trataba de volver a ella. Respuesta sólo parcial, porque el error habría sido demasiado prolongado y los cristianos habrían vivido todo ese tiempo bajo el magisterio del Anticristo. Y si las Escrituras eran la única revelación, ¿cómo podía ser interpretada de modo diferente e incluso contradictorio, bajo el supuesto auxilio del Espíritu Santo?

Trento abordó estas cuestiones y las derivadas de ellas, así como una reforma interna. Con respecto al pecado original, estatuyó que el mismo dañaba la naturaleza humana pero no la sumía en total depravación. El hombre sólo podía justificarse ante Dios a partir de la gracia de Cristo, pero ésta no obra sólo sobre determinadas personas que la recibirían pasiva e irresistiblemente, sino que todos los hombres, dotados de libre albedrío, pueden admitir o rechazar esa gracia; en tal contexto, las obras adquieren valor y el hombre poder sobre su propia vida: «Si alguno dijere que no está en poder del hombre dirigir mal su vida, sino que Dios hace tanto las malas obras como las buenas, no sólo permitiéndolas, sino ejecutándolas con toda propiedad, y por sí mismo; de suerte que no es menos propia obra suya la traición de Judas, que la vocación de San Pablo; sea excomulgado», decía uno de los cánones. El cual conducía sin embargo al mismo dilema que Francisco Javier encontraba difícil aclarar en Japón: al obrar el mal, el hombre se opone a la omnipotencia divina, lo que parecía íntimamente contradictorio; como lo era el supuesto protestante de que Dios había reservado la gracia para algunos al margen de sus obras, lo que ponía en duda la absoluta justicia divina. El problema radicaba, por una parte, en la valoración de la distancia entre la conducta práctica humana y el ideal manifestado, por ejemplo, en los Diez Mandamientos; y por otra, en la relación entre la voluntad humana y la divina.

Frente a Lutero, Trento estableció como fuentes de la revelación no sólo la Biblia, también la posterior tradición eclesiástica, dando autoridad al magisterio y mediación de la Iglesia, en calidad de Cuerpo de Cristo, para la salvación humana. Recogió la tradición de siglos sobre el culto y

devoción a la Virgen María, reconociéndola intercesora y negando la acusación protestante de haberla convertido en cuarta persona de la Trinidad. Reafirmó la veneración de los santos y las reliquias, el celibato eclesiástico, los siete sacramentos, la misa, el purgatorio, la jerarquía eclesiástica y la autoridad del Papa. Para corregir los abusos y corrupciones del clero, prohibió la venta de indulgencias y obligó a los obispos a residir en sus diócesis y no acumular cargos, debiendo ser nombrados atendiendo a su moralidad comprobada. Los sacerdotes serían preparados en seminarios con estudios prolongados y reglamentados, y los párrocos debían predicar los domingos y días festivos, catequizar a los niños y llevar un registro de nacimientos, matrimonios y defunciones. Se reafirmó el credo de Nicea-Constantinopla y se elaboró un catecismo para formar a los fieles. Recibió carácter oficial la versión latina de la Biblia o Vulgata, escrita por San Jerónimo en el siglo V (Fray Luis de León prefería sus propias traducciones desde el hebreo, lo que le costó disgustos). Se estableció un rito unificado de la misa, en latín. Del concilio derivaría asimismo un impulso a la música sacra y al arte religioso en general.

Trento fue un enorme esfuerzo reorientador y reorganizador tras la dura prueba luterana. Lo que hasta hoy sigue siendo la Iglesia fue modelado por aquel concilio que, por su trascendencia, es quizá el más decisivo de la historia después del primero de Nicea en 325. Sentó con la actividad de los jesuitas, la base de la contraofensiva de Roma. Sin embargo ésta fue acompañada de varias medidas defensivas, como la extensión de la Inquisición romana, con el nombre de Santo Oficio, a los principales países católicos, salvo España, que ya contaba con la suya; de un *Índice* de libros heréticos o peligrosos, cuya lectura se prohibía a los fieles; y

la negativa a traducir la Biblia a las lenguas vulgares, para asegurar que su interpretación quedase en manos de personas a quienes se suponía más preparadas. Las diversas tendencias protestantes adoptaron medidas semejantes, excepto en relación con las traducciones de la Biblia.

* * *

España chocaría aún con el papa Pablo IV, enemigo de la hegemonía hispana, que dejó empantanado el concilio durante su pontificado, de 1555 a 1559; pero llegaba a Trento con poder político y la autoridad de haber reformado su Iglesia ya en tiempos de los Reyes Católicos, convertida en el principal escudo y espada del catolicismo. De ahí que, al lado de los italianos, llevasen la voz cantante teólogos españoles como los jesuitas Diego Laínez y Alfonso Salmerón, los dominicos Melchor Cano y Domingo de Soto, y otros como Francisco Torres *Turriano*, o Arias Montano. Los jesuitas citados habían estado entre los siete que formaron el núcleo de la orden, y Laínez había sucedido a Ignacio de Loyola como general de la orden desde 1558 hasta 1565 (la enemistad del papa Pablo IV mantuvo a la orden dos años sin superior general, tras la muerte de Ignacio en 1556). Bajo el mandato de Laínez, los jesuitas se implantaron en Francia y Polonia, aumentaron las misiones y crearon colegios. Laínez preparó una lista de «errores protestantes» y estuvo a punto de ser elegido Papa, pero huyó para evitarlo. Salmerón, estudiante en Alcalá y París, nuncio papal en Irlanda, ante la Dieta de Augsburgo de 1555, en Polonia y en Bélgica, y predicador prestigioso, enseñó en la universidad bávara de Ingolstadt y en Verona, y fue provincial de la orden en Nápoles. Interpretó al modo católico la *Epístola a los Romanos*, de San Pablo, en la que Lutero se había inspirado de preferencia para su tesis de la

justificación sólo por la fe.

Francisco Torres, palentino, fue un teólogo renombrado, a quien comisionó el Papa ante el concilio. Domingo de Soto, Melchor Cano y, más tangencialmente, Arias Montano, forman parte de la llamada Escuela de Salamanca.

La autoridad hispana en Trento procedía del pensamiento teológicofilosófico de sus universidades, sobre todo la complutense y la salmantina. La inquieta y creativa Escuela de Salamanca persistió por varias generaciones e hizo aportaciones decisivas a diversas disciplinas. Sus mayores maestros fueron dominicos y jesuitas, que renovaron la escolástica, a la que se daba por agotada tras las controversias de la Edad de Asentamiento. Si el protestantismo derivaba, al menos en parte, del nominalismo y el occamismo, la Escuela de Salamanca partió del tomismo, dándole nueva fecundidad en la especulación moral, el derecho, la política, la economía, incluso en las ciencias naturales, mezclada con el espíritu convencionalmente llamado humanista.

Problema clave, no sólo en la polémica con Lutero, era el de la existencia del mal. El mal se presenta como daño causado por la naturaleza, tal una peste o una inundación, carentes de valor moral pero que arrojan una sombra sobre la justicia divina, pues en ellas perecen indistintamente justos y pecadores (solían considerarse esas catástrofes como castigos divinos). Y se presenta ante todo como el daño causado por los hombres por ir contra los mandamientos y revelación divinos, contra el sentimiento de que entre las tendencias e intereses contrarios de los individuos debe haber un equilibrio llamado justicia, querida por Dios. El malvado obra así contra la voluntad divina, o prefiriendo valores inferiores a otros superiores, pero ello ¿no pone en

entredicho la omnipotencia de Dios? Francisco de Vitoria abordó el asunto desde el libre albedrío: Dios ha dotado al hombre de libertad para elegir el mal en lugar del bien, y así condenarse en lugar de salvarse. Se puede hacer el mal aun conociendo la voluntad de Dios expuesta en las Escrituras, y por otra parte se puede hacer el bien, aunque de modo incompleto, sin conocerla, como podía ser el caso de individuos de otras culturas. El problema, como ocurre con los grandes problemas filosóficos, no queda del todo resuelto, pero encuentra cierta base razonable y fecunda.

También provocó debate entre los salmanticenses, particularmente entre dominicos y jesuitas, la cuestión de la predestinación y la gracia. Los jesuitas y Fray Luis de León pusieron el énfasis en el libre albedrío, en detrimento del pecado original, a un nivel que pareció herético al dominico Domingo Báñez, el cual les acusó ante la Inquisición. A su vez, Luis de León denunció a Báñez como próximo a Lutero por proclamar una esencial corrupción humana por el pecado original, que daría valor exclusivo a la gracia. Tales intrigas indican cuán agria podía resultar la polémica. Uno y otro terminaron exculpados por la Inquisición, pero el debate continuaría con nuevos protagonistas, como el jesuita Luis de Molina, que insistió en el libre albedrío desde una posición intermedia: Dios puede prever tanto las posibilidades de la decisión humana como las decisiones que efectivamente tomará el hombre, y con ello admite cierta forma de predestinación. Esa versión la atacaron con calor los dominicos y más tarde la corriente jansenista, próxima al calvinismo en cuanto al papel de la gracia y de la predestinación. La controversia, llamada *De auxiliis*, continuó hasta que el papa Pablo V, ya a principios del siglo siguiente, admitió ambas posiciones como matices de una

misma actitud, al modo como la Iglesia había admitido las de nominalistas y realistas siglos antes; pero prohibió seguir la discusión. La relación entre la gracia, la predestinación, la libertad y el mal fue siempre muy oscura, aunque los esfuerzos por aclararla dieran otros frutos.

* * *

Punto básico de la Escuela de Salamanca fue el del gobierno legítimo, la tiranía y el origen divino del poder. Desde San Isidoro, al menos, la idea de que el poder venía de Dios cundió por la cristiandad. No obstante, el aserto podía interpretarse de varios modos: como un poder absoluto del monarca sobre sus súbditos, caso de la autocracia rusa; como la unión del poder religioso y político en un solo soberano, al modo del anglicanismo inglés; como el derecho del monarca a dirigir a la Iglesia, al estilo de la Constantinopla cristiana o Rusia, menos acentuadamente del Sacro Imperio, Francia o España. Y de otros modos posibles.

El caso ruso tiene relevancia: si Iván III había afianzado la autocracia, su sucesor Iván IV *el Terrible* la reforzó sangrientamente sobre la oligarquía (los boyardos). Este zar, contemporáneo de Carlos I y de Felipe II (reinó de 1547 a 1584), organizó un cuerpo militar adicto en exclusiva a él, los *streltsí*, y después los *opríchniki*, especie de guardias pretorianas autoras de un terror masivo que creó un clima de sumisión temerosa (sus jefes también sufrieron castigos brutales, y a veces se las considera un precedente de la policía política de Stalin en el siglo XX). No por ello dejó Iván de procurar la lealtad de una parte de las oligarquías urbanas y de nobles menores, convocando el primer *Zemski Sobor*, asamblea semejante a las Cortes españolas; y organizó un concilio de la Iglesia ortodoxa para asegurarse la

colaboración de ésta, promulgó un nuevo código legal y fijó los campesinos a la tierra en condiciones de completa dependencia. Emprendió grandes campañas hacia el este, sobre Siberia, y hacia el oeste, para abrirse una salida al Báltico. Aunque el janato de Crimea llegaría a incendiar Moscú, Iván acabó definitivamente con la amenaza turco-mongola y dio impulso a la expansión rusa más allá de los Urales. En cambio sus ofensivas por el oeste abortaron frente a Suecia, Polonia, Lituania y la Liga Hanseática.

La actividad y crueldades de Iván, de rasgos a veces alucinados, dejaron el país exhausto, pero no impidieron al zar, hombre instruido, teorizar sobre el origen divino de su poder en cartas a los reyes polaco y sueco y a Isabel de Inglaterra, y sostener una feroz polémica con el príncipe Kurbski, rebelde a la autocracia, en la que el zar acusa a los boyardos, y no a la política absolutista, de destruir Rusia. Iván consideraba su poder otorgado directamente por Dios, y por ello no admitía límites al mismo, pues ¿qué clase de soberanía era la que admitía asambleas o poderes intermedios? «Todos los súbditos son iguales ante el zar, y están obligados por Dios a ser los esclavos del zar». En compensación, el zar debía hacer el bien y cumplir la voluntad divina, premiando a los buenos y castigando a los malos. Claro que él mismo, como portavoz de dicha voluntad, fijaba expeditivamente el bien y el mal: eran buenos quienes se plegaban ciegamente a las exigencias del soberano, y malos quienes las resistían. Este concepto radicalmente autocrático sólo fue frenado por la resistencia pasiva, rara vez activa, de la Iglesia y otras instituciones.

* * *

La corona inglesa mantenía una posición de principio no disímil de la de Iván IV: el monarca reunía el máximo poder

político y religioso. De acuerdo con ello, Enrique VIII e Isabel I aplastaron sin misericordia cualquier oposición, si bien no llegaron a la represión masiva y en parte demencial del zar. A su vez, el protestantismo tendía a crear iglesias nacionales bajo el lema *cuius regio eius religio*, que daba a los príncipes la potestad de imponer su religión a los súbditos. El principio no concordaba mucho con la libre interpretación de la Biblia, pero ayudó a la expansión protestante. Por lo demás, garantizarse la religión de los súbditos cuando los conflictos de fe tomaban tan inmediato carácter político-militar, propiciaba la estabilidad social interna.

En España nunca se cuestionó la primacía religiosa del Papado; y aunque la expulsión de los judíos y la Inquisición entran en la misma concepción de los príncipes y reyes protestantes, no era del todo así, porque permanecía una minoría morisca pese a lo ficticio de su conversión. En cuanto a la soberanía regia, muy robustecida por los Reyes Católicos, tampoco se parecía en casi nada a la de Iván el Terrible, pues la interpretación del origen divino del poder tomó en España un rumbo diferente del de Rusia o el de Inglaterra.

Salamanca distinguió siempre el poder temporal del espiritual, idea arraigada en la mentalidad española, que la alejaba de programas como el anglicano. Francisco de Vitoria atribuyó al Papa sólo autoridad espiritual, que no debía emplear para interferir en la temporal del emperador o de los reyes. El emperador carecía de potestad para dictar la acción eclesiástica, como solía pretender desde Carlomagno, y no representaba políticamente a la cristiandad, sino sólo a la parte de ella bajo su control directo.

Esta teoría fue desenvuelta, entre otros, por Luis de

Molina. Según él, Dios no otorga el poder directamente al monarca, que viene a ser un administrador de la soberanía. Ésta recae en los individuos del pueblo, los cuales nacen libres y con derechos naturales que el rey no puede oprimir. Molina destacaba la individualidad en un grado desconocido hasta entonces, si bien justificaba la esclavitud en casos excepcionales, como alternativa a la pena de muerte o, en caso de guerra, para resarcir al bando «justo» por los daños causados; pero condenaba, como causa de perdición eterna, el tráfico de esclavos organizado por portugueses, ingleses y holandeses, en el cual los españoles apenas entraban, sin dejar por ello de comprar tal mercancía humana para sus plantaciones.

Al poco de terminar el siglo XVI, estas ideas tuvieron un nuevo despliegue frente a Jacobo I de Inglaterra, sucesor de Isabel. Jacobo amplió las ideas anglicanas del poder divino, afirmando al monarca como «anterior a cualquier estado, parlamento o ley», y propietario inicial de toda la tierra, de modo que «los reyes fueron los autores de las leyes y no las leyes de los reyes»; ideas parecidas a las de Iván, aunque en la práctica el inglés siguiera una política bastante moderada. Pero en 1613 obligó a sus súbditos a prestarle juramento de fidelidad como rey y como máximo jefe religioso.

En réplica, el jesuita Francisco Suárez escribió *Defensio fidei catholicae adversus anglicanae sectae errores*, en cuya tercera parte, sobre la soberanía política, teoriza al contrario del ruso y el inglés: Dios no concede el poder directamente al monarca, sino al pueblo, que lo transmite libremente al rey mediante un pacto modificable. Por ello, el poder «es de derecho humano», no directamente divino, y más o menos amplio según establezca el pacto. El rey no media entre la voluntad de Dios y el pueblo, sino al revés, el mediador es el

pueblo. Suárez también rechaza a Maquiavelo, quien concibe el poder político como una realidad con reglas independientes de la moral: el poder está sometido a la ley moral y a la obligación de servir al bien del pueblo que lo ha otorgado. Por tanto, el poder político es limitado y, por ello y por su origen popular, democrático. Suárez no creía la democracia —en su equívoca acepción desde Aristóteles—, el mejor de los sistemas, pero la admitía como legítima y en la práctica sentaba sus principios antes de que pensadores como Locke expusieran otros parecidos. El libro de Suárez fue quemado públicamente en Inglaterra y Francia, y prohibida su lectura.

Hay una diferencia entre la idea de Molina y la de Suárez, pues este último considera al pueblo como un todo, sin admitir la soberanía de partes de él, y disminuye el papel de los individuos, lo que lleva a dificultades, ya que el pueblo nunca se manifiesta como un bloque. Con ello abre una vía posible —no forzosa— a concepciones como las defendidas más adelante por Rousseau, un padre de los totalitarismos del siglo XX.

Las consideraciones de la Escuela conducían a los más tarde llamados derechos humanos: puesto que los hombres, sea cual fuere su grado de civilización, comparten una misma naturaleza, tienen los mismos derechos básicos, y las leyes de los gobiernos debían ajustarse a la ley natural, si habían de ser justas y no tiránicas.

Este pensamiento alumbraba nuevos problemas en torno a la organización práctica del poder, la concepción del pueblo y del individuo y la acción frente a la propensión tiránica del poder, algunos de los cuales habían originado mucha especulación desde al menos San Isidoro. El jesuita Juan de Mariana, sólo tangencialmente relacionado con

Salamanca, expuso la necesaria sumisión del monarca a la ley moral y la del Estado, como cualquier súbdito, su deber de moderar los impuestos, etc. Algunos de sus escritos justificaban el tiranicidio, por lo que sus libros fueron quemados en Francia. En España sólo fue prohibido uno suyo relacionado con la moneda y la economía. Las ideas políticas de esta escuela contrariaban la corriente hegemónica europea, que justificaba el directo derecho divino de los reyes, defendido también por Lutero, y conduciría en los siglos siguientes a las monarquías absolutas, a partir de las autoritarias.

* * *

En tiempos recientes, investigadores de la escuela austríaca de economistas y la historiadora británica Marjorie Grice-Hutchinson han descubierto la contribución de la Escuela de Salamanca al pensamiento económico, faceta hoy muy atendida, aunque las aportaciones salmantinas en otros campos no sean menos descollantes.

La discrepancia entre las exigencias de la economía y los preceptos evangélicos era problema antiguo. En la práctica, dichos preceptos pocas veces se habían aplicado literalmente, sin que se entendiera bien por qué la realidad parecía oponerse a los mandatos religiosos que prohibían, por ejemplo, el interés, llamado sin discriminación usura. Eclesiásticos italianos habían cambiado o matizado esos conceptos, pero el asunto exigía mayor atención en el siglo XVI, cuando la economía experimentaba un formidable impulso merced a un comercio de amplitud sin parangón anterior y a continuas mejoras técnicas, cuando la plata de América relacionaba a China y a Europa a través del Pacífico y el Atlántico, y ocurrían hechos extraños como la elevación incontrolable de los precios y crisis inexplicadas, y medidas

políticas bienintencionadas podían tener efectos ruinosos… Al abordar estos temas, los de Salamanca pueden optar, al menos en parte sustancial, al título de fundadores de la ciencia económica, como del derecho internacional o de nuevas vías teológico-metafísicas.

Al parecer, en 1517 algunos mercaderes españoles de Amberes preguntaron al dominico Francisco de Vitoria si la moral permitía comerciar para acrecentar la riqueza particular. La consulta afectaba a la prédica de la pobreza, tan popular en la Iglesia, lo que obligó a Vitoria y a otros a investigar el asunto. Los dominicos eran menos estrictos que los franciscanos, éstos más apegados a la pobreza evangélica. Vitoria y sus continuadores Azpilcueta, Molina, Suárez, Domingo de Soto, Mercado, Pedro de Valencia, Pedro de Oñate, Mariana, Saravia de la Calle, Felipe de la Cruz, etc., sentaron las bases para un reenfoque científico de la economía: así la idea de que ésta tenía sus normas implícitas, independientes de la voluntad y de las leyes de los políticos; que la propiedad privada sobre los bienes y el provecho extraíble de ella son justificables como un derecho natural provechoso para la sociedad; que la propiedad privada, ligada a la libre circulación de mercancías y personas, acerca y hermana a los hombres y beneficia a la sociedad en general, no sólo a los particulares; que el interés privado es justificable moralmente, y necesario; que el precio justo de una mercancía no equivale a su coste de producción, sino que varía al depender de la valoración subjetiva que le dan compradores y vendedores en libre negociación, sin monopolios ni interferencias políticas; que, en general, el precio dependía de la escasez de la mercancía, de modo que su abundancia rebajaba su valor, por lo que la llegada de plata americana abarataba ésta y encarecía los bienes

comprados con ella; que el salario se medía igual que el precio de las otras mercancías; que el interés en los préstamos se justificaba como beneficio del capital, similar al obtenible de la tierra y como valoración del riesgo del préstamo, y del lucro que dejaba de obtener el prestamista al prescindir de él por un tiempo (lucro cesante, o coste de oportunidad); y así sobre los impuestos y otras cuestiones.

Con ello, los escolásticos de Salamanca cimentaron pilares del pensamiento económico como la propiedad e interés privados, el mercado libre, la oferta y la demanda, o una teoría cuantitativa del dinero (relación entre la cantidad de éste y el nivel de precios). Lo llamativo es que abordaran correctamente estas cuestiones en estrecha dependencia de consideraciones teológicas y morales, aplicando la razón, cuyo papel siempre defendieron los tomistas, aunque en algunos puntos contradijeran a Tomás de Aquino. Estas ideas quizá no guardaban mucha coherencia con la perfección evangélica, pero se daba por supuesto que la perfección estaba al alcance de pocos. La teorización salmanticense contraría la tesis de Max Weber, hoy en declive, que atribuye el interés por la economía y la práctica capitalista a la ética protestante, en contraste con la católica. Los logros del pensamiento de Salamanca cayeron luego un tanto en el olvido, para alcanzar su desarrollo más completo en otras latitudes y en el siglo XVIII, concretamente en la Escocia de Adam Smith, ya unida a Inglaterra.

* * *

Otra faceta del pensamiento salmantino fue el derecho internacional, a partir de la conquista de América. Así trataron la guerra justa, con criterios que hoy perduran aun si apenas se cumplen. La guerra sólo debe admitirse como último recurso y contra un mal peor. Aun así, debe respetar

normas morales y no incurrir en crímenes como la masacre de civiles, prisioneros o rehenes. Una guerra es injusta si, entre otras cosas, la mayoría de la población la rechaza, y en tal caso el pueblo tiene derecho a destituir y procesar al gobernante. Suárez propuso una ley internacional basada en las costumbres y criterios no escritos, pero generalmente aceptados, derivados de la ley natural.

Algunos miembros de la Escuela cultivaron la ciencia natural, extremo apenas estudiado hasta hoy. El dominico Domingo de Soto hizo una aportación notable al estudiar formas de movimiento uniformes y «disformes», esto es, aceleradas, y describió la aceleración de los cuerpos en caída libre, por lo que en alguna medida fue precursor de la mecánica que luego desarrollarían Galileo y Newton. También es reseñable la intervención del teólogo y matemático Pedro Chacón en la reforma del calendario acordada por el Papado, es decir, el establecimiento del calendario gregoriano, aceptado casi universalmente. La reforma exigió cálculos astronómicos y matemáticos muy precisos, tomando como referencia las Tablas de Alfonso X *el Sabio*, que se aproximaban con muy poca diferencia al cálculo del tiempo empleado por la Tierra en cada giro en torno al Sol. Las exploraciones geográficas y los libros sobre ellas y sobre la naturaleza de los nuevos territorios, así como sobre la historia y costumbres indígenas, son otras tantas aportaciones científicas de alto valor.

Como Vitoria y varios más, Soto participó en la polémica entre Sepúlveda y Las Casas, la cual resumió de forma neutral, con alguna observación crítica al segundo. Otra contribución intelectual de relieve fue la *Historia General de España*, de Juan de Mariana, obra no siempre crítica pero en conjunto ejemplar y una de las mejores historias escritas en

su época en Europa, por su penetración y fiabilidad general. Fue acusada de poco patriótica por unos y de excesivamente castellanista por otros, de modo que el barcelonés Esteve Corbera y el valenciano Gaspar Escolano reaccionaron contra quienes (como Mariana), «quieren angostar la majestad y grandeza de España en los cortos límites de Castilla», en palabras de Escolano.

* * *

Las ideas económicas y políticas de la Escuela ofrecen un esbozo bastante completo de lo que andando el tiempo se llamará liberalismo: autonomía del individuo, libre circulación de bienes y mercado libre, rechazo del poder absoluto, tesis de que el poder, si bien originado en Dios, llega a través de la sociedad; o la agudeza de los debates y la audacia con que eran expuestas las conclusiones. Lo último arroja luz sobre el carácter de la Inquisición. Los dominicos, a quienes estaba encomendada, destacaron en la formulación de las ideas aquí brevemente reseñadas, y sus querellas con los jesuitas, por más que a veces peligrosas, no impidieron una discusión más libre y sobre temas más enjundiosos que cualesquiera de los siglos posteriores en España. Sus libros, en general, no fueron prohibidos, ni aun el de Mariana justificando el tiranicidio.

Vitoria, Suárez, Mariana y Molina fueron algunos de los filósofos y pensadores políticos más influyentes de su tiempo, y sus obras de tema político y metafísico, en particular las de Vitoria y Suárez, se divulgaron por las universidades europeas, incluidas las protestantes, y contribuyeron a formar corrientes ideológicas y filosóficas que habían de marcar al continente los siglos posteriores. La Escuela estuvo muy ligada a la universidad portuguesa de Coímbra, donde enseñaron varios de sus profesores, y tuvo

proyecciones relevantes en el pensamiento económico de Hispanoamérica, en particular la llamada Escuela de Chuquisaca, de Bolivia, según ha estudiado el economista argentino de origen rumano Oreste Popescu.

Fueron realmente brillantes los logros intelectuales de esta escolástica renovada, nacidos de la valoración de la razón y el libre arbitrio, y luego ignoradas por largo tiempo. No desarrollaron varias de sus ideas en una teoría completa, pero iban por el mejor camino. Su marcha se interrumpió por la decadencia, casi colapso, del pensamiento español hacia finales del siglo XVII.

45

DE FILIPINAS A FLANDES Y LEPANTO

Descubiertas para Europa las Filipinas por la expedición de Magallanes, en 1521, siguió poco después la expedición de Loaisa, siete naves, una de ellas mandada por Elcano. Partió de La Coruña en 1525, descubrió el cabo de Hornos, nuevo paso del Atlántico al Pacífico, y sufrió tales tempestades, motines y desgracias que sólo llegaron dos naves a las Molucas. En el transcurso murieron Loaisa y Elcano, y las tormentas pudieron llevar a otros hasta Nueva Zelanda o Australia; unos amotinados, hallados en 1528 por una expedición en una isla próxima a Cebú, fueron juzgados y ejecutados. Otra expedición salida de Méjico en 1527, al mando de Álvaro de Saavedra, costeó Nueva Guinea y descubrió las islas de Saavedra (hoy Marshall) y del Almirantazgo, pero también terminó en naufragio y muerte de su capitán. Cinco expediciones más descubrieron numerosos archipiélagos, pero no una buena ruta de vuelta o «tornaviaje» a Nueva España, como entonces se llamaba a Méjico. En la primera mitad de los años cuarenta, Rui López de Villalobos exploró el Pacífico, las islas de Revillagigedo, Eniwetok y Palaos, y llegó a Luzón, Samar y Leyte. A estas últimas y las adyacentes las llamó Filipinas, en honor del entonces príncipe heredero Felipe. Tras varias escaramuzas, los barcos partieron para las Molucas, donde los portugueses los apresaron. Villalobos murió en prisión, sus compañeros lograron huir y volver a Méjico.

Los portugueses monopolizaban el comercio de especias, uno de los más pingües de la época, a través del Índico. La corte española quería traficar con ellas por el Pacífico, para

lo cual las Filipinas ofrecían la mejor base. Discutido en Madrid si estas islas correspondían a Portugal o a España por el tratado de Tordesillas, quedó claro que estaban en la órbita lusa, pero Felipe II resolvió colonizarlas, considerando que los portugueses infringían el derecho natural al privar a España de aquel comercio. En 1559 ordenó su exploración y la de las rutas de ida y vuelta desde Nueva España. Lo llevó a cabo Miguel López de Legazpi, que no era marino y tenía 60 años, asesorado por Andrés de Urdaneta, de 56, cosmógrafo y fraile. Urdaneta había estado en la armada de Loaisa treinta años antes, había escrito una relación del desdichado viaje y luego, en Méjico, había profesado en los agustinos. La expedición zarpó de Nueva España en noviembre de 1564 con 5 barcos y 350 hombres. Urdaneta describe a Legazpi como perfecto servidor del rey y hombre «de muy buen juicio y natural, cuerdo y reportado»,

La flotilla tomó posesión de Guam y las demás islas Marianas, y después de Samar y Leite, en las Filipinas. En Cebú, el hijo del jefe local que había asesinado a treinta miembros de la expedición de Magallanes invitándolos a un banquete, intentó aniquilarlos con dos mil guerreros, pero llevó las de perder. Allí fundó Legazpi los dos primeros asentamientos españoles, uno de ellos Villa de San Miguel, hoy Ciudad de Cebú. A continuación, en 1565, reenvió a Méjico a Urdaneta, que esperaba encontrar, subiendo de Filipinas hacia el noreste, una ruta marítima de tornaviaje, y acertó: la corriente Kuro Sivo le llevó a las costas de California. El crucial descubrimiento dio lugar a los viajes del «Galeón de Manila», que comerciaría entre América y Asia, en particular China, cuyas mercaderías llegaban a Méjico y parte de ellas a España. El Galeón de Manila permanecería más de 250 años, con éxito frente a los piratas

chino-japoneses y europeos, que sólo capturaron cuatro galeones en tanto tiempo.

Los portugueses intentaron en vano tomar Villa de San Miguel. La conquista de las islas prosiguió con más diplomacia que guerra y algún motín, que reprimió Legazpi ahorcando a varios gentilhombres. En 1567 llegaron más de dos mil españoles que fundaron una nueva ciudad y puerto comercial. Legazpi introdujo las encomiendas, al modo de Nueva España, y los cinco agustinos que habían acompañado a Urdaneta se encargaron de la evangelización. Fueron conquistadas nuevas islas y, contra enconada resistencia tagala, la de Luzón, que Legazpi bautizó «Nuevo reino de Castilla». En 1568, el conquistador ocupó un enclave musulmán al norte de Luzón, con excelente puerto, después de luchar con piratas chinos y con nativos, y fundó allí como capital la «Siempre Leal y Distinguida Ciudad de España en Oriente», es decir, Manila. Tras repeler un masivo ataque de piratas chino-japoneses, Manila funcionó con administración, indígena y española, ésta última en la parte llamada «intramuros», donde fue construyéndose una ciudad fortificada según planos de Juan de Herrera, arquitecto de El Escorial. La Manila intramuros, de estilo típicamente hispano, llegaría a ser una de las ciudades más bellas del Pacífico, hasta su destrucción durante la II Guerra Mundial. En 1572 Legazpi falleció. Sufría entonces apuros económicos.

* * *

El año de la fundación de Manila comenzaba en Flandes, casi al otro lado del mundo, un nuevo conflicto para España. Flandes formaba parte de los Países Bajos, es decir, Bélgica y Holanda, un total de 17 provincias que habían pertenecido a Borgoña. Por simplificar, aquí

llamaremos Flandes al conjunto de los Países Bajos, de los que sólo era una parte; y Holanda a los Países Bajos del norte, de los que sólo era una provincia. Carlos I los había legado a Felipe II, por la debilidad del imperio frente a franceses y protestantes, y por las densas relaciones comerciales con España. Podría considerarse un magnífico obsequio para España, pues se trataba de la región quizá más rica de Europa. Su principal ciudad, Amberes, era un centro financiero y el mayor nudo comercial del continente, entre las expansivas economías de los mares Báltico, del Norte y Cantábrico. La colonia de comerciantes hispanos era la más nutrida de la ciudad, allí iba el 60 por ciento de la lana española y muchos productos de América, y de allí recibía España efectos navales, maderas para la construcción de barcos, tejidos, armas y cereales.

Sin embargo el mutuo interés económico no bastaba para mantener la unión. La prosperidad de aquellas regiones no producía una aportación fiscal al mismo nivel, y España debía atender a la defensa de ellas. Para obtener subsidios, Carlos I había debido librar irritantes disputas con la nobleza regional y sus Estados Generales, como ocurría con el conjunto del Sacro Imperio, un sistema poco operativo. Los tiras y aflojas empeoraron con Felipe II, visto en Flandes como rey extranjero. Para Felipe, como para Carlos, era prioritario mantener la unidad cristiana o al menos frenar a los protestantes, pero los flamencos católicos veían muy lejos a los turcos y detestaban a los protestantes anabaptistas, pero mucho menos a los calvinistas, por razones comerciales y porque los miraban como un contrapeso al poder hispano. La lejana España les interesaba sólo por el comercio y como protectora ante Francia, pero ésta resultaba menos peligrosa tras las victorias hispanoflamencas de San Quintín y

Gravelinas, la ruina de la hacienda francesa y el comienzo de las guerras de religión, por todo lo cual la ayuda de Madrid perdía bastante interés.

Para España, un conflicto allí resultaba complicado, pues la posición geoestratégica de los Países Bajos favorecía al máximo a sus adversarios, es decir, Inglaterra, Francia y protestantes alemanes, situados en torno a una región que, en cambio, distaba mucho de España, con una larga y tortuosa comunicación por tierra a partir de Milán, y expuesta por mar a la hostilidad inglesa o francesa.

Durante la década de los sesenta, la expansión calvinista cobró mayor agresividad dentro de Francia, Escocia y Holanda. Se trataba de un movimiento internacional muy eficiente, con miles de personas entregadas al proselitismo y una destreza agitadora extraordinaria. Empleaban la imprenta como nadie, y puede decirse que la propaganda política moderna nació entonces, y en alta medida como propaganda antiespañola.

Los calvinistas franceses o *hugonotes* formaban una fuerte minoría infiltrada en la nobleza, la administración y la misma Iglesia, un Estado dentro del Estado. Por su hostilidad a España procuraron la alianza de Francia con los turcos, la rebelión de los moriscos y apoyaron el bandolerismo endémico de Cataluña, subproducto de la opresión señorial. En 1560 urdieron el secuestro del joven rey Francisco II para apartarlo de la casa de Guisa y aniquilar a los consejeros católicos. El complot, auspiciado por Luis Condé, de la casa de Borbón, procalvinista, fracasó, pero los hugonotes lanzaron en más de veinte ciudades una oleada de destrucción de estatuas, reliquias, custodias y obras de arte sagradas para los católicos, provocando represalias de éstos. En 1562, unas prédicas protestantes en

tierras del católico duque de Guisa, en contravención de acuerdos previos, derivaron a un choque con la muerte de 23 hugonotes (Masacre de Vassy). El mismo año los calvinistas asesinaron a más de 600 católicos en Montbrison, mientras pedían soldados y dinero a Inglaterra, ofreciendo a cambio la entrega de Calais y Le Havre. Empezaron así las guerras religiosas francesas, plagadas de matanzas mutuas y nacidas del intento calvinista de ganar el poder para imponer desde él su religión, según el modelo de Ginebra. Las guerras durarían, con intervalos, treinta y seis años, y aumentaron el temor de Felipe II a la herejía, por lo que éste redobló la vigilancia de la Inquisición y dedicó sumas cuantiosas a defender el catolicismo francés.

Isabel I de Inglaterra evolucionaba hacia el choque con España. Mantuvo al principio la neutralidad, pues le preocupaba la hostilidad de Francia y de Escocia, donde surgió una guerra civil entre católicos y calvinistas presbiterianos. La católica María Estuardo, reina escocesa, también aspiraba al trono inglés, respaldada por Francia, por lo que Isabel envió a Escocia un ejército que resolvió la guerra civil a favor de los rebeldes presbiterianos. En 1567, María abdicó y huyó a Inglaterra, donde, tras acusaciones de conspiración, fue encarcelada y veinte años después decapitada por orden de Isabel. Aunque la reina inglesa tuvo a raya a sus propios calvinistas —los puritanos—, amparó a los calvinistas franceses, a los escoceses y a los de Flandes, y patrocinó como negocio regio la piratería contra mercantes españoles.

La década de los sesenta dio pocas alegrías a Felipe II. En el escenario mediterráneo cosechó sonados reveses a manos de los turcos, lo que le impidió atender a la creciente insubordinación de Flandes. Así, hubo de contemporizar

con los progresos de los calvinistas y las ambiguas oligarquías católicas locales. En 1559 dejó como regente en Países Bajos a su hermanastra Margarita de Parma, hija ilegítima de Carlos I, asesorada por el cardenal Granvela, borgoñón muy identificado con la política de Madrid. Margarita hizo concesiones sustanciales, retiró las tropas españolas en 1561 y apartó del consejo a Granvela. Los más destacados nobles regionales, Egmont, Hoorn y Guillermo de Orange, deseosos del máximo protagonismo político, aumentaron sus exigencias mientras agitaban afirmando que Felipe iba a introducir la Inquisición española, dato falso (la Inquisición de Flandes, más dura, no perdonaba ni a los herejes arrepentidos); y pedían tolerancia hacia los calvinistas, que entraban en gran número desde Francia. Felipe introdujo a los jesuitas y una nueva universidad católica, y ordenó crear catorce nuevos obispados para ampliar sus partidarios en los Estados Generales, pero la nobleza lo saboteó.

Todo empeoró a mediados de la década. Debido a la larga guerra entre Suecia y Dinamarca, que cerró vías de tráfico, y a la revolución de los precios —la inflación causada por el aflujo de plata americana y centroeuropea—, la alta y media nobleza flamenca se endeudaban, mermaban sus ingresos y crecía su descontento. En 1565 Egmont fue a Madrid y arrancó del rey, angustiado por sus reveses mediterráneos, nuevas concesiones y disminución de la represión anticalvinista, concesiones que Egmont exageró a la vuelta, mientras al año siguiente Guillermo solicitaba ayuda de Solimán, que condescendió a ella gustoso. Pero al poco, los turcos eran rechazados de Malta y al año siguiente, en septiembre, fallecía Solimán el Magnífico, lo que causó revueltas en su imperio, por lo que el Mediterráneo se calmó

y Felipe pudo ocuparse de Flandes. Esta región sufrió ese mismo año una crisis de subsistencias que los calvinistas explotaron para empujar a la población hambrienta a saquear monasterios e iglesias, destruir imágenes y, según versiones, matar religiosos. Así comenzó la guerra. Las violencias provocaron una indignada reacción proespañola, y Margarita propuso hacer concesiones, pero desde una posición de poder.

Los disturbios recordaban demasiado a los de Francia, y Felipe entendió que las concesiones anteriores sólo habían exacerbado la arrogancia nobiliaria. En consecuencia mandó a Flandes al duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo, al mando de los tercios de Italia y de tropas alemanas, para restaurar el orden, reducir los diversos estados de la región a uno solo con capital en Bruselas y asegurar que los Países Bajos corrieran con la mayor parte de sus gastos de defensa. Alba llegó en 1567, aumentó la contribución fiscal mediante un impuesto parecido a la alcabala castellana, en realidad racional, pero tildado de imposición extranjera, y por un tiempo, la región resultó menos gravosa para España. Creó el Tribunal de Tumultos para juzgar a los cabecillas de los violentos disturbios, e hizo ejecutar a algo más de mil personas, entre ellas a Egmont y Hoorn, y confiscó sus propiedades.

El tribunal y el duque han sido muy largamente acusados de una crueldad casi sin parangón, pero, observa el historiador inglés Geoffrey Parker, «las críticas se han basado en la deformación y exageración de los hechos. J. L. Motley, por ejemplo, escribió sobre "los torrentes de sangre" que manaron de las purgas del duque de Alba; pero, según las pautas del siglo XVI, el número de ejecuciones fue relativamente modesto, si se considera la escala de los

disturbios. Ningún gobierno de aquella época estaba dispuesto a dejar vivos a traidores y rebeldes una vez capturados. El trato de la reina Isabel hacia los rebeldes del norte después de 1569 no difirió del de Alba (excepto que las víctimas de Isabel eran católicas y las de Alba protestantes)». La dureza de Alba es indiscutible, pero su mala fama debe más a la propaganda calvinista.

Egmont y Hoorn habían combatido a los franceses al lado de España, pero su conducta posterior difícilmente habría sido perdonada por ningún monarca. Guillermo de Orange escapó a Alemania y organizó un ejército para entrar en Flandes. El 25 de abril de 1568 sus 3000 hombres fueron aplastados en Dalen por 1600 de los tercios de Sancho Dávila y Sancho de Londoño. Un mes después los rebeldes sorprendieron en Heiligerlee a 3200 soldados del tercio de Cerdeña mandados por el estatúder Johan de Ligne, a quienes causaron casi 2000 bajas contra sólo 50 propias. Dos meses más tarde los tercios tomaban su revancha destrozando al ejército rebelde de Luis de Nassau en Gemingen, ocasionándole 7000 bajas contra sólo 300, y en octubre el duque atacó la retaguardia del propio Guillermo en Jodoigne, donde aniquiló a los 5000 arcabuceros del holandés, y le hizo 3000 muertos contra 20 de los tercios. En pocos meses la rebelión quedó sofocada, sin dar tiempo a ayudas turcas o de otro origen. Ésta iba a ser la tónica de muchas batallas de los tercios, según ex-pone el historiador militar René Quatrefages. Guillermo volvería a invadir el país en 1572. Entonces, los tercios atacaron el refuerzo francés a los rebeldes, causándoles 4000 muertos por una decena de hispanos; en Mook (1574), los rebeldes tuvieron 5000 muertos contra 20; en Gembloux (1578) 3000 rebeldes y un solo español. Tan enorme desproporción

se debía a la absoluta superioridad de los tercios en campo abierto. La relación variaba en los asaltos a ciudades, que irían convirtiéndose en las principales operaciones. Así, en Leiden (1573), hubo 1500 muertos de los tercios, aunque 10 000 de sus contrarios.

La excelencia militar de los tercios no iba a bastar ante campañas prolongadas que se convertirían en largos asedios, necesidad de guarniciones y contribución de tropas mucho más numerosas de flamencos y alemanes, un derroche de dinero que Madrid, debiendo atender a otros escenarios, no podía soportar, aunque sus contrarios quedasen igualmente exhaustos. Entre 1571 y 1573 los tercios no fueron pagados ni una sola vez, lo que los hería tanto física como moralmente, porque, en su mentalidad, la paga les distinguía de los bandoleros. Entonces comenzó la serie de desastrosos motines que arruinaban gran parte de sus logros. España debía atender al siempre amenazador frente otomano y, entre 1568 y 1571, a la rebelión morisca de Granada, así como a la piratería e incursiones de franceses, ingleses y holandeses en América. El ejército de Alba tenía otro talón de Aquiles en el mar, pues sólo disponía de una flotilla frente al poder naval de sus enemigos en la zona. Sin contar el clima húmedo, inhabitual para los hispanos, el agua siempre presente en Holanda, ríos caudalosos de difícil cruce y pantanos, que entorpecían la agilidad maniobrera de los tercios.

Guillermo diseñó una gran estrategia buscando el auxilio de los alemanes protestantes, los hugonotes franceses, Inglaterra y los turcos, con invasiones simultáneas desde Alemania, Francia y el mar. Mandó un agente al sultán Selim II para incitarle a atacar a España, sin éxito inmediato. A la larga, este hostigamiento, las distancias y otras

adversidades impedirían a Madrid tanto una victoria decisiva como desembarazarse del conflicto, que duraría ochenta años, con intermitencias. Si Carlos I hubiera mantenido Flandes en el Sacro Imperio, España se habría ahorrado quizá una infernal complicación, aunque tampoco es seguro, pues los peligros otomanos y protestantes, más los de América, que codiciada por otras potencias, estaban demasiado entrelazados.

* * *

El derrotado Guillermo de Orange cobró ánimos cuando, en diciembre de 1568, estalló la rebelión morisca de las Alpujarras en la misma España. Aunque de momento no podía hacer nada, señaló un año después: «Es un ejemplo para nosotros que los moros puedan resistir tanto tiempo aunque son gente sin más sustancia que un rebaño de ovejas. ¿Qué podría hacer entonces el pueblo de los Países Bajos? Veremos qué pasa si los moriscos aguantan hasta que los turcos puedan ayudarlos». El impresionante poder español revelaba inesperados puntos flacos.

Los moriscos de Granada habían recibido en 1492 ventajas excepcionales, con la esperanza de que se cristianizasen, pero ellos confiaban en una vuelta de Al Ándalus, posibilidad creciente por la fuerza otomana, uno de cuyos grandes designios era ése. Así, las concesiones nunca funcionaron como medio de integración, y los moriscos no sólo mantenían su religión en un secreto a voces, sino también la lengua árabe, vestimentas, ritos y costumbres, festejaban las victorias turcas y colaboraban con la piratería berberisca. Ante las medidas coercitivas, ya en 1500 se habían rebelado en Granada, con ayuda africana, y muchos practicaban el bandolerismo.

El daño se agravaba con los activos nidos de piratas de

los cercanos peñón de Vélez, Argel, la isla de los Gelves (Yerba), y otros. En 1505 Elche, Alicante y Málaga sufrieron ataques; en 1535 el pirata Aruch *Barbarroja* tomó y saqueó la ciudad de Mahón, y su hermano Jairedín le superó: gracias a la alianza con Francia, «las Baleares, Córcega, Sicilia, Cerdeña, por citar sólo lo que conocemos bien, fueron plazas sitiadas», escribe Fernand Braudel en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Almuñécar y la misma Valencia padecieron incursiones y perdieron miles de habitantes, esclavizados. La simple piratería dejaba paso a incursiones masivas, que despoblaban algunas zonas y trastornaban el comercio. Eran golpes mucho más dañinos y constantes que la piratería europea del Atlántico, y en ellos actuaban moriscos como guías e informadores.

Un objetivo de los asaltos era la captura de hombres, mujeres y niños. Las mujeres iban a los harenes, los niños se reeducaban en el islam y los hombres servían de esclavos, galeotes o eran rescatados a alto precio. Algunas órdenes religiosas, como los mercedarios (fundada en Barcelona en 1218), se especializaron en pagar rescates. Muchas iglesias hispanas conservan hierros del cautiverio, ofrecidos por quienes lograban volver. Las ciudades norteafricanas albergaban miles de cautivos, 20 000 en Túnez y más de 30 000 en Argel. «En todos estos trabajos —cuenta un testigo portugués— traen a las espaldas un moro o vil negro el cual con un duro palo o bastón en la mano, por do van les va de continuo moliendo […] sin los dejar reposar o aun limpiar el sudor […]. Todas estas calles y lugares de la ciudad están llenas de continuo de infinitos cristianos tan enfermos, tan flacos, tan gastados, tan consumidos y tan desfigurados que apenas se tienen en los pies […]. Al pobre

cristiano enfermo […] hecha una gran hoguera de leña, atadas las manos, le echan dentro de aquel fuego».

Desde los años cincuenta, las incursiones se hicieron más peligrosas. En 1558 desembarcaron en Nerja cuatro mil musulmanes, y el mismo año arrasaron Ciudadela, en Menorca, donde hicieron tres mil cautivos y dejaron deshabitada Formentera; en 1559 asaltaron el castillo de Fuengirola; en 1563 el almirante turco Dragut devastó las costas de Granada y marchó con cuatro mil cautivos; en 1565 derrotaron a las tropas españolas en Órgiva y volvieron con más cautivos. Los contraataques acababan a veces en desastre. En 1560 fracasó con pérdida de decenas de galeras y unos 10 000 hombres la ocupación de los Gelves ante la flota del almirante turco Piali. Felipe II decidió entonces construir una flota realmente fuerte en los astilleros de Barcelona, Sicilia y Nápoles, pero en 1562 una tempestad hizo naufragar gran parte de ella en la costa granadina y dejó temporalmente inerme el litoral español, situación que, por fortuna, no percibieron en todo su alcance los islámicos; en 1563, año de la clausura del Concilio de Trento y del fin de la primera guerra de religión en Francia, España fracasó en el asalto al peñón de Vélez de la Gomera, tras lo cual los berberiscos saquearon la costa de Andalucía oriental y Levante hasta Valencia. En mayo de 1565 se planteó el reto más grave, cuando los turcos asaltaron Malta, base de la Orden de San Juan y punto clave para el dominio del Mediterráneo. Por entonces Felipe II había logrado armar una flota de cien galeras, y los caballeros resistieron encarnizadamente durante cuatro meses, dando tiempo a llegar a la escuadra de García de Toledo, que derrotó a los otomanos. Éste y el rechazo del ataque turco a Orán, en 1563, fueron los únicos éxitos relevantes, ambos defensivos,

de los cristianos en un largo período.

Este breve resumen permite entender cómo la amenaza en el Mediterráneo era mucho mayor para España que en cualquier otro escenario, pues afectaba directamente al país y a su estabilidad interna. Obviamente, sólo una minoría morisca colaboraba activamente con los piratas, espiaba para Constantinopla o practicaba el bandidaje, pero esa minoría estaba integrada en el resto, con cuya complacencia contaba, pues todos entendían la escalada de ataques turco-berberiscos como el prólogo de una reconquista islámica. Por Levante llegó a cundir el pánico entre la población española. El peligro era mayor por cuando en Granada los moriscos superaban en número a los cristianos, y en las vulnerables costas levantinas llegaban a un tercio de la población.

En ese contexto Felipe II tomó medidas decisivas. En 1567 exigió el desarme de los moriscos, su estrecha vigilancia por la Inquisición, que todos aprendiesen castellano antes de tres años, usasen ropas al modo cristiano y otras medidas. Los moriscos trataron de ganar tiempo arguyendo una improbable lealtad, la presunta compatibilidad de sus usos con el cristianismo, y ofreciendo dinero para eludir la aplicación de las medidas; mientras, se armaban e intensificaban la relación con el Magreb.

Y en Nochebuena de 1568, apenas sofocada la primera revuelta de Flandes, se alzaron al mando de Abén Humeya, que se decía descendiente de los califas cordobeses. Contaron con incitación y ayuda de los hugonotes, que, como Guillermo de Orange, deseaban que aquella lanza apuntada al corazón de España penetrara a fondo mediante la implicación turca. Los cuatro mil rebeldes iniciales subieron pronto a 30 000, entre ellos cuatro mil magrebíes y turcos. Por todo ello, el tiempo contaba mucho para Felipe,

que movilizó hasta 20 000 soldados para acabar con la rebelión antes de que pudieran intervenir los turcos o embrollarse las cosas en Flandes. Sin embargo, las milicias concejiles usadas al principio demostraron su gran pérdida de eficacia, debida a la larga paz, y los moriscos practicaron una guerra de guerrillas por las escabrosas Alpujarras. En 1570 tomó la dirección de la lucha Juan de Austria, hermanastro de Felipe. Abén Humeya sería asesinado por los suyos, descontentos con su despotismo, y su sucesor Abén Aboo, terminó igual, quizá por moriscos sobornados o por disputas entre ellos, envenenadas por los retrocesos y por la insuficiencia del auxilio turco. La lucha, inmisericorde por las dos partes, duró algo más de dos años, hasta marzo de 1571.

Turquía envió unos miles de soldados, armas y dinero, pero fue una gran fortuna para España que Selim II, sucesor de Solimán el Magnífico, apenas pudiera atender a ese frente. Había sostenido una campaña poco exitosa contra Austria y durante la rebelión morisca estaba conquistando Chipre, posesión veneciana que ocupó en 1570. Chipre constituyó un nuevo desastre para las potencias cristianas, incluida España, que mandaron una flota de socorro, la cual fracasó y perdió la mayor parte de sus galeras en las tormentas. Venecia llevaba una política ambigua: se distanciaba de España para aplacar a los otomanos, y recurría a ella en caso de peligro. El almirante turco Uluch Alí aprovechó la guerra morisca para apoderarse de Túnez, protectorado español.

La guerra de las Alpujarras fue una prueba extrema para Felipe II. Después, la peligrosa quinta columna granadina fue dispersada por Castilla y otras regiones, sin que el problema quedara resuelto.

* * *

La conquista de Chipre fue acompañada de una ofensiva turca por el Adriático, que forzó a gran parte de la escuadra veneciana a huir a Sicilia. Estos golpes asustaron a la cristiandad mediterránea, y el papa Pío V llamó en 1570 a una cruzada que despertó en España el mayor entusiasmo, visible en Ignacio de Loyola, Juan de la Cruz o Teresa de Jesús, y en las contribuciones especiales recogidas entre el pueblo y el clero. Felipe II, pese a estar aún embebido en la guerra morisca, o quizá por ello, prometió su auxilio. Por el contrario, el rey francés Carlos IX rehusó con insolencia la petición papal, mientras aprovisionaba de armas y alimentos las bases musulmanas de Argelia. La acosada Venecia hizo caso omiso de las presiones francesas contra la nueva y proyectada Santa Alianza, y se sumó a ella, y así las demás potencias italianas, pese a los esfuerzos diplomáticos de Carlos IX. Por primera vez desde tiempos de Roma, toda Italia participó en una empresa común y lo hizo al lado de España.

El 25 de agosto de 1571, unos meses después de sofocada la rebelión morisca, la armada cristiana zarpó de Mesina en busca de sus enemigos. La mandaba el joven Juan de Austria, y llevaba a bordo los tercios de Italia y buen número de soldados italianos y alemanes. Las cifras, como suele ocurrir, varían de unas fuentes a otras, pero quizá sea aproximada la de 41 000 hombres entre marineros y soldados. El principal organizador fue Álvaro de Bazán, uno de los mejores almirantes de su siglo, que mandaba la flota de reserva, de unos 36 navíos, con Juan de Cardona como segundo. La cifra de barcos también varía, aparte de considerarse unas veces sólo los de guerra, y otros también los de apoyo y suministro. Parece que España y sus aliados

inmediatos aportaron 164 barcos, Venecia 134, el Papado 18.

Después de pasar por Corfú, que los turcos acababan de devastar, localizaron temprano por la mañana del 7 de octubre, domingo, a la armada enemiga, surta en el golfo de Lepanto o Patras, que separa el Peloponeso del continente, y compuesta de casi 400 naves de distintas clases, con unos 44 000 soldados y marineros más un ejército de desembarco. La dirigía Alí Bajá, yerno de Selim, bajo cuyo mando figuraba Uluch Alí, unos de los mejores jefes navales, que había causado estragos a españoles e italianos. La flota cristiana, con mayor potencia de fuego, taponó la salida del golfo, tratando de eliminar la ventaja turca en rapidez y maniobra. Alí Bajá pudo retirarse más al interior del golfo, cuya estrechez estaba dominada por los fuertes costeros, como sugirió Uluch, y tender allí una emboscada a los cristianos, si eran tan imprudentes como para seguirle; pero Alí tenía orden de combatir, y lo hizo.

En líneas generales, la complicada batalla se desarrolló así: en el sector norte, principalmente veneciano, las galeras y galeazas de Barbarigo, fuertemente artilladas, hundieron o dañaron bastantes galeras turcas, pero éstas replicaron con eficacia, quedando la situación en empate. Por el centro, fundamentalmente español, los dos bandos se enzarzaron en una lucha que durante horas no tuvo vencedores ni vencidos. Por el flanco sur, Uluch estuvo a punto de resolver la situación lanzando un incontenible ariete de cien galeras hacia la unión de esa ala cristiana con el centro, la rebasó y estuvo a punto de rodear el centro cristiano, totalmente trabado con los otomanos, y destrozarlo por la espalda. Le retrasó la hábil defensa del genovés Juan Andrea Doria, y resolvió el peligro Álvaro de Bazán con su flota de reserva,

que había mantenido fuera de la vista enemiga. Aun con inferioridad de naves, Bazán sorprendió a Uluch y le impidió la maniobra. Por el centro, en medio del estruendo y el humo artillero, los soldados de los tercios y los jenízaros peleaban al abordaje; las dos naves capitanas, la de Alí y la de Juan de Austria, estaban casi empotradas una en otra, y poco a poco parecían ir imponiéndose los turcos, hasta que varias galeras de Bazán entraron en tromba en su auxilio y ayudaron a los tercios, que pudieron izar la bandera de la Santa Alianza en la nave de Alí, lo que desmoralizó a los turcos. Todavía Uluch intentó su maniobra por retaguardia, pero nuevamente las naves de Bazán y de Doria le contraatacaron. A la vista de la situación, Uluch huyó con cincuenta galeras y algunas cristianas capturadas, de las que perdió todavía la mitad. Los sobrevivientes de Uluch lograron escapar, pero no lo hicieron por el sur, por temor a Bazán y Doria, sino hacia el norte, a espaldas del flanco veneciano, que no pudo impedirlo. Durante largo tiempo se adjudicó a los venecianos la parte principal de la victoria, pero es evidente que sólo lograron contener a los turcos, no vencerlos, y que Uluch eligió huir por su sector por esa razón. Fueron Bazán y Juan de Cardona, y en segundo lugar Doria, quienes decidieron la lucha en el centro y cortaron la maniobra de Uluch, que habría podido dar la victoria a los suyos.

El combate empezó poco después de las 10 de la mañana y duró hasta las 4 de la tarde. Las cifras de bajas difieren, como siempre, según las fuentes. Los cristianos parecen haber sufrido 8000 muertos y 15 galeras hundidas, y los turcos entre 20 000 y 30 000 muertos, 5000 prisioneros y 15 000 galeotes cristianos liberados, salvando sólo 30 galeras. La aplastante victoria hispanoitaliana elevó en

vertical el ánimo de los cristianos mediterráneos e inspiró a escritores y artistas: Tiziano pintó varios cuadros célebres sobre el acontecimiento.

Si los turcos hubiesen ganado, la inseguridad de Italia y de España habría alcanzado niveles críticos. La media luna habría dominado por completo el Mediterráneo, pues no se habría podido reemplazar una escuadra semejante antes de dos o más años, y aún más arduo habría sido reponer los tercios, los marineros experimentados y los almirantes capacitados que allí lucharon. España habría tenido que soportar, en las peores condiciones, ofensivas de Inglaterra, Francia y principados alemanes por Flandes, Alemania y probablemente en la misma Península Ibérica.

De hecho, la victoria hispanoitaliana consternó a Londres, París y al de Orange. Todos dieron ánimos a Constantinopla, le prometieron ayuda material e ingenieril, y la incitaron a nuevas campañas contra «los idólatras» españoles, como decía el embajador inglés. Los recursos del imperio otomano eran inmensos, como se jactó el gran visir Sokollu: «Si fuera ordenado, toda la flota podría equiparse con áncoras de plata, jarcias de seda y velas de satén». La escuadra fue rehecha con asombrosa rapidez, en seis meses, con mejoras técnicas, pero naves de menor calidad, menos rápidas. Y no podían sustituir tan pronto a la experta marinería, a sus especializados arqueros, ni la triunfante moral anterior. Otro problema fue que Persia, con la que jugaba la diplomacia española, presionaba sobre sus fronteras. Con todo, los turcos siguieron avanzando por el norte de África, siempre con vistas a reimplantar Al Ándalus.

Se presentó a los cristianos la ocasión de explotar la victoria, pero no estaba claro cómo. Hasta el año siguiente

no pudo hacerse nada, porque la flota debió replegarse ante la inminencia de la estación tormentosa. Pío V deseaba un ataque a los Dardanelos, cerca de Constantinopla, que teóricamente habría estrangulado el imperio enemigo. Felipe, siempre en apuros financieros, recelaba de una empresa tan lejana y prefería el objetivo más modesto de Argel, que daría un golpe decisivo a las incursiones sobre la costa española y al tráfico de cautivos; además, le inquietaban posibles nuevas ofensivas en Flandes (ocurrirían efectivamente en 1572), o por parte de Francia. Venecia, con no menos apuros económicos, deseaba recuperar Chipre. La insistencia del Papa hizo que se intentase una gran operación en 1572, pero la mejor ocasión había pasado, debido al rearme naval turco, y la costosa empresa se redujo a inútiles desembarcos en el oeste del Peloponeso (Morea), donde quedaron algunos destacamentos españoles con vistas a operaciones que no tendrían lugar.

En 1573, Venecia, muy presionada por Francia, abandonó la Santa Alianza y, en un pacto humillante con los turcos, renunció a Chipre a cambio de tranquilidad y permisos comerciales comprados a alto precio. Felipe II y Bazán proponían conquistar Argel, pero Juan de Austria optó por Túnez, cuyo mantenimiento originó enormes dispendios. Los gastos se suprimieron al año siguiente, cuando Uluch y Sinán recobraron la ciudad. Pero lo hicieron a un coste exorbitante en hombres quizá más que en el mismo Lepanto. Ni siquiera Constantinopla podía permitirse victorias tales.

Y en su designio de alargar su poder hasta el añorado Al Ándalus, los turcos chocaron con la dinastía saadí de Marruecos, que no era aún una verdadera nación con límites definidos y aspiraba a gobernar todo el Magreb. Los saadíes

promovían a su vez la guerra santa contra los enclaves portugueses, y el rey luso Sebastián organizó una cruzada que llevó a la batalla de Alcazarquivir, en 1578, uno de cuyos resultados fue que el plan turco sobre España quedó desbancado por mucho tiempo. Desde entonces cambiaron muchas cosas en el Mediterráneo, efecto, en definitiva, de Lepanto.

46

PORTUGAL, FLANDES, INGLATERRA, CON FRANCIA AL FONDO

La batalla de Alcazarquivir fue una de las más trascendentales del siglo XVI. Se la llamó «De los tres reyes», por el insólito caso de que perecieron allí los tres monarcas contendientes: el portugués Sebastián, con sólo 24 años, su protegido Abdalá Mohamed II, y el contrario Abd El Malik. Sus consecuencias fueron igualmente triples: en Marruecos los vencedores no se sintieron capaces de hostigar en serio a España y volcaron su energía contra el sur sahariano; en el Magreb, Constantinopla chocó con un tapón difícil de traspasar por la enemistad marroquí, y poco a poco abandonó la guerra contra España, para frustración de franceses, ingleses y calvinistas (aunque esto no podía apreciarse entonces, y Felipe apenas podía bajar la guardia), y Portugal quedó al poco sin rey ni sucesor, lo que abrió una situación nueva en la península.

Sebastián no se había unido a la Santa Liga de Lepanto, pese a que sus Cortes le instaron a hacerlo, y reforzó los lazos con Inglaterra y Francia. Pero aspiraba a ampliar el poder luso en Marruecos, donde Portugal poseía varias ciudades costeras, hostigadas por los saadíes. Vio la ocasión cuando el sultán Mohamed le pidió auxilio para recobrar el trono que le había quitado su tío Malik. La oligarquía nobiliaria y comerciante portuguesa le apoyó, por beneficiarse de los productos marroquíes. Felipe II, que era tío de Sebastián, le desaconsejó la aventura, pero vista su decisión le ayudó con algunas tropas y aprestos. Participaron también ingleses, alemanes y sobre todo italianos, la flor y

nata de la nobleza portuguesa, y un número de moros adictos a Mohamed. La empresa, como había temido Felipe, terminó en catástrofe.

Sucedió a Sebastián su tío abuelo Enrique *el Cardenal*, que finó a los dos años, dejando una crisis sucesoria. Los candidatos más fuertes al trono eran dos nietos del rey portugués Miguel I, es decir, Felipe II y Antonio, superior del opulento priorato de Crato. Antonio, que era hijo bastardo y por ello con menos legitimidad, se proclamó rey el 24 de julio de 1580, a la muerte de Enrique, y fomentó un ambiente antiespañol. Felipe ordenó al duque de Alba entrar en Portugal con un ejército, y a Álvaro de Bazán contribuir con una flota. Un mes después de haberse proclamado rey, Antonio se le enfrentó en Alcántara, cerca de Lisboa, con tropas superiores en número y potencia artillera, pero los tercios las desbarataron. Tres semanas después Felipe fue nombrado rey de Portugal y reconocido en abril del año siguiente por las Cortes de Tomar.

Antonio huyó a las Azores con las joyas de la corona, que iría vendiendo para sobrevivir, y luego a Francia, donde Catalina de Médicis, que desempeñaba un papel político esencial bajo su hijo el rey Enrique III, le protegió como instrumento contra Felipe y a cambio de la promesa de Antonio de ceder a Francia la colonia portuguesa de Brasil. En 1582, Enrique III mandó a las Azores, aún no ocupadas por Felipe, una expedición de sesenta naves con tropas francesas e inglesas, e idea de capturar la flota de Indias. Plan muy peligroso para España, porque el dominio hostil de las Azores podía interrumpir o causar graves daños al tráfico con América y servir de base a la conquista de Portugal. Pero Felipe fue informado por sus espías, la flota de Indias se desvió al norte de las Azores y, en cambio, llegó

a las islas una escuadra española de veintiocho naves al mando de Álvaro de Bazán, que salió al paso de la enemiga y la derrotó por completo el 27 de julio, junto a la isla Terceira. Los vencidos fueron tratados como piratas y decapitados o ahorcados muchos de ellos, siguiendo el consejo hipócrita de su patrocinador Enrique III, que no quiso reconocerlos oficialmente. Antonio huyó en una nave francesa y algo después marchó a Inglaterra, protegido por Isabel I.

En principio, la unión de España y Portugal completaba el ideal re-conquistador inspirado en la monarquía hispanogótica, y además conjuntaba un imperio inmenso, extendido por todos los continentes habitados, aun si por eso mismo muy vulnerable y difícil de manejar. Felipe respetó las instituciones y usos portugueses y extremó la prudencia en el trato. Se instituyó un consejo de Portugal y el cargo de virrey, los puestos administrativos y políticos lusos recayeron en naturales del país, y su imperio siguió siendo administrado desde Lisboa. Se tomaban muchas decisiones importantes en Madrid, pero venían preparadas por los organismos portugueses. La unión no tuvo nada en común con las de Inglaterra y Gales o Irlanda, por ejemplo. Pero Portugal no sólo llevaba siglos separada, con actitudes anticastellanas muy asentadas, sino que había tenido éxito en su expansión ultramarina (aunque la mayor parte de su comercio había quedado en manos de los despreciados *marranos*, conversos de quienes se sospechaba criptojudaísmo. Sebastián había prometido erradicar a los judíos de Marruecos). Ello fortalecía en los portugueses un orgullo natural, la desconfianza hacia España y el celo por sus posesiones e intereses particulares, pese a seguir considerándose españoles.

* * *

Los triunfos contra los turcos y la unión de España y Portugal se vieron enturbiados por la continuación de la guerra en Flandes. Tras el rápido aniquilamiento de la primera rebeldía, los llamados «mendigos del mar», marinos protestantes holandeses, pirateaban desde bases inglesas bajo el lema «mejor turcos que papistas». Pero en 1572 Isabel I los expulsó, por suavizar la tensión con Felipe II o por temor a su calvinismo. Entonces los *mendigos* ocuparon el puerto desguarnecido de Brielle, y luego el de Flesinga, cortando el comercio de Amberes, Guillermo volvió a la carga con apoyo de los hugonotes y el rey de Francia, y estalló una nueva revuelta. Holanda se declaró en rebeldía. Allí predominaban los católicos, de los que una parte se sublevó por sacudirse el yugo de Alba y otra siguió leal a España en Ámsterdam y Middelburg; pero la dinámica minoría calvinista tomó la vanguardia. El propio Guillermo, católico hasta entonces, se convirtió en 1573 al calvinismo. Alba hizo trizas a Luis de Nassau y a los hugonotes y recobró el sur, disuadiendo de intervenir a los protestantes alemanes comprometidos. El hijo de Alba, Fadrique, atacó despiadadamente el norte, pero el dominio del mar por sus enemigos impidió la rápida victoria de cuatro años antes.

Ante la prolongación del conflicto, Felipe sustituyó a Alba por el barcelonés Luis de Requeséns, gobernador de Milán y antes consejero de Juan de Austria en las Alpujarras y Lepanto. Llegaba con encargo de negociar, salvaguardando el catolicismo y la soberanía de Felipe. Sintiéndose fuertes, los rebeldes continuaron en armas. Requeséns los aplastó en 1574 en Mook, donde perdieron la vida dos hermanos de Guillermo. El golpe, quizá decisivo, quedó sin explotar porque los tercios se amotinaron, exasperados por la falta de

pagas. Felipe tenía en Flandes 86 000 soldados, en su mayoría flamencos y alemanes, un gasto que, combinado con el de otros frentes, provocaría su bancarrota en 1575. En marzo del 76 falleció Requeséns, que había indicado: «Aun si los naturales nos amaran como a sus hijos [lo que estaba muy lejos de ocurrir], bastarían tantos motines como ven de nuestra nación para aborrecernos».

El motín seguía un mecanismo peculiar: circulaba la consigna, los nobles y oficiales eran apartados y se formaba una especie de soviet *avant la lettre*, sin perder la disciplina y el orden interno (así había ocurrido con los almogávares en Oriente). Los soldados creían que en Madrid mandaban letrados y no militares que les comprendieran; en realidad no había dinero. En 1574 el ejército de Flandes consumía 1 200 000 florines mensuales y sólo recibía 300 000 de España. Ese año se debían treinta y siete pagas a los tercios. Un conde flamenco ponderaba «la miseria y desesperación de los pobres soldados» que, sin embargo, «resistían con los estómagos vacíos a las fuerzas enemigas», y les ocasionaban duros reveses. El enemigo también agotaba sus recursos, pero al menos estaba en su tierra o en las cercanías.

Con los motines se abandonaban plazas fuertes que los rebeldes reocupaban, echando a perder las campañas. A Requeséns le sucedió Juan de Austria, y cuando éste se dirigía a Flandes tuvo lugar el saqueo de Amberes. Para pagar a las tropas, Requeséns había pedido en vano la aplicación de la alcabala en los Países Bajos. En septiembre, la región de Brabante había aprobado el impuesto, pero para atacar a los amotinados. En octubre, calvinistas y católicos unidos declararon fuera de la ley a los soldados españoles, con lo que podían ser matados impunemente. Bastantes amotinados se refugiaron en la ciudadela de Amberes, donde

los rodearon las tropas adversarias con intención de aniquilarlos. Pero el 3 de noviembre los sitiados irrumpieron de súbito, destrozaron a los sitiadores y sometieron Amberes a un salvaje saqueo (la *furia española*), en el que mataron a entre dos mil y ocho mil personas, según fuentes, contra sólo treinta muertos propios. Juan de Austria llegaba con intenciones conciliatorias y se vio en posición embarazosa.

Pese a la impresión del saqueo de Amberes, Don Juan explotó las discordias entre las provincias y a principios de 1577 obtuvo al acuerdo pedido por Requeséns: acatamiento a Felipe II y restablecimiento del catolicismo; a cambio se irían los tercios y la Inquisición, habría amnistía y administración tradicional. Con ironía involuntaria, el tratado se llamó Edicto Perpetuo. Guillermo quedó como lugarteniente de Don Juan y *estatúder* de Holanda, pero rechazó la vuelta al catolicismo y ofreció la soberanía a un príncipe francés; los nobles de las provincias católicas la ofrecieron a un noble Habsburgo. En respuesta, los tercios volvieron a finales del año al mando de Alejandro Farnesio, militar italiano al servicio de Madrid. Los rebeldes evacuaron Bruselas y a principios de 1578 sufrieron una fuerte derrota en Gembloux.

En octubre de ese año murió de tifus Juan de Austria, con 31 o 33 años. Era hijo ilegítimo de Carlos I y Bárbara Blomberg, nacido en Ratisbona y criado en España. Su corta pero fulgurante carrera contra moriscos y turcos le había hecho muy popular. Le sucedió Farnesio, quien se vio favorecido cuando los calvinistas de Holanda empezaron a asesinar y encarcelar a católicos, lo que produjo en el sur una reacción prohispana como la de 1566, cuando los protestantes destrozaron las iglesias. Farnesio aprovechó para firmar la Unión de Arrás con varias provincias y la guerra se

volvió decididamente civil, con el país partido entre lo que serían Holanda y Bélgica, una bajo poder calvinista y otra católica. En 1581, Guillermo fue declarado fuera de la ley y puesta a precio su cabeza. Había mantenido una ficticia fidelidad a Felipe II, que rompió entonces abiertamente, proclamó la independencia de sus provincias y ofreció la soberanía a Isabel I. Ésta rehusó, por miedo a meterse en un laberinto, sin dejar nunca de auxiliar ocultamente a los rebeldes. Guillermo hizo la oferta al posible heredero del trono francés, Francisco de Anjou, que aceptó; pero las querellas internas anularían el trato.

La primera mitad de los ochenta trajo victorias a España: fracasaron las maniobras francoinglesas sobre Portugal, y Farnesio, en Flandes, recobró las ciudades de Tournai, Mastrique, Dunquerque, Nieuwpoort, Brujas, Gante; en 1584 sitió Amberes, tenida por inexpugnable. Los rebeldes rompieron los diques y anegaron el entorno, pero Farnesio tendió un gran puente de pontones sobre el Escalda, protegido por dos fuertes —obra de ingeniería militar única en su época—, que aislaba la ciudad, y frustró los intentos de los sitiados por destruirlo. El asedio, obra maestra en su género, despertó expectación en toda Europa. Al cabo de catorce meses la ciudad se rendía.

También en 1584 Balthasar Gérard, católico francés que se ofreció a Farnesio, asesinó a tiros a Guillermo de Orange. Gérard, capturado, sufrió salvajes torturas y fue condenado a ser quemada su mano derecha con un hierro al rojo, separados con tenazas trozos de su carne y desventrado aún vivo; le arrancaron el corazón del pecho y lo estrellaron contra su rostro, luego lo descuartizaron y decapitaron.

* * *

En Francia crecía la posibilidad de una victoria

hugonote. Si la Francia católica ya había causado mil agobios a España, como calvinista se habría convertido en una pesadilla. De 1560 a 1584 habían tenido lugar siete guerras religiosas, iniciadas, como vimos, por los hugonotes al intentar tomar el poder secuestrando al rey. Para 1563 los católicos habían ganado, pero no por completo. Hubo una paz con más tolerancia para los calvinistas de la que éstos permitían donde mandaban, y Francisco de Guisa había sido asesinado, con toda probabilidad a instancias del jefe protestante Coligny. Guisa era muy querido en el país, por haber frustrado a los tercios de Carlos I la toma de Metz, y haber reconquistado Calais a los ingleses. En cambio Coligny, vencido en San Quintín, había ofrecido entregar Calais y Le Havre a Inglaterra, en pago por su ayuda.

El 28 de septiembre de 1567, con Flandes al borde de la primera rebelión, los hugonotes Coligny y el Borbón Luis de Condé intentaron «la sorpresa de Meaux», tratando de secuestrar al rey, ahora Carlos IX, aún adolescente, y a su madre Catalina de Médicis, que a duras penas escaparon. Volvía la táctica calvinista de ganar el poder para aplicar el principio de que el pueblo debía seguir la religión de su príncipe. Al día siguiente, en Nimes, antes de saber el fracaso de la «sorpresa», los hugonotes perpetraron una matanza de católicos, al grito de «Matad a los papistas. Por un mundo nuevo»; y ocuparon La Rochela y otras ciudades. Catalina retiró las concesiones a los protestantes y volvió la guerra. Los católicos se sentían arteramente agredidos por una minoría sin escrúpulos (los hugonotes no pasarían de un millón, en un país de veinte).

Coligny fue vencido en marzo de 1569, y Condé, principal jefe hugonote, muerto. Sucedió a éste Enrique de Borbón, un adolescente, por lo que la dirección efectiva la

ejerció su madre Juana de Navarra, calvinista que prohibió el culto católico donde pudo. Curiosamente, Enrique aprendió tarde el francés, pues se educó en una lengua afín a la española y en un castillo cuyo lema rezaba «Lo que ha de ser, no puede faltar», en castellano. Tras la derrota, los hugonotes fortificaron La Rochela y saquearon Tolosa y el suroeste de Francia. Coligny ordenó obrar «por las armas, el fuego, el pillaje y el asesinato», de lo que sufrieron mucho los franconavarros católicos. Entraron entonces 14 000 calvinistas teutones financiados por Isabel de Inglaterra. Los alemanes arrasaron más de doscientos pueblos del Franco Condado, entonces español, y siguieron por Borgoña, saqueando hasta el histórico monasterio de Cluny. En agosto de 1570 alcanzaron un París mal guarnecido y obligaron a Catalina a aceptar cuatro plazas fuertes calvinistas —reforzamiento de un Estado dentro del Estado—, libertad de culto protestante y un humillante trato de «buenos vecinos, parientes y amigos» a los príncipes extranjeros que habían expoliado y matado a mansalva en el país.

Buscando la conciliación, Catalina propuso casar a su hija católica (y ligera de cascos) Margarita con el calvinista Enrique de Borbón, mientras Carlos IX, ya capaz de reinar, rechazaba la campaña de Lepanto y decidía intervenir en Flandes de acuerdo con Coligny, a quien se otorgó una rica abadía que le convertía en pensionado de la Iglesia. Francia se hallaba casi exangüe, pero Coligny calculaba que el ataque a España le daría más poder y, para financiarlo, pidió una provocadora expropiación de la Iglesia. Los tercios aniquilaron la expedición francesa y Carlos IX pidió a los españoles que ejecutasen como bandidos a los prisioneros, idos allí en cumplimiento de sus órdenes. Alba, indignado, los devolvió a Francia, donde Carlos se encargó de

exterminarlos.

En agosto de 1572 se celebró en la muy católica París la boda de Enrique y Margarita. Coligny introdujo tropas en la ciudad y proclamó que ésta pronto sería suya. Pero el día 22 sufrió un atentado que le hirió de poca gravedad. La acción procedió de la acosada Catalina de Médicis y del duque de Anjou, futuro Enrique III, y remitía al miedo a una nueva «conjura de Amboise» o «sorpresa de Meaux». Catalina convenció al rey para prevenir el golpe protestante mediante una represión general, y de ahí, el 24 de agosto, la «Noche de San Bartolomé» en París, seguida en otras ciudades, con muerte de, quizá, hasta 10 000 protestantes. Coligny fue asesinado en venganza por el anterior asesinato de Francisco de Guisa. Con todo, bastantes jefes hugonotes fueron perdonados y el clero evitó atrocidades aún mayores.

Carlos IX murió dos años después y le sucedió Enrique III. En 1575 Enrique de Guisa, hijo de Francisco, sólo pudo rechazar parcialmente una nueva invasión de teutones que, devastando de nuevo Borgoña y otras zonas, llegaron, junto con los hugonotes, a las puertas de París. Enrique III, como antes Catalina, hubo de aceptar condiciones vejatorias. La justicia pasó en parte bajo dominio hugonote y el monarca reconoció, como actos realizados «para nuestro servicio», la oferta de entrega de Le Havre y Calais a Inglaterra, y la de Metz, Toul y Verdún —ganadas por Francisco de Guisa a Carlos I—, a los protestantes germanos. Prosperaron los nobles católicos llamados «políticos», que colaboraban con los hugonotes con vistas a atacar a España y creaban en Francia regiones casi independientes. *Políticos* y calvinistas obtuvieron plazas fuertes y cargos clave. Los alemanes exigieron la enorme suma de seis millones de libras por liberar a sus prisioneros

católicos y, al no poder pagarse pronto, se llevaron a su país al superintendente regio de finanzas y a los rehenes, saqueando de paso los pueblos. Obtendrían el rescate, aunque no de manos del rey o los hugonotes, sino de los católicos. Nunca había sido humillada de tal modo la monarquía y la misma Francia.

Los católicos rechazaron los acuerdos y formaron una Liga Santa, capitaneada por el popular Enrique de Guisa. La historiografía ha solido tratar muy mal a este Guisa y a la liga, tildándolos de «ultracatólicos» y de arrojar a Francia en manos de Felipe II. Tal acusación se convertiría en el *leitmotiv* con que hugonotes y *políticos* pensaban arrastrar a los franceses contra un peligro inexistente. Pues, observa J. Dumont, no hay prueba de las apetencias españolas, y en cambio los hugonotes obtuvieron siempre dinero y tropas de Inglaterra y Alemania a cambio de trozos del territorio francés, y fueron en dos ocasiones los protestantes tudescos quienes, aparte de asolar regiones francesas, impusieron condiciones mortificantes a sus monarcas.

Con diversas alternativas continuaron las guerras civiles. En 1580, Francisco de Anjou, católico *político*, hermano y príncipe heredero de Enrique III al no tener éste hijos, planeó una ofensiva conjunta de las potencias protestantes y los turcos en el Atlántico, el Mediterráneo y Flandes, para hundir de una vez a España. Ello pareció excesivo al rey, que hizo detener al agente hugonote enviado a Turquía. Pero continuó el plan europeo mediante el ya visto ataque por las Azores y, meses después, en febrero de 1583, por Amberes, en poder calvinista y en la retaguardia hispana. Sin declaración de guerra, doce mil hugonotes fueron llevados a la ciudad por la armada inglesa; pero allí Isabel, vacilante, retiró los barcos. Por causas no claras, los franceses fueron

mal acogidos, y mientras esperaban barcos que los retirasen, la población de Amberes realizó una nueva matanza de San Bartolomé contra sus presuntos libertadores, lo que determinó la renuncia de Anjou a la soberanía holandesa ofrecida por el de Orange (hay otros relatos de este confuso hecho, en todo caso una catástrofe para los franceses *políticos* y para los hugonotes. Al año siguiente sitiaría Farnesio la ciudad).

* * *

Felipe II pidió en 1581 una tregua de un año a Constantinopla, que replicó pidiéndola de tres, y ello le permitió atender más a Francia. 1584 fue el año del sitio de Amberes, del asesinato de Guillermo de Orange y de la muerte del Anjou hermano de Enrique III y frustrado soberano de Holanda. Aumentó el peligro para España cuando Enrique III designó heredero al calvinista Enrique de Borbón. El 15 de diciembre, Inglaterra, Dinamarca, Escocia, partes de Alemania y Suiza firmaban en Magdeburgo, Prusia, un acuerdo para ayudar a los hugonotes con dinero y tropas. Muy preocupado, Felipe firmó con Guisa, el 31 de diciembre, el tratado de Joinville para impedir el acceso de Enrique de Borbón al trono. De ahí saldría la octava guerra de religión o «De los tres Enriques», por enfrentarse el de Guisa, el de Borbón y el rey.

Juzgando que el tratado de Joinville podía arruinar al protestantismo francés y luego al anglicano, Isabel I entró ya sin disimulo en la lucha por Flandes, comprometiéndose en agosto siguiente a enviar tropas y dinero a cambio de la cesión a Inglaterra de varios puertos y del derecho a designar al gobernador general de las provincias. Encargó la tarea a su favorito y posible amante, conde de Leicester, que no lo hizo

bien: enojó a los holandeses con su autoritarismo, y muchos de sus soldados se pasaron a los españoles.

Si la acción solapada de Isabel había irritado a Felipe, la intervención abierta lo decidió a mandarle una armada que la derrocase. La Grande y Felicísima Armada (lo de «Invencible» fue una acuñación inglesa, al principio aprensiva y después sarcástica), debía recoger en Flandes a 20 000 soldados de Farnesio para invadir la isla. Álvaro de Bazán iba a mandarla, pero murió antes, sustituyéndole el duque de Medina Sidonia, hombre de tierra, poco imaginativo y algo derrotista, si bien le asesoraban marinos expertos como el asturiano Diego de Valdés, el guipuzcoano Miguel de Oquendo y los vizcaínos Martínez de Recalde y Bertendona. Los aprestos se retrasaron porque Francis Drake destruyó en Cádiz y Lisboa varias decenas de naves, en ataques por sorpresa.

La Armada reunió 132 barcos diversos con unos 27 000 hombres. Los ingleses, en un supremo esfuerzo, juntaron y artillaron hasta doscientas naves, con menor tonelaje y cerca de 20 000 hombres. Entre sus mandos destacaba Drake, el marino inglés más hábil y audaz, aunque el mando supremo correspondió a Charles Howard.

Poco antes de verano de 1588 la Gran Armada dejó Lisboa, las galernas la dispersaron y tardó un mes en reconcentrarse en La Coruña. Los ingleses quisieron atacarla, pero las tormentas se lo impidieron a su vez. El 22 de julio volvió zarpar y llegó al oeste de la costa sur inglesa. En Plymouth pudo tal vez destruir la escuadra contraria, encerrada allí por las mareas, pero Medina Sidonia prefirió atenerse al plan y continuó hacia Flandes, perdiendo dos galeones en escaramuzas. Sin más contratiempo, se acercó a su objetivo en Calais, y allí volcó Drake su poder artillero y

varios barcos en llamas (brulotes), a favor del viento. La táctica española consistía en soltar una andanada y pasar al abordaje, pero los ingleses, por evitar el contacto, cañoneaban de lejos, con poca eficacia, y hubieron de retirarse con la munición agotada. La batalla, en realidad poco más que una fuerte escaramuza, dejó a la Armada un barco hundido y cuatro dañados, y entre quinientos y mil muertos, por uno o dos centenares de sus contrarios. Según algunos tratadistas, este combate cambió la táctica naval del abordaje al cañoneo.

La Armada siguió hasta la cercana Gravelinas, para cumplir su misión, pero Farnesio ignoró su llegada, al parecer porque los holandeses habían interceptado los mensajes de Medina Sidonia. Navegar aquellas aguas era peligroso, al haber retirado los rebeldes las boyas que advertían de los numerosos bajíos. El viento arreció y empujó hacia el norte las naves, que hubieron de volver a España rodeando Escocia e Irlanda. Sobrevino la catástrofe: las tormentas hundieron casi sesenta barcos, con unos 15 000 hombres. No hubo, pues, victoria inglesa, sino un fracaso causado por el mal tiempo, comparable al sufrido cuarenta y siete años antes por Carlos I en Argel. Los protestantes llamaron «el viento de Dios» al que les había librado de la Armada, como los islámicos «el viento de Carlos» al de antaño. Tales tempestades, inusuales en la estación, se han relacionado con el enfriamiento del clima que iba a hacer del siglo XVII una «pequeña edad glacial». Aun así, la flota hispana mantendría su superioridad en los mares hasta 1639.

Los héroes ingleses tuvieron mala suerte. El primer ministro, Burghley, calculó que «por muerte o enfermedad o algo parecido, podremos ahorrar parte de la paga» debida a

los marineros. El dinero se derrochó en festejos, mientras los defensores de Inglaterra morían a millares, por enfermedades, hambre y heridas.

El efecto mayor de la batalla fue psicológico. Tras tanto tiempo de mala suerte, los exultantes ingleses y protestantes acuñaron medallas conmemorativas con la leyenda «Él (Dios) sopló sus vientos y los dispersó». Al año siguiente, Drake salió con una potente flota para destruir los galeones de la Armada en reparación, capturar las Azores y el tesoro de Indias y, sobre todo, provocar la revuelta de Portugal. Iba con él Antonio de Crato, convencido de que su presencia impulsaría una rebelión portuguesa. Pero Drake fue rechazado en La Coruña, donde se distinguió la célebre María Pita, y perdió cerca de un millar de soldados, más otros dos mil que desertaron con sus barcos. En Lisboa fue igualmente rechazado y no hubo asomo de insurrección popular. Tampoco logró tomar las Azores ni capturar los galeones de Indias. Los españoles le destruyeron o capturaron doce barcos, las tormentas le hundieron otros más, y perdió el 70 por ciento de los 23 000 hombres embarcados: 13 000 muertos y muchos desertores. Para Isabel fue un trago amargo, pues la aventura vació sus arcas. Fue uno de los mayores desastres de la armada inglesa, sólo inferior al que sufriría en 1741 en Cartagena de Indias.

* * *

La situación francesa todavía empeoró para España. Comenzada en 1585 la «Guerra de los tres Enriques», el Enrique rey, presionado por Enrique de Guisa, revocó la designación de Enrique de Borbón como heredero. Oficialmente, el rey estaba con el bando católico, pero lo saboteaba. El desastre de la Armada en 1588 le animó a ajustar cuentas: atrajo a Guisa a una reunión y lo hizo

asesinar, encarceló a su familia y a los portavoces de los Estados Generales, mató también al cardenal Luis de Guisa y se alió con el Borbón calvinista. El pueblo se indignó y la Sorbona lo desligó de la fidelidad al monarca, a quien los Estados Generales quisieron procesar. El rey, lleno de feroz resentimiento marchó con un ejército de *políticos* y hugonotes al asalto de París: «París, cabeza del reino […] necesitas una sangría para curarte, tú y toda Francia […]. Dentro de unos días ya no se verán tus casas ni tus murallas, sino tan sólo el lugar donde has estado». Pero el 1 de agosto el fraile dominico Jacques Clément lo acuchilló y mató.

Este rey, fanáticamente antiespañol, había combatido a los hugonotes, incluso en la Noche de San Bartolomé, para simpatizar luego con ellos como católico *político*. Antes de reinar se había prometido con Isabel I, asunto que falló porque Enrique, probable homosexual, hablaba de ella sin recato como «la puta pública», o «la vieja criatura con una pierna hinchada». No obstante, la común aversión a España le había acercado a la reina inglesa. También ostentó brevemente la corona de Polonia.

Muerto Enrique III, último de los Valois, comenzó la dinastía de Borbón, con Enrique IV como soberano apoyado por protestantes y *políticos*. No le respaldaba la mayoría del pueblo, pero la desaparición de Guisa, un caudillo excepcional, le daba esperanzas de triunfar. Reunió un ejército de 26 000 alemanes, 12 000 franceses, 4000 ingleses y 3000 holandeses, y sitió París. El asedio, resistido heroicamente, provocó la muerte de hasta 60 000 parisinos por hambre, enfermedad y heridas.

Felipe II juzgó el peligro muy superior al de Flandes, y en 1590 ordenó a Farnesio socorrer a París. Fue preciso abandonar una campaña prometedora en Holanda, y los

rebeldes, liderados por Mauricio de Nassau —que perfeccionó el ejército holandés—, recuperaron Breda y otras plazas. Farnesio, a su vez, liberó la capital francesa, dejando en ella una guarnición española. Más tarde ocupó Rouen. Los tercios volvieron a demostrar su valía en maniobras magistrales contra las fuerzas superiores de Enrique IV, saliendo de encerronas casi desesperadas. En 1592 la excepcional carrera militar de Farnesio tocó a su fin: herido de mosquete, fallecería en diciembre.

Enrique, viendo que no sería monarca sin la aquiescencia de París, abjuró al año siguiente del calvinismo (se le atribuye la frase cínica «París bien vale una misa»). Los católicos, agradecidos por el fin de las agotadoras guerras civiles, le aceptaron y, en virtud de la ley sálica que prohibía reinar a mujeres, descartaron la propuesta de Felipe II de nombrar reina a Isabel Clara Eugenia, su dilecta hija, francesa por parte de madre. Tras resistencias menores y una pequeña intervención española en Provenza, el trono de Enrique IV quedó afianzado. A la guarnición española (con flamencos e italianos) de París, todavía peligrosa, se le permitió retirarse con honor, desfilando por la ciudad. Para Felipe II, el desenlace tuvo algo de victoria y de derrota. Francia permanecía católica, después de todo, pero no por ello más amistosa hacia España.

Cinco años después, por el Edicto de Nantes, el catolicismo quedó como religión del Estado. Los hugonotes habían luchado como en país extranjero, con matanzas, saqueos y destrucción de libros, edificios, pinturas y esculturas, un invalorable patrimonio cultural. No alcanzaron su principal objetivo, pero los artículos secretos del edicto los mantuvieron como un Estado dentro del Estado, con cincuenta y una plazas fuertes pagadas por el

gobierno, es decir, por los católicos. Se autorizaban los dos cultos, pero en Béarn-Navarra, prácticamente independiente, sólo se permitía el calvinista, pues consideraban «diabólica» la tolerancia a los católicos. Se ha presentado el edicto como un modelo de «modernidad», que reconocía la pluralidad religiosa y la condición meramente política de los súbditos. Parece más realista considerarlo expresión del agotamiento del país y del oportunismo de Enrique IV. No podía garantizar una paz larga al admitir un doble Estado de hecho, y en el siglo siguiente sería revocado, con nuevas guerras.

* * *

Los últimos años del siglo España tuvo que atender a tres frentes, Flandes, Francia y el Atlántico. Felipe II intentó resolver el primer conflicto dando Flandes en dote a su hija Isabel Clara Eugenia cuando se casó con el archiduque Alberto de Habsburgo en 1598 (año del Edicto de Nantes y del fallecimiento de Felipe). Pensaba así traspasar la región a los Habsburgo austríacos e ir desembarazando de ella a España. Pero los rebeldes no aceptaron, Alberto demostró ser una nulidad militar y las tropas siguieron allí. En 1600 Mauricio de Nassau lograría un golpe sin precedentes al batir en Nieuwpoort a los tercios en campo abierto. Las bajas fueron similares y el resultado nulo, pues Mauricio hubo de retirarse tras esperar una sublevación de los flamencos, que no ocurrió.

Peor pasó con Francia, pues Enrique IV era un adversario muy temible. En 1595 atacó a España por el lado más económico para él y más productivo para sus aliados holandeses: el Camino Español, vital arteria que desde Nápoles y Barcelona (por mar) confluía en Milán y desde allí, por las neutrales Saboya, Suiza, Alsacia, Lorena, y el

Franco Condado y Luxemburgo españoles llegaba a Bruselas. En 1596 Holanda, Francia e Inglaterra acordaron una ofensiva de gran estilo para tomar entre dos fuegos al Flandes prohispano. A tal fin, Enrique IV hizo de Amiens una plaza de armas. Pero Hernán Tello, un jefe de los tercios, adelantándose con un modélico golpe de mano, tomó la plaza con una pequeña tropa. El archiduque Alberto reaccionó con tal lentitud que Enrique IV pudo retomar la ciudad, pero su ofensiva quedó paralizada. Mauricio de Nassau ocupó dos provincias, pero fracasó en su plan de formar un corredor al este de Flandes que uniera Holanda con Francia y aislara a los españoles. Ese año, Enrique cortó por Lorena y Saboya el Camino Español, que hubo de cambiar a una ruta más replegada.

Finalmente, en la paz de Vervins, de mayo de 1598, Francia y España se devolvieron sus conquistas. Felipe falleció unos meses después, habiendo conseguido una paz ventajosa con los turcos y otra aceptable con Francia, sus rivales más peligrosos, aunque persistiese la guerra en Flandes y con Inglaterra.

Es corriente la idea de que después de la Gran Armada la marina española pasó a segundo término, pero ocurrió más bien al revés. Si ingleses y holandeses se reforzaron en el mar, los españoles hicieron lo propio: el tráfico con América aumentó sin que pudieran impedirlo sus adversarios: de los seiscientos convoyes entre España y las Indias durante tres siglos, sólo dos cayeron en manos de armadas (no de piratas) enemigas. Los piratas, pese a las exageraciones románticas, apenas pudieron capturar algún galeón, sólo barcos menores y aislados. El éxito español obedeció a un perfeccionamiento del sistema de convoyes y del servicio de inteligencia, que con Felipe II fue probablemente el mejor de su época, y que

privó del factor sorpresa a muchas acciones enemigas. El éxito de la isla Terceira fue posible por informaciones de agentes franceses, y lo mismo la insurrección de París, que había expulsado a Enrique III, planeada por Bernardino de Mendoza, verdadero jefe del espionaje español. Mendoza, nacido en Guadalajara, educado en la universidad de Alcalá y combatiente en Flandes, fue embajador en Inglaterra, de donde salió expulsado al descubrirse sus labores de espionaje, en los que usaba códigos secretos y técnicas todavía inusuales. Pasó a Francia como embajador y agente en los medios católicos, hasta que Enrique III pidió su retirada. En 1591 dimitió al quedar ciego. Intelectual notable, dejó una crónica de la guerra de Flandes, una *Teórica y práctica del arte de la guerra* y una traducción al español de una obra del filósofo neoestoico y tratadista político flamenco Justo Lipsio.

En cuanto a Inglaterra, pese a la malaventurada «contraarmada» de Drake, su flota se había vuelto muy peligrosa y solía emboscarse en las Azores para capturar los galeones de Indias. En 1591 y 1594 Alonso de Bazán, hermano de Álvaro, desbarató sus intentos, y las empresas de Drake, Frobisher, Hawkins y Cumberland fallaron, mientras corsarios españoles capturaban a su vez mercantes ingleses. En 1595, la pequeña armada de Carlos de Amésquita desembarcó en el sur de Inglaterra, al estilo de otras expediciones castellanas en la Guerra de los Cien Años, devastó algunas poblaciones y un fuerte y burló la persecución que intentaron Drake y Hawkins. Al año siguiente una escuadra angloholandesa volvería a saquear Cádiz, éxito importante, y el mismo 1596 los ingleses volverían a ser expulsados de las Azores. Ese año los legendarios Drake y Hawkins, socios de largo tiempo en el

tráfico negrero y el corso, murieron de disentería en el Caribe, tras ser repelidos sus ataques a Puerto Rico. Drake, de modo similar a *Barbarroja*, aunque a escala menor, fue a veces más allá de la piratería, pues logró capturar brevemente ciudades como Vigo, Las Palmas, Cartagena de Indias o Santo Domingo, intentó implantar una colonia en América y dio una vuelta al mundo.

A su vez, España enviaría en 1602 una pequeña fuerza de desembarco a socorrer a los irlandeses contra Inglaterra, pero fue derrotada en Kinsale. La revuelta había estallado en 1594 y duraría nueve años, en parte con armas españolas, y fue reprimida a sangre y fuego por Isabel I. Los irlandeses fueron reducidos al hambre y parte de sus tierras pasó a propiedad de nobles ingleses. Isabel murió en 1603, y al año siguiente su sucesor, Jacobo I, ofreció a los rebeldes amnistía y condiciones relativamente favorables. Algunos líderes irlandeses quisieron mantener la lucha, pero no les fue posible porque Madrid había firmado ese año la paz con Londres. España quiso garantía para el culto católico en Inglaterra, pero no fue posible.

47

UN BALANCE DEL SIGLO XVI

Se ha hecho tópica la descripción del siglo XVI español como época de bancarrotas y ruina tras una relativa prosperidad bajo los Reyes Católicos: hambre, mendicidad, escaso comercio, una población despojada por una oligarquía de magnates parásitos, cerriles, dueños de casi todo, y sobreabundancia de clérigos ignaros o corruptos y de hidalgos preocupados por su honor y por no trabajar. El mal provendría de la expulsión de los cultos y productivos judíos, agravado en el siglo XVII por la expulsión de los moriscos, otro sector productivo, al revés que los cristianos viejos obsesionados por la limpieza de sangre y orgullosos de no saber leer ni conocer oficio práctico. Carlos I y Felipe II habrían desviado al país de su «natural» expansión por el norte de África, embarcándolo en aventuras internacionales que sólo interesaban a ellos: Carlos, porque le atraía el Sacro Imperio y no España, a la cual habría usado como simple peón; y Felipe II por un tétrico fanatismo religioso. España, sobre todo Castilla, habría quedado exhausta en guerras absurdas, mientras el resto de Europa prosperaba y se modernizaba.

Punto esencial del tópico es la Inquisición, que habría asfixiado la vida intelectual y hasta despoblado el país. «Un imperio amasado con oscurantismo y miseria», vino a resumir Azaña. Según unos, España constituyó una rémora para Europa entera y habría sido deseable su derrota por potencias más *progresistas*; según otros, el país se desvió del camino *correcto* y se volvió «anormal», «enfermo», como indicaba Ortega. Según quiénes, el «desvío» habría salido de la derrota de los comuneros, de la Reconquista contra los

ilustrados y tolerantes musulmanes, o del mismo Recaredo. Estas versiones no suelen sustentarlas hoy los historiadores, pero han calado en parte de la población, los políticos y los medios de masas. Manía algo cómica de muchos intelectuales es la de señalar los «errores» del pasado, la política que habían debido seguir Carlos y Felipe para satisfacer a sus acertados jueces, o acusar al siglo XVI de los males actuales. Antojos indicativos de una decadencia intelectual cierta.

Para justificar tales juicios se han invocado archivos, testimonios diversos, obras literarias, etc. Cualquier tendencia histórica general entraña siempre factores de sentido contrario o dispersivo, y basta centrar la atención en éstos para trazar un panorama de aspecto documentado, pero ilusorio. Con respecto a la España del siglo XVI, un imperio construido con miseria e ignorancia habría sido tan imposible que el historiador H. Kamen ha concluido que no existió un Imperio español, el cual fue sólo una especie de manejo del naciente capitalismo europeo, que utilizó a España como instrumento.

Lo evidente es que España construyó un imperio gigantesco, en la mayor parte del cual se sigue hablando español, que exploró el océano Pacífico y puso en comunicación y comercio, por primera vez en la historia, a todos los continentes habitados, cuando las demás potencias europeas apenas iban más allá de la piratería. Y que afrontó el expansionismo otomano, el francés y el de la internacional protestante, cada uno de ellos superior materialmente a España; y si bien no alcanzó a derrotar por completo a ninguno de ellos, los venció una y otra vez, los contuvo y finalmente les marcó límites. Simultáneamente desplegó una cultura potente y original en literatura, pensamiento,

arquitectura, música y pintura. La visión de un país económicamente menesteroso, repleto de parásitos, falto de gente capacitada en casi cualquier terreno, cruel y fanático pero impotente, tiene el interés de su gran difusión, pero no es por ello menos absurda.

* * *

Otros datos descartan la lúgubre versión hoy tan popular. A falta de cifras precisas, suele aceptarse que la población pasó de cinco-seis millones a principios de siglo a siete-ocho millones al final. La población, por tanto, habría crecido considerablemente, cosa imposible en medio de la miseria e ineptitud técnica. Ponderar ese aumento exige contrastarlo con las epidemias y hambres que plagaban recurrentemente a toda Europa. No se repitió una peste como la del siglo XIV, pero Inglaterra sufrió en el XVI nueve episodios graves, y algo parecido Francia y los demás países. Por supuesto, también España en 1507, 1557, 1580, y sobre todo en 1596 y 1602. Estas plagas fueron las mayores causas de mortalidad masiva. Después vienen las hambrunas, que afectaban hasta a las regiones europeas más ricas, aunque posiblemente España las padeciera más, debido a su fertilidad menor.

Las guerras, en cambio, dañaron poco a España, que se libró de las más mortíferas, como las civiles de Alemania, Francia, Flandes o Inglaterra (si incluimos a Irlanda). Y las externas no impusieron un grueso tributo de sangre: más despobladoras debieron de ser las incursiones islámicas por Levante y Andalucía. Tampoco pesaron los emigrantes a América, un máximo de 300 000, apenas 3000 al año; y probablemente la cifra real no pase de la mitad. España recibió a su vez bastantes inmigrantes transpirenaicos.

Los testimonios contemporáneos, necesarios, deben

acogerse, no obstante, con cautela. Muy a menudo son impresionistas y parciales (como hoy: piénsese en las cifras de bajas de la guerra civil de 1936-1939 circuladas durante décadas). Si tomásemos al pie de la letra una multitud de quejas e informes del siglo XVI, España habría acabado el siglo con la mitad de población que al principio. En el siglo XVIII, el marqués de la Ensenada atribuirá la «despoblación» del país a las guerras y la emigración a América. Se pensaba implícitamente en la población francesa, pero España tenía la población que podía tener por sus peores suelos y menor pluviosidad, determinantes cuando la agricultura era en todas partes la base de la economía.

Felipe II ordenó medidas novedosas en Europa, como un recuento y descripción del país municipio por municipio. Por desgracia no se completó, pero abarcó a setecientos pueblos que no ofrecen señales de estar arruinados. Otro indicio son las pinturas de ciudades españolas que el rey encomendó al flamenco Antoon van der Wijngaerde (Antón de Viñas): se aprecian unas concentraciones urbanas considerables, monumentales y de notable belleza. Muchas de esas ciudades tenían estudios superiores. En ese siglo se fundaron las universidades de Valencia, Sevilla, Santiago de Compostela, Granada, Zaragoza y Oviedo, y otras luego desaparecidas como la de Oñate (la de Barcelona se fundó a mediados del siglo XV, y la Complutense a finales). La proporción de titulados universitarios, una de las más altas de Europa, indica lo mismo. La mayoría de las ciudades creció, con Sevilla como una de las mayores de Europa. Obviamente, aquellas ciudades, universidades, armadas, rutas comerciales, organización militar, etc., no eran obra de analfabetos y gente alérgica al trabajo, ni tampoco de judíos

o mudéjares.

En este contexto global deben entenderse factores contradictorios como las crisis de subsistencias, las bancarrotas, la mendicidad, etc., que relativizan, pero no anulan la época de mayor esplendor político, bélico, de pensamiento, literario y artístico que haya vivido España en su dilatada existencia.

* * *

Carlos I dejó la hacienda endeudada en la muy alta cantidad de veinte millones de ducados. Felipe II, mediante una administración cuidadosa y mejoras fiscales, cuadruplicó los ingresos del Estado, pero al final la deuda ascendía a ochenta millones, y declaró tres bancarrotas, en 1557, 1575 y 1596. Las bancarrotas eran suspensiones de pagos o aplazamiento de la deuda, recibiendo los acreedores *juros*, especie de bonos del Estado. Por consiguiente, los gastos marchaban por delante de los ingresos, y podían sostenerse gracias a los cuantiosos préstamos de banqueros, genoveses y alemanes principalmente. Los gastos se hinchaban debido a la defensa del Mediterráneo y Europa del norte y la necesidad de proteger las rutas de América y el Pacífico.

Las posesiones de Felipe II podrían, en principio, atender a estos gastos solidariamente. Pero los impuestos de la mayor parte de ellas se aplicaban a las necesidades propias, y era sobre todo Castilla, además de la plata de las Indias, quien financiaba la política general. Castilla pechaba habitualmente con más de la mitad de los impuestos (parte considerable de ellos quedaba en el reino), y América con entre el 12 y el 20 por ciento. Aragón no pasaba del 7 por ciento, y al igual que Flandes e Italia (20 por ciento entre ambas) apenas contribuía al gasto no local (algo más Nápoles). Los tardíos ingresos portugueses revertían

igualmente al mantenimiento de Portugal y su imperio.

Ese esfuerzo de Castilla creaba en ésta un sentimiento de agravio con respecto a los demás reinos, y resentimiento ante el hecho desazonante de que, tras ganar con increíbles fatigas un imperio tan extenso y productivo, el oro y la plata de América se evaporasen apenas llegados a España en pagos a banqueros y comerciantes extranjeros (que, por su parte, corrían serios riesgos). Pero el problema no derivaba de la codicia de los financieros, sino del coste de las empresas internacionales; y no surgieron en Castilla ni en Aragón financieros y comerciantes tan hábiles como los genoveses, por ejemplo. Esta carencia quizá estribaba en el agobio de una economía, en general próspera durante el siglo XVI, pero siempre corriendo detrás del carro de los gastos, lo que dificultaba una acumulación suficiente de capital bancario. La situación recuerda algo la de la época final del Imperio romano, cuando las necesidades del Estado se hacían demasiado gravosas para la sociedad, aunque sin llegar a nada parecido a la quiebra general del Imperio romano de Occidente. Por otra parte, Aragón, libre de tales agobios, tampoco experimentó un especial auge económico.

La presión fiscal motivaba mil quejas de las Cortes y de particulares, «arbitrios» más o menos acertados para enmendar la tendencia, y aversión a las onerosas empresas europeas: ¿por qué no dejar que los herejes se condenaran, si les placía? Sin embargo el problema nacía directamente de la posición internacional de España. En el Mediterráneo debía luchar por fuerza con los islámicos, y no menos con Francia. El protestantismo, con todas sus posibles virtudes, fue largo tiempo el principal factor de guerras civiles e internacionales en Europa —lo pronosticó Lutero con orgullo—, y combatirlo a distancia libró a España de tenerlo en el interior

y correr la suerte de Alemania, Flandes o Francia. Es decir, la costosa guerra lejana evitó al país un largo período de contiendas internas y probable desintegración, y mantuvo a aquellas potencias relativamente alejadas de las Indias. La idea de que España pudo concentrarse en el Mediterráneo contra turcos y magrebíes e inmune a los sucesos europeos, es una ilusión ingenua. Dejemos aparte el supuesto infantil de que, a la larga, la guerra civil y el triunfo protestante habría beneficiado al país haciéndole compartir la riqueza y cultura que llegarían a alcanzar Inglaterra, Francia u Holanda. Muchos países protestantes permanecieron pobres, como los escandinavos, y la Francia católica alcanzaría preponderancia europea por largo tiempo. Con el catolicismo, España vivió dos siglos excepcionales, con nivel económico acorde a su tiempo y demografía, y conservó y amplió su imperio frente a mil asechanzas. El contagio protestante fue erradicado por la Inquisición al coste de unos cientos de víctimas: compárese con las causadas por Enrique VIII e Isabel de Inglaterra entre los católicos, o entre los irlandeses, por no hablar de las guerras de religión francesas.

Tampoco parece cierto que Carlos I ansiase una monarquía universal al modo de los fundadores del Sacro Imperio. España, no aquel imperio desgarrado e ineficaz, era la barrera frente a turcos, protestantes y anglicanos. Ante la acusación de que aspiraba a dominar a toda la cristiandad, Carlos explicó: «Mi intención no es de hacer la guerra con los cristianos sino contra los infieles; y que Italia y la cristiandad estén en paz; que posea cada uno lo suyo y nos contentemos».

El fanatismo, si así queremos llamarlo, de Felipe II, no fue más ni menos que el común en su tiempo, pues católicos

y protestantes entendían la homogeneidad religiosa como un factor indispensable de paz pública. Y sus yerros no deben oscurecer sus aciertos, mucho mayores. Hubo de pechar con los aplastantes problemas derivados de la enormidad y dispersión de su imperio, problemas que ningún otro rey tenía, y los afrontó con éxito, implantó la administración más avanzada de Europa y demostró ser culto, sensible, amante de los libros, mecenas, de horizontes mentales amplios, entre otras virtudes a menudo olvidadas por influjo de la propaganda que exagera o inventa sus defectos. Si logró tener a raya a unos enemigos de poder abrumador, resolver problemas internos como el de su demente hijo, el príncipe Carlos (a quien la publicidad protestante convirtió en un héroe *sui generis*), la traición de su secretario Antonio Pérez o la insubordinación de algunos oligarcas aragoneses, fue mediante una política calculada y racional, no fanática. Puede considerarse a Flandes un regalo envenenado de Carlos I, pero la historia está llena de beneficios que degeneran en lo contrario, pues nadie puede prever los efectos últimos de sus decisiones.

* * *

El agravio padecido por Castilla se compensaba moralmente con su identificación prioritaria con España, de lo que protestaba el catalán Cristófol Despuig en 1557: «Casi todos los historiógrafos castellanos se empeñan en llamar Castilla a toda España, cuando esta provincia (Cataluña) no sólo es España, sino la mejor de España». Quejas parecidas expresaba el valenciano Gaspar Escolano. El historiador vasco Esteban de Garibay, por el contrario, se ufanaba de que su tierra fuera parte de Castilla, «el mejor y más espacioso reino de todos los de España». Los vascos solían considerarse los españoles más genuinos y antiguos.

Una extensa bibliografía se ha complacido en subrayar las diferencias legales y libertades de Aragón con respecto a Castilla, sin especificar que las «libertades» eran las de una oligarquía especialmente opresiva, mientras que la defensa común recaía sobre Castilla (la cual, debe recordarse, agrupaba a Galicia, Asturias, León, Vascongadas, Extremadura, Andalucía y Canarias, aparte de la Castilla propia. De igual modo, Aragón incluía a Cataluña, Valencia y Baleares, además del mismo Aragón). Al contrario que los oligarcas, el pueblo común aragonés deseaba un poder regio más fuerte, también más lejano, y tenía sobrados motivos para odiar la inmediatez de unos déspotas nobiliarios, con sus *malos usos* nunca extinguidos pese a las medidas de Fernando *el Católico*. Y prefería una ley aplicada por letrados ajenos a los intereses creados en sus regiones. El obispo de Vich, recoge el historiador J. H. Elliott, expondría en 1615 la demanda popular de que el rey fuese allí con tropas para imponer justicia y quitar «los malos usos y costumbres que la impiden». Lo mismo se aplica al Justicia de Aragón, cargo vinculado a una familia y a clanes oligárquicos, cuyo titular no solía ser experto en leyes, ni aun en los fueros del reino. La población lamentaba el «fuerte y horrendo poder de los señores de Aragón», y las Cortes de 1585 denunciaron unos arcaísmos que la reducían «a mayor calamidad y miseria que los de otras provincias y reynos».

La monarquía era considerada en todas partes el poder superior, generador del derecho y, pese a la renuencia de las noblezas, durante el siglo avanzó el derecho real sobre los derechos feudales, aun sin eliminar éstos. En Castilla, y más aún en Aragón, abundaban los recursos del pueblo contra los abusos de nobles y eclesiásticos, o contra los ayuntamientos manejados por éstos. Un sistema que racionalizó la justicia

fue el de las audiencias, extendidas por toda España, presididas por el virrey o por un gobernador, integradas por letrados y sometidas a «encuesta» o investigación bianual para evitar corruptelas, como recuerda L. González Antón. Las audiencias mantenían los fueros, pero aplicaban una justicia más homogénea e independiente.

En Aragón había quejas por el predominio de castellanos en la administración del imperio. Pero ese predominio reflejaba tanto el mucho mayor compromiso político general de Castilla como el particularismo de las oligarquías regionales, celosas de su absoluto predominio en las respectivas regiones y desentendidas, incluso, de la defensa de sus fronteras externas. El particularismo era mayor en el reino de Aragón, que no aceptaba siquiera virreyes castellanos, que en Cataluña, que sí los admitía. Las Cortes catalanas fueron en ocasiones más generosas que las de Valencia y Aragón ante las necesidades de la monarquía, y acogieron con más calor que las castellanas o las valencianas la empresa imperial de Carlos I; y no faltaron nobles catalanes en cargos como embajadas, jefatura de la flota de galeras o virreinatos: nombres como los de Cardona y Requeséns, son indicativos. Muchos catalanes participaron en la guerra de las Alpujarras, en Flandes, en Italia, y destacaron en Lepanto. Las atarazanas de Barcelona cumplieron un papel en la construcción de galeras. Aragón solía interesarse más en las empresas mediterráneas que en las atlánticas, cosa no sorprendente.

Problema específico de Cataluña fue un bandolerismo atribuible a los malos usos, la ruina de campesinos y la sobreabundante nobleza de nivel inferior, así como a un comercio mediterráneo declinante, a causa de la actividad de turcos y berberiscos, también después de la tregua con

Constantinopla.

* * *

Simultáneamente con los arduos conflictos europeos prosiguieron las exploraciones y conquistas por América y el Pacífico, desde la Patagonia hasta Oregón y el tercio sur de la actual Usa; fueron expulsados los hugonotes que pretendían conquistar Florida, repelidos muchos ataques corsarios, descubiertos cientos de islas del Pacífico (todavía con nombres españoles bastantes de ellas: este océano fue conocido como «el lago español»), se asentó la colonia de Filipinas, rutas comerciales entre China y Nueva España, y por las islas Filipinas, Salomón y Nueva Guinea. Sorprende el número de destacados exploradores, conquistadores, colonizadores, misioneros y cronistas que jalonan estas empresas. Uno muy notable fue el jesuita Pedro Páez, que desde Goa marchó a Etiopía y llegó en 1618 a las fuentes del Nilo Azul, en el lago Tana, siglo y medio antes de que el escocés James Bruce las redescubriera. Páez había sido apresado en el Yemen y mantenido cautivo siete años, en el curso de los cuales fue el primer europeo que recorrió el desierto de Hadramaut. Incluyó el relato de sus andanzas en un libro, *Historia de Etiopía*, que escribió en portugués.

No cesaron de fundarse ciudades, de construirse vías de comunicación y obras públicas, y se acuñó moneda, lo que no admitirían otros imperios en sus dominios. Fueron creadas seis universidades (otra en Filipinas a comienzos del siglo XVII) y centros para las élites indias, funcionaron imprentas en las mayores ciudades y comenzó un arte y literatura criollos, siendo exponente de ésta el Inca Garcilaso de la Vega. Millones de indios fueron bautizados, como ya se indicó.

De América vinieron alimentos que mejorarían la dieta

europea, como la patata, el tomate o el maíz, también el tabaco, y el nuevo continente recibió nuevos cereales y frutas, la vid, la caña de azúcar y otras plantas, así como ganadería bovina, ovina, porcina y equina. A cambio de las importaciones de todo género, las posesiones americanas enviaban a España remesas de oro al principio y cada vez más de plata, al descubrirse las minas de Zacatecas en Méjico, y Potosí en Bolivia. La plata se convirtió en un gran negocio dentro de las proporciones de la época (hoy se produce en un año más plata que toda la llegada de América en el siglo XVI), y las monedas españolas circulaban por todo el mundo. La explotación de las minas sólo podía hacerse con mano de obra de los indígenas, que según la ley no podían ser obligados; pero que lo fueron en las zonas próximas a las minas mediante expedientes seudolegales o por la pura fuerza.

Los nuevos territorios y ciudades fueron a menudo bautizados con nombres como Nueva España, Nueva Galicia, Nueva Granada, Cartagena, Santiago, Nueva Toledo, Nueva Castilla, Córdoba, etc. Administrativamente, fueron divididos entre el virreinato de Nueva España en el norte, que incluía Filipinas, y el del Perú, extendido por Suramérica, excepto Venezuela, que dependía de Nueva España a través de la audiencia de Santo Domingo. Bajo los virreyes estaban las audiencias, que tenían, como en España, poderes judiciales y gubernativos. Los cabildos o ayuntamientos eran el tercer escalón administrativo y, también como en España, gozaban de amplia autonomía. Constaban de un grupo de regidores elegido por el vecindario más corregidores nombrados por el rey, como en Castilla. A su vez, los regidores elegían a principios de cada año a un alcalde o a dos. Este esquema administrativo

resultaría muy operativo durante tres siglos.

Existía en América una doble «república», la de los españoles y la de los indios, pues estos últimos mantenían territorios propios y muchas de sus costumbres e instituciones, aun si transformadas por el cristianismo. Las autoridades, incluidos los virreyes, se sometían a la vigilancia reglamentada de *visitadores* enviados desde España para examinar la situación, y, al terminar su mandato, a los *juicios de residencia* que atendían los cargos y quejas de los gobernados. Estos controles no impedían abusos y corruptelas (ningún método los suprime del todo), máxime al tratarse de territorios tan alejados de la metrópoli. Pero sin duda los limitaba.

Los españoles no emigraron en masa a América, y la corona procuró evitar el paso de maleantes y gente de «baja calidad». La posición de los encomenderos empeoró y pocos inmigrantes llegaban a enriquecerse, lo que sin duda disuadió una posible marea de emigración ilegal. Escasos en número, se extendieron y administraron muy vastos territorios, para lo que no basta la constatación del historiador francés Pierre Chaunu: siendo pocos tenían extraordinaria movilidad y «estaban en todas partes». Realmente, se trataba de una red de pequeñas poblaciones rodeadas de haciendas y encomiendas, entre vastos territorios apenas controlados administrativamente, en los cuales se atareaban los misioneros. El número de españoles creció con rapidez debido a la abundante procreación, mayormente mestiza. En las Antillas los indios se extinguieron prácticamente, y los negros, por lo común esclavos, así como los mulatos, formaban un alto porcentaje de la población. Por la mayor parte del continente, el número de indios superaba al de blancos y mestizos, aun si hicieron estragos

entre ellos diversas epidemias, propias o contagiadas por los europeos. Así, a los cien años del viaje de Colón, el panorama humano y cultural de América tenía poco que ver con el anterior.

Sevilla y secundariamente Cádiz, monopolizaron el tráfico con el Nuevo Mundo, medida lógica porque los demás puertos estaban mucho más expuestos a la piratería, la ruta desde ellos iba de todos modos próxima a Cádiz, y la concentración en un punto permitía articular convoyes (dos al año), eficaces contra los corsarios. Sevilla, ciudad rica ya antes de la conquista de América, se convirtió en un centro económico al que afluían comerciantes flamencos, alemanes e italianos, además de españoles, así como artistas, espías, aventureros y hampones, al calor de sus negocios. Su Casa de la Moneda acuñaba más que cualquier otra ciudad europea, y su Casa de Contratación fue una institución polivalente, que registraba el tráfico americano, tenía funciones judiciales, formaba los excelentes pilotos de las flotas y cartografiaba las nuevas tierras.

La nave base de las flotas era el galeón, inventado probablemente en España en su forma acabada, y adoptado por Inglaterra, Holanda y Francia: combinaba la capacidad de carga de las naos y carracas con la rapidez y maniobrabilidad de las carabelas y una extraordinaria resistencia, de modo que, cuando la Gran Armada, todo el poder artillero inglés sólo consiguió hundir uno, y casi todos los demás se salvaron de las posteriores tormentas, al revés que los buques de otro tipo. Desempeñaron las principales misiones del tráfico a América y en el Pacífico, en calidad de naves de guerra y mercantes.

* * *

Debe explicarse cómo en América y en Europa un país

menos rico y bastante menos poblado que sus adversarios pudo sostenerse tanto tiempo. Desde luego España, por sus exclusivas fuerzas, no habría resistido. Pero encabezaba una amplia coalición, en la que colaboraban italianos, flamencos y alemanes, sin faltar algunos holandeses, ingleses, irlandeses y franceses; y funcionaba con relativa efectividad el eje Madrid-Viena. Dentro de la misma Francia se diría de los habitantes del Artois, que eran «más españoles que los castellanos», y el Franco Condado, que perdió dos tercios de sus habitantes en luchas con los calvinistas, exhibía un genuino patriotismo hispanoborgoñón. La diplomacia, la cultura, la expansión de los jesuitas y sus colegios, que formaron por Europa élites católicas, tuvieron un peso no menor a favor de España.

La presencia de españoles en los ejércitos de Flandes era muy minoritaria, entre un diez y un treinta por ciento del total, pero a sus tercios se les reconocía como la punta de lanza y la élite militar, aun contando los reputados lansquenetes alemanes. Los tercios eran típicamente hispanos en concepción, organización y efectivos. Fueron el mejor ejército de la época y uno de los mejores que han existido, con una nómina de capitanes de gran clase, españoles o españolizados: el Gran Capitán, Pescara, el duque de Alba, Alejandro Farnesio, el conde de Fuentes, Sancho Dávila, Pedro Navarro, Antonio Leiva, Álvaro de Sande, Francisco Verdugo, Julián Romero y tantos más. También en el mar sobresalieron jefes como García Álvarez de Toledo, Juan de Cardona, Luis de Requeséns, Juan de Austria, Álvaro de Bazán, por no extenderse sobre los muchos que exploraron las costas de América y el Pacífico, tales Grijalva, Loaisa, Urdaneta, Mendaña, Quirós…

Por contraste, las milicias que los Reyes Católicos

habían establecido como una especie de pueblo en armas, habían degenerado por efecto de la inacción y, salvo en las costas amenazadas por los berberiscos, terminaron por servir para poco más que vistosos desfiles con armas anticuadas. Fracasaron en Las Alpujarras, y en Cádiz ante las incursiones inglesas, aunque en La Coruña repelieron a Drake.

La primacía militar y naval de España durante ese siglo fue ante todo una cuestión de calidad, pero hacia finales del siglo las fuerzas contrarias en Europa habían crecido mucho en cantidad y en calidad, las marinas inglesa y holandesa marchaban hacia su apogeo, y los tercios ya no lograban resolver rápidamente los conflictos, sino que se desgastaban en campañas y asedios interminables, mientras la propia España, siempre acuciada por los gastos, daba indicios de fatiga. No podía hablarse de decadencia, menos aún cultural, pero habían pasado los tiempos de Pavía, San Quintín, Lepanto, Terceira y similares.

* * *

Las convulsiones político-religiosas remodelaron la Europa triple: la católica, fundamentalmente latina pero extendida a Polonia e Irlanda más Austria, la otra mitad de Alemania y de Flandes; la protestante, compuesta de la otra mitad de Alemania, Holanda, Escandinavia, Inglaterra y Escocia; y la ortodoxa-griega, mayoritariamente eslava.

Con todas sus guerras, el siglo XVI fue una «edad de oro» cultural y/o política, no sólo para España, también para Inglaterra, Francia, Italia, Flandes y Polonia. El mundo latino mantuvo su primacía, y dentro de él Italia, cuna del llamado Renacimiento que caracterizó a la Europa Occidental. El caso italiano es peculiar porque sus constantes conflictos inter-nos y externos no le impidieron

marcar nuevos rumbos al arte, el pensamiento y la ciencia. No en vano fue, con el siglo anterior, el de Leonardo da Vinci, Rafael, Miguel Ángel, la pintura veneciana, Maquiavelo o, hacia el final, Galileo. Al igual que en España, el protestantismo apenas penetró allí. No obstante, su división interna y dependencia del exterior (salvo la república imperial de Venecia), sumió al país en la impotencia política, al contrario que España, Francia o Inglaterra.

Al revés que en Italia y España, el protestantismo logró asentarse en Francia, y de ahí la particular evolución de este país desde un empeñado intervencionismo exterior y ambiciones sobre Italia y Flandes, a un largo período de guerras civiles que mermaron su impronta exterior y la hicieron objeto de intervenciones foráneas. Pero, una vez superadas aquellas contiendas, el país volvió a convertirse en la gran potencia que era naturalmente por su población, su fertilidad, su cultura y el afán de sus monarcas. Fue la gran época de los poetas de la Pléiade, Ronsard en primer término, de Rabelais y los ensayos de Montaigne, de tanto eco en la cultura europea.

El mundo protestante comprendió una ancha faja desde Inglaterra a Prusia. En Inglaterra, a la época de Isabel I —prácticamente la segunda mitad del siglo, como la de Felipe II en España—, se la ha llamado la edad dorada por su auge cultural, su expansión y victorias marítimas, el asentamiento del anglicanismo, progresos en la centralización, estabilidad y buena relación de la monarquía y el Parlamento. Se creó un teatro nacional, con diversos autores entre quienes destaca Shakespeare como el más grande de cualquier tiempo en cualquier país. Las artes plásticas y la música tuvieron menor desarrollo, así como la ciencia y la

tecnología, que no permitían augurar el crucial papel destinado al país en siglos posteriores. La «edad de oro» resulta menos lucida en otros terrenos. Las exploraciones de Drake o Frobisher tuvieron relevancia, aunque no pueden compararse a las de los españoles y portugueses, y fracasó su intento de asentar una colonia en América del Norte. Hubo éxitos sustanciales en su pugna con España, pero también fracasos que hicieron tambalear la hacienda (Isabel, tras heredarla en práctica bancarrota, la había saneado mediante una política frugal, en la que entraban los beneficios del tráfico negrero y la piratería). Y las represiones contra los católicos del norte del país y, sobre todo, contra los irlandeses, causaron miles de víctimas.

También se agravó en tiempos de Isabel la expropiación, más bien robo, de tierras a los campesinos por los grandes señores. La tendencia ya venía de atrás, y con Enrique VIII se incrementó mediante la incautación de las tierras eclesiásticas, donde vivían decenas de miles de labriegos que fueron expulsados a favor de la ganadería lanar. Con Isabel I, los señores se apropiaron de tierras comunales, de las que echaron violentamente a los lugareños, convirtiéndolos en vagabundos y mendigos. Acusados de vagos y maleantes, los desdichados sufrieron una represión terrible: miles de ellos fueron encerrados en prisiones-talleres económicamente absurdas. A unos pocos les fue permitido mendigar, y quienes carecían de tal permiso eran azotados y marcados con hierro al rojo vivo en una oreja; a la tercera reincidencia podían ser ahorcados, y muchos de ellos lo fueron: en algunas zonas colgaban por racimos de los árboles. Las clases bajas sufrieron un trato brutal, ilustrado por el caso de los marineros que lucharon contra la Gran Armada. Su jefe, Howard, escribía: «Las enfermedades y la muerte hacen

estragos […]. Es penoso ver cómo padecen después de haber prestado tal servicio […]. Valdría más que Su Majestad la reina hiciera algo por ellos, aún a costa de gastar un dinero, y no los dejara llegar a tales extremos […]. Si estos hombres no son mejor tratados y se les deja morir de hambre y miseria, difícilmente volverán a ayudarnos».

La población inglesa pasó de entre tres y cuatro millones al despuntar el siglo a unos cinco al final, y la relación entre el poder real y el del Parlamento fue la más avanzada de Europa, si bien degeneraría más tarde en luchas sangrientas.

De la zona céltica, Irlanda quedó como una isla católica sometida a Inglaterra; Gales, también sometida, aceptó el anglicanismo, y en Escocia, todavía independiente, triunfó el calvinismo. Los Países Bajos estaban en trance de dividirse entre un norte calvinista y un sur católico: Holanda y Bélgica.

Suecia devino un estado moderno en la primera mitad del siglo, por obra del rey GustavoVasa, «padre de la nación sueca» o «Moisés sueco», al romper violentamente la Unión de Kalmar con Dinamarca y Noruega. Gustavo implantó el luteranismo y aplastó la resistencia católica con ayuda de mercenarios alemanes. Un jefe rebelde, Nils Dacke, fue descuartizado y trozos de su cuerpo repartidos por distintas ciudades como advertencia, método en uso en otros lugares de Europa y América. Sobre las bases asentadas por Gustavo, en particular un excelente ejército, Suecia se convertiría en una gran potencia en las décadas siguientes. Ese ejército chocaría con el español en el siglo XVII. Los demás países escandinavos también adoptaron el protestantismo, lo que no impidió guerras entre ellos.

El Sacro Imperio mantuvo un difícil equilibrio entre católicos y protestantes, y tuvo tres emperadores sucesivos

después de Carlos V hasta el fin de siglo: Fernando I, español de nacimiento, Maximiliano II y Rodolfo II, Fernando hizo concesiones a los luteranos, sin mucho éxito; tuvo más introduciendo a los jesuitas para frenar sus avances y reforzó algo la maltrecha autoridad imperial. Maximiliano, vienés educado en Madrid, mostró tendencias protestantes, fracasó en alguna campaña contra los otomanos e intentó en vano reinar sobre Polonia. Rodolfo, mecenas y aficionado a las ciencias pero políticamente débil, preparó en cierto modo la feroz contienda que iba a afligir a Alemania en el siglo siguiente.

En la Europa eslava destacaron los estados enfrentados de Polonia y Rusia. Polonia, que sufrió incursiones tártaras, mantuvo bastante libertad religiosa, pese a lo cual el protestantismo no arraigó, acaso por proceder de Alemania, tradicional enemiga. Su confederación con Lituania la convirtió por un tiempo en uno de los países más extensos de Europa, en un siglo de auge literario e intelectual, que produjo a Nicolás Copérnico, uno de los mayores científicos europeos. Políticamente siguió una tendencia contraria a la de los países occidentales: debilitamiento de la monarquía, que terminó haciéndose electiva y más dependiente de la nobleza; la elección de reyes extranjeros (como Enrique III de Francia) debilitó aún más la institución. En 1582, Polonia derrotó a Iván el Terrible y se benefició del comercio del Báltico. La alianza con Suecia contra Rusia condujo a una efímera unión de ambos reinos bajo Segismundo II. Éste nombró a católicos para altos cargos de Suecia e introdujo escuelas católicas, propiciando un conflicto civil, la ruptura de la unión y guerras entre los dos países.

Rusia fracasó en sus campañas por abrirse al Báltico, pero se extendió desde 1581 por Siberia. Con el tiempo los

rusos llegarían a América y descenderían por Alaska hasta encontrarse con los españoles. Después de Iván el Terrible, muerto en 1584, gobernó Borís Godunof de hecho, y desde 1598 como zar oficial: fue el primero en modernizar Rusia trayendo maestros extranjeros y enviando a jóvenes a instruirse fuera. Impulsó la colonización de Siberia y procuró acceder al Báltico por medios diplomáticos. Por el contrario mantuvo la servidumbre de la gleba, erradicada de tiempo atrás en la mayor parte de la Europa Occidental. Los finales de siglo no fueron felices. Unos veranos desusadamente fríos causaron terribles hambrunas y comenzó un período de desórdenes civiles e imposiciones extranjeras que amenazaban la supervivencia de la nación.

48

CERVANTES, LOPE, QUEVEDO…

Del espíritu de la transición del siglo XVI al XVII pueden ser exponentes la vida y la obra de Cervantes, Lope de Vega y Quevedo, tres de los mayores escritores hispanos.

Miguel de Cervantes nació en Alcalá de Henares reinando Carlos I, en 1547, un año notable: batalla de Mühlberg, nacimiento de Juan de Austria, muertes de Enrique VIII, Francisco I de Francia y Hernán Cortés; comienzo de la guerra civil en Perú, subida al trono de Iván el Terrible, Eduardo VI de Inglaterra y Enrique II de Francia. La adultez de Cervantes transcurrió bajo Felipe II, y sus últimos dieciocho años con Felipe III. Cuando murió, a los 69 años, algunos datos indicaban un cambio profundo: los holandeses hostigaban las posesiones hispanolusas de las Molucas y Filipinas; Samuel de Champlain, probable ex agente secreto de Felipe II, asentaba la posesión francesa de Québec; Richelieu, que llegaría ser una plaga para España, comenzaba su carrera.

Cervantes, de familia poco próspera, estudió en varias escuelas, pero no en la universidad. En Madrid, con 20 años, asistió a las clases del humanista y cronista Juan López de Hoyos y tomó afición a las letras. Al parecer, con 22 años hirió en duelo a otro hombre, por lo que marchó a Italia, donde se impregnó de su cultura, vivió años felices y posiblemente tuvo un hijo ilegítimo. Sirvió unos meses al clérigo Giulio Acquaviva, y a los 23 años se alistó en el tercio de Miguel de Moncada. Al año siguiente estuvo en la batalla de Lepanto: aunque enfermo y con fiebre, prefirió salir a luchar en «la más alta ocasión que vieron los siglos»,

arriesgándose a «morir peleando por Dios y por el rey». Recibió tres heridas de arcabuz, una de las cuales le estropeó la mano izquierda.

Siguió en el ejército hasta 1575 e intervino en acciones por Navarino, Túnez, La Goleta y Corfú. Ese año pidió licencia y, volviendo a España, tuvo la desgracia de ser su barco apresado por piratas argelinos. Quedaron cautivos él y su hermano Rodrigo, también soldado, en las infernales prisiones de Argel. Su rescate no pudo ser pagado, lo que prolongó su cautiverio cinco años. Organizó cuatro intentos de fuga, siempre sin suerte y traicionado varias veces, declarándose responsable para salvar del castigo a sus compañeros. Su hermano sí fue rescatado, y desde España preparó una galera para liberar a Miguel y a otros cautivos, pero los moros apresaron el barco. Otra vez, con dinero prestado por un mercader valenciano, adquirió una embarcación para escapar con sesenta compañeros, pero fue delatado. En 1580, cuando ya estaba encadenado en una galera para ir a Constantinopla, llegó el rescate, reunido por su madre y unos monjes trinitarios, y pudo al fin volver a España.

Sus diez años como soldado y cautivo revelan un ánimo aventurero no infrecuente, y temple de héroe. Pero a las trágicas condiciones de Argel sucedió un arduo «sentar la cabeza», ya con 33 años. Terminó su primera obra larga, *La Galatea*, en 1583, entró en el mundillo literario y en 1584 se casó con Catalina Salazar, tras haber tenido una hija ilegítima con Ana Franca de Rojas, esposa de un tabernero y acaso familiar lejana del autor de *La Celestina*. Catalina tenía 19 años y él 37, y suele suponerse que el matrimonio fracasó. Si bien Cervantes parecía preferir «el peor concierto al divorcio mejor», se separaron a los dos años, para reunirse

siete después. La separación pudo nacer de la dura necesidad de buscar trabajo. A los 40 años entró en una sórdida y oscura lucha por la subsistencia, atosigado por la pobreza, en poco apreciados trabajos de recaudador de víveres para la Gran Armada, primero, y después de impuestos y tareas similares, que le llevaron varias veces a la cárcel, acusado de defraudación. La fortuna huraña le perseguiría hasta 1605, cuando publicó la primera parte del *Quijote*, concebido en prisión. Tenía ya 58 años y se hizo popular en media Europa, aun si no por ello se enriqueció. Diez años después publicó la segunda parte, y entre tanto las *Novelas ejemplares* y otras obras.

Cervantes murió en 1616. Por entonces fallecieron también William Shakespeare, uno de los mayores genios de la literatura, y el Inca Garcilaso de la Vega, autor de *Comentarios reales*, fuente importante sobre la vida de los incas, bastante idealizada, y de un relato de la expedición de Hernando de Soto a Florida. Garcilaso era hijo de un conquistador de Perú y de una princesa india, se había educado en el Colegio de Indios Nobles de Cuzco y participado como militar en la Guerra de las Alpujarras.

* * *

Félix Lope de Vega, catorce años más joven, nació en Madrid reinando Felipe II, en 1562.Año sin efemérides sobresalientes: fundación de algunas ciudades en América, prosecución de la primera guerra de religión francesa… Lope era, como Cervantes, de familia humilde (su padre, bordador). Niño prodigio, desde muy temprana edad componía versos y comedias, y sus talentos le ganaron protecciones que le permitieron estudiar cuatro años en la Universidad de Alcalá de Henares, hasta 1581. No llegó a graduarse debido a su vida licenciosa y su irresistible

fascinación por las mujeres, que le acompañaría toda la vida: «Yo estoy perdido, si en mi vida lo estuve, por alma y cuerpo de mujer, y Dios sabe con qué sentimiento mío, porque no sé cómo ha de ser ni durar esto». Uno de sus primeros amores, Elena Osorio, separada del marido, terminó casándose, aparentemente por interés, con un sobrino del poderoso cardenal Granvela, lo que enfureció de tal modo a Lope que atacó a los implicados con libelos como uno que empezaba: «Una dama se vende a quien la quiera…». Los libelos le valieron una corta pena de cárcel, pero reincidió y fue desterrado de Madrid por ocho años, y por dos de Castilla. En 1588 se fugó y se casó con Isabel de Urbina.

Como a Cervantes, le atrajeron la aventura y la milicia. Cinco años antes había servido con Álvaro de Bazán en la batalla de la isla Terceira, y apenas casado parece que se enroló en la Gran Armada, a cuyo desastre sobrevivió. Después marchó a Valencia con Isabel, y cuando pudo volver a Castilla tuvo más suerte que Cervantes, pues trabajó de secretario de algunos nobles como el duque de Alba, nieto del de Flandes. En 1594 murió Isabel, y al año siguiente pudo volver a Madrid. Tras varios lances amorosos, volvió a casarse en 1598, año de la muerte de Felipe II, con Juana de Guardo, mujer al parecer vulgar pero de familia adinerada, lo que le valió sátiras del mundillo literario. Tuvo nuevas amantes y numerosos hijos, legítimos y bastardos, debiendo sostener dos hogares, lo que le obligaba a trabajar sin tasa. Los autores, aun los más populares como él, ganaban poco por entonces. Escritor infatigable —«monstruo de la naturaleza» le llamó Cervantes—, se le atribuyen hasta mil ochocientas comedias y tres mil sonetos —cifras muy exageradas—, además de novelas cortas y epopeyas. Fue secretario del futuro conde de Lemos,

también protector de Cervantes, Góngora y otros.

En 1612 falleció uno de sus hijos más queridos, y al año siguiente su esposa, Juana. Estas desgracias le abocaron a una crisis vital: en 1614 se ordenó sacerdote y escribió *Rimas sacras*. Ni aun así cesó su afición a las mujeres, pues se enamoró, el año de la muerte de Cervantes, y con 54 años, de Marta de Nevares, que sólo tenía 26 y estaba casada, con quien tuvo una hija. La bella Marta, mujer de temperamento artístico, tuvo un final triste: hacia 1621 quedó ciega, y siete años después enloqueció, mientras Lope, ya viejo, la atendía en su doble mal. Lope comprobará cómo su popularidad y honores oficiales no le abrían siempre la puerta de los poderosos: el conde-duque de Olivares, valido de Felipe IV, le prestó poca atención. Si bien vivió con desahogo, sus años finales le trajeron desengaños y desgracias. Muchos de sus hijos murieron antes que él. Uno de ellos, Lope Félix, con talento poético, se ahogó buscando perlas en la isla Margarita, de Venezuela; un nieto pereció en campaña en Milán; Marta falleció en 1632, y Lope tres años después, a los 73. Ese año Francia declaraba la guerra a España y se fundaba la primera escuela inglesa en América, en Boston.

Lope, hombre sociable, tuvo muchos amigos escritores, nobles y en otros medios. Uno de los más interesantes fue el capitán Alonso de Contreras, arquetipo de aventurero y soldado hispano: de padres pobres, asistió a una escuela de barrio en Madrid, donde, con 13 años, mató a un compañero en una reyerta infantil, no siendo penado seriamente debido a su corta edad. Al año siguiente, 1597, se alistó para Flandes, recorrió el Camino Español y, engañado por un cabo de escuadra poco belicoso, volvió a Italia y llegó a Malta. Desde allí se hostigaba el norte de

África y los mares griegos, pues la precaria paz entre España y Turquía no impedía el constante corso mutuo y el temor a cualquier súbita ofensiva. A los dedicados al corso y espionaje contra turcos y moros «llamábannos en Nápoles los *levantes* del duque de Maqueda y nos tenían por hombres sin alma».

Contreras ganaba fortunas y las derrochaba con la misma rapidez en mujeres y juego. En Malta se hizo Contreras un diestro navegante. Como dato típico, fue encargado de averiguar el fundamento de alarmantes rumores sobre una gran acción naval enemiga. Capturó en Salónica al judío encargado de recoger tributos, por quien supieron que no había peligro aquel año. Ya volviendo, a sugerencia del piloto griego, se llevó de Quíos a la favorita del gobernador turco. El gobernador prometió empalar a Contreras después de hacer que «seis negros se holgasen con mis asentaderas», pero nunca lo capturó. Sí apresaría al piloto, a quien «desollaron vivo e hincharon su pellejo de paja, que hoy está sobre la puerta de Rodas».

Durante su peligrosa vida, Contreras se hizo ermitaño en el Moncayo, fue acusado de una conjura armada de moriscos, llegó a capitán en Flandes, regresó al Mediterráneo, marchó al Caribe, donde combatió a los piratas ingleses, quizá a Walter Raleigh (*Guatarral*); gobernó la ciudad italiana de L'Aquila, en Nápoles salvó a unas monjas de una erupción del Vesubio y fue hecho caballero comendador de la Orden de Malta. Hacia 1630 se retiró de sus 33 años de andanzas. Escribió sobre las rutas del Mediterráneo y, a instancias de Lope, su autobiografía. Ésta, muy concisa y expresiva, describe magníficamente rasgos del clima social y ciertas formas de vida de la época.

* * *

Quevedo también nació en Madrid, en 1580, año de la unión de España y Portugal, de la refundación de Buenos Aires por Juan de Garay, de la Universidad de Bogotá, de la proscripción de Guillermo de Orange por Felipe II, de la muerte del historiador Zurita, del inicio de la conquista de Siberia por Yermak…

Los padres de Quevedo eran acomodados y relacionados con la corte. Él estudió con los jesuitas y en las universidades de Alcalá, cuyo ambiente juvenil le inspirará trozos de su novela picaresca *El buscón*, y de Valladolid, y adquirió conocimientos de francés, italiano, árabe, hebreo y griego, de filosofía y teología. Muy joven, se escribió con el escritor flamenco Justo Lipsio, teorizador del estado autoritario y armonizador del estoicismo con el cristianismo, corriente neoestoica de la que participó Quevedo.

Su dedicación intelectual admitía otras facetas. Experto esgrimista pese a cojear por un defecto de nacimiento, intervino en duelos y al parecer mató a un hombre. Tenía más defectos, como la miopía o la tendencia a engordar, lo cual no le impedía zaherir a otros por sus fallos físicos, como al dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón, pelirrojo y corcovado, nacido en Méjico. Su vena satírica le ganaría muchos enemigos.

Al revés que Cervantes y Lope, se implicó en la política, sin dejar de escribir ensayos, ficción y poesía. Teniendo 33 años lo reclamó el virrey de Sicilia, su amigo Pedro Téllez Girón, duque de Osuna, de quien se convirtió en agente para misiones secretas o discretas; Osuna era un tipo de noble ya en desuso, pues prefería las empresas bélicas y políticas al disfrute y corrupción de la corte. Había luchado en Flandes y, considerando a Sicilia la llave del Mediterráneo, modernizó la escuadra, limpió el mar de

corsarios islámicos y la tierra del bandoleros, y combatió la extendida venta de cargos públicos. Quevedo volvió a Madrid en 1616 a comprar voluntades (comparó a los cortesanos con *putas*) a fin de ganar el virreinato de Nápoles para Osuna; el cual fue nombrado, pero poco antes de sus gestiones. De nuevo en Italia, atendió a la hacienda y a acciones de espionaje contra Venecia, que, junto con Saboya, atacaba en Italia los intereses hispanos. La flota de Osuna hostigó a Venecia, la cual salió de su intento casi en quiebra. En 1618 sucedió la nunca bien aclarada Conjura de Venecia, digna de la mejor novela de intriga y espionaje si la realidad no superase tan a menudo a la ficción. El gobierno veneciano acusó a Osuna y a Quevedo de conspirar para saquear la ciudad, e hizo asesinar a trescientas personas. No se sabe si la conjura existió o fue una provocación veneciana, combinada con otra de Saboya que trataba de hundir a Osuna ante la corte de Madrid inventándole veleidades independentistas.

En todo caso, los astutos enemigos de Osuna en Nápoles y en Madrid le labraron la ruina. Llamado a España en 1520, fue procesado (moriría cuatro años después, en prisión) y Quevedo desterrado a una pequeña propiedad suya en Torre de Juan Abad, en Ciudad Real, donde, para más amargura, hubo de pleitear con el concejo. Con todo, allí escribió poesía y se enfrascó en nuevos estudios sobre Séneca. Corto destierro porque, al ser coronado el nuevo rey, Felipe IV, en 1521, pudo volver a la corte, se acercó al nuevo valido, el conde-duque de Olivares, y prosperó hasta hacerse secretario del rey en 1632. Llevaba una vida poco ordenada de burdeles, tabernas y con una amante. Su protector el duque de Medinaceli, presionado por su esposa, le presionó a su vez para que sentara la cabeza y se casase con una viuda

con hijos. Pero el enlace fracasó desde el comienzo; Quevedo debía de estar ya demasiado hecho a la soltería.

Inmerso en las intrigas cortesanas, no cejó en sus sátiras. A Góngora lo tachó de mal sacerdote, obsceno bajo su lenguaje complicado, sodomita y judío. El ofendido le replicó con parecida acritud. Góngora, de la generación de Lope, era un tipo humano distinto de los anteriores: cordobés de familia noble relacionada con la Inquisición, recibió una educación esmerada, estudió en Salamanca, no salió de España ni le atrajo la milicia o la aventura, siguió una carrera eclesiástica estable y buscó en la corte gajes para sí y sus deudos. Fue conversador, jovial, aunque su retrato por Velázquez sugiere cierta amarga desconfianza, aficionado a los espectáculos y a los naipes y sus predicaciones no sonaban muy fervientes. Aportó al idioma bastantes palabras nuevas, y su talento poético, muy influyente, fue apreciado por Cervantes, aunque no, desde luego, por Quevedo, que lo satirizó acremente en la pugna entre los estilos llamados conceptismo (Quevedo) y culteranismo (Góngora).

Alérgico a los modos de gobernar el país, a las ostentaciones, favoritismos y derroches, Quevedo terminó chocando con Olivares y con el rey, y en 1639 fue de pronto arrestado y confinado en el gélido edificio de San Marcos de León. Cuatro años más tarde, caído Olivares, salió libre, pero ya muy enfermo, y en 1645 fallecía. Ese año moría también el conde-duque de Olivares, y estaban en marcha la Guerra de los Treinta Años, la Guerra civil inglesa, y la de Flandes.

* * *

Hay significativas coincidencias en la peripecia vital de estos tres autores, tan ilustrativos del cambio de siglo. Compartían un talento excepcional y afición al arte en una

época sin expectativa de mayor ganancia por sus escritos, que, en cambio, podían ocasionarles serios disgustos.

Muchos escritores apenas habrían subsistido sin la ayuda de mecenas, que, por suerte, no faltaban. Uno de los más notorios fue el lucense Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, que ostentó entre otros los cargos de presidente del Consejo de Indias y del de Italia, virrey de Nápoles y Alguacil mayor del reino de Galicia, y trató en vano de romper la supeditación de Galicia a Zamora en las Cortes. Él mismo fue un literato menor y reunió en su palacio de Monforte de Lemos una copiosa biblioteca y una academia literaria. Fue amigo y favorecedor de Lope, Cervantes, Góngora y Quevedo, todos los cuales le dedicaron sentidas frases de reconocimiento. A él dirigió Cervantes sus últimos versos en su obra póstuma *Persiles y Segismunda: «Puesto ya el pie en el estribo, / con las ansias [angustias] de la muerte, / gran señor, ésta te escribo.[…] El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan…»*.

No menos fueron los tres hombres de acción, y conocieron la cárcel por dentro. La historia de Cervantes vino marcada por la mala suerte y una tardía popularidad; la de Lope por sus amores y amoríos, y la de Quevedo por sus intervenciones políticas. Los tres fueron poetas, dramaturgos y novelistas de aguda percepción y pensamiento subyacente; Quevedo, además, erudito y ensayista filosófico y político.

El mundo literario español, particularmente el de Madrid, estaba bien poblado de talentos de todos los niveles, entre los cuales proliferaban las sátiras, las disputas, las murmuraciones y las ofensas. Los tres fueron escarnecidos, a menudo con virulencia, y ellos participaron en el juego, Cervantes en menor medida: formaba parte del oficio que, no obstante, tenía compensaciones en el trato

sociable, con frecuencia en tabernas, y al que debe de referirse Cervantes en su despedida al borde de la muerte: «*¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida!*».

Contra el tópico de que sólo los niños de alta posición recibían enseñanza, el caso de Lope y Cervantes —o el de Contreras— indica otra cosa. Los tres comparten una sólida convicción religiosa y patriótica, cierta proximidad a la Inquisición, entendida como instrumento que libraba a España de guerras intestinas.

Sus caracteres eran bastante disímiles. La variada peripecia de Cervantes le permitió conocer bien al ser humano («En esta vida los deseos son infinitos y unos se encadenan de otros y se eslabonan y van formando una cadena que tal vez llega al cielo y tal vez se sume en el infierno»). Con tantos motivos de amargura, mantuvo un idealismo básico y talante comprensivo. Don Quijote, pese a las apariencias, no es un personaje risible, y la pintura de él penetra como pocas en las profundidades de la condición humana.

El *Quijote* es una cumbre de la literatura universal. Como todas las obras geniales, sobrepasa la intención consciente del autor, expresa en la invocación de *La Ilíada*: «Canta, diosa, la cólera de Aquiles…»; no era el autor, sino «la diosa», la musa, quien cantaba a través de él. Por ello las interpretaciones del libro son inagotables. Es célebre la de Lord Byron: «Cervantes, con una sonrisa, desterró de España la caballería; una sola carcajada cortó el brazo derecho de su propia tierra; pocos héroes ha tenido España desde aquel día […]. La gloria de haberlo compuesto la ha comprado muy cara al precio de la perdición de su patria».

Para Nabokov se trata de una mala novela con algunos rasgos de genio, aunque su opinión suena demasiado pedante y formalista. El crítico de arte inglés John Ruskin la consideró una «burla a los más sagrados principios de la humanidad», debido a su befa del heroísmo y del amor, haciendo difícil ya creer en ellos: «Desde entonces el diablo ha refrenado los más puros impulsos y propósitos bajo el membrete de quijotismo, más que bajo ninguna otra marca o argucia».

En algo tiene razón Byron: empezaron a escasear los héroes en España; más discutible es que ello obedeciera a esa novela, y no a una creciente corrupción y anquilosamiento de virtudes anteriores, como en parte supo ver Quevedo. La opinión de Ruskin tiene interés, pues bajo el signo del humor el *Quijote* antecede, en cierto modo, a las ideologías de la sospecha que interpretan los ideales como disfraces de intereses no confesables. Sin embargo, bajo el idealismo quijotesco hay más bien locura, o rebelión, entre cómica y patética, frente a la realidad supuesta injusta y chabacana. Puede sugerir, atemperado por la fe y el humor, el pesar de la vida del *Eclesiastés* o la historia de ruido y de furia según el *Macbeth* al borde del abismo; en el *Quijote* la vida parece acotada por un humorista como historia de idealismo, frustración y absurdo. No vale la pena insistir aquí en las mil interpretaciones ya hechas y aún posibles. Quizá con la literatura pasa algo semejante a las matemáticas: no hablan de cosas reales, y sin embargo expresan la realidad de un modo imprecisable. Entre las ficciones literarias, el *Quijote* es una de las más logradas.

Dado que Shakespeare murió el mismo año que Cervantes y es otro de los máximos genios de la literatura, se les ha comparado a veces. Cabe encontrar un lazo entre la

intensa vida de Cervantes y su obra, pero la vida conocida del autor inglés resulta algo anodina, y por ello se ha dudado de su autoría. Como fuere, las obras atribuidas a él tienen una variedad de caracteres más amplia que las de Cervantes y, salvo el *Quijote*, más profundidad y originalidad.

De Shakespeare diría Voltaire: «En ese caos oscuro compuesto de crímenes y bufonerías, de heroísmo y de torpeza, de charlatanería de mercado y de grandes intereses, había algunos rasgos naturales y chocantes. Así venía a tratarse la tragedia en España en tiempo de Felipe II, viviendo Shakespeare. Ustedes saben que entonces el espíritu de España dominaba en Europa, incluso en Italia. Lope de Vega es el gran ejemplo. Fue precisamente lo mismo que Shakespeare en Inglaterra: una combinación de grandeza y extravagancia […]. Hicieron de la escena española un monstruo que gustase al populacho […]. Era imposible que el contagio no afectase a Inglaterra».

Tanto España como Inglaterra creaban por entonces un teatro nacional, y debió de llegar a la isla alguna influencia de la península, menos probable la relación contraria. En cualquier caso, el teatro de Shakespeare difiere grandemente del de Lope, como tantas veces se ha observado. El del primero está impregnado de valores aristocráticos, el del español es popular, incluso hostil a los nobles (la diferencia puede extenderse: la cultura inglesa, en general, es más aristocratizante y la española más popularizante, valga el término); en el inglés destacan los caracteres personales con fuerza única, mientras en Lope los caracteres, poco definidos —algo más los femeninos— se diluyen en la gracia de las tramas. El español rehúye la tragedia y es más ligero, incluso en la comedia. De hecho dio forma teórica, en su *Arte nuevo de hacer comedias*, a las concepciones que tanto repugnaban a

Voltaire: atención al gusto del público por encima de la razón aristotélica y sus unidades de tiempo, acción y lugar; dosis de tragedia y comedia, con final feliz. Este enfoque complacía al «populacho» de Voltaire, que iba al teatro a divertirse y no a meditar, y aunque muy criticado entonces y en el siglo XVIII, tendría gran porvenir, observable hoy en la mayor parte del cine. Lope renovó el teatro hispano en obras llenas de encanto, ajenas a pretensiones de clase y bien situadas en ambientes populares. Luego, la mayor parte de sus seguidores imitó su ligereza, pero menos su gracia, dando lugar a una prolongada literatura de moral y caracteres un tanto romos.

Una excepción la encontramos en Tirso de Molina, coetáneo de Lope, que también traza mejor los caracteres femeninos que los masculinos, aunque su gran creación fue Don Juan Tenorio, *El burlador de Sevilla*, personaje de un ego satánico, que se satisface engañando y gozando de mujeres y transgrediendo las normas morales, con la esperanza de engañar a Dios «arrepintiéndose» en el último momento. Personaje casi tan inagotable como Don Quijote o Sancho. El filósofo Ramiro de Maeztu vio en *Celestina, Don Quijote* y *Don Juan* las tres supremas creaciones literarias hispanas del Siglo de oro, a las que cabría añadir la del *Lazarillo*, de simplicidad engañosa.

Quevedo, asiduo frecuentador de la literatura latina, senequista, da el mejor ejemplo de aquella cualidad que Sánchez Albornoz atribuía, con generalización algo excesiva, a los españoles: un estoicismo compatible con el gusto por la sátira soez y sangrienta. No obstante, su carácter es demasiado complejo, como resalta en el hecho de que, con toda su misantropía y misoginia, compuso algunos de los poemas de amor más logrados de la literatura hispana. De su

muy variada y talentosa obra interesan aquí sus denuncias, de controlada amargura, por la decadencia que percibe en las costumbres, los modos de gobernar y las personas. Para él, y para otros, resultó traumática la Tregua de los Doce Años firmada en 1609 con Holanda, confesión de impotencia con cuyo motivo escribió *España defendida y los tiempos de ahora*, donde replica a la propaganda antiespañola circulante por Europa y analiza la creciente incapacidad hispana frente a sus enemigos. Pese a invocar los buenos tiempos pasados, no parece haber entendido bien el abierto espíritu de ellos, pues el mismo título de su obra implica una actitud defensiva, hasta claudicante cuando compara el momento con el destino de Roma. Y su análisis, centrado en la austeridad y la milicia, resulta estrecho e inadecuado a los tiempos, no percibe los cambios de actitud intelectual y económicos que tomaban forma en otros países. Aún mayor desconsuelo le causó la suerte de su amigo Osuna, en quien veía, no sin alguna razón, un modelo del espíritu que había hecho grande a España, desbaratado por las intrigas de los más viles. Sentimiento lúgubre: «*Miré los muros de la patria mía, / si un tiempo fuertes, ya desmoronados*».

Debía de ser muy común la sensación de estar el país mal gobernado, en contraste con la buena edad desde los Reyes Católicos al deceso de Felipe II. Cervantes y Lope apenas se habían interesado por la política concreta, y su percepción del declive de su patria era débil. Por el contrario, Quevedo, lo percibía más agudamente, por su trato directo con las corruptelas e intrigas de la corte, y porque llegó a oír los sonoros chasquidos que parecían preludiar la quiebra del edificio español: antes de su muerte habían ocurrido desgracias como las rebeliones de Portugal, Cataluña y otras menores, la derrota naval de Las Dunas

frente a Holanda o la de Rocroi ante Francia, que Cervantes y Lope no habían vivido para presenciar.

El ánimo y actitud quevedesca dibujan bien el paso de la edad del Renacimiento (y su matización manierista) a la del Barroco. Cervantes, incluso Lope, son figuras de transición, mientras que Quevedo está inmerso de lleno en la nueva época, por cierto de inmensa fecundidad intelectual y artística en la Europa católica. El barroco suele relacionarse con el espíritu de Trento y cundió mucho menos en países protestantes. Como todos los sucesivos movimientos culturales en Europa Occidental (románico, gótico, humanista) se hace difícil definirlo con precisión, pues sus elementos de continuidad con el pasado no pesan menos que sus novedades. Suele señalarse en el barroco un alejamiento de la búsqueda de la armonía y el optimismo clásicos: las artes plásticas, el pensamiento, la literatura, la misma política, se hacen más complicados, retorcidos y aun rebuscados, con cierto *horror vacui*, menos ocupados por la razón y más por la impresión sensorial y psíquica, la expresión del dolor y del éxtasis, por lo misterioso… En alguna medida recuerda al posterior romanticismo. El movimiento partió de Roma y cuajó muy bien en España, que lo reexportó a América: iglesias, pintura y la naciente literatura de Sor Juana Inés de la Cruz, Espinosa de Medrano y bastantes escritores más.

Manifestación del barroco español fue la literatura picaresca, una de cuyas obras más conocidas es la *Vida del Buscón llamado Pablos*, de Quevedo. La primera novela picaresca después del *Lazarillo de Tormes*, fue el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, en 1599. Esta literatura cuenta con numerosos antecedentes, desde el *Satiricón* romano hasta la obra del Arcipreste de Hita o *La Celestina*;

pero en España la jovialidad y sarcasmo de la vida más o menos delictiva del pícaro, de sus ingeniosidades y trampas, viene mezclada con un moralismo poco sutil y a menudo pesado, y un fondo de pesimismo. Propiamente esas novelas no responden al espíritu del siglo XVI, y el propio *Lazarillo*, con toda su burla implícita de las convenciones sociales, carece del toque amargo, su ironía no llega al sarcasmo descarnado, y su lenguaje es mucho más sencillo y directo que el de la picaresca propiamente dicha, algunos de cuyos relatos, como *La pícara Justina*, llegan a resultar ilegibles en su retorcida cháchara.

El *Guzmán de Alfarache* tuvo un éxito parecido al del *Quijote*, traduciéndose enseguida a los principales idiomas europeos y sirviendo de modelo para otras novelas. Siguieron muchas más en España, como la *Vida del escudero Marcos de Obregón, Vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, La hija de la Celestina*, etc., algunas con protagonista femenina. La picaresca responde mucho más al espíritu del siglo XVII. Hasta cierto punto sustituyó la afición anterior a las obras de caballerías y este mero hecho ya indica una transformación profunda.

49

CINCO GUERRAS EXTERNAS Y DOS INTERNAS

El fondo último de la desgracia de Osuna deriva de su concepción estratégica opuesta a la de la corte. Osuna daba máximo valor al Mediterráneo y propugnaba una acción ofensiva; Felipe III y su valido el duque de Lerma prestaban más atención a la Europa Central y buscaban la paz, debido a los ahogos financieros y al ambiente cortesano, corrupto y resignado. Osuna creía mayores los perjuicios de una política defensiva o conservadora que los del endeudamiento.

En realidad España y sus enemigos se hallaban al límite de sus fuerzas, y la línea pacificadora parecía dar buen resultado, asentando la llamada *Pax hispanica*. Por la paz de Vervins, Madrid había salido de la trampa francesa y seis años más tarde firmó la paz con Inglaterra, donde Jacobo I había sucedido a Isabel. Con Jacobo, notable intelectual y mecenas, llegó a su cumbre el esplendor cultural isabelino. Él teorizó sobre una monarquía absoluta de derecho divino, refutada enérgicamente por Francisco de Suárez, como ya vimos. Fue el primer rey de Escocia e Inglaterra, e intentó unificar ambos reinos, pero los odios recíprocos, cimentados en generaciones de guerras, eran demasiado fuertes, y la religión dominante también difería: calvinista en Escocia, anglicana en Inglaterra.

Siendo Jacobo hijo de María Estuardo, los católicos esperaban de él tolerancia, mas no hubo mucha, y en 1605 el católico Guy Fawkes, antiguo soldado al servicio de España, intentó volar el Parlamento. Descubierto, varios conspiradores murieron en la tortura, y los otros sufrieron la

pena por traición: eran ahorcados sin dejarles morir, luego les seccionaban los genitales y los desventraban, quemando las entrañas ante su vista, y a continuación eran decapitados y despedazados. Este castigo se aplicó a quienes predicaban el catolicismo, como Thomas Atkinson en 1616, pese a tener ya 70 años. Fawkes, aunque muy débil por la tortura, se libró saltando de la horca y rompiéndose el cuello. Versiones no documentadas achacan todo el asunto a una provocación del secretario de Estado, Robert Cecil, para eliminar de raíz cualquier tolerancia con los católicos.

Aun así, la relación Londres-Madrid fue excelente, gracias a la maestría del conde de Gondomar, Diego Sarmiento, probablemente el mejor embajador que tenía España (y los tenía muy buenos), cuyo lema era «aventurar la vida y osar morir». Había combatido a Drake después de la Gran Armada, y repelido en 1609 un ataque holandés a Galicia. En Londres creó una eficaz red de agentes, pero su mayor baza fue su amistad con Jacobo I, con quien compartía aficiones y dotes intelectuales. Por ello despertó verdadero odio en los puritanos y en el partido antiespañol. Un jefe de éste, Walter Raleigh, antaño protegido de Isabel, intentó en 1617 romper la paz mediante un ataque por Venezuela, donde esperaba hallar mucho oro, sublevar a los indígenas y capturar la flota de Indias. Aunque cosechó un completo fracaso, Gondomar protestó y Raleigh fue decapitado al volver a Londres. Aparte de corsario, Raleigh fue un político y escritor notable. Pero sobre todo, Gondomar impidió que Inglaterra ayudase a los protestantes en la Guerra de los Treinta Años, para indignación de los ingleses antiespañoles.

La política de paz cosechó un tercer éxito —derrota, para Osuna y otros—: la Tregua de los Doce Años con Holanda,

de 1609. Gracias a la marcha de Farnesio a Francia, los holandeses se habían rehecho y la guerra se volvió más lenta y onerosa. España tuvo un buen jefe en Ambrosio Spínola, que tomó Ostende y apretó a sus enemigos. Por fin ambas partes prefirieron la tregua. Su impulsor holandés fue Oldenbarnevelt, frente a Mauricio de Nassau y el calvinismo duro. Oldenbarnevelt había firmado en 1596 el fracasado plan con Francia e Inglaterra para aplastar el poder hispano, y en 1602 había fundado la Compañía de las Indias Orientales, monopolio con poderes para colonizar, declarar la guerra y atacar posesiones lusas. La tregua permitió a Holanda poner en orden su economía, extender sus redes comerciales a mercados antes prohibidos y ser reconocida por otros estados, pero causó discordias entre el partido republicano y el monárquico, dirigido por Mauricio de Nassau, y entre los calvinistas radicales y los partidarios de mayor tolerancia con los católicos. Al final, Mauricio logró que Oldenbarnevelt fuese decapitado en 1619, tras un proceso ilegal.

La línea de paz incluyó la expulsión de los moriscos, en 1609. Las minorías religiosas habían demostrado ser un germen de guerra interna en Europa (África del norte no tenía ese problema, pues los musulmanes habían hecho casi desaparecer a los cristianos, por unos u otros medios). Los moriscos formaban una minoría no asimilada y hostil, peligrosa porque se concentraba en algunas regiones, crecía a mayor ritmo que los cristianos y constituía una quinta columna de la piratería magrebí, de la amenaza turca y de Francia, siempre dispuesta a alentar su rebeldía. De su peso en Valencia da idea el hecho de que su expulsión dejó zonas semidespobladas. Por todo ello el pueblo en general aprobó su expulsión, pese al daño económico en algunas comarcas,

aunque a los nobles les desagradó, porque perdían vasallos e ingresos. Saldrían unos 250 000 moriscos, a veces en condiciones dramáticas, que empeoraron para muchos en el norte de África, donde sus correligionarios a menudo los maltrataron, robaron o esclavizaron.

Nuevo éxito de la paz fue el asesinato, en 1610, de Enrique IV de Francia, que estaba a punto de enviar un ejército a Alemania a favor de los protestantes. Su asesino, François Ravaillac, fue torturado trece días, quemado con hierros candentes y descuartizado. Algunos achacaron el magnicidio, sin pruebas, a los jesuitas. El poder práctico recayó en la segunda mujer de Enrique, María de Médicis, por ser aún niño el nuevo rey, Luis XIII. María buscó el acuerdo con Madrid.

Contra lo esperado, las paces no aliviaron la economía. La deuda de ochenta millones de ducados dejada por Felipe II, ascendía a ciento veinte a la muerte de Felipe III. La causa reside probablemente en que se trataba de paces «tensas», que requerían una costosa alerta. En los últimos años de Felipe III hubo además los gastos de una guerra menor en Italia y la ayuda al Sacro Imperio por el reavivamiento de las luchas religiosas (Guerra de los Treinta Años). Aun así, y pese a algunos retrocesos, la *Pax hispanica* parecía consolidar la hegemonía española en Europa. Duraría poco, sin embargo.

* * *

En 1616 se agrietó la paz en el norte de Italia, por el ataque de Saboya y de Venecia, que cogía en tenaza el Milanesado. Los nacionalistas italianos creían al «monstruoso cíclope español […] tísico por el largo ocio de Italia y por la fiebre ética de Flandes, un elefante que tiene el ánimo de un pollito». Para 1618 Saboya y Venecia

estaban vencidas y exhaustas por el «pollito». Madrid, conciliador, impuso condiciones suaves y consintió a Venecia el control del Adriático, para exasperación de Osuna.

Y ese mismo 1618 echaba a rodar en la lejana Bohemia una bola de nieve que se haría gigantesca, dañaría a toda Europa y acabaría con el predominio hispano. El 23 de mayo unos delegados calvinistas tiraron por la ventana del castillo de Praga a tres políticos católicos (segunda *Defenestración de Praga*: se salvaron por caer sobre estiércol) y reclutaron un ejército contra el emperador Matías, sucesor del débil Rodolfo II. Así comenzó la Guerra de los Treinta Años. Un nuevo emperador, Fernando II, pidió ayuda a Madrid, los protestantes la pidieron a diversos príncipes e incluso a Turquía. Spínola ocupó parte de Renania y el embajador español en Viena, Íñigo de Oñate, explotó las divisiones entre protestantes. La victoria católica en la Montaña Blanca, en 1620, pudo haber terminado la cuestión, pero en 1625 Dinamarca, sufragada por Francia, intervino en ayuda de los luteranos pensando ocupar zonas del norte de Alemania. La acción danesa duró hasta 1629, cuando el general católico Wallenstein la rechazó y ocupó Jutlandia, aunque no pudo tomar Copenhague, y el rey danés Cristián IV renunció a la lucha a cambio de conservar su reino.

De momento, la guerra sólo había costado dinero y pocos hombres a España. Al pasar el trono a Felipe IV, el nuevo valido, Olivares, hubo de encarar el fin de la tregua con Holanda, el embrollo alemán y la agresividad francesa, y adoptó una línea más agresiva que la de Lerma. En Flandes, una Holanda reforzada no sólo replicaba con eficacia sino que atacaba las posesiones lusas y a Filipinas. En 1624 tomó San Salvador de Bahía, en Brasil, aunque España la recuperó

al año siguiente, como también capturó Spínola la plaza fuerte de Breda, hecho inmortalizado por el célebre cuadro de Velázquez. Pero en 1628 la armada holandesa sorprendió en Cuba a parte de la flota de Indias, con cuyo botín financió nuevos ataques. Terminaba la década con malos presagios para España.

En esos años, Jacobo I de Inglaterra trató de casar al heredero, Carlos, con la infanta española María Ana, y como el proyecto mantenía la paz, Madrid y Londres lo prolongaron. En 1623, Carlos hizo un romántico viaje de incógnito a España para obtener por fin la mano de la princesa, pero se le exigió hacerse católico y la boda se frustró, agriando la relación entre los dos países. El Parlamento deseaba fervientemente la guerra con España, por motivos religiosos y por saquear las Indias. Jacobo murió en 1625 y le sucedió Carlos, que envió una expedición conjunta con Holanda para apoderarse de Cádiz y de la flota de Indias, y financiarse con ella. Pero esta vez agentes de Madrid dieron aviso, anulando el factor sorpresa. La resistencia en Cádiz y las tormentas infligieron a los atacantes pesadas pérdidas en hombres, barcos, dinero y prestigio (fue el año en que España tomó Breda, recuperó Bahía, en Brasil, y tuvo otros éxitos). El doloroso revés enfrió los ánimos de Londres, no hubo nuevas acciones de relieve y en 1630 se firmó la paz. Ello, junto con el fracaso de su socorro a los hugonotes, hizo a Carlos impopular entre sus belicosos súbditos protestantes.

Mientras, en 1624 la política francesa había recaído en Richelieu, clérigo y político refinado, corrupto, sin escrúpulos, protector de las artes y buen organizador: un príncipe del Renacimiento al modo de Maquiavelo. Ansiaba engrandecer a Francia y hundir el poder hispanoimperial. A

ese fin puso orden en casa afianzando la monarquía sobre los nobles, eterna pugna francesa; y encaró nuevas rebeliones calvinistas, hasta someter su plaza fuerte de La Rochela, en 1628, liquidando la anomalía de un Estado dentro del Estado. Entretanto subvencionó a Dinamarca para que atacase al imperio y amenazó las comunicaciones españolas por la Valtelina, entre Italia y Suiza.

* * *

El segundo decenio bélico empezó con la intervención sueca en Alemania, también pagada generosamente por Richelieu. Pese a no alcanzar los dos millones de habitantes, Suecia se había hecho hegemónica en el Báltico, cuyas orillas alemana y polaca deseaba ocupar. Su rey Gustavo II Adolfo, talentoso militar que había resistido a Dinamarca y vencido a Polonia y a Rusia, marchó triunfante por el imperio. En 1632 ganó la batalla de Lützen, pero perdió la vida en ella. Su ejército siguió victorioso bajo el general Gustavo Horn, hasta que en septiembre de 1634 chocó con los hispanoimperiales en Nördlingen, y fue completamente aplastado, junto con sus auxiliares germanos, gracias al heroísmo de los tercios. Fue una de las últimas grandes victorias de los tercios, y decisiva porque obligó a Suecia a renunciar al dominio de Alemania, y a los príncipes protestantes germanos a aceptar el tratado de Praga, en 1635.

Otra vez pudo haber terminado la contienda, pero la paz disgustaba a Richelieu, que había gastado tanto dinero para nada, por lo que pasó a intervenir directamente. Decisión aventurada cuando los tercios acababan de revalidar sus laureles contra un ejército de la categoría del sueco. No obstante, Richelieu calculaba bien los puntos flacos de la Monarquía Hispánica: escasez de hombres, dispersión de

sus dominios y comunicaciones vulnerables, mientras que Francia podía operar por seguras y cortas líneas interiores. Además, España quedaba en Flandes entre dos fuegos. Richelieu se atrevió después de haber superado las dos debilidades de Francia —el excesivo poder nobiliario y el hugonote—, y de pactar con los protestantes de Holanda y Alemania. No obstante sufrió graves derrotas y los españoles estuvieron a punto de marchar sobre París. Richelieu se sintió hundido, pero Luis XIII contraatacó por la frontera española, y los cinco años siguientes nadie obtuvo la decisión. Agotados los recursos, Richelieu decretó nuevos impuestos, que, eludidos por las clases altas, gravaron tanto más a los agobiados campesinos, que se alzaron en 1636 y 1639. El cardenal los masacró.

En 1630 los holandeses tomaron Pernambuco, en Brasil, una de las posesiones portuguesas más rentables por su producción de algodón y azúcar, y la rebautizaron Nueva Holanda. Seguían una inteligente estrategia al atacar las colonias portuguesas, pues obtenían pingües ganancias y creaban descontento en Portugal, donde muchos culpaban de los problemas a la unión con España, a pesar de que Castilla corría con el grueso de la defensa: San Salvador de Bahía había sido recuperada por ocho mil españoles y cuatro mil portugueses. Y los avances holandeses en Flandes, en colaboración con los cercanos suecos, pusieron en peligro extremo la posición española hasta la batalla de Nordlingen, que invirtió la situación, si bien, como siempre, sin decisión definitiva.

Aunque Flandes tuvo diestros gobernadores como el valenciano Francisco de Moncada y el madrileño Fernando de Austria, vencedor de Nördlingen, los gastos y la dispersión por varios frentes atosigaban a Madrid. En 1637

los holandeses recuperaron Breda y al año siguiente marcharon sobre Amberes, cuya toma habría resuelto la guerra; pero Fernando, muy inferior en tropas, los venció casi milagrosamente en Kallo. El decenio concluía en 1639 con la batalla naval de las Dunas o de los Bajíos, cerca de la costa sureste de Inglaterra, perdida por los españoles ante una flota holandesa muy superior (la técnica naval holandesa también superaba a la española). Sin ser aplastante, la derrota marcó el final de España como primera potencia en el mar.

Durante estos años continuó la paz con una Inglaterra ocupada en sus problemas internos. El Parlamento boicoteaba a Carlos I negándole contribuciones, y el rey replicaba prescindiendo del Parlamento, mientras las querellas religiosas se hacían más agudas. Carlos trató de introducir el anglicanismo en Escocia, provocando, en 1639, la «Guerra de los Obispos».

* * *

La tercera década de esta Guerra de los Treinta Años resultó fatal para España, al repercutir dentro del país las tensiones externas. Frustrada la *Pax Hispanica*, Olivares quiso afrontar las angustias financieras y el acoso en Europa y los océanos mediante una reforma administrativa, económica y moral que eliminase la corrupción, y con un gobierno más centralizado y leyes homogéneas, de modo que las regiones contribuyeran en proporción a sus recursos. Intentó la «Unión de Armas», reserva de 140 000 soldados mantenida equitativamente, que las oligarquías de Aragón y Portugal miraron con malos ojos.

El malestar creció en 1638, cuando los franceses atacaron Fuenterrabía. Castilla y Aragón reaccionaron, pero la *Generalitat* se desentendió. Al año siguiente, Richelieu

atacó el Rosellón y en 1640 tomó la fortaleza de Salses. Olivares la recobró, mientras la Generalidad atizaba el descontento por la presencia de unos soldados mal pagados que a veces obraban con vandalismo; y el 7 de junio de 1640 (Corpus de Sangre), propició la entrada de 300 segadores en Barcelona, que al grito de «¡Viva el rey de España y muera el mal gobierno!», mataron a varios funcionarios, en su mayoría catalanes, y al virrey Queralt. Hasta aquí, nobles y grandes burgueses podían frotarse las manos, pero los campesinos les odiaban por los nunca bien desarraigados «derechos de abuso y maltrato», llamados «libertades del reino» (los labriegos podían ser hasta muertos impunemente por sus señores, y se les vedaba recurrir a los tribunales del rey, porque ello, aducían los oligarcas, iría «en gran dany de la cosa pública y de la bona administració de la justicia»). La revuelta cobró sesgo antiseñorial, menos satisfactorio para la Generalidad, pues había memoria de la rebelión de los remensas en el siglo XV.

Ante el peligro, un osado líder rebelde, el obispo de Urgel Pau Claris, proclamó una república catalana protegida por Richelieu, para enseguida aceptar la soberanía de Luis XIII, a quien nombró por su cuenta conde de Barcelona, rehaciendo una dependencia que los catalanes habían sacudido siglos atrás; y un ejército franco-catalán desbarató en Montjuic al de Felipe IV. Richelieu explotó la providencial revuelta para avanzar hacia Valencia y Aragón con mínimo gasto: impuso a los catalanes el coste de las tropas francesas, que se portaban peor que las de Olivares, y nombró un virrey francés.

En diciembre de 1640, el portugués duque de Braganza se proclamó rey de Portugal con el nombre de Juan IV. Hombre moderado, su audacia provino más bien de su

esposa, la andaluza Luisa Guzmán, de los Medina Sidonia. Braganza aprovechaba la dispersión española en varios teatros bélicos y la ayuda de Francia y de Inglaterra. Ésta recibiría por su apoyo las posesiones portuguesas de Tánger y Bombay.

Los éxitos secesionistas de Cataluña y Portugal animaron en 1641 al duque de Medina Sidonia y al marqués de Ayamonte a tramar la secesión de Andalucía. Olivares, sin sospechar nada, encargó al duque contraatacar a Juan IV, pero el duque saboteó la concentración de tropas, facilitando la secesión lusa, mientras Ayamonte negociaba el auxilio de Portugal y de las flotas francesa y holandesa. Tuvieron la mala suerte de ser descubiertos algo antes de la arribada de la armada franco-holandesa. Detenidos, Ayamonte culpó de todo al duque, el cual, en una grotesca maniobra para salvar su «honor», retó a duelo a Juan IV. Ayamonte fue decapitado y el duque salvó el cuello: en Inglaterra lo habrían pasado mucho peor los dos. Su fracaso sugiere la idea fácil de que su intento no tenía futuro, pero estuvo muy cerca de abrir un nuevo frente en el sur de España, de consecuencias imprevisibles, dada la complicadísima situación.

En cuanto a Inglaterra, la tormentosa relación entre Carlos I y el Parlamento no amainaba. Dominaban el Parlamento los puritanos, minoría no menos dinámica y audaz que la hugonote en Francia. Los puritanos, radicalmente hostiles al *papismo*, detestaban sólo algo menos al anglicanismo, en el cual veían reminiscencias católicas. Jacobo y Carlos, considerándolos un peligro para la monarquía, los habían hostigado a menudo. En 1620, un grupo de puritanos había huido en el barco *Mayflower* para instalarse en la actual Usa, hecho de futura trascendencia

histórica; y en el decenio de los treinta unos veinte mil emigraron en la misma dirección (Nueva Inglaterra), a fin de fundar la bíblica «ciudad sobre la colina», cimentada en principios y valores calvinistas, para edificación del mundo. En Inglaterra boicoteaban con su fuerza parlamentaria al monarca y se presentaban como abanderados de la libertad frente a la tiranía, aunque eran más intolerantes que los anglicanos. A principios de los cuarenta se cocía ya la guerra civil que acaudillaría Oliver Cromwell.

Carlos I replicó al boicot puritano dejando de convocar al Parlamento durante once años, hasta 1640, cuando necesitó aprobación legal de nuevos impuestos para sufragar la Guerra de los Obispos en Escocia. Obviamente no lo consiguió, hubo de aceptar una tregua desfavorable con los escoceses y cerró el Parlamento, llamado «corto». Un nuevo revés le obligó a convocar un nuevo Parlamento, el llamado «largo». Éste socavó sin miramientos la autoridad de Carlos, exigió ser convocado cada tres años y no ser disuelto por voluntad regia, declaró ilegales algunos impuestos y suprimió los tribunales del rey. Fue más allá, aprobando una lista de acusaciones al monarca. Y en octubre de 1642 comenzó la guerra civil.

Ese año murió Richelieu, formidable enemigo de España, y al año siguiente Luis XIII. París festejó con luminarias la defunción del primero, pues era muy odiado, aunque dejó un legado imponente: monarquía absoluta —con un espionaje interno que casi la conformaba como Estado policial— nunca antes conocida en la Europa del oeste, y que Luis XIV perfeccionaría; y las bases del *Grand Siècle* de Francia, en sentido político y cultural, pues protegió con empeño las artes y las letras. Su gran antagonista Olivares, caído en desgracia y procesado,

fallecería tres años después, habiendo fracasado sus reformas, que serían parcialmente retomadas en el siglo XVIII.

Con el sucesor de Richelieu, el también cardenal Mazarino, italiano que había estudiado en Alcalá y Salamanca, la suerte se volvió aún más adversa para los hispanos. En mayo de 1643 éstos fueron vencidos en Rocroi, victoria costosa para Francia, pero de incalculable efecto moral. Aun si los franceses volvieron a ser derrotados en noviembre y los tercios retuvieron bastante eficacia, Rocroi marcó en tierra lo que la batalla de los Bajíos en el mar. Las luchas se arrastrarían indecisas hasta que entre mayo y octubre de 1648 la Paz de Westfalia puso fin a la Guerra de los Treinta Años.

* * *

De Westfalia salían como grandes triunfadores Suecia —dominante sobre el Báltico y dueña de regiones alemanas, mientras Dinamarca perdía extensas posesiones—, y sobre todo la Francia de Luis XIV, que sustituía a España como poder hegemónico europeo. Holanda afianzaba su independencia, reconocida por España en junio. Alemania había sufrido más que nadie (sólo los suecos arrasaron 1500 poblaciones). Se dice que por pestes, hambre y luchas murió un tercio de la población, y la mitad de la masculina. Llegara o no a tanto, la catástrofe fue apocalíptica.

Francia ganaba territorio aproximándose a sus límites actuales, y en el sur, gracias a la revuelta oligárquica de Pau Claris, se quedaba con Rosellón y Cerdaña, donde anuló los usos e instituciones catalanes y el empleo oficial del catalán. Felipe IV, dado el descontento popular con los franceses, tomó Barcelona en 1652, volviendo a España la mayor parte del principado. Además, Francia se anexionaba Alsacia y

Lorena, cortando el Camino Español a Flandes, por lo que Madrid continuó luchando después de Westfalia. El Sacro Imperio, muy feliz de acabar su sangría, dejó sola a España, que tanto le había ayudado antes. El conflicto, varios años indeciso, lo resolvió una alianza franco-inglesa en 1657.

Pues entretanto Cromwell había ganado la guerra civil de Inglaterra, el mismo año de Westfalia, no sin que surgieran en sus filas impulsos igualitaristas parejos a los de anabaptistas y campesinos cuando la rebelión de Lutero. En enero de 1649, Carlos I era decapitado tras un juicio preparado por sus enemigos, hecho revolucionario en Europa. No era buena noticia para Madrid, pues Cromwell, político y militar muy hábil, odiaba en especial a España. Dictador de hecho, atacó a Irlanda. Su ejército parlamentario confiscó casi todo el territorio y lo repartió a los suyos, desmanteló la naciente industria textil, las iglesias y las escuelas, provocó adrede hambre y matanzas, y vendió como esclavos a entre doce y cuarenta mil prisioneros. El rito católico fue suprimido y sus clérigos ejecutados apenas descubiertos. Se calculan las pérdidas irlandesas entre un 15 y un 30 por ciento de su población. En 1650 Cromwell derrotó a los escoceses que exigían la monarquía, pero actuó con más moderación, por el calvinismo común. Y entre 1652 y 1654, venció a los holandeses, ahora rivales comerciales.

Al año siguiente atacó por fin a España. Sus barcos destruyeron parte de la flota de Indias en Cádiz y tomaron un galeón cargado de plata. El mismo año fracasaron con graves pérdidas en La Española, pero tomaron la apenas guarnecida Jamaica, «daga apuntada al corazón del Imperio español». En 1657 volvieron a destruir gran parte de la flota de Indias en Tenerife, bloquearon Cádiz y, junto con los franceses, ganaron en Flandes la batalla de Las Dunas o

Dunquerque, en 1658. Ese año murió Cromwell, y dos después el Parlamento admitió como rey a Carlos II. El cadáver de Cromwell fue a su vez decapitado y su cabeza expuesta en un poste. Desaparecía la posibilidad de que el puritanismo se impusiera al anglicanismo como religión dominante.

La derrota hispana en Dunquerque abocó al Tratado de los Pirineos en 1659. España perdió la Cataluña transpirenaica, partes de Flandes y su Camino. Luis XIV no impuso condiciones peores porque tenía otras ambiciones, manifiestas en su casamiento, en 1660, con María Teresa, hija de Felipe IV. Madrid combatió en vano la independencia portuguesa, que hubo de aceptar en 1668, y el mar de las Antillas conoció el auge del filibusterismo inglés, cuya mayor figura sería el célebre Morgan.

* * *

En medio siglo España había pasado de la *Pax hispanica* a una situación ruinosa, con un imperio todavía enorme pero sin energía, que podría recordar los versos de Quevedo: «Y no hallé cosa en que poner los ojos/ que no fuera recuerdo de la muerte». No llegaba tan lejos la decadencia, sin embargo. El país había perdido el rango de primer poder europeo y en cierto modo mundial, pero demostraría seguir siendo una gran potencia.

El siglo XVII se presenta para España como un declive prolongado, no tanto en territorio, pues la expansión imperial continuó por América, casi duplicando la del siglo anterior, pero sí en los órdenes demográfico, económico y político.

Suele estimarse que, por efecto de las epidemias, Alemania perdió seis millones de habitantes, Italia 1, 7, Francia, Inglaterra y Escocia tuvieron varias recurrencias, y

sólo la peste de 1655-56 acabó en Londres con 100 000 personas. Viena, Praga, Nápoles y muchas ciudades más sufrieron igualmente, como también el mundo islámico y China, donde una terrible peste remató a la dinastía Ming en los años cuarenta. Tal vez influyó en todo ello la «Pequeña Edad del Hielo». En varias ocasiones las cosechas se perdieron por veranos demasiado frescos, o alternativas de sequía y lluvia excesiva.

España pudo perder por estas causas 1, 2 millones de vidas, sin contar las de América, también estragada. El siglo se inauguró con una peste venida de los Países Bajos, que causó medio millón de víctimas; la de 1647, importada del norte de África, hizo unas 30 000 en Valencia, 50 000 en Málaga y 60 000 en Sevilla, que quedó arruinada. En 1676-1685, enfermedades y hambres pudieron segar un cuarto de millón de vidas. Los muertos en acción bélica debieron de ser relativamente pocos, pero las levas solían incluir una considerable mortandad por epidemias. En toda Europa la población se estancó o retrocedió algo, y en España parece haberse estancado en la periferia y disminuido en el centro. Los pesados tributos empobrecieron al campesinado y capas bajas de la población, no sólo en Castilla, que cargaba con los dedicados a la defensa común, sino en Aragón, por las exacciones internas de sus oligarquías. En el último tercio del siglo, bajo el último rey Habsburgo, Carlos II, la economía parece haber mejorado, si bien acompañada de un mucho más profundo declive político y cultural.

La implicación española en Flandes y en Alemania parece la causa de la decadencia político-militar del país; Francia, principal instigadora de la Guerra de los Treinta Años, salió en cambio muy beneficiada. Se ha criticado la

decisión española de continuar la lucha de Flandes después de la Tregua, pero difícilmente se habría evitado, pues los calvinistas querían imponerse en todos los Países Bajos. Y la resignación a la independencia holandesa habría acarreado a España un desprestigio letal, justificado la imagen de «un elefante con el ánimo de un pollito», estímulo a las potencias protestantes y a Francia para golpear con más decisión. Y si España no defendía su posición exterior, habría tenido que librar la lucha en su interior, como en parte sucedió.

Descartada la amenaza otomana (aunque requiriese vigilancia permanente), el enemigo mayor pasó a ser Francia, por su posición geoestratégica y su poderío, casi siempre detrás o al lado, con dinero o agentes, de cuantos podían perjudicar a España y al Sacro Imperio: turcos, moriscos, rebeldes catalanes, andaluces y portugueses, holandeses, ingleses, italianos descontentos, protestantes alemanes, daneses o suecos… cuando no atacaba directamente. Madrid tenía conciencia de ello, y cuando Francia entraba en liza, supeditaba los demás problemas al francés. El semifracaso español en Flandes y en la Guerra de los Treinta Años se debió ante todo a la necesidad de combatir casi siempre en varios frentes. Lo realmente notable es que el país infligiera tales reveses a sus adversarios y resistiese tanto tiempo.

Cuantitativa y cualitativamente, los adversarios crecieron mientras España se estancaba. Más que las dificultades demográficas y económicas, que en buena medida padecía la mayor parte de Europa, el declive español puede achacarse a un cambio de mentalidad. La del XVI había sido abierta y animosa ante los desafíos religiosos, morales y políticos —la guerra justa, la conquista, la economía, las relaciones internacionales, las cuestiones planteadas por el protestantismo, la reforma eclesial…—. En el XVII, la

religión tiende a hacerse cerrada, formulista y pomposa, y lo mismo la política. Los títulos se convirtieron en honores vacuos y a menudo venales, y en todas las capas sociales crecieron la corrupción y resistencia a la recluta, bajo un clima pesimista bien distinto de la confianza e iniciativa de antaño. La actitud común se volvió rentista, defensiva y rutinaria, aferrada a recetas anticuadas en política, economía y milicia, y a viejas virtudes convertidas en caricatura.

Paradójicamente, este cambio nacía del éxito previo. Parece una ley de la vida humana que un gran triunfo modifique la situación preexistente, y en la nueva pierdan mucho de su valor los recursos que antes dieron el triunfo, tanto más traicionados cuanto mayor el aferramiento retórico a ellos.

50

VELÁZQUEZ, GRACIÁN, CALDERÓN…

El declive político, económico y militar, poco perceptible en los dos primeros decenios del siglo y acelerado en los siguientes, hasta convertirse en plena decadencia, ocurrió menos en el plano intelectual. La Escuela de Salamanca perdió creatividad, si bien daría un teólogo como Pedro de Godoy, comentarista de Santo Tomás de Aquino. La sensación de decadencia originó un pensamiento político bien representado por Pedro Saavedra y Fajardo, viajero por Europa y embajador de Felipe IV, además de crítico literario y autor de *Idea de un príncipe político cristiano*, traducido a varios idiomas. Contra Maquiavelo proponía como ejemplo a Fernando *el Católico*, visto desde una perspectiva distinta. Entre otras cosas, defendió el equilibrio presupuestario y la reducción del gasto público, por cuanto consideraba al poder loco e insaciable. En el plano artístico y literario no existió decadencia alguna, sino el apogeo del Siglo de Oro. Valga aquí la muestra de tres figuras nacidas justamente al comenzar el XVII: Velázquez en 1599, Gracián en 1601 y Calderón de la Barca en 1600.

Velázquez, sevillano, vivió 61 años. Aspiró a la nobleza (caballero de la Orden de Santiago) pero sólo pudo lograrlo por dispensa papal e interés del rey en honrarlo, pues la investigación sobre su origen probó que era plebeyo por ambas líneas. En Sevilla existía una brillante escuela de pintura y, tras sus primeros estudios, Velázquez entró un año en el taller del antiitalianizante Francisco Herrera, y muy pronto en el de Francisco Pacheco, generalmente considerado peor práctico que teórico (escribió un libro sobre

el arte). Velázquez se labró pronto una reputación, y con 23 años marchó a Madrid, donde seguiría su magnífica carrera artística.

Lo que Cervantes es a la literatura viene a serlo Velázquez a la pintura, en el sentido de ser las primeras figuras de España en su época y estar entre las máximas de la humanidad. En cambio sus biografías no podrían ser más distintas. La de Velázquez, afortunada y muy poco agitada, apenas registra pequeños contratiempos por envidias. Su genio artístico fue muy pronto reconocido: con 28 años llegó a pintor de cámara de Felipe IV —gran aficionado a la pintura, como sus antecesores— tras ganar un concurso con el tema de la expulsión de los moriscos. Le benefició que Olivares mostrase predilección por paisanos suyos andaluces para ocupar cargos políticos y asimilados.

En 1629 viajó a Italia, donde permaneció un año y medio, para aprender de su pintura, tan apreciada y coleccionada en la corte de España. Volvería en 1649-51, comisionado para adquirir cuadros italianos. En Nápoles conoció al pintor valenciano José de Ribera, uno de los grandes del siglo, que vivió en Italia. Aunque solía firmar como «español», Ribera declaró: «Mi gran deseo es volver a España, pero hombres sabios me han dicho que allí se pierde el respeto a los artistas cuando están presentes, pues España es madre amantísima para los forasteros y madrastra cruel para sus hijos». Esto no podía decirse de Velázquez, que no cesó de prosperar en la corte, pintando numerosos lienzos que figuran entre los más célebres de la historia del arte.

Si la carrera profesional de Velázquez es bien conocida, no así la privada, que parece haber sido tan regular y ordenada como la artística. Se casó con Juana Pacheco, hija de su primer maestro, teniendo él 19 años y ella 16, y

tuvieron dos hijas, una muerta en la infancia. No parece haber tenido amantes ni hijos ilegítimos, salvo una y otro que se le suponen en Italia, en relación posible con su único desnudo femenino, *La Venus del espejo*. Por su biblioteca se sabe que, aparte de las artes plásticas, tenía afición a las ciencias (matemáticas, geometría, anatomía, mecánica). En 1660 acompañó a la infanta María Teresa a la frontera, donde debía encontrarse con Luis XIV, su futuro esposo. A la vuelta enfermó, al parecer de viruela y murió en Madrid ese mismo año. Su mujer, Juana, le siguió a la tumba pocos días después.

* * *

Baltasar Gracián, hijo de un médico, nació en 1601 cerca de Calatayud, patria también de Marcial, el ingenioso escritor satírico hispanolatino. Estudió en Calatayud, en la Universidad de Zaragoza y en Toledo. Con 26 años se ordenó jesuita y como tal enseñó en Calatayud, Valencia, Lérida y Gandía, llevándose mal con sus cofrades de Valencia. En 1636 fue enviado a Huesca, donde publicó su primer libro, *El héroe*, con apoyo de un mecenas local, Vincencio Juan de Lastanosa, un personaje interesante: erudito, políglota, interesado por las ciencias y por la alquimia, que lucharía en la guerra de Cataluña al frente de tropas de Huesca; coleccionaba en su palacio un verdadero museo con cuadros de Tintoretto, Rubens, Ribera, Tiziano y otros artistas célebres, monedas griegas y romanas, estatuas romanas, armas antiguas, fósiles y piedras raras, etc. En su gran biblioteca de siete mil volúmenes, mayoritariamente de temas científicos, reunía una tertulia literaria a la que acudían varios de los mejores intelectuales aragoneses, incluyendo la monja poeta Abarca de Bolea. Años después de su muerte, su palacio fue derribado y dispersada su

biblioteca.

Gracián formó parte de la tertulia de Lastanosa hasta 1639, cuando volvió a Zaragoza y pronto a Madrid. En la corte se relacionó con los círculos literarios, un ambiente bastante áspero, como indican las sátiras y disputas entre sus miembros, y no fue bien comprendido en ellos. Allí publicó en 1640 *El político*, y preparó *Arte de ingenio, tratado de la agudeza*. En 1642 pasó a Tarragona como vicerrector del colegio jesuita, y ejerció de predicador de los soldados que lucharon en Lérida contra el ejército franco-catalán. Enfermó y fue a curarse al hospital de Valencia, que disponía de una buena biblioteca, de la que se sirvió para escribir *El discreto*. Éste lo publicó en Huesca, adonde volvió como profesor de teología hasta 1650, y allí preparó la primera parte de *El Criticón*. Esta obra le valió quejas de los jesuitas valencianos por haberla publicado sin permiso de la superioridad. La segunda parte del libro aumentó las protestas, y la tercera acabó de enojar a sus superiores, que le impusieron penitencias a pan y agua y lo desterraron al pequeño pueblo de Graus. *El Criticón* se difundió enseguida por Europa Occidental, sobre todo por Alemania. Otro libro suyo, el *Oráculo manual y arte de prudencia*, ha sido reeditado una y otra vez en Inglaterra y otros países, incluso hasta nuestros días en Usa, y ha llegado a ser traducido al chino y al japonés. Es conocida la admiración que profesaron al *Oráculo* Schopenhauer («un libro absolutamente único»), Nietzsche («Europa no ha producido nada más fino ni elaborado en sutileza moral»), y el autor ha influido hasta el presente en autores tan diversos como Voltaire, Gide o Lacan. Posiblemente el autor haya sido más apreciado fuera que dentro de su patria.

A raíz de los castigos impuestos por sus superiores,

Gracián pidió pasarse a otra orden religiosa, pero no se le permitió y, encontrándose muy enfermo, falleció en Tarazona, con 58 años, el mismo del siglo y de la batalla de las Dunas o Dunquerque.

* * *

Pedro Calderón de la Barca nació en Madrid, de padre alto funcionario y madre de origen noble alemán o flamenco. Vivió 81 años, y presenció el paso del declive hispano a la franca decadencia con Carlos II. Estudió con los jesuitas en Madrid, luego en las universidades de Alcalá y Salamanca, donde adquirió una vasta erudición, reflejada en sus obras. Pronto aficionado a la poesía y la comedia, su juventud fue algo turbulenta, habiéndose visto mezclado en un homicidio y en el quebrantamiento de sagrado en un convento de monjas, al perseguir a un actor que había dado una puñalada a un hermano suyo (a veces los perseguidos por la justicia se acogían «a sagrado» en iglesias donde no podían ser arrestados). Esto le valió la enemistad de un predicador que lo atacó desde el púlpito, y de quien se burló Calderón en una comedia.

Su desahogo económico disminuyó a causa de pleitos por enmendar el testamento de su padre, que se había casado en segundas nupcias al enviudar. Se le han atribuido alistamiento en los tercios y combates en Italia y Flandes entre 1625 y 1635; si fue así, se trataría de acciones ocasionales, pues hay constancia de su presencia en Madrid por esos años. Sí es cierto que se distinguió como soldado en el sitio de Fuenterrabía en 1638 y en la guerra de Cataluña en 1640, donde fue herido en el sitio de Lérida, y no escatimará elogios de tinte democrático a los soldados: «*Porque aquí a la sangre excede/ el lugar que uno se hace/ y sin mirar cómo nace/ se mira como pro-cede. […]. Fama, honor y*

vida son/ caudal de pobres soldados;/ que en buena o mala fortuna/ la milicia no es más que una/ religión de hombres honrados».

Al igual que en el caso de Lope y de Velázquez, la calidad de las obras de Calderón fue pronto reconocida y le ganó el aprecio de Felipe IV, tan aficionado a la comedia como a las actrices y a coleccionar arte. A Lope ya en sus últimos años le disputaba Calderón la primacía entre los dramaturgos, y se le supone haber dado formas más perfeccionadas a la originalidad y espontaneidad de aquél. En cuanto a su vida íntima, cabe suponer que, dada su juventud alborotada y el libertinaje atribuido a la farándula, Calderón compartiría en alguna medida ese rasgo, pero en realidad se sabe tan poco de ella como de la de Velázquez, salvo que tuvo algún hijo ilegítimo. Como fuere, a los 51 años, acaso por efecto de alguna crisis personal, se hizo sacerdote y llegó a capellán mayor de Carlos II. No por ser sacerdote dejó de componer teatro, si bien de tono más religioso, como autos sacramentales, que llevó a su perfección aprovechando sus conocimientos teológicos; y siguió escribiendo obras más profanas, lo que le valió críticas a las que prestó poca atención. Hacia el final trató asuntos mitológicos, orientación interpretable como evasión ante la áspera realidad de la decadencia del país. Escribió más de doscientas obras entre dramas, autos sacramentales, entremeses y zarzuelas, un género que alternaba recitación y canto, comenzado por Lope. Vivió sus últimos treinta años como sacerdote y, pese a su popularidad y la protección regia, en sus últimos tiempos parece haber sufrido apuros económicos. En su testamento mencionó «las públicas vanidades de mi mal gastada vida».

* * *

De las tres biografías aquí esbozadas, sólo la de Calderón guarda similitudes vitales con las de los tres autores citados unos capítulos atrás en relación con la tónica cultural del cambio de siglo. Puede señalarse otra similitud más común: la cercanía, al menos espiritual, de todos ellos con la Inquisición. A Calderón le llamó «poeta inquisitorial» Menéndez Pelayo, por buenas razones, aunque no fue *familiar* del Santo Oficio, como sí lo fue Lope de Vega. Esto obliga a replantear, como indica el ya citado J. Dumont, algunas realidades habitualmente pasadas por alto. Como se ha observado a menudo, la Inquisición no impidió el espléndido florecimiento cultural de España en el Siglo de Oro (ni la abolición de la Inquisición, a principios del siglo XIX determinó nada parecido a una eclosión intelectual). Pero no sólo no lo impidió, sino que contribuyó a él. Muchos altos inquisidores se ocuparon en algo más que perseguir herejes, también promovieron bibliotecas, escuelas, estudios y practicaron el mecenazgo, faceta que no suele citarse. El Greco y Zurbarán, entre otros, recibieron encargos o fueron protegidos por los dominicos; el *oficial* valenciano de la Inquisición, Vicente del Olmo, escribió algunos de los infrecuentes libros de geometría en España; Jerónimo Zurita, el célebre historiador aragonés, fue secretario inquisitorial; el padre Mariana, primer historiador español de entonces, fue consejero de la institución. Al revés que en otros lugares, no fueron prohibidos en España pensadores como Giordano Bruno, incluso Hobbes, a quien el Parlamento inglés impidió continuar su obra, por considerarlo ateo.

También se ha querido ver en la Inquisición un precedente del totalitarismo, pero eso es muy difícil de sostener. Tal interpretación aparece, por ejemplo, en el relato

El gran inquisidor, de Dostoiefski, profético (como su *Demonios*) pero que confunde al protagonista, a quien describe con un discurso demasiado próximo al de un utópico de los siglos XIX y XX; y la negación del libre albedrío, que le achaca, lo asimila más bien al protestantismo.

* * *

La producción de Calderón es muy varia en temas, tonos, géneros y tensión dramática (comedias de enredo, de amor, filosóficas, etc.). Casi siempre mantiene un alto nivel poético, a menudo algo retórico, que priva la expresión de los personajes de la naturalidad de Lope o del vigor de Shakespeare. En cualquier caso, interesan aquí dos aspectos, el «popularizante», expresado sobre todo en *El alcalde de Zalamea*, donde aparece el honor como propiedad de cualquier hombre que sepa apreciarlo y hacerlo valer, don de Dios por encima de los linajes aristocráticos, y en materia del cual el alcalde villano Pedro Crespo da lecciones a un aristócrata de los tercios, uno de cuyos hombres ha violado a su hija. La opinión de un hombre común tiene el mismo valor que la de un noble, pues «no hubiera un capitán/ si no hubiera un labrador». El honor va ligado además a otras virtudes: la humildad, la cortesía, la amistad. Y Crespo da a su hijo otros consejos: «No hables mal de las mujeres/ la más humilde, te digo/ que es digna de estimación/ porque al fin de ellas nacimos».

En su obra quizá más conocida *La vida es sueño*, y en otras, enfoca la enigmática condición humana en relación con los problemas de la libertad, la voluntad y el destino, núcleo de la gran controversia católico-protestante. El delito fundamental del hombre —el pecado original— consiste en haber nacido, su mayor enfermedad es él mismo, que camina

sobre su sepultura. La vida viene a ser una ficción frenética, un teatro donde los personajes, siempre distintos, se reparten papeles reiterados. La voluntad y la libertad no bastan para abrirse camino en medio de ese caos, cuya salida se encontraría mediante la esperanza en Dios. En otro tipo de comedias, como las que tratan los celos u otras pasiones, sabe expresar la lógica consecuente que lleva al desastre por basarse en premisas erróneas: se aproxima a la argumentación de la tragedia griega, aun sin alcanzar la grandiosa ambigüedad de ésta, e incluso echa a perder parte del efecto cuando parece justificar el crimen motivado por simples sospechas de atentado a la honra. Calderón sería más y mejor apreciado en Alemania, a partir de Goethe, que en España.

* * *

Es ilustrativa la evolución de Gracián. Su primera obra, *El héroe*, expone con intención didáctica y estimulante («sacar un varón máximo») el perfeccionamiento moral e intelectual que debe seguir el hombre de excepción, caracterizado por la *virtus* romana: el valor y la capacidad de razonar, hablar y obrar con excelencia. Propuesta optimista en la tradición de *El cortesano*, de Castiglione, que Gracián desarrolla en *El político*, cuyo modelo sería Fernando *el Católico*, como para Maquiavelo —o Saavedra y Fajardo—, aunque no llega, como el italiano, a considerar la política un ámbito ajeno a la ética. Su *Oráculo manual* condensa sus enseñanzas para una vida lograda. A la sagacidad y experiencia del héroe no puede hurtarse que los hombres, en su mayoría, son necios, falsos e interesados, aunque no propone para ellos la tiranía como mejor solución (al modo de la antigua escuela legista china, por ejemplo); más bien el héroe debe contar con ese rasgo inevitable del mundo real y

saber desenvolverse en él sin dejarse contaminar ni caer en una ingenuidad próxima a la tontería. Debe ser capaz de explotar ese lamentable medio con fines más elevados, como hacía Fernando *el Católico*. En contraste con otras tendencias filosóficas, encomia la apariencia en las conductas: no basta la virtud interior, es precisa su apariencia, porque ésta garantiza la existencia de la primera; e incluso si no es así, puede sustituirla en parte. Parece justificar la hipocresía y el engaño, aunque él, hombre sutil, los evita: no se debe mentir, pero tampoco decir la verdad completa, y es lícito inducir a los demás a creer lo que convenga, pues en definitiva la gente no ama la verdad. En cierto modo adelanta la actual «cultura de la imagen», sin la banalidad y falsa ingenuidad de ésta. Su concepción toma nota del ambiente de su tiempo que él percibe moralmente degradado, en contraste con el anterior «siglo de oro de la llaneza».

Su última obra, *El Criticón*, es ya abiertamente pesimista. Entronca con el *Blanquerna* de Raimundo Lulio, en cuanto describe una evolución vital, si bien ajena al básico optimismo luliano: «¿Cuál puede ser una vida, que comienza entre los gritos de la madre, que la da, y los lloros del hijo, que la recibe?». «Pocos aceptarían la vida si tuvieran estas noticias antes. Porque ¿quién, sabiéndolo, quisiera meter el pie en un reino mentido y cárcel verdadera, padecer tan muchas como varias penalidades? En el cuerpo hambre, sed, frío, calor, cansancio, desnudez, dolores, enfermedades y en el ánimo engaños, persecuciones, envidias, desprecios, deshonras, ahogos, tristezas, iras, temores, desesperaciones y salir al cabo condenado a miserable muerte, con pérdida de todas las cosas, casa, hacienda, bienes, dignidades, amigos, parientes, hermanos, padres y la misma vida, cuando más

amada». Idea contradictoria, pues compensa los males con los bienes, y si éstos están destinados a perderse, lo mismo los daños. El libro recuerda al *Quijote* en cuanto define la acción a partir de dos personajes contrarios, aunque en Gracián es un Sancho Panza ilustrado y desengañado, *Critilo* (hombre de juicio) quien guía a *Andrenio* (hombre sin más, ignorante de la civilización), el cual comparte con Don Quijote un carácter iluso e idealista. La inversión, muy radical, extrema y simplifica el mensaje en el fondo ambiguo del *Quijote*, mediante la reducción de los personajes a símbolos morales o filosóficos.

Critilo y Andrenio peregrinan —alegoría de la vida, en la tradición cristiana— por diversos países en busca de Felisinda, madre de Andrenio y con quien aspira a casarse Critilo. Felisinda simboliza la felicidad, y ambos llegan a comprender que nunca la encontrarán, por lo que se ciñen a mantener la virtud en un mundo lleno de maldad e hipocresía, descrito en diversos episodios bajo la dialéctica ilusión-desengaño; y cuya ilación viene dada por el protagonismo de los personajes, siguiendo en ello y en la sátira social el esquema de la novela picaresca. La virtud sostenida les dará finalmente el triunfo sobre un mundo despreciable, les permitirá superar los desengaños y alcanzar la Isla de la Inmortalidad, aunque sólo al final de sus vidas. En este sentido resulta en cierto modo una apología del idealismo.

Advertir lo inalcanzable de la felicidad y mantener no obstante la virtud, viene a ser una actitud estoica, y Séneca es ciertamente uno de los modelos de Gracián en esta obra. Se inspira también en autores griegos paganos y en algunos más modernos como Trajano Boccalini, satírico agriamente antiespañol, o John Barclay, franco-escocés católico, pero

antijesuita, lo que puede explicar el enfado de los superiores de Gracián. La novela, que algunos comparan hoy al *Quijote* —exagerando— fue largo tiempo semiolvidada en España, y sólo en tiempos recientes vuelve con fuerza a suscitar interés, también en Europa.

* * *

Velázquez realizó su obra en una época de grandes pintores, particularmente en Flandes, Holanda, Italia (algo en descenso después de Caravaggio) y España. Fue contemporáneo de Rembrandt, de Rubens, de Vermeer o, entre los españoles, de Zurbarán, Murillo y Ribera.

Si la relación de la realidad con la literatura nos parece bastante evidente, por más que indefinible, aún más indefinible con la pintura: ésta no ocurre en el tiempo, como el relato literario, sino que arrebata al tiempo sus escenas, inventadas o realistas. Esas escenas reflejan tanto una realidad como la personalidad del artista. Según algunas teorías, es la relación entre la subjetividad y la sociedad de la época lo que da valor a una obra artística, pero de ser así no despertaría en las personas de siglos distintos más emoción que la que produce una herramienta o un contrato de compraventa antiguos. Parece más adecuado suponer que el valor de la obra estriba en la capacidad del autor para transmitir su visión subjetiva e impactar con ella la subjetividad del espectador, en un plano no racional. Y eso hace la obra de arte perdurable y apreciable por personas de otras culturas u otras edades. Una pintura o una novela muy expositiva de su tiempo puede tener un valor documental alto, y artístico bajo. El arte apela al sentimiento del mundo y de la vida, y siendo éste subjetivo y en gran medida irreductible a la razón, sus obras nunca encuentran la misma resonancia en unas personas que en otras.

El cuadro *La rendición de Breda*, o *De las lanzas*, referido a un acontecimiento al que se dio gran trascendencia, posee el valor documental de los trajes y armas, no tanto la fidelidad de la escena, que Velázquez no presenció; pero recoge el espíritu del hecho: el vencedor, Spínola, saluda al vencido, le evita la humillación, mientras las tropas hispanas permanecen contenidas y casi respetuosas, lejos de la clásica pintura épica. Podría ser una idealización propagandística, pero así ocurrió, más o menos: una escena caballeresca. La pintura impresiona por la combinación de la fuerza, fijada en las picas enhiestas, la miseria de la derrota, la magnanimidad del vencedor y el fondo del paisaje y las nubes como indescifrable aviso ante las acciones humanas.

Entre tantos otros logros, Velázquez descuella por sus espléndidos retratos, en particular el del papa Inocencio X, tenido por uno de los mejores de la historia de la pintura, incluso por el mejor. Inocencio, favorable a España y atemorizado por Francia, había rechazado el tratado de Westfalia, concluido sin darle voz alguna y, según él, contrario a la fe en algunos puntos; pero, signo de los tiempos, apenas hubo cuidado por su opinión. Otro signo: al subir al solio pontificio acusó a la familia del papa anterior, los Barberini, de haberse apropiado bienes eclesiásticos; dos miembros de dicha familia buscaron en Francia la protección del cardenal Mazarino, y éste amenazó a Inocencio con enviarle un ejército. Antaño, Roma podría haber replicado recurriendo a España, pero la situación ya había cambiado también, por lo que hubo de ceder. Sobre este papa ejerció pesada influencia su avara y codiciosa cuñada Olimpia Maidalchini, con la cual mantendría relaciones carnales, según le acusaban, sin mucha base, protestantes y galicanos. Inocencio procuró aliviar la suerte de los presos y pidió al zar

Alexis I que liberase a los siervos de la gleba o mejorase su dura suerte. Condenó el jansenismo, doctrina antijesuita próxima al protestantismo, y festejó la conversión de Cristina de Suecia al catolicismo. Cristina fue hija de Gustavo II Adolfo, y su reinado preludiaba el despotismo ilustrado. Al revés que su padre, buscó una alianza con España, aunque los dos reinos estaban demasiado alejados para que fuese eficaz. Terminó abdicando y convirtiéndose al catolicismo, en lo que tuvo parte su estrecha relación con el embajador español en Estocolmo, el militar Antonio Pimentel.

Volviendo al retrato, Inocencio comentó al verlo: *Troppo vero!* Se supone que un buen retrato debe expresar el interior de la persona, idea arriesgada porque no son infrecuentes rasgos faciales «fuertes» en personalidades débiles y viceversa; pero si el mismo Papa encontró el suyo demasiado veraz, sería por algo. Se ha dicho que Inocencio aparece allí como un personaje despiadado. Desde luego, no deja la impresión de persona calma, bondadosa o majestuosa, pero acaso sugiere desconfianza, irritabilidad y la inquietud de quien guarda un secreto íntimamente perturbador. El secreto, acaso, de la distancia entre el cargo y el personaje.

Naturalmente, la técnica cuenta mucho en la transmisión de impresiones y emociones, pero, una vez conseguidas éstas, pasa a segundo plano; y la misma perfección técnica caracteriza a pinturas de muy distinto valor. Aquí no viene al caso extenderse sobre tantas otras obras maestras de Velázquez, además archicomentadas por los especialistas.

51

EL PENSAMIENTO CIENTÍFICO

Desde un punto de vista amplio, el siglo XVII es crucial sobre todo por el nacimiento del pensamiento científico. Aunque la ciencia parece tan connatural al hombre como el arte, nunca antes, salvo parcialmente en la Grecia antigua, se había establecido con la sistematicidad de este siglo, imprimiendo a la historia humana una fuerte aceleración en conocimientos y poder. El pensamiento científico amplió enormemente el dominio del hombre sobre el medio, facilitó invenciones y sería una de las bases de la siguiente etapa de la expansión europea, llegada a su cumbre en el siglo XIX.

Durante el siglo anterior, figuras como el noble danés Tycho Brahe, y sobre todo el sacerdote polaco Nicolás Copérnico, avanzaron normas para la observación sistemática del universo. Copérnico, mediante cálculos cuidadosos, estableció que el Sol no giraba en torno a la Tierra, sino ésta y los demás planetas en torno al Sol. No era una idea nueva, pues ya en Grecia y aun en la antigua India y en el islam algunos habían especulado con ella, y durante la Edad de Asentamiento se había planteado de manera ocasional en Europa. No obstante, se oponía tan crudamente al testimonio de los sentidos que parecía absurda, máxime cuando filósofos científicos tan reputados como Aristóteles y Tolomeo habían establecido el geocentrismo, al que se había añadido una premisa algo mística: el universo se movía en torno a la Tierra inmóvil porque en ella estaba el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios. La idea de Copérnico encontró oposición protestante y fue aceptada como hipótesis por jerarquías católicas, pero luego las posturas se invertirían: los protestantes irían aceptando a Copérnico, y

Roma terminaría por prohibir su obra. De no mediar la contienda religiosa, quizá Roma hubiera mantenido la actitud razonable de los primeros decenios.

Se suele citar la «revolución copernicana» como un cambio radical filosófico, psicológico y científico, por haber desplazado al hombre del centro del universo; pero antropocentrismo y heliocentrismo no son incompatibles: la humanidad será siempre el centro, por cuanto de sus capacidades y posición surgen las observaciones y teorías sobre el universo. Y cabe concebir un universo donde todos sus puntos fueran el centro, como sugería Nicolás de Cusa, o como en la superficie de una esfera.

El despliegue de estas ideas es bien conocido. Johannes Kepler perfeccionó las observaciones de Brahe y la teoría de Copérnico; pero si alguien merece llamarse padre del pensamiento científico es probablemente Galileo, no sólo por sus invenciones y descubrimientos pasmosos, sino por haber asentado la concepción y método científicos, como la sistematización del experimento o la noción, no nueva pero expuesta con nitidez, de que «el libro del universo está escrito en el lenguaje de las matemáticas».

Contra versiones interesadas, Galileo disfrutó casi toda su vida del interés y apoyo de la jerarquía eclesiástica, nunca dijo *eppur si muove*, y su choque con la Iglesia provino más de su altanería (por su seguridad en sus teorías y protecciones) que de una lucha entre ciencia y teología, o entre libertad de pensamiento y autoridad, como ha solido explicarse. La teoría heliocéntrica era entonces una hipótesis establecida sobre cálculos matemáticos, pero chocaba con la evidencia diaria y algún pasaje bíblico, y con escollos empíricos. Por fuerza provocaría una controversia entre científica y teológica.

El papa Urbano VIII pidió a Galileo, a quien protegía y admiraba, un informe con los pros y contras de las dos teorías, que daría lugar al *Diálogo sobre los dos principales sistemas del mundo*. Éste, publicado en 1632, no era un informe sobre los sistemas geocéntrico y heliocéntrico, sino una apología del segundo y, para colmo, retrataba al Papa en el personaje de *Simplicio*, defensor torpe del geocentrismo aristotélico. El *Diálogo*, contribución al pensamiento científico, no terminaba de demostrar el heliocentrismo, porque para ello precisaba introducir la rotación de la Tierra, por entonces ignorada; y aducía la prueba falsa de que las mareas proceden de la traslación de la Tierra, fallo que notarían los inquisidores. Además de tratar con insolencia al Papa, insultaba a otros científicos, lo que multiplicó sus enemigos. Siguió un proceso inquisitorial que consideró herejía declarar o presentar como probable la tesis de que el Sol, y no la Tierra, yace inmóvil en el centro del universo, por contrariar a la Biblia. La idea de un Sol centro inmóvil del universo es a su vez falsa, aunque un avance sobre la geocéntrica. El tribunal prohibió las obras de Galileo y le condenó a él a arresto domiciliario (en su lujosa villa), y pronto se lo atenuó.

El caso revela el miedo de la Iglesia a las herejías, pero también una postura abierta a nuevas hipótesis. Muchos eclesiásticos admiraban a Galileo, y aunque los jesuitas de Roma y otros le atacasen, polemizaban con él no sólo en términos teológicos, sino también científicos. Galileo, por lo demás, no era una figura aislada, destacaba en un medio en que el interés por la ciencia crecía, y del que era muestra la Accademia dei Lincei, una de las primeras comunidades científicas europeas, escenario de los triunfos de Galileo y creada en Roma en 1603, con apoyo papal.

* * *

La ciencia parece nacer, por una parte, del sentimiento religioso, mezcla de maravilla y de miedo ante el mundo, ante la vida y la muerte, el paso del tiempo, etc., sentimiento motivador tanto de la especulación como de la observación. Con las civilizaciones, la observación y la especulación se refinaron, tratando de interpretar el gigantesco, variado y cambiante espectáculo del mundo en relación con la moral y viceversa. En la civilización griega, la especulación y la observación tomaron mayor vuelo y tono más abstracto. Otra raíz de la ciencia se encuentra en la observación utilitaria del entorno, con vistas a subvenir necesidades inmediatas, origen de la técnica.

Si es así, junto con la ciencia y la técnica debió surgir una oscura y profunda intuición de sus peligros, que hoy percibimos con acuidad. Intuición *supraconsciente*, plasmada en mitos como el de Prometeo, por seguir la interpretación de Paul Diel. Prometeo (el *Previsor*), alegoría del ser humano, es un titán, ligado a la tierra y rebelde al *espíritu*, proclive a reducir sus aspiraciones a las satisfacciones terrenas o *materiales*. El titán que el hombre lleva dentro enseña la técnica y engaña a los dioses, es decir, crea la técnica sin moral. Pero la capacidad de previsión titánica tiene corto radio, limitación representada en Epimeteo (el *Imprevisor*), hermano de Prometeo, es decir, su otra cara. Zeus, —la ley moral—, castiga al titán encadenándole a una roca (a la materia, a la trivialidad), castigo implícito en la opción exclusiva de Prometeo por los deseos terrestres, y enviándole un águila que le come el hígado, símbolo del remordimiento por la traición al espíritu. Completa el relato la intervención de Pandora (irónicamente, *Donadora de todo*), hecha de barro, nueva alusión a la tierra sin espíritu.

Simbolismo parejo se halla en la historia de Adán y Eva. Materia y espíritu son dos conceptos intuitivos de ardua definición, pero por medio de los cuales es posible entenderse.

Lo nuevo del siglo XVII, pues, no es la ciencia o la técnica, practicadas de modo por así decir instintivo, sino el pensamiento científico entendido como conjunto de normas y conceptos aproximadamente sistemáticos para adquirir un conocimiento seguro. La observación del medio es un pilar de la ciencia, pero causa frecuentes errores: de modo desconcertante, los sentidos suelen engañarnos, al igual que las emociones y las pasiones. Y la misma razón que ordena la experiencia mediante principios generales supuestamente firmes, suele retorcer los datos de la experiencia para adaptarlos a aquellos principios, o los pasa por alto si no concuerdan con éstos.

Fue en Grecia donde de forma explícita se planteó el problema de cómo alcanzar verdades seguras, no dudosas ni opinables. Platón concluyó, por analogía con la geometría y las matemáticas, que existe otra realidad más allá de la confusa e insegura que nos ofrecen los sentidos: un mundo de entes ideales o «ideas», de los que el mundo habitual sería una copia grosera. Así, la observación perdía valor, ya que la lógica interna de las «ideas», a semejanza de las matemáticas, produciría un grado de certeza muy superior al de cualquier dato directamente observable. El valor de las matemáticas para alcanzar un conocimiento no opinable es una de las grandes concepciones de la ciencia, pero la teoría de las ideas funcionaría peor, pues, como señaló Aristóteles, no explicaba cómo del mundo eterno e impalpable de los entes ideales podía salir el mundo sensible y mutable, por lo que el primero es innecesario para explicar el segundo. Con lo cual

la observación empírica del mundo sensible volvía al primer plano. Al final, los dos enfoques, formalmente opuestos, resultarían complementarios.

La cuestión del conocimiento firme («científico») despertó menos interés en Roma, cuyo genio sintió poca atracción por especulaciones de aire tan escasamente práctico, y prefirió ocuparse de la técnica, la ordenación social y el destino humano. Luego, las circunstancias de la Edad de Supervivencia europea permitieron poco más que salvar parte del legado anterior. Es en la Edad de Asentamiento cuando resurgen muchas cuestiones de la cultura grecorromana, dando lugar a un pensamiento nuevo, original, sobre el mundo, la razón y la fe, la razón y la experiencia, las matemáticas y el mundo, Dios y el hombre, etc., aparte de invenciones y difusión técnicas. Este movimiento religioso e intelectual abocaría por una parte a la crisis religiosa del siglo XVI, y por otra a la concreción del pensamiento científico en el XVII. Cuando se destaca la ruptura entre la ciencia *moderna* y las concepciones *medievales*, suele oscurecerse la continuidad entre ambas, pues el pensamiento científico no habría cuajado sin las densas especulaciones y disputas escolásticas.

En el siglo XVII se formulan, entonces, las premisas intelectuales para alcanzar verdades indudables, y no meras opiniones, respecto del mundo y del hombre mismo. Así lo plantea Descartes, como un *método*, casi como una máquina intelectual productora de certezas, semejante en alguna medida al *Ars Magna* de Ramón Llull… que Descartes despreció, aunque el propio método cartesiano también resultase poco productivo. Suele describirse el método científico como una serie de pasos: observación de hechos, hipótesis sobre lo observado, predicción de resultados o

efectos posteriores, experimentos que confirmen (o no) esas predicciones, y teorización más general que encaje las conclusiones particulares en un orden más amplio. En la concepción de Platón, y en la más seguida hasta entonces, predominaba el método deductivo o racionalista, por el que se alcanzaban verdades particulares desde principios generales. Ahora, el método se invertía en parte, induciendo de lo particular lo general, de los datos observados las hipótesis. Pero este método no es puramente inductivo ni equivale a una máquina de adquirir certezas, ni deja de lado la especulación: la acumulación de datos no genera por sí sola hipótesis válidas, sino que éstas incluyen una especulación implícita, que a su vez condiciona en alguna medida la selección de datos. De hecho, la mayoría de las hipótesis resultan falsas e interviene en ellas la personalidad de quien las hace: los grandes científicos escasean, como los grandes artistas.

El pensamiento científico prima la observación empírica, refinada en el experimento sistematizado y la cuantificación y medición exactas, y relega en apariencia a la razón; pero tampoco puede prescindir de ésta. Las observaciones e hipótesis precisan ser ordenadas y relacionadas de modo racional, lógico, aunque ya sin partir de principios inamovibles. A pesar de que la razón lleva con frecuencia a aferrarse a la teoría y menospreciar o doblegar a ella los datos incómodos, sigue siendo necesaria, pues de otro modo los datos e hipótesis se presentarían como un caos indescifrable.

El filósofo inglés Francis Bacon estableció normas que permitieran acceder a un saber objetivo eliminando los «ídolos», es decir, los prejuicios individuales y sociales, las emociones, el lenguaje equívoco o el argumento de autoridad religioso, filosófico o político. Bacon tiene expresiones como

que «cuanto más contradictorio e increíble es el divino misterio, mayor honor se hace a Dios creyéndolo», o «un poco de filosofía inclina al ateísmo; una filosofía más profunda devuelve la religión». Sin embargo define cierto ideal científico típicamente prometeico y tecnicista, enormemente influyente en el mundo anglosajón: «El conocimiento es poder»; «la imprenta, la pólvora y la brújula han cambiado la faz de la tierra […]. Nada ha ejercido mayor influencia en los asuntos humanos que estos tres inventos mecánicos». Imaginó una *Nueva Atlántida*, utopía organizada en torno al conocimiento puro y aplicado, movida por el afán de adaptar el mundo al gusto e interés que supone propios del ser humano. A esa sociedad le atribuye, algo arbitrariamente, el súmmum de la «generosidad e ilustración, dignidad y esplendor, piedad y espíritu público». Consecuencia lógica de esas ideas era la extirpación de las personas y grupos reacios a ellas, y Bacon, hombre coherente, propugnó una «guerra santa» para aniquilar en el mundo a cuanto se opusiera a su modo de entender la civilización; tarea que, como ultranacionalista inglés, consideraba un «honor divino» reservado a Inglaterra. Proponía por ello, entre otras cosas, la guerra a España, cuya actitud personaliza en Séneca: resignación ante los accidentes y hechos desagradables de la vida, que él creía esencialmente superables mediante la inventiva técnica.

El nuevo pensamiento desvinculaba las teorías científicas de los principios morales y anulaba la misma noción de finalidad, la «causa final» aristotélica. De ahí surgían problemas que se harían conscientes con el tiempo: ¿hasta dónde sería posible obtener certezas científicas? ¿Estaría todo el universo y el ser humano al alcance de ellas? Ante lo ajeno de la materia inerte, algunos pensadores habían

concluido que el hombre debía renunciar a entenderlo, y concentrar el esfuerzo intelectual en la vida y el propio ser humano; y sin embargo la vida y el hombre resultarían mucho más difíciles de investigar y entender que la materia inerte. ¿Iría la ciencia reduciendo con sus certezas el mundo opinable, hasta acabar con él, o bien existiría un doble mundo, uno asequible a las certezas científicas y otro sujeto por su naturaleza al yugo de la opinión o de un cálculo de probabilidades demasiado amplio? El método parecía implicar la idea de un mundo consistente e inteligible por sí mismo, sin necesidad de una intervención exterior, de un Creador, que poco a poco iría pareciendo a muchos una «hipótesis innecesaria»: ¿reflejaba ello la realidad del mundo o era sólo una exigencia del método? Lo mismo ocurría con la exclusión de la finalidad, y por tanto del sentido, ¿respondía esa exclusión sólo al método, o exponía la naturaleza real del mundo y de la vida? Aunque tardó mucho tiempo en oponerse la ciencia a la religión, los prodigiosos resultados del pensamiento científico sugerían que la misma idea de sentido de las cosas era un mero prejuicio, por lo que el mundo perdía todo lazo con las cosmologías religiosas y con los imperativos morales, quedando privado de cualquier finalidad, y la propia vida parecería convertirse en una carrera acelerada hacia ninguna parte.

* * *

Se ha popularizado la idea de que el cristianismo rechazó la ciencia, y que ésta sólo pudo consolidarse deshaciéndose de ligaduras religiosas. Pero si bien el pensamiento científico se conforma apartándose un tanto de la filosofía y de la religión, no puede ser casual su nacimiento en la Europa católica y protestante, ni la contribución a la ciencia, en todo tiempo, de eclesiásticos y personas de espíritu religioso. Una

postura escolástica adjudicaba a la fe el acceso a verdades religiosas, y a la razón el acceso a verdades de tipo más mundano. El pensamiento científico desciende sin duda de la relevancia otorgada a la razón, pero va un paso más allá y parece relegar a la misma razón a una posición complementaria, auxiliar de la investigación empírica.

Si el pensamiento científico surgió en la Europa católica y en la protestante, pronto ganó mayor impulso en la segunda, especialmente en Inglaterra, como testimonian los éxitos de Isaac Newton, acaso el mayor científico de todos los tiempos, y la fundación de la Royal Society, mientras la Academia dei Lincei languidecía. Newton, entre otras muchas cosas, llevó a su mayor generalización los avances de Copérnico, Kepler y Galileo, estableciendo las leyes del movimiento y la ley de la gravedad, una desconcertante fuerza de atracción entre los cuerpos inertes que explicaba tanto la caída de los cuerpos pequeños, a partir de cierta distancia, hacia el centro de la tierra o de otros astros, como la estabilidad del sistema planetario. A partir de ahí la comprensión del universo dio un paso de gigante. A la cuestión de por qué se atraían los cuerpos replicó con la frase *Hypotheses non fingo*, dando a entender que la ciencia se ocupaba de los hechos y las relaciones entre ellos, no de sus causas; pero la pregunta era muy racional, y Newton dedicó, algo en secreto, considerables y no fructíferos esfuerzos a contestarla. Por lo demás, el científico, hombre creyente, imaginó un universo ordenado como un reloj (necesitado de un «relojero» o Dios) y le atribuyó infinitud, rasgo divino y que contradecía la propia teoría de la gravedad, contradicción por entonces difícil de percibir. No menos trascendencia tuvo la formación de una comunidad científica que al principio despertó burlas, la Royal Society para el

estudio de las ciencias naturales, a la que perteneció Newton, establecida en 1660, año de la restauración monárquica después de muerto Cromwell. La Royal Society ha sido probablemente la asociación científica más importante de la historia.

El hecho difícil de explicar, es que, pese a la decisiva contribución de la católica Italia y de muchos eclesiásticos a la formación del pensamiento científico, el mundo católico —con excepción de Francia— quedase retrasado con respecto al protestante. Una causa podría radicar en el mayor énfasis dado a la fe en el protestantismo, que excluía a la razón y la libertad humana pero con ello abría, paradójicamente, un campo mayor a la especulación mundana. El modo como el protestantismo abordaba la religión también dejaba un flanco mayor que el catolicismo a posturas ateas o agnósticas, al separar la fe de la vida práctica por cuanto la voluntad de Dios quedaba inaccesible al ser humano: al final, la religión podía reducirse a una hipótesis innecesaria.

No obstante sus éxitos científicos y económicos, el protestantismo llevaba en sí el germen de la autodisolución, y si triunfó en muchos países se debió en gran medida a la inconsecuencia con sus propias doctrinas. Como quedó indicado, el libre examen no sólo atacaba a la Iglesia católica, sino que impedía la creación de cualquier nueva iglesia, y si pese a ello existieron divergentes iglesias protestantes, con sus pastores, etc., fue porque se impusieron en ellas unas interpretaciones determinadas, como ocurría con los católicos. El problema no paraba ahí, porque una interpretación correcta de la Biblia sólo podrían hacerla personas predestinadas a la salvación, cosa de la que nadie podía estar seguro, ni siquiera Lutero, pues la predestinación

yacía en los arcanos de la inasequible voluntad divina. Y si la fe salvaba, cualquiera que afirmase tenerla estaba autorizado para rechazar cualquier otra interpretación. Desde luego, la fe era tan evidente entre los católicos como podía serlo en Lutero o en Calvino, pero por otra parte, ¿cómo podía demostrarse si no era por sus obras? En gran medida lo que mantuvo el movimiento protestante fue la propia dinámica de la oposición a Roma y la incoherencia práctica con sus propias premisas. Los éxitos científicos y económicos de algunos países protestantes tenían relación con esa inconsecuencia. Paradójicamente, se ha pretendido que estas «obras» justificaban al protestantismo.

Derivaciones del pensamiento científico fueron el fortalecimiento de las corrientes ateas y el agravamiento del viejo conflicto entre razón y religión. Desde el siglo XVII y aún más desde el XVIII, creció en Europa un movimiento contrario a sus raíces religiosas, sin precedentes en otras civilizaciones. Esta corriente llegaba a transformar la ciencia en una nueva religión, con fe apasionada en la redención del hombre en este mundo y a través de la técnica, yendo unos pasos más allá de Bacon.

* * *

Otro problema es el de por qué no tomó cuerpo en España el pensamiento científico, pues el país quedó bastante más retrasado que Italia, no digamos que Francia. El atraso no tiene que ver, por cierto, con la expulsión de judíos y moriscos, como sigue sugiriéndose con tinte racista: dichas expulsiones, más la desconfianza hacia los conversos y su postergación por los estatutos de limpieza de sangre, habría aniquilado, se dice, la potencia intelectual de España; aunque, contradictoriamente, los numerosos talentos que produjo el país entonces, serían casi todos… conversos. Al

parecer la «raza» española daba para muy poco.

Más habitual es achacar esa deficiencia a la Inquisición, pero los hechos indican lo contrario. La Inquisición no persiguió a científicos, más bien los protegió. En España no fueron prohibidos Copérnico o Kepler, sino aceptados y enseñados en Salamanca y probablemente otras universidades, por intervención del inquisidor Juan de Zúñiga, que incluyó expresamente el sistema copernicano en los programas universitarios y creó estudios de matemáticas de cierta consideración. Lo mismo ocurrió con Galileo, pese a las condenas de Roma, pues se argumentaba que éstas reflejaban sólo la opinión de algunos cardenales y no la del Papa, el cual no había firmado las prohibiciones y menos aún hablado ex cátedra (Galileo pensó instalarse en España cuando empezaron sus dificultades romanas). Tampoco se prohibieron los trabajos científicos de Leibniz o Newton, ni las obras de filósofos como Spinoza o Hobbes. Nunca se condenó a muerte a ningún hombre de ciencia ni se quemaron sus libros (cuando en París en pleno siglo XVII fueron quemados, con todos sus escritos, varios intelectuales de prestigio, como lo fue Miguel Servet en Ginebra o Giordano Bruno en Roma). Sólo dos escritores relevantes sufrieron persecución inquisitorial, relativamente suave por lo demás: Fray Luis de León y el sacerdote helenista Juan de Vergara (algo más de un año recluido en su convento). Diversos inquisidores, debe recordarse, promovieron la formación de bibliotecas y la publicación de libros científicos, como el antes citado Vicente del Olmo, secretario inquisitorial, autor de estudios epigráficos, que editó la *Geometría especulativa y práctica de los planos y de los sólidos*, y *Trigonometría con resolución de triángulos planos y esféricos*, del matemático y astrónomo valenciano José de

Zaragoza, y él mismo escribió una *Nueva descripción del Orbe de la Tierra*.

Por otra parte, España, con Portugal, se había adelantado un siglo al resto de Europa en la exploración del mundo y en la colonización, tareas seguidas de estudios científicos sobre la naturaleza, la historia y la etnología de los nuevos territorios, tales como la *Historia natural y moral de las Indias*, de José Acosta, donde expone observaciones zoológicas precursoras en alguna medida del evolucionismo, o el *Sumario de la Natural historia de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo… Hubo avances apreciables en la construcción naval, cartografía, laboreo de minas y metalurgia; el capitán Blasco de Garay, inventor muy notable de tiempos de Carlos I, diseñó diversas máquinas, posiblemente una que utilizaba el vapor para la navegación; buen inventor fue también el ítalo-español Juanelo Turriano; y algunos miembros de la Escuela de Salamanca se plantearon problemas físicos sobre el movimiento, que desarrollarían Galileo y Newton. Además, el país disponía de una buena red de universidades, que amplió a América y las Filipinas, y de un número elevado de personas instruidas. El ambiente era bastante liberal en relación con los estudios científicos, y las condiciones materiales eran tan buenas como en cualquier otro país. Ciertamente la economía y la población declinaron, pero ello no tenía por qué anular la acción de minorías despiertas e inteligentes que afrontasen los retos. Lo cual vuelve más extraño el hecho de que, como resume el matemático italiano Libri, «la única gloria que Dios ha negado a España hasta ahora ha sido un gran geómetra», entendiendo por tal un gran científico.

Quizá esta limitación, que tanto habría de pesar en la decadencia hispana, obedeciera al carácter más romano que

griego de su cultura, si bien debe señalarse que tampoco hubo en España una destacada atención a la técnica, incluida la tecnología militar, que tan relevante papel ejerció en Europa. Muy posiblemente el retraso español naciera del hecho de que el pensamiento científico fuera desplegándose por unos pocos países de Europa —y en pequeños círculos de aficionados— en una época en la que el declive de España se transformaba en decadencia. En el siglo XVI la sociedad española se había enfrentado con éxito a grandes desafíos, pero a lo largo del XVII se sentía desbordada por ellos. Ello ocurría en parte por efecto del mismo éxito anterior, que se intentaba mantener con una caricatura de las viejas virtudes, y en parte por la repulsión a los nuevos factores que daban poder a las potencias rivales. Uno de esos factores era precisamente el desarrollo científico y técnico. Más que un problema de condiciones materiales volvemos a encontrar una deficiencia de actitud o mentalidad que impedía abordar esas condiciones con alguna audacia o imaginación; una mentalidad contraria a novedades (*novedad, no verdad*, se decía con romo juego de palabras). El declive español se traducía, en el terreno intelectual, en incapacidad para plantearse nuevos problemas, en erudición vacua y en la concepción de la alta cultura como un simple medio de promoción y lustre social o profesional, sin excesivo interés por ella misma. Rasgos no inevitables pero bien visibles en la sociedad de finales del siglo. El espíritu parecía haber abandonado a España.

52

DECADENCIA E ILUSTRACIÓN

Al morir Felipe IV en 1665, España estaba en crisis no sólo por sus reveses exteriores, sino también por la sucesión en un niño, Carlos II, con taras físicas y mentales. La desgracia no habría sido grave de existir una élite política de buena calidad, lo que no ocurría. Quedó como regente la madre de Carlos, Mariana de Austria, poco acertada en sus decisiones y nombramientos. Su primer valido, el padre Nithard, carente de iniciativa, aceptó la independencia de Portugal y otros retrocesos ante Francia; el siguiente, Fernando de Valenzuela, afrontó los problemas generales y su propia débil posición recurriendo a una mayor corrupción e intrigas cortesanas. España, que había sido capaz de arrostrar la coalición de las potencias emergentes europeas y del Imperio otomano, se veía obligada a jugar con las rivalidades entre sus enemigos —lo hizo con cierta habilidad— para no sufrir demasiadas pérdidas. En 1677, el declive pareció corregirse cuando el hijo bastardo de Felipe IV, Juan José de Austria, dio un golpe militar, desterró a Valenzuela a las Filipinas y alejó del poder a Mariana.

Juan José tenía tras sí un buen historial: en 1648 había derrotado una rebelión en Nápoles y a los franceses que pretendían ocupar el reino; en 1650 había vencido otra insurrección en Sicilia y arrebatado a los franceses plazas fuertes de la Toscana; en 1652 había recuperado Barcelona y en años siguientes la Cataluña peninsular. Como gobernador de Flandes había logrado victorias sobre Francia, hasta que la intervención inglesa invirtió la situación en Las Dunas. Había combatido pasablemente en Portugal, pero en 1663 había perdido ante la alianza luso-inglesa, siendo relevado

por intrigas palaciegas. Sus méritos superaban a los de los demás políticos y despertó una oleada de esperanza. Pero falleció a los dos años, con su popularidad mermada por las intrigas y las epidemias, y por la mala paz de Nimega, en la que Francia avanzó en su designio de conquistar Flandes, y España perdió el Franco Condado. Los años siguientes vinieron señalados por intentos poco fructíferos de reformas hacendísticas y por nuevas, y en general exitosas, agresiones francesas. La paz de Rijswijk, en 1697, volvió a favorecer a Francia, que ocupó la mitad (Haití) de la isla de La Española.

Con todo, el país fue capaz de hacer una «Recopilación de las Leyes de Indias», en 1680, recogiendo las anteriores, un auténtico monumento legal con normas de gobierno, población, creación de ciudades, universidades «para desterrar las tinieblas de la ignorancia», con cátedras de lenguas indias, prohibición de pagar a indios y europeos en especie o en bebida, en lugar de hacerlo en salarios, prohibición de pagar a los caciques en lugar de a los trabajadores, jornadas reducidas (ocho horas en muchos casos), protección de mujeres y niños frente a la explotación, etc. Prescribían un estricto respeto a las costumbres de los indígenas en cuanto súbditos españoles (con algunas excepciones, como la imposición de la monogamia a los caciques, la prohibición de encerrar a las mujeres o de impedirles casarse con quienes quisieran, o de vender a las hijas por parte de los padres). Los indios gozaban de autonomía en parte perjudicial, pues por un lado se veían sometidos a la tradicional tiranía de los caciques, y por otra, su ignorancia y atraso en muchos aspectos los hacían con frecuencia víctimas de los abusos de criollos y europeos (como existían abusos entre estos mismos). La organización

del poder buscaba formas de vigilancia y contrapesos que impidieran el despotismo. Ninguna metrópoli había organizado su imperio de tal manera.

* * *

A lo largo del siglo XVII el mapa político de Europa cambió de modo sustancial. Portugal se había separado de España, Holanda disputaba el mar a Inglaterra, construía un imperio colonial en América y Asia, sostenía un comercio variado y hegemonizaba el tráfico de esclavos. Inglaterra había consolidado su poder en Irlanda, con menos dureza en Escocia, y triunfaba en el mar. Francia heredaba el papel de España como superpotencia católica, y contra su expansionismo se aliaron el Sacro Imperio, Holanda, Inglaterra, España, Suecia y Portugal, en la Guerra de los NueveAños (1688-1697).Los turcos, todavía en 1683, habrían ocupado Viena de no haberlo impedido el rey polaco Jan Sobieski. Suecia dominaba el entorno del Báltico, así como provincias noruegas y danesas. La confederación polaco-lituana había dejado de ser una gran potencia y caído en semianarquía tras la invasión sueca de mediados de siglo, conocida expresivamente por «El Diluvio»; aun así pudo salvar a Viena de los otomanos. Rusia, por el contrario, había sobrevivido al «Período de los Tumultos» y a las guerras con Polonia y Suecia; una nueva dinastía, los Románof, acentuó si cabe la autocracia y aplastó revueltas campesinas, pero convirtió al país en el más extenso de Europa. A finales del siglo, Pedro I *el Grande* emprendía una drástica y despiadada modernización; derrotado por Carlos XII de Suecia en 1700, aprovechó una nueva guerra sueco-polaca para abrirse una estrecha salida al Báltico, donde, en 1703, comenzó a construir San Petersburgo.

España, a su turno, había pasado de protagonista a

objeto de apetencias foráneas. Así, al fallecer Carlos II en 1700, se abrió una aguda crisis internacional, pues la sucesión a su trono iba a pesar en el equilibrio del continente. Luis XIV de Francia y el emperador Leopoldo I de Austria alegaban derechos: las madres de ambos eran princesas españolas hijas de Felipe III, y sus esposas eran a su vez hijas de Felipe IV. Si la sucesión recaía en el hijo de Luis XIV, éste reinaría sobre Francia y España, perspectiva inaceptable para Holanda e Inglaterra. Y si el sucesor era Leopoldo I o su heredero, renacería el Imperio Habsburgo dividido por el emperador Carlos V, lo que Francia rechazaba.

A espaldas de Madrid, unos y otros prepararon el reparto: el Borbón Felipe de Anjou, futuro Felipe V, nieto de Luis XIV, se quedaría con las posesiones españolas de Italia, que pasarían a Francia, la cual ocuparía además Guipúzcoa; y España y sus posesiones ultramarinas pasarían al Habsburgo archiduque Carlos, que debía renunciar al Sacro Imperio: hasta ese punto consideraban a España un corpachón sin nervio. Pero el acuerdo se deshizo cuando la facción profrancesa de Madrid preparó a Carlos II otro testamento que hacía rey a Felipe de Borbón siempre que éste renunciase a la corona de Francia, pensando que así los dominios hispanos no se dividirían. Luis XIV se declaró protector de España y proclamó oficiosamente su decisión de «restablecer la monarquía española al más alto grado de gloria que haya alcanzado jamás». Para empezar, ocupó plazas españolas de Flandes y declaró que su nieto mantenía la opción a la corona francesa. Ese designio de satelizar a España alarmó a sus rivales Inglaterra, Holanda y el imperio, que declararon la guerra a Luis XIV en apoyo del archiduque Carlos. En la alianza entrarían Dinamarca y

Portugal, base esta última para intervenir en España.

La guerra, de doce años desde 1701, se extendió por Europa, Flandes, el océano y zonas de América; en España se desdobló en guerra civil entre los partidarios de Carlos (titulado Carlos III) y los de Felipe (Felipe V). En Castilla predominaban los proborbónicos, que creían asegurar la integridad de los territorios hispanos y resentían los saqueos de iglesias por tropas protestantes habsburguistas; el archiduque parecía contar con mayoría en Aragón, sobre todo en Cataluña, cuya experiencia durante la guerra de mediados del siglo anterior había dejado un agudo sentimiento antifrancés. En cierto sentido resurgían tradiciones anteriores a los Reyes Católicos, cuando Aragón era acérrimamente hostil a Francia, mientras Castilla solía aliarse con ella. Y también se manifestaba la pérdida de autonomía de España en su conjunto.

Fue un conflicto con alternativas. En 1702 la armada anglo-holandesa del almirante Rooke acorraló en la ría de Vigo a la flota de Indias. El tesoro fue desembarcado a tiempo, pero la flota se perdió, hundida por los anglo-holandeses o por los mismos españoles. Dos años después, Rooke intentó tomar Barcelona, pero fue rechazado. En su viaje de vuelta atacó a Gibraltar, defendida por unos cientos de milicianos, y la tomó en nombre del archiduque, pero la convirtió, en acto de piratería, en posesión inglesa. Londres procuraba desgastar a los contendientes y ganar puntos estratégicos. Por lo mismo, y a pesar de su conducta en Irlanda, se erigió en protectora de Cataluña y de sus fueros, en los que veía un factor de ulterior debilitamiento de España. Aprovechando la pugna, también se apoderó de la isla de Menorca.

El archiduque logró al fin instalar una base en

Barcelona, por dos veces entró en Madrid, estando muy cerca de la victoria; pero al fin ganó el Borbón, ya convertido en Felipe V. En 1711, el archiduque accedió al imperio, debido a la inesperada muerte de su hermano, José I, y sus aliados, recelosos de una refundación del imperio de Carlos V, le hicieron renunciar al trono español. Al final, una Francia exhausta negoció a espaldas de Madrid: Londres reconocería a Felipe V, y éste renunciaría al trono francés.

El acuerdo se oficializó en la paz de Utrecht, de 1713, de la mayor repercusión histórica y del que salían vencedores Inglaterra, el Sacro Imperio y Francia. La primera quitaba a España Gibraltar y Menorca, y a Francia gran parte de sus dominios canadienses y una pequeña isla de las Antillas; obtenía el monopolio de la trata de negros para América hispana y se convertía en la primera potencia naval europea. El Sacro Imperio, a cambio de renunciar a la corona española, recibía casi todas las posesiones hispanas en Europa: el Milanesado, Nápoles, Cerdeña y el Flandes católico (Bélgica). Francia ganaba una baza fundamental: el establecimiento en España de una monarquía afecta y en parte subordinada.

Holanda salió perdiendo: quedó reducida a potencia naval secundaria y sólo obtuvo una barrera de costosas plazas fuertes contra Francia. El embajador francés se permitió una chanza ofensiva: *De vous, chez vous, sans vous*: las negociaciones trataban de Holanda y se realizaban en ella (Utrecht), pero sin ella. Otro acuerdo de máxima repercusión fue el reconocimiento del título de reinos a Prusia y a Saboya. Con ello, Prusia se separó del Sacro Imperio y formó el embrión de la futura unificación alemana. Con Federico Guillermo I, Prusia eliminó la hegemonía sueca durante la Gran Guerra del Norte, que siguió paralela a la española,

aunque duró hasta 1721.Y el duque de Saboya se convirtió en rey de Cerdeña después de cambiarla por Sicilia, que le había tocado en el reparto. La casa de Saboya iba a desempeñar un papel similar al de Prusia en la unificación de Italia. La gran perdedora fue España, reducida a nación secundaria y despojada no sólo de sus posesiones en Europa, más Orán y Mazalquivir, que los turcos conquistaron al abrigo de la confusión bélica peninsular, sino también de trozos de la misma metrópoli.

La guerra continuaría aún en España, donde parte de los catalanes resistía en nombre del archiduque Carlos, que ya era emperador y se había retirado de la puja. Nadie les había informado ni contado con ellos, e Inglaterra, muy satisfecha con sus ganancias, olvidó sus promesas de ayuda. Felipe V asedió Barcelona por tierra durante dos meses. Los barceloneses resistieron heroicamente «por su rey, por su honor, por su patria y la libertad de toda España», considerando que la nueva dinastía iba a esclavizar el país. Los dirigían el general Villarroel y el alcalde Rafael Casanova, éste más vacilante. En el asalto final, el 11 de septiembre de 1714, Casanova fue levemente herido y escapó vestido de fraile. Tras obtener el perdón regio, prosperó como abogado, adaptándose sin problemas a la nueva situación, en la que Cataluña iba a progresar después de siglos de anquilosamiento. Para combatir a los grupos de guerrilleros-bandoleros que quedaron por la región, se fundaron los «Mozos de Escuadra».

* * *

Francia sufrió a mediados del siglo XVII una nueva guerra civil («de la Fronda»), pero, restablecida la paz interna, se expandió en todas direcciones, contra España, Holanda y el Sacro Imperio, saliendo bastante bien librada

de tres grandes conflagraciones, aunque la última, la de Sucesión española, le llevó a la bancarrota. Se repuso con rapidez y seguía en primera línea europea al morir Luis XIV, en 1715, dos años después del tratado de Utrecht. El *Rey Sol* dejaba un país engrandecido, comienzos de un imperio americano en la cuenca del Misisipi (Luisiana), enclaves en India y África, y tratos con el Extremo Oriente. La vida intelectual y literaria (Pascal, Corneille, Racine, Molière, Boileau, Descartes…) hacía de Francia el centro de Europa, y de su idioma una lengua franca cortesana europea. Las reformas económicas de Colbert triplicaron los ingresos estatales sin arruinar al país, y serían imitadas fuera de Francia. Luis XIV doblegó también a los Austrias y en alguna medida satelizó a España.

La hegemonía francesa venía de su abundancia de hombres y recursos, y más aún de las reformas acumuladas desde Richelieu. Durante siglos, su historia había sido marcada por la pugna entre la autoridad regia y los oligarcas, que disponían de ejércitos privados y estaban prestos a aliarse con países extranjeros contra el rey. Varias veces la realeza había impuesto un poder casi absoluto para volver a la disgregación oligárquica, pero Luis XIV obtuvo una victoria definitiva. El centralismo se extendió a la religión por dos vías: redujo a casi nada la autoridad papal, agravando el galicanismo, aun sin crear una Iglesia nacional al modo anglicano; y extirpó el potencial foco hugonote de guerra civil revocando el Edicto de Nantes: prohibió cualquier manifestación pública de protestantismo, los hijos de los hugonotes debían bautizarse por el rito católico, sus clérigos debían hacerse católicos, etc. Era una ley de persecución o expulsión, pese a que se les prohibía salir de Francia: unos 200 000 hugonotes huyeron, lo que causó pérdidas

económicas, si bien no muy graves.

Cabe comparar estas reformas con las de los Reyes Católicos, que cimentaron el auge hispano. Las de España acabaron con el carácter banderizo de los nobles, hicieron indiscutible la autoridad regia, y lograron, por medios no disímiles de los de Luis XIV, la unidad religiosa y una mayor identificación del poder eclesiástico con el político. De ahí la fortaleza del Estado y la casi ausencia de contiendas civiles (las revueltas comuneras, de las germanías o la guerra de Cataluña —ésta más bien un conflicto con Francia—, tuvieron poca monta al lado de la sufridas por los países del entorno). Las reformas españolas fueron menos extremistas que las francesas, la economía menos dirigista, la autoridad del Papado más respetada, y la monarquía no pasó de autoritaria, lejos del absolutismo de Luis XIV.

El símbolo del poder francés fue el colosal palacio barroco de Versalles, fuera de París, adonde se trasladó la corte y en el cual el monarca se rodeó de un minuciosísimo protocolo y de una pompa con cierto matiz oriental. El diferente espíritu y época del apogeo francés y el español lo revelan bastante bien dos edificios de funciones similares: el propio Felipe II orientó a los arquitectos de El Escorial pidiéndoles una construcción sencilla, severa, noble sin arrogancia y majestuosa sin ostentación. Versalles, tres veces más grande que el ya impresionante Escorial, resulta a un tiempo noble y arrogante, majestuoso y ostentoso, con una decoración que apenas deja espacios vacíos. El Escorial fue concebido como palacio, basílica, biblioteca, centro de estudios, monasterio, pinacoteca y panteón, con la iglesia como centro. Versalles es propiamente palacio y corte, y a esta función se supeditan estrictamente las demás. Las torres de El Escorial, armoniosamente conjuntadas, crean una

impresión de elevación, mientras que sus muros exteriores recuerdan una fortaleza. Nada más lejos de Versalles, cuya armonía se basa en las proporciones de un edificio sin torres, que refleja suntuosidad y poder, frente a la sobriedad del edificio hispano. No menos significativo es el contraste del paisaje, entre los feraces y verdes llanos franceses y las estribaciones de la sierra de Madrid, sugestivas de un modo muy distinto. El Escorial nunca fue imitado; Versalles sí, en bastantes países europeos.

También Inglaterra experimentó un auge. Pasada la dictadura de Cromwell, el rey Carlos II —se convertiría al catolicismo en su lecho de muerte— procuró la tolerancia hacia los «papistas», pero el Parlamento impuso la oficialidad anglicana, la exclusividad de sus liturgias y el cese de los funcionarios no anglicanos. Hubo nuevas persecuciones contra los católicos y tomaron forma en el Parlamento los partidos *whig* y *tory*, el primero más transigente con los protestantes no anglicanos y menos con los católicos. En otro orden de cosas, la pugna con Holanda causó graves pérdidas a Inglaterra, pero mejoró cuando Luis XIV subsidió a Londres para que siguiera peleando, prometiéndole parte del Imperio holandés.

Sucedió a Carlos, en 1685, Jacobo II, a quien, por ser católico, depuso el Parlamento tres años después, en la llamada «Revolución Gloriosa». Le sustituyó su hija María con su esposo Guillermo III de Nassau, estatúder holandés. La revolución otorgó mayor tolerancia a otras confesiones protestantes, no así a la romana, y fue subrayada por el sangriento aplastamiento de resistencias en Irlanda y la matanza de Glencoe, en Escocia. Guillermo III finó en 1702, sucediéndole la reina Ana, bajo la cual Inglaterra obtuvo un magno triunfo en 1707 al unirse con Escocia en

un reino, el de Gran Bretaña, con un solo parlamento, aunque los dos países conservaran leyes, moneda y religión distintas (anglicana y presbiteriana). Londres logró su objetivo con una mezcla de promesas de ventajas económicas, amenazas de cortar el comercio, y sobornos; pero la unión se demostraría efectiva y crearía un poder conjunto sólido. No obstante persistió en Escocia una resistencia procatólica llamada jacobita, por mantener la legitimidad de Jacobo II. Sería en el siglo XVIII, con la Guerra de Sucesión española, cuando Gran Bretaña alcanzase la supremacía naval y la plenitud de su primer imperio, centrado en las colonias de América y con aspiraciones sobre las posesiones hispanas.

Inglaterra evolucionó de modo contrario al absolutismo y al dirigismo estatal francés. La Declaración de Derechos del Parlamento, impuesta a María y a Guillermo III, limitaba con nitidez a la monarquía: sin aprobación parlamentaria, el rey no podía promulgar leyes, impuestos, obtener su propio dinero personal o reclutar tropas en tiempos de paz; no podía presionar las elecciones ni rechazar los acuerdos del Parlamento, y éste debía ser convocado con frecuencia. Así, Inglaterra se acercó más que el resto de Europa a lo que hoy llamamos democracia, aunque permaneció como una sociedad aristocrática, cuyo trato a la gente común podía ser despiadado.

Teorizaría estos cambios el filósofo John Locke, a quien suele llamarse padre del liberalismo. Según él, la soberanía reside en el pueblo y se expresa en el Parlamento, debiendo separarse los poderes legislativo y ejecutivo. El Estado debe amparar el derecho del individuo a la vida, la propiedad, la libertad y la búsqueda de la felicidad, que expresan la ley natural instituida por Dios, concepción poco protestante. El

Estado debe aplicar la ley con espíritu tolerante, atendiendo a la diversidad de intereses y opiniones, aunque propugnaba un rudo trato al catolicismo. La vida social se cimenta en un contrato que permite al hombre superar el «estado de naturaleza», en el cual no existe protección de los derechos; y a él vuelve si el poder público incumple el contrato.

Hay similitudes entre estas teorías y las de la Escuela de Salamanca. Locke concreta un sistema práctico para conciliar la soberanía popular con la disparidad de intereses sociales y frenar la tendencia absolutista del poder, repartiéndolo. Los pensadores españoles no habían hallado un medio de evitar la tiranía, salvo el poco práctico de matar al tirano. Pero el sistema de Locke no explica la evolución histórica anterior, resuelta en un dañino «estado de naturaleza», y debe recurrir al mito del contrato. Para los de Salamanca no hay estado de naturaleza ni contrato, el hombre vive naturalmente en sociedad, y las distintas formas de organización política son válidas mientras no vulneren la ley natural y se conviertan en tiranía.

Tiene interés la decadencia holandesa. El país vivió entre 1650 y 1672 como república no declarada, con cruda rivalidad entre la casa de Orange y los «regentes», comerciantes potentados. Esos años gobernó el país Johan de Witt, político y matemático distinguido. El choque comercial con Inglaterra, que aspiraba a desbancar a Holanda, motivaría tres guerras. El año 1672, conocido como «el del desastre», el país sufrió derrotas ante Inglaterra y Francia juntas. Los Orange culparon a Witt, le organizaron una encerrona en La Haya y un motín supuestamente popular, que linchó con la mayor crueldad a él y a su hermano Cornelis. Los cuerpos desnudos, mutilados y desventrados, se expusieron públicamente, y

durante más tiempo los corazones de ambos, a modo de trofeos. El crimen fue maquinado probablemente por quien sería Guillermo III de Inglaterra.

Witt había presidido un tiempo de esplendor. La riqueza de Holanda había atraído a gentes de la Europa más pobre, y el interés económico creó un clima de tolerancia; floreció el arte, en especial la pintura, con Rembrandt, Vermeer y otros, y la filosofía con Spinoza. Holanda había hecho cruciales innovaciones económicas como la Bolsa y la sociedad anónima (primacía disputada por Inglaterra), y Ámsterdam fue el mayor centro financiero de Europa. Su tecnología naval era la mejor, sus exploradores llegaron al norte de Canadá y al sur de Australia, y sus compañías comerciales, en cuyos ingresos entraba también el corso, forjaron un imperio por África, América y el Índico, mucho de él a costa de Portugal. Los holandeses no se mezclaban con los nativos, a quienes trataban sobre la base del beneficio crematístico que reportaban.

Al subir Guillermo III al trono inglés, la hostilidad entre los dos países dio paso a una relativa alianza, que se vendría abajo en 1713, al cambiar los intereses británicos. Para entonces, Holanda había perdido su poderío naval, la hegemonía esclavista, que heredó Gran Bretaña, y la primacía financiera, que pasó de Ámsterdam a Londres. En adelante hubo de limitarse a defender su independencia, amenazada por Francia, y su brillo cultural se fue apagando. Retuvo, no obstante, buena parte de su imperio.

* * *

Hasta el reinado de Carlos II persistió en España un nivel considerable de reacción ante los retos y auténtica brillantez artística y literaria, pese al deterioro económico y demográfico. A partir del citado rey, el descenso de España

se ahonda en el terreno político y militar y se extiende a la cultura. El formidable impulso tomado por la nación desde los Reyes Católicos parecía agotado. Este declive pudo haber sido pasajero, pero se transformó en una prolongada decadencia general. También entraban en decadencia Polonia, Suecia y Holanda, en vivo contraste con el auge francés e inglés.

Puede calibrarse la decadencia comparándola no sólo con los países exitosos, sino con su propio Siglo de Oro. Durante la época entre los Reyes Católicos y Carlos II, España no cesó de producir numerosos personajes de gran talla en la política, las artes, el pensamiento, la milicia, la literatura, la religión, las exploraciones y conquistas. Desde finales del XVII, y durante dos siglos más, descuellan pocas figuras de primera fila. El nivel general no fue despreciable, pero sí mediocre, y el país sólo en pequeña medida se sumó al despliegue científico y tecnológico.

Decadencia, a pesar de que hubo ciertas mejoras. Bajo Carlos II y durante el siglo XVIII, el país se recobró demográfica y materialmente, pero su productividad cultural bajó. España pasó entonces de unos 7, 5 millones de habitantes a 10, 5, gracias a medidas racionalizadoras de origen francés, menor incidencia, por causas desconocidas, de las epidemias y a un mayor conocimiento de la economía, pues la riqueza del país también aumentó. Durante milenios, los saberes económicos no entendían la escasez y las alternancias entre prosperidad y miseria; pero a lo largo del siglo XVIII la economía llegaría a ser una nueva ciencia, no muy exacta. El XVIII español recuerda al XVI en el aumento demográfico y económico, y se diferencia en la ausencia de una eclosión cultural ni de lejos semejante. Por lo demás, los monoteísmos, los movimientos espirituales más

potentes de la historia, nacieron en los eriales de Oriente Próximo, y el esplendor griego lo hizo de preferencia en los secarrales de Ática. En la propia España, el Siglo de Oro había sido un producto ante todo de la áspera meseta.

Decaimiento tan sorprendente ha suscitado mucha discusión. S. Payne ha escrito en su libro sobre el catolicismo español: «Quienes se adhieren a la tesis de Weber referente a la relación entre el protestantismo y el capitalismo afirman que un país tan católico como España era inevitablemente incapaz de llevar a cabo, en el siglo XVII, las drásticas transformaciones de su estructura económica y de su marco sociocultural. Esto es sin duda cierto, pero no sólo a causa del catolicismo español. La católica Francia [...] desarrolló en el siglo XVII una de las economías más avanzadas del mundo [...]. La católica Bélgica fue, más tarde, el único país que se industrializó con tanta rapidez como Inglaterra. El obstáculo a un nuevo desarrollo en España no radicaba en la religión como tal, sino en la cultura española, en la cual estaba encajada la religión».

Como indica Payne, el decaimiento de la católica España no puede oponerse a un esplendor protestante general, pues ni todos los países protestantes ni todos los católicos experimentaron auge y declive respectivamente. Inglaterra (el menos protestante de los países protestantes) y partes de la Alemania «reformada» se hicieron ricas y productivas en casi cualquier terreno, pero otras zonas alemanas de igual religión siguieron pobres, así como Escandinavia o Escocia; y Holanda decayó. El desfase entre países católicos y protestantes no fue muy grande; y la división religiosa de Alemania contribuyó a mantener a ésta como un conglomerado de pequeños estados impotentes.

Se han dado muchas descripciones del atraso español: rutinarismo, retracción de la enseñanza superior y media —acentuada en 1767 por la expulsión de los jesuitas—, aumento de la vida marginal, de la prostitución, la baja calidad del clero, obsesión enfermiza por el honor, reducido al afán incluso delictivo de aparentar, corrupción del poder, ostentación parasitaria de los poderosos en contraste con la (relativa) vieja sobriedad, un tipo de caridad que fomentaba la vagancia, denunciada por Calderón en labios de un labrador en *El gran teatro del mundo: «Decid: ¿no tenéis vergüenza/ que un hombrazo como vos/ pida? ¡Servid, noramala!/ No os andéis hecho bribón./ Y si os falta que comer, / tomad aqueste azadón/ con que lo podéis ganar…»* (en otros países se buscaban remedios más prácticos, si bien a veces brutales), etcétera.

Al principio de este libro expuse la hipótesis de que el factor religioso es el foco de las culturas, en contra de la atribución de ese carácter a la economía, o a versiones eclécticas que valoran por igual economía, religión, arte, política, etc. Como indiqué, la hipótesis considera al hombre condicionado por su peculiar posición en el mundo y la incertidumbre (excepto la de la muerte) introducida por el tiempo. Cierto que no es fácil concretar de qué modo preciso la religión condiciona la variada actividad humana.

Podría objetarse a esto que el siglo XVIII se alejará de la fe hacia la razón y la ciencia, relegará un tanto al clero y secularizará la cultura y la vida común. Sin embargo cabría contraargüir que la relevancia otorgada a la razón y la ciencia nace del cristianismo, y que una y otra chocan con la religión sólo cuando se convierten, a su vez, en fes sustitutorias. Sin entrar en más disquisiciones, me inclino a pensar que la eclosión de personajes brillantes durante la edad dorada

española tiene mucho que ver con aquel espíritu religioso que produjo las disputas y especulaciones de la Escuela de Salamanca, la poesía mística, la reforma de Trento o una vida universitaria inquieta; mientras que la decadencia reflejaría una religiosidad ritualista y formal, esclerótica y a la defensiva, cada vez más milagrera, «popular» hasta extremos grotescos, con acentuado contraste entre el estilo más rigurosamente cristiano y la superstición, la popularidad de la blasfemia y las conductas inmorales. No hubo, desde luego, un cambio radical entre las dos épocas. Los mismos fenómenos de religiosidad degradada se daban en el siglo XVI, sólo que en menor proporción y contrarrestados por el impulso reformista eclesiástico, lo que fue dejando de ocurrir en el siglo XVII.

Surge la pregunta de a qué obedeció este anquilosamiento religioso. No parece explicable por la economía ni por la cantidad. Los clérigos abundaban a finales del siglo XVI, quizá el 1, 2 por ciento de la población; pero a mediados del siglo XVIII pudieron llegar al 1, 5 (no el 3, o hasta el 10 por ciento como a veces se lee), sin producir ningún teólogo relevante; y si la economía empeoró durante el siglo XVII, cuando se aprecian esos factores de degradación, mejoró en el XVIII, sin que dichos factores desaparecieran. Cualquiera que sea la causa, su realidad salta a la vista.

Debe matizarse, finalmente, que decadencia no supuso quiebra. La nación conservó un imperio que por sí solo la convertía en gran potencia, aunque ya no de primera línea, y fue capaz de sacudirse en alto grado la presión satelizante francesa, de reconstruir una marina poderosa tiempo después del desastre de Vigo-Rande, de ampliar el imperio, explorar nuevas tierras, e infligir una humillante derrota a Gran

Bretaña cuando ésta creyó, antes de tiempo, que la América hispana estaba madura para caer en sus manos. Su estructura educativa, aunque en mal estado intelectual, sobrevivió y nunca faltó una élite instruida e inquieta, surgió algún pensador y divulgador como Feijoo o un genio como Goya. La Iglesia, pese a su semiparálisis intelectual, conservó su impulso evangelizador. La abolición de los fueros catalanes y valencianos liberó una iniciativa comercial y productiva que compensó la abulia prevalente en otras regiones…

53

LA ILUSTRACIÓN EUROPEA

El siglo XVIII europeo es conocido como época de la Ilustración o «de las luces», para la que se han dado fechas diversas, extendiéndola a la primera mitad del siglo XVII o restringiéndola a los últimos tres cuartos del XVIII, cerrados por la Revolución Francesa o por Napoleón. Suele definírsela como una época en que primó la razón («Edad de la Razón»), facultad humana capaz de explicar el mundo y la sociedad, con profundos efectos de *progreso* social y político. La Ilustración abarcó desde Portugal a Rusia y de Italia a Escandinavia, como otrora los monasterios, el románico, el gótico y el humanismo, exceptuando de éstos a Rusia. Sus focos creativos fueron Gran Bretaña, Alemania y Francia. Su arte peculiar, el neoclásico, originado en Italia, se inspiraba en la cultura grecolatina, interpretada con restricción, y buscaba construcciones racionalistas, «lógicas», excluyendo lo meramente ornamental. Proliferó el desnudo idealizado, muestra del interés y admiración del ser humano por sí mismo. Sus críticos posteriores lo encontrarán frío, algo artificioso y poco emotivo.

Se ha atribuido a la Ilustración la apertura de una «opinión pública» y un «espacio público» mediante el debate de ideas, antes constreñido o impedido por la religión. Lo mismo se ha dicho del humanismo, pasando por alto los siglos de disputas teológicas y filosóficas muy agudas en el catolicismo, y el hecho de que no todos los ilustrados repudiaban la religión. Por lo demás, la «opinión pública» se limitaba a la de las personas que se consideraban ilustradas, excluyendo al «populacho».

Una prosperidad bastante generalizada engendró unas nutridas élites cultas, afectas a la ciencia y llenas de curiosidad intelectual. Nunca se habían impreso tantos libros ni hubo tantas tertulias y sociedades informales, vehículos de discusión libre y transmisión de conocimientos e ideas: fue un siglo de efervescencia intelectual, de cafés, clubs en Inglaterra, *salones* en Francia (regentados por mujeres aristócratas), academias… La *Académie Française* había sido creada en 1636 por Richelieu a fin de purificar la lengua, a imitación de la *Accademia della Crusca* florentina, que había hecho del toscano el italiano modelo. Treinta años después Colbert había fundado la Academia de las Ciencias, en pro de la afición y el prestigio científicos. Se promovían concursos de literatura, ciencia y ensayo sobre temas políticos y sociales. Francia marcó la pauta en el continente —no en Inglaterra— con sus modas e instituciones culturales. Gracias a la difusión de periódicos y libros, y a la actividad de sociedades abiertas o secretas, la especulación intelectual surtiría efectos políticos rápidos y crecientes.

Nada de ello era demasiado nuevo: lo nuevo era su amplitud, diversificación, menor presencia de la religión y el clero, y la rapidez con que circulaban las ideas gracias a la prensa, innovación crucial aparecida como diaria en Inglaterra. Brotaron «repúblicas de las letras» que discutían y difundían valores racionalistas, igualitaristas o liberales. Estas élites se sentían representantes del «hombre» o de lo mejor de él, a veces mostraban disgusto con el Estado y la religión, y con su propio escaso poder. El movimiento se radicalizó en Francia contra la autoridad tradicional, o abocó al despotismo ilustrado.

Una clave de la época radicó en que la aspiración universalista de la religión se trasladó a la razón, y muchos

ilustrados decidieron relegar la fe al ámbito privado. Ello suponía una reelaboración de la historia universal en ruptura con casi todo lo anterior, en especial con la escolástica, que desde luego usaba la razón con el mayor empeño. En rigor, todos los humanos usan inevitablemente la razón cuando defienden una posición cualquiera, o un interés particular, o tratan de explicarse la vida.

El filósofo prusiano Immanuel Kant expuso la autopercepción ilustrada: «Es la salida del hombre de su minoría de edad», causada por la renuncia a usar la propia razón. Esa minoría, inducida por autoridades eclesiásticas y políticas, se sustentaría en la cobardía y pereza de los individuos: «Uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando ésta no viene de un defecto del entendimiento, sino de la falta de decisión y ánimo para usarlo con independencia, sin conducción de otro. *¡Sapere aude!* ("¡Atrévete a saber!")». La posición de Kant entrañaba algunos problemas: ¿no había hecho uso de la razón, realmente, el hombre preilustrado? Y los ilustrados, ¿eran «el hombre»? Ni Kant ni nadie pretendería que el individuo común emplease a fondo la razón especulativa: sólo podría hacerlo una élite provista del tiempo, la posición y el gusto por ese empleo —así había pasado siempre—. ¿Y podía la razón sustituir a la fe para fundamentar la ética? Y las conclusiones que extrajeran Kant o los ilustrados de su particular uso del entendimiento, ¿tenían validez general?

Por lo demás, ¿podía concebirse la razón como una lógica que lleva a conclusiones tan universales e inexorables como las leyes que la ciencia descubría en la naturaleza? En tal caso, ¿no era así abolida la libertad del individuo? Ésta quedaba como una ilusión causada por la ignorancia y disipada por el conocimiento. Y si, a la inversa, cada uno

confiara sólo en los resultados que él mismo obtuviera, ¿no fracasaría la razón como orientadora general si dichos resultados, en lugar de uniformes, resultaban variados y aun opuestos, como de hecho sucedía? Nadie había aplicado la razón con tanto empeño como los griegos, y sus conclusiones habían sido muy disímiles. Lo mismo ocurrió con los escolásticos. ¿Valdrían las conclusiones racionales de Kant más que las de cualquier otro que «osara saber» por su cuenta? El problema recuerda al de Lutero con el libre examen: cualquier individuo podía creerse más autorizado que él o que San Pablo al interpretar la Biblia. Tocqueville expondría más tarde la evidencia de que hasta los mejores intelectos descansan por fuerza en «ideas dogmáticas», esto es, aceptadas sin mayor investigación o crítica propias; pues si cada cual admitiera sólo las ideas a que llegara por sí mismo, poco llegaría a saber a lo largo de su vida.

Los ideales ilustrados reelaboraban a su modo la tradición cristiana, con una diferencia radical: el cristianismo consideraba la bondad como un esfuerzo consciente contra las tendencias malvadas connaturales al hombre, mientras que los ilustrados venían a imaginar un hombre bueno por naturaleza, aunque pervertido por la sociedad —lo que era un razonamiento en círculo— o por la propia religión, que lo mantenía en la ignorancia. Suprimiendo ésta y/o reformando la sociedad de raíz, el hombre realizaría plenamente su bondad intrínseca.

Paradójicamente, la razón tendía a convertirse en una fe. El fervor por ella, el rechazo a la autoridad tradicional y el elitismo fundarían a veces una especie de culto en sociedades como la *orden* masónica. Ésta invocaba la razón, la filantropía, principios de igualdad, libertad y fraternidad, no muy compatibles con su propia organización, pues ésta no

era pública, sino secreta, y la razón sufría con sus barrocos rituales e iniciaciones, sus juramentos y amenazas por la revelación de sus misterios, y su pretensión de heredar saberes esotéricos de viejos gremios de albañiles (*masones*), de los templarios, del Templo de Salomón, de los egipcios y hasta de Adán. La sociedad nació en Escocia e Inglaterra y sus *logias* se extendieron por el continente a partir de 1734. Bastantes intelectuales y políticos entraron en ellas, fuera porque su fraternidad secreta creaba formas invisibles de promoción social y a puestos de poder, o por la idea de trabajar por el bien de la humanidad un poco a escondidas de ésta, o por gusto de poseer arcanos inaccesibles al vulgo. Se trataba de una sociedad iniciática que rodeaba de misticismo las aspiraciones racionalistas en boga: uno de los gnosticismos que la Iglesia siempre había condenado.

A lo largo de la historia se han fundado incontables grupos secretos, pero ninguno con un éxito tan prolongado y duradero como la masonería, que tendía a integrar a personas de poder social y político, y semeja un Estado oculto. Su secretismo impide saber hasta dónde alcanzó su acción, perceptible, no obstante, en los numerosos masones que aparecerán mezclados en los sucesos históricos desde entonces. De ahí el recelo despertado, sobre todo en medios católicos, pues la masonería atacaba generalmente a la Iglesia. Abundan las teorías conspirativas que quieren explicar la historia reciente por manipulaciones masónicas, pero éstas no parecen haber estado muy centralizadas, las reyertas entre sus miembros y tendencias han llegado a ser violentas, y la mayoría de las conjuras fracasan. Tampoco está clara la relación entre la producción intelectual de diversos personajes y su filiación masónica. Sociedad similar fue la de los *Illuminati*, fundada en Alemania con objetivos

en parte coincidentes con los de la masonería, pero llevados hasta la abolición de la propiedad privada, de la religión y de las naciones, en pro de un gobierno universal; ideas que, entroncadas o no con esta secta, se divulgarían ampliamente en los siglos XIX y XX. Algunos les atribuyen una influencia secreta en Usa, visible en símbolos como los del dólar.

Se ha acusado al catolicismo de haber impedido o desviado la Ilustración, originando la corriente despótica y absolutista francesa. Del protestantismo y su libre examen de la Biblia habría derivado, por el contrario, la libertad de conciencia y el espíritu liberal propios de Inglaterra u Holanda. Pero el despotismo ilustrado y el absolutismo no sólo se practicaron en la católica Francia, sino también en la protestante Prusia o en la ortodoxa Rusia, y hay distancias entre el anglicanismo inglés y el calvinismo holandés. Añádase que el libre examen no producía libertad de conciencia, sino confesiones rígidas y hostiles entre sí. La tolerancia de Locke no nacía tanto de la libertad de conciencia como de la urgencia de frenar las persecuciones entre grupos protestantes, pues la experiencia mostraba que no tenían solución; y excluía al catolicismo. La tolerancia holandesa nació del interés económico y del mismo fenómeno de Inglaterra: la imposibilidad de aplastar la disidencia, tras haberlo intentado largamente. Menos tolerancia hubo donde el protestantismo quedó sin rival serio, como en Escandinavia, Escocia o regiones alemanas.

Existen, además, diferencias sustanciales entre el catolicismo francés y el español. En Francia, la orientación galicana siempre había sido muy fuerte, y se concretaba en un culto al absolutismo monárquico, inexistente en España. El pensamiento político hispano de los siglos XVI y XVII muestra una inclinación predemocrática y preliberal más

próxima a la que se desarrollaría en Inglaterra que al absolutismo francés, y se preocupó más de la libertad que de la felicidad del individuo.

El despotismo ilustrado del «todo para el pueblo pero sin el pueblo», sustituía la libertad por la felicidad, conceptos distintos aun si no necesariamente opuestos. Una de sus manifestaciones fue la anulación práctica de los Estados Generales en Francia; en España, las Cortes sólo serían convocadas de tarde en tarde en el siglo XVIII, para reconocer la sucesión regia. Los raciocinios ilustrados tendían a excluir la libertad: tal como la mecánica celeste y de los cuerpos describe un mundo físico predeterminado, así debía ocurrir con el mundo humano, y si otra cosa parecía, se debería a los insuficientes conocimientos en este terreno. La ciencia y la razón debían probar finalmente que la conducta humana está tan determinada como el movimiento de los planetas. Recordaba, en otro plano, la predestinación calvinista. Por ello, la libertad se entendía más bien de forma negativa, como la lucha contra el oscurantismo y las fuerzas religiosas y políticas opuestas a las ilustradas —lo cual suponía una contradicción interna, pues los antiilustrados debían estar igualmente determinados—. La libertad, de modo abierto en algunos pensadores e implícito en la mayoría, consistía en aceptar el funcionamiento necesario e ineluctable de la naturaleza. Este tipo de libertad debía producir la felicidad, y tendía por tanto a un despotismo por el que los ilustrados (monarcas o no) dictarían al pueblo las normas que lo hiciesen feliz, dado que la ciencia no está al alcance de todos.

* * *

Temas de esa especulación, que dio lugar a tesis razonadas, pero no siempre compatibles, fueron la naturaleza

de Dios, del mundo, la posibilidad del conocimiento, el tipo correcto de gobierno y la economía. Descartes o Spinoza, si no propiamente ilustrados, fueron algunos puntos de partida. El método del primero para alcanzar verdades inconcusas le llevó a reducir la realidad a dos sustancias o entidades últimas y no precisadas de ulterior fundamento: la *res cogitans*, o «yo pensante», y la *res extensa*, o los cuerpos, el mundo exterior. Pero fue imposible relacionar ambas sustancias, es decir, fundamentar el conocimiento del mundo *extenso* por el yo pensante, y para sortear el escollo hubo de introducir a Dios, una de cuyas perfecciones consistía en no engañar a los humanos. Caracterizado el yo pensante por su capacidad de conocer, el problema del bien y el mal se reducía al del conocimiento: el mal es ignorancia, punto de vista con mucho futuro en los movimientos utópicos, y ajeno al del libre albedrío.

Spinoza, o Espinosa, abordó el problema de otro modo: declaró una sola sustancia, la divina, atributos de la cual serían el pensamiento —reflejado en el hombre— y la extensión, así como la infinitud, eternidad, etc. Identificaba a Dios con la naturaleza, enfoque panteísta: el mundo era autoconsistente y cognoscible por la ciencia, lo cual excluía al Dios creador y distinto de la naturaleza. Esta idea le valió anatemas de los judíos (él era holandés de origen sefardí, y escribió en castellano su defensa contra sus correligionarios) y de los cristianos. La libertad se esfuma, salvo como conocimiento y conformidad humana con las leyes naturales-divinas. El bien y el mal resultan relativos y subjetivos, siendo nuestra insuficiente comprensión de la naturaleza-Dios lo que nos hace creer malos sucesos desgraciados, que dejan de ser malos en un plano más general y profundo. Se difumina la perspectiva sobre el bien y el mal, por cuanto

ambos son expresiones de la naturaleza-Dios; y por la misma razón la diferencia entre verdad y error. Como gobierno, la democracia sería el sistema racional-natural.

El autor escocés David Hume intentó demostrar la imposibilidad de la existencia de Dios, afirmó que la religión procede del miedo y la ignorancia ante los hechos naturales, propuso una moral basada en la utilidad pública, el placer y la felicidad, defendió una democracia moderada y el comercio como base de una riqueza que asegura la mayor felicidad social, equivalente a mayor moralidad. Por ello se le considera un ilustrado, y empirista en la tradición inglesa. Pero él no atiende tanto a los datos empíricos como al modo como nuestra mente los maneja («ciencia del hombre»). Y al hacerlo demuele los fundamentos del pensamiento ilustrado y hasta del pensamiento sin más. La razón no sirve para entender el mundo, pues uno de sus fundamentos, la idea de causalidad, sólo es una suposición mental empíricamente incomprobable; tampoco sirve de orientación moral, porque la razón permite relacionar medios y fines, pero no distinguir el bien y el mal en éstos. Tampoco cabe fundamentar la ética, «lo que debe ser», en los hechos reales, en «lo que es». Asimismo atacó la inducción, pilar del empirismo y del pensamiento científico: de impresiones concretas y repetidas no es posible inferir una norma de validez general. Su *Ciencia del hombre* disuelve el «yo pensante» de Descartes: la idea del yo se forma con impresiones cambiantes, sin continuidad esencial. Claro que su crítica debe aplicarse a sus propias conclusiones, las cuales sólo pueden provenir de la razón y la inducción, de un «instinto inexplicable» que la naturaleza ha puesto en nosotros. Pero la razón se destruía a sí misma, y el programa ilustrado de hallar verdades seguras se tambaleaba.

Kant, considerado la cumbre de la filosofía del siglo XVIII y uno de los máximos pensadores de la historia, reivindicó la razón y la experiencia, y señaló sus límites, para solventar los problemas filosóficos desde Grecia. La experiencia se nos presenta como un caos de datos (fenómenos), que sólo se transforman en conocimientos por la acción ordenadora que sobre ellos ejerce el entendimiento, mediante el tiempo y el espacio (condiciones *a priori*, es decir, ajenas a la experiencia) y las *categorías* o conceptos básicos de calidad, cantidad, relación, etc. Esto refina la «ciencia del hombre», de Hume: condiciones a priori y categorías están en el sujeto, no en el mundo exterior, y son universales y necesarias, no arbitrarias. A esta solución la llamó «idealismo trascendental», lo primero porque no parte de la materia empírica, sino del sujeto; y lo segundo por su carácter general y necesario. Los fenómenos son así «las cosas para nosotros», y por tanto un mundo de apariencias no falsas, pero que presuponen algo detrás de ellas, las «cosas en sí» o «noúmenos», inaccesibles a nuestra capacidad de intelección. Como Hume, descarta las pruebas de la existencia de Dios o del alma, que no son fenómenos sino noúmenos o entes metafísicos fuera de nuestras posibilidades de conocimiento. Aun así encuentra posible una «fe racional»: la ley moral en el interior de los hombres —que sí es fenoménica— no podría fundamentarse sin recurrir como postulados a Dios y la inmortalidad del alma, y así la contradicción interna de la expresión «fe racional» desaparece: es fe porque su objeto no puede conocerse, y es racional porque no parte de la revelación, sino de una exigencia de la razón. De modo similar la ética, que se volvía arbitraria en el caso de Hume, encuentra una base: el deber o imperativo categórico, más allá de la conveniencia, la utilidad o el placer.

Francia aportó al pensamiento ilustrado menos que los británicos y los alemanes, pero fue la placa giratoria de la Ilustración, de donde se difundieron sus ideas por casi toda Europa. En Francia, la cultura fue pronto entendida como actividad estatal, dentro del despotismo ilustrado, y sin embargo sería allí donde la Ilustración tomará un carácter más político y subversivo; también con un tinte antiespañol, tal vez como revancha por la anterior hegemonía hispana. Su empresa más característica fue la *Enciclopédie*, con fuerte sesgo ideológico y ambición de reunir todos los saberes humanos (un lejano precedente se encuentra en las *Etimologías* de San Isidoro).

Voltaire, discípulo y divulgador de Locke, pero con estilo propio, ha quedado como un modelo europeo de intelectual ilustrado. Defendió la tolerancia, salvo para la Iglesia, a la cual deseaba aplastar (*écrasez l'infâme!*), y nunca pronunció la frase «detesto lo que dice, pero daría la vida por su derecho a decirlo». Sus punzantes sátiras contra clérigos, nobles, militares y reyes le ganaron denuncias, algún encierro en la Bastilla y destierro a Inglaterra, pero en conjunto recibió mayor tolerancia de la que él preconizaba, pudo moverse con bastante tranquilidad y amasó una de las mayores fortunas de su tiempo.

Tenía a la religión por negocio de «imbéciles y bribones». A los judíos, «horda de ladrones y usureros», sólo les faltaba el canibalismo «para ser el pueblo más abominable de la Tierra». Pero la religión cristiana «es, sin discusión, la más ridícula, absurda y sanguinaria que haya infectado el mundo». Jesús fue «un jefe de partido, un mendigo, ansioso de formar una secta». Las cruzadas nacieron del afán de lucro, y la Iglesia sólo había fomentado el oscurantismo, la crueldad y la miseria. Sus invectivas

provocaban en los afectados enojo y protestas, que él tachaba de muestras de fanatismo.

Aunque escribió un ensayo contra Mahoma, más bien como disfraz de su ataque a la Iglesia, contrastó la «ineficacia de la revelación judeocristiana» con el «dinamismo islámico», al que elogió como doctrina «sabia, severa, casta, humana, tolerante, indulgente», calificó a Mahoma de poeta y lo comparó con Alejandro Magno. En su obra más conocida, *Candide*, los protagonistas concluyen sus desgracias tomando ejemplo de un sabio campesino turco que les incita a «cultivar su jardín» y mantener un trabajo que les libre de «tres grandes males: el tedio, el vicio y la necesidad». Todo ello pese a que el islam era un despotismo anquilosado, lo más opuesto imaginable a la Ilustración —nacida en y del cristianismo, aun si a veces contra él—, cosa que Voltaire no podía ignorar: en Turquía habría sido fácilmente empalado por sus ideas.

También choca con la imagen volteriana su admiración por el absolutista y nada tolerante Luis XIV, cuya etapa comparó con las de Pericles, el Renacimiento, César y Augusto. Concibió la historia como un camino hacia la Ilustración, debiendo discernirse en cada época los elementos más o menos ilustrados. Sus obras rebosan un didactismo algo simple y una crítica social basada a menudo en falsedades, como cuando describe como esclavistas las misiones jesuitas de Paraguay.

Aun detestando la religión, Voltaire no compartía el ateísmo de otros ilustrados como Diderot o D'Holbach. Era deísta: rechazaba la revelación, pero argüía que el universo (el «reloj») precisaba un «relojero». Una vez creado el mundo, Dios se manifestaría en las leyes naturales, sin interferirlas. Su Dios es utilitario: sin él, la sociedad se

hundiría en el vicio y el crimen (o, en Descartes, no tendríamos acceso a la *res extensa*). La cuestión remite a la muy antigua de si Dios es una invención de la psique humana (útil según unos, perjudicial según otros), o bien una realidad que nuestra psique capta por intuición supraconsciente. En cuanto a la ética, Voltaire creía en la justicia y la virtud innatas al ser humano, a las cuales propende éste por sentimiento y por interés, sin aclarar bien de dónde salen la injusticia y el vicio. Poco antes de morir se hizo masón, aunque pudo haberlo sido antes, y escribió: «Muero adorando a Dios, amando a mis amigos, sin odiar a mis enemigos, detestando la superstición». Superstición y religión eran para él sinónimos, pero sus tres primeros propósitos procedían del cristianismo.

Fuera de su visceral anticatolicismo, Voltaire no daría lugar a especiales movimientos políticos, como sí lo haría Jean Jacques Rousseau, que dio con una explicación a la injusticia del mundo: el hombre nace bueno y libre, pero la sociedad lo malea y sojuzga. Idea de inmenso poder sugestivo. Como Hobbes y Locke, explica la sociedad civil a partir de un imaginario «estado de naturaleza», y un no menos imaginario «contrato social», pero de ahí extrae cada cual conclusiones distintas. El hombre hobbesiano, especie de máquina gobernada por los deseos, es «lobo para el hombre», y el estado de naturaleza una guerra de todos contra todos. Por ello el contrato social crea un Estado totalitario (Leviatán), con todo el poder concentrado en el soberano, única alternativa a la guerra permanente. Locke, al contrario, cree al individuo en estado de naturaleza pacífico, razonable y con derechos naturales; el contrato social crea la sociedad civil a fin de establecer un poder neutral que garantice esos derechos. Rousseau, más aún que Locke,

considera a los hombres buenos por naturaleza —no hay pecado original— aunque tal estado excluye la moral y el derecho. La sociedad civil, basada en la propiedad privada y la desigualdad, no los eleva, como creía Locke, sino que los pervierte, aunque haga brotar las ideas de justicia, ética, etc. Voltaire acusó a Rousseau de pretender que el ser humano volviera a andar a cuatro patas.

Según Rousseau, el hombre dejó la situación de naturaleza cuando alguien declaró que una porción de tierra era suya y los simples lo aceptaron en lugar de oponerle que los frutos de la tierra pertenecen a todos y la tierra misma a nadie. Aquella declaración de propiedad inauguró el proceso de crímenes, guerras, horrores y desgracias propios de la civilización, cuyo contrato social está hecho al servicio de los poderosos. De ahí la necesidad de un nuevo contrato basado en la «voluntad general», interesada en el bien común y a la que debían someterse los individuos para mantener su igualdad y libertad. La democracia no sería representativa, sino asamblearia, directa, pensada para ciudades-estado y obviamente imposible en naciones grandes.

La pedagogía ocupó mucho a Rousseau. Ésta debía formar personas virtuosas y, sobre todo, enseñar a razonar. Si bien la evidencia de que el ejercicio de la razón produce resultados tan diversos podía haberle inducido a cierta cautela. Consideró a todas las religiones, más o menos por igual, fundamentos de la moral y la virtud.

Rousseau no explica cómo individuos buenos crean sociedades malas, o cómo ha prosperado de tal modo la injusticia siendo el hombre bueno y libre por naturaleza… a menos que se le considere también algo necio, fallo que tal vez pensaba corregir el pensador. La idea de la voluntad general es lo bastante volátil para que se la atribuyeran luego

partidos e ideologías opuestos, derivando a estados totalitarios como en Hobbes, pese a partir de opuestas concepciones del hombre. La enorme influencia de Rousseau proviene tal vez de la insatisfacción constitucional del ser humano, que hallaría una vía de escape en la localización de un culpable (la «sociedad injusta», más tarde «la burguesía», etc.) y en la esperanza de un cambio radicalmente satisfactorio que, por asentarse en «la razón», sería también seguro. No obstante, Rousseau apela asimismo al sentimiento, iniciando una divergencia de las posturas típicamente ilustradas. Él y Voltaire finaron en 1778, sólo once años antes de la revolución que tanto les debería.

Un representante de la tendencia católica fue Charles Louis de Secondat, barón de Montesquieu, no menos influyente que los anteriores. No trató la naturaleza de la libertad política, sino que, dándola por supuesta, investigó las normas que debían garantizarla. Tampoco especuló sobre los orígenes de la sociedad, sino que partió de un estudio empírico y comparativo, no siempre objetivo, sobre las sociedades conocidas. Distinguió tres formas del poder, legislativo, ejecutivo y judicial, y definió la división entre ellos como la salvaguardia de la libertad. Esta división subvertía la tradicional, heredada de la Edad de Supervivencia, aunque muy evolucionada, entre los tres estamentos, clero, aristocracia y gente común, representados en los Estados Generales y que por así decir formaban tres cuerpos nacionales separados: ahora formaban un solo cuerpo con tres poderes comunes. También sustituyó la división aristotélica de monarquíaaristocracia-democracia, por la de monarquía-república-despotismo. La primera se apoyaría en el honor, la segunda —que puede ser democrática o aristocrática— en la virtud, y la tercera en el

miedo. Monarquía y república son sistemas de libertad, no así el despotismo, caracterizado por la concentración de poderes. Como Voltaire, Montesquieu está próximo a Locke y al liberalismo, pero su método es más empirista que racionalista y, como católico, carece de la fobia antirreligiosa de aquél.

El culto a la razón no impidió corrientes como el movimiento *Sturm und Drang* («Tormenta e Impulso»), promovido por el filósofo J. G. Hamann, que criticaban los problemas exasperantes de la razón y la ausencia de conclusiones universales a partir de ella. Por decirlo de modo alusivo, el impulso vital, «desorden», creatividad y fuertes sentimientos presentes en Shakespeare, que provocaban rechazo en las mentes ordenadas, racionalistas y cívicas de los ilustrados, exaltaban y seducían a otros.

Las abstrusas especulaciones aquí levemente reseñadas parecen guardar escasa relación con la vida real, que proseguía en gran medida al margen de ellas, como lo hacían la ciencia y la técnica sin preocuparse mucho de si sus fundamentos eran sólidos o no desde el punto de vista filosófico. Pero aquellos razonamientos llevaban consigo tanto gérmenes liberales como totalitarios, y engendrarían movimientos y revoluciones que iban a cambiar la faz de la tierra.

Otro tema de la Ilustración fue el de la paz perpetua. De siempre, la guerra fue mirada con una mezcla de horror y fascinación, como «la madre de todas las cosas», una ley de la naturaleza o una de las máximas expresiones del mal. Diversos ilustrados opinaron que el origen de la guerra estaba en los intereses de los reyes y en la superstición, por lo que, suprimidos éstos, la paz vendría por sí sola. Cumplía eliminar la influencia de la Iglesia y sustituir la soberanía

regia por la soberanía de la nación, del pueblo —base del nacionalismo—, pues éste no tenía interés en guerras sino en una convivencia pacífica basada en el comercio, que satisfaría a todas las partes involucradas. No obstante, Holanda e Inglaterra, las principales potencias comerciales, y donde menos soberanía ejercían los monarcas, eran cualquier cosa menos pacíficas, y la piratería solía estar asociada al comercio, del cual formaba parte sustanciosa el tráfico de esclavos; aparte de que regímenes despóticos habían regularizado e impulsado el comercio en muchas ocasiones, como hizo el emperador chino Qin, mencionado al principio de este libro. El comercio satisfacía muchos deseos humanos, pero esos deseos no eran forzosamente bondadosos o pacíficos. El ensayista inglés A. Pagden ha visto fuentes de guerra en la diferencia de culturas, situando la reflexión sobre la paz en el Descubrimiento de América, que habría puesto a Europa en contacto con el «otro» y originado la reflexión sobre los rasgos comunes de la humanidad que pudieran ponerse en valor para evitar los conflictos bélicos. Sin embargo ha habido innumerables guerras civiles en el seno de un mismo país, y guerras entre naciones dentro de una misma cultura. Y Europa, ejemplo destacado de esa belicosidad, conoció siempre a «otros» antes de llegar a América.

Foco de la mayor atención para muchos ilustrados fue la economía. Desde el siglo XVI predominaba el llamado mercantilismo, que tomó sus formas más acabadas en el XVII, con Colbert, ministro de Luis XIV. El mercantilismo perduró hasta finales de la Ilustración y, sin ese nombre, hasta hoy. No constituye un cuerpo doctrinal preciso, pero sí una corriente con varios rasgos propios: la riqueza de la nación debía asegurarse mediante la intervención estatal,

traducida en proteccionismo, creación de empresas monopolísticas para el comercio y la producción, y manufacturas impulsadas por el Estado, explotación de las colonias, unificación del mercado interno (lograda en Inglaterra, mucho menos en el resto), promoción de las exportaciones y restricción a las importaciones, acumulación de capital en forma de metales preciosos… Los salarios debían ser bajos, para maximizar la ganancia y disuadir la ociosidad y el vicio, si bien se ha acusado a estas doctrinas de romper las normas morales y religiosas. Solía implicar la idea vaga de que, en las transacciones, lo que uno gana otro lo pierde.

Contra el mercantilismo y la intervención estatal predicaron en Francia los *fisiócratas*, muy influidos por el pensamiento escolástico (Quesnay, los abates Condillac y Turgot), según los cuales «el mundo marcha por sí solo», por lo que los gobiernos debían «dejar hacer, dejar pasar». Ideas desarrolladas más sistemáticamente por el economista-filósofo escocés Adam Smith en su teoría del mercado libre con sólo la interferencia estatal precisa para impedir el engaño o la estafa en los intercambios. Smith rechazaba la idea de que, al comerciar, lo que uno gana otro lo pierde: si el trato es libre de interferencias, ambos partícipes ganan, pues obtienen lo que desean. La dinámica del mercado libre produce la división del trabajo, que multiplica la productividad, e impone una competencia que promueve a los productores más eficientes. Cada cual opera en el mercado por su propio interés, no por virtudes morales (aunque sí lo es la honradez en los tratos, que el Estado debe asegurar), y sin embargo una «mano invisible» —en último extremo la mano del Creador— hace que el resultado sea un bien moral, pues beneficia a la generalidad ofreciendo

mercancías cada vez más baratas y abundantes y aumenta la riqueza general. De este modo, el mercado no cae en la anarquía que podría esperarse de la concurrencia de millones de transacciones e intereses diversos, sino que se autorregula. Por el contrario, las restricciones, proteccionismos, etc., impuestos por el Estado o por otros poderes, sólo perturban y vuelven ineficiente el mercado.

Dentro de cierto pensamiento ilustrado, Adam Smith criticaba el mercantilismo por servir, en su opinión, sólo al interés de los reyes y provocar guerras. El resultado de las prácticas mercantilistas no podía ser otro que la privación de libertades a los súbditos, el déficit fiscal, la quiebra del crédito público, la inflación y, con ella, la pobreza de los pueblos. Sin embargo, considerando la floreciente economía francesa, cabría objetar que el interés del monarca y el del país no resultaban muy disímiles.

Adam Smith se mostró algo inconsecuente cuando, ocasionalmente, trató de establecer un valor objetivo de las mercancías basado en el trabajo, en lugar de la concepción del valor subjetivo defendido por los escolásticos españoles y otros antes (como los franciscanos italianos Olivi y Bernardino de Siena): el valor de un producto no viene determinado por el trabajo que haya costado producirlo, sino por la utilidad o el placer subjetivo que hallan en él los compradores. Esta última concepción ha demostrado ser la más fructífera en la ciencia económica liberal, mientras que la del valor objetivo ha conducido a teorizaciones como la de Marx. No obstante, el conjunto de la teoría de Smith es típicamente liberal.

54

LA ILUSTRACIÓN EN ESPAÑA

Los rasgos de la Ilustración centroeuropea se manifestaron en España de modo atenuado, cuantitativa y cualitativamente. La influencia mayor vendría de Francia, tanto porque así ocurría en la mayor parte de Europa como por la estrecha relación política creada por los Borbones. También llegarían influencias italianas e inglesas.

Al igual que fuera de España, es difícil decir dónde empieza y termina la Ilustración. A menudo se pone el comienzo en los años sesenta del siglo, cuando el movimiento se compacta, más una preilustración; pero la distinción parece arbitraria. En la primera mitad del siglo hubo intelectuales emparentables con el movimiento europeo, como Feijoo y Mayans. Hicieron un trabajo notable la Regia Sociedad Médica de Sevilla y los *novatores* de Valencia, ya desde Carlos II. Las ciudades con mayor contacto exterior y cosmopolitismo serían Cádiz, Barcelona y Bilbao, y sin embargo, observa el historiador Antonio Domínguez Ortiz, la actividad y la polémica cultural tuvieron por centro ciudades más *apagadas*, como Oviedo, Sevilla y Valencia. Al revés que en Francia, la monarquía mostró poca iniciativa cultural: la Academia de la Lengua en 1713, sobre la huella de la francesa, y la de la Historia en 1735, no surgieron del gobierno, sino de tertulias de particulares; y no hubo Academia de Ciencias.

Los renovadores chocaron con los tradicionalistas opuestos a toda novedad, que, a su juicio, corroía la religión y prestigiaba a autores y universidades protestantes, ateoides o deístas. Así pensaban muchos eclesiásticos, que también

intentaban suprimir el teatro, una de las glorias de España durante siglos, so pretexto de que fomentaba el vicio. Por contra, la monarquía ayudó a los ilustrados. Los novatores percibían el atraso creciente del país y acusaban a aquellos peculiares tradicionalistas de extender la corrupción y la hipocresía. Querían traer a España una medicina avanzada, las nuevas ciencias y las matemáticas (estas últimas reducidas a la nada en la universidad), etc., pero no llegaron a crear un movimiento. Fue una época de decaimiento de la enseñanza, en la que sólo los colegios jesuitas mantuvieron altura (y no sólo en España. Voltaire elogió su pedagogía, y Federico *el Grande* de Prusia, protestante y masón, los consideró los mejores educadores y los atrajo cuando los países católicos los expulsaron).

Aparecieron o continuaron diversos periódicos, unos populares, llamados almanaques y pronósticos, con informaciones variopintas, y otros de más nivel, como la *Gazeta de Madrid*, fundada en 1661, y otras gacetas en las ciudades importantes; en 1737 apareció el *Diario de los literatos de España*, dedicado a reseñas, generalmente objetivas y críticas, de los libros que se publicaban; y al año siguiente el *Mercurio histórico y político*, copia y en parte traducción del *Mercure de France*. En 1758 salió a la calle el *Diario noticioso*, un hito en la prensa española.

El recelo contra las novedades no afectó a toda la Iglesia, pues la mayoría de los ilustrados fueron clérigos. Así los benedictinos gallegos Benito Feijoo y el padre Sarmiento, que recobraron en cierto modo la tradición de los monjes de la Edad de Supervivencia: grandes estudiosos y eruditos, combatieron la ignorancia y la superstición, divulgaron las nuevas ciencias, el espíritu de la observación empírica y el razonamiento. A veces emplearon el gallego, caído en desuso

como lengua de cultura. Feijoo fue reconocido también en Europa Occidental, y su *Teatro crítico universal* («teatro» en el sentido de escenario o panorámica) alcanzó una difusión inaudita: 400 000 ejemplares, se dice. En él aborda los temas más varios: asuntos científicos, sociales, falsas creencias populares, o defiende la igualdad intelectual de las mujeres. Proponía implícitamente una reforma patriótica que mejorase el clima social, político e intelectual del país. Vivió la mayor parte de su vida en Oviedo, en cuya universidad tenía la cátedra de teología. Empezó a escribir a los 50 años y permaneció en plena actividad intelectual casi cuarenta años más. Como los *novatores*, sufrió una cerrada oposición, a veces por contradictores intelectualmente agudos, hasta que el rey Fernando VI, sucesor de Felipe V, prohibió que se le atacase. Fue un divulgador y un crítico de primer orden, pero no propiamente un pensador original ni un científico.

El valenciano Gregorio Mayans está a caballo entre las dos etapas de la Ilustración. Más radical que Feijoo en la denuncia del atraso de las costumbres y las ideas, y de la falsificación de la historia, buen conocedor de Descartes y Locke, procuró más que el benedictino enlazar con el pensamiento y literatura del Siglo de Oro, oponiéndolo a la época barroca postcervantina, cuyo retorcimiento literario y conceptual repudiaba. Sus empeños por renovar la estéril enseñanza superior ilustran el clima intelectual de los tiempos. Su primer plan de reforma no fue siquiera examinado por el gobierno y él mismo soportó la hostilidad de sus colegas universitarios. Con el rey Carlos III fue invitado a diseñar la modernización de la enseñanza, pero los acartonados rectores universitarios supieron sabotearlo eficazmente. Analizó con brillantez la literatura y la historia

de España, escribió y rescató obras sobre retórica, y publicó la primera biografía de Cervantes. Personalidad independiente y consciente de su superioridad intelectual, la envidiosa malignidad de sus mediocres colegas agrió un tanto su carácter.

También entre las dos etapas destacó el agustino burgalés padre Flórez, erudito e investigador en variadas disciplinas, que buceó a fondo en los archivos y visitó los lugares históricos, de donde extrajo una ingente información que aplicó con rigor y buen juicio crítico a su monumental *España sagrada*, historia eclesiástica que acabarían otros a su muerte, en 1773, y la mayor aportación ilustrada española a la historia.

* * *

Bajo Carlos III, reinante desde 1759, la Ilustración cobró más densidad, sobre todo en el campo de las reformas administrativas y, en menor medida, educativas. Pero la educación padeció un tremendo retroceso cuando el rey, en 1767, expulsó a los jesuitas e hizo confiscar y, en gran medida, dilapidar los bienes de la orden. La expulsión creó un bache educativo en la enseñanza media, fatal también para la enseñanza superior, que sólo se superaría parcialmente casi un siglo más tarde. El daño repercutió en toda la Monarquía Hispánica o Imperio español, hasta las Filipinas, siendo un factor de descrédito para España. Carlos III lo decidió, en estilo típicamente absolutista, «por razones que guardo en mi real pecho», fórmula semejante a la del absolutismo francés «porque así bien me place». El ministro conde de Campomanes había acusado a los jesuitas, sin base real, de conspirar contra el rey, y se les achacaron arbitrariamente los desórdenes conocidos por «Motín de Esquilache». Sin oír a los acusados, con técnica similar a la

aplicada contra los templarios en Francia, se llevó a cabo la expulsión, que mereció los plácemes de Voltaire; y siguieron presiones diplomáticas de los reyes Borbones sobre Roma, hasta conseguir la supresión de la orden por el papa Clemente XIV. La opinión ilustrada y protestante solía achacar a los jesuitas el mismo papel que muchos católicos a la masonería, como grupo oculto tras todas las conjuras políticas.

El encargado de cumplir la orden regia fue el conde de Aranda, que lo hizo sin mucho gusto. Aranda fue un ministro reformista y eficaz en otros terrenos, como lo fue su enemigo Floridablanca, y sería acusado de masón, sin mucha base. Campomanes era un típico servidor del despotismo ilustrado, capaz y culto, promotor de la «industria popular» y de una enseñanza exclusivamente profesional y artesana para las clases bajas, que, dentro de su limitación, ampliaría el personal cualificado del país. En el espíritu de reforma, de construcción de obras públicas y manufacturas, recuperación naval y militar, contención de la influencia eclesiástica y depuración de usos sociales degradados y supersticiones acentuadas en la época de decadencia, se le parecieron Patiño, Carvajal, Floridablanca, el marqués de la Ensenada y otros ministros en general patriotas, honrados y eficaces, no siempre amistados entre sí.

También son de este siglo, con propósito de impulsar la ciencia, la construcción de un observatorio astronómico, un gabinete de máquinas y un jardín botánico en Madrid, un laboratorio de química en Segovia, junto a instituciones culturales como el Museo del Prado, la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, la Biblioteca Nacional o la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. La Real Academia de la Lengua compuso el primer diccionario,

llamado después *De Autoridades*, y todavía útil. Éxitos científicos reseñables fueron el descubrimiento del platino y el tungsteno o wolframio; y en botánica, la ciencia española descolló al nivel de las primeras de Europa. Pero el despliegue científico chocaba con escollos como el mínimo interés por él en la enseñanza superior, el golpe asestado a la enseñanza media y el escaso número de matemáticos y científicos, aún ellos restringidos al terreno práctico y sin afición teórica. De matemáticas y física sólo entendían los militares, por exigencias de su oficio; de química, los farmacéuticos, etc. Excepciones fueron los marinos militares Antonio de Ulloa y Jorge Juan. Ulloa fue miembro correspondiente de la Royal Society inglesa y de las academias científicas sueca, francesa y prusiana; fundó en Cádiz un laboratorio metalúrgico y un observatorio astronómico, y en Madrid el Museo de Ciencias Naturales. Descubrió, con Jorge Juan, el platino, y dirigió con él una expedición científica por América, y la medición de un grado de meridiano junto con la Academia de Ciencias Francesa. Jorge Juan estudió los avances técnicos de la armada británica, con tal éxito que los británicos, a su vez, estudiarían sus mejoras.

Al revés que en Francia, la casi totalidad de los ilustrados españoles fueron católicos, y aunque tendieron a frenar la Inquisición, no pensaron en erradicarla, pese a su creciente anacronismo cuando prácticamente habían desaparecido el problema converso y las guerras de religión. Salvo un violento repunte con Felipe V, la actividad inquisitorial fue débil, como revela el caso de Pablo de Olavide, intelectual de origen peruano, anticlerical, colaborador de Aranda y ferviente seguidor de los ilustrados franceses, que presentó un plan de renovación universitaria y

dirigió la colonización de Sierra Morena con alemanes y flamencos. Acusado de herejía en 1778, fue desterrado de Madrid por ocho años y confinado en un convento de La Mancha. Pidió y obtuvo permiso para tomar unas aguas medicinales próximas, pero no hallándolas lo bastante buenas, demandó el traslado a un balneario catalán próximo a la frontera, de donde se evadió tranquilamente a Francia. Su poco férreo confinamiento había durado dos años. Voltaire y los enciclopedistas lo acogieron como un mártir, víctima del terror inquisitorial, y Diderot le dedicó una elogiosa semblanza. En París vivió a todo tren, pese a haberle confiscado la Inquisición sus bienes, teóricamente. Al triunfar la Revolución Francesa presenció el Terror, fue encarcelado, y la experiencia le volvió más religioso. Luego parece haberse implicado en maniobras inglesas para independizar la América española. En 1798 volvió a España, donde hizo una buena carrera como novelista.

* * *

Los ilustrados españoles mostraron casi nulo interés por los problemas intelectuales planteados en Francia, Inglaterra y Alemania, a los que no aportaron nada a favor ni en contra, limitándose a recoger y difundir lo que les pareció más útil de ellos. Se ocuparon mucho de la economía, en un plano práctico y no teórico, más mercantilista que librecambista, eco de su preocupación por el retraso español. Apenas triunfante Felipe V, Melchor de Macanaz propuso un vasto plan de reformas para reimpulsar la riqueza y el poder de la nación: fomentar las manufacturas y las exportaciones, construir una nutrida flota de guerra y mercante, agilizar la burocracia y las normas administrativas, suprimir las aduanas interiores, elegir a los altos funcionarios por su mérito demostrado antes que por su cuna o influencias, combatir la

repulsión de los nobles hacia el comercio, movilizar para el trabajo a la masa de vagos y mendigos que circulaban por el país, delimitar las funciones del clero impidiéndole entrometerse en los asuntos políticos y económicos, restringir la Inquisición…

Aunque sus propuestas valdrían a Macanaz un proceso inquisitorial, ellas vinieron a ser la orientación que, con éxito y acierto desigual, siguieron los cuatro reyes del siglo, Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV. La monarquía prescindió en parte de los anticuados consejos y recurrió más a los secretarios, en forma parecida a consejos de ministros, con alguno principal que dirigía el gobierno bajo supervisión regia. Perdieron autonomía los municipios, y las Cortes apenas fueron convocadas.

Otra faceta de la Ilustración española fue la creación de Sociedades Económicas de Amigos del País, sobre todo bajo Carlos III. El guipuzcoano conde de Peñaflorida fundó en Azcoitia, en 1765, una academia dedicada a propagar las ideas ilustradas, origen de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, que sirvió de modelo a las más de setenta en el resto de España, y varias más por América. Estas sociedades, constituidas por las que más tarde se llamarían «fuerzas vivas», clérigos, nobles, funcionarios y negociantes, tomaban sobre sí la tarea, independiente del gobierno pero con apoyo de éste, de difundir libros, generalmente extranjeros traducidos, de autores que defendían la libertad de mercados; y sobre todo estudiaban y adoptaban o proponían mejoras prácticas en la agricultura, la manufactura y el comercio.

Entre los políticos-intelectuales de la época brilló el asturiano Gaspar de Jovellanos, de origen noble pero no rico, cuyos méritos le valieron una carrera distinguida. Por su

buena formación económica, así como en leyes y religión fue miembro de las Academias de Historia, Lengua y Bellas Artes, y director de la Sociedad Económica de la capital, donde se había instalado en 1778. Bajo protección de Campomanes elaboró estudios para reformar la estructura productiva del país, el más completo el *Informe sobre la Ley Agraria*, donde proponía medidas de privatización y liberalización de la propiedad rural, y eliminación de peajes interiores. Junto con Francisco de Cabarrús, financiero de origen francés, españolizado, participó en la creación del Banco de San Carlos, primer banco nacional en España, de trayectoria irregular. Realizó informes sobre la producción de carbón y otros asuntos, propuso reformas en la enseñanza e impulsó el Real Instituto Asturiano de Náutica y Mineralogía. Hacia finales de siglo fue nueve meses ministro de Gracia y Justicia con Godoy, e intentó mermar la influencia de la Inquisición, con la que chocó al proponer mayor independencia religiosa de Roma y separación más estricta entre la Iglesia y el poder temporal. Pero las noticias sobre la Revolución Francesa habían aumentado el temor a cualquier reforma, y los últimos años de Jovellanos incluirían su destierro y encarcelamiento en Mallorca de 1801 a 1808, por orden de Godoy, e intrigas religioso-políticas. A continuación vería la invasión napoleónica, con la que rehusó colaborar, uniéndose a la resistencia. Murió en 1811, con 67 años. Jovellanos personificó al mismo tiempo la más caracterizada y en general bien orientada efervescencia reformista del período ilustrado, y su fin poco brillante.

Como resultado de las reformas y de la paz —pues las guerras tuvieron un carácter casi exclusivamente naval—, el siglo ilustrado permitió una recuperación material sostenida, logro muy notable aun si no se alcanzaran cotas

espectaculares de prosperidad. Índice de ella puede considerarse el aumento de la población en tres millones, hasta casi los once, y de las ciudades. Madrid creció hasta los 170 000 habitantes, aunque el auge más espectacular correspondió a Barcelona que, gracias a la abolición de los fueros y la liberalización del comercio con América, casi triplicó su riqueza y población, hasta los 100 000. Se construyeron fortificaciones de gran categoría en Cartagena de Indias, La Habana y otros puntos del imperio y, según un urbanismo racional, la ciudad de Ferrol, que, junto con Cartagena y Cádiz, se convirtió en una poderosa base naval.

* * *

Si el siglo fue de recuperación material, no lo fue cultural. Se ha dicho que España adquirió entonces su verdadero perfil de nación, tesis caprichosa, pues el *perfil* existía de muchos siglos atrás; por el contrario, germinaron entonces factores de desintegración nacional. Las efervescentes ideas, ciencia y técnica procedentes del exterior vinieron acompañadas de una activa denigración del pasado español, curioso resurgir de la leyenda negra cuando España había perdido su hegemonía, que en cierto modo la había explicado. Frente a ello, intelectuales como Juan Pablo Forner reaccionaron reivindicando las antiguas glorias y menospreciando o relativizando las foráneas; otros aceptaban sin mayor crítica las invectivas francesas. Lo último se explica porque el viejo pensamiento español estaba en el olvido —no concordaba con el despotismo ilustrado— y porque la inferioridad intelectual, económica y técnica española con respecto a Francia saltaba demasiado a la vista, e incitaba a explicarla como herencia de un pasado poco digno de estima.

Para Forner, «infelizmente hemos nacido en una edad,

que dándose a sí misma el magnífico título de filosófica, apenas conoce la rectitud en los modos de pensar y juzgar (…). Poco doctos en lo íntimo de las ciencias hablaron de todas antojadizamente los Rousseaus, los Voltaires, y los Helvecios. Nada sirve, nada vale en la consideración de dictadores tan graves y profundos, sino lo que se acomoda con sus repúblicas imaginarias, con sus mundos vanos y con el antojo de sus delirios. No hay gobierno sabio, si ellos no lo establecen; política útil, si ellos no la dictan; república feliz, si ellos no la dirigen; religión santa y verdadera, si ellos, que son los maestros de la vanidad, no la fundan y determinan. (…) [Juntan] la malignidad al delirio, y a la ignorancia las atrevidas artes de la impostura». Alguna razón hay en ello, pero Forner, a su vez, no aportaba ideas nuevas y hablaba con más elocuencia que argumento.

Por un tiempo se distinguió entre la brillantez del siglo XVI y el declive (exagerado y generalizado) del XVII, pero pronto un desdén acrítico abarcó a ambos, y no por adulación a los Borbones, que tenían una gran parte de sangre Habsburgo. Hasta Feijoo escribió que los conquistadores «llenaron a España de riquezas después de inundar América de sangre», mostrando una información tan deficiente como su lógica: poca riqueza puede salir de un país «inundado de sangre», salvo el botín del primer momento. Otro autor notable, José Cadalso, que empezó a escribir en *Defensa de la nación española* contra injurias de Montesquieu, concluyó en la seudoidea de que los Austrias habían dilapidado «los tesoros, talento y sangre de los españoles» en empresas carentes de interés para España. Parecía creer que las acciones de los países (o de las personas), eran producto exclusivo de unos intereses bien definidos, inmutables por las circunstancias. La queja

reflejaba un inconsciente deseo de justificar la propia mediocridad en el legado recibido (los Reyes Católicos no perdieron tiempo en justificarse con los males del pasado, pese al desastroso legado que encontraron). La interiorización de aquellos ataques daría lugar a una estéril actitud autodenigratoria, con serias consecuencias políticas en España y América.

Forner tenía talento, pero desperdició mucho de él en polémicas menores. Y, pese a su incisiva prosa, su encomio de las mejores tradiciones españolas no llegaba a enriquecerlas: mantenía una posición defensiva. En el siglo XVIII español se percibe ausencia de un pensamiento original, aunque existan divulgadores, alguno de gran talla; no hay verdaderos científicos ni afición por la ciencia pura, aunque sí algunos prácticos y buenos especialistas en ciencia aplicada. Hay literatos apreciables como el citado Cadalso, los hermanos Nicolás y Leandro Fernández de Moratín, Tomás de Iriarte, Ramón de la Cruz, Félix María Samaniego o Juan Meléndez Valdés; pero la impresión general es la de una cultura mediocre, sin savia propia, psicológica e intelectualmente girando en la órbita francesa, tanto los imitadores como los contradictores. Ni la Ilustración española produjo un pensador original, ni el tradicionalismo un solo teólogo importante. Filósofos o científicos, ni siquiera se lo proponían.

* * *

En el mediano panorama hubo una excepción, Francisco de Goya, uno de los máximos genios de la pintura, al nivel de Rembrandt y Velázquez, a quienes consideró sus maestros. Su talento le permitió vivir con desahogo, ya que le solicitaban la Iglesia, los particulares y la corte, en torno a la cual vivió muchos años. Católico e ilustrado, su evolución

artística refleja la de la sociedad de su tiempo: la segunda mitad del siglo XVIII, en la cual vive Goya hasta dentro del siguiente, fue de recuperación de la vitalidad española, que iba a despeñarse a principios del XIX. Probablemente nada mejor que la pintura de Goya refleja ese cambio y la premonición del desastre.

Las pinturas de su primera época, años setenta y ochenta, retratan una sociedad calmada y con alegría de vivir: juegos de sociedad, toros, romerías, galantería… con un contacto entre las clases sociales poco imaginable en Francia o en Inglaterra. Escenas aún dentro de las normas rococó o neoclásicas, pero no convencionales, de un robusto realismo y a veces interés por los trabajadores. Sus pinturas religiosas pueden dar impresión de mayor convencionalidad, acaso porque la religión misma se había hecho más convencional. Pero ya en los años ochenta pintó escenas menos risueñas, como el asalto a una diligencia.

Por los años noventa, sus pinturas expresan inquietud y un fondo más sombrío. Para éste disponía del doble paisaje madrileño, que muchos años después iba a describir Pío Baroja: «Las afueras de Madrid constituyen una serie de paisajes de los más sugestivos de España. La zona del norte y el oeste, con su muralla del Guadarrama, es noble y majestuosa. La parte este y sur es el páramo castellano, con sus cerros monótonos en el horizonte y el cielo ardoroso y desolado». Pinta cada vez más temas de violencias, la presencia de la muerte, la desgracia, lo grotesco, la locura, la brujería, la fealdad de la vida. Acaso influyó en ello la sordera que le afectó desde 1793, pero eso es lo de menos. Su reacción psíquica encierra una lógica, no consciente, de la Ilustración, sus limitaciones y quizá su agotamiento. Una de sus obras, hoy perdida, se inspira agoreramente en el título

de una versión del *Don Juan Tenorio: No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague*. Retrata a su amigo Jovellanos (1798) en actitud melancólica o algo desalentada, pese a la protección de Minerva. Goya siguió inmerso en la ideología ilustrada, pero su arte pierde el optimismo anterior. Desde 1792 —casualmente tercer centenario del Descubrimiento de América—, rompe con la estricta preceptiva neoclásica. Seguramente compartía la preferencia de Jovellanos por el realismo de Velázquez sobre la belleza neoclásica ilustrada, que afectaba inspirarse en Grecia: la vida real no podía captarse con aquellas normas, o no sólo con ellas.

Por más que las escenas inquietantes de muchos de sus cuadros no eran ni podían ser una deliberada descripción del curso de la historia, las obras que llamamos maestras escapan a la intención del autor. No se trata de banales denuncias de tipo social o afines, que tanto abundarían desde entonces; son pinturas objetivas no destinadas a provocar una fácil indignación, y que causan angustia, tienen algo de profético. Así el aguafuerte *El sueño de la razón produce monstruos*: la postura del personaje, con la cabeza boca abajo entre los brazos sobre una mesa, parece indicar a alguien dormido, pero su posición no acaba de sugerir el abandono corporal del sueño, sino —o también— a alguien que se tapa la cara ante la monstruosidad que le rodea. El pintor explicó que la fantasía desprovista de razón tiene efectos monstruosos (con lo cual viene a describir corrientes artísticas futuras); pero la escena va más allá de un posible designio moralizante tipo «la alternativa a la razón es la monstruosidad», pues también cabe entenderla de otro modo: la razón ensoñada. O incluso «la razón es un sueño» con efectos de pesadilla. Idea premonitoria: muchos optimismos ilustrados tendrían

inesperadas consecuencias, como le había ocurrido a Prometeo. El tono profético, sin el cual el cuadro queda en moralina roma, encierra una visión de la lógica profunda de las cosas, como ocurre con los mitos, difícil de expresar racionalmente.

Premonitorio también el *Retrato de la familia de Carlos IV*. Se lo ha interpretado como una caricatura sarcástica de la familia real y hasta de la institución monárquica, pero es dudoso: la broma no habría salido gratis a Goya. Por el contrario, los reyes acogieron bastante bien la pintura, viéndola como lo que probablemente quería ser: una escena familiar y doméstica, casi popular si exceptuamos los trajes, sin apenas símbolos del poder. La idea queda realzada por la presencia central de la reina, María Luisa de Parma, que abraza a una hija y tiene de la mano a un hijo menor, con el rey a su izquierda, aunque más en primer plano. La disposición insinúa tanto el tono familiar como el protagonismo político de la reina, que arrebata el centro a su marido. En todo caso, ofrece un panorama poco esperanzador. El rey, de aspecto vulgar, tiene la mirada perdida y carece de majestad; la reina, nada agraciada, dirige la vista en dirección contraria a la del rey, con una vaga expresión altanera que desdice del gesto afectuoso hacia sus hijos. En algún otro personaje resalta la fealdad, aunque no en la mayoría. La composición se inspira en *Las Meninas*, cuadro muy apreciado por Goya y de los más admirados de la pintura mundial; pero, al revés que éste, carece de profundidad, cerrada por una pared con otros cuadros, lo que aumenta la trivialidad de la escena. Casi exigiría las palabras del festín de Baltasar. Fue pintado en 1800, un año después de *El sueño de la razón* y cuando faltaba ya poco para que se hiciera añicos el trabajo recuperador de la

Ilustración española, no espléndido, pero sí prometedor.

55

ESPAÑA ANTE EUROPA Y AMÉRICA

Podemos distinguir en el siglo XVIII dos grandes períodos: hasta 1775, comienzo de la Guerra de Independencia de Usa, y desde esa fecha hasta 1815, final de las guerras napoleónicas. En el primer período, lejos del ideal de paz perpetua, Europa sufrió dos grandes guerras de sucesión, además de la española: la polaca (1733-1738) y la austríaca (1740-1748), que, como la española, se generalizaron. España participó en las dos, así como en la de independencia de Usa. Menor incidencia tuvo en la Gran Guerra del Norte, del Báltico (1700-1721), y considerable en la de los Siete Años (1756-1763). Estas pugnas remodelarían los mapas políticos de Europa, América y la India, acabarían de momento con la expansión colonial francesa y definirían a Inglaterra como primera potencia mundial, mientras Francia, siempre rica y fuerte, caminaba hacia la revolución.

La potencia de España, aunque secundaria, derivaba de su imperio (al igual, pero más acentuadamente, que ocurría con Holanda y Portugal), de su flota, que, una vez recompuesta, pudo rivalizar en ocasiones con la inglesa, y de su capacidad para obtener victorias en el viejo escenario italiano y en América frente a Inglaterra.

Del Tratado de Utrecht salió España estrechamente aliada a Francia, donde, desde 1715 reinaba Luis XV, sucesor del Rey Sol. En 1733, ante la Guerra de Sucesión polaca, Madrid y París firmaron el primer Pacto de Familia, contra los Habsburgo, cuyo candidato se impondría; Francia ganó la Lorena y España recobró indirectamente Nápoles y

Sicilia, que había cedido a Austria en Utrecht, y que quedaban gobernadas por el futuro Carlos III, hijo de Felipe V. Rusia salió como gran potencia.

El arreglo no trajo la paz a Centroeuropa. En 1740, la sucesión de Austria en María Teresa, hija del emperador Carlos VI, causaba una nueva conflagración entre Inglaterra, Rusia, Holanda y Austria por un lado, y Francia, Prusia, Suecia y España del otro. España luchó en el mar contra Gran Bretaña, que miraba la América hispana como un botín que podría caer en sus manos, al modo de buena parte del Canadá francés.

Muerta la reina inglesa Ana en 1714, sin descendencia, había subido al trono el príncipe alemán de Hannover Jorge I, que no se molestó en aprender inglés pero reinó hasta 1727.Apenas nombrado, hubo de aplastar una rebelión jacobita procatólica en Escocia (unos rebeldes fueron ejecutados y otros enviados como esclavos a las colonias). Una nueva rebelión en 1719 dio pie a un intento de invasión española, desbaratado por los temporales: sólo 300 soldados arribaron a Escocia, y fueron vencidos junto con los *highlanders*, última presencia de tropas extranjeras hostiles en Gran Bretaña. El primer ministro Robert Walpole era propicio al entendimiento con Madrid, pero el Parlamento y el nuevo rey, Jorge II, también nacido en Alemania, deseaban la guerra con España, y Walpole se vio arrastrado al conflicto.

Desde Utrecht, los ingleses tenían autorizado un «navío de permiso» anual para comerciar con la América española, pero practicaban la piratería y el contrabando a gran escala. Según Londres, desde 1713, habían perdido los ingleses 331 barcos a manos de los guardacostas españoles, y capturado a su vez 231 barcos hispanos; los datos de

Madrid, más fiables, reducían la cifra a 186 y 25 respectivamente. El pretexto bélico fue insignificante: un capitán español llamado Fandiño apresó en 1738 a otro inglés contrabandista, llamado Jenkins, y le cortó una oreja advirtiéndole que otro tanto haría a su rey si lo pillase en la misma faena. Con la argucia de vengar la afrenta, el reputado almirante Vernon marchó al Caribe en 1740 y saqueó la ciudad panameña de Portobelo, una base de las flotas a España. El éxito desató la euforia en Londres, donde hubo celebraciones, quedó medio oficializado el himno *God save the king*, se compuso el no menos famoso *Rule Britania*, y se nombró Portobelo una calle de Londres. Al año siguiente se preparó una acción a escala nunca vista: Vernon, con una escuadra estimada en 186 barcos y 23 000 hombres, incluyendo macheteros esclavos, atacaría Cartagena de Indias, centro neurálgico del Imperio español y de su comercio, mientras otra flota menor, al mando del almirante Anson, operaría contra las apenas protegidas posesiones españolas del Pacífico y tomaría, en tenaza con Vernon, el istmo de Panamá. La escasez de la guarnición de Cartagena (seis buques y 3600 hombres, entre hispanos e indios), hacía la victoria segura, y en Londres fueron acuñadas medallas con las inscripciones «Los héroes británicos tomaron Cartagena el 1 de abril de 1741», y «La arrogancia española, humillada por el almirante Vernon».

La empresa tendría menos éxito del que parecía lógico. La flota de Anson pronto sufrió mermas por deserciones, naufragios y escorbuto. Tras un saqueo menor, renunció a su misión y con un solo barco merodeó por el Pacífico. Dos años después Anson tuvo la suerte de volverse rico al capturar el galeón de Manila. Peor le fue a Vernon. En Cartagena le aguardaba el mejor marino español de la época,

el guipuzcoano Blas de Lezo, que parecía conservar el espíritu de los conquistadores. A la intimación de Vernon, replicó que de haber estado él en Portobelo habría sabido castigar su «cobardía», y demostró que no era una simple jactancia, pues, empleando sus débiles fuerzas con ingenio y previsión, repelió el desembarco inglés, ocasionándole fuertes bajas. Vernon hubo de contentarse con bombardear la plaza desde el mar durante semanas, con malos efectos, pues la fiebre amarilla hizo presa en sus tripulaciones, y tuvo que retirarse tras haber perdido hasta 50 naves y 6000 hombres. Fue una de las peores derrotas de la Royal Navy, y la decepción en Londres estuvo al nivel: las autoridades prohibieron hablar o incluso historiar el suceso, que quedó oficiosamente reducido a la «Guerra de la oreja de Jenkins». Sólo una mente muy disparatada, y no era el caso, habría lanzado tal ofensiva por una oreja y un nimio asunto de contrabando, o por «humillar» a España. El objetivo, mucho más vasto, habría estrangulado el Imperio español, y lo que importa es que éste quedó a salvo por cerca de un siglo. La estrategia británica se haría más indirecta, subvencionando a criollos opuestos a España.

Blas de Lezo, salvador del imperio en la ocasión, llamado *Medio Hombre* por haber perdido una pierna, un brazo y un ojo en sus arrojadas acciones, combinaba un ingenio, energía y acometividad poco frecuentes. Durante la Guerra de Sucesión había capturado o destruido numerosos barcos británicos y burlado sus bloqueos. En 1732 tuvo una gran participación en el recobro de Orán, que habían tomado los otomanos aprovechando la guerra anterior, y destruyó bases de piratas berberiscos. Pese a sus hazañas ha estado casi olvidado en la historia española durante más de dos siglos.

* * *

Mientras proseguía este conflicto, relacionado con la sucesión de Austria, en 1743 se firmó el Segundo Pacto de Familia. En 1744 una débil armada española al mando de Juan José Navarro rechazó y causó graves daños, cerca de Tolón, a una inglesa muy superior en número y artillería. El almirante inglés Matthews y otros oficiales serían destituidos, así como el jefe francés, al protestar Navarro por su tardía ayuda. Los españoles hostigaron e hicieron bastantes capturas a los británicos, probando que el país, poco antes despreciado en el mar, volvía a ser una fuerza respetable. Navarro fue un buen matemático e inventó un código de señales que adoptaría la marina francesa.

La Guerra de Sucesión de Austria terminó en 1748, siendo su resultado mayor la confirmación de Prusia como gran potencia centroeuropea y aglutinadora del nacionalismo alemán, bajo Federico II el Grande. Los demás implicados no sacaron prácticamente nada, y España sólo algunas ganancias indirectas en Italia. Fue una guerra casi sin vencedores ni vencidos.

La paz, insatisfactoria para casi todos, abocaría en 1756 a la Guerra de los Siete Años, originada en Alemania y que, como las anteriores, pero con mayor intensidad, afectó a América, la India y otras tierras y mares, por lo que se la ha considerado *primera guerra mundial*, calculándosele la desusada cifra de más de un millón de muertos en combate. El rey prusiano Federico demostró talento militar, pero, acosado por Austria, Rusia, Francia y Suecia, perdió Berlín en 1759 a manos de los rusos, y en 1762 estaba al borde de la catástrofe. Le salvó in extremis el fallecimiento de la zarina Isabel I, cuyo sucesor, Pedro III, concertó la paz con Prusia, y también lo hizo Suecia. Cambió así la marea bélica,

pero los contendientes estaban extenuados y acordaron una paz que dejaba en Europa las cosas casi como estaban, salvo que Prusia, un año antes al borde del colapso, salía reforzada y dueña de Silesia. La ganadora mayor fue Inglaterra, que ayudó a Prusia, expulsó a Francia de casi todas sus colonias de Canadá y la India, y recuperó Menorca, que le habían quitado los franceses.

Madrid había intentado arbitrar entre París y Londres, pero la agresividad inglesa le empujó a firmar el tercer Pacto de Familia, en 1761. La flota británica había sufrido una enérgica depuración y correcciones después de sus malos rendimientos en décadas anteriores, y en 1762 ocupó La Habana y Manila. Las devolvió por la Paz de París, pero retuvo Florida, parte de Honduras y el derecho de navegación por el Misisipi. España hubo de evacuar el norte de Portugal y la colonia de Sacramento, frente a Buenos Aires, objeto de conflictos desde tiempo atrás; y recibió de Francia la enorme y apenas dominada Luisiana, con capital en Nueva Orleáns, por evitar su caída en manos inglesas.

Durante esta guerra, en 1762, Catalina, que sería llamada *la Grande*, se hizo con el poder en Rusia mediante un golpe de estado contra su esposo Pedro. Reinaría hasta 1796, con un característico despotismo ilustrado, muy pesado para los campesinos, que organizaron alguna gran rebelión (también en el norte de Alemania, Prusia y Polonia persistía una opresiva servidumbre de la gleba). Y siguió la tendencia expansiva de los zares anteriores, consiguiendo, entre otras cosas, abrir el país al Mar Negro, derrotando a los turcos. Allí sería fundada Odesa bajo la dirección del español José de Ribas, contralmirante de la armada rusa. Polonia también cayó bajo la influencia de Moscú, lo que provocó una rebelión que fue aplastada, y en 1772 sufrió un

primer reparto parcial entre Rusia, Austria y Prusia. Otro reparto, en 1792, sería ya completo.

* * *

El Imperio hispanoamericano siguió creciendo. Con la entrega de Luisiana por Francia, más de la mitad de la actual Usa estaba bajo el poder —al menos nominal— de España. Ante noticias de avances rusos desde Alaska e ingleses desde Canadá, Madrid fomentó las exploraciones y fundaciones por la costa norteamericana del Pacífico. El mallorquín Juan José Pérez llegó a la isla de Nutka, al lado de Vancouver, y otra expedición confirmó en las Aleutianas la expansión rusa. Los contactos entre Rusia y España, siempre escasos, se producían ahora al otro lado del mundo, con peligro de choque. En 1789 el sevillano Esteban José Martínez se estableció en Nutka y apresó algunos barcos británicos que trataban de imponer su bandera. Poco después se construyó un fuerte guarnecido por una compañía de voluntarios catalanes; pero Madrid ordenaría abandonarlo en 1795, por su excesiva lejanía y difícil defensa.

También se realizaron numerosas exploraciones científicas por América y el Pacífico, las más destacadas la de Antonio de Ulloa y Jorge Juan, y la de Alejandro Malaspina. Éste, marino italiano al servicio de España, hizo varios viajes a las Filipinas, y en 1789 dirigió una expedición por las posesiones españolas y el Pacífico con el fin de hacer observaciones astronómicas y estudiar la geología, ríos, botánica y zoología de aquellos territorios, así como su situación política; exploró desde el sur de Argentina y Chile hasta Alaska, buscando un paso por el norte entre el Atlántico y el Pacífico, y siguió hacia Filipinas, islas de la Sonda y sur de Nueva Zelanda, cartografiando zonas desconocidas. Su labor cartográfica y científica no desdice de

la de sus predecesores James Cook en los años sesenta y setenta, y La Pérouse en los ochenta.

Aspecto relevante de la colonización fueron las *reducciones* en varias zonas de América, con las que los misioneros ensayaban una especie de utopía semicolectivista y sin los *vicios* de los blancos. Varias de estas misiones, en Paraguay, fueron destruidas por los *bandeirantes* portugueses, que buscaban esclavos. A fin de protegerlas, los jesuitas organizaron eficaces milicias indígenas y experiencias sociales que han dejado ruinas impresionantes en las selvas de Paraguay, Argentina y Brasil. Los indios, instruidos en oficios y artes, con mucha atención a la música, construyeron verdaderas ciudades y alcanzaron notable prosperidad. Voltaire, con su habitual desenvoltura, tildaría las reducciones de esclavistas cuando, entre otras cosas, libraban a los indígenas de las razias esclavizadoras. En realidad consistían en una tutela benévola, en cierto modo la experiencia más acabada del despotismo ilustrado. La comunidad reproducía algo del orden monástico, con horarios y trabajo reglamentados, propiedad colectiva (aunque casas, huertos y bienes particulares privados). Los misioneros, menos de cien, gobernaban a unos 150 000 indígenas, y durante el siglo y medio que duraron no hubo rebeliones ni disturbios, y casi ningún indio volvió a la selva. Ello despertaba recelo y envidia en diversos medios coloniales, y finalmente los jesuitas fueron expulsados. Entonces quedó de relieve su talón de Aquiles: no se había consolidado una sociedad autónoma, y en poco tiempo los indios se dispersaron y volvieron a sus hábitos, otros fueron perseguidos o esclavizados o emigraron para vivir de su destreza artesana.

Otras experiencias fueron las dirigidas por el franciscano

mallorquín Junípero Serra, que en 1743 daba clases en la Universidad Luliana de Mallorca, y en 1749 salió para Nueva España (Méjico) con veinte cofrades. Tras la expulsión de los jesuitas, varios franciscanos fueron enviados a sustituirles en el peligroso territorio de los apaches, tribu guerrera refractaria a la civilización que atacaba tanto a los españoles como a otras tribus, aunque el proyecto se aplazó. Junípero marchó luego a tierras de California en 1768, y en quince años fundó nueve misiones a partir de la de San Diego. La táctica consistía en establecerse, atraerse a los indígenas que se les acercaban por curiosidad, y enseñarles doctrina cristiana junto con técnicas agrícolas, ganaderas, de construcción y, a las mujeres, textiles y culinarias. De las misiones de Junípero y de otras saldrían varias de las ciudades más importantes de California, como Los Ángeles o San Francisco. Junípero fue beatificado en el siglo XX, pero algunos grupos *progresistas* se han opuesto a su canonización alegando que explotaba y castigaba físicamente a los indígenas, cosas muy poco probables, dada la ausencia de un poder efectivo.

A lo largo del siglo, el Imperio español se transformó, convirtiéndose en un verdadero imperio desde su original concepción como Monarquía Hispánica. Ésta suponía una base de igualdad de naturales y españoles como súbditos de la corona y la garantía a los primeros de vastas extensiones, los «resguardos», donde podían vivir según sus tradiciones, con economía colectivista, y una sostenida labor evangelizadora. La corona ejercía vigilancia, más o menos eficaz, pero real, contra los abusos económicos y físicos de los colonizadores. Tal concepto difería del ilustrado propio de los imperios inglés, holandés y francés, de escaso esfuerzo cristianizador, en los que primaba absolutamente el interés

económico, sin derechos de los colonizados. Sus colonias eran administradas por grandes compañías que recibían el monopolio sobre el comercio y la producción, a cambio de sustanciosas aportaciones a la corona.

Ese mismo diseño fue adoptándose en España, presionada por Francia, mientras los economistas ilustrados se planteaban por qué España se lucraba tan poco de su imperio, cuando Francia obtenía tan pingües ganancias sólo con sus plantaciones antillanas. Felipe V concedió el monopolio de la trata de negros a la Compañía Real Francesa de Guinea, que redondeaba sus ganancias comprando con ellas productos americanos para venderlos en Europa. Ésta y otras iniciativas francesas para hacerse con el control del comercio americano encontraron una resistencia pasiva y boicot de los comerciantes y autoridades españolas. A consecuencia del tratado de Utrecht, el monopolio de los esclavos pasó a la Compañía Inglesa del Mar del Sur. Al mismo tiempo se extendían las plantaciones especializadas, por lo que la demanda de esclavos experimentó un fuerte auge: durante el siglo XVIII fueron trasladadas en tal condición, de África a América, sobre el doble de personas que en los dos siglos anteriores juntos.

En este nuevo imperialismo, las Leyes de Indias y los resguardos estorbaban, pues restringían la mano de obra e imponían jornadas cortas, salarios relativamente altos y condiciones poco rentables de inmediato. Así, la corona fue cambiando discretamente la vieja política: vendió a bajo precio las tierras de realengo, donde vivía bastante gente, que fue desalojada, con lo que se extendieron los latifundios; y los resguardos fueron poco a poco reducidos. La anterior situación de mano de obra escasa cambió a otra de población flotante sin recursos y forzada a trabajar en casi cualquier

condición, y compuesta de indios y también de criollos y españoles pobres. Los afectados enviaron cartas de protesta a la corte, pero ésta prefería ahora a los plantadores y grandes compañías, y no respondió a las quejas. También se intentaba mantener el monopolio comercial español, cada vez más difícil porque el país, pese al aumento de su producción manufacturera, no podía atender las demandas del mercado americano, lo que irritaba a la oligarquía criolla y estimulaba el contrabando.

Ulloa y Jorge Juan expusieron en sus *Noticias Secretas de América*, de 1748, abusos generalizados, pésima situación de los indios despojados de tierras, baja moralidad del clero y enemistad entre criollos y europeos. El descontento se expresó en las primeras revueltas de importancia, criollas e indias, desde la conquista. Una gran empresa, la Compañía Guipuzcoana de Venezuela, destacó por su eficacia comercial y represión del contrabando holandés, y en acciones contra los ingleses, pero despertó la ojeriza de los líderes criollos, que la acusaban de actuar despóticamente como un verdadero gobierno y de rebajar los precios del cacao. La compañía tenía el monopolio comercial con Venezuela, y los criollos se sentían reducidos a auxiliares o constreñidos a condiciones leoninas en el intercambio. En 1749 estalló una sublevación en Caracas, dirigida por Juan Francisco de León, que fue embaucada por la autoridad virreinal y luego aplastada militarmente en 1752.

Más graves fueron las revueltas de Perú y Bolivia. Según observadores como Humboldt, los indios mostraban sólida lealtad a la corona española, su defensora tradicional frente a la avidez de europeos y criollos, pero esa lealtad sufría con la nueva política. En 1780, el mestizo José Gabriel Condorcanqui tomó el nombre de Tupac Amaru II y se

proclamó «Don José I, por la gracia de Dios Inca del Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y Continente, de los Mares del Sur, Duque de la Superlativa, Señor de los Césares y Amazonas, con Dominios en el Gran Paititi, Comisionado y Distribuidor de la Piedad Divina por el Erario sin par…». Arrastró a miles de indios y buscó atraerse a los criollos afirmando que había sido comisionado por el rey Carlos III para acabar con las injusticias y mal gobierno. Les proponía «vivir como hermanos y destruir a los europeos» mediante «guerra viva y sangre y fuego», declarándose también «Virrey de Lima». Los rebeldes mataron públicamente a un corregidor y «se revolcaron literalmente en la sangre de españoles», resume Madariaga en su libro sobre el Imperio español. Otro alzamiento en Bolivia al mando del aimara Tupac Catarí, que se proclamó también inca y virrey, y prohibió usar el castellano bajo pena de muerte, estuvo cerca de tomar La Paz y cometió atrocidades semejantes a las de Tupac Amaru. Antes de dos años estas rebeliones estaban vencidas, y sus dirigentes ejecutados con la misma crueldad usada en Europa.

Según Montesquieu, en América, España «hizo lo que el propio despotismo no hace: destruir a sus habitantes», «exterminar» a «un pueblo tan numeroso como todos los de Europa juntos» y después «no ha podido repoblarla», de modo que «los destructores se destruyen a sí mismos y se consumen todos los días». Esto es puro Las Casas. En la segunda mitad del siglo XVIII, la América hispana contaría de diez a trece millones de habitantes, y a finales del siglo, entre trece y dieciséis, cifras muy estimativas, pero superiores seguramente a las de cualquier época anterior antes o después de la conquista. Y estaba sembrada de ciudades, muchas de ellas espléndidas como Méjico, a la que

Humboldt consideraba una de las más hermosas de los dos hemisferios, Cartagena, La Habana, Lima, Arequipa, Portobelo, Quito, Buenos Aires, Santiago… Salvo en las Antillas y costa venezolana, predominaban los indios, poco europeizados y a veces no civilizados, que solían vivir en «república» aparte; los mestizos también abundaban y se movían en el ámbito de la sociedad blanca, en posición inferior. Los negros, casi todos esclavos, vivían sobre todo en el área del Caribe, con un número considerable de mulatos. Los criollos, españoles nacidos en las Indias, predominaban en las ciudades y algunas regiones: durante los siglos XVI y XVII habrían llegado al continente entre 300 000 y 700 000 hispanos (las estimaciones difieren mucho) y acaso hasta 600 000 durante el XVIII. Con la natural procreación —mestiza en parte— debían de ser muy numerosos. Y estaban los españoles llegados recientemente, en trato poco afectuoso con los criollos.

La capa superior criolla constituía una oligarquía o patriciado culto y rico, con una vida lujosa a la europea, envidiada por los europeos visitantes, y atenta a las ideas de la Ilustración, en especial la francesa. Esa oligarquía miraba con resentimiento a los españoles recién llegados con cargos políticos, inquina que extendía a los demás. No aspiraba a la separación, sí a mayor autonomía y a ser tratada como los españoles de la metrópoli, cosa difícil, al tomar cuerpo la nueva concepción colonial.

La sociedad hispanoamericana perdía estabilidad, y Madrid especulaba sobre el porvenir. El conde de Aranda propuso que la corona retuviese Cuba, Puerto Rico y alguna zona suramericana como base comercial, distribuyendo el resto en tres reinos con monarcas Borbones españoles, quedando el rey de España como «emperador». Malaspina,

en un informe secreto, defendió una división similar del continente y Filipinas en confederación con España, cuyo lazo fundamental sería el comercio; solución poco realista cuando España sólo abastecía a las Indias de un 10 por ciento de los artículos manufacturados, aunque hiciese de intermediaria de mucho más. La política adoptada sería una progresiva apertura del comercio desde 1765, eliminando la exclusividad de Sevilla a favor de ocho puertos más, y después doce, hasta admitir a otros países en algo aproximado al libre comercio, con efectos desiguales.

En cualquier caso, la evolución general, las influencias ilustradas —particularmente de Rousseau— y la rivalidad con Inglaterra auguraban un futuro muy distinto del pasado.

56

DOS GRANDES REVOLUCIONES EN AMÉRICA Y EUROPA

El asentamiento inglés en el norte de América data de 1607, un siglo posterior al español, y hasta el XVIII tomaron forma trece colonias en la costa oriental de Norteamérica, desde Canadá a Florida, expandiéndose en guerras con los indígenas. Bastantes pobladores eran delincuentes, enviados allí como se haría a Australia, política opuesta a la de España. Otros, hasta la mitad y más, llegarían de Europa en régimen especial: para pagar a la compañía, el pasaje, la alimentación y el albergue, podían ser vendidos y comprados, golpeados, trabajaban sin sueldo y no podían casarse sin permiso del amo. Estas condiciones, en vigor aún décadas después de la independencia, sólo diferían de la esclavitud en su duración, entre tres y siete años. Tales circunstancias más la dureza de la vida colonial no auguraban un gran futuro, pero durante las décadas de los treinta y cuarenta del siglo XVIII ocurrió el «Gran Despertar», una oleada de emotiva devoción religiosa de diversas confesiones, que quizá indujo cierto fanatismo, pero elevó la moralidad y cohesión social, y creó nuevas iglesias. Las prédicas solían insistir en la igualdad evangélica entre los hombres, proyectable a política, y la preocupación por una vida virtuosa y feliz, que sería una constante en la cultura que estaba fraguando.

La sociedad difirió pronto de la inglesa: el anglicanismo retrocedió ante las demás confesiones protestantes y una minoría irlandesa católica; y el sistema aristocrático cuajó poco. Londres miraba sin aprecio a los colonos, excepto por el rendimiento económico de las plantaciones de tabaco,

algodón, azúcar, etc. Durante la Guerra de los Siete Años, los colonos habían contribuido a derrotar a los franceses de Canadá, y se sintieron vejados cuando el Parlamento inglés les impuso nuevos tributos para sostener tropas en América. Exigieron trato igual a los ingleses de la metrópoli, representación parlamentaria y decisión sobre los impuestos. También les enojaba la tolerancia de Londres hacia los franceses de Quebec, acordada en el tratado de París. Para entonces vivían en las trece colonias dos millones de blancos y medio millón de esclavos negros.

El conflicto empezó en 1773 con el asalto a tres barcos ingleses en Boston. Al año siguiente un congreso de colonos decidió la secesión y en abril de 1775 la guerra se hizo abierta. Los británicos dominaban el mar y las zonas costeras, y creían que los rebeldes se habían buscado la ruina; un general aseguró que le bastaría recorrer el territorio con mil granaderos para «castrar a todos los hombres, ya por la fuerza, ya con un poco de persuasión». Pero el interior resistía tenazmente mediante guerrillas. Los rebeldes nombraron a George Washington jefe de sus tropas, trataron infructuosamente de extender la revuelta al Canadá, y en 1776 proclamaron la independencia. Hasta otoño de 1777 llevaron la peor parte, pero les llegó cuantiosa ayuda francesa, y pronto española, y su situación mejoró al vencer a un ejército inglés en Saratoga. Esta victoria animó a París, ansiosa de revancha por la Guerra de los Siete Años, a declarar la guerra a Londres, a principios de 1778;al año siguiente lo haría España. También Holanda, que, sumida en envenenadas rencillas internas, cosecharía serios fracasos.

Londres planeó una guerra larga a base de saquear y destruir los pueblos de la costa, cerrar su comercio e incitar ataques de los indios, hasta que los colonos, sumidos en la

miseria, volvieran al yugo con «penitencia y remordimiento». Los británicos contaban con apoyo de bastantes colonos, de casi todos los indios y negros, y reclutaron hasta 30 000 mercenarios alemanes. Sin embargo, el corso rebelde rompió el bloqueo y capturó barcos ingleses, los franceses desembarcaron 14 000 soldados profesionales al mando de La Fayette, y los españoles ganaron una serie de batallas. En 1781 la flota francesa derrotó a la británica en Chesapeake y bloqueó a sus tropas, que, atacadas por las franco-americanas en Yorktown, hubieron de rendirse. El combate, mínimo, selló la contienda: la secesión fue oficializada en el tratado de Versalles de 1783.

Pese a su larga duración, la guerra fue poco sangrienta: unos 25 000 muertos cada bando. Los americanos tuvieron 8000 en combate, en torno a 10 000 o 12 000 víctimas del maltrato en los horrendos barcos-prisión británicos, y el resto por enfermedad. De los contrarios, la mayoría fueron alemanes, y 42 000 marineros ingleses desertaron.

España ayudó con dinero, material y con la intervención directa de Bernardo de Gálvez, gobernador de Luisiana. Gálvez facilitó el tráfico y movimiento rebelde y cerró a los británicos la navegación por el Misisipi, a través del cual habrían podido tomar por la espalda a los colonos. Declarada la guerra, expulsó a los ingleses sucesivamente de Manchac, Bâton Rouge y Natchez, desbaratando su proyectada ofensiva sobre Nueva Orleáns, que les habría dejado expedito el Misisipi. Luego les privó de bases en la zona, venciéndolos en Mauvila (Mobile) y Pensacola, impidiéndoles maniobrar desde el sur. En 1782 capturó la base naval inglesa de las Bahamas y se preparaba para atacar Jamaica cuando llegó la paz. Sus campañas mantuvieron abierta una esencial línea de abastecimiento a los rebeldes, al

paso que impedían a los ingleses envolverlos por el sur y el oeste. Reconocido a sus méritos, Washington le hizo desfilar a su derecha en el festejo de la independencia. Fue después un notable virrey de Nueva España.

El tratado de Versalles resarcía a España de sus anteriores reveses frente a Inglaterra: con escaso coste humano y material recobraba Florida, zonas de Centroamérica y Menorca; pero no Gibraltar, que había resistido un tenaz asedio. A Francia le venía bien que el peñón permaneciese como causa permanente de fricción entre España e Inglaterra y el conde de Aranda firmó por su cuenta la paz renunciando a él. Francia recuperó varias islas antillanas y enclaves en Senegal, pero el coste de su intervención causó un alto endeudamiento público que contribuiría a desencadenar la revolución. A las trece ex colonias se les reconoció la independencia y expansión hasta el Misisipi, duplicando su extensión previa y causando nuevas guerras con los indios, que se veían arrinconados hacia el oeste. La independencia iba a suponer mucho más que el mero nacimiento de una nación: una revolución política, cuyo poder crecería hasta desbancar, un siglo y medio después, la hegemonía mundial europea.

La lucha de las trece colonias presentaba a Madrid un arduo dilema. Aranda prefirió apoyarlas, porque era más inminente la amenaza inglesa y con Londres resultaba imposible entenderse. Floridablanca quería abstenerse y dejar que Inglaterra se desgastase, habida cuenta del mal ejemplo servido a la América española y el peligro de que un retroceso inglés diera a Francia poder excesivo. Aquellas colonias no eran muy ricas ni pobladas, ciertamente menos de ambas cosas que, por ejemplo, Nueva España; pero ya el nombre adoptado, Estados Unidos de América, presagiaba

expansionismo, y Aranda lo advirtió: «Recelo de que la nueva potencia […] nos ha de incomodar cuando se halle en disposición de hacerlo […]. Ha nacido, digámoslo así, pigmea, porque la han formado y dado el ser dos potencias poderosas como son España y Francia, auxiliándola con sus fuerzas para hacerla independiente. Mañana será gigante, conforme vaya consolidando su constitución y después un coloso irresistible en aquellas regiones. En este estado se olvidará de los beneficios que ha recibido de ambas potencias y no pensarán más que en su engrandecimiento. La libertad de religión, la facilidad de establecer las gentes en términos inmensos y las ventajas que ofrece aquel nuevo gobierno, llamarán a labradores y artesanos de todas las naciones […], y dentro de pocos años veremos con el mayor sentimiento levantado el coloso que he indicado».

* * *

La Revolución useña repercutió en Francia por dos vías: dejó a este país fuertemente endeudado, y su ejemplo radicalizó a muchos ilustrados: sólo seis años después de la Revolución de Usa estallaba en Francia otra, de estilo muy distinto.

No fue la miseria ni una tiranía excesiva la causa de la Revolución Francesa. El absolutismo ilustrado tenía poco que ver con el totalitarismo posterior: no abarcaba la mayoría de los aspectos de la vida personal, y lo limitaba la división interna por aduanas, leyes, costumbres y dialectos. No por ello dejaba Francia de ser un país bien cultivado y muy patriota, con potentes manufacturas, excelentes comunicaciones y administración ordenada, que admiraban a sus visitantes y eran vistas en España y otras naciones como un modelo. Sufrían más miseria los labriegos de Alemania, Italia o España, y de los de Francía sólo un 17 por ciento

carecía de tierra, en contraste con Inglaterra, país muy latifundista.

En julio de 1788, Luis XVI, rey desde cuatro años antes y persona amable, reformista y poco represora, convocó los Estados Generales para el 1 de mayo de 1789, lo que se hacía por primera vez desde 1614, a fin de aprobar impuestos que sufragasen la deuda, y atender a quejas generales. No era buen momento, pues en los dos años anteriores un clima inhabitual había arruinado parte de las cosechas y causado hambres (no sólo en Francia); desde 1786, la apertura del mercado a productos ingleses más baratos había causado numerosas quiebras, aunque se esperaba beneficiosa a la larga; y los agitadores explotaban la inquietud social. El gobierno había pedido ayuda económica a la Iglesia, que le fue negada (la Iglesia, como la nobleza, no pagaba impuestos, pero tenía a su cargo la mayor parte de la beneficencia e instrucción pública, y cada dos años entregaba al Estado una considerable suma). Además, se difundían doctrinas que cuestionaban el orden tradicional. Así, los Estados Generales podían tener tanto efectos calmantes sobre la sociedad como lo contrario.

La convocatoria originó una marea de agitación. Los nobles querían debilitar la monarquía y recobrar su viejo poder, y no faltaban entre ellos y el clero personas de ideas revolucionarias, como también ocurría con el tercer estamento, el «popular» o burgués. Los monárquicos y el mismo rey mostraron una autodeslegitimadora actitud claudicante, pronto percibida por sus enemigos. Los Estados Generales, lejos de votar impuestos, afirmaron representar «la voluntad del pueblo», se proclamaron Asamblea Nacional soberana y constituyente, votaron la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano y abolieron la

distinción de estamentos en su seno. Era ya la revolución. En julio de 1789 empezó la agitación callejera y el día 14 las masas tomaron la prisión de la Bastilla, degollaron al gobernador de ella, pasearon su cabeza en una pica, diversión que se generalizaría, y mataron o mutilaron a otros guardias; después, en el ayuntamiento, asesinaron a un preboste y destrozaron su cuerpo. La toma de la Bastilla y liberación de sus presos se convirtió en un mito de la Revolución, quedando ese día como fiesta nacional y la cárcel como símbolo de la odiosa opresión del Antiguo Régimen. Y en cierto modo lo era: los presos liberados fueron siete, dos perturbados, cuatro falsificadores y un pervertido. Poco antes había estado allí encerrado el marqués de Sade —nombre ha dado lugar al término «sadismo»—, el cual excitaba a la gente desde una ventana, mintiendo sobre que los presos estaban siendo decapitados dentro.

Danton, uno de los jefes revolucionarios, definiría la táctica: «Audacia, más audacia y siempre audacia», y en ello puede resumirse el proceso ulterior: medidas cada vez más radicales y terroristas que terminaron por costar la cabeza a sus mismos promotores. La Iglesia fue privada de todo poder (la mayoría del clero apoyó a la Asamblea, y un abate, Sièyes, fue uno de sus principales impulsores), y después expropiada para financiar el movimiento, creándose una inflación galopante por medio de la emisión masiva de «asignados», con respaldo teórico de los bienes confiscados. El rey fue llevado de Versalles a París por un cortejo de mujeres y gentes de los bajos fondos, encabezado por las cabezas de varios guardias enarboladas en picas. Cundieron los clubes, centros de agitación, los más extremistas los llamados *jacobinos*. Se prohibió huir del país, exponiéndose quienes lo intentaban a la pena de muerte (algunos huidos agitaban en

el exterior contra la revolución). La Constitución aún mantenía la forma monárquica, pero el rey, prácticamente confinado, intentó huir a Bélgica en junio de 1791, siendo capturado y devuelto a la capital. En septiembre, la Asamblea Constituyente dio paso a la Legislativa, convertida en un caos de disputas de facción.

El fervor revolucionario en la calle mermaba, y para elevarlo el sector *girondino* exigió la guerra contra las monarquías vecinas, a fin de «liberar a sus súbditos». Los jacobinos rehusaban, pues temían perder la guerra y deseaban concentrar todas las fuerzas en radicalizar la revolución. El belicismo fue favorecido por la amenaza de Austria y Prusia de reimponer el viejo orden en Francia, aun si al mismo tiempo miraban con cierta satisfacción cómo el poderoso rival galo se destrozaba él solo. La Legislativa duró un año, y el 20 de septiembre de 1792 le sustituía la Convención, con el Comité de Salvación Pública como ejecutivo, la cual elaboró una nueva Constitución, ya republicana. Para llevar el proceso a un punto sin retorno, el rey fue guillotinado a principios de 1793. Inglaterra y España entraron en la guerra y la Convención replicó con la *levée en masse*, reclutamiento general que la dotó de un ejército más numeroso y fervoroso que los de sus enemigos, y le permitió rechazarlos y ganar territorios. Para aumentar la provocación a las demás monarquías, también fue ejecutada en octubre la reina María Antonieta, tras una farsa judicial, en la que fue comparada a Fredegunda y Brunegilda (ver capítulo 12). Simultáneamente cundían las protestas por el hambre y luchas civiles, con mayor gravedad en La Vendée, atacada a sangre y fuego.

La Convención creía inaugurar una nueva era, opuesta a la cristiana. Divinizó a la razón (Diosa Razón),

entronizándola en la catedral de Notre Dame en la persona de una actriz. Sobresalió como líder Robespierre, deísta contrario al ateísmo de muchos de sus compañeros, por lo que implantó el culto al Ser Supremo, que debía sustituir al cristianismo. Los grupos dominantes, siguiendo la consigna volteriana *écrasez l'infâme!*, desataron una persecución religiosa comparable a las peores de la antigua Roma. Se inventó un calendario con nombres de meses alusivos al clima, y 1792 fue declarado Año Uno de la nueva era. La historia anterior quedaba anulada y condenada, excepto los destellos o aspectos que pudieran asimilarse a precedentes de la revolución.

A Robespierre se le recuerda por los diez meses del Terror entre 1793 y 1794, aunque el terror y las matanzas habían subrayado todo el proceso. Él opinaba que «castigar a los opresores de la humanidad es clemencia; perdonarlos es barbarie»; y tal como entendía la humanidad, podían ser «opresores» cuantos no comulgaran con sus iniciativas, por lo que el terror se volvió contra revolucionarios como Danton, Hébert, el genocida de La Vendée general Westermann, Desmoulins («He aquí cómo acaba el primer apóstol de la libertad», dijo ante el cadalso), y otros más. Marat, conocido por sus libelos realmente sedientos de sangre, había sido muerto por la girondina Charlotte Corday, a su vez guillotinada. El padre de la química, Lavoisier, sufrió la misma suerte cuando el juez especificó que «la República no necesita científicos ni químicos». Las víctimas de este período se han estimado entre 16 000 y 40 000. La Revolución, según frase consabida, se devoraba a sí misma, pero el grueso de las víctimas fueron trabajadores y gente común. Por fin el 27 de julio (9 de termidor, del nuevo calendario) de 1794, una conjura derrocó a Robespierre, que

fue a su vez guillotinado, corriendo la misma suerte amigos suyos como Saint-Just. Quienes le derrocaron también habían ejercido el terror.

Un año después Napoleón Bonaparte barrió con artillería a los partidarios de la Convención, que fue sucedida por un Directorio de cinco políticos, varios conocidos por su corrupción. Para mantenerse, el Directorio prolongó la guerra, pues, con el país arruinado, la paz traería de vuelta unos ejércitos a los que no podía pagar, mientras que en el extranjero vivían de expropiaciones y tributos a los naturales. En esas guerras ganó prestigio Napoleón. Los revolucionarios conquistaron el norte de Italia, Holanda, Nápoles y zonas de Alemania, pero hacia 1799 retrocedían ante las tropas rusas y austríacas. El 18 brumario (9 de noviembre) de ese año, Napoleón puso fin al Directorio y, propiamente, a la Revolución Francesa.

La abundancia de masones entre los jefes revolucionarios ha creado la leyenda de que la revolución fue obra de ellos, pero en realidad empezó por una carambola de la Revolución useña, y por el azar inesperable de la convocatoria de Estados Generales. Una vez comenzada, adquirió los tintes y desarrollo conocidos, cuyo origen se encuentra en los rasgos que a lo largo de décadas había tomado la Ilustración en Francia, por obra de intelectuales masones y no masones.

* * *

Los diez años de revolución pueden resumirse en terror y matanzas, guerras y ruina del país. Cada paso empujaba más allá en la «audacia», so pena de frenar el impulso y derrumbarse. Fueron consagrados los tres valores libertad, igualdad y fraternidad, de raigambre cristiana, inteligibles para cualquier persona y en extremo sugestivos. Pero en los hechos la libertad fue negada a la gran mayoría, a menos que

siguiera a los radicales; no hubo igualdad entre la vertiginosa oligarquía dirigente y la masa del pueblo, que sufría crecientes privaciones y hambre debido al desorden y a la inflación inducidas por medidas disparatadas, y era alimentada con lemas cada vez más extremos, indicándole «enemigos del pueblo» más o menos fantasmales; y la fraternidad no sólo se negaba a quienes pensaran de otro modo, sino que tampoco existió entre los revolucionarios, que se mataron generosamente entre sí. La consigna funcionaba como un espejismo que incitaba a ir más allá en las violencias, y como un arma mágica en manos de quienes detentaban el poder, hasta no significar nada, o lo contrario de lo que pretendía. En su lógica interna, la libertad, en términos absolutos, no concuerda con la igualdad, ya que consiste en diferenciarse de los «iguales». Y ni de una ni de otra, así planteadas, podía brotar fraternidad alguna. Se invocaba la razón, y la lógica se esfumaba. Razón y ateísmo adquirían un tinte mesiánico, redentor, hasta animista. Los derechos especificados en la célebre Declaración nunca habían sido pisoteados con más empeño.

La revolución tuvo algo de primitivismo y revuelta contra la civilización en general, cuyos valores se vieron ultrajados por una explosiva inversión de los mismos, explosión de obscenidad, de apelaciones salvajes, exhibición de cabezas cortadas, ansia de sangre (la guillotina constituía un espectáculo fastuoso, al que asistían numerosas mujeres; los asistentes a la muerte de Luis XVI empaparon pañuelos en la sangre, o se untaban con ella), casi de canibalismo, como en el despedazamiento de la princesa de Lamballe durante una jornadas de asesinatos, violaciones y brutalidades sin freno, orgía demoníacamente liberadora frente a las restricciones impuestas por milenios de civilización. Algún

lazo guardaba ello con la prédica, típica de la Ilustración francesa, del «buen salvaje», que con agudo racionalismo ponía en solfa los absurdos reales o supuestos de los civilizados; eco, a su vez, de Las Casas. La Revolución Francesa tendría miles de admiradores dispuestos a imitarla en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad, justificadoras de todo.

El legado revolucionario inmediato fue la serie de guerras más sangrientas de la historia europea hasta entonces, la interrupción de procesos prometedores en Francia o en España, una convulsión política intermitente en la mayor parte de Europa y una reacción de horror que produjo intentos anacrónicos de volver al pasado. Pero, calmados los frenesíes, quedó la idea de la igualdad ante la ley, derechos «naturales» y soberanía nacional ejercida por medio de libertades, elecciones y separación de poderes. Éstos provenían de la evolución anterior y se habrían impuesto sin un choque semejante. Que la invocación a la razón haya originado tales hechos, prueba la existencia de fuerzas oscuras en el ser humano: muchos decidieron que la revolución había fracasado por no haber sido lo bastante radical y terrorista, por haber quedado a medias…

Ha sido y sigue siendo común bautizar como «burgués» aquel movimiento, sobre todo desde un enfoque de tinte marxista. Burgués significa habitante de las ciudades, y la burguesía había cobrado bastante poder desde la Edad de Asentamiento. En sentido más concreto suele entenderse burguesía como sinónimo de capitalismo, con la idea implícita o explícita de que una revolución *burguesa* constituye el prólogo de la *proletaria*.

En realidad, la francesa fue protagonizada por el submundo social, más o menos dirigido por grupos de

abogados, intelectuales y agitadores que sólo en sentido muy lato cabe llamar capitalistas. Y los valores conjurados proceden de la cultura anterior, fundamentalmente cristiana, tienen un alcance en buena medida universal, no limitado al «interés de clase» de los propietarios de los medios de trabajo. Pero este carácter *burgués* es uno de los mitos más arraigados en la cultura europea posterior.

* * *

Al comparar la Revolución Francesa con la useña sorprende que principios parecidos hayan causado sucesos tan distintos. Podría atribuirse a no haber en Usa obstáculos sociales propios del Antiguo Régimen, pero la intensidad de la sacudida francesa no guarda proporción con esa causa. Salta a la vista una diferencia: en Usa no hubo persecución religiosa, sino afirmación de las raíces cristianas y atenuación de discrepancias entre iglesias protestantes y entre éstas y la católica. El Gran Despertar useño tuvo tanta influencia como las ideas de Locke o Montesquieu, y pesaron allí poco las de Voltaire o Rousseau. Esto evitó allí la epilepsia francesa.

La Declaración de Independencia useña fue también algo extraña: «Sostenemos como evidentes por sí mismas estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». No eran verdades: la observación prueba que los hombres nacen desiguales por la posición, medios y carácter de sus familias, y por los dones e inclinaciones que «los dioses han puesto en ellos», como ya advertía Homero. Además, la igualdad y derechos no los extendían a los indios y a los negros, que por algo apoyaron a los británicos. Si los hombres nacieran iguales, continuarían

iguales, pues las sociedades son creación suya. Por lo mismo, sufre la idea de que los gobiernos se crean para garantizar los derechos, los cuales por necesidad han de estar impresos en toda sociedad. No se trata, en fin, de evidencias, sino de elaboraciones intelectuales producto de siglos de historia y de reflexión sobre ella.

Interesa la «búsqueda de la felicidad». La felicidad, como la igualdad, es distinta de la libertad, y a veces opuesta. En la Declaración useña, la felicidad aparece como un impulso personal que el Estado sólo puede respetar. En la francesa, es el Estado quien debe proveer la felicidad de los ciudadanos, posiblemente como herencia de Rousseau y del despotismo ilustrado. Se buscaba la felicidad de los súbditos, supeditando a ella la libertad, centrada en el libre albedrío, propia del escolasticismo español y no sólo de él. La orientación francesa aboca al totalitarismo.

Pero tuvieran la base racional que tuvieren, las frases de la Declaración useña iban a ejercer intensa sugestión sobre millones de personas, estimulando a un tiempo las ambiciones personales y reglas para impedir a esas ambiciones e intereses destruir la sociedad. Así, Usa alcanzó un equilibrio entre la iniciativa individual y la cooperación, que le iba a proporcionar un dinamismo superior a otros países.

El problema de armonizar la iniciativa e interés de los particulares, siempre diversos, con la supervivencia social, viene a ser el fondo del pensamiento político. La práctica había demostrado muchas veces los peligros de desintegración cuando predominaban en exceso los primeros, y del despotismo cuando éste se imponía, como reacción, para mantener el orden social. La solución useña, aunque no creada *ex nihilo*, entrañaba una apuesta y nueva solución al

problema mencionado, pero generalmente resultó menos aplicable de lo supuesto. Tocqueville hará notar la dificultad de este equilibrio entre tendencias disgregadoras e integradoras al señalar cómo la importación de fórmulas políticas exitosas en Usa había dado lugar en el Méjico independiente a la oscilación de la anarquía al despotismo militar, y viceversa.

QUINTA PARTE

EDAD DE APOGEO DE EUROPA Y CRISIS DE ESPAÑA

57

REVOLUCIÓN INDUSTRIAL Y ESTADO DEL MUNDO

En paralelo con las revoluciones políticas mencionadas y sin relación directa con ellas, la época final del siglo XVIII vio en Gran Bretaña una rápida sucesión de inventos y perfeccionamientos mecánicos que afectaron a la industria textil, a la metalurgia, la minería, los caminos y canales, las locomotoras… Al parecer, en la España del siglo XVI Blasco de Garay había inventado una máquina de vapor para propulsar barcos, que en cualquier caso no llegó a aplicarse, y a principios del siglo siguiente Jerónimo de Ayanz, un prolífico inventor, habría patentado un ingenio a vapor para extraer el agua de las minas. Como fuere, ni España ni otro país de aquel siglo estaban en condiciones de explotar los inventos de modo acumulativo como la Gran Bretaña del XVIII.

A esa acumulación de avances técnicos suele llamársele Revolución Industrial, más bien una evolución sostenida que, al extenderse por Europa y Usa en el siglo siguiente, iba a transformar la producción fundamentalmente agraria de Europa Occidental en fundamentalmente fabril. Uno de sus efectos fue el de asentar en el mundo, durante cerca de dos siglos, la hegemonía material europea a un nivel de poder nunca antes alcanzado por otra civilización. Por ello he propuesto aquí llamar a la época de Edad de Apogeo de Europa, que también podría llamarse Edad Industrial.

Básicamente, la Revolución Industrial consistió en el empleo de máquinas movidas por fuerzas no humanas ni animales, sobre todo el vapor. Aristóteles había indicado que

la esclavitud desaparecería cuando la lanzadera del tejedor se moviera por sí misma, es decir, probablemente nunca. Pero ello empezó a ser posible en 1784 cuando el escocés James Watt patentó la máquina de vapor, y en 1787, dos años antes de la Revolución Francesa, el inglés Cartwright patentó un telar mecánico a vapor que hacía exactamente lo que Aristóteles decía. Si consideramos el trabajo como una esclavitud, aquello parecía anunciar una edad dorada en la que el conocimiento y dominio de las fuerzas de la naturaleza harían que éstas trabajasen para el hombre y quedase superada la maldición bíblica «ganarás el pan con el sudor de la frente». Comenzaba la era de las fábricas que irían sustituyendo a los talleres manufactureros.

Los inventos británicos coincidieron con un maduro sistema financiero, préstamos a bajo interés (el 5 por ciento) y una ya densa red de comunicación de ideas y noticias, que permitieron convertir rápidamente las innovaciones en negocios productivos. Inglaterra disfrutaba, además, de una masa de capitales atesorados mediante el comercio, la explotación colonial y el esclavismo, y de una economía unitaria, al revés que el resto del continente, donde las numerosas tarifas y peajes locales estorbaban el tráfico. Disponía también de minas de carbón, hierro y otros minerales imprescindibles, utilizables sin altos costes de transporte. No obstante, esas condiciones favorables no habrían dado lugar a la citada revolución sin la iniciativa y las ideas afortunadas de algunos hombres con espíritu de lucro y de dominio de la naturaleza, tal como Bacon había propuesto. Surgieron asociaciones como la «Sociedad Lunar», para discutir y difundir las nuevas técnicas, entre otras cosas. Aunque las invenciones debieron poco propiamente a la ciencia, ya que se desarrollaron como mera

tecnología empírica, sin mucha atención a principios generales, la actitud científica pesó de todas formas en ellas, y pronto se combinarían los dos factores, el científico y el empírico-técnico, para dar mayor impulso a la industria. Tales iniciativas proporcionaron a Inglaterra una ventaja de principio que le permitió extender sus géneros, de buena calidad y baratos, por Europa y las colonias. Esa ventaja se acentuaría después de las guerras napoleónicas, cuando gran parte del continente sufrió devastaciones y sus flotas mercantes fueron destruidas por la armada inglesa.

Paradójicamente, las máquinas, lejos de eliminar el trabajo, lo multiplicaron y lo hicieron más penoso y sistemático. La mano de obra necesaria vino asegurada por el aumento de la población inglesa, que pasó de casi 6 millones a mediados del siglo a 11 millones hacia finales, una tasa de crecimiento superior a las continentales, debida a mejoras agrarias que aumentaron notablemente las cosechas, mientras los *enclosures* o cercamientos, ya iniciados, como vimos, en la época de los Tudor, expulsaban a los campesinos de las tierras comunales. En los siglos XVI y XVII, las expulsiones tenían por objeto dedicar el terreno a la cría lanar, pero en el XVIII buscaban rentabilizar los cultivos. A partir de 1760, los cercamientos cobraron el impulso definitivo, que en unas cuantas décadas privatizarían la práctica totalidad de las tierras comunales, de las que hubieron de irse cientos de miles de familias que antes tenían en ellas sus medios para una precaria subsistencia y ahora quedaban en la miseria, mientras los latifundistas capitalizaban la tierra, fenómeno similar al del recorte de los resguardos indios y venta de tierras realengas en Hispanoamérica.

Nació de ahí un doble proceso de mayor productividad

agraria y disponibilidad de una masa de trabajadores para las nuevas industrias, en las que tenían que trabajar a menudo padres, madres y niños con salarios ínfimos. Como gran parte de los trabajos requerían poca fuerza física, los niños podían hacerlos igual que los mayores, pero con mucha menor paga, por lo que el trabajo infantil cundió extraordinariamente. Trastornos adicionales fueron el hacinamiento de la gente en tugurios de los superpoblados suburbios de las ciudades. Estas plagas se desarrollarían más en el siglo XIX, producto no sólo de la avidez de los propietarios, sino también de la falta de experiencia social ante las consecuencias inesperadas de un fenómeno histórico nuevo.

Se ha debatido mucho sobre las causas de que la Revolución Industrial naciera en Gran Bretaña y no en otros países. Sin causa determinante, encontramos la combinación de condiciones generales favorables como las ya indicadas, con la intuición y dedicación de unos pocos hombres. Pero los inventos y destrezas técnicas necesarias para utilizarlos se difundirían con rapidez por Europa, prueba de que las condiciones esenciales de varios países europeos se parecían a las inglesas, aunque no hubiera surgido en ellos la chispa inicial. Y así, en el siglo XIX Bélgica (Valonia), Alemania (sobre todo el Ruhr) y con lentitud algo mayor Francia irían convirtiéndose en potencias industriales rivales de Gran Bretaña.

Dichas condiciones, en cambio, diferían más en las naciones europeas que rodeaban a las del núcleo centrooccidental, por lo que en ellas la industrialización fructificaría más difícil y tardíamente. Cabe preguntarse por qué España estuvo entre estas últimas, dado que, como hemos visto, su Ilustración y reformas institucionales y

económicas, sin ser deslumbrantes, estaban bien encaminadas y permitían esperar una incorporación no muy tardía de las novedades. La causa, como veremos, se encuentra en la invasión napoleónica, que rompió la evolución anterior y dejó el germen de desórdenes, desgarramiento social y guerras que llevaron al país a los niveles más profundos de su decadencia, en contraste con el apogeo de la Europa centrooccidental.

* * *

También diferían demasiado las condiciones fuera de Europa, salvo en Usa, e Hispanoamérica sufriría convulsiones parecidas a las españolas. Ha habido discusión sobre las causas de que la Revolución Industrial no naciera en otras civilizaciones, como la china, pero ésta, al igual que la España del siglo XVI, carecía del sistema financiero, el difundido entusiasmo por el lucro, el individualismo y espíritu de iniciativa y el sistema informativo necesarios, aun si no suficientes. Lo mismo pasaba en la India, que durante el siglo XIX se convirtió en colonia inglesa productora de materias primas para la metrópoli, la cual mantuvo una estricta separación racial y evitó allí una industria que pudiera competir con la propia. Durante el siglo XVII, la India había experimentado constantes luchas entre el Imperio mogol, el más propiamente indio Maraza y el movimiento sij, grupo ecléctico entre el monoteísmo tomado del islam y las tradiciones hindúes. Las grandes compañías holandesa e inglesa instalaron y extendieron sus enclaves por las costas de la India y fueron estrechando a los portugueses. Los franceses fundaron su propia compañía, que ocupó a su vez zonas costeras. En el siglo de la Ilustración aumentaron las pugnas entre las tres potencias por la hegemonía comercial. Los ingleses terminaron desbancando a

holandeses y franceses. Un talentoso y audaz aventurero inglés, Robert Clive, venció a los franceses y luego a los mogoles en 1765, haciéndose con Bengala y otras regiones, foco de la expansión inglesa por el subcontinente, que dejó sólo pequeñas zonas a los otros europeos.

China, al contrario que la India, resultó un hueso demasiado duro de roer: aunque estaba quedando atrasada por relación a Europa, era demasiado grande y centralizada, y hasta el siglo XIX no sufriría las mordeduras de las potencias europeas. A mediados del siglo XVII, cuando España comenzaba su decadencia, se había impuesto una dinastía manchú que mantendría largamente su dominio. El país, autosuficiente en muchos aspectos, se encerró más en sí mismo. También se aisló Japón, que desde la persecución sufrida por los católicos convertidos por Francisco Javier, entró en el período Edo, de paz y relativa prosperidad. Las urbes japonesas y chinas en el siglo XVIII eran mayores que las europeas.

Por lo que respecta al islam, continuaba estancado intelectual y científicamente, bajo estructuras despóticas no muy ilustradas. En los siglos XVII y XVIII estaba dividido en tres imperios, el otomano, el persa y el de los grandes mogoles de la India, aparte de algunos reinos menores. Marruecos, uno de éstos, tomó forma como nación avanzado el siglo XVI, con la dinastía Saadí y contra los portugueses y los turcos, y conquistó regiones del sur, por el Sáhara; si bien el control de los sultanes sobre la mayor parte del Marruecos actual era muy precario. En 1683, el Imperio otomano había amenazado a Viena, pero desde entonces dejó de ser una amenaza seria para Centroeuropa o en el Mediterráneo. Durante el siglo XVIII se vio corroído por impulsos disgregadores, perdida su anterior pericia administrativa y

técnica, y por la intervención de los jenízaros en la política. Rusia, Persia y Austria le arrebataron territorios, pero siguió dominando desde el Danubio hasta el Sudán y el sur de Arabia occidental, y desde Argelia hasta Mesopotamia, extensión equivalente a la mitad de toda Europa. El Imperio persa safávida cayó hacia 1720, a manos de los afganos, no sin haber consolidado un país muy peculiar dentro del islam, tanto por la lengua y la antigua cultura conservada como por la adopción definitiva de la modalidad religiosa chií frente a la sunní. Persia estuvo casi siempre en pugna con el Imperio otomano, como lo había estado con el macedonio, el romano y el bizantino. Tras los safávidas gobernaron varias dinastías con una tónica general de decadencia. Ésta afectaba también al Imperio mogol de la India, cada vez más débil frente a los europeos. La conciencia de la división y el retraso frente al siglo ilustrado de Europa dio lugar a proyectos reformistas entre los otomanos, y en Arabia nació el wahabismo, que trataba de volver a las primigenias raíces mahometanas.

* * *

La expansión de la Revolución Industrial por varios países europeos se ha atribuido a la incidencia del protestantismo, como otros fenómenos económicos, pero tal teoría no parece muy sostenible, vistos los casos de Bélgica (la calvinista Holanda se retrasó considerablemente), el Ruhr, en gran medida católico, luego Francia, más tarde el norte de Italia, etc. Sí debe guardar relación con el cristianismo en general, aunque no es fácil explicitarla. Tuvo que ver con el espíritu de la Ilustración, la cual heredó el ánimo universalista cristiano (también lo tenía el islam). Una explicación clásica la refiere a la Gloriosa Revolución inglesa y los cambios políticos que produjo, pero otros países europeos —y Japón— se industrializaron sin algo parecido a

la Gloriosa.

En todo caso es fácil percibir su entronque con los procesos de la Edad de Expansión. Durante esta edad, Europa no superaba en poder material y demográfico a otras civilizaciones, no obstante lo cual unas pocas naciones de Europa, más bien pequeñas y no muy pobladas, en frecuente pugna con otros países europeos y con el islam, habían abarcado el mundo. Con embarcaciones precarias (una tormenta podía dispersar o hundir una flota y ahogar a miles de hombres), surcaron los mayores océanos, rodearon el planeta, descubrieron islas, continentes, culturas y civilizaciones antes más o menos aisladas e ignorantes del resto del mundo, establecieron larguísimas rutas comerciales, conquistaron territorios y aplicaron a todo ello curiosidad científica. Ninguna razón técnica habría impedido a chinos o japoneses llegar a la costa opuesta del Pacífico (los polinesios realizaban navegaciones extraordinarias con embarcaciones primitivas) o dominar el comercio del Índico, o Siberia. Los islámicos, que dominaron el norte de África y el sur Asia entre el Atlántico y el Pacífico, habrían podido implantarse en América como lo hicieron en el entorno del Índico. Mas no fue así.

Las osadas exploraciones y conquistas transoceánicas europeas plantearon retos técnicos, políticos, religiosos, organizativos, la respuesta a los cuales moldeó la civilización y sentó bases para ulteriores avances; y a la vez reflejaron los movimientos espirituales e intelectuales sucedidos desde el románico en oleadas a un tiempo acumulativas y rupturistas. Todas las civilizaciones han tenido etapas de mayor inquietud y brillo espiritual, intelectual, técnico, artístico, etc., con altibajos. Lo propio de Europa en los siglos que siguieron a su Edad de Supervivencia fue un continuo

ascenso en medio de contradicciones y contiendas internas, y la Revolución Industrial, como las políticas, tiene su suelo en esa evolución previa. También intervino siempre una dosis de azar. Por ejemplo, podría especularse sobre cuál habría sido la historia si, en vez de tomar forma las tres Europas en el siglo XI, la central y la occidental se hubieran unido en un Imperio cristiano, como era el designio del Sacro Imperio Romano-Germánico, sin permitir la diferenciación nacional del oeste. Y si sus energías se hubieran dirigido al este y al sur, hacia Asia y África, de donde llegaban las mayores amenazas y promesas más tangibles, en lugar de hacia el Atlántico. Quizá en tal caso se hubiera establecido algo parecido al Imperio bizantino, con identificación muy superior del poder político y el religioso, y una evolución más lenta y difícil en los aspectos científico y técnico, sin llegar a algo como la Revolución Industrial.

Vista en perspectiva, pues, la Revolución Industrial viene a resultar de todo el largo proceso descrito. Uno de sus efectos fue un cambio en la estructura civilizatoria de Europa, cuya triple diferenciación latina, germana y eslava quedó algo diluida por la nueva separación entre la Europa industrializada, formada por el eje centrooccidental de Inglaterra, Bélgica, Francia y Alemania, y el resto, cuyas aspiraciones, proyectos, ciencia y técnica giraban en torno a ese eje.

La fecha del cambio de una edad a otra es difícil de precisar, ya que no hay un año preciso en que pueda datarse el comienzo de la Revolución Industrial, por lo que el año 1789, comienzo de la Revolución Francesa, puede seguir sirviendo convencionalmente al efecto.

59

LA PÉRDIDA DEL IMPERIO AMERICANO

Otra consecuencia de la invasión francesa fue la pérdida del Imperio americano, por el hundimiento de la potencia española y la imposibilidad de volver al absolutismo. Sin dicha invasión, probablemente la independencia de las colonias habría llegado más pronto que tarde, pero lo habría hecho de modo y con efectos distintos.

Desde el descubrimiento de Colón, algo más de tres siglos antes, se habían sucedido muchas generaciones de gentes en América, cuya faz humana había cambiado de forma radical. Ya vimos que, dada la naturaleza y la pobre tecnología prehispánica, la población de entonces apenas llegaría a siete u ocho millones, y después siguió una curva parecida a la de la metrópoli, de crecimiento lento, con algún retroceso paralelo al de España en siglo XVII, mientras que el XVIII registró un aumento más sostenido. Al alborear el XIX los habitantes debían de sumar entre once y trece millones, algo más que en la metrópoli. La medicina y la sanidad habían mejorado sensiblemente. En 1756 el médico inglés Jenner descubrió la vacuna contra la viruela, causante antaño de terrible mortandad, y en 1779 comenzó la vacunación en España y América. Carlos IV, que había perdido un hijo por esa enfermedad, y Godoy, ordenaron en 1804 una campaña masiva de vacunación por todo el imperio, la más completa del mundo en el siglo XIX. La dirigieron los médicos Francisco Javier Balmis y José Salvany, alicantino y barcelonés, y la incidencia de la plaga disminuyó rápidamente. Persistió la fiebre amarilla, transmitida también a España: su difusión por mosquitos

sólo fue descubierta en 1881 por el médico español (de Cuba) Carlos Finlay.

Rasgo muy notorio de aquel enorme imperio fue su estabilidad y paz interna, con raras y menores pugnas civiles, por más que en el siglo XVIII crecieran el descontento y revueltas de cierta amplitud, debido al tipo mercantilista de explotación colonial. Las sociedades eran cultas al modo europeo, como ha señalado la historiadora Lourdes Díaz-Trechuelo. Tenían universidad veintiséis ciudades, con programas tanto escolásticos como ilustrados. Las Sociedades Económicas de Amigos del País expandían «las luces», y existían centros técnicos como los colegios de minería de Lima y Méjico y academias náuticas en Buenos Aires y El Callao. Las obras de Diderot, Voltaire, Rousseau —sobre todo éste—, Montesquieu, el abate Raynal, etc., circulaban entre la oligarquía criolla, en la que resucitaban la leyenda negra.

Los americanos, exceptuando pequeños núcleos, eran fieles a la corona. Los criollos ostentaban la mayor parte de los cargos políticos, algunos aspiraban a monopolizarlos, y entre ellos iban arraigando ideas americanistas y antiespañolas, paradójicas por ser los criollos de origen hispano y sentirse demasiado por encima de los indios y los negros. Por lo último, temiendo que los conatos separatistas abocasen a una lucha racial, habían rehusado unirse a la rebelión de Tupac Amaru. En el siglo XVIII se habían acentuado los prejuicios sobre las «castas», es decir, las distintas mezclas de europeos e indios o negros, que sufrían una posición de inferioridad en un sistema más de prestigio social que de derechos, pero que afirmaba siempre la primacía criolla. Los indios, mestizos, mulatos, etc., no compartían el americanismo criollo, del que no esperaban

nada bueno.

* * *

El primer promotor activo de la independencia de América fue el venezolano Francisco Miranda, llamado más tarde *El Precursor*, un personaje extraordinario, de amplios intereses intelectuales, aventurero, mujeriego, hombre de mundo que apenas cesó de viajar e ilustrarse toda su vida, militar primero en el ejército español y después en el revolucionario francés, buen conversador que trató a personajes de primer rango, desde Washington a Catalina la Grande, Napoleón o Wellington, a revolucionarios franceses, reyes y políticos ingleses, prusianos y escandinavos. Cuando, bajo el mando de Gálvez, luchaba contra los británicos en la futura Usa, debió de apoderarse de él la idea de separar políticamente América de España, a la que consagró el resto de su vida: su incesante actividad y viajes tuvieron entre sus objetivos el de conseguir experiencia y apoyos para tal fin. Soñaba con unir la América española y portuguesa en un imperio hereditario bautizado Gran Colombia en honor de Cristóbal Colón, gobernado por un «inca» (llamado así para atraer a los indios), pero de instituciones más bien liberales; también pensó en fórmulas republicanas. Para difundir la idea creó en Londres, en 1798, la Logia de los Caballeros Racionales o Gran Reunión Americana, sociedad secreta a imitación de la masonería, en la que entrarían muchos de los líderes independentistas.

Consciente del interés británico por Hispanoamérica, Miranda intrigó reiteradamente en Londres, cuyo gobierno le pagó una pensión como agente suyo. Buscó también ayuda en Usa, donde había intereses coincidentes con los suyos. En 1806 creyó madura la ocasión, reclutó mercenarios en los barrios bajos de NuevaYork y con tres barcos y apoyo

de algunos británicos, intentó sublevar a los venezolanos; pero éstos le hicieron el vacío, y él retornó a Londres. Dos años después volvió a la carga, aprovechando que Inglaterra y España seguían en guerra y el gobierno inglés iba a enviar a Wellesley contra Hispanoamérica. Pero a los pocos meses la revuelta española contra Napoleón inclinó a Londres a buscar alianza con España, frustrando de nuevo a Miranda.

En América, los acontecimientos siguieron un proceso similar al de la metrópoli: los intentos franceses de atraerse a los naturales fueron rechazados, y los gobernadores y funcionarios proclives a obedecer a José I sustituidos por juntas pro Fernando VII. Como en España, las juntas tenían carácter revolucionario no deliberado, al tomar en sus manos la soberanía. Miranda, como haría otro independentista, Simón Bolívar, vio la oportunidad de entrar en las juntas y desviarlas hacia la secesión. Diversos enviados convencieron a Miranda de que los venezolanos sólo esperaban su liderazgo.

En 1810 la junta de Caracas se denominó «Suprema» y mantuvo oficialmente la lealtad a la corona, pero de forma que abría el camino a la secesión. Bolívar, uno de sus miembros, procuró en vano hacerla independentista. Él había «adorado» a Napoleón, según sus palabras, hasta que se proclamó emperador y por tanto «un tirano hipócrita, oprobio de la libertad». No obstante, sus designios grandiosos no dejan de tener cierta impronta napoleónica. En 1805, estando en Roma, había hecho el célebre «juramento del Aventino»: «Juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y por la Patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español». Las frases, recogidas muchos años después, fueron

otras, probablemente, pero el sentido debió de ser ése.

Aquel año 1810 fue el del comienzo de las guerras de independencia: aparte de la intentona de Bolívar, el cura Manuel Hidalgo comenzó en Méjico la lucha armada, en Buenos Aires el cabildo depuso al virrey y tomó el poder; en Chile se produjeron movimientos semejantes, sublevaciones en Bogotá y Cartagena de Indias. Movimientos aún confusos, pues la idea de secesión rivalizaba con la defensa de Fernando VII. Los independentistas eligieron bien el momento, cuando reinaba el desorden en España, los franceses triunfaban después de sus primeras derrotas peninsulares y sólo quedaba libre el bastión de Cádiz. Así, la metrópoli no tenía posibilidad de enviar tropas a América, máxime al carecer de una escuadra potente, por lo que la oposición a la independencia sólo podía venir de los propios americanos, como efectivamente ocurrió. Incluso cuando España pudo intervenir, más tarde, la mayoría de sus tropas serían asimismo americanas, dando a la lucha un acusado aire de guerra civil.

* * *

Las contiendas de América duraron 14 años, con tres etapas: hasta 1815, en que España apenas pudo enviar refuerzos; desde esa fecha, en que la derrota napoleónica permitió trasladar contingentes de importancia a América; y desde 1819, cuando los independentistas ganan posiciones hasta su victoria final, en 1824.

En la primera etapa, los secesionistas chocaron con las tropas virreinales y las poblaciones, mayoritariamente proespañolas. En Nueva España, el levantamiento de 1810 fue sofocado al año siguiente, e Hidalgo ejecutado como traidor. Tomó el relevo otro clérigo, Morelos, que resistió hasta 1815, cuando a su vez fue fusilado. Buenos Aires, en

el Río de la Plata, quedó de hecho independizado: en 1806 y 1807 sus milicias habían vencido sin ayuda de España dos intentos ingleses de apoderarse de la zona, y la población sentía confianza en sí misma. Por Chile surgió otra rebelión, en la que destacó el líder secesionista, Bernardo O'Higgins, pero allí el virrey pudo contraatacar.

Más complicación tuvieron los sucesos de Venezuela, donde en 1811 se proclamó la república independiente y Miranda marchó de Londres a Caracas, adonde llegó con Bolívar. Hubo alzamientos proespañoles, incluido uno de esclavos negros. El militar Domingo Monteverde llegó con 230 soldados e hizo retroceder a los republicanos, cuyos líderes no congeniaban. Puerto Cabello, defendido por Bolívar, cayó el 20 de julio de 1812, año de la Constitución de Cádiz, y Miranda se trasladó a La Guaira, capituló y esperó un barco inglés para volver a Londres. Bolívar, culpable de la pérdida de Puerto Cabello, también intentó escapar. En La Guaira acusó a Miranda de traidor, pero sus intenciones quedaron claras cuando lo apresó mientras dormía («¡Bochinche, bochinche! ¡Esta gente no es capaz sino de bochinche!», clamó el desdichado preso), y lo entregó a Monteverde a cambio de un pasaporte para sí. Miranda fue trasladado a una prisión en Cádiz, donde fallecería cuatro años después, y Bolívar salió para Curazao con las bendiciones y gratitud algo ingenua de Monteverde.

Ya libre, Bolívar volvió a la carga en diciembre por Cartagena de Indias, sublevada a su turno, presentándose como «escapado prodigiosamente» de Venezuela. Convenció a los cartageneros y logró más éxitos. Para combatir el débil fervor independentista popular y abrir un foso entre los españoles y los criollos y demás americanos, decretó el 15 de junio de 1813 una guerra de exterminio: todos los españoles,

aun si permanecían neutrales, serían pasados por las armas, salvo que se unieran a la rebelión. Para ahorrar munición, las víctimas serían a menudo acuchilladas.

En octubre, Bolívar entró en Caracas y proclamó una segunda república. La contienda tomó un tinte racial al rebelarse contra la república los «pardos», gente a medias blanca, acaudillados por el asturiano José Boves. Eran los llaneros, pastores de los inmensos rebaños de la sabana herbácea venezolana. Boves, primero en redimir a los esclavos e igualar a las castas, devolvió a los republicanos su estilo de guerra a muerte. Pronto desalojó a Bolívar de Caracas, le persiguió y le obligó a huir a Jamaica en septiembre de 1814. El pelirrojo caudillo de los «pardos» murió en una última batalla, en diciembre, si bien los suyos vencieron a los bolivarianos, dando el golpe de gracia a la segunda república. Sólo resistían la isla Margarita y Cartagena.

Ese año, fin de la Guerra de Independencia española, periclitaba la rebelión de Morelos en Méjico, y la de Chile era vencida por el virrey José de Abascal. Por contra, la de Buenos Aires se asentaba: dos años antes había llegado allí José de San Martín, experto militar formado en España, quien preparó un ejército rebelde en regla. Aparte del Río de la Plata sólo quedaban en Suramérica dos o tres débiles núcleos insurgentes.

* * *

Apenas ocupado el trono, Fernando VII anunció, al modo de Jorge III en relación con las Trece Colonias, que jamás consentiría la secesión americana. Había esperanzas, puesto que las rebeliones habían sido casi eliminadas con muy poca intervención de la metrópoli. Pero si Jorge había fracasado reinando sobre la primera potencia naval del

mundo y gozando de una economía próspera, difícilmente triunfaría Fernando, a la cabeza de un país postrado y con sólo restos de su marina; aparte de que sus ansias absolutistas sólo podían agravar las divisiones en el Nuevo Mundo, como en la propia España: la experiencia de autogobierno de las juntas y las prédicas liberales no iban a ser fáciles de erradicar. No cabía ni pensar en enviar expediciones simultáneas a Venezuela y al Río de la Plata, de modo que en febrero de 1815 zarpaba de Cádiz una flota con 10 500 hombres al mando del general Pablo Morillo, para completar la pacificación de Venezuela y la posterior Colombia, entonces Nueva Granada.

Morillo tomó los reductos de la isla Margarita y Cartagena, y sometió a juicio a los responsables de la guerra a muerte bolivariana. En ella habían participado numerosos criollos de clase alta, a muchos de los cuales hizo fusilar. Sin embargo, en marzo de 1817, Bolívar volvió a desembarcar en Venezuela; tras algún éxito inicial, en diciembre la mayor parte de sus tropas reembarcaron. Le surgieron rivales por el caudillaje, y la lucha continuó entre celos y discordias, sin conseguir gran cosa. Pero Morillo, escaso de recursos e incapaz de obrar como los rebeldes, que sin inhibición alguna imponían tributos y reclutas *manu militari*, tampoco dominaba la situación. En 1818, Bolívar —a quien llamaban «el Napoleón de las retiradas»— se vio reducido a la ciudad de Angostura, en el Orinoco. Allí, con optimismo, organizó a principios del año siguiente un congreso para proclamar la independencia de la Gran Colombia.

Y entonces recibió una alentadora noticia y refuerzos cruciales. Éstos consistían en unos miles de soldados y oficiales ingleses; la noticia fue la consolidación de la independencia del Cono Sur, gracias al ejército de San

Martín, que había realizado la proeza de cruzar los Andes en 1817 y derrotar a los proespañoles en Chacabuco. Ante las divisiones entre los independentistas sureños, O'Higgins había impuesto un despotismo militar, y una segunda victoria en Maipú, en abril del año siguiente, había asegurado el Cono Sur como base desde la que avanzar hacia el norte y cooperar con Bolívar. Éste se había distinguido más por su perseverancia y crueldad que por su talento bélico, pero entonces concibió un audaz plan que salvó para el futuro su nombre como estratega: relegó la conquista de Venezuela e intentó la de Nueva Granada, donde había menos tropas contrarias y un movimiento insurgente capitaneado por Francisco de Paula Santander. El plan imponía un penoso cruce de los Andes, empresa que sus enemigos no creían realizable en aquellas circunstancias, por lo que no tomaron prevenciones. Pero Bolívar realizó la hazaña, unió sus fuerzas con las de Nueva Granada, y el 7 de agosto de 1819 derrotaba a los proespañoles en Boyacá. No fue una gran batalla: 3500 independentistas y 3000 contrarios, con un total de bajas, entre ambos, de 300 heridos y muertos. No obstante, fue decisiva, porque abrió el camino a Bogotá. Bolívar atribuyó a sus ingleses el mérito principal de la victoria.

Estos sucesos iniciaron la fase final de la guerra, con los éxitos rebeldes asegurados por otra rebelión en España: la del coronel Rafael de Riego, en enero de 1820, que impidió el envío de 20 000 soldados a América en un momento crucial. Riego y otros, en lugar de cumplir las órdenes de embarque, se sublevaron exigiendo el retorno de la Constitución de Cádiz, y recorrieron Andalucía para ganar a la población a su causa. Fracasaron, pero entonces un nuevo golpe militar constitucionalista en Galicia se extendió por el

país, y Fernando VII no tuvo más remedio que abandonar, por el momento, sus pretensiones absolutistas, el 10 de marzo.

El golpe de Riego aportó un auxilio inestimable a los independentistas. Morillo recibió instrucciones de pactar un armisticio con Bolívar, como así lo hizo, y fue sustituido por el general La Torre, de inferior talento. La Torre sufrió en abril de 1821 la derrota de Carabobo, la cual puso a Venezuela en manos de Bolívar. Al mismo tiempo los ejércitos del Cono Sur, embarcados en la recién creada flota chilena, mandada por lord Cochrane, audaz e inventivo marino escocés, marcharon sobre el Perú, provocando levantamientos. El 26 de julio de 1822, San Martín y Bolívar confluyeron en Guayaquil. Al parecer, sostuvieron una charla trivial, pero el mero hecho simbolizaba la victoria casi definitiva. Bolívar definió a San Martín y a sí mismo como los hombres más grandes de Suramérica.

También en Méjico tuvo la revuelta de Riego su efecto, tan fulminante como irónico: los secesionistas estaban al borde del colapso, pero su eficaz y proabsolutista enemigo, el militar Agustín de Itúrbide, enterado de la vuelta de la Constitución en España, negoció con ellos para proclamar la independencia. Nació así el Ejército Trigarante, porque garantizaba la religión, la independencia y la unidad. Buscaron un rey para el país, pero al fin Itúrbide se proclamó emperador de Méjico, en 1822.

En Perú, el virrey Joaquín de la Pezuela sufrió un revés tras otro, hasta que una conspiración lo sustituyó por el general José de la Serna, el cual, a mediados de 1821, abandonó Lima y se instaló en Cuzco, donde resistió aún tres años. Los dos bandos sufrieron procesos de descomposición, con paso de considerables tropas a las

enemigas. A principios de 1824 gran parte del ejército prohispano se sublevó, como en Méjico, contra la Constitución de Cádiz. La crisis derivó a la última batalla importante de aquellas guerras, la de Ayacucho. Vencieron los independentistas de Antonio José de Sucre, lugarteniente de Bolívar, habiendo sospechas de un desenlace preparado por connivencias masónicas. La capitulación de Ayacucho puso fin de hecho a la presencia española en América, exceptuando Cuba y Puerto Rico.

Aprovechando las guerras napoleónicas y luego las de Hispanoamérica, Usa invadió primero la Florida occidental, y después la oriental (la península propiamente dicha), ésta so pretexto de combatir a los indios seminolas, que acogían a esclavos negros huidos del sur useño. En 1819 el gobierno useño ofreció a Fernando VII, y éste aceptó, cinco millones de dólares por el territorio, ya ocupado. A continuación los indios seminolas fueron exterminados. La Doctrina de Monroe, emitida en 1823, entrañaba la decisión useña de erigirse en poder hegemónico sobre toda América.

Las enormes extensiones del continente impusieron guerras de movimientos que recorrían distancias sorprendentes. Los ejércitos fueron siempre pequeños, rara vez combatieron en una batalla más de 7000 hombres por bando, y con frecuencia no llegaron a los 2000. No aparecieron estrategas excepcionales, aunque Bolívar tuvo la afortunada iniciativa antes mencionada, y San Martín fue un jefe muy apreciable. Entre los prohispanos destacaron Morillo y el virrey Abascal, del Perú.

En su mayoría las batallas fueron poco cruentas. El mayor número de víctimas se produjo seguramente en matanzas de civiles y prisioneros, estimuladas por Bolívar. Todavía en 1822 el general Sucre, masacró a la desafecta

población colombiana de Pasto («ciudad infame y criminal que será reducida a cenizas», se la amenazó), dejando 400 muertos, sin exceptuar mujeres y niños. También hubo matanzas de indios proespañoles, y las revueltas de Hidalgo y Morelos cometieron atrocidades. En general, los proespañoles observaron una conducta más moderada, sin que faltasen actos brutales, los peores cometidos por los llaneros de Boves.

El absolutismo reimplantado por Fernando VII y después la vuelta de la Constitución ocasionaron reacciones parecidas a favor de la independencia, poco popular al principio.

Un aspecto llamativo fue el odio frenético contra los españoles. Bolívar afirmaba a un inglés: «El objetivo de España es aniquilar al Nuevo Mundo y hacer desaparecer a sus habitantes, para que no quede ningún vestigio de civilización […] y Europa sólo encuentre aquí un desierto. […]. Perversas miras de una nación inhumana y decrépita». El imperio constituía «la tiranía más cruel jamás infligida a la humanidad», que había «convertido la región más hermosa del mundo en un vasto y odioso imperio de crueldad y saqueo». Llamó a «destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles […]. Ni uno sólo debe quedar vivo». Panegiristas de Bolívar siguen tomando esa guerra a muerte por «su mayor timbre de gloria». Santander ordenó asesinar a 36 oficiales españoles presos, previamente indultados por Bolívar: «Me complace particularmente matar a todos los godos [españoles]», dijo. Un presente que le recordó el indulto fue también fusilado sobre el terreno. Campo Elías, lugarteniente de Bolívar y nacido en España, declaró: «La raza maldita de los españoles debe desaparecer. Después de matarlos a todos, me degollaría yo mismo, para no dejar

vestigio de esa raza». Era la herencia de Las Casas y de la Ilustración francesa. Dado que todos ellos eran españoles «de raza», el asunto resulta grotesco.

No menos grotesca su pretensión de heredar la América precolonial. El poeta José Joaquín Olmedo, llamado por los suyos «el Homero americano» —no sin alguna exageración— califica a los españoles, sus progenitores, de «estúpidos, viciosos, feroces, y por fin supersticiosos», y caracteriza a los independentistas como herederos legítimos de los incas. Los criollos solían explotar a los indios, los cuales no se llamaron a engaño y rara vez apoyaron a sus sedicentes libertadores. Una vez independientes, los criollos de Méjico arrebataron a los indios las tierras que les había garantizado la corona, y en Argentina, como en Usa, los exterminaron deliberadamente, lo que nunca se había hecho antes. El chileno Francisco Bilbao, autor de nada menos que *El Evangelio americano*, que sirvió de texto escolar, resumió: el progreso de América consiste en desespañolizarse. El argentino Domingo Sarmiento y otros lamentaban no haber sido colonizada América por daneses o belgas, con lo cual ellos mismos no habrían llegado a existir. Se celebraba la pronta dispersión del idioma en dialectos y lenguas nuevas, al modo del latín. Con ironía involuntaria, Bolívar declamó en su discurso de Angostura, en 1819: «Uncido el pueblo americano [por España] al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud».

La demagogia tuvo un coste muy elevado: la civilización creada por España quedó muy dañada y el sentimiento moral sustituido por derroches de retórica entre ilustrada y revolucionaria; el plan megalómano de unir el continente de habla hispana en una «Gran Colombia» naufragó entre buen

número de nuevas naciones poco fraternas entre sí, y una ristra de luchas civiles y golpes de estado (algo no disímil ocurriría en la ex metrópoli). Bolívar escribirá: «No confío en el sentido moral de mis compatriotas», y a Santander: «No es sangre lo que fluye por nuestras venas, sino vicio mezclado con miedo y horror»; y auguró que América sufriría «un tropel de tiranos». Sarmiento, «el educador de Argentina», deseoso de extinguir a indios y gauchos, reconocería al menos su origen al lamentar, a los treinta años de independencia: «Vése tanta inconsciencia en las instituciones de los nuevos estados, tanto desorden, tan poca seguridad individual, tan limitado en unos y tan nulo en otros el progreso intelectual, material o moral de los pueblos, que los europeos […] miran a la raza española condenada a consumirse en guerras intestinas, a mancharse con todo género de delitos y a ofrecer un país despoblado y exhausto como fácil presa a una nueva colonización europea».

Aunque la Revolución useña fue una de las inspiraciones de aquellos movimientos, difícilmente podía haber más diferencia entre una y otros. Usa progresaría de modo consistente y libre, confiada en sus propias fuerzas, hasta convertirse a finales de siglo en la primera potencia económica del mundo. Los países hispanoamericanos —y la propia España—, en constante autodenigración, incapaces de acumular experiencia, sufriendo el «tropel» de tiranos augurados por Bolívar, no cesaron de sufrir bandazos, violencia política y corrupción envueltos en retórica pomposa, hasta achacar a Usa todos sus males. Por supuesto, hubo puntos más positivos, como la difusión de ideales democráticos, aboliciones de la esclavitud, ampliación de la enseñanza en varios países; se recuperó hasta cierto punto el sentido de la propia historia y origen, y

el asolamiento moral y político no llegó a tanto como preveía Sarmiento. Pero los elementos negativos, tan fuertes hasta hoy, guardan sin duda relación con el modo de independizarse.

Han dado lugar a mucha discusión los factores y agentes externos en la caída del Imperio hispanoamericano. Madariaga, en *El auge y el ocaso del Imperio español en América*, habla de «tres cofradías, los judíos, los francmasones y los jesuitas». Según él, los judíos, resentidos por la expulsión de *Se-farad*, donde habían alcanzado tanto privilegio, financiaron la propaganda protestante y toda acción contra España, amén de contrabandear por el país y por América la literatura de los ilustrados antiespañoles. La expulsión de los jesuitas habría surtido efectos parejos. Las prédicas jesuíticas eran universalistas y por ello opuestas a las presiones regalistas y jansenistas que promovían un clero nacionalizado, más sujeto al rey que al Papa; opuestas también al despotismo ilustrado, pues su pensamiento, el de Suárez y Mariana, contrariaba a todo despotismo, hasta justificar el tiranicidio. Su expulsión supuso en América, además de un cataclismo para la enseñanza, la ruptura de uno de los lazos espirituales más fuertes con España. Miranda se había hecho con listas de jesuitas expulsados que vivían en Italia, por considerarlos útiles a sus propósitos, y el primer ministro inglés William Pitt *el Joven* acogió a varios, empleándolos como agentes e informadores sobre Suramérica. Cierto número de jesuitas se pronunciaron abiertamente contra el dominio español.

Sin duda hay bastante verdad en la tesis de Madariaga, pero es difícil cuantificar las influencias judía y jesuita, semiocultas y sin duda secundarias. En cambio saltan a la vista otras: la política inglesa y la orientación masónica. En

las intrigas previas de Miranda, en las declaraciones de independencia, en la actividad de Bolívar, en la marcha de San Martín a Buenos Aires, en varias acciones bélicas, siempre hallamos en segundo plano al gobierno y a personajes británicos, y en menor medida useños. Hecho nada extraño, pues la política inglesa, después del duro revés de «la oreja de Jenkins» se volvió más indirecta, y orientada no tanto al dominio de unas tierras de difícil control como a la hegemonía comercial, que lograría en amplia medida.

En cuanto a los masones, no puede ser casual su nutrida presencia en todo el proceso. Miranda fundó una logia secreta a la que algunos estudiosos han negado carácter masónico, pero que lo imitaba en casi todo (existen varias corrientes en la masonería). La orden ha solido servir a la política imperial inglesa —con excepciones como la de las trece colonias—. De los Caballeros Racionales de Miranda parecen haber salido las logias Lautaro, del mismo estilo, empezando por la de Cádiz. A esas logias y a otras más ortodoxas pertenecieron Bolívar, O'Higgins, San Martín y la mayoría de los jefes independentistas. También fueron masones Riego, que jugó un papel tan relevante a favor del movimiento secesionista en América, y bastantes otros militares españoles, pues en el ejército proliferaron las logias, que pesarían notablemente en la historia hispana del siglo XIX. Eran un legado, francés en unos casos, inglés en otros, de la Guerra de Independencia.

60

UN PROCESO DE DERRIBO

La Guerra de Independencia tuvo rasgos contradictorios. Fue revolucionaria por la participación directa del pueblo y por la asunción de la soberanía por las juntas; y al mismo tiempo, muy mayoritariamente, se hizo en pro de la legitimidad tradicional.

Todo poder nace de un acto de fuerza y se mantiene con una dosis de fuerza, lo que ha originado teorías cínicas al respecto. *El Príncipe* de Maquiavelo venía a justificar el golpe permanente, Napoleón fue un gran maquiavélico, y en el mismo sentido razonaba, por poner otro caso, Francisco de Carvajal, *el demonio de los Andes*, a Gonzalo Pizarro cuando éste se rebeló, al poco de la conquista, sin osar romper del todo con la corona: «Lo mejor es fiar vuestra justificación a las lanzas y arcabuces». «Debéis declararos rey […]. No os intimidéis porque hablillas vulgares os acusen de deslealtad. Ninguno que llegó a rey tuvo jamás el nombre de traidor. Los gobiernos que creó la fuerza, el tiempo los hace legítimos». El golpismo sistemático implicado en esta concepción fue un problema mayor de la España visigoda, como se recordará. Pero la estabilidad del poder y del orden social exige lo que se ha llamado legitimidad, para evitar situaciones caóticas, por lo demás no infrecuentes en la historia. El problema se resolvió a medias, como en toda Europa, depositando la legitimidad en la monarquía hereditaria, que aseguraba un orden quizá precario, pero mayor que otras formas. El derecho a rebelarse quedaría limitado, en el pensamiento hispano, al caso de una tiranía.

Este problema iba a arrastrase sin solución durante la

mayor parte del siglo XIX español. Los liberales recogían el fermento revolucionario al trasladar la soberanía y la legitimidad, total o parcialmente, del monarca a la nación; pero esto eran sólo palabras, porque la mayoría de la nación defendía la soberanía del monarca, en la que veía una garantía de orden social después de los cruentos desórdenes y tiranías producidos en Europa bajo las banderas de la libertad. Mayoría, por tanto, tradicionalista, si bien de modo contradictorio: esa tradición no era la asentada desde la Reconquista y sí la de un despotismo importado de Francia, y ahora muy poco ilustrado. A su vez los liberales, por su debilidad social, sólo podían triunfar mediante alguna forma de dictadura, posible porque en el ejército sí eran fuertes; pero su debilidad política aumentó al dividirse entre moderados y exaltados, proclives a dirimir por la fuerza sus diferencias.

Así, desde la vuelta de Fernando VII a Madrid hasta la caída de la I República transcurrirán sesenta años en los que la decadencia española, tras la recuperación parcial del siglo XVIII, se ahonda en crisis permanente hasta amenazar la supervivencia de la nación. Algunas cifras dan idea del proceso: en esos seis decenios hubo cinco guerras civiles, una de ellas extraordinariamente destructiva, tres guerras exteriores en América y una en Marruecos, una treintena de asonadas o «pronunciamientos» militares, tres constituciones, unos sesenta gobiernos, varios derrocamientos de gobiernos y dos de régimen… Convulsiones indicativas de una sociedad vital, aunque sólo fuera por su capacidad para soportarlas, y de incapacidad política.

Otro dato permite calibrar la decadencia. Las universidades, mediocres durante el siglo XVIII, empeoraron

en el XIX. Por unos años estuvieron cerradas, y hacia 1860 contaban con unos ocho mil alumnos para una población de quince millones y medio, casi doble que la del siglo XVI, cuando el número de universitarios rondaba los 27 000. La diferencia cualitativa era mucho mayor aún: no había en el siglo XIX ni asomo de la inquietud y la productividad intelectual de las universidades de Salamanca o Alcalá en el Siglo de Oro. Sobre la enseñanza media, la devastación causada por la expulsión de los jesuitas sólo empezó a repararse a mediados del siglo, y en 1860 no abarcaba a más de unos 20 000 estudiantes, también con un nivel bajo. El analfabetismo afectará a un 90 por ciento de la población al terminar la guerra napoleónica, y sólo había bajado a un 80 por ciento a mediados de siglo, reducción mínima comparada con la de Francia, que por las mismas fechas era de un 35 por ciento.

La economía experimentó notables cambios: red de ferrocarriles, industria textil en Barcelona y su entorno, comienzos de siderurgia en Málaga y Bilbao, una banca y una bolsa relativamente dinámicas, etc. La población aumentó en ese período de doce a dieciséis millones, debido a los avances de la medicina; pero la renta per cápita se estancó, mientras crecía con rapidez en la región centro-oeste de Europa, que conocía una eclosión de poder político, económico y cultural.

* * *

Tras la guerra napoleónica, Fernando VII creó condiciones para otra, civil. El historiador Carlos Seco Serrano ha contrastado el empeño de este rey por volver a un absolutismo no ilustrado, con la contemporánea restauración francesa de Luis XVIII, quien supo admitir muchos cambios antes revolucionarios y ahora evolutivos, y conciliar diversos

partidos, facilitando la recuperación bastante rápida de un país arruinado (su sucesor, Carlos X, intentaría de nuevo el poder absoluto, hasta que una revolución lo expulsó en 1830). Fernando sólo aceptó la Constitución de Cádiz en 1820, y forzado. Su insinceridad, no obstante, halló argumentos en el subsiguiente y caótico Trienio Constitucional. La inestabilidad del Trienio provino de la división liberal entre el grupo evolutivo o moderado y el sector exaltado, más o menos jacobino. Éste, organizado en sociedades secretas, creía imitar la Revolución Francesa, pero, falto de fuerza, sólo causó disturbios y una pequeña guerra civil. El rey intentó un golpe que fracasó, colocándole en posición semejante a la de Luis XVI cuando intentó huir a Bélgica, pero los exaltados estaban a su vez divididos, y él pudo retener el cetro, si bien sometido a continuas vejaciones.

Ante el caos, en abril de 1823 la Santa Alianza, fraguada en el Congreso de Viena, intervino con los «Cien mil hijos de San Luis» (35 000 de ellos voluntarios españoles), que repusieron plenamente a Fernando. Al revés que la invasión napoleónica, ésta no halló rechazo popular, porque venía a afianzar al rey considerado legítimo, y porque la población estaba harta de la agitación del Trienio. Empezó así la década que los liberales bautizaron «Ominosa». El rey fue más allá de lo que deseaba la Santa Alianza, hizo fusilar a numerosos liberales y provocó el exilio de más. Riego, autor del golpe de 1820, fue ejecutado como traidor entre insultos de la plebe. Reformas liberales como la abolición de señoríos y mayorazgos y la confiscación de propiedades eclesiásticas, fueron anuladas, aunque no se restableció la Inquisición. A los cuatro años, Fernando tanteó a liberales moderados, lo cual suscitó la Guerra de los Agraviados o *Malcontents*, que

desde Barcelona pasó a Aragón, Navarra y Vascongadas, durante seis meses. Los *malcontents* pedían la vuelta de la Inquisición y el cese de tratos con los liberales.

Los llamados tradicionalistas —aunque no respondían a ninguna tradición específica española—, en una reacción de pánico a la Revolución Francesa y sucesos posteriores, achacaban todos los males al librepensamiento, que socavaba la religión y las instituciones, y por ello propugnaron medidas radicales como el cierre de las universidades y de la prensa libre (buena parte de ella vociferante).

Fernando VII sofocó algunos *pronunciamientos* liberales y derogó la Ley Sálica, para que reinara su hija Isabel, aún niña, en detrimento de los derechos de su hermano, Carlos María Isidro, todavía más absolutista que él. Así, los apoyos para Isabel sólo podían venir de los liberales, y María Cristina, esposa de Fernando y regente desde la última enfermedad de éste, los amnistió y atrajo a su bando. En septiembre de 1833 murió el rey y comenzó la guerra civil. Los absolutistas predominaban en la mitad norte de España, y los liberales tenían mejor posición —no mayoritaria—, en el resto, asentada en el ejército, por lo que sus contrarios, llamados carlistas por el nombre de su candidato al cetro, debieron crear el suyo. Éstos contaron con Tomás Zumalacárregui, guipuzcoano de origen modesto, ex guerrillero contra los franceses, que, demostrando un destacado talento militar, dominó casi todas las Vascongadas y planeó marchar sobre Madrid; pero Don Carlos le ordenó tomar la liberal Bilbao, donde murió de un balazo, en 1835.Así perdieron los carlistas a su jefe militar más dotado.

Martínez de las Rosa, jefe del gobierno al comenzar la guerra, buscó la conciliación mediante el Estatuto Real de 1834, mal caracterizado, en referencia a las Cortes, como

vuelta a «las antiguas leyes fundamentales cuyo desuso ha causado tantos males por espacio de tres siglos»: receta poco original ante una situación histórica nueva, y censura roma a tres siglos muy distintos entre sí, la mitad de los cuales fue la del mayor florecimiento de España en cualquier sentido. El Estatuto reflejaba el temor de los liberales (en toda Europa) a la democracia, daba al rey poderes muy amplios y restringía el voto a 16 000 personas. Debía contentar a unos y a otros, pero no lo logró.

Sintiéndose amenazada por desamortizaciones parciales, la Iglesia se alineó casi en pleno con los carlistas. Ante los éxitos de Zumalacárregui, los liberales exaltados, llamados a la sazón progresistas, trataron de polarizar la sociedad: Madrid sufría en 1834 una epidemia de cólera, y las sociedades secretas propalaron la especie de que los frailes envenenaban las fuentes, excitando al lumpen suburbano a una matanza de clérigos y quema de conventos, que se reprodujeron al año siguiente en Zaragoza y Barcelona.

La flaqueza de Martínez de la Rosa ante los desmanes ayudó a su caída. En 1835 surgía un nuevo líder, Juan Álvarez Mendizábal (se llamaba Méndez, pero Mendizábal le sonaba más eufónico), multimillonario y respaldado por Londres, que prometió reclutar un ejército de cien mil hombres para ganar la guerra y obtuvo poderes de dictador de hecho. Su fórmula consistió en desamortizar, es decir, confiscar y vender las tierras eclesiásticas, con lo que empobrecía a la Iglesia, ampliaba una base de terratenientes afectos y enjugaba parte de la deuda pública. El coste fue enorme: cientos de miles de campesinos que vivían en las tierras confiscadas tuvieron que irse y vivir de la mendicidad o de la delincuencia; grandes bibliotecas y registros fueron dispersados o destruidos; monasterios históricos y artísticos

cayeron en ruinas. Dato simbólico: el gobierno mandó demoler el convento de La Rábida, donde se había gestado el Descubrimiento de América, aunque la orden no fue obedecida. Después de la invasión napoleónica, fue un nuevo y asolador golpe al patrimonio cultural acumulado durante siglos. Por lo demás, Mendizábal sólo consiguió alistar la mitad de las tropas prometidas y tuvo que aumentar los impuestos, lo que provocó su relevo.

La regente María Cristina dio su confianza al moderado Istúriz, que ganó las elecciones a Cortes. Los progresistas no lo aceptaron, y en 1836 Mendizábal sobornó a dieciséis sargentos en La Granja con dos onzas de oro por cabeza, para que amotinaran a sus tropas y obligaran a la regente a destituir a Istúriz y a volver a la Constitución de Cádiz. En 1837 se elaboró una nueva Constitución, más breve y operativa. Afirmaba la soberanía compartida entre el rey y las Cortes y aumentaba el número de votantes, que llegaría a 640 000. Pero no asentó al régimen. La debilidad de los liberales y su flojo liderazgo abrió paso a los *espadones* militares, por ser el ejército la única institución firme. No había realmente otra salida. El primer *espadón*, Baldomero Espartero, terminó en 1840 de derrotar a los carlistas y poco después daría un golpe de estado forzando a María Cristina a abandonar la regencia, que él ocupó.

Casi siete años había durado la guerra civil, con frecuentes atrocidades, comenzadas por los liberales. Pese a tener en principio a la mayoría de la población, sobre todo en Cataluña, Aragón, Navarra, Vascongadas y otras provincias, los carlistas perdieron, minados por sus querellas internas y por la baja calidad política y militar de casi todos sus líderes, empezando por Don Carlos. El conflicto costó unas 200 000 vidas, las correspondientes destrucciones e,

indirectamente, una desamortización aplicada de modo perjudicial. La derrota carlista sería definitiva, pues aunque su partido se reorganizaría y lanzaría otras dos contiendas menos duras, la política del país giraría ya en torno a las facciones liberales: entre moderados y progresistas hubo una especie de turno, pero no pacífico sino mediante golpes de estado y pronunciamientos.

La guerra fue seguida de pequeños movimientos revolucionarios. Espartero, que gobernó dictatorialmente en sentido radical o progresista, reprimió la primera revuelta obrerista-republicana de España, en Barcelona, haciendo bombardear la ciudad. En sólo tres años suscitó una oposición que lo derrocó en 1843.

Después de Espartero gobernaron en primero o segundo plano otros dos espadones, Ramón Narváez y Leopoldo O'Donnell, respectivamente moderado y ecléctico, con mejor criterio que los jefes civiles. En 1863 O'Donnell fue despedido por la reina Isabel II, que emprendió un camino antiliberal y reforzó el catolicismo político. El descontento dio cierto auge, por primera vez, al republicanismo. Otro general de prestigio, Juan Prim, organizó en 1868 un nuevo pronunciamiento exitoso, que esta vez no acabó sólo con un gobierno, sino con el reinado de Isabel II, la cual hubo de exiliarse. El golpe inauguró el «Sexenio Revolucionario» o «Democrático» y fue titulado «Revolución Gloriosa», pero su gloria brilló poco. La búsqueda de un nuevo rey ocasionó una crisis europea y la guerra franco-prusiana de 1870, que a su vez abocaría a la revolución anarcocomunista de la Comuna de París. Prim fue asesinado a finales de ese año, y el rey designado, Amadeo de Saboya, quedó atrapado entre querellas cada vez más delirantes de los políticos, sufrió amenazas y un intento de asesinato, hasta que dimitió el 11

de febrero de 1873, apresurándose a huir de aquella «jaula de locos», como la definió expresivamente.

No había repuesto monárquico, de modo que ese mismo día se implantó la I República, la cual justificó de sobra la expresión de Amadeo: en sólo once meses se sucedieron cuatro gobiernos, uno de cuyos presidentes se fugó a París sin despedirse de nadie y cubriendo de dicterios (serían recíprocos) a sus propios correligionarios. Cundió una especie de embriaguez de retórica pomposa e invocaciones a la libertad y al pueblo, en medio de dos guerras civiles, una carlista y otra cantonal de ciudades y provincias que se declaraban independientes. El espectáculo no dejaba de tener una comicidad grotesca. Para colmo, otra contienda, que también era civil, en Cuba, causaba una enorme mortandad (65 000 muertos entre 1868 y 1878, casi todos por enfermedades tropicales) y obligaba a movilizar un costoso ejército de 200 000 hombres, carga muy excesiva para un país en quiebra. En una orgía de chifladura y de sangre, España culminaba una carrera a la autodestrucción con visos de acabar de una vez con su historia. Parecía como si los principios liberales y democráticos, alcanzados con cierta naturalidad (y dos guerras) en Usa y que se iban imponiendo penosamente en Europa, degeneraban en España y en las nuevas repúblicas hispanoamericanas en una algarabía. Amadeo lo había diagnosticado: «Todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra, agravan y perpetúan los males de la nación, son españoles […]. Todos pelean y se agitan por su bien [de la patria] […] y entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos […] es imposible […] hallar remedio para tamaños males».

La asombrosa función terminó cuando un general también republicano, Manuel Pavía, desalojó de las Cortes a

los vociferantes diputados, que habían jurado morir antes que abandonar sus escaños. La rebelión cantonalista fue eliminada y la República aún continuó con un gobierno de concentración bajo el general Serrano, hasta que en 1874, tras el pronunciamiento del general Martínez Campos, el político Cánovas del Castillo organizó el sistema liberal que se llamó la Restauración, y que, como observó el mismo Cánovas, no sin razones, venía «a continuar la historia de España».

En política internacional, esos sesenta años se señalaron por una actuación de segundo orden, muy condicionada por Londres y París, y por la escasez de medios, dado el retraso industrial. Las intervenciones en América (guerra del Pacífico y breve anexión de Santo Domingo, pedida por los dominicanos), una operación bélica en Marruecos mandada por Prim y semiesterilizada por presión inglesa, la ocupación de las islas del golfo de Guinea, una expedición a Méjico y otra a Indochina en ayuda de Francia, tuvieron escasos resultados prácticos.

* * *

La diferencia entre moderados y exaltados-progresistas puede resumirse en que los primeros tenían en cuenta realidades históricas y sociales que los segundos no reconocían. Los moderados daban mayor peso a la corona, atribuyéndole parte de la soberanía, preferían un sufragio censitario muy restringido, el proteccionismo económico y el respeto a la religión. Los progresistas defendían la soberanía de la nación representada en las Cortes, el sufragio universal, el librecambismo, una desamortización radical, supresión del influjo eclesiástico y, cuando fuera posible, de la propia monarquía (gran parte de ellos derivaron al republicanismo).

Algunas posiciones progresistas parecen más racionales,

y sin embargo una y otra vez —Trienio Constitucional, etapa de Espartero, Bienio Progresista del primer O'Donnell, la Gloriosa y la República—, provocaban una epilepsia social que impedía reconstruir el Estado, casi destruido por la invasión francesa. Los progresistas, ayunos de pensamiento propio, se regían por ideas importadas, reducidas a tópicos, y no tuvieron un solo pensador relevante; no atendían a la realidad social, económica e histórica del país, al hecho de que su pretensión democrática sólo podía traducirse entonces en dictadura de la minoría autotitulada demócrata. Impusieron varias medidas razonables al principio del Sexenio Revolucionario: el sistema métrico decimal, la peseta, la capitalidad oficial de Madrid (hasta entonces sólo lo era de hecho), la abolición de la esclavitud en Puerto Rico, el Instituto Geográfico y Estadístico, indispensable para una administración modernizada… Pero su efecto se estropeaba con una gárrula y agresiva demagogia. Predominaban los personalismos y no tuvieron, con la excepción de Prim, ningún político de altura, capaz de diseñar una estrategia a largo plazo; muchos de ellos apenas pasaban de botarates. De haber tenido fuerza, habrían repetido la Revolución Francesa o algo similar. Faltos de ella, producían disturbios y golpes militares: contra un lugar común extendido, la vasta mayoría de los pronunciamientos no fueron conservadores, sino progresistas, y fraguaron en las logias masónicas del ejército.

El balance de sus rivales moderados es más positivo: regularon y ampliaron la enseñanza media y universitaria, abrieron escuelas de ingeniería y magisterio, dotaron la administración de justicia con un Código Penal modernizado, crearon la Guardia Civil, eficaz contra la plaga del bandolerismo, profesionalizaron el funcionariado y el

cuerpo de oficiales, reconstruyeron una armada mediana, racionalizaron la hacienda pública y la fiscalidad, normalizaron la relación con la Santa Sede y, en general, reorganizaron el Estado sobre bases más semejantes a las de Europa Occidental. La relativa estabilidad favoreció la inversión extranjera y nacional; se construyeron hasta 6000 kilómetros de ferrocarriles, aumentaron y mejoraron las carreteras y la red de telégrafo y crecieron industrias, notablemente en Barcelona y Bilbao. Barcelona superó ligeramente a Madrid como mayor ciudad de España —ambas con unos 300 000 habitantes—, y la mejor urbanizada gracias al plan Cerdá (impuesto desde Madrid al reacio ayuntamiento barcelonés); Valencia y Sevilla superaron los 100 000 habitantes. No obstante, el país siguió siendo muy rural, con una agricultura estancada.

* * *

El miedo tradicionalista al pensamiento libre quedó sintetizado, bajo Fernando VII, en la tan citada frase de los rectores de la Universidad de Cervera, única existente entonces en Cataluña: «Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir» (o «la funesta manía de pensar»). De todas formas, discurrir no fue ocupación muy cultivada por unos ni por otros y, paradójicamente, los pocos pensadores de altura fueron Jaime Balmes y Juan Donoso Cortés, ambos católicos y tradicionalistas o muy conservadores.

Balmes, barcelonés, sacerdote y miembro de la Real Academia, «príncipe de la Apologética moderna» según el papa Pío XII, murió joven, de tuberculosis, en 1848, año de revoluciones en Europa. Se aplicó a refutar corrientes filosóficas en boga, como el racionalismo francés, el empirismo inglés o el kantismo y sus derivaciones alemanas, desde posiciones neoescolásticas influidas por la escuela del

sentido común escocesa. Entendía el problema del conocimiento cierto como clave de la filosofía; al revés que Descartes, no considera un solo tipo de certeza, sino tres: la subjetiva (a partir del sentimiento particular de las cosas), la racional (expresada en las matemáticas o en la lógica) y la objetiva (percibida por todos, como la temperatura ambiente, pero no racional); cada una de ellas precisa un tipo de criterio, respectivamente el basado en la conciencia, en la evidencia y en el sentido común, entendido este último como un «instinto intelectual» distinto del sentimiento o la sensación. Ante la duda metódica racionalista, alegó que «dudar de todo es carecer de lo más preciso de la razón humana, el sentido común»: al afirmar que dudamos ya establecemos una certeza, y la duda implica unas normas de pensamiento que damos por ciertas. Se hicieron famosas muchas de sus observaciones: «No es fácil razonar contra los propios intereses», «el hombre emplea la hipocresía para engañarse a sí mismo, acaso más que para engañar a los otros», «terrible es el error cuando usurpa el nombre de la ciencia», «no es tolerante quien no tolera la intolerancia», etc. Una de sus principales obras, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la Civilización Europea*, combatió la noción de que el protestantismo era la fuente de los avances de la civilización. Por el contrario, defendió con destreza intelectual el papel de la razón y el orden católico frente al yermo espíritu de revuelta y anarquía que achacaba al protestantismo.

Hombre activo, entró en política con ánimo de reconciliar a carlistas y liberales en un absolutismo atenuado y fundó la revista *El pensamiento de la nación*, para contrarrestar la propaganda progresista, valiéndole el exilio su oposición a Espartero. Muy atento a los movimientos

sociales y económicos de la época, previó que «la organización del trabajo introducirá modificaciones que ahora son irrealizables […]. Dentro de dos siglos la sociedad habrá cambiado hasta un punto del que nosotros apenas tenemos idea; pero […] si se quiere hacer en breve tiempo lo que ha de ser fruto de una elaboración lenta en las ideas, en los sentimientos y en los hechos, el resultado infalible será provocar un cataclismo que, lejos de traer la resolución, la retrasará considerablemente». Propugnó las asociaciones obreras, tribunales para dirimir los conflictos con los patronos, no injerencia estatal en la fijación de salarios, creación de centros de formación profesional, y unos seguros sociales algo primarios y paternalistas.

Donoso Cortés, pacense, tuvo un alto cargo con Mendizábal, pero las revoluciones europeas de 1848, año de la publicación del *Manifiesto del Partido Comunista*, de Marx y Engels, cambiaron sus opiniones. Su obra más conocida, *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, es un clásico del pensamiento contrarrevolucionario europeo. Ante la revolución socialista, que preveía más radical aún que la francesa, entendió el catolicismo como única barrera posible. Según él, los liberales derruyen las instituciones políticas, y los socialistas las instituciones sociales. Ambos «convienen en la bondad sustancial e intrínseca del hombre», sólo perturbada por las instituciones, lo que los volvería incompatibles con la doctrina católica, que sitúa el mal, y por tanto su siempre relativa enmienda, en el hombre mismo, valiendo de poco al respecto las reformas institucionales. «Los liberales afirman que el bien puede realizarse ya en los tiempos presentes, y los socialistas que la edad de oro no puede comenzar sino en los tiempos venideros». El liberalismo, doctrina amorfa según él, admite

e intenta conciliar «todos los principios y contraprincipios»; sin creer en nada, conduce al triunfo del socialismo, que, por lo menos, tiene creencias. La argumentación de Donoso es inteligente, pero cabe objetar que no todos los liberales creen en la bondad natural del hombre, sino que toman a éste como es, con su propensión al mal, y tratan de poner barreras a la tiranía, forma política de ese mal. Además, el remedio de Donoso lleva a un despotismo de estilo fernandino, ajeno a la tradición eclesiástica española.

Se abrió paso otra línea de pensamiento, el krausismo, de menor enjundia teórica pero de mayor efecto a la larga, por haber dedicado su esfuerzo al proselitismo pedagógico. Importado de Alemania por Julián Sanz del Río, que plagió un texto de su maestro Karl Krause, consistía en una variación del panteísmo, el *panenteísmo*, con cierta mística naturalista: el hombre es el elemento más elevado de la naturaleza, formando con ella un organismo de caracteres divinos, que por evolución llegaría a identificarse plenamente con Dios: fe ajena al cristianismo y con reminiscencias paganas, aunque abierta a la posibilidad de una Iglesia nacional, que interesó a varios sacerdotes. Durante el Sexenio, el ideario krausiano inspiró en algún grado al progresismo menos radical, gracias a la actividad de Francisco Giner de los Ríos, discípulo de Sanz, pero radicalizó a bastantes jóvenes. El grupo de Giner predominó en la Universidad de Madrid bajo Prim y Amadeo I, en rivalidad con la enseñanza católica. Algo después de la República, Giner fundó la Institución Libre de Enseñanza (ILE), de larga proyección intelectual.

* * *

La mayor parte de este tiempo correspondió al romanticismo, un movimiento estético, intelectual y político

que, como la Ilustración, surgió en Alemania, Francia e Inglaterra, y abarcó a todo el continente. También como la Ilustración, fue más débil en España. Se le define como reacción contra la frialdad del sentimiento y las ínfulas universalistas de los ilustrados. «Gris es la teoría, pero verde el árbol de la vida», dijo Goethe en su *Fausto*, y según eso, los ilustrados representarían la teoría, el esfuerzo racionalizante por entender el mundo, y los románticos la búsqueda de la intensidad de la vida y una más profunda comprensión de ella a través del sentimiento, a veces bajo la sospecha de que el hombre no soporta la verdad. Pero aunque el siglo XVIII se había considerado «la edad de la razón», lo era sólo de un cierto concepto de ella o, mejor, de varios, pues las ilustraciones francesa, alemana y angloescocesa distan de ser idénticas, y aun dentro de cada una coexistían ideas diversas. Y ni el discurso romántico podría serlo si no aplicase la razón, ni los ilustrados habrían podido defender sus razones sin buena dosis de sentimiento, incluso de pasión. Para Balmes, «la razón es un monarca condenado a luchar de continuo con las pasiones sublevadas»; pero no sería desatinado sostener que la razón engendra sus propias pasiones.

La oscilación del clasicismo ilustrado al romanticismo recuerda la del Renacimiento al Barroco, movimientos contrarios y complementarios: los focos de su interés, siendo distintos, son también reales. Los románticos se interesaron por el destino, el heroísmo, el amor apasionado, lo genial, lo sublime, lo instintivo, lo terrorífico, el ensueño, la rebeldía social y los lados oscuros de la psique, admiraron las edades de Supervivencia y Asentamiento, despreciadas —irrazonablemente— por los ilustrados. Desdeñando las aspiraciones universalistas, buscaron lo original, lo particular

en las personalidades y en las culturas: cada país tendría su propio espíritu o *Volksgeist*, irreductible o meramente especial. El concepto de *Volksgeist* ha sido criticado por creerlo germen de guerras, pero las de Napoleón, las peores conocidas por Europa en siglos, se habían guiado por el universalismo ilustrado. Bastantes católicos entendían la oscilación ilustradaromántica y sus desórdenes como bandazos causados por el abandono de la recta doctrina. No obstante, su solución, la tutela eclesiástica sobre todas las facetas de la vida, era rechazada, y a ella podían atribuírsele, a su turno, considerables desórdenes.

La oscilación entraña la de dos espíritus vivos en la cultura, el aristocratizante y el democratizante. El primero trata de fundarse en el mérito y en conocimientos específicos poco al alcance del vulgo, desprecia la cultura popular y la anterior a sus propias formulaciones, como se observa en el humanismo o el neoclasicismo: la masa, propensa a guiarse por la sentimentalidad y poco aficionada a imitar el penoso esfuerzo de los mejores, sea en el combate físico o en el intelectual, debe ser sometida a un mayor o menor despotismo por su propio bien y el de la sociedad. La Ilustración enlaza así, inopinadamente, con la mentalidad feudal, pese a socavar sus normas en función de otras más amplias. El espíritu democratizante atribuible al romanticismo está implícito en la tradición cristiana, identifica a los hombres como iguales, sus particularidades como igualmente valiosas en principio y ante su Creador, y su salvación poco ligada a su posición social y méritos externos. En la práctica ambos espíritus se mezclan inextricablemente, pero puede percibirse el predominio de uno u otro.

Estos movimientos engendran sus propias caricaturas, y

Goethe, impulsor temprano de la actitud romántica del *Sturm und Drang*, lo percibió, quizá en exceso: diagnosticó el romanticismo como la enfermedad, y el clasicismo como la salud. Como fuere, el romanticismo creó un gran arte, pensamiento y concepciones políticas.

Se ha presentado a España como la nación romántica por excelencia. En los países centrooccidentales, por así decir grises, compuestos de clases medias y altas muy normalizadas y de masas suburbiales, con pocas oportunidades para el heroísmo y el peligro, se puso de moda viajar por España en busca de exotismos, apartando la vista de lo que aquí recordaba a sus países de origen. Y no faltaban exotismos: bandoleros, bailarinas, gitanos, ruinas, reacciones pasionales, alegría en medio de la pobreza, paisajes dramáticos, distintos de las suaves y amenas llanuras centroeuropeas, sensación de antigüedad… Igualmente parecían románticos los militares que cada dos por tres se «pronunciaban», fracasaban casi siempre y arrostraban el fusilamiento con entereza. Sin embargo casi todo ello era muy reciente, resultado de una desarticulación social causada por la Guerra de Independencia, la reacción oscurantista fernandina, la guerra carlista y los espasmos posteriores. El interés creció aún por el descubrimiento de la pintura española, saqueada por los napoleónicos.

Pero si el país parecía romántico, su creatividad artística e intelectual no puede compararse con la inglesa, francesa o alemana, cuyos logros son demasiado amplios y conocidos para tratarlos aquí. Los logros españoles no son desdeñables, sin embargo. Goya fue tanto un ilustrado como un romántico e inspirador de escuelas posteriores en Centroeuropa; y la literatura española superó la del siglo ilustrado desde el prerromántico José Cadalso, con nombres

como Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, Espronceda, Rosalía de Castro, Bécquer, Fernán Caballero, Aribau, Larra, Zorrilla, etcétera.

Como en el resto de Europa, el romanticismo dejaría en España una impronta cultural-política a través de la atención al folclore y a lenguas vernáculas regionales que habían dejado de ser vehículos de cultura debido a su utilidad decreciente y a una hegemonía del castellano casi nunca impuesta desde el Estado como ocurría en Francia. De ese interés nacerían, ya muy tardíamente, diversos nacionalismos.

61

EL SIGLO DE LA INDUSTRIA Y DE LAS IDEOLOGÍAS

Los avances técnicos y científicos de los siglos XVII y XVIII se aceleraron en el XIX en una catarata de invenciones, descubrimientos y nuevas fuentes de energía: hierro y acero, petróleo y electricidad, máquinas herramientas, química, telégrafo y teléfono, fotografía y cine, barcos de vapor y hierro, el automóvil, el avión, el submarino (éste con participación de inventores españoles)… Los logros en medicina, no menos espectaculares, aseguraron un aumento demográfico desconocido en la historia: Europa pasó de 180 a 420 millones de habitantes, con masivas emigraciones, sobre todo a América. La industria creció por regiones de Gran Bretaña, Bélgica, Francia, Alemania, norte de Italia y Usa, con tarifas proteccionistas, menos la primera, que gozaba de ventaja inicial. Adelantos acompañados de un florecimiento en filosofía, ciencia, literatura y arte; y de un debilitamiento del influjo religioso.

De Europa surgieron nuevos imperios. África, antes defendida por selvas, desiertos y pésimas comunicaciones, fue explorada y repartida entre Inglaterra y Francia, en menor medida Bélgica, Portugal y Alemania (a España le tocarían trozos menores junto al golfo de Guinea y de la costa sahariana). En Asia se amplió el poder inglés sobre la India y otras zonas, Francia se hizo con Indochina, y Holanda consolidó su dominio de la posterior Indonesia. En América, las posesiones europeas eran pequeñas, excepto la gigantesca del Canadá. En el Pacífico los británicos tenían la mejor parte, con Australia, Nueva Zelanda y otras islas; Francia ocupó varios archipiélagos, y a España le quedaron

algunos descubiertos en el siglo XVI, aparte de las Filipinas. El Imperio británico triplicaba ampliamente la extensión de Europa.

Consecuencia de esta expansión fue el acoso y casi exterminio, a menudo deliberado, de los pueblos pre civilizados de Usa, Canadá, Argentina y Australia. Por otra parte, Inglaterra se convirtió, de la mayor potencia esclavista en la mayor perseguidora de ese negocio. Gracias a su iniciativa la mayoría de las potencias europeas lo abolieron, aunque en África los traficantes árabes y algunos europeos lo mantuvieron largo tiempo.

Las civilizaciones china e islámica sufrieron asimismo la presión de Europa. A mediados de siglo China prohibió el tráfico de opio que, organizado desde la India, causaba estragos entre los chinos y grandes fortunas entre los negociantes británicos y useños. Inglaterra, en nombre del libre comercio, reimpuso por las armas el narcotráfico en dos guerras llamadas «del opio», y ocupó Hong Kong como base comercial. Las derrotas chinas provocarían revueltas contra la dinastía de origen manchú que gobernaba el país desde mediados del siglo XVII. Nuevas derrotas a finales de siglo ante Japón, terminarían hundiendo a la dinastía.

El islam, durante siglos el más peligroso enemigo de Europa, debió aceptar la subordinación y a veces ocupación por Gran Bretaña y Francia. El Imperio otomano acentuó su decadencia, y en sus tierras europeas bullían los nacionalismos.

Caso distinto fue el de Japón. Fue obligado por Usa, a mediados de siglo, a abrirse al comercio, lo que provocó la crisis final del shogunato Tokugawa y el comienzo de la era Meiji, tras una guerra civil. Tendría un éxito único en imitar la tecnología occidental, para convertirse a final de siglo en

una potencia capaz de arrebatar a China la isla de Formosa y el control de Corea, y de preocupar a Rusia.

En el Nuevo Mundo, el estancamiento de Hispanoamérica contrastó con el dinamismo useño. Hacia 1812, Usa intentó hacerse con el Canadá, pero los ingleses contraatacaron y quemaron Washington, con lo que aquella vía expansiva se desvió hacia el oeste. Los perdedores fueron los indios y los mejicanos. En la década de los veinte, colonos useños se instalaron en Tejas, importando de paso la esclavitud, ya abolida en Méjico, e impusieron en 1836 una independencia previa a la integración en Usa. En 1848, Méjico fue despojado de más de la mitad de su territorio, débilmente poblado.

Esta expansión seguía la doctrina, de raíz calvinista, de una especie de predestinación. El presidente John Quincy Adams había concluido a principios de siglo que todo el continente norteamericano estaba «destinado por la Divina Providencia a ser poblado por una nación con un idioma y un sistema general de principios religiosos y políticos y habituado a unos usos y costumbres sociales». Cundió la idea de un destino manifiesto que daba a Usa «el derecho de poseer todo el continente que nos ha otorgado la Providencia para aplicar nuestro gran designio de libertad». Los ideólogos consideraban a Usa un mundo nuevo y original desde tiempos de Noé. Tras la guerra de 1848 con Méjico hubo la tentación de anexionarse este país entero, pero fue resistida porque «más de la mitad de los mejicanos son indios, y el resto se compone sobre todo de razas mezcladas. […]. Nuestro gobierno es de la raza blanca» y sólo quería dentro de sus fronteras a esa «libre raza». Conseguida la expansión desde el Atlántico al Pacífico, el destino manifiesto se orientó a finales de siglo hacia Cuba, Puerto

Rico y el Caribe.

En 1861 Usa entró en crisis cuando los estados del sur, perjudicados por la política económica del gobierno, intentaron separarse de la Unión. El resultado fue la Guerra de Secesión, extremadamente dura, que causó 600 000 muertos, parte de ellos en los bárbaros campos de prisioneros, y condujo a la abolición de la esclavitud y al esplendor de los negocios y la industria, que hicieron del país la primera potencia económica del mundo dos décadas antes del final del siglo.

* * *

Dentro de Europa, la restauración monárquica se sostuvo; en Francia sólo hasta 1848, cuando nació la II República. Ese año hubo revoluciones entre obreristas, republicanas y nacionalistas por Alemania, Italia, Austria y otros países, los cuales obligaron a los gobiernos a reformas y concesiones, pero sólo en Francia triunfaron. La república francesa duró tres desordenados años hasta que Napoleón III, sobrino del primero, instauró el II Imperio mediante un golpe respaldado por la mayoría de la población. El nuevo régimen auspició un veloz despegue económico, y París, modelo urbanístico tras la reforma de Haussmann, se convirtió en el mayor centro de la cultura europea. En 1870 Francia y Prusia colisionaron so pretexto de la sucesión monárquica en España, y Napoleón III fue derrotado. Esta guerra produjo el nacimiento del Imperio alemán, el hundimiento del francés, sustituido por la III República, y la revolución, entre anarquista y socialista, de la *Commune* de París, implacablemente reprimida por los republicanos: entre 20 000 y 50 000 *communards* fueron fusilados, según versiones. La III República duraría más que la anterior —gracias a esa represión, según algunos— y evolucionó a un

militante anticlericalismo, al paso que construía un vasto imperio colonial en África e Indochina.

Gran Bretaña vivió la mayor parte del siglo (1831-1901) bajo la reina Victoria, como el país más estable, rico y poderoso del mundo, con una cultura brillante en todos sus aspectos, un moralismo y clasismo estrictos y un problema social de pobreza y pésimas condiciones obreras, que mejoró paulatinamente. Sus guerras fueron externas, como las del opio y otras en la India, Afganistán, Canadá o África, en especial las Guerras Surafricanas con los bóers. Mayor envergadura tuvo la Guerra de Crimea, de 1853 a 1856, en pro del equilibrio europeo. Inglaterra y Francia, temerosas del expansionismo ruso que se proyectaba hacia el Mediterráneo, resolvieron defender contra él al debilitado Imperio otomano, consiguiendo una costosa victoria sobre Rusia.

A principios de siglo se habían completado las *Highland clearances* (limpiezas de las Highlands), iniciadas en el siglo anterior y consistentes en arrojar de sus tierras a los campesinos, en gran parte católicos, para favorecer la más rentable cría de ovejas. La «limpieza» se realizó con barbarie, quemando aldeas y matando a aldeanos. La mayoría tuvo que irse, y quienes quedaron debieron aceptar salarios de absoluta miseria. En 1846, la población, que subsistía básicamente de patatas, se redujo aún más por el hambre y la emigración, al sobrevenir una plaga que pudría el tubérculo. El efecto de la plaga fue desastroso en la mucho más poblada Irlanda. Las más y mejores tierras de la isla habían sido repartidas entre nobles y terratenientes ingleses y escoceses, dejando a los naturales en la pobreza, dependiendo su nutrición de las patatas. Murió por hambre hasta un millón de irlandeses y otros tantos tuvieron que

emigrar. La catástrofe, increíble en la Europa rica, fue agravada por la política de Londres, que impidió prevenirla y luego mantuvo la exportación de alimentos desde Irlanda, defendiéndolos con guardia armada de los hambrientos que no podían comprarlos.

La Alemania reunificada por el prusiano Bismarck, el *Canciller de hierro*, venció a Francia en 1871, anexionándose Alsacia y Lorena, y se convirtió en la primera potencia continental bajo el emperador Guillermo I. Bismarck, receloso del revanchismo francés, buscó una paz conveniente en Europa, aislando a Francia mediante acuerdos con Rusia, Austria e Italia, sin competir al principio por los nuevos imperios extraeuropeos y evitando el embrollo balcánico, donde confluían explosivamente intereses de Viena, Estambul y Moscú, complicados con nacionalismos emergentes. Terminó enfrentado al káiser Guillermo II, ansioso de aventuras exteriores, y al ser despedido de su cargo, en 1890, profetizó con asombroso acierto que no tardaría veinte años en estallar, por «alguna maldita estupidez en los Balcanes», una conflagración europea de final imprevisible, a cuyo término apenas se recordaría la causa inicial. En el interior, combatió en vano a los católicos mediante la *Kulturkampf* («lucha por la cultura»), y al ascendente movimiento marxista, prohibiéndolo también en vano y atrayéndose a los obreros con el primer sistema de seguridad social europeo. El régimen venía a ser un parlamentarismo autoritario, con amplios poderes del emperador y sufragio universal, en ese sentido el más democrático de Europa.

Rusia se extendía por el este hasta el Pacífico, con Alaska —vendida a Usa en 1867—, y por el oeste llegaba a los mares Báltico y Negro. Había hecho retroceder a los

turcos, causado la ruina de Napoleón, y buscaba entrar en los Balcanes y abrirse al Mediterráneo. El contraste entre el progreso occidental y el atraso de Rusia (donde continuaba una penosa servidumbre campesina, abolida en Prusia y Polonia tan tarde como 1807), incubó una triple división política entre liberales occidentalistas, revolucionarios anarquistas o socialistas, y tradicionalistas o eslavófilos, que criticaban a un Occidente a su juicio corrompido y sin espíritu. Esta división recordaba a la de España, pero en Rusia prevaleció la autocracia tradicional, si bien con políticas cada vez más liberales y un crecimiento industrial a base de capital extranjero, que a finales del siglo superaba las tasas del oeste europeo, sumido entonces una depresión cíclica. En 1861 el zar Alejandro II abolió la servidumbre, pero los revolucionarios *nihilistas* del partido *Naródnaia Volia* (Voluntad del Pueblo) emprendieron campañas de atentados que costaron la vida al zar y a numerosos funcionarios y personajes del gobierno.

Con toda esta efervescencia, Rusia produjo una de las mejores literaturas del mundo. Los grandes relatos de Dostoiefski, Gógol, Chéjof, Tolstoi, etc., reflejan la situación social, al modo de Dickens en Inglaterra o de Balzac en Francia, pero con un carácter muy distinto de éstos. En Dostoiefski y en Gógol se encuentran descripciones realmente proféticas de los movimientos revolucionarios de entonces. La tensión entre el liberalismo y las ideologías revolucionarias no hizo sino crecer en toda Europa, con menos violencia en Gran Bretaña, e iba a condicionar de forma radical el siglo XX.

* * *

La Ilustración había justificado y corroído al mismo tiempo el absolutismo. No halló mucha réplica mientras se

ciñó a la crítica y la especulación, a veces profunda, a veces irresponsable, sobre la naturaleza y mejora del ser humano, el poder ilimitado de la razón, la paz perpetua y un progreso sin fin. Mas la inocencia de sus ejercicios mentales se perdió en la revolución y las convulsiones napoleónicas, que mostraron efectos impensados de aquellas prédicas y cómo la razón podía orientar y justificar crímenes que, a su turno, ponían en duda la intrínseca bondad humana. La idea de progreso implicaba privar a cada generación de valor propio, salvo como peldaño para la siguiente, en una marcha sin fin. Una generación entera podía ser sacrificada si obstaculizaba el progreso tal como lo concebían los apóstoles de éste.

Volvía a comprobarse cómo de una idea no se siguen consecuencias lógicas e inapelables *more geometrico*, sino interpretaciones y conclusiones variadas. De las tesis ilustradas brotaron pronto ideologías como el nacionalismo, el liberalismo, el racismo, el socialismo, el anarquismo o el feminismo, que desplegarían sus potencias hasta hoy.

Debemos aclarar qué entendemos aquí por ideología. Inicialmente fue una propuesta de estudio científico de las ideas, como el nombre indica, pero Carlos Marx le dio un significado distinto, que tuvo el mayor éxito: ideología como sistema de ideas con pretensiones universales, pero basado en una falsa conciencia de la realidad, y cuya función auténtica consistía en justificar el dominio de las «clases explotadoras» y embaucar a los oprimidos para resignarlos a su miseria. La ideología por excelencia sería la religión, «opio del pueblo», a la cual opuso Marx, con optimismo, la ciencia social que él mismo ofrecía. Aquí llamo ideología a cualquier sistema de ideas que, apelando en exclusiva a la razón, aspira a dar solución a los problemas sociales y sentido a la vida humana. Así, la religión no es ideología, y lo es el marxismo

y las antes citadas, una de cuyas claves consiste, por ello, en el ateísmo abierto o en el relegamiento de la religión a un plano secundario y puramente opinativo. El sistema de Newton fue con frecuencia interpretado como la negación, o al menos la exclusión de la idea de Dios, a todo efecto práctico, en la comprensión del universo. Y la teoría de Darwin sobre la evolución de las especies vino a extender esas interpretaciones a la propia vida humana.

Darwin ideó una explicación de la vida, que evolucionaría mediante la adaptación de las especies al medio. Algunos (Lamarck) atribuían a los organismos la capacidad de crear, por contacto con el medio, los órganos adaptativos propios de cada especie, pero Darwin sostuvo que, por el contrario, las especies no estaban capacitadas para tal cosa, sino que, cuando el medio no permitía el crecimiento de una especie, se producían en ésta alteraciones ciegas, parte de ellas heredables, y era el medio el que seleccionaba las más aptas para vivir (selección natural), facilitando su reproducción, mientras que los individuos menos aptos tendían a extinguirse. De esta teoría cabía extraer diversas consecuencias sociales, como que los individuos son producto del ambiente social, el cual determina el éxito o el fracaso de ellos; o que algunas razas humanas son superiores a otras por su capacidad adaptativa; o que, como en el caso de Newton, sobraba la intervención divina para explicar la vida, pues ésta evoluciona por su cuenta, a través de la selección natural y de enormes períodos de tiempo.

Las ideologías, sustitutas de la religión, suponen la bondad natural del hombre, a quien, en un mesianismo al revés, aspiran a salvar de las instituciones, costumbres, creencias, etc., que le «alienan» y bloquean su pleno

desarrollo. No existiría lo que la tradición cristiana y otras simbolizan en el pecado original y mitos afines, en apariencia contrarios a la razón y que, por eso, serían la mayor barrera a la autenticidad y la libertad humanas (aunque el pecado original, fuente de la culpa, pueda interpretarse como causa de la libertad y la responsabilidad). Las ideologías seducen porque liberan al individuo de la culpa y la proyectan sobre el exterior (las instituciones, las «clases explotadoras», «el poder», el país contrario, el varón, los viejos, el clero, etc.), cifrando en la lucha contra ellos un peculiar sentido de la vida. La responsabilidad se vuelve convencional, derivada de unas leyes a su vez convencionales.

Ideológica es una versión (no la única posible) de las declaraciones de derechos como opuestas los Diez Mandamientos. Los mandamientos no exponen derechos, sino deberes frente la inclinación humana al mal. En cambio la natural bondad humana debía asegurar que de los derechos resultase una sociedad también buena, sin coerciones, hasta sin ley y sin Estado. Pero, aunque dichas declaraciones no lo especificaban, fue preciso limitar por ley los derechos, para evitar la colisión entre intereses de los individuos. Por ello, los nuevos estados cimentados en tales declaraciones promulgaban legislaciones más minuciosas que nunca, expandían un funcionariado con autoridad sobre aspectos antes dejados a la espontaneidad social, y unos aparatos policiales asimismo sin precedentes. Algunas ideologías proponían directamente estados policiales.

* * *

Una potente ideología de la época fue el nacionalismo, que, combinada con otras, movería a grandes masas y transformaría el mapa político del mundo en los siglos XIX y XX. El nacionalismo no inventa la nación, sólo transfiere a

ella la soberanía antes atribuida al monarca, por lo que es en principio democrático. Creció ligado al liberalismo y al romanticismo, sin identificarse del todo con ellos. Solía hipertrofiar el sentimiento patriótico, a veces a extremos delirantes, o lo creaba inventando la historia, y a menudo trataba de expandir cada nación a costa de las vecinas.

El nacionalismo encaraba dos problemas: cómo definir una nación y cómo aplicar la soberanía. Nación, de entrada, es un amplio grupo social definido por una cultura particular; pero como la cultura incluye diversos elementos, y siempre se comparten bastantes con otros pueblos, delimitar la nación es a veces difícil, aunque otras veces salta a la vista. Existen numerosas naciones culturales, y el nacionalismo les confiere el derecho a convertirse en políticas, es decir, a dotarse de su propio Estado.

Las naciones políticas España, Francia e Inglaterra aparecieron en Europa en las edades de Supervivencia y de Asentamiento, al margen del Sacro Imperio Romano-Germánico. Pueden añadirse las escandinavas, posteriormente Portugal, Polonia, Moscovia, más tarde Holanda y otras más efímeras. Las demás naciones culturales estaban políticamente absorbidas en imperios, donde una de ellas predominaba. A comienzos del siglo XIX, el centro-este de Europa se repartía entre los imperios austríaco, ruso y turco, más Prusia. Por los años veinte, Grecia se sacudió la dependencia turca, pero los hechos más relevantes fueron la constitución de Alemania e Italia, por primera vez, en naciones políticas, hacia 1870-1871. Alemania adoptó el título de II Reich o Imperio, considerando el primero el Sacro Imperio, se impuso a Francia y rivalizó con Inglaterra en poder industrial, científico y técnico. Las naciones integradas en los imperios

austrohúngaro, otomano y ruso no lograrían independizarse en el siglo XIX, pero su agitación independentista no cesaría.

Fuera de Europa, las naciones culturales eran menos discernibles, y a menudo serían creadas a partir de la política, en una inversión del proceso. Así, en América apenas había diferencias culturales entre Argentina y Chile, o entre Bolivia, Perú y Ecuador, o entre Colombia y Venezuela, o en Centroamérica. Y el diseño de la Gran Colombia tenía cierta base sobre la común cultura hispana. No obstante, las oligarquías regionales crearon nuevas naciones políticas siguiendo límites administrativos españoles. Aún más embrollada sería la cuestión en África y Asia.

En cuanto a la soberanía, facultad de dictar leyes sin recibirlas de otro poder, la revolución la había atribuido a la nación, al pueblo (la diferencia entre soberanías nacional y popular es irrelevante), propuesta más simple en su enunciado que en su práctica. La nación, el pueblo, nunca dicta las leyes: lo hacen, en su nombre, unas oligarquías parlamentarias más o menos representativas. Para evitar la disgregación oligárquica, se había depositado la soberanía en la monarquía hereditaria, un principio sencillo y (relativamente) operativo: el rey concentraba la voluntad de la nación. Durante la Edad de Asentamiento, la soberanía regia fue limitada por Cortes y Parlamentos (no democráticos, pues no representaban a la inmensa mayoría campesina). Esta especie de soberanía compartida o limitada resultaba compleja y conflictiva, por lo que el siglo de la Ilustración simplificó aún más el principio, anulando las Cortes y Estados Generales en pro del absolutismo, salvo en Inglaterra.

Inglaterra fue el primer país en establecer normas capaces de equilibrar el poder monárquico y el de la oligarquía, así como de dirimir los contenciosos interoligárquicos mediante elecciones y turno de partidos. No era democracia, pero permitió una estabilidad social muy superior a la del continente. El sistema inglés, producto de una larga evolución y de una guerra civil, no sería fácil de imitar.

Por democracia cabe entender cierta limitación y control público del poder, más el sufragio universal. Este sufragio sólo se estableció en Francia desde la revolución de 1848, y en casi todo el resto de Europa se retrasó a finales del siglo (antes en la Alemania del norte) o entrado el siglo XX. Por lo demás, aun en las democracias asentadas, las oligarquías o partidos que se disputan la opinión pública, mostraron capacidad para manipular y embaucar a dicha opinión. Con todo, han probado ser formas de gobierno más capaces de conciliar las libertades con la estabilidad social. El nacionalismo, aunque brotó de la mano del ideal democrático, no equivalía a éste, y a menudo se manifestaría contrario a él.

* * *

La base de la doctrina liberal es la limitación del poder y la defensa de la libertad del individuo, ideas que arraigan en una corriente tan antigua como la civilización cristiana, en la que desde el principio dos poderes se limitaban mutuamente como ya vimos: el espiritual —pero también político— de Roma, y el político —pero también espiritual— de los gobiernos. Entre ambos hubo conflicto y complementariedad, que afirmó una noción de la libertad personal y abrió un espacio bastante libre a la controversia filosófica y política. Por lo que hace a España, la idea de esa

libertad aparece muy pronto, entre otras cosas en la temprana formación de unas Cortes que templaban el poder monárquico, o en la concepción de la Monarquía Hispánica, con contrapesos que obstaculizaban el despotismo, o en la escolástica tardía de los siglos XVI y XVII. Quizá no fue un mero azar que el término «liberal» (como «guerrilla») pasara a otros idiomas, pese a que la contribución española a las ideas liberales durante el siglo XIX fuera insignificante.

Las concepciones liberales se reflejan en las declaraciones oficiales de derechos. Éstas no significan que antes las personas carecieran de derechos, desde luego, pero sistematizarlos y hacerlos explícitos les dio un impulso más universal, aplicó la igualdad ante la ley, eliminó las leyes privadas o privilegios y mermó la arbitrariedad del poder.

El principio liberal puede entenderse como la bondad del individuo frente a la maldad del poder, y así vienen a sostenerlo algunas versiones, próximas al anarquismo. Pero la tendencia mayor estima que el individuo no es tan bueno que su libertad sin trabas no aboque a la disolución social, ni el poder tan malo que no pueda limitar razonablemente esa libertad. Un problema era la disyuntiva entre libertad e igualdad, o la actitud ante el voto universal democrático, que provocaba temor a que abonase una demagogia desenfrenada. Así, la tendencia dominante en el liberalismo del siglo XIX no fue democrática, sino aristocrática: en España, Inglaterra y la mayoría de los países sólo votaba una capa social, cuya superioridad partía de sus mayores ingresos. Había inclinación a buscar en la economía la clave explicativa de la sociedad, con el comercio como instrumento esencial de la libertad y felicidad del individuo.

Ante las condiciones sociales derivadas de la industria, una versión del liberalismo —no la única— confinaría al

Estado a la defensa del país y el mantenimiento de la ley, dejando la sanidad, la enseñanza pública y otras labores a la iniciativa privada que, en teoría, debía cubrir toda la demanda posible; y no debía intervenir en los tratos entre patronos y asalariados, salvo para asegurar que estos últimos actuaran de forma individual, no colectiva —lo que los colocaba en indefensión y llevaba a la contratación masiva de niños y mujeres, y a jornadas abrumadoras— ni con huelgas. Esa versión persistiría un tiempo, siendo progresivamente abandonada.

Diversas corrientes, por apartar el liberalismo de la ideología, lo reducen a unas reglas del juego político y económico basadas en las libertades individuales limitadas por las leyes, al Estado limitado por la separación de poderes y el control público, y a la actuación del poder como sancionador de las faltas. A partir de ahí, la sociedad evolucionaría de manera imprevisible pero, se esperaba, generaría riqueza y felicidad.

Los sistemas aproximadamente liberales han demostrado ser los menos opresivos y productores de mayor riqueza. Dejan abierto el problema de la justicia de las leyes, las cuales se vuelven meramente convencionales, sujetas a la cambiante (y manipulable) opinión pública. Y la evolución social desde sus premisas podía conducir a una transformación social en sentido opuesto al querido por los liberales.

* * *

El liberalismo sufrió enseguida los embates del socialismo, basado en una idea de la igualdad: las libertades «formales» y la igualdad ante la ley no aseguraban el bien del individuo, sino sólo de algunos individuos, los de *clase burguesa* o capitalista. La libertad política nada valdría sin la

igualdad económica, y los teóricos propusieron liquidar el régimen *burgués* y sustituirlo por otros donde el interés privado —base del liberalismo— desapareciera, y la producción y distribución se hicieran sobre bases igualitarias. Utopismos religiosos habían abogado por la supresión completa de la propiedad privada, de la familia y del Estado, por la comunidad de mujeres, etc. Era difícil pensar en alcanzar tal sociedad sin un poder mucho más fuerte que el de los Estados conocidos, pues intervendría hasta en las inclinaciones íntimas de las personas y anularía los efectos de milenios de civilización, como había deseado Rousseau.

La arbitrariedad utopista irritaba a quien sería el máximo intelectual del socialismo, Carlos Marx, cuyo pensamiento, de incalculable repercusión en el siglo XX, también en España, requiere alguna atención. Según él, la historia debía entenderse a partir de la economía, plasmada en lucha de clases. La insuficiente producción de riqueza había causado la división de la sociedad en clases, de las cuales una se quedaba con la parte del león y explotaba a las demás. La economía clasista se había basado sucesivamente en la esclavitud, en el vasallaje feudal y finalmente en el capitalismo (distinguió un «despotismo asiático», menos definido). La lucha entre clases explotadoras y explotadas determinaba la historia, pero antes del capitalismo no podría alterar la situación, pues los oprimidos, aun si triunfaran, sólo podrían reproducir la opresión anterior. En cambio el capitalismo desarrollaba a tal grado la producción que hacía posible la abundancia general y la desaparición de las clases, en el comunismo.

Llegar al comunismo exigía derrocar al capitalismo que, de creador de riqueza se había convertido en rémora, al mantener la explotación y la separación de clases basada en

la propiedad privada de los medios productivos, lo cual causaba crisis económicas, proletarización de las clases medias, acumulación de riqueza para unos pocos y de miseria para la mayoría. Los explotados debían rebelarse e instaurar su propio poder, la «dictadura proletaria», a fin de transformar el sistema económico y las formas de vida e ideas burguesas, pues según Marx, las clases sociales segregaban espontáneamente modos de pensar, ideologías, predominando la de la clase dominante y explotadora. Esas ideologías, la religión ante todo, persistirían después de aniquilado el poder político y económico *burgués*, y de ahí la necesidad de un período de «dictadura del proletariado» para extirparlas.

El marxismo, al revés que los utopismos, parecía explicar coherentemente el pasado y dar sentido al presente, lo que le otorgaba rasgos de ciencia y fuerza convincente. Como ha pasado con muchas teorías, sus contradicciones tardarían en verse: las condiciones obreras no empeoraron, mejoraron progresivamente; la *burguesía*, con o sin presión sindical, fue reduciendo las jornadas y el trabajo de niños y mujeres; los obreros preferían las reformas, sin pretender derrocar a la burguesía, e imitaban en lo posible sus modos de vida, en lugar de soñar con un sistema colectivista o una dictadura propia (que ejercerían los líderes u oligarcas comunistas, no proletarios por lo común).

Marx apoyaba su análisis en la teoría del valor-trabajo, esbozada pero no seguida por Adam Smith, a la que añadía la noción de la plusvalía: supuesto que el valor de las mercancías residía en el trabajo humano que contenían, Marx creyó demostrar que la ganancia capitalista sólo podía salir de una parte no pagada de ese trabajo (la plusvalía), que el empresario se apropiaba. La explotación, así, dejaba de ser

una impresión subjetiva o una situación alterable, para convertirse en el fundamento objetivo del sistema. El ansia de ganancia llevaba al capitalista a aumentar la explotación, y con ella la miseria obrera. Con ello el capitalista empobrecía a la mayoría y se privaba de clientela, y Marx suponía que la ciega avidez de lucro le empujaría a la ruina por ese camino. Pero la experiencia indica que el capitalismo no resultó tan ciego.

Otros economistas sostenían que el valor de una mercancía no reside en el trabajo que ha costado, sino en el aprecio subjetivo del consumidor, de lo cual surgía una teoría muy distinta. Marx acusaba a esos economistas de no hacer ciencia, sino ideología al servicio del capital, pues eran a su vez burgueses y su modo de pensar derivaba de su situación social. Sólo que el propio Marx pertenecía a la pequeña burguesía, que él miraba con especial desprecio, y su amigo y co-teórico Engels al capitalismo industrial, sin que se explicara bien cómo habían podido elaborar un pensamiento «proletario».

El ser humano, en la historia concebida por Marx, venía a ser un lúgubre animal gobernado por el vientre, desdichado por no poder saciarlo en la mayoría de los casos, impotente al no existir, hasta la era industrial, condiciones materiales para salir de tal situación, revolcado abyectamente en un lodazal de vanas ilusiones *ideológicas*. No es que Marx desdeñase el espíritu, estaba empapado de cultura —«ideología», en su lenguaje— occidental, y orgulloso de la alemana, que florecía con ímpetu en música, pensamiento, poesía y ciencia. En nueva contradicción, despreciaba a los judíos, siéndolo él, no menos que a los pequeños burgueses, entre los que también se contaba.

El éxito mayor del marxismo, durante el siglo XIX, sería

la formación del nutrido Partido Socialdemócrata alemán, pero éste iba a evolucionar en sentido distinto del revolucionario preconizado por Marx y Engels, hasta caer en un reformismo calificado de burgués, de modo que a finales del siglo el marxismo empezaba a diluirse y su destino parecía el olvido, como tantas utopías de la época. Nada permitía prever la fuerza con que reverdecería en pleno siglo XX.

No obstante, la socialdemocracia reformista no abdicaba del todo de la revolución, sino que pensaba en una evolución hacia lo que Tocqueville llamó «despotismo democrático»: un poder «inmenso», pero votado, servido por una propaganda absorbente, que busca la felicidad de los ciudadanos, pone a su alcance los placeres, atiende a su seguridad, conduce sus asuntos, procura que gocen «con tal de que no piensen sino en gozar»; en suma, «un poder tutelar que se asemejaría a la autoridad paterna si, como ella, tuviera por objeto preparar a los hombres para la edad viril; pero que, por el contrario, sólo persigue fijarlos irrevocablemente en la infancia», por medio de una servidumbre «reglamentada, benigna y apacible», que a la larga privaría al hombre de uno de los principales atributos de la humanidad.

El anarquismo, con similar proyecto comunista, rechazaba la idea de un Estado *proletario* de transición, pues éste, a juicio de teóricos como Bakunin, sólo podría perpetuar y aun profundizar el poder, que, junto con la religión, constituía el supremo mal, la causa de toda opresión humana. Los pueblos debían liberarse revolucionariamente de una vez por todas, eliminando cualquier forma de Estado, para vivir en plena libertad y autorrealización. Lo cual implicaba, sin reconocerse, un poder máximo para asegurar

que la gente se portara como era debido, y las propias organizaciones ácratas, con sus divisiones, encontronazos y liderazgos, lo probaban. Bakunin, ante la indiferencia popular a sus ideas, creyó que el pueblo debía ser manipulado por su propio bien, y a tal efecto diseñó una sociedad secreta totalitaria; y como no bastaba, otra más secreta para dirigir a la primera… El anarquismo extendería los atentados por Europa a finales del siglo XIX y principios del XX, de modo especial en Rusia y España.

* * *

El racismo ganó muy amplio crédito. Cierto racismo espontáneo existe en todas las sociedades y por lo común no reviste mayor importancia. El Antiguo Testamento lo contiene, la expresión «bárbaros» aplicada por los griegos a los demás pueblos puede entenderse en el mismo sentido, en el siglo XVIII Hume, Kant, Buffon, Raynal y otros declararon a veces inferiores a los negros, a los amerindios o a los hispanoamericanos. Pero estas expresiones cambian cuando se convierten en doctrina. En el siglo XIX, los fantásticos logros culturales europeos abonaron la noción de que demostraban una natural superioridad, pese a ser históricamente recientes. La idea tomó un tinte presuntamente científico al relacionarse con el darwinismo: la raza blanca sería la más apta evolutivamente. Uno de los primeros teorizadores del racismo, el francés Joseph de Gobineau, afirmó a mediados del siglo XIX, en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, que éstas, la blanca, la negra y la amarilla, creaban culturas particulares de distinto nivel, y que las mezclas entre ellas producían una degeneración cultural. El nivel más alto correspondería a la raza blanca, y dentro de ella al elemento germánico, descendiente puro de los primitivos arios, mientras que los

latinos y eslavos serían inferiores, al estar mezclados. Estas ideas tomarían mucho vuelo en Alemania, Inglaterra y Usa. En España condicionarían a los nacionalismos vasco y catalán.

Otra ideología que despegó entonces, aunque sólo cobraría fuerza en el siglo XX, fue el feminismo. De la idea de los derechos humanos se desprendía la concesión del voto e intervención en la vida pública a las mujeres. Esa orientación encontraba el doble obstáculo de la mayoritaria indiferencia femenina y de cierta resistencia del varón a la entrada de la mujer en un terreno que había sido una creación y evolución masculina, por lo que veía dicha entrada como una intrusión que dañaba la vida familiar al introducir en ella las tensiones políticas y apartar a las mujeres de sus ocupaciones tradicionales. Además, la emotividad femenina se había mirado casi siempre como una traba a la fría razón, por lo que favorecería la demagogia. No se trataba tanto del trabajo fuera del hogar, pues en las sociedades agrarias las mujeres casi siempre participaban en las faenas del campo, y la industria había empujado a masas ingentes de ellas a las fábricas y las minas. Las demandas de igualdad política evolucionarían hacia la ideología feminista, según la cual las diferencias sexuales carecían de cualquier otra proyección, excepto las impuestas por la «injusta y tiránica dominación patriarcal».

58

GUERRA DE INDEPENDENCIA

La Revolución Francesa provocó en España espanto, desconcierto y retracción reformista, así como la caída sucesiva de Floridablanca y Aranda. En 1792 Manuel Godoy obtuvo el poder, protegido por Carlos IV y por su esposa María Luisa. Viniendo Godoy de la nobleza inferior, suscitó el encono de los grandes, que desprestigiaron a la monarquía atribuyendo a aquél una relación sentimental adulterina con la reina. A raíz de la ejecución de Luis XVI, la Convención francesa había declarado la guerra a España, y ésta, después de algunos éxitos iniciales, fue invadida por Cataluña, Vascongadas y Navarra. Godoy, sintiéndose impotente, concertó la paz de Basilea en 1795, por la que España recobraba los territorios peninsulares, entregaba la totalidad de la isla Española (la parte de Haití estaba en poder de Francia desde 1697) y se aliaba de hecho con los revolucionarios contra Inglaterra. Por ello obtuvo títulos y honores, entre ellos el algo extraño de príncipe de la Paz. Entonces la armada inglesa casi paralizó el tráfico con América y, en inferioridad numérica, desbarató en 1797 a la flota española cerca del cabo San Vicente, en la que se distinguió el almirante Nelson —después, la flota inglesa se vio afectada por motines que esterilizaron su victoria—. España perdió la isla de Trinidad, en Venezuela, aunque rechazó a los ingleses de Cádiz, Puerto Rico y Tenerife; ésta, en 1797, fue la única derrota de Nelson, que sufrió serias pérdidas, entre ellas la de su brazo derecho.

Luego, el Directorio francés negoció con Inglaterra sin molestarse en informar a Madrid, y Godoy fue despedido en 1798. En 1801 volvió al poder y a la alianza con Francia,

dominada ya por Napoleón, quien le movió a invadir Portugal (Guerra de las Naranjas) para desligarla de Londres. España se quedó con la ciudad de Olivenza y los portugueses ampliaron Brasil a costa de territorios hispanos. Al año siguiente, Francia e Inglaterra firmaron una paz que duraría un año. Godoy intentó mantenerse neutral, pero Napoleón le obligó a declarar de nuevo la guerra a Inglaterra, a finales de 1804: los ingleses volvieron a bloquear el tráfico hispanoamericano y en 1805 desbarataron la flota española y la francesa en Trafalgar, victoria de Nelson que, de paso, perdió la vida.

Fueron años muy duros para España: en 1800 la mortífera fiebre amarilla se propagó desde Cádiz, y dos años de malas cosechas causaron hambrunas. Y después de Trafalgar, España perdió su condición de gran potencia a todos los efectos.

* * *

Durante esos años Napoleón fue el eje de Europa. Como general de la Revolución había ganado sus laureles en Italia, y a lo largo de su carrera habría de afrontar sucesivas coaliciones de las grandes potencias y otras menores. Su genio militar no le evitó, en 1799, su primer revés grave en una ambiciosa expedición a Egipto, entonces dominio turco: Nelson destruyó su flota y lo dejó aislado. Siguió hacia Siria y en Jaffa perpetró una matanza de civiles y prisioneros turcos. Por fin abandonó a sus tropas y volvió ocultamente a Francia, donde, tras derrocar al Directorio, se proclamó primer cónsul. Los años siguientes reformó la administración, mejoró la relación con la Santa Sede mediante un concordato y dio consistencia al nuevo poder mediante su famoso Código Civil y otros códigos que estabilizaban parte de las medidas revolucionarias. En el

exterior, volvió a derrotar a los austríacos en Italia, y en 1801 exigió a Godoy la entrega de Luisiana; pero, al no poder defenderlo frente a Inglaterra, lo vendió en 1803 a Usa por una cifra irrisoria.

En 1804, Napoleón se coronó a sí mismo emperador en la catedral de Notre Dame, con presencia de un intimidado papa Pío VII. Más tarde declaró hereditario el cargo y colocó a hermanos suyos a la cabeza de los países conquistados. Para acabar con la oposición británica planeó invadir la isla, pero la derrota de Trafalgar se lo impidió. No obstante, a los pocos meses ganó por tierra la magna victoria de Austerlitz contra los ejércitos ruso y austríaco, e impuso una paz conveniente a Austria. Al año siguiente ocupó Nápoles, fundó el reino de Holanda, adjudicándolo a su hermano Luis, se erigió en protector de la Confederación del Rin y volvió a derrotar a una coalición ruso-prusiana. En 1807 pactó con el zar Alejandro I la reducción del territorio prusiano y se apoderó del gran ducado de Varsovia. A fin de arruinar a Inglaterra, que bloqueaba el comercio marítimo, le declaró a su vez el bloqueo continental, tratando de que ningún país le abriera sus puertos. Impuso a España una nueva alianza para forzar a Lisboa a sumarse al bloqueo, y ofreció dividir Portugal en tres, entregando el Algarbe a Godoy, de modo que un ejército franco-español ocupó el vecino país en 1807.

Napoleón usó la campaña de Portugal como pretexto para ocupar puntos estratégicos y la capital de España, con propósito de extender hasta el Ebro la frontera francesa, recuperando y ampliando la Marca Hispánica de Carlomagno. El pueblo español estaba cada vez más receloso e indignado, tanto por la presencia de tropas francesas como contra Godoy, a quien culpaba de los sucesos. El mismo

Godoy pensó trasladar a los re-yes a Cádiz con vistas a refugiarlos en América, como había hecho la familia real portuguesa en Brasil. Los reyes marcharon a Aranjuez, pero allí, el 19 de marzo de 1808, parte de la población y los guardias reales se amotinaron, las casas de Godoy fueron saqueadas y él mismo escapó por poco de ser linchado. Detrás del motín estaban varios oligarcas y Fernando, hijo y heredero de Carlos IV, que ya el año anterior había intentado derrocar a su padre y, al ser descubierto, había delatado a sus cómplices. En esta ocasión, Fernando hizo abdicar a Carlos amenazándole con la muerte de Godoy.

Se ha dicho que el motín de Aranjuez señala la entrada del pueblo español en la política, pero ello suena un poco exagerado. Se trató de una pequeña minoría de baja extracción social, manejada por personajes muy poco afines al pueblo llano, acelerando la descomposición de la monarquía.

Napoleón tomó nota de los hechos. Pretextando arreglar el conflicto entre Carlos IV y su hijo, llamó a ambos a Bayona de Francia, y los dos fueron obedientemente. Para entonces, los ánimos entre la población estaban caldeados. En Vitoria la gente intentó impedir la marcha del rey, pero la guardia francesa aseguró el paso. También fue llevado Godoy a Bayona. Carlos IV fue intimidado para que cediera a Napoleón sus derechos al trono, y luego Fernando lo fue para que abdicase a favor de su padre. Así, el derecho a reinar en España pasó a Napoleón, que lo cedió a su hermano José. Éste llegó a Madrid el 20 de junio e intentó poner en vigor una nueva Constitución que afirmaba derechos ciudadanos, supresión de aduanas interiores y de derechos feudales. Pero entre tanto, el 2 de mayo había estallado en Madrid la insurrección popular. La población,

que hacía responsables de los sucesos a Godoy y a Carlos IV, creyó ingenuamente que Fernando representaba la independencia de España y había sido secuestrado.

Como muchos dirigentes e intelectuales europeos, Napoleón pensaba que España, decaída y sin fibra moral, estaba madura para ser sometida y desmembrada, y la conducta de la casa real se lo corroboraba. Había preparado con cuidado la infiltración de su ejército y el debilitamiento del español, éste disperso y sin liderazgo, pues sus jefes estaban desconcertados u obedecían al francés. Parte de las mejores tropas hispanas, 14 000 hombres del marqués de la Romana, había sido enviada a Dinamarca. Descabezado el país política y militarmente, no cabía esperar oposición, máxime contra un magnífico ejército francés, victorioso sobre países de toda Europa.

Sin embargo, años después confesaría Napoleón: «Esta maldita Guerra de España fue la causa primera de todas las desgracias de Francia. Todas las circunstancias de mis desastres se relacionan con este nudo fatal: destruyó mi autoridad moral en Europa, complicó mis dificultades, abrió una escuela a los soldados ingleses… Esta maldita guerra me ha perdido».

* * *

El conflicto puede dividirse en tres etapas: durante los años 1808 y 1809, los éxitos hispanos obligan a Napoleón a intervenir directamente, sin resolver la situación. Luego, hasta 1812, la situación permanece indecisa, aunque las resistencias y guerrillas convertirán a España en «un infierno» para el ejército francés. La tercera etapa, hasta 1814, es de derrota progresiva de los napoleónicos, ligada a su desastre en Rusia.

Tras el alzamiento madrileño del 2 de mayo, los

franceses trataron de escarmentar a la población con una represión despiadada (Goya la plasmó en uno de los cuadros más famosos de la historia), pero la revuelta cundió por el país organizándose en juntas provinciales y locales. La primera victoria española debió de ser la del Bruch, cerca de Montserrat, el 6 y el 14 de junio, que cortó el paso a una columna francesa, y donde surgió el relato del *Tambor del Bruch*. El 15 de junio comenzó el sitio de Zaragoza, llave para el dominio del cuarto noreste de la península. El pueblo afrontó el asalto de los franceses, los cuales bombardearon y destruyeron sistemáticamente la ciudad, antaño llamada la «Florencia de España». Sitiadores y sitiados sufrieron bajas muy altas, pero Zaragoza resistió.

Entretanto, el 19 de julio el ejército francés de Dupont, con 21 000 hombres, que marchaba a someter Andalucía, cayó vencido en Bailén por el general Castaños. Fue la primera derrota importante de la *Grande Armée*, y tuvo máximo efecto estratégico: estimuló la oposición antinapoleónica europea y la formación de una coalición entre Viena y Londres. En España provocó el pánico en Madrid, donde entró Castaños mientras José I huía hacia Vitoria y los zaragozanos perseguían a sus ex sitiadores.

En agosto, Londres envió a Portugal tropas con Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, que batió a los franceses, aunque neutralizó su éxito al permitir a los vencidos embarcar para Francia con todo su equipo. Por ello, los jefes ingleses fueron llamados a su país, dejando en la península a 30 000 soldados al mando de John Moore.

La entrada de Castaños en Madrid auguraba el triunfo hispano, pero las juntas, celosas entre sí, obstruían una acción concertada, perdiéndose semanas cruciales, mientras los ingleses permanecían pasivos en sus bases portuguesas.

El 25 de septiembre se formó una Junta Suprema presidida por el anciano Floridablanca, y sus tropas alcanzaron el valle del Ebro y atacaron por Vizcaya. Napoleón estaba indignado: «Todo el mundo ha perdido la cabeza desde la infame capitulación de Bailén». Sus cálculos y maniobras para una fácil ocupación del país se habían derrumbado.

Cubiertas sus espaldas por una alianza con Rusia, Napoleón marchó en noviembre sobre España con 280 000 veteranos, «los hombres de Austerlitz, Jena y Eylau» contra un ejército español de unos 80 000 hombres, mal coordinados y mandados. Salvo algún revés menor, los napoleónicos barrieron a los hispanos. El 4 de diciembre Madrid volvía a sus manos y José a reinar, mientras los de Moore retrocedían para reembarcar en La Coruña. Pero Austria, animada por la resistencia hispana y la perseverancia inglesa, amenazaba declarar de nuevo la guerra, por lo que Napoleón partió hacia allí en enero, tras dominar casi toda la mitad norte de la península y creyendo que lo esencial estaba hecho. A principios de julio obtuvo una victoria aplastante en Wagram, liquidando la coalición austroinglesa, quinta de las alzadas contra Francia desde su revolución.

En España, los franceses iban a encontrarse con la novedad de que el ejército español no se rendía y volvía a la carga una y otra vez, mientras que las guerrillas no les daban tregua. Y Zaragoza volvía a deslucir su ofensiva. La ciudad, dirigida por el general Palafox, resistió del 20 de diciembre al 20 de febrero a 45 000 soldados con poderosa artillería. En un episodio destacó la barcelonesa Agustina Zaragoza. El mariscal Lannes, jefe del asalto, dijo no haber visto nada igual. «Las mujeres se dejan matar en la brecha. Es preciso el asalto casa por casa […]. La ciudad arde por cuatro puntos y llueven sobre ella bombas a centenares, pero nada

basta para intimidar a los defensores [...]. Un asedio en cada calle, una mina bajo cada casa [...]. Es terrible, la victoria apena». Quedó una ciudad arrasada, con 60 000 cadáveres de defensores y asaltantes. Los dos sitios de Zaragoza causarían conmoción en Europa. Ocurrió algo semejante en una ciudad menor, Gerona, donde también la población suplió la escasez de tropas en un primer asedio de junio-agosto de 1808 y después otro mucho peor, entre mayo y diciembre de 1809. El general Álvarez de Castro dirigió la defensa, y sus enemigos bombardearon la ciudad hasta que el hambre, las enfermedades y las penalidades extremas forzaron la capitulación. La ciudad perdió la mitad de sus habitantes.

Entretanto, en abril Wellesley había vuelto a Portugal con 26 000 británicos, que subirían a 53 000, más 50 000 portugueses. Emprendió una ofensiva sobre Talavera, con la cooperación poco afortunada del general español Cuesta, buen organizador y mediocre estratega. La victoria, el 23 de julio, le resultó tan costosa que optó por esperar tiempos mejores tras una doble línea defensiva que cerraba el paso a Lisboa. Wellesley criticó la conducta de los españoles en Talavera, pero éstos se sintieron defraudados por su tímida actuación, pues desperdició la oportunidad de avanzar sobre Madrid (una división española estuvo a punto de tomarla por su cuenta).

A Wellesley le llegarían aún nuevas tropas sacadas de una infortunada operación inglesa por Holanda.

* * *

A finales de 1809 los franceses se imponían. Dudando entre destruir a los ingleses o asegurarse Andalucía, optaron por lo segundo. Tal vez erraron desde el punto de vista estratégico, pero lograron así un éxito fácil: José fue recibido

con inesperado calor por los andaluces. Su carrera triunfal quedó frenada en febrero de 1810 ante Cádiz. El asedio a la ciudad iba a durar dos años y medio, el más largo en Europa hasta hoy. Cádiz guardaba una significación peculiar: la ciudad más antigua del Atlántico y, después de Sevilla, el mayor nudo comercial con América. Allí se afincarían pronto unas Cortes que aspiraban a definir el futuro de la nación.

Durante la nueva fase de la guerra, los ingleses siguieron en Portugal y los franceses controlaron la mayor parte de España, de Guipúzcoa al Estrecho de Gibraltar. Control precario, pues el ejército español no se rendía, y las guerrillas, extendidas por casi todo el territorio, los enloquecían con sus constantes ataques. Francia debió mantener un costoso y enorme ejército de más de 300 000 soldados.

En 1810, España era el único país continental que resistía a Napoleón. Éste había repudiado a su esposa Josefina para casarse con María Luisa, hija del emperador de Austria. Tal decisión, más su anexión de los estados papales, le enfrentó al papa Pío VII, a quien hizo secuestrar y trasladar a Francia, donde permanecería los siguientes cinco años. Pero el nuevo matrimonio atenuaba la tenaz oposición de las monarquías, que le trataban de usurpador sin legitimidad alguna. Parecía marchar viento en popa su designio de anexionarse Cataluña, Navarra y las Vascongadas. E Inglaterra, aunque dueña del mar, estaba arrinconada en Portugal y sufría los efectos del bloqueo terrestre.

Establecida la paz con Austria y Rusia, la solución del conflicto español parecía cosa de tiempo, quizá no mucho. Pero en 1811 todo se torció. Gracias al acuerdo con París, Rusia había ocupado Finlandia, pero la oligarquía rusa

necesitaba productos ingleses y rechazaba el bloqueo continental, deseaba hacerse con parte de Polonia, creía que Prusia estaba a punto de levantarse contra Francia, y se alió con los turcos. Rusia y Francia prepararon el ataque mutuo. El zar Alejandro admitió ante el embajador francés que sufriría derrotas, pero le recordó cómo España resistía a pesar de ellas.

Y, ya a principios de 1812, Wellesley, muy pronto con título de Wellington, se sintió con fuerzas para la ofensiva, sabiendo que el emperador miraba al otro lado de Europa. Capturó Ciudad Rodrigo y Badajoz, y el 22 de junio, coincidiendo con la declaración de guerra de Francia a Rusia, las tropas anglo-luso-hispanas ganaron cerca de Salamanca la batalla de Arapiles, que obligó a los franceses a replegarse de Andalucía y Asturias (de Galicia habían salido antes). El 6 de agosto Wellington entraba en Madrid, pero la reacción enemiga le obligó a retirarse de nuevo hasta Salamanca y Ciudad Rodrigo. A principios de octubre fue aceptado desde Cádiz como generalísimo de todos los ejércitos peninsulares, con protesta y desagrado de muchos españoles.

Mientras, Napoleón avanzaba por las llanuras rusas con más de medio millón de soldados (dejaba 300 000 en España y 200 000 en el resto de Europa). Los rusos retrocedieron de mala gana, hasta que el general Kutúsof hizo del retroceso una táctica de tierra quemada. Aun así, a principios de septiembre Napoleón ganó en Borodinó una de las más sangrientas batallas de la historia, y a mediados de mes entró en Moscú. Pero la ciudad fue incendiada, dejando a los conquistadores sin suministros ni cobijo ante los fríos, esperando en vano la capitulación. A mediados de octubre Napoleón, alertado de conspiraciones en París, ordenó la

retirada, quizá la más desastrosa de la historia, bajo las guerrillas, el frío, el fango y la nieve, hasta el revés final junto al río Beresiná, a finales de noviembre. De los invasores sólo volvió la décima parte.

Fue prácticamente el fin de Napoleón: Rusia, Prusia, Austria, Suecia y varios estados alemanes se concertaron contra él. Forzado a retirar contingentes de España para crear un nuevo ejército, dio a Wellington la ocasión de retomar la ofensiva. En junio de 1813 los peninsulares tomaron Vitoria a los franceses que escoltaban a José I en retirada, y en diciembre pasaban a Francia. Los franceses lograron reaccionar y parar a Wellington en Toulouse, pero para entonces ya habían perdido la guerra en Europa.

Entretanto, Napoleón había infligido reveses a sus enemigos, pero en octubre de 1813 era vencido decisivamente en Leipzig. Cinco meses después, el 30 de marzo, los aliados entraron en París y Napoleón abdicó. Volvería al poder por unos meses en 1815, para caer definitivamente el 18 de junio en Waterloo, ante Wellington y el general prusiano Blücher.

Las campañas napoleónicas movilizaron ejércitos gigantescos nunca vistos en Europa, próximos o superiores al millón de hombres, con bajas a tono y enormes destrucciones, las mayores, proporcionalmente, en España. Napoleón pretendía unificar Europa bajo normas, hegemonía y estilo franceses, al estilo de la aspiración de Carlomagno. Como se recordará, el rechazo a la idea imperial fundaría las naciones eurooccidentales, que determinarían el perfil y la posterior expansión de Europa. La idea de unificar el continente sería retomada en el siglo XX por Hitler y renacería después de la II Guerra mundial. El bonapartismo fue una mezcla contradictoria de

despotismo e ideas revolucionarias estabilizadas a un nivel reformista. Produjo las guerras más sangrientas conocidas en Europa y la reacción de volver a las monarquías antiguas, con reformas menores. Pero la impronta legislativa y la semilla ideológica sembrada por Napoleón iban a generar movimientos políticos, nacionalismo e inestabilidad social que harían imposible la vuelta a la Ilustración y al absolutismo.

El mapa político europeo volvió a cambiar profundamente por las decisiones del Congreso de Viena, que selló la paz: Rusia retuvo Finlandia, parte de Polonia y otros territorios; el Sacro Imperio, tan protagonista de siglos de historia europea, finó definitivamente, restando de él un Imperio austríaco, más adelante austrohúngaro; Prusia creció hacia el este y el oeste, confederándose el resto del norte alemán; Francia volvió a sus límites anteriores y dejó de ser la mayor potencia continental; Noruega, antes danesa, pasó a Suecia; Holanda recobró su independencia, pero unida a Bélgica y Luxemburgo en el reino de los Países Bajos (Bélgica se separaría en 1830) y perdió Suráfrica, Malaca, Ceilán y Guayana a favor de Gran Bretaña; ésta volvió a salir como gran ganadora, y su primacía mundial, sustentada por su industria, permanecería durante todo el siglo. En el continente se buscaría un equilibrio internacional que evitase guerras tan destructivas como las pasadas y se formó una alianza, sin mucho futuro, entre Rusia, Prusia, Austria e Inglaterra contra nuevos movimientos revolucionarios, liberales o nacionalistas (las tres cosas solían ir juntas). España, salió con un extraordinario prestigio por su heroica lucha, pero sin ventaja material, debido a la inepcia de su labor diplomática, reflejo a su vez de otras inepcias.

* * *

La atípica guerra mal llamada después de Independencia (el país era independiente de siglos atrás), volvió a poner a España, pasajeramente, en el centro de la atención mundial. Llamó la atención la capacidad espontánea del pueblo para reorganizarse con juntas locales formadas por funcionarios, militares, intelectuales y clérigos, una vez el Estado y el gobierno quedaron descabezados en Bayona; y la no menor destreza para compensar los fracasos del ejército regular con la movilización guerrillera. De las juntas han solido resaltarse sus rivalidades y personalismos, pero éstos no impidieron por fin la coordinación y constitución de una Junta Suprema Central. El dato esencial es el propio hecho organizativo, sin paralelo en Europa, revelador de una insospechada vitalidad popular. Recuerda la facilidad con que los conquistadores de América creaban órganos de gobierno sin romper la lealtad a la metrópoli. Herencia acaso de la Reconquista.

La misma vitalidad revelaron las guerrillas. Después de decenios de ser ensalzadas hasta las nubes y consideradas invención española (otros pueblos las han utilizado, poco antes los useños frente a los británicos), se tiende hoy a desvalorizarlas como meros auxiliares secundarios del ejército regular, o destacando el bandolerismo que a veces las acompañaba. Cierto que ningún golpe de las partidas puede ser decisivo, pero en gran número desmoralizan, distraen y minan al mejor ejército, y en ese sentido sí se vuelven decisivos. Espoz y Mina, *El Empecinado*, el cura Merino y muchos más golpeaban al enemigo y le impedían controlar grandes extensiones. La lucha se volvió feroz por los dos lados, y cuando los franceses hablaban de *l'enfer d'Espagne*, se referían a las guerrillas, no a las tropas inglesas o españolas. Más de dos tercios del ejército francés hubieron de proteger las comunicaciones, mermando drásticamente su

capacidad operativa, prueba de la eficacia guerrillera, aumentada por la coordinación de muchas partidas con las tropas regulares. Sin las guerrillas, los franceses habrían dado cuenta, muy probablemente, de los ejércitos anglo-portugués y español. El bandidismo derivó de las circunstancias, como los saqueos por las tropas regulares; pero también fue combatido por los jefes guerrilleros y militares más conspicuos.

En cuanto a los ejércitos, los napoleónicos sufrieron, además del aguijón *infernal* de las partidas, de su heterogénea procedencia nacional y de los celos entre sus jefes. Tuvo un papel más relevante del que suele reconocérsele la sufrida tropa portuguesa, recuerda el historiador Cuenca Toribio; y la mejor cualidad de la española fue su tenacidad para superar reveses y volver a la carga: no ocurrió como en el resto de Europa, donde Napoleón libraba pronto la batalla decisiva con rendición oficial. Y queda en el haber hispano la victoria de Bailén, de tal efecto estratégico y político. Wellington, jefe prudente y atento a la logística, tenía mal concepto de los españoles, por su pobre disciplina y jefes descuidados: «España es el único país en que dos y dos no son cuatro». A los soldados ingleses los calificó de escoria y de borrachos. Éstos padecían de sus oficiales un trato en extremo clasista y una disciplina brutal, pero contra su firmeza en el combate se estrellaban una y otra vez las embestidas francesas.

Los británicos resultaron aliados dudosos para los españoles. Destruyeron las manufacturas que pudieran hacer competencia a las inglesas y sometieron a ciudades como Badajoz, Ciudad Rodrigo o San Sebastián, a saqueos salvajes, con profusión de asesinatos y violaciones. Conducta similar tuvieron los franceses, que además hicieron un daño

incalculable al patrimonio artístico e histórico, destrozando monumentos, archivos, bibliotecas y arte, aparte de expoliar pinturas, esculturas, joyas, etc. Dada la procedencia revolucionaria de muchos de ellos y de sus jefes, ultrajaron desde el primer momento a la religión, golpearon o fusilaron a clérigos, quemaron iglesias y profanaron imágenes, todo lo cual arruinó la simpatía que habría podido despertar José I.

* * *

La amplitud y empeño de la resistencia expone bien el sentimiento antinapoleónico de la inmensa mayoría de los españoles. Aun así, optó por el colaboracionismo una minoría compuesta de acomodaticios en busca de prebendas, más un grupo ilustrado que creyó invencible al invasor y se dejó seducir por planes progresistas… y por la recompensa esperada de su colaboración, que aceptaba la anexión a Francia de parte importante del país y la satelización del resto. Acomodaticios e ilustrados erraron sus cálculos, como a menudo ocurre en los asuntos humanos, y todos ellos, conocidos como *afrancesados*, despertaron un odio popular no difícil de entender. De ahí la apasionada repulsa, antes inexistente o débil, hacia cualquier idea, moda o reforma sospechosa de origen galo, sin que se superase la pobreza intelectual compartida en el siglo anterior por ilustrados y tradicionalistas (hasta la experiencia guerrillera sería recogida y teorizada… por el prusiano Gneisenau).

La invasión napoleónica asoló el programa reconstructivo de la Ilustración. Los combates, las hambres y brotes de fiebre amarilla causaron cientos de miles de muertos, quizá hasta medio millón. La agricultura, la ganadería y las manufacturas quedaron devastadas, la marina arruinada, el ejército íntimamente dividido y la deuda pública por las nubes. España salía agotada, sin condiciones para la

industrialización y como potencia ya muy secundaria. Y la radical división interna impediría un resurgimiento como el de otros países.

Un efecto trascendental de la contienda fue la Constitución elaborada por las Cortes reunidas en la asediada Cádiz. La Junta Suprema Central asumió la autoridad regia y convocó en 1809 elecciones a Cortes, que decidieron formar una cámara única. La Junta Central se disolvió en enero de 1810, siendo sustituida por un consejo de regencia, y se reunieron diputados de España, América y Filipinas, a todas las cuales debía afectar la nueva ley fundamental. Algunos diputados querían volver a un despotismo ilustrado ya imposible cuando la guerra socavaba sus bases sociales e ideológicas. Otros pedían cambios graduales, en la línea de Jovellanos a raíz de la Revolución Francesa: «Dirá usted que estos remedios son lentos. Así es: pero no hay otros; y si alguno, no estaré yo por él […]. Jamás concurriré a sacrificar la generación presente por mejorar las futuras […]. Creo que una nación que se ilustra puede hacer grandes reformas sin sangre». Una tercera opinión, más concreta, buscaba conciliar muchas de las reformas napoleónicas con la religión y la monarquía. Éstos se llamaron liberales, término que se extendió por Europa, e impusieron su sello a la Constitución, que recogía influencias francesas, inglesas y useñas, y trataba de afincarse en el pensamiento español del siglo XVI.

En 1812 nació la Constitución. Establecía la soberanía de la nación, igualdad ante la ley, división de poderes, derechos personales, religión oficial católica, Cortes y monarca con facultad de proponer leyes, monarquía limitada, que gobernaría por ministros sujetos al control parlamentario, gobierno centralizado, supresión de aduanas

interiores, libertad de prensa… La Constitución de Cádiz fue modelo de otras europeas y de los países hispanoamericanos que pronto se independizarían, y donde no tendría un futuro muy feliz.

Se ha criticado a esta ley su farragosidad, retórica, carácter ordenancista y excesiva longitud: 384 artículos, comparados con los simples y claros siete artículos de la Constitución useña concretados por entonces en 24 breves exposiciones y 12 enmiendas. El sistema de voto resultaba complicado, con cuatro grados, sufragio universal en el grado más bajo y restricciones sucesivas; y la división de poderes apenas dejaba comunicación entre ellos, lo que la hacía poco funcional. Pero con todos sus defectos, sentó un precedente que serviría de orientación posterior.

El mayor fallo de la Constitución, se ha dicho, era que el país no estaba preparado para ella. Esto no deja de resultar extraño. Teniendo en cuenta la tradición preliberal y ciertos hábitos ancestrales de libertad personal entre los españoles, la nueva ley debiera haber sido bien acogida. Pero, desafortunadamente, caía en un clima popular de rechazo a tales innovaciones, debido a las atrocidades revolucionarias y bélicas. Además, la legitimidad de las Cortes podía chocar con la del rey si éste, cuando volviera a España, no las aceptaba. Como así sería. El rechazo a las novedades «afrancesadas» se compensaba con un mal fundado entusiasmo por Fernando VII *el Deseado*, que había traicionado a su padre y a sus propios cómplices y abdicado ante Napoleón, a quien felicitaba por sus victorias. Cuando volvió, entre un fervor delirante, captó bien el ambiente popular, disolvió las Cortes de Cádiz y declaró nula su obra.

Comenzaba el drama del siglo XIX español. La anterior oposición pacífica de ilustrados y tradicionalistas se

transformó en antagonismo sangriento entre tradicionalistas y liberales, unos y otros menos provistos de ideas que de emoción. De haber sido uno de los países internamente más pacíficos durante tres siglos, España se transformó en el de las guerras civiles y pronunciamientos. Su evolución posterior se pareció al castigo de Sísifo, con repetidos avances insuficientes y vueltas atrás.

62

REANUDACIÓN DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

La facilidad con que el general Pavía disolvió unas Cortes republicanas convertidas en herramienta de demolición nacional, disimula la gravedad de una crisis extrema que, de haber persistido, habría balcanizado al país. Después, el general Serrano intentó enderezar la política asumiendo una especie de dictadura republicana, pero el descrédito del régimen no lo permitía. Para reanudar la historia nacional era preciso encontrar una solución que no repitiese la carrera de los últimos sesenta años hacia el derrumbe. El político e historiador Antonio Cánovas del Castillo sacó la lección de que la sociedad sólo podía equilibrarse por largo tiempo sobre los dos principios más permanentes de su historia: la monarquía y las Cortes. Hombre realista, pensaba que la política no debe aspirar a la plena realización de un ideal abstracto, sino sólo de aquella parte de él que las circunstancias históricas hacen posible sin riesgo de que el Estado se hunda en el caos, como había terminado ocurriendo en la etapa anterior. A ese fin concibió una monarquía parlamentaria adaptada a la época, plasmada en el Manifiesto de Sandhurst, que firmó el hijo de Isabel II, Alfonso, estudiante en esa academia militar inglesa. El aspirante a rey se presentaba como «buen católico y verdadero liberal», según el espíritu del siglo. La prensa publicó el documento el 27 de diciembre de 1874.

Previamente, Cánovas había urdido una red de intereses y convicciones en torno a la restauración borbónica, ardua tarea, pues la dinastía había quedado muy desprestigiada con Fernando VII e Isabel II. Cánovas vacilaba sobre el

momento de pasar a la acción, y el problema lo resolvió el general Arsenio Martínez Campos, pronunciándose en Sagunto, uno de los escasos pronunciamientos conservadores, que proclamó rey a Alfonso XII dos días después de publicado el manifiesto de Sandhurst.

Martínez Campos había luchado en Cuba contra los insurgentes, donde había constatado la enorme corrupción reinante en la isla y la necesidad de reformas, lo cual le había hecho impopular entre los políticos y empresarios, resueltos a mantener la situación tal cual. Vuelto a la península, había luchado contra los carlistas, sometido varios cantones y apoyado a Pavía. Su pronunciamiento no encontró resistencia, gracias a la labor previa de Cánovas de ganarse voluntades en el mundo político y militar.

* * *

Comenzaba así un nuevo período histórico conocido como la Restauración. En tiempo relativamente corto, las rebeliones carlistas fueron sofocadas (las cantonales ya las había rematado Serrano), pero se trataba de integrar en un régimen liberal a la mayoría de las fuerzas políticas. Después de la I Guerra carlista, casi todos los problemas habían nacido de las propias facciones liberales, incapaces de conciliarse y crear un régimen estable. Por consiguiente, se trataba de buscar una armonía entre los liberales radicales y los moderados, y ahí radicó el acierto de Cánovas. Existían otras fuerzas políticas como los carlistas, los republicanos y los grupos revolucionarios, mayormente anarquistas; pero los dos primeros, en pleno declive, no podían molestar mucho, aparte de que se les ofrecía también participar en el sistema; en cuanto a los revolucionarios, aunque capaces de atentados sangrientos y revueltas ocasionales en Andalucía y Cataluña, nunca se integrarían. Por lo tanto, la fórmula de Cánovas

pudo desenvolverse con poco embarazo.

Para fundamentar el nuevo Estado se elaboró la Constitución de 1876, que funcionaría mejor y por mucho más tiempo que cualquiera de las anteriores. Constitución flexible y abierta, establecía la soberanía conjunta de «las Cortes con el rey», la separación de poderes, las libertades de expresión, asociación, reunión e imprenta. El Estado sería confesional católico, con tolerancia para otras religiones, y sostendría económicamente al clero como compensación por las desamortizaciones. El voto para las Cortes sería al principio censitario, pero en 1890 se haría universal, algo todavía excepcional en el resto de Europa. En pro de la igualdad ante la ley fueron derogados los arcaicos fueros vascos (el carlismo era intensamente fuerista y tendría, dos decenios más tarde, una derivación nacionalista), con efectos parecidos a los de la supresión de los fueros catalanes por Felipe V, es decir, un vigoroso despegue económico.

Los principales partidos pasaron a llamarse Liberal-Conservador (luego simplemente Conservador) el de Cánovas, recogiendo la tradición *moderada*; y Liberal-Fusionista (luego simplemente Liberal) el fundado por Práxedes Mateo Sagasta, bajo la orientación *progresista*. El acomodo entre ambos se completó en 1885 por el llamado «Pacto de El Pardo», que garantizaba el turno pacífico entre ellos. El acuerdo se gestó a instancias de Alfonso XII, ya moribundo de tuberculosis (tenía 28 años) y por intermedio de Martínez Campos, para asegurar la regencia de la esposa del rey, María Cristina de Habsburgo, frente a las presiones de carlistas y republicanos, dispuestos a explotar el inmediato fallecimiento del monarca. El Pacto de El Pardo alejó de momento los peligros.

Otra dificultad fue conciliar liberalismo y catolicismo.

Pío IX había catalogado al liberalismo como pecado, lo que servía a los tradicionalistas para acusar a Cánovas y a Alfonso XII, aunque los católicos liberales sostenían que sólo sería pecado en aspectos filosóficos al margen de la política. Pío IX había comenzado su pontificado con medidas liberalizantes que le valieron incluso la adhesión de Garibaldi, su futuro enemigo; pero las revoluciones del 48 y el auge del anticristianismo y de los atentados le hicieron cambiar de orientación. Condenó al socialismo por pretender remplazar a la Providencia de Dios por el Estado, y al liberalismo tachándolo de materialista y exclusor de la moral en las relaciones laborales. Pío IX vivió una época de crisis, pues perdió definitivamente los estados papales cuando Italia se reunificó, en 1870, dejándole reducido al Vaticano. Pareció a muchos que el Papado iba a hundirse como el Sacro Imperio, después de tantos siglos de influir en la historia occidental, pero la energía del Papa desde su «cautiverio» vaticano, revitalizó el catolicismo. Igualmente favoreció iniciativas como la del obispo Wilhelm Ketteler, organizador en Alemania del partido católico Zentrum, que llevó a cabo una constante acción por reducir la jornada laboral, acabar con el trabajo de los niños, asegurar días de descanso, proteger a las mujeres, prohibir el trabajo industrial de las madres, etc. Estas ideas las desarrollaría León XIII, sucesor de Pío IX, en su encíclica *Rerum Novarum*. León XIII se mostraría comprensivo con la Restauración española, quitando argumentos a los tradicionalistas.

La Restauración fue un éxito extraordinario si la comparamos con el período anterior: se acabaron las guerras carlistas y los pronunciamientos (excepto dos, republicanos), desapareció la necesidad de recurrir a *espadones*, se instaló un

genuino régimen de libertades, en el que nuevos partidos salieron a la palestra electoral, y hubo prensa para todos los gustos. La mayor estabilidad permitió un despegue industrial acumulativo, y la renta per cápita empezó a crecer de forma sostenida. La nueva etapa coincidió con un resurgir literario y artístico que daría lugar a la llamada Edad de Plata de la cultura española, prolongada hasta el primer tercio del siglo siguiente. Hubo incluso suerte con la regencia de María Cristina, quien resultó muy diferente de la María Cristina esposa de Fernando VII, y de Isabel II, pues no intrigó con un partido u otro y respetó el turno con sensatez poco prodigada en la política española, lo cual ayudó a la consolidación del sistema.

Estos logros, realmente trascendentales, tenían serios déficits, si bien corregibles: la sociedad española era agraria y analfabeta en un 75 por ciento, la enseñanza, a todos los niveles, seguía siendo pobre cuantitativa y cualitativamente, y los políticos hicieron poco por mejorarla. Estas circunstancias empujaban, en círculo vicioso, a la distorsión del sistema electoral: la masa de la población era políticamente apática, y se asentó el *caciquismo*, acción política de oligarcas provinciales sobre la corrupción del voto: el poder se transfería oficialmente de un partido a otro, y a continuación unas elecciones lo refrendaban. La corrupción electoral no era exclusiva de España, ni mucho menos, se daba hasta en Usa, y no impidió que surgieran nuevos partidos con lucidas votaciones, llegando los republicanos a dominar muchos ayuntamientos. Los comicios municipales y nacionales eran casi constantes, lo que aumentaba el cansancio y desinterés político de la mayoría. La igualdad ante la ley no se haría completa, no sólo por diversas corruptelas: en las Vascongadas y Navarra

se estableció un «concierto económico» que privilegiaba a las oligarquías provinciales.

En el comercio exterior primó una política proteccionista con objeto de asegurar el mercado interno y colonial a las nacientes concentraciones industriales de Barcelona y Bilbao. Casi todos los países europeos habían construido sus industrias con aranceles proteccionistas, y por otra parte el libre comercio entre Inglaterra y Portugal, con base en una división del trabajo, había reducido al último a dependencia económica y también política. Se suponía que desde el textil de Barcelona y los altos hornos de Bilbao, la industria se extendería por España, pero la casi nula competencia hizo que, aunque se construyeran fábricas de conservas, harinas, armas, calzados, relacionadas con el ferrocarril, astilleros, etc., quedaban desperdigadas por el país, sin concentrarse. La industrialización en las dos provincias pioneras no se acompañó, como en otros países, de investigación e invenciones propias, sino que se ciñó a aplicar innovaciones extranjeras. Y, al copar el mercado con géneros más caros y de menor calidad que los del exterior, dificultaban el despegue de las demás provincias y formaban un poderoso sindicato de intereses y presión política, que obstaculizaba una reforma hacia el comercio libre. E iba a influir desastrosamente en la desdichada guerra de Cuba.

* * *

Pues el verdadero talón de Aquiles de la Restauración iba a ser esa guerra. En 1868, al abrigo de la «Revolución Gloriosa» en España, algunos rebeldes proclamaron la independencia de Cuba y la abolición de la esclavitud. Contaban con dos robustos aliados, Usa, que los ayudaba con el designio de dominar la isla antes o después, y las enfermedades tropicales, que diezmaban a las tropas

españolas. Fueron precisos diez años para someter la rebelión. En 1879-1880 fracasó una nueva insurrección y Madrid abolió la esclavitud… a medias, porque continuó unos años más en formas disimuladas. Y en 1895 comenzó la contienda definitiva.

Cuba, como Filipinas, era parte de España en teoría, pero en la práctica los naturales tenían menos derechos. La mayoría de los cubanos no deseaba la secesión, sino autonomía e igualdad de trato. Aunque Cuba no era pobre, apenas tenía industria, cuyos productos le suministraba sobre todo Barcelona en régimen casi de monopolio, socavado por el intenso contrabando de géneros useños más baratos. De hecho, por medio de inversiones, Usa englobaba cada vez más a la economía cubana, y había propuesto a España, en balde, comprar la isla. Generales como Martínez Campos y Polavieja preconizaban la autonomía como un modo tranquilo y satisfactorio de llegar a una independencia inevitable y de mantener la isla al margen del «destino manifiesto» useño. Cánovas, en cambio, adoptó una postura intransigente, en la que entraban, además de sus prejuicios contra los negros y su aversión a las apetencias anexionistas de Usa, la presión de hacendados e industriales que tenían en Cuba un mercado privilegiado y mantenían el esclavismo. Éstos creían posible someter cualquier revuelta, sin importar el coste, y se beneficiaban de una extendida corrupción.

El resultado fue un verdadero cáncer para la Restauración. Entre 1895 y 1898 perdieron la vida 55 000 soldados, todos menos 2000 a causa de la fiebre amarilla y otras enfermedades tropicales. España tuvo que pechar de nuevo con el mantenimiento de otro ejército de 200 000 hombres en Cuba, dispendio gigantesco para una economía convaleciente de la ruina anterior. El cuerpo de generales,

jefes y oficiales superó en mucho la proporción normal de oficiales-soldados en los más eficientes ejércitos francés, alemán o inglés. Abusos como el de los «soldados de cuota», los que podían permitirse redimir con dinero el servicio militar o pagar un sustituto, causaban un sordo malestar y corroían el espíritu de milicia. La guerra, así, sangraba al país, literal y económicamente, y sembraba el descontento social. Guerra inútil, además, porque la muy cercana Usa constituía un santuario seguro para los independentistas, donde podían reorganizarse y desde el que podían volver una y otra vez a la isla.

Aun así, a partir de 1896 la rebelión retrocedió con rapidez gracias al general Weiler, que la acosaba sistemáticamente y concentraba a parte de la población rural en zonas fuera del control insurgente. De inmediato se alzó en Usa una ola de denuncias de la inhumanidad de Weiler, sobre todo en la prensa amarilla de William R. Hearst. Contra esta propaganda luchaba en Usa la Junta Patriótica Española, impulsada por el multimillonario guipuzcoano José Navarro Arzac, que había hecho en aquel país una fantástica carrera como naviero, dueño de una cadena de hoteles, de seguros, etc. Es difícil saber cuánta verdad había en aquellas acusaciones, pero, en todo caso, fueron jaleadas como fidedignas por el Partido Liberal, para desgastar a Cánovas. Sagasta clamó: «Después de haber enviado 200 000 hombres, de haber derramado tanta sangre, no somos dueños en la isla de más terreno del que pisan nuestros soldados». En realidad ello ocurría más bien con los rebeldes, y no se había derramado «tanta sangre», pero la prensa useña recogió ávidamente sus palabras. Moret, también del Partido Liberal, calificó la estrategia de Weiler como «destrucción y exterminio». Para Silvela, disidente de

Cánovas, la guerra era dirigida «sin orden ni concierto», «asolando y destruyendo». Weiler comentará en sus memorias, citadas por el historiador Carlos Seco Serrano, que aquellos políticos debían haber ido a Cuba a comprobar que «los que habían quemado ingenios y pueblos enteros y volado trenes de pasajeros eran sólo los insurrectos».

Para 1897 la rebelión estaba anulada en la mayor parte de la isla. Hearst mandó un periodista para dar testimonio de las acciones rebeldes, pero éste telegrafió que no veía nada que fotografiar. El magnate le replicó: «Usted aporte las fotos y yo aportaré la guerra», clásica manipulación de la opinión pública. Y la guerra pasó a una nueva fase.

Harto menos peligro, aun si creciente, tenía el problema filipino, donde la *Katipunan*, («Asociación») emprendió la rebelión armada en 1896, con apoyo useño a través de Hong Kong. Un precursor de la rebeldía fue el tagalo José Rizal, que sólo pedía autonomía e igualdad de derechos y había escrito dos novelas muy críticas de la opresión colonial y frailuna, probablemente exageradas: Filipinas había vivido casi cuatro siglos pacíficamente, aparte las revueltas musulmanas de Mindanao. Discrepante de la violencia y sintiéndose español, Rizal se presentó como médico militar en Cuba. Al comenzar la acción armada fue arrestado como instigador de ella, lo que no debía de ser cierto y, en una reacción desorbitada, condenado a muerte. Escribió entonces su emotivo poema *Mi último adiós*, que inspiraría a movimientos anticolonialistas por todo el Extremo Oriente. Tenía al morir 35 años y recuerda en parte a José Martí, líder de los independentistas cubanos, que murió en combate en 1895, con 42 años, al reanudarse la guerra que él mismo decidió. Los dos eran intelectuales, buenos poetas y narradores, y los dos fueron masones, aunque Rizal murió

dentro de la Iglesia.

El 8 de agosto de 1897, Cánovas del Castillo fue asesinado por el anarquista italiano Angiolillo. Éste afirmó haberlo hecho en venganza por la ejecución de presuntos autores de un sangriento atentado contra una procesión, en Barcelona, pero muchos indicios apuntan al Caribe. Angiolillo había tratado con el puertorriqueño Emeterio Betances, promotor de la rebelión en su isla y en Cuba, y había sido protegido en Madrid por el republicano José Nakens, que en 1906 volvería a estar complicado en un atentado, el tremendo de la calle Mayor de Madrid. Siendo de tendencias políticas diferentes, el lazo entre todos ellos bien pudo ser la masonería, pues Nakens y Betances, probablemente también Angiolillo, pertenecían a ella.

Asesinado Cánovas, sería Sagasta quien afrontara la guerra cubana. Como primera medida sustituyó a Weiler por el general Blanco, que había fracasado en Filipinas, y ofreció autonomía a Cuba. Pero la oferta llegaba tarde, y Blanco retrocedió de todo lo avanzado por Weiler, favoreciendo la rebeldía. En febrero de 1898 explotó en la bahía de La Habana el crucero useño *Maine*, lo que tomó Washington como pretexto para declarar la guerra a España, aunque la explosión fue interna, por causas desconocidas. No faltaron las sospechas de un autoatentado para justificar la guerra.

Y la guerra siguió su curso. Usa no sólo era la primera potencia económica del mundo, también estaba situada estratégicamente al lado de Cuba y a mitad de distancia entre Filipinas y España. Desde luego, tenía todas las de ganar en una contienda larga, pero no era seguro que venciera en una corta, y un revés claro al principio podría haberle contenido. La armada española poseía buques modernos y era más veloz que la contraria, aun si inferior en

potencia artillera y acorazados; los mandos useños eran mediocres, y en vísperas de la lucha desertaron numerosos marineros, indicio de una moral no muy alta; además, la infantería española en Cuba, aun con moral decaída y con la mitad de la tropa permanentemente enferma, seguía siendo numerosa, mejor adiestrada que la que pudiera desembarcar Usa, y disponía de mejores fusiles y cañones. La diferencia, por tanto, distaba mucho de ser decisiva.

España podía jugar su mejor baza aprovechando la velocidad y atacando las costas y el comercio contrarios, perspectiva que provocó el pánico en algunas regiones litorales useñas, cuya población se retiró al interior. Había mandos dispuestos a llevar adelante esta estrategia, pero, por motivos poco claros, los políticos prefirieron encomendar la expedición al almirante Cervera, que era abiertamente derrotista y no quería mandarla. Cervera desoyó el consejo de subordinados más acometivos, como Bustamante, marino experto e inventor de un nuevo tipo de mina, o Villaamil, inventor del destructor, modelo de buque de gran futuro en todas las flotas del mundo. Cervera dio todas las ventajas a sus enemigos hasta encerrarse en la bahía de Santiago de Cuba, donde fue bloqueado por la armada del almirante Sampson. Éste pudo aplicar allí en las mejores condiciones su superior artillería pesada, pues la salida para las naves españolas era un estrecho canal por donde debían pasar una a una. En el combate final, el 3 de julio, los españoles perdieron toda la escuadra y tuvieron 350 bajas entre muertos y heridos, contra un muerto y contados heridos los useños.

Dos meses antes el almirante Montojo, que defendía Cavite, a la entrada de la bahía de Manila, había mostrado dotes similares a las de Cervera. Su escuadra era peor que la

useña del almirante Dewey, pero no un conjunto de «barcos de madera», como diría la leyenda, y tenía a su favor la artillería costera. Su enemigo, por falta de bases próximas, fracasaría si no lograba ganar decisivamente al primer choque. En el primer envite, Dewey gastó gran parte de su munición sin haber hundido un solo buque, aunque incendiara varios, por lo que ordenó la retirada. Pero Montojo se dio al mismo tiempo por vencido y marchó a Manila. La moral de sus subordinados se vino abajo, algunos barcos ardieron sin ser apenas contenidos, hasta estallarles la santabárbara. El panorama reanimó a Dewey, que lo intentó de nuevo en un ejercicio casi de tiro al blanco, sin encontrar ya la enérgica respuesta de la primera ocasión. Montojo, además, rindió intacto el arsenal, que sus enemigos aprovecharon para nuevas operaciones.

En los encuentros navales secundarios, señala el historiador Agustín R. Rodríguez, los useños, con superioridad abrumadora, «sólo registraron dudosos triunfos y hasta fracasos, al enfrentarse a mandos más decididos y tenaces». El espionaje español actuó con eficiencia y audacia, proporcionó información correcta y logró distraer fuerzas considerables del enemigo. Y en Filipinas un pequeño destacamento resistió durante casi un año, gesta indicativa de un valor desaprovechado por mandos de baja calidad. Probablemente Montojo y Cervera habrían sido sumariados y lo habrían pasado muy mal de ser ingleses, pero la investigación en España no llegó a nada. El segundo, en todo caso, habría podido aducir que la misión le fue impuesta contra su voluntad.

La lucha en tierra cubana, que pudo haber sido favorable a los españoles, como demostraron algunos episodios, terminó enseguida gracias a la iniciativa del general Blanco,

que emuló a Cervera en acierto e ímpetu. Se propuso a los insurrectos luchar conjuntamente contra Usa, pero la propuesta fue desoída. A su vez, los useños no tomaron en cuenta a los cubanos al hacer la paz, y la isla se convirtió en una semicolonia. En Filipinas siguió una guerra de Usa contra los independentistas, que fueron aplastados con métodos mucho más duros que los usados por los españoles.

La paz, humillante para España, se firmó en París, el 10 de diciembre. La «espléndida guerrita», como se la llamó en Usa, había aportado a ésta los restos del imperio labrado por España desde finales del siglo XV: Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam; las islas Marianas, Carolinas y Palaos pasarían luego a Alemania. La contienda había durado tres meses y los caídos en combate por ambas partes sumaban unos centenares, más algunos miles por enfermedades, también en los dos bandos.

El modo como ocurrió la derrota provocó en España una marejada de amargos reproches. Se acusó al gobierno de haber enviado adrede la flota al desastre para llegar cuanto antes a la paz, pero suena improbable. El desastre no estaba garantizado, y habría sido intolerable entregar sin lucha una isla tan ligada sentimental y económicamente a España y por la que se habían hecho tan enormes esfuerzos. También se ha criticado, a posteriori, el tono patriotero de la prensa y los políticos; pero otro tanto pasaba en Usa, y nada más normal que animar, y no deprimir, el espíritu de lucha. Los militares salieron con escasa honra y la población, que había apoyado entusiásticamente a sus tropas, acogió la derrota con desánimo y hastío. Sin embargo, y contra las esperanzas de los republicanos y otros, apenas hubo rebeldía contra el régimen. Silvela diagnosticó una «España sin pulso»; los hechos demostrarían su error. Pero el *Desastre* de 98 marcó

el final de la etapa de auge de la Restauración. Empezaba otra fase con enemigos internos mucho más enconados.

* * *

Durante la Restauración comenzó un resurgimiento literario. El siglo XIX fue el de la gran novela europea, desde Inglaterra a Rusia, donde, con Tolstói y Dostoiefski alcanzó sus más altas cumbres. La figura de mayor enjundia en España fue el escritor canario Benito Pérez Galdós, que representó lo que Balzac o Dickens en Francia y Gran Bretaña, o Eça de Queiroz en Portugal, y con los cuales ha sido comparado. Se percibe cierta relación entre el espíritu de estos escritores y el de sus países respectivos, aunque Galdós escribió después de ellos. Inglaterra era la sociedad triunfante, con su lado oscuro de pobreza y explotación de las clases bajas, abusos coloniales etc., y Dickens manifiesta una conformidad esencial con sus valores. Sus pinturas de la miseria tienen un fondo de épica y esperanza, pues sus personajes logran superar duras pruebas, el final es feliz, el humor bondadoso y la tragedia se reserva a algunos malos sin remedio. Balzac, incómodo con la Francia de una restauración monárquica sin futuro, retrata una sociedad y personajes habitualmente sórdidos, movidos por el dinero y el sexo, cuya dinámica suele conducirlos a la ruina y la tragedia, pero descritos sin sentimentalismo ni pasión, casi como un estudio zoológico. Su agudeza psicológica resulta fríamente desesperanzada o cínica y sin humor. Triunfó en pleno romanticismo, pese a diferir por completo del gusto romántico. Queiroz, francófilo que sentía una mezcla de amor-odio por Inglaterra, donde escribió varias de sus novelas, refleja la decadencia portuguesa con suave ironía nostálgica.

La España de Galdós no es la del éxito inglés ni la del

sordo descontento francés, ni la del letargo luso. Al siglo XVIII, tiempo de paz interna, constructiva y algo mate, habían sucedido agitaciones frenéticas, llenas de color y de pasión, pero sin salida y protagonizadas casi siempre por personajes de escasa altura e interés. Galdós evolucionó de la simpatía proliberal a un anticlericalismo y posiciones socialistoides y republicanas. Hizo con sus *Episodios Nacionales* algo parecido a lo que Balzac con su *Comedia Humana*: un retrato de sucesos y personajes entre 1805, año de Trafalgar, y 1880, tiempo ya de Cánovas. Su fidelidad histórica ha sido cuestionada, no así su capacidad para reflejar tipos humanos, influjos políticos, situaciones y ambientes sociales y familiares, tanto en los *Episodios* como en sus mejores obras. En ellas alcanza un nivel comparable al de sus admirados maestros Balzac y Dickens, siendo, sin embargo, tan distinto de ellos como la situación española lo era de la de sus países.

Galdós posee un humor algo socarrón, un fondo esperanzado, también distinto del dickensiano, y mucho más calor o ternura que Balzac, lo que da a sus desenlaces trágicos un carácter menos crudo. Se le ha achacado el lastre de una politización ingenua que matiza sus obras, sin echarlas a perder, ya que evita hasta cierto punto los maniqueísmos y trata de penetrar los motivos de sus personajes. Con todo, su bisturí se vuelve algo romo con personajes que ideológicamente le complacen, más afilado con tradicionalistas como los retratados en *Doña Perfecta*. Y aunque pinta magistralmente a los personajes en su medio, los mismos son siempre mediocres, con escasa épica, ni siquiera en sus *Episodios*, y cierta caída hacia el costumbrismo. De ahí que Valle-Inclán le llamara malévolamente *Don Benito el garbancero*.

Galdós fue sólo el más destacado de una serie de buenos novelistas de la época como Juan Valera y Vicente Blasco Ibáñez, los dos con orientaciones políticas y literarias muy distintas dentro de lo que se ha dado en llamar realismo. La novela fundamental de Leopoldo Alas, *La Regenta*, pese a su rigor psicológico y argumental, pierde algo por su demasiado explícita crítica social y la medianía de los personajes. Muy apreciables son también Pereda, Alarcón o Palacio Valdés, y más que apreciable la condesa de Pardo Bazán, un contraste abrupto, personal y literario, con la otra gran escritora gallega del siglo, Rosalía de Castro. Ésta, romántica, representa con la máxima intensidad el tópico, no tan tópico en ella, del espíritu gallego brumoso y añorante, con una indefinible angustia de la vida. Pardo Bazán, realista, no tiene nada de ello, salvo la estima por el paisaje regional. Su actitud literaria y vital recuerda más a la de su maestro Zola, incluso a Balzac en su descripción descarnada de miserias materiales y morales. En Cataluña floreció una literatura regionalista cuyos personajes mayores fueron Verdaguer, Aribau y Maragall. Sus obras, de un romanticismo tardío y patriótico, nutrirían el nacionalismo catalán que cobraba forma a finales de siglo.

El intelectual, propiamente hablando, de mayor relieve, con mucho (moriría en 1912, con sólo 56 años), fue Marcelino Menéndez Pelayo, erudito, historiador, crítico del arte y del pensamiento, y el mejor conocedor español de la cultura europea. De ideas tradicionalistas templadas, lindantes con el liberalismo, le disgustaban el krausismo y la Institución Libre de Enseñanza. Una de sus obras de mayor impacto fue la monumental *Historia de los heterodoxos españoles*, donde estudia las vidas y obras de los herejes y adversarios del catolicismo, desde Prisciliano hasta los

krausistas, pasando por los judaizantes, luteranos, volterianos y jansenistas. Aunque superada en muchos puntos, como es natural, permanece como una obra de erudición sin paralelo en España. Su punto de vista, en ocasiones demasiado tradicionalista, que identifica políticamente a España y al catolicismo, no merma la profundidad de su exposición y de su crítica. Sus adversarios nunca produjeron algo ni de lejos semejante, limitándose a intentar desacreditarlo. Sus estudios sobre autores latinos y españoles, sobre la evolución de las ideas estéticas en España, etc., marcaron un hito.

63

EFECTOS DEL 98

Con el *Desastre* del 98 terminó prácticamente el siglo XIX en España, tiempo de agitado marasmo, valga el oxímoron, excepto sus últimos 25 años. Desde el punto de vista económico, el Desastre tuvo efectos benéficos: el país se deshizo de un insoportable y sangriento fardo, se repatriaron cuantiosos capitales y el régimen permaneció en pie, prueba de su vitalidad. Antes de un decenio la escuadra había sido reconstruida con navíos más modernos, había aumentado la flota mercante y las comunicaciones ferroviarias y por tierra, las obras hidráulicas se multiplicaron por cuatro, etc.; los políticos prestaron mayor atención a la instrucción pública, rebajando el número de analfabetos a algo menos del 50 por ciento, todavía muy alto (Francia estaba en torno al 15 por ciento), pero mejora de entidad; se estableció el Ministerio de Instrucción Pública, que cuadruplicó su gasto, y un Instituto de Reformas Sociales, del cual partieron las primeras leyes de protección obrera. La industrialización se aceleró, y también la urbanización: Madrid y Barcelona superaron el medio millón de habitantes, Valencia los 200 000 y Bilbao rondaba los 100 000.

Prueba de que la economía no determina a la sociedad, fuera del ámbito económico las dificultades iban a multiplicarse, y una derrota bélica que pudo ser un contratiempo pasajero se convirtió en crisis moral y política permanente, con el régimen acosado sin tregua por adversarios implacables. El primer golpe y en cierto modo el más grave, provino de intelectuales, periodistas y políticos más prestigiosos que responsables. Aun si la marina y el ejército hubieran combatido mucho mejor, la posibilidades

de España en un conflicto tan desigual habrían sido mínimas a la larga, y el desenlace tenía rasgos positivos sobre los que se podría mejorar la convivencia nacional. Por el contrario, se construyó un ambiente derrotista y tenebroso, de crítica sin concesiones al régimen que había librado al país de las epilepsias de antaño. Un intelectual ligado a la Institución Libre de Enseñanza, Joaquín Costa, encabezó el ataque con un movimiento difuso, pero influyente, llamado regeneracionismo. Según él, España estaba gobernada por una «necrocracia» de oligarcas y caciques que asfixiaban a las fuerzas sanas del pueblo y condenaban al país a un atraso sin esperanzas.

El tópico cundió. José Ortega y Gasset, que ya destacaba como pensador relevante y formador de opinión, tildó a Cánovas de «gran corruptor […] profesor de corrupción» y su régimen de losa que aplastaba a «la España vital». Por tanto, no se trataba de pedir reformas más o menos razonables, «Nuestra bandera tendría que ser ésta: la muerte de la Restauración». Unamuno hablaba de guerra civil como salida. Manuel Azaña iniciaba su carrera política entre imprecaciones contra el régimen: «No me habéis dado maestros, ni libros, ni ideales, ni holgura económica, ni amplitud saludable humana […]. Yo os exijo que me deis cuenta de todo lo que en mí hubiera sido posible de seriedad, de nobleza, de unidad nacional, de vida armoniosa; que ha fracasado porque no me disteis lo que tiene derecho a recibir todo ser que nace en latitudes europeas». No había análisis real en tales condenas, sólo una indignación retórica y poco sincera, pero que creaba su propia dinámica.

La diatriba de Azaña recuerda la de Bolívar en Angostura, y tiene interés, porque, en su evidente puerilidad, su ánimo iba a condicionar la vida político-

intelectual del país. Azaña parecía creer que la seriedad, nobleza y vida armoniosa de los individuos dependían de los políticos, que en las «latitudes europeas» todo el mundo gozaba por derecho de tales bicocas; e ignorar que la mayoría de las latitudes europeas eran más pobres que Inglaterra, Francia o Alemania, incluso que España, y que no podía remediarse de la noche a la mañana el desnivel económico con la Europa rica. Diríase que la panacea consistía en liquidar cuanto antes el régimen liberal y evolutivo traído por Cánovas, y sustituirlo por no se sabía bien qué fuerzas y principios. No pocos simpatizaban con el socialismo o ensalzaban a los pistoleros ácratas como héroes morales. Ortega llegó a definir al socialismo y el anarquismo como las dos potencias de modernización. Una de las pinturas del régimen más desgarradas y artísticamente logradas, *Luces de Bohemia*, de Valle-Inclán, encomia a un trasunto del sanguinario terrorista Mateo Morral. Ignorando la historia y realidad de Francia o Inglaterra, en las que cifraban su concepto de Europa, los regeneracionistas tenían a España por el país más atrasado y absurdo del mundo, con la excepción implícita de ellos mismos.

Ortega y otros se proclamaban liberales, pero su peculiar liberalismo les impedía valorar las libertades y el progreso material sostenido alcanzados por primera vez desde la invasión francesa, y el historiador José María Marco ha expuesto cómo tendían a soluciones dictatoriales tipo «cirujano de hierro», propuesto por Costa para realizar su plan *regeneracionista*. Además todos eran hijos legítimos de la Restauración, habían tenido libros, maestros, bastantes de ellos habían accedido a estudios en universidades extranjeras y gozaban de holgura económica. Sus protestas chirriaban por cuanto no eran hombres de acción ni proclives a

sacrificarse por ideales, sino sólo a sabotear desde dentro al régimen que tantas facilidades y libertades les otorgaba. Bajo sus apóstrofes, su ambición consistía en ser funcionarios de aquella «corrupta necrocracia».

Y no se conformaban con denostar la Restauración, abominaban de la historia completa de España desde al menos la rebelión comunera del siglo XVI, después de la cual, afirmaba Ortega, todo había sido el «descarriado vagar» de un «país enfermo», por lo que España «no existe como nación»; y proponía quemar la tradición hispana para sacar de sus cenizas «la España que pudo ser». Costa hablaba de una «nación frustrada», a refundar «como si nunca hubiera existido». Nacionalistas paradójicos, suponían que España había sido un desastre, desviado de la evolución que juzgaban correcta, aunque gracias a ellos podría corregirse. Unos lucubraban sobre lo bien que habría ido el país si, al terminar la Reconquista, se hubiera volcado en África, su área de expansión «natural», en lugar de perderse lamentablemente en Europa por asuntos que no nos concernían; otros lamentaban la propia Reconquista contra los refinados islámicos; o, con un racismo curioso, lamentaban la escasez del elemento «ario»…

Siempre se habían tenido por glorias el Descubrimiento de América y el Pacífico, la conquista, colonización y evangelización de América y Filipinas, la lucha con turcos, franceses y protestantes… y de pronto todo eso suscitaba desdén. No era del todo nuevo. Castelar, político republicano y no el más torpe, había descrito el Imperio español como «un abominable e inmenso sudario que se extendía sobre el planeta». Antes, tales juicios pasaban por exabruptos particulares, pero después del 98 formaron un nutrido coro. Contra él, Menéndez Pelayo denunció «el

lento suicidio de un pueblo que, engañado por gárrulos sofistas […] hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores […] reniega de cuanto en la Historia hizo de grande […] y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía […]. Un pueblo viejo no puede renunciar a su cultura sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil».

La incoherencia y vanidad infantil regeneracionistas no disminuía su daño, pues creaban opinión, destrozaban el cimiento moral del régimen, al que privaban de cobertura intelectual, y abrían puertas a corrientes revolucionarias acaudilladas por personajes menos ilustrados, pero mucho más peligrosos.

* * *

Dos de estos nuevos movimientos fueron los nacionalismos catalán y vasco. Hasta entonces, decía el líder catalanista Francesc Cambó, se componían de tertuliantes tenidos por chiflados inofensivos. Cambó recuerda cómo, durante la guerra con Usa, «Cuando salíamos del Círculo de la Lliga de Catalunya, encendidos en patriotismo catalán, nos sentíamos en la calle como extranjeros, como si no nos halláramos en nuestra casa, porque no había nadie que compartiese nuestras preocupaciones». Pero eso empezó a cambiar: «La pérdida de las colonias provocó un inmenso desprestigio del Estado, de sus órganos representativos y de los partidos que gobernaban España», al tiempo que el capital repatriado de Cuba y Filipinas «dio a los catalanes el orgullo de las riquezas improvisadas, cosa que les hizo propicios a la acción de nuestras propagandas, dirigidas a

deprimir el Estado español».

Esa propaganda, sumamente ofensiva, afirmaba que España iba «al naufragio, al abismo», y era indispensable aflojar los lazos con ella para no verse arrastrados. Inventaba comentarios de Madrid: «Bueno, hemos perdido Cuba y Filipinas, pero nos queda Cataluña». La cual, «regida por los chiflados y simplones de Madrid, es el pueblo menos pobre y menos atrasado del Estado español; por tanto, si fuera un poco bien gobernada y administrada con inteligencia [por los nacionalistas], sería un pueblo verdaderamente rico». Y deploraba, «Cataluña recibe a los castellanos que la acaban de conquistar con alegría y abrazos». Para evitar tal «monstruosidad», había que cultivar «el odio a Castilla»: «Rebajamos y menospreciamos todo lo castellano, a tuertas y a derechas, sin medida», para «resarcirnos de la esclavitud pasada». A raíz del 98, el poeta Joan Maragall escribió una *Oda a Espanya*, acusando a ésta de vivir «de glorias y recuerdos muertos», de «mandar los barcos cargados de hombres a morir» (habían muerto muy pocos) y de ser «triste», despidiéndose con un *Adeu Espanya*. Fingían olvidar que los industriales y grandes propietarios catalanes, promotores de la riqueza de la región, habían sido los más partidarios de la mano dura y de la esclavitud en Cuba, y los voluntarios catalanes en la isla los mayores defensores de la Cuba española.

El Partido Nacionalista Vasco, fundado por Sabino Arana, siguió una evolución pareja. Apoyó a Usa en contra de casi todos los vascos, muchos de los cuales luchaban en Cuba o agitaban en Usa a favor de España. Pero la depresión post bélica permitió a Arana salir elegido diputado provincial por Vizcaya. No obstante, admitía, quedaba mucho por hacer porque «ni parece que hay *maketos* [como

llamaba a los demás españoles] y bizkaitarras, sino que todos somos hermanos»; «El euskeriano y el *maketo* ¿forman dos bandos separados? ¡Ca! Amigos son, se aman como hermanos, sin que haya quien pueda explicar esa unión de dos caracteres tan opuestos, de dos razas tan antagónicas», por lo que se proponía «desterrar de nuestra mente y nuestro pecho toda idea y todo afecto españolista», y amenazaba con arrastrar hasta el cabo Machichaco a sus paisanos reticentes u olvidadizos de «la lengua racial».

Las raíces de ambos nacionalismos son semejantes: el catolicismo tradicionalista, el racismo y el regionalismo romántico. Dos de las zonas más afectas al carlismo habían sido las Vascongadas y Cataluña, y tras su derrota definitiva por la Restauración, se extendió en la masa tradicionalista de esas provincias un velo de amargura, y en parte del clero la idea de que, ya que en España habían triunfado los liberales, al menos aquellas regiones podrían preservar las esencias católicas apartándose del resto del herético país. Con el tiempo, parte del nacionalismo catalán evolucionaría a posturas izquierdistas, que en el vasco no tuvieron peso. La tentación se complicó con el racismo, derivado del auge industrial de sus principales ciudades, que testimoniaría una superioridad innata. Las diferencias raciales entre los vascos, los catalanes y los demás españoles apenas existen, pero *teóricos* catalanistas como Pompeu Fabra, Pompeu Gener y otros afirmaron que en la península existían cuatro razas, siendo superior la catalana e inferior la castellana. Cada raza, siguiendo a Gobineau, produciría una cultura y un idioma, por tanto a una nación diferente. Prat de la Riba tenía a Cataluña por una nación específica ya desde los íberos (nunca se había hablado de Cataluña hasta el siglo XII, y no como nación sino como varios condados considerados

españoles y parte de la corona de Aragón); según él, «son grandes, totales, irreductibles las diferencias que separan Castilla y Cataluña, Cataluña y Galicia, Andalucía y Vasconia», los catalanes no podían entender la lengua de los demás españoles y debían preferir la compañía de su perro a la de un gallego, un andaluz, un castellano o un vasco. En realidad prácticamente todos se entendían en el español común, y por lo demás el catalán, el castellano y el gallego son más semejantes entre sí que los dialectos de otros idiomas.

El racismo del PNV era todavía más agresivo. Los vascos formaban «la raza más altiva del mundo», «noble viril, temida y admirada», «tan distinta de la española como lo es de la china o de la zulú», «sin ningún punto de contacto o fraternidad ni con la raza española [...] ni con raza alguna del mundo», por lo que «la salvación [...] se cifra en el aislamiento más absoluto, en la abstracción de todo cuerpo extraño». Los vascos, dentro y fuera de sus provincias, se habían mezclado siempre con los demás hispanos (se ha calculado que el 12 por ciento de los apellidos en España es de origen vasco), por lo que el PNV advertía que la mezcla con los *maketos* «causa inmediata y necesariamente en nuestra raza ignorancia y extravío de la inteligencia, debilidad y corrupción del corazón». La *raza* vasca tenía la propiedad de ser católica casi por naturaleza, mientras que «no es posible, en breve espacio, mencionar siquiera concisamente, los hechos pasados y presentes que prueban bien a las claras que España, como pueblo o nación, no ha sido antes jamás ni es hoy católica». Su racismo llevó al PNV a rechazar la propuesta de los catalanistas para una acción común, porque «*Maketania* comprende a Cataluña», «Ustedes, los catalanes, saben perfectamente que Cataluña

ha sido y es una región española», y «jamás haremos causa común con las regiones españolas».

Nacionalismos tan paradójicos como el regeneracionismo, pues por un lado exaltaban hasta las nubes a razas tan superiores como la vasca o la catalana, y por otro las denigraban no sólo por haber aceptado durante siglos la esclavitud y opresión española o castellana, sino por haberse considerado españoles ellos mismos, cosas que hacían dudar de aquella superioridad. Como los regeneracionistas, debían demoler o reinventar la historia, y presentarse como mesías.

Otra raíz común se encuentra en el interés regional suscitado por el romanticismo, que originó un sinfín de mitos sobre el origen e historia de las regiones. Se ignora el origen del vascuence, lengua muy dialectizada y que apenas tiene literatura, pues los vascos siempre habían preferido escribir en el español común. Algunos nacionalistas creían que el vascuence era el idioma de Adán y Eva. Con menos fantasía, se ha especulado con una migración desde el Cáucaso, o desde el norte de África, o con el asentamiento de los desertores mauritanos del ejército de Aníbal: hay unas pocas palabras semejantes entre las lenguas beréberes y el vascuence, insuficientes para establecer una filiación. El PNV sostenía que las Vascongadas habían sido siempre independientes, porque sus fueros eran impuestos a los reyes de España, y no una concesión de éstos. Por más que, se dolía Arana, «aun en aquella fecha en que estas provincias vascas eran estados independientes, su lengua oficial era la española […]. Ni entonces los vascos amaban su independencia». No se explica cómo un país soberano admitía el gobierno de un rey extranjero y utilizaba el idioma foráneo en sus leyes. Tampoco hubo un fuero vasco, pues

cada provincia tenía el suyo, por concesión real.

Prat de la Riba, no menos arbitrario, maldijo el «criminal» Compromiso de Caspe, que había traído la esclavitud nacional, «una dinastía castellana, con la que comenzó la decadencia de nuestra patria». Idealizaba como «libertades catalanas» los fueros oligárquicos que tanto habían pesado sobre el pueblo trabajador, y despreciaba el resurgir económico logrado merced a la supresión de los fueros y al mercado español. Para simbolizar la pérdida de las *libertades* y crear un mito heroico, los nacionalistas pasaron a llorar y conmemorar la caída de Barcelona en manos de Felipe V y exaltar como héroe «nacional» a Rafael Casanova, caído en defensa de Cataluña. Historia perfectamente ficticia, en la que muchos han visto la síntesis del nacionalismo catalán.

Prat imaginó una Castilla fantasmal contra la que movilizar fobias, cuando la hegemonía castellana había pasado hacía siglos. Los catalanistas vacilaban entre la secesión y el intento anacrónico de heredar la antigua hegemonía de Castilla con sentido imperial, pues aunque «no todos los pueblos pueden llegar al bello momento de la eclosión imperialista […] el nacionalismo es vida nacional inflamada por un ideal, lo que es ya una conciencia de imperio». Y Cataluña debía ejercerlo.

Por su parte, Arana descubrió que el pueblo vasco, «con ser singularísimo entre todos, carece de nombre». Desechó el término Euskalerría e inventó el neologismo *Euzkadi*, poco afortunado en vascuence, porque la terminación *—di/-ti* se usa para las plantas, lo que suscitó burlas de Unamuno, mejor conocedor del idioma (la lengua materna de Arana era el castellano). Pero *Euzkadi* pareció a sus seguidores palabra «luminosa», «creadora», «profunda», «taumatúrgica», que

«condensa maravillosamente el anhelo de supervivencia y renovación» racial.

Menor peso, aunque no menos fantasía, tuvieron los nacionalismos gallego y andaluz. En cambio no surgió un nacionalismo en Navarra ni en Valencia, las Baleares o las Canarias, que teóricamente podían resultar proclives.

* * *

Pasando a los movimientos obreristas, de cuyas ideologías ya hemos hablado, en 1864 se había fundado la I Internacional, por cuyo control habían peleado marxistas y anarquistas, lo que terminó escindiéndola hasta ser disuelta en 1876, año de la Constitución de Cánovas. Ya en 1868, año de la caída de Isabel II, habían nacido núcleos anarquistas en Madrid y Barcelona, que se extenderían por otras regiones, causando algunas revueltas y atentados. La influencia marxista, algo posterior, dio lugar a la fundación, en 1879, del Partido Socialista Obrero Español por Pablo Iglesias, en Madrid. Así como los ácratas se implantarían sobre todo en Cataluña, Levante y Andalucía, los puntos fuertes de los marxistas serían Madrid, Asturias y Vascongadas.

Desde el primer momento, los anarquistas actuaron al margen de las Cortes, las elecciones y las instituciones, mientras que el PSOE buscaba llevar la «lucha de clases» al seno de todos los órganos de poder con el fin de sabotearlos desde dentro como táctica que ayudase a instaurar una dictadura socialista y de ahí al comunismo. Los anarquistas realizaron graves atentados, como uno contra Alfonso XII en 1878, fallido, otro contra Cánovas en 1893, que costó la vida al terrorista al estallarle la bomba; el mismo año, otro fallido contra Martínez Campos, y una bomba en la inauguración de la temporada del Teatro del Liceo en

Barcelona que causó 22 muertos y 35 heridos; en 1896 atentaron contra una procesión del Corpus Christi en Barcelona, con 6 muertos y numerosos heridos, y al año siguiente asesinaban a Cánovas en un segundo intento. Y así bastantes actos terroristas más, sobre todo en Barcelona pero también en Andalucía y Madrid (fue también una época de atentados en Francia y otros países europeos). La detención de terroristas era explotada en toda Europa para montar campañas auspiciadas por la masonería, denunciando las inauditas torturas y crueldades de «la España negra e inquisitorial». Sin embargo los anarquistas seguían siendo núcleos reducidos y mal coordinados. A su vez el PSOE avanzaba con lentitud desesperante, pese a su agitación huelguística y participación en las elecciones, en las cuales no desdeñaban usar las corruptelas típicas de los partidos *burgueses*.

Los dos grupos obreristas progresaron después del *Desastre* del 98, de modo que en 1910 el socialista Pablo Iglesias, en conjunción con los republicanos, obtuvo un escaño en las Cortes, lo que le dio un potente altavoz para obstruir el sistema político. Y el mismo año se fundó en Barcelona la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo, que iba a practicar una continua escalada de reivindicaciones laborales, sabotajes y atentados, aunque sólo cobraría verdadera fuerza de masas en 1918.

El sector republicano se radicalizó por esos años hasta diferenciarse poco de los partidos obreristas. El republicanismo, como los demás, recobró empuje después del 98, gracias a Alejandro Lerroux, quien en 1908 se escindió del partido histórico y puso en pie el potente Partido Republicano Radical, que llegaría a dominar ayuntamientos de grandes ciudades. Lerroux, un periodista

demagogo y aventurero, masón y salvajemente anticlerical, cobró un tiempo de los *fondos de reptiles* del gobierno y simultáneamente animaba a personajes como su admirador Francisco Ferrer Guardia, también masón y complicado en atentados terroristas. Ferrer creó la *Escuela Moderna*, donde hizo algunas innovaciones pedagógicas de interés, si bien al servicio de un adoctrinamiento rígido y agresivamente ateo, para formar destructores del orden social. Lerroux llamaba igualmente a destruir el orden social desde sus cimientos, y entró en conflicto con los nacionalistas catalanes de Prat de la Riba y Cambó, a quienes disputó el terreno en Barcelona, con alternativas en que unos u otros lograban el predominio.

* * *

Las fuerzas arriba descritas nunca tuvieron potencia suficiente para vencer a la Restauración, pero sometieron a ésta a una desestabilización permanente que terminó haciéndola caer sin darles a ellas el triunfo. El progresivo derrumbe del régimen se debió en parte a contar con pocos políticos de verdadera enjundia y ser asesinados varios de los más capaces; en parte a intromisiones políticas del nuevo monarca, Alfonso XIII, que reinó a partir de 1902 y abandonó la cautela y discreción de Alfonso XII y de María Cristina; en parte a la mencionada «traición al liberalismo» y hostilidad por parte de los intelectuales; y en parte a la demagogia con que a menudo obró el Partido Liberal, chantajeando al sistema y obstruyendo medidas razonables sólo por su origen conservador. En la interpretación histórica de los hechos ha predominado la atención a los fallos del régimen, subestimándose en cambio las amenazas que sufría o distorsionando éstas al atribuirles carácter democratizante o *modernizante*. La verdad es que pocos regímenes habrían podido resistir tanto tiempo un hostigamiento tan continuo e

implacable. También se ha afirmado que el sistema era rígido e incapaz de reformas. La realidad es que hubo intentos serios de reformas, y reformas efectivas, pero nunca fueron aceptadas por sus enemigos.

Algunos datos pueden indicar la gravedad del desafío. En 1906, según volvían al palacio real Alfonso XIII y Victoria Eugenia después de casarse, el anarquista Morral lanzó una bomba sobre el cortejo en la calle Mayor de Madrid. Los reyes salieron ilesos, pero unos treinta espectadores resultaron muertos, y casi un centenar heridos. Morral pertenecía a la Escuela Moderna de Ferrer Guardia, y Lerroux tuvo alguna relación con el atentado, como expone en sus *Memorias*. El terrorismo fue incesante, con cientos de atentados y sabotajes. No sólo Cánovas, sino también José Canalejas y Eduardo Dato, ambos abiertos a las reformas y dos de los políticos más capacitados, fueron asesinados por los anarquistas, que lo intentaron dos veces con Antonio Maura y otras dos con Alfonso XIII, aparte de asesinatos de políticos menores y funcionarios. Hubo episodios tan desestabilizadores como la Semana Trágica, la insurrección de 1917 o la huelga de La Canadiense. Y finalmente el desastre de Annual, en Marruecos.

En 1909, anarquistas, socialistas y republicanos estuvieron implicados en la *Semana Trágica* de Barcelona. Con pretexto del envío de tropas a Marruecos, fueron incendiados más de un centenar de edificios, sobre todo eclesiásticos, escuelas y otros, desenterrados y expuestos a la burla cadáveres de religiosos, levantadas barricadas, saqueadas las armerías, etc. Hubo de intervenir el ejército, y murieron 118 personas. Tras los juicios posteriores fueron ejecutados cinco reos, entre ellos Ferrer Guardia, en cuyo nombre las izquierdas y la masonería alzaron un clamor

inmenso loándolo como «el nuevo Galileo» y «educador de España», víctima del «clericalismo inquisitorial y asesino», del «militarismo», etc. Por entonces gobernaba Maura, con un programa de reformas sociales y contra el caciquismo planteado como «revolución desde arriba», para evitar la revolución desde abajo. La conmoción de la Semana Trágica hizo vacilar las reformas, y todas las fuerzas antisistema, con el Partido Liberal a su lado, lanzaron una furiosa campaña bajo el lema «¡Maura no!». Maura había cerrado los fondos secretos con que los gobiernos sobornaban a la prensa, y ésta reaccionó con ataques casi unánimes. Alfonso XIII, impresionado por la marea, prescindió entonces de uno de los políticos más previsores, prestigiosos y capaces que tuvo la Restauración.

La atención a la I Guerra mundial, a partir de 1914, y la prosperidad de esos años, rebajó un poco la tensión, pero en 1917 el país sufrió tres procesos revolucionarios, uno promovido por la *Lliga*, es decir, los catalanistas de Cambó, otro por los militares de las Juntas de Defensa, de retórica regeneracionista, y el tercero, una insurrección obrerista-republicana en agosto, con levantamientos, huelgas y sabotajes terroristas, y cerca de cien muertos. Todos daban por agonizante al régimen, pero Eduardo Dato, quien sería asesinado más tarde, supo bregar con la triple subversión y desarticularla. No obstante fue despedido por Alfonso XIII y sustituido por un político irrelevante.

A finales del 1918, tras la derrota alemana en la guerra mundial, los grupos antirégimen volvieron a creer llegada su gran ocasión. Los nacionalistas vascos y catalanes extremaron sus posturas, animados por la perspectiva de que los Aliados vencedores intervinieran a su favor en España, y el país volvió a entrar en efervescencia. Cambó preparó uno de los

movimientos de desobediencia civil en que se había hecho experto desde el 98, y que habían causado graves daños al régimen, pero se vio sobrepasado, en febrero de 1919, por una violenta huelga anarquista que sacudió a Cataluña a partir de *La Canadiense*, una empresa eléctrica de Barcelona. El mismo año nacieron los Sindicatos Libres, de orientación carlista, que inmediatamente sufrieron atentados de la CNT. Replicaron a ellos, la patronal los protegió, y comenzó un sangriento duelo entre ambas organizaciones.

La huelga de *La Canadiense* hizo reflexionar a Cambó sobre los riesgos de sus propias acciones desestabilizadoras y le impulsó a colaborar con el régimen frente al peligro revolucionario. También Lerroux se había moderado. Sin embargo estas evoluciones serían contrarrestadas por el PSOE. Cuando la campaña contra Maura después de la Semana Trágica, Pablo Iglesias había justificado en las mismas Cortes el atentado terrorista contra él. Después, el PSOE había llevado el peso de la huelga insurreccional de 1917.Tras la insurrección, la lenidad del gobierno había facilitado la elección a las Cortes de otros seis líderes socialistas, que usaron sus escaños para nuevas agitaciones. El indignado Dato definió su táctica: «Los autores de un movimiento revolucionario que tenía por fin derribar al régimen, considerando que la amnistía no es el perdón, sino la apoteosis del delincuente, vienen aquí a acusar a aquellos gobernantes que en los días negros y amarguísimos de agosto tuvieron que defender la ley y el orden social. Deteniendo proyectos de ley que a esas clases trabajadoras se refieren, habéis pasado sesiones y sesiones hablando ¿de qué?, ¿de aquello que puede unirnos para una colaboración indispensable en los momentos por los que la nación está atravesando? No; para sembrar aquí rencores, para establecer

antagonismos, para continuar aquí la obra revolucionaria».

Realmente, en 1917 comenzó la agonía del régimen. A finales de ese año había ocurrido la Revolución rusa, que llevó al cielo las esperanzas de los antisistema: por primera vez en la historia la revolución socialista pasaba de la teoría a la práctica, demostrándose que no se trataba de una utopía, sino de una realidad.

Para colmo, empeoraba una segunda guerra colonial, ésta en África, llevada con desacierto y titubeos desde Madrid. Francia había decidido ocupar Marruecos y España no había mostrado mucho interés por la zona, pero Inglaterra prefería tener como vecina de Gibraltar, en la costa norte marroquí, a una potencia más débil y menos agresiva, como España; y a su vez, a Madrid no le agradaba verse rodeada por Francia desde el norte y desde el sur. Así, a España le correspondió una pequeña región en gran parte montañosa, pobre y poblada por tribus insumisas. En 1912 se había consumado el reparto por la Conferencia de Algeciras. Ante las vacilaciones de Madrid, París le advirtió en 1919 que debía ocupar de forma efectiva su zona, con el aviso implícito de que, de otro modo, lo haría Francia. Ello obligó a una acción más resuelta, pero que, llevada con enorme impericia, desembocaría dos años más tarde en la catástrofe de Annual, donde unos 8000 soldados españoles y otros miles de auxiliares marroquíes fueron muertos por los guerreros de Abd El Krim. Los enemigos del sistema, muy especialmente el PSOE por boca del experto agitador Indalecio Prieto, aprovecharon la ocasión para mantener un escándalo permanente contra el rey y unos gobiernos que, como diría Cambó, no inspiraban respeto porque no eran respetables.

Entre 1917 y 1923 se perpetraron unos 1400 atentados en el país, con más de mil víctimas entre muertos y heridos;

desde 1921 a 1923, el número de muertes llegó a 152. Para ese último año, los nacionalistas vascos, gallegos y catalanes —menos la Lliga de Cambó— unieron fuerzas y proclamaron su intención de pasar a la lucha armada en concomitancia con la rebelión de Abd El Krim. Aquel hervor político recordaba el de la I República, y la población, que estaba completamente harta, acogió con entusiasmo en Cataluña y con el mayor alivio en el resto del país, el golpe militar incruento dado en Barcelona por el general Primo de Rivera, con el cual se acabaron al mismo tiempo la Restauración y la agitación de sus enemigos.

Después del 98, la Restauración, con sus debilidades, había sobrevivido aún 25 años, habiendo durado casi 50 en total, pese al acoso sufrido, prueba de la robustez de fondo del sistema de Cánovas. En su balance pesan mucho los aspectos positivos: mantuvo las libertades públicas, a cuyo abrigo prosperaron también sus enemigos, y su corrupción electoral no fue tanta que impidieran acceder a las Cortes, alcaldías y diputaciones a partidos muy diversos. El país se industrializó más que antes, y la renta por habitante creció de modo sostenido. Nació una buena relación y aprecio con los países de la antigua Monarquía Hispánica. España se libró de la catastrófica guerra mundial y adquirió prestigio por su labor humanitaria. El ambiente favoreció una eclosión cultural sin precedentes desde hacía dos siglos.

El golpe de Primo abrió una nueva y más agitada etapa histórica, en que se sucedieron la Dictadura, la República y el Frente Popular, hasta desembocar en la Guerra Civil. Los enemigos de la Restauración tendrían la oportunidad histórica de demostrar el valor de sus propuestas.

64

GUERRA MUNDIAL Y REVOLUCIÓN CIENTÍFICA

Mientras España seguía la evolución descrita, más allá de los Pirineos se acumulaban nubarrones que los regeneracionistas no podían imaginar siquiera en su beata fascinación por «Europa», es decir, por Francia, Inglaterra y Alemania. Al lado de esos peligros, los problemas españoles eran casi insignificantes.

A pesar de su turbulenta historia, Escandinavia se mantenía como la parte más tranquila del continente. En 1905 surgió un conflicto cuando Noruega, que tras las guerras napoleónicas y por presión británica había pasado a unirse a Suecia, quiso independizarse. Suecia movilizó sus tropas, pero una oportuna advertencia de Londres le obligó a resignarse «pacíficamente» a la secesión.

Por contraste, en el centro-este del continente, los nacionalismos corroían a los imperios. El otomano, llamado «el hombre enfermo de Europa», no superaba su declive a pesar de algunos intentos reformistas. El ruso, con problemas internos algo similares a los españoles, crecía económicamente con rapidez y gozaba de un esplendor literario comparable o superior al del resto de Europa, y de un nivel científico que a España le faltó, acaso porque en el siglo XVIII se había creado en Rusia, y no en España, una Academia de Ciencias. No obstante padeció en 1904-1905 una gran derrota a manos de Japón, y una conmoción revolucionaria que forzó medidas liberalizantes. Pero las tensiones europeas más difíciles de controlar se concentraban en el «avispero balcánico», zona de fricción de intereses

austrohúngaros, otomanos y rusos.

Las peores amenazas venían de la rivalidad entre Gran Bretaña, Francia y el II Reich alemán. Alemania trataba de aislar a Francia por medio de la Triple Alianza con el Imperio austrohúngaro y con Italia; Francia maniobraba para envolver a su vez a Alemania, dando lugar a la Triple Entente con Rusia y Gran Bretaña. Todos, menos Rusia, eran regímenes parlamentarios más o menos liberales, muy interrelacionados económicamente a través de las grandes compañías, con penetraciones de capital mutuas y crecientes; y albergaban potentes grupos internacionalistas y revolucionarios, salvo Gran Bretaña. Los marxistas teorizaron que el capital entraba en una etapa nueva, llamada monopolista o imperialista, concentrándose según predicción de Marx, proletarizando a la masa de pequeños propietarios y agravando las crisis económicas, para terminar en una conflagración por el reparto del mundo. Nada de ello real, pero sí la guerra.

Hacia 1912, cuando España afrontaba huelgas salvajes y atentados como el asesinato de Canalejas, crecía la impresión de que no tardaría en estallar un conflicto general, para el que unos y otros se preparaban en una carrera armamentista. Gran Bretaña, principal beneficiaria de la anterior expansión imperial, temía la política neoimperialista germana, Francia ansiaba la revancha por su derrota de 1870 y Alemania calculaba el momento oportuno para resolver por la fuerza sus contenciosos.

Y así, el 28 de junio de 1914, el asesinato del príncipe heredero de Austria-Hungría y su esposa en Sarajevo, por un nacionalista serbio, obró como una chispa en una pradera seca. Tras un mes de dilaciones, Viena declaró la guerra a Belgrado, y en el mes siguiente siguieron las declaraciones

bélicas entre los países de la Entente y los de la Alianza. Los turcos terminarían alineándose con Alemania, e Italia se tuvo al margen, para apoyar después a la Entente. Los rusos pensaban aniquilar a Alemania confluyendo en Berlín con el ejército francés, y algunos líderes alemanes planearon ocupar Polonia y Rusia, establecer allí colonos germanos y desalojar a millones de eslavos.

Berlín había diseñado una estrategia de envolvimiento del norte de Francia desde Bélgica, y París una ofensiva hacia el centro de Alemania. Las dos fracasaron y durante los años siguientes los ejércitos alemán, francés e inglés se desangrarían en una guerra de trincheras casi estática. El Papa y Washington hicieron propuestas de paz, desoídas, aunque Alemania les prestó mayor atención. Fue crucial el año 1917. Las derrotas rusas indujeron una desintegración social, y en febrero una revolución derrocó al zarismo e instauró la república. La campaña submarina alemana amenazaba colapsar el tráfico inglés, pero en abril Usa declaró la guerra a Alemania, recomponiendo la moral aliada. A su vez, en noviembre (octubre según el calendario ruso), los alemanes recibieron un alivio con la victoria de la Revolución bolchevique, que retiró a Rusia del campo de batalla: no en vano el estado mayor germano había facilitado el traslado de Lenin a San Petersburgo y subvencionado su propaganda.

El Reich pudo emprender al año siguiente una magna ofensiva en el oeste, pero no alcanzó sus objetivos, mientras afluían tropas useñas y el bloqueo llevaba la miseria a la población alemana. En septiembre, octubre y noviembre, capitularon Bulgaria, el Imperio turco y Austria-Hungría, dejando sin aliados a Alemania, por donde se extendía una revolución comenzada en la armada. El 9 de noviembre fue

proclamada la república y el káiser se refugió en Holanda.

El día 11 terminó la contienda, que muchos habían esperado corta y había durado más de cuatro años. Se calcula que perecieron 8 millones de soldados, cifra nunca vista; los civiles, aparte de Rusia y el Imperio turco, llegaron a 1, 5-2 millones. La mortandad aumentó por una pandemia de gripe en 1918-1919, originada en Usa y conocida como «gripe española». Alcanzó a todo el mundo, y mató a entre 50 y 100 millones de personas, sobre todo en China y la India. En Usa murieron unas 600 000, en Europa Occidental y Central unos dos millones (de 200 000 a 300 000 en España), y pudo tener efectos en la posterior epidemia de encefalitis letárgica, que causó millones de nuevas víctimas.

La guerra liquidó los imperios ruso, austrohúngaro y otomano. La caída del ruso produjo el primer régimen socialista de la historia, que galvanizaría a las izquierdas en todo el mundo y condicionaría en profundidad la evolución de Asia y Europa, también la de España. El Imperio austrohúngaro había sido continuador parcial del Sacro Imperio Romano-Germánico, fundado diez siglos antes y que tanto protagonismo había tenido en la historia europea y tan estrecha relación con la española. De su disolución nacieron varios países en el centro-sur del continente, aplicando un «derecho de autodeterminación» auspiciado por Usa, que debía poner fin a los conflictos pero los aumentaría. El Imperio turco, otrora amo del Mediterráneo y capaz de amenazar el centro de Europa, se transformó en república en 1922, reducida a la región de Estambul y Anatolia, aunque para recuperar toda ésta hubo de contender con Grecia, Francia, Inglaterra e Italia, a lo que siguió una *limpieza étnica* de griegos y turcos en los respectivos territorios. De la parte árabe del imperio surgió

Arabia Saudí, y la región entre el Mediterráneo y el Golfo Pérsico se repartió entre Francia e Inglaterra. Londres hizo la primera declaración en pro de un hogar nacional judío en Palestina, que llevaría treinta años después a la creación de Israel.

Resultado de la disolución de los imperios fue la creación de un rosario de nuevas naciones en la franja central europea: Finlandia, Países Bálticos, Polonia (que recobró su independencia, perdida al haberse repartido el país entre Prusia, Rusia y Austria en 1795), Checoslovaquia, Hungría, Austria propiamente dicha, además de las preexistentes Albania, Bulgaria, Rumanía y Grecia. Una auténtica revolución histórica.

Ligado a la guerra estuvo el genocidio armenio entre 1915 y 1917, debido a la política turca de aniquilar a los cristianos dentro de su imperio. Los cálculos varían entre medio y un millón y medio de víctimas, y sentaría un precedente para nuevos genocidios del siglo XX.

En Usa, la entrada en la guerra frente a una opinión pública neutralista fue instigada por la colosal campaña de propaganda de la Comisión Creel. No fue una campaña de prensa amarilla como la que llevó a la guerra del 98, sino organizada desde el gobierno de Woodrow Wilson. Reunió a miles de artistas, escritores, periodistas y voluntarios, y empleó todos los recursos de la publicidad: 60 millones de folletos, millones de carteles, películas, 7, 5 millones de charlas breves. Mezcló la verdad y la mentira según principios técnicos calculados para conmover los sentimientos del público, y su masividad volatilizó cualquier réplica, mostrando cómo, en ciertas circunstancias, es posible manipular a la opinión. Sus métodos serían copiados por las propagandas totalitarias, que tanto condicionarían el

siglo XX y el actual.

Sin duda uno de los mayores méritos de la Restauración fue mantener a España al margen del conflicto bélico, aunque Romanones, que concentraba en sí casi todos los defectos del régimen, estuvo a punto de romper la neutralidad aprovechando unas vacaciones estivales de las Cortes. Muchos regeneracionistas ansiaban la intervención.

Por lo demás, aquella guerra tuvo sobre el conjunto de Europa consecuencias morales y políticas similares a las del 98 sobre España: se cuestionaron las mismas bases de la civilización europea, retrocedió la religiosidad cristiana y las ideologías totalitarias se abrieron paso con empuje a duras penas resistible.

* * *

No sólo hubo revoluciones políticas. En el tránsito del siglo XIX al XX se produjo una verdadera revolución científica y filosófica. Antes parecía que la física, la ciencia por excelencia, sólo tenía que desplegar las ideas de Newton, de Maxwell o Carnot y Clausius para completar un sistema majestuoso de leyes deterministas, que explicaría el mundo a partir de conceptos que, salvo las algo misteriosas gravedad y electricidad, resultaban familiares a la razón. Kant había forjado buena parte de sus teorías sobre el universo newtoniano infinito, homogéneo, encuadrado en un espacio y un tiempo intuitivamente firmes, que funcionaría como un reloj gobernado por la necesidad, aunque dentro de él funcionase de un modo no del todo explicable la libertad moral humana. Había problemas como la incongruencia entre algunos conceptos newtonianos y otros electromagnéticos, o la débil luz nocturna pese a las infinitas estrellas, pero nadie dudaba de que se irían resolviendo, y hacia finales del siglo XIX se creía próxima una completa

explicación científica del mundo.

Sin embargo, al profundizar en el inmensamente grande universo, como en el enormemente pequeño átomo, se presentaron unos mundos extraños a las ideas que la razón humana había forjado a partir de su experiencia y de sus sentidos. El átomo resultó no serlo en el sentido de Demócrito, sino un compuesto de cuerpos aún menores con un comportamiento por así decir irracional, en parte al azar e impredecible, salvo a nivel estadístico, y que desafiaba los conceptos habituales de causalidad y orden temporal, según establecieron Max Planck, Werner Heisenberg y otros. Desde Einstein, el tiempo y el espacio dejaron de ser un marco por así decir sólido para los fenómenos físicos, el tiempo quedó unido al espacio como una dimensión especial, y la gravedad se explicó por algo tan ajeno a la experiencia habitual como una curvatura del espacio-tiempo causada por la masa. La gravedad misma sólo podía gobernar parcialmente el universo: a gran escala era incompatible con la presunta estabilidad e infinitud de éste. Desde que, siglos y milenios atrás, los sacerdotes de diversas culturas observaran el firmamento más o menos sistemáticamente, pensando en su relación con los dioses y en cómo influiría sobre el destino humano, el conocimiento había conducido a un mundo ajeno a la visión intuitiva y sensorial, ininteligible, aun si aprehensible a través de las matemáticas y manejable intelectualmente a partir de ellas.

Siempre se había creído que el cosmos observable a simple vista o con telescopios menores, con sus pocos miles de estrellas, era el todo. Pero en las primeras tres décadas del siglo se descubriría que ese firmamento sólo abarcaba una fracción de una galaxia, la cual no contenía miles, sino cientos de miles de millones de estrellas, algo ya

irrepresentable para la mente; y resultó que existían decenas y decenas de miles de millones de galaxias parecidas, las cuales, nuevo hallazgo pasmoso, se alejaban unas de otras: el espacio del universo se ampliaba, cualquier cosa que ello significase.

Estos nuevos conocimientos abrumaban la psique. Si el cielo y la misma Tierra siempre habían impresionado al hombre por su inmensidad, comparada con su propia pequeñez, esto superaba todo lo imaginable y, de modo vagamente consciente, corroía la idea de un sentido de la vida humana. ¿Qué significado podía tener la Tierra, irrisoria como una invisible mota de polvo en medio de una gigantesca tormenta sahariana, y qué valor tendría la incesante agitación de los mínimos seres humanos apiñados sobre aquella mota? Ni aun la aparición del hombre, tan tardía, se parecía a la necesidad de una ley natural que volvía tan satisfactorio el mundo newtoniano, sino a una improbabilísima combinación de azares sin finalidad. El cristianismo hablaba del carácter sagrado de la vida humana, algo difícil de entender a la luz de la ciencia, como asimismo la noción de un Dios que amaba y cuidaba de modo especial a sus criaturas. También sonaba grotesca la moral panteísta basada en las leyes de la naturaleza —de pronto tan extrañas e indiferentes al hombre— como habían querido los estoicos o Spinoza; y no menos sin sentido los criterios narcisistas del hombre como medida de todas las cosas o la autoadmiración propuesta por el humanismo.

El por entonces joven filósofo inglés Bertrand Russell expuso una consecuencia psicológica de ese conocimiento en unas frases que, escribe Ramiro de Maeztu, se convirtieron en oración peculiar para una generación de intelectuales anglosajones: «Breve e impotente es la vida del hombre: el

destino lento y seguro cae despiadada y tenebrosamente sobre él y su raza. Ciega al bien y al mal, implacablemente destructora, la materia todopoderosa rueda por su camino inexorable. Al hombre, condenado hoy a perder los seres que más ama, mañana a cruzar el portal de las sombras, no le queda sino acariciar, antes que el golpe caiga, los pensamientos elevados que ennoblecen su efímero día; desdeñando los cobardes terrores del esclavo del destino, adorar en el santuario que sus propias manos han construido; sin asustarse del imperio del azar, conservar el espíritu libre de la arbitraria tiranía que rige su vida externa; desafiando orgulloso las fuerzas irresistibles que toleran por algún tiempo su saber y su condenación, sostener por sí solo, Atlas cansado e inflexible, el mundo que sus propios ideales han moldeado, a despecho de la marcha aplanadora del poder inconsciente».

Estas frases, opone Maeztu, son «retórica altisonante y contradictoria», proponen una resistencia obstinada y sin sentido a fuerzas que sobrepasan absolutamente al ser humano. Para Maeztu, el hecho de que el hombre pueda conocer y transformar en alguna medida el mundo, es indicio de una chispa divina que le asemeja al Creador del universo. Opinión consoladora, si no del todo lógica. En todo caso, para muchos, el conocimiento resultante de esa «chispa» reducía a cenizas la idea de Dios.

* * *

En Occidente estos hechos carcomían la fe religiosa, que revirtió sobre las ideologías, hijas bastardas de la razón, según acusaban los cristianos. Y planteaban el conflicto entre razón y ciencia, apenas entrevisto hasta entonces. La razón es la indispensable facultad psíquica de ordenar y jerarquizar lógicamente un mundo que de otro modo se

volvería una acumulación caótica de datos inconexos en los que sería imposible desenvolverse. Pero, a su vez, los datos —el conocimiento de ellos— desafían constantemente a la facultad ordenadora, y ante ese desafío, el hombre tiende a preferir el orden aparente de la razón, que le proporciona una indispensable calma psíquica y sensación de sentido de las cosas, rechazando la realidad que pone en cuestión ese orden. Ortega y Gasset señaló ese conflicto al comentar la teoría de Einstein: la idea de una razón todopoderosa conduce a la utopía, y «la propensión utópica [nacida de un racionalismo remontable a Grecia] ha dominado en la mente europea durante toda la época moderna», lo cual pudo llevar a la civilización occidental «a un gigantesco fracaso. Porque lo más grave del utopismo no es que dé soluciones falsas a los problemas —científicos o políticos— sino algo peor: es que no acepta el problema —lo real— según se presenta; antes bien (…), le impone una forma caprichosa». Por consiguiente, la razón no debía imponerse a los hechos empíricos, sino admitirlos y ordenarlos en sistemas más amplios. No obstante, los hechos nuevos de la ciencia planteaban un conflicto con la razón: resultaban singularmente difíciles de comprender, y por tanto de integrar en un sistema razonable y coherente.

Por su parte, el darwinismo había asestado, según creencia extendida, un golpe decisivo a la religión, al explicar la presencia del hombre y de las demás especies no como una creación directa de Dios, según afirmaba la Biblia, sino como producto de un larguísimo proceso evolutivo sin objeto. No explicaba por qué esa evolución había culminado (al menos de momento) en el ser humano, en lugar de perpetuar el nivel animal, según había ocurrido durante cientos de millones de años; ni cómo el medio ambiente

seleccionaba a sus criaturas, ni la aparición de la reproducción sexual, etc.; pero tales problemas, cabía esperar, se solucionarían con el tiempo, una vez establecida la base teórica. Una potente derivación del darwinismo, aunque no engendrase un partido preciso, fue la filosofía de Nietzsche. Éste acusó al cristianismo de contradecir la ley biológica más elemental, la preservación de los más aptos, cargando a la sociedad con una masa parasitaria de gentes que la naturaleza habría eliminado. Peor aún, la masa parasitaria había impuesto su propia moral, la del esclavo, el débil y el incapaz, sobre la de los ejemplares mejor dotados, los amos y los nobles. Por ello la cultura occidental estaba corrompida y sólo podía salvarla una evolución contraria. Era, según él, la época de «la muerte de Dios», del abandono de la fe cristiana, raíz de la civilización occidental; ese abandono podía derivar a un nihilismo asolador, o bien a un nuevo tipo humano, el «superhombre», plenamente individualista, capaz de crearse sus propias normas morales y dirigirse por «la voluntad de poder», propia de la vida frente a las ideologías de la muerte y de la sumisión al rebaño.

Las ideas de Nietzsche, como las demás ateas, tenían consecuencias que se revelarían en el siglo XX. Así, si el ser humano es un animal no esencialmente distinto de aquellos otros a los que él mismo sacrifica por millones para alimentarse, y si no existe justicia para sus actos en el ultramundo, los peores crímenes carecerían de otra sanción que la muy limitada que impusieran los propios hombres… en el caso de que no fueran los criminales quienes definieran e impusieran la ley. Es más: la noción de lo que es criminal y lo que no, se volvería sólo convencional, decidida por los que mandasen en función de su mayor fortaleza y voluntad de poder. Las ideas de Nietzsche tienen algo de desarrollo

extremo, bajo inspiración *científica*, del nominalismo de Occam, que disociaba el bien y el mal de la razón, atribuyéndolos a la libre voluntad divina, inaccesible en definitiva al entendimiento humano, dejando a su vez la guía de conducta humana a la voluntad del individuo. Esta inaccesibilidad lleva a prescindir de Dios a efectos prácticos, y finalmente teóricos. Las concepciones nietzscheanas habían de influir en ideologías como el fascismo o el nacionalsocialismo; y el marxismo traslucía un fundamento parecido. Cabría atribuir a los dos primeros una visión de la vida aristocratizante, y a la tercera democratizante, siempre dentro de contradicciones: los aristocratizantes fascismos insistirían en la voluntad popular, y el democratizante marxismo en élites («vanguardias»), con poder omnímodo sobre la sociedad. Unos y otros dotados de una absoluta voluntad de poder.

Entre las distintas corrientes de pensamiento de entonces destacó el freudismo o psicoanálisis, que, como el marxismo, lleva hoy bastante tiempo en crisis, pero que ha teñido de un color peculiar el siglo XX. En Freud podemos encontrar, según el psicólogo Paul Diel, el trascendental descubrimiento del lenguaje simbólico en que se expresan las instancias no conscientes del individuo, junto con una interpretación arbitraria de dicho lenguaje. Simplificando mucho, para Marx la clave de la conducta e historia humanas estaría en el estómago, y para Freud en el sexo, partiendo ambas concepciones de una base animal, «material», del ser humano. Las dos comparten también el rasgo teórico de descartar críticas o estudios discrepantes atribuyéndolos, en el primer caso, a «intereses de clase» *burgueses*, y en el segundo a tendencias neuróticas que dificultan o impiden aceptar la realidad. Freud no predicaba

la «liberación sexual» como ariete contra la familia o la sociedad cristiana; por el contrario, opinaba que la civilización no puede subsistir sin un grado de represión sexual, venero de malestar psíquico o de neurosis, un mal menor comparado con la lucha general que nacería de la plena libertad a las apetencias sexuales; pero la idea de esa «liberación sexual» como arma contra la represora sociedad *burguesa* se abrió paso enseguida, y llegaría, sobre todo en los años sesenta del siglo XX, a combinarse adecuadamente con el marxismo.

Si el arte expresa el sentimiento del mundo al margen de la razón, cabe entender una fracción característica del arte del siglo XX como producto subconsciente de las ideologías y el pensamiento de la época, y del desconcierto causado por la ciencia: arte «deshumanizado», en expresión de Ortega, inclinado a lo grotesco, lo desarticulado y lo demoníaco. En cuanto a la Iglesia, casi había dejado de producir un gran arte desde finales del siglo XVIII, otra señal de su retroceso.

65

DOS GENERACIONES INTELECTUALES: LA DEL 98 Y LA DEL 14

El paso del siglo se manifestó en España en el noventayochismo y el modernismo, dos actitudes contrapuestas, aunque a veces se las reúna como «Generación del 98», por haberse dado a conocer sus integrantes en torno a esa fecha. Si a la primera mitad de la Restauración había correspondido un florecimiento literario e intelectual, la segunda lo consolidó y reforzó con las dos generaciones de 1898 y de 1914. En la primera suele incluirse a escritores como Pío Baroja, uno de los primeros novelistas españoles en introducir el género *social* y el de aventuras, el inclasificable Azorín, los filósofos Ramiro de Maeztu y Unamuno, Ramón del Valle-Inclán, el dramaturgo premio Nobel Jacinto Benavente, Carlos Arniches, Gabriel y Galán, Manuel y Antonio Machado, Menéndez Pidal, uno de los máximos filólogos e historiadores españoles, músicos como Isaac Albéniz o Enrique Granados, o pintores como Zuloaga. No hubo un científico descollante, a no ser Santiago Ramón y Cajal, uno de los mayores histólogos de todo tiempo, descubridor de la neurona como elemento clave del sistema nervioso y Premio Nobel de Medicina en 1906. En su opinión, no popular en España, el esfuerzo personal es decisivo en la investigación científica, y secundarios los medios materiales.

El modernismo reaccionaba en Europa contra el naturalismo anterior. Ajeno a las ideologías ansiosas de instrumentalizar el arte, cultivaba un preciosismo artístico, erótico y vital, el adorno, la sensualidad, el cosmopolitismo,

un ademán de hastío de la vida, desdén por la vulgaridad antiestética de lo *burgués* y lo cotidiano. El poeta catalán Joan Maragall lo expresó en su conocida queja. Él había querido «ser como Byron o Heine y tirarme a mujeres casadas [...] y correr mundo y no vivir más que para la Belleza y el Arte»; pero su ciudad no se prestaba: «¡Ah, Barcelona, símbolo de toda medianía!, ¡¡¡bien me has jodido!!!». Tenía algo de un romanticismo sin impulso aventurero ni atracción por lo heroico y sombrío. En arquitectura, Gaudí convirtió a Barcelona en capital europea del modernismo, que desde allí se expandió a otras ciudades españolas. En literatura, el estilo llegó de América a través del poeta nicaragüense Rubén Darío, y su mayor representante español puede ser Valle-Inclán.

Espíritu bien distinto exhibe el noventayochismo, más específicamente español, con un realismo diferente del de Galdós, Valera o la Pardo Bazán. Es menos cosmopolita o «europeo» que el modernismo, y más castizo, sensible al paisaje, hostil a los adornos, a veces con cierta tosquedad deliberada y matices anarquizantes y nietzscheanos. Varios de sus representantes buscaban, anacrónicamente, la esencia de España por la entonces polvorienta Castilla, con tono regeneracionista e inamistoso hacia la Restauración. La diferencia entre noventayochismo y modernismo queda patente en los hermanos Manuel y Antonio Machado. En Manuel resalta la actitud modernista, indiferente a la política o al regeneracionismo y preocupada por la estética formal, incluso en su costumbrismo andalucista (el flamenco, al que, por error, se atribuían raíces árabes, estaba en pleno auge y considerado en el exterior la representación más propia de la música popular española); en Antonio, el interés derivará hacia Castilla, con tono regeneracionista —

llegaría a simpatizar con el comunismo soviético— y sin mucho esteticismo, aunque no menor expresividad. Opone demasiado drásticamente la España tradicional a la que caricaturiza como «*de charanga y pandereta/ cerrado y sacristía*», frente a «*la España que alborea/ con un hacha en la mano vengadora/ la España de la rabia y de la idea*». Si bien había en todo ello mucha rabia, al menos retórica, y poca idea.

Los vascos Miguel de Unamuno y Ramiro de Maeztu fueron los filósofos de la generación. Maeztu, pensador político, anarcoide en su juventud y conservador en la madurez, en la estela tradicionalista de Donoso Cortés, Balmes y Menéndez Pelayo. En ellos cabe distinguir tres aspectos: la crítica, con frecuencia aguda, a las ideas liberales y socialistas; la reivindicación de los siglos gloriosos de España frente a su sistemática denigración; y sus alternativas prácticas. Todos atribuyen al catolicismo la más íntima esencia de España, al punto de que la merma de ese factor impediría la continuidad de la nación. Con lo cual incurren en la doble contradicción de identificar al catolicismo con una doctrina o al menos concepción general política, idea no cristiana, y al propio tiempo diluyen la nación, puesto que el concepto del catolicismo no es nacional, sino universal. No distinguen bien entre la vivaz e inspiradora religiosidad del Siglo de Oro y su débil brillo posterior, y oscurecen el dato de que el pensamiento católico español en su mejor momento tiene aspectos fundamentales no alejados del liberalismo.

Estas contradicciones convertían su alternativa social y política en una poco atractiva tutela eclesiástica sobre la sociedad, bajo una monarquía absolutista sin libertades políticas. De hecho, el liberalismo sufrió una crisis en

Europa durante el primer tercio del siglo, y surgieron alternativas como la «democracia orgánica», opuesta a la liberal, acusada ésta de allanar el camino a revoluciones totalitarias. Sobre la democracia orgánica teorizaría el socialista Fernando de los Ríos, de la Institución Libre de Enseñanza, el intelectual de la generación siguiente Salvador de Madariaga y el propio Maeztu. Según éste, el liberalismo fomenta la inestabilidad permanente al dejar la verdad y la moral a la arbitrariedad del individuo, y a éste sin integración social y por ello indefenso y manipulable, por lo que proponía su integración política a través de la familia, el municipio y el sindicato, asociaciones en cierto modo naturales. Sin embargo el liberalismo, aunque mina en parte las instituciones tradicionales, no las liquida, y multiplica en cambio las asociaciones, contrapesando con ellas la desintegración social y anomia que se le atribuyen. Maeztu proponía la acción política a través de sindicatos o gremios, en los cuales las personas, conocedoras de sus intereses y representantes, controlarían mejor el poder, superando la corrupción del sistema de partidos.

Aportación de Maeztu fue la idea de *Hispanidad*, que tomó del obispo vizcaíno Zacarías de Vizcarra, para sustituir el absurdo de la «raza». La Hispanidad, cultura o subcivilización euroamericana, podría reorientar las peligrosas derivas de Europa o establecer una fórmula civilizatoria propia, universalista y antirracista. España la había creado en siglos pasados, y elementos de ella, ante todo la lengua y el catolicismo, podrían alumbrar una alternativa cultural. Pero la Hispanidad permanecía estancada y, por más que la eclosión cultural de principios de siglo en España e Hispanoamérica probaba que no había muerto, estaba muy por debajo de Francia, Inglaterra,

Alemania o Usa en ciencia, bastante por debajo en pensamiento e incluso en literatura. Sólo en pintura, con Picasso, Dalí y otros, permanecería al nivel más alto.

Unamuno, pensador original y asistemático, errático en política, buscaba al hombre concreto, «de carne y hueso», suma de sentimientos, razones e intereses contradictorios, como opuesto al «ser pensante» de las abstracciones racionalistas y cientifistas, que rompen la esperanza de la vida y atraen al suicidio. No basta pensar, cumple sentir el destino humano: la comprensión del mundo procede del «sentimiento de la vida», en el que no sólo interviene la razón, también las pasiones, los intereses, las necesidades. La vida humana es paradójica, una agonía o lucha entre sentimiento y razón, entre duda y fe, opuestos y complementarios. Su contradicción esencial radica en la conciencia de la muerte frente a su anhelo irreprimible de inmortalidad.

El concepto unamuniano de la fe difiere del protestante: no es gracia o predestinación, sino imaginación y voluntad acosadas por la duda. La fe desprovista de razón embrutece, pero la razón introduce en ella la duda. Y esa lucha es la misma vida, en cuyo principio no se halla la acción, como hizo decir Goethe a Fausto, sino el Verbo de la Biblia, es decir, el orden, el sentido. La aparente locura de Don Quijote certificaría una voluntad vital que se hunde al volver a la cordura, a la paz final consigo mismo, pues la paz y la armonía caracterizan el reino de la muerte. La vida, lucha por la inmortalidad, es trágica porque no conduce a una victoria definitiva, sino al agotamiento de su propio impulso. El sentido de la vida es precisamente esa agonía o contienda, idea diferente de la antes aludida de Ibn Hazm, que entendió la vida como esfuerzo por distraerse de la muerte.

Unamuno ve la clave del pensamiento español de los buenos siglos, no en la escolástica, demasiado racionalista, sino en la mística, de intuición a su juicio más profunda. Era creyente, de un modo que no encajaba bien con la Iglesia.

En Unamuno es visible la influencia del filósofo danés Kierkegaard, precursor del existencialismo. Este movimiento no busca ni parte de una esencia abstracta de lo humano, sino que intenta abordar su existencia concreta, individual, subjetiva, rubricada por su libertad y su carácter pasajero, el modo como existe en el mundo.

Las posiciones unamunianas alejaban a un segundo plano muchas preocupaciones de la época, en particular el desarrollo científico, y de ahí su célebre *boutade* «que inventen ellos (los otros europeos)», muy criticada sin que los críticos inventaran a su vez gran cosa. Coincidía con Maeztu en la reivindicación del espíritu español, al proponer, contra la moda de la «europeización» de España, la «españolización» de Europa; y con igual problema: la debilidad de la cultura española de entonces para una meta tan ambiciosa.

Coetáneo de Unamuno y Maeztu, pero nunca encuadrado en la generación del 98, fue el menos conocido Ángel Amor Ruibal, sacerdote gallego y «una de las máximas figuras filosóficas que ha dado nuestro país», en la competente opinión de G. Fernández de la Mora. Ruibal, de erudición enciclopédica y muy atento a la ciencia, fue mucho más metafísico que los anteriores, más objetivista y menos ocupado de cuestiones morales o de conducta, y no siguió la tradición tomista. Su sistema, el *correlacionismo*, es original. El universo constituye un conjunto de correlaciones en evolución, y los seres no existen como tales, sino en relación y movimiento con el resto del cosmos. Éste, a su vez, no es

un ente completo y autoexplicable como, por ejemplo, en Spinoza, sino relativo entre lo absoluto (la divinidad) y la nada. Ajeno a política, influyó poco en ella. Falleció, además, en 1930, lo que le aleja de las dramáticas circunstancias en que murieron Unamuno y especialmente Maeztu.

* * *

La Generación de 1914 exhibirá actitudes y preocupaciones diferentes de la anterior, siendo menos artística y más ensayística: Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Salvador de Madariaga, Eugenio D'Ors, Manuel Azaña, Américo Castro; novelistas como Ramón Pérez de Ayala o Gabriel Miró, el poeta Juan Ramón Jiménez, futuro Premio Nobel, el inclasificable Ramón Gómez de la Serna, los humoristas Julio Camba, o Wenceslao Fernández Flórez; y otros.

La mayoría de ellos comparte un resuelto europeísmo, admiración acrítica hacia los tres países europeos más pujantes, modelos a imitar por España; también exhiben una mayor estima por el racionalismo, preocupación por la prosa pulida y la obra bien terminada y, entre los literatos, una concepción del arte en función de sus valores estéticos y al margen inquietudes *sociales*, menos, hasta cierto punto, en Pérez de Ayala. Parte de ellos se consideraban una minoría selecta que debía encauzar la vida del país, empezando por la política, con orientación republicana.

Ortega, influido por la filosofía alemana de la época, fue, junto con Unamuno, el filósofo español más conocido del siglo XX. No está, a su vez, muy alejado del existencialismo. Parte de la «realidad radical» que es la vida, invirtiendo el «pienso, luego existo» en «vivo, luego pienso». La razón no es puramente intelectual, sino relacionada con la vida y

dependiente de ella, es «razón vital»; y la vida del individuo se desarrolla en una posición determinada dentro del mundo, en su *circunstancia*, por lo que el sujeto sólo puede concebirse dentro de su situación y relación con ella («yo soy yo y mi circunstancia»). Desde esa posición o circunstancia el sujeto aprecia y entiende al mundo y a sí mismo con una perspectiva particular (*perspectivismo*), que no tiene por qué ser falsa ni meramente subjetiva, sino que contiene una verdad objetiva, aunque parcial. La verdad general, composición de esas verdades parciales no sería accesible al hombre, si bien la filosofía le acerca a ella. La circunstancia no es sólo espacial, también temporal: el hombre, ser en el tiempo, no tiene propiamente naturaleza, sino historia, y no puede comprenderse como una foto fija, sino en su dinamismo temporal: la razón vital es razón histórica, o más bien la última es el método para acercarse a la primera.

La circunstancia, la realidad exterior en que se desenvuelve la vida del individuo, limita a éste, crea un conflicto o tensión dramática entre la necesidad impuesta por las cosas y la libertad anhelante de la persona. Hay una adaptación mutua, nunca completa, pues el hombre también adapta la naturaleza a sus intereses mediante la técnica. Siempre las posibilidades del individuo están restringidas por el peso de la realidad, de otro modo la libertad se convertiría en arbitrariedad; pero el peso de lo real no es tan absoluto que impida una libertad relativa: ofrece diversas posibilidades y el sujeto libre elige entre ellas su *destino*, se forja un «proyecto de vida», aun si gran parte de los individuos prefiere dejarse llevar por lo convencional y socialmente adquirido, sin apenas esfuerzo consciente. La libertad, en definitiva, consiste en asumir un destino. La filosofía orteguiana difiere del idealismo alemán, a su juicio

demasiado absorbido por el *yo*, y del realismo que margina el yo al examinar el mundo. También difiere de concepciones nietzscheanas que privilegian el impulso de la voluntad, mientras que Ortega mantiene la razón como un componente esencial de la vida, y no debe gran cosa al darwinismo. Puede encontrarse en ello un eco de la diferencia entre el catolicismo, siempre atento a la razón y predominante en la Europa latina, y el protestantismo predominante en los países germánicos, centrado sobre la voluntad y la fe.

Ortega, atento a las transformaciones de su época, denunció en *La rebelión de las masas* el crecimiento imparable del «hombre masa», el hombre trivial, ignorante y sin elevación, *bárbaro* especializado producido en apariencia por el aumento de la riqueza, sin proyecto vital, que cree tener todos los derechos y ninguna obligación. El hombre masa señalaría un declive de la civilización europea, al cual opone un ideal aristocrático de «minorías selectas», que incide sobre los propios deberes, el conocimiento general, la creatividad. Llegó a analizar la historia hispana, en su ensayo, un tanto disparatado, *España invertebrada*, achacando el problema a la ausencia de tales minorías socialmente vertebradoras y suponiendo que en este país «el pueblo lo ha hecho todo». En función de ello se lanzó a empresas cultural-políticas, algunas mejor fundadas que otras, con una condena explícita al «descarriado vagar» y la «tibetanización» del país durante siglos, que lo habría apartado de «Europa», es decir, de Francia, Alemania e Inglaterra, ignorando de paso las profundas diferencias entre cada una de esas naciones. Para Ortega, como para el regeneracionismo en general, lo que realmente había ocurrido en la historia de España no «debía» haber ocurrido,

con lo que empezaban, como decía el mismo Ortega de los utopistas-racionalistas, por «no aceptar el problema —lo real — según se presenta, e imponerle a priori una forma caprichosa».

Por más que Ortega y la mayoría de los ensayistas de la generación se proclamaban liberales, ya quedó indicado que se trataba de un liberalismo sui géneris, y su influencia intelectual, realmente vasta y en gran medida fructífera en el ámbito español e hispanoamericano, y en menor medida en Europa, se extendería con bastante naturalidad hasta la Falange, el partido español más próximo al fascismo.

Figura muy importante es la de Eugenio D'Ors, influido por filósofos como Bergson, por la ciencia de su tiempo y por el pragmatismo useño, que le parecía una teoría endeble y no obstante fructífera. Mucho de su pensamiento se orientó a buscar el fondo de la religiosidad y una concepción del hombre que armonizase ciencia y filosofía. Distinguió entre la *potencia* —el yo— y la *resistencia* —el mundo exterior—, que se opone a los deseos del yo. El método científico da cuenta del mundo exterior, pero no basta para entender al yo, que en lo más íntimo se concibe como libertad pura, fuera de toda coerción, captar el cual exige una experiencia vital más allá de los métodos empíricos. De esa libertad radical, pero no plenamente aplicable debido a la resistencia, brota la religión: la ciencia explora y representa la fatalidad, la religión expresa la libertad. Quiso renovar el pensamiento filosófico y apartarlo del racionalismo, asumiendo que el pensamiento y el lenguaje van más allá de la razón, la cual, con su lógica, no basta para dar cuenta de las realidades fundamentales humanas, como la religión, el arte o la vida de cada cual. Debía concebirse la filosofía como diálogo y tensión entre la razón y la vida, sin reducir

una a la otra. Buscó renovar la lógica señalando que las realidades no se dejan limitar por los principios de contradicción y razón suficiente, sino que van más allá de su significación estricta y están en función de otras realidades. En relación con el pragmatismo, quiso completar su visión utilitaria del hombre con la visión estética y lúdica, por lo que una de sus facetas más interesantes fue su crítica del arte. Al contrario que Unamuno, propone entender la vida como una armonía jerárquica, al modo de un poema, contra el caos en que, de otro modo, naufragaría el ser humano. Concebía el método filosófico como un diálogo irónico, esto es, partiendo de la asunción socrática de «no saber nada».

Al igual que Unamuno, entendió el lenguaje mismo como filosofía, en sentido no coincidente con la orientación analítica, originada en Alemania y hegemónica en el mundo anglosajón durante el siglo XX, que ha tendido a subordinar la filosofía a las ciencias naturales y a excluir como carentes de significado la metafísica y aun la ética.

D'Ors se pareció mucho a Ortega como activista de la cultura, pues quería renovarla en Cataluña dentro del plan nacionalista de convertir a la región en centro hegemónico del resto de España; pero encontró la mentalidad catalanista un tanto roma (fue acusado de malversación), por lo que marchó a Madrid, donde creyó encontrar un ambiente más propicio, y pasó a escribir en castellano. En política evolucionó desde el nacionalismo catalán a una posición liberal españolista, y finalmente a la Falange.

* * *

Un rasgo de la civilización europea ha sido la pugna constante de ideas en torno a las cuatro cuestiones básicas de la filosofía, derivadas a su vez de la religión: qué es el mundo («filosofía natural»), qué es el hombre (ética y política), qué

hay más allá de lo sensible (metafísica) y cómo alcanzar la verdad. Cuestiones presentes de un modo u otro en todas las culturas, aun si en ninguna, fuera de la griega, abordadas con tanta pasión y tesón. Las preguntas nunca han sido contestadas plenamente, y los sistemas de ideas que pretendían abarcar la realidad siempre han resultado incompletos o contradictorios, de ahí que a veces se haya dado por inútil la filosofía. Pero ella ha contribuido poderosamente a conformar y evolucionar las sociedades occidentales, y dado lugar al pensamiento científico, entre otras cosas. En el siglo XX la inquietud filosófica originaría escuelas variadas, tales la fenomenología, el existencialismo o el positivismo lógico y su desarrollo analítico (para el cual la mayor parte del enorme esfuerzo filosófico griego y europeo habría encarado falsos problemas).

En el pensamiento español sólo la segunda pregunta (qué es el hombre) y la tercera (en forma de teología) ha recibido atención permanente, aunque irregular, quedando las demás un tanto al margen, pues el hecho del conocimiento no suscitaba demasiadas dudas, y la filosofía natural solía reducirse a la técnica y a un plano secundario. No obstante, Ortega, D'Ors, Amor Ruibal, luego Zubiri, prestarían la máxima atención a los avances científicos, que tuvieron muy en cuenta para su elaboración filosófica.

Las fuertes peculiaridades histórico-culturales de España, tenidas por grave defecto, exigían una aclaración. En la moda regeneracionista, quizá la explicación más curiosa la diera Américo Castro, ya en los años cuarenta: la esencia de España se formaría en la «Edad Media», y no a través de la Reconquista, sino de una supuesta simbiosis de «las tres culturas, judía, musulmana y cristiana». Ni la época romana ni la visigoda habrían sido españolas, y el triunfo

cristiano, con expulsión de judíos y moros, habría llevado a España a un marasmo subrayado por continuas guerras civiles. La teoría iba más allá de la habitual añoranza por los comuneros, y es notable por dos cosas: por la osadía con que desdeña los más evidentes datos históricos, y por la amplia aceptación que recibió durante décadas, prueba por sí sola de la inanidad de un vasto sector intelectual hispano.

Por esos años se dibujaron en España tres orientaciones político-intelectuales que iban a conformar en alto grado la historia posterior: la tradicionalista, auspiciada por la Iglesia; la liberal-regeneracionista, un tanto contradictoria; y la revolucionaria de ácratas, socialistas, comunistas, así como, de otro modo, republicanos y nacionalistas catalanes y vascos. Esta última careció casi por completo de pensamiento propio, guiándose por ideas de teóricos extranjeros reducidas a lugares comunes. Mayor enjundia tuvo el pensamiento tradicionalista, y sobre todo el liberal-regeneracionista. Las incoherencias de este último ayudarían a arruinar la liberal Restauración para verse pronto rebasado, en la práctica, por el oleaje revolucionario.

66

DE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA A LA GUERRA CIVIL

La dictadura de Primo de Rivera nació como remedio de urgencia a la descomposición política de la Restauración, achacada a los «politicastros», como se les llamaba popularmente. Concebida al principio como expediente pasajero, cambió pronto de carácter para intentar poner en pie un régimen distinto, la democracia orgánica. Este régimen ha sido identificado como nacionalista español en la onda regeneracionista, pero no fue así. Dos intelectuales, José María Pemán y José Pemartín, atacaron a los nacionalismos por convertir a la nación en un fetiche, por su inclinación a convertir el Estado en un poder absoluto y por haber causado la pasada guerra europea. Les oponían el sentimiento de la patria, que subordinaba la nación a la religión, a su juicio atemperadora de los odios, y admitían las organizaciones internacionales por cuanto contribuían a afirmar la paz, pero rechazaban el internacionalismo que «tiende a diluir el sentimiento patriótico en un vago y descolorido humanitarismo». Si cabe hablar aquí de nacionalismo, se trataba de algo distinto del de Sabino Arana o Prat de la Riba, que deificaban a las «naciones» vasca y catalana, y distinto también del regeneracionismo, por cuanto ensalzaba y no denigraba la trayectoria histórica de España.

Sobre la sociedad, «o se admite que el hombre es sociable por naturaleza y, por tanto la sociedad es un hecho natural (teoría tradicional cristiana), o se admite que el hombre no es sociable por naturaleza y, por tanto, que la sociedad es un hecho artificial (teoría del pacto social de

Rousseau)». La primera concepción encuentra una base permanente en las sociedades por debajo de sus cambios políticos, mientras que la contraria haría depender a la sociedad «de la amplitud y variedad de las voluntades pactantes». Por tanto, la sociedad no puede concebirse como una multitud de voluntades individuales, sino como un compuesto orgánico de familias, municipios, sindicatos, incluso regiones, formas naturales de sociabilidad que el Estado no debía absorber, sino defender: el Estado es para los individuos, no el individuo para los estados. Como Maeztu, acusaban al liberalismo de arrasar las sociedades naturales. Los socialistas «querían mejorar la condición social de la humanidad», pero de modo erróneo, pues la mejora sólo podría realizarse «en el marco de la propiedad y el orden racionalmente utilizados». En cuanto a España, había superado en su historia crisis que habían amenazado su existencia, como las de Enrique IV de Castilla, Carlos II o la misma Restauración, pero siempre las había superado, gracias a la institución monárquica. Esa fe en el principio monárquico sorprende, por cuanto las crisis mencionadas habían ocurrido bajo la monarquía.

* * *

La dictadura terminó en 1930, y poco después de su fin, Ortega y Gasset la despidió con el artículo «El error Berenguer» (por el nombre del general que trataba de volver a la Constitución). Siguiendo su tópico de la «anormalidad» de España, afirmaba que el país «ha sufrido durante siete años un régimen de *absoluta anormalidad*», lo nunca visto «dentro ni fuera de España, ni en éste ni en cualquier otro siglo», ni siquiera entre los pueblos salvajes, pues «la situación del derecho público en que hemos vivido es más salvaje todavía». La dictadura había sido una *gran viltá*

(vileza) propiciada por Alfonso XIII, por lo cual la monarquía misma debía caer: el artículo terminaba con un *Delenda est monarchia*, remedando el *Delenda est Carthago* de Catón. También Unamuno ostentaba su aversión al dictador, a quien satirizaba sin piedad.

Como reconocía Ortega, sin concederle la menor importancia, la dictadura no había sido sanguinaria. Y había más: nunca había crecido tanto la renta. Por primera vez desde principios del siglo XIX, se había reducido la distancia con los países más ricos, pues incluso durante el período acumulativo de la Restauración, aquellos países habían crecido más deprisa que España. En tan pocos años se construyó una de las mejores redes de carreteras de Europa, se triplicó el número de teléfonos, se duplicó de sobra el de automóviles y la producción de energía eléctrica, y se pusieron en marcha vastos planes de regadíos. El hambre bajó a menos de la mitad de principios de siglo (volvería a crecer luego). Mejoró la sanidad popular, y la esperanza de vida al nacer pasó de 40 a 48 años. La población empleada en la industria y los servicios sobrepasó por primera vez a la del sector primario. El analfabetismo decreció hasta un 32 por ciento, el número de universitarios aumentó en un 30 por ciento, duplicándose la presencia femenina; y en casi medio millón los alumnos de primaria. Se concedió a la mujer la elegibilidad para cargos públicos, con quince mujeres en la Asamblea Consultiva creada por el dictador.

Las mejoras fueron paralelas al mejor período cultural desde las guerras napoleónicas, al coincidir las generaciones del 98 y del 14 con una nueva, la del 27, el mejor grupo de poetas que produjo España en muy largo tiempo y hasta hoy, junto con varios ensayistas y artistas: García Lorca, Guillén, Salinas, León Felipe, Miguel Hernández, Gerardo Diego,

Dámaso Alonso, Jardiel Poncela, Gómez de la Serna, Buñuel, etc. Se publicaron más obras de mérito que antes, y circulaba incluso propaganda anarquista y comunista, pese a estar prohibidas sus organizaciones, prueba de cierto liberalismo del régimen.

No menos trascendente fue la supresión del terrorismo, de la guerra de Marruecos y del separatismo, los tres cánceres de la Restauración. La guerra de Rif acabó en la derrota final de Abd El Krim; los ácratas abandonaron el pistolerismo, pese a que la represión sobre ellos fue escasa y, aún más sorprendente, los socialistas colaboraron con la dictadura. Los separatistas, a punto de rebelarse en 1923, optaron por una discreta inacción, menos el grupo catalán de Macià. Éste, ex coronel del ejército, organizó un «ejército» de *almogávares*, como los llamaba, para invadir Cataluña desde Francia. Los *almogávares* se dejaron detener mansamente por los gendarmes franceses, y a continuación vino un juicio bien orquestado en que Macià advirtió al mundo que «no habrá paz internacional mientras haya naciones esclavas» como Cataluña, a la que España, país «atrasado», consideraba «un país conquistado y la última de sus colonias a explotar»; y prometió una Cataluña «amiga eterna de Francia». Lo decía en un país que mantenía un vasto imperio colonial y había casi erradicado el catalán del Rosellón.

* * *

A la época de la ruina de la Restauración y de la dictadura en España, correspondió en Europa Occidental una mezcla de euforia, reactivación económica desde 1925, y crisis moral y política, sobre todo en las capas medias-altas. La gente quería olvidar la durísima prueba de la guerra, se debilitaron los valores e ideales tradicionales, todo lo antes

considerado respetable y decente fue objeto de escarnio, se impuso una especie de épica del estómago o del sexo. Fue desdeñado como nunca lo *burgués* y *pequeñoburgués*, palabras de significado sumamente elástico y que en gran medida apuntaban al cristianismo, y en los ambientes más dispares se admiraba la Revolución rusa. Proliferaron las drogas y el alcohol, el exhibicionismo sexual, el juvenilismo, el feminismo y los giros revolucionarios en política y en arte (las *vanguardias*). Simultáneamente continuó la brillante efervescencia intelectual y científica de preguerra en los círculos de Viena, Berlín, Oxford y Cambridge o Copenhague, y París retenía su prestigio cultural. La diversión se convirtió en industria gracias al cine y la radio, y el Estado se expandió imparablemente sobre las sociedades. Llegó a Europa la cultura useña, a través del *jazz* y el cine sobre todo. En Francia se llamó «locos» a aquellos años (*années folles*), también conocidos como «los felices 20».

Para evitar la repetición de una guerra como la pasada, se creó en 1919 la Sociedad de Naciones, foro de negociación internacional y de encauce de una mejora económica mundial. No obstante, la paz establecida en Versalles era considerada un *Diktat* humillante e injusto por Alemania. Francia, que había sufrido en su territorio las mayores destrucciones, con pérdida del 10 por ciento de su población masculina, para hacer pagar el coste a su vecino ocupó en enero de 1923 el Ruhr, principal región industrial y minera de Alemania. Ésta padeció una inflación monstruosa, que arruinó su economía hasta 1925 y creó una desmoralización generalizada. La descomposición interna hacía temer a muchos un *finis Germaniae* tras sólo medio siglo de existencia como nación unificada. Ello crearía un peligroso desequilibrio en el centro de Europa y abriría paso a la

revolución, por lo que los vencedores cambiaron de política: Alemania sólo pagaría una parte menor de las reparaciones y recibiría préstamos, sobre todo de Usa, para reorganizar su economía.

Al terminar la guerra se instauró en Alemania la República de Weimar. Su principal partido fue el Socialdemócrata, que reprimió drásticamente las intentonas comunistas. En 1923, después de la ocupación del Ruhr por Francia, un desconocido Adolf Hitler intentó tomar el poder mediante un golpe (*putsch*) en Múnich. Fracasó, pero fue sólo el comienzo de una carrera que le convertiría diez años después en dictador, de un estilo muy distinto del de Primo de Rivera. Su ideología combinaba el nacionalismo, el racismo y el odio a los comunistas, los judíos y la «plutocracia» internacional, que a sus ojos representaban lo mismo y habían causado la derrota alemana de 1918.

El país que más sufrió por esos años fue Rusia, constituida en Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). La guerra europea había causado una crisis ligera en la II Internacional, socialdemócrata, al relativizar sus partidos la idea de que los obreros no tienen patria y la guerra sólo interesa a los *explotadores*, para apoyar el esfuerzo bélico de sus respectivos países. La excepción habían sido los bolcheviques rusos, que, con la consigna de transformar la guerra *imperialista* en guerra civil, habían tomado el poder, después de lo cual la guerra civil se prolongó cuatro años y provocó daños mucho peores que los de la guerra mundial. Se calcula que murieron un millón y medio de soldados, pero las víctimas civiles causadas por las hambres y el terror, especialmente el de la Cheká, pudieron ascender a quince millones. Con la economía destrozada, los comunistas debieron retroceder de su «comunismo de

guerra» y permitir la iniciativa privada (Nueva Política Económica), que alivió el desastre. Pero la NPE, peligrosa para el régimen, fue abolida en 1928 por Stalin, sucesor de Lenin, y sustituida por planes de industrialización y colectivización del campo, que causaría nuevas hambres y terror, con hasta siete millones de muertos en Ucrania y otros más en diversas regiones.

La revolución en un país atrasado como Rusia se había justificado como espoleta de la esperada revolución alemana, cuya potencia industrial garantizaría el triunfo comunista en Europa. Al fracasar esa esperanza, Lenin cambió su estrategia a la defensa del propio régimen a toda costa, estímulo a los movimientos revolucionarios externos y promoción de luchas anticoloniales. Con ese objeto creó en 1919 la III Internacional o Comintern (Internacional Comunista) que debía desbancar a la II Internacional, calificada de traidora al proletariado. Por toda Europa cundió el miedo a nuevas revoluciones en unos, el deseo de hacerlas, en otros.

Hubo insurrecciones comunistas en Finlandia, Alemania, Hungría, graves huelgas, sabotajes, disturbios y atentados en numerosos países. Se sumaron a la Comintern partidos y fracciones socialdemócratas de Alemania, Noruega, Suecia, Francia, Italia, España, Hispanoamérica, China, Indochina… Polonia, recién recobrada su independencia, estuvo a punto de perderla en 1920 por una ofensiva soviética, pero a las puertas de Varsovia la derrotó el general Pilsudski, antiguo socialista revolucionario evolucionado a un nacionalismo conservador. En 1922, Polonia se constituyó en república a imitación de la francesa, pero el experimento derivó a un gran desorden, por lo que en 1926 Pilsudski dio un golpe de estado e impuso un régimen

autoritario, muy popular y no muy disímil del de Primo en España.

En Italia, el débil régimen liberal sufrió la radicalización de socialistas, comunistas y anarquistas, con grandes huelgas, atentados y ocupación de fábricas. En 1919 surgió también el fascismo de Benito Mussolini, antiguo socialista y receptor de subvenciones del servicio secreto británico. Mussolini consiguió popularidad por su origen humilde y por proponer el mérito, y no el origen social, como base de promoción; y recibió apoyo de los empresarios y los liberales al defender la propiedad privada. Exigía, entre otras cosas, la generalización de la jornada de ocho horas, el salario mínimo y el voto para la mujer. Sacudido por la agitación fascista y obrerista, el régimen liberal se tambaleaba. En 1922 los fascistas marcharon sobre Roma para reclamar el poder. La marcha transcurrió pacíficamente y el rey Víctor Manuel III dio su confianza como jefe del gobierno a Mussolini, quien sólo desde 1925 se convirtió en dictador. El fascismo preconizaba una sociedad jerarquizada, plebiscitaria, con escasas libertades políticas, y su aparato de propaganda típicamente totalitaria consiguió un alto grado de consenso social. El régimen, que predicaba la violencia, la usó en pequeña medida, porque la oposición a él fue escasa, consiguió un modesto pero significativo crecimiento económico, y recibió el aplauso de figuras tan dispares como Churchill o Gandhi.

Uno de sus logros fue la regularización política del Papado, en situación incierta desde 1870:se constituyó el estado independiente del Vaticano, una de las siete colinas de la antigua Roma, donde había existido un oráculo etrusco: los estados pontificios habían llegado a ocupar un cuarto de Italia, y ahora se reducían a medio kilómetro

cuadrado. Sin embargo su influencia espiritual, e indirectamente política, se mantendría y crecería e iba a condicionar la historia posterior de España, donde influirían asimismo la propia Italia, Alemania y la URSS.

En Francia, la anticlerical III República fue inestable y cobró fama de corrupta. Temerosa de un revanchismo germano, invirtió la política de Bismarck, tratando de aislar a Alemania mediante alianzas con Polonia y Checoslovaquia. En 1925 el tratado de Locarno reforzó la paz de Versalles asegurando las fronteras mediante acuerdos entre Gran Bretaña, los países vecinos de Alemania y esta misma: quedó desmilitarizada la región renana, vuelta a Alemania, y confirmadas las limitaciones que privaban de capacidad ofensiva al ejército alemán; si bien éste burlaba las limitaciones con ayuda de la Unión Soviética.

En Gran Bretaña, como en casi todo el resto de Europa, avanzó la socialdemocracia o Partido Laborista, que desplazó al Liberal como rival del Conservador. Pese a ser la potencia europea más netamente triunfadora, comenzó su declive político, debiendo modificar sus fronteras metropolitanas. En 1800 se había convertido en Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, pero hasta 1829 no se permitió a los católicos acceder al Parlamento, y hasta finales del siglo se les restringían los estudios universitarios. En 1916, tropas inglesas aplastaron una insurrección en Dublín, pero desde 1919 el Ejército Republicano Irlandés organizó guerrillas que en 1922 alcanzaron la victoria, después de tantas revueltas fracasadas durante siglos, y la mayor parte de Irlanda se independizó. El mismo 1919, tras la matanza de Amritsar, perpetrada por el ejército inglés (murieron de 400 a 1500 hombres, mujeres y niños) creció el movimiento de independencia, que Gandhi acaudilló desde 1920 mediante

una táctica de no violencia.

En Escandinavia aumentó el peso de la socialdemocracia, gobernante en Suecia y algo después en Dinamarca. En Noruega, las tendencias comunistas ganaron auge durante unos años. Finlandia, pronto la única república escandinava, sufrió en 1918 una corta pero muy intensa y sangrienta guerra civil, al intentar los comunistas una revolución, que fue derrotada por el general Mannerheim.

* * *

España fue entre 1923 y 1930 uno de los países europeos más tranquilos y prósperos, bonanza que iba a invertirse en el decenio siguiente. Conviene advertir que al llegar a este período la distorsión propagandística de la historia alcanza cotas altísimas.

Las dificultades de Primo de Rivera no vinieron de los partidos que habían acosado a la Restauración, sino de derechistas que con su corrupción o ineptitud habían desacreditado al régimen constitucional, pero decían añorarlo. Conspiraron políticos como José Sánchez Guerra, Niceto Alcalá-Zamora o el conde de Romanones, que creían buenos todos los caminos para mandar, según frase de Cambó, y no vacilaban en buscar alianza con los mismos anarquistas; o militares republicanos, o masones, o enfadados con los ascensos por méritos, a muchos de los cuales calificaría de «sencillamente locos» Miguel Maura, quien jugaría un papel mayor en la venida de la II República. Volvía aquella clase de locura a la que había aludido Amadeo de Saboya. Alfonso XIII, de quien dependía legalmente Primo de Rivera, pudo apostar por éste o inclinarse hacia sus enemigos, pero procuró nadar entre dos aguas. El dictador proyectó un régimen que funcionase mediante un partido conservador, la *Unión Patriótica*, y un

partido socialista, pero el PSOE lo rechazó y el primero no llegó a cuajar. Por otra parte estaba enfermo de diabetes, y al terminar la década tuvo la ocurrencia de consultar su continuidad con sus colegas militares, que le desautorizaron, como lo hizo el rey. Y en enero de 1930 se exilió a París, donde murió en marzo.

Puesto que la dictadura había barrido las viejas plagas, sobre su herencia podría construirse una normalidad constitucional más sana, y el rey lo intentó. Los enemigos de la Restauración renacieron, achacándole su colaboración con la dictadura, pero se trataba de grupos minoritarios, dispersos y desconfiados entre sí. Sin embargo, el rey apenas halló auxilio entre sus mismos seguidores, fieles a su tradicional frivolidad y oportunismo, por lo que hubo de encargar la transición a Berenguer, militar poco brillante y político aún más mediocre, y luego al almirante Aznar, todavía más inepto, bajo la guía de Romanones, uno de los «politicastros» más irresponsables.

Para empeorar, los políticos Alcalá-Zamora y Miguel Maura, monárquicos hasta la víspera, unieron a republicanos, socialistas y nacionalistas catalanes en el Pacto de San Sebastián, en agosto de 1930. Su típico acuerdo fue organizar un golpe militar para romper la transición constitucional e imponer la república. El golpe fracasó en diciembre, pero esa victoria no benefició a Alfonso XIII, ya que se transformó en un éxito de propaganda para sus adversarios. Aun así, la transición prosiguió y el 12 de abril de 1931 se celebraron comicios municipales, ganados abrumadoramente por las candidaturas monárquicas, salvo en las capitales de provincias. Mas para entonces la crisis moral de la monarquía alcanzaba su ápice. Miguel Maura convenció a los republicanos de tomar sin más el poder,

mientras Romanones convenció al rey de que debía marcharse y entregar el Estado a los perdedores de las elecciones, caso con muy pocos precedentes en la historia del mundo. Sólo el ministro Juan de la Cierva advirtió a Alfonso: «El rey se equivoca si piensa que su alejamiento y pérdida de la corona evitarán que se viertan lágrimas y sangre en España. Es lo contrario, señor».

La República pasó por tres etapas: un bienio de gobierno izquierdista, otro bienio derechista y unos meses de derrumbe desde febrero a julio de 1936. Empezó, pésimo augurio, con una oleada de incendios de iglesias, bibliotecas y centros de enseñanza católicos, que ocasionó pérdidas invalorables y dividió al país. Las primeras elecciones dieron la victoria a las izquierdas, que elaboraron una Constitución democrática muy defectuosa, pues vejaba la religión de la mayoría, hacía de los clérigos ciudadanos de segunda, prohibía la enseñanza católica y disolvía a los jesuitas. Pasó a gobernar una conjunción de republicanos de izquierda y socialistas, presidida por Azaña y marginando al partido republicano más tradicional y votado, el Radical de Lerroux. Como jefe del Estado o presidente de la República quedó Alcalá-Zamora. El PSOE, gracias a su colaboración con la dictadura, era el partido más fuerte, pero se radicalizaba por momentos: sólo aceptaba la república *burguesa* como un instrumento pasajero con vistas a la «dictadura del proletariado», es decir, de su propio partido.

Siguieron dos años de medidas mal atinadas, que sólo muy parcialmente tienen que ver con la crisis económica mundial, la cual afectó a España mucho menos que a otros países del entorno: una reforma agraria realizada con demagogia e ineficacia; leyes de corte feudal en el campo, pensadas para proteger los salarios pero con efectos opuestos;

una re-forma militar bien enfocada, pero averiada por su aplicación arbitraria; una autonomía catalana ideada para resolver la cuestión planteada por los nacionalistas, pero que éstos entendieron como simple hito en un camino que llevaba mucho más allá; una reforma educativa poco eficaz, envuelta en retórica anticristiana y supresión de prestigiosos centros de enseñanza católicos, entre ellos el único centro superior español de economía; una Ley de Defensa de la República que estrangulaba las libertades públicas; una ley electoral diseñada para asegurar la permanencia de la izquierda en el poder (aunque se volvería contra sus autores). También se concedió, con renuencia de la izquierda, el voto generalizado a la mujer. Y aumentaron el desempleo, la delincuencia y los atentados. El hambre volvió a cifras de principios de siglo.

Versiones corrientes acusan a la derecha de atacar a la República desde el primer momento, pero no fue así. Sólo después de la quema de conventos hubo conspiraciones militares, insignificantes, y oposición monárquica. El grueso de la derecha se unió, tan tarde como marzo de 1933, en la CEDA, Confederación Española de Derechas Autónomas, liderada por José María Gil-Robles. El general Sanjurjo, que había contribuido a traer la República más que casi cualquier líder republicano, dirigió un pequeño y frustrado golpe en agosto de 1932, en el que sólo una mínima parte de la derecha estuvo complicada, resultando de él un robustecimiento de la izquierda.

Quienes más perjudicaron al gobierno de izquierda fueron los anarquistas, que se convirtieron en una plaga del régimen como lo habían sido de la Restauración. Una de sus insurrecciones, en enero de 1933, abocó a una matanza de campesinos perpetrada por la republicana Guardia de Asalto

en Casas Viejas. El suceso hundió la popularidad de Azaña y algo menos la del PSOE. En las elecciones generales siguientes, de noviembre de 1933, los desórdenes, pobreza y fracaso de las reformas pasaron su factura a las izquierdas, que perdieron por tres contra cinco millones de votos en cifras redondas. Durante la campaña electoral, la izquierda asesinó a varios derechistas, sin réplica equivalente. La CEDA fue el partido más votado, seguido por el Radical de Lerroux, entonces de tendencia centrista, y entre ambos se entendieron para reconducir al régimen a una posición más centrada, comenzando la segunda fase de la República.

La izquierda rechazó el veredicto de las urnas. Azaña intentó dos veces el golpe de estado, los nacionalistas catalanes se declararon «en pie de guerra», el PSOE preparó la guerra revolucionaria (excepto el grupo moderado de Besteiro, que fue marginado), y los anarquistas lanzaron su insurrección más sangrienta hasta el momento: un centenar de muertos. En verano de 1934 se sucedieron las maniobras de desestabilización contra el gobierno legítimo por parte de azañistas, socialistas, nacionalistas vascos y catalanes. La agitación preludió la insurrección de octubre de 1934 por los socialistas y los catalanistas, con participación de ácratas y del PCE, y respaldo de los republicanos de izquierda, algo muy distinto del golpe de Sanjurjo. Los socialistas pretendían su propia dictadura; los nacionalistas catalanes querían una república federal o la secesión; los anarquistas catalanes se abstuvieron, por aversión a los nacionalistas; el PCE trató de dirigir el movimiento. El golpe, planteado por el PSOE y los nacionalistas catalanes como guerra civil, fue vencido, dejando 1400 muertos y enormes destrozos materiales. La izquierda pudo haber recogido la lección y cambiado de actitud, pero no lo hizo, por lo que aquella

revuelta fue «la primera batalla de la guerra civil», que se reanudaría más tarde con mayor fiereza. En aquella ocasión la derecha y el general Franco defendieron la legalidad republicana, aun si ésta no les gustaba.

El centro-derecha gobernó dos años, en los cuales la economía mejoró algo, pese a la continua convulsión: el hambre retrocedió, crecieron la renta per cápita y el presupuesto de instrucción pública, y después de la insurrección del 34 remitieron los atentados y la delincuencia. Pero los planes de reforma de la Constitución y otros quedaron en nada, por la división entre las propias derechas y el boicot de Alcalá-Zamora, celoso de Lerroux y Gil-Robles. Y tal como en el primer bienio fue la izquierdista CNT-FAI la que hundió al gobierno de izquierdas, en 1935 sería el presidente derechista quien saboteara al Partido Radical y a la CEDA. En otoño, abusando de sus prerrogativas, Alcalá-Zamora expulsó a la CEDA del gobierno, nombró otro sin apoyo parlamentario, hubo de disolver las Cortes y convocó nuevas elecciones para el 16 de febrero de 1936.

Republicanos de izquierda, socialistas, comunistas y otros partidos fueron a las elecciones en coalición pronto llamada Frente Popular, denominación comunista, aunque el PCE era minoritario en ella. No se publicaron las votaciones, pero dicho frente se atribuyó la victoria, y la deprimida derecha se sometió. Habían ganado los mismos que habían asaltado la legalidad republicana en 1934, y habían ganado con una campaña electoral virulenta, basada en acusaciones a la derecha por la represión de Asturias en el 34, acusaciones falsas casi todas, pero que exacerbaron los odios: si en 1934 muy pocos habían secundado la insurrección izquierdista, en 1936 las furias estaban

desatadas. Aquellas elecciones acabaron de demoler la República de abril del 31.

La tercera etapa republicana duró cinco meses frenéticos: cientos de asesinatos, incendios de iglesias, de registros de la propiedad, de centros políticos y prensa de la derecha, ocupación ilegal de fincas, paro rampante, terrorismo, milicias… Alcalá-Zamora, que había llevado al poder a las izquierdas, fue ilegalmente destituido por éstas, que arrebataron escaños a la derecha mediante una ilícita revisión de actas. La situación era peor que la previa al golpe de Primo de Rivera. El ejército se dividió entre izquierdistas y derechistas, y algunos militares, encabezados por el general Mola, conspiraron contra el Frente Popular. Muchos se decidieron sólo cuando policías y milicianos socialistas asesinaron al líder de la oposición José Calvo Sotelo, el 13 de julio. El 17 comenzó el golpe militar, que fracasó a los tres días, al quedar en manos de las izquierdas la parte mayor, más industrial y poblada del país, el grueso de la aviación, de la marina, la mitad del ejército de tierra y la mayoría de los cuerpos de seguridad. Y se desató la revolución y el terror contra el clero y la derecha, así como el contrario.

* * *

Durante esos cinco años, Europa vivió cambios agitados. En 1929 la euforia de los años veinte se trocó en depresión económica, con miles de quiebras de empresas y desempleo de millones de personas. La propaganda comunista comparaba esta crisis con el éxito de los planes quinquenales que industrializaban aceleradamente a la URSS. Esta industrialización se hacía al precio, confesado, se sacrificar a una generación y empleando masivamente trabajo esclavo, bajo una dictadura de partido que absorbía literalmente a la sociedad, sometida al poder omnímodo de Stalin, una vez

éste se deshizo de Trotski y muchos más rivales mediante purgas masivas. Hechos sabidos, pero enmascarados o justificados por la izquierda socialdemócrata y el *progresismo* europeo.

Alemania sintió la crisis económica con la mayor crudeza, y se hizo más brutal la pugna entre nazis, comunistas y socialistas, verdadera guerra civil *fría*. En 1933, el mariscal Hindenburg, presidente de la república, nombró canciller a Hitler, jefe del partido más votado, quien, llegado al poder legalmente, se aprestó a desmontar, manipulando la ley, el entramado de la república, y proclamó el *III Reich*, régimen totalitario que combinaba medidas socialistas con una estricta disciplina social, persecución a comunistas y judíos y proscripción de la socialdemocracia. El nuevo régimen ganó popularidad al eliminar con rapidez sorprendente el desorden y el paro, orientó buena parte de la economía a la producción bélica y fomentó un espíritu heroico en función de sus designios expansivos.

Hitler había proclamado el derecho del pueblo alemán a ocupar otros territorios, principio no muy distinto del invocado por Usa en América o por el Imperio británico (o por casi cualquier otro); sólo que en Europa chocaba con fuertes países y poblaciones eslavas, lo que llevaría a guerras de grandes proporciones. Abandonó la Sociedad de Naciones, juzgada un engendro judaico, desmontó los tratados de Versalles y Locarno, amplió el ejército, militarizó Renania y reivindicó la región sudete de Checoslovaquia, de mayoría germana. Las democracias lo observaban con ansiedad y también alivio, pues Hitler había librado a Alemania de la amenaza comunista y parecía dirigirse contra la URSS. Pero entre ambos totalitarismos se hallaban Polonia y Checoslovaquia…

Por la misma razón, Stalin procuraba desviar la guerra hacia el oeste, para lo cual modificó la táctica cominterniana de ataque frontal a la *burguesía*, volviéndola conciliadora hacia los *burgueses* bajo el lema de defensa de la democracia contra el fascismo. El fin era doble: empujar a las democracias a enfrentarse con Alemania, y reforzar a los partidos comunistas convirtiéndolos en elementos dirigentes de extensas alianzas, los *frentes populares*, de modo que el proceso creara condiciones para que, a su debido tiempo, los comunistas impusieran su plena dictadura. Táctica que iban a aplicar en España con gran éxito, menor en otros países. En Francia también entraría a gobernar un frente popular en 1936, aunque su radicalidad disminuiría conforme los sectores no comunistas temieron la revolución en marcha al sur de los Pirineos.

Inglaterra sufrió una penosa depresión económica, y en Francia las tensiones sociales llegaron cerca de la guerra interna. El sistema británico mostró mayor firmeza. El Partido Laborista pasó a la oposición en 1931, pero creó, como los socialistas franceses, un clima social de pacifismo muy oportuno para Hitler. Por toda Europa crecía la radicalización y se formaban partidos comunistas y fascistas o nazis.

Fuera de Europa, los sentimientos anticoloniales aumentaban en los imperios europeos. En 1912 fue derrocada la dinastía manchú en China, y el demócrata Sun Yat-sen, fundador del partido *Kuomintang*, lo aprovechó para establecer una república, convulsionada por los caudillos militares. Desde 1921 arraigaron en China los comunistas, y en 1925 subió al poder Chiang Kai-shek, que pronto se volvió contra ellos. En 1934 y 1935, el PCCh, bajo la dirección de Mao Tse-tung (o Mao Zedong) hubo

de abandonar sus bases y tras la Larga Marcha se instaló en Yenán, principio de una carrera que llevaría al PCCh, antes de quince años, a imponerse sobre la cuarta parte de la humanidad.

* * *

En España, fracasado el golpe de Mola, Franco salvó del desastre a los suyos pasando tropas del ejército de África a la península mediante un puente aéreo y un arriesgado cruce del Estrecho por mar. Con mínimas fuerzas aseguró la precaria zona andaluza que había conquistado Queipo de Llano, subió hacia el norte siguiendo de cerca la frontera portuguesa y abasteció a Mola de municiones, cuya falta le tenía al borde del colapso. Contra leyendas, la parte decisiva del puente aéreo se hizo con aviones españoles, sólo después intervinieron los *Junkers* alemanes. En noviembre, Franco llegó a Madrid, y la guerra pareció a punto de acabar, pero sólo entró en una fase nueva y más masiva. Pues el ejército izquierdista, reorganizado y provisto de tanques, aviones, artillería y expertos soviéticos, frenó a los nacionales. Los posteriores intentos de éstos por rodear a Madrid por el Jarama y por Guadalajara fracasaron. Hasta noviembre, la intervención alemana e italiana había sido débil, pero a raíz de la soviética aumentó notablemente.

El fracaso en Madrid dio lugar a una tercera fase bélica cuando Franco trasladó al norte su ofensiva, y allí, también en inferioridad material —excepto en aviones—, derrotó a los revolucionarios y al PNV entre abril y octubre del 37. Simultáneamente desbarató las embestidas que el Frente Popular realizó por los frentes del centro (Segovia, Brunete, Belchite y otras), explotando la inferioridad aérea y terrestre en que habían quedado allí los nacionales. Victorioso en el norte, el ejército de Franco alcanzó por primera vez la

superioridad material, obteniendo la industria pesada de Vizcaya y la armamentística de Asturias y Santander. En el curso de la campaña, el PNV traicionó a sus aliados izquierdistas, abriendo el frente a los nacionales.

Una cuarta fase comenzó cuando las izquierdas tomaron Teruel. Franco se desvió entonces hacia esa ciudad, transformó en total derrota la ofensiva enemiga y alcanzó el Mediterráneo, en abril de 1938, partiendo en dos la zona izquierdista. Las izquierdas se desmoralizaron, pero Negrín y los comunistas mantuvieron la guerra con esperanza de enlazarla con la europea, que se preveía cercana, y que habría multiplicado las víctimas y los daños. Por ganar tiempo e implicar a las democracias, Negrín hizo ofertas de negociación que Franco, viéndose ya triunfador, rechazó lógicamente.

Una quinta etapa se abrió con la ofensiva revolucionaria por el Ebro, en julio de 1938, que aspiraba a estrangular la línea franquista al Mediterráneo para embolsar sus tropas desplegadas hacia Valencia y volver a unir las dos zonas izquierdistas. Tras una enconada lucha de cuatro meses, la ofensiva se trocó, como en Teruel, en contraofensiva que llevó a los nacionales hasta los Pirineos en febrero de 1939.Aún quisieron los comunistas y Negrín resistir en la extensa zona del centro-sureste del país, donde disponían de más de medio millón de soldados, una base naval y una flota importantes. Esta sexta y última fase de la guerra tiene el mayor interés. Franco pudo haber aplastado en pocos meses a su enemigo, pero prefirió esperar a que éste se descompusiera, lo cual ocurrió en medio de una guerra civil entre las propias izquierdas. A finales de marzo de 1939 los nacionales entraban en Madrid y el 1 de abril concluía oficialmente la contienda.

La guerra civil española impactó a la opinión pública europea y americana, ya muy polarizada en torno al comunismo y al fascismo. La pasión produjo una de las más copiosas corrientes de falsedad del siglo XX, todavía persistentes, como:

a) *Los nacionales se sublevaron contra un gobierno legítimo*. No era legítimo, porque nunca publicó el resultado de las votaciones y porque desde febrero a julio del 36 destruyó concienzudamente la legalidad republicana y amparó el movimiento revolucionario en calles y campos.

b) *Los nacionales se sublevaron contra un régimen democrático*. Los «demócratas» integrados de hecho en el Frente Popular eran los estalinistas, ácratas, marxistas del PSOE y nacionalistas catalanes que habían emprendido la guerra civil en 1934, los republicanos de izquierda que habían intentado golpes de estado al perder las elecciones, y los nacionalistas vascos, de un racismo no muy alejado del nazi. Al llegar la República, Franco había pensado que la mejor solución para España era una democratización en orden; y la derecha, el mismo Franco, habían defendido la legalidad republicana en 1934. Pero a aquellas alturas ya sólo creían factible un régimen autoritario de orden.

c) *El argumento franquista de que luchaba contra el comunismo es una falacia, porque el Partido Comunista era débil en 1936. Sólo luchaban contra las reformas progresistas de la República*. No sólo era comunista el PCE, también el PSOE y los anarquistas. Y el PCE hegemonizó pronto el Frente Popular, que cayó en la órbita de Stalin. Y el pueblo rechazó las reformas de

izquierda en 1933.

d) *Los franquistas ejercieron una represión extraordinariamente cruel*. No más que sus contrarios, sin alcanzar el sadismo de éstos. El terror izquierdista tuvo además dos peculiaridades: causó muchas víctimas entre las mismas izquierdas, y se acompañó de una inmensa destrucción del patrimonio artístico e histórico español, y del robo sistemático a particulares, a la Iglesia, a museos, etc. No se salvaron ni las alhajas de los montes de piedad.

e) *Los nacionales ganaron gracias a la ayuda de Alemania e Italia*. La ayuda de ambos fue importante, como la de la URSS, y en menor escala Francia y Méjico, a las izquierdas. Pero Stalin dispuso del oro español y de un Partido Comunista de España agente suyo, lo que le permitió dominar el Frente Popular. En cambio los nacionales mantuvieron su independencia. Debe señalarse que Hitler y Mussolini no habían cometido aún los genocidios que sí había realizado ya Stalin. Los nacionales recibieron también una sustancial ayuda de Usa en suministros de petróleo. El gasto total de los nacionales en ayuda extranjera subió a unos 550 millones de dólares, la del Frente Popular se acercó a los 1000 millones.

f) *Las democracias traicionaron a la democrática República española con su política de no intervención*. El Frente Popular no era demócrata, y había acabado con la legalidad de la República. Su revolución disuadió a las democracias de involucrarse, aunque Francia ayudó considerablemente a las izquierdas hispanas.

g) *La gran mayoría de los intelectuales apoyó al Frente Popular y tuvo que exiliarse*. La mayoría permaneció en el país o volvió pronto, y hubo dos exilios: el primero, de los intelectuales amenazados por el Frente Popular. El segundo, menos importante, de los amenazados por Franco o que no se sentían a gusto en un régimen autoritario (entre ellos personajes directamente implicados en el terror de izquierdas como el poeta Rafael Alberti). La propaganda ha hecho creer a muchos que el único intelectual asesinado fue García Lorca, pero la izquierda asesinó a más escritores y pensadores, Maeztu el más destacado.

He tratado en *Los mitos de la Guerra Civil* y otros libros muchas más desvirtuaciones, que no repetiré aquí, pues las anteriores bastan para dar una idea de la realidad histórica.

Fue muy ilustrativo que el Frente Popular congregara a todas las fuerzas que habían acorralado a la Restauración: la República les dio la ocasión histórica de probar el valor de sus prédicas, para juzgar el cual quizá sirvan de orientación las opiniones de Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, los más conspicuos promotores de la República, llamados por ello sus «padres espirituales». Ortega se desentendió pronto de aquel régimen y denunció a los intelectuales extranjeros que, desconocedores de España, tomaban posición por las izquierdas; Marañón, lleno de amargura, fue más duro: «La República ha sido un trágico fracaso», y las izquierdas «han hecho una revolución en nombre de Caco y de caca […] todo es en ellos latrocinio, locura, estupidez». «Tendremos que estar maldiciendo varios años la estupidez y la canallería de estos cretinos criminales y aún no habremos acabado. ¿Cómo poner peros, aunque los haya, a los del otro lado (los

nacionales)?». Pérez de Ayala no mostraba menor indignación: «Cuanto se diga de los desalmados mentecatos que engendraron y luego nutrieron a sus pechos nuestra gran tragedia, todo me parecerá poco. Nunca pude concebir que hubieran sido capaces de tanto crimen, cobardía y bajeza». El propio Azaña había descrito a los «republicanos», de quienes llegó a sentirse prisionero: «Política tabernaria, incompetente, de amigachos, de codicia y botín, sin ninguna idea alta». Opiniones bien distintas de tantas que han circulado profusamente sin otro fundamento que las interpretaciones marxistas o estalinistas de la escuela de Tuñón de Lara. Al mismo tiempo los «padres espirituales de la República» certificaban la quiebra política de la intelectualidad regeneracionista a la que, de un modo u otro, pertenecían los tres.

67

II GUERRA MUNDIAL Y FIN DE LA EDAD DE APOGEO EUROPEA

Negrín y los comunistas pudieron haber alcanzado su propósito de enlazar la guerra civil con la europea con sólo haber resistido cinco meses más, cosa difícil pero no imposible. Sólo que entonces se habrían encontrado con una tremenda sorpresa, porque la guerra europea empezó por un pacto entre Hitler y Stalin para repartirse Polonia. Es difícil imaginar qué habría pasado con el Frente Popular, porque el PCE, que en el curso de la guerra se había hecho con el control del ejército y la policía, sólo podía seguir las directrices del Kremlin, tal como lo hizo el PC francés, que de atacar al nacionalsocialismo pasó a apoyar la invasión de Polonia ¡y la posterior de Francia!

Ya en 1938 pareció inminente la guerra europea. En marzo, Hitler anexionó Austria a Alemania (con el fervor mayoritario de los austríacos), y en septiembre exigió con carácter de ultimátum la anexión de la región checoslovaca de los Sudetes. La confrontación general pareció inevitable. Franco, muy contrario a ella, declaró que, de ocurrir, permanecería neutral, para enojo de Roma y de Berlín. Francia tenía una alianza firme con Checoslovaquia, pero la traicionó, e Inglaterra, menos comprometida, admitió la exigencia del *Führer*. Los checos, aunque tenían un buen ejército, se desmoralizaron y Hitler utilizó los Sudetes como palanca para ocupar toda Checoslovaquia. A continuación volvió su atención a Polonia. Ésta deseaba una garantía inglesa, que también le ofrecía la URSS, pero temía más la *protección* del Kremlin que la amenaza alemana. La tensión creció hasta que, el 1 de septiembre de 1939, Alemania

invadió Polonia con la complicidad soviética. Hitler contaba con que, como en Checoslovaquia, las democracias aceptarían los hechos consumados, pero se equivocó. Londres y París le declararon la guerra, bien es verdad que sin mucho entusiasmo, sin atacar por el oeste y sin declararla a la URSS, que había participado igualmente en la agresión a Polonia.

Hitler pensaba ante todo lanzarse sobre su momentáneo aliado soviético, pero decidió asegurar su retaguardia contra a las democracias, por evitarse combatir en dos frentes, y en pocos meses de 1940 su *Wehrmacht* aplastó sucesivamente a los ejércitos danés, noruego, holandés, belga y francobritánico. Quiso llegar a un acuerdo con Inglaterra, dejándole el imperio a cambio del reconocimiento de la hegemonía alemana en la Europa continental, pero no tuvo éxito. Churchill, primer ministro británico, contaba con una guerra larga que sería resuelta por la intervención useña. Alemania perdió su asalto aéreo sobre Inglaterra y, ante su imposibilidad de invadir la isla y la imposibilidad inglesa de invadir el continente, decidió volverse contra la URSS, pues si él lograba vencerla en poco tiempo, la guerra quedaría resuelta a su favor, antes de que Usa pudiera intervenir en serio; la guerra submarina, a la que no prestó suficiente atención al principio, debía doblegar finalmente a los ingleses.

Entretanto, su aliado Mussolini iba a crearle las mayores contrariedades. El almirante Raeder había propuesto embestir por el norte de África hasta Oriente Próximo, con lo que Alemania satisfaría su necesidad de carburante y podría coger a la URSS en tenaza desde el sur y el oeste. Pero Hitler descartó la idea pensando que Italia se encargaría de los británicos en la cuenca del Mediterráneo.

Lejos de ello, los italianos retrocedieron ante fuerzas inglesas inferiores y también ante el ejército griego. Ello obligó a Hitler a apuntalar a Mussolini en el norte de África y los Balcanes y a aplazar varias semanas cruciales la invasión de la URSS.

Sólo el 21 de junio pudo lanzar Alemania el ataque sobre Rusia, donde consiguió enormes victorias, si bien a un desacostumbrado coste en sangre. Luego la dura resistencia, unida a un invierno especialmente frío, paralizó ante Moscú a su ejército, sorprendentemente imprevisor ante el factor climático, y permitió a los soviéticos un contraataque que sacudió a toda la máquina de guerra germana. Además, Berlín declaró la guerra a Usa a raíz de que su aliado Japón hiciera lo mismo en diciembre de 1941, lo que oscurecía aún más las perspectivas. No obstante, en la primavera de 1942 una *Wehrmacht* rehecha avanzó impetuosamente sobre Stalingrado y el Cáucaso, cuya conquista habría privado de petróleo al aparato militar soviético, y por tanto de posibilidad de continuar la lucha. De conseguirlo, todavía podría ganar la guerra, pues ni Inglaterra ni Usa tenían posibilidad de desafiar a Alemania en Europa.

Pero ni en Stalingrado ni en el Cáucaso logró Hitler sus objetivos, esfumándose su esperanza de victoria general. Y la lucha en dos frentes se materializó a finales de 1942, cuando un ejército anglouseño desembarcó en el Magreb, tomando entre dos fuegos a las tropas germanoitalianas de Libia y Túnez. Aún quedaba a Hitler la opción de quedar en tablas si conseguía desangrar a la URSS y obligarla a pedir un armisticio. En tal caso podría volverse con plena fuerza sobre los Aliados anglosajones y muy probablemente vencerlos: los alemanes dedicaban a la URSS la abrumadora mayoría de sus recursos humanos y militares, y los anglosajones sólo con

una superioridad material absoluta lograban victorias, y aun así con gran dificultad. Pero la potencia militar soviética parecía inagotable, y sus generales habían adquirido gran destreza, por lo que siguió absorbiendo casi todo el esfuerzo alemán. En julio-agosto de 1943 se evaporaron las últimas posibilidades hitlerianas al fracasar su magna ofensiva de Kursk, mientras los anglosajones ocupaban Sicilia y Mussolini era depuesto por un nuevo gobierno que traicionaba a Berlín. Pero aun con ello y con superioridad material muy grande, la progresión de los Aliados por Italia iba a hacerse muy lenta y costosa; en cambio los avances soviéticos se hacían ya rápidos e incontenibles.

La decepcionante campaña aliada por Italia hizo que se dedicara mayor atención a una nueva invasión por Francia, el célebre desembarco en Normandía, el 6 de junio de 1944. La superioridad aliada por mar, aire y tierra era simplemente aplanadora, pero su éxito en el desembarco, batalla modesta con algo más de tres mil muertos militares, se debió fundamentalmente a haber conseguido despistar a los alemanes sobre la zona de invasión (gracias en parte al espía español Juan Pujol). Aun así, y pese a graves errores de planteamiento de Hitler, la ofensiva aliada por Francia, Bélgica y Holanda distó de lo genial. Pero la suerte del III Reich, atenazado por ejércitos de poder apabullante, quedó echada, por más que la rendición no llegaría hasta casi un año desde Normandía, a principios de mayo de 1945. Hitler se suicidó en su búnker de Berlín, poco después de que Mussolini hubiera sido asesinado en el norte de Italia. La rendición de Japón se produjo a finales de agosto, tras el lanzamiento de dos bombas atómicas —absoluta novedad bélica— y del ataque sorpresivo de la URSS por Manchuria.

Se ha discutido mucho sobre la ayuda recíproca entre los

Aliados occidentales y la Unión Soviética. No cabe duda de que la derrota alemana se produjo ante todo en la URSS, y que fue mucho más significativa la ayuda prestada por los soviéticos, ya que libró a los anglosajones de enfrentarse con el grueso de la *Wehrmacht*.

Los muertos causados por este conflicto se han calculado entre 60 y 70 millones en todo el mundo, cifras imprecisas que probablemente se reducirán considerable aunque no sustancialmente. Más de la mitad del total correspondieron a la URSS y a China. Al revés que en la I Guerra Mundial, las víctimas civiles —por hambre provocada, bombardeos sobre las ciudades y campañas de terror— superaron bastante a las militares, proporción que aumentaría en las contiendas posteriores.

Poco después tuvieron lugar los juicios de Núremberg y otros contra los nazis y los japoneses, bajo los cargos de crímenes de guerra y contra la humanidad, genocidio y guerra de agresión. Estos juicios serían criticados por castigar figuras de delito no previamente tipificadas, y porque los países jueces no estaban libres de los mismos. Los cargos de agresión y genocidio podían hacerse tanto a los nacionalsocialistas como a los soviéticos, y los crímenes de guerra típicos, al menos en la Europa Occidental, corresponderían sobre todo a Gran Bretaña y a Usa. Caso especial fue el exterminio sistemático de los judíos, así como de gitanos y otros grupos sociales; aparte de que los planes de colonización de la URSS por la «raza aria» implicaban la muerte o práctica esclavización de decenas de millones de eslavos. Estos crímenes no eran nuevos en la historia, pero por entonces alcanzaron una escala y deliberación antes infrecuentes. Muchos católicos los achacaron a las ideologías ateas y al materialismo, que romperían los frenos morales.

Por lo demás, sólo un pequeño número de culpables, entre los vencidos, pagó con la vida, en manifiesta —e inevitable — desproporción entre el castigo y la masividad de los crímenes achacados.

Otra faceta de la guerra fue la extensa colaboración que hallaron los invasores nazis en Europa Occidental (sólo en Yugoslavia y Polonia afrontaron verdadera resistencia) y por parte de las democracias neutrales, Suecia y Suiza. Colaboración que habría sido aún mayor sin la persistencia bélica de Inglaterra —por razones en gran medida imperiales, más que democráticas—. También debe observarse la simpatía que después encontró el totalitarismo de Stalin en Francia e Italia, y más atenuada pero nada insignificante, en el resto de Europa, salvo España. Ello podría explicarse por el papel de la URSS en la derrota alemana, pero nadie podía ignorar que se trataba de un sistema todavía más asfixiante de las libertades que el nacionalsocialista. En definitiva, de no ser por la intervención useña, la democracia liberal habría caído en Europa, a pesar de sus viejas tradiciones. Asimismo, la ayuda a los perseguidos judíos fue escasa o muy escasa, si exceptuamos al Vaticano, a Suecia y en considerable medida a la España de Franco. Asuntos no muy tratados por la historiografía, y que aquí sólo cabe mencionar.

* * *

Después de la guerra permanecieron la mayoría de los Estados nacidos de la contienda del 14, con variaciones fronterizas. Alemania volvió a perder Alsacia y Lorena más el Sarre y extensas regiones del este, que pasaron a Polonia. La URSS absorbió los Países Bálticos, la zona polaca que se había apropiado por el pacto con Hitler, y trozos menores de Prusia Oriental, Finlandia, Checoslovaquia y Rumanía. Las

penínsulas Ibérica y Escandinava fueron más estables, la primera gracias a su neutralidad.

Los años siguientes fueron terriblemente duros en casi toda Europa. Los campos soviéticos de prisioneros de guerra causaron una tremenda mortandad, y menor, pero también cuantiosa, los campos useños y franceses. Los alemanes fueron despojados de derechos y posesiones en Francia, Bélgica, Holanda y Noruega, y sufrieron una «limpieza étnica» en Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumanía: alrededor de 13 millones tuvieron que desplazarse en condiciones que hicieron perecer a uno-dos millones. Francia, Italia, Alemania y otros tuvieron que soportar hambre y miseria, por no hablar de la Europa del Este, y duras estrecheces la misma Inglaterra. La URSS había padecido más que ningún otro país, pero permaneció como superpotencia militar. En 1947, ante la atonía económica europea, Usa concedió préstamos a bajo interés, el Plan Marshall, que estimularon una reactivación. De este modo Usa no sólo había salvado la democracia en Europa Occidental, sino que le abría camino a la prosperidad.

Tal como tras la I Guerra Mundial se creó la Sociedad de Naciones para evitar nuevas guerras, sin lograrlo, la Segunda alumbró, con el mismo fin, la Organización de Naciones Unidas (ONU), bajo cierta tutela de los *Cinco Grandes* —Usa, URSS, Gran Bretaña, China y Francia— con poder de veto sobre las decisiones adoptadas por la mayoría. Pero la ideología marxista dominante en la URSS y en Europa Central era por naturaleza expansiva y violenta (lo que no les impedía, como a Hitler, enarbolar a cada paso las banderas de la paz y la libertad), y denunciaba, como habían hecho los nazis, que el espíritu conservador y en ese sentido pacífico de las democracias se debía a que se habían

adelantado en un agresivo expansionismo y simplemente querían conservar a toda costa lo ya alcanzado. Como decía el político laborista inglés Harold Laski, «no creemos que la democracia y el totalitarismo puedan vivir juntos». Laski amenazaba así a la España de Franco, que no era totalitaria, pero tenía razón en otro sentido: pronto las democracias y los países comunistas se enfrentaron en una guerra, llamada «fría» porque las armas nucleares, a las que pronto accedieron los soviéticos, disuadieron del choque directo. La guerra tomaría la forma de decenas de conflictos regionales.

En Europa, Grecia sufrió entre 1944 y 1949 una guerra civil, en la que sólo la intervención británica y useña pudo vencer a los comunistas. Éstos, en cambio, estaban bien asentados en Albania, Yugoslavia, Bulgaria, Rumanía, Hungría, Checoslovaquia, Polonia y un tercio de Alemania; la cual perdía su independencia y quedaba repartida en porciones sometidas a Usa, Inglaterra, Francia y la URSS; los partidos comunistas francés e italiano alcanzaron fuertes posiciones. Para coordinar la defensa de Europa Occidental nació la OTAN en 1949, bajo dirección useña, y las zonas de ocupación occidentales en Alemania se unificaron en un país independiente, renunciando a planes de primera hora de mantenerlo sometido y desindustrializado.

Ese mismo año China, el país más poblado del mundo, cayó en manos comunistas después de una cruenta guerra civil: en el cortísimo espacio de 32 años, un tercio de la humanidad había pasado a vivir en regímenes comunistas, algo que ni la expansión musulmana del siglo VII había logrado. Entre 1948 y 1949, Usa pudo derrotar el bloqueo soviético de Berlín, pero sólo a duras penas logró repeler a Corea del Norte en 1950 a 1953, primera guerra «no perdida ni ganada» por USA. En 1954 los comunistas

derrotaron a Francia en Indochina, iniciando un proceso que terminaría en 1973 con su victoria en Vietnam; primera derrota de USA en su historia. En 1959 Fidel Castro conquistó el poder en Cuba, desafío increíble a muy pocos kilómetros de las costas useñas, mientras Hispanoamérica sufría una ebullición de guerrillas, terrorismo y golpes de Estado.

Junto con las guerras promovidas por el comunismo, y a menudo mezcladas con ellas, tuvieron lugar las de independencia de las colonias. En 1945 aún estaba en posesión de países europeos casi toda África, casi todo el tercio sur de Asia, territorios menores en América y Oceanía y, de forma más nominal (con independencia práctica), Australia, Canadá y otros países. Pero en 1947 Londres debió abandonar la India, donde se desató una guerra civil entre hindúes y musulmanes que produjo entre medio millón y dos millones de muertos y el desplazamiento de doce millones de personas. Entre 1945 y 1949 Holanda libró una enconada y baldía guerra por retener su imperio indonesio. La inquietud no cesó de aumentar en África y en el mundo musulmán. En 1954 comenzó la rebelión argelina contra Francia, en extremo sangrienta, que llevó a la independencia ocho años después. En 1955 la Conferencia de Bandung comprometió a gobiernos asiáticos y africanos a impulsar la descolonización, y dio lugar al Movimiento de Países No Alineados, es decir, distanciados del bloque occidental y del comunista. Aunque su orientación predominante fue de izquierda, con fórmulas socialistas poco exitosas en economía y generadoras de dictaduras. Marruecos se independizó en 1956. En 1961 comenzó la guerra de Angola, y en 1964 la de Mozambique, las grandes colonias portuguesas, que se independizarían en 1975. Para

este año sólo quedaban a los países europeos pequeños retazos de sus enormes imperios. Frente a las expectativas marxistas, la pérdida de las colonias no supuso la ruina de las metrópolis europeas, que, por el contrario, iban a conocer desde los años cincuenta una prosperidad económica mayor que nunca antes.

En 1948, la ONU reconoció el Estado de Israel, con extensión mínima e inviable por el enrevesamiento de sus fronteras, y de inmediato los países árabes del entorno intentaron aplastarlo. Israel resistió y se estableció sobre apenas 20 000 kilómetros cuadrados y líneas más defendibles. Gran parte de los habitantes palestinos fue expulsada por acciones militares, y otros muchos salieron por los llamamientos de sus líderes, que les prometían volver en tromba para echar a los judíos al mar. Pese a sus sucesivas derrotas, los países árabes, con algunas excepciones, rechazaron siempre al estado de Israel, lo que convirtió la región en un foco de guerra de impredecibles efectos. Nunca había dejado de haber judíos en la *Tierra Prometida* pero era la primera vez que volvían a gobernarla y habitarla en gran número, tras haber sido expulsada la mayoría de su población más de dieciocho siglos antes.

* * *

La II Guerra mundial y los acontecimientos posteriores señalan el fin de una era, la comenzada a finales del siglo XV por el descubrimiento del planeta desde España y Portugal, y compuesta por las edades de Expansión y Apogeo de Europa. El continente cedió la primacía política, militar, científica, económica y artística a Usa, y política y militarmente quedó también en inferioridad con respecto a la URSS. Ningún país europeo pudo contrarrestar las nuevas tendencias de un mundo que varios de ellos habían

convertido en un todo interrelacionado. Inglaterra, aparentemente la gran vencedora, salía endeudada y políticamente supeditada a Usa, perdida su antigua y determinante influencia, con su imperio en disolución. Conservó un ejército importante y Francia reconstruyó el suyo, pero sus limitaciones quedaron patentes cuando el presidente egipcio Náser nacionalizó el Canal de Suez: Francia, Inglaterra e Israel atacaron a Egipto, y fueron detenidos en seco por USA y la URSS.

A fin de contrarrestar este declive y recuperar el poder perdido frente a las dos nuevas superpotencias, en la postguerra comenzó un proceso de unificación europea que impidiese nuevas contiendas entre sus naciones, contiendas por lo demás ya imposibles por la tutela useña y la amenaza soviética. El primer paso fue la creación del Consejo de Europa en 1949, año también del triunfo de Mao en China, de la independencia indonesia, la consolidación de Israel, el nacimiento de Alemania Occidental y de la OTAN. Se puso en marcha la idea, no muy precisada, de unos Estados Unidos europeos. En 1951 tomó forma la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) entre Italia, Francia, Alemania Occidental y el Benelux, y seis años después la Comunidad Económica Europea (CEE) o Mercado Común, entre los mismos países, en torno a un decisivo eje francoalemán de predominio político francés. Inglaterra trató de contrarrestar a la CEE mediante la EFTA (Asociación Europea de Libre Comercio) con Portugal, Suiza, Austria, Dinamarca, Suecia y Finlandia, pero la primera ganaría robustez y la segunda se debilitaría. La propia Inglaterra trató de ingresar en el Mercado Común, pero ante la oposición del presidente francés De Gaulle, no lo consiguió hasta 1973.

La idea de unión europea fue propulsada por los partidos democristianos, a los que pertenecían tres de los llamados «padres de Europa», Schuman, Adenauer y De Gasperi. Pero con los años iría tomando un tinte ideológico más socialdemócrata e izquierdista, masonizante y ajeno al cristianismo (al parecer, una proporción muy elevada de los diputados del Parlamento Europeo pertenece a la masonería). El programa unitario rompía la tradición cultural y política de quince siglos, que dio a Europa su peculiar riqueza y diversidad cultural y política. Faceta curiosa del proyecto era su presentación —no oficial— como garantía de paz frente a la pugna entre las dos superpotencias, olvidando que la paz, la democracia, la prosperidad y la protección frente a la URSS se las debía Europa Occidental a USA. Y que la mayor parte de las guerras después de 1945 fueron mantenidas por países europeos frente a la descolonización y a veces causadas luego por el modo como se descolonizó.

No era nueva la idea unitaria: había sido acariciada por el Sacro Imperio y, en tiempos recientes, por Napoleón y por Hitler. Ahora iba a plantearse más lentamente y basada en la interrelación económica. Durante décadas, Francia aspiró a llevar la voz cantante política, cultural y militarmente, pero su rebasamiento económico por Alemania debilitó su posición, aún más desde el ingreso de Inglaterra, cuando la cultura useña fue desplazando a cualquier otra e imponiendo una uniformidad creciente, con el inglés como idioma oficioso. Fenómeno también nuevo y contrario a la tradición de Europa, con lo que el europeísmo resultaba algo antieuropeo.

Con la guerra o poco después empezó la era atómica, de la televisión, de los proyectiles que permitirían salir al espacio exterior, de las computadoras, los transistores…

todos ellos decisivos en la conformación de nuevos hábitos sociales y en el aumento de la producción de mercancías de consumo en grado colosal. La supremacía de USA abarcaba todos los planos. No es que Europa dejara de hacer ciencia, filosofía, novelas, pinturas o música, sino que en todo ello perdió su originalidad y brillantez anteriores, y las nuevas tendencias solían venir del otro lado del Atlántico.

Las ideologías fascista y nacionalsocialista quedaron aplastadas, sin que renacieran desde entonces, salvo brotes ligeros, mientras que el marxismo, con el ejemplo idealizado de la URSS o China como alternativa al capitalismo, tomó auge en partidos políticos y universidades europeos. Para 1975, el proceso de unión europea había logrado éxitos notables en la economía, pero prácticamente en nada más. Sus estructuras políticas (la burocracia de Bruselas) parecían alejarse de un modelo demoliberal, y la moral política y popular tendía a distanciarse del cristianismo.

Era realmente el comienzo de una nueva edad en la historia europea, y ahora también mundial, cuyos rasgos precisos es imposible apreciar para ponerle nombre, ya que apenas ha comenzado.

68

II GUERRA MUNDIAL Y AISLAMIENTO DE ESPAÑA

Para España, los años de la contienda mundial y la posguerra fueron muy arduos. La guerra civil había causado en torno a 270 000 muertos entre combatientes y víctimas de la represión o de bombardeos, en una población de 25 millones, el 1, 08 por ciento, lo que indica un conflicto de intensidad media-baja. Por comparación, Polonia perdió el 16 por ciento de su población (la mitad judíos), la URSS más del 14 por ciento, Alemania el 8,5 por ciento (los alemanes de otros países, salvo Austria, un mínimo del 10 y un máximo del 20 por ciento), Yugoslavia cerca del 7 por ciento, Japón el 3, 8 por ciento, China entre el 2 y el 4 por ciento. En cambio Francia perdió el 1, 35 por ciento, Italia el 1, 02 por ciento, Reino Unido el 0, 94 por ciento y Usa el 0, 32 por ciento.

Aun sin haber sido una contienda especialmente asoladora, como a veces se la presenta, la guerra española había devastado varias regiones y la revolución había arruinado la economía en la zona del Frente Popular. La reconstrucción iba a ser ardua, al quedar los vencedores endeudados y sin reservas financieras, consumidas por los izquierdistas, que además saquearon y llevaron al exilio ingentes tesoros. Y empeoraron mucho las perspectivas a los cinco meses, al empezar la II Guerra Mundial.

Dada la ayuda de Alemania e Italia a los nacionales, España debía ponerse a su lado, pero Franco ya había adelantado su neutralidad en 1938. Lo había hecho por propio interés —no le convenía una invasión francesa y debía

atender a la reconstrucción—, y porque la experiencia de la I Guerra mundial le hacía esperar un nuevo y desastroso empate de fuerzas durante años, que arruinaría a Europa Occidental en beneficio de Stalin. Por eso, cuando Hitler y Stalin invadieron Polonia, un país católico, reafirmó su neutralidad y llamó a restringir la lucha. Pero en 1940 varió el panorama al conseguir el Reich una serie de pasmosas victorias que creaban un nuevo orden europeo, y nadie haría buen negocio quedando al margen de él. Así vino a razonar Mussolini, que para su mal entró en la guerra. Franco, más cauto, se ofreció a Hitler sin comprometerse del todo y con demandas territoriales en África. Quería ganar la mayor recompensa posible y no deseaba un poder alemán excesivo que satelizara a España. Respecto a Francia, la deseaba fuerte para compensar el peso de Alemania, pero, contradictoriamente, aspiraba a crear un imperio español en África a costa de ella. Iba a tener que bandearse a lo largo del conflicto en un difícil equilibrio entre intereses opuestos y situaciones cambiantes.

Al seguir luchando Inglaterra, Franco extremó su prudencia. No simpatizaba con un país que retenía una colonia en España y al cual no debía nada, al revés que a Alemania e Italia. Pero Inglaterra conservaba su imperio, era una gran potencia y antes o después cabía pensar que intervendría USA, lo que complicaría mucho las cosas. Franco hizo clara su postura a su ministro Serrano Súñer en las negociaciones con Hitler: entraría en la guerra si ésta era corta; en caso contrario sólo entraría en el último momento. Como insistía a Berlín, España precisaba una ingente ayuda militar y económica que Alemania no podría suministrar, por lo que sería un aliado poco útil. Y muy dañino resultó el boicot parcial de la *Royal Navy* a las importaciones de

petróleo y otras materias esenciales durante la guerra mundial. Hubo dos años de hambre desusada, aunque desde 1943 se volvió a niveles próximos a los de la República.

Al principio, Hitler no prestó atención a la participación española, pues dejaba el área del Mediterráneo a su amigo Mussolini y esperaba que Churchill claudicase. Pero los fracasos italianos y la tenacidad inglesa le obligaron a reconsiderar su posición en el otoño de 1940. Era consciente de que el mal pertrechado ejército español tenía escaso valor ofensivo —seguramente sí defensivo—, y de que el país, sometido a un bloqueo inglés, podía resultar una carga más que una ayuda; pero el Estrecho de Gibraltar convertía a España en baza decisiva para el control del Mediterráneo y de la costa atlántica africana, con vistas a prevenir una invasión desde USA. Por ello Hitler presionó al máximo a Franco, sin faltar amenazas poco veladas de invasión del país, mientras Franco daba largas con unos u otros pretextos. Las cartas intercambiadas entre el Führer y el Caudillo, sobradamente expresivas, echan por tierra mil elucubraciones según las cuales Franco se empeñaba en entrar en guerra, frente al escaso interés de Hitler.

La inteligente resistencia de Franco sorteó el peligro y mantuvo a España al margen del conflicto —es difícil pensar que cualquier otro político o militar, nacional o izquierdista, lo hubiera logrado—. No obstante, la idea de que engañó a Hitler es falsa. Franco prefería el triunfo del Reich al de Inglaterra, pero no a costa de unos estragos que convirtieran a España en apéndice de Alemania. Churchill, sumamente ansioso por el rumbo que tomase Madrid, llegó a sugerir la devolución de Gibraltar a cambio de la neutralidad, y gastó gruesas sumas para sobornar a diversos militares, aunque ni una cosa ni otra pesaron en las decisiones del Caudillo.

Cuando Hitler atacó a la URSS, Madrid respiró más libremente y ofreció voluntarios, cuidando las formas para no verse implicada oficialmente. La División Azul o *Blau Division* luchó en el frente de Leningrado con una eficiencia y valor que le ganaron la gratitud germana y, por cierto, de la población rusa de la zona, a la que trató con humanidad. Fue un riesgo serio, pues pudo provocar una declaración de guerra por parte de Stalin, que habría incidido sobre Inglaterra y Usa; pero no hubo tal declaración. En la península, la ayuda al Reich se limitó a algunos suministros a submarinos, facilidades de espionaje (el espionaje inglés tampoco era obstaculizado) y algunas exportaciones, legales bajo el estatuto de neutralidad o no beligerancia. Fueron ayudas de carácter táctico y de relieve mucho menor que la propia neutralidad, cuyo alcance estratégico benefició sobre todo a Londres. Éste contrajo entonces una deuda impagable con Franco, pues en los meses entre la batalla de Inglaterra y los inmediatos a la invasión de Rusia, un Estrecho de Gibraltar dominado por los alemanes, sin perspectiva próxima de intervención useña, pudo haber inclinado decisivamente la balanza a favor de Alemania.

La beligerancia de Usa aumentó la cautela de Franco, el cual aún pudo causar un grave quebranto a los anglosajones cuando su desembarco en el Magreb, en noviembre de 1942; pero de nuevo evitó comprometerse, como agradeció Churchill. Procuró entonces mediar para un acuerdo entre las democracias y el Reich —rechazado por ambos— a fin de contener a la URSS. El embajador useño Carlton Hayes, lo explicó: «Pregunté al Caudillo si podía contemplar con serenidad la preponderancia de la Alemania nazi sobre el continente con su fanático racismo y su paganismo anticristiano. Admitió que la perspectiva no le agradaba,

pero confiaba en que no se materializaría. Juzgaba que Alemania haría concesiones si las hacían también los aliados, restableciéndose un cierto equilibrio en Europa. Insistió en que el peligro para España y para Europa no era tan grande por parte de Alemania como por parte de la Rusia comunista. España no deseaba la victoria del Eje, aunque ansiaba una derrota de Rusia».

Conforme se acercaba el hundimiento alemán y España no podía ya alterar en nada la marcha de la guerra, el presidente useño Roosevelt, y algo menos el gobierno inglés, adoptaron una actitud intimidatoria hacia Madrid, muy alentada por Stalin, que en la guerra española había sufrido una derrota indirecta, pero dolorosa. Cuando ya la destrucción se cernía sobre el Reich, la conferencia de Yalta (Crimea) entre los Tres Grandes, Roosevelt, Stalin y Churchill, decidió, entre otras cosas, el destino de España. Nadie creía que Franco subsistiera a la amenaza de poderes tales y tan hostiles. Los exiliados del Frente Popular se aprestaban a volver en triunfo, parte de las derechas maniobraba con Don Juan, hijo de Alfonso XIII, para desplazar al régimen, y entre los militares crecían las conspiraciones (que no habían faltado durante los últimos años). Pero antes de seis meses una nueva conferencia de los Grandes, la de Potsdam, rebajaba la amenaza: quedaba descartada la invasión de España.

¿Qué había cambiado en esos meses? Ante todo la certeza de que una invasión sería resistida y daría lugar a una nueva guerra civil. Era impensable que los vencedores de Hitler no derrotasen a un desabastecido ejército español, pero las consecuencias serían temibles: una guerra civil en España contagiaría, advirtió De Gaulle, a una Francia y seguramente a una Italia en la miseria, con potentes partidos

comunistas armados, justo cuando la mayor preocupación de los anglosajones consistía en asentar democracias en Europa Occidental. Washington y Londres hubieron de volverse más cautos, para irritación de Stalin. Quedó una política de hostigamiento y aislamiento internacional del franquismo —al cual, debe insistirse, tanto debían Londres y Washington —, y de respaldo a los movimientos de oposición, a fin de que éstos derribasen al régimen.

* * *

La guerra europea primero y después el aislamiento internacional y la negación del Plan Marshall, hicieron los años cuarenta difíciles para España, pero debe deshacerse el mito de una década perdida, de hambre y represión sin más.

Desde 1939, los juicios por responsabilidades en la Guerra Civil se tradujeron en unos 25 000 fusilamientos, cayendo bastantes inocentes al lado de muchos culpables de crímenes a menudo sádicos. Otros tantos fueron conmutados a una cadena perpetua que por lo común no duró más de seis años. Casi todos los izquierdistas se reintegraron en la sociedad normalmente, y sólo los comunistas rehicieron sus organizaciones, pese a sufrir el mayor peso de la represión. Los demás partidos de izquierda, mucho menos perseguidos, abandonaron prácticamente su militancia.

Los comunistas, muchos entrenados en la resistencia francesa y algunos entre los partisanos soviéticos, organizaron una guerrilla, el *maquis*, bajo condiciones idóneas: presión internacional, hambre, ánimo de venganza por la represión franquista, supuesto deseo popular de liquidar al régimen y casi seguridad de poder hacerlo entonces. Debiera haberse creado una situación como la de Grecia, y sin embargo el franquismo liquidó al maquis pese

a la hostilidad exterior y a las penurias internas: la mayoría de la población, contra lo imaginado por los antifranquistas, sostuvo al régimen, considerado popularmente como barrera frente a una nueva guerra fratricida.

Terminada la conflagración europea, España soportó un nuevo año de hambre en 1946, por las malas cosechas y el aislamiento exterior, pero la crisis pasó pronto, ya que Argentina rompió el boicot internacional y envió trigo y carne a crédito. Franco había calculado que las democracias y los países socialistas no se entenderían, por lo que el aislamiento impuesto por la ONU a España fracasaría. Sin embargo, aun con la Guerra Fría, el aislamiento había de persistir nueve años.

Tan arduas circunstancias fueron vencidas con tesón y la situación mejoró de modo constante: la producción eléctrica y el número de teléfonos se duplicaron, comenzó una intensa repoblación forestal y regadíos, la mortalidad infantil bajó, la higiene y atención médica evitaron que el hambre de 1946 repercutiese en mortandad por enfermedades, la cual descendió con respecto a la anteguerra. La esperanza de vida al nacer pasó de 50 años en la República a 62 a finales de la década. El número de maestros creció más aprisa que nunca, superando en más de un 50 por ciento a los de la República, con mejor relación de alumnos por profesor. Para limitar la dependencia del exterior, se practicó una política económica de «autarquía» o autoabastecimiento: en parte imitaba la economía nacionalsocialista, tan exitosa durante unos años, en parte el aislamiento no permitía otra opción, y en realidad sólo acentuaba el proteccionismo tradicional desde la Restauración. Se dice que España no recobró la renta per cápita de preguerra hasta 1951 o 1953 o más tarde, pero probablemente fue mucho antes. Esa comparación encierra

además una trampa, por cuanto se utiliza el año 1935 como referencia, cuando la preguerra inmediata son los primeros seis meses de 1936, en los que la economía cayó en picado bajo el Frente Popular.

Culturalmente, los años cuarenta y cincuenta distaron mucho de ser el erial con que se los ha estigmatizado desde los poco fértiles años setenta y sucesivos. Nació el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, superior a sus precedentes, siguieron en activo la mayoría de las generaciones del 98, 14 y 27, unos porque pasaron la guerra en el país, otros porque volvieron, como Ortega, Marañón o Menéndez Pidal. Escritores e investigadores como Cela, Agustí, Carmen Laforet, Cunqueiro, Ridruejo, Delibes, Zunzunegui, Aldecoa, Ana María Matute, Torrente, Buero, Laín, Rosales, Tovar, Blas de Otero, Díez del Corral, Maravall, Gómez Moreno, Martín Almagro, Carande y tantos más producirían una época dorada de la novela española y excelente en poesía, ensayo e historia. El maestro Rodrigo compuso la pieza musical más conocida en el exterior (*El concierto de Aranjuez*), Cela escribió la novela más traducida después del *Quijote* (*La vida de Pascual Duarte*), Escrivá el libro doctrinal español más divulgado en el mundo (*Camino*), Zubiri, tal vez el filósofo español más relevante del siglo, *Naturaleza, Historia, Dios*, García Morente *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Julián Marías empezó su copiosa obra… En los cuarenta, la enseñanza media casi duplicó en alumnos a la de preguerra, la universitaria subió un 70 por ciento, se creó la primera facultad de economía, surgieron géneros de cultura popular, revistas de humor, premios literarios…

Durante los años cincuenta las circunstancias políticas y económicas no cesaron de mejorar. El aislamiento quebró

definitivamente en 1955, cuando España entró en la ONU, que así reconocía la frustración de su política al respecto. Franco tenía poca fe en la ONU, pero de todos modos la creía útil como foro de discusión para prevenir conflictos. Fue sin duda una gran victoria del régimen; dos años antes había logrado otra no menor al firmar con Usa unos acuerdos que entrañaban reconocimiento internacional y préstamos bastante cuantiosos. A cambio se concedieron a Usa varias bases militares como las existentes en Gran Bretaña, Francia, Alemania y otros países, con lo que se abandonaba la tradicional y provechosa neutralidad española, por suponerse que una nueva guerra europea no respetaría a ningún neutral.

Desde entonces, el franquismo fue reconocido por casi todos los países menos aquellos que él mismo rechazó, como la URSS (no así la China comunista) o Israel, y con la excepción de Méjico, cuyo gobierno temía probablemente una rendición de cuentas de los tesoros llevados allí por los exiliados. Franco ejerció una política independiente, y así hizo caso omiso del embargo useño contra la Cuba de Castro, no por simpatía al comunismo, sino por la oposición castrista a Usa; o rehusó la petición useña de intervenir en Vietnam, anunciando que Usa saldría de allí derrotada. Otra faceta relevante del régimen fue la reivindicación permanente de Gibraltar: puso contra las cuerdas la argumentación inglesa en la ONU, donde fue aceptada la posición española, y sometió al peñón a un aislamiento cada vez más costoso para Londres.

La cultura continuó su movimiento ascendente con nuevos autores, revistas literarias y científicas, de humor, etc. La enseñanza primaria se generalizó, la secundaria triplicó ampliamente la de la República, la universitaria la duplicó y

la de ingenierías la sextuplicó. El analfabetismo descendió con rapidez.

Persistió una autarquía cada vez más debilitada por la mejor relación internacional, y las tasas de crecimiento fueron elevadas, en torno al 5-7 por ciento, aunque varios países de Europa Occidental las tenían superiores: la vencida Alemania prosperó más que la vencedora Inglaterra, debido a la apuesta germana por una economía libre, mientras que el mercado inglés padecía las intervenciones laboristas. Italia y Japón, también derrotadas pocos años antes, progresaron a su vez a buen ritmo.

En esa década desapareció el hambre en España, por primera vez en su historia, y también el racionamiento, por las mismas fechas que en Gran Bretaña.

69

EL MUNDO Y EL FRANQUISMO EN LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA

Durante la Edad de Apogeo de Europa, el ámbito musulmán, estancado desde siglos atrás, pareció destinado a acentuar su abatimiento y dependencia de Inglaterra, Francia y Holanda. Pero desde mediados del siglo XIX cuajaban allí movimientos como el salafismo, que achacaban la postración al abandono de las virtudes primordiales de los primeros siglos, y procuraban una modernización técnica, aunque no habían ido muy lejos. Desde la I Guerra Mundial, grupos nacionalistas optaron por una modernización laicista y parlamentaria, pero el único caso exitoso fue el turco creado por Kemal Ataturk y basado en el ejército. Después de la II Guerra Mundial, los nacionalismos cobraron más fuerza por el Magreb, mundo árabe, Irán, la India e Indonesia, formando nuevos países independientes. Entre los árabes surgieron ideologías como la baazista, que preconizaban una sola nación árabe desde el Atlántico al Golfo Pérsico.

Pese a sus fracasos en asegurar regímenes modernizados, era evidente en los años cincuenta-sesenta que el ámbito musulmán había abandonado su letargo, si bien, falto de poderío militar, no planteaba desafíos inminentes y cabía esperar que su tormentosa evolución desembocara finalmente en nuevos estados más parecidos a los occidentales. Europa y Usa podrían haberse desentendido de ellos si no fuera por tres hechos determinantes: los yacimientos petrolíferos, la infiltración de la URSS y la permanente amenaza a Israel. Después de la II Guerra Mundial, Usa desplazó a Inglaterra y a Francia como potencia más influyente en Oriente Medio y Próximo, y

ayudó a estabilizar a los regímenes más tradicionalistas, como Arabia Saudí, frente a los más nacionalistas e imprevisibles.

La amenaza a Israel subió de tono en 1967, cuando Egipto, Siria y Jordania, con apoyo de Irak y otros, muy rearmados, se disponían a repetir la ofensiva de 1948-49 y aniquilar por fin al nuevo estado. Israel habría sido incapaz de contener la embestida a menos de golpear el primero y por sorpresa y así lo hizo: en sólo seis días desbarató a sus enemigos. La acción fue muy criticada, afirmándose que los árabes no pensaban atacar, algo difícil de creer.

Por su parte, los tremendos avances del comunismo parecían anunciar su triunfo final, y causaron pesimismo en medios occidentales, incluida la Iglesia. Ese clima pesó sobre el Concilio Vaticano II, abierto en 1962. La doctrina católica defendía el carácter sagrado de la vida humana, la propiedad privada, el Estado al servicio de los individuos y no a la inversa, la autonomía de la familia como célula esencial de la sociedad, la responsabilidad moral y otras ideas inconciliables con el comunismo; pero entonces se optó por el «diálogo con los marxistas». Los jesuitas, antaño vanguardia espiritual del Papado, adoptaron tesis comunistoides en la llamada *Teología de la liberación*, a la que contribuyeron obispos y otras órdenes como la franciscana y la dominica. Aquel *diálogo* iba a ayudar a la penetración comunista en Hispanoamérica y debilitaría a la Iglesia en todo el mundo. En España alimentaría a grupos comunistas y terroristas.

Hispanoamérica mostró gran vitalidad cultural en el llamado *boom* literario: Vargas Llosa, García Márquez, Cortázar, Fuentes, Roa Bastos, Donoso, etc., continuaron a la generación anterior de Borges, Carpentier, Rulfo, Sábato

u Onetti. También fueron tiempos de guerrillas impulsadas por Cuba, golpes de estado y gobiernos populistas. En 1967 pereció el revolucionario Che Guevara, empeñado en sembrar «muchos Vietnam» por América y África. Al terminar la década, el marxista chileno Allende ganó unas elecciones, lejos de la mayoría absoluta, y puso en marcha medidas socialistas que provocaron caos económico y violencia civil, mientras en Uruguay el terrorismo *tupamaro* sacudía a la democracia supuestamente más consolidada de Hispanoamérica.

La pugna entre Occidente y el comunismo se concentró en Vietnam, convertida en símbolo mundial. Usa empleó allí todo su poderío, excepto el atómico, y nuevas tecnologías (de ellas saldría la informática). La URSS y China armaron a los comunistas locales, pero aun así era muy desigual la lucha entre una superpotencia y una sociedad atrasada, pese a lo cual ésta venció. La guerra agrietó a la sociedad useña con protestas juveniles y revueltas de la minoría negra. En 1973, Usa tuvo que retirarse, y dos años después todo Vietnam y Camboya pasaban a poder marxista. Parecía demostrarse que, en palabras del líder vietnamita Ho Chi Minh, un pueblo pequeño, dirigido por un disciplinado partido comunista, podía derrotar a cualquier adversario. El desenlace pareció a muchos la prueba de la decadencia inevitable de la democracia occidental.

Sin embargo esa impresión era errónea. Tres años después de la muerte de Stalin, su sucesor, Jrúschof, leyó ante los oligarcas un informe secreto admitiendo varios crímenes de aquél. Propuso flexibilizar el sistema y, debido al poder destructivo de las armas atómicas, renunciar al choque armado como método principal, excepto en los países coloniales. La lucha con el capitalismo debía

desarrollarse ante todo en el plano económico: pronto la superioridad soviética se haría manifiesta y causaría la quiebra de las potencias *imperialistas* y *burguesas*. Pero sus ideas abrieron una brecha en el comunismo internacional. Albania y China defendieron a Stalin, acusaron a Moscú de querer supeditar a sus intereses a los demás partidos y países socialistas y de promover en la propia URSS el «revisionismo» o vuelta disfrazada a un sistema *burgués*. Hacia 1962, la disputa rompió el bloque comunista, antes tan compacto.

La URSS pudo jactarse de enviar al espacio el primer satélite artificial, en 1957, y el primer hombre en 1961. Pero no podía disimular la escasez y la vida dura y gris de los soviéticos, privados de libertades en un grado difícil de concebir en Occidente. Su esperanza de superar a Usa y a Europa en el terreno económico resultó ilusoria.

China entraba en los años sesenta con la colectivización radical del «Gran Salto Adelante», calculado para alcanzar en breve a los países más desarrollados. El «salto» causó un inmenso desbarajuste económico y la muerte por hambre, oficialmente, de 14 millones de chinos, entre 20 y 40 millones según otros estudios. La catástrofe debilitó a Mao y animó el *revisionismo*. Aun así, Mao retomó la iniciativa y conmocionó al país desde 1966 mediante la *Gran Revolución Cultural Proletaria*. Millones de personas sufrieron persecución política; intelectuales, profesionales y políticos ingresaron en campos de *reeducación*, y en torno a un millón fueron asesinados. En aplicación de la tesis de Marx de que la cultura pre-socialista es ideología al servicio de los opresores, aquella revolución causó una terrible destrucción del riquísimo legado cultural chino.

El socialismo real quedó en exhibición permanente

desde 1961 con la construcción del Muro de Berlín, muro no defensivo, sino alzado para impedir la huida del paraíso a unos habitantes absurdamente empeñados en padecer los horrores del capitalismo. No menos valor ilustrativo tuvo el régimen castrista, que anunció ritmos de crecimiento espectaculares y en la práctica hizo huir a la mayor parte de los profesionales. Hasta el 20 por ciento de la población se exilió, y aún más lo intentarían, después de una sangrienta represión, supresión de libertades y confiscación de propiedad privada, que afectó, entre otros, a miles de negocios de españoles. El pueblo, bajo un sistema policial de vigilancia manzana por manzana de casas, cayó en la pobreza y el racionamiento, salvo una oligarquía privilegiada con acceso a productos occidentales en tiendas reservadas. En 1962 el presidente useño Kennedy exigió la retirada de proyectiles soviéticos de la isla (Crisis de los Misiles), situación de extremo peligro mundial, obligando a Moscú a recular. El castrismo resultó oneroso para la URSS, que lo sostenía a cambio de su hostigamiento a USA y acciones militares en África. Otros ingresos que permitían a los cubanos sobrevivir eran y son las remesas de los exiliados a sus familiares.

Sorprende que el conocimiento de las hambrunas, matanzas, genocidios y exilios causados por el comunismo desde 1917 no haya impedido a esos regímenes gozar de popularidad en medios intelectuales y universitarios de Occidente. El estudiantado fue la masa movilizada tanto en la Revolución Cultural como en las agitaciones contra la guerra de Vietnam y antisistema en Usa, Europa y Japón. A lo largo de los años sesenta se sucedieron disturbios estudiantiles multitudinarios en Italia, Francia, Alemania y Gran Bretaña, flanqueados a veces, en las dos primeras, por

huelgas generales y ocupaciones de fábricas. El movimiento culminaría en la «Revolución de mayo del 68» o «Mayo Francés», en cuyas ideas se confundían tesis marxistas, freudianas, anárquicas, «liberación sexual» y «lucha anticapitalista». Resultaba original, por cuanto los obreros, lejos de vivir en la miseria predicha por Marx, habían alcanzado unos niveles de sueldos, derechos y consumo sin precedentes, y algo similar podía decirse de los estudiantes, mimados por el sistema, que accedían a la universidad por millones en Europa y Usa. También caracterizó a aquellas tendencias una difusión masiva de las drogas, música *rock*, proliferación de sectas más o menos místicas, y auténticas peregrinaciones a lugares como Nepal, en las que se dejaron la piel miles de jóvenes.

La repulsión a los valores occidentales solía justificarse afirmando que la prosperidad eurouseña descansaba en la explotación de los países pobres, saqueados y condenados a la miseria por un «comercio injusto», «intercambio desigual» y otros mecanismos. Así se transfería el esquema marxista de burgueses-proletarios al de países burgueses-países proletarios. La corrupción, las tiranías y las *vías socialistas* de los países pobres no entraban en el análisis, y los déspotas locales eran loados si atacaban al «imperialismo occidental». Pero el caso cubano ilustraba otra realidad: los castristas denunciaban el comercio «expoliador» practicado por USA, y simultáneamente culpaban de las penurias al embargo decretado por Washington… que les libraba de tal comercio.

Aquella Europa vivía en la paradoja. La parte sovietizada y la occidental coincidían en una concepción materialista de la vida, con la economía como factor determinante; pero el éxito económico de Occidente contrastaba con las estrecheces y miserias del lado contrario, y creaba una

ideología del consumo y la diversión; por supuesto, casi todos los radicales europeos o useños disfrutaban sin remilgos de las ventajas de sus países, y su admiración por regímenes de socialismo *real*, árabe o africano, rara vez les inducía a vivir bajo ellos. Con todo, la rebeldía juvenil podría expresar un vacío espiritual, ya que el sistema no parecía ofrecer mucho más que dosis elevadas de consumo y elecciones entre políticos tecnócratas, mientras el cristianismo seguía retrocediendo, acaso ayudado por algunas iniciativas del Concilio Vaticano II. Bajo los gobiernos totalitarios, la inquietud espiritual derivaba al culto obligatorio al dirigente supremo, verdadero dios sucedáneo, y a apelaciones rituales a un porvenir radiante; en Occidente se expresaba en la idealización de tales regímenes, en modas orientalizantes, movimientos como los *beatniks* o los *hippies*, que utilizaban la droga como supuesta vía de acceso a percepciones superiores, y otros medios típicos.

De aquellos movimientos surgirían pronto otros ecologistas, feministas radicales, terroristas y pacifistas, todos ellos más o menos ateos, contrarios a la civilización europea y sus raíces cristianas. Los pacifistas exigían el desarme occidental, no así el soviético; los terroristas querían implantar regímenes marxistas; los feministas aspiraban a una igualdad de los sexos por encima de la igualdad ante la ley, y promovían la destrucción de la familia, el aborto, etc.; los ecologistas acusaban a la cultura occidental de depredar y destruir el equilibrio natural del planeta.

* * *

Excepto el Concilio Vaticano II, que tendría densos efectos políticos, estas tendencias llegaban atenuadas a España. La droga no cuajaba entre los jóvenes, los movimientos revolucionarios atraían a pocos y el comunismo

despertaba escasas simpatías. La sociedad era también atípica con respecto a Europa Occidental: la familia seguía siendo una institución firme, la delincuencia escasa (menos de 11 000 presos entre 30 millones de habitantes, en 1966), los índices de alcoholismo, suicidio y otros también eran bajos y apenas afectaban a los jóvenes. La estabilidad matrimonial era muy alta, fenómenos como las familias monoparentales, embarazos de adolescentes, abortos o violaciones, que proliferaban por Europa, lo hacían mucho menos por España. Estos y otros datos semejantes pueden medir la salud social, y España era sin duda uno de los países europeos con mayor salud de ese tipo. La Iglesia tenía probablemente algo que ver.

Si en las arduas circunstancias de los años cuarenta y cincuenta la economía mejoró notablemente, en 1959 el modelo autárquico estaba agotado y el país expuesto a que una mala cosecha de naranjas cortase la importación de materias indispensables, por falta de divisas. Los economistas del régimen prepararon reformas en profundidad, liberalizando el comercio y explotando las ventajas relativas del país, en particular el clima, para atraer un turismo de masas. La abolición del «arancel Cambó» facilitó la expansión de la industria a ciudades como Madrid, Valencia, Vigo, Avilés, Huelva, Sevilla, Valladolid, Córdoba, etc. El país llegó a cuarto del mundo en construcción naval. Mejoraron las carreteras, que la guerra y las penurias posteriores habían deteriorado, y empezaron a construirse autopistas y mayores infraestructuras de comunicaciones. Los automóviles, electrodomésticos, televisores y demás comodidades se generalizaron. Las tradicionales tensiones derivadas de un campo superpoblado para su capacidad productiva se disolvieron gracias a la emigración a las

ciudades españolas y a la Europa Occidental —no se trató de una expulsión forzada, como había ocurrido en la Desamortización o en las *enclosures* británicas—. La esperanza de vida al nacer se situó entre las tres o cuatro más altas del mundo, el analfabetismo bajó a un residual 8 por ciento, casi todo entre gente mayor, la enseñanza media pasó de 450 000 alumnos a 1 300 000, la enseñanza universitaria e ingenieril, de 82 000 a 200 000. Ningún balance honesto puede omitir el hecho de que se trató del período económicamente más brillante de la historia española antes o después, logrado además sin los fenómenos de desarticulación y mala salud social que afligían a otras naciones. España se convirtió en el país europeo que crecía con mayor rapidez, y los expertos en prospectiva estimaban que superaría en los años ochenta la renta per cápita de Inglaterra o Italia.

Estos hechos deben ser contrastados con la propaganda hoy en boga, que presenta la época como un páramo bajo una feroz represión política, explotación despiadada de los trabajadores, persecución de las lenguas regionales (vasco, catalán y gallego) y relegación de la mujer. En realidad, los salarios y el nivel de consumo de todas las capas sociales creció sin pausa y se alcanzó el pleno empleo, lo cual relativiza mucho aquella «despiadada explotación». La represión política no pudo ser muy dura por cuanto la oposición activa al régimen fue escasa: los datos del Tribunal de Orden Público, que actuó desde 1963 a 1976, según recoge el informe del juez comunista Juan José del Águila, produjo 9000 sentencias contra 11 262 procesados, con un total de 10 146 años de prisión, es decir, menos de setecientas condenas por año y un promedio de muy poco más de un año por persona, que la gran mayoría no purgó en

prisión (las penas de hasta un año no se cumplían en la cárcel). Sobre la relegación de la mujer, baste señalar que su incorporación a la industria y los servicios creció a mayor ritmo que nunca antes, que tenía derecho de voto (en los sindicatos y el municipio), y que la proporción femenina en la enseñanza creció asimismo con rapidez, llegando a la casi equiparación en la enseñanza media y a superar el número de chicos en facultades como Filosofía y Letras, Farmacia y otras. Ante estos datos, muchas otras críticas quedan en anécdotas.

Debe relativizarse la persecución a los idiomas regionales, que sólo existió recién acabada la guerra y de modo no sistemático, a causa de la utilización de estos idiomas por los nacionalistas para atacar la unidad española. La lengua oficial y de la enseñanza fue el castellano, como había ocurrido siempre, pero no se prohibió la expresión popular ni la enseñanza privada en otros idiomas. Se crearon premios literarios y las primeras cátedras universitarias de gallego, vasco y catalán, y se autorizaron las academias de la lengua gallega y vasca. Esta última unificó la muy dialectizada lengua vascuence. Nació la primera editorial de libros en gallego, y la prensa regional publicaba artículos —poco leídos por lo común—, en gallego, catalán o vasco. Suele olvidarse que a favor de Franco lucharon muchísimos más gallegos que en contra, y bastantes más vascos y navarros. Menos catalanes, por haber quedado esta región bajo el Frente Popular, pero buen número de ellos huyeron para alistarse con los nacionales o al monte para evitar el reclutamiento, incluso con guerrillas. Los principales intelectuales y artistas catalanes (D'Ors, Sert, Valls, Dalí, Pla, Riquer, etc.) apoyaron a Franco, y la recepción masiva y entusiasta de Barcelona a las tropas nacionales dice bastante

al respecto.

Ha sido muy eficaz la propaganda posterior para borrar o desfigurar los hechos, fenómeno que trae a la memoria las frases de Marañón y Besteiro sobre el poder de la mentira. Y asombra que los artífices más conspicuos de esa propaganda nunca lucharan contra la dictadura o medrasen en ella, otro dato histórico relevante.

* * *

La oposición al franquismo, pues, fue escasa y casi toda ella antidemocrática. El PCE, después de fracasar el maquis, optó por infiltrarse en los sindicatos, la universidad y la intelectualidad. De acuerdo con su táctica tradicional, no enarbolaba sus objetivos, sino las libertades y reformas de apariencia razonable, a fin de atraer aliados y dividir al régimen, como pasos hacia su revolución o dictadura proletaria. Los separatistas, los socialistas, los republicanos y los anarquistas, mucho menos perseguidos que el PCE, prefirieron inhibirse, aparte de raros gestos testimoniales.

Su nueva táctica rendiría al PCE mayores frutos que el maquis, pero con lentitud desesperante. Sólo mejoró su situación a raíz del «diálogo con los marxistas» propiciado por sectores eclesiásticos después del Concilio Vaticano II. El diálogo se tradujo en colaboración con los comunistas, mientras el Papado, en tiempos de Pablo VI, se distanciaba ostensiblemente del régimen, para desconcierto de éste y del clero más tradicional. La colaboración de la Iglesia *progresista* con los antifranquistas fue pasiva y activa: les ofrecía cobertura legal y locales para organizar actividades o burlar la acción policial, predicaba la Teología de la Liberación, homilías politizadas y convertía muchos templos en centros de agitación, con encierros y protestas. Algunos obispos organizaron provocaciones y pulsos al gobierno en

apoyo indirecto a los terroristas. Santiago Carrillo, jefe del PCE, hablaría de conquistar el socialismo con la hoz y el martillo en una mano y la cruz en la otra. Los comunistas habían estado entre los masacradores de la Iglesia y nunca habían manifestado el menor remordimiento por ello, más bien lo justificaban. Desde mediados de los años sesenta, el PCE dirigió el sindicato semiclandestino Comisiones Obreras y sindicatos estudiantiles, cuyas acciones recibían atención en Europa gracias a la red de propaganda de los partidos comunistas y a la hostilidad de los gobiernos al franquismo. Pues aunque todos reconocieron a éste desde de los años cincuenta, lo hacían a disgusto.

En realidad, la principal oposición que tuvo el régimen, la que lo debilitó más desde mediados de los años sesenta, fue aquella parte de la Iglesia que adoptó tales posiciones y relegó a los sectores profranquistas. Y no tanto porque fortalecía al PCE y a los renacientes grupos separatistas y terroristas como porque la Iglesia constituía uno de los pilares principales, por no decir el principal, del régimen, que solía presentarse como un Estado católico según las normas políticas y sociales de las encíclicas desde León XIII. Que de pronto ese pilar se tambalease, sólo podía tener efectos psicológica y políticamente demoledores a plazo medio, si bien la estructura esencial del franquismo se mantenía, pues no toda la Iglesia marchaba en aquella dirección, y la mayoría de la sociedad seguía afecta al régimen o indiferente hacia los movimientos subversivos.

Aunque España no sufrió en el 68 una convulsión como la del «Mayo Francés» o los movimientos huelguísticos y ocupaciones de fábricas de otros países, aquel año marcó un cambio considerable, al realizar la ETA su primer asesinato reconocido. He estudiado con algún detenimiento el caso en

Una historia chocante. Los nacionalismos vasco y catalán en el siglo XX, y lo resumiré aquí: la ETA nació en los años cincuenta con una confusa ideología cuyos ingredientes eran el racismo nacionalista del PNV y toques nazis, un catolicismo *ultraprogresista* y el marxismo; y tomó por modelo el castrismo y la lucha argelina contra Francia, con una deriva más y más procomunista. No obstante, tardó muchos años en practicar resueltamente el terrorismo, y lo hizo ya en las postrimerías del régimen, cuando éste se había liberalizado muy considerablemente. Hasta entonces la ETA había sido uno de tantos grupos radicales e insignificantes, pero su primer asesinato le proporcionó auxilio, simpatía y propaganda gratuita de casi toda la oposición antifranquista y de gran parte del clero vasco. Más importante, si cabe, el gobierno francés le ofreció un santuario desde el que actuar y reponerse de los golpes de la policía franquista, ventaja crucial, pues la ETA estuvo varias veces al borde del descalabro en el interior. Otros gobiernos europeos, el argelino y el cubano miraban con buenos ojos a los etarras.

El fenómeno ETA iba a ser decisivo en la democracia, como el pistolerismo anarquista bajo la Restauración. En ningún país europeo ha tenido el terrorismo tanto influjo histórico como en España, y en los dos casos por la misma razón: las simpatías y protecciones de que ha gozado en medios dispares. A ejemplo de la ETA surgirían los grupos terroristas FRAP y sobre todo el GRAPO, ambos maoístas y sin contacto con la Iglesia, y con menor impacto por haber empezado demasiado tarde.

Pocos años antes habría sonado increíble la actitud del sector *progresista* de la Iglesia, por cuanto el franquismo había salvado a ésta, muy literalmente, del exterminio físico, y le había otorgado todo tipo de protecciones, medios

materiales y ventajas. La razón de tal transformación debe verse en el contexto general del ímpetu marxista, y en la situación particular española: Franco, con 78 años en 1970, no podía durar mucho. Su régimen sólo habría podido subsistir, como en 1945, bajo un liderazgo firme, capaz de aglutinar con disciplina a las mismas fuerzas que entonces le habían arropado. Pero hacia 1970 no se percibía a nadie capaz de tal cosa, problema agravado por la antipatía de las democracias europeas al régimen. Franco había desafiado esa antipatía y obligado a los regímenes eurooccidentales a reconocerle, pero después de él, la presión sería imposible de soportar. La Iglesia temía que a la muerte del Caudillo el país girase, como en 1931, hacia una izquierda que le haría pagar muy cara su colaboración anterior, y quería distanciarse mientras estuviera a tiempo, congraciándose con aquellas fuerzas que presuntamente protagonizarían el cambio de régimen.

Ese cálculo había de demostrarse peligroso: la Iglesia no cosechó gratitud de sus protegidos izquierdistas y separatistas. Y tampoco podría gloriarse de haber ayudado a traer la democracia, por cuanto esos protegidos siempre habían sido los mayores enemigos de ésta. En todo caso, la Iglesia española entró en crisis, los seminarios casi se vaciaron, millones de cristianos abandonaron la práctica, muchos se hicieron abiertamente antirreligiosos, y miles de sacerdotes y religiosos colgaron los hábitos.

* * *

En febrero de 1971, el general Vernon Walters, comisionado por el presidente Nixon, consultó a Franco sobre el futuro de España. Franco dijo: «El príncipe será Rey, porque no hay alternativa. España irá lejos en el camino que desean ustedes, los ingleses y los franceses: democracia,

pornografía, drogas y qué se yo. Habrá grandes locuras, pero ninguna de ellas será fatal para España […]. Diga a su presidente que confíe en el buen sentido del pueblo español. No habrá otra guerra civil». Se felicitó de haber legado al país una fuerte clase media, que impediría nuevas contiendas internas; conclusión algo aventurada porque, durante la Restauración y la República, Cataluña fue la región más rica y también la más convulsa de España, y otro tanto iba a ocurrir con las Vascongadas después de la muerte del Caudillo.

El mes de septiembre de 1973 el general Pinochet acabó con la caótica experiencia socialista de Allende en Chile, mediante un golpe militar, lo que causó movilizaciones de la izquierda por todo el mundo, con cierta repercusión en España. Ese año otro golpe militar en Uruguay eliminó el terrorismo marxista y con él, por unos años, la democracia. Y el 6 de octubre, Egipto y Siria, rearmados y con alta tecnología militar soviética, lograron tomar la iniciativa atacando a Israel durante la fiesta de Yom Kippur. Tras una semana de ventaja árabe, el ejército judío rechazó y acorraló a sus enemigos. Presiones de la URSS y de Usa hicieron cesar la lucha a los 20 días. Esta guerra tuvo efectos de largo alcance. Los productores árabes de petróleo cuadruplicaron el precio del barril, esperando que cesase el respaldo occidental a los judíos. Esto no ocurrió, pero la crisis económica y energética en los países occidentales y Japón fue muy dañina y duradera, hasta 1979. En los años de prosperidad se había afirmado que los ciclos y crisis económicas tradicionales estaban superados por políticas *keynesianas* de expansión del gasto público, pero entonces se percibieron las debilidades del modelo. Los países productores de petróleo ingresaron enormes sumas, que les

permitieron penetrar en la economía occidental, pero sin consecuencias demasiado temibles.

Y el 20 de diciembre de ese año la ETA asesinaba al jefe de Gobierno Luis Carrero Blanco. Carrero había sido colaborador estrecho de Franco y promotor de la neutralidad española durante la guerra mundial. Se ha dicho que el magnicidio eliminó a uno de los dirigentes más reacios a cambios, y por tanto la ETA recibiría el crédito por haber abierto el camino a la posterior evolución democrática del país. En realidad fue lo contrario. La oposición, y menos aún la ETA, carecía en absoluto de fuerza para orientar en cualquier sentido las consecuencias del golpe, y se escondió, a la espera de las decisiones del franquismo[2]. Éste llevaba varios años liberalizándose sin que Carrero lo estorbase, y la oposición no tenía el menor medio de impedir que el atentado causase una violenta reacción represiva, como temió angustiadamente. Dentro del régimen hubo realmente la tentación de aplicar un castigo aplastante a la oposición, pero se impuso la continuidad liberalizadora, preconizada por el político e intelectual Torcuato Fernández Miranda. Carrero sería reemplazado por Carlos Arias Navarro, mientras Franco se mantenía como jefe del Estado. Fue así como, prácticamente, quedó asegurada la transición.

En abril de 1974, un golpe militar izquierdista derrocó en Portugal la dictadura de Caetano, sucesor de Oliveira Salazar, que había regido el país casi medio siglo, y pronto las colonias lusas de África declararon la independencia. En la metrópoli se desbordaron movimientos marxistas que durante unos años estuvieron cerca de dominar el país y alentaron las esperanzas de la izquierda española.

Ese año la salud de Franco empeoró al punto de traspasar el poder al príncipe Juan Carlos, mientras dentro y

fuera del régimen se multiplicaban las intrigas y expectativas. Pero aquél se repuso y retomó la jefatura del estado. Los grupos ETA, FRAP y GRAPO asesinaron a quince policías entre primavera y verano. El gobierno consiguió desarticular al FRAP y asestar golpes demoledores a la ETA, y a finales de septiembre ejecutó a tres miembros del primer grupo y a dos del segundo. De inmediato se desató en toda Europa una oleada de solidaridad con los terroristas, en la que se distinguió el primer ministro sueco Olof Palme, quien, a su vez, moriría más tarde en atentado: asaltos a embajadas españolas e incendio de la de Lisboa, bombas a oficinas de turismo, boicots comerciales, etc. Dentro de España las movilizaciones fueron escasas. Y el 1 de octubre, el GRAPO asesinó a cuatro policías, en represalia por las ejecuciones.

A mediados de octubre, Franco entró en una larga agonía. Aprovechándola, el rey Hasán II de Marruecos se apoderó del Sahara español. Madrid había aceptado el plan de la ONU de someter a referéndum entre los saharauis el futuro de la región, pero el principal grupo independentista del Sahara, el Frente POLISARIO, obraba de acuerdo con Argelia, país socialista y enemigo de Usa, que protegía a movimientos terroristas, entre ellos la ETA. Un Sahara proargelino rodearía por tierra a Marruecos, algo inadmisible para Washington, ya que Marruecos era su principal aliado en el norte de África. Por otra parte, Argelia, Marruecos, Mauritania y el POLISARIO coincidían en exigir la marcha de España cuanto antes. Franco pensaba cumplir los compromisos con la ONU, pero estaba ya moribundo. El 6 de noviembre, Marruecos, con evidente respaldo useño, lanzó la «marcha verde» para hacerse con el territorio. Y el día 14, los acuerdos de Madrid cedían la administración del

territorio a Marruecos y Mauritania.

Franco murió el 20 de noviembre. Su popularidad quedó de relieve en los cientos de miles de personas que durante dos jornadas, día y noche, pasaron por su capilla ardiente en testimonio de respeto. Había destacado en la guerra del Rif, aceptado la República, defendiéndola en 1934, vencido al Frente Popular en 1936-1939, mantenido al país al margen de una guerra mundial que habría multiplicado los daños de la civil, evitado una nueva contienda interna al vencer al maquis (las guerrillas comunistas fueron siempre muy difíciles de derrotar), triunfado sobre el aislamiento, desafiado con éxito la hostilidad de la mayoría de los gobiernos eurooccidentales, presidido el mayor desarrollo económico y social del país en dos siglos, y aplacado los odios de la República. Siendo un dictador, careció de enemigos internos demócratas, tuvo a raya a los comunistas y los terroristas e inauguró el período de paz más prolongado de los últimos dos siglos, que aún dura. Ningún otro estadista, ni siquiera Cánovas, tiene tras sí un historial semejante desde la invasión napoleónica.

Mucho se ha discutido sobre el carácter de su dictadura, apoyada en fuerzas dispares como la Iglesia, el ejército, la Falange, el carlismo o el Opus Dei; y más definible por lo que no fue que por lo que fue. Organizó un estado pequeño, con gasto y funcionariado mucho menores que el posterior, por lo que no fue totalitario y tuvo algo de liberal. No fue liberal, porque las libertades fueron restringidas, aunque muchísimo menos que en los países socialistas, admirados por la oposición. No fue fascista porque era católico y poco estatalista, y la Falange, núcleo del llamado Movimiento Nacional, tenía más bien una ideología de urgencia, nacida de la necesidad de afrontar la amenaza de «los bárbaros», del

comunismo. No fue católico, porque el catolicismo no es una doctrina política, y parte de la Iglesia le puso la proa al final. No fue democrático, pero gozó de respaldo popular muy amplio y los demócratas no lucharon contra él. Superado el aislamiento y el maquis, suavizó su autoritarismo en una evolución liberalizante. No fue socialista, pero creó una Seguridad Social eficiente y se ocupó de la promoción obrera. Franco ostentaba un poder teórico casi absoluto, pero lo utilizó poco y delegó mucho, no enmendaba las decisiones judiciales, etcétera.

Durante décadas, Franco pensó que su dictadura, llamada democracia orgánica, iba a superar tanto a las democracias liberales como a los estados socialistas, pero es probable que en sus últimos años cambiase de idea. Legó la monarquía, saltando por encima del hijo de Alfonso XIII, Don Juan, para encomendarla al nieto, Juan Carlos, y la concibió como un sistema político normalizado no claramente definido. No pensaba, desde luego, en un rey-caudillo, y entre los políticos no existía ninguno con talla suficiente para heredarle. La defección de la Iglesia tampoco permitía albergar esperanzas en una continuidad del régimen tal cual. Probablemente le bastaba con que sus sucesores evitasen el comunismo, la disgregación de España y la guerra civil.

70

LA TRANSICIÓN

Al llegar a esta época, los problemas historiográficos aumentan por la proximidad de los hechos, la masa de información difícil de sintetizar, y porque el proceso está lejos de terminar y apenas permite la perspectiva. Estos últimos tres capítulos deben entenderse como una versión sumaria y provisional.

La transición desde una dictadura presentaba peligros, bien presentes en la de 1930-31, que habían abocado a la epilepsia política. Como entonces, era posible construir sobre lo mucho avanzado en la dictadura, con la ventaja, además, de un entorno europeo más estable que en los años treinta. Pero también era posible, como entonces, un desencadenamiento de los odios y la demagogia que echase todo a rodar.

Inevitablemente, iban a adquirir bastante protagonismo los antifranquistas, siendo los más destacados y activos el PCE y la ETA, descartables por principio. El primero, con todo, buscó ganar la iniciativa creando, ya en 1974, una *Junta Democrática* con varios grupúsculos y personajes, y fue distanciándose de Moscú en lo que desde 1977 sería llamado *eurocomunismo*. Pero seguía siendo un partido marxista-leninista, es decir, estalinista. Las ETAs (pues había dos ramas, *mili* y *poli-mili*), salían malparadas del franquismo, pero iban a aprovechar la Transición para recomponerse.

Neutralizar esas fuerzas exigía oponerles opciones más moderadas, y los partidos más adecuados serían el socialista y el PNV. Éste parecía haber renunciado a su antiguo

racismo, integrándose en la democracia cristiana. Los dos partidos, así como el nacionalismo catalán, tenían la ventaja de no haber luchado apenas contra el franquismo y sufrido, por tanto, escasa represión de él, lo que en principio debía hacerlos menos radicales. Pero eran grupos virtualmente inexistentes, por lo que desde principios de los años setenta se les permitió reorganizarse con permiso tácito de la Guardia Civil.

El partido principal sería el PSOE, muy infiltrado por la policía. Fue preciso sustituir a la vieja guardia procedente de la guerra por nuevos líderes surgidos del interior, acaudillados por Felipe González. El modo como se hizo es ilustrativo: los del interior recibían ayuda externa, sobre todo de Alemania, con la que «pagaban» cuotas de militantes imaginarios, cuyos votos fantasmas sirvieron para desbancar a los viejos dirigentes. Desde ahí caería sobre el PSOE una lluvia de dinero propiciada por la Internacional Socialista y hasta por la extrema derecha alemana, y unas facilidades mediáticas en la prensa española, gracias a las cuales el PSOE salió con una imagen ajena a su historial y como demócratas perseguidos por el franquismo (no había ningún o casi ningún socialista en las cárceles). El PSOE cumplió las expectativas al oponer a la *Junta* del PCE una *Plataforma de Convergencia Democrática*. Se proclamó partido «de clase, de masas, marxista y democrático». «Clase» muy mayoritariamente burguesa en sus círculos directivos, sin masa alguna en aquellos momentos, y nada demócrata a fuer de marxista. Empleó una retórica más extremista que la del PCE, incluyendo la «autodeterminación» de varias regiones, pero nadie la tomaba en serio, juzgándola una táctica para arrebatar clientela a los comunistas.

También el PNV, deploraban varios dirigentes, había

desaparecido prácticamente de las Vascongadas, aunque en este caso hay pocos datos sobre el origen de sus fondos. El nacionalismo catalán se integraba en la Asamblea de Cataluña, montada por los comunistas y que aglutinaba asimismo a grupúsculos terroristas, pacifistas y cristianos *progresistas*. Los catalanistas disponían de dinero gracias a la Banca Catalana orientada por Jordi Pujol, con fondos parcialmente originarios del tesoro del *Vita*, expoliado durante la guerra por Negrín, a quien Prieto lo había quitado limpiamente en Méjico.

Dato poco tranquilizante fue que toda esta oposición ostentase un antifranquismo radical, descartase a Juan Carlos, el rey designado por Franco, diera por negativos e ilegítimos los casi cuarenta años del franquismo y exigiera una ruptura política para enlazar el régimen en gestación con el Frente Popular. Ello auguraba una repetición del proceso de 1930-31.Y, como entonces, el desenlace iba a depender de los políticos en el poder o próximos a él, algunos de los cuales daban, como los de 1930, signos de flojedad que podían descomponer al régimen y abrir paso a las demagogias.

Dentro del franquismo había existido vacilación entre considerar al régimen la superación de la democracia liberal y el socialismo —posición prevaleciente en la Falange—, o bien una dictadura transitoria, impuesta por la necesidad de afrontar la crisis de los años treinta. La primera posición, llamada *el búnker* por sus adversarios, rechazaba cualquier cambio sustancial, temiendo una repetición del pasado, mientras que la segunda creía superado ese peligro y pensaba en una democracia homologable a las eurooccidentales. El propio gobierno, incongruentemente, había pedido ingresar en la CEE, en balde, por más que alcanzase un acuerdo

económico muy ventajoso para España. Conforme se estrechaba el contacto con la CEE y no aparecía un sucesor claro a Franco, la segunda posición tomó vuelo.

Fallecido Franco, siguió gobernando Arias Navarro, quien creaba confusión política con pasos adelante y atrás, por lo que Juan Carlos buscó otro jefe de gobierno. En la última década los políticos más reformistas en política y economía habían sido varios ligados al Opus Dei, que parecían los más aptos para orientar el posfranquismo; pero quedaron desplazados por dos ministros de Arias, Manuel Fraga Iribarne, hombre fuerte del régimen, y José María de Areilza, franquista de primera hora y luego monárquico de Don Juan, que se había distanciado de Franco y colaborado con los comunistas, postura reminiscente de la de los conservadores que habían conspirado con los anarquistas contra Primo de Rivera.

Juan Carlos aceptó la dimisión de Arias el 1 de julio de 1976. Mas, para sorpresa general, no contó para sucederle con Fraga ni con Areilza, sino con un oscuro Adolfo Suárez, ex secretario general del Movimiento Nacional, falangista. Se interpretó como un paso atrás en la reforma, y la oposición se alarmó, pero Suárez iba a dirigir la Transición con políticos de la Falange, muchos de los cuales evolucionaban con rapidez, y con sectores democristianos y liberales del régimen, o próximos a él.

Quedaba por superar la resistencia de los franquistas conservadores y la de una oposición ansiosa de ruptura. La primera fue vencida en la sesión Cortes del 18 de noviembre, para votar la Ley de Reforma Política. El procurador Blas Piñar denunció que se iba a liquidar la obra de Franco y crear un estado liberal, lo cual era cierto en el plano de las instituciones, pero no en todos. Fernández de la Vega

censuró a una «misérrima oposición que con su resentimiento a cuestas ha recorrido […] el camino de las cancillerías europeas denunciando el pecado de la paz y el progreso de España». El ex ministro Fernando Suárez replicó: «No vamos a intentar disimular con piruetas de última hora nuestras ejecutorias en el Régimen. Pero hemos pensado siempre […] que los orígenes dramáticos del actual Estado estaban abocados desde sus comienzos germinales a alumbrar una situación definitiva de concordia nacional». Votaron la ley 425 procuradores, contra 59 y 13 abstenciones. El franquismo cedía voluntariamente el poder en pro de una concordia nacional, suceso con muy raros precedentes históricos.

La clave de la reforma era que se producía «de la ley a la ley», como expresó uno de sus diseñadores, Fernández Miranda, sin dejar vacíos que pudieran causar un derrumbe. Lo que significaba rechazar la legitimidad del Frente Popular, asumir como régimen legítimo el de Franco y transmitir esa legitimidad al nuevo.

Contra la reforma y por la ruptura hicieron campaña la Junta de Carrillo y la Plataforma de González. El carácter de aquella oposición y su ruptura había vuelto a suscitar inquietud cuando, en marzo, Solzhenitsin había contrastado en Madrid el sistema soviético con el español. La respuesta casi general de la oposición, comunistas, cristianos *dialogantes*, intelectuales como Cela, etc., consistió en andanadas de insultos al Premio Nobel ruso: la URSS era para ellos un mito reverenciado.

A lo largo de ese año 1976, la oposición hizo llover libremente su propaganda sobre el país y convocó manifestaciones por la amnistía, libertad en abstracto y estatutos de autonomía, aspirando a desbordar el reformismo

del gobierno. Algunas manifestaciones se hicieron violentas y ocasionaron varios muertos. Forzando la mano, la oposición llamó para el 12 de noviembre a la huelga general, acción por naturaleza revolucionaria. La huelga fracasó, prueba de que el país no comulgaba con esa orientación. Ello daba buenas posibilidades al referéndum que debía decidir sobre la ley el 15 de diciembre.

Había dentro del régimen, sobre todo entre los militares, resistencia a legalizar a un PCE cuyo líder, Santiago Carrillo, había sido responsable del acto de terror más masivo de la Guerra Civil, la matanza de Paracuellos. Felipe González dio a entender que no pensaba unir su destino al del PCE, y Carrillo, temiendo quedar descolgado (el Partido Comunista estaba prohibido en Alemania Occidental, por ejemplo) multiplicó los gestos de moderación para demostrar que el peligro comunista era agua pasada: entró en el país secretamente y el 10 de diciembre garantizó ante la prensa la aceptación de la monarquía, la bandera nacional, la economía de mercado… la reforma, en suma. Días después fue arrestado, trámite para su legalización al poco tiempo.

La Transición parecía marchar viento en popa hasta que, el 11 de diciembre, cuatro días antes del referéndum sobre la reforma, el PCE (r) GRAPO secuestró a Antonio María de Oriol, ex ministro de Franco y cabeza de la mayor familia económica del país, exigiendo su canje por presos de varios grupos terroristas. El propósito de fondo era dinamitar el referéndum y todo su proceso, considerado simple lavado de fachada «fascista»[3]. No obstante, la votación transcurrió con normalidad y un alto porcentaje, el 77,4 por ciento, con un 94 por ciento de síes: el franquismo reformista ganaba la batalla política y finaba el régimen instaurado cuarenta años antes.

Con todo, el secuestro de Oriol alteró la vida política. El GRAPO secuestró el 24 de enero al general Emilio Villaescusa y ese mismo día la extrema derecha asesinó a cinco abogados en un bufete comunista de Madrid. El PCE volvió a exhibir moderación en una multitudinaria manifestación silenciosa, pero el GRAPO asesinó el día 28 a tres policías. Éstas y otras violencias habrían dado al traste con la reforma si el gobierno hubiera cedido a las exigencias del GRAPO y la opinión se hubiera polarizado. No fue así, el pueblo permaneció tranquilo y la policía terminó por capturar a los secuestradores directos y a los secuestrados, ya en febrero.

El camino quedó despejado para elegir unas Cortes constituyentes. Suárez había creado el partido UCD (Unión de Centro Democrático), y Fraga AP (Alianza Popular), considerada más derechista. En la izquierda competían el PSOE y el PCE; el segundo seguía despertando recelos pese a su circunspección, más aún al cargar no sólo con sus responsabilidades históricas, sino también con las del PSOE, cuyo pasado todos mostraban interés en blanquear. Pero el PCE disponía de una organización más amplia y bregada, y cierto prestigio por haber luchado contra Franco, al revés que el PSOE. Contendían, por tanto, cuatro grandes partidos y otros de menores expectativas.

Las elecciones se celebraron el 15 de junio de 1977. El partido más votado fue UCD, con 34, 75 por ciento de los votos, seguido del PSOE, con 29, 30.AP alcanzó el 8, 21, y el PCE el 9, 24.Los catalanistas de Pujol (futura CiU) ganaban en Lérida y Gerona, el PNV en Vizcaya y Guipúzcoa, el PSOE en Barcelona, Valencia, Alicante, Asturias y cinco de las ocho provincias andaluzas, y la UCD en las 37 provincias restantes. Republicanos y falangistas

quedaban marginados, y el anarquismo no despegaba. El paisaje político difería mucho del de los años treinta, disolviendo el temor de las derechas a una radicalización social. Pero había otros peligros.

Dos de ellos eran el paro y la inflación galopantes, reflejo de la crisis mundial desatada por de la guerra del Yom Kippur, y que ofrecían a la izquierda posibilidades de agitación. El deterioro se contuvo hasta 1976 gracias a las reservas y la inercia de la prosperidad anterior, pero luego empeoró. La izquierda, consciente de que el sistema podía derrumbarse sobre sus cabezas, firmó en octubre del 77 los Pactos de la Moncloa: contención salarial, facilidad a los despidos —difíciles bajo el franquismo—, devaluación de la peseta, mayor control del gobierno sobre el sistema bancario, etc. Eran precisas reformas mayores, pero se evitó así una eventual desestabilización.

* * *

La oposición había insistido en la amnistía, por descalificar al franquismo como represor de las libertades. Al morir Franco había unos 400 presos políticos (770, en otras versiones), cantidad baja para un país con 36 millones de habitantes y después de las recientes ofensivas terroristas. El indulto al subir al trono Juan Carlos, en noviembre de 1975, los había disminuido, si bien aumentaron por las violencias posteriores. Los últimos 300 fueron liberados en tres amnistías. Ninguno era demócrata, ni socialista, pese a lo cual nadie desmintió el bulo de que antifranquismo equivalía a democracia.

El gobierno se había resistido a liberar a los presos con delitos de sangre, pero los soltó tras una semana de frenética agitación en Vizcaya y Guipúzcoa, previa a las elecciones del 77. Fue una primera claudicación. La ETA había alcanzado

popularidad en Vascongadas y menor, pero real, en el resto de España, debido a los nueve años de adulación propagandística por parte de la oposición a Franco y de parte de la prensa legal. Creían los colaboradores de la ETA que ésta haría de fuerza de choque contra el régimen y que, desaparecido éste, dejaría contenta las pistolas. UCD esperaba calmarlos o aislarlos socialmente con concesiones. Sin embargo, la ETA no había pensado servir de carne de cañón a sus aduladores, a quienes despreciaba. Y, como el GRAPO y otros, repudiaba la reforma, a la que el resto de la oposición se había resignado.

Las dos ETAs se reponían y rodeaban de asociaciones paralegales que el gobierno aceptó, esperando presionasen contra la violencia. Se extendió la idea de que el conflicto se arreglaría con negociaciones, posición abanderada por el diario *El País*, el ejemplo más destacado de la nueva prensa junto con la revista porno-política *Interviú*. Nada podía satisfacer más a la ETA, por cuanto mostraba flaqueza de los partidos, le daba esperanzas de alcanzar sus fines y justificaba el asesinato como forma de hacer política. El PNV e, indirectamente, los nacionalistas catalanes, explotarían la acción etarra para obtener más y más concesiones del Estado y debilitarlo progresivamente.

Todo ello conectaba con la tendencia de Suárez y la UCD, una vez desbaratada la ruptura, a repudiar al franquismo, cuya legitimidad heredaba. A ello presionaba Europa Occidental, que no debía su democracia a sí misma y creía el mito de una república española derrocada por el «fascismo». La izquierda percibió ese punto débil y pinchó en él, aludiendo al pasado de la derecha y arrojando dudas sobre su sinceridad democrática. Muchos jefes del PSOE venían también de la dictadura, alguno había sido confidente

policial, pero la falsificación biográfica empezó a generalizarse. Ante las ironías sobre los «demócratas de toda la vida» de UCD y de AP, éstos retrocedieron, pensando que una buena gestión económica «mirando al futuro» les ganaría los votos. Ya Suárez había engañado a los generales legalizando al PCE a sus espaldas después de haberles prometido lo contrario, y creando la imagen de una resistencia militar al cambio, «ruido de sables» en realidad débil, con el que intentó aparecer más progresista e impresionar a la izquierda. La «imagen» lo era casi todo en la nueva política.

La Constitución reflejaría esas debilidades. A diferencia de las constituciones anteriores, fue elaborada por consenso de los principales partidos, lo que le daría mayor autoridad, pero salió confusa, larga (169 artículos), con toques socialdemócratas y la contradicción de proclamar la unidad nacional y mencionar «nacionalidades» dentro de ella. Creaba un «Estado de las Autonomías», con competencias mayores que en la República, que abarcarían la enseñanza; y, lo más disolvente, ampliables de forma indefinida, abriendo la puerta a un progresivo vaciamiento del Estado. Muchos vieron ahí una bomba de relojería destinada a reventar la unidad de España. La prédica separatista no halló obstáculo, explotando el terrorismo y la renuncia derechista a la lucha por las ideas. La unidad del país pasaba en ámbitos crecientes por consigna «franquista» o «fascista», y se negaba la existencia histórica de España o en todo caso se la admitía, pero como hecho reciente, superficial y poco deseable. En ese despego coincidían el grueso de la izquierda y los nacionalistas. Dato simbólico fue la exaltación de Blas Infante a «padre de la patria andaluza» por parte del PSOE y la UCD, en una región donde no

existía nacionalismo. Infante había querido una «nación» andaluza arábiga y hasta musulmana, y la bandera adoptada fue una mezcla de la omeya y la almohade; bandera similar se inventaría en Extremadura.

El refrendo popular a la Constitución, el 6 de diciembre de 1978, fue menos lucido de lo esperado, con votación diez puntos por debajo de la del referéndum de 1976 y un 87 por ciento de Síes, equivalente al 59 por ciento del cuerpo electoral. El PNV, en cuyo obsequio se habían hecho fuertes cesiones constitucionales, llamó en las Vascongadas a la abstención, que llegó al 61 por ciento (quizá un 25 por ciento política y el resto técnica). Abstención no era rechazo, como luego pretendió el PNV. En el año y medio desde las elecciones del 77 el terrorismo asesinó a 65 personas, frente a 48 en los últimos diez años de Franco.

Vista en perspectiva, la dictadura no cayó, sino que se transformó, radicalmente pero desde dentro y con escasos traumas, gracias a las condiciones sociales, económicas y en buena medida políticas creadas bajo el propio franquismo. Se rompió el tópico de que una dictadura sólo podía caer violentamente, y el modelo español sería imitado por países de Hispanoamérica y de la Europa del Este. Pero la Transición, iniciada de modo muy esperanzador, culminaba con debilidades y contradicciones de mal agüero.

71

ESPAÑA EN DEMOCRACIA

Así entró el país en un período democrático. La palabra «democracia», *poder del pueblo*, es tan sugestiva que en el siglo XX la han adoptado y adjetivado los regímenes más dispares: orgánica, socialista, popular, progresista, avanzada, plebiscitaria, liberal, etc. El término crea un espejismo, pues «poder del pueblo» es una contradicción. Lo que hoy llamamos democracia consiste en una combinación de varios principios: separación de poderes, libertades públicas, sufragio universal y libre, y Estado de derecho o imperio de la ley. Ésta es la democracia liberal, que acepta la división de opiniones e intereses dentro del pueblo y la limitación del poder, de modo que ningún grupo que alcanzase la mayoría en un momento dado pudiera utilizarla para imponerse de forma absoluta y perenne (como intentaron los nacionalsocialistas, por ejemplo). El pueblo no gobierna, pero existe control público sobre los profesionales del poder. Otras fórmulas llamadas democráticas conciben un imposible «pueblo» con opinión e intereses únicos, que coincidirían con los del grupo o partido sustentador de esa fórmula.

La democracia se ha gestado en las sociedades eurooccidentales a partir de la distinción entre «lo que es de Dios y lo que es del césar», que creaba un contrapeso de principio al poder político. Su motor ha sido la noción de la libertad personal y la búsqueda de arbitrios contra la inclinación despótica del poder, búsqueda visible en España ya desde el reino de Toledo y explícita en el pensamiento de la Escuela de Salamanca y otras. Por lo común, la mayor opresión venía de las oligarquías, mientras que el monarca,

más alejado e interesado en una legislación general, pesaba menos sobre el hombre común. A su vez, el impulso tiránico de los monarcas era reducido por las oligarquías mediante Cortes y parlamentos. El proceso fue muy complejo. La racionalización del poder condujo en Francia, y desde ella en gran parte de Europa, a la monarquía absolutista en contraste con la anterior meramente autoritaria, como la española de los Austrias. Y el absolutismo abrió paso, paradójicamente, a la revolución.

La marcha a la democracia liberal ha sido tormentosa en casi toda Europa, como ha recordado Stanley Payne. Los principios liberales conducen a la democracia, pero ha sido una evolución lenta. En el siglo XIX los regímenes eurooccidentales fueron por lo común liberales y parlamentarios, pero no democráticos, por falta de sufragio universal, y sólo en el siglo XX fueron coincidiendo poco a poco democracia y liberalismo. En España, la Restauración avanzó a una democratización creciente, frustrada por los golpes revolucionarios y separatistas. La II República, democracia defectuosa, terminó hundida por el oleaje revolucionario. Luego la dictadura franquista creó condiciones sociales y políticas que permitieron evitar los despeñaderos de la transición de 1930-31, por más que los mediocres políticos terminaron por elaborar la deforme Constitución de 1978, como observó Julián Marías, entre otros. Pero los fallos constitucionales no tenían por qué desarrollarse si los grandes partidos mantenían la moderación y sentido del Estado.

Dos hechos positivos fueron las renuncias del PCE al leninismo, en 1978, y del PSOE al marxismo, en 1979, movidas por la urgencia de ganar votos. En el PCE se resistieron las más estalinistas secciones catalana y asturiana,

y el PSOE burló la discrepancia con la seudodimisión de Felipe González, mientras era encerrado en un ascensor algún conspicuo disconforme. Las renuncias no originaron debate intelectual ni reflexión histórica, con lo que la ideología anterior permaneció, algo aguada. Aun así fueron un progreso, pues por el marxismo ambos partidos habían causado la guerra.

Debido a esa falta de reflexión, la izquierda y los nacionalistas persistieron en falsear el pasado y descalificar globalmente al franquismo, deslegitimando de modo implícito la reforma. La derecha, por acción u omisión, se sumó a esa corriente, y «franquista» se convirtió en una invectiva. Los líderes de UCD padecían el «síndrome de Romanones», expuesto por Cambó: perdía el valor «cuando lo tildaban de reaccionario. Con tal de evitar el dicterio, se volvía cobarde y cometía toda clase de claudicaciones». La izquierda explotó ese temor hasta el punto de atribuirse la transición, la cual habría impuesto el PSOE a una derecha retrógrada y semifascista. Falta de réplica, fue calando en la sociedad la idea de elegir entre los demócratas «progresistas» y unos reaccionarios con nostalgias dictatoriales. Alianza Popular no logró cambiar la imagen adjudicada de fascistoide, siendo en realidad un partido conservador y respetuoso de la ley. Parecía destinado al naufragio, pero la náufraga resultaría UCD. La derecha, en su inanidad ideológica, proponía olvidar el pasado y «mirar al futuro». Pero aun expropiada o usurpada, la transición reformista seguía siendo dura de digerir para la izquierda.

* * *

El PNV, calmado al principio, había renunciado a su racismo sabiniano sólo en apariencia. Su jefe Javier Arzallus impuso un separatismo que aprovechaba las libertades para

denigrar a España y la transición, y aprovechaba los atentados para arrancar al gobierno concesiones que, decía, aislarían a la ETA. En Cataluña predominó hasta 1980 el nacionalismo moderado de Josep Tarradellas, antiguo extremista calmado por el exilio, que había dicho al escritor Josep Pla: «Si algún día gobernase, no destruiría nada de lo hecho por Franco que fuera positivo para el país y la estabilidad general». Jordi Pujol, su sucesor en la *Generalitat*, cambió a una política antiespañola y no democrática, usó la intimidación administrativa y la del grupo terrorista *Terra Lliure*, y procuró la emigración de miles de profesionales castellanohablantes.

Fuera del sistema proliferaban grupos antidemocráticos. La derecha extrema señalaba errores y abusos en la transición, pero carecía de otra alternativa que el retorno a un indeseado régimen autoritario: *Fuerza Nueva*, de Blas Piñar, obtendría un solo diputado en una sola legislatura. Algunos atentados perpetrados por la extrema derecha serían hábilmente explotados por la izquierda para demonizar a sus autores, cuando el 90 por ciento del terrorismo tenía origen izquierdista y la izquierda legal lo miraba con cierta complacencia negociadora. En la extrema izquierda, mucho más agresiva, abundaban los grupos comunistas y violentos, y la ETA se dotó pronto de un partido aceptado legalmente, Herri Batasuna.

El panorama general tendía a la moderación y la estabilidad, salvo por la creciente actividad terrorista, que iba a corroer y corromper en alto grado el Estado de derecho, por las razones dichas. Por otra parte, ningún partido tenía votos suficientes para gobernar en solitario, lo que le obligaba a pactar con grupos menores, en particular nacionalistas, que así adquirían un poder desproporcionado.

Otras tendencias alarmantes eran la difusión casi explosiva de la droga, el alcohol, la pornografía, la delincuencia, así como la crisis económica, recrudecida en 1979. No bastando los Pactos de la Moncloa, era precisa una reestructuración económica a fondo, dolorosa a medio plazo.

* * *

Aprobada la Constitución, nuevas elecciones a Cortes, en marzo de 1979, volvieron a dar la victoria a UCD. El PSOE y el PCE aumentaron algo su proporción de votos, y el PSOE ganó Madrid, Murcia y Tarragona, así como las mayores ciudades en los comicios municipales. Bajaban AP y los nacionalistas catalanes, y el PNV retenía Vizcaya y Guipúzcoa. La ETA, a través de Herri Batasuna, sacó tres diputados.

Suárez volvió a gobernar. El retroceso de la lucha antiterrorista desde la muerte de Franco permitió que los asesinatos superasen la cifra insoportable del centenar en 1980; las víctimas eran vilipendiadas y enterradas casi a escondidas, y en la sociedad vasca el miedo y la impunidad del crimen hacía huir a mucha gente. Francia seguía amparando a la ETA. Las exigencias y propaganda separatista apenas hallaban freno. La economía empeoraba: en 1975 la renta per cápita española había alcanzado el 80 por ciento de la media de la CEE, y en 1980 había descendido al 72 por ciento, pese a la crisis de la misma CEE. Las huelgas se multiplicaban desde 1976 y la reconversión industrial no podía ser abordada por temor a la movilización sindical. La incapacidad del gobierno ante tales problemas generaba malestar en el ejército, y dentro de UCD bullían los personalismos y deslealtades (algún ministro obraba como espía de Alfonso Guerra, el segundo

de Felipe González). El PSOE sometía a campañas de «acoso y derribo» a Suárez, de quien se distanciaba el monarca. La política exterior era errática, apoyando a los enemigos de Israel, a Fidel Castro y a cierto neutralismo tercermundista. El 29 de enero de 1981, cansado y decepcionado, Suárez dimitió. Le sucedió Leopoldo Calvo Sotelo, sobrino del político cuyo asesinato, cuarenta y cinco años antes, había desencadenado la segunda fase de la guerra civil, tras la primera de 1934.

Apenas dos años después de aprobada la Constitución, el país entraba en una crisis política grave. Tanto el rey como el PSOE y AP creían preciso un giro de timón, y todo indica que prepararon un golpe de estado *blando* para imponer un gobierno de concentración presidido por el general Armada. Por descoordinación o interferencia de otra trama golpista, el 23 de febrero un grupo de guardias civiles asaltó el Congreso durante la sesión de investidura de Calvo Sotelo. El primer plan cayó por tierra y el rey, tras algunas vacilaciones, mantuvo la legalidad, lavando su imagen y la de los partidos.

Suárez había cumplido con habilidad y audacia la primera etapa de la transición, pero, carente de verdadero fondo intelectual y político, no había distinguido bien las cuestiones de principio de las de oportunidad. Sus problemas nacieron del rupturismo y el terrorismo, ambos propios de la oposición a Franco; por la derecha, del temor de algunos a un caos como el republicano, y de amagos de golpe involucionista.

Calvo Sotelo, un político esnob y muy anglófilo —aunque muy poco inglés— no lograría solucionar los problemas del país ni los internos de UCD y, al cabo de un año y medio, el PSOE ganaría las elecciones en octubre de 1982.

* * *

Durante los años de la transición española el marxismo continuó a un tiempo su expansión y su crisis: ocupó Nicaragua tras derrocar al dictador Somoza, promovía una guerra civil en El Salvador y multiplicaba los atentados en Argentina, hasta recibir allí la réplica de un sanguinario golpe militar en 1976. Por África triunfaron regímenes marxistas en el ex Congo francés, Angola, Mozambique y Etiopía; en ésta provocó hambrunas gigantescas. También existía un régimen marxista en Yemen del Sur, zona estratégica, con Etiopía, sobre la comunicación entre el Índico y el Mediterráneo, y próxima al petróleo árabe. Angola y Mozambique sufrieron largas guerras internas, como otros países africanos tras las independencias de los años sesenta, y se convirtieron en centro de pugna entre Usa y la URSS, con intervención de tropas cubanas al servicio de los soviéticos. En cuanto a la crisis, Mao murió en 1976 y, tras una corta lucha por el poder, volvieron a imponerse los *revisionistas*, inspirados por Deng Xiaoping, ex purgado por la Revolución Cultural, pero la relación con la URSS no mejoró. Y se dio el caso insólito de que Vietnam invadiese Camboya en 1978 y a continuación fuese invadido por China, países comunistas los tres (Camboya registraría uno de los peores genocidios «de clase»: los marxistas exterminaron a más de un cuarto de la población).

Golpe muy duro para Usa fue la caída del shah Reza Pahlevi de Irán, en enero de 1979, debida no a los comunistas sino al fundamentalismo islámico chií, muy celebrado por los medios *progresistas* españoles. Bajo el shah, aliado de Usa, Irán se había modernizado y convertido en la gran potencia del suroeste asiático. Pudo haber sido el segundo estado del islam a un tiempo occidentalizado y

nacionalista, después de Turquía, pero su derrocamiento preludió el auge del integrismo musulmán, antioccidental en extremo. Al año siguiente comenzó una guerra entre Irak, respaldada por Occidente, e Irán, que duraría ocho años y causaría un millón de muertos.

Italia y Alemania sufrieron un terrorismo marxista que originó crisis políticas, la peor debida al secuestro y asesinato del ex primer ministro italiano Aldo Moro, promotor de la colaboración de la Democracia Cristiana con el PCI. En el Reino Unido, las luchas del Ulster a partir de 1969 ocasionaron en diez años casi el triple de víctimas que la ETA. En Portugal, el peligro de un régimen marxista se superó definitivamente tras las elecciones de 1979, que dieron la victoria al centro derecha; si bien el Partido Socialista de Mario Soares había frenado en años anteriores los impulsos revolucionarios.

* * *

El PSOE hizo la campaña electoral de 1982 bajo el lema «Cien años de honradez y firmeza», faltando con osadía a la verdad. Publicitariamente, el lema era espléndido, y conectaba de lleno con el anhelo de la sociedad, pero su eficacia sólo podía descansar sobre una ignorancia histórica casi generalizada en el país y la crisis de UCD. El PSOE ganó 10 millones de votos y mayoría absoluta en las Cortes. La derecha derivó parte de su voto a AP de Fraga, que subió a 5, 5 millones. UCD perdió casi 5 millones, quedando en 1, 5, y el PCE descendió de casi 2 millones a 850 000. El PSOE ganó en todas las provincias excepto en Gerona (CiU), Vizcaya y Guipúzcoa (PNV), y siete provincias de Galicia y Castilla-León (AP). La derecha tardaría mucho en reponerse de su crisis, y los socialistas iban a sostenerse en el poder catorce años.

En 1982 el PSOE estaba en condiciones de hacer casi lo que quisiera. Y algo que hizo pronto fue intervenir Rumasa, uno de los mayores consorcios empresariales españoles, asestando un golpe a la legalidad y al Tribunal Constitucional, cuyo crédito se tambaleó al aceptar el hecho. Rumasa costó al Estado la suma fabulosa de más de un billón de pesetas, y generó un chorro de corrupción. El PSOE, dueño de los poderes legislativo y ejecutivo, se aprestó a controlar el judicial. Ante las críticas, el vicepresidente Alfonso Guerra ilustró el designio socialista con la frase «Montesquieu ha muerto».

Felipe González había amenazado con «auditorías de infarto» a las empresas públicas provenientes del franquismo, pero la investigación no detectó anomalías importantes y en cambio los escándalos de corrupción socialista se multiplicaron. El gobierno replicó con la arrogancia de los votos a las denuncias y, para frenarlas, diseñó una arbitraria Ley Antidifamación, que no logró imponer. Todo ello atentaba contra la democracia liberal puesta en marcha durante la Transición, y la habría liquidado de no haber topado con resistencia social, gracias al mantenimiento de las libertades.

La actuación económica socialista fue más positiva. La reconversión industrial que el PSOE no habría permitido hacer a UCD, pudo hacerla él entre multitud de huelgas y enfrentamientos, cierre de fábricas, privatización de empresas públicas y subida del desempleo hasta los 3 millones (el 21 por ciento de la población activa, algo nunca visto). Pero la reforma, aun juzgada insuficiente por sus críticos, permitió un repunte del PIB dos años después y durante siete años, con crecimiento del 3, 5 al 5 por ciento, modesto por comparación con los años sesenta o los

cincuenta, aun si superior al de la CEE. Pero incluso con la renovada prosperidad persistiría una tasa de paro muy elevada.

Los hechos clave de la política internacional del PSOE fueron la entrada de España en la CEE y la ratificación de la adhesión a la OTAN, en 1986. Contra una opinión común, la CEE no trajo mayor democracia —su deterioro continuó — ni ventajas económicas: fuera de ella, España había prosperado mucho más deprisa, el crecimiento desde 1985 nacía de reformas estructurales internas, y algunas condiciones de entrada empeoraban el acuerdo preferencial de 1970. Contra la realidad histórica, se forjó la *imagen* de la «entrada en Europa», que satisfizo a millones de personas sugestionadas por una activa propaganda sobre la «anormalidad» del país y un aislamiento inexistente. Tuvo un coste en soberanía, con la renuncia de hecho a Gibraltar, colonia británica a la que se otorgaron ventajas que la enriquecieron a costa de los intereses españoles. Otra consecuencia fue el reconocimiento de Israel, uno de los pocos estados que Franco había rehusado reconocer —sin por ello mostrarle hostilidad—, debido a su política de amistad con los países árabes, aparte de que en Madrid había sentado mal el voto israelí contrario a la admisión de España en la ONU, en 1949, habiendo sido España uno de los contados países que salvó a miles de judíos del Holocausto y luego facilitó la huida de otros miles de Marruecos a Israel, en 1948.

En cuanto a la OTAN, las encuestas mostraban una opinión popular contraria, por los inmensos beneficios de la neutralidad española en las guerras europeas. Franco había roto esa tradición sólo parcialmente: no pidió el ingreso en la OTAN, pese al interés de Washington, ni participó en la

guerra de Vietnam como se le pidió, mantuvo el comercio con la Cuba castrista y presionó sobre Gibraltar. La izquierda también rechazaba el ingreso, aunque más por simpatía tradicional a la URSS que por los intereses hispanos. Mantenerse al margen de la organización atlántica no implicaba hostilidad a ella, como había demostrado Franco, sino retener una cuota mayor de soberanía y libertad de decisión. Calvo Sotelo, sucesor de Suárez durante un año y medio, había metido al país en la OTAN simplemente por decreto. El PSOE, presionado por la diplomacia useña y europea, cambió de postura. La inicial oposición popular fue moldeada por una intensa propaganda, y en el referéndum al respecto triunfó el sí con un 52, 5 por ciento sobre una votación menor del 60 por ciento: poco más del 30 por ciento del cuerpo electoral.

Al terminar el franquismo y con él la censura, muchos esperaban la salida a la luz de obras maestras guardadas en cajones, y el florecimiento de un talento antes reprimido. Pero la censura había sido ligera, enfocada a la pornografía y a pocos puntos políticos (los libros de Marx, Engels y muchos otros marxistas, y las interpretaciones históricas estalinistas de Tuñón de Lara habían circulado legalmente), y no apareció ninguna obra de interés. Más decepcionante fue la escasez de talentos a la altura de los de la era de Franco, si bien abundó lo que con expresión mercantil se llamaba «oferta cultural», subvencionada a menudo por el Estado: festivales, conciertos de *rock*, exposiciones, museos de arte moderno, etc., y una cultura del entretenimiento de bajo nivel y a menudo chabacana. En literatura, arte, ensayo, pensamiento, ciencia o cine proliferó la hojarasca, con las obligadas excepciones. Las universidades y universitarios se multiplicaron, con calidad a la baja. El diario *El País* se

convirtió en foco de la nueva cultura, y el panorama fue dominado por la intelectualidad *progresista* —persistía otra más seria, en segundo o tercer plano—, que salió *apuntándose* al marxismo o exhibiendo su respeto por él, para poner luego de moda una curiosa afición a «la utopía» o al anarquismo, más tarde al postmodernismo, etc., dejando tras sí poco material recordable. Era denostado, con cómica arrogancia, el «páramo cultural» anterior.

Parte del nuevo ambiente fue la sustitución, ya en 1977, del Instituto de Cultura Hispánica por el de Cooperación Iberoamericana, que, con el Hispanoárabe de Cultura, pasaron al Ministerio de Exteriores con el título de Agencia Española de Cooperación Internacional. Dichos institutos perdieron autonomía y carácter cultural e hispánico, para adquirirlo económico y burocrático. Desaparecieron durante años los miles de hispanoamericanos y árabes que antes estudiaban en las universidades españolas.

Durante ese período, y hasta hoy, continuó la crisis de la institución familiar con el aumento de los divorcios, de niños criados en familias monoparentales, de abortos y embarazos de adolescentes, enfermedades de transmisión sexual, violencia doméstica, fracaso escolar, etc. El alcoholismo, la droga y la delincuencia no cesaron de expandirse, al igual que la pornografía y la *telebasura*. También crecieron los suicidios, indicadores todos de mala salud social. El ambiente tomaba un tinte anticristiano o acristiano, que se decía democrático. Los templos y seminarios seguían despoblándose y nadie agradecía a la Iglesia los servicios prestados a la oposición antifranquista.

Ante el terrorismo, corrosivo de la democracia, los gobiernos insistieron en negociar. En la primera etapa confusa propia de toda transición, la negociación pudo

cumplir un papel, de hecho lo cumplió al desaparecer así una de las ETAs, llamada *poli-mili*, varios de cuyos militantes ingresaron en el PSOE. Pero la persistencia de esa política minaba el Estado de derecho. A última hora, la UCD había recurrido a policías franquistas, y los asesinatos habían bajado en 1981 a un tercio del año anterior. El PSOE, ambiguo ante los atentados, creyó que la ETA se contendría ante un gobierno de izquierda. Su error le llevó a una reacción característica: incrementar las negociaciones bajo cuerda y al mismo tiempo responder a los atentados con terrorismo gubernamental.

Entretanto, en 1989 AP, que se había llamado también Coalición Democrática y luego Coalición Popular, superó su prolongada crisis con el nombre de Partido Popular (PP), y en 1990 José María Aznar imprimió mayor eficacia a la dirección.

* * *

El suceso histórico más importante de los años ochenta fue el derrumbe del bloque soviético en Europa, a partir de la caída del Muro de Berlín en 1989. Durante largo tiempo, los atroces sacrificios para construir el socialismo y el comunismo pudieron parecer a muchos la medida de la sublimidad de la meta, perseguida a través de una lucha titánica contra las oscuras fuerzas del pasado, de la explotación del hombre por el hombre y de la religión; pero el resultado sólo fue una vida plomiza, enyugada y pobre. La historia interna de la URSS había sido una sucesión de vaivenes entre medidas colectivistas y aperturas parciales a la iniciativa individual, sin alcanzar nunca un equilibrio. El fracaso de Jrúschof en superar a los países occidentales dio paso, desde 1964, a Brézhnef, con quien los bandazos se aceleraron hasta 1982.Tres años después, Mijail Gorbachof

puso en marcha reformas que suscitaron un afán liberalizador indigerible por el régimen. La clase política se desmoralizó mientras la URSS perdía decisivamente la carrera económica y técnica con Usa. Quedó de relieve que el sistema descansaba en la fuerza militar y la vigilancia policial: al aflojarse ambas, el comunismo simplemente se desplomó, algo que casi nadie había sido capaz de pronosticar.

La caída del bloque soviético tuvo relación con un cambio de política en el mundo occidental, personificable en el papa Juan Pablo II, en el presidente useño Ronald Reagan y, en menor medida, por el menor peso de Inglaterra, en la primera ministra inglesa Margaret Thatcher. El Papa, elegido en 1978, cambió la orientación dominante desde los años sesenta. Procuró un nuevo movimiento evangelizador a escala mundial, entendimiento con otras religiones y mayor firmeza hacia el marxismo. Hizo retroceder la Teología de la Liberación y tendencias análogas y presionó sobre su país de origen, Polonia, que, por emplear la terminología leninista, constituía «el eslabón débil» de la cadena de estados socialistas. La resistencia popular católica obró en Polonia como una cuña que agrietó el sistema soviético entero. Así lo entendió Moscú, y de ahí el intento de asesinar al Papa, que estuvo cerca de alcanzar su objetivo.

En 1979 Margaret Thatcher subió al poder en Reino Unido, tras un largo declive político y económico del país, achacado a las políticas laboristas y al poder sindical. Thatcher propició una liberalización económica, activa oposición a la mentalidad socialista dentro del país y a la Unión Soviética en el exterior, y estrecha cooperación con Usa y el mundo anglosajón después de que Reagan ganase las elecciones, en 1981. Hasta entonces había dominado en

Europa la aceptación del comunismo como un hecho irreversible, actitud propia de los partidos socialdemócratas, que nunca habían perdido cierta afinidad con el experimento comunista, de los movimientos salidos del «Mayo del 68», y de un amplio sector democristiano. En la década de los ochenta, Usa, apoyada por Inglaterra, incidió más sobre los derechos humanos, desplegó una técnica militar inasequible para los soviéticos, y la CEE apoyó, sin fervor y con protestas de los pacifistas. El avance comunista por el mundo fue deteniéndose y Afganistán resultó un Vietnam para la URSS. Del desmoronamiento de ésta surgió la reunificación de Alemania, muy poco deseada por Francia e Inglaterra: la reunificación creaba la mayor potencia económica y demográfica de Europa, con ulterior proyección política.

Los sucesos, en verdad asombrosos, dejaban a Usa como única superpotencia, con ventaja económica, política y militar inaudita en la historia. El ensayista Francis Fukuyama expresó en un influyente folleto lo que muchos pensaban: el próximo triunfo global de la democracia tipo Usa y CEE (que en 1993 se rebautizaría Unión Europea) y el fin de la historia tal como se la había conocido. Fin de la historia ya predicho por Marx y los utopistas a partir de sus respectivas ideologías. Seguiría, advierte Fukuyama, «un tiempo muy triste. La lucha por el honor, la disposición a arriesgar la vida por un fin abstracto, la lucha ideológica mundial con sus virtudes de audacia, valor, imaginación e idealismo, será reemplazada por el cálculo económico, la inacabable resolución de problemas técnicos, la preocupación por el medio ambiente y la satisfacción de complicadas exigencias consumistas. En la época posthistórica no habrá arte ni filosofía, sólo la perpetua

vigilancia del museo de la historia humana». Y, sin decirlo, regímenes de modelo anglosajón, con el inglés como idioma político y cultural.

Mas, de momento, las cosas habían de complicarse de modo imprevisto.

* * *

La caída del Muro de Berlín y poco después del Imperio soviético tuvo en España repercusión mínima y no dio pie a reflexión alguna en la izquierda. PSOE y PCE habían rechazado superficialmente el sistema soviético, hacia el cual habían sentido admiración más o menos soterrada: no en vano compartían semejanzas doctrinales y una versión de la Guerra Civil y del Frente Popular. La derecha, siempre inane, tampoco extrajo las debidas conclusiones ni procuró una clarificación histórica. No obstante, la caída del Muro mejoró el clima social para el PP, junto con la denuncia, por periodistas demócratas, de los escándalos de corrupción y terrorismo del gobierno.

Los gobiernos del PSOE menoscabaron seriamente el sistema. En Vascongadas la democracia desapareció a efectos prácticos, en Cataluña retrocedió por los embates de un nacionalismo agresivo y victimista, y en Andalucía la corrupción caciquil y clientelar alcanzó sus mayores cotas. Al menos tres causas explican el prolongado poder socialista: el reasentamiento de viejos mitos de la lucha de clases, según los cuales la izquierda representaba a los *pobres*, a los *trabajadores* y al *progreso* frente a una derecha retrógrada explotadora y *franquista*; el veloz aumento del tamaño del Estado, que creó cientos de miles de nuevos funcionarios, sinecuras, corrupción y una vasta clientela política; y la parálisis intelectual de una derecha romanonesca.

Así como en 1982 la gente esperaba honradez y firmeza

para enderezar la situación, por los años noventa se extendía la demanda de regeneración democrática. El PP ganó por estrecho margen las elecciones de 1996, o sería más justo decir que las ganaron para el PP los pocos periodistas influyentes que denunciaron las ilegalidades y corrupción del PSOE y le impidieron promulgar leyes contra la libertad de expresión.

La anunciada regeneración apenas se produjo. Aun así, Aznar ganó las elecciones del año 2000, esta vez por mayoría absoluta. Causa de su éxito creciente fue, aparte apoyos mediáticos, un cuádruple logro: superó la crisis económica y rebajó a la mitad el paro, que el PSOE habían calificado de estructural; rebajó a menos de la mitad la corrupción; su eficiente gestión económica permitió construir magníficas infraestructuras y alcanzar el superávit presupuestario; y arrinconó a la ETA, ilegalizando sus terminales políticas, persiguiendo su financiación, desarticulando sistemáticamente sus partidas y, sobre todo, restringiendo o anulando la política de «negociaciones»: hacia el final de su segunda legislatura se preveía el fin del grupo terrorista a plazo no largo.

Este último logro fue el de mayor trascendencia, porque la ETA y las *negociaciones* habían asolado la democracia. El programa pareció completarse cuando el PSOE, liderado por Rodríguez Zapatero, aceptó esa política y propuso en 2000 el Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo. El acuerdo corregía prometedoramente la deriva corrupta contra el Estado de derecho y la democracia seguida por los partidos después de la Constitución. Desde su mismo enunciado, el pacto alarmó a los nacionalistas vascos y catalanes, que acababan de resucitar su vieja alianza entre ellos y con los gallegos, con vistas a minar más a fondo la

unidad española. El hecho de que PSOE y PP resolvieran defender las libertades y derrotar a la ETA anunciaba el freno al envilecimiento del Estado en los años anteriores. Pero sería una ilusión: Rodríguez traicionó pronto lo firmado, tratando con los terroristas a espaldas de Aznar.

La política exterior del PP procuró una relación estrecha con Usa e Inglaterra, firmeza con dictaduras como la castrista, acuerdos con Argelia frente a presiones de Marruecos —como la ocupación de la isla de Perejil, en 2002—, y con Polonia frente al eje París-Berlín. Aumentó el peso de España en la UE por el Tratado de Niza, de 2001.

Los aspectos cultural y social continuaron su deterioro. Persistió la «oferta cultural» abundante, mediocre y subvencionada, y la escasez de talento. Una reforma de la enseñanza contra el elevado índice de fracaso escolar, analfabetismo funcional, etc., fue ruidosamente combatida por la izquierda, con argumentos populistas.

* * *

A fin de acosar al gobierno del PP, Rodríguez empleó profusamente la movilización callejera, a menudo violenta, alimentada con informaciones dudosas o falsas, hasta rondar la desestabilización. Así contra la reforma educativa, o so pretexto de un derrame de petróleo en las costas gallegas, y con motivo de la guerra contra la dictadura iraquí en 2003. El año 2001, el terrorismo islámico había destruido las Torres Gemelas de NuevaYork, uno de los más rutilantes emblemas del poderío useño, matando a 2800 personas. Washington, en respuesta, invadió Afganistán y derribó al integrismo *talibán*. Y en 2003 atacó a Sadam Husein de Irak, déspota sanguinario aunque no integrista. Éste, ya en 1990, había ocupado Kuwait, dando lugar a una contienda

con Usa y otros países occidentales, que derrotaron pero no derrocaron a Husein. Se acusaba a Husein de fabricar armas de destrucción masiva, y si bien él obstruía los controles al respecto, no había pruebas claras de su existencia, por lo que el objetivo real sólo podía ser la eliminación de su tiranía para imponer una democracia como barrera frente a Irán y al fundamentalismo islámico, y un seguro para Israel.

Aznar tomó partido por el presidente useño George Bush, como el primer ministro británico Tony Blair, pero no envió tropas. La guerra levantó multitudinarias protestas por toda Europa y el PSOE vio ahí una ocasión para desgastar a Aznar, pese a que Felipe González había participado con tropas en la guerra de 1990-91. El apoyo español era difícil de evitar una vez el PSOE había renunciado totalmente a la neutralidad, y Aznar pensó que así ganaría mayor peso internacional. Con motivo de esta guerra, el PP volvió a demostrar su flaqueza intelectual e ideológica: esperó a que la lluvia de protestas escampara, sin hacer casi nada por convencer a la población.

La pronta caída de Husein pareció disolver los nubarrones, y cuando llegaron las elecciones, en 2004, el PP salió con expectativas de nueva mayoría absoluta, gracias a los éxitos anteriores de Aznar. Éste cumplió su promesa de no presentarse por tercera vez, imitando la norma useña, y dejó como sucesor a Mariano Rajoy, político gris y sin convicciones definidas, pero que parecía bueno para un gobierno tranquilo que se pensaba asegurado. Sin embargo la campaña de Rajoy, puramente economicista, le hizo bajar rápidamente en las encuestas.

72

INVOLUCIÓN

En la situación electoral descrita ocurrió el «atentado de Atocha», el 11 de marzo de 2004, tres días antes de las elecciones. Fue el mayor atentado de la historia de España y de Europa, con 193 muertos y 1900 heridos y mutilados. Atribuido por prácticamente todos a la ETA, pronto las sospechas recayeron sobre el terrorismo islámico, de lo cual sacó partido el PSOE para sugerir la culpabilidad de Aznar, por haberse alineado con Bush contra Sadam Husein: el atentado sería una reacción musulmana, justificada de modo implícito. Asombrosamente, los socialistas lograron encauzar contra el PP la furia de millones de personas, desviándola de los autores de la matanza, con lo que aseguraron a Rodríguez la victoria.

Lo que puede decirse hoy del atentado es que la instrucción judicial fue irregular, y no menos el juicio, por un juez próximo al PSOE, el cual no aclaró los autores intelectuales ni el objetivo. En todo caso, Rodríguez obró como si hubieran sido los islámicos, y de inmediato retiró de Irak las tropas españolas que ayudaban a la reconstrucción del país y defendían a los irakíes de terroristas que causaban allí masacres análogas a la de Madrid. La retirada equivalía en la práctica a un premio por la masacre del 11-M, preludio de una involución política en regla.

* * *

Veinte años después de la caída del Muro de Berlín, el panorama mundial difería un tanto del previsto por Fukuyama. Por primera vez desde 1949, Europa sufrió en su suelo una acre guerra de diez años, en Yugoslavia, resuelta

de nuevo por intervención useña. El islam exhibió una fuerza temible. Había expulsado de forma humillante a sus anteriores dominadores y, en tiempos más recientes, a Usa del Líbano, de Irán, y a la URSS de Afganistán, siguió golpeando a Rusia en el Cáucaso y a USA en Somalia, y ha impedido hasta ahora estabilizar a Afganistán y a Irak tras las respectivas invasiones. Ha probado que la superioridad militar y tecnológica no basta en ciertas circunstancias. La hostilidad entre la India y Pakistán, ambas dotadas de armas atómicas, no ha remitido, y periódicamente da pie a incidentes. El islam crece por la India y por Europa, en menor medida por América, mediante la migración, el proselitismo y elevada natalidad, y en el occidente europeo es ya una presencia influyente, inédita desde hacía cinco siglos. Israel, después de sus fulgurantes victorias bélicas de antaño, ha debido afrontar un agotador terrorismo, mezclado con hábiles campañas de propaganda, y por primera vez se vio obligado a algún retroceso en el Líbano, habiendo fracasado los sucesivos acuerdos de paz. La amenaza ha aumentado por el empeño de Irán en fabricar armas nucleares. África se divide entre una mitad norte islamizada y una mitad sur donde permanecen culturas animistas y compiten el cristianismo y el mahometismo, con ventaja para éste y casi ningún estado que pueda llamarse democracia.

La quiebra del bloque comunista ha terminado por crear nuevas potencias de tendencia imprevisible. China tuvo éxito donde fracasó Gorbachof, y su empuje económico va camino de convertirla en una superpotencia no ya asiática, sino mundial. No es una democracia, y su occidentalización técnica funciona bajo valores y concepciones civilizatorias muy distintas de las eurouseñas, con perspectivas muy difíciles de apreciar hoy. Corea del Norte, en plena ruina

económica, ha construido bombas nucleares y mantiene una amenaza latente sobre Corea del Sur y Japón. Rusia no ha acabado de democratizarse, más bien marcha en dirección contraria; tras unos años de decaimiento ha recompuesto su poderío militar y aspira a recobrar su rango de superpotencia y reintegrar a los países perdidos al hundirse el Imperio soviético.

Europa ha vivido desde 1945 una paz interna —con numerosas guerras coloniales— asegurada por la protección useña y el temor al arma atómica. Internamente ha gozado de un espectacular crecimiento económico —no cultural—, y lleva décadas de cambio social acelerado, formándose sociedades multirraciales y con formas de vida y aspiraciones reminiscentes del «despotismo democrático» temido por Tocqueville. La vieja agitación obrerista revolucionaria y utópica han cedido el paso a movimientos como el ecologismo, el feminismo o el consumismo, este último una ideología, más que un mero hábito. La orientación política dominante, excluyendo a Rusia, ha sido a una mayor unidad a costa de la soberanía de las naciones, a una mayor burocratización y democracia más restringida, con ansias de jugar un papel de superpotencia, aunque su evolución se ha vuelto más incierta que antaño. La diferenciación entre la Europa industrial y rica y la más agraria y pobre ha desaparecido en gran medida, y persiste, algo desdibujada y con mayores irregularidades, la más antigua entre la Europa eslava, la germánica y la latina, con un debilitamiento del protestantismo, del catolicismo y un aparente resurgir de la Iglesia ortodoxa.

El mundo actual es más complicado e impredecible que el de comienzos del siglo XX. La población se ha multiplicado por más de cuatro, así como las naciones y

conflictos nacionalistas o internacionalistas, y la potencia de las armas. El sentido de la historia escapa a nuestras capacidades, también para las personas religiosas, aun si les proporciona la fe, puesto que los designios divinos parecen impenetrables. La religión cristiana, cimiento de la cultura occidental, retrocede bajo mil ataques racionalistas y cienciastas, pero una experiencia crucial del siglo XX han sido las catástrofes causadas por las doctrinas ateas o paganizantes (también ateas en el fondo).

* * *

Son ya demasiado inmediatos los sucesos para que entren en la historia más que de un modo muy provisional. El gobierno socialista mantuvo la línea económica anterior, pero sin corregir distorsiones cada vez más acentuadas, hasta desembocar en una crisis ciertamente internacional, pero que en España ha tomado caracteres particularmente agudos: el desempleo llegó en 2009 a 4 millones, escalando cotas incluso superiores a las de los primeros años ochenta. En todo lo demás, la política de Rodríguez Zapatero ha venido a ser la inversión total de la de Aznar y de la Transición.

Bajo el título de «Alianza de civilizaciones», Rodríguez cambió la política internacional a favor de tiranías como la de Castro, la de Rabat, la de Irán, de gobiernos populistas antidemocráticos latinoamericanos, del terrorismo antiisraelí, etc. En Europa apoyó la Constitución Europea propuesta por Giscard d'Estaing, político francés acusado de corrupción y connivencia con déspotas africanos, mantenedor del santuario etarra en Francia en plena democracia española. El proyecto anulaba el peso político de España conseguido por Aznar en Niza, y fracasó ante la opinión pública europea. Pero la burocracia de Bruselas lo sustituyó por un Tratado de Lisboa semejante, obligando a

Irlanda a repetir, bajo fuertes presiones, el referéndum que lo había rechazado. Aznar había vuelto a reclamar Gibraltar, pero Rodríguez concedió aún más ventajas a la colonia y redujo la protección de Ceuta y Melilla.

En el interior, la reforma educativa del PP fue sustituida por un recrudecimiento de la enseñanza populista anterior y la implantación de una instrucción ideológica de tipo socialista llamada «educación para la ciudadanía». Se instrumentaron medidas de promoción de la homosexualidad, el aborto y concepciones tendentes a socavar aún más la familia (matrimonio homosexual, etc.), con resultado de un mayor impulso a todos los índices de mala salud social ya mencionados. El ataque a la Iglesia tampoco ha conocido tregua, y entre sus métodos están las facilidades a la inmigración musulmana, vista por el gobierno como un instrumento contra el cristianismo. Esa inmigración llega a menudo con la idea de que España puede transformarse de nuevo en Al Ándalus.

Quedó de relieve el designio global de la nueva política con la llamada «memoria histórica», imponiendo el gobierno por ley —es decir, totalitariamente— su versión del pasado, según la cual el Frente Popular representaba la república y la democracia. Esa ley establecía indemnizaciones en dinero a las «víctimas» y a sus familiares, lo que sin duda estimulaba *recuerdos* difíciles de comprobar. Igualaba, en calidad de víctimas demócratas, a inocentes fusilados en la posguerra con los numerosos chekistas caídos en poder de los nacionales al verse abandonados por sus jefes, así como con los etarras detenidos o muertos bajo el franquismo. Y olvidaba a las muchas víctimas causadas por el terror entre las propias izquierdas.

Pero la verdadera trascendencia de esa ley consistía en

anular de raíz el espíritu de la transición y de la reconciliación lograda bajo el franquismo. Como se recordará, la reforma «de la ley a la ley» suponía aceptar la legitimidad franquista, traspasada así a la democracia, un hecho paradójico sólo en apariencia; y negaba la legitimidad del Frente Popular. La «memoria histórica» pretendía exactamente lo contrario, es decir, volvía al espíritu de la ruptura, con lo cual deslegitimaba la democracia y la monarquía salidas de la transición, que así quedaban como una etapa provisional y de futuro incierto. Tal orientación satisfacía a la ETA, a los separatistas y a los comunistas, aunque muchos pedían más todavía

No menos caracterizaría al nuevo gobierno su actitud hacia la ETA: del acoso a que la había sometido Aznar volvió a las negociaciones, incrementadas como nunca y presentadas como «proceso de paz» y «diálogo». Sus concreciones fueron, entre otras, la legalización de las terminales terroristas, a las que afluyó una corriente de dinero público; la reducción a mínimos de la persecución policial y obstrucción a algunos jueces; la consideración de los etarras como víctimas del franquismo; la proyección internacional otorgada a la ETA en el Parlamento Europeo. Estas y otras acciones se completaron con el intento de acallar, mediante amenazas, a la Asociación de Víctimas del Terrorismo, la cual sufrió campañas de descrédito desde los medios de comunicación próximos al gobierno.

Con ello volvía a justificarse el asesinato como forma incluso privilegiada de hacer política, mucho más que bajo Felipe González. Nunca se habían concedido a la ETA tales ventajas ni hecho promesas tan inauditas, condensadas en un nuevo estatuto de Cataluña que ampliaba las competencias autonómicas hasta dejar en residual la presencia del Estado

español, según resumió con alegría el socialista catalán Pasqual Maragall. El estatuto no respondía a ninguna exigencia social, fue aprobado con un corto número de votos populares y era abiertamente anticonstitucional, al instaurar una nación catalana (la nación es la base de la soberanía); pero respondía al interés del PSOE: su oferta a la ETA consistía igualmente en rebajar a niveles residuales la unidad nacional de España en el País Vasco y probablemente Navarra. Comenzaba así un proceso disgregador o balcanizante, y el PP denunció el estatuto ante el Tribunal Constitucional, presidido por una juez política próxima al PSOE y al separatismo vasco.

Tal «diálogo» sólo puede llamarse, en términos realistas, colaboración con la ETA, y colaboración en un grado que jamás había alcanzado el clero separatista vasco, ni el PNV, ni ningún gobierno francés o argelino. Fracasó, provisionalmente, debido a que los etarras no se conformaban con tan exorbitantes concesiones y rechazaban incluso el barniz de unidad de España necesitado por el PSOE para mantenerse en el poder. Pero el proceso, junto con la «memoria histórica», ha dejado un paisaje de ruinas del Estado de derecho y de los avances de la transición. La Constitución ha sido anulada en gran medida por la vía de los hechos consumados y en alianza con el terrorismo y el separatismo, de intereses coincidentes en ello. Y ha propiciado nuevos pasos en la liquidación «de Montesquieu» querida por el PSOE, así como ataques a la libertad de expresión para silenciar a comunicadores disconformes, vigilancias ilegales, etcétera.

Estas políticas, que la ex diputada socialista Cristina Alberdi calificó en su día de «estafa» y «alta traición», dan forma a una verdadera involución antidemocrática, bien

visible a los treinta y cinco años de la muerte de Franco. La deriva chocará a un observador imparcial, pero no tanto si conoce el historial del PSOE, que Rodríguez ha reivindicado íntegramente, sin excluir a figuras como las de Largo Caballero o Negrín. Ese partido comparte con la ETA hasta un 90 por ciento de ideología: ambos se declaran socialistas, antiimperialistas, antifranquistas incondicionales (y retrospectivos en el caso del PSOE), *progresistas*… La ETA es visceralmente antiespañola, y la unidad e historia de España nunca han suscitado fervor en el *internacionalista* PSOE, que, como hacía notar Julián Marías, tiene un concepto negativo de España y su historia. Sobre esas bases comunes, el «diálogo» no resulta difícil, como tampoco con las *civilizaciones*. Pesa igualmente la personalidad de Rodríguez, clásico profesional de la política, intelectualmente simple, con ideas sumarias y cierto iluminismo, convencido de ser un salvador de la mujer. La izquierda española y el separatismo han adolecido siempre de un funesto vacío intelectual, como hemos observado.

La facilidad con que esta involución destrozó la política de Aznar y transformó en su contrario el Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo, se debe al práctico desvanecimiento de la oposición. En una democracia, la propensión de los gobiernos a abusar de su poder es frenada por la división de poderes, por la prensa libre y por los partidos opositores. Hoy, la separación de poderes está muy deteriorada, acosada la prensa crítica, y el PP de Rajoy, en lugar de oponerse, ha seguido una política contraria a la de Aznar y siempre detrás de la iniciativa del PSOE. No se opone a la ley de «memoria histórica», sino que la cumple; tampoco a la degradación del poder judicial, cuyo control quizá espera heredar si llega al poder; sus críticas al

«diálogo» con la ETA fueron insignificantes, y a su denuncia del Estatuto catalán le siguió la imitación de él en regiones con gobierno del PP, como Valencia y Baleares, y la confabulación con el PSOE para crear una nueva «realidad nacional» en Andalucía; ha contribuido a hostigar a los periodistas independientes y se ha visto afectado seriamente por tramas corruptas. La resistencia al involucionismo ha provenido de algunos medios de comunicación, de parte del Episcopado y de asociaciones diversas, y ha cuajado en varias de las manifestaciones más multitudinarias y pacíficas registradas en la historia de España. Hasta que el PP se puso a la cabeza de ellas y las condujo al marasmo.

Rajoy, que intelectualmente recuerda a Rodríguez, renunció por completo a la batalla por las ideas —no ha dado muestras de tener ninguna en concreto—, clave de las averías posteriores del sistema. Pues la pretendida legitimidad del Frente Popular e ilegitimidad de Franco ha sido la justificación moral y política del terrorismo, de los separatismos y de la involución. Los lemas orientadores del nuevo PP como «mirar al futuro» o «la economía lo es todo», rebajan la calidad de debate político a niveles inferiores a los del mismo PSOE. De ahí la falta de frenos a la política rodriguista y un retroceso aún mayor de la democracia, causado en este caso por el nuevo PP.

Vistos estos hechos con perspectiva histórica, ofrecen una reveladora continuidad. El PSOE, los separatistas y los terroristas actuaron como verdaderos torpedos contra la Restauración y la II República, y parecen dispuestos a repetir suerte en la actual democracia, con métodos en apariencia menos violentos (en apariencia, porque se han apoyado sobre la explotación política de los cientos de asesinatos etarras, y han logrado el control de la violencia del

Estado). Algo ha cambiado, no obstante: el anarquismo y el republicanismo de antaño se han casi evaporado, y los viejos ideales revolucionarios han acabado de derrumbarse junto con el Muro de Berlín. Si en los primeros cuarenta años del siglo XX el mayor reto para la sociedad española fue el revolucionario de izquierda, siempre acompañado de terrorismo, desde la Transición el desafío principal pasó a ser el separatista, también acompañado y hasta sostenido por el terrorismo. Las fuerzas centrífugas, existentes en toda sociedad, han adquirido mayor fuerza que nunca, amparadas por unos partidos nacionales faltos de visión histórica.

Desde las guerras napoleónicas hallamos tres ciclos de unos sesenta o setenta años cada uno, caracterizables como intentos de poner en pie un sistema de convivencia con libertades. El primero terminó estrellándose en la I República, el siguiente con la II República y más concretamente con el Frente Popular, y el tercero, más complejo, comenzó con una «democracia orgánica» que derivó a una democracia liberal mucho más asentada que cualquier régimen anterior, y que durante años pareció capaz de corregir sus defectos mayores hasta que, después de 2004, setenta años después de la insurrección izquierdista de octubre, vuelve a hallarse en grave peligro, precisamente por la acción de fuerzas políticas que se identifican con las que asaltaron entonces la República.

* * *

Dentro de la historia general de Europa, la de España tiene profundas particularidades. Su base étnica es prerromana, pero su cultura es densamente latina y cristiana, y en esa latinización y cristianización reside la fuerza que convirtió a los visigodos en agentes de la formación de una nación política, la primera de Europa en rivalidad, si acaso,

con Francia. Y que, ante la invasión musulmana, permitió una reacción, la Reconquista, que invirtió el proceso de integración de la península en el ámbito afrooriental e islámico, reintegrando la nación al ámbito cultural eurocristiano y creando al mismo tiempo una sociedad y cultura con numerosos rasgos originales. Culminado este proceso, los españoles produjeron una brillante cultura, extendieron su poder político y cultural por el Mediterráneo, por extensiones de Europa centrooccidental, cruzaron por primera vez el Atlántico y el Pacífico, pusieron en comunicación las civilizaciones y culturas más alejadas, contuvieron el ímpetu otomano y protestante y construyeron, junto con los portugueses, el primer imperio transocénico.

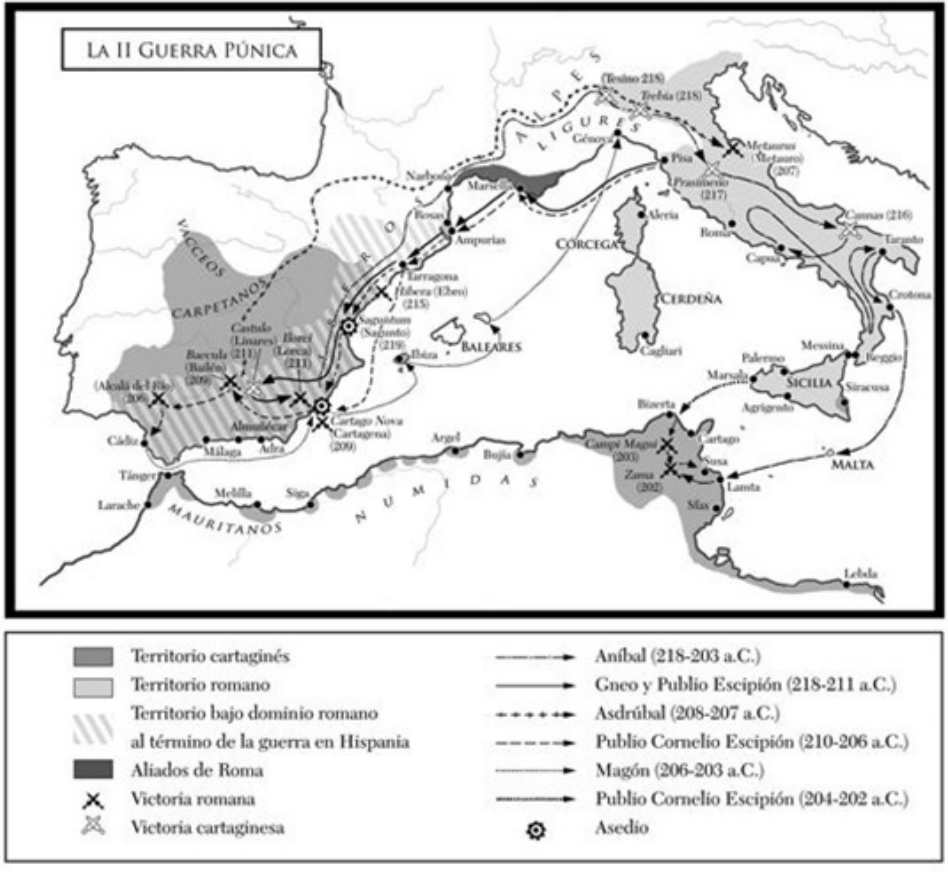
En estas empresas se adelantaron a la mayor parte de Europa. Luego, con un ritmo diferente del eurooccidental, España perdió su anterior originalidad y capacidad emprendedora, quedó rezagada de la revolución industrial y del desarrollo científico y, en pleno apogeo del poder cultural, político y económico de la Europa del oeste, entró en una prolongada crisis, quedando relegada a potencia considerable, pero no ya de primer orden. La crisis se remontó en varias ocasiones, aunque de modo incompleto, y hoy continúa, sin que se le vea una salida clara y poniendo en riesgo, incluso, la supervivencia de la nación política creada en tiempos de Leovigildo y que tantas pruebas extremas superó en el pasado.

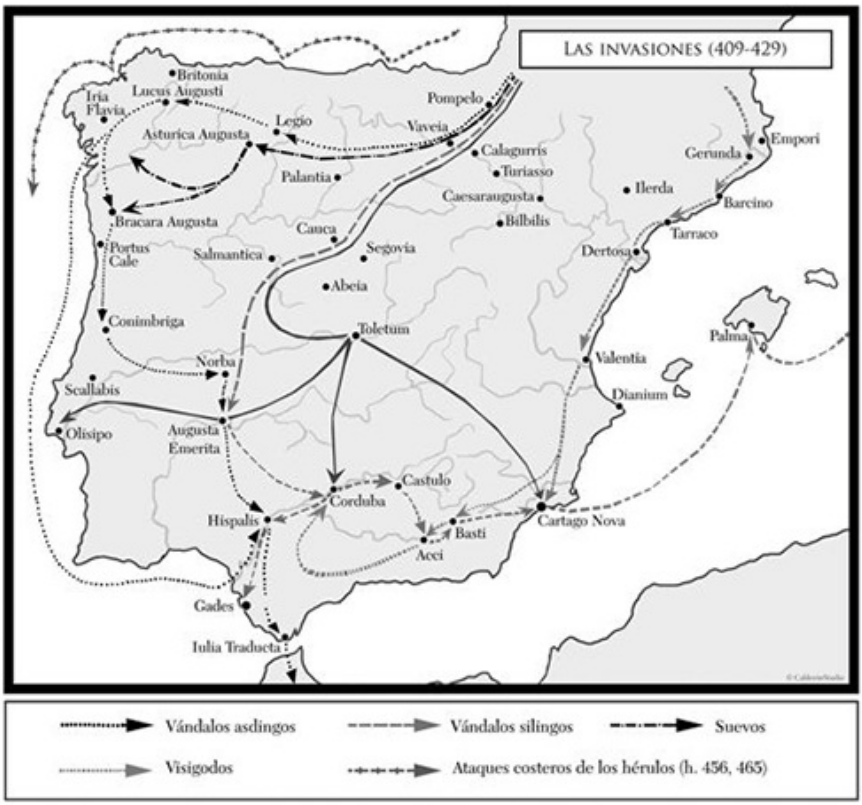
Un resultado de la acción de España en los siglos XVI y XVII ha sido la formación de un extenso y poblado ámbito que comparte mayoritariamente la religión, el idioma y numerosas costumbres y actitudes. Desde los años veinte han surgido proyectos de dar a ese ámbito, la Hispanidad, una más intensa proyección cultural, económica y política

como subcivilización occidental, superando los antagonismos y arbitrariedades de las guerras de independencia. Sin embargo, de momento ostentan mayor fuerza, como en la misma España, los estériles y esterilizantes impulsos centrífugos y la denigración de los elementos comunes, es decir, de la herencia española; al paso que la democratización, que parecía ir consolidándose hace una década, se ha disuelto en regímenes populistas, vaivén típico en aquel continente. Por más que el número de hispanohablantes, unos 450 millones, es el mayor del mundo occidental después del de anglohablantes, resulta muy baja su productividad en ciencia, arte, pensamiento, sólo algo mejor en literatura. Y existe una tendencia a que incluso esa precaria cultura superior se realice cada vez más en inglés, satelizada al mundo anglosajón.

Es imposible saber hasta dónde seguirá esa orientación o si surgirá alguna reacción efectiva. Hoy por hoy, España carece de ímpetu cultural para orientar una evolución creativa, y tampoco se perciben otros países en América capaces de hacerlo. La potencia espiritual demostrada por España en otros tiempos podría servir de acicate para un renacimiento en los actuales. Los indicios no son muy alentadores, pero todavía más catastrófica parecía la situación previa a los Reyes Católicos. Todo reto puede encontrar su respuesta, toda crisis encierra los factores de superación, y el futuro nunca está escrito.

MAPAS


La II Guerra Púnica
Territorio cartaginés
Territorio romano
Territorio bajo dominio romano
al término de la guerra en Hispania
Aliados de Roma
Victoria romana
Victoria cartaginesa
Aníbal (218-203 a.C.)
Gneo y Publio Escipión (218-211 a.C.)
Asdrúbal (208-207 a.C.)
Publio Cornelio Escipión (210-206 a.C.)
Magón (206-203 a.C.)
Publio Cornelio Escipión (204-202 a.C.)
Asedio
ALPES
LIGURES
VACCEOS
CARPETANOS
CORCEGA
CERDEÑA
BALEARES
SICILIA
MALTA
NUMIDAS
MAURITANOS
Génova
Pisa
Marsella
Narbona
Rosas
Ampurias
Tarragona
Ibera (Ebro)
(215)
Saguntum
(Sagunto)
(219)
Ibiza
Castulo
(Linares)
(211)
Ilorci
(Lorca)
(211)
Baecula
(Bailén)
(209)
(Alcalá del Río)
(206)
Almuñécar
Cartago Nova
(Cartagena)
(209)
Cádiz
Málaga
Adra
Tánger
Larache
Melilla
Siga
Argel
Bujía
Aleria
Roma
Capua
Cannas (216)
Taranto
Crotona
Messina
Reggio
Palermo
Marsala
Siracusa
Agrigento
Bizerta
Cartago
Campi Magni
(203)
Zama
(202)
Susa
Lamta
Sfax
Lebda
(Tesino 218)
Trebia (218)
Metaurus
(Metauro)
(207)
Prasimeno
(217)


LAS INVASIONES (409-429)
Britonia
Lucus Augusti
Iria Flavia
Legio
Asturica Augusta
Pompelo
Vaveia
Calagurris
Turiasso
Palantia
Caesaraugusta
Ilerda
Gerunda
Empori
Barcino
Tarraco
Bracara Augusta
Portus Cale
Cauca
Salmantica
Segovia
Bilbilis
Dertosa
Abeia
Conimbriga
Toletum
Palma
Valentia
Norba
Scallabis
Dianium
Olisipo
Augusta Emerita
Castulo
Corduba
Hispalis
Cartago Nova
Basti
Acci
Gades
Iulia Traducta
Vándalos asdingos
Vándalos silingos
Suevos
Visigodos
Ataques costeros de los hérulos (h. 456, 465)

España en tiempos de Leovigildo (568-586)
REINO FRANCO
ASTURES
CANTABROS
VASCONES
Iria Flavia
Victoriacum
Narbo Martius
REINO SUEVO
574
584
575
581
Caesaraugusta
Tarraco
Barcino
Bracara Augusta
REINO VISIGODO
Toletum
Valentia
Augusta Emerita
571
577
Corduba
Cartago Nova
Hispalis
Malaca
Gades
Máxima expansión bizantina en el s. VI
Reconquista de Atanagildo hacia 565
Conquistas de Leovigildo
Expansión máxima del reino suevo en el s. VI
Territorios bajo dominio bizantino
Campañas de Leovigildo
Territorios no sojuzgados

AVANCE DE LOS REINOS ESPAÑOLES DURANTE LA RECONQUISTA
Mondoñedo
Oviedo
750
Pamplona
Padrón
León
801
Cenicero
Astorga
Amaya
Oca
Logroño
Huesca
Gerona
Braga
Simancas
Zaragoza
Lérida
Barcelona
Sepúlveda
Medinaceli
Oporto
Tortosa
Ávila
1031
Teruel
Coimbra
Coria
Talavera
Toledo
Cuenca
Palma de Mallorca
Trujillo
1086
Valencia
1212
Denia
Calatrava
Lisboa
Évora
Mérida
Setúbal
Orihuela
Córdoba
Murcia
Jaén
1266
Sevilla
Huelva
Granada
Almería
Lagos
Faro
1492
Cádiz
Algeciras
A la toma de Barcelona por los francos (801)
Hasta el final del califato (1031)
Tras la victoria almorávide en Sagrajas (1086)
Hasta la batalla de las Navas de Tolosa (1212)
A la muerte de Alfonso X de Castilla (1266)
A la caída de Granada (1492)

EUROPA A FINALES DEL SIGLO XVI
REINO DE NORUEGA
REINO DE SUECIA
REINO DE ESCOCIA
Edimburgo
IRLANDA
REINO DE INGLATERRA
REINO DE DINAMARCA
Copenhague
Königsberg
Hamburgo
PROVINCIAS UNIDAS
Londres
PAÍSES BAJOS
Amberes
Brujas
SACRO IMPERIO ROMANO GERMÁNICO
BRANDEBURGO
REINO DE POLONIA
LUXEMBURGO
Cracovia
París
Praga
BOHEMIA
BAVIERA
Viena
REINO DE FRANCIA
FRANCO CONDADO
ARCHIDUCADO DE AUSTRIA
REINO DE HUNGRÍA
SABOYA
MILANESADO
Venecia
IMPERIO OTOMANO
Aviñón
Génova
MONARQUÍA HISPÁNICA
GENOVA
Marsella
Florencia
VENECIA
Lisboa
REINO DE PORTUGAL
Madrid
CORONA DE ARAGÓN
Barcelona
ESTADOS PONTIFICIOS
CORONA DE CASTILLA
Valencia
Roma
Sevilla
CERDEÑA
Nápoles
REINO DE NÁPOLES
Ceuta
Palermo
Orán
Túnez
ARGELIA
TÚNEZ
SICILIA
Dominios de Felipe II al final de su reinado
Pérdidas durante el reinado de Felipe II
Posesiones de los Habsburgo austríacos
Límites del Sacro Imperio Romano Germánico

EL IMPERIO HISPANO-PORTUGUÉS (HASTA 1640)
FLORIDA
NUEVA ESPAÑA
Caracas
La Española
Quito
Lima
La Paz
PERÚ
BRASIL
Río de Janeiro
Santiago
Buenos Aires
Islas Azores
Islas Madeira
Islas Canarias
Tánger
Islas de Cabo Verde
Fernando Poo
Mozambique
Mombasa
Sofala
Madagascar
Socotora
INDIA
Ceilán
Sumatra
Malaca
Filipinas
Posesiones españolas
Posesiones portuguesas
Línea de demarcación del Tratado de Tordesillas (1494)

LA PAZ DE UTRECHT (1713)
GRAN BRETAÑA
PROVINCIAS UNIDAS
HANNOVER
SAJONIA
COLONIA
LUXEMBURGO
FRANCIA
BAVIERA
AUSTRIA
HUNGRÍA
SABOYA
MILÁN
SAJONIA
PORTUGAL
ESPAÑA
Estados de Toscana
Menorca
CERDEÑA
NÁPOLES
Gibraltar
SICILIA
Aliados
Borbones
Territorios perdidos por España en el tratado de Utrecht (1713)
Límites del Sacro Imperio Romano Germánico

INDEPENDENCIA DE LAS COLONIAS AMERICANAS (1811-1830)
FLORIDA
(incorporada
a Usa en 1821)
MÉXICO
(1821)
La Habana
México
Veracruz
CUBA
Puerto Príncipe
REPÚBLICA
DOMINICANA
Santo Domingo
Acapulco
BELICE
REPÚBLICA
DE HAITÍ (1804)
PUERTO
RICO
PROVINCIAS UNIDAS
DE CENTROAMÉRICA
(1823)
Cartagena
Panamá
Caracas
VENEZUELA
(1821)
Georgetown
Paramaribo
Cayena
Bogotá
COLOMBIA
(1819)
GUAYANA
Quito
ECUADOR (1822)
Manaos
Trujillo
Lima
El Callao
PERÚ
(1824)
IMPERIO DE BRASIL
(1822)
Bahía
BOLIVIA
(1825)
La Paz
PARAGUAY
(1811)
Asunción
Río de
Janeiro
Tucumán
Córdoba
URUGUAY (1828)
Santiago
Buenos Aires
Montevideo
CHILE
(1811)
PROVINCIAS UNIDAS
DEL RÍO DE LA PLATA
(1816)
© CalderónStudio
Fronteras hacia 1830
PERÚ (1824) Fecha de independencia
República de la Gran Colombia (1819-1830)
Imperio Mexicano (1821-1823)
Estados Unidos Mexicanos (1824)
Provincias Unidas de Centroamérica incorporadas a México entre 1821 y 1823; federadas entre 1823 y 1829
Posesiones españolas después de 1830

LA GUERRA CIVIL (VIII/XII-1936)
El Ferrol
La Coruña
Oviedo (X-1936)
San Sebastián (IX-1937)
Bilbao
Vitoria
Pamplona
Logroño
Burgos
Huesca
Lérida
Zaragoza
Barcelona
Valladolid
Salamanca
Segovia
Ávila
Madrid XI-1936
Teruel
Talavera
Toledo
Valencia
Cáceres
Mérida (VIII-1936)
Ciudad Real
Albacete
Badajoz
Córdoba
Jaén
Murcia
Cartagena
Sevilla
Granada
Almería
Málaga
Cádiz
Zona nacional (VII-1936)
Frente Popular
Movimientos del ejército nacional
Avance nacional (hasta XII-1936)
Batalla
Movimientos del Frente Popular

LA GUERRA CIVIL (1937)
Gijón (X-1937)
Santander (X-1937)
San Sebastián (VI-1937)
El Ferrol
La Coruña
Oviedo
Bilbao
Vitoria
Pamplona
Burgos
Logroño
Huesca
Lérida
Barcelona
Valladolid
Zaragoza
Belchite (VIII-1937)
Segovia
Salamanca
Ávila
Guadalajara (III-1937)
Brunete (VII-1937)
Madrid
Jarama (II-1937)
Teruel (XII-1937)
Toledo
Valencia
Cáceres
Albacete
Ciudad Real
Badajoz
Córdoba
Murcia
Jaén
Cartagena
Sevilla
Granada
Almería
Málaga (II-1937)
Cádiz
Zona nacional (VII-1936)
Frente Popular
Movimientos del ejército nacional
Avance nacional (durante 1937)
Batalla
Movimientos del Frente Popular

LA GUERRA CIVIL (I-1937/IV-1939)
Oviedo
Bilbao
Pamplona
Burgos
Huesca
Gerona
(II-1939)
Valladolid
Zaragoza
Lérida (IV-1938)
Barcelona
(I-1939)
Tarragona
(I-1939)
Salamanca
Segovia
Guadalajara
Vinaroz
(IV-1938)
Ávila
Madrid
III-1939)
Teruel
(II-1938)
Castellón
de la Plana
(VI-1938)
Toledo
Cuenca
Valencia
(III-1939)
Albacete
Ciudad Real
Alicante
(III-1939)
Córdoba
Murcia
Jaén
Cartagena
Sevilla
Granada
Almería
(III-1939)
Málaga
Cádiz
Zona nacional
Avance nacional (1938)
Movimientos del ejército nacional
Avance nacional (1939)
Batalla
Movimientos del Frente Popular

LA GUERRA FRÍA EN EUROPA
ISLANDIA (1949)
SUECIA
FINLANDIA
NORUEGA (1949)
DINAMARCA
IRLANDA
REINO UNIDO (1949)
PAÍSES BAJOS (1949)
BÉLGICA (1949)
RFA (1955)
LUXEMBURGO (1949)
FRANCIA (1949)
SUIZA
AUSTRIA
RDA (1956)
POLONIA (1955)
CHECOSLOVAQUIA (1955)
HUNGRÍA (1955)
RUMANIA (1955)
YUGOSLAVIA
BULGARIA (1955)
URSS (1955)
ITALIA (1949)
ANDORRA
PORTUGAL (1949)
ESPAÑA
ALBANIA
GRECIA (1952)
TURQUÍA (1952)
MARRUECOS
ARGELIA
TÚNEZ
MALTA
OTAN (4-IV-1949)
(1949) Año de incorporación a la OTAN
Pacto de Varsovia
(1955) Año de incorporación al pacto de Varsovia
Alianza militar con Usa (26-IX-1953)
Estados al margen de los bloques
Telón de Acero
Unión de Europa Occidental
Pacto balcánico (1954)

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abascal, José de
Abdalá, emir de Al Ándalus
Abdalá Mohamed II
Abdelmalik, caudillo de Al Ándalus
Abderramán I, emir de Al Ándalus
Abderramán II, emir de Al Ándalus
Abderramán III, emir de Al Ándalus
Abdezalis, gobernador de Al Ándalus
Abelardo, Pedro
Abenámar, poeta
Abenjaldún
Abenzaydún, poeta
Abi Tálib, Alí ibn
Aboo, Abén
Acevedo, jesuita
Acosta, José de
Acquaviva, Giulio
Adams, John Quincy
Adela, hija de Luis VII de Francia
Adenauer, Konrad
Adosinda, esposa de Munuza
Adriano, emperador romano
Adriano VI, papa
Aecio, general romano
Agá, Hasán
Agila I, rey de los visigodos
Ágila II, rey de los visigodos Agripa, general
Águila, Juan José
Agustín de Hipona
Al Bakri, historiador
Al Mamún
Al Mansur, califa de Bagdad
Al Mundir, gobernador de Lérida
Al Muqtabis, cronista
Al Mutadid, rey de Sevilla

Al Mutamid, rey de Sevilla
Al Mutamín, rey de Zaragoza
Al Qadir
Al Ualid, califa omeya
Alarico I, rey de los visigodos
Alarico II, rey de los visigodos
Alas, Leopoldo
Albéniz, Isaac
Alberdi, Cristina
Alberti, Rafael
Albino, Clodio
Albornoz, Gil
Alcalá Zamora, Niceto
Alcántara, Pedro de
Alcuino, arzobispo de York
Aldecoa, Ignacio
Alejandro I, zar de Rusia
Alejandro II, zar de Rusia
Alejandro III, papa
Alejandro V, papa
Alejandro VI, papa
Alejandro Magno
Alejandro Severo, emperador romano
Alejo I Comneno, emperador de Bizancio
Alemán, Mateo
Alexis I, zar
Alfinger, capitán
Alfónsez, Sancho, infante de León
Alfonso, infante de Castilla y hermano de Enrique IV
Alfonso, príncipe heredero de Portugal
Alfonso I, *el Batallador*, rey de Aragón y de Pamplona
Alfonso I, rey de Asturias
Alfonso II, *el Casto*, rey de Asturias
Alfonso II, rey de Aragón
Alfonso II, rey de Portugal
Alfonso III, rey de Aragón
Alfonso III, *el Magno*, rey de Asturias
Alfonso III, rey de Portugal

Alfonso IV, rey de Aragón
Alfonso IV, *el Monje*, rey de León
Alfonso IV, rey de Portugal
Alfonso V, *el Magnánimo*, rey de Aragón
Alfonso V, rey de León
Alfonso V, rey de Portugal
Alfonso VI, rey de León, Galicia y Castilla
Alfonso VII, rey de León y de Castilla
Alfonso VIII, rey de Castilla
Alfonso IX, rey de León
Alfonso X, *el Sabio*, rey de Castilla
Alfonso XI, rey de Castilla y León
Alfonso XII, rey de España
Alfonso XIII, rey de España
Alfonso, Pedro
Alfredo, *el Grande*, rey de Inglaterra
Alhakén I, emir de Al Ándalus
Alhakén II, emir de Al Ándalus
Alí, Uluch
Alkama, general
Allende, Salvador
Almagro, Diego de
Almagro, Martín
Almagro Gorbea, Martín
Almanzor
Almundir, emir de Al Ándalus
Alonso, Dámaso
Alonso, Martín
Alvarado, Alonso de
Alvarado, Pedro de
Álvarez de Albornoz, Gil, arzobispo de Toledo
Álvarez de Castro, general
Álvarez de Mendizábal, Juan
Álvarez de Toledo, Fadrique, duque de Alba
Álvarez de Toledo, García
Álvarez de Toledo y Enríquez de Guzmán, Fadrique, duque de Alba
Álvarez de Toledo y Osorio, García
Álvarez de Toledo y Pimentel, Fernando, duque de Alba

Ambrosio, obispo de Milán
Amiano Marcelino, historiador Amor Rubial, Ángel
Ana, reina de Inglaterra
Andrónico II, emperador bizantino
Angiolillo, Michele
Aniano, Benito
Anjiro, samurái
Anjou, Carlos de, rey de Sicilia
Anjou, Luis de
Anjou, Renato de
Anselmo de Canterbury
Anson, almirante
Antínoo, efebo
Antonino Pío, emperador romano
Antonio I, rey de Portugal
Apolodoro de Damasco
Aquino, Tomás de
Arana, Sabino
Aranda, conde de
Arcadio, emperador romano de Oriente
Arco, Juana de
Areilza, José María de
Arias Montano, Benito
Arias Navarro, Carlos
Aribau, Buenaventura
Arista, Íñigo, rey de Pamplona
Aristóteles
Armada, Alfonso
Arniches, Carlos
Arpino
Arrio, sacerdote de Alejandría
Arzallus, Javier
Asoka, emperador indio
Atahualpa, rey inca
Atanagildo, rey de los visigodos
Atanasio, obispo
Ataúlfo, rey de los visigodos Atila, rey de los hunos
Atkinson, Thomas

Attón, obispo de Vic
Aureliano, emperador romano
Autún, Honorio de
Ávalos, Francisco Fernando de, marqués de Pescara
Averroes
Avicena
Avis, Enrique de, *el Navegante*, infante de Portugal
Avis, Juana de, infanta de Portugal y esposa de Enrique IV de Castilla
Ayanz, Jerónimo de
Aymerich, Nicolau
Azaña, Manuel
Azarquiel, astrónomo
Azcona, Tarsicio de
Aznar, almirante
Aznar, José María
Azorín
Azpilcueta
Bacon, Francis
Bacon, Robert
Bajá, Alí
Bakunin, Mijail
Balbo, Lucio Cornelio
Balmes, Jaime
Balmis, Francisco Javier
Baltanás, Enrique
Balzac, Honoré de
Báñez, Domingo
Barbarroja, Aruch
Barbarroja, Jairedín
Barca, Amílcar
Barca, Aníbal
Barca, Asdrúbal
Barclay, John Baroja, Pío
Barrabás
Basam, Ben
Battenberg, Victoria Eugenia de, esposa de Alfonso XIII
Batu, general mongol
Bayaceto II, sultán del Imperio otomano

Bazán, Alonso de
Bazán, Álvaro de
Beato, obispo de Liébana
Beatriz, infanta de Portugal y esposa de Juan I de Castilla
Beauharnais, Josefina de, esposa de Napoleón Bonaparte
Becket, Tomás
Bécquer, Gustavo Adolfo
Beda el Venerable
Belalcázar, Sebastián de
Benavente, Jacinto
Benavente, Toribio de
Benedicto II, papa
Benedicto XIII, papa
Berceo, Gonzalo de
Berenguela, infanta de Navarra, reina de Inglaterra
Berenguela, reina de Castilla, esposa de Alfonso VII
Berenguer
Berenguer Ramón II, conde de Barcelona
Bergson, Henri
Bermudo II, rey de León
Bermudo III, rey de León
Bernardino de Siena
Bernardo, abad de Claraval y santo
Bernardo, obispo de Palencia
Bernat, conde franco Bertendona
Besteiro, Julián
Betances, Emeterio
Betanzos, Juan de
Bethencourt, Jean de
Bíclaro, Juan de
Bienveniste, rabino
Bilbao, Francisco
Bismarck, Otto von
Blair, Tony
Blanca de León, hija de Alfonso IX
Blanca I, reina de Navarra
Blanco, general
Blasco Ibáñez, Vicente

Blázquez, J. M.
Blomberg, Bárbara
Bocanegra, Ambrosio
Boccaccio, Giovanni
Boccalini, Trajano
Boecio
Bolena, Ana
Bolívar, Simón
Bonaparte, José I, rey de España
Bonaparte, Luis
Bonaparte, Napoleón I, emperador de los franceses
Bonaparte, Napoleón III, emperador de los franceses
Bonifacio VIII, papa
Bonifacio IX, papa
Bonifaz, Ramón de
Borbón, Blanca de, reina de Castilla
Borbón, Enrique I de, príncipe de Condé
Borbón-Dos Sicilias, María Cristina de, esposa de Fernando VII de España
Borbón-Parma, María Luisa de, esposa de Carlos IV de España
Borbón y Battenberg, Juan de, conde de Barcelona
Borbón y Borbón-Parma, Carlos María Isidro Benito de, pretendiente carlista
Borges, Jorge Luis
Borgoña, Enrique de, conde de Portugal
Borgoña, Raimundo de
Borgoña, Teresa de, condesa de Portugal
Borja, Rodrigo de
Borrell II, conde de Barcelona
Boscán, Juan
Botticelli, Sandro
Bourdeille, Pierre de, señor de Brantôme
Boves, José
Brahe, Tycho
Braudel, Fernand
Braulio, obispo de Zaragoza
Brenan, Gerald
Brézhnef, Leonid
Brown, Peter

Bruce, James
Brunegilda, princesa visigoda y reina de Austrasia
Bruneleschi, Filippo
Bruno, Giordano
Buda
Buero Vallejo, Antonio
Bufón
Buñuel, Luis
Buonarroti, Miguel Ángel
Burckhardt, Titus
Burgos, Diego de
Bush, George W.
Bustamante, marino
Bustos, Gonzalo, *véase* Gustioz, Gonzalo Byron, George Gordon
Caballero, Fernán
Cabarrús, Francisco de
Cadalso, José
Caetano, Marcelo
Calderón de la Barca, Pedro
Calígula, emperador romano
Calixto III, papa Calvino, Juan
Calvo, Gonzalo
Calvo Sotelo, José
Calvo Sotelo, Leopoldo
Camba, Julio
Cambó, Francesc
Campo Elías, lugarteniente
Campomanes, conde de
Canalejas, José
Candespina, conde de
Cano, Melchor
Cánovas del Castillo, Antonio
Cápac, Huayna, rey inca
Capella, Marciano
Capeto, Hugo
Caracalla, emperador romano
Carande, Ramón
Cardona, Juan de

Cardona, Ramón de
Carlomagno
Carlos I, rey de España y V emperador del Sacro imperio Romano Germánico
Carlos I, rey de Inglaterra
Carlos II, rey de España
Carlos II, rey de Inglaterra
Carlos III, rey de España
Carlos III, *el Noble*, rey de Navarra
Carlos IV, rey de España
Carlos VI, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
Carlos VI, rey de Francia
Carlos VIII, rey de Francia
Carlos IX, rey de Francia
Carlos X, rey de Francia
Carlos XII, rey de Suecia
Carnot, L.
Carpentier, Alejo
Carrero Blanco, Luis
Carrillo, Guiomar
Carrillo, Santiago
Cartagena, Alfonso de, obispo de Burgos
Cartwright, Edmund
Carvajal, Francisco de
Carvajal, Juan de
Casanova, Rafael
Casas, Bartolomé de las
Casio, conde visigodo
Casio, Dion
Castaños, general
Castelar, Emilio
Castiglione, Baldassare
Castro, Américo
Castro, Fidel
Castro, Rosalía de
Catalina, infanta de Castilla y esposa de Enrique VIII
Catalina, reina de Castilla y esposa de Enrique III
Catalina II, *la Grande*, zarina de Rusia

Catarí, Tupac
Catón *el Viejo*
Catulo
Cayetano, cardenal
Cecil, Robert
Cela, Camilo José
Cellarius, Cristóbal
Celso, comentarista
Cepión, cónsul
Cerda, Alfonso de la, infante de Castilla
Cerda, Fernando de la, infante de Castilla
Cerulario, Miguel
Cervantes, Miguel de
Cervantes, Rodrigo de
Cervera, general
Chacón, Pedro
Champlain, Samuel de
Chaunu, Pierre
Chéjof, Antón
Chiang Kai-shek
Childeberto II, rey de Austrasia
Chilperico I, rey de Neustria
Chindasvinto, rey de los visigodos
Chíntila, rey de los visigodos
Churchill, Winston
Cicerón
Cierva, Juan de la
Cincinato
Cirilo, santo
Cixilo, princesa visigoda
Clarís, Pau Claudiano, poeta egipcio
Claudio, duque de Lusitania
Claudio, emperador romano
Clausewitz, Carl von
Clausius, R.
Clement, Jacques
Clemente V, papa
Clemente VI, papa

Clemente VII, papa
Clemente VIII, papa
Clemente XIV, papa
Cleves, Ana de
Clive, Robert
Clodoveo, rey de los francos
Clotario I, rey de Neustria
Clotilde, princesa burgundia y esposa de Clodoveo I
Códax, Martín
Colbert, Jean-Baptiste
Coligny, jefe protestante
Colón, Cristóbal
Colón, Diego
Colonna, Vittoria
Columela
Cómodo, emperador romano
Condé, Luis
Condillac, abate
Confucio
Conrado III, emperador del Sacro imperio Romano Germánico
Constancio II, emperador romano
Constancio Cloro, emperador romano
Constantino, emperador romano
Constanza, infanta de Castilla y esposa del duque de Lancaster
Constanza, infanta de Castilla y reina de Francia
Constanza, infanta de Portugal y esposa de Fernando IV de Castilla
Constanza, princesa de Aragón y esposa del emperador Federico II
Constanza, reina de Castilla y León
Contreras, Alonso de
Cook, James
Copérnico, Nicolás
Corday, Charlotte
Cordo, Aulo Cremucio
Corneille, Pierre
Cortázar, Julio
Cortés, Hernán
Corvera, Esteve
Cosroes II, emperador sasánida

Costa, Joaquín
Cremona, Gerardo de
Crespo, Pedro
Cristian IV, rey de Dinamarca
Cristina, reina de Suecia
Cromwell, Oliver
Cruz, Felipe de la
Cruz, Ramón de la
Cuauhtlatoatzin, Juan Diego
Cuautémoc
Cuenca Toribio, José Manuel
Cuesta, general
Cueva, Beltrán de la
Cumberland, conde de
Cunqueiro, Álvaro
Cusa, Nicolás de
Dacke, Nils Dalí, Salvador Dámaso, papa
Danmartín, Juana de, reina de Castilla y León
Danskói, Dimitri
Dante, Alighieri
Danton, Georges Jacques
Darío, Rubén
Darrach, Ibn
Darwin, Charles
Dato, Eduardo
Dávila, Sancho
Dawson, C.
Deciano
Decio, emperador romano
Delibes, Miguel
Demócrito
Deng Xiaoping
Derrida, Jacques
Descartes, René
Desclot, Bernat
Desiderio, obispo
Desmoulins, Camille
Despuig, Cristófol

Dewey, almirante
Deza, Diego
Díaz, Bartolomé
Díaz, Lope, señor de Vizcaya
Díaz de Solís, Juan
Díaz de Vivar, Rodrigo, *Cid Campeador*
Díaz del Castillo, Bernal
Díaz-Trechuelo, Lourdes
Dickens, Charles
Diderot, Denis
Diego, Gerardo
Diel, Paul
Díez de Games, alférez
Díez del Corral
Diocleciano, emperador romano
Dionisio I, *el Labrador*, rey de Portugal
Dolfos, Bellido
Domiciano, emperador romano
Domínguez Ortiz, Antonio
Donoso Cortés, Juan
Doria, Andrea
D'Ors, Eugenio Dostoiefski, Fiodor
Dragut, almirante
Drake, Francis
Duguesclin, Bertrand
Dulce de León, hija de Alfonso IX
Dumont, Juan
Dupont, general
Eça de Queiroz, José María
Eduardo I, rey de Inglaterra
Eduardo II, rey de Inglaterra
Eduardo III, rey de Inglaterra
Eduardo VI, rey de Inglaterra
Egeria, escritora galaica,
Égica, rey de los visigodos
Egilo, esposa de Rodrigo
Egmont, conde de
Einstein, Albert

Eiximenis, Francesc
Elcano, Juan Sebastián
Elipando, obispo de Toledo
Elliott, J. H. Elvira, hija de Ramiro II
Elvira, señora de Toro
Engels, Friedrich
Enrique, infante de Aragón
Enrique I, rey de Inglaterra
Enrique I, *el Cardenal*, rey de Portugal
Enrique II, *el de las Mercedes* o *el Fratricida*, rey de Castilla
Enrique II, rey de Francia
Enrique II, rey de Inglaterra
Enrique III, *el Doliente*, rey de Castilla
Enrique III, rey de Francia
Enrique III, rey de Inglaterra
Enrique IV, *el Impotente*, rey de Castilla
Enrique IV, rey de Francia
Enrique VIII, rey de Inglaterra
Enríquez, Inés
Enríquez, Juana, reina de Aragón
Ensenada, marqués de la
Erasmo de Róterdam
Ermesinda, esposa de Alfonso I de Asturias
Ervigio, rey de los visigodos
Escipión, Cneo Cornelio
Escipión, Publio Cornelio
Escipión, Publio Cornelio, *el Africano*
Escipión Emiliano, Publio Cornelio
Escolano, Gaspar
Escrivá de Balaguer, Josemaría
Espartaco
Espinosa de Medrano, Juan
Espronceda, José de
Estrabón
Eterio, obispo de Osma
Eugenio, obispo de Toledo y santo
Eugenio, usurpador romano
Eugenio III, papa

Eugenio IV, papa
Eulalia, mártir
Eulogio, mártir
Eurico, rey de los visigodos
Eusebio de Cesarea
Eutropio, obispo de Valencia
Fabra, Pompeu
Fandiño, capitán
Farnesio, Alejandro
Fátima, hija de Mahoma
Fávila, padre de don Pelayo
Fávila I, rey de Asturias
Fawkes, Guy
Federico I *Barbarroja*, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
Federico II, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
Federico II, *el Grande*, rey de Prusia
Federico II, rey de Sicilia
Federico Guillermo I, rey de Prusia
Federmann, Nicolás
Feijoo, Benito
Felipe, León
Felipe I, *el Hermoso*, duque de Borgoña y rey de Castilla
Felipe II, rey de España, 517, 567
Felipe II, rey de Francia
Felipe III, rey de España
Felipe III, rey de Francia
Felipe IV, rey de España
Felipe IV, *el Hermoso*, rey de Francia
Felipe V, rey de España
Felipe VI, rey de Francia
Félix, obispo de Urgel
Fernández, Ansur, conde de Castilla
Fernández, João Fernández de Castro, Pedro
Fernández de Córdoba, Gonzalo, Gran Capitán
Fernández Flores, Wenceslao
Fernández de Lugo, Pedro
Fernández de la Mora, G.
Fernández de Moratín, Leandro

Fernández de Moratín, Nicolás
Fernández de Oviedo, Gonzalo
Fernández Miranda, Torcuato
Fernando, infante de Castilla
Fernando I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
Fernando I, *de Antequera*, rey de Aragón
Fernando I, rey de León y conde de Castilla
Fernando I, rey de Portugal
Fernando II, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
Fernando II, *el Católico*, rey de Aragón
Fernando II, rey de León
Fernando III, *el Santo*, rey de Castilla
Fernando IV, rey de Castilla
Fernando VI, rey de España
Fernando VII, rey de España
Ferrer, Vicente
Ferrer de Blanes, Jaime
Ferrer Guardia, Francisco
Fihri, Yusuf al
Finlay, Carlos
Flor, Roger de
Florentina, abadesa y santa
Flórez, padre
Foix, Germana de
Forner, Juan Pablo
Fortín Garcés, rey de Pamplona
Fraga Iribarne, Manuel
Franca de Rojas, Ana
Francisco I, rey de Francia
Francisco II, rey de Francia
Francisco de Asís, santo
Francisco de Borja, santo
Francisco Javier, santo
Franco Bahamonde, Francisco
Fredegunda, concubina de Chilperico de Neustria
Freud, Sigmund
Freyre, Isabel
Frobisher, Martin

Froya, obispo de Vic
Froya, rebelde visigodo
Fructuoso, arzobispo de Braga
Fruela I, rey de Asturias
Fruela II, rey de Asturias y de León
Fuentes, Carlos
Fuentes, conde de
Fugger, banquero
Fukuyama
Francis Fulgencio, obispo de Écija
Gabriel y Galán, José María
Galba, pretor
Galcerán de Requeséns, almirante
Gálib, general
Galilei, Galileo
Galíndez, Aznar, conde de Aragón
Galsvinta, princesa visigoda y reina de Neustria
Gálvez, Bernardo de
Gama, Vasco de
Gand, Pierre de
Gandhi, Mahatma
Garay, Blasco de
Garay, Juan de
García, rey de Galicia
García I, rey de León
García I Íñiguez, rey de Pamplona
García I Sánchez, rey de Pamplona
García III Sánchez, rey de Pamplona
García Lorca, Federico
García Márquez, Gabriel
García Moreno, Luis A.
García Morente, Manuel
García Ramírez, rey de Pamplona
Garibaldi, Giuseppe
Garibay, Esteban de
Gasca, Pedro de la
Gasperi, Alcide de
Gaudí, Antonio

Gaulle, Charles de
Gelmírez, Diego
Gener, Pompeu
Gengis Jan
Gérard, Baltasar
Gersón, Juan
Gibbon, Edward
Gide, André
Gil-Robles, José María
Giner de los Ríos, Francisco
Ginés de Sepúlveda, Juan
Giscard D'Estaing, Valéry
Gobineau, Joseph de
Godoy, Manuel
Godoy, Pedro de
Godunof, Boris
Goethe, Johann Wolfgang von
Gógol, Nikolái
Gombrich, Ernst
Gómez Moreno, Manuel
Gómez de la Serna, Ramón
Góngora, Luis de
Gontrán I, rey de Borgoña
González, Fernán, conde de Castilla
González, Mudarra
González Antón, L.
González de Clavijo, Ruy
González Márquez, Felipe
González de Mendoza, cardenal
Gonzalo I, conde de Sobrarbe
Gorbachof, Mijail
Gosvinta, segunda esposa de Leovigildo
Goya, Francisco de
Gracián, Baltasar
Graciano, emperador romano
Granados, Enrique
Granvela, cardenal
Greco, El

Gregorio, obispo de Tours
Gregorio VII, papa Gregorio IX, papa
Gregorio XI, papa
Gregorio XII, papa
Gregorio Magno, papa
Grey, Jane
Grice-Hutchinson, Marjorie
Grijalva, Juan de
Grocio, Hugo
Grosseteste, Robert
Guardo, Juana de
Guerra, Alfonso
Guerrero, Gonzalo
Guevara, Ernesto, *Che*
Guillén, Jorge
Guillermo I, *el Conquistador*, rey de Inglaterra
Guillermo I, rey de Alemania
Guillermo II, rey de Alemania
Guillermo III, rey de Inglaterra
Guisa, Enrique de
Guisa, Francisco de
Guisa, Luis de
Gundemaro, rey de los visigodos
Gundisalvo, Domingo
Gustavo II Adolfo, rey de Suecia
Gustioz, Gonzalo
Gutenberg, Juan
Guzmán, Domingo de
Guzmán, Ibn
Guzmán, Luisa
Habsburgo, Alberto de, archiduque de Austria y gobernador de los Países Bajos
Habsburgo, Matías, emperador del Sacro imperio Romano Germánico
Habsburgo-Lorena, María Antonieta, reina de Francia
Habsburgo-Lorena, María Cristina de, reina de España
Habsburgo-Lorena, María Luisa de, esposa de Napoleón Bonaparte
Hafsún, Omar ben
Haliczer, S.

Hamann, J. G.
Hannón, aristócrata cartaginés
Harsha, rey de India
Hasán, Abu
Hasán II, rey de Marruecos
Hawkins, John
Hawks, Henry
Hayes, Carlton
Hazm, Ibn
Hearst, William R.
Heine, Heinrich
Heisenberg, Werner
Heliogábalo, emperador romano
Henriques, Alfonso
Herbert, revolucionario
Hermenegildo, príncipe visigodo
Hernández, Francisco
Hernández, Miguel
Hernández de Córdoba, conquistador
Herodes Agripa
Heródoto
Herrera, Francisco
Herrera, Juan de
Hidacio, cronista hispano
Hidalgo, Manuel
Hindenburg, mariscal
Hipatia, filósofa
Hispano, Juan
Hitler, Adolf
Hixem (Hisham) I, emir de Al Ándalus
Hixem II, emir de Al Ándalus
Hiyá, Abraham bar
Ho Chi Minh Hobbes, Thomas
Hohenstaufen, Conradino de
Hohenstaufen, Constanza de, reina de Aragón y de Sicilia
Hohermuth, capitán
Homero
Honorio, emperador romano de Occidente

Honorio I, papa
Hoorn, conde de
Horacio
Horn, Gustavo
Howard, Catalina
Howard, Charles
Huáscar, rey inca
Hugo, abad de Cluny
Humboldt, Friedrich Heinrich Alexander von
Hume, David
Humeya, Abén
Hurtado de Mendoza, Diego
Husein, hijo de Alí ibn Abi Tálib
Husein, Sadam
Iglesias, Pablo
Ignacio, obispo de Antioquía
Ildefonso, arzobispo de Toledo
Inca Garcilaso de la Vega
Indíbil, caudillo ilergete
Infante, Blas
Ingunda, princesa franca
Inocencio III, papa
Inocencio VI, papa
Inocencio X, papa
Iriarte, Tomás de
Irving, Leonard
Isabel, infanta de Castilla y esposa de Cristian II de Dinamarca
Isabel, infanta de Castilla y esposa de Jaime II de Aragón
Isabel, infanta de Castilla y esposa de Manuel I de Portugal
Isabel, infanta de Portugal y esposa de Carlos I de España
Isabel, infanta de Portugal y esposa de Juan II de Castilla
Isabel, princesa de Francia y esposa de Eduardo II de Inglaterra
Isabel I, *la Católica*, reina de Castilla, 369, 540
Isabel I, reina de Inglaterra
Isabel I, zarina de Rusia
Isabel II, reina de España
Isabel Clara Eugenia, infanta de España e hija de Felipe II de España
Iscariote, Judas

Isidoro, obispo de Sevilla
Istúriz, Francisco Javier de
Itálico, Silio
Itimad, *véase* Rumaykía
Itúrbide, Agustín de
Iván III, zar de Rusia
Iván IV, *el Terrible*, zar de Rusia
Jacobo I, rey de Inglaterra
Jacobo II, rey de Inglaterra
Jafet
Jaime I, *el Conquistador*, rey de Aragón
Jaime II, *el Justo*, rey de Aragón
Jaime II, rey de Mallorca
Jardiel Poncela, Enrique
Jaspers, K.
Jenkins, contrabandista
Jenner, médico
Jerónimo, santo y doctor de la Iglesia
Jesucristo
Jimena, esposa de Alfonso IV *el Monje*
Jimena, esposa del Cid
Jiménez, Fortún
Jiménez, Juan Ramón
Jiménez de Cisneros, Francisco
Jiménez de Cisneros, García
Jiménez de Quesada, Gonzalo
Jiménez de Rada, Rodrigo, arzobispo de Toledo
Jorge I, rey de Inglaterra
Jorge II, rey de Inglaterra
Jorge III, rey de Inglaterra
Jovellanos, Gaspar de
Joviano, emperador romano
Jovio, Paulo
Jruschof, Nikita
Juan, evangelista
Juan, infante de Castilla e hijo de Alfonso X
Juan, Jorge
Juan, príncipe de Asturias e hijo de los Reyes Católicos

Juan I, rey de Castilla
Juan I, *sin Tierra*, rey de Inglaterra
Juan II, *el Grande*, rey de Aragón
Juan II, rey de Castilla
Juan II, rey de Francia
Juan II, rey de Portugal Juan IV, rey de Portugal
Juan V, papa
Juan XXII, papa
Juan XXIII, papa
Juan de Austria, hijo de Carlos I de España
Juan de la Cruz
Juan Carlos I, rey de España
Juan José de Austria, hijo de Felipe IV de España
Juan Manuel, infante de Castilla
Juan Pablo II, papa
Juana, *la Beltraneja*, reina de Castilla
Juana I, reina de Castilla
Juana III, reina de Navarra
Juana Inés de la Cruz
Julián, gobernador de Ceuta
Julián, obispo de Toledo
Juliano, emperador romano
Julio César, emperador romano
Justiniano, emperador romano
Juvenal
Juvenco, poeta hispanolatino
Kamen, Henry
Kant, Immanuel
Kempis, Tomás de
Kennedy, John Fitzgerald
Kepler, Johannes
Ketteler, Wilhelm
Kierkegaard, Søren
Kojba, Simón bar
Krause,
Karl
Krim, Abd El
Kutúsof, general La Torre, general

Lacan, Jacques
Laforet, Carmen
Laín Entralgo, Pedro
Laínez, Diego
Lamarck, Jean-Baptiste
Lamballe, princesa de
Lancaster, duque de
Lannoy, virrey de Nápoles
Lao Tsé
Laplace, Pierre-Simon
Lara, Rodrigo de
Largo Caballero, Francisco
Larra, Mariano José de
Laski, Harold
Lastanosa, Vincencio Juan de
Lauria, Roger de
Lavoisier, Antoine de
Le Goff, J.
Leandro, obispo de Sevilla
Leiva, Antonio
Lenin, Vladimir Illich
Leocadia de Toledo, mártir
León, Luis de
León IX, papa
León X, papa
León, XIII, papa
Leonor, infanta de Castilla y esposa de Alfonso IV de Aragón
Leonor, infanta de Castilla y esposa de Carlos III de Navarra
Leonor, infanta de Castilla y reina de Aragón
Leonor, princesa de Aragón y esposa de Juan I de Castilla
Leonor, reina de Portugal y Francia e hija de Juana I de Castilla
Leonor de Aquitania, reina de Francia e Inglaterra
Leopoldo I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
Leovigildo, rey de los visigodos
Lépido
Lerma, duque de
Lerroux, Alejandro
Lesparre, líder militar

Lezo, Blas de
Libri, matemático
Liciniano
Licinio, emperador romano
Ligne, Johan de
Lipsio, Justo
Liuva I, rey de los visigodos
Liuva II, rey de los visigodos
Llorente, Juan Antonio
Llull, Ramón
Llywelyn, rey de Gales
Loaisa, explorador
Locke, John
Londoño, Sancho de
López de Ayala, Pero
López de Gómara
López de Haro, Diego, señor de Vizcaya
López de Hoyos, Juan
López de Legazpi, Miguel
López de Mendoza, Íñigo, marqués de Santillana
López de Villalobos, Rui
Loyola, Ignacio de
Lucano
Lucas, evangelista
Lucas, obispo de Tuy
Lucrecio
Ludovico Pío, rey de Aquitania y emperador de Occidente
Luis II, rey de Hungría
Luis IV, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
Luis VII, rey de Francia
Luis IX, *el Santo*, rey de Francia
Luis XII, rey de Francia
Luis XIII, rey de Francia
Luis XIV, rey de Francia
Luis XV, rey de España
Luis XVI, rey de Francia
Luis XVIII, rey de Francia
Lulio, Raimundo, *véase* Llul, Ramón

Luna, Álvaro de
Lutero, Martín
Macanaz, Melchor de
Machado, Antonio
Machado, Manuel
Macià, Francesc
Madariaga, Salvador
Maeztu, Ramiro de
Magallanes, Fernando de
Magno, Alberto
Maharbal, jefe de caballería
Mahoma
Maidalchini, Olimpia
Maimónides
Malaspina, Alejandro
Malik, Abd El, sultán de Marruecos
Mandonio, caudillo
Manfredo I, rey de Sicilia
Mannerheim, general
Manrique, Jorge
Manrique, Rodrigo
Mantegna, Andrea
Manuel I, *el Afortunado*, rey de Portugal
Manuel Filiberto, duque de Saboya
Mao Tse-tung
Maqueda, duque de
Maquiavelo, Nicolás
Maragall, Joan
Maragall, Pasqual
Marañón, Gregorio
Maravall, José Antonio
March, Ausias
Marchena, Antonio
Marcial
Marco, José María
Marco Antonio, general romano
Marco Aurelio, emperador romano
Marcos, evangelista

Margarita, archiduquesa de Austria, infanta de España e hija de Maximiliano I
María, infanta de Castilla y esposa de Alfonso V de Aragón
María, infanta de Castilla y esposa de Manuel I de Portugal
María I Estuardo, reina de Escocia
María I Tudor, reina de Inglaterra
María II, reina de Inglaterra
María Ana, infanta de España y esposa de Carlos I de Inglaterra
María Teresa, archiduquesa de Austria y esposa del emperador Francisco I
María Teresa, infanta de España y esposa de Luis XIV de Francia
Mariana, esposa de Felipe IV de España
Mariana, Juan de
Marías, Julián
Mario, Cayo
Marsilio de Papua
Martel, Carlos
Martí, José
Martín I, *el Humano*, rey de Aragón
Martín I, *el Joven*, rey de Sicilia
Martín IV, papa
Martín V, papa
Martín de Tours
Martínez, Ana
Martínez, Esteban José
Martínez Campos, Arsenio
Martínez Costa de Abatia, María V.
Martínez de Recalde
Martínez de la Rosa, Francisco
Martorell, Joanot
Marx, Karl
Massaccio
Mateo, evangelista
Matthews, almirante
Matute, Ana María
Maura, Antonio
Maura, Miguel
Mauricio, príncipe de Sajonia
Maximiano, emperador romano

Maximiliano I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
Maximiliano II, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
Máximo, Magno Clemente
Maxwell, James
Mayans, Gregorio
Mazarino, cardenal
Médicis, Catalina de, esposa de Enrique II de Francia
Médicis, Lorenzo de
Médicis, María de, esposa de Enrique IV de Francia
Meléndez Valdés, Juan
Mena, Juan de
Mendaña, explorador
Mendieta, Jerónimo de
Menéndez Pelayo, Marcelino
Menéndez Pidal, Ramón
Meroveo II, rey de Austrasia
Miguel I, rey de Portugal
Miguel IX, co-emperador bizantino
Miguel de la Paz, príncipe de Asturias y príncipe heredero de Portugal
Miranda, Francisco
Miro, rey suevo
Miró, Gabriel
Moctezuma II, emperador azteca
Mohamed I, emir de Al Ándalus
Mohamed II, emir de Al Ándalus
Moisés
Mola, Emilio
Molière
Molina, Luis de
Molina, María de, reina de Castilla
Molina, Tirso de
Moncada, Francisco de
Moncada, Miguel de
Monluc, embajador
Montesquieu, Charles Louis de Secondat
Monteverde, Domingo Montfort, Simón de
Montojo, almirante
Montpellier, María de, reina de Aragón

Moore, John
Morelos, clérigo
Morillo, Pablo
Moro, Aldo
Moro, Tomás
Morone, nacionalista italiano
Morral, Mateo
Motley, J. L.
Muauía, príncipe omeya
Mumín, Abd El
Muntaner, Ramón
Munuza, gobernador árabe de Asturias
Münzer, Thomas
Murillo, Bartolomé Esteban
Mussolini, Benito
Muza, general
Nabokov, Vladimir
Nafis, Ibn Al
Nakens, José
Narváez, Pánfilo de
Narváez, Ramón
Naser, Gamal A.
Nasir, Muhammad al, *Miramamolín*, sultán de Marruecos
Nasr, rey de Granada
Nassau, Luis de
Nassau, Mauricio de
Navagero, Andrea
Navarro, Juan José
Navarro, Pedro
Navarro, Rosa
Navarro Arzac, José
Nebrija, Antonio de
Nefski, Alexandr Negrín, Juan
Nerón, emperador romano
Nerva, emperador romano
Nevares, Marta de
Newton, Isaac
Nietzsche, Friedrich

Niño, Pero
Nithard, padre
Nixon, Richard
Núñez, Gutier, conde
Núñez de Balboa, Vasco
Núñez Cabeza de Vaca, Álvar
Núñez de Guzmán, Leonor
Núñez de Vela, Blasco
Occam, Guillermo de
Octavio Augusto, emperador romano
Odoacro, jefe germano
O'Donnell, Leopoldo
Oguedei Khan
O'Higgins, Bernardo
Ojeda, Alonso de
Olavide, Pablo de
Oliba, abad
Olivares, conde-duque
Oliveira Salazar, Antonio de
Olivi, franciscano
Olmedo, José Joaquín
Olmedo, Sebastián de
Olmo, Vicente del
Onetti, Juan Carlos
Oñate, Íñigo de
Oñate, Pedro de
Oppas, obispo de Toledo
Oquendo, Miguel de
Orange, Guillermo de
Ordóñez, García
Ordoño I, rey de Asturias
Ordoño II, rey de Galicia y de León
Ordoño III, rey de León
Ordoño IV, rey de León
Orellana, Francisco
Orígenes, erudito
Oriol, Antonio María de
Orlandis, historiador

Orosio, Paulo
Ortega y Gasset, José
Osio, obispo de Córdoba
Osorio, Elena
Otero, Blas
Otto IV, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
Ovidio
Pablo II, papa
Pablo III, papa
Pablo, IV, papa
Pablo V, papa
Pablo de Tarso
Pacato, panegirista latino
Pacheco, Francisco
Pacheco, Juana
Padilla, María de
Páez, Pedro
Pagden, A.
Palacio Valdés, Amancio
Palafox, José de
Palencia, Alonso de
Palme, Olor
Pardo Bazán, Emilia
Pardo de Cela, mariscal
Parker, Geoffrey
Parma, Margarita de, gobernadora de los Países Bajos
Parr, Catalina
Pascal, Blaise
Pascual II, papa
Paulo, duque visigodo
Pavía, Manuel
Payne, Stanley
Paz, Octavio
Pedrarias, gobernador
Pedro, apóstol de Jesucristo
Pedro, duque de Cantabria
Pedro, infante y condestable de Portugal
Pedro I, rey de Aragón

Pedro I, *el Cruel*, rey de Castilla
Pedro I, rey de Pamplona
Pedro I, *el Grande*, rey de Rusia
Pedro II, *el Católico*, rey de Aragón
Pedro III, *el Grande*, rey de Aragón y conde de Barcelona
Pedro III, zar de Rusia
Pedro IV, *el Ceremonioso*, rey de Aragón
Pelayo, rey de Asturias
Pemán, José María
Pemartín, José
Perelman, Chaïm
Pérez, Antonio
Pérez, Joseph
Pérez, Juan
Pérez, Juan José
Pérez de Ayala, Ramón
Pérez Galdós, Benito
Pérez de Guzmán, Alfonso, *Guzmán el Bueno*
Pérez de Guzmán, Hernán
Perfecto, sacerdote Pericles
Perpena
Petrarca, Francesco
Petronila, esposa de Ramón Berenguer IV
Petronio
Pezuela, Joaquín de la
Pezzagna
Picasso, Pablo
Pimentel, Antonio
Pinzón, hermanos
Picaud, Aymeric
Pilatos, gobernador romano
Pilsudski, general
Pinochet, Augusto
Piñar, Blas
Pío II, papa
Pío V, papa
Pío VII, papa
Pío IX, papa

Pío XII, papa
Pita, María
Pitt, William, *el Joven*
Pizarro, Francisco
Pizarro, Gonzalo
Pizarro, Hernando
Pizarro, Juan
Pizarro, Martín
Pla, Josep
Planck, Max
Plantagenet, Leonor, reina de Castilla
Platón
Plauto
Pleberio
Plinio *el Joven*
Plotino
Plutarco
Polavieja, general Polibio
Polo, Marco
Pomar, Juan Bautista
Pompeyo
Pomponio Mela
Ponce de León, Juan
Popescu, Oreste
Porfirio de Tiro
Póstumo, emperador galo
Prat de la Riba, Enric
Pretextato, obispo
Prieto, Indalecio
Prim, Juan
Primo de Rivera, Miguel
Prisciliano, obispo de Ávila
Prudencio, poeta hispanolatino
Pujol, Jordi
Pujol, Juan
Quatrefages, René
Queipo de Llano, Gonzalo
Queralt, Pau

Quevedo, Francisco de
Qin Shi Huang
Quintiliano
Quirós, explorador
Racine, Jean
Raeder, almirante
Raimundo, arzobispo de Toledo
Rajoy, Mariano
Raleigh, Walter
Ramiro I, rey de Aragón
Ramiro I, rey de Asturias
Ramiro II, *el Grande*, rey de León
Ramiro II, *el Monje*, rey de Aragón
Ramiro III, rey de León
Ramón, hermano de Sancho IV de Pamplona
Ramón Berenguer I, conde de Barcelona
Ramón Berenguer II, conde de Barcelona
Ramón Berenguer III, conde de Barcelona
Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona
Ramón y Cajal, Santiago
Ravaillac, François
Reagan, Ronald
Recaredo I, rey de los visigodos Recaredo II, rey de los visigodos
Recesvinto, rey de los visigodos
Requeséns, Luis de
Ribas, José de
Ribera, José de
Ricardo, conde de Cornualles
Ricardo I, *Corazón de León*, rey de Inglaterra
Richelieu, cardenal
Riego, Rafael de
Rijn, Rembrandt van
Ríos, Fernando de los
Ríos, Pedro de los
Rivas, Ángel de Saavedra, duque de
Rizal, José
Roa Bastos, Augusto
Robespierre, Maximilien

Rodolfo I, conde de Habsburgo y rey de Alemania
Rodolfo II, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
Rodrigo, rey de los visigodos
Rodríguez, Agustín R.
Rodríguez Cabrillo, Juan
Rodríguez Díaz, Cristina
Rodríguez Díaz, María
Rodríguez Zapatero, José Luis
Roig, Jaume
Rojas, Fernando de
Romanones, Álvaro de Figueroa y Torres, conde de
Romero, Julián
Rómulo Augústulo, emperador romano de Occidente
Rooke, almirante
Roosevelt, Theodore
Rosales, Luis
Rostovtzeff, Michael Ivanovich
Rousseau, Jean-Jacques
Rubens, Pedro Pablo
Ruiz, Juan, arcipreste de Hita
Ruiz de Alarcón, Juan
Rulfo, Juan
Rumaykía
Ruskin, John
Russell, Bertrand
Russell, Peter E.
Saavedra, Álvaro de
Saavedra y Fajardo, Pedro
Sábato, Ernesto
Saboya, Amadeo I de, rey de España
Sagasta, Práxedes Mateo
Sahagún, Bernardino de
Saint-Just, Louis de
Saladino, jefe musulmán
Salazar, Catalina
Salinas, Pedro
Salmerón, Alfonso Salvany, José
Samaniego, Félix María

San Martín, José de
Sánchez, Ramiro, infante de Pamplona
Sánchez, Sancha
Sánchez-Albornoz, Claudio
Sánchez de Brozas, Francisco, *el Brocense*
Sánchez Guerra, José
Sánchez de Tovar, Fernán
Sancho I, *el Craso*, rey de León
Sancho I Garcés, rey de Pamplona
Sancho I Ramírez, rey de Aragón y V rey de Pamplona
Sancho II, rey de Castilla
Sancho II, rey de Portugal
Sancho II Garcés, rey de Pamplona
Sancho III, rey de Castilla
Sancho III, *el Mayor*, rey de Pamplona
Sancho IV, *el Bravo*, rey de Castilla
Sancho IV, rey de Pamplona
Sancho VI, *el Sabio*, rey de Pamplona
Sancho VII, *el Fuerte*, rey de Pamplona
Sanchuelo, caudillo del califato de Córdoba
Sande, Álvaro de
Sanjurjo, José
Sant Jordi, Jordi de
Santa Fe, Jerónimo de
Santander, Francisco de Paula
Santángel, Luis de
Santiago el Mayor, apóstol de Jesucristo
Santiago el Menor, apóstol de Jesucristo
Sanz del Río, Julián
Sanzio, Rafael
Sapor I, rey persa
Saravia de la Calle, Luis
Sarmiento, Diego
Sarmiento, Domingo
Sarmiento, Francisco
Sarmiento, padre
Sauvetat, Bernardo de, arzobispo de Toledo
Schopenhauer, Arthur

Schuman, Robert
Scoto, Duns
Sebastián I, rey de Portugal
Seco Serrano, Carlos
Segismundo I, rey de Polonia
Segismundo II, rey de Polonia
Selim I, sultán del Imperio otomano
Selim II, sultán del Imperio otomano
Séneca, Lucio Anneo *el Joven*
Séneca, Marco Anneo
Seneor, Abraham
Septimio Severo
Serna, José de la
Serra, Junípero
Serrano Domínguez, Francisco
Serrano Suñer, Ramón
Sert, Josep María
Sertorio, Quinto
Servet, Miguel
Seymour, Jane
Seymour, Thomas
Shakespeare, William
Siad, Tárik ben
Sidarta, *véase* Buda
Sièyes, abate
Sigeberto I, rey de Australia Sila, Lucio Cornelio
Silvela, Francisco
Silvestre II, papa
Simeón, obispo de Jerusalén
Sisebuto, rey de los visigodos
Sisenando, rey de los visigodos
Sisiberto, obispo de Toledo
Smith, Adam
Sobieski, Jan
Sokollu, gran visir otomano
Solimán I, *el Magnífico*, sultán del Imperio otomano
Somoza, Anastasio
Sores, Jacques

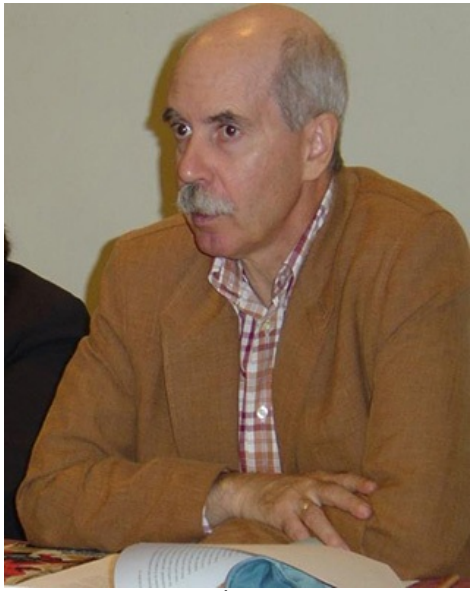
Soto, Domingo de
Soto, Hernando de
Spínola, Ambrosio
Spinoza, Baruch
Stalin, Iosif
Suabia, Beatriz de, reina de Castilla y León
Suárez, Adolfo
Suárez, Fernando
Suárez, Francisco de
Suárez, Luis
Subh, esclava
Sucre, Antonio José de
Suíntila, rey de los visigodos
Sunna, obispo arriano de Mérida
Sunyer I, conde de Barcelona, Gerona y Osona
Sura, Lucio
Tácito Tajón, Samuel Talavera, Hernando de
Tamerlán, líder militar turco-mongol
Tántalo, caudillo lusitano
Tarradellas, Josep
Tasufin, Yusuf ben
Téllez Girón, Pedro
Tello, Hernán
Teobaldo I, *el Trovador*, rey de Navarra
Teodeberto, rey de Australia
Teodomiro, obispo de Iria Flavia
Teodorico I, rey de los visigodos
Teodorico II, rey de los visigodos
Teodosia, primera esposa de Leovigildo
Teodosio I, emperador romano
Teodosio II, emperador de Oriente
Teodulfo, poeta
Terencio
Teresa, esposa de Sancho I de León
Teresa, infanta de Portugal y esposa de Alfonso IX de León
Teresa de Jesús
Tétrico, emperador galo
Thatcher, Margaret

Tiberio, emperador romano
Tintoretto
Tito, emperador romano
Tito Livio
Tiziano
Tlacaelel, estadista azteca
Tocqueville, Alexis
Toda, reina de Navarra
Toledo, Pedro de
Tolstoi, Leon
Torquemada, Juan de
Torquemada, Tomás de
Torre, Francisco de la Torrente Ballester, Gonzalo
Torres, Cosme de
Torres, Francisco, *Turriano*
Tovar, Antonio
Traba, conde de
Trajano, emperador romano
Trotski, León
Túbal
Tulga, rey de los visigodos
Tuñón de Lara, Manuel
Tupac Amaru II
Turgot, abate
Turriano, Juanelo
Ulfilas, obispo
Ulloa, Antonio de
Ulloa, Francisco de
Unamuno, Miguel de
Urbano II, papa
Urbano V, papa
Urbano VI, papa
Urbano VIII, papa
Urbina, Isabel de
Urdaneta, Andrés de
Urgel, Jaime de
Urraca, señora de Zamora
Urraca I, reina de León y de Castilla

Valdés, Alfonso de
Valdés, Diego de
Valdés, Juan de
Valdivia, Pedro de
Valencia, Pedro de
Valente, emperador romano
Valentiniano II, emperador romano de Occidente
Valenzuela, Fernando de
Valera, Blas Valera, Diego de
Valera, Juan
Valeriano, emperador romano
Valle-Inclán, Ramón María del
Valois, Carlos de
Valois, Margarita de, esposa de Enrique IV de Francia
Valverde, Vicente de
Vargas Llosa, Mario
Vasa, Gustavo
Vasto, marqués del
Vega, Garcilaso de la
Vega, Lope de
Vega, Lope Félix de (hijo)
Velázquez, Diego de
Verdaguer, Jacinto
Verdugo, Pedro
Vergara, Juan de
Vermeer, Johannes
Vernon, almirante
Verntallat, Francesc de
Vero, co-emperador romano
Vespasiano, emperador romano
Vespucio, Américo
Vicente, Gil
Vicente de Zaragoza, mártir
Víctor Manuel III, rey de Italia
Vienne, almirante
Villaamil, Fernando
Villaescusa, Emilio
Vinci, Leonardo da

Viñas, Antón de
Violante, infanta de Aragón y reina de Castilla
Violante, princesa de Hungría y reina de Aragón
Virgilio
Viriato, caudillo lusitano
Vitoria, Francisco de
Vives, Juan Luis
Vives, Luis
Vizcarra, Zacarías
Vladimir, monarca de la Rus de Kíef
Voltaire
Wallace, William, *Braveheart*
Wallenstein, general
Walpole, Robert
Walters, Vernon
Wamba, rey de los visigodos
Washington, George
Watt, James
Weber, Max
Weiler, general
Wellesley, Arthur, duque de Wellington
Welter, Bartolomé
Wiclef, John
Wilfredo el Velloso, conde de Barcelona
Wilson, Woodrow
Witerico, rey de los visigodos
Witiza, rey de los visigodos
Witt, Cornelis de
Witt, Johan de
Wittenberg
Wu, emperatriz de China
Xordo, Roi
Yámblico
Yáñez, Vicente
Yáñez Pinzón, Vicente
Yasin, Abdalá ben
Yepes, Juan de
Zacarías, papa

Zapolya, Juan
Zaragoza, Agustina
Zaragoza, José de
Zenobia, reina de Palmira
Zhongzong, emperador de China, 188 Zola, Emile Zorrilla, José
Zubiri, Xavier
Zuloaga, Ignacio
Zumalacárregui, Tomás
Zumárraga, Juan de
Zunzunegui, Juan Antonio de
Zúñiga, Elena de
Zúñiga, Juan de
Zurbarán, Francisco de
Zurita, Jerónimo



LUIS PÍO MOA RODRÍGUEZ. (Vigo, 1948) es un articulista, historiador y escritor español, especializado en temas históricos relacionados con la Segunda República Española, la Guerra Civil Española, el franquismo y los movimientos políticos de ese período.

Participó en la oposición antifranquista dentro del Partido Comunista de España (reconstituido) o PCE (r) y de la banda terrorista GRAPO. En 1977 fue expulsado de este último partido e inició un proceso de reflexión y crítica de sus anteriores posiciones políticas ultraizquierdistas para pasar a sostener posiciones políticas conservadoras.

En 1999 publicó *Los orígenes de la guerra civil*, que junto con *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* y *El derrumbe de la República y la guerra civil* conforman una trilogía sobre el primer tercio del siglo XX español. Continuó su labor con *Los mitos de la guerra civil, De un tiempo y de un país* (donde narra su etapa juvenil de militante comunista, primero en el PCE y más tarde en los GRAPO), *Una historia chocante* (sobre los nacionalismos periféricos), *Años*

de hierro (sobre la época de 1939 a 1945), *Viaje por la Vía de la Plata, Franco para antifranquistas, La quiebra de la historia progresista* y otros títulos. En la actualidad colabora en *Intereconomía*, *El Economista* y *Época*.

Moa considera que la actual democracia es heredera del régimen franquista, que experimentó una «evolución democratizante», y no de las izquierdas del Frente Popular, según él totalitarias y antidemocráticas y que dejaron un legado de «devastación intelectual, moral y política». Su obra ha generado una gran controversia y suscitado la atención de un numeroso público, que ha situado a varios de sus libros en las listas de los más vendidos en España: su libro *Los mitos de la Guerra Civil* fue, con 150 000 ejemplares vendidos, número uno de ventas durante seis meses consecutivos.

La obra de Moa ha sido descalificada por numerosos autores e historiadores académicos, quienes lo han sometido al ostracismo porque su obra revisa ideas generalmente admitidas sobre ese período —ideas asentadas en una perspectiva política de izquierdas que mitifica la II República—, y sienta tesis innovadoras, que sin embargo, no han sido rebatidas documentalmente hasta la fecha

Pero Moa cuenta también con algunos defensores en el ámbito académico: Ricardo De la Cierva, José Manuel Cuenca Toribio, o Carlos Seco Serrano han elogiado la obra de Moa.

Fuera de España, historiadores e hispanistas como Henry Kamen, Stanley G. Payne o Hugh Thomas han comentado en términos favorables trabajos y conclusiones de Moa. Por ejemplo, Kamen se lamenta de que, según su opinión, la represión ejercida por la República no haya sido estudiada, con la única excepción de Pío Moa, el cual habría sido

marginado por los historiadores del *establishment*.

Stanley G. Payne ha elogiado en repetidas ocasiones los trabajos de Pío Moa, sobre todo sus investigaciones sobre el periodo que va de 1933 a 1936: «Cada una de las tesis de Moa aparece defendida seriamente en términos de las pruebas disponibles y se basa en la investigación directa o, más habitualmente, en una cuidadosa relectura de las fuentes y la historiografía disponibles»; destaca la originalidad de su trabajo: «ha efectuado un análisis realmente original y ha llegado a conclusiones que no han sido todavía refutadas. Lo han denunciado, lo han vetado pero no han logrado rebatir con pruebas las tesis de Moa sobre la República», e incide en que las tesis de Moa no han sido refutadas: «lo más reseñable es que, aparentemente, no hay una sola de las numerosas denuncias de la obra de Moa que realice un esfuerzo intelectualmente serio por refutar cualquiera de sus interpretaciones. Los críticos adoptan una actitud hierática de custodios del fuego sagrado de los dogmas de una suerte de religión política que deben aceptarse puramente con la fe y que son inmunes a la más mínima pesquisa o crítica».

Hugh Thomas ha afirmado sobre la obra de Moa: «Lo que dijo Pío Moa sobre la revolución de 1934 es muy interesante y pienso que dijo la verdad. ¡Pero no fue tan original! Él me acusa en su libro, pero yo dije casi lo mismo: la revolución de 1934 inició la guerra civil, y fue culpa de la izquierda».

Notas

[1] La exageración en las cifras es una constante en los documentos históricos, aún hoy: baste pensar en el célebre millón de muertos de la guerra civil española, menos de un tercio en la realidad, o los de Guernica, multiplicados habitualmente por diez y hasta por veinte. <<

[2] Leyendas urbanas afirman que la muerte de Carrero, como después la de Franco, habrían motivado explosiones de alegría popular y el agotamiento de las reservas de champán en varias ciudades. No hubo nada remotamente parecido. En los dos casos dominó en la población un sentimiento de preocupación e incertidumbre, y en el primero fue bien visible el susto de los comunistas, que se apresuraron a manifestar su completa ajenidad al atentado. <<

[3] He expuesto los detalles de estos hechos en el libro autobiográfico *De un tiempo y de un país*, y en *Los crímenes de la Guerra Civil*. <<

Índice

Nueva historia de España 3
Nota previa 6
Introducción 12
Cultura y Civilización 13
A qué llamamos España 26
Primera parte 35
1 36
2 54
3 66
4 74
5 90
6 106
7 120
8 128
9 144
Segunda parte 159
10 160
11 176
12 189
13 204
14 213
15 230
16 246
17 262
18 280

Tercera parte 287
19 288
20 296
21 310
22 319
23 333
24 342
25 360
26 368
27 380
28 396
29 413
30 420
Cuarta parte 436
31 437
32 450
33 466
34 477
35 493
36 509
37 525
38 538
39 546
40 563
41 579
42 593
43 609

44 624
45 642
46 663
47 684
48 705
49 722
50 740
51 754
52 769
53 787
54 806
55 822
56 836
Quinta parte 851
57 852
59 861
60 877
61 896
58 917
62 935
63 952
64 970
65 983
66 996
67 1020
68 1033
69 1043
70 1062

71 1073
72 1092
Mapas 1104
mapa01 1105
mapa02 1106
mapa03 1107
mapa04 1108
mapa05 1109
mapa06 1110
mapa07 1111
mapa08 1112
mapa09 1113
mapa10 1114
mapa11 1115
mapa12 1116
Índice onomástico 1117
Autor 1159
Notas 1162